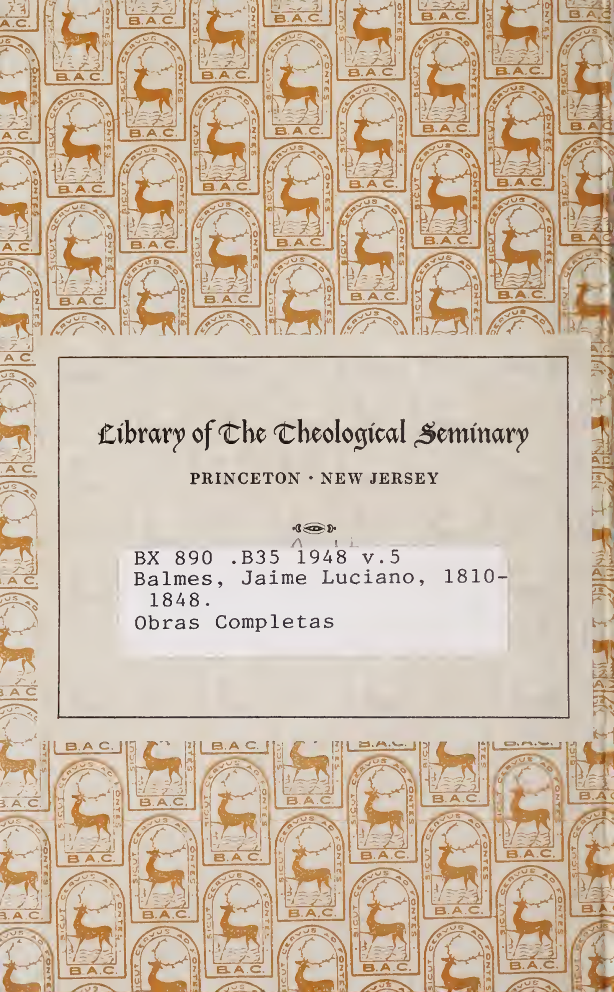
JAIME BALMES

OBRAS COMPLETAS

TOMO V


B.A.C.
SICUT CERVUS AD FONTES


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

JAIME BALMES

OBRAS COMPLETAS

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCION DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.—APARTADO 466

MADRID - MCMXLIX

JAIME BALMES

OBRAS COMPLETAS

TOMO V

ESTUDIOS APOLOGETICOS
CARTAS A UN ESCEPTICO
ESTUDIOS SOCIALES
DEL CLERO CATOLICO
DE CATALUÑA

EDICIÓN DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, DIRIGIDA POR LA FUNDACIÓN BALMESIANA DE BARCELONA, SEGÚN LA ORDENADA Y ANOTADA POR EL P. CASANOVAS, S. I.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID - MCMXLIX

NIHIL OBSTAT:

Dr. Andrés de Lucas.
Censor.

IMPRIMATUR:

† Casimiro,
Ob. aux. y Vic. gral.
Madrid, 23 de septiembre de 1949.

INDICE GENERAL

Págs.

ESTUDIOS APOLOGETICOS

Págs.

Págs.

CARTAS A UN ESCEPTICO

Págs.

ESTUDIOS SOCIALES

Págs.

DEL CLERO CATOLICO

Estudios Apologeticos

PROLOGO DE LA EDICION «BALMESIANA»[1]

Entre los diversos títulos que se aplican a Balmes, ninguno con mejor derecho que el de apologista de la religión católica. Se puede afirmar sin género de duda que el fin último de todos sus escritos era apologético, aun cuando escribía de ciencias sociales, políticas y metafísicas, o cuando componía sus primeras composiciones poéticas; pero esto no justificaría el título de apologista, si no hubiera producido obras de mérito, cuyo fin intrínseco y propio fuera la demostración y defensa del catolicismo. Tales son El protestantismo comparado con el catolicismo *(vols. V-VIII), las* Cartas a un escéptico en materia de religión *(vol. X) y la colección de opúsculos y artículos que hemos titulado* Del clero *(vol. IV). Podemos añadir que tuvo el pensamiento genial y muy característico de introducir en* El criterio *un verdadero || tratado de apologética científica, como uno de los elementos esenciales del bien pensar.*

Estos volúmenes no agotaban la materia apologética de los escritos balmesianos, y ha sido necesario arreglar un nuevo volumen para recoger otros opúsculos y artículos publicados en La Civilización *y* La Sociedad, *al cual hemos puesto el título de* Estudios apologéticos, *ciertamente bien merecido. Cuando no hubiera en él otra pieza que el gran librito de* La religión demostrada al alcance de los niños, *ella sola bastaría para vindicar para Balmes todos los honores de una apologética a la vez profunda y sencilla como las mismas verdades de la religión.*

Dichas estas cuatro palabras como justificación del título que ostenta el presente volumen, hemos de advertir al-

---

[1] Según dijimos en el primer tomo, dos rayas verticales (||) indican, dentro del texto de la BAC, el lugar en que acaba y principia cada página de la edición «Balmesiana», según la numeración indicada entre paréntesis en la parte superior de la página.

gunas particularidades que podrían confundir al diligente lector que comparara nuestra edición con las balmesianas.

Uno de los estudios que se siguen lleva el rótulo de Polémica religiosa. *Parece que este lema general Balmes pensaba anteponerlo a una larga serie de trabajos religiosos con diferentes epígrafes, a los cuales el primero serviría como de prólogo o introducción. Efectivamente, así salieron en* La Sociedad *algunos artículos coleccionados en este volumen, y las mismas* Cartas a un escéptico, *en su primera aparición en dicha revista, se publicaban con el mote de* Polémica religiosa. *Al reunir en || colección los trabajos dispersos hemos conservado este epígrafe en el artículo introductorio, que no llevaba otro, y lo hemos suprimido, en gracia de la claridad, en aquellos que ya tenían el suyo propio, como Balmes mismo lo suprimió cuando coleccionó en un volumen las* Cartas a un escéptico.

También nos hemos tomado la libertad de numerar en serie algunos artículos que en La Sociedad *no tenían este requisito, cuando la mente de Balmes nos ha parecido muy evidente.* ||

LA RELIGION DEMOSTRADA AL ALCANCE DE LOS NIÑOS*

PROSPECTO

El objeto de la obrita que anunciamos es presentar en breve espacio los fundamentos de nuestra santa religión, expuestos en estilo sencillo y claro, acomodado a la capacidad de los niños. No es un catecismo de doctrina cristiana, ni un compendio de la historia de la religión, sino una serie de reflexiones y raciocinios que dan razón de la fe aprendida en el catecismo y hacen que se vea de una ojeada el encadenamiento de los grandes hechos de la historia de la religión.

Como ocurre con bastante frecuencia el que un católico trabe conversación y disputa sobre materias religiosas con protestantes o con incrédulos, hemos creído conveniente señalarle para este objeto algunas reglas, más bien de prudencia que de ciencia. Quizás nuestro trabajo podrá ser también de alguna utilidad a los adultos, || ora estén poco instruídos en estas materias, ora quieran leer en breve rato un resumen de lo que habrán visto en obras más extensas. Véndese en la librería de Brusi al precio de 4 reales vellón [1]. ||

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—No sabemos con certeza el tiempo en que escribió Balmes este librito. Es probable que fuera en Vich el año 1839. Un biógrafo contemporáneo dice que lo escribió en quince días, interrumpiendo la redacción de *El protestantismo*.

El día 13 de agosto de 1841 firma con don Antonio Brusi el contrato para la primera edición. Se acabó de imprimir a principios de octubre. La tirada fué de 1.000 ejemplares. Inmediatamente algunos colegios lo tomaron como libro de texto. También se publicó un substancioso prospecto.

En vida de Balmes se hicieron siete ediciones, generalmente de 4.000 ejemplares. La cuarta, quinta y sexta se hicieron en Madrid estereotipadas; las otras, en la imprenta de Brusi. Se hicieron también ediciones fraudulentas por error o por engaño. En 1844 el mayordomo del arzobispo de Tarragona, don Ramón Capdevila, hizo en esta ciudad una edición catalana sin permiso de su autor.

Tenemos un ejemplar de la primera edición corregido de mano de Balmes. Hemos tomado por texto típico el de la sexta edición, que es la última que hizo Balmes (Madrid, Sociedad de Operarios, calle del Factor, 9; 1847).]

[1] Publicado en el cuaderno 7 de *La Civilización*, correspondiente a la primera quincena de diciembre de 1841, volumen I, página 335.

ADVERTENCIA

No es mi ánimo escribir un catecismo de doctrina cristiana, ni un compendio de la historia de la religión; de esta clase de obritas no faltan; sólo me he propuesto llenar un vacío que se halla en la enseñanza de los niños. Se los instruye por medio del catecismo en los rudimentos de la religión y se les hace decorar su historia; pero no se llama bastante su atención sobre los fundamentos de las verdades que aprenden; y así es que al salir de la escuela para entrar en una sociedad distraída y disipada, cuando no incrédula o indiferente, no encuentran en su entendimiento las luces que podrían servirles para sostenerse en las creencias de nuestra religión sacrosanta. Abundan, por desgracia, los hombres superficiales que, hablando de lo que no entienden, toman por objeto predilecto de sus pláticas el combatir la religión. ¿Y qué armas se han suministrado a los niños durante su educación y enseñanza para poder defender su fe, si no en la conversación, al menos en el santuario de su conciencia? ¿Adónde pueden acudir los maestros para encontrar compendiados en breves lecciones los fundamentos de nuestra religión? Y esta enseñanza, ¿no es tanto y mucho más necesaria que la de los principios || de aritmética, de geometría, de dibujo y otras con que se prepara el ánimo de los niños para entrar después con provecho y lustre en sus respectivas carreras?

He aquí el vacío que me he propuesto llenar con la publicación de esta obrita, que, además de ser útil a los niños, no dejará de ser provechosa a los adultos. Lamentables son la ignorancia y el descuido que hay sobre estas materias: de todo se enseña, de todo se aprende, menos de saber la razón de nuestra fe, y ésta es una de las causas por que esta fe queda en tantos corazones como semilla estéril, si, lo que es todavía peor, no se la lleva el viento al primer soplo. ||

CAPITULO I

Existencia de Dios

La razón natural basta para conocer que hay un Dios, criador de cielo y tierra, porque si viésemos un palacio muy grande, muy hermoso, alhajado con magnífica riqueza y adornado con exquisito primor, ¿no diríamos que es un insensato el que afirmase que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos, nadie los ha fabricado ni ordenado? Pues bien, el mundo es este soberbio palacio: el sol le ilumina de día, la luna por la noche; el cielo está poblado de estrellas; la tierra, de hombres, de animales, de plantas; el mar y los ríos, de peces; el aire, de aves; las estaciones se suceden unas a otras con orden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales, las piedras preciosas: y un mundo de tanta riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de tener un criador y ordenador? ||

CAPITULO II

Atributos de Dios

El Señor que ha criado todas las cosas ha de ser todopoderoso, pues que criar es sacar de la nada, hacer que de repente exista lo que antes no existía, y para esto es bien claro que se necesita un poder infinito, la omnipotencia. Nuestras obras las fabricamos los hombres a costa de tiempo y de trabajo, y siempre teniendo antes la materia; porque el carpintero, por ejemplo, no construye la mesa sin que tenga a la mano la madera necesaria; pero, no existiendo nada, decir *hágase* y quedar hecho, supone un poder sin límites. Esto hizo Dios, y no con objetos de poca monta, sino con el mundo entero.

Dios ha de ser infinitamente sabio, pues que su sabiduría resplandece en sus obras en el cielo y en la tierra; eterno, porque no habiendo sido criado no puede tener principio ni fin; infinito en perfección, porque, existiendo por sí mismo, nada le ha podido limitar y tiene en sí propio la plenitud del ser, y, por consiguiente, inmenso, justo, santo, bondadoso, misericordioso, premiador de los buenos, casti-

gador de los malos; en una palabra, un *Espíritu infinitamente perfecto. criador, conservador y ordenador de todas las cosas.*

De aquí se sigue que Dios está viendo todo lo que pasa en el mundo, y todo lo que ha pasado y pasará, con tanta claridad como vemos nosotros las cosas que || tenemos delante de nuestros ojos en medio del día, y no puede ser de otra manera, pues que nada acontece, ni bueno ni malo, sin que El lo quiera o lo permita. Cuando hacemos una cosa, por más en secreto que la hagamos, cuando tenemos un pensamiento o un deseo sin que exteriormente lo manifestemos, todo lo está viendo, todo lo está mirando, como un hombre que nos contemplase con mucha atención y muy de cerca. ¡Qué recuerdo tan a propósito para llevar arreglada nuestra conducta!

CAPITULO III

Creación del hombre

El hombre ha sido criado por Dios: así nos lo enseña la religión de acuerdo con la razón natural. Para convencerse plenamente de esta verdad basta recordar que venimos al mundo naciendo de una mujer, que esta mujer tuvo también sus padres, y éstos otros; y como es claro que al fin hemos de parar a unos padres que no tuvieron otros padres, algunos debieron ser criados por Dios. Esto no admite réplica; de otro modo sería menester decir que los primeros hombres nacieron de la tierra como una planta. Imposible parece que haya podido concebirse tamaño delirio. ||

CAPITULO IV

Existencia y espiritualidad del alma

Todos sabemos por experiencia propia que hay dentro de nuestro cuerpo una cosa que piensa, quiere y siente: esto es lo que llamamos alma. Cuando decimos que es espiritual entendemos que no es una parte de nuestro cuerpo, ni es nuestra sangre, ni nuestros nervios, ni nuestras fibras, ni

nuestro cerebro, ni nada que sea largo, ni ancho, ni hondo; que no puede dividirse en partes porque no las tiene: en una palabra, que no es nada semejante a todo cuanto vemos y tocamos, o percibimos con otros sentidos, sino que es de un orden muy distinto, muy superior a todo cuanto nos rodea; es decir, que es *una substancia simple, con facultad de entender y de querer.*

Que nuestra alma es espiritual y no corpórea se deja conocer fácilmente considerando la diferencia que media entre ella y los cuerpos. Estos, si se los mueve, se mueven; si se los deja quietos, quietos permanecen; por sí no tienen acción ni movimiento: en nuestra alma se observa todo lo contrario, porque no sólo hace mover el cuerpo cuando ella quiere y del modo que quiere, sino que con el pensamiento recorre en pocos instantes el cielo y la tierra; y es tan inquieta, tan activa, tan vivaz, que es cerrar los ojos a la luz el empeñarse en decir que su naturaleza no es muy diferente de la de los cuerpos. ||

CAPITULO V

Aclaración y confirmación de la misma verdad

Increíble parece que haya hombres que digan que el alma no es espiritual; porque si no lo es, entonces será o nuestra sangre, o algún humor, o un flúido finísimo, o un conjunto de fibras, o algo semejante; cosa que a primera vista se presenta tan extraña y tan repugnante, que bien se alcanza su absurda falsedad. ¿Cómo es posible que el alma, capaz de idear y ejecutar obras tan grandes y tan hermosas, no sea más que un pedacito de carne, una madeja de nervios, un ovillo de fibras, o alguna porción de sangre, o de humores, o de flúidos, por delicados que se imaginen? Cuando admiramos los inmortales poemas de Homero, de Virgilio y de Tasso, las elocuentes páginas de Demóstenes, de Cicerón y de Bossuet, los maravillosos cuadros de Miguel Angel y de Rafael, ¿es dable el pensar siquiera que en aquellas cabezas no había más que carne, nervios, fibras, sangre, humores, flúidos de distintas clases, pero ningún espíritu? ¿Cómo puede concebir semejante despropósito un hombre sano de juicio? ||

CAPITULO VI

Inmortalidad del alma; premios y recompensas de la otra vida

El alma no muere con el cuerpo. Todos los pueblos de la tierra han creído siempre que después de esta vida hay otra donde se premian las buenas obras y se castigan las malas, y fuera bien extraño que el linaje humano en masa se hubiese engañado. Si esto no fuera verdad, ¿quién se lo hubiera hecho creer a todos los hombres? Esto prueba que Dios lo enseñó así a los primeros padres, y que por tradición se ha ido transmitiendo a todos los tiempos y países; de otra manera no es posible concebir cómo hombres de tan diferentes épocas, distintos climas, diversas ideas y costumbres, hayan podido todos convenir en la misma creencia. Es verdad que se la ha explicado de varios modos según la variedad de religiones; pero en cuanto al hecho principal, es decir, la existencia de la otra vida y la inmortalidad del alma, todos están acordes. Prueba incontestable de que el alma no muere con el cuerpo; pues cuando muchos testigos que en nada concuerdan entre sí están, sin embargo, acordes en un punto, es señal de que en aquel punto se halla la verdad.

Esta creencia universal del linaje humano está además confirmada con otra razón tan robusta como sencilla. Vemos a cada paso que hay malvados que pasan una vida regalada; hay hombres de bien que arrastran || una existencia agobiada de miserias e infortunios: siendo Dios justo, ¿cómo es posible que no tenga reservado en otra vida el premio para la virtud y el castigo para la maldad? ¿Podremos creer que muera el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta a nadie de sus acciones buenas o malas? ¡Ah! No hagamos este insulto a la justicia divina; no degrademos de tal modo nuestra naturaleza colocándonos al nivel de los brutos.

CAPITULO VII

Conformidad de la razón con la religión en lo tocante al alma y a la creación del hombre

Ya hemos visto que nuestra alma es espiritual, y de esto se infiere con toda evidencia que, aunque el cuerpo se forme en las entrañas de la madre, no puede suceder lo mismo con respecto al alma. Siendo ésta incorpórea, no se compone de carne y sangre, y, por consiguiente, ha debido ser criada por Dios, quien la une al cuerpo mientras éste se va formando y perfeccionando en el seno de nuestra madre. Bien entendido esto, se manifiesta con toda claridad cuán conforme es a la razón lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la creación de nuestros primeros padres.

En efecto: ya vimos que aunque unos hombres desciendan de otros, y éstos de otros, y así sucesivamente, al fin hemos de llegar a un hombre y a una mujer que no han nacido de otros, sino que han debido ser criados || por Dios. Este hecho, que la razón nos enseña como necesario, nos lo refiere y explica con mucha sencillez y claridad la Sagrada Escritura diciéndonos: que Dios, después de haber criado el cielo y la tierra, formó del polvo de ésta el cuerpo de Adán, criando en seguida el alma espiritual para unirla al cuerpo. Es muy hermosa la expresión de que usa la Sagrada Escritura para explicarnos esta unión inefable. Formado el cuerpo del hombre, no teniendo todavía alma que le vivificase, yacería tendido en el suelo sin movimiento alguno; no feo y deforme como son ahora los cuerpos de los muertos, sino como una hermosísima figura de cera. Crió Dios al alma, la unió al cuerpo, y en el mismo instante se abrieron los ojos de aquella estatua, se animó y avivó su fisonomía. Esta transformación tan maravillosa como bella la expresa el Sagrado Texto diciéndonos que Dios inspiró al semblante de Adán un soplo de vida, no porque soplase en realidad, lo que es imposible siendo Dios un ser espiritual, sino para darnos a entender que debemos mirar al alma del hombre como una cosa distinta y muy diferente del cuerpo; no formada de materia alguna, sino emanada inmediatamente de la divinidad por el acto de la creación.

CAPITULO VIII

Continuación de la misma materia

Explicada de esta suerte la creación del primer hombre, échase de ver que tampoco hay dificultad en lo que nos refiere la Sagrada Escritura sobre la creación || de la mujer, cuyo cuerpo fué formado de una costilla de Adán; significándose así que había de ser su compañera, recibiendo luego el alma del propio modo que había sucedido con el varón. Concíbese también muy claramente cómo, unidos por Dios en matrimonio y fecundizada esta unión con las bendiciones del Criador del universo, pudo formarse el linaje humano y extenderse por la faz de la tierra. En vano han buscado algunos filósofos orgullosos un medio para substraerse en este punto a la autoridad de los Libros Sagrados: el velo que cubre la cuna de la humanidad sólo le levanta la religión, y fuera de su augusta enseñanza sólo se encuentran sueños y delirios. No forcejemos en vano contra el peso de la verdad; no cerremos obstinadamente los ojos a su purísima luz; antes bien demos gracias al Dios de bondad, que por medio de la revelación se ha dignado ponernos a cubierto de las cavilaciones y extravíos de nuestro flaco entendimiento, cerciorándonos de la alta nobleza de nuestro origen.

CAPITULO IX

Existencia de una religión verdadera

Dios nos ha criado, nos conserva, nos dirige; El es nuestro principio, El es nuestro fin, y nuestra alma, que no perece con el cuerpo, que vivirá eternamente, ha de ir a encontrarse un día en presencia del Juez supremo, que le pedirá cuenta de todas sus acciones y le dará, conforme a sus merecimientos, o el premio o el castigo. || En esta vida, pues, debemos ya prepararnos para la otra; debemos conocer nuestro origen, nuestro destino y los medios que para llegar a él nos ha suministrado la Providencia. Estos conocimientos y estos medios nos los proporciona la religión; sin ella estaría el hombre en el mundo como un huérfano sin amparo, que ignora su procedencia y no conoce su porvenir.

El hombre ha de amar a Dios porque es infinitamente bueno, y además porque le ha colmado de tantos beneficios; ha de tributarle por ellos acciones de gracias y ha de adorarle como a Señor de cielo y tierra; pero en todos los actos, tanto interiores como exteriores, en que rinda su culto a Dios, ha de hacerlo de una manera agradable a la divina Majestad y cual conviene a una criatura que ofrece su homenaje al Criador. Luego ha de haber ciertas reglas en este culto; luego no pueden haber sido encomendadas al liviano capricho de los hombres; luego ha de haber una religión, la misma para todos los hombres, y en que vivan seguros de que observando lo que ella prescribe cumplen con la voluntad de Dios y caminan por el sendero que conduce a la eterna felicidad.

Decir que todas las religiones sean igualmente buenas, que tanto importa ser cristiano como sectario de Mahoma, judío como idólatra, es lo mismo que negar la Providencia; es afirmar que Dios, después de criado el mundo, ha dejado de cuidar de su obra; es pretender que el linaje humano marcha sin objeto, sin destino, al acaso, como un rebaño sin pastor. ¿Se dirá tal vez que un Dios infinitamente grande no cuida de nuestras pequeñeces, y que mira con indiferencia nuestras adoraciones? || Pero entonces, ¿para qué sacar de la nada a esas criaturas, si no había de cuidar de ellas? Por cierto que si la inmensa distancia que media entre el hombre y Dios fuera razón suficiente para afirmar que Dios no cuida del culto que nosotros le ofrezcamos, probaría también que no tuvo motivo para criarnos; porque un Dios infinitamente grande, ¿qué objeto pudo proponerse en sacar de la nada a una criatura a quien luego había de abandonar, sin dar oído a sus plegarias, sin aceptar sus ofrendas, siéndole indiferente que siguiera esta o aquella ley, que le tributara este o aquel culto, dejándola sola, desamparada, en medio de las más horrorosas tinieblas? ¿Quién puede concebir semejantes absurdos? Esto sería equivalente a negar la bondad y la sabiduría de Dios, y un Dios sin sabiduría y sin bondad no sería Dios.

CAPITULO X

Lamentable ceguera de los indiferentes en religión

No faltan algunos que, sin negar definitivamente la verdad de la religión, no le están tampoco adheridos, ni cuidan de averiguar si es verdadera o falsa. «No quieren meterse,

según dicen, en esas cuestiones; no saben lo que hay sobre esto, ni quieren trabajar por saberlo.» Estos se llaman *indiferentes* en materias de religión. Por cierto que no puede haber estado más lamentable que el de *indiferente,* pues que si bien se mira tiene algo de peor que el de aquellos que son irreligiosos por sistema y que atacan la religión. Porque el hombre que || niega su verdad, que disputa queriendo probar que es falsa, al menos se ocupa de ella: entre tanto la examina, y andando el tiempo puede venir día en que, o por medio de un libro o de la conversación con alguna persona sabia, quede desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la religión; pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado a imaginar como cosa indiferente el que sea verdadera o falsa, este tal, como ni leerá ni consultará sobre la materia, no saldrá jamás de su mal estado, y será como un hombre que se duerme tranquilo al borde de un abismo.

Para manifestar cuán contrario es semejante sistema a la razón y a las reglas más comunes de prudencia bastará considerar que la religión no versa sobre cosas que nada tengan que ver con el hombre, sino que se propone nada menos que enseñarle su origen, su destino y los medios que para llegar a este destino debe practicar. Es decir, que en la religión ha de encontrar el hombre lo que más le importa, lo que le toca más de cerca, y no puede prescindir de ella sin exponerse a gravísimos peligros. En efecto; por más que una persona sin religión suponga que no es cierto que haya otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, al menos no puede negar que el negocio es tan grave, que merece la pena de ser examinado. Porque la razón y la experiencia nos aseguran de que ha de venir un día en que hemos de morir; entonces, sin remedio, hemos de experimentar por nosotros mismos si hay otra vida o no, y en el momento en que habremos dado el último suspiro, en que los que rodearán nuestro lecho de agonía || dirán: *Ya ha muerto,* en aquel mismo instante hemos de experimentar nosotros mismos lo que hay sobre la otra vida. ¿Y quién será bastante loco para arrojarse a la eternidad sin cuidar de si en ella se encuentra algún peligro de hacerse infeliz para siempre y sin esperanza de remedio? Dirá el indiferente que tal vez no hay nada de todo lo que dice la religión; que quizás el alma muere con el cuerpo; pero ¿y si hay realmente lo que dice la religión; si el impío se equivoca; si en el acto de morir encuentra que es verdad todo lo que ella enseña, que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos? ¿Adónde podrá ir quien en vida no ha querido cuidar de saber si la religión era verdadera o falsa? ¿Podrá esperar ir al cielo quien no ha querido

saber si había cielo? Quien pasa su vida sin averiguar si hay un Dios que le haya criado, ni cómo debe amarle y servirle, ni si hay una regla para encontrar la verdad en las materias de más importancia; quien vive en un tan profundo olvido de sí mismo, ¿podrá menos de ser culpable delante de Dios? ¿Podrá quejarse si se le destina a un lugar de castigo eterno? Increíble parece que haya hombres que vivan en tal ceguera: el corazón se acongoja al verlos marchar distraídos hacia la orilla de un precipicio horroroso.

CAPITULO XI

Corrupción del linaje humano

El hombre presenta a cada paso tan extraña mezcla de nobleza y degradación, de grandor y pequeñez, de || bien y de mal, que no es fácil concebir cómo un ser de tal naturaleza haya sido obra de Dios. En efecto, mientras que con su entendimiento abarca, digámoslo así, el cielo y la tierra; mientras que adivina el curso de los astros y penetra en los más hondos arcanos de la naturaleza, le vemos también lleno de dudas, de ignorancia, de errores; tiene un corazón noble, amante de la virtud, que se entusiasma con el solo recuerdo de una acción generosa, pero que se pega también a los objetos más viles y sabe abrigar la crueldad, la traición y la perfidia; es capaz de concebir y de realizar agigantados proyectos, de arrostrar impertérrito todo linaje de peligros, y quizás tiembla pavoroso a la vista de un riesgo despreciable, y se acobarda y desfallece por sólo tropezar con la dificultad más liviana; suspira siempre por la felicidad, y vive abrumado de infortunio; en una palabra, por dondequiera que miremos al hombre encontramos una extraña mezcla que asombra y confunde.

Si hacemos un momento de reflexión sobre nosotros mismos, echaremos de ver que todo el curso de nuestra vida es una continuada lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el deseo de la felicidad y el sufrimiento de la desdicha. El cumplimiento de nuestras obligaciones por una parte, y la pereza y todas las pasiones por otra, tienen en no interrumpida tortura a nuestra alma; por manera que no parece sino que dentro de cada uno de nosotros hay dos hombres que disputan y luchan incansables, el uno bueno, el otro malo; el uno cuerdo, el otro loco. Y por lo que toca a la dicha, ¿quién puede gloriarse de disfrutarla, de haberla gustado apenas? ¿Cómo es posible, dirán los incrédulos, ||

que una monstruosidad semejante haya salido de las manos de un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno? Aquí, sin embargo, aquí, al responder a esta dificultad, es donde la religión católica muestra toda su elevación y grandeza; aquí es donde ostenta uno de sus más irrecusables títulos para probar que ella, y sólo ella, es la verdadera.

La religión no niega que existan en el hombre contradicciones palpables, que se vean en su ser y en su conducta irregularidades monstruosas; no trata de disminuir en nada la realidad del hecho en que se funda la dificultad, porque como se siente con fuerza para soltarla del todo, no necesita ni atenuarla, ni orillarla, ni eludirla, sino que dejándola que se presente en toda su magnitud y robustez, tal como había bastado para confundir a los mayores filósofos de la antigüedad, la arrostra de frente y dice: «Sí, el hombre yace en el error y en la corrupción; pero ¿queréis comprender el secreto? Ahí está; en uno de los dogmas que yo enseño, en el pecado original. El hombre de ahora no es tal como Dios le crió, sino que es un hombre degenerado. Dios le había criado inocente y feliz; su entendimiento estaba ilustrado con la luz de la verdad, su voluntad ajustada a los dictámenes de la razón y de la ley divina; su vida se deslizaba en agradable quietud, en apacible bienestar; su corazón rebosaba de dicha. Tamaña felicidad hubiera pasado a su descendencia si se hubiese conservado sumiso a los mandatos de Dios; pero el hombre pecó, y por inescrutables designios del Altísimo ha quedado todo el linaje de Adán infecto de la culpa y sujeto a la pena. He aquí aclarado el misterio de las || contradicciones del hombre: esta noble criatura es imagen y semejanza del mismo Dios, por la mancha de la culpa ha desfigurado a la hermosa imagen: cuando vemos al hombre inteligente inclinado a la virtud, alzando su noble frente para mirar al cielo, vemos allí la imagen de Dios; cuando le vemos en las tinieblas del error, en el cieno de la corrupción, en las angustias del infortunio, vemos el estrago hecho en la bella imagen por el borrón del pecado.»

Así es como explica la religión las contradicciones y monstruosidades del hombre; y si bien es verdad que la misma explicación es también un misterio muy superior al alcance de la inteligencia humana, tampoco puede negarse que al través de las sombras que encubren el augusto arcano se divisa tal fondo de razón y de verdad, y que el misterio del pecado original despide tan abundante luz para resolver las dificultades, que nuestro entendimiento se encuentra satisfecho y dice para sí: «Este misterio es superior a tu razón, pero no contrario a ella.»

CAPITULO XII

Reparación del linaje humano por Jesucristo

Caído el hombre del estado de inocencia y felicidad en que había sido criado, infecto de la culpa, echado del paraíso, sujeto a toda especie de penalidades y miserias y, por fin, a la muerte, se hubiera hallado en horrible situación si Dios, por su infinita misericordia, no hubiese || querido remediar tamaña catástrofe, enviando a su Hijo Unigénito para que todos los que creyeran en El no pereciesen, sino que tuvieran la vida eterna. Sin duda que Dios habría podido perdonar al humano linaje su culpa y condonarle la pena merecida sin exigir satisfacción de ninguna clase, ya que el mismo Dios era el ofendido; y, además, ¿quién señala lindes a su omnipotencia? Podía también exigir una satisfacción, alcanzarla de mil maneras diferentes que al débil hombre no le es dado conjeturar, pero que no se ocultan a la sabiduría infinita ni se hallan fuera del alcance de la mano todopoderosa; pero quiso que la misma caída del hombre sirviese para manifestar más y más la infinidad de su poder, el rigor de su justicia, la grandeza de su bondad, el inagotable caudal de su misericordia. Quiso recibir una satisfacción, y no como quiera, sino una satisfacción completa; pero el hombre miserable, finito en su ser, reducido en sus medios, caído de la gracia, sentado en las sombras de la muerte, ¿cómo podía dar satisfacción semejante? Parece que el alma forcejea para encontrar un medio, pero es en vano; el corazón se entristece y se acongoja, la mente se abate y se anubla. ¡Profundos designios de un Dios! «El Unigénito del Padre, imagen del mismo Padre, Dios como su Padre, se hará hombre, sufrirá horribles tormentos y morirá, por fin, en afrentoso patíbulo; ofrecerá sus dolores, sus tormentos y su muerte en expiación de los pecados del mundo y para la reconciliación del humano linaje; los que vivan antes del Salvador se salvarán con la fe en el Mediador venidero, uniéndose a Dios por la esperanza y la caridad, y los que vengan después de El se salvarán || con la fe en el mismo Mediador, unidos a El por la esperanza y la caridad, formando un rebaño que se llamará Iglesia de Jesucristo, que será regido por los pastores puestos por el Espíritu Santo, y principalmente por una cabeza visible, representante y vicario de Jesucristo sobre la tierra». He aquí lo que decretó el Eterno y lo que ha realizado para salvar al humano linaje: ¿puede darse nada más grande, más au-

gusto, más admirable? No podía caber en el pensamiento humano excogitar un medio como éste, en que la justicia divina queda del todo satisfecha, pues que quien satisface es un Dios; manifestándose esta justicia en su aspecto más imponente y terrible, pues que la víctima que exige es nada menos que un Dios, en que la misericordia resplandece admirablemente, pues que Dios se compadece de los hombres hasta darles a su Hijo Unigénito y entregarle a la muerte; en que la sabiduría se ostenta de un modo inefable, conciliando extremos tan opuestos como son el ejercicio simultáneo de una justicia infinita y de una misericordia infinita; haciéndose todo por medio de esa incomprensible comunicación de Dios con el hombre, resultando, por el augusto misterio de la Encarnación, un Dios-Hombre. ¡Ah! Jamás religión alguna se ha presentado tan sabia, tan grande como la católica al explicar esos profundos arcanos del Todopoderoso; jamás ninguna ha ostentado tan magníficos títulos para arrebatar desde luego nuestra admiración, para inspirarnos profundo acatamiento. Lo que es tan grande, tan elevado en sus pensamientos, sólo puede haber emanado de Dios. ||

CAPITULO XIII

Verdad de la venida de Jesucristo

Según la doctrina católica, Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y que se hizo hombre y padeció y murió por la salud del linaje humano. Nuestro entendimiento no es capaz de comprender este tan sublime misterio, y ni aun hubiéramos pensado jamás en él a no haberse Dios dignado revelárnosle. Pero por más inútil que sea el hacer esfuerzos para penetrar el abismo de tan augusto arcano, no deja por eso de poderse demostrar por las mismas señales que Dios ha dado, que es una verdad la venida de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

En primer lugar nadie puede negar que existió en la Palestina, habrá cosa de dieciocho siglos, un hombre llamado Jesús, que predicaba, que arrastraba tras sí gran golpe de gente y que al fin murió en un patíbulo. La existencia de este hombre nos consta tan de cierto como la de muchos otros personajes célebres de la antigüedad, filósofos, oradores, poetas, políticos, guerreros o de otra clase cualquiera. Es bien claro que no sabemos que hayan existido Homero, Alejandro, Cicerón, César, etc., etc., sino porque de la exis-

tencia de esos hombres hablaron sus contemporáneos, siguieron haciendo lo mismo los posteriores, y así en adelante hasta llegar a nosotros. Lo mismo ha sucedido con respecto a Jesús; de El nos hablan los que vivían en su tiempo, || explicándonos cuál era su patria, cuáles sus doctrinas, quiénes sus amigos, quiénes sus enemigos, cuál fué su vida, cuál su muerte; los hombres que vinieron al mundo, desde entonces hasta ahora han continuado hablando de Jesús; y aun aquellos que han pretendido que no era Dios ni enviado de Dios, no han dicho que no haya existido: luego quien salga ahora sosteniendo que es falso que haya existido Jesús, afirmando que su existencia debe tomarse en un sentido figurado, es tan ridículo como quien dijere que Sócrates, que Alejandro, que César no han existido jamás, porque, aun no mirando la cosa con ojos cristianos, sabemos por lo menos tan de cierto lo uno como lo otro.

CAPITULO XIV

Divina misión de Jesucristo

Réstanos ahora probar que Jesucristo era enviado de Dios y verdadero Dios.

Nadie ignora que en varios tiempos y lugares han existido algunos hombres que se han dicho enviados del cielo, cuando en realidad no eran más que pérfidos impostores que, engañando a la muchedumbre, procuraban hacer su negocio, o miserables alucinados que tenían desconcertado el cerebro. En una de estas dos clases ponen a Jesucristo los enemigos de la religión, y aunque es bien claro que la sola idea de tal blasfemia hace horrorizar a todo cristiano, es, sin embargo, muy conveniente que procuremos manifestar a la luz de la razón la suma || injusticia y ligereza con que proceden en esta parte los enemigos de Jesucristo. Su sola persona se presenta ya a primera vista tan extraordinaria, tan superior a todos los hombres que han aparecido sobre la tierra, que ya desde luego se descubre en El algo de maravilloso y divino. Sus costumbres son las más puras; sus palabras, sabias y sentenciosas; su trato, en extremo amable, respira una sencillez tan majestuosa, una gravedad y dignidad tan naturales y sorprendentes, tal elevación de conceptos y sentimientos, que hasta el mismo impío Rousseau exclama admirado: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios.»

Aun los mismos enemigos de la religión cristiana convienen en que la moral de Jesucristo es lo más puro, más noble y elevado que se ha visto jamás. Toda la doctrina de los filósofos antiguos es nada en comparación de la de Jesucristo, ya sea que le oigamos hablando del hombre y de Dios, ya sea que examinemos la base en que hace estribar su doctrina moral, ya sus preceptos y consejos, ya lo poderoso de los motivos para inducir al hombre a la práctica de todas las virtudes. Habiendo Jesús salido de una familia obscura y pobre, no habiendo aprendido en ninguna parte las letras, ¿quién le había comunicado tanta sabiduría? ¿No es esto una prueba de que era enviado de Dios, de que no era un impostor? Cuando algún hombre quiere engañar a otros, lo que procura es halagar sus pasiones y caprichos, disimulando y excusando sus faltas, cuida de buscar la protección de los poderosos, y por lo común no se olvida de labrar su propia fortuna; pero Jesucristo, todo al contrario: || siempre reprendiendo el vicio, siempre contra las pasiones, siempre predicando su moral severa. Busca con preferencia a los pobres, a los desvalidos, ama muy particularmente a los niños, y es tan desinteresado que no tiene sobre qué reclinar su cabeza. ¿Son éstas señales de ser un engañador? Si tal hubiera sido, ¿no habría al menos procurado evitar los tormentos y la muerte? ¿Es posible que se hubiese olvidado de sí mismo hasta tal punto que, a pesar de que veía que tan de cerca le amenazaba el patíbulo, como lo aseguraba El mismo, nada hiciese para librarse de afrenta tan horrorosa? Y el morir con tan serena calma, el no pronunciar una palabra contra sus enemigos, contra aquellos mismos que le estaban insultando y atormentando, el orar por ellos pendiente de la cruz, ¿no manifiesta que en aquel corazón se abrigaba lo que jamás se había abrigado en el corazón de otro hombre?

CAPITULO XV

Continuación de la misma materia

Además, quien no sea enviado de Dios no puede hacer milagros; porque como sólo Dios puede hacerlos, es claro que aquel hombre en favor de cuya doctrina se hacen, ha de ser precisamente enviado de Dios, pues que de otra suerte se siguiera que Dios confirmaría el error con muestras de su omnipotencia. Jesucristo hacía de continuo milagros: resucitaba muertos, daba la vista a los ciegos, el oído a los sor-

dos, la palabra a los mudos, || el andar a los tullidos; curaba con una palabra toda clase de enfermedades; caminaba sobre el mar como sobre un cristal; con el imperio de su voz sosegaba en un instante las olas en medio de la tormenta. Y que hacía milagros es tan cierto, que ni sus mismos enemigos se atrevían a negarlo; como que, no sabiendo a qué recurrir, decían neciamente que Jesús obraba por virtud del demonio; como si hubiera sido esto posible en quien los echaba de los cuerpos, en quien con la santidad de su doctrina presentaba una firmísima prueba de que trataba de destruir el imperio de ese enemigo del linaje humano.

Los que se atreven a dudar de los milagros de Jesucristo deberían también dudar de todo lo demás que nos refieren las historias. Porque, ¿cómo podemos saber que en tal tiempo, en tal lugar, ha habido una guerra, y que en ella se ha distinguido mucho un general que ha tomado estas o aquellas plazas, que ha conseguido estas o aquellas victorias? Es bien claro que el único medio que tenemos es que así nos lo refieran hombres entendidos y veraces que lo hayan visto con sus propios ojos u oído al menos de boca de testigos que merezcan toda fe. Esto sucede con los milagros de Jesucristo; pues que aun mirando la Sagrada Escritura no más que como un libro cualquiera, siempre resulta que son dignos de fe hombres que nos refieren lo que ellos han visto, que lo dicen en presencia de los enemigos del nombre de Jesús, quienes sin duda los hubieran desmentido si se hubiesen arrojado a mentir; hombres que tan convencidos estaban de lo que decían, que murieron en los patíbulos por sostenerlo. ¿Puede darse mejor prueba de || que un hombre cree lo que dice, que el morir con muerte afrentosa para sostener lo que dice?

CAPITULO XVI

El cumplimiento de las profecías, otra prueba de la divinidad de Jesucristo

Otra de las pruebas de que Jesucristo era enviado por Dios son las profecías que se cumplieron en El de un modo tan visible. Las cosas que han de venir y que no tienen ningún enlace necesario con las que han sucedido, sólo Dios es capaz de conocerlas. Puede el hombre saber que mañana saldrá el sol, porque esto es lo que sucede de continuo por el mismo orden de la naturaleza; puede también pronosticar que lloverá, que habrá tempestad, que habrá buena o

mala cosecha, todo con más o menos probabilidades de acierto, según sean los indicios en que se funde la conjetura; pero saber que de aquí a quinientos o a mil o dos mil años haya de nacer un hombre en tal lugar y de tal manera, pronosticando circunstanciadamente el modo con que ha de vivir, padecer y morir; la propagación de su doctrina por toda la tierra, la sociedad que ha de formarse de sus discípulos; en una palabra, predecirlo todo con tanta claridad y precisión como si estuviera sucediendo, ¿quién puede hacerlo sino Dios?

Si en algún hombre se verifican semejantes profecías, y si en ellas se nos dice que este hombre será el Salvador del mundo, que nos traerá la luz y la gracia, || que será el Hijo de Dios, y Dios como su Padre; cuando venga este hombre en quien se cumplan todas las señales de un modo admirable, ¿no habremos de pensar que aquellas predicciones han dimanado de Dios y que aquel hombre es enviado de Dios? Todo esto se verificó en Jesucristo, y de tal manera, que a veces leyendo los profetas parece que estamos leyendo historiadores. El tiempo en que vino al mundo, el lugar de su nacimiento, la persecución de Herodes, la huída a Egipto, el tenor de su vida, su conducta, sus modales, su predicación, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, la propagación de su doctrina, la fundación y duración de su Iglesia, todo se halla pronosticado desde muchos siglos antes y con una precisión que asombra. Los libros de la Sagrada Escritura andan en manos de todo el mundo; el Viejo Testamento y el Nuevo comparados entre sí hacen resaltar esta verdad tan clara como la luz del día. Aquí no se trata de mirarlos como libros sagrados; basta considerarlos como los de Herodoto, de Tucídides o de otro autor cualquiera, cotejar las fechas de las predicciones y de los acontecimientos y ver si lo que sucedió en Jesucristo estaba pronosticado ya muchos siglos antes de que El viniese al mundo.

CAPITULO XVII

Continuación de la misma materia

No sólo se cumplió en Jesucristo todo lo que de El habían anunciado los profetas, sino que El mismo hizo || varias profecías, y todas las vemos cumplidas con una exactitud sorprendente. Antes de morir pronostica la ruina de

Jerusalén, y con palabras que indicaban una catástrofe espantosa; y en efecto, al cabo de algunos años fué destruída Jerusalén, y sabemos por los historiadores profanos que en el sitio y toma de la ciudad sucedieron tantos horrores, que los cabellos se erizan al leerlo. Anunció Jesucristo a sus apóstoles los trabajos, los tormentos y la muerte que habían de sufrir por su nombre, y nadie ignora que los apóstoles anduvieron por el mundo sellando con sus padecimientos y su sangre la fe del divino Maestro. Predijo también que su Iglesia se extendería admirablemente, y que no perecería jamás, a pesar de todas las contradicciones del infierno; y así ha sucedido, y lo estamos viendo con nuestros ojos y palpando con nuestras manos.

¿Qué más se quiere para convencerse de que Jesucristo era realmente enviado de Dios, y de que, como nos dijo El mismo y nos dice nuestra santa Madre la Iglesia católica, era Hijo de Dios y Dios como su Padre, y, por consiguiente, de que la doctrina que El vino a enseñar al mundo es la pura verdad, pues que, siendo Dios, no podía engañarse ni engañarnos?

¡Cuán lamentable ceguera es la de aquellos infelices que se empeñan todavía en cerrar los ojos a tan luminosas verdades! Hacen alarde de no creer nada, dicen orgullosamente que todo esto son preocupaciones, y en su vida quizás han leído un libro de aquellos en que se prueba la verdad de la religión, y todo el fundamento que tienen para no creer es el haber oído cuatro necedades de boca de algún hablador ignorante. ¡Ah! Compadezcámonos || de su miserable ceguedad y veamos si podemos lograr que al menos nos escuchen; que si esto logramos, no será difícil, con la gracia de Dios, el que vuelvan a entrar en el rebaño de la Iglesia.

CAPITULO XVIII

Argumento irrecusable a favor de la divinidad de la religión cristiana

Después de haber presentado tan convincentes pruebas de la verdad de la religión cristiana concluiremos con una que se halla patente a los ojos de todo el mundo, y para cuya comprensión no se necesita ni consultar la Sagrada Escritura ni los Santos Padres, ni leer la historia profana, ni examinar los milagros que hizo Jesucristo ni las profe-

cías que le anunciaron, sino únicamente dar una mirada a hechos sobre que nadie disputa.

Para mayor inteligencia supondremos que nada sepamos de cierto sobre las demás pruebas que manifiestan de un modo irrefragable la verdad de la religión. Nadie niega, ni aun los mismos impíos, que Jesucristo cambió la faz del mundo entero: el mundo era idólatra y se hizo cristiano. Nadie puede dudar tampoco, pues que lo vemos con nuestros ojos, que la religión enseñada por Jesucristo dura todavía, ocupando una gran parte de la tierra; nadie pone en disputa que Jesucristo era un hombre de condición humilde y pobre, que lo mismo eran los apóstoles, y que para el planteo y propagación || de la religión cristiana no se empleó la fuerza de las armas, pues no creo que nadie haya dicho jamás que Jesucristo ni sus apóstoles fueran conquistadores; por fin, nadie puede negar que los preceptos y consejos de la religión cristiana están en lucha abierta con nuestras pasiones, que las contrarían a cada paso, exigiéndonos con frecuencia sacrificios harto dolorosos.

Sentados estos hechos, todos incontestables, todos al alcance de todo el mundo, emplearé el argumento de San Agustín. El cambiar la faz del universo, logrando que, sin armas, sin fuerza, sin violencia de ninguna clase, se alistaran en la religión cristiana personas de todas edades, sexos y condiciones: ancianos, jóvenes, niños, ricos y pobres, sabios e ignorantes, y esto no como quiera, sino perdiendo sus haciendas, acabando sus vidas en medio de los más crueles tormentos; conseguir que esa religión se arraigase, se extendiese y perpetuase a pesar de los esfuerzos de los príncipes de la tierra, de los sabios del mundo, de la resistencia de todas las pasiones; cambiar, repito, la faz del universo de tal manera, ¿lo hicieron Jesucristo y sus apóstoles, haciendo grandes milagros o no? Si fué con milagros, entonces la religión cristiana es verdadera; si sin milagros, entonces preguntaré si no es el mayor de los milagros el convertir el mundo sin milagros; preguntaré si estaban locos los hombres que, sin pruebas, sin ninguna señal de misión divina, sin nadie que los violentase, antes exponiéndose a morir en un patíbulo, quisieran seguir la doctrina de unos cuantos predicadores, pobres, ignorantes, enviados por otro hombre que había sido condenado al último suplicio. Esto no tiene réplica: || reflexionen sobre ello los que tan ligeramente niegan la verdad de nuestra religión, y vean si encontrarán aquí más solidez que en los frívolos discursos que los han engañado.

CAPITULO XIX

Se deshace el argumento fundado en la extensión y duración del mahometismo

Dirán quizás algunos que la religión de Mahoma también se ha extendido mucho; pero a esto responderemos que Mahoma y sus sucesores extendieron su religión por medio de las armas; sus pruebas eran la cimitarra levantada sobre la cerviz de los vencidos: o *creer* o *morir*. ¿Lo hacían así los apóstoles, andando solos por el mundo, sin más armas que su cayado? Mahoma, al empezar sus predicaciones, era ya un hombre muy rico y poderoso, instruído al estilo de su tiempo y país, tenido por sabio entre los suyos y que ejercía considerable influencia; Jesucristo era de condición humilde, no había aprendido las letras, y era tan pobre que nació en un pesebre y no tenía donde reclinar su cabeza. Mahoma, lejos de contrariar las pasiones, las halagó, concediendo a sus sectarios amplísima libertad en aquellas cosas que más seducen y arrastran el corazón del hombre; pero Jesucristo, lejos de halagar ninguna pasión, lejos de disculpar ningún vicio, siempre habla con entereza contra todo desarreglo, nada disculpa de malo, y muestra con su palabra y con su ejemplo el estrecho || camino de la virtud. ¿Qué tiene, pues, que ver Mahoma con Jesucristo? Al fin, bien examinada la cosa, vemos en Mahoma a un hombre ya poderoso, que por varias mañas se hace rey, que después extiende su reino por medio de la conquista y que impone su religión a sus vasallos, como otros conquistadores han impuesto a los vencidos otras leyes: ¿qué hay aquí de divino, de milagroso? Habrá, si se quiere, astucia, habilidad, valor o cosas semejantes; pero sobrenatural no hay nada; nada hay que ni siquiera pueda compararse con lo ejecutado por Jesucristo.

CAPITULO XX

Se deshace la dificultad fundada en la idolatría

Quizás también no faltará quien diga que la idolatría, antes de la venida de Jesucristo, también se hallaba extendida por casi todo el mundo, y que aun conserva sujetos a su dominio muchos pueblos de la tierra, y que de esto,

sin embargo, no se sigue que la idolatría sea la religión verdadera.

Ya hemos visto cuán flaco es el argumento que se saca de la religión de Mahoma; pues aun es mucho más flaco el que acabamos de proponer fundado en la extensión y duración de la idolatría. Porque, en primer lugar, la idolatría no es una religión, sino un conjunto de todos los errores y monstruosidades; en unos tiempos y países se presenta bajo una forma, en otros bajo otra muy diferente: no vemos en ella una religión planteada con || un sistema arreglado, sino una informe masa de errores que se van amontonando con el tiempo, que se compone de verdades alteradas y desfiguradas, de ficciones del todo arbitrarias, de alegorías mal comprendidas, de pasiones divinizadas; pero nada vemos uniforme, fijo; nada que indique un plan, no sólo inspirado por Dios, pero ni siquiera arreglado por un hombre.

¿Cómo, pues, se atreverá nadie a comparar con la idolatría la religión cristiana, esa religión santa, en que todo es uniforme y arreglado, todo noble, todo puro, todo grande, con aquella religión despreciable en que todo es vario, todo informe, todo mezquino y afeado a cada paso con la negra mancha del vicio? Esa religión divina, tan acorde con todas las luces naturales, que, si bien enseña misterios superiores a la razón, nada enseña contrario a la razón, ¿quién puede compararla con ese monstruoso conjunto de errores y delirios de la idolatría, con esa turba de dioses y diosas que riñen entre sí, que se aborrecen, se envidian, se hacen la guerra, que cometen hurtos y adulterios, que se manchan con toda clase de vicios, que patrocinan la corrupción, que se complacen en los sacrificios de sangre humana, que exigen para su culto los actos más vergonzosos y que, arremolinados y confundidos sin orden ni concierto, están todos sujetos a cierta divinidad ciega, inflexible, que nadie sabe lo que es y a la cual llaman *Destino*? Cosa que ya a primera vista tanto repugna a la razón, ¿habrá quien ose compararla con nuestra religión augusta? Para convencerse de lo monstruoso de semejante comparación, ¿se necesita acaso más que abrir uno de esos libros en que se contiene la historia de los || falsos dioses, y cotejarla con la doctrina del catecismo cristiano o con las narraciones del Viejo y del Nuevo Testamento?

CAPITULO XXI

Divinidad de la Iglesia católica

Hemos demostrado que Jesucristo no era un impostor, que tenía todos los caracteres de un enviado del cielo; luego todo lo que El enseñó es la pura verdad; luego lo que El prometió se cumplirá; luego la santa Iglesia que El fundó durará, como El mismo dijo, hasta la consumación de los siglos; luego esta Iglesia a quien prometió su asistencia no puede engañarnos, y, por consiguiente, debemos descansar tranquilos en su fe, sin que nos sea permitido dudar de ningún artículo de los enseñados por ella.

Esta Iglesia en cuyo seno debemos vivir y morir es la católica, apostólica, romana, la que reconoce por cabeza visible al Pontífice Romano; porque no sería bastante que estuviéramos convencidos de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, de que vino al mundo para redimirnos y de que todas las religiones, fuera de la cristiana, son falsas, si no estuviésemos unidos con la verdadera Iglesia, que es la católica romana. Es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el particular, porque como las sectas separadas de la Iglesia católica se denominan también cristianas, sería posible que algún incauto se dejase alucinar con la santidad || del nombre y cayese en error, juzgando que basta pertenecer a una de esas sectas para alcanzar la eterna salvación.

CAPITULO XXII

Falsedad de las sectas separadas de la Iglesia romana

Si se quiere manifestar el extravío en que se hallan todas las sectas separadas de la Iglesia romana, no es necesario impugnar uno por uno todos los errores en que han caído, sino que será suficiente presentar una razón que, militando igualmente contra todas, las convenza de falsas a todas. Para esto les preguntaremos: ¿Cuál es la verdadera Iglesia? Es claro que han de convenir en que es aquella que, habiendo sido fundada por Jesucristo y los apóstoles, ha continuado hasta nosotros. Ahora bien: ¿cuál es la Iglesia que reúne semejantes caracteres? ¿Es la católica roma-

na, o alguna de las otras? Preséntense todas en línea: la luterana, la calvinista, las protestantes todas, y con una sola pregunta las dejaremos confundidas. Esta pregunta será: ¿Quién te fundó? A mí, responderá la una, me fundó Lutero; a mí Calvino, dirá la otra; a mí Socino, contestará ésta; a mí Fox, dirá aquélla; y así podrán ir siguiendo todas: es decir, que su antigüedad sube a doscientos o a lo más a trescientos años, cuando la fundación de la Iglesia romana es del apóstol San Pedro, y la sucesión de sus pontífices viene por una cadena no || interrumpida desde San Pedro hasta el actual pontífice Pío IX. Este es un argumento que no tiene réplica, pues que se funda en un hecho que no pueden negar ni los mismos protestantes, y que, a decir verdad, tampoco se atreven a ponerle en disputa.

CAPITULO XXIII

Se dan algunas reglas para no dejarse engañar por los protestantes, y se deshacen algunas de las dificultades que éstos suelen proponer

¿Qué dicen, pues, los protestantes para encubrir su apostasía? Dicen que la Iglesia romana se había corrompido, que había errado y que, por tanto, era necesario corregirla y reformarla; de modo que ellos se llaman a sí mismos *reformados*, y a sus iglesias, *iglesias reformadas*. Como en semejantes disputas suelen aparentar los herejes mucho celo por la verdad y la virtud, es necesario estar sobre sí y no dejarse deslumbrar por palabras que nada significan, por raciocinios que nada prueban.

Es necesario también tener por sospechosas muchas de las relaciones en que ponderan los abusos y vicios, pues que el espíritu de secta y el odio profundo que abrigan contra la Iglesia católica romana los arrastran con frecuencia hasta la calumnia, ya fingiendo lo que jamás ha existido, ya abultando y ennegreciendo lo verdadero.

El fiel católico, mayormente si no está bastante versado || en la historia, no debe entrar en cuestiones sobre si hubo o no más o menos corrupción en tal o cual tiempo, en este o aquel lugar, ni si tal o cual eclesiástico u obispo cumplió con sus deberes o no; el modo más expedito y más juicioso de responder a semejantes dificultades es el contenido en el siguiente diálogo:

Dirá el *protestante:* En tal siglo había tal y tal abuso; aun en Roma se veía este o aquel exceso; los eclesiásti-

cos no cumplían con sus deberes, se abandonaban al vicio.

Católico.—Prescindiré de lo que haya de verdadero o falso en lo que usted dice, pero quiero suponer que sea todo así; Jesucristo no dijo que fundase una Iglesia en que todos los papas fueran buenos, en que todos los obispos y eclesiásticos cumpliesen siempre con sus deberes; lo que sí dijo es que no permitiría que esta Iglesia errase y que estaría con ella hasta la consumación de los siglos. ¿Qué tienen, pues, que ver los vicios, ni de los eclesiásticos, ni de los obispos, ni de los papas, con la doctrina que ellos enseñan? Ellos están encargados de enseñármela; yo veo en ellos a un enviado de Jesucristo: si son viciosos lo sentiré, me compadeceré de sus flaquezas, pero esto no me autoriza a apartarme de su doctrina. Jesucristo me dice que oiga a sus ministros, y no me advierte que no los haya de oír cuando sean malos.

Protestante.—¿Cómo es posible que Jesucristo, para enseñarnos la verdad, quiera nunca valerse de ministros malos? ¿Qué tiene que ver la santidad con el vicio, la luz con las tinieblas?

Católico.—Vea usted, cada cual mira las cosas a su || modo: yo, tan lejos estoy de extrañar lo que usted extraña, que, antes al contrario, me parecería muy irregular que Jesucristo hubiese querido valerse sólo de ministros buenos. Porque en tal caso, o era menester que hubiera estado haciendo continuamente un gran milagro, no permitiendo que en ningún tiempo y en ninguna parte del mundo ningún ministro de la Iglesia cometiese un solo pecado, o bien era preciso que nos diese una señal fija para conocer cuáles eran los ministros pecadores y saber que no habíamos de escucharlos. Muchos pecados hay que pueden ser cometidos sin que lo sepa otro que el mismo que los comete: en tal caso, ¿qué remedio tendríamos? ¿Hubiera Dios de estar enviándonos de continuo ángeles para revelarnos que no escuchemos a tal eclesiástico, a tal obispo, porque ayer a tal hora cometió este o aquel pecado? ¿No ve usted en qué confusión andaríamos de continuo si siguiéramos semejante doctrina? ¿No ve usted, pues, cuán infundado es decir que la Iglesia romana erró, y que no debemos escucharla, fundando esto en los vicios de los eclesiásticos, de los obispos ni aun de los papas, y hasta suponiendo que sean tantos y tan graves como usted dice, y aunque lo fueran mucho más?

Protestante.—Pero ¿no es cosa bien dura la que sostenéis y practicáis vosotros los católicos, de sujetar el entendimiento en materias de fe al juicio de la Iglesia, es decir, de otros hombres?

Católico.—Nosotros sujetamos nuestro juicio a la autori-

dad de la Iglesia, porque ella es la depositaria de la verdad, cuyo depósito le ha encomendado el mismo Dios, prometiéndole su asistencia para guardarla y enseñarla; || de consiguiente, sometiéndonos a la autoridad de la Iglesia nos sometemos a la autoridad del mismo Dios.

Protestante.—Pero ¿acaso no basta la Sagrada Escritura para saber todo lo que Dios ha querido revelarnos?

Católico.—No, señor; y la mejor prueba son ustedes mismos los protestantes. Desde que se separaron de la Iglesia católica han estado apelando a la autoridad de la Sagrada Escritura, y han llegado a sacar tan en limpio la verdad, que al fin han logrado no entenderse, formándose tantas y tan variadas sectas, que no es fácil clasificarlas ni aun contarlas. La verdad es una, y siempre la misma; ¿cómo es posible, pues, que se halle la verdad en sectas que de tal manera discrepan entre sí y que cada día están variando de creencia? No puede darse más sólida prueba de la falsedad de una regla que el ser conducido por la misma a resultados falsos; y la regla de interpretar la Sagrada Escritura ateniéndose únicamente al juicio particular de cada individuo, y no escuchando la voz de la Iglesia católica, los ha conducido a ustedes los protestantes a tantos errores, que en la actualidad sería muy ardua tarea el empeñarse, no diré en refutarlos, pero ni aun contarlos.

Protestante.—Pues ¿adónde podemos recurrir mejor que a la misma palabra de Dios?

Católico.—Si la palabra de Dios fuese tan clara en todas sus partes que no ofreciese dificultad alguna, de modo que cualquiera pudiese entenderla sin peligro de equivocarse, entonces sería admisible el sistema de los protestantes; pero yo oigo decir que la Sagrada Escritura es un mar en que se pierden los hombres más sabios; || y ustedes mismos, que se empeñan en tenerla por tan clara y tan fácil, nos dan una señal evidente de que no lo es, pues cada secta, y aun cada sectario, la entiende a su modo. Me parece a mí que si Jesucristo no hubiera establecido sobre la tierra una autoridad viviente para enseñarnos la verdad, apartarnos del error y aclarar nuestras dudas, nos habría dejado en una confusión tal, que no nos hubiera servido de mucho la luz de la verdad divina. Desde que Jesucristo vino al mundo han nacido de continuo sectas y más sectas que han enseñado los más groseros y monstruosos errores, como usted no podrá negarme: ¿qué sería, pues, de la verdad si no tuviésemos a la mano una regla segura y fija, por la que pudiéramos distinguir la verdad del error? Nosotros los católicos decimos que esta regla infalible es la autoridad de la Iglesia; lo decimos, y lo podemos probar con la misma Sagrada Escritura, a que ustedes los protestantes apelan;

y además, aun mirada la cosa a la sola luz natural, se ve que es tan conforme a la razón el que Jesucristo estableciese sobre la tierra un maestro que pudiera enseñarnos sin peligro de error, que si así no fuera podría decirse que nos dejó sin certeza sobre lo más necesario para nuestra salud, y que no acertó a fundar bien su Iglesia, lo que sería una blasfemia contra su bondad y sabiduría. ||

CAPITULO XXIV

Otro argumento contra los protestantes

Aun prescindiendo de estas razones, cuya solidez no podrá menos de ser reconocida, siempre queda en contra de los protestantes una dificultad insoluble. Dicen que la Iglesia se había de reformar, que se habían de corregir sus abusos y errores; pero yo preguntaré si para ejecutar todo esto era necesario que aquel o aquellos que acometieron tamaña empresa fueran enviados de Dios y que hubieran recibido del cielo tal encargo. Es evidente que sí; porque ¿quién se arroja a enmendar la obra de Dios sin ser enviado de Dios? Ahora bien: Lutero, Calvino, Zuinglio, Bucero y todos los demás corifeos del protestantismo, ¿de quién tenían semejante misión? ¿Qué señales dieron de que fueran enviados del cielo? Nadie ignora que no hay en la actualidad un solo protestante instruído y juicioso que no se echara a reír si se le hablase de milagros o de profecías que apoyasen la autoridad de los pretendidos reformadores: todo el mundo sabe que la historia de estos hombres funestamente célebres es tan reciente, que no es difícil seguir su vida paso a paso y manifestar que hay no poco de que tendrían que ruborizarse los que siguen sus doctrinas; ¿cómo se quiere, pues, que demos fe a sus palabras? ¿No vale más atenerse a la autoridad de la Iglesia romana, cuya fundación data del tiempo de los apóstoles, y que en medio de tantas || vicisitudes y contratiempos ha permanecido siempre inalterable enseñando una misma doctrina?

CAPITULO XXV

Reglas de prudencia que debe observar el católico al tratar de los misterios

Sucede a menudo que se argumenta contra la religión, no atacando ni los milagros, ni las profecías, ni la santidad de la doctrina, ni otra alguna de las señales que patentizan su divinidad, sino que se fija la cuestión sobre algún misterio y se le toma por blanco de las impugnaciones. En tales casos es necesaria mucha discreción; de otra suerte se corre peligro de salir desairado en la disputa. La razón es clara: el misterio, por lo mismo que es misterio, no puede ser explicado de manera que se presente a nuestra razón con toda claridad; y entonces, prevaliéndose el incrédulo de la obscuridad que debe por precisión acompañar las explicaciones del católico, llama falso lo que sólo debe llamarse incomprensible. No sucederá esto si el católico sabe colocar la cuestión en el verdadero terreno, lo que conseguirá fácilmente si tiene presentes las reflexiones que siguen.

En primer lugar debe guardarse muy bien el católico de empeñarse en aclarar de tal modo el misterio, que pretenda no dejar en él ninguna obscuridad: esto sería negar al misterio la calidad de tal, pues si pudiéramos comprenderle y explicarle dejaría para nosotros || de ser misterio. Así es que, en tratándose del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación o de otro cualquiera, si bien no puede reprendérsele que procure aclararlos, o con aquellos símiles que haya visto en el catecismo, o con reflexiones que haya oído a personas sabias y religiosas, debe, sin embargo, andar en esto con mucho tiento, no sea que, dando a los símiles o a las reflexiones más importancia de la que en sí tienen, pretenda que es una razón sólida lo que es tan sólo una comparación oportuna o una aclaración plausible. Será bueno que ante todo proteste que él no entiende el misterio, que no pretende tampoco entenderle, que en el mismo caso se hallan todos los católicos, por lo mismo que le reconocen como misterio. Será bueno también, en tratando con incrédulos, no detenerse mucho en los símiles ni otras razones de congruencia, y quizás no pocas veces sería muy saludable no echar mano de ninguno de esos medios; porque o el incrédulo o los otros que escuchan podrían creer que aquello se aduce como una prueba, y, por otra parte, si el adversario es algo sagaz cuidará de atacar

el flanco débil, y si logra hacer vacilar la razón de congruencia se jactará de haber hecho vacilar el misterio. Paréceme que lo más prudente en tales casos sería adaptarse poco más o menos al método prescrito en el siguiente diálogo. ||

CAPITULO XXVI

Método para disputar con los incrédulos sobre los misterios

Dirá el *incrédulo:* ¿Cómo es posible creer las cosas que creen ustedes? Tres personas, y, sin embargo, un solo Dios; Dios hecho hombre; la substancia del pan convertida en cuerpo de este Dios-Hombre; y otras cosas semejantes; a ver: ¿cómo me explica usted estos misterios?

Católico.—Ningún católico pretende poder explicarlos ni entenderlos: reconocemos que son misterios, y por lo mismo ya confesamos que son incomprensibles.

Incrédulo.—Pero, y entonces, ¿cómo los creen ustedes?

Católico.—Es muy sencillo: los creemos porque nos consta que Dios los ha revelado.

Incrédulo.—Pero esto de creer cosas que el entendimiento no alcanza, ¿qué mérito puede tener delante de Dios?

Católico.—Si fueran cosas que comprendiéramos con la sola razón, poco mérito tendría la fe: creyéndolas sujetamos nuestro débil entendimiento a la sabiduría infinita.

Incrédulo.—Pero yo quisiera que usted me explicase, por ejemplo, ¿cómo puede ser: un solo Dios y tres personas?

Católico.—No lo sabría explicar bien; repito que || para mí es un misterio; le acato profundamente, y me juzgaría culpable si tuviese el orgullo de querer comprenderle.

Incrédulo.—Esa sumisión tan ciega del entendimiento en cosas que no comprende me parece insoportable.

Católico.—A mí me parece muy llevadera, y está muy lejos de parecerme ciega. Si usted me permite, le manifestaré cómo yo concibo esta sumisión del entendimiento, y para el efecto me tomaré la libertad de dirigirle algunas preguntas.

Incrédulo.—Usted la tiene; le escucharé con mucho gusto.

Católico. — ¿Hay cosas que nuestro entendimiento no puede comprender? Y el no comprenderlas, ¿es razón bastante para negarlas?

Incrédulo. — Esta es una pregunta tan general... y tan vaga...

Católico.—¡Cómo general! ¡Y cómo vaga! Antes es muy

precisa. No tema usted; para manifestar que hay cosas que no podemos comprender no me será necesario subir al cielo, ni descender a las entrañas de la tierra, ni atenerme a cosas generales y vagas, sino que aquí mismo tengo hechos que usted no podrá negarme. ¿Ignora usted que el hombre casi nada comprende de todo cuanto le rodea? ¿Nos comprendemos acaso a nosotros mismos? Esos ojos con que vemos, y el oído, el tacto, el olfato, el gusto, todos nuestros sentidos de que nos servimos continuamente, ¿sabemos acaso en qué consisten? ¿Ha podido explicarlo hasta ahora ningún filósofo del mundo? ¿Ignora usted que los más grandes || sabios andan a tientas cuando tratan de explicar los fenómenos más comunes de la naturaleza?

Incrédulo. — Efectivamente es así; la naturaleza está llena de arcanos, y nosotros mismos, a nuestros ojos, somos un gran misterio; pero ¿qué infiere usted de esto?

Católico.—Lo que infiero es que hay muchas cosas que nosotros no entendemos, y que el no entenderlas no es suficiente razón para negarlas; y que para creerse una cosa, la dificultad no debe ponerse en si la entendemos o no, sino únicamente en si tenemos motivo para creerla o no. Si bien se mira, eso que extraña usted tanto en los católicos lo está viendo practicar por todo el mundo y lo practica usted mismo todos los días. Cuando nos cuentan que en tal país hay un animal muy extraño, que hay una mina muy abundante de este o aquel metal, que hay una planta rara de esta o aquella naturaleza, que acaecen allí extraños fenómenos que no vemos entre nosotros, para creerlo o no nunca miramos si entendemos cómo se verifican aquellas extrañezas y por qué causas, sino quién lo refiere, si la tal persona es digna de crédito, ya por su inteligencia, ya por su experiencia, ya por su veracidad, y tendríamos por ridículo al que saliera diciendo que no cree, por ejemplo, que en tal país tienen los hombres tal color, porque no concibe cómo esto pueda verificarse.

Haga usted la aplicación a nuestro caso: cuando tratemos de misterios en una religión, lo que debemos mirar es si efectivamente aquella religión tiene los caracteres de divina; y si los tiene, si nos constare que efectivamente nos ha venido de Dios, ¿qué importa que no entendamos los misterios? ¿Acaso Dios no sabe muchas || cosas que nosotros ignoramos? ¿Y por qué no podría revelárnoslas? Y dándonos El a conocer que en realidad es El mismo quien nos las revela, ¿cómo se podrá negar la obligación que tenemos de creerlas? Creemos a un hombre de bien aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos, ¿y no creeríamos a Dios, que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra religión es divina las tenemos en los

milagros, en el cumplimiento de las profecías y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora. ¿Qué más queremos? ¿Qué tiene, pues, de extraño nuestra fe?

CAPITULO XXVII

SE MANIFIESTA LA EXISTENCIA Y LA NECESIDAD DEL SUMO PONTIFICADO

Sucede con frecuencia que los que tratan de combatir la religión católica se abstienen de hablar contra el cristianismo, y aun a veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo, valiéndose mañosamente de este medio para dirigirle un tiro más recio y certero. Saben muy bien que sin cabeza de la Iglesia no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar el Sumo Pontificado, presentando la supremacía de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpación sobre la autoridad de los demás obispos. Por esta causa conviene tener a la vista algunas reflexiones con que se pueda responder a esa clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta || a los protestantes e incrédulos como si fuera de una institución monstruosa, es, sin embargo, lo más sencillo, lo más conforme a razón que imaginarse pueda. Afirmamos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir, que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina y guiándole por el camino de la eterna salud. Decimos que la autoridad del Papa es superior a la de los obispos, y que éstos deben respetarle y obedecerle, como que es puesto sobre ellos por el mismo Jesucristo. Dejando aparte las muchas pruebas que en favor de estas verdades podrían sacarse de la Escritura y de la tradición, nos limitaremos a algunas reflexiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ninguna sociedad grande ni pequeña sin un jefe que la presida y la gobierne. En la familia hay la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias hay sus alcaldes, sus gobernadores, sus jefes políticos, sus capitanes generales; en las naciones hay un rey, si son monarquías, o bien, si son repúblicas, un presidente, un cónsul, etc., es decir, un jefe con uno u otro nombre. Siendo, pues, la Iglesia católica una sociedad extendida por toda la

tierra con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes, ¿es posible que esté sin un jefe? ¿Puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿Habría tenido Jesucristo menos previsión y buena voluntad que todos los demás legisladores, quienes al dar sus leyes a un || pueblo jamás se olvidaron de crear una autoridad que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita a su diócesis, y, por consiguiente, en tratándose de asuntos pertenecientes a toda la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos estaríamos sin autoridad competente. Se replicará que para esto son los concilios generales, adonde concurren o al menos son llamados los obispos de toda la Iglesia. Pero nosotros añadiremos que los concilios, por lo mismo de ser una reunión, han de tener una cabeza, y ésta no existe sin el Sumo Pontífice. Prescindiendo de muchas otras reflexiones que podrían hacerse sobre este punto, contentarémonos con una, que disipa de un golpe toda la dificultad, demostrando hasta la evidencia la necesidad del Sumo Pontificado, y que sin él no bastarían para el gobierno de la Iglesia los solos concilios generales.

La Iglesia no es una sociedad que exista solamente por ciertas temporadas, sino que dura siempre; luego la autoridad que la ha de dirigir y gobernar no puede ser una autoridad intermitente: los concilios, y mayormente los generales, no pueden reunirse sino a trechos y éstos muy largos; luego no son a propósito para que ellos solos puedan gobernar la Iglesia. El último concilio general, que es el de Trento, se reunió hace ya cerca de tres siglos: ¿qué habría sido del gobierno de la Iglesia en este larguísimo intervalo si no hubiese existido otra autoridad que la de los concilios? ¿Y qué sería en adelante, cuando, atendidas las dificultades e inconvenientes que median para verificar semejantes reuniones, quizás || pasarán siglos sin que se tenga otro concilio general? A cada paso surgen disputas sobre la fe y las costumbres; a cada paso se ofrecen dificultades sobre gravísimos puntos de disciplina: ¿adónde podría recurrir el pueblo fiel si Jesucristo no hubiese dejado sobre la tierra a su vicario en la persona del Romano Pontífice?

Las consideraciones que acabamos de presentar son tan obvias, tan sencillas y al propio tiempo tan convincentes, que es necesaria mucha obstinación para no rendirse a su evidencia. Guárdese todo católico de prestar oídos a los que intentaren persuadirle de que la supremacía del Papa no es necesaria para nada; entienda que se trata nada menos

que de un dogma de fe reconocido como tal por toda la Iglesia; y sepa que el día en que deje de reconocer que el Papa es el supremo Pastor de la Iglesia, aquel día deja de ser católico.

CAPITULO XXVIII

Sobre la potestad de la Iglesia para imponer mandamientos a los fieles

Es cosa digna de lamentarse el olvido en que están algunos cristianos de la obligación que tienen de cumplir con los preceptos de la Iglesia. Algunos hay de cuya boca no se oye la impugnación de ningún misterio, y que se glorían de conservar la fe, pero que, sin embargo, en tratándose de ciertos preceptos de la Iglesia, dicen tranquilamente que «esto es cosa de hombres; que ellos son cristianos, pero no fanáticos», y así no reparan || en prescindir, por ejemplo, de todo ayuno, de abstinencia de carne, etc. Lo que hay de muy notable en semejante conducta es la inconsecuencia, porque si son cristianos católicos no pueden dudar que la Iglesia tiene facultad legislativa en las cosas que son de su pertenencia, y que, por tanto, puede imponer a los fieles aquellos preceptos que juzgue convenientes para conducirlos por el camino de la salud eterna. Infiérese de ahí que se los puede reconvenir con la reflexión siguiente: ¿Creéis que la Iglesia tenga facultad para imponeros preceptos en las materias que son de su incumbencia? Si decís que no, entonces ya no sois católicos, ya habéis dejado de creer un punto de fe católica; si decís que sí, entonces, ¿cómo es que llamáis preocupación y fanatismo el cumplimiento de unos preceptos cuya legitimidad admitís como dimanados de una autoridad que vosotros mismos tenéis por competente?

Si el hombre se siente débil para cumplir los mandamientos que la Iglesia le impone, vale más que confiese su debilidad que no que, para excusarla, use de expresiones cuyo significado natural es, o bien que ha dejado de ser católico, o bien que es inconsecuente de un modo increíble.

La fe nos enseña la obligación que tenemos todos los fieles de obedecer los mandamientos de la Iglesia; sin embargo, bueno será manifestar esta verdad con sola la luz de la razón: vamos a hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada ha de haber leyes para su arreglo; luego ha de existir también un poder que tenga la facultad de establecerlas. Los miembros || de toda so-

ciedad están obligados a obedecer las leyes que en ella rigen, porque de otra manera inútil sería la ley, irrisorio el derecho de la autoridad legislativa, e imposible además el buen orden y hasta la existencia de la sociedad. La Iglesia católica es una sociedad extendida por toda la tierra; luego ha de haber en ella la facultad de hacer leyes para los fieles; luego éstos están obligados a obedecerlas.

CAPITULO XXIX

Autoridad de la Iglesia en la prohibición de los malos libros

La prohibición que hace la Iglesia de la lectura de los libros malos es uno de los puntos sobre que han declamado mucho sus enemigos. No reconociendo éstos en nada la autoridad de la Iglesia, no es extraño que tampoco la reconozcan en lo tocante a la prohibición de los malos libros; pero al menos deberían confesar que la Iglesia prohibiéndolos procede consecuente a sus principios y cumple con un deber que le impone su instituto.

Un padre de familia que ve introducido en su casa un libro de malas doctrinas usa de un derecho indisputable prohibiendo a su familia el leerle; la autoridad civil prohibe también la circulación de aquellos escritos que inducen a la infracción de las leyes o a la corrupción de las costumbres, o que pueden provocar disturbios y sediciones; es decir, que el vigilar sobre los libros || o escritos es un derecho reconocido en la autoridad paterna y en la civil; y no podía ser de otra manera, supuesto que no es dable poner en disputa la grande influencia que puede ejercer un escrito, ya en bien, ya en mal. Previas estas observaciones, preguntaremos a todo hombre juicioso si no encuentra muy natural, muy razonable, muy justo, el que la Iglesia, encargada del sagrado depósito de la sana doctrina y que ha recibido de Jesucristo la misión de guiar a los hombres a la eterna salvación, vigile con asiduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulen entre los fieles y prohiba la lectura de aquellos que juzga de influencia nociva. ¿Qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas o corrompa las costumbres? ¿Cómo, pues, se podrá disputar a la Iglesia el derecho de prohibir a sus miembros el que por una curiosidad indiscreta den la muerte a su alma?

CAPITULO XXX

Demuéstrase la necedad de aquellos que hacen del incrédulo por parecer sabios

No faltan algunos que piensan que la incredulidad es prueba de despreocupación y de sabiduría, y quizá sea éste el motivo que habrá inducido a no pocos hasta el extremo de fingirla. ¡Lamentable extravío nacido de la vanidad y de la ignorancia! ¡Preocupación funesta que es necesario combatir y contra la que debe precaverse el cristiano desde sus primeros años! Un libro || como éste no es el lugar a propósito para desvanecer semejante error con toda la abundancia de erudición y de reflexiones a que se brinda la materia; pero no será fuera del caso presentar algunas consideraciones y consignar algunos hechos que puedan servir para manifestar que la fe no está reñida con la ilustración y la sabiduría.

En primer lugar la fe versa sobre objetos que el hombre no puede comprender con la luz de la razón; por manera que, si trata de examinar con las solas fuerzas de su entendimiento los augustos misterios que le enseña la fe, queda deslumbrado y obscurecido. Las ciencias humanas tienen por objeto aquellas cosas que nuestra razón puede alcanzar; luego versando la fe sobre objetos distintos de los que ocupan a la ciencia, la una no daña ni embaraza a la otra.

Lejos de embarazarse ni dañarse la fe y la ciencia, antes bien se ayudan mutuamente; porque siendo ambas una luz concedida por Dios al entendimiento del hombre, son como dos hermanas que pueden y deben vivir en estrecha amistad prestándose recíprocos servicios. El hombre que cree y que al mismo tiempo posee la ciencia encuentra abundancia de razones para manifestar cuán fundada es su fe; y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe hacerlos plausibles, presentándolos bajo mil aspectos diferentes y haciendo ver que, si bien son superiores a la razón, no son, empero, contrarios a la razón.

La ciencia puede también a su vez reportar de la fe mucho provecho; y le ha reportado en efecto, como || podría demostrarse con la historia en la mano. Si se compara la ciencia de los filósofos gentiles con la de los filósofos cristianos respecto a las cuestiones más elevadas, se verá que

aquéllos eran unos verdaderos niños con relación a éstos: un niño con sólo el catecismo cristiano aprende tan altos conocimientos, que si se levantaran de sus sepulcros Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, en una palabra, todos los grandes sabios de la antigüedad, le escucharían con admiración y asombro. Y con razón, porque las más elevadas cuestiones sobre Dios, sobre el hombre y sobre la moral las oirían explanadas con sublime sencillez, cuando ellos consumieron una larga existencia para columbrar siquiera una solución verosímil.

Esto no es exageración, es una verdad en la que están acordes todos los sabios, y los mismos incrédulos no han podido negar los grandes progresos que debe el entendimiento humano a la enseñanza del cristianismo. ¿Cómo, pues, será posible que la religión de Jesucristo esté reñida con el saber y que la incredulidad sea una prueba de ilustración? Lo que tanto ha contribuído a iluminar al linaje humano, ¿podría ser amante de las tinieblas? Lo que ha descendido del seno de la sabiduría infinita, del manantial de toda luz, no puede ser enemigo de la luz. ||

CAPITULO XXXI

Continuación de la misma materia

Muy escaso conocimiento manifiestan tener de la historia del saber humano los que piensan que la incredulidad es hija de la sabiduría. Basta abrir un libro de aquellos en que se refiere la vida de los hombres más ilustres, que con sus talentos y saber han honrado el mundo desde el establecimiento de la religión cristiana, para ver que los sabios más distinguidos se han gloriado con el bello título de hijos de la Iglesia católica. Recórranse los catálogos de los hombres que más se han señalado en un ramo cualquiera de los conocimientos humanos, y es bien seguro que siempre podrá la Iglesia católica presentar muchos de entre sus hijos que, sin dejar de cautivar el entendimiento en obsequio de la fe, brillaban como esplendentes antorchas por sus talentos y sabiduría.

Pero ¿qué más? ¿No poseemos inmensas bibliotecas que son como el depósito de los conocimientos humanos? ¿De dónde ha salido aquel cúmulo de libros cuya sola vista nos asombra? Revuélvanse, y se echará de ver que en su inmensa mayoría son obras de autores cristianos y muchos de ellos eclesiásticos. Luego es una necedad el decir que la re-

ligión sea enemiga del saber, que la incredulidad sea prueba de ilustración y que la fe sea propia de espíritus pequeños y apocados; luego el manifestarse incrédulo por parecer sabio es || señal evidente de ignorancia, es una vanidad pueril, es una criminal frivolidad de que debe preservarse todo hombre inteligente y juicioso. Tanta es la fuerza de esta verdad, que hasta en medio de la disipación y bullicio del mundo empieza ya a ser mirada con mal ojo la irreligiosidad y va cayendo en desprecio la insensata moda de hacer del incrédulo. Entre personas bien educadas, aun de aquellas que son poco adictas a la religión, se mira como cosa indigna de un hombre decente el verter ideas irreligiosas.

CAPITULO XXXII

Reflexiones que debe tener presentes el católico al proponérsele alguna dificultad contra la religión

Puede ocurrir con frecuencia que a un católico se le objeten dificultades que él no acierte a soltar, pero éste no es motivo bastante para que vacile en su fe. Y lo más que puede inferirse de ocurrencias semejantes es que el adversario tiene mayores alcances, o más instrucción en la materia. Si bien se mira, el hallarse el defensor de la verdad vencido alguna vez en la disputa por el defensor del error no es cosa que suceda exclusivamente en las cuestiones religiosas, pues que acontece lo propio en todos los demás ramos. ¿Cuántas veces no vemos que un abogado de una mala causa arrolla y confunde a su adversario, o por la superioridad de su talento y conocimientos, o por su mayor sagacidad y sutileza? En las conversaciones, ¿no presenciamos a || cada paso que un hombre de entendimiento claro y despejado, mayormente si está dotado de una locución fácil y expedita, da a todos los asuntos el giro que más le agrada, y hace ver, como suele decirse, *blanco lo negro y negro lo blanco*? Luego nada prueba contra la religión el que un incrédulo haya propuesto una dificultad a la cual los católicos que le escuchaban no hayan sabido qué responder.

En tales casos conviene que el fiel tenga a la vista las siguientes consideraciones: El incrédulo que propone la dificultad no es regularmente un hombre muy sabio; será más o menos entendido, tendrá más o menos instrucción, pero al fin pertenecerá cuando más a aquella esfera de personas inteligentes que abundan muchísimo en las clases que han recibido alguna cultura. Se deja, pues, entender

que el argumento de que se vale no deberá de ser ninguna invención rara de que no se tenga noticia en el mundo, sino que será alguna especie tomada de algún libro irreligioso y que seguramente habrá sido desvanecida una y mil veces por los apologistas de la religión; y es bien seguro que bastaría la presencia de una persona religiosa e ilustrada para disipar como el humo la dificultad que tanto engríe al ufano disputador.

Además, aun cuando supongamos que la dificultad es tan grave que ningún sabio del mundo es capaz de soltarla, no por esto se podría inferir que fuera falsa la religión. Nuestro entendimiento es tan flaco que no ve las cosas sino a medias; con su poca luz no distingue bien los objetos; de aquí es que aun en las materias en que se encuentra más certeza no hay un punto sobre || el que no ocurran dificultades gravísimas. Por manera que si el poderse objetar dificultades contra una verdad fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podríamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado a disputar de nuestra misma existencia, objetándose dificultades cuya solución no era tan fácil como a primera vista podría parecer? ¿Quién ignora que una cosa tan clara como es la existencia del movimiento fué también puesta en disputa por un filósofo? ¿Qué extraño, pues, si en materias tan difíciles y tan graves como son las religiosas ocurriesen de vez en cuando algunas objeciones que no acertásemos a desvanecer cual nosotros deseamos? Cuando nuestro entendimiento es tan débil que alcanza apenas a comprender las cosas más sencillas y más claras; cuando al examinar los objetos que vemos con nuestros ojos y palpamos con nuestras manos tropezamos a menudo con dificultades inexplicables, ¿deberemos admirarnos si nos sucede lo mismo en tratándose de los altos misterios que están en región elevada adonde llegar no puede con sus propias fuerzas el entendimiento criado?

Lo que hemos dicho de las dificultades contra la religión que se oyen en las conversaciones puede aplicarse también a las que se leen en los libros, sólo que en este último caso son mucho más peligrosas, a causa de que suelen estar presentadas con mayor arte. A más del preservativo más sencillo, que es no leer libros irreligiosos, debe considerar el católico, si alguna vez le viene a la mano, que lo que en ellos se dice contra la religión ha sido refutado mil veces, y que basta buscar alguna de las muchas preciosas apologías de la religión || que circulan por todas partes, para encontrar deshechos completamente todos los argumentos y reparos con que la impiedad y las falsas sectas han procurado, aunque en vano, desmoronar el indestructible edificio de la religión católica. ||

APENDICE

En el curso de esta obrita no he querido emplear el común sistema de preguntas y respuestas, porque, proponiéndome inculcar en el ánimo de los niños las razones fundamentales de nuestra santa religión, y queriendo, por consiguiente, evitar el que las aprendiesen de rutina, me ha parecido conveniente exponerlas de manera que con la misma novedad del método se llamase y fijase más la atención. Además, se ha de tener presente que, en mi juicio, el estudio de esta obrita debe reservarse para los niños algo adelantados en edad, y, por tanto, desaparece ya el pequeño embarazo que podría ofrecer el no estar arreglada por el método de preguntas y respuestas.

Sin embargo, para ahorrar en lo posible a los señores maestros todo nuevo trabajo, he echado mano de dos medios: 1.º Disponer de tal suerte el título de casi todos los capítulos, que para emplear, cuando se juzgue conveniente, el método de las preguntas y respuestas, no tengan que hacer otra cosa los maestros que expresar el mismo título en forma de interrogando, con alguna muy ligera modificación que les sugerirán sin duda su discreción y conocimientos. Si en algún caso ha || sido conveniente señalar hasta el curso que se debía dar a la conversación en materias religiosas, entonces me he valido del diálogo. 2.º Añadir el diálogo que viene a continuación, donde se encontrará en brevísimo espacio lo principal de la obrita. Los maestros podrán hacer de este diálogo el uso que estimen conveniente, pero me parece que debería emplearse para fijar más en la memoria de los niños lo que hubiesen aprendido por extenso en el cuerpo de la obra. Debe considerarse el diálogo como auxiliar, no como principal.

§ I [2]

P.—¿Cómo se puede confundir a quien niegue o ponga en duda la existencia de Dios?

R.—Levantando la mano y señalando con ella la admirable máquina del universo.

[2] Véanse los capítulos desde el I hasta el VIII inclusive.

P.—¿Y esto será bastante?

R.—Sin duda, porque si tengo un reloj me reiría de quien dijese que aquella maquinita se ha hecho por sí misma; si veo un hermoso cuadro, tendré por un loco al que afirme que nadie le ha pintado. ¿Y qué máquina más grandiosa que la de los cielos y la tierra? ¿Qué cuadro más magnífico que el firmamento tachonado de esplendentes astros, y el globo que habitamos, cubierto de tanta riqueza, variedad y hermosura? Todo esto me demuestra hasta la evidencia que hay un Dios que todo lo ha criado y ordenado. ||

P.—¿Y qué piensa usted de los atributos de Dios?

R.—Que el Autor de toda perfección ha de tener en sí todas las perfecciones; y que, por consiguiente, ha de ser eterno, infinitamente sabio, santo, justo, que ve de una ojeada lo pasado, lo presente y lo venidero, que conoce las cosas más ocultas, que penetra hasta el más hondo secreto de nuestros corazones.

P.—¿Cuida Dios de nosotros?

R.—Si no hubiese querido cuidar, ¿para qué criarnos?

P.—Pero siendo nosotros tan pequeños, tan débiles y miserables, ¿no parece extraño que Dios fije en nosotros su atención?

R.—Por lo mismo que somos tan pequeños, tan débiles y miserables, necesitamos más del cuidado de la Providencia; y sería mucho más extraño que quien nos crió, sabiendo ya que seríamos lo que somos, nos hubiese abandonado. Un padre que abandona a sus hijos es tenido por cruel y desnaturalizado; ¿y podremos creer que Dios haya criado al humano linaje echándole a este mundo, solo, desamparado, sin destino, marchando al acaso? No es tal la idea que debemos formarnos de Dios.

P.—Usted supone que Dios ha criado al linaje humano; pero ¿cómo lo manifiesta con alguna razón?

R.—Es muy fácil: yo tuve mis padres, éstos tuvieron los suyos, que eran mis abuelos, éstos otros, y así sucesivamente. Esta cadena al fin se ha de acabar, y, por consiguiente, hemos de llegar a unos padres que no nacieron de otros, y, por tanto, debieron ser criados por Dios. ||

P.—Pero ¿y no había otro medio sino el que los primeros padres fueran criados por Dios?

R.—No hay otro, porque es claro que no se pudieron criar a sí mismos.

P.—¿Y si dijésemos que nacieron de la misma tierra?

R.—Semejante absurdo no merece refutación.

P.—El hombre, ¿tiene alma?

R.—Sí, señor; porque dentro de nosotros hay un ser que piensa, quiere y siente, como cada uno lo experimenta por sí mismo, y a este ser le llamamos alma.

P.—¿Es corporal el alma?

R.—No, señor; porque lo que piensa no puede ser cuerpo; pues que los cuerpos no sólo son incapaces de esto. sino hasta de moverse por sí mismos.

P.—¿El alma muere con el cuerpo?

R.—No, señor. Todos los pueblos de la tierra han creído que había otra vida, adonde iba el alma después de separada del cuerpo. Además, si no hubiese otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, ¿cómo se podría explicar la dicha de muchos malvados en este mundo, y la infelicidad de muchos virtuosos?

§ II[3]

P.—¿Existe alguna religión?

R.—Sí, señor; porque de otra suerte no sabríamos de qué modo tributar a Dios nuestro culto, ni cuáles || son los medios que debemos emplear para llegar al fin a que Dios nos ha destinado.

P.—¿Y qué le parece a usted de los hombres que no piensan jamás en la religión y que no quieren examinar si la hay, ni cuál es la verdadera o la falsa?

R.—Que son muy insensatos, porque al fin ha de venir un día en que han de morir, y entonces experimentarán por sí mismos lo que ahora se empeñan en olvidar.

P.—Pero ellos dicen que quizás no hay nada de cuanto nos habla la religión.

R.—¿Y si hay? Como es bien claro que el cielo no será para los que dudan de él, no les queda otro destino que el infierno. Figurémonos que un hombre anda de noche por un camino donde, según le han dicho muchos, encontrará un horrendo precipicio. Este hombre duda si efectivamente es así, pero no quiere cuidar de asegurarse de la verdad o falsedad de lo que le avisan, y sin luz, sin mirar dónde pone sus pies, echa a correr por el camino. ¿Qué nos parecerá de la prudencia de aquel hombre? ¿No diríamos que ha perdido el juicio? ¿No diríamos que él se tiene la culpa si, encontrando el precipicio, se despeñase?

P.—¿Y tenemos algunas señales que nos indiquen cuál es la religión verdadera?

R.—Sin duda; de otra suerte podríamos decir que Dios nos ha dejado sin luz en el negocio que más nos importa.

P.—¿Cuáles son estas señales?

R.—Son las que muestren que la religión de que se trate ha dimanado de Dios. ||

P.—Y esto, ¿cómo lo conoceremos?

[3] Véanse los capítulos desde el IX hasta el XX.

R.—Mirando cuál es la religión que tiene en su favor hechos que manifiesten la expresa sanción de Dios: como, por ejemplo, milagros y profecías.

P.—¿Hay alguna religión que reúna todos los caracteres necesarios para asegurarnos de que es divina?

R.—Sí, señor: la católica romana.

P.—¿Está usted bien cierto de que existió Jesucristo?

R.—Sí, señor; porque aunque no estuviera cierto de ello por la fe, como verdaderamente lo estoy, bastaría para cerciorarme de ello el ver que la existencia de Jesucristo está, humanamente hablando, tan probada como la de Alejandro, de César, de Platón, de Cicerón, de Virgilio y la de todos los hombres célebres.

P.—¿Cómo se podrá probar que Jesucristo no era un impostor?

R.—Es muy fácil: su vida es un espejo purísimo donde nadie ha podido encontrar una mancha; su doctrina es tan elevada y tan santa, que ha llenado de admiración hasta a los mayores enemigos del cristianismo. En Jesucristo se cumplieron de un modo admirable todas las profecías, que con respecto a su Persona se habían publicado muchos siglos antes de su venida; hizo tantos y tan estupendos milagros, que llenó de confusión a sus enemigos, que no sabían cómo explicarlos. No habiendo aprendido las letras en ninguna parte, poseía, sin embargo, tan alta sabiduría, que ya desde su niñez fué la admiración de los doctores, y, además, fundó una Iglesia en la que se cumple exactamente lo que El predijo, que todos los esfuerzos del infierno no bastarían || a destruirla. ¿Qué más queremos para asegurarnos de que Jesucristo era verdaderamente enviado de Dios?

P.—Pero Mahoma también fundó una religión, que se extendió mucho y que dura todavía; y no creyendo en la de Mahoma, ¿por qué hemos de creer en la de Jesucristo?

R.—La diferencia es muy grande. Mahoma fundó su religión siendo un hombre rico y poderoso, Jesucristo siendo pobre; Mahoma era instruído porque había estudiado, Jesucristo era sabio sin haber aprendido de ningún hombre; Mahoma halagó las pasiones, Jesucristo las enfrenó; Mahoma se valió de soldados, Jesucristo de apóstoles pobres y desvalidos; Mahoma no hizo ningún milagro en público, Jesucristo infinitos, a la luz del día, a la faz de todo el mundo; la moral de Mahoma es relajada, la de Jesucristo es severa y pura; las doctrinas de Mahoma son extravagantes y ridículas, las de Jesucristo son sublimes; en Mahoma no se cumplió ninguna profecía, en Jesucristo todas; y, por fin, allí donde se ha establecido el mahometismo, allí vemos corrupción, esclavitud, degradación, y no parece sino que la humanidad camina rápidamente hacia el sepulcro; y allí

donde ha reinado el cristianismo, allí vemos al hombre con dignidad, con moral pura, con bienestar, con dicha, en cuanto cabe en esta vida mortal. ¿Qué tiene, pues, Mahoma de comparable con Jesucristo?

P.—Y la idolatría, ¿no estuvo también muy extendida por la tierra antes de la venida de Jesucristo, y aun ahora no reina todavía en muchos países?

R.—Sí, señor; pero esto no hace más que ofrecernos una prueba de la ceguera y de las miserias del hombre; || porque basta una mirada a la historia de los dioses de los idólatras para convencerse de que la idolatría, más bien que una religión, es una masa informe de errores y absurdos.

§ III [4]

P.—Ya que ha hablado usted de la ceguera y miserias del hombre, ¿qué le parece a usted del dogma del pecado original?

R.—Que es un misterio incomprensible al hombre; pero que al propio tiempo explica otros misterios que se encuentran en el mismo hombre.

P.—¿Qué quiere usted significar con lo que acaba de decir?

R.—Que en nosotros se encuentra tan confusa mezcla de bien y de mal, de inteligencia e ignorancia, de grandor y pequeñez, en una palabra, tantas contradicciones, que si no suponemos que el linaje humano haya sufrido una degeneración no podremos explicarnos a nosotros mismos.

P.—¿Parécele a usted de alta importancia este dogma?

R.—Sí, señor; porque además de lo que acabo de indicar, sobre lo mucho que sirve para explicar las contradicciones que se observan en el hombre, es nada menos que uno de los puntos capitales en que estriba el vasto y admirable conjunto de los dogmas de nuestra santa religión. ||

P.—¿Cómo explica usted esto?

R.—Caído el linaje humano por la culpa en desgracia de Dios, no podía levantarse de tan fatal estado por sus propias fuerzas. Dios se compadeció de él, envió a su Hijo Unigénito, que se hizo hombre en las entrañas de la Virgen María. Siendo Dios-Hombre, eran sus padecimientos y méritos de un valor infinito a los ojos de Dios; y así, padeciendo y muriendo por nosotros, satisfizo a la justicia divina la deuda que el hombre no habría podido satisfacer jamás.

---

[4] Véase el capítulo XI.

§ IV [5]

P.—¿Quién fundó la Iglesia?
R.—Jesucristo.
P.—¿Hasta cuándo durará?
R.—Hasta la consumación de los siglos; pues que así lo prometió Jesucristo, quien, siendo Dios, no puede engañarse ni engañarnos.
P.—¿Basta para salvarse el vivir en una cualquiera de las iglesias que se llaman cristianas?
R.—No, señor; es necesario vivir en la verdadera; y ésta es una sola, que es la católica romana.
P.—¿Es absolutamente necesario reconocer al Papa como cabeza visible de la Iglesia?
R.—Sí, señor; porque él es el sucesor de San Pedro, quien recibió de Jesucristo la potestad de apacentar todo el rebaño de los fieles. ||
P.—¿Y los obispos también deben estarle sujetos?
R.—Sí, señor; pues que Jesucristo a nadie exceptuó.
P.—¿Y no bastaría que los fieles obedeciesen a sus respectivos obispos, y que cada uno de éstos fuera independiente?
R.—Entonces ya no sería una Iglesia, sino muchas; o más bien, habría un cuerpo sin cabeza. Además, ¿quién resolvería los negocios pertenecientes a la Iglesia universal?
P.—¿No podrían los concilios hacer todo lo que hace el Papa?
R.—No, señor; porque aun prescindiendo de otras dificultades, tendríamos que la Iglesia estaría casi siempre sin autoridad; pues que los concilios no se reúnen sino de vez en cuando, sobre todo los generales. El de Trento es el último que se ha tenido, y han pasado ya desde su reunión cerca de tres siglos.
P.—Para probar en pocas palabras la necesidad del Sumo Pontificado, ¿qué razón señalaría usted?
R.—Diría que no hay ni puede haber sociedad sin cabeza; por consiguiente, ni Iglesia sin Sumo Pontífice.

§ V [6]

P.—¿Tiene la Iglesia autoridad para imponer preceptos a los fieles?
R.—Sí, señor; porque en toda sociedad ha de haber || derecho de hacer leyes que obliguen a los que pertenecen a ella.

[5] Véanse los capítulos desde el XXI hasta el XXVII.
[6] Véanse los capítulos XXVIII, XXIX, XXX y XXXI.

P.—¿Puede la Iglesia prohibirnos la lectura de malos libros?

R.—Sí, señor; por la misma razón que un padre prohibe a sus hijos el que coman alimentos dañosos.

P.—¿Qué entiende usted por malos libros?

R.—Los que extravían el entendimiento o corrompen el corazón.

P.—¿Es muy peligroso el que los malos libros nos acarreen semejante daño?

R.—Sí, señor; son peores que las malas compañías, porque los tenemos a todas horas; el autor, cuya capacidad es por lo común muy superior a la nuestra, adquiere sobre nuestro espíritu mucho ascendiente, y acaba por arrastrarnos a sus errores, por más que al principiar la lectura nos hayamos prevenido contra su influencia.

P.—Pero entonces, ¿no quedaremos sin ilustrarnos en muchas materias?

R.—No, señor; porque todo lo necesario para la verdadera ilustración se halla también en los libros buenos.

P.—¿Es verdad que la ilustración esté reñida con la religión?

R.—Es un gravísimo error; la historia entera lo contradice: los hombres más sabios han sido religiosos; si ha habido alguna excepción, ésta no destruye la regla. ||

§ VI [7]

P.—¿Qué conducta guardará usted en las disputas sobre la religión?

R.—A más de procurar tener presentes las advertencias que se me han dado en el cuerpo de este libro, cuidaré sobre todo de que un celo indiscreto no me lleve a disputar de puntos que no entienda.

P.—¿Y por qué tanto cuidado? ¿Por no quedar mal?

R.—No precisamente por esto, sino porque mi imprudencia podría hacer daño a la causa de la verdad.

P.—Si le proponen a usted contra la religión una dificultad que no sepa soltar, ¿qué hará usted? ¿Se dará usted por convencido?

R.—No, señor; porque si así lo hiciéramos, de nada podríamos estar seguros. Suponga usted la cosa más cierta y más evidente del mundo, y nunca faltarán hombres que la sepan combatir de manera que parezca que vacile. Esto proviene de la misma debilidad de nuestro entendimiento, que no nos deja ver las cosas con toda claridad; y así, en teniendo el adversario en la disputa o más talento o más instrucción, siempre confunde o al menos enreda a los otros. ||

[7] Véase el capítulo XXXII.

CONVERSA DE UN PAGÈS DE LA MONTANYA SOBRE LO PAPA*

Don Joaquim.—Déu vos guart, Pere; ¿vós per aquí?

Pere.—Sí: venia de la iglésia, y he pensat, ara que hi ets puja a fer petar una xarrada ab don Joaquim.

D. J.—Bé, home, bé està això; ja sabeu que sempre me feu molt favor. Sentauvos, que jo avuy no he oït lo sermó, y vós men direu cuatre paraulas.

P.—Lo cas fóra que jo men recordàs; y no és que no ho hàjia ben escoltat, perquè ha tocat un assumpto, que temps ha quem fa barrinar.

D. J.—¿Sobre?

P.—Ha parlat molt llargament del Papa; y encara que jo no m' vull apartar de lo que m'han ensenyat los meus pares; però desde que un dia anant a ciutat vas sentir en una botiga un senyor que se las havia de això, sempre me ve un rum rum...

D. J.—Però, y ¿què deya aquest senyor?

P.—Primerament, segons vas enténdrer, això de crèurer ab cosas del Papa, ja no és casi bé sinó aquí a Espanya; y encara entre la gent ruda; y segons se explicaba, també vindrà temps que nos ho deixarem córrer.

D. J.—¡Bo! ¿Y de ahont treya aquest senyor semblant espècie?

* [Nota bibliográfica.—Este oposculito no lleva el nombre de Balmes, y por esto alguien puso en duda su paternidad; pero consta auténticamente por un escrito autógrafo de 1842, donde se nota el estado de todas las publicaciones del autor. Bien claro lo dicen también sus ideas.

Salió de la imprenta de Tauló, en Barcelona, en 1842. Se hizo una tirada de 5.000 ejemplares. No tenemos el contrato de esta edición. Parece que la pagaron Balmes y el canónigo magistral de Vich doctor Jaime Soler, puesto que aquél envía a éste 1.700 ejemplares. Entre los papeles de Balmes se encuentra todavía un paquete de opúsculos de esta primera edición, que es rarísima. El año 1906 se hizo la segunda edición (Vich, Imprempta de la Viuda de R. Anglada).

Tomamos el texto de la primera, respetando su ortografía, excepción hecha de la acentuación, que ha sido corregida.]

P.—Jo no ho sé pas; però lo que és cert, que ell se explicaba com un general; a mi me haguera agradat que vostè que ab las guerras ha corregut prou lo món, l'hagués sentit, que pot ser li haguera posat sabata en son peu.

D. J.—Aqueix senyor podia saber tot lo que volgués, però lo que vos puch assegurar és que en aquest assumpto no tocaba en lloch.

P.—No n'estranyaria res; perquè ja comenso a enténdrer, que hi ha hòmens que tenen molta perspectiva, però tampoch no pícan molt fondo que diguéssem.

D. J.—Mireu, Pere, en aquest assumpto, puch parlar no sols per lo que he llegit, sinó també per lo que he vist ab mos propis ulls; ja sabeu que per mas venturas, o desgràcias, vas servir al rey desde l' principi de aquesta centúria, fins ara pochs anys ha; he fet llargs viatges per mar y per terra, he corregut casi tota la Europa, y bona part de la Amèrica; y lo que vos sabré dir és que per totas parts he trobat catòlichs, y en abundància; y vós no ignoreu que tots los catòlichs regoneixen per cap de la Iglésia al Papa.

P.—Bé; però això debia ser en aquell temps; ara ya no deu ser aixís.

D. J.—¿Còm no és aixís? Me agradaria que sapiguésseu || de llegir, que jo vos faria vèurer, que la Religió Catòlica creix en Fransa, Inglaterra, y en altres parts. y especialment en vàrias repúblicas de Amèrica. Per cert, que allí veuríau palpablement, quant gran és la providència de Déu sobre la Religió Catòlica; pues en uns països ahont han anat per terra los goberns y altres cosas antíguas, la Religió Catòlica se conserva, y se va retornant de las feridas que havia rebut.

P.—Això sí que m' ve de nou: jo pensaba que ab cosas de repúblicas ja lo Papa no hi tenia res que vèurer; com que ab lo que deya aquell senyor dels reys absoluts y dels papas que de molts cents anys tenian feta una espècie de avinensa, jo m' figuraba que ab una terra que no hi hagués lo rey tot sol ja lo Papa estaba llest per sempre.

D. J.—No, Pere, no: ab això anau molt equivocat. Quant Jesucrist va fundar la Iglésia, encomanant lo cuidado de ella als apòstols, y als bisbes sos successors, y establint per cap de la mateixa a Sant Pere, y a sos successors que són los papas, ja sabia que los reines de la terra havian de estar subjectes a moltas revolucions; que en uns temps y països hi hauria reys, en altres, repúblicas; en altres, goberns que tindrian part de monarquia, part de república; que ara entrarian a reinar unas famílias, després altras; que avuy se apoderaria del mando aquest partit, demà aquest altre; és a dir, que ja sabia que lo món havia de ser tal com lo veyem, una roda || que no para may, en que ara los uns van

a dalt y los altres a baix; y per conseqüent no va voler que la sua Iglésia fos una cosa variable que hagués de dependir en sa conservació, de la mà dels hòmens; sinó que ell li va promètrer la sua assistència; y ab aquesta assistència ha travessat y travessarà tots los trastorns del món, com una barqueta que arriba salva e intacta al port en mitg de las majors tempestats.

P.—Donchs ¿vol dir que lo Papa també se entén ab tota clase de gent?

D. J.—¿Quin dupta?, mentres que sígan catòlichs. Axís ho veyem ab alguns cantons catòlichs de la Suïssa; axís ho veyem ab los catòlichs dels Estats Units, y també ab las repúblicas que se han format en Amèrica, en los països que antes éran de Espanya. Aquí en Europa, hi ha reys absoluts, hi ha reys que no ho són; per tots los països hi ha catòlichs, y lo Papa los mira a tots com a ovellas de un mateix remat, y no fa distinció de personas.

P.—Greu me sab, de no haber sabut jo totas aquestas cosas; que jo li asseguro que ja li haguera rabblat lo clau a aquell que tenia tantas lleys. Ja veig jo que la autoritat dels papas té rels molt fondas; y que quant moltas altras cosas lo vent las tíria per terra, encara ella tindrà ferm: ja fa molta forsa, si bé ho mirem, que hàgia pogut durar divuit cents anys, que ab tant temps sens dupte que n'hauran passat de crespas. Ara veig que aquell senyor, de qui li he parlat, anaba molt fora de camí. Segons ell se explicaba los papas éran una gent que may havian fet sinó mal; hasta los reys moltas vegadas hi havian hagut de renyir perquè se volian apoderar de tot lo món, espantant la gent ab excomunions, y altres cosas per aquest terme. També voldria que vostè que sab tantas cosas me explicàs un poch, lo que hi ha sobre això; perquè si lo cas se esdevé un hom' puga respòndrer.

D. J.—Aquest és un punt que se ha discutit molt; y res me seria més fàcil que entretenirvos llargas horas, citantvos lo que han dit hòmens molt sabis en defensa dels papas; però ab pocas paraulas vos faré enténdrer lo que hi ha hagut sobre aquest particular, que per un home com vós ja n'tindreu lo que basta, y lo que sobra.

P.—Cóntia que li estimaré molt, don Joaquim; perquè encara que un hom' no tinga lletra, no me agrada de que un qualsevol me deixi sens paraula; y si un ha sentit alguna espècie que fassi per lo cas, a vegadas pot tapar la boca a algun xarlatan, que jo crech que tenen tanta parola perquè se figúran que tràctan ab ximples.

D. J.—Ab pocas paraulas me entendreu. Alguns han dit que los papas per temps se volian fer amos de tot lo món; però si bé s' mira la cosa, se veu que aquestos tals no han

considerat sinó alguns fets sens anar a examinar lo temps en que succeïan; y sobre tot sens pujar a la rel de aquestos negocis.

P.—Oy que en no anant a la rel ja no s' va bo. ||

D. J.—Pues per això mateix procurarem nosaltres anarhi. Ja haureu sentit a dir que per temps hi hagué unas grans guerras, que vingueren unas nacions que se apoderaren de tota la Europa...

P.—¿Debia ser al temps dels moros?

D. J.—¡Oh!, no: era molt antes, més de tres cents anys antes de la vinguda dels moros, varen venir de la part del nort, una multitut de gent bàrbara que ho assolàban tot...

P.—Y bé: com que diguéssem per las fugidas dels gabaigs.

D. J.—Bona diferència y havia: no vos penseu que vinguessen com los francesos, en regiments y exèrcits arreglats; y no venint sinó la gent bona per las armas: no, sinó que venian nacions enteras ab sas donas y criaturas, ab son bestià, ab sas tendas, ab tot lo que tenian, y com un remat de corbs se deixàban anar sobre un país, matàban als habitants, o bé los fèyan fugir, o los reduïan a ser esclaus, y axís se apoderàban de la terra, y se establian en ella si bé los pareixia.

P.—Es dir que las fugidas dels gabaigs encara éran pa y mel.

D. J.—O ben segur, perquè en temps dels francesos se tractaba de guerra de nació ab nació; y de guerra que encara que feta ab excessos, no deixaba de ser suavisada, per los costums de una y altra part; però en lo temps de que vos parlo, éran una turba de bàrbaros que deixàban lo seu país, no precisament per fer la guerra, sinó per apoderarse || de altres països ahont poguessen satisfer las suas necessitats.

P.—¿Y aquella gent no debian tenir rèy ni roch?

D. J.—Ja podeu figuràrvosho com estarian de gobern ab lo poch que vos he indicat. Es veritat que tenian alguns capatassos, que éran com que diguéssem los seus prínceps y reys; y aquestos los gobernàban, perquè és impossible que hi hàgia una reunió de hòmens per algun temps, sens que se fàssia sentir la necessitat de un cap; però vull dir que lo gobern de ells anaba com podia. Se anyadeix a això los trastorns dels viatges y de las guerras, y barrejants'hi los costums y lleys dels pobles vensuts, que com és clar que no pugueren morir tots, quedaren entre mitg dels conquistadors, acomodantse del modo que pugueren, va resultar una confusió tal, va desaparèixer de tal manera lo respecte a tota propietat, y la obediència a las autoritats; se varen corrómprer de tal manera los costums, se va esténdrer de

tal modo la ignorància, y se destruhí y olvidà tant miserablement lo bo que hi havia entre los antichs, quedant en bona part lo que hi havia de mal, que no semblaba sinó que lo món se anaba a pèrdrer, y que los hòmens de allí endevant havian de vîurer més com a fieras que com a hòmens.

P.—Donchs ¿còm se va arreglar aquest esbuy?

D. J.—Aixó és lo que ara vos vaig a explicar. Aquestos bàrbaros encara que vinguts de un país ahont dominaba lo culto dels déus falsos, no obstant || al pas que anàban travessant províncias ahont se trobaba establert lo cristianisme, se anàban convertint a la Religió cristiana, pues que no faltàban sants missioners que anàban a predicarlos lo Evangeli.

P.—Perdoni, don Joaquim, que li trènquia la conversa; ara me acut un pensament que pot ser després men' olvidaria.

D. J.—A vèurer, ¿quin pensament és aqueix?

P.—Me sembla que la gent de aquell temps no hi varen enténdrer res; perquè jo, ¿sab lo que haguera fet per evitar desgràcias, y per amansar aquellas nacions tant fieras? Una vegada que vostè diu que alguns de ells se anàban convertint a la Religió cristiana, jo hi haguera posat un bon empenyo; haguera fet eixir per apaciguarlos, als bisbes, y als capellans, és dir la gent de Iglésia, perquè pot ser que ells los haguéran fet una mica de respecte.

D. J.—¡Oh Pere! No sou vós lo primer que haveu pensat ab això: lo mateix que vós dieu se va fer; y ventura varen tenir la pobre gent dels païssos ocupats, de la intercessió dels papas, dels bisbes, dels altres eclesiàstichs, y dels monjos; perquè si aquells bàrbaros no haguessen respectat un poch a la gent de iglésia, ho haguéran passat tot a foch y a sang; y això mateix és lo que jo vos volia dir quant me haveu interromput, llevantme, com solen dir, la paraula de la boca.

P.—Ja pot tornar agafar lo fil que jo lo escolto ab || molt gust; perquè a dir la veritat may haguera cregut que haguessen succehit aquesta lley de cosas.

D. J.—Tornant pues a lo que deya, succehí, que com aquells bàrbaros varen destruir casi tot lo de bo que hi havia antes, y quedaren las nacions en lo major desordre, y se pot dir casi sens cap gobern, fou menester que se cuidassen de tornar arreglar las cosas aquells que tenian alguns coneixements per ferho, y que per altre part se fèyan respectar per los fieros conquistadors.

P.—Me sembla que no podia ser cosa de quatre dias.

D. J.—Ni de dias, ni de mesos, ni de anys, sinó de moltas centúrias.

P.—Per això que veig que después de la guerra dels gabaigs, y después de las altres burinas que hi ha hagut, solament per arreglar las quatre cosetas del poble, ja no nos hi entenem; y triga molt avans no està corrent.

D. J.—Per lo mateix: ab això podreu conèxer com aniria allavors la cosa; después de tantas guerras y de uns trastorns tant grans com vos he pintat.

P.—Sí, ja m' sembla que tota la gent sàbia tenia que discórrer.

D. J.—Però la dificultat estaba; que las lletras se varen pèrdrer de tal manera, que casi ningú sabia llegir ni escríurer.

P.—Però me sembla que a lo menos los rectors bé n'havian de saber; o sinó vejam con haguéran pugut dir missa.

D. J.—Sí, los rectors ne sabian, y tots los eclesiàstichs || és clar que no podian passar sens saberne; y aixís va succehir, que casi no se trobaba ningú més que n' sapigués sinó la gent de iglésia.

P.—Ells tenian pla la paella per lo mànech; alashoras sí que podian dar cullarada ab tot; perquè ja ho tinch vist, lo qui té una mica de lletra sempre és lo qui porta la bandera.

D. J.—Pues per lo mateix: vós m'haveu estalviat la explicació. Com la poca o molta instrucció que hi havia tota estaba en la iglésia; y per altre part los eclesiàstichs per rahó del seu estat, y per las altas funcions del seu ministeri; exercian molta autoritat, va succehir que los eclesiàstichs adquiriren per totas parts y en tots assumptos una gran influència; y lo que succehí ab los eclesiàstichs de classe inferior, va succehir ab més rahó ab los bisbes, y ab molta més amb lo Papa; y veuse aquí com de poch en poch, y per camins molt naturals, se verificà que los papas, a més de la autoritat espiritual que sempre han tingut com a vicaris de Jesucrist, arribaren a tenir una gran influència en tots los altres assumptos; de manera que s' pot dir que no s' feya res de alguna importància en que ells no tinguessen alguna part.

P.—Vah, vah; ara ja veig com va anar la cosa. No ho explicaba pas aixís aquell senyor de qui li he parlat. A sentirlo a ell, semblaba que això de ficarse los papas ab molts assumptos, havia estat tot una manganella de pochs dias; però segons entench per lo que vostè me explica, la cosa || va anar venint per sa sahó, com la fruita quant se va madurant.

D. J.—Per això és menester que aneu ab cuidado; y que no feu cas de segons qui sentiu.

P.—Ja li asseguro que m' valdrà per experiència. Però desitjaria que m'acabàs de explicar tot això en què va pa-

rar, y ara còm està; perquè segons vaig sentir en aquella conversa, entre los papas y los reys hi haguéran unas pendèncias endiastradas.

D. J.—Es molt natural que hi fosen aquestas pendèncias; perquè ja sabem que allà hont se barrèjan hòmens, y en medianthi assumptos de molta importància, sempre hi ha algunas desavinensas.

P.—Es clar: sempre ho havem vist aixís: y yo veig que a vegadas entre lo senyor Rector y lo batlle, també hi ha alguns cuentos.

D. J.—Jo desitjaria podervos explicar llargament alguns de aquestos assumptos; però com tampoch no me entendríau bé, y no vos recordaríau de lo que vos diria, solament vos daré una regla general perquè pogueu formar concepte.

P.—Això és lo que m'agrada; que ab pocas paraulas un hom' puga vèurer a quê va la cosa, sens haverse de trencar lo cap.

D. J.—Si sentíau a dir que antíguament los papas varen excomunicar algun rey o príncep, pregunteu, quí era aquell rey o príncep, o lo que sia; y trobareu que era algun home que abusaba del seu poder, o que volia oprimir los seus vassalls, o que daba escàndol públich, deixant la dona que || tenia y volentse casar ab un'altre, o cosas per aquest tenor.

P.—Ja ho entench: no parli més: és dir que éran o caps entenebrats, o gent de mala conducta. Aixís ben mirada la cosa, encara podem dir que los papas varen fer un gran servey; o sinó ja miro jo que tractant ab una gent que poch antes éran bàrbaros, y que per moltas centúrias, devian serne un si és no és; si no haguessen menat por a la autoritat dels papas, la cosa haguera parat de malas.

D. J.—Y tal, si hi haguera parat... y no penseu que lo que vos acabo de dir sian cuentos; que ara la gent més sàbia, hasta de aquells que no crehuen ab lo Papa, ja estan acordes en aquest punt; y tots convenen en que lo que havian dit y cridat, alguns filosops enemichs de la religió, per desmerèxer la autoritat del Papa, éran calúmnias de gent mal intencionada, y que per altre part no havian estudiat las cosas a fondo.

P.—Y bé, y ara còm han quedat aquestas cosas.

D. J.—Ab pocas paraulas me entendreu. Ara los papas cúidan de las cosas de la Iglésia, y los reys y demés prínceps cúidan de las cosas temporals; y com han anat presentantse duptes y dificultats, y a vegadas encara se n' presèntan, per evitar desavinensas, y cuestions, que sempre són danyosas al bé dels pobles, se fan una espècie de convenis entre los reys y los papas per arreglar las dificultats que hi púgan haver: y perquè las dos potestats, la civil y la

eclesiàstica, púgan córrer || ab bona pau y armonia. Aquestos convenis se anoménan *concordats.*

P.—Li asseguro que ara entench algunas cosas que me fèyan bullir lo cap; però de aquí endevant no me escoltaré enrahonadors, que segons veig ab tot son boato encara hi entenen menos que nosaltres. Algun altre dia pot ser que tórnia, pues vull que me aclaresca algunas altres dificultats.

D. J.—Sempre que vulgau, Pere: no me dolrà lo tenir altre rato de conversa.

P.—Donchs, entretant estiga bo, fins a més vèurer. ||

INDIFERENCIA SOCIAL EN MATERIAS RELIGIOSAS*

SUMARIO.—La indiferencia del individuo en materias religiosas no se defiende en teoría. Hay quien la defiende en la sociedad. Causas de este error. Las dos sociedades, religiosa y civil, son diferentes. El poder civil no ha de poner en planta un sistema de completa indiferencia. La tolerancia en las sociedades modernas. Es más bien consecuencia de un hábito que de una filosofía. Manera de entenderla los hombres irreligiosos y los religiosos. La tolerancia no es la indiferencia. La sociedad civil no puede prescindir del interés religioso. Este es el primer interés del hombre. La religión no olvida el bienestar material. La religión es superior a la civilización. La religión es conciliadora.

La indiferencia del individuo en materias religiosas, es decir, un completo descuido del negocio que más le importa, un olvido de verdades terribles que al fin la muerte le ha de recordar, es cosa reprobada por la razón y el buen sentido; es un sistema funesto que se sigue, pero que no se aprueba, y el hombre que camina por ese sendero de perdición es el primero en reconocer que su conducta es insensata. Sea cual fuere el grado a que llegue entre los hombres la incredulidad, sea cual fuere el apartamiento en que vivan de las convicciones religiosas, sea cual fuere el dominio que sobre ellos ejerzan las pasiones, interesadas, como es claro, en ahogar || el recuerdo de las severas verdades que las enfrenan, siempre es cierto, siempre es innegable, siempre está patente a los ojos, que el hombre muere, que su vida es muy breve, que más allá del sepulcro hay el temor de alguna realidad tremenda: temor que no han sido parte a disipar todas las cavilosidades de una escasa porción de sofistas, empeñados en desmentir las creencias de todos tiempos y países, en contrariar las tendencias religiosas del

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 7 de *La Civilización*, correspondiente a la primera quincena de diciembre de 1841, vol. I, p. 289. No se ha reproducido después. El sumario es nuestro.]

linaje humano, en borrar del corazón del hombre ese misterioso sentimiento de la otra vida, que, desplegándose en su alma desde que abre los ojos en la cuna, le acompaña en todos los períodos de su existencia, y se despierta más eficaz, más vivo, más pavoroso en el momento terrible en que va a pisar el borde del sepulcro. Por estas razones, la indiferencia del individuo en materias religiosas no se defiende en teoría, por más que se siga en la práctica; y cuando se reconviene a los indiferentes por su imprevisión y ceguedad, no encuentran otra respuesta que uno de aquellos indefinidos aplazamientos a que apela en su confusión e incertidumbre la debilidad humana.

Pero si esto sucede con respecto al individuo, no se verifica lo mismo cuando se trata de la sociedad: ésta, en juicio de algunos, debe mostrarse del todo indiferente en religión; desde el gobierno supremo hasta la última rueda de la administración, todo debe llevar el sello de este indiferentismo, y entonces dan los pueblos una relevante prueba de su adelanto, cuando se puede afirmar de ellos en toda la extensión de la palabra aquel famoso dicho: *La ley es atea.* Dejaremos aparte lo equivocado y funesto de semejante sistema, en sus relaciones con el ‖ bienestar hasta material de los pueblos, y con la conservación del orden y paz en los Estados, pues que bajo este punto de vista se halla ya la cuestión tan bien dilucidada, que es difícil añadir nada que pueda ilustrarla, y así entraremos en otra clase de consideraciones, que por lo común suelen tenerse menos presentes.

En este error han influído dos causas: una es la incredulidad disfrazada que se ha empeñado en desterrar la religión del corazón del individuo, aparentando que sólo la combatía en las instituciones públicas; siendo la otra la mala inteligencia que se ha dado a ciertas proposiciones generales, susceptibles, como acontece en tales casos, de mil sentidos e interpretaciones. La diferencia de las dos sociedades, la religiosa y la civil, es una verdad incontestable, que salta a la vista con sólo considerar sus respectivos objetos. La una se propone asegurar los destinos temporales del hombre, la otra los eternos; la una toma por esfera de su acción esta vida mortal y pasajera, y no se extiende más allá del sepulcro, la otra considera la mansión del hombre sobre la tierra como un tránsito para otra vida mejor, como un verdadero viaje, y le muestra ya desde su nacimiento los altos destinos que le aguardan después de la muerte; la una ejerce su acción sobre el hombre exterior, afectando su cuerpo o sus intereses y no obrando sobre el hombre interior sino de un modo muy indirecto, la otra influye directamente sobre el alma; a ésta se encamina sin rodeos, la busca en sus

más recónditos arcanos, le inspira los pensamientos, le prescribe las intenciones, arregla sus deseos, señorea todos sus movimientos y no hay seno del corazón, por más obscuro y profundo que || sea, donde no llegue su vista penetrante, donde no alcance su acción reguladora. La sociedad civil obrando sobre el individuo es el hombre que obra sobre el hombre; pero la sociedad religiosa es la acción de Dios sobre el hombre; y los hombres, según la expresión del Sagrado Texto, ven las cosas que se presentan exteriormente, Dios ve intuitivamente el corazón.

Todo esto es de una verdad y certeza indisputables; y si de aquí se infiriese la diferencia de las dos potestades, las diversas esferas en que deben obrar, los diversos medios de que se deben valer, nada se encontraría que no estuviese muy conforme con la razón y con las sanas doctrinas religiosas. Pero desgraciadamente se trastornan de tal manera las ideas, que muchas veces sólo se hace servir la diferencia indicada para vigilar con excesiva suspicacia las invasiones del poder espiritual sobre el temporal, y para dejar en lamentable descuido las obligaciones de la sociedad civil con respecto a la religiosa. Enemigos somos de que la potestad civil se entrometa en los asuntos religiosos, ni que bajo ningún pretexto se salven las barreras que son una garantía de la conservación de la religión, de la tranquilidad de las conciencias y del buen orden y paz en los estados; sabemos muy bien que en este camino hay una pendiente resbaladiza, que empieza por una exageración de las regalías y acaba en la supremacía religiosa de Enrique VIII; pero si bien aplaudiríamos a todo gobierno que observase en esta parte una conducta prudente y mesurada, creemos también que sería muy funesto que el poder civil, lejos de mirar con rivalidad y celos el poder religioso, no pensase siquiera en él, abandonase a || merced de las circunstancias los intereses religiosos, poniendo en planta un sistema de completa indiferencia.

Una cosa es no traspasar los límites que deben respetarse, otra cosa es no obrar cual conviene dentro del círculo de la acción respectiva; y así obraría un gobierno que, sin hostigar las conciencias ni entregarse a ningún género de persecuciones, no dispensase la debida protección a los ministros del culto, permitiese que por la enseñanza se propagasen doctrinas irreligiosas, que por medio de malos libros se atacasen las verdaderas creencias, difundiéndose de este modo la irreligión y la indiferencia, y que, no vigilando cual debe sobre la educación de la niñez, tolerase que se le inocularan máximas funestas que, deslumbrando su candoroso entendimiento, emponzoñasen su tierno corazón. Apelar entonces a la diferencia de los dos órdenes, civil y reli-

gioso, pretextar que la parte moral y religiosa no es de la incumbencia de la potestad civil, sería confundir monstruosamente las ideas, sería olvidar los deberes más sagrados, sería dejar que se esparciesen semillas que un día habrían de ser funestas a la misma sociedad y al mismo gobierno que lo hubiese consentido.

El espíritu de tolerancia que se ha difundido en las sociedades modernas y que han tomado por norma la mayor parte de los gobiernos, es otro de los motivos con que pudiera excusarse tan culpable descuido, y con que no dejaría de excitar numerosas simpatías. En efecto; la intolerancia en materias de religión, las persecuciones por motivos religiosos, tienen en contra de sí el espíritu del siglo; y así es que hasta en aquellos países en que domina una sola religión se nota que los gobiernos || siguen un sistema de contemporización y lenidad que, excepto el ejercicio público de los cultos disidentes, nadie es incomodado por sus opiniones particulares sobre semejantes materias. En la Italia domina exclusivamente la religión católica; y, sin embargo, no vemos que a nadie se persiga por sus ideas irreligiosas; a pesar de que, por un concurso de causas que no es menester recordar, deben de haber cundido allí como en otras partes.

En otros países donde existe la tolerancia de cultos, el espíritu del siglo mantiene a raya la intolerancia de algunos gobiernos, o impidiendo las persecuciones, o atajándolas en sus principios. Así hemos visto a la Europa levantar un grito de indignación contra los duros e injustos procedimientos del rey de Prusia con el respetable arzobispo de Colonia; es oída con disgusto y reprobada unánimemente la conducta del gobierno ruso con los católicos de su imperio; y cada día va cediendo terreno la intolerancia del protestantismo inglés con respecto a la católica Irlanda. En una palabra, la tolerancia en materias religiosas ha hecho por doquiera considerables conquistas: allí donde no existe de derecho va estableciéndose de hecho, siendo éste un resultado natural del mismo curso de las cosas, más bien que de las doctrinas de los filósofos, ni de la política de los gobiernos. Después de largos años de controversias en materia de religión, después de tantas guerras como por este motivo han afligido la Europa desde la funesta aparición del protestantismo, después de los ataques dirigidos contra todas las religiones por la filosofía del siglo pasado, y de haberse dividido y subdividido los pueblos || en tantas y tan diferentes sectas y opiniones, no es extraño que se haya apoderado de los ánimos un cansancio que los retrae de la lucha, y que a fuerza de tratarse con frecuencia hombres de sectas y opiniones opuestas, hayan llegado a sufrirse

mutuamente, a no indignarse por la oposición en las creencias, y a vivir en la misma sociedad civil con paz y armonía. Estas cosas se hacen más bien por hábito que por convicciones.

Y nótese bien que de este conjunto de causas ha dimanado la tolerancia, más bien que de los discursos que en favor de ella han escrito algunos filósofos; que no siempre han sido ellos los más tolerantes, pudiendo afirmarse que en sus teorías todo lo toleran menos la religión católica, y que en la práctica, siempre que su influencia se ha señoreado de los gobiernos, a nadie han perseguido sino a los católicos. Muy reciente está la revolución francesa, la hija predilecta de la filosofía del siglo XVIII.

Prescindiendo ahora de la mayor o menor extensión que según la variedad de países sea conveniente dar a la tolerancia, y considerándola tan sólo en general en cuanto forma uno de los caracteres de nuestro siglo, conviene advertir que los irreligiosos e indiferentes la adoptan como un sistema consecuente al estado de su entendimiento, pues mal puede manifestarse intolerante con una religión particular quien las mira todas con desprecio o indiferencia, al paso que los hombres religiosos la miran como el resultado de hechos que ellos no pueden destruir, la consideran como una necesidad de la época; y en cuanto en la palabra tolerancia se entendiese la fraternidad universal, el amor a todos los || hombres, el deseo de hacerles bien a todos, aunque profesen religión diferente, la juzgan un deber sagrado que se funda en la misma caridad prescrita por el divino Maestro, que enseñó que toda la ley y los profetas estaban compendiados en los dos preceptos de amor a Dios y al prójimo, que no exceptuó a nadie de este amor, antes incluyó a los mismos enemigos, mandándonos expresamente que los amásemos, que hiciésemos bien a los que nos aborrecen, que orásemos por los que nos calumnian y persiguen.

Pero la tolerancia no es la indiferencia; y así como un individuo puede ser muy religioso y, sin embargo, ser muy tolerante, así la sociedad civil puede abrigar en su seno hombres de diversas religiones, dejándolos vivir en paz, sin forzarlos a seguir ésta o aquélla, y, no obstante, no ser indiferente. El gobierno puede proteger la religión de la mayoría de los pueblos gobernados, no permitiendo que se la ultraje, y dispensando a su culto y ministros los auxilios que necesiten, y por esto no hay necesidad de que se declare perseguidor de los que no profesan la religión dominante, ni de que se entrometa en examinar las opiniones particulares de este o aquel individuo; y puede muy bien ejercer esta tolerancia, sin dejar abandonados los intereses religiosos, sin permitir que una escasa porción de novado-

res planteen cátedras públicas para extraviar al pueblo apartándole de la creencia de sus antepasados. Léanse los doctores católicos más ilustres, aun aquellos que escribieron en tiempos y países donde no dominaba el espíritu de tolerancia, y se verá que con el ardiente celo por la conservación y progresos de la verdadera religión sabían muy bien aliar || el espíritu de mansedumbre y la cuerda aplicación de reglas de prudencia.

Y volviendo a la diferencia de las dos sociedades civil y religiosa, conviene advertir que no es verdad que la sociedad civil, como tal, pueda prescindir absolutamente del interés religioso de sus miembros, y que su carácter de terrena le prescriba, ni aun le consienta, el dejar en descuido las cosas del cielo. Es cierto que los intereses espirituales y eternos de sus asociados no corren principalmente a su cargo, y que esto es atribución de otra sociedad más elevada; pero también es cierto que, obrando dentro de los propios límites, tiene un deber de no olvidar que los hombres, a más de los destinos de este mundo, tienen otros más altos y trascendentales en la otra vida. Dícese que la sociedad civil ha de procurar la felicidad de sus asociados; pues bien, si esta sociedad, al paso que cuida del bienestar terreno de éstos, se porta con ellos de manera que los induzca con su indiferencia al olvido de la felicidad eterna, lejos de haberles procurado la verdadera felicidad, habrá preparado la desdicha y habrá merecido las maldiciones de los que hayan sido sus víctimas.

En efecto: supóngase una sociedad donde el bienestar material sea llevado al más alto punto que imaginarse pueda, donde, a más de la satisfacción completa de todas las necesidades, se disfruten todos los goces que halagan nuestros sentidos y pasiones; si están en ella tan descuidados los intereses religiosos que los individuos vivan en un entero olvido de los destinos eternos, si al descargarse la sociedad de las generaciones que se van sucediendo las envía al sepulcro para hundirse en un || abismo de penas y desdichas, ¿no se podrá afirmar con razón que la sociedad en que vivieron, y que contribuyó a su perdición, fué para ellas una atmósfera envenenada, que mejor les era no haberla conocido, o haber pasado la vida en otro país menos dichoso, pero más propio para guiarlos por el camino de otra dicha sin fin? Porque el hombre que ha de vivir en la otra vida es el mismo hombre que vive aquí; y es absurdo el decir que sea un bien para él lo que, proporcionándole algunos goces en esta vida perecedera, le conduce a una infelicidad eterna.

Pero, ¡ah!, la suposición en que estribamos de una sociedad civil donde se satisfagan completamente todas las ne-

cesidades, donde se obtengan en abundancia todo linaje de goces, es una suposición arbitraria, sin fundamento en la realidad, porque en cualquiera sociedad adonde dirijamos nuestros ojos vemos un sinnúmero de desgraciados que vegetan en el abatimiento, en las privaciones y en la miseria; que nacen, viven y mueren en la desventura y en el dolor. Si para estos desgraciados no hay esperanza de dicha en la otra vida; si miembros de una sociedad que no puede sacarlos de la miseria, que apenas alcanza a proporcionarles algunos harapos y mendrugos, todavía tienen la mala suerte de que nadie cuide de su educación moral, de que nadie los prepare para alcanzar después de la muerte una vida más feliz; si la sociedad en que viven no ha cuidado de proporcionarles los debidos conocimientos en cuanto estaba en su mano; si antes bien, con un sistema de culpable indiferencia los ha dejado que atravesasen el breve trecho de esta vida sin religión, sin moral, encenagados en la corrupción y quizás manchados con el crimen; si al || cerrar los ojos en su última agonía pasan del lecho del hospital a una mansión de infortunio, ¿qué habrá sido para esos hombres la vida?, ¿qué la sociedad?, ¿qué el poderío y el esplendor del imperio bajo cuyas leyes han vivido?

El corazón se aflige y se angustia al considerar la triste realidad de las cosas, la desdichada suerte de la mayor parte de los hombres, la ciega ilusión con que son mirados los objetos. Cuando se trata de las sociedades no parece sino que se habla de seres ideales o abstractos, en que ninguna parte tuvieran los individuos; como si las sociedades pudieran ser dichosas sin serlo los asociados, como si la humanidad pudiera ser feliz no siendo felices los hombres. Pasa una serie de guerras donde han perecido a millones los hombres, en medio de las cuales han desfilado en el llanto y luto muchas generaciones; revoluciones sangrientas han turbado la paz de los imperios, y conmoviendo los ejes del mundo han acarreado a innumerables pueblos largos años de inquietud, de convulsiones, de trastornos, de lágrimas y de sangre. ¿Y qué resta de todo esto? Lo que se llama gloria de algún conquistador, el renombre de algún rey, la fama de algún tribuno; y entre tanto los infelices pueblos surcados por esos huracanes han desaparecido de la faz de la tierra; ni el nombre de sus individuos se transmite a la posteridad, yacen sepultados entre escombros y cenizas en el más profundo olvido, después de haber pasado una vida de calamidades y desastres.

¿Qué inferiremos de aquí? ¿Qué lección sacaremos de ese cuadro tan triste como verdadero? Las consecuencias son muy obvias. Que la misma historia de la || humanidad, la experiencia de cada día, la simple observación de la mis-

ma naturaleza de las cosas nos está enseñando que la mayor parte de los objetos que más ruido meten en este mundo, que más deslumbran con su brillo, son una ilusión y una mentira. Que a la mayor parte de los hombres poco o nada les toca de lo que se apellida gloria, esplendor, poderío, riqueza, bienestar de las sociedades, y que, por consiguiente, el primer interés de todo individuo, el primer interés de la humanidad es el interés religioso, es el interés de los destinos eternos; que el primer amigo del hombre es la religión, que va a buscarle en la cuna para enseñarle las reglas de bien vivir y morir, que le conduce por la mano en el borrascoso tránsito de esta vida, para que no se extravíe por los caminos de perdición, y que, abstrayéndole de las cosas terrenas, grabando fuertemente en su alma la verdad de que todo aquí bajo es pasajero, breve, instantáneo, de que lo que más nos deslumbra y seduce es vana apariencia y engañosa sombra, le induce a mirar todas las cosas como son en sí, a no darles una exagerada importancia y a no poner su esperanza sino en Aquel que, habiéndonos sacado de la nada, nos ha colocado en un valle de lágrimas donde podemos merecer una bienaventuranza sin fin.

Leyendo la historia de la humanidad, es decir, la historia del dolor y del infortunio, salta a los ojos con toda evidencia la necesidad de otra vida, salta a los ojos que no ha podido ser criado el humano linaje para ser en su mayor parte la víctima de toda clase de padecimientos, para ser el juguete de unos cuantos malvados, como en casi todos tiempos y países le han hecho servir de instrumento || a su ambición, a su codicia y otras pasiones; salta a los ojos que la organización de una sociedad donde se prescinda de los destinos eternos, donde domine el sistema de indiferencia en religión, donde se procure adormecer a los hombres con un lamentable olvido de lo que más les importa, es una organización inhumana, que contradice las más sanas nociones de la razón, que huella los preceptos de la Providencia y que, bajo una engañosa apariencia de felicidad, conduce a sus asociados a un abismo de desdichas.

Es, pues, un deber de toda sociedad civil, o, lo que es lo mismo, es un deber de los que la dirigen el no olvidar los intereses religiosos, sin que sean parte a eximirlos de una gravísima responsabilidad, ni el pretexto de la tolerancia, ni de la diferencia de los órdenes civil y religioso. Manténgase enhorabuena cada potestad en sus límites, no se entrometa la una en las atribuciones de la otra; pero, a pretexto de la diferencia de los objetos que deben ocupar a las dos sociedades, no se hagan abstracciones imaginarias; no se considere al hombre del tiempo como si fuera un ser totalmente diferente del hombre de la eternidad, al paso que se

cuida de su cuerpo no se le mire de manera como si careciese de alma; mientras se promueven sus intereses materiales y terrenos no se proceda de tal modo que se los ponga en contradicción con los espirituales y eternos. La religión cuida de los negocios espirituales, su objeto es cuidar del alma, pero ¿olvida acaso el cuerpo? ¿No está cubierta la tierra de establecimientos de beneficencia que manifiestan hasta qué punto sabe aliar el celo por la salvación de las almas con el cuidado del bienestar aquí || en la tierra? Cuando manda a los hombres que se amen en Jesucristo, como hijos de un mismo padre, como herederos de un mismo cielo, como que han de cohabitar en la misma morada de felicidad eterna, no les prescribe un amor estéril en los negocios terrenos, sino que quiere, exige que se amen con un amor práctico, socorriéndose mutuamente en sus necesidades, no sólo espirituales, sino también corporales. Y es que la religión cristiana concibe muy bien que el hombre está formado de alma y cuerpo; que si tiene destinos eternos en otro mundo, también tiene destinos temporales en éste; que cuidar de lo uno sin atender en nada a lo otro es obrar prescindiendo de la realidad de las cosas, es querer reducir a la práctica abstracciones que sólo pueden tener cabida en nuestro entendimiento, es impropio de una institución que haya de producir a la humanidad bienes sólidos y verdaderos.

He aquí una pauta para la sociedad civil, he aquí un ejemplo que imitar y que está patente a sus ojos hace ya dieciocho siglos. Si la religión cristiana, pretextando que su objeto es el alma, que el destino adonde se propone dirigir a los hombres es el cielo, no prestase ninguna atención a las necesidades de esta vida; si el amor que prescribe a los hombres fuese únicamente con respecto a las cosas espirituales y a la vida de la eternidad, ¿qué diríamos de ella? Pues análogamente se puede hablar de la sociedad civil donde, so pretexto de que el objeto de ésta es la paz y el bienestar temporal, no se considerase al hombre sino en cuanto vive en este mundo, planteando instituciones y sistemas que hiciesen completa abstracción de que el alma sobrevive al cuerpo, de que a más || de los destinos de esta vida nos están reservados otros más altos, más importantes, más duraderos para más allá del sepulcro. Proceder de otra manera es olvidar un deber sagrado, es dejar abandonados los mismos intereses del orden civil, es no comprender al hombre ni a la sociedad, es mirar las cosas desde un punto de vista muy bajo, es contemplarlas en un círculo muy reducido, y lo que es más sensible, es envenenar la atmósfera en que vive la humanidad, para dejarla sin esperanza de

mejora en su suerte, después de tantos infortunios como la trabajan en esta mansión de dolores.

Cumpliendo la sociedad con los deberes que hemos indicado, es como se completa la verdadera civilización; de otra manera, ni nos deslumbra su esplendor, ni sus riquezas, ni su poderío, ni el mismo bienestar universal, aun cuando lo supusiéramos llevado al más alto punto. Y no se diga por esto que somos intolerantes, no se diga que pretendemos confundir cosas muy distintas; que tamaña inculpación sería sobremanera injusta, después de las aclaraciones que hemos hecho, de los principios que hemos sentado y de la explícita confesión consignada más arriba sobre cuál era en esta materia el espíritu del siglo. Por lo demás, si todavía no se quisiere comprender el verdadero sentido de nuestras palabras, diríamos que no hay intolerancia, que no hay confusión de órdenes ni de potestades en afirmar que es incompleto, que es falso, que es funesto un sistema social donde se considere el cuerpo sin atender al alma, donde se aisle enteramente el tiempo de la eternidad.

A propósito hemos reservado el tratar de tan importante materia después de la serie de artículos que acabamos || de publicar[1], definiendo y explicando la verdadera civilización, y éste le hubiéramos contado cual uno de ellos, y comprendido bajo el mismo título, a no reflexionar que el aspecto bajo el cual considerábamos aquí la religión no era en cuanto civiliza a los pueblos, sino en cuanto los guía al soberano complemento de toda civilización, al último fin de todo individuo y de toda sociedad: a Dios. Bajo este aspecto nos ha parecido que la religión demandaba un lugar aparte; como elemento civilizador ya había sido objeto de nuestra apología y encomio, mientras íbamos señalando los caracteres de la verdadera civilización; pero en cuanto guía a la eterna felicidad, no puede decirse que forma parte de lo que comúnmente se apellida *civilización;* es superior a ella, es de un orden más alto, pertenece a una región más pura, más sublime, es a ella lo que el cielo a la tierra, la eternidad al tiempo, lo que son a la sombría luz de nuestra mansión terrestre los inefables resplandores del empíreo.

En España, donde tenemos la dicha de conservar la unidad religiosa del catolicismo, única religión en que se encuentra la verdad, única religión que puede conducir a los hombres a la eterna salud, es de la mayor importancia el dilucidar a fondo semejantes cuestiones, porque así se fijan mejor las palabras, y se puede impedir quizás que no cundan en el pueblo ideas equivocadas que le predispongan a innovaciones funestas. Es preciso repetirlo: ser tolerante

---

[1] [Véase el vol. XI, *Estudios sociales.*]

no es ser indiferente; y la religión católica nada tiene que no pueda conciliarse muy || bien con las tendencias del siglo en todo lo que abrigan de justo, de suave, de generoso. ¿No se predica la fraternidad universal, no se inculca la necesidad de sufrirnos unos a otros, de que la humanidad sea como una gran familia, trabada suavemente con lazos de paz, de beneficencia y de amor? Pues, ¿quién puede reunir estas condiciones en más alto grado que los hombres que profesan una religión cuyo principal precepto es la caridad?, esa caridad que, según el Apóstol, es *sufrida. es dulce y bienhechora; que no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa. no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia; complácese, sí, en la verdad; a todo se acomoda... y todo lo soporta.* Nuestra religión divina está fundada sobre la cátedra de San Pedro, de aquel a quien Jesucristo, antes de encomendarle su rebaño, le exigió como por prenda el amor, le preguntó si le amaba: *Pedro, ¿me amas?*, y que después enseñaba en sus cartas a los fieles esta tan hermosa, tan dulce como sublime doctrina: *Sed todos de un mismo corazón compasivos, amantes de todos los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes; no volviendo mal por mal, ni maldición por maldición; antes al contrario, bienes o bendiciones; porque a esto sois llamados, a fin de que poseáis la herencia de bendición celestial.* ||

DEMOSTRACION HISTORICA

DE LA IMPORTANTE VERDAD DE QUE LA SUPREMACIA DEL PAPA HA SIDO RECONOCIDA Y ACATADA EN TODOS TIEMPOS POR LA IGLESIA DE ESPAÑA*

ARTICULO I

SUMARIO.—Testimonio de todos los siglos, particularmente de los siete primeros. Reposición hecha por el papa San Esteban del obispo Basílides. Carta de San Cipriano a los obispos de España (siglo III). Carta del papa Siricio a Himerio, obispo de Tarragona (año 385). Carta del papa Inocencio I a los padres del concilio de Toledo (entre los años 402 y 417). Carta del papa San León I a Turibio, obispo de Astorga (año 447).

En el último número de nuestra *Revista*, correspondiente al fin del tomo I [1], prometimos a nuestros lectores ofrecerles una demostración documentada de que la Iglesia de España nunca se había considerado como independiente de Roma, que siempre había reconocido el primado de la Sede apostólica, uniéndose en este punto al concierto universal de todas las demás Iglesias del orbe, que, reunidas en el centro de unidad establecido por el mismo Jesucristo, forman una sola Iglesia católica. Vamos, pues, a cumplir nuestro empeño, examinando lo || que nos dice el testimonio de todos los siglos. Si alguna dificultad pudiese haber en este punto sería por lo que toca a los siete primeros siglos de la Iglesia; pues con respecto a los siguientes están de acuerdo con nosotros los mismos adversarios, confesando que el primado de Roma ha sido reconocido y acatado constantemente por la Iglesia de España.

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Estos dos artículos fueron publicados en los cuadernos 13 y 14 de *La Civilización*, correspondientes al mes de marzo de 1842, vol. II, pp. 3 y 49. No se han reproducido nunca más. Los sumarios son nuestros.

NOTA HISTÓRICA.—La ocasión que tuvo Balmes para tratar este asunto fué la tendencia evidentemente cismática del gobierno de Espartero, y particularmente el proyecto de ley sobre asuntos eclesiásticos del ministro Alonso, presentado el día 20 de enero de 1842. Véanse las efemérides históricas en el vol. XXXIII.]

[1] [Véase el artículo *Sobre el proyecto de ley relativo a asuntos eclesiásticos*, etc., vol. XXIII, p. 295.]

A pesar de las considerables pérdidas de los escritos antiguos, acarreadas por tantos trastornos como revolvieron la Europa, el Africa y el Asia en las irrupciones de los bárbaros del Norte, y después de los sarracenos, nos quedan todavía documentos bastantes para hacer frente a todas las dificultades que quieran objetarse al reconocimiento del primado de Roma por la Iglesia de España. A mediados del siglo III ocurre ya un hecho ruidoso que confirma la verdad histórica que nos proponemos demostrar; y es notable que tenemos noticia de él y de las circunstancias que le acompañaron, por los escritos de uno de los padres más ilustres de la Iglesia, y que por los serios altercados que tuvo sobre otro negocio con el papa San Esteban hace más plena autoridad en el asunto que nos ocupa: hablamos de San Cipriano.

El hecho a que nos referimos es el ruidoso negocio de Basílides y Marcial, obispos españoles, que habían sido depuestos de sus sillas por libeláticos, habiendo sido elegidos y ordenados en su lugar Félix y Sabino. Basílides, deseoso de recuperar su silla, acudió al pontífice romano San Esteban, en quien encontró protección, a causa de que, según dice San Cipriano, con sus engaños y arterías logró sorprender la buena fe del Pontífice. || Esta protección que Basílides había encontrado en Roma iba a poner en un conflicto a las Iglesias de España, no sólo por la parte que habían tomado los obispos en la deposición de Basílides, sino también porque se había procedido ya a la elección y ordenación de Félix y de Sabino, que habían de suceder a los dos obispos libeláticos. Como a la sazón estaba tan floreciente la Iglesia de Africa, mayormente contando entre sus obispos a un hombre tan ilustre como San Cipriano, acudieron a ella las Iglesias de León, de Astorga y de Mérida, pidiéndole consejo de lo que debían hacer en este grave y complicado negocio, habiendo sido portadores de las cartas los mismos interesados Félix y Sabino, que para este objeto se dirigieron a Cartago. El obispo de Zaragoza, Félix, escribió también a la misma Iglesia con el propio objeto, lo que prueba en cuánta agitación se habían puesto las Iglesias de todos los puntos de España, con sola la noticia de que Basílides había encontrado protectora acogida en la Sede apostólica.

Ocurre desde luego que si la supremacía del Pontífice Romano no hubiese sido a la sazón reconocida en España, no había motivo para inquietarse tanto por haber el obispo de Roma dispensado a Basílides más o menos protección. Si el Pontífice Romano no era reconocido en España como superior, era bien indiferente que se empeñase o no en favor de Basílides; los obispos de España se hubieran atrin-

cherado, por decirlo así, en su independencia, y en vano se habría empeñado Basílides en recobrar su perdida silla, apoyándose en la autoridad de un obispo que no hubiese tenido autoridad, ni sobre el obispo depuesto ni sobre los deponentes. ||

Estas reflexiones, que saltan a los ojos con la simple narración del hecho, se robustecen más y más con las mismas palabras de San Cipriano en la misma carta, y nótese bien, en la misma carta dirigida a las iglesias de España, en que los exhorta a permanecer en su primera resolución y a no restablecer en su silla al obispo depuesto que había acudido a Roma. Hácese cargo San Cipriano de la dificultad que podía ofrecer en este negocio el haber apelado Basílides a Roma y haberse puesto de su parte el papa San Esteban; y pasando a disipar este reparo, no niega la autoridad del Pontífice Romano sobre este negocio, no alega la incompetencia del juez a que había apelado Basílides, como es evidente que debía hacerlo, si el Santo no hubiese estado bien convencido del derecho que asistía al obispo de Roma para entrometerse en este asunto, sino que, dejando en salvo la autoridad del Pontífice, sólo alega, para debilitar el efecto de las providencias que pudiesen salir de Roma, que el Pontífice había sido engañado, que Basílides engañando a San Esteban había cometido *obrepción*. *Obreptum est*, son sus palabras, siendo notable que San Cipriano usaba esta expresión de que nos servimos todavía nosotros cuando queremos dar de nulidad la providencia de un superior a quien se ha engañado. Véase, o si no, cuáles son sus palabras: «Ni puede rescindir una ordenación perfecta conforme a derecho el que Basílides, después de descubiertos sus crímenes y de haber él mismo manifestado su conciencia con su propia confesión, se haya dirigido a Roma, engañando allí a nuestro colega Esteban, que colocado a larga distancia no estaba enterado de la verdad del hecho. Con este paso, tan lejos está || Basílides de haberse purificado de sus crímenes, que antes bien se ha manchado con otros nuevos, el de la mentira y el del engaño; pues que no tanto se ha de culpar al engañado, como se ha de execrar al artero engañador. Los hombres pueden ser engañados, Dios no; que escrito está: *No se burla a Dios*» [2].

Todavía hay otra particularidad que notar en la misma carta de San Cipriano, para confirmar más y más cuán reconocida y acatada era en aquellos tiempos la supremacía del Pontífice Romano. Había dicho antes que Basílides no debía ser restablecido en su silla, aun || cuando encontrase

---

[2] Para más plena satisfacción de los lectores insertaremos originales los principales textos a que nos referimos:
«Cyprianus, Coecilius, Primus, Policarpus, Felici presbitero et

protección en el pontífice Esteban, a causa de que éste había sido sorprendido y engañado; pero no descuida luego el apoyar su parecer en una decisión del papa Cornelio. «En vano se empeñan esos tales, dice, en usurpar el episcopado, siendo claro que esa clase de hombres no deben ser jefes en la Iglesia de Cristo, ni ofrecer sacrificios a Dios. *Mayormente* cuando, junto con nosotros y con todos los obispos del mundo, nuestro colega Cornelio, sacerdote pacífico, justo y honrado por la dignación del Señor con el martirio, *decretó* que esos hombres puedan ser admitidos a penitencia, mas no a la ordenación del clero y al honor sacerdotal» [3]. Nótense bien las palabras, y se verá que cuando quiere alegar en apoyo de su opinión un argumento concluyente apela a la autoridad del Pontífice de Roma; pues que si bien dice que esto se ha hecho de acuerdo con todos los obispos del mundo, no puede entenderlo de un concilio general, dado que en aquella época no se había reunido ninguno, sino que habla de la aquiescencia manifestada por todos los obispos a la decisión de la Sede apostólica, de la cual como del centro de unidad partía la enseñanza que se difundía por todo el orbe, bebiendo todas las iglesias en aquel manantial inmaculado donde se || conservaban la letra y el espíritu de las doctrinas de Jesucristo y de las tradiciones apostólicas. Habla San Cipriano de un punto en que, según él, estaban

---

plebibus consistentibus ad Legionem et Asturicae, item Loelio Diacono, et plebi Emeritae consistentibus, fratri in Domino salutem...

... ...

»Quod et apud vos factum videmus in Sabini collegae nostri ordinatione, ut de universae fraternitatis suffragio, et de Episcoporum qui in praesentia convenerant, quique de eo ad vos litteras fecerant iudicio, Episcopatus ei deferretur, et manus ei in locum Basilidis imponerentur. *Nec rescindere ordinationem iure perfectam potest, quod Basilides post crimina sua detecta, et conscientiam etiam propria confesione nudatam, Romam pergens, Stephanum collegam nostrum longe positum, et gestae rei ac tacitae veritatis ignarum fefellit: ut exambiret reponi se iniuste in Episcopatum de quo fuerat iuste depositus. Hoc eo pertinet ut Basilidis non tam abolita sint quam cumulata delicta, ut ad superiora peccata eius etiam fallaciae et circumventionis crimen acceserit. Neque enim tam culpandus est ille cui negligenter obreptum est, quam hic execrandus qui fraudulenter obrepsit. Obrepere autem si hominibus Basilides potuit, Deo non potest, cum scriptum sit. Deus non irridetur.*» (Epistola S. Cypriani episcopi et martyris ad clerum et plebes in Hispania consistentes de Basilide et Martiale.)

[3] «Frustra tales episcopatum sibi usurpare conantur, cum manifestum sit, eiusmodi homines nec Ecclesiae Christi praesse nec Deo sacrificia offerre debere. *Maxime* cum iampridem nobiscum, et cum omnibus omnino episcopis, in toto mundo constitutis, etiam Cornelius collega noster sacerdos pacificus, et iustus, et martyrio quoque dignatione Domini honoratus *decreverit* eiusmodi homines ad paenitentiam quidem agendam posse admitti, ab ordinatione autem Cleri, atque sacerdotali honore prohiberi.» (S. Cyprianus, ibid.)

de acuerdo todos los obispos del mundo; y, sin embargo, sólo nombra a uno, a uno atribuye el decreto: a Cornelio, al obispo de Roma.

Pasando al siglo IV nos encontramos con la carta del papa Siricio a Himerio, obispo de Tarragona, escrita en el año 385, carta notable en muchos pasajes sobre los que llamaremos muy particularmente la atención, porque en ellos se ve con cumplida evidencia cómo se entendía ya en aquel tiempo el primado de Roma. Es preciso que no nos contentemos con citar y copiar esos documentos históricos, es menester también analizarlos; es necesario demostrar que se acudía a Roma en los negocios arduos; no precisamente consultando a los papas como se consulta a personas virtuosas y sabias, sino como superiores, como revestidos de la autoridad suprema recibida del mismo Jesucristo. Romey en su *Historia de España*, haciéndose cargo de los repetidos recursos dirigidos por las iglesias de España al Sumo Pontífice, dice que «hay que deslindar los recursos formales de las meras consultas, y que puédense éstas practicar con todo sujeto conceptuado de virtuoso y sabio, sin atribuirle superioridad ni jurisdicción sobre el particular». Dando así a entender que nada prueba en favor del primado del Papa el que se recurriese a Roma desde España, pues que esto podría ser, no como recurso formal, sino como mera consulta.

Cabalmente la carta del papa Siricio, de la que estamos tratando, resiste terminantemente esta clase de interpretación; || pues que toda ella no es precisamente de una persona sabia y virtuosa que responde a otra que la ha consultado, sino la de un superior que responde a un inferior, con autoridad de enseñanza y con derecho de mando. «No negamos, dice, a tu consulta la competente respuesta, porque por razón de nuestro oficio no podemos *disimular* ni callar; pues que el celo de la religión cristiana nos incumbe a nosotros *más que a todos los otros*. Llevamos la carga de todos los que están gravados; o más bien, la lleva en nosotros el apóstol Pedro, quien, como lo confiamos, nos protege y defiende como herederos de su administración en todas las cosas»[1]. Véase si estas palabras llevan o no el sentido y el tono de una verdadera autoridad.

Continúa después el Pontífice estableciendo varios capítulos sobre los diferentes puntos consultados, y en todos ellos se observa que habla como superior. Para || dejar esto fuera de toda duda y para que el lector pueda juzgar por sí mismo, trasladaremos aquí algunas de las expresiones de

[1] Epistola Syricii Papae ad Himerium Tarraconensem anno 385. «Syricius Himerio tarraconensi salutem.
»Directa ad decessorem nostrum sanctae recordationis Damasum

que se vale el Papa en la citada carta. «En adelante será menester que no os apartéis de esa regla, si no queréis ser separados de nuestro colegio con sentencia sinodal.» (C. I.) «Baste ya de errores en esta parte; en adelante observen la regla sobredicha todos los sacerdotes que no quieren ser apartados de la solidez de la piedra apostólica, sobre la que construyó Cristo la Iglesia universal.» (C. II.) «De todos modos prohibimos que esto se haga.» (C. IV.) «Tuvimos a bien decretar.» (C. V.) «Entiendan que la autoridad apostólica los ha privado de todo honor eclesiástico, del cual han usado indignamente... Si cualquiera, sea *obispo, presbítero* o *diácono*, se hallare, lo que no deseamos, culpable en este punto, sepa que desde ahora le cerramos todo camino de indulgencia.» (C. VII.) «Lo que no tanto imputamos a ellos como a los pontífices metropolitanos... Esas cosas de tal manera las desprecian los obispos de vuestras regiones, como si estuviera establecido lo contrario. Y como no podemos nosotros descuidar esas usurpaciones, *decretamos con definición general* lo *que en adelante han de seguir todas las iglesias y lo que han de evitar.*» (C. VIII.) «Entienda que con esta condición nosotros le perdonamos:... y sepan en adelante *los sumos prelados de todas las provincias*, que si después elevaren a los sagrados órdenes a alguno de esos tales, la Sede apostólica pronunciará el juicio conveniente, ya sobre su estado, ya sobre el de aquellos a quienes hubieren ordenado contraviniendo a los cánones y a nuestras prohibiciones.» (C. XV.) ||

Concluye en seguida el Pontífice diciendo a Himerio que le ha respondido sobre todos los puntos que le había consultado por medio del presbítero Basiano, recurriendo a la Iglesia romana como *a la cabeza de su cuerpo;* exhórtale a la observancia de los cánones, y le dice que comunique el rescripto pontificio no sólo a los obispos de su provincia, sino también a los cartagineses, béticos, lusitanos, gallegos y a todos los de las provincias limítrofes, previniéndole que no quiere que en adelante se pueda alegar ignorancia, y que

---

fraternitatis tuae relatio me iam in sede ipsius constitutum (quia sic Dominus ordinavit) invenit, quam cum in conventu fratrum solicitius legeremus; tanta invenimus quae reprehensione et correctione sunt digna quanta optaremus laudanda cognoscere. Et quia necesse erat nos in eius laboribus curisque succedere cui per Dei gratiam succesimus in honore, facto ut oportebat primitus meae provectionis indicio ad singula (prout Dominus aspirare dignatus est) consultationi tuae responsum competens non negamus; *quia pro oficii nostri consideratione non est nobis disimulare, non est tacere libertas,* quibus maior cunctis cristianae religionis zelus incumbit. Portamus onera omnium qui gravantur; quinimo hoec portat in nobis Beatus apostolus Petrus, qui nos in omnibus ut confidimus, administrationis suae protegit, et tuetur haeredes.»

no admitirá la Sede apostólica excusa alguna [5]. Quien respondiendo a una || consulta no se limita a meras aclaraciones, sino que manda, prohibe, amenaza, castiga, perdona; quien en ejercer esos actos de autoridad no se ciñe a la persona consultora, sino que los extiende a todos, sean diáconos, presbíteros, obispos o metropolitanos; quien manda que se les circule a todos lo que ha establecido, para que no pueda alegarse ignorancia, y previniendo que no admitirá posteriormente ninguna excusa, ¿no es evidente que ha-

[5] «A quo tramite vos quoque post hoc minime convenit deviare, si non vultis a nostro collegio sinodali separari sententia.» (Ibid., cap. I.)

«Hacte tenus erratum in hac parte sufficiat, nunc praefatam regulam omnes teneant sacerdotes qui nolunt ab apostolicae Petrae super quam Christus universalem construxit ecclesiam soliditate divelli.» (Cap. II.)

«Hoc ne fiat omnibus modis inhibemus.» (Cap. IV.)

«Id duximus decernendum.» (Cap. V.)

«Noverint se ab omni ecclesiastico honore quo indigne usi sunt, apostolica auctoritate deiectos... si quilibet episcopus, presbiter atque Diaconus (quod non optamus) deinceps fuerit talis inventus; iam nunc sibi omnem per nos indulgentiae aditum intelligat obseratum.» (Cap. VII.)

«Quod non tantum illis... quantum metropolitanis specialiter pontificibus imputamus... Quae omnia ita a vestrarum regionum despiciuntur episcopis quasim contrarium magis fuerint constituta, et quia non est nobis de huiusmodi usurpationibus negligendum... quid ab universis posthac ecclesiis sequendum sit, quid vitandum, generali pronuntiatione decernimus.» (Cap. VIII.)

«Hac sibi conditione a nobis veniam intelligat relaxatam... scituri post hac omnium provinciarum sumni Antistites, quod si ultra ad sacros ordines quemquam de talibus crediderint assumendum, et de suo et de eorum statu quos contra canones et interdicta nostra provexerint congruam ab apostolica sede promendam esse sententiam.» (Cap. XV.)

Y al fin concluye: «Explicuimus, ut arbitror frater charissime, universa quae digesta sunt in querelam et ad singulas causas de quibus per filium nostrum Bassianum presbiterum ad romanam ecclesiam utpote ad caput tui corporis retulisti, suficientia quantum opinor responsa reddidimus. Nunc fraternitatis tuae animum ad servandos canones et tuenda decretalia constituta magis ac magis incitamus ut hoec quae ad tua consulta rescripsimus in omnium coepiscoporum perferri facias notionem; et non solum eorum qui in tua sunt dioecesi constituti sed etiam ad universos carthaginenses ac Boeticos, Lusitanos atque Gallicos (forte Gallicianos) vel eos qui vicinis tibi collimitant hinc inde provinciis, hoec quae a nobis sunt salubri ordinatione disposita sub litterarum tuarum prosecutione mittantur. Et quamquam statuta sedis apostolicae vel canonum venerabilia definita, nulli sacerdotum Domini ignorare sit liberum, utilius tamen, atque pro antiquitate sacerdotii tui dilectioni tuae esse admodum poterit gloriosum, si ea, quae at te speciali nomine, generaliter scripta sunt, per unanimitatis tuae solicitudinem in universorum fratrum nostrorum notitiam perferantur, quatenus et quae a nobis non inconsulte, sed provide, sub nimia cautela, et deliberatione sunt salubriter constituta, intemerata permaneant, et omnibus in posterum excusationibus aditus qui iam nulli apud nos patere poterit obstruatur. Data 3 idus februari Arcadio et Bautone, viris clarissimis consulibus.»

bla como superior y superior reconocido? ¿Podremos decir que deliraba el papa Siricio mandando, || prohibiendo, castigando, perdonando, amenazando a los que fueran iguales con él? ¿Se sabe que en la Iglesia de España se levantase ninguna queja, ninguna reclamación contra semejante ejercicio de autoridad? No, antes bien San Isidoro, en su obra de *Los varones ilustres,* hace honorífica mención del papa Siricio, llámale Pontífice muy esclarecido y, lo que es más de notar, dice esto hablando de la misma carta u opúsculo que estamos analizando, dirigido a Himerio, obispo de Tarragona. «Siricio, dice, muy esclarecido Pontífice y obispo de la Iglesia romana, escribió un opúsculo dirigido a Himerio, obispo de Tarragona» [6].

Prueba evidente de que la carta del Papa no había sido considerada en España como una usurpación de autoridad, pues que más de dos siglos después hablaba de ella con recomendación un hombre tan ilustre y tan versado en toda erudición así sagrada como profana; un prelado español que tan al corriente debía estar de las creencias y disciplina de la Iglesia de España.

Y es digno de notarse que contra la carta a que nos referimos no pueden alegarse las tinieblas de la ignorancia esparcidas con la irrupción de los bárbaros, pues que esta irrupción no se había verificado todavía; no pueden tampoco citarse los engaños de las falsas *Decretales*, pues que pasaron todavía más de tres siglos antes de su publicación; no puede tampoco alegarse que esta carta sea supuesta, pues que todos los críticos están acordes || en reconocerla por genuina, y, de consiguiente, cuando no tuviésemos como tenemos tantos otros documentos intachables, ella sola bastaría para evidenciar el error y la ligereza de los que sostienen que la Iglesia de España se mantuvo independiente de Roma por espacio de muchos siglos, que el primado de Roma no fué reconocido en España hasta el siglo VII; esto bastaría para demostrar que no era considerado el obispo de Roma como un *mero intermediario*, sino como un *verdadero superior*, y que no es el primado del Papa un resultado de esa intermediación elevada insensiblemente a superioridad, sino que ya en los primeros siglos de la Iglesia era considerado en España como una institución divina, como la piedra asentada por Jesucristo para cimiento de la Iglesia católica, como el centro de unidad para vincular en uno a todos los miembros de la Iglesia, como la cabeza del cuerpo de los fieles, como el pastor que ha de apacentar todo el rebaño

---

[6] «Syricius clarissimus pontifex, et Romanae sedis Antistes, scripsit opusculum directum ad Himerium Tarraconensem episcopum.» (S. Isidorus in additione in librum S. Hieronimi et Gennadii, *De viris illustribus S. Catolicae Ecclesiae.)*

de Jesucristo, *los corderos y las ovejas*, a los simples fieles y a los obispos.

A principios del siglo v ocurre otro documento no menos decisivo en prueba del acatamiento con que era reconocido en España el primado del Papa. Hablamos de la carta del papa Inocencio I dirigida a los padres del concilio de Toledo, en la que se echa de ver también que, en ofreciéndose algún negocio de gravedad, acostumbraban nuestros obispos dirigirse al Pontífice Romano para que les enseñase lo que debían creer y prescribiese lo que debían practicar. El concilio de Toledo, reunido en el año 400, trataba con mucha indulgencia a los priscilianistas, que en número considerable abjuraban || sus errores. Mientras subscribiesen a la regla de fe formulada en el concilio, se restablecía fácilmente en sus sillas a los obispos que habían caído en los errores de aquella secta, echándose un velo sobre sus pasados extravíos. Tanta benignidad la llevaban a mal algunos obispos de las provincias bética y cartaginesa, y clamaban con tal vehemencia contra ella, que la Iglesia de España se veía amenazada de un cisma. En este conflicto, un obispo llamado Hilario y un presbítero apellidado Elpidio acudieron al Sumo Pontífice, poniendo en su conocimiento los graves males de que se veía amenazada la Iglesia de España, y los que empezaba ya a experimentar a causa de la discordia que se iba extendiendo cada día. Deseoso el papa Inocencio de poner coto a tantos males, escribió a los padres del concilio de Toledo la carta de que tratamos.

Es notable también en este punto lo reconocida y acatada que era en España la supremacía del Papa; pues que se consideraba que una carta suya podía bastar a calmar los ánimos y a sosegar la discordia, cuando no alcanzaba a tanto la autoridad del concilio. Otra particularidad se ofrece también en la misma carta, y es que, según se desprende de ella, el Papa estaba ya muy ansioso de la situación de las iglesias de España y no poco inclinado a tomar la iniciativa en este negocio, cuando le determinaron a hablar las instancias del obispo Hilario y del presbítero Elpidio. De lo que se infiere que el Papa se creía con derecho para tomar parte en los negocios de la Iglesia de España y que, por tanto, sabía que ésta le reconocía como superior. «Teniéndome, dice, muy solícito y cuidadoso la disensión y cisma || que, según es fama, se difunden en las iglesias de España y progresan cada día con más rapidez, vino por fin el día en que ha sido necesario no diferir más la enmienda de tan grave daño y aplicarle el conveniente remedio» [7].

[7] Epistola Innocentii I ad episcopos synodi Toletanae inter annos 402 et 417.

«Soepe me et nimia cum teneret cura solicitum super dissen-

Por lo que toca al estilo y tono de la carta, acontece lo propio que hemos visto con la del papa Siricio: habla Inocencio, no como persona particular consultada, sino como superior, no sólo instruye, sino que manda. «Recíbanlo todos los sacerdotes como si lo hubiésemos escrito a cada uno en particular.» (§ 1.) «Hemos de proveer saludablemente, no sea que nuestro disimulo sirva para alentar la culpable usurpación» (§ 2) [8].

A mediados del mismo siglo v, en el año 447, encontramos otro documento semejante, cual es la carta || del papa San León I a Turibio, obispo de Astorga. Este obispo había remitido al Papa un índice de los errores de los priscilianistas y un libro en que los impugnaba. Contéstale el Papa felicitándole por su celo en favor de la fe católica y por haberle dado conocimiento de los restos que aun se conservaban de la mencionada secta. Prescribe el Papa que se celebre un concilio en el que, conforme a las instrucciones que le había comunicado en contestación a su consulta, se examinase si había algunos obispos inficionados aún con aquella herejía, para excomulgarlos en el caso que no quisiesen abjurar sus errores. Después de decirle que ya ha escrito a los obispos de las provincias de Tarragona, Cartago, Lusitania y Galicia, mandándoles que celebren un concilio nacional, le encarga a Turibio que les transmita las resoluciones que le acaba de dictar, disponiendo, finalmente, que si se atravesase algún obstáculo que impidiese la celebración de dicho concilio, se celebre al menos uno en la provincia de Galicia, al cual deberán presidir Idacio y Ceponio [9]. ||

Resulta, pues, demostrado que durante la dominación romana, y aun a principios de la irrupción de los bárbaros,

---

sione et schismate ecclesiarum, quod per Hispania, latius in dies serpere et citatiore gradu incedere fama proloquitur; necessarium tempus emersit, quo non posset emendatio tanta differri, et deberet congrua medicina prohiberi. Nam fratres nostri coepiscopus Hilarius et Elpydius presbiter, partim unitatis amore permoti, partim qua laborat provincia pernicie ut oportuit excitati, *ad sedem apostolicam commearunt et in ipso sinu fidei* violatam intra provinciam pacem, disciplinae rationem esse confusam, et multa contra canones patrum contempto ordine regulisque neglectis, in usurpatione ecclesiarum fuisse commisa, nec concordiam in qua fidei nostrae stabilitas tota consistit, posse retineri, cum dolore et gemitu prosequuti sunt.»

[8] «Sed hoec generaliter de unitatis reformatione omnes tamquam singulis scripta sint, accipiant sacerdotes.» (§ 1.)

«Nunc nobis est salubriter providendum; ne improba usurpatione dissimulatio in deterius convalescat.» (§ 2.)

[9] Epistola 1. Leonis Papae cognomento Magni, ad Turibium Episcopum Asturicensem. Anno 447.

«Quam laudabiliter pro Catholicae Fidei veritate movearis, et quam solicite Dominico gregi devotionem officii pastoralis impendas, tradita nobis per diaconum tuum fraternitatis tuae scripta demostrant, quibus notitiae nostrae insinuare curasti, qualis in regio-

era cosa muy usada el acudir los obispos de España al Pontífice Romano, no sólo para recibir instrucciones, sino también mandatos. Resulta también que la autoridad del Papa era tan reconocida y acatada en España, que ni él ni los obispos españoles tenían en este punto la menor duda, y que obraban conforme a esta convicción, siempre que se ofrecía la oportunidad. En el número inmediato demostraremos lo mismo con respecto a la temporada siguiente hasta la dominación de los árabes, y quedará también fuera de toda duda que la España goda católica no fué jamás independiente de la cátedra de Roma, ni aun en los tiempos calamitosos en que, habiendo hecho en España grandes estragos el arrianismo, parecía que debían de haberse cortado las comunicaciones con Roma, quedando reducido el primado del Papa a un título meramente nominal. Con la historia en la mano manifestaremos que no fué así, y de este modo se convencerán más y más nuestros lectores || de que la sujeción de la Iglesia de España al Sumo Pontífice no es cosa de ayer, sino que data de la introducción del cristianismo entre nosotros, y que las doctrinas y las prácticas de los siglos posteriores no fueron y no son más que una continuación de las de los primeros, con aquellas variaciones y modificaciones que la diversidad de tiempos y circunstancias ha ido introduciendo por medios legítimos en la disciplina de la Iglesia. ||

---

nibus vestris de antiquae pestilentiae reliquiis errorum morbus exarserit.

»Habeatur ergo inter vos Episcopale Concilium, et ad eum locum, qui omnibus oportunus sit, vicinarum provinciarum conveniant sacerdotes, ut secundum ea, quae ad tua consulta respondimus, plenissimo disquiratur examine, an sint aliqui inter episcopos, qui huius haereseos contagio polluantur, a comunione sine dubio separandi, si nefandissimam sectam per omnium sensuum pravitates, damnare noluerint.

»Dedimus itaque litteras ad fratres et coepiscopos nostros Tarraconenses, Cartaginenses, Lusitanos, atque Gallicos, eisque Concilium synodi generalis indiximus. Ad tuae dilectionis solicitudinem pertinebit ut nostrae ordinationis auctoritas ad praedictarum provinciarum episcopos deferatur. Si autem aliquid, quod absit, obstiterit, quominus possit celebrari Generale Concilium; Galliciae, saltem in unum conveniant sacerdotes, quibus congregatis, fratres nostri Idatius, et Ceponius imminebunt, coniuncta cum eis instantia tua, quo citius vel provinciali conventu remedium tantis vulneribus adferatur. Data 12 kal. Augusti, Alypio et Ardabure viris clarissimis Consulibus.»

ARTICULO II

SUMARIO.—A pesar de la irrupción de los bárbaros no se interrumpe la dependencia de la Iglesia de España con relación a la Santa Sede. Carta de los obispos de la provincia tarraconense al papa Hilario (año 461). Otra carta de los mismos al mismo. Contestación del papa Hilario (año 465). El papa Simplicio nombra vicario apostólico a Zenón, obispo de Sevilla (entre los años 468 y 483). Igual delegación hecha por el papa Hormisdas a favor de Juan, obispo de Tarragona (año 517). Carta del mismo Papa. Delegación hecha por el mismo a favor de Salustio, obispo de Sevilla. Los privilegios de los metropolitanos no eran opuestos a la primacía de la Santa Sede. Actuación del papa San Gregorio el Grande en la reposición del obispo de Málaga, Januario (principios del siglo VII). La primacía de Roma, reconocida en España antes del siglo VII.

Había promediado ya el siglo V; las naciones bárbaras que habían inundado la península la llevaban agitada y revuelta; el dominio del imperio romano se iba reduciendo y extinguiendo en todos los puntos de la península, y la España entraba en un orden de cosas que en nada se asemejaba al antiguo; parecía que con todo esto la influencia del Pontífice Romano debía de menguar también, pues que ni le quedaba a la cátedra de Roma el prestigio del poderío de la gran ciudad en que se hallaba establecida, y mayormente habiéndose introducido en nuestro suelo el arrianismo, que tantos padecimientos || acarreó al catolicismo en España hasta la época de Recaredo. Sin embargo, nada de esto sucedió; la Roma del imperio cayó, es verdad, pero la Roma cristiana se levantaba más y más, extendiendo también su dominio a los pueblos que venían del Aquilón y conservando la primacía espiritual ejercida ya de antemano sobre los pueblos del imperio convertidos al cristianismo. Grandes fueron las calamidades de la Iglesia de España en aquellos tiempos; repetidos y profundos sus trastornos; pero, a pesar de todo esto, su unión con el centro de unidad, su dependencia de la Santa Sede, no faltó, no se interrumpió jamás. Si terminantes son los testimonios que hasta aquí hemos producido en confirmación de que la supremacía del Papa había sido reconocida y acatada en la España romana, no lo son menos los que ocurren para demostrar la misma verdad por lo que toca a la España goda.

No cabe a este propósito documento más explícito que la carta dirigida al papa Hilario por los obispos de la provincia de Tarragona en el año 461. Sabino, obispo de Calahorra, había ordenado algunos obispos sin consentimiento del metropolitano, y, quejosos de esto, Ascanio, obispo de

Tarragona, y los demás obispos de la provincia acudieron al papa Hilario para que dispusiese la conducta que debía seguirse, así con respecto al obispo ordenante como a los obispos ordenados. Esta carta es digna de notarse bajo muchos aspectos, porque no sólo se halla consignada en ella la supremacía del Papa del modo más explícito y terminante, sino también porque contiene confesiones muy claras sobre algunas preeminencias de esta primacía. El respetuoso encabezamiento || de la carta explica ya más de lo que pudiera decirse con extensos comentarios: «Al Beatísimo Señor, y a quien debemos honrar con reverencia apostólica, el papa Hilario, Ascanio, obispo, y todos los obispos de la provincia de Tarragona.» Esta salutación claro es que no va dirigida de igual a igual, sino de inferior a superior. Empiezan en seguida su carta, y en el exordio de ella se notan las siguientes palabras: «Aun cuando no mediara necesidad alguna de la disciplina eclesiástica, debíamos nosotros acudir a aquel privilegio de vuestra Sede, con el que, recibidas las llaves del reino después de la resurrección del Salvador, la singular predicación de San Pedro proveyó a la iluminación de todos por todo el mundo, y el principado de quien hace sus veces, como que está sobre todos, todos debemos temerle y amarle. Por tanto, nosotros, adorando en vos al mismo Dios, a quien servís santamente, acudimos a la fe alabada por boca apostólica, buscando instrucciones allí donde nada se manda con error, nada con presunción, sino todo con deliberación sacerdotal.» Hemos procurado traducir lo más literalmente que nos ha sido posible las palabras que preceden, aun a riesgo de violentar algún tanto el genio de nuestra lengua; pero hemos creído conveniente hacerlo así, temerosos de que no alterásemos en lo más mínimo el sentido: tales y tan importantes nos parecen para probar decisivamente la verdad que defendemos[1]. ||

En efecto: despréndese en primer lugar que los obispos deben mantener relaciones con la Sede apostólica, no pre-

---

[1] Epistola 1. Tarraconensium Episcoporum ad Hilarium Papam (anno 461).

«Domino beatissimo, et apostolica reverentia a nobis colendo papae Hilario, Ascanius Episcopus, et universi episcopi Tarraconensis provinciae.

»Etiamsi nulla extaret necessitas ecclesiasticae disciplinae, expetendum revera nobis fuerat illud privilegium sedis vestrae, quo susceptis regni clavibus, post resurrectionem Salvatoris, per totum orbem beatissimi Petri singularis praedicatio universorum illuminationi prospexit: cuius vicarii principatus sicut eminet, ita metuendus est ab omnibus et amandus. Proinde nos Deum in vobis penitus adorantes, cui sine querela servitis, ad fidem recurrimus apostolico ore laudatam, inde responsa quaerentes, unde nihil errore, nihil praesumptione, sed pontificali totum deliberatione praecipitur...»

cisamente durante las temporadas en que ocurran negocios arduos, sino aun en tiempos ordinarios, siendo esta comunicación como la que tienen los miembros con la cabeza, de la cual están recibiendo de continuo movimiento y dirección. «Aun cuando no mediase necesidad alguna de la disciplina eclesiástica, dicen los padres de la provincia de Tarragona, debíamos nosotros acudir al privilegio de vuestra Sede»; y nótese a qué privilegio debían acudir con vivo deseo, *expetendum*, a ser instruídos por el sucesor de aquel que cuidó de la iluminación de todo el mundo, a aquel principado que *está sobre todos y que debe ser temido y amado de todos*, a *buscar* instrucciones allí donde *se dan sin error*.

«Rogamos a vuestra Sede, dicen más abajo los padres, que con apostólica inspiración nos instruyáis de lo que queréis que hagamos en este negocio, para que, reunidos en concilio y apoyados en vuestra autoridad, podamos saber con la ayuda de Dios qué es lo que debemos hacer del ordenante y del ordenado.» Pídenle al Papa los padres de Tarragona, no un consejo, no una instrucción sobre un punto canónico, sino una disposición || de autoridad: «Decidnos lo que *queréis* que hagamos, para que podamos obrar apoyados en vuestra *autoridad*» [2].

Hay también otra carta de los obispos de la provincia de Tarragona al mismo Papa; en ella se notan las mismas ideas sobre la supremacía del Papa, los mismos sentimientos de respeto y veneración, la misma voluntad de obedecer sumisamente a lo que tuviese a bien prescribirles. En ella se encuentra expresamente consignado que la Sede apostólica extendía también su cuidado a las provincias; allí se halla la particularidad de que, hablando del Papa, las provincias de España se apellidan suyas, *provinciarum suarum;* allí se tropieza a cada paso con las expresiones de *humildemente*, de *atrevimiento de escribir*, de *obsequios*, de *dignación por* parte del Pontífice; en una palabra, se encuentra el mismo, mismísimo lenguaje que usan los obispos católicos de nuestros tiempos [3]. ||

---

[2] «Proinde quia his praesumptionibus, quae unitatem dividunt, quae schisma faciunt, velociter debet occurri: quaesumus sedem vestram, ut quid super hac parte observare velitis, apostolicis afflatibus instruamur: quatenus fraternitate collecta, prolatis in medium venerandae synodi constitutis contra rebellionis spiritum vestra auctoritate subnixi, quid oporteat de ordinatore et de ordinato fieri, intelligere, Deo adiuvante, possimus. Erit profecto vester triumphus, si apostolatus vestri temporibus, quod sancti Petri Cathedra obtinet, catholica audiat ecclesia, si novella zizaniorum semina fuerint extirpata.»

[3] Epistola 2. Tarraconensium Episcoporum ad Hilarium Papam Domino beatissimo et apostolica reverentia a nobis colendo Papae Hilario, Ascanius Episcopus, et universi episcopi Tarraconensis provinciae.

En la contestación que da el papa Hilario a las sobredichas cartas de los obispos de Tarragona, a más de las expresiones de autoridad que hemos observado ya en todas las anteriores, llama muy particularmente la atención el que, al mismo tiempo que los obispos de la provincia de Tarragona habían acudido al Papa, apelaban también al mismo recurso, desde muchos otros puntos de España, otros interesados en sentido opuesto, excusando lo que los obispos de la provincia de Tarragona pretendían que se condenase: prueba incontestable de que estaba generalmente reconocido en España el primado del Papa; pues que una vez llevada alguna causa a Roma, no conocían otro medio ambas partes contendientes que acudir allí para sacar el mejor partido. En la misma carta ocurre también otra circunstancia muy digna de notarse, cual es, que el Papa envía a España al subdiácono Trajano con esta carta, para que todo se *corrigiera* conforme a las disposiciones de la Sede apostólica. Es decir, que ya en aquella época había la costumbre de enviar los papas sus legados para atender a las necesidades de las iglesias[4]. ‖

Que el subdiácono Trajano no era un simple portador de la carta del Papa, sino un verdadero legado, con la debida autorización para arreglar los negocios, se echa de ver clarísimamente por otra carta del mismo papa Hilario a Ascanio, obispo de Tarragona, donde el Pontífice, después de haber dicho que por dignación de la divina misericordia se

---

«Quam curam apostolatus vester de *provinciarum suarum* sacerdotibus gerat, filio nostro illustri Vincentio provinciae nostrae, referente cognovimus: cuius impulsu votum nostrum *in ausum scribendi* prona devotione surrexit. Ergo provinciali literario sermone debita *coronae vestrae* obsequia deferentes, his quaesumus, ut dignatione, qua ceteros etiam humilitatem nostram in orationibus vestris in mente habere *dignemini, beatissime et apostolica reverentia in Christo a nobis colende pater;* illud specialius deprecantes, ut factum nostrum, quod tam voto pene omnis provinciae, quam exemplo vetustatis, in notitiam vestram defertar, perpensis assertionibus nostris *raborare dignemini.*»

[4] Epistola Hilarii Papae ad Ascanium et reliquos Tarraconensis provinciae episcopos (anno 465).

«Hilarius Episcopus Ascanio, et universis episcopis Tarraconensis provinciae. Postquam litteras vestrae dilectionis accepimus, quibus praesumptiones Silvani episcopi Calagurriensium ecclesiae retundi petistis, et rursum Barcinonensium quaeritis nimis illicita vota firmari; honoratorum et possessorum Turiassonensium, Cascantesium, Calagurritanorum, Virgiliensium, Triciensium, Legionensium, et Civitatensium, cum subscriptionibus diversorum litteras nobis constat ingestas, per quas id quod de Silvano querela vestra deprompserat, excusabant... Temporum necessitate perpecta, hac ratione decernimus ad veniam pertinere quod factum est...

»Ut autem omnia secundum haec quae scripsimus, corrigantur, praesentes litteras. Trajano subdiacono nostro veniente dreximus...»

halla constituído en la *cumbre sacerdotal*, para que, colocado como atalaya en aquella altura, *prohiba lo ilícito y enseñe lo que se ha de seguir*, añade que *delega* al sobredicho subdiácono Trajano el cuidado de arreglar los negocios, «a quien, continúa, hemos enviado a España con nuestra autoridad, para conservar la disciplina de la Iglesia» [5]. ||

En el mismo siglo, y a poco tiempo después de lo que acabamos de referir, se encuentra otro acto de semejante autoridad de un Pontífice Romano sobre la Iglesia de España. Hablamos del nombramiento de vicario apostólico hecho en Zenón, obispo de Sevilla, por el papa Simplicio, según consta de la carta dirigida por este Papa al mismo Zenón y cuya fecha corresponde al tiempo transcurrido desde el año 468 al 483. «Por conducto de varios hemos sabido, le dice el Papa, que gobiernas la Iglesia con tanto espíritu de caridad, que por la gracia de Dios no estás envuelto en las calamidades del naufragio. Gozosos, pues, con semejantes noticias, hemos creído conveniente corroborarte con la *delegación* de la autoridad de nuestra Sede, para que, *pertrechado con esta fuerza, no permitas que se quebranten los decretos de la institución apostólica*, ni se traspasen los límites señalados por los Santos Padres; porque bien merece ser *premiado* con *tanto honor* quien tanto contribuye a que en esas regiones crezca el culto divino» [6]. ||

A principios del siglo siguiente, en el año 517, encontramos la misma delegación de la autoridad apostólica a favor de Juan, obispo de Tarragona, hecha por el papa Hormisdas, mandándole que, salvos los privilegios de los metropolitanos, cuide de la observancia de los cánones y de los mandatos pontificios; prescribiéndole al propio tiempo que dé

[5] Epistola 3. Hilarii Papae ad Ascanium Tarraconensem Episcopum.

«Dilectissimo Fratri Ascanio Hilarius Episcopus. Divinae circa nos gratiae memores esse debemus qui nos per dignationis suae misericordiam, ob hoc *ad fastigium sacerdotale* provexit, ut mandatis ipsius inhaerentes *et in quadam sacerdotii eius specula constituti, prohibeamus illicita et sequenda doceamus*... Quod oportunius supradicti subdiaconi (Traiani) fieri *delegamus* instantia, quem *etiam pro conservanda ecclesiae disciplina, commeare ad Hispanias dispositionis nostrae fecit auctoritas*.»

[6] «Ab anno 468 ad 483.

»Dilectissimo Fratri Zenoni Simplicius.

»Plurimorum relatu comperimus, dilectionem tuam fervore spiritus Sancti ita te Ecclesiae gubernatorem existere, ut naufragii detrimenta Deo Auctore non sentias Talibus idcirco gloriantes indiciis, congruum duximus *vicaria sedis nostrae te auctoritate fulciri* cuius *vigore munitus*, Apostolicae institutionis Decreta, vel sanctorum terminos patrum, nullo modo transcendi permittas; quaniam digna honoris remuneratione cumulandus est, per quem in his regionibus divinus crescere innotuit cultus. Deus te incolumem custodiat, Frater charissime.» (Epistola Simplicii Papae ad Zenonem Spalensem Episcopum.)

noticia a la Sede apostólica de las causas eclesiásticas que vayan a parar a sus manos[7]. ||

Podríamos también insertar otra carta del mismo papa Hormisdas, escrita en el año 524 y dirigida a todos los obispos de España, donde les enseña y prescribe varios puntos de disciplina; pero, temerosos de fatigar demasiado con citas la atención de nuestros lectores, pasaremos al otro ejemplo que nos ofrece este Papa, de una delegación de la autoridad apostólica a favor de Salustio, obispo de Sevilla. Por esta delegación se concede a Salustio el que pueda hacer las veces del Pontífice en las provincias Bética y Lusitania, «*aumentando* con esta participación, dice el Papa, la autoridad de tu ministerio, y aliviándonos por este medio en el cuidado de nuestra vigilancia»...

«*Mandamos* a todos, añade más abajo, que observen las reglas y decretos de los santos concilios...»

... ...

Y después, indicando a Salustio las facultades que le concede la dicha delegación, añade: «Siempre que ocurra algún negocio general en materias de religión, *convoca* a todos los hermanos en concilio; y si mediare entre ellos alguna disensión sobre algún negocio particular, *reprime* las desavenencias, dando fin a las disputas con una resolución conforme a las sagradas leyes. Y si algo les mandas, o por la fe, o conforme a los antiguos cánones, o por disposición

[7] «Dilectissimo Fratri Ioanni Hormisdas. (Anno 517.)

»Verum probasti, dilectissime Frater, quo christianam Fidem venereris affectu, dum ea, quae ad regulas patrum pertinent, et ad mandata catholica, sine aliqua cupis transgressione servare; sperans, ut prorogatis generalibus ad Hispanienses ecclesias constitutis, quae aut irreligiosius fiunt ecclesiasticis disciplinis congruentia sanciamus, quod amplexi sumus, captata istius desiderii facultate. Quid enim, aut nobis dulcius, quam cum Fidelibus loqui? aut Deo aptius, quam deviantes ab errore revocare? Salutantes igitur charitatem, qua iungimur, per Cassianum Diaconum tuum significamus, nos direxisse generalia constituta, quibus vel ea quae iuxta canones servari debeant, *competenter ediximus*, vel circa eos, qui ex Clero Graecorum veniunt, quam habere oporteat cautionem, sufficienter instruximus. Sed et caussae ipsius ordinem instructionemque abunde Decretis ecclesiasticis vos docebunt, ut agnoscentes, et impiorum transgressionem, et Apostolicae sedis curam pro patrum regulis excubantem, ostendatis vos perosa habere damnatorum consortia et amare Fidelium. Et quia per insinuationis tuae huius nobis est vitae patefacta providentia; remuneramus solicitudinem tuam, et servatis privilegiis Metropolitanorum, *vices vobis Apostolicae Sedis eatenus delegamus*, ut inspectis istis, sive ea. quae ad canones pertinent, sive ea, quae a nobis sunt super *mandata serventur*, sive ea, quae de Ecclesiasticis caussis tuae revelationi contingerint, sub tua nobis insinuatione pandantur. Erit hoc studii, ac solicitudinis tuae, ut talem te in his, quae iniunguntur, exibeas, ut fidem, integritatemque eius, cuius curam suscipis, imitèris.» (Epistola 1. Hormisdae Papae ad Ioannem Tarraconensem Episcopum.)

prudencial, o algo establecieres con nuestra autoridad, nos darás noticias de ello por medio de una relación en debida forma» [8]. ||

En los dos documentos que acabamos de citar se observa que el Papa, al delegar su autoridad, emplea la siguiente frase: *Salvis metropolitanorum privilegiis* (salvos los privilegios de los metropolitanos); y como esta expresión podría parecer una restricción de la autoridad pontificia, haremos sobre este particular algunas observaciones. Es indudable que los metropolitanos gozaban antiguamente de algunos privilegios de que carecen en la actual disciplina, y que estos privilegios eran mirados con mucho respeto. No es del caso ni enumerarlos aquí, ni tampoco referir cuáles son las modificaciones que han ido sufriendo con el tiempo, ni qué es lo que de ellos ha quedado, y cuáles son las causas y motivos que han || ido introduciendo esas variaciones; pero lo que conviene advertir es que esos privilegios de los metropolitanos en nada se oponían a la primacía de la Santa Sede, pues que, según hemos visto, la autoridad pontificia se ejercía en toda su plenitud, aun en el tiempo en que estaban vigentes esos privilegios. La cláusula sobredicha, en que se salvaban los privilegios de los metropolitanos, sólo manifiesta que los papas querían que estos privilegios fueran respetados, cosa que no es de extrañar, pues que es bien sabido que puntos tan graves de disciplina eclesiástica no se alteran jamás sin poderosos motivos y sin preceder aquella

---

[8] «Charissimo Fratri Salustio Hormisda.

... ...

»Suffragantibus igitur tibi tot meritis piae solicitudinis, et laboris, certe iam delectat iniungere, quae ad nostri curam constat officii pertinere, ut provinciis tanta longinquitate disiunctis et *nostram possis exibere personam*, et Patrum regulis adhibere custodiam. *Vices itaque nostras*, per Baeticam, Lusitaniamque provincias, salvis privilegiis, quae Metropolitanis Episcopis decrevit antiquitas, *praesenti tibi auctoritate committimus, augentes tuam huius participatione ministerii dignitatem*, relevantes nostras eiusdem remedia dispensationis excubias...

... ...

»Paternas igitur Regulas et decreta a sanctis definita conciliis *omnibus servanda mandamus*...

... ...

»Quoties universalis poscit Religionis caussa, ad concilium *te* cuncti Fratres *evocante* conveniant; et si quoseorum specialis negotii pulsat contentio, iurgia inter eos oborta *compesce*, discussa sacris legibus *determinando* certamina. Quicquid autem illis pro Fide et veteribus constitutis, vel provida dispositione praecipies, vel personae nostrae auctoritate formabis, totum ad scientiam nostram instructae relationis attestatione perveniat, ut noster animus officii charitate dati, et tuus securitate perfruatur accepti. Deus te incolumem custodiat, Frater charissime.» (Epistola 3. Hormisdae ad Salustium Episcopum Spalensem.)

prudente y madura deliberación que pueda ser una garantía de acierto. Todavía más: la misma cláusula en que se salvan los privilegios de los metropolitanos es un nuevo indicio de las altas facultades que se consideraban anejas al primado del Papa; pues que en delegando éste su autoridad a algún obispo, se creía conveniente advertir que esta delegación no debía menoscabar los privilegios de los metropolitanos, lo que prueba que, a no expresarse así, se hubiera quizás creído que el obispo revestido con las facultades pontificias podía derogar también esos privilegios. Véase, pues, cómo resulta en claro que la indicada cláusula restrictiva, al paso que manifiesta la circunspección y mesura con que procedían los papas con respecto a alterar la disciplina establecida, indica también que se hubiera podido cambiar esa disciplina si la Sede apostólica lo hubiese creído conveniente.

Si no temiésemos fatigar a nuestros lectores podríamos también insertar la carta del papa Vigilio a Profuturo. obispo de Braga, donde se vería evidenciada la || misma verdad que estamos demostrando; pero seguros de que los documentos producidos hasta aquí son más que suficientes para dejarla fuera de toda duda, no nos extenderemos más citando otros; y sí únicamente referiremos lo ocurrido durante el pontificado de San Gregorio el Grande, porque habiendo ocupado este Papa la silla apostólica al fin del siglo VI y a principios del VII, lo acontecido en su pontificado se adapta muy bien para cerrar la imponente nube de testimonios que se ofrecen para rebatir a los que han dicho que el primado del Papa no estaba reconocido todavía en España a principios del siglo VII. El hecho de que hablamos es el siguiente: Januario, obispo de Málaga, había sido depuesto de su silla en un concilio provincial; y creyendo injusta su deposición acudió al Papa apelando de la sentencia que le condenaba. El papa San Gregorio, deseoso de que se reparase la injusticia, si realmente se había cometido, y creyendo, por otra parte, que no tenía todas las noticias necesarias para fallar la causa con pleno conocimiento, envió a España un legado llamado Juan, quien, después de haber examinado la causa, repuso a Januario en el ejercicio de sus funciones, imponiendo alguna penitencia a los obispos que le habían depuesto.

La extensión de las cartas escritas con este motivo por el papa San Gregorio no nos permite insertarlas aquí; pero no podemos menos de recomendar su lectura a cuantos deseen instruirse a fondo en la materia, examinando por sí mismos esos importantes monumentos que nos ha transmitido la antigüedad y que manifiestan de un modo irrecusa-

ble cuán reconocida, cuán acatada || era en aquellos tiempos la supremacía del Papa.

Todavía podríamos alegar nuevas pruebas en confirmación de la misma verdad que estamos demostrando; pero parécenos que son más que suficientes las alegadas hasta aquí, y confesamos ingenuamente que no sólo no sabemos qué es lo que puede contestarse a documentos tan decisivos, pero ni siquiera acertamos a imaginar cuál es el efugio a que podrían acogerse nuestros adversarios para sostener una aserción tan terminantemente desmentida por el testimonio de la historia. No acertamos a concebir cómo, en vista de tan repetidos actos de la más amplia autoridad ejercidos por los papas sobre la Iglesia de España en los siglos que precedieron al VII, puede todavía sostenerse que la primacía de Roma aun no estaba reconocida en España a fines del mismo siglo.

No es, pues, verdad que pasaran siglos antes de que hubiese en la Iglesia un poder superior al de los obispos, como indica el señor Alonso en la exposición que precede a su proyecto de ley sobre jurisdicción eclesiástica; no es verdad tampoco que antes de la invasión de los árabes estuviese libre España de la influencia de Roma y que para nada se acudiese a Roma, como dice el mismo señor Alonso en la exposición que precede a su proyecto de ley sobre negocios eclesiásticos; no es verdad tampoco lo que han dicho algunos historiadores de que en la Iglesia de España el catolicismo no entrañase la sujeción al primado de Roma.

Ni en España ni fuera de España, ni en los tiempos modernos ni en los antiguos, se ha concebido jamás el catolicismo sin el primado de Roma; en la idea del || catolicismo se ha abrazado siempre la supremacía del Pontífice Romano, porque en la idea del catolicismo ha entrado siempre la de unidad, y unidad no la hay sin un centro, y ese centro no existe sin Roma. Esta es la doctrina de todos los siglos, la tradición constante desde el tiempo de los apóstoles; decir lo contrario es, o desconocer completamente la historia de la Iglesia, o trastornar adrede las ideas y los hechos. ||

"INDEPENDENCIA CONSTANTE DE LA IGLESIA HISPANA Y NECESIDAD DE UN NUEVO CONCORDATO"

POR EL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE CANARIAS*

Señalado servicio prestan a la religión y a la patria los hombres que, en tiempos difíciles y agitados, levantan su voz en defensa de la Iglesia, sea cual fuere el estado que profesen y la posición social que les haya cabido; pero necesario es confesar que ganan mucho las verdades religiosas cuando les tocan defensores distinguidos, no sólo por su eminente ciencia y demás calidades personales, sino, y muy particularmente, por el sagrado carácter de obispos puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios. Estas reflexiones se nos ofrecían al recorrer las páginas de la obra que acabamos de indicar, alegrándonos sobremanera de que Su Señoría Ilustrísima se hubiese tomado la pena de ilustrar al público español en una materia tan importante y en que tan dignamente puede emplearse la pluma de un obispo en las circunstancias que estamos atravesando. No nos proponemos formar juicio de la obra, que a tanto || no llega nuestra presunción, mayormente tratándose de un escrito de un prelado de la Iglesia; ni tampoco es nuestro ánimo indicar que estemos en todo de acuerdo con las opiniones emitidas por S. S. I.; sólo intentamos dar a conocer al público un trabajo importante, que no dudamos será leído con gusto por todas las personas ilustradas y juiciosas, y de que podrán sacar no escaso provecho cuantos se dediquen a los estudios eclesiásticos. Para lograr nuestro obje-

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 31 de *La Civilización*, correspondiente a la primera quincena de enero de 1843, vol. III, p. 319. Nunca se ha reimpreso.

NOTA HISTÓRICA.—El obispo de Canarias era don Judas José Romo Camboa, gran amigo de Balmes, a pesar de que éste no aprobaba todas sus ideas o su lenguaje. El primer cuaderno del libro valió al señor obispo un proceso, terminado a fines de 1842, condenando al prelado a dos años de destierro y costas. Por real decreto de 6 de febrero de 1844 le fué levantado el destierro. Según una nota que hemos suprimido, el folleto fué impreso en Madrid, imprenta y fundición de don E. Aguado.]

to juzgamos ser lo más acertado presentar algunos pasajes que puedan servir de muestra a los que no hayan podido disfrutarla.

Ante todo es necesario advertir que no es la obra del ilustrísimo señor obispo de Canarias un libro donde se ataquen las instituciones políticas actuales, ni donde se trasluzca el deseo de volver las cosas al estado en que se hallaban en otros tiempos; muy al contrario, quizás algunos encontrarán en S. S. I. ideas demasiado liberales, atendidas ciertas expresiones que vierte y sobre todo en la manera con que habla de la República de los Estados Unidos. No tenemos reparo en decir que no coinciden enteramente nuestras opiniones con las de S. S. I. en la gravísima cuestión social y política suscitada por el fenómeno de la formación y progreso de la república americana, bien que sin dejar por esto de respetar como es debido las convicciones del ilustrísimo autor, a quien no puede negarse la mayor buena fe y un ardiente amor de la verdad. Si el oro se prueba en el crisol, no cabe más inequívoca seña de la disposición de ánimo de S. S. I. que la entereza y resignación con que está sobrellevando las tribulaciones que de mucho || tiempo a esta parte le afligen. Nadie ignora la ruidosa causa que se le ha formado en el Tribunal Supremo de Justicia y el fallo que en ella ha recaído.

Como quiera, esta misma circunstancia de discrepar las opiniones políticas de S. S. I. de las de otros que profesan las mismas ideas religiosas, podrá quizá contribuir a que se recojan con más fruto sus palabras, no mediando la sospecha de que el escritor abrigase solapadas miras políticas. He aquí el pasaje a que nos referimos, donde rebate la opinión de aquellos políticos que otorgan a la potestad civil ilimitada facultad sobre todos los negocios, sin cortapisas de ningún género:

«Constituída una nación en junta, dicen dogmáticamente estos políticos, reúne por el mismo hecho en su seno la voluntad general de todos y cada uno de los ciudadanos de la monarquía, y, por consiguiente, disfruta un derecho indisputable para dictar leyes, reformarlas y abolirlas, y repasando las instituciones y reglamentos que la dirigían para derogar lo que les pareciese, sin consideración alguna a la posesión y prescripción de antiguo o de presente, porque todo debe ceder en contraposición del bien público, principal objeto a que se consagra una bien ilustrada legislación.

»El examen de estas ideas me emplearía poco tiempo si hubiera de emprenderlo en calidad de obispo, pero además de obispo soy ciudadano también, y atendiendo a que el Apóstol no consideró ofendido su ministerio sagrado apro-

vechándose en cierta ocasión de tal prerrogativa, yo me honraré de valerme de la que ahora se me ofrece, con protesta de no servirme del ejercicio de ella sino por vía de enlace, y para introducirme después más || desembarazado en la cuestión, ventilándola canónicamente como obispo. Presupuesta, pues, esta advertencia, diré ahora con la libertad de ciudadano que los que se conducen por la doctrina antes sentada relativa al derecho de las Cortes, semejantes a algunos antiguos cruzados que a pretexto del nombre de Cristo iban sembrando la desolación por los países y asombrando al Oriente con su barbarie, licencia y ferocidad, ellos han renovado la misma escandalosa escena, atropellando en nombre de la libertad los vínculos más sagrados de la tierra y el timbre más glorioso de la justicia. Gracias a la Providencia, el segundo error no ha sido de tanta duración cual el primero, pues aunque fué proclamado por los asambleístas de Francia a fines del siglo pasado, la mayor parte de la escuela de los enciclopedistas, y llevado en triunfo por la irreligión e inmoralidad, cayó en el fango prontamente cuando menos se pensaba: diré la causa brevemente. Al mismo tiempo que la revolución francesa abortó en Europa tanta multitud de crímenes y se hizo, a pesar de este escarmiento, innumerables partidarios en todas las naciones atraídas del prestigio de la libertad, la actividad del comercio, que tomó entonces un vuelo nunca imaginado, la emigración de muchos sabios célebres, el descubrimiento feliz sucesivo del vapor y varios otros motivos poderosos, dieron un movimiento general a la comunicación de los Estados Unidos americanos, y el espectáculo imponente de aquella dichosa república quitó la ilusión a unos viajeros que la visitaron, abrió los ojos a otros, y al modo que el estudio de la religión desconceptuó a los cruzados que iban hollando las leyes y la hospitalidad en nombre || de Cristo, así igualmente el estudio de la libertad puesta en práctica en los Estados Unidos condenó al desprecio y a la execración a los infames corifeos de la revolución francesa. Doloroso me es sacrificar al plan que me he propuesto las brillantes pruebas que una comparación más extensa de la República francesa con la Unión americana podía suministrarnos; pero ya que sea preciso ceñirme a estrechos límites, no omitiré decir que el principio característico de la democracia americana consiste en no depositar en el gobierno y cuerpo legislativo sino lo puramente necesario para dirigir la nave del Estado, quedándose los pueblos en el pleno uso de sus atribuciones municipales, bienes, haciendas y goces personales, y ejercicio, práctica y arreglo de su religión. La revolución francesa, por el contrario, adoptó la base de que los constituyentes, hidra de setecientas cabezas, estaban re-

vestidos de todos los derechos del pueblo francés, y como la mayor parte, según se ha dicho de aquellos enciclopedistas, eran ateos, se aprovecharon de una teoría tan funesta para despojar, con varios pretextos, la Iglesia, el clero, los nobles, los realistas emigrados, y suprimir el nombre de Dios en sus actos legislativos, cual si ellos viviesen convencidos de que era de Satanás su obra. Los angloamericanos, verdaderos maestros de la libertad, siguiendo el impulso de esta virtud cívica y el de la influencia del Evangelio, progresaban levantando el pueblo a un grado de civilización, prosperidad y moralidad que hace la gloria del género humano, al paso que los asambleístas retrocedían convirtiendo los franceses en esclavos, impíos y salvajes, y deformando enteramente la fisonomía del pueblo hasta entonces más culto || de Europa. ¿Cómo pudieron los convencionales conseguir esta transfiguración tan pronta? La solución es muy obvia, considerando ahora que el gobierno se transformó en un tirano de muchas cabezas, servido en varios tiempos, si hemos de creer a los célebres historiadores, de ochenta y cinco mil sociedades secretas a la orden del infame Petion y otros tigres, y a las que prestaban obediencia los cuerpos de milicias nacionales. Con este sistema alevoso las logias disponían de la milicia nacional, ésta del sufragio de los pueblos, y, por consiguiente, la libertad de la Francia quedó a merced de los hombres más execrables de su suelo. Cada francés nació desde entonces condenado a llevar el fusil al hombro y matarse por lo que él llamaba libertad, siendo así que hasta el miserable voto para nombrar representante le tenía que dar gratuitamente a la persona designada por el club del departamento.»

Así se expresa S. S. I. en la parte primera, que es un extracto de un cuaderno suprimido por los motivos que se alegan en la *Advertencia* que precede a dicha obra. «No permitiéndome mi delicadeza que se imprima el primer cuaderno por hallarse de cabeza del proceso, he dispuesto suplir este defecto con un extracto suyo, suprimiendo las páginas que se han hecho notar más, e insertando las que son absolutamente precisas para enlazar el contexto de esta obrita.»

Insertado el extracto del cuaderno, que es una de las representaciones que S. S. I. dirigió a S. M., emprende su tarea de probar con abundancia de razones y documentos la independencia de la Iglesia hispana, y en el primer capítulo, que abarca desde el siglo I hasta el VII, || notamos sobre el asunto del concordato y de las regalías el siguiente interesante pasaje:

«Previa esta declaración, es preciso traer a la memoria que el real patronato que V. M. disfruta en la Iglesia espa-

ñola le ejerce en virtud de un concordato, llevado a cabo, después de muchas disputas y negociaciones, entre el Señor Don Fernando VI y Benedicto XIV, sin contar con el título más antiguo de la Corona como protectora del concilio de Trento. Verificado que fué el concordato, resultó por necesidad un contrato bilateral entre la Iglesia y los reyes de España, según el que la primera viene obligada canónicamente a guardar todos los honores y prerrogativas a sus legítimos monarcas, con las excepciones que les pertenecen de imprescriptibles y de perpetua posesión, sin que les sean aplicables en ningún caso los términos perentorios y otras reglas semejantes que apremian a los demás patronos. Pero, por otra parte, los reyes se honran también de reconocer la obligación especial contraída por el patronato, de amparar los derechos e inmunidades de la Iglesia, y emplear todos los medios y auxilios de la Corona contra los que intentaren perturbarlos o los hubiesen quebrantado de hecho; y como el vínculo de la justicia obra indistintamente en toda clase de jerarquías, salva la mayor delicadeza con que afecta a las almas elevadas, es claro que pesa sobre los reyes de España el cargo de defender la Iglesia de sus enemigos para poder usar legítimamente del patronato. La consecuencia es tan obvia, que en otros tiempos prohibiría la urbanidad hasta el indicarla, lo uno para hablar con el respeto tan debido a sus monarcas, y también para que nadie pudiera sospechar || desconfianza del cumplimiento del contrato; pero me parece que en la actualidad no me es permitido dispensarme de dejar bien establecidos los principios, atendiendo a que, no siendo árbitra V. M. por la Constitución de tomar medidas legislativas sin consulta de las Cortes, y habiéndose pronunciado en éstas muchas opiniones contrarias a las que pongo por fundamentos, incurriría en un descuido indisimulable si no me hiciese cargo de esta dificultad.

»2.° El principio que he sentado anteriormente, de que V. M. goza el patronato de la Iglesia de España en virtud de un concordato, da en rostro, no lo negaré, a ciertas personas que aparentan poseer una erudición extraordinaria en la historia, y las que, a favor de textos y citas inconexas, alucinan a los espectadores peregrinos en la crítica y filosofía, queriendo sostener que los reyes de España no ejercen el patronato de la Iglesia por gracia de concordato alguno, sino por un origen más puro y sólido, afianzado en la más remota antigüedad. Si los que hacen semejantes argumentos los propusieran de buena fe, me contentaría con responderles que todas las controversias suscitadas en los tribunales de esta clase se fallan por el estado de la posesión, y que siendo el concordato entre la Santa Sede y los reyes de España el que ahora rige y continúa rigiendo en el

goce de las prerrogativas reales, el concordato debe ser la norma para regular las mutuas estipulaciones de la Iglesia y de los reyes. Decir que los reyes de España han de poder aprovecharse de la presentación para los curatos, canonjías, obispados, etc., y que, por otra parte, no les obliga el concordato, es ofender la moral abiertamente y burlarse || de las reglas y principios más indisputables de la razón. Sin embargo, como no pienso que los que arguyen de este modo se producen así por efecto de equivocación, y antes bien estoy persuadido de que, viéndose estrechados invenciblemente por la fuerza que lleva consigo la obligación moral en todos los contratos, necesitan confundir de algún modo la cuestión para no comparecer en el público con tanta ignominia y petulancia, mi intento, por el contrario, será ahora seguir el hilo del discurso, dejándola tan clara y tan patente que nadie vuelva a suscitarla con tanta facilidad en adelante, pues aunque yo sea el más ínfimo de los que la han tratado hasta aquí, militan a mi favor los desengaños que nos ofrece la experiencia de los tiempos, y esta clase de prueba no admite réplica ninguna. Por fortuna no nos hace falta implicarnos en investigaciones recónditas de cánones y leyes, pues basta poner al frente un pensamiento que desconcierta con su anuncio todos los artificios de los adversarios del concordato: voy a explicarme. Los adversarios, pues, del concordato, subiendo de Fernando VI a Felipe V, IV, etc., prueban concluyentemente que la Iglesia hispana se gobernaba con disciplina y cánones propios antes de que se conociese tal nombre, y de aquí infieren que los reyes no necesitan de la Santa Sede para el ejercicio de su patronato. Pero en este modo de raciocinar hay, señora, un paralogismo que, por haberse descuidado desvanecer, como era justo, aparece intrincada la cuestión. El paralogismo consiste en confundir la Corona con la Iglesia, apropiando en consecuencia a los reyes en la actualidad todo lo que pertenecía antiguamente a los obispos. El trono de España, || señora, debe dar gracias a la Santa Sede de los derechos que goza por el concordato, pues si se restituyesen los negocios a la primitiva disciplina, perdería los más inestimables. Los escritores venales han ocultado esta verdad a la lisonja de los gobiernos, pero no hay cosa más fácil de probarse. Cierto es que si la Iglesia hispana, lamentando sus antiguos cánones, se olvidase del principio bien establecido, de que después de haberse variado una disciplina por la Iglesia no debe restaurarse sino por su misma autoridad, podría suscitar disputas peligrosas. Cierto es que su colección canónica, la más antigua de todo el Occidente, libre de las falsas decretales interpoladas en las de otros reinos y enriquecida con las cartas sinódicas de los papas, ofrece el testimonio

más brillante de los primeros tiempos para acreditar la constante intervención de los pontífices en las decisiones de las materias eclesiásticas en los casos extraordinarios que llegaban a su noticia, y de la libertad de los obispos y concilios en todos los demás de un curso ordinario; descubriéndose así los dos polos de la antigua y nueva disciplina, sobre los que gira la Iglesia católica, reconciliadas ambas en la esencia, aunque diferentes en lo accidental. Cierto es también que el yugo ominoso de los moros, en vez de servir de ocasión para deslucir esta preciosa colección, fuélo, por el contrario, para hacerla más ilustre por la versión árabe que emprendió el presbítero Vicente y dejó concluída el año de 1049, y que el peculiar estilo de sus cómputos por eras, y el no comprender los cánones llamados apostólicos, la deja distinguida de todas las de Occidente, que adoptaron la de Dionisio el Pequeño, y eleva la gloria de la Iglesia || hispana a un punto a que ninguna otra puede remontarse en razón de la antigüedad. Pero ¿qué tienen que ver estas prerrogativas de nuestra Iglesia, estos códices antiquísimos, estos nueve documentos casi milagrosos que se nos han transmitido a pesar de las irrupciones de los bárbaros y larga opresión de la morisma? ¿Qué tienen que ver, digo, estos sagrados depósitos de la Iglesia hispana con las pretensiones introducidas ahora por las Cortes? Antes parecía que todos estos testimonios eran otros tantos títulos para imponerlas un respeto venerable. Antes más bien se infiere que una Iglesia conservadora de tantos depósitos preciosos, y entre otros de las primeras leyes *(Fuero Juzgo)* de la nación, se había hecho acreedora a la consideración distinguida de las Cortes, en vez de darlas fueros para dominarla. ¿En qué fundan, pues, su competencia? ¿Hay acaso en todo el curso de los dieciocho siglos y medio una época, un corto intervalo en el que la Iglesia hispana haya sido regida por el gobierno temporal? Hable su historia.»

En el mismo artículo, procurando aclarar y fijar las ideas sobre el mismo punto, y atacando lo que por parte de algunos ha mediado en esta gravísima materia, se expresa de esta suerte:

«No es mi ánimo disputar el derecho que asista a la Corona de informarse de todo lo concerniente al orden político del Estado, sino sólo acreditar la absoluta independencia con que procedía la Iglesia de aquella edad en su comunicación canónica con Roma, pues habiéndose interpuesto, por decirlo así, como una especie de apelación ante la antigua Iglesia de España, cuando los || obispos actuales reclaman la supremacía del Papa en el arreglo del clero y materias eclesiásticas, conviene hacer mérito de su práctica primitiva para dar a conocer la mala fe de los novadores, y

probarles hasta la evidencia con mil documentos auténticos e irrecusables que, si durante los tres primeros siglos tan acerbos para la Iglesia, el cuarto más templado con la paz de Constantino y los dos sucesivos tan fatales de la irrupción de los bárbaros, llevaban perdida ya la causa, podrá suceder que en su apelación a los cánones de la Iglesia hispana queden descubiertos, además, sus depravados fines. Gracias, señora, a la libertad de imprenta que disfrutamos en el reinado de Isabel II, llegó ya el día a la Iglesia de levantar la voz y patentizar la simulada política con que los escritores mercenarios, sedientos de pensiones y prevaleciéndose de la noticia de nuestra antiquísima colección, han aparentado, desde Carlos III, tener en mucha estima los antiguos cánones, pero con intención muy diferente de lo que a primera vista se figuraban sus cándidos lectores, por cuanto la idea favorita suya no era restaurar la disciplina de la *Colección hispana*, restituyendo a su Iglesia los derechos de que había estado en posesión desde los tiempos apostólicos, sino la de apropiárselos a la autoridad civil, dejando a los obispos a merced de los gabinetes y quedándose ellos bien pagados de sus sofismas y lisonjas.

»10. Estas verdades no han podido revelarse con tanta claridad como ahora, a causa del terror pánico que infundían ante los nombres de regalía y falsas decretales, voces funestas semejantes a la de *la Iglesia está en peligro* con que los protestantes ingleses suelen || evadir las dificultades y mantener al pueblo en sus errores, y voces con las que han tenido la gracia ciertos escritores de venderse por amantes de la libertad, siendo así que en su vida pública y privada no han servido más que para hacer la corte al despotismo ministerial, conjurándose contra la independencia de la Iglesia. Por fortuna, en comprobación de estas aserciones existe un documento moderno (n.º 2.º), prescindiendo de otros más antiguos, con el que se acredita que el ministro Caballero propuso al editor de la *Colección hispana* suprimir los cánones opuestos a las regalías, prueba evidente de que el gabinete nunca ha soñado en restituir sus antiguos derechos a la Iglesia de España, y sí sólo en subrogarse la autoridad eminente que ejerce el Papa en ella; y prueba también de que nunca han estado persuadidos los escritores mercenarios de que nuestros cánones antiguos favorecen tanto a las regalías como ellos aparentaban. Pero sean sus opiniones las que quieran y lo mismo las de los obispos, la cuestión ha de decidirse por lo que resulte del examen de los cánones que van a ser expuestos.»

Y no se crea que el trabajo de S. S. I. sea hecho de prisa y sólo tomando lo que se halla por doquiera en los diferentes autores que tratan de la materia; el ímprobo estu-

dio a que se resolvió el escritor antes de emitir sus ideas se manifiesta bien claro en estas palabras, que se leen en el número 12 del citado capítulo:

«Sería interminable, dice, recopilar los muchos y varios cánones que acreditan la libertad de la antigua Iglesia hispana y su absoluta independencia del gobierno, pues basta decir que, *habiéndolos repasado nuevamente* || *uno por uno* antes de redactar esta exposición, no he dado nunca con ninguna excepción en la materia.»

Da S. S. I. una clara prueba de que no escribe por espíritu de partido, ni con la mira de captarse el agrado de nadie, en la inalterable firmeza con que dice la verdad así a los reyes como a los pueblos, y en la valentía con que ataca a ciertos escritores y hombres públicos, sin curarse mucho de lo que dirán aquellos que se han empeñado en revestir de una especie de inviolabilidad científica y política todo lo que pertenece al reinado de Carlos III. No le agradan a S. S. I. aquellos aduladores que sacrifican villanamente la causa de la religión a los caprichos de los reyes; y apenas tropieza con uno de ellos se indigna y levanta su enérgica voz, devorado por el celo de la casa del Señor. En confirmación de lo que acabamos de decir léase el siguiente pasaje:

«Así que, trasladándose los obispos ahora en su imaginación a la situación de sus antecesores del tiempo de los romanos y de los reyes godos sectarios de Arrio, resolvían por un orden natural todas las cuestiones y dificultades que les sobrevenían, pues dirigían sus consultas a los papas gobernándose por sus decisiones. Y véase la razón por la que, a pesar de la continua emigración de los prelados, el trastorno de las diócesis, incesante movimiento de las guerras, la alternativa continua de conquistas y reconquistas, y la multitud de reyes moros y cristianos en que se subdividieron las provincias de España, siempre se conservó intacta la independencia de la Iglesia. ¿Quién diría que esta causa tan noble y honorífica al nombre español no habría de haber sido dada a conocer al público inmediatamente que se || advirtió la admirable correspondencia de los códices tantas veces mencionados? Sin embargo, desde la misma época data el plan combinado de sujetar la Iglesia hispana al dominio temporal, porque puntualmente al mismo tiempo que la literatura se enriquecía con los nueve códices, ejerció influjo en el glorioso reinado de Carlos III un apellido fatal, que, habiendo sido en cierto tiempo el liberticida del justicia de Aragón y de las Cortes de España, estaba ya entonces con la cábala de los enciclopedistas, y sin saber lo que hacía (porque ¿quién ha de creer que un grande de España se coligase con la impiedad, si hubiera penetrado que la grandeza sería su primera víctima?) dirigía todo su arti-

ficio en trasladar al gobierno a pretexto de regalía la potestad de la Iglesia. Con este objeto, valiéndose de los infinitos recursos de que siempre abunda el trono, le vino de perlas al abate Masdeu, autor bien conocido, quien, poniéndose acorde con los principios del conde de Aranda, empleó todas sus luces en su historia crítica de España en adulterar los documentos literarios, falsificar las especies y producir los juicios más afrentosos a la libertad de la Iglesia.

»16. Me abstendría de llamar la atención de V. M. hacia un punto tan extraño y que corta las alas a mi discurso, si no fuera porque, hallándose este autor en manos de todos los diputados a Cortes y fiscales de los juzgados del reino, es preciso patentizar la malicia y parcialidad de su sistema, tanto más cuanto que los enemigos de la Iglesia, a pesar de blasonar de liberales, no se avergüenzan de colmar de elogios al abate Masdeu, el apologista más descarado del absolutismo y el || adulador más bajo de los reyes de cuantos han manejado la pluma en nuestra patria, pues él solo es, entre todos los autores católicos, el que se ha atrevido a sostener que los monarcas de España han nombrado y depuesto los obispos por su propia autoridad, sin intervención ninguna de papas y concilios. ¿Quién puede oír esta doctrina sin estremecerse, al considerar que los obispos son los conductos establecidos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia? ¿Quién no conoce que si el dominio temporal los colocase y depusiese a su arbitrio, faltaría esencialmente el orden establecido por Dios, y, por consiguiente, la asistencia del Espíritu Santo a la Iglesia nacional que profesase tales máximas? No se necesita mucho discurso para traslucir que no habría empeño más fácil que extinguir la religión católica en una nación que admitiese tal sistema; pues así como en el imperio del Oriente bastó el nombramiento de los obispos arrianos para propagar la herejía en las más ilustres diócesis, así igualmente podría acontecer en nuestra España si, en vez de una reina tan católica como Vuestra Majestad, ocupase el solio un monarca de diferente creencia.

»17. Los principios políticos y morales han de calificarse por sí mismos hecha abstracción del carácter propio de las personas encargadas de ejecutarlos, no olvidándonos nunca de que todas ellas, por elevadas que sean sus esferas, están expuestas al abuso de la libertad y a precipitarse en los mayores excesos y extravíos. Bien sabido es que el solio de España permaneció ocupado cerca de doscientos años por monarcas infectos de arrianismo, y que en la actualidad existen en varias naciones reyes descendientes de dinastías ortodoxas, y, || no obstante, enemigos encarnizados de la Iglesia; de lo que se infiere que, admitiéndose el falso axio-

ma de la potestad privativa de los reyes para nombrar y deponer obispos, se concedería el mismo derecho aun cuando ascendiesen al trono monarcas heterodoxos. Verdaderamente que no comprenderíamos cómo la pluma de un eclesiástico llegó a estampar doctrina tan abominable, si no considerásemos al mismo tiempo que, fijándose Masdeu en la índole religiosa de Carlos III y Carlos IV, en cuyos reinados escribía su obra, apartó la reflexión de las futuras contingencias; pero un autor que carece de luces para penetrar la extensión y consecuencias de un principio cualquiera, no debe ocupar lugar en el orden clásico de historiadores críticos, porque entre las cualidades eminentes de un escritor distinguido, la más recomendable de todas es aquel espíritu filosófico y trascendental con que, elevándose sobre los errores de su siglo y el torrente de la opinión vulgar, domina, por decirlo así, toda su generación, compareciendo como un fanal de la sana doctrina de la Iglesia, del esplendor del trono y los derechos del pueblo, y eslabonándose con la serie de entendimientos esclarecidos de que se sirve Dios para refutar a los sofistas y sostener el imperio de la justicia eterna, a la que está reservada la civilización del universo. ¿Qué diría Masdeu si hubiera sobrevivido y visto apoyarse los impíos en el sistema de su historia crítica para minar la institución de los obispos, observada en toda la Iglesia católica? Pues el caso se ensayó prácticamente en la América meridional y merece ser relacionado. En las repúblicas de Venezuela está admitida la libertad de cultos por el artículo 9.º de || su Constitución, y, por consiguiente, nada obsta a un luterano o protestante su entrada en el Congreso nacional. Sin embargo, aquel gobierno, fundándose en las especies vertidas por Masdeu del poder privativo de los reyes de España en cuanto al nombramiento y deposición de los obispos, y dando por sentado que el patronato real había recaído en la soberanía nacional, pretende ejercer todos los derechos sin restricción ninguna. En vano el ínclito arzobispo de Caracas, don Ramón Ignacio Méndez, y sus dignos sufragáneos, con especialidad don Mariano, obispo de Trícala, saliendo a la defensa de la doctrina canónica, probaron concluyentemente que, siendo la libertad un derecho inherente de la Iglesia, quedaba exonerada la americana del patronato, en el mismo hecho de haberse emancipado su gobierno civil, por cuanto los reyes de España le obtuvieron en calidad de privilegio, y ya se sabe que esta clase de gracias no se extiende sino a los que están nombrados en el título; que la soberanía nacional a que apelaba el Congreso venezolano sonaba en contradicción con el patronato, pues este derecho va tan subordinado en su ejercicio, que la Iglesia puede devolver y ha devuelto muchas veces los nom-

bramientos expedidos por la Corona. En vano hicieron ver que el único texto que se alega de un canon del concilio XII toledano comprueba indisputablemente la independencia innata de la Iglesia, puesto que se dice en él expresamente: que los obispos allí congregados convenían y daban su consentimiento para que, quedando a salvo el privilegio de las provincias, pudiesen los reyes presentar obispos; que esta misma declaración de la independencia de la Iglesia había sido || hecha novísimamente por los pontífices Pío VI, VII y VIII, el último de los que, en un breve a cinco obispos de Alemania, se explicó con estas memorables palabras: «La »santa esposa de Jesucristo, cordero sin mancha, es libre por »divina institución, y no está sometida a ningún poder hu»mano.» En vano, a mayor abundamiento, esforzaron su voz trayendo a la memoria que, estando concedido el patronato real de España a los monarcas bajo el concepto de su catolicismo en virtud del concilio IV toledano, y pudiendo llegar el caso de que obtuviesen los primeros destinos en el Congreso de la República de Venezuela protestantes, sería lo más monstruoso, aun sin atender a otras razones, transferir al poder ejecutivo la facultad de elegir y deponer obispos. A pesar de tantos y tan sólidos fundamentos y unas pruebas tan irrefragables, los legisladores de Venezuela y otras repúblicas americanas, adaptando maliciosamente el sistema de Masdeu sobre el poder absoluto de los reyes para nombrar y deponer obispos, han provocado tenazmente una inquietud en los ánimos que hubiera arrastrado al cisma a toda la Iglesia americana, si la firmeza evangélica de aquellos prelados esclarecidos no hubiera dado lugar a los concordatos que sucesivamente se han ido celebrando con la Santa Sede.»

Sigue S. S. I. probando la independencia de la Iglesia hasta el siglo XII y de éste hasta el XVIII, y a más de refutar repetidas veces al mismo Masdeu, encontrando luego en el camino al célebre Marina, tampoco vacila en rebatirle, y desentendiéndose de los exagerados elogios que le ha tributado el espíritu de partido, habla de esta manera: ||

«En este estado saltó a la palestra otro campeón más culto y de no mejores intenciones, quien, conociendo por el estudio de las leyes que el patronato real iba a caer por sus pasos contados en los concordatos con Roma, no se avergonzó de apelar a la tediosa cantinela de Isidoro Mercator, y de una plumada se imaginó que echaría a tierra el edificio de las *Partidas* y del ordenamiento de Alcalá, suponiendo gratuitamente que las leyes arriba insertas relativas a la elección de los obispos habían sido formadas por un influjo de las falsas *Decretales*, y asegurando bajo su palabra que los reyes habían disfrutado antes sin interrupción tan distin-

guido privilegio. El orden natural exigía, ya que Marina se arrojó a un empeño tan descomunal, que en atención a estar encadenados los fundamentos de la libertad de Iglesia en sus elecciones de obispos desde el primer siglo hasta el XIV, se intentase una contraprueba, o bien descendiendo desde el XIV al I, o ascendiendo inversamente, porque de otro modo nada podían informarnos sus noticias. Pero Marina conocía perfectamente el espíritu del siglo en que vivía y que nadie le pediría cuentas tan puntuales con tal que escribiese a gusto del partido. Este autor, que había pasado toda su vida registrando códigos y fueros municipales, no se cansa en citar una sola ley que autorice su demanda, no se acuerda tampoco de alegar razones canónicas y morales; pero, a falta de unos testimonios tan legítimos, suple su autoridad con digresiones, y, fecundo en declamaciones y lamentos, cae en el ridículo de representar la Iglesia de España, a la sazón de hallarse ocupada por los árabes, como edificante y floreciente, siendo así que a no ser por el memorial de San || Eulogio y el concilio de Córdoba, apenas podríamos formar idea de la existencia de sus diócesis; y, lo que todavía le ha desacreditado más, insiste en el delirio de encontrar la Constitución del año 12 en los siglos de ignorancia. Sin embargo, el autor del *Ensayo histórico-crítico* goza de tanto ascendiente en materia de patronato, y estará acaso tan acreditado para con los ministros de V. M., que considero absolutamente indispensable hacer mérito de los argumentos de su obra e insertarlos literalmente a continuación, para que, examinadas por la sabiduría de V. M. las razones de ambas partes, las estime dignamente según su valor y propio peso.»

Prosigue después señalando el origen de las regalías, tratando del asunto de los patronatos, y pasando a la famosa distinción de la *disciplina externa* se expresa en los términos que verán nuestros lectores, y sobre los que llamamos muy particularmente la atención:

«2.° El primer pensamiento de los enemigos de la Iglesia fué el de valerse de obispos de su creación emancipados de la Santa Sede; pero, habiendo encontrado insuperable la valla de la confirmación, mil veces embestida y siempre infructuosamente, han apelado con preferencia a la frase anfibológica de la *disciplina externa*, con el designio de lograr sus miras por un medio supletorio; y a la verdad que bien pudieran consolarse con este nuevo hallazgo si los centinelas de Israel lo permitiesen, porque concediendo al Estado la facultad de arreglar lo que ellos significan con la palabra disciplina externa, correspondería a su inspección aun el sacrosanto sacrificio de la misa. Jamás ha habido un error tan craso, absurdo, y al mismo tiempo tan palpable, incluído el

ateísmo. ‖ No exagero ni temo repetirlo: menos incomprensible se me representa una persona alucinada que, al contemplar triunfante el crimen muchas veces sobre la tierra y víctima el inocente de la venganza del malvado, desconoce al Criador del universo (olvidándose que esto mismo comprueba una vida futura), que otra orgullosa persuadida de la divinidad de Jesucristo cabeza de la Iglesia, y que, no obstante, atribuye al gobierno temporal la prerrogativa de mandarla; pues, en suma, viene a ser lo mismo que disputar el gobierno a Jesucristo. ¡Impíos..., algún día le veréis lleno de espanto al pasar a su siniestra! En vano intentarán descargarse de tan horrible blasfemia, consignando a la potestad civil la parte exclusiva de disciplina externa, porque, reservándome examinar después esta frase herética, y aun recibiéndola en el sentido falso de los innovadores, era preciso todavía acreditar que Jesucristo privó a su santa Iglesia de la disciplina llamada externa; era preciso, además, probarnos que el Espíritu Santo no había encomendado a los apóstoles y a sus sucesores el nombramiento de los obispos y el de los presbíteros, la convocación de los concilios, el uso del anatema, la distribución de la limosna, la imposición del ayuno, la santificación de las fiestas, etcétera, etc., para exonerarse del peso irresistible de la consecuencia: porque si Jesucristo, como consta expresamente de sus divinas palabras, depositó en su santa Iglesia las referidas y otras muchas atribuciones, y esto no obstante las pudiera ejercer o coartar el gobierno temporal, resultará indisputablemente que a éste le corresponde en la actual época lo que hasta ahora nos venía del Espíritu Santo. Por esta causa, la absurdidad del principio, cuando ‖ se analiza bien el pensamiento, es tan repugnante a la razón, que, a pesar de haber conseguido todas las herejías y aun el ateísmo arrastrar partidarios numerosos por medio de sus libros y sistemas, jamás ha arribado a formar secta el monstruoso invento político de la disciplina externa, sin haber ido apoyada ‖ en el poder de los tiranos. Toda la historia confirma esta observación. La Corona de Inglaterra, por ejemplo, que innovó la disciplina de la Iglesia católica, no cuenta un sufragio a su favor en ningún pueblo fuera de su imperio. Aquel gobierno protestante, respetando hasta cierto punto el dogma, se imaginó que, apropiándose la supremacía de su Iglesia, podría conservar lo que llaman sus doctores artículos fundamentales de la religión y variar la disciplina arbitrariamente sin precipitarse en la herejía; pero ha visto por experiencia que, además de haber quedado separada la Iglesia anglicana de la unidad católica, se observa aislada en medio de todas las comuniones, con absoluta incapacidad de comunicar su impulso fuera de sus domi-

nios ni granjear la convicción de sus secuaces; y aunque llena de riquezas y haciendo parte civilmente del Estado, se contempla en punto a religión sin libertad, sola, enteramente sola, gimiendo entre cadenas de oro, como una esclava brillante de pedrería calzando a una princesa. No era tan fácil innovar la disciplina eclesiástica como juzgaba Enrique VIII, imitado después de otros reformadores, sin romper con la unidad; verdad importante que, si hubiera sido bien profundizada, tal vez evitara muchas agresiones que manchan la memoria de los príncipes. A primera vista parece muy accesible, supuesta la determinación decidida de un gobierno, || el trastornar la disciplina, por cuanto, hallándose sostenido de sus tropas y de miles de satélites derramados en las provincias, prontos a su voluntad, se encuentra, mirando sólo a la política, con todos los elementos para realizar sus planes; y más que la Iglesia, entregada a su espíritu de paz y descansando en sus cánones y leyes, nunca opone más resistencia que las razones de justicia, sus ruegos y lamentos. Pero aunque el Señor la ha dejado expuesta parcialmente en cada reino a tan temible contingencia que en alguna época aumentará la legión gloriosa de los mártires, la ha defendido, sin embargo, con un muro inexpugnable, a saber, la universalidad de su extensión; circunstancia que no permitirá nunca a sus enemigos perturbar en la totalidad al culto público. En efecto, la Iglesia de Dios abraza en su órbita todo el globo: la de España, Francia, Inglaterra, Alemania, Cochinchina, Oceanía, etcétera, etc., que profesan el catolicismo, observan una misma doctrina respecto al centro de su gobierno; todas juntas forman un redil bajo el cayado de un mismo pastor, y, por consiguiente, lo que llaman los innovadores disciplina externa se halla impuesto, inspeccionado y aprobado por este único pastor en unión con los obispos. Ahora bien: como los gobiernos temporales dispersos por la tierra están ceñidos a un ámbito incomparablemente menos extenso que la comunión católica, y cada uno de ellos procede con diferentes miras, ama diversa religión y también otra política, resulta prácticamente demostrado que ninguno se hallará nunca con fuerza bastante para trastornar ni aun materialmente la disciplina de la Iglesia, o deformar la unidad maravillosa de su culto. Cuando, pues, || reflexionando sobre esta admirable providencia con que Dios sostiene el ejercicio práctico de su santa religión, se tiende la vista por tantas zonas, tantos mares y climas, por tantos gobiernos de principios diferentes, despóticos, republicanos, constitucionales, mixtos, todos poblados de católicos; cuando se consideran, además, tantos idiomas, tantos dialectos, tanta multitud de caracteres y grados de civilización entre el in-

menso número de fieles, unos familiarizados con los conocimientos más sublimes de las ciencias y artes, y otros en proporción, descendiendo paulatinamente hasta encontrarnos en el último extremo con los neófitos que acaban de abandonar las selvas en el Canadá, todos, sin embargo, dóciles a la voz de sus obispos, unidos a la Santa Sede en el arreglo de su disciplina, y comparamos luego a los revoltosos de España proponiéndose trastornarla arbitrariamente sin contar con Papa ni ningún prelado de la tierra, la fábula de los titanes afanados en escalar el cielo no se nos representa tan quimérica.»

Concluye S. S. I. su tarea con una recapitulación de cuanto lleva dicho, y dirigiéndose a S. M. exclama:

«Concordato, señora: éste es el único, el indispensable medio que existe para libertar a la nación de la situación deplorable que la agobia, reparar los escándalos que afligen a los buenos ciudadanos y arreglar definitivamente el aspecto político de la Iglesia hispana.»

En seguida cumple su propósito de reducir a un punto de vista cuanto ha expuesto en el curso de la obra, asienta diecisiete proposiciones, que forman como un compendio de su trabajo, y al fin termina su exposición con estas sentidas palabras: ||

«Tales son, en suma, las causas políticas y religiosas que, gravando mi conciencia episcopal y mi honor de ciudadano, me han impelido a tomar la pluma y no dejarla de la mano hasta elevarlas una por una a la alta consideración de Vuestra Majestad. Me alegraría, señora, haberme expresado en su relación con una persuasiva igual a la buena fe que me acompaña; pero esta gloria privilegiada de las plumas maestras no acompaña nunca a talentos humildes como el mío, mucho menos habiendo dictado tan extensa exposición con la rapidez de una carta familiar, interrumpida varias veces con sucesos alarmantes. Con todo, no me desanimo, porque para restaurar la felicidad pública de España, lo que interesa al trono y a la nación no es un literato astuto, capaz de suplir con su ingenio peregrino el mérito de un asunto falto de importancia, sino más bien un obispo celoso amante de la religión y de la patria; que defienda la causa de Dios sin contemplar al mundo ni temer a la anarquía, a fin de excitar así al gobierno a una negociación con la Santa Sede, que afiance definitivamente el régimen de la Iglesia hispana y consolide sobre tan firme apoyo la Corona de Isabel II, nuestra legítima y augusta reina.—Teror (isla de Gran Canaria), 28 de octubre de 1840.—Señora.—B. L. R. M. de V. M. su más humilde súbdito y capellán.—*Judas José*, obispo de Canarias.»

Los límites de este número nos privan del placer de in-

sertar otros pasajes, a cual más interesantes, de esta importante obra; pero no dudamos que bastan las muestras ofrecidas para dar una idea de su alto precio. Repetimos lo que hemos dicho al principio: en este o aquel punto podrá el lector disentir de las opiniones del ilustrísimo || señor obispo de Canarias; pero no dudamos que todas las personas amantes de la religión y de la patria se complacerán en tributar un homenaje a su buena fe, a su profundo saber, a su elocuencia y sobre todo a su ardiente celo por la causa de la Iglesia católica; no dudamos que todos los buenos españoles, que tan vivamente desean el pronto fin de los elementos de discordia que están desgarrando las entrañas de la nación, oirán consolados cuál se alza valiente y enérgica la voz de un obispo para hacer presente la apremiadora necesidad en que nos hallamos, de que por medio de un concordato salga la desgraciada y religiosa España de la fatal situación en que la sumieron los trastornos de la azarosa época que estamos recorriendo. ||

POLEMICA RELIGIOSA*

SUMARIO.—Objeto y plan de este trabajo. Los dos enemigos capitales de la religión: el *error* y el *vicio*. Los incrédulos, los indiferentes, los escépticos, los herejes. Carácter distintivo de todos esos enemigos de la verdad. Prudencia que se debe observar en las discusiones religiosas. Los sostenedores de la religión y sus enemigos.

Bajo este título publicaremos en esta Revista una serie de trabajos que servir puedan a los defensores de la religión en los combates que, bajo diferentes aspectos y en distintas arenas, les aconteciere trabar contra los enemigos del catolicismo. Cuidando de que no sean inútiles a ninguna clase de personas, procuraremos, no obstante, que se adapten de una manera particular a la situación en que se encuentra el clero, no solamente con respecto a las lamentables circunstancias de España, sino también por lo que toca al curso que en nuestro siglo llevan las ideas. No pretendemos dar lecciones al clero; éste no las necesita de nosotros; es demasiado su saber y su erudición, sobre todo en materias religiosas, para que nos sea dable presumir que podamos decirle algo de nuevo; pero sucede a menudo que hasta los hombres más versados en una ciencia hallan cierto placer en recordar lo que no ignoran, y en asistir a los esfuerzos leales || de personas que procuran exponer y confirmar verdades que ellos, por otra parte, conocen a fondo. Quizás también podrá suceder, de vez en cuando, que a ciertos eclesiásticos jóvenes su poca edad u otras circunstancias no les hayan permitido ocuparse de la ciencia religiosa con toda la extensión y bajo los particulares aspectos que reclama el empleo de las nuevas armas que blanden contra la Iglesia sus implacables enemigos. ¿Por qué sería inoportuno el proporcionarles en breves páginas observa-

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el primer cuaderno de *La Sociedad*, fechado el día 1.º de marzo de 1843, volumen I, p. 38. Después de la muerte de Balmes ha sido reimpreso varias veces en la colección de la revista. Reproducimos el texto de la primera edición. El sumario está tomado del índice del vol. I de la revista.]

ciones y noticias que tal vez no podrían alcanzar sino a costa de mucho trabajo y con la lectura de obras que la escasez de sus medios no les consentirá procurarse? He aquí nuestro plan. La abundancia de materias nos ha absorbido gran parte del presente número: así, por hoy deberemos limitarnos no más que a trazar algunos lineamientos en que se manifieste el sistema que nos proponemos seguir.

La religión tiene diferentes especies de enemigos; sería difícil clasificarlos cual conviene, a no ser que les señalásemos dos puntos de reunión: el *error* y el *vicio*. Esto, si bien muy verdadero y exacto, fuera, sin embargo, demasiado general, y no mostraría a punto fijo cuáles son los lados de donde puede dimanar el ataque. El error versa sobre infinitos objetos; el vicio se ofrece bajo innumerables formas. La verdad es una: para encontrarla hay un camino; quien se aparta de él toma un sendero extraviado, y estos senderos no pueden reducirse a guarismo. La ley eterna es una; quien se desvía de lo que ella prescribe entra en la carrera del mal, y esa carrera es ancha, espaciosa, se subdivide en un sinnúmero de veredas; en todas se marcha con placer y || comodidad; toman las más variadas direcciones, sólo que al fin convergen y van a parar a un mismo punto: la eterna perdición.

Será, pues, necesario señalar determinadamente las principales clases de los enemigos de la religión, por las diferentes modificaciones con que se presentan el error y el vicio. Parécenos que éstos son: los incrédulos, los indiferentes, los escépticos y los herejes. El hereje dice: «Yo creo lo que quiero»; el escéptico: «No sé..., dudo..., qué se yo»; el indiferente: «¡Qué me importa!»; el incrédulo: «No creo nada.»

El hereje pretende tener fe, pero la regla de esta fe es su razón o su voluntad; no admite la autoridad que en estas materias debe decidir; o comenta y explica la Biblia conforme le dictan sus luces naturales y le persuade su imaginaria inspiración privada, o aplica a la religión los sistemás filosóficos; en uno y otro caso sujeta los dogmas a tribunal incompetente. Habla de fe, cuando ésta no es concebible en no estribando en la autoridad; pondera la firmeza de sus creencias, cuando éstas vacilan por sus cimientos y varían a cada paso; pretende atenerse a la palabra de Dios, profanada por el orgullo y la extravagancia; se obstina en guiarse por los dictámenes de una razón, flaca en extremo hasta para las cosas naturales, cuanto más para comprender los inefables arcanos que el Altísimo en sus inescrutables designios ha cubierto con cien velos.

En los siglos anteriores al XVIII la Iglesia, si bien tuvo que combatir con todo linaje de enemigos, vióse precisada

especialmente a luchar contra la herejía. Atacábanse a veces su divinidad y los fundamentos en que || estriba su verdad incontestable; pero lo más frecuente era impugnar este o aquel dogma, o con argumentos sacados de la Sagrada Escritura, o con raciocinios suministrados por el sofisma filosófico. Sabelio, Arrio, Macedonio, Pelagio, en los primeros siglos; Abelardo, Berengario y otros en los medios; Lutero, Calvino y los innumerables heresiarcas de los tiempos modernos no negaron la divinidad del cristianismo, no miraron la religión como cosa indiferente, no se pertrecharon en una duda general, no aplicaron a estas materias el pirronismo de ciertos filósofos, sino que, enderezando sus tiros contra uno o muchos dogmas, se esforzaban en probar que la Iglesia había errado, y cuando ésta les oponía su irrefragable autoridad, fundada en la Sagrada Escritura, apoyada en la tradición, sancionada por los siglos, se deshacían de la dificultad de la manera que más les cumplía, prosiguiendo en su carrera de obstinación y de cavilaciones. Veíanse de vez en cuando indiferentes, incrédulos o escépticos; pero, generalmente hablando, no era éste el cáncer de la sociedad; los hombres sin religión y sin Dios eran todavía excepciones monstruosas.

Desde el siglo pasado sucede muy de otra manera; la irreligión tiene abiertas sus cátedras; el indiferentismo es adoptado por muchos como un sistema cómodo para disfrutar de los placeres de la vida y ahogar los remordimientos; el escepticismo no se halla precisado a ocultarse bajo la enseña de esta o aquella secta; dice abiertamente: «Dudo de todo»; así como el incrédulo ataca siempre que le place lo más augusto de la religión, y el indiferente confiesa sin reparo que no se cura de || saber si todo cuanto se habla y escribe sobre esas importantes materias es verdadero o falso.

Cuando se defiende la religión es necesario atender con mucho cuidado con qué clase de enemigos está trabada la lucha, porque bien claro es que han de ser muy diferentes los argumentos de que se eche mano, y aun los mismos se han de emplear de muy distinta manera, según las ideas, opiniones y errores de la persona que nos proponemos convencer o confundir. Podrá parecerles a algunos que los escépticos, incrédulos e indiferentes pertenecen todos a una misma categoría, y, sin embargo, no es así, pudiéndose notar con la observación del mundo que estas tres clases existen realmente, y que aunque todas estén fuera de la religión distan mucho entre sí, y que se hallan en estado intelectual muy diferente. Esto depende en buena parte de la instrucción, de la educación, de la índole y de cien otras circunstancias que modifican o afectan al espíritu que carece de fe.

Los escépticos son, por lo común, hombres de algunas luces que han meditado sobre materias graves y que participan de ese vértigo funesto de nuestra época, en que nada se asienta con sólido fundamento, todo vacila, todo se pone en cuestión, de todo se duda. El escepticismo religioso es en muchos como un ramo de un escepticismo universal: son escépticos en religión como lo son en filosofía, en política y en cuanto pertenece a los humanos conocimientos.

Los incrédulos propiamente tales, es decir, aquellos que no sólo no tienen la fe, sino que la rechazan; que no sólo dudan si la religión es verdadera, sino que opinan que es falsa, se distinguen de los escépticos en que || el estado intelectual de los unos es una mera negación de creencias, cuando la de los otros es una oposición formal, una verdadera enemistad en contra de ellas. Los filósofos del siglo pasado eran verdaderos incrédulos, pues no sólo no estaban adheridos a la fe, sino que la desechaban con desdén, la odiaban, la condenaban, esforzándose en extirparla de los ánimos donde felizmente había podido conservarse. Algunos sabios de nuestra época carecen de fe, pero esta carencia no es un odio, no una aversión; es una duda que quizás disimulan y de la cual no pocas veces se lamentan los mismos que la sufren. Perdidos en el océano de la incertidumbre y de la vaguedad, características del espíritu humano, preguntan a la vana ciencia del hombre lo que ella no puede decirles, esperando de la criatura la enseñanza que sólo pudo dimanar del Criador. Pero no dejan algunas veces de reconocer la debilidad de sus teorías, la esterilidad de su saber, la inutilidad de los esfuerzos que hace el orgullo, para resolver con la simple luz de la razón los grandes problemas del origen y del destino de la humanidad.

Los indiferentes son, propiamente hablando, los escépticos e incrédulos prácticos: son, como lo expresa su mismo nombre, los que se empeñan en engañarse a sí mismos, diciendo que el examinar si la religión es divina o no, no es negocio de importancia en que sea menester fijar la atención. Aquí, como se ve, no hay un sistema filosófico, ni siquiera una doctrina, sino una negación absoluta de todo sistema y de toda doctrina. Un necio *qué me importa* decide las mayores cuestiones, resuelve los más complicados problemas. Examinada a fondo esta manera de mirar las cosas, puede reducirse a los términos || siguientes: «Quiero gozar, no quiero remordimientos; aprovecharé los instantes que me restan de vida; y cuando suene la hora de mi fin me echaré con los ojos cerrados a ese abismo, donde ignoro si me espera la nada o un eterno castigo.»

No nos es posible en la actualidad, por no permitirlo los límites del artículo, mostrar prácticamente cuál es el modo

más a propósito para convencer o rebatir a las cuatro clases de enemigos arriba enumeradas. Esto lo reservamos para los números siguientes; bien que por de pronto nos permitiremos una observación que nunca deben perder de vista los verdaderos católicos. Personas hay que, llevadas de su ardiente celo y anhelando sacar el alma de sus prójimos de las tinieblas y ceguedad en que la contemplan, provocan con facilidad disputas, o sobre la religión en general, o sobre alguno de sus puntos capitales, esperando de esta suerte hacer una conquista preciosa y restituir al redil de la Iglesia una oveja extraviada. Aplaudimos sinceramente esa ardiente caridad, que, no cabiendo en el pecho de quien la posee, se desahoga comunicándose al exterior, saliendo a la defensa de la religión y procurando atraer a la misma los que tuvieron la desdicha de abandonarla. Sin embargo, la prudencia aconseja abstenerse de entrar en indiscretas cuestiones cuando el que se encarga de hacer la apología de la religión o de vindicar alguno de sus altos dogmas, escasea de las luces necesarias para sacar airosa la causa de la verdad. La prudencia dicta, también, que en no mediando esperanza de conseguir algún resultado, o alguna otra causa legítima, no se entablen discusiones sobre materias de suyo tan delicadas; pues que a menudo || puede suceder que, sin alcanzar el efecto que se desea, se irrogue gravísimo perjuicio a las almas sencillas. Una reflexión especiosa, una capciosidad, un sofisma bien presentado, un hecho mal explicado penetran a veces como un relámpago en un entendimiento desapercibido y destruyen de un golpe la fe que se había recibido en la cuna, y que, sin aquella ocasión aciaga, se hubiera tal vez conservado intacta hasta el sepulcro. El verdadero católico debe siempre tener presente que la fe es un don de Dios, que no se la produce en el espíritu de los otros con meros raciocinios, que para un efecto tamaño es menester un prodigio de la gracia; y así no conviene tener excesiva confianza en la fuerza de los argumentos presentados, andando adrede en busca del enemigo. David derribó al gigante Goliat, pero fué obedeciendo la inspiración divina, y después que el orgulloso filisteo había insultado repetidas veces los reales del pueblo del Señor.

No ignoramos cuán anchuroso es el campo de la discusión que a todo linaje de materias otorga el espíritu de nuestros tiempos. En los países más civilizados se escribe sin cesar sobre materias religiosas, se las sujeta a riguroso examen bajo los más variados aspectos. Lejos de nosotros el intentar que esta discusión se estreche, y por cierto que no damos el ejemplo de retirar el cuerpo de la lucha; sólo hemos querido indicar un abuso tanto más peligroso cuanto

a él pueden arrojarse la presunción y la ignorancia impulsadas por un celo indiscreto y a veces falso. La defensa de las verdades de la religión figura entre las tareas más santas que proponerse pueda un cristiano; pero la caridad prescribe que se || hermane la apología de la fe con las debidas consideraciones a la preservación de las almas sencillas.

Los sostenedores de la religión tienen de su parte las ventajas inseparables de una causa de justicia y de verdad; pero los adversarios poseen también en alto grado el talento de adulterar los hechos, de emplear especiosos sofismas y de cubrir con velos seductores las doctrinas más peligrosas y repugnantes. En una lucha de dieciocho siglos se han amaestrado de una manera muy notable en el manejo de las armas que les son propias, y desgraciadamente encuentran siempre en el hombre una disposición favorable, un aliado natural, en el orgullo, en el espíritu de novedad y en la perversidad de nuestras inclinaciones. La fe es ahora y ha sido en todos tiempos un sacrificio, y un sacrificio es siempre costoso; pero lo es mucho más en el siglo en que vivimos, cuando son tantos y tan fuertes los incentivos que nos inclinan al escepticismo y a la incredulidad. Esa exageración de las facultades del espíritu humano, ese prurito de sujetarlo todo a riguroso examen, esa arraigada costumbre de trastornarlo todo, haciendo que pronuncien sobre las materias más graves y delicadas jueces mal informados e incompetentes, esa nube de sofismas, de calumnias, de imposturas de todos géneros, con que los enemigos de la religión se esforzaron y se esfuerzan todavía en abrumarla; ese escepticismo, ese indiferentismo que han cundido de una manera tan lastimosa en la sociedad moderna; ese funesto conjunto trae consigo un inminente riesgo de extraviar el espíritu del fiel, si no procura fortalecerse con esmero y ahinco contra los repetidos y rudos ataques que a cada instante se halla || precisado a sostener. Hubo un tiempo en que bastaba aprender la enseñanza de la religión, ahora es indispensable poseer a fondo la ciencia que nos demuestra los cimientos en que se apoya, que nos hace capaces de dar razón de nuestra fe en el tribunal de la filosofía. Este es un hecho cierto, innegable, patente; en vano intentaríamos desconocerle; nuestra ceguera produciría gravísimos daños a la causa de la religión, dejando de parte de sus enemigos una superioridad que no les podemos permitir. No nos entreguemos a peligrosas novedades, pero si es necesario defendamos lo antiguo con razones nuevas; la verdad es una, pero los argumentos con que se la puede defender son innumerables; porque, emanada del mismo Dios, se enlaza con todo cuanto existe en el cielo y en la tierra; y a más de la revelación, a más de la infalible palabra di-

vina, hallamos en la naturaleza, en la historia, en la filosofía, bien templadas armas para aterrar a los enemigos de la verdad. Los cielos cuentan la gloria de Dios y las obras de sus manos las anuncia el firmamento; la criatura lleva el sello del Criador; la incredulidad se empeñó en hacerla mentir, pretendiendo que diera testimonio contra la mano que le dió el ser; ella no ha podido ser tan ingrata, no ha podido negarse a sí propia. Interroguémosla nosotros también, seguros de que cuanto más a fondo penetremos sus secretos, descubriremos más y más la inefable armonía que enlaza la naturaleza con la gracia, la razón con la fe, la historia de la humanidad con la historia de la religión, el porvenir del humano linaje con los destinos de la Iglesia católica. ||

ESTUDIOS HISTORICOS FUNDADOS EN LA RELIGION *

SUMARIO.—La religión es la verdadera filosofía de la historia. Moisés. Maldición primitiva. El Paraíso. Los hijos de Adán y Eva. Enoch. Noé. Nemrod. Su poderío. Observaciones sobre el origen de muchos gobiernos. La torre de Babel. Abrahán y Sara en Egipto. Los siglos de oro. Abrahán y Lot. Admirable sentido de la expresión: *No cabían en la tierra*. Aplicaciones a los fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros del Norte y sociedades modernas. Pentápolis. La historia del humano linaje es una espantosa tragedia. Reflexiones sobre el angustioso placer que experimentamos asistiendo a espectáculos dolorosos. Terribles contrastes de la historia. Hechos históricos de la más remota antigüedad. Consideraciones filosófico-religiosas. La humanidad y el Calvario.

La religión es la verdadera filosofía de la historia. Moisés nos da las primeras noticias sobre la creación y sobre la cuna del linaje humano; al propio tiempo que nos ofrece la única clave para descifrar el grande enigma del hombre y del universo. Quitad la historia de Moisés, privad a la humana filosofía de las luces que la suministra aquella narración sublime, y volvéis a sumergiros en el caos de los antiguos; la eternidad del mundo, la incertidumbre y las extravagancias sobre nuestro origen y destino, el fatalismo, todos los errores, todas las || dudas que trabajaron las escuelas filosóficas de Grecia y Roma y de cuantos pueblos carecieron del faro de la revelación, vuelven a presentarse sobre la tierra y hacen retroceder la ciencia y la sociedad larga cadena de siglos.

¿Queréis seguras, breves, universales fórmulas para resolver los grandes problemas de la historia de la humanidad? Leed la narración del inspirado de Dios, escuchad al

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 2 de *La Sociedad*, fechado el día 5 de marzo de 1843, vol. I, p. 69. Después de la muerte de Balmes fué reimpreso varias veces en la colección de la revista. Reproducimos el texto de la primera edición. El sumario está tomado del índice del vol. I de la revista.]

hombre sublime a quien fué concedido hablar con Jehová en la cumbre del Sinaí.

Hay en la vida del humano linaje un hecho tan doloroso como incontestable: la lucha del bien con el mal, la frecuente preponderancia de éste sobre aquél, así en lo moral como en lo físico; los horrendos crímenes que manchan las páginas de la historia de la prole de Adán, los indecibles padecimientos a que se halla condenada. ¿Cuál es el origen de tan triste fenómeno? ¿Cómo es compatible con la existencia de un Dios infinitamente sabio y bondadoso? La antigüedad creyó dar una explicación satisfactoria admitiendo bajo diferentes formas dos principios: uno autor del bien, otro del mal. El dualismo de Manes era quizás una adulteración de las tradiciones sobre la caída del primer ángel, pero indicaba también un esfuerzo para explicar el enigma que nos presenta el mundo. Moisés asienta otro principio más sencillo: *pecado* y *pena*, es decir, *justicia*. Con esto todo se explica, sin esto nada. Es un misterio, pero dichoso misterio que nos aclara tantos misterios; dichosa obscuridad de donde salen raudales de luz. Abramos la historia, recorramos sus páginas, conducidos por esa guía que en su bondad nos enviara el mismo cielo. ||

I

Dios dijo al hombre: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro»; esta maldición ha caído sobre la humanidad entera. Seguidla en todos los períodos de su existencia, en su frente descubriréis sin cesar el angustioso sudor con que anda en busca de la dicha, porque la dicha es lo que busca el hombre, tras de la dicha se afana la sociedad, supuesto que ni aquél ni ésta viven de solo pan. En vez de frutos le produce la tierra espinas y abrojos; no alcanza jamás el bien sino después de haber apurado hasta las heces el cáliz del mal. Lamentámonos nosotros de los infortunios de nuestra época, alzamos hasta el cielo un grito de dolor por las privaciones que nos vemos forzados a sufrir, los males que hemos de tolerar y los costosos sacrificios con que compramos un momento de felicidad o siquiera de reposo. ¿Y qué fué de las generaciones que precedieron? ¿Disfrutaron quizás de blando sosiego, nadaron en la opulencia y en los placeres y vivieron como hermanos en amable paz y armonía? ¿El siglo de oro fué para ellas una realidad, y los hermosos sueños de los poetas encontraron existente entre las mismas el objeto de sus cantos sublimes?

No, no es así: apenas criado el hombre, a pocos momentos de disfrutar de inefable dicha en el jardín de Edén, sur-

ge a su lado el infortunio como una negra sombra que obscurece y mancha un bellísimo cuadro. La madre de los humanos contemplaba su hechicera hermosura en los cristales de la fuente deliciosa que con || tan delicado pincel nos retratara el ciego de Albión, y tenía ya a su espalda el infame reptil, acechando malignamente el instante oportuno de sorprender el candor y la inocencia. Nuestros padres labraron su infortunio y el nuestro; su caída fué voluntaria, y la pérdida de su dicha se debió al extravío de su voluntad; mas ¿será por esto menos lamentable, será por esto menos sensible? ¿Acaso no es igualmente digno de compasión quien recibe la muerte de mano ajena, que quien se la da con la propia? El ángel colocado a la puerta del Paraíso, blandiendo la espada de fuego para que no volvieran allí los culpables proscriptos, es, al par de un hecho histórico, un formidable emblema de que la humanidad, mientras viva sobre la tierra, halla vedado el camino de una completa felicidad. «Y echó a Adán, y colocó delante del paraíso de las delicias un querubín con tajante y flamígera espada para guardar el camino del árbol de la vida.» *Eiecitque Adam, et collocavit ante paradisum voluptatis Cherubim, et flammeum gladium atque versatilem, ad custodiendam viam ligni vitae.* (Génesis, III, 24.)

Poco sabemos de la vida de nuestros padres en los primeros días de su destierro: solos, errantes en la inmensidad de la tierra, rodeados de bestias feroces, de reptiles y de insectos, faltos de vestido, de techos donde guarecerse, escasos de medios para proveer a las primeras necesidades, debían de pasar una vida penosa, amargada más y más con el punzante recuerdo de su dicha perdida. Bien se concibe cuán fácilmente penetraría en sus corazones el más vivo arrepentimiento, logrando que les perdonase el Señor aquella falta que expiaron con siglos de padecimientos y de lágrimas. || ¡Cuántas veces volverían los ojos hacia la región donde pasaron en la primitiva inocencia momentos de bienandanza indecible! ¡Cuántas veces les señalarían a sus hijos y les contarían las dulzuras de aquella morada venturosa, cuya memoria se ha transmitido de generación en generación, como los recuerdos de un sueño dorado!

Los primeros hijos de Adán y Eva de que nos habla el Sagrado Texto nos presentan tristemente la continuación de la escena que comenzó a la sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal: el crimen y la pena, el fratricidio y la maldición estampada en la frente del fratricida, quien anda errante por el mundo en busca de una muerte que para su tormento no encuentra. La primera ciudad de cuyo origen tenemos noticia es fundada por el impío asesino de su hermano, por el mismo Caín: triste auspicio de la vivienda del

hombre que levantaban las manos teñidas con sangre inocente, manos temblorosas todavía, por haber oído la maldición del cielo provocada por el clamor de venganza que esta sangre daba desde la tierra: «La voz de la sangre de tu hermano clama a Mí desde la tierra.» *Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra.*

Corren los tiempos; la ciega prole de Adán olvida los tremendos castigos que ha podido oír de la boca de los mismos que los sufrieron: toda la carne corrompe su camino. Dios resuelve borrar al hombre de la faz de la tierra; y salvado el justo Noé con su familia, ábrense las cataratas del cielo, inúndase toda la faz del globo, perece todo viviente, excepto las parejas encerradas en el arca, y el agua se levanta quince codos más alta que las más encumbradas montañas. ||

De dos grandes justos nos habla con singular recomendación el Sagrado Texto en lo perteneciente a la primera época del mundo: Enoch y Noé. ¡Cosa notable! Noé fué salvado prodigiosamente en el arca; *Enoch no apareció porque se lo llevó Dios.* Admirables hechos históricos que simbolizan la justicia y la inocencia, salvándose a duras penas de la maldad y castigo de las generaciones abandonadas a sus caminos de perversidad.

Inagotable caudal de reflexiones suministran al filósofo cristiano los primeros capítulos del Génesis; ellos, y sólo ellos, rasgan el velo que cubre el mundo; ellos, y sólo ellos, nos explican los secretos de nuestra existencia y aclaran los incomprensibles misterios de la historia del género humano.

II

El mundo antiguo comenzó con el Paraíso, siguió con una maldición y acabó con el diluvio. El mundo nuevo comienza con la maldición de Cam, continúa con la torre de Babel y sigue con una interminable serie de calamidades y desastres hasta el día en que, llegado el fin del humano linaje, rodará la tierra por la inmensidad de los cielos como un globo hecho ascua. Fijando la consideración en el colosal hecho del diluvio, clave de la explicación de grandes fenómenos terrestres y padrón eterno de la cólera de un Dios Todopoderoso, asómbrase el espíritu y se sobrecoge de un religioso pavor. ¡Qué trastorno más espantoso resulta de aquella catástrofe en el hombre y en cuanto le rodea! La vida se abrevia, la naturaleza pierde de su fecundidad, se marchita su hermosura, || y el hombre, que antes del horroroso cataclismo era un proscripto ilustre a quien se permite gozar de algunas comodidades en clima templado y bajo un

cielo sereno y apacible, es en adelante un desterrado sobre cuya frente pesa toda la execración de su crimen, y que, relegado a hórridos países, arrastra una vida de miseria y de dolor, cuyo único consuelo es la esperanza de la muerte.

Siguiendo a grandes pasos la historia de la humanidad hallamos por doquiera la traza lamentable que nos recuerda la degeneración primitiva: en todo la maldad, en todo el delito, en todo la pena, en todo la tremenda huella de la expiación a que está condenada la descendencia de Adán, en todo el no alcanzar la verdad sino después de tropezar en mil errores, de no obtener el bien sino después de haber sufrido el mal; en todo la ley inflexible de no llegar a la perfección ni a la mejora sino a costa de las más crueles fatigas.

¿Buscáis el origen de los grandes imperios? ¿Pretendéis saber el curso que ya desde un principio tomaron las pasiones con respecto al gobierno de la sociedad? La Sagrada Escritura os lo indica en breves palabras. El hombre rebelde a Dios se hace esclavo; sacudió el suave yugo de la divina ley y se encuentra sometido al imperio de la fuerza. «Chus engendró a Nemrod; éste comenzó a ser *poderoso* en la tierra.» ¿Sabéis cuáles son sus títulos? «Y era *robusto cazador* en presencia del Señor. Por esto salió el proverbio: Como Nemrod robusto cazador en presencia del Señor.—Y el principio de su *reino* fué Babilonia y Arach, y Achad y Chalanne en la tierra de Sennaar.» *Porro Chus genuit Nemrod: || ipse coepit esse potens in terra.—Et erat robustus venator coram Domino. Ob hoc exivit proverbium: Quasi Nemrod robustus venator coram Domino.—Fuit autem principium regni eius Babylon, et Arach, et Achad, et Chalanne in terra Sennaar.* (Gén., X, 8, 9 y 10.)

Al lado de esta sublime sencillez, al lado de ésta narración en cuya verdad y exactitud se compendia la historia de los grandes imperios, de los grandes conquistadores, de las guerras, de las vicisitudes que afligen a la triste humanidad, ¡cuán pequeño se nos presenta Rousseau con su pacto social, con sus vanas utopías, tan distantes de la realidad como contrarias al curso natural de las cosas! El hombre necesita vivir en sociedad, la existencia de ésta es incompatible con un desorden incesante, y el orden no puede concebirse sin un poder público que lo afirme y conserve; esto dicen la razón y el buen sentido; pero al propio tiempo la perversidad del corazón, la ambición desenfrenada, las pasiones ruines abusan de todo cuanto hay sobre la tierra, y por lo mismo, al formarse las sociedades, la fuerza debió de ser un elemento preponderante, la autoridad pública debió de ser a menudo usurpada con violencia, y Nemrod, que fué *poderoso* porque era *robusto cazador*, es el tipo de cien y cien otros

usurpadores que fundarían sus derechos en la pujanza de su brazo.

Hállanse los hijos de Noé en crecido número en las llanuras de la tierra de Sennaar, y, temerosos de que las aguas de un nuevo diluvio inundasen otra vez la tierra, propónense edificar una ciudad y en ella una torre cuya cumbre toque al cielo. Así abrigan el designio de ilustrar su nombre y asegurarle eterna duración antes || que se dividan para andar ocupando el resto de la tierra. ¡Vanos consejos! Como si Dios, cuyo brazo todopoderoso inundó el mundo como inunda el labrador su pequeño campo, levantando un ligero dique, no bastase a inundar la nueva ciudad y a cubrir la gigantesca torre, como antes sepultara quince codos debajo de las aguas la cúspide de las montañas más elevadas.

Antes eran los hijos de Noé un solo pueblo, hablaban una misma lengua, eran de un mismo labio, según la bella expresión de la Sagrada Escritura; el orgullo los ciega, buscan con afán una vana inmortalidad; desde entonces se confunde su idioma, y el hermano no entiende la palabra del hermano, y se ven forzados a abandonar la edificación de la ciudad, y avergonzados se separan y marchan dispersándose por la faz de la tierra.

Los eruditos han buscado en los idiomas actuales la huella de un idioma primitivo. ¿Puede conjeturarse si éste continuó en alguna de las fracciones en que se dividió la descendencia de Noé? ¿Sábese si los actuales presentan seguros indicios de haber salido de un tronco y de ser otros tantos dialectos de una lengua matriz? No nos atreveremos a resolverlo: sólo haremos notar que de la misma suerte que se hallan en todos los puntos del globo infalibles señales de un gran trastorno en la naturaleza, así se encuentran claras pruebas de que el linaje humano experimentó una confusión, cuya historia nos ha conservado Moisés, refiriéndonos el insensato proyecto de la torre de Babel. Los tiempos históricos, como los heroicos, como los fabulosos, nos muestran al linaje humano dividido en innumerables tribus, de las que se verificaba que *el prójimo no entendía la voz de su* || *prójimo;* el origen común estaba poco menos que borrado, y los hombres que debieran vivir como hermanos se hallan unos en vista de los otros cual extranjeros en tierra conquistada; en violentos encuentros se disputan la presa, y mutuamente se destrozan con más rabia que no lo hicieran bestias feroces.

III

Separado de su casa y parentela el hombre escogido de Dios para fundar un nuevo pueblo donde se conservasen en toda su pureza las tradiciones primitivas, marcha errante por la tierra de Canaán, y en ella encuentra el hambre; huyendo de esta calamidad llega peregrinando a Egipto. ¿Sabéis cuáles son las costumbres de aquel país? El adulterio y el crimen. Cercano a Egipto dirígese Abrahán a Sara, su esposa, y le dice: «Mujer, conozco que eres bella, y que al verte los egipcios dirán: «Es su esposa», y me matarán, y a ti te reservarán. Di, pues, te lo ruego, que eres mi hermana, para que en consideración a ti se porten bien conmigo, y por tu gracia conserve yo la vida.» Y habiendo entrado en Egipto, vieron los egipcios que la mujer era de extremada hermosura, y los cortesanos lo anunciaron a Faraón, y la alabaron en presencia de él y la mujer fué llevada a su palacio. Así ya desde la cuna del mundo, cuando al parecer debían reinar en todas partes la sencillez y la inocencia, el justo se veía precisado a encomendar en manos de la divina Providencia la honra de su esposa, esperando que el Señor, que le había sacado de la casa de || su padre, castigaría a Faraón antes que su virtuosa consorte fuera víctima de la violencia y de la destemplanza.

Hechos semejantes, que esparcidos acá y acullá encontramos en el Sagrado Texto, son preciosos rasgos que nos pintan el espíritu de la época, que nos hacen asistir a las escenas de injusticia, de violencia, de obscenidad a que estaría entregado el mundo en aquellos siglos que nosotros con poca reflexión podríamos creer de oro. Con lo que se echa de ver cuán infundado es todo lo que se imagina y tal vez se cree sobre la inocencia de las edades primitivas, y cuán exagerados son los males que se suponen nacidos del adelanto de la sociedad. Dondequiera que encontramos al hombre hallamos el mal a su lado; si es culto lo practica con astucia, si es bárbaro lo ejerce con violencia; si no queréis sufrir el brillante velo ocultando la corrupción, fuerza os será resignaros a contemplar las asquerosas formas de feroz brutalidad. Todo lo que dista de nosotros en espacio o tiempo nos complacemos en pintarlo con hermosos colores, en revestirlo de una belleza que no existe en la realidad: esto puede condonarse al poeta, no al filósofo; que la poesía se alimenta de encantadores sueños, la filosofía sólo se nutre con austera verdad. Séale, pues, permitido al vate el imaginarse que no había otras costumbres que las retratadas en la escena de las familias patriarcales, cuando un anciano cubierto de venerables canas narraba tranquila-

mente a sus hijos y nietos las tradiciones antiguas, bajo el aura apacible del caer de la tarde a la sombra de una palmera; pero el filósofo no debe contentarse con vanas ilusiones, dado que en cada objeto ha de ver *todo lo que hay, y nada más de lo que hay.* Triste necesidad || por cierto la de contemplar las cosas en su negra realidad; pero no olvidemos que el error es también negro en su fondo por más brillante que sea el velo que le encubre; recordemos que la verdad por amarga y dolorosa no deja de ser saludable. Las escuelas más peligrosas, ¿qué son sino un tejido de bellas mentiras?

IV

Salidos de la tierra de Egipto Abrahán con su mujer, con sus riquezas, con su sobrino Lot, se dirige hacia el austro, llegando hasta el lugar donde fijara antes su tienda entre Betel y Hay. La vida pastoril que ambos traían parece debía ponerlos a cubierto de toda mala inteligencia y discordia; sin embargo, no fué así: los rebaños no cabían en el mismo país, la rivalidad comienza, los amos siguen en buena armonía, pero los pastores riñen, y Abrahán, deseando conservar la fraternidad y concordia que entre hermanos cumple, ruega a Lot que se separe de él en obsequio de la paz. «No haya, te ruego, le dice, rencillas entre yo y tú, y entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos; mira, a tus ojos está la tierra toda, apártate de mí, te lo suplico; si fueres hacia la izquierda, yo tomaré la derecha; si tú escogieres la derecha, yo marcharé hacia la izquierda.»

¿Qué encontramos en este pasaje? Nada menos que la historia de los sucesos que desde el principio del mundo están desolando la humanidad. *No cabían en la tierra:* he aquí señalada con admirable concisión y exactitud la causa de infinitas invasiones, usurpaciones, revoluciones, || guerras, trastornos y catástrofes. ¿Por qué los fenicios y los cartagineses buscan con tanto afán nuevos países donde establecerse, donde enviar sus colonias, valiéndose de la fuerza cuando alcanzar no podían su objeto por medio de la astucia? Porque no cabían en la tierra. ¿Cómo es que Roma naciente comienza su política de invasión y usurpación ensayando sobre los pueblos comarcanos lo que después ejecuta sobre el mundo entero? Porque sus habitantes no caben en la tierra; porque, faltos de lo necesario, se ven precisados a proporcionárselo, convirtiéndose en guerras formales lo que en un principio eran altercados y riñas sobre la pertenencia de algún objeto útil o necesario a la vida. ¿Cuál fué la verdadera causa de la irrupción de los bárba-

ros del Norte? Preguntadlo a esos innumerables guerreros que, rodeados de sus mujeres e hijos, se adelantan hacia el Mediodía en busca de clima más apacible y de regiones más feraces; preguntádselo, y os dirán que las selvas del Norte no les suministran lo que han menester para su sustento, que en su extraordinaria multiplicación han consumido y agotado cuanto había en su país natal; que la necesidad, la imperiosa necesidad, los fuerza a usurpar para establecerse, a pelear para comer: no cabían en la tierra.

Hasta en los tiempos modernos, cuando se ha llevado al más alto punto el arte de encubrirlo todo con hermosos disfraces, ¿qué se encuentra en el fondo de las cuestiones más graves? Dejando aparte otros ejemplos, la Inglaterra revuelve el mundo con su diplomacia y lleva la desolación y la muerte a las regiones más remotas. ¿Queréis impedírselo? ¿Buscáis un medio seguro para || disminuir la actividad de sus negociaciones y la impetuosidad de sus armas? Abridle fáciles y anchurosos mercados; desahogad sus almacenes de Manchester y Liverpool; ved que pueda alimentar tantos millones de hombres que perecen de miseria; cambiad su situación material, dadle pan. Los ingleses tampoco caben en la tierra.

V

Imposible parece que en tan poco tiempo transcurrido desde la horrible catástrofe con que Dios castigara los crímenes de la humanidad las costumbres hubiesen llegado al exceso de infame depravación que vemos en las ciudades de Pentápolis. Aquella tierra tan deliciosa que regada por las ondas del Jordán semejaba el *Paraíso del Señor* fué sepultada en un mar hediondo después de haber llovido sobre ella torrentes de fuego. La narración que de este acontecimiento nos hace la Sagrada Escritura, como y también de las circunstancias que le precedieron y las causas que lo motivaron, es otro precioso documento para formarnos una idea del infeliz estado en que volvió a sumirse el mundo, salido apenas de las aguas del diluvio vengador.

En el propio país, antes de ser víctima de la horrorosa catástrofe, hallamos ya la guerra con sus matanzas, sus depredaciones, sus manadas de cautivos. Los reyezuelos de Sennaar, de Ponto, de los elamitas, de las gentes de Sodoma, de Gomorra, de Adama, de Seboín, de Bala y de Segor, encontrándose en el valle silvestre que después se llamó mar de sal, con sus pequeños ejércitos, || eran tristes precursores de los poderosos monarcas que en los tiempos venideros habían de inundar el mundo de sangre y de lágrimas.

Si desaparece la guerra de ciudad contra ciudad, de familia contra familia, de hombre contra hombre, esa anarquía que desuela las más retiradas comarcas, si se crea un poder público capaz de mantener el orden en una gran sociedad, es a expensas de los tesoros, de la sangre, de la libertad de los gobernados que sirven para entronizar orgullosos tiranos, que, no contentos con un mando sin límites, con un fausto escandaloso, se proponen hacerse adorar como dioses haciendo que se les levanten estatuas y se les tributen los homenajes y cultos sólo debidos a la divinidad.

¡Ah! La historia del humano linaje es una espantosa tragedia; y en el placer angustioso que experimentamos al asistir a esos espectáculos en que brota la sangre del corazón a la vista de grandes infortunios, hay un profundo secreto que abre anchuroso campo a las meditaciones de una filosofía grave y sublime. ¿Cómo es que buscamos con tanto afán ese placer que nos atormenta? ¿Por qué nos cebamos en esa curiosidad que nos hace verter amargas lágrimas, que nos hace suspirar y gemir tan sentidamente en presencia de infortunios fingidos cual pudieran hacerlo los verdaderos? ¿Sabéis por qué? Porque en aquellos contrastes en que el temor lucha con la esperanza, la dicha con la desgracia, la vida con la muerte, el corazón nos dice que está retratada nuestra existencia; los individuos como los pueblos sienten en el fondo de su alma una voz que les clama: «Esta es vuestra vida, ésta es la condición de vuestro paso sobre la tierra: llorad || sobre el infortunio, que el infortunio es vuestro patrimonio.»

La historia entera no es más que una serie de terribles contrastes; y no precisamente refiriéndonos a las épocas de la corrupción de sociedades caducas, sino trasladándonos a su infancia, a los tiempos de inocencia y candor, y fijando únicamente nuestros ojos sobre aquellos admirables cuadros de virtud, de santidad, favorecida por el cielo con inefables prodigios y propuesta por el mismo Dios como modelo en que aprender debieran las generaciones futuras. Hasta allí donde al parecer no debiéramos encontrar nada que repugnara a nuestros ojos, que entristeciera nuestro corazón, tropezamos de continuo con esos horribles contrastes donde se pinta con viveza y elocuencia la ley de expiación y de castigo a que vive sometida la infortunada prole de Adán. ¿Veis al santo Patriarca separado de la casa de sus padres y conducido en su peregrinación por la misma mano del Señor para fundar un pueblo escogido donde se conservaran las antiguas tradiciones y se perpetuara la esperanza de un Redentor? ¿Veisle tranquilo en su tienda fijada en aquellos países que ha de ocupar un día su descendencia, numerosa como las estrellas del cielo y las arenas

de la mar? ¿Veisle favorecido del cielo con milagrosas visiones y conversando con los ángeles y consolado con inefables promesas? A su vista arden las abominables ciudades que él con sus fervientes oraciones no ha podido salvar, la negra humareda sube en densas columnas obscureciendo la luz del sol. Emblema terrible de la justicia divina obrando sobre el mundo al mismo tiempo que la bondad y misericordia. Al lado de Sara || está Agar, al lado del pacífico Isaac está Ismael, que plantará un día sus tiendas contra las tiendas de sus hermanos, *su mano estará contra todos y las manos de todos contra él.* Al lado de Jacob, bendecido por su padre, está Esaú rugiendo de cólera como una fiera herida por la flecha del cazador; en un sueño misterioso descubre la escala que estribando en la tierra llega hasta el cielo; pero notadlo bien, esta visión se le presenta reposando del cansancio del camino mientras huye de la tierra de sus padres para salvarse de la venganza de su hermano. ¿Os enternecéis al leer la historia del inocente José? En ella encontráis la cruel envidia que le roba a su anciano padre, le vende a los ismaelitas y le envía a servir a tierras extrañas. La santidad del inocente mancebo resplandece en oposición con los impúdicos deseos de una mujer adúltera, y su prodigiosa elevación al lado del rey de Egipto comienza en las tinieblas de una cárcel. Principia la historia del gran pueblo; la primera escena es la esclavitud, la opresión más terrible, el infanticidio. Moisés ha de presenciar en el desierto la misteriosa zarza que arde y no se consume; antes de apacentar las ovejas de Jetro en los campos de Madián huye proscripto de Egipto, abandona el palacio de Faraón después de haber dado muerte a un egipcio desapiadado que maltrataba a un israelita. El pueblo sale de la esclavitud; pero su libertad es comprada a duro precio; la obstinación de Faraón atrae sobre el infortunado Egipto la divina venganza y hace que se derrame sobre aquel pueblo como raudales de llama la formidable copa de la indignación del Omnipotente. Pasa el pueblo de Israel el mar Rojo, y mientras las doncellas celebran con cánticos y danzas || los beneficios del Señor, las aguas del Eritreo están cubiertas de carrozas, de caballos y de hombres que luchan con una muerte que no podrán evitar. La peregrinación por el desierto es una serie de favores y de castigos; el maná y las serpientes venenosas; las tablas de la ley y el degüello ejecutado por Moisés; los truenos y el fuego de la cumbre de Sinaí, la aparición de Jehová y el becerro de oro y la infame idolatría. Penetra el favorecido pueblo hasta la tierra prometida, pero antes ¡cuánta sangre, cuánto exterminio, cuántos horrores sobre los pueblos culpables arrojados de un país contaminado con sus abominaciones y sus crímenes!

La civilización fenicia toma el camino de Occidente difundiéndose por la Grecia, la Italia, la España y el Africa, y sólo se consigue este resultado a fuerza de calamidades sufridas por los pueblos civilizadores: después de veinte siglos aun existía un monumento para recordar que los cananeos fugitivos de la espada de Josué llegaron hasta las extremidades del Africa. Es muy probable que los antiquísimos viajes de los fenicios a las costas de España dimanaron del mismo motivo, o fueron a consecuencia de la estrechez en que se hallaban esos pueblos acosados por el de Israel, y precisados a ocupar una estrechísima zona a las orillas del mar de Jope, de Tiro y de Sidón.

Las letras importadas a Grecia por Cadmo, procedente del mismo origen, reconocen quizás por causa de su peregrinación las mismas catástrofes; los hombres armados que nos presenta la fábula nacidos de los dientes sembrados por el fundador de la colonia y degollándose unos a otros, son un indicio de que los nuevos conquistadores || llegarán al país acosados de infortunio y sedientos de venganza.

Dejando aparte las narraciones de la Biblia y las demás en que se ha mezclado el espíritu de la fábula, si pasamos a tiempos más cercanos que abren, por decirlo así, las páginas de la historia profana, hallaremos consignado en todas ellas el mismo fenómeno que acabamos de indicar. Esta época se inaugura con una inmensa calamidad: el incendio de Troya. De manera que los beneficios acarreados a la civilización por la comunicación de los pueblos asiáticos y europeos, los adelantos de la navegación fomentados por la necesidad del transporte de numerosas expediciones marítimas, la perfección de las ciencias y de las artes, efecto natural de aquel gran movimiento comunicado a cien pueblos por aquella especie de cruzada, el desarrollo de la nacionalidad griega, que debió de resultar de una guerra en que los reyes y los pueblos del país militaron en encarnizada y prolongadísima lucha bajo una misma bandera; todos estos beneficios, repetimos, se compraron con torrentes de sangre, con la ruina de infinitas familias, con el destrozo e incendio de una ciudad ilustre. Los bellos y sublimes cantos de Homero inspirados por aquellas horribles escenas no pueden pasar a nuestros ojos sin retratarnos a un monarca anciano que *besa las manos salpicadas con la sangre de su hijo*. Singularidad notable, que la primera y quizás la más grande producción del genio reciba su inspiración de las pavesas de una inmensa ciudad, de la sangre de millares de valientes.

Fúndase en las costas de Africa una floreciente colonia que extiende sus conquistas al Norte, al Oriente y || al Occidente, que envía sus velas comerciantes a las expediciones más atrevidas, que cuenta entre sus hijos audaces via-

jeros precursores de la osadía de Colón y Magallanes, que disputa durante largos años el imperio del mundo a la orgullosa Roma, que al desaparecer del número de las naciones nos ofrece a un Aníbal vencedor en Cannas, en Trasimeno, y asentando sus reales a la vista de Roma, que tiembla al pronunciar el nombre del invicto héroe. ¿Sabéis a qué debe el origen esa fundación gloriosa, Cartago, que por espacio de siglos fué el espanto de los conquistadores del orbe? Débelo a sangrientas discordias de familia, débelo a la sangre alevosamente derramada por el puñal fratricida.

Así vemos que ya en los más remotos tiempos la civilización y la cultura no se extienden, no se propagan sino a fuerza de sangre, a fuerza de calamidades que hacen llorar torrentes de lágrimas a la triste humanidad; así vemos cuán terriblemente se cumple con todo el linaje humano lo mismo que en el individuo se verifica, de comer el pan con el sudor de su rostro, de cultivar una tierra que en vez de frutos le da abrojos y espinas, de no alcanzar mejora y perfección en ningún género sino a costa de los mayores sufrimientos, de los trabajos más arduos y constantes, de no disfrutar él propio de los bienes que produce, sino de legarlos a sus hijos si se limita a la esfera doméstica, o de transmitirlos a las generaciones venideras si sus tareas trascienden a los intereses públicos.

Terrible consecuencia del desorden introducido en el individuo y la sociedad por la prevaricación primera; formidable resultado de la pérdida de aquella inefable || armonía en que el mundo estaba sujeto al hombre, las pasiones a la voluntad y a la razón, y la razón y la voluntad a Dios. Quebrantóse el primer eslabón de esa cadena de oro, el hombre se rebeló contra Dios y las pasiones se levantaron contra la razón, y el mundo entero se alzó y se puso en combate con el hombre. Faltó la ley de armonía y la sucedió la ley de lucha, ley que se presenta bajo mil formas diferentes según lo son los objetos sobre que versa; ley de que no se exime ningún período de la vida; a que está sujeta la infancia como la adolescencia, la juventud como la vejez; ley indeclinable al fuerte como al débil, al rico como al pobre, al magnate como al pequeño, al sabio como al ignorante, al monarca más poderoso como al más ínfimo de sus vasallos.

Echase de ver por ahí la profunda sabiduría y la verdad entrañadas por el cristianismo, por esa religión divina que en las primeras palabras que dice al hombre le intima la existencia de esta ley: que la vida del hombre es una milicia sobre la tierra; que le predica incesantemente la vanidad de sus esfuerzos para substraerse a las terribles consecuencias de la maldición del Criador; que endereza todos sus trabajos a restablecer por medio de la gracia la armonía perdi-

da por la culpa; que en la abnegación cristiana, en la sujeción de las pasiones a una voluntad ilustrada por la razón y por la fe, y dirigida y movida por la gracia, en la sumisión del entendimiento a la revelación divina, en la conformidad de la voluntad humana a la voluntad de Dios, en ese admirable conjunto que nos presenta realizado en sus grandes santos, muestra el sublime tipo de lo que el hombre debe ser, de || lo que fuera un día antes que entrase el pecado en el mundo y por el pecado la muerte. Tipo sublime, repetimos, que nos trae a la memoria lo que fuimos en Edén, pero con las señales de la tremenda expiación, con la sangre que brota de los golpes descargados por la cólera divina: todo conforme al segundo Adán, al Hijo del hombre, que, cargado con nuestros pecados y conducido a morir por la salud de los hombres, se dirigió cual manso cordero a la cima del Gólgota a consumar la más terrible de las expiaciones. ||

EL INDIFERENTISMO*

SUMARIO.—Disputas religiosas. Sentidos malignos que se dan a esta palabra. Elevada importancia de las disputas religiosas. La muerte y la eternidad. El indiferentismo es insensato y absurdo. Los pueblos, más cuerdos que ciertos filósofos. Sentimiento religioso. Guerras de religión. Superstición. Fanatismo. Vanidad de ciertas declamaciones contra la humanidad entera. La Europa actual y el indiferentismo. Pruebas de la importancia que tiene todavía la religión en Europa. Reflexiones sobre el insensato egoísmo de los indiferentistas.

Disputas religiosas..., con esta palabra pronunciada con énfasis y con cierto aire de indiferencia o desprecio se eluden a menudo gravísimas cuestiones, y se pasa por encima de las materias más dignas de veneración y acatamiento. *Disputas religiosas...*, con esta expresión se desdeñan ciertos hombres de atender siquiera a puntos de la más alta trascendencia, y relegan a las *escuelas de los teólogos* lo que hay de más elevado e importante en la tierra y en el cielo. *Disputas religiosas...*, con esta fórmula se pertrechan los que, atormentados por los remordimientos de su conciencia, se sienten llamados a examinar lo que ellos no quisieran ni aun recordar. *Disputas religiosas...*, con esta solución tan sencilla y sobre todo tan cómoda responden los enemigos de la || religión a los argumentos con que los estrechan los hombres amantes de la verdad, cual si fueran vanas sutilezas las razones más concluyentes. *Disputas religiosas...*, con este maligno tema procuran los incrédulos presentar como de poco valer todo lo que han dicho en pro de la religión sus más ilustres apologistas, e indicar a los pueblos que nada les interesa cuanto en este sentido se exponga. *Disputas religiosas...*, con esta frase cubren sus intenciones los gobiernos impíos que procuran desvirtuar o destruir la religión, y desean persuadir a sus gobernados que las intrusiones más sacrílegas no son más que el ejercicio de una

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 2 de *La Sociedad*, fechado el día 15 de marzo de 1843, vol. I, p. 83. Después de la muerte de Balmes fué reimpreso varias veces en la colección de la revista. Nuestro texto es el de la primera edición. El sumario está tomado del índice del vol. I de la revista.]

prerrogativa del poder para mezclarse en una cuestión de dogma, ni más ni menos que si se tratase de restablecer el orden en una escuela de sofistas que altercan sin entenderse. *Disputas religiosas*..., con este velo encubren su escepticismo o impiedad aquellos falsos hombres de Estado, aquellos filósofos superiores que desde su elevada cátedra fallan con tono magistral y decisivo sobre las creencias de los pueblos como sobre juguetes de niños; que someten a su juicio todas las religiones, sin exceptuar ninguna; es decir, que llaman a Dios a su tribunal, condenándole o absolviéndole, trazándole el camino que ha de seguir y los peligros que debe evitar, señalando límites a la sabiduría infinita y cercenando el poder a la Omnipotencia.

No negamos que el hombre pueda caer en abusos en las disputas religiosas, como le acontece en otras materias; pero no podemos consentir que el abuso destierre el uso, y que se gradúe como de poca importancia lo que la tiene inmensa. En efecto: ¿de qué se trata en las discusiones religiosas? El objeto de la controversia, || ¿es acaso de poca entidad o de pequeño interés para los mortales? Entrad en este linaje de cuestiones, acercaos siquiera al linde del palenque donde se agitan, y lo primero que se os ofrece es la existencia de Dios, la creación del hombre, su origen y destino, su felicidad o desdicha, su inmortalidad o su nada. Quien sostenga, pues, que las discusiones religiosas carecen de importancia, que no merece la pena que de ellas nos ocupemos, sostiene también que nada importa saber si Dios existe o no, si el mundo es creado por un ser inteligente e infinito o si es efecto de la casualidad, si el hombre tiene un alma espiritual o si sus pensamientos y voluntades son un simple resultado de la organización, si hemos de existir para siempre en otra vida o si hemos de hundirnos en la nada. Por cierto que Dios, el hombre, la eternidad, son cosas de que no podemos desentendernos sin rayar en la demencia, sin negarnos a nosotros mismos, sin abdicar nuestra inclinación vehemente, irresistible, que nos fuerza a vivir ansiosos de nuestra propia suerte, que nos impele a investigar lo que somos, de dónde salimos y adónde vamos.

Si alguien hubiese con el privilegio de no morir, con entera seguridad de pasar en la presente vida una existencia sin fin, en éste sería menos irracional el descuidar completamente la averiguación de estas verdades, el contentarse con lo que es y con lo que tiene, sin pensar en el ser de quien lo ha recibido; pero nadie puede lisonjearse de semejante seguridad; hay, al contrario, la certeza de un término cercano, el sueño más ligero no pasa más presto que nuestra existencia sobre la tierra. Sea cual fuere el plazo más o menos dilatado que se nos || ha concedido, es induda-

ble que dentro un número muy reducido de años no viviremos aquí; para nosotros estarán ya resueltos prácticamente los formidables problemas de nuestro destino: o la nada o el fallo de un supremo Juez. Verdad tan pavorosa como cierta, como indeclinable; en vano nos esforzamos en olvidarla, en vano nos substraemos a su memoria, en vano intentamos atenuar con fútiles reflexiones todo lo que encierra de terrible, de espantoso; no hay medio: o la nada o el fallo de un supremo Juez. Cavílese cuanto se quiera; imagínense subterfugios, la verdad está ahí; no hay camino para eludirla; supuesto que existimos, nos es forzoso someternos a esta necesidad. Vendrá el día en que nuestro cuerpo se disolverá, vendrá un momento en que se dirá: *Ya expiró,* y entonces, en aquel instante mismo, se realizará para nosotros uno de los extremos de la formidable alternativa. Entonces, si suponemos el imposible de ser reducido a la nada este ser que piensa, quiere y siente; si suponemos que, no siendo más que el resultado de la organización material, deje de existir tan pronto como la muerte lleve a la materia la descomposición, ya ni sentirá, ni querrá, ni pensará: un sueño profundo en que yacemos en la más completa insensibilidad puede apenas suministrarnos una idea de aquel no ser, de aquella nada que estaremos reducidos. Pero si, al contrario, existe un Dios premiador de la virtud y castigador de la maldad, si nuestra alma sobrevive al cuerpo y está destinada a ser inmortal, entonces en aquel mismo instante en que los allegados contemplarán afligidos nuestros restos, se habrá presentado a nuestros ojos, en toda su desnudez, en todo su horror, la tremenda || verdad. A pocos pasos de nuestro lecho de muerte estará ese hombre a quien no hemos querido escuchar, esos libros que hemos dejado de consultar; éstos y aquél hubieran disipado nuestras dudas, o nos habrían auxiliado para alcanzar aquella luz que no falta jamás a los que la buscan con voluntad sincera y decidida. Espanto causa el fijar la consideración sobre aquel formidable trance; los cabellos se erizan, la sangre se hiela en el corazón.

¿Y no es esto lo que acontece a muchos indiferentes al mirar cercano el momento fatal? ¿No desfallecen la mayor parte de ellos, si es que la enfermedad no embarga o embota notablemente sus facultades mentales? Mientras el peligro es remoto o nos lo parece, mientras el vigor de las fuerzas o la lozanía de la juventud nos están alimentando con esperanzas de larga vida, apartamos la consideración del riesgo que corremos y procuramos distraernos con vanas ilusiones; pero cuando una muerte inminente nos avisa de la proximidad de nuestro fin, cuando nos hallamos al borde del abismo a que hemos caminado desde el principio de

nuestra existencia, abocados a esa profunda sima que nos ha de tragar, entonces se presenta a nuestra vista con toda claridad, con viva lucidez, lo insensato de nuestra negligencia, y mientras el frío sudor baña la frente del moribundo, le late sobresaltado el corazón con el horrible azar a que se abandona con ceguedad inconcebible, con el horrible azar cuyos resultados habrá experimentado dentro breves instantes.

El indiferentismo aplicado a la conducta es insensato, pero erigido en sistema es absurdo; porque si es || el colmo de la insensatez el marchar con los ojos vendados hacia un porvenir que no se conoce, es el mayor de los absurdos el sustentar que semejante proceder sea razonable. Y por razonable lo defienden cuantos se empeñan en persuadir que el hombre no debe curarse de la religión, ni investigar si hay alguna verdadera, ni cuál ésta sea, sino prescindir de todas, o acomodarse a la del propio país, como cumpliendo con vana ceremonia y sólo para no desagradar a aquellos con quienes se vive. ¡La religión reducida a una mera formalidad de buena crianza! Es a cuanto puede llegar el extravío de la razón.

Los pueblos, más cuerdos que esa clase de degenerados filósofos, han mirado las cosas de otra manera: siempre y en todos países del orbe ha sido considerada la religión como el negocio de más alta importancia, y así lo han manifestado no sólo cuando han seguido el camino de la verdad, sino también cuando se han perdido por los senderos del error. Las aberraciones de la superstición, los excesos y los crímenes del fanatismo reconocen este origen. El sentimiento religioso extraviado, exaltando peligrosamente la imaginación del hombre, le ha conducido repetidas veces a las mayores atrocidades, ora vertiendo inhumanamente la sangre en los campos de batalla, ora sacrificando sin piedad a sus hermanos en horribles venganzas, ora inmolando sobre los altares de los dioses al hombre mismo. Se ha dicho que no hay guerras más terribles que las de religión, y es cierto que se distinguen de todas las demás por la impetuosidad con que se emprenden, la tenacidad con que se continúan y lo horrible de las escenas que en ellas se presencian. ¿Sabéis cuál es la causa? Es que en mediando || los intereses religiosos siéntese el hombre impulsado por lo más fuerte y vivo que obrar puede sobre el corazón: la fortuna, la vida de sus semejantes y hasta la propia son nada a sus ojos, desde que se trata de lo más grande y augusto que hay en la tierra y en el cielo. Los intereses terrenos son cosa despreciable en comparación de los celestiales, la materia desaparece en presencia del espíritu, la criatura delante del Criador, lo finito delante de lo infinito, el tiempo

en vista de la eternidad. ¿Qué importan todas las declamaciones contra un hecho indudable, universal, indestructible? ¿De qué sirve el desahogarse en violentas invectivas contra las preocupaciones, contra la ceguera, contra la superstición y el fanatismo? ¿Qué significa un cargo que se dirige contra la humanidad entera? Significa que se desconoce la verdad, porque la verdad se desconoce cuando se protesta inútilmente contra la naturaleza de las cosas; la verdad se desconoce cuando se lucha con palabras contra hechos, cuando se quiere remediar con huecas peroratas lo que nace del íntimo de nuestro corazón. Incúlquese en hora buena al humano linaje la fraternidad universal, predíquese a los hombres la necesidad de recíproca indulgencia, insístase sobre la conveniencia de substituir la convicción y persuasión a las violencias, evitando de este modo la efusión de sangre y los sufrimientos inseparables del empleo de la fuerza; pero reconózcase el origen de donde dimana el mismo exceso, no se olvide que la religión es una necesidad para el hombre, procúrese satisfacerla proporcionándole la verdad y la virtud, para que en sus extravíos y frenesí no intente satisfacerla él propio con el error y el crimen. ||

Nuestros adversarios distinguirán sin duda dos estados muy diferentes: el de la infancia de las sociedades y el de su edad viril, de atraso y de civilización; refiriendo al primero la importancia de las cuestiones religiosas y señalando como propia del segundo la indiferencia por las mismas. «Ved esa Europa, nos dirán, ved esa Europa, donde por espacio de largos siglos se ha vertido a torrentes la sangre en guerras religiosas, vedla en la actualidad sosegada y tranquila, sin curarse de lo que pasa o pasar pueda allá en el otro mundo, y sólo atenta a proporcionarse bienestar en el presente, con el aumento de la riqueza material y con el progreso de aquellas artes que sirven a la comodidad y a los placeres. El sucesivo desarrollo de la civilización y cultura ha arrumbado todo lo perteneciente a la religión, como el hombre en la edad viril olvida los juegos de la infancia y los arrebatos de la mocedad.» No negaremos que en Europa ha cundido el indiferentismo de una manera lastimosa, y cuando repetidas veces nos hemos lamentado de este hecho desconsolador, no procuraremos atenuarle ahora, sólo porque nos sale al paso como una dificultad contra lo que estamos probando. Observaremos, no obstante, que hay una notable exageración en lo que se afirma de la poca importancia que disfrutan en Europa las cuestiones religiosas, y que se equivocan las dimensiones del hecho porque se le contempla bajo un punto de vista enteramente falso. Cuando se trata de apreciar debidamente esta clase de hechos

que se refieren al entendimiento y voluntad del hombre es necesario no perder de vista el espíritu de la época; pues, según éste sea, la expresión de aquéllos será muy diferente, y, por tanto, || se incurrirá en gravísimas equivocaciones, ateniéndose a señales que si en un tiempo dado pudieran ser infalibles, en otro nada significan. Es cierto que quien estime la importancia de la religión en nuestro siglo por las guerras que o por motivo o bajo pretexto de ella se suscitan, encontrará que la religión casi ha desaparecido de entre las naciones europeas; pero si se advierte que la Europa en todos los negocios, por más graves que sean, va apartándose cada día más del empleo de los medios violentos, si se observa que la discusión de la prensa ha substituído a las vías de hecho, y las negociaciones diplomáticas a las guerras de nación a nación, se echará de ver desde luego que la sangre derramada por motivos o pretextos religiosos es malísimo barómetro para apreciar cual conviene la importancia que disfruta la religión; y que si a él debiéramos atenernos, sería menester inferir que ni la industria, ni el comercio, ni el honor de las naciones, ni la libertad de los pueblos, tienen tampoco importancia en Europa, pues que nada de cuanto a estos objetos se refiere vemos que se resuelva por medio de las armas.

En la actualidad, para apreciar debidamente la importancia de un objeto a los ojos de la opinión pública, es necesario atender al lugar que se le concede en las discusiones de la prensa. Prescindiendo de circunstancias excepcionales en que los intereses de un partido, de una facción o de un reducido número de personas dan a ciertas cuestiones una importancia facticia que en sí mismas están lejos de merecer, es la prensa un barómetro bastante seguro para formarse idea aproximada del lugar que en el mundo ocupa un objeto cualquiera, || especialmente si tratamos de obras serias en cuya composición y publicación influyen menos que en las demás las causas y circunstancias de momento. Así, la extensión que en las publicaciones de varios géneros logre este o aquel objeto será, por decirlo así, la medida de la atención que el público le dispensa. Si ateniéndonos a esta regla tan sencilla como fundada en la misma naturaleza de las cosas y en el espíritu del presente siglo, nos proponemos juzgar del ascendiente que sobre los ánimos ejercen las ideas religiosas, hallaremos que el indiferentismo, por grande que sea, no lo es tanto, sin embargo, como algunos indiferentes intentarían hacernos creer. Son innumerables las obras que se dan a luz sobre materias religiosas; y si incluímos en este catálogo las publicaciones periódicas, será difícil que se nos señale otro asunto social, político, administrativo, industrial, científico ni literario

que ocupe por sí solo igual número de páginas al que está reservado a los asuntos religiosos.

Y es necesario advertir que esta consideración adquiere mayor peso si se observa que en el catálogo de las obras que prueban la importancia que todavía disfruta la religión deben contarse no sólo las apologías, sino también las impugnaciones. Esto, que a primera vista parecería quizás una paradoja, es, sin embargo, una verdad incontestable. Cuanto más vivos son los ataques que contra un objeto se dirigen, es más evidente que éste llama mucho la atención, que se le supone vigor y fuerza, y que se conoce más la necesidad de abatirle y destruirle. Lo que es débil no vale la pena de ser atacado, sólo le corresponde el desprecio; a lo || que tiene en sí escasa entidad no se le dispensan los honores de una impugnación detenida y trabajosa, porque los espíritus hallan otras materias en que explayarse con más provecho y gloria, y a que pueden dedicarse con la seguridad o la esperanza de interesar a un crecido número de lectores. Nada de esto sucede con respecto a la religión: no sólo disputan entre sí los que la profesan diferente, sino que los que no creen en ninguna se ocupan aún con notable ahinco en combatir los cimientos de todas y particularmente de la cristiana. En Alemania y en Francia se presenta a la vista este doloroso fenómeno; si bien es verdad que la escuela de Voltaire propiamente dicha ha caído en gran descrédito, no faltan hombres que continúan a su manera la obra de impiedad, con métodos quizás menos repugnantes, pero por lo mismo tal vez más peligrosos.

Queda, pues, asentado que las guerras religiosas subsisten todavía en nuestro siglo, bien que con el carácter que les imprime el sello de la época; antes se peleaba, ahora se discute.

Hasta los mismos gobiernos, en la apariencia tan tocados del indiferentismo, no viven tan olvidados de esta clase de negocios como algunos podrían creer. Echese una ojeada por toda la Europa, y se verá con toda evidencia la exactitud de esta observación. En Inglaterra nadie ignora el lugar preferente que ocupan los asuntos religiosos, aun cuando no sea por otra causa que por la relación que los une con las grandes cuestiones pendientes entre el gobierno de la Gran Bretaña y la desgraciada Irlanda. Pero no se crea que éste sea el único motivo que en Inglaterra da a las cuestiones religiosas || elevada importancia; el gobierno piensa en ellas porque el pueblo no las ha olvidado; porque la nación inglesa adolece más bien de una anarquía de creencias, necesario efecto del protestantismo, que de una verdadera incredulidad.

En Francia, la famosa cuestión sobre la libertad de la

enseñanza, por más que en la superficie pudiera parecer meramente científica y administrativa, es en el fondo religiosa: lo que allí se disputa no es precisamente la mayor o menor extensión de las prerrogativas del gobierno y de los cuerpos científicos que de él dependen; lo que se agita es si el clero ha de apoderarse o no de la principal parte de la enseñanza, si se han de multiplicar o no en crecido número los establecimientos donde predominen las creencias religiosas; es decir, que la contienda está trabada entre los discípulos de Voltaire, más o menos disfrazados, que se empeñan en conservar sus usurpaciones, y los verdaderos católicos, que han acometido la generosa empresa de arrebatárselas, sacudiendo una esclavitud que en este punto se les fuerza a sufrir bajo el mentido nombre de libertad.

Son recientes los ruidosos negocios que manifiestan la importancia que a la religión conceden los gobiernos de Alemania. Dejando aparte los católicos como y también los protestantes de escaso poder, nadie ha debido de olvidar el asunto del arzobispo de Colonia. El sistema de conducta del gobierno prusiano con respecto a los católicos es la mejor prueba de que se temen los progresos de esta religión, y que no se alarman menos fácilmente los ministros reformados de Berlín que los miembros de las iglesias establecidas de Londres y de Edimburgo. ||

Por lo tocante al gobierno ruso, bien sabido es que es tanto el empeño con que prosigue su obra impía de descatolizar a los súbditos del grande imperio, apartándolos de la obediencia del Sumo Pontífice y privándolos en cuanto le es posible de toda comunicación con la cátedra de San Pedro, que hasta ha llegado al extremo de arrojarse a medios muy impropios del espíritu del siglo, desplegando un lujo y refinamiento de persecución religiosa que recuerda aquellos desgraciados tiempos en que el Señor se propusiera purificar su Iglesia como el oro en el crisol.

Inferiremos de esto que el indiferentismo, por grande que sea y por más extendido que se halle, no ha logrado, sin embargo, que se olvide la religión, y que la tienen todavía muy presente los ignorantes y los sabios, los pueblos y los gobiernos. Nos interesa demasiado de cerca para que nos sea dable desterrarla de nuestra memoria; afecta sobrado nuestro estado presente y sobre todo nuestro porvenir, para que alcancen su perverso intento los que se empeñan en extirparla del corazón del individuo y en borrarla de las instituciones de la sociedad. En vano se despierta y avisa el egoísmo; ese egoísmo piensa también a menudo en lo que será mañana de ese ídolo que adora, de ese *yo* a quien todo lo sacrifica; ese egoísmo conoce también la insensatez de estrellarse contra hechos indestructibles, de

arriesgarse a ciegas a un azar que, una vez resuelto, no será posible volver atrás. En vano se habla de valor y se achaca a pusilanimidad el temor de lo que después de la muerte pudiera acontecernos; no hay valor cuando no hay adversario que vencer, sino una calamidad eterna || que sufrir; no hay valor cuando la presencia y serenidad de espíritu se emplean locamente contra un Dios todopoderoso, cuya voz fecunda la nada y hace estremecer las columnas del firmamento. El valor, la fortaleza, el desprendimiento, la abnegación de sí mismo son voces sin sentido cuando carecen de objeto, de esperanza, cuando no reciben impulso ni sostén de ninguno de los resortes que dan movimiento al corazón del hombre. ¡Eternidad!... ¡Qué idea más espantosa! ¡Eternidad desgraciada, y sin gloria, sin fruto, sin esperanza! ¡Cómo queréis que el hombre no palidezca con su solo recuerdo! ¡Cómo queréis que aparte de ella sus ojos azorados, que duerma tranquilo sobre el borde de un abismo, a cuyo fondo va en breve a rodar! Apagad la luz de su razón, privadle de su amor propio, sofocad hasta sus pasiones e instintos, es decir, destruid su naturaleza; entonces y sólo entonces le será posible conformarse con vuestra insensata indiferencia. ||

UN CRISTIANISMO EXTRAÑO *

SUMARIO.—Descripción de una escuela funesta. El modo con que esta escuela explica el origen y progresos de todas las religiones. Su manera de considerar el cristianismo. Infalible señal de cuáles son las intenciones de dicha escuela: *su odio a la Iglesia católica*. Las transformaciones. Impugnación de los errores sobre la pretendida transformación del cristianismo.

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo a fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas y disiparle y anonadarle con radicales transformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores, defensor de la dignidad humana y fundador de un nuevo orden de doctrinas y hechos que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo, y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesión y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenaje al Hombre-Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados a la humanidad por el cristianismo, y [illegible] convendrá en que son indecibles, inmensos, que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos es un tributo de justicia que no podían negarle; hasta, si queréis, se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia católica, refiriéndoos, empero, a determinadas épocas; y ya que no se os escuche con placer, a lo menos se os dispensará el favor de la tolerancia. Proseguid ponderando los destinos del cristianismo en los siglos venideros, y de la influencia que le está reservada en la suerte de la humanidad: tampoco se rechazarán vuestras esperanzas, antes las veréis acogidas con ardor, y oiréis saludados los nuevos

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 5 de *La Sociedad*, fechado el día 1.º de mayo de 1843, vol. I, p. 220. Después de la muerte de Balmes fué reimpreso varias veces en la colección de la revista. Nuestro texto es el de la primera edición. El sumario lo tomamos del índice del vol. I de la revista.]

tiempos con fervientes cánticos de alborozadas albricias. Vendrá un día, un afortunado día, en que reinarán, señoras en el mundo, la fraternidad y la caridad predicadas por el Hijo del hombre, ese bello pensamiento importado en el mundo por Jesucristo, inoculado por los apóstoles a la sociedad, propagado y arraigado con los sublimes ejemplos de los primeros cristianos, y esterilizado después, notadlo bien, esterilizado después por la superstición y el fanatismo, y explotado en provecho de la ambición, de la corrupción y de la holgazanería. ¿Comprendéis toda la fuerza de estas palabras? ¿Sabéis lo que con ellas indican esos filósofos que a su manera se pretenden cristianos? Helo aquí.

Según esa escuela, la humanidad progresa siempre marchando sin desviarse hacia la perfección, que allá en lontananza está envuelta en misteriosos destinos, destinos ignorados de todo el mundo, excepto de algunos genios privilegiados a quienes concediera el cielo, en momentos de sublime inspiración, asistir al inefable espectáculo || que ha de ofrecer la humanidad, llegado el venturoso siglo en que pluguiere a la Providencia trocar en encantado paraíso esa tierra de infortunio y de miseria. ¿No alcanzáis todavía qué parte pueda caber al cristianismo en el simbólico sistema, y no atináis qué lugar le está reservado allá cuando se descifre el misterioso enigma del porvenir de la humanidad? Escuchad y aprended.

El linaje humano, que se dirige a su destino por senderos incomprensibles, posee un cierto caudal de civilización que se transmiten fielmente unas a otras las generaciones que pasan y desaparecen. Esa civilización, ese precioso depósito encierra una idea que lo anima y vivifica, cual es la perfectibilidad, el progreso indefinido, el presentimiento de sus destinos. Si no concebís esas fatídicas palabras dignas de los antiguos oráculos, contentaos con haberlas oído, con haber visto al filósofo semejante a la antigua sibila que, con el cabello desordenado y los ojos desencajados, os clamaba, señalando azorada las sombras del pavoroso santuario: «Dios, he aquí el Dios.» *Deus, ecce Deus.*

Antes de la venida de Jesucristo se agitaba el humano linaje en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiase lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. ¡Cosa singular! ¡Extraordinaria coincidencia! Moisés y Homero, Salomón y Sócrates, todos se afanaban en pos del indicado pensamiento, rebullía en sus cabezas como un mal formado embrión; tenía ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente, porque el género humano no se lo consentía. Las ideas eran tan || groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivían en tanto aislamiento, era tal la

imperfección de las diferentes organizaciones sociales, tan extrañas e injustas las condiciones del poder público, tan mal reconocidas y deslindadas las atribuciones del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilización, que, lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada, verificándose lo de las preciosas perlas arrojadas a los pies de animales inmundos.

La antigua filosofía, a pesar de sus errores, de sus extravagancias, de sus absurdos y, lo que es todavía más doloroso, de sus infames doctrinas repugnantes a la sana moral, trabajaba, si hemos de creer a la indicada escuela, en la promoción y fomento de los grandes intereses de la humanidad, en la vindicación de los derechos del hombre, preparando así la era venturosa en que la verdad oculta entre las sombras, sólo conocida en tenebrosos conciliábulos, y presentada al pueblo con indescifrables enigmas, podría salir a la luz del sol, apellidarse con su propio nombre y pasear triunfante por la faz de la tierra.

Necesitábase, empero, para la grande obra un hombre extraordinario, que concibiese con viveza y fuerza la idea, que la formulase, que se mostrase él propio como una personificación de la misma, y que antes de descender al sepulcro acertase a cubrirla con misterioso velo que dejando entrever su hermoso resplandor la salvase de la profanación de manos impuras. He aquí el mote del enigma, he aquí el secreto de esa funesta escuela. Según ella, la religión no es más que la filosofía, Jesucristo || no es más que un hombre, los dogmas por El establecidos no son más que mudables formas en que se envuelve la verdad, hasta el día en que, habiendo progresado bastante el humano linaje, sea capaz de contemplarla cara a cara como la vista del águila los rayos del sol.

Desde el momento que en medio del cristianismo se levanta una autoridad, esa autoridad evidentemente instituída por el divino Fundador, se comete la mayor de las usurpaciones; las herejías que en diferentes sentidos y bajo distintos nombres surgen y se rebelan contra las pretensiones de la Iglesia son una protesta de la razón contra la fe, de la filosofía contra la religión, de la legitimidad contra la usurpación, de la libertad contra el despotismo. Cuando al cabo de quince siglos alza su voz un fraile apóstata en el corazón de Alemania, y con labio profanado con escandaloso sacrilegio se llama apóstol del Señor, enviado para convertir a las gentes, para destruir a la *prostituta de Babilonia*, para echar por el suelo una autoridad reconocida durante quince siglos, ese apóstata, ese seductor, es a los ojos de la funesta escuela un grande hombre, a pesar de todos

sus vergonzosos extravíos. Los arrebatos de su cólera no son más que el noble acento de una indignación justa, generosa y santa; sus esfuerzos para derrocar el poder temporal y espiritual del Romano Pontífice corresponden a los vivos y ansiosos deseos que abriga la Europa entera; la adulteración de los dogmas, la destrucción de toda disciplina, la relajación de costumbres predicada en sus palabras y en sus ejemplos, el vértigo fatal que introduce en Europa en todo lo perteneciente a las más || elevadas cuestiones religiosas, sociales y políticas, todo se ensalza con los mayores encomios, todo se pondera como un inmenso beneficio dispensado a la humanidad.

¿Qué importan los dogmas, qué la disciplina, qué la jerarquía? Esto eran formas gastadas en que se hallaba envuelta la idea antigua, primitiva, que servir pudieran quizás allá en otros tiempos, pero que a la sazón era indispensable rasgar con mano osada, dejando que se entretuvieran con los despreciables fragmentos el fanatismo y la ignorancia. Pasan dos siglos, los funestos principios se desenvuelven, se llevan hasta el extremo sus fatales consecuencias, la impiedad se erige en dogma, y, arrojada la hipócrita máscara con que se cubriera, niega abiertamente la divinidad de la religión cristiana, declara absurdas sus augustas doctrinas, ridiculiza sus venerables prácticas y se esfuerza en hacer objeto de befa y escarnio la santidad del sacerdocio. Nada importa todo esto a los ojos de la escuela que nos está ocupando; la filosofía del siglo XVIII con sus errores, con sus blasfemias, con su olvido de la historia, con su odio a todo lo antiguo, con su encarnizamiento contra lo existente, bañada de la sangre que hiciera verter a torrentes en todos los puntos de Europa, goteando todavía sus manos la inocente que derramara con sus puñales y sus cadalsos, esa filosofía que se presentara como reparadora de todos los males de la humanidad, mientras se hallaba reducida a la modesta mansión de un gabinete, que se convirtió en feroz Medea tan pronto como pudo escalar la cumbre del mando, esa filosofía es también un inmenso beneficio dispensado a la sociedad y al individuo. Ella quebrantó las cadenas que aprisionaban el humano pensamiento, || ella derribó las barreras que separaban unas clases de otras clases, que defendían la usurpación de las poderosas, que servían para la opresión de los pobres, que monopolizaban en manos de pocos el fruto del trabajo de todos, que explotaban en beneficio de los goces del fuerte los sudores y las penalidades del débil. Los mayores extravíos, los más grandes excesos, los más horrendos crímenes, todo se excusa, todo se disculpa con inconcebible indulgencia en obsequio de la utilidad y grandor de los resultados. Si los filósofos del

siglo XVIII desconocieron no sólo la verdad, sino el mérito mismo del cristianismo; si negaron que hubiese acarreado ningún género de beneficios a la sociedad, a la familia, al individuo; si le calumniaron de la manera más atroz; si le convirtieron en objeto de mofa con la más indecente impudencia, esto no quita que la escuela filosófico-cristiana los reconozca como sus ilustres progenitores, que les tribute rendidos homenajes, que les obsequie con aquellas muestras de reverencia, de respeto y gratitud con que los buenos hijos honran a sus padres.

Hemos trazado con rápidas plumadas los rasgos característicos de esa engañosa y funesta escuela, de esa escuela que se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las herejías, de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el cristianismo por espacio de dieciocho siglos. ¿Queréis conocerla a fondo? ¿Queréis una evidente señal de cuáles son sus intenciones? ¿Queréis saber el blanco de sus tiros? Esa misma escuela que todo lo excusa, todo lo tolera, || sólo en un punto se muestra intolerante, en lo relativo a la Iglesia católica. A esta Iglesia no se le conceden treguas ni descanso; fortuna si se le otorga que, a pesar de su superstición, su fanatismo, su corrupción, produjo quizás algunos bienes allá en los siglos bárbaros; pero, en llegando a los modernos, en tratando del actual, en hablando del venidero, no mentéis ni catolicismo ni Iglesia católica tales como los entienden los verdaderos fieles; son nombres gastados que nada expresan, nada significan, si no es algo de repugnante a la causa de la civilización, a los intereses de la humanidad. El cristianismo, el único cristianismo que podrá servir para labrar el siglo de oro a que se encamina el humano linaje, es ese cristianismo indefinible, fluctuante, aéreo, del modo que le han dejado el examen protestante y el análisis filosófico; ese cristianismo, esa religión inconcebible que carece de dogma, es decir, de doctrinas, que no admite formas exteriores, es decir, que no consiente culto, que no necesita ministros que enseñen y practiquen, dado que ella abdica toda enseñanza y no prescribe ninguna práctica.

Ocúltase bajo ese indigesto fárrago, bajo ese tejido de absurdos e incoherencias, la más profunda hipocresía: es la impiedad, el indiferentismo, que, llevados de un sentimiento egoísta, encubren con mentidos velos sus asquerosas formas, y procuran seducir con vanas palabras a los pueblos incautos. Las creencias cristianas están todavía en el corazón de las naciones europeas y de cuantas han participado de su espléndida civilización; hasta los pueblos arrastrados por el cisma y la herejía, y arrojados después en un piéla-

go de errores, de dudas || e incertidumbre, conservan en el fondo de su alma el sentimiento cristiano, echan menos la verdad que perdieran en aciago día, y con la Biblia en la mano recorren afanosos y sedientos aquellas páginas divinas, ininteligibles a sus ojos velados con las tinieblas del error. Eso lo ha comprendido la escuela que estamos combatiendo, y ha dicho para sí: «No hostilicemos cara a cara el cristianismo, manifestémonos sus ardientes defensores, no desaprovechemos la dura experiencia que nos ofrece la filosofía del pasado siglo, que por su frenesí anticristiano, manifestado de una manera prematura e imprudente, si bien logró deslumbrar por algunos momentos, se atrajo y se está atrayendo cada día más la execración universal; digamos que en el fondo del cristianismo hay verdad, distingamos entre ella y las formas que la cubren, afectemos tanto respeto por aquélla como desprecio manifestamos por éstas, inculquemos la necesidad de mudarlas según las circunstancias y los tiempos, hablemos sin cesar de símbolos, de emblemas, de enigmas, de transformaciones, hagamos que en todo intervengan los arcanos del porvenir; así, confundido y mezclado en inextricable laberinto lo pasado, lo presente y lo futuro, engañaremos a nuestro sabor a los pueblos; y cuando esperen el nuevo cristianismo que, cual otro fénix, ha de renacer de las cenizas de la pira que nosotros le levantamos, se hallarán bastante preparados para recibir sin rodeo, sin disfraz, nuestra enseñanza, que consiste en absoluta abdicación de todo linaje de creencias, en completo escepticismo sobre el origen y los destinos del hombre, en un culto de los intereses materiales, en la divinización del goce, en el entronizamiento || del principio de utilidad privada; más breve, en la ruina de toda religión y de toda moral.»

No es menester mucha penetración para conocer lo que se abriga bajo el transparente velo, y descubierta la falsedad hipócrita deja de ser tan peligrosa para los que aman de veras la sinceridad. Una vez desenmascarada la escuela a que nos referimos queda evidente su error y su mala fe, y, por consiguiente, está juzgada en el tribunal de la sana filosofía. Sin embargo, y a pesar de que estas consideraciones podrían dispensarnos de impugnarla, lo haremos a continuación atacando sus dos ideas capitales: primera, la transformación sucesiva que, según ella, ha experimentado el cristianismo; segunda, la necesidad de que el catolicismo desaparezca por motivo de su supuesta impotencia de satisfacer las necesidades de la generación presente y de las venideras.

Para transformarse una cosa es menester que exista. Los aristotélicos, admitiendo las formas substanciales, suponían

una materia prima que las perdía o adquiría, experimentando de esta suerte las correspondientes mudanzas. Si, pues, hay en el cristianismo algo que dura al través de los siglos, pero que se transforma, es decir, que muda de formas, les preguntaremos a los pretendidos filósofos, exigiéndoles que nos respondan categóricamente a la pregunta: ¿En qué consiste eso que permanece y sufre la mudanza de las formas? ¿Qué se entiende por estas formas? Consecuentes a sus principios, que están en oposición con los dogmas admitidos por la Iglesia católica, nos dirán que esos mismos dogmas no son más que puras formas, que lo son ahora || como lo fueron siempre, y que las pretendidas tradiciones no fueron más que la transmisión de los enigmáticos emblemas con que se disfrazara la verdad. Entonces nos han de confesar que los cristianos de todos los tiempos que no miraron esos dogmas como formas enigmáticas, sino como positivas expresiones de la realidad, fueron o engañados o engañadores. Si lo primero, los cristianos no conocieron jamás el cristianismo; si lo segundo, fueron una turba de miserables impostores a quienes en mala hora dispensáis no merecidos encomios. Léanse todos los documentos modernos y antiguos donde se declara la fe de los cristianos, consúltense los anales de aquellas épocas que tan afectadamente se califican de posesoras de la verdad primitiva; a cada paso se conocerá, se palpará que los hombres que hablan, que escriben sobre los dogmas, que las generaciones que los profesan, los héroes que por ellos sufren y mueren, todos a una entienden que esos dogmas expresan la verdad, todos miran como horrendo pecado la negación o la duda, todos se estremecerán al oír que sus creencias versan sobre cosas sujetas a reformas y mudanzas.

Además, ¿qué son los dogmas de una religión? Son sus doctrinas; la que los tiene falsos tiene su enseñanza falsa; y tanto dista de merecer el nombre de religión, que con dificultad podrá vindicar el de escuela. Al menos una escuela se apoya en raciocinios, no finge revelaciones, apellídase hija del entendimiento, no del cielo; si yerra, se equivoca y no engaña; pero una religión falsa es un tejido no sólo de errores, sino de imposturas; es un insulto dirigido a un tiempo contra Dios y || los hombres, pues que a éstos los engaña abusando sacrílegamente del nombre de la eterna verdad. Ni vale para excusar esa impostura el decir que allí hay alegoría, y que ésta significa, mas no engaña. ¿Qué será una alegoría que nadie entiende, de la cual nadie sospecha que no sea la sencilla exposición de la realidad de las cosas? ¿Podrá merecer el título de tal la alegoría que no comprenden ni los ignorantes ni los sabios, ni los enseñados ni los que comunican la enseñanza? Si versara sobre obje-

tos de escasa importancia, si el error de maestros y discípulos se limitase a proposiciones de poca entidad, de ninguna consecuencia, entonces sería menos absurda la suposición que estamos impugnando; pero se trata nada menos que del mismo Dios, de los augustos misterios que, en cuanto al mísero mortal le es dado entender, explican la divina Naturaleza, las Personas, las relaciones de éstas entre sí; se trata nada menos que del hombre, de su naturaleza, de su origen, de su destino, de sus relaciones con Dios, de los medios que le han sido concedidos para alcanzar su fin; se trata de saber si existe una prevaricación primitiva, si de ella ha participado todo el humano linaje, si, en efecto, sufrimos o no la pena de un primer pecado, si hay o no una degeneración del estado en que Dios nos criara, si la redención es una verdad, si el Hijo de Dios se dignó descender por nosotros a la tierra para lavar nuestras manchas, rescatarnos con su sangre y abrirnos las puertas del Paraíso; se trata de saber si existen algunos conductos por los cuales se nos comuniquen los tesoros de la gracia de la redención; en una palabra, en los dogmas se encierra lo más grande y más importante que el hombre || puede imaginar, lo que más de cerca le interesa, lo que está íntimamente enlazado con su suerte, aquello de que ésta depende, aquello que no nos es dado ignorar, sin ignorar al propio tiempo lo que somos, de dónde venimos, adónde vamos. Si en esto caben alegorías, si cuanto se propone en las creencias que a tales puntos se refieren puede calificarse de emblemático y simbólico, si nos es dado sospechar que aquí no se encierran más que sublimes mentiras para indicarnos una verdad terrena, que el mundo hasta ahora no conoce y que sólo columbran ciertos filósofos, dígase que por espacio de dieciocho siglos una considerable porción de la humanidad ha sido víctima del más grosero engaño, añádase que todavía lo es; y no se dispensen hipócritas elogios al cristianismo, que en tal caso no fuera más que un conjunto de extravagancias sin objeto, de palabras sin sentido, de enigmas indescifrables, estériles, completamente estériles para producir el triunfo de la verdad. Al error no se añada el amaño, a la falsedad la astucia seductora. Si no creéis en el cristianismo, si os empeñáis en combatirle continuando la impía tarea de la escuela de Voltaire, no digáis por lo menos que os proponéis explicar lo que tan abiertamente negáis, que intentáis perfeccionar lo que deseáis destruir. Entonces si conquistáis alumnos, sabrán al menos a qué atenerse, y desde el momento en que abracen vuestras doctrinas no podrán ignorar que abandonan su fe.

«La moral cristiana, dirán esos filósofos, es lo único que se encuentra verdadero en las doctrinas de la religión; esa

moral pura, santa, sublime es lo único que conviene salvar; no debe a la humanidad pesarle de haber || vivido en piadosos errores, si con éstos ha podido adquirir tan inestimable tesoro. Esa moral se aviene con todas las creencias, con todas las organizaciones sociales, con todas las formas políticas; es elevada, ilustrada, tolerante, grande como el mundo, digna de señorearle, digna de reinar sobre el individuo, sobre la familia, sobre la sociedad, digna de presidir a la resolución de los actuales problemas y de marchar al frente de las generaciones venideras, conduciéndolas al destino que les señalara la Providencia.» Oyense a cada paso estos encomios tributados a la moral cristiana, hasta por los más declarados enemigos del cristianismo; pero ¿son sinceras esas alabanzas? ¿Salen del fondo del corazón? ¿No podrían a veces envolver un amaño, procurando adormecer con lisonjas la víctima que se intenta sacrificar? ¿Es verdad que vuestro entusiasmo por la moral del Evangelio sea tanto como afectáis? Si es así, ¿cómo no andan más conformes con ella vuestras doctrinas? Vosotros divinizáis la materia, el Evangelio la anonada; vosotros predicáis incesantemente el goce, el Evangelio el sufrimiento y la abstinencia; vosotros excusáis todos los extravíos del corazón, el Evangelio ordena circuncidarle con mano severa; vosotros ensalzáis y excitáis el orgullo, el Evangelio prescribe la humildad; vosotros inculcáis como base de la moral el amor propio, el egoísmo, el principio de la utilidad privada, el Evangelio prescribe la abnegación, el desasimiento de los intereses terrenos, el amor de Dios, el del prójimo, el sacrificio por el bien de sus semejantes; vosotros ridiculizáis, o al menos tacháis de extremado rigor, la virtud sublime que nos hace vivir la vida de ángel, el Evangelio la aconseja como una || de las ofrendas más agradables al Señor, como el incienso más puro que alzarse pueda del humano corazón hacia las gradas del trono del Eterno.

¿Qué hay de semejante entre vuestra moral y la del Evangelio? La de éste formaba anacoretas, la vuestra forma sibaritas; la de éste corrigió las costumbres del mundo pagano, la vuestra corrompe las del mundo actual; la de éste desterró el egoísmo para entronizar la caridad, la vuestra, protestando una fraternidad estéril, produce en los hombres un horrible aislamiento, levantando en los corazones el mezquino ídolo del interés propio; la de éste organizó la familia, santificó el matrimonio, la vuestra desordena la familia y relaja o quebranta el lazo conyugal; dondequiera que ha prevalecido la moral evangélica se ha verificado un cambio prodigioso, desterrándose la corrupción de entre los fieles; donde se ha introducido vuestra filosofía han degenerado las costumbres de una manera lastimosa,

distinguiéndose en la perversidad a proporción de lo difundidas que estaban vuestras doctrinas. Ved, contemplad vuestra obra; no os señalaremos un punto obscuro donde alegar pudierais que no ha penetrado en toda su plenitud el caudal de vuestras luces; no os indicaremos un pueblo bárbaro del que os sea dado decir que en su torpe grosería no comprende el sentido de vuestra enseñanza; queremos que fijéis vuestras miradas sobre la ciudad rica, populosa y floreciente, emporio de las artes y de las ciencias, orgullo de una gran nación, capital del mundo civilizado. Hace poco menos de un siglo que vuestra filosofía reina allí con ilimitado imperio, allí vivieron y murieron, allí viven todavía vuestros grandes hombres, || allí ha resonado y resuena todavía vuestra voz con más elocuencia, con más seductor acento que en ningún punto del globo; allí habéis hecho en grande vuestros ensayos, allí lo que no alcanzarais con la persuasión lo conseguisteis con la fuerza de las armas, allí vinieron las guillotinas en apoyo de los argumentos y el estruendo del cañón en sostén del clamoreo de vuestra prensa, allí triunfasteis, y, sin embargo, dolor causa decirlo, ¿qué habéis hecho de aquella sociedad? ¿En qué habéis convertido aquel gran pueblo? ¿Queréis que levantemos el velo que encubre la ignominia de vuestra obra? No, no lo haremos; contentarémonos con recordar un hecho que no podréis contestarnos, que es público, que depone del modo más concluyente contra vuestros sistemas: en París la tercera parte de los niños que nacen no son de legítimo matrimonio.

Id ahora y predicad la excelencia de vuestra moral, decid, si os place, que está conforme con la del Evangelio. ¿Creéis por ventura que las máximas de la moral se formulan en bandos de policía? ¿Que la saludable vigilancia sobre las costumbres se ejerce bastante con los tribunales de corrección? ¿Creéis que la civilización es la cultura, que la perfección de las leyes es el adelanto de las artes, que la sensatez y el buen juicio son lo mismo que el progreso de las ciencias, que la pureza de la conducta consiste en la finura de los modales? ¿Creéis que desaparece la corrupción por sólo cubrirla con velos resplandecientes?

No es esto lo que dicta la razón, no es esto lo que enseña la religión cristiana; una y otra nos dicen en alta voz que para reformar el corazón del hombre y conservar || en él las mejoras no bastan reglamentos, no bastan libros, no bastan declamaciones, sino que son necesarios medios vivos y eficaces que penetren en lo interior, que ejerzan directamente su influencia sobre el entendimiento y la voluntad, que enflaquezcan el ascendiente de las pasiones, que quebranten su ímpetu y abatan su vuelo. Para conseguir esos efectos son indispensables motivos superiores a los que se

encuentran en la esfera terrena, son insuficientes los que se fundan en combinaciones del interés privado, pues desde el momento que éste se entroniza se concede a las pasiones rienda suelta. La razón y la religión están acordes en que la sana moral y la práctica de la virtud no se oponen al interés propio bien entendido, pero sostienen al mismo tiempo que el ejercicio de la virtud demanda, exige una y mil veces el sacrificio del placer de momento, de la utilidad presente, y tal vez de la utilidad de toda la vida; sostienen que la moral para ser firme, sólida, duradera, a la prueba de los ataques de las pasiones y de la inconstancia de la humana flaqueza, debe arrancar del cielo y dirigirse al cielo; debe fijar sus miradas más allá del sepulcro, debe salir del tiempo y extenderse a la eternidad; no debe limitarse a la estrecha esfera de la criatura, sino levantarse hasta las regiones infinitas donde mora el Criador. Ved si es ésta la enseñanza de vuestros libros, si algo tiene de semejante la tendencia de vuestras doctrinas; descended al examen de vuestros principios, pesad sus consecuencias, dad una mirada a las aplicaciones que de ellas hacéis; jamás habláis sino de la tierra, jamás habláis de los destinos del hombre sino ciñéndoos a esa vivienda pasajera, habláis || siempre del género humano, nunca del Dios que lo crió y que lo llama a sí; y cuando una que otra vez mentáis el nombre del Ser Supremo, si una que otra vez pronunciáis o escribís Providencia, bien se conoce que tributáis un estéril homenaje a una divinidad que no ve ni oye, que se pasea por las alturas del cielo sin considerar las cosas de la tierra. Si una que otra vez recordáis los destinos del hombre más allá del sepulcro y la inmortalidad que nos espera en regiones desconocidas, lo hacéis de paso, sólo para hermosear vuestras páginas, para dar realce a vuestra palabra, porque no ignoráis que la tumba, la inmortalidad, la eternidad encierran una sublime poesía y esmaltan y realzan cuanto tocan.

La filosofía anticristiana divaga perdida por las vanas regiones de la duda y del escepticismo, abrazada con mentidas sombras, brillantes de lejos, negras y repugnantes de cerca; desásese a cada instante de los brazos de una para correr en pos de otra que la deslumbra y a su turno la engaña. Varía sin cesar, continuamente se transforma, y por lo mismo pretende que todo se transforme y varíe como ella; por esto, no conociendo su propia flaqueza, su impotencia para alcanzar la verdad, se levanta desvanecida y orgullosa, se erige en juez de todas las religiones, las prescribe el camino que deben seguir, les indica los escollos que deben evitar, pesa los grados que les quedan de fuerza y de vida, pronostica magistralmente el término de su duración, decide que ésta ha muerto ya, que aquélla está en

agonía, que la una ha menester cierta transformación, que la otra es del todo inútil, que es necesario arrumbarla para que no entorpezca la rápida marcha de los pueblos. Nada hay || nuevo debajo del sol, ha dicho con profunda sabiduría el Sagrado Texto; y no es nueva tampoco esa loca vanidad, ese insoportable orgullo del espíritu humano. También en otro tiempo condenó el cristianismo como absurdo, como criminal, como contrario a las leyes del imperio, como incompatible con el orden público y la existencia de la sociedad, como religión despreciable, envilecedora, propia únicamente de miserables y esclavos; y, sin embargo, el cristianismo vió disipar a su presencia las escuelas filosóficas como ligera niebla tocada de los rayos del sol; y se arraigó, y se propagó, y se apoderó del solio de los Césares, y resplandeció en el lábaro de los señores del mundo, y sojuzgó y civilizó a los bárbaros, y triunfó de los árabes, y creó la Europa moderna. También en otro tiempo el mismo orgullo con la Biblia en la mano pretendía marcar la caída de la Ciudad Eterna, el fin de la cátedra de San Pedro, con la misma precisión y exactitud con que señalan los astrónomos el momento de un eclipse; y, no obstante, esa cátedra permanece y vive, acatada por numerosos pueblos, y la palabra del divino Salvador no se encuentra fallida. También en el siglo anterior, en la época de la pujanza filosófica del hombre de Ferney, se pronosticaba con tono de seguridad y de certeza que estaba por sonar la hora extrema para la *superstición* y el *fanatismo:* sonó, sí, una hora terrible, pero no fué más que la hora de persecución, semejante a la que saliera de la urna del Eterno en los tiempos de los Nerones, de los Decios, de los Dioclecianos. Sonó la hora en que Dios quiso probar a la Iglesia como el oro en el crisol, para presentarla más resplandeciente a los ojos de las naciones || y sacarla victoriosa y triunfante de las manos de sus enemigos: cubierta de tanta mayor gloria e inspirando interés tanto más vivo cuanto eran más anchas y profundas las cicatrices recibidas en el terrible combate. ||

S O L U C I O N

DE LA DIFICULTAD QUE SE OBJETA AL CATOLICISMO SOBRE LA DOCTRINA QUE NO CONCEDE SALVACION SINO A LOS QUE PROFESAN LA RELIGION VERDADERA*

SUMARIO.—Planteamiento de la dificultad. Dos clases de ignorancia: la vencible y la invencible. El infiel que ignora la religión cristiana con ignorancia invencible no será castigado de Dios por no haberla abrazado. Caso de los que no han llegado al uso de la razón. Caso de los que han llegado a dicho estado. Puntos de doctrina como resumen.

Combatido ya en los números anteriores el escepticismo religioso, y deshecha la dificultad que se objeta a la religión verdadera fundándose en la pretendida imposibilidad de que Dios permita la existencia de tantas otras, vamos ahora a examinar la fuerza de otro argumento que es el Aquiles de todos los incrédulos y escépticos. Sin fe, decimos los católicos, no hay salvación; en no perteneciendo a la Iglesia, nadie puede entrar en el reino de los cielos. Contra estas verdades levantan nuestros adversarios un sentido grito de reprobación, achacándonos que presentamos a Dios como un || tirano que erige la ignorancia en crimen, y que se complace en castigar la inocencia con eternos tormentos. En verdad que, si semejante cargo no careciese de fundamento, bastaría él solo para derribar y anonadar nuestra religión convenciéndola de falsa, dado que no sería posible que fuese verdadera la que adorase un Dios cruel e injusto. La bondad y la justicia son atributos tan esenciales a la divinidad, van de tal modo embebidos en la idea que de ella nos tenemos formada, que quien intente separarlos destruye la idea misma de Dios. Hasta los discípulos de Manes, admitiendo dos principios, uno bueno, otro malo, han tribu-

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 5 de *La Sociedad*, fechado el día 1.º de mayo de 1843, vol. I, p. 233. Después de la muerte de Balmes ha sido reimpreso varias veces en la colección de la revista. Reproducimos el texto de la primera edición. El sumario es nuestro. Balmes volvió a tocar este asunto en las *Cartas a un escéptico*, carta 16, vol. X.]

tado en cierto modo un homenaje a la verdad arriba indicada, cuando al parecer la contrariaban con su errónea doctrina. Admiten un principio causa de todo mal; pero ¿sabéis por qué? Porque no conciben cómo el principio bueno, es decir, Dios, puede causar el mal, sea del género que fuere; porque confunden y adulteran las antiguas tradiciones del ángel caído, obstinado en su perversidad, en hacer daño por todos los medios posibles, en oposición, en insensata lucha con un Dios de infinita bondad e inefable amor. Así, cuando los incrédulos llegasen a probarnos que nuestro Dios es injusto y cruel, quedaríamos convictos de no tener ninguno; la religión católica sería falsa por absurda; y, como las demás religiones que tributan homenaje a dioses imposibles, sería imposible también por ser atea.

Veamos, pues, en qué estriba el cargo con que se intenta abrumarnos, examinándolo por partes y sujetándolo a riguroso análisis.

En primer lugar, se nos dice que Dios no puede castigar || al inocente, que muchos hombres se encuentran en imposibilidad de conocer la verdad católica, y que, por tanto, no deben ser condenados por esta falta de conocimiento. Esa dificultad que tan fuerte parece a primera vista es, sin embargo, de ningún valor; pues que toda ella estriba en un falso supuesto, atribuyendo a los católicos una doctrina que no profesan y que, antes al contrario, les está prohibido el profesarla. En efecto, no sólo reconocen los católicos que sería injusto condenar a un inocente, sino que además tienen por cierto que la infidelidad puramente negativa no es pecado; esto es, que aquellos que carecen de fe porque no tienen conocimiento de la verdadera religión no son por esta falta culpables a los ojos de Dios. Echase de ver que con esta sola observación viene al suelo toda la dificultad que se nos objeta; se nos dice que Dios es justo, que no puede condenar al inocente, y nosotros convenimos que fuera una blasfemia afirmar lo contrario; se nos opone que quien ignora invenciblemente la religión no puede ser castigado por esta ignorancia, y nosotros estamos de acuerdo en esta verdad y condenamos a los que se atreven a decir que la infidelidad negativa es un pecado. Se nos calumnia, pues, achacándonos errores que somos los primeros en reprobar.

Para mayor inteligencia de lo arriba dicho conviene distinguir la ignorancia de una cosa en vencible e invencible, nombres por los cuales se expresa lo que ellos ya de suyo están indicando, a saber: la ignorancia vencible es aquella que el hombre puede desterrar de su entendimiento empleando la correspondiente diligencia, y la invencible es aquella que no está en mano del hombre || el evitarla.

Cuando se falta al cumplimiento de un deber ignorado con ignorancia vencible, ésta no excusa de la culpa; de otra suerte fuera muy fácil eludir todas las obligaciones, privándose con plena voluntad del conocimiento de ellas. Este es un principio fundado en el derecho natural y reconocido por todas las leyes divinas y humanas: en ningún tiempo, en ningún país, en ninguna sociedad se ha creído nunca que la ignorancia voluntaria de un deber eximiese de su cumplimiento, ni excusase de la culpa al transgresor.

Al contrario, cuando la transgresión es de un precepto que involuntaria e invenciblemente se ignora, no es ni puede ser culpable a los ojos de Dios. La razón de esto es muy sencilla: el pecado, según enseña San Agustín, *ha de ser voluntario, de suerte que si no es voluntario ya no es pecado;* y esta voluntad no existe, ni aun puede concebirse, donde hay absoluta falta de conocimiento, donde la adquisición de éste no estuvo en la facultad del transgresor, donde, por consiguiente, no hay ningún acto ni omisión en que pueda suponerse contenida la voluntad expresa o tácitamente, ni, como suele decirse en términos teológicos, formal o virtualmente.

Aplicando esta doctrina a la cuestión que nos ocupa, diremos que es enteramente cierto que el infiel que ignora la religión cristiana con ignorancia invencible no será castigado de Dios por no haberla abrazado. Con esta aserción se desvanece en primer lugar la dificultad que con tal aire de triunfo proponen los incrédulos. No, el Dios de los cristianos no castiga al inocente. Nosotros creemos que nuestra religión es la única verdadera, creemos que sólo en ella hay salvación; pero como al mismo || tiempo nuestra fe nos enseña que Dios es infinitamente justo, miramos como horrenda blasfemia el decir que pueda imponer penas al que no es culpable, aun cuando se trate del caso en que no se profese la verdadera religión.

«Pero entonces, se nos dirá, ¿qué destino señaláis a tantos desgraciados que, por no profesar la religión verdadera, no pueden, según vosotros mismos, entrar en el reino de los cielos?» Esta es una nueva fase que presenta la objeción; la juzgamos de tan alta importancia que nos esforzaremos en presentar las ideas con la mayor claridad y precisión que alcanzar pudiéremos. En primer lugar, nos dice expresamente el Sagrado Texto que no se ha dado a los hombres otro nombre en que puedan salvarse sino el de Jesucristo, de lo que se infiere que no es posible entrar en el reino de los cielos sino por la fe en el Mediador, y que, por tanto, todos los que de ella carecen no tendrán parte en la heredad celestial. Asentada esta verdad, de la que a ningún católico es lícito dudar, pasemos ahora al examen de lo que sucede

a los que se hallan fuera del redil de la Iglesia. Para mayor claridad los distinguiremos en dos grandes clases: 1.ª, los que no han llegado al uso de la razón, desarrollada lo bastante para hacerlos capaces de la deliberación y consentimiento necesarios para cometer pecado grave, es decir, digno de eterna condenación; 2.ª, los que llegan a dicho estado. Por lo que toca a los primeros, decimos que no se condenarán por no haber profesado la fe; se hallarán en el mismo caso de los niños que fallecen sin bautismo, los cuales, si bien no disfrutan de la gloria del cielo, tampoco sufren las || penas del infierno. Cuál es el estado de estas almas en la otra vida, cuál será la suerte de esa inmensa muchedumbre después de la resurrección de los cuerpos, dónde vivirán, cómo correrá su existencia, esto Dios no lo ha revelado; espesas sombras encubren tales misterios sólo conocidos del Altísimo; por ellos nada puede objetarse contra la fe católica, pues que la fe nada nos dice sobre los mismos, manteniéndose en una prudente reserva. Establece, sí, que no gozarán de la visión beatífica, esto es, que no verán a Dios cara a cara, que no gozarán de aquella inefable dicha de conocer intuitivamente la esencia divina; pero como este conocimiento, esta visión, son de todo punto sobrenaturales al hombre, perteneciendo a un orden a que sólo podemos elevarnos porque el Señor se ha dignado otorgárnoslo con inestimable dignación, se sigue que el hombre que no alcance tanto beneficio por hallarse falto de las condiciones señaladas por Dios como indispensables, nada puede objetar a la justicia divina; porque no es injusto quien deja de satisfacer lo que no debe; no cabe tampoco la queja de que haya mediado acepción de personas, pues que ésta supone que se hallan algunas injustamente postergadas y atendidas otras por sola la consideración a títulos ilegítimos o inconducentes; tampoco el hombre tiene derecho a lamentarse de que se le haya aplicado una pena sin haberla merecido, porque, dejando aparte el castigo general que sufre el linaje humano por la prevaricación del primer padre, de la que son aplicaciones y consecuencias estos daños, no hay aquí una pena especial impuesta por actos personales; hay el cumplimiento de una condición que el Eterno ha tenido a bien establecer y || de la cual nadie será bastante temerario para pedirle cuenta.

Infiérese de lo dicho últimamente que una inmensa muchedumbre de individuos que mueren sin haber profesado la religión católica no quedan condenados a las penas del infierno. Echase de ver que se comprenden en este número no sólo todos los niños que fallecen entre los cristianos antes de haber recibido el bautismo, sino también los del universo entero.

Además, surge aquí otra cuestión importante que, según se resuelva con más o menos latitud, puede ofrecer pábulo a reflexiones muy consoladoras. Pueblos hay, en muchas regiones del globo, donde la inteligencia tiene un desarrollo escasísimo, donde, aun atendiendo a la edad en que aquélla se encuentra en el grado de mayor actividad y desenvolvimiento, es tan poco el brillo que despide esa hermosa centella que nos asemeja a la divinidad, que de ahí han tomado origen erradas teorías que suponen a aquellos hombres de especie diferente e inferior, colocándolos en un grado intermedio entre nosotros y los brutos. Claro es que no puede admitirse esta suposición sin destruir la verdad de la narración del Génesis, y, por tanto, sin minar por su misma base todo el edificio de la religión católica. En otro lugar, y cuando el orden de esta *polémica religiosa* lo exija, demostraremos a la luz de la filosofía y de la historia de la naturaleza lo falso e infundado de dicha doctrina; mas no por esto nos es dable poner en duda el hecho en que pretende apoyarse, a saber: el escasísimo desarrollo que en aquellos desgraciados pueblos tiene la inteligencia, y la inmensa distancia en que se halla el || estado de su espíritu comparado al del nuestro. Cuando toda la industria de algunos de ellos para proporcionarse habitación consiste en guarecerse debajo los árboles, doblando sus ramas y fijándolas en el suelo; cuando para procurarse alimento no alcanzan a más que a coger los frutos que espontáneamente les ofrece la naturaleza, o a tender emboscadas a los rinocerontes y elefantes, matándolos y haciendo secar su carne al sol, a perseguir los avestruces, a recoger los enjambres de langostas arrojados por el viento, y a buscar los inmundos restos de los cocodrilos y caballos marinos, ¿cuál será el estado de su entendimiento con respecto al orden intelectual y moral?

Entre nosotros un niño no se considera que haya llegado a este punto aun cuando se vea chispear su inteligencia en muchos de los actos que ejerce, y se trasluzca cierta especie de deliberación que sus padres y maestros juzgan a veces necesario reprender y corregir con severidad. Compárese un niño de cuatro o cinco años que comienza a leer con bastante perfección, que sabe ya los rudimentos de la doctrina cristiana, que responde atinadamente a las preguntas que se le hacen sobre sus obligaciones con respecto a Dios, a sus padres, a sus superiores de todas clases, a sus iguales, a los dependientes de su familia, sobre los premios y los castigos reservados al hombre después de esta vida según haya sido buena o mala su conducta; compáresele, repetimos, con uno de esos salvajes a que poco antes estábamos aludiendo, y véase si fuera una paradoja el decir que, atendido el estado de embrutecimiento en que viven, para mu-

chos de ellos llega muy tarde el uso de || la razón necesario para hacerse reos de culpa grave a los ojos de Dios; que el número de los que nosotros apellidamos imbéciles y fatuos sea quizás entre ellos mucho mayor de lo que pudiéramos imaginar; y que, por consiguiente, es muy aventurado el determinar con alguna precisión, ni el número de los que entre ellos se condenan por la infidelidad, ni cuándo comienza para gran parte de los mismos el uso completo de la razón, ni si son muchos los que viven en tal estupidez que no llegan jamás a disfrutarlo. Estas consideraciones son aplicables no sólo por lo tocante a la falta del conocimiento de la verdadera religión, sino también por lo perteneciente a otras clases de pecados; porque es cierto que no puede cometerlo grave quien no tiene el correspondiente uso de las facultades necesarias para deliberar y consentir.

Ciñéndonos, empero, al punto principal, que consiste en la pena que pueda provenir de no profesar la religión verdadera, claro es que tienen más aplicación las observaciones que se acaban de hacer, dado que es más difícil que el hombre distinga cuál es la verdadera religión, que no el conocer que es malo el robar, el matar y el cometer otros actos semejantes. De lo que inferiremos que, siendo tan escaso el desarrollo de la inteligencia en los hombres de quienes estamos tratando, la infidelidad puramente negativa, y, por consiguiente, sin culpa, tendrá lugar para gran número de ellos, y así no hay motivo de achacarnos que los condenamos siendo inocentes; pues que, al contrario, somos los primeros en afirmar que, por este solo motivo, ni se condenan ni pueden condenarse. ||

Si se nos pregunta qué destino señalamos a aquellos hombres, la respuesta es muy sencilla. O llegaron al uso de razón o no; si no llegaron, están en el caso de los niños que mueren sin bautismo, de los cuales afirmamos que no entrarán en el reino de los cielos; pero guardándonos de establecer que, por la simple culpa original, única de que están infectos, hayan de ser entregados a eterno suplicio. Estarán privados de un gran bien, es decir, de la visión de Dios, pero hasta qué punto les afligirá esta privación, hasta qué punto se les hará sensible, cuál es la clase de vida que les está reservada a aquellas almas inmortales, de qué manera existirán con sus cuerpos por toda la eternidad son cuestiones que no resuelve el dogma católico, sobre las cuales guarda la Iglesia un prudente silencio, dejando libre campo a las opiniones y conjeturas. Si estos hombres han alcanzado el uso de la razón, tal como se necesita para que sean capaces de hacerse reos de pecado grave a los ojos de Dios, entonces, o lo han cometido o no; si lo primero, y continúan en la impenitencia hasta la muerte, por esto se con-

denarán, y no por haber dejado de profesar la religión verdadera, en el supuesto que no les haya sido dable el conocerla; si no lo han cometido, volvemos a un caso semejante al anterior, sólo que en este último supuesto, por lo mismo de no obrar el mal, se deja entender que de un modo u otro el individuo de que se trata practicará el bien, no omitiendo el cumplimiento de aquellos deberes cuya omisión basta para constituir el mal. ¿Qué hará Dios con ese hombre? No lo sabemos a punto fijo. Es conocido el célebre dicho de Santo Tomás, quien afirma que de un modo u otro no dejaría || Dios de iluminarle, aun cuando fuera enviándole un ángel. Si esta iluminación extraordinaria que expresa en general el santo Doctor por la misión de un ángel se ha verificado pocas o muchas veces, no es dado al mortal conocerlo; pero fuera también presunción temeraria el decir que esto no se realiza nunca, o que sólo tiene lugar muy contadas veces. ¿Quiénes somos nosotros para señalar límites a la omnipotencia de Dios ni a su inagotable misericordia? ¿Qué nos sabemos nosotros de la profundidad de sus insondables arcanos, y sobre los infinitos medios que, ocultos a nuestra vista, están patentes a sus ojos, para alcanzar objetos que en nuestra pequeñez consideramos inasequibles? Todos los teólogos están de acuerdo que un hombre que desee sinceramente recibir el bautismo puede salvarse y se salva en efecto si, mediando imposibilidad de obtener el objeto de su ardiente deseo, ofrece a Dios un corazón humillado y contrito. Ahora bien, ¿qué derecho tenemos para negar que la infinita misericordia de Dios haya otorgado este beneficio tal vez a mayor número del que nosotros pensamos? Estos son secretos acerca de los cuales debemos nosotros mantenernos en sobria y prudente reserva, sin arrojarnos a decir temerariamente en ningún sentido, ya que el Señor no se ha dignado aclarárnoslos satisfaciendo nuestra curiosidad. Como quiera, bastante terribles son de suyo estos misterios; no procuremos aumentar el pavoroso horror que los circuye; reconozcamos nuestra ignorancia y flaqueza y adoremos con humildad los designios del Altísimo.

Volviendo a la dificultad que a los católicos se objeta, y reasumiendo en pocas palabras lo dicho hasta || aquí, estableceremos algunos puntos de doctrina que rogamos al lector no pierda nunca de vista siempre que se trate de esta grave e importante materia.

1.° Es falso que el dogma católico condene a ningún inocente, por ningún título, por ningún motivo, bajo ningún pretexto. Rechazamos como una calumnia lo que nos achacan nuestros enemigos, de que adoramos a un Dios injusto y cruel. La justicia y la misericordia son atributos que reconocemos como inseparables de la idea de Dios, y que

están manifestados de una manera sublime en el augusto misterio de nuestra redención, donde un Dios con infinita *misericordia* muere para salvarnos, satisfaciendo con su muerte a la infinita *justicia.*

2.° Los infieles que no han tenido conocimiento de la religión católica no se condenarán por el mero hecho de no haberla profesado. Si cometen pecados graves, por esto sufrirán el infierno, no por la falta de una fe cuya existencia no hayan conocido.

3.° La infidelidad voluntaria es un pecado gravísimo, pero está sujeto a las mismas condiciones generales de todos los demás, es decir, que no existe sin conocimiento, deliberación y consentimiento.

4.° La fe católica no determina a punto fijo ni cuándo llega para este o aquel individuo el uso de razón necesario para cometer el pecado de infidelidad, ni señala con precisión cuáles son las circunstancias en que el individuo ha de encontrarse para que pueda decirse que ha llegado el caso de hacerse reo del mismo. Estas son cuestiones de moral práctica, ajenas al dogma y susceptibles de varias modificaciones por la misma variedad de las cosas. ||

5.° De lo dicho se infiere que el dogma católico bien mirado enseña una doctrina que ningún hombre razonable puede desechar. No condena la infidelidad sino cuando es voluntaria y, por consiguiente, culpable; es decir, que no aplica a este punto otro principio que el que tiene establecido en general, a saber, la responsabilidad que el hombre por sus actos *libres* tiene a los ojos de Dios.

6.° Cuando no exista culpa en la infidelidad, por ser involuntaria, cuando, por otra parte, el infiel no se haya hecho reo de pecado grave a los ojos de Dios, entonces la fe católica no dice que el infiel será entregado a las penas del infierno. De qué manera obrará Dios en semejante caso permite que los teólogos lo conjeturen, pero ella se abstiene de decirlo.

Meditad sobre esta doctrina, y ved si algo se encuentra en ella que no pueda sufrir el examen de la sana razón. ||

EXISTENCIA DE DIOS*

ARTICULO I

SUMARIO.—Los ateos. El universo y el acaso. Demuéstrase por la teoría de las combinaciones y probabilidades la imposibilidad de arreglar el solo sistema planetario por el simple acaso. Cálculo y geometría que se observan en toda la naturaleza.

Cada día nos estamos dirigiendo a los escépticos; justo es que pensemos también en los incrédulos. Y no porque los argumentos con que son combatidos los primeros no militen contra los segundos, supuesto que unos y otros carecen de fe, sino porque, distinguiendo como distinguimos entre el estado de sus espíritus, conviene, según se disputa con éstos o aquéllos, presentar reflexiones diferentes, o al menos ofrecerlas bajo diversa forma. Al abrir en el primer número de esta revista la *polémica religiosa* los clasificamos de esta manera: El escéptico dice: «No sé..., dudo..., qué sé yo...» El incrédulo dice: «No creo nada», cuidando luego de desenvolver con alguna latitud el significado de estas fórmulas. Vamos ahora a examinar ese orgulloso dicho; vamos a demostrar con toda evidencia en una serie de || artículos que ese «no creo nada» que tan satisfechos pronuncian ciertos hombres es el colmo de una frívola vanidad que no se hermana muy bien con la conciencia, ni siquiera con el sentido común.

Si dijerais que dudáis, si dijerais que vuestro espíritu, disipado por el escepticismo de la época y distraído con las ilusiones de un mundo seductor, siente un descaecimiento, una postración que no le permiten levantarse a la altura necesaria para creer, sabríamos lo que significáis; sabríamos que, sin que la religión sea verdadera, tampoco afirmáis que sea falsa; fuerais como soldados que, habiendo abandonado su bandera, no tienen bastante avilantez para declararse en rebeldía y se contentan con andar errantes; mostraríais en la incertidumbre de vuestros pasos que rece-

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Estos dos artículos fueron publicados en los cuadernos 11 y 12 de *La Sociedad*, fechados en los días 3 y 15 de agosto de 1843, vol. I, pp. 510 y 558. Después de la muerte de Balmes fueron reimpresos varias veces en la colección de la revista. Tomamos el texto de la primera edición. Los sumarios están tomados del índice del volumen I de la revista.]

láis haberos extraviado, y que abrigáis algún deseo de tornar al verdadero camino. Pero cuando proferís el orgulloso «no creo nada» dais a entender algo más que la ausencia de la fe; calificáis de falsa la eterna verdad; y los dogmas más venerandos e inconcusos los miráis como cuentos a propósito para divertir la infancia, como antiguas leyendas salidas de imaginaciones exaltadas y enfermizas. Este suele ser el comentario con que ampliáis vuestra seca negativa.

I

Es imposible entablar discusión religiosa de ninguna clase sin tener antes asentada la existencia de Dios; porque sin Dios no hay religión, y cuanto sobre ella pudiera decirse no fuera más que una serie de necedades || y absurdos. Temerosos, pues, de que los que *no creen nada* cuenten también la existencia de Dios entre las invenciones del hombre, será preciso detenerse en este punto. Desgraciadamente, en nuestros tiempos es preciso probar hasta aquellas verdades que, por ciertas y evidentes, no debieran entrar en el terreno de las disputas; como todo se contradice, todo necesita pruebas.

Los que niegan la existencia de Dios no pueden haber abrazado semejante doctrina arrastrados por la fuerza de la autoridad ajena; contra ellos está el linaje humano. Por lo mismo debieran al parecer estar apoyados én razones poderosas, ya que se creen con derecho de aislarse de todos los demás hombres, negando lo que éstos han admitido. ¿Y qué razones son ésas? Son la negación de todas, son el caos en las ideas, el anonadamiento de la inteligencia. Si para convencerse de que hay un Dios fuese necesario penetrar los misterios de la naturaleza, ahondar en las profundidades del cálculo, poseer extensos conocimientos históricos y filosóficos, no sería tan extraño que la pereza de examinar o la incapacidad de comprender llegasen a tanto extravío; pero cuando basta levantar los ojos al cielo para conocer al Criador del firmamento, cuando la tierra con sus innumerables maravillas nos está presentando a cada paso de mil maneras diferentes, a cual más claras y más obvias, la mano del Supremo Hacedor, el profesar el ateísmo es un abuso lamentable de las facultades intelectuales y morales; mejor diremos, es empeñarse en embotarlas todas, en dejarlas sin uso, para que no vean al que está en todas partes, y *en quien vivimos, nos movemos y somos.* ||

Como quiera no nos contentaremos diciendo que es cierta, que es evidente la verdad que sustentamos, procuraremos demostrar que lo es. En cuanto nos sea posible habla-

remos al alcance de todas las inteligencias, sin dispensarnos jamás del rigor dialéctico; pero si alguna vez nos engolfamos en cierta clase de argumentos que no todos comprendan, recuérdese que los ateos han preguntado al cielo y a la tierra de todas las maneras imaginables, para arrancarles una respuesta que negase al Criador.

II

Si Dios no existe, el universo y cuanto hay en él ha sido hecho por casualidad: es decir, sin designio, sin plan, sin inteligencia. Todo está sujeto a una fatalidad ciega, que no es nada, que no significa nada. De nada se puede dar razón, y cuando nos parezca ver en alguna parte dos seres o dos fenómenos que se enlazan admirablemente, que manifiestan tener relaciones íntimas, que el uno se enderece al otro, deberemos afirmar que todo aquello es casual, que no hay orden, que no hay dirección a un fin, que es así porque es así. «¿Existe el mundo?—Ciertamente.—Y ¿por qué? Y ¿para qué?—No hay respuesta. Los astros recorren sus órbitas con asombrosa regularidad; la observación y el cálculo demuestran que sus movimientos están sometidos a leyes constantes de que no se han desviado jamás. ¿Quién les ha señalado esa marcha? ¿Quién ha establecido esas leyes?—Nadie; la misma naturaleza. || —¿Qué es la naturaleza?—El conjunto de todos los seres.—Entonces los mismos astros son los que se han dado sus leyes. ¿Tenían acaso inteligencia? —No.—Estando destituídos de conocimiento, ¿cómo ha sido posible que se diesen leyes tan admirables y que se pusiesen de acuerdo de una manera tan asombrosa?»

Suponiendo el universo tan ordenado como le admiramos, salido del caos, será preciso que haya llegado al estado en que ahora se encuentra pasando antes por muchas otras combinaciones. Como no hay ninguna razón por que ciertos átomos hayan debido unirse entre sí con preferencia a otros, ni colocarse de suerte que diesen por resultado esta o aquella configuración, ni distribuirse en porciones que formasen cuerpos situados a tal o cual distancia, si nos trasladamos a las épocas que precedieron la de un mundo arreglado, es indispensable imaginar una confusión espantosa en que, agitándose toda la masa de la materia en la inmensidad de un espacio tenebroso, andaban los átomos revueltos en torbellinos, sin más orden que la falta de todo orden, sin más ley que la ausencia de toda ley. Que sin la dirección de la inteligencia haya podido formarse de esta suerte el universo es cosa tan absurda que a la primera ojeada se descubre la monstruosa imposibilidad, no diremos con las

reflexiones de la sana razón, sino con las sugestiones del sentido común. Por manera que, aun dando por supuesta la existencia de la materia sin haber precedido la acción del Criador, es decir, concediendo gratuitamente a los ateos un punto de apoyo en que estribar, no les es posible levantar el edificio de su ruinoso sistema.

El *acaso* es nada, y por lo mismo es tan incapaz de || ordenar como impotente para crear. Quitad a los ateos el primer obstáculo, que es el de la creación, dejadles suponer que la materia existe, que es eterna y necesaria, a pesar de que es evidentemente finita y accidental, y que, por tanto, ha debido ser criada; no les opongáis por un instante otras dificultades que las que resultan de la imposibilidad de ordenar sin inteligencia, y veréis que, a pesar de tamaña concesión, nada adelantan.

Es general el convencimiento de que la palabra *acaso* aplicada a la formación del mundo nada significa; sin embargo, creemos que puede desenvolverse esta verdad hasta tal punto, puédese demostrar con tal evidencia lo absurdo del sistema que pretende ordenado el mundo de una manera fortuita, puede hacerse sentir y palpar de tal suerte la necedad que aquí se oculta, que no sea posible pensar en ella sin indignación o desprecio.

Para verificarlo echaremos mano de las ciencias matemáticas, acomodándolas a la capacidad de toda clase de lectores. Tomemos, por ejemplo, el sistema planetario, donde los cuerpos son pocos; y veamos cómo se pueden arreglar por una simple casualidad los doce cuerpos que los astrónomos apellidan planetas: el Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Tierra, Urano, Ceres, Palas, Juno y Vesta. Bien se echa de ver que no es poco el trabajo que ahorramos al ateo que se proponga arreglar el mundo por medio de combinaciones fortuitas, cuando le concedemos ya no sólo la materia en desorden, sino que le entregamos los cuerpos formados, y cuerpos como el Sol, la Tierra, Júpiter y los demás, en cuya construcción es cierto que no le faltaría quehacer si se los hubiese de formar él propio || con el solo auxilio del *acaso*. Pero esta concesión redundará en pro de la verdad; porque manifestado con evidencia el absurdo de las combinaciones casuales con respecto a lo fácil, crecerá de punto la fuerza de la demostración cuando se pase a lo difícil [1]. ||

Demos en primer lugar que para acertar en la verdade-

---

[1] El argumento que objetamos a los incrédulos no es nuevo; pero quizás lo podremos presentar con mayor desarrollo y claridad de lo que han hecho algunos otros. Por lo demás, ni los modernos deben lisonjearse de haberlo inventado, pues que se halla en Cicerón el siguiente notabilísimo pasaje: «¿Cómo podré menos de

ra combinación de que resultase la armonía que estamos presenciando no fuese necesario considerarlos ni en el espacio, ni siquiera en un plano, sino que el arreglo hubiese de limitarse a colocarlos con cierto orden en una línea recta. Es decir, que el ordenador los tuviese ya formados tales cuales son, sin otro cuidado que encontrar el orden en que habían de colocarse. O más claro, expresaremos los doce cuerpos por las doce mayúsculas siguientes: A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, y supondremos que toda la habilidad del artífice debiese limitarse a descubrir cierta situación respectiva de las mayúsculas, estando, empero, colocadas siempre en línea recta.

Salta a los ojos que así como empieza la línea por A, B, C, D, podría empezar por A, C, B, D, por A, C, D, B, por A, B, D, C, por B, A, C, D, por C, A, B, D, y así sucesivamente; y que lo propio acontece con respecto a la disposición de la totalidad de las letras. Pero no queremos que el lector se quede con la idea confusa de la dificultad que habría en acertar en la verdadera colocación; y así le pondremos a la vista el número de las permutaciones que pudieran hacerse, mayor, sin duda, de lo que él se imagina. En obsequio de la importante verdad que nos proponemos demostrar creemos que nos será permitido aducir aquí algunas luces matemáticas. Los ateos no reparan en llamar

---

admirarme de que haya quien se persuada que ciertos cuerpos sólidos e indivisibles se mueven por su fuerza y gravedad, y que de su concurso fortuito se ha formado un mundo tan adornado y hermoso? Quien se imagina que esto es posible paréceme que del mismo modo diría que arrojando a la ventura por el suelo innumerables caracteres de oro, u otra materia, que representasen las veintiuna letras, pudieran caer ordenados de tal suerte que resultasen formados los *Anales* de Enio; yo dudo que la casualidad llegase a darnos un solo verso.» *Hic ego non mirer esse quemquam qui sibi persuadeat corpora quaedam solida atque individua vi et gravitate ferri, mundumque effici ornatissimum, et pulcherrimum ex eorum corporum concursione fortuita? Hoc qui existimat fieri potuisse, non intelligo cur non idem putet si innumerabiles unius et viginte formae litterarum vel aureae vel quales libet, aliquo coniiciantur, posse ex his in terram excusis Annales Ennii, ut deinceps legi possint effici. Quod nescio an ne in uno quidem versu possit tantum valere fortuna.* (Cic., *De Natura Deorum*, II.) Si bien se observa, este argumento es dictado por el simple sentido común: no es patrimonio de los filósofos, está al alcance de todas las inteligencias, es propiedad del linaje humano. Lo que puede hacerse de nuevo es presentarle con claridad, con viveza, sujetando, por decirlo así, a riguroso cálculo la inmensidad del absurdo en que caen los ateos cuando pretenden que el mundo ha sido formado por casualidad. Esto es lo que nos proponemos ejecutar.

Los caracteres de oro u otra materia *(formae: litterarum vel aureae, vel quales libet)*, de que habla Cicerón, ¿podrían haber inspirado la invención de la imprenta? Es posible, y no falta quien lo ha dicho.

en su auxilio todas las ciencias; los que defendemos || la existencia de Dios no debemos ser de peor condición.

Si tenemos dos letras por permutar: A, B, es evidente que las podremos colocar de dos maneras: A, B, y B, A. Luego el número de permutaciones que podremos hacer será 2. Si las letras son tres: A, B, C, podremos colocar la A al principio, en medio y al fin. Poniéndolo al principio nos dará las dos combinaciones siguientes:

A, B, C
A, C, B

Puesta en medio, colocando al principio la B, resultará:

B, A, C

Colocando al principio la C tendremos:

C, A, B

Poniendo al fin la A, si tomamos por primera la B, nos dará:

B, C, A

Tomando por primera la C, resulta:

C, B, A

De esto inferiremos que las combinaciones serán:

A, B, C
A, C, B
B, A, C
C, A, B
B, C, A
C, B, A ||

Con dos letras teníamos dos combinaciones, con tres tenemos seis; es decir, que así como antes era 2, o bien 2 × 1, ahora será 6, o lo que es lo mismo: 3 × 2 × 1.

Si nos dan a permutar cuatro letras: A, B, C, D, es claro que, dejando la A al principio, podemos disponer de seis maneras las tres restantes: B, C, D, observando la regla del caso anterior. En seguida, si ponemos al principio la B, las restantes: A, C, D, podrán ordenarse de seis maneras, de las que ninguna se confundirá con las tres primitivas. De la propia suerte, tomando por primeras la C o D nos darán

cada una seis diferentes colocaciones, y asi resultará un total de 24 combinaciones, o 4×6, o $4 \times 3 \times 2 \times 1$.

Continuando el mismo raciocinio es fácil alcanzar que con cinco letras: A, B, C, D, E, poniendo cada una de ellas al principio, tendremos 24 combinaciones con las cuatro restantes, o sean en todo cinco veces 24. El resultado, pues, vendrá expresado por:

$$5 \times 24 = 5 \times 4 \times 3 \times 2 \times 1$$

Observando la ley que siguen estos factores inferimos que, expresando por m el número de las letras, el de las permutaciones se expresará por $(m\text{-}1) \times (m\text{-}2) \times (m\text{-}3) \times (m\text{-}4) \ldots 3 \times 2 \times 1$; o en otros términos: si el número de las letras es, por ejemplo, 100, el número de las permutaciones será igual al producto que resulte de la siguiente multiplicación:

$$100 \times 99 \times 98 \times 97 \times 96 \times 95 \times \ldots 3 \times 2 \times 1$$

Aplicando esta teoría al caso que nos ocupa resulta que las colocaciones de que en sólo una línea recta son || susceptibles los doce planetas expresados por las doce mayúsculas son:

$$12 \times 11 \times 10 \times 9 \times 8 \times 7 \times 6 \times 5 \times 4 \times 3 \times 2 \times 1$$

que ejecutando la operación da: 479.001.600.

Quien, pues, hubiese de encontrar una combinación determinada se hallaría en el mismo caso del que hubiese de sacar una bola determinada de una urna en que el número de éstas fuese: 479.001.600. Los jugadores de lotería saben por experiencia cuán difícil es que les caiga la suerte, aun no siendo más que de 25 o 30.000 el número de los billetes y habiendo muchos centenares de suertes; ¿qué sería, pues, si éstas quedasen reducidas a una sola, siendo el de los billetes de 479.001.600?

Para hacer sentir más vivamente lo improbable que fuera el acertar en el número deseado, o en la combinación sobredicha, pediremos prestadas algunas luces a la *Teoría de las probabilidades*. Cuando se quiere conjeturar el grado de probabilidad que tiene un suceso casual se atiende al número total de los eventos posibles, y en seguida se llevan en cuenta los favorables y los contrarios, deduciendo de la comparación de unos con otros la conjetura que se trata de formar. Así, suponiendo en una urna cien bolas, de las cuales cincuenta sean blancas y cincuenta negras, la probabilidad sería igual con respecto a sacar blanca o negra, porque el número total es 100, y el número de las blancas igual

al de las negras. Entregando, pues, el evento a la suerte podríase apostar con igual probabilidad por una y otra parte. Pero si de las 100 bolas las 75 fuesen negras y las 25 blancas, la probabilidad de sacar una blanca disminuiría, || estando la de las negras con respecto a la de las blancas como 75 a 25. De esto se deduce que si tomamos un quebrado cuyo denominador sea el número de la totalidad de los casos y el numerador el de los favorables, expresará exactamente la probabilidad buscada. Así en los dos ejemplos anteriores tendríamos en el primero 50/100 para las blancas como para las negras, y en el segundo, 75/100 en favor de las negras y 25/100 en favor de las blancas.

Aplicando esta doctrina al objeto principal resultará que la probabilidad de acertar en la verdadera combinación estará expresada por este quebrado: 1/479.001.600, cantidad tan pequeña que en ella no se podría fundar ninguna conjetura razonable; por manera que quien apostase que no saldría la combinación deseada tendría 479.001.600 veces más de probabilidad en su favor que quien apostase que saldría. Y fuera de temer que se estuviese haciendo la prueba por los siglos de los siglos sin obtenerse el resultado apetecido.

Hasta aquí hemos supuesto que la colocación de los cuerpos fuese en una línea recta sin relación a ningún espacio ni plano, lo que simplificaba mucho el problema; pero como es evidente que los cuerpos no están en disposición semejante, veamos ahora las nuevas complicaciones que consigo traerían las otras condiciones que necesariamente van envueltas en la cuestión. Para proceder gradualmente supondremos todavía que los doce cuerpos se hallan en una línea recta, pero de manera que esta línea, después de ordenados en ella los cuerpos, ha de tener una posición determinada en el mismo || plano. Entonces la dificultad de dar por casualidad en la verdadera posición crece hasta un punto a que la imaginación no alcanza. Demostración: Si suponemos que los cuerpos están en un plano elíptico, y que el extremo de la recta en que se hallan los cuerpos se confunde con el centro de la elipse, es evidente que tomando dicha recta como radio se la podrá hacer girar en torno, obteniendo infinidad de posiciones diferentes, medidas por el ángulo que formará la recta con uno cualquiera de los ejes de la elipse. Y como, además, es evidente que podremos tomar por centro del movimiento de rotación uno cualquiera de los puntos del eje mayor o menor u otro de los infinitos que se contienen dentro la superficie encerrada en la curva, tendremos que para encontrar al acaso una posición determinada deberíamos divagar entre una infinidad de combinaciones de las que fuera imposible salir. Si, pues, la probabilidad venía antes expresada por un quebrado tan

insignificante como 1/479.001.600, entonces lo sería por una cantidad infinitamente menor. La razón es clara: el caso favorable fuera uno, es decir, una posición determinada, y, por tanto, el numerador del quebrado fuera el mismo, y como la totalidad de los casos posibles sería tanto mayor cuanto serían las posiciones posibles de la línea en el plano, resultaría que habríamos de multiplicar el denominador por una serie de cantidades infinitamente grandes, lo que daría un quebrado infinitamente pequeño, o bien una cantidad igual a cero.

Todavía más: aquí suponemos los cuerpos colocados en una línea recta, es así que no lo están; luego se añaden las dificultades que consigo trae el acertar en el polígono || que ha de resultar de la unión de los puntos en los que pueden suponerse colocados respectivamente los cuerpos. Agréguese a todo esto que los cuerpos no están en un mismo plano sino en el espacio, y la imaginación se pierde en calcular lo difícil del acierto. En efecto: sobre la dificultad de la línea y del plano vienen entonces las infinitas posiciones que así el plano como la línea pueden ocupar en un espacio. Para concebirlo imaginemos que el plano gira alrededor de una recta: es evidente que las posiciones que puede tomar son infinitas, pues son tantas cuantos son los ángulos que es dable hacerle formar con otro plano que se halle fijo, los que son infinitos. Considérese entonces que la recta que serviría de eje de rotación puede estar colocada también en infinitas posiciones, y resultará una serie de nuevos factores, por los cuales multiplicado el denominador del quebrado, que ya lo teníamos infinitamente pequeño, si cabe disminuirá todavía.

He aquí reducida a cálculo riguroso la misma verdad que a todos los hombres está dictando el sentido común; he aquí la razón por qué al proponerse semejantes efectos de la casualidad a un hombre sano de juicio exclama desde luego, sin reflexionar: «¡Imposible! ¡Absurdo!» Y es que el Criador nos ha otorgado la intuición de ciertas verdades, no queriendo que hubiésemos menester el andarlas buscando por medio de dilatados raciocinios. Sin embargo, ¡dolor causa el decirlo!, todavía es necesario insistir en probar lo que el Autor de la naturaleza ha querido que viésemos y sintiésemos como una iluminación instantánea; todavía hay quien hace fuerza a su propia razón, a los sentimientos más íntimos, || para hacerlos deponer contra la existencia del que se los ha otorgado.

Para completar la demostración precedente la presentaremos de manera que, sin mediar esfuerzo de razón ni de imaginación, alcancen a comprenderla las inteligencias más limitadas. Supóngase un vasto campo donde se hallen colo-

cados doce blancos con su numeración respectiva, y que allí son llevados de la mano doce tiradores con los ojos vendados, teniendo cada uno su número correspondiente a uno de los blancos. ¿No sería el mayor de los despropósitos el creer posible que, disparando todos a la ventura, el tiro de cada cual fuese a dar por casualidad en el número que le corresponde? ¿Quién no ve que es más que probable que repitiendo los disparos por espacio de siglos no se llegaría a obtener que cabalmente, a un mismo tiempo, el tirador de número 1 acertase en su blanco de número 1, el de 2 en el número 2, y así sucesivamente? Reflexiónese ahora que no se trata de un campo de algunos centenares de varas, sino de un espacio de millones de leguas, y dedúzcase la imposibilidad de arreglar en él doce cuerpos, en una combinación determinada, sin más auxilio que el ciego *acaso*.

Las observaciones presentadas hasta aquí bastan y sobran para demostrar lo que nos hemos propuesto; sin embargo, todavía queremos llevar a más alto punto la evidencia de la verdad. Toda la fuerza del argumento presentado estribaba en que se hubiese de encontrar en el espacio una determinada combinación de doce cuerpos, siquiera por un solo instante; y sin que se supusiese que habían de continuar en la misma, o bien en un movimiento || arreglado sometido a reglas fijas, lo que ciertamente es todavía más difícil de alcanzarse por una simple casualidad. Dando, pues, que la deseada combinación se encontrase, entonces preguntaremos: ¿Por qué los cuerpos habían de continuar en ella, y lo que es aún más admirable, prosiguiendo en un movimiento perenne, sin desviarse jamás de una ley fija y constante? ¿Al acaso, al ciego acaso, a esa palabra que nada significa deberán atribuirse también las admirables leyes que rigen el movimiento del universo? En viendo una combinación por ligera que sea, un artefacto por sencillo que se presente, preguntamos instintivamente, sin reflexionar: ¿Quién lo ha hecho? ¿Quién lo ha inventado? La casualidad no se ofrece siquiera a nuestra mente como un recurso para explicar la causa del artefacto, porque la casualidad es nada, y la nada no produce nada. Donde hay un ser hay razón suficiente de su existencia, donde hay artefacto hay artífice, donde hay combinación hay inteligencia.

¡Casualidad, un mundo donde se descubren por todas partes cálculo y geometría! ¡Casualidad, unos movimientos sujetos a la ley de la razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias! ¡Casualidad, las revoluciones de los planetas, describiendo los radios vectores áreas proporcionales a los tiempos! ¡Casualidad, el que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas sean entre sí como los cubos de los ejes mayores de sus

órbitas! Asómbranos la vista de un *planetario* en que el ingenio del hombre haya llegado a representar el movimiento de un sistema; ¿y no reconoceremos inteligencia, no veremos la mano || de la sabiduría infinita al levantar los ojos al planetario real y verdadero, con sus cuerpos de colosales dimensiones, recorriendo órbitas inmensas, con velocidad inconcebible, con precisión rigurosa?

Acabamos de ver que el solo arreglo del sistema planetario es un palpable absurdo si se le encomienda a la casualidad, y, sin embargo, este sistema con todo su grandor es nada comparado con el universo. Las estrellas fijas observadas hasta el presente no bajan de *cien millones;* y para formarse alguna idea de esta inmensidad basta recordar que, según los cálculos astronómicos, distan de nosotros lo que la imaginación no puede concebir. Observadas con telescopios que aumentan hasta 200 veces el tamaño del objeto no se nota diferencia en su magnitud, y sólo se presentan como puntos luminosos: ¿cuánta no será una distancia sobre la cual nada significa el que se la haga doscientas veces menor? ¿Qué serán aquellos cuerpos? ¿Serán centros de otros tantos sistemas planetarios semejantes al en que vivimos? ¿Qué habrá en aquellas regiones en que los soles son a nuestros ojos y a nuestros instrumentos puntos casi invisibles, donde las distancias de millones de leguas se convierten en espacios de pocas pulgadas? El entendimiento se abruma bajo el peso de tanta inmensidad; la imaginación se fatiga, y el espíritu se abate y anonada bajo la omnipotencia del Autor de tantas maravillas. ||

ARTICULO II

SUMARIO.—Absurdo que resulta de suponer ordenada por el acaso la combinación de los astros. Nuevas razones que lo hacen más y más evidente. Divisibilidad de la materia. Imposibilidad de que el orden naciese del caos. Leyes que rigen los cuerpos del universo. Con ellas no pudo formarse el mundo. Opinión de Newton. Consideraciones sobre la atracción universal. Existiendo el caos, nada podía para crear el orden la ley de atracción, que obra en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias. Combinación de la atracción universal con la molecular, o sea la afinidad. Complicaciones que esta última acarreaba para que no pudiese ordenarse el caos. Ceguera de los ateos. Esto indica la caída de la especie humana. Consideraciones sobre la historia de las ciencias. Lo que fué la filosofía del siglo pasado.

En el número anterior demostramos la imposibilidad de arreglarse por el mero *acaso* el sistema planetario, y, de consiguiente, con mayor razón el del universo. Con riguroso

cálculo se puso de manifiesto que no sólo era absurda semejante suposición tratándose de un movimiento ordenado continuo, sino también con respecto a una colocación momentánea. Pero al esforzar aquel argumento estribamos siempre en la hipótesis de que los cuerpos celestes estaban ya formados, habiéndose reunido los átomos para constituir aquellas masas enormes. Así, absurdo como era el supuesto de la ordenada combinación casual, no lo era tanto, sin embargo, cual || se presentará si abandonamos aquella hipótesis que por un momento permitíamos a nuestros adversarios, pero que no dejaba de ser enteramente arbitraria. En efecto, ¿qué razón existe para suponer, por ejemplo, las partículas que forman el cuerpo celeste que apellidamos Saturno reunidas ya en una sola masa? ¿La formaron desde toda la eternidad o no? ¿Qué razón puede imaginarse para apoyar esta sentencia? Se hablará de necesidad, será así porque es así; es decir, se afirmará gratuitamente la existencia de un hecho que en nada puede afianzarse. Movidos sin duda por esta reflexión los defensores del *acaso*, han sostenido que el universo había pasado por una infinidad de transformaciones, y de una u otra manera admitieron el caos primitivo, suponiendo entregados todos los átomos a un movimiento ciego, necesario, perenne, hasta encontrar la conveniente situación, las leyes de armonía que en la actualidad vemos dominar sobre la materia.

Claro es que, si la probabilidad de situarse los cuerpos en la combinación correspondiente no existía, o más bien, si era infinitamente grande la probabilidad en contrario, será si cabe más infinita esta última, cuando no supongamos formadas ya las masas; porque entonces los objetos combinables serán en un número infinitamente mayor, y, de consiguiente, la teoría de las combinaciones y de las probabilidades arrojará nuevos torrentes de luz, haciendo más sensible y palpable el absurdo que se ven precisados a devorar los que no admiten la existencia de Dios.

El lector recordará el punto de evidencia a que llegó la demostración del absurdo, suponiendo la combinación || de solos doce cuerpos. ¿Qué será si los descomponemos en partes y recordamos los experimentos que nos manifiestan la inconcebible divisibilidad de la materia? ¿Si atendemos a las razones que la prueban tan grande, hasta el punto de que algunos sostienen que es infinita?

Tomemos, por ejemplo, la tierra; las operaciones geodésicas manifiestan que es un esferoide en que el eje mayor, o sea el diámetro del Ecuador, es de 15.254.598 varas, y el eje menor, o la distancia de polo a polo, de 15.209.063 varas. Aplicando el cálculo resulta que el volumen de la tierra es de $1.853_3 116.042_2 409.079_1 468.459$ varas cúbicas, que eva-

luado en pies nos da 50.034$_3$133.145$_2$045.145$_1$648.393 pies cúbicos.

Demos que la tierra se hubiese de formar de pequeñas masas cuyo volumen fuese un pie cúbico. ¿No se pierde la imaginación al pretender orden, concierto, en ese número de cuerpos abandonados a la casualidad? ¿Y qué será si la evaluación se hace en pulgadas y luego en líneas y puntos, y así en cantidades menores multiplicando los valores que resulten por el cubo de los antecedentes?

Después del número inmenso de partes que nos darían esas multiplicaciones sucesivas, todavía no habríamos hecho nada, porque estarían intactas las demás consideraciones físicas que demuestran la estupenda divisibilidad de la materia. Un grano de almizcle llenará de olor un dilatado espacio durante mucho tiempo; en todos los puntos existirán moléculas de aquel cuerpo, pues dondequiera que se sitúe el órgano que recibe sus impresiones se siente afectado, y, no obstante, el grano de almizcle no habrá tenido disminución sensible; ¡tanta || es la divisibilidad a que han llegado sus partes! Suponed una división semejante en el globo de la tierra; ¿podría expresarse en guarismos el número que resultara? Arrojad ahora todas aquellas partículas en la inmensidad del caos, hacedlas mover por el tenebroso espacio, sin más guía que la casualidad: ¿os atreveréis a esperar orden y concierto?

Adviértase ahora que este cálculo está fundado en el solo supuesto de arreglar las partículas de la tierra; ¿y qué es ésta en comparación del universo? Calcúlase que la masa del sol es 329.630 veces mayor que la de la tierra; añadid a esto la masa de todos los planetas, de todos los cometas, con todos sus satélites, la de todas las estrellas fijas, la de los otros cuerpos que no conocemos y que vamos descubriendo cada día, la de la luz desparramada por todo el universo y la de los demás flúidos que divagan por la inmensidad del espacio; imaginadlo todo descompuesto, reducido a átomos, mezclado, confundido, nadando en la inmensidad; ¿quién se atreverá a pedir orden a ese desorden elevado a una potencia infinita? El espíritu se abate al fijar la mirada sobre semejante caos; la cabeza se desvanece al contemplar aquella espantosa imagen de la confusión que nos figuramos en la eterna noche del averno.

Los ateos nos objetarán que, existiendo en medio del caos una ley necesaria que llevaba a los cuerpos a una combinación armónica, había de brotar el orden del seno del desorden. La materia, dirán ellos, está sujeta a leyes constantes e invariables, como nos lo está mostrando la experiencia; luego entregándola al movimiento vendría a parar a una combinación determinada, donde || resaltarían

el orden y la armonía. Pero, en primer lugar, ¿quién estableció esas leyes? Sin Dios, sin inteligencia, habremos de confesar que son una *necesidad;* es decir, afirmaremos gratuitamente un hecho que es de la mayor trascendencia. Cuanto más poderosas se supongan esas leyes para hacer salir el orden del seno del desorden, tanto más están clamando que quien las ha establecido estaba dotado de inteligencia. En todas las observaciones hechas hasta aquí sobre la materia nunca se ha notado otra cosa que indiferencia para el reposo como para el movimiento. Sometida a ciertas reglas que apellidamos con distintos nombres pierde la dirección que aquéllas le comunican y aumenta o disminuye la velocidad que de las mismas recibe, si nuevos motores la impulsan o algunos obstáculos la detienen. La aserción, pues, que atribuye a su íntima naturaleza la propiedad de unas leyes altamente geométricas es el mayor de los absurdos. Pero demos a los ateos que existiesen esas leyes anteriormente a la máquina del universo; demos que los átomos, revolviéndose en la inmensidad del espacio, hubiesen estado sometidos a esa necesidad ciega, origen de un orden tan admirable; ¿será posible que con ellas se hubiese formado el mundo? Newton, que conocía ciertamente las dichas leyes mejor que todos los ateos, confiesa con ingenuidad que, si bien ellas bastan para dar razón del movimiento del universo una vez formado, no son suficientes, empero, para explicar su formación. Sabido es que el ilustre geómetra se humillaba al descubrir el dedo omnipotente en aquellas maravillas que su genio contemplaba tan de cerca; no consideraba los movimientos de los astros como efectos de una mera casualidad, || sino que, señalando las reglas a que estaban sometidos, se abstenía de decir cuál era la causa; pero si no entraba en cuestiones metafísicas sobre la naturaleza de la misma, reconocía que, fueran cuales fuesen las causas secundarias, al fin era precios llegar a una primera, a una inteligencia infinita, a un poder sin límites, a Dios.

Una de las leyes que se consideran como fundamentales es la que se llama de atracción o gravitación universal. Sabido es que ésta obra en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias, y que de esta suerte se explican los movimientos de los cuerpos celestes, no siendo las famosas leyes de Keplero más que aplicaciones o consecuencias del principio universal. Admitida la verdad de éste, tal como suelen establecerle los físicos, y sin descender a ninguna de las cuestiones que en diferentes tiempos han dividido las escuelas, observaremos que, suponiendo el mundo entregado al caos, es imposible que de él saliera por la mera fuerza de la gravitación. Para que ésta obrase de manera

que pudiera producir orden y armonía sería preciso suponer esta armonía y este orden en las masas y en las distancias; porque de otra suerte no habría probabilidad de que saliese un mundo tan ordenado cual el que tenemos a la vista, sino una de las infinitas monstruosidades que podemos imaginar. ¿Quién nos ha dicho que debieran formarse nunca masas compactas? ¿Cómo sabemos que se establecerían determinados centros en torno de los cuales comenzaran a verificarse las revoluciones que dieran al fin por resultado ordenados sistemas? Al sol o a las materias de que está formado, || ¿quién los constituyó centro de los movimientos de los átomos que componen los otros planetas? Antes que las fuerzas centrípeta y centrífuga se combinasen para producir el movimiento elíptico, ¿por qué no se precipitaron los cuerpos al centro de atracción, o, escapándose por la tangente, no anduvieron corriendo a inmensa distancia? Para que pueda existir la ley es necesario que existan los términos de la proporción que la anuncia; es necesario suponer que están determinadas las distancias y las masas; en faltando esta condición, tan lejos estuviera la ley de ser un elemento de armonía, que antes bien lo fuera de nuevo desorden. Atracción en todos sentidos, centro en todas partes; es decir, en ninguna: todo desorden, todo confusión.

Suponiendo existente la fuerza de la atracción universal antes de ordenarse el mundo y de formarse los grandes cuerpos de que se compone, mediaban obstáculos para que esta ley pudiese producir nada ordenado. Sabido es que, a más de la dicha atracción, la experiencia ha manifestado que hay otra que por analogía se apellida *atracción molecular*, más conocida generalmente con el nombre de afinidad. Así como la primera obra a largas distancias, ésta ejerce su acción a distancias insensibles, cuando los cuerpos están en contacto o en mucha proximidad. Estando todos los átomos que componen la máquina del universo desparramados por la inmensidad del espacio, claro es que andarían de mil maneras diferentes, revueltos y confusos, de modo que la acción de la afinidad pudiese desarrollarse en varios sentidos. ¿Quién es capaz de calcular las modificaciones que las fuerzas de la atracción molecular causarían || sobre los efectos de la universal? Ahora, formadas ya las masas, no es posible que las leyes de la afinidad desconcierten el mundo, porque, estando limitada su acción a distancias muy pequeñas, se halla, por decirlo así, aprisionada. Pero cuando este obstáculo no existía, cuando divagando sueltos los átomos estaba lleno el mundo de una mole informe de flúidos de naturaleza muy diferente, claro es que debían resultar infinitas combinaciones que modificasen los efectos de la gravitación universal.

Concebiremos fácilmente la variedad de resultados a que esta concurrencia de causas podía dar lugar, si advertimos que las leyes de la afinidad están de suyo sujetas a muchas alteraciones. En efecto: la experiencia ha manifestado que para determinar con alguna exactitud sus resultados es preciso atender nada menos que a siete circunstancias: 1.ª, cantidad relativa de los cuerpos que se ponen en contacto; 2.ª, si los cuerpos son simples o compuestos; 3.ª cohesión que entre sí tienen; 4.ª, grado de calor a que se hallan expuestos; 5.ª, cantidad y calidad del flúido eléctrico que contienen; 6.ª, peso específico de las mismas; 7.ª, presión que sufren. Andando los cuerpos revueltos, entregados al mero acaso, es evidente que se cambiarían a cada paso las indicadas circunstancias, de lo que resultaría una confusión que no es necesario ponderar.

Extrañeza causa, por no decir indignación, el ver que se echa mano de tamaños despropósitos para eludir las inconcusas razones con que se demuestra la existencia de Dios; imposible parece que el hombre dotado de razón como de un glorioso distintivo forcejee hasta tal || punto para desterrar del universo la razón suprema. ¿En tan poco estimáis la inteligencia que así odiéis el nombre de ella cuando se trata de ordenar el mundo? Os envanecéis de la vuestra, la mostráis como blasón de nobleza, encarecéis su alcance y se exalta vuestro orgullo a la sola idea de que se pretende rebajar alguno de sus quilates; ¿y no admitiréis una inteligencia de donde haya dimanado la vuestra, y que haya dado orden y concierto a esa máquina que os asombra con su grandor y sus maravillas?

Si no existieran otros motivos para convencer que la naturaleza del hombre ha sufrido algún quebranto, el cual la ha rebajado de su dignidad primitiva, y ha obscurecido la mente, y torcido la voluntad, bastarían sin duda a probarlo los inconcebibles extravíos a que se abandona nuestro espíritu. Se escribe la historia de las naciones, se pintan sus revoluciones y sus guerras, en las que vemos retratada ciertamente, y torcido la voluntad, bastarían sin duda a probarlo en ninguna parte se presente tan negro el cuadro como en la historia del espíritu, es decir, de las ciencias. En esa región sublime donde, al parecer, debiera reinar señora la cuerda sabiduría, donde las pasiones no debieran tener entrada ni ser toleradas en los alrededores, para que no contaminasen la atmósfera con su apestado aliento; allí campean también la locura, el orgullo, la ciega presunción, manifestando al hombre en toda su desnudez, llenando de cruel amargura a quien creyera que había de encontrar a los sabios a manera de coros de ángeles. Pero nunca, nunca como en el pasado siglo se vió al genio del mal insultar con tanta

impudencia al buen sentido de la || humanidad; nunca se le vió con tan perversos designios, cubierto con las ínfulas de la ciencia para extraviar a los incautos; nunca se vió tamaño esfuerzo para reducir a sistema la irreligión, estableciéndola sobre su digna base: el ateísmo.

La naturaleza, las fuerzas superiores, las leyes necesarias, la sucesiva transformación de los seres, y cien otras palabras semejantes, fueron adoptadas como motes del enigma; ellas no expresaban nada, es cierto; pero envolvían las ideas en misteriosa obscuridad, hacían que el sencillo lector no advirtiese toda la absurdidad de las hipótesis sobre que se intentaba cimentar el sistema, y quizás se le hacía creer que era científica una explicación que no estribaba sino en una palabra empleada con la más insigne mala fe. Las matemáticas, los conocimientos físicos, habían dado grandes pasos. Se explicaban muchos fenómenos de una manera, si no satisfactoria, a lo menos plausible; y todo esto se empleaba para alucinar a los ignorantes, haciéndoles creer que la cadena de las causas terminaba en la región de la materia. ¡Ingratos! El haber adelantado en el conocimiento de la criatura, ¿no debía elevaros hacia el Criador? ||

CONSIDERACIONES

SOBRE LA APOLOGIA CATOLICA DE LAS «OBSERVACIONES PACIFICAS», DEL ILUSTRISIMO SEÑOR ARZOBISPO DE PALMIRA, D. FELIX AMAT, SOBRE LA POTESTAD ECLESIASTICA Y SUS RELACIONES CON LA CIVIL*

Sumario.—Método de la impugnación. Protesta del autor. Reflexiones sobre lo que dice el ilustrísimo señor obispo de Astorga con respecto al silencio de los obispos en el asunto de las *Observaciones pacíficas* de su tío el arzobispo de Palmira. Injusticia con que trata el señor obispo de Astorga a la Congregación del Indice. Defiéndese la conducta de Roma en este negocio. Opiniones políticas del señor arzobispo de Palmira. Severas palabras que le dirigió el nuncio de Su Santidad en vindicación del conde De Maistre. Explícase el sentido de las palabras del ilustre conde atacadas por el señor arzobispo de Palmira. Dos palabras sobre lo que se atribuye al señor Veyán, obispo de Vich. Lo que valen ciertas expresiones gratulatorias de que habla el señor obispo de Astorga. Palabras del

* [Nota bibliográfica.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 17 de *La Sociedad*, fechado el día 1.º de febrero de 1844, volumen II, p. 226. Después de la muerte de Balmes fué reimpreso varias veces en la colección de la revista. Reproducimos la primera edición. El sumario lo tomamos del índice del volumen II de la revista.

Nota histórica.—Las *Observaciones pacíficas* del arzobispo de Palmira don Félix Amat publicólas su sobrino don Félix Torres Amat el año 1824, y fueron inmediatamente prohibidas por Roma, como lo fué también el *Diseño de la Iglesia militante*. El día 6 de agosto de 1842, don Félix Torres Amat, obispo de Astorga, publica una pastoral en defensa de las *Observaciones pacíficas* de su tío, y también fué prohibida por el Papa. Todavía no cedió el obispo de Astorga, y publicó el escrito que Balmes refuta aquí con sus *Consideraciones*. El título completo del folleto refutado es como sigue: *Apología católica de las «Observaciones pacíficas» del ilustrísimo señor arzobispo de Palmira sobre la potestad eclesiástica y sus relaciones con la civil, aumentada con algunos documentos relativos a la doctrina de dichas «Observaciones», y en defensa y explicación de la pastoral del obispo de Astorga de 6 de agosto de 1842. Madrid. Fuentenebro, 1843.* Nótese de una manera particular que la pastoral de 1842 venía indirectamente a ayudar y fomentar los planes cismáticos de la regencia de Espartero, formulados en leyes por el ministro Alonso, de que se trata en un trabajo anterior de este mismo volumen.]

señor arzobispo de Palmira antes de morir. Cotejo entre su conducta y la de Fenelón. Humildad de este grande hombre en la condenación de su obra titulada *Explicaciones de las máximas de los santos*. Mal efecto que puede producir en el ánimo de los fieles el escrito del señor obispo de Astorga. Notable pasaje sobre los bienes de la Iglesia. Se impugna con la autoridad del concilio de Trento. El señor obispo de Astorga no tiene en su apoyo sobre este particular al episcopado español. Doctrinas de la *Apología* sobre los deberes de la caridad y la obediencia debida a la potestad civil. Fatales consecuencias de la doctrina del señor obispo de Astorga. Extrañeza de que S. I. se constituya defensor del gobierno y de los cuerpos || colegisladores en lo tocante a los negocios eclesiásticos, y maltrate tan duramente a sus adversarios. Más sobre la prohibición de las *Observaciones pacíficas*. Analízase el pasaje de la constitución *Sollicita ac provida* de Benedicto XIV. Defiéndese a este Papa contra las acriminaciones del señor obispo de Astorga. Reflexiones sobre lo que dice el señor obispo con respecto a la *extrema necesidad* en el negocio de la confirmación de los obispos. Gravedad de semejante indicación. Universalidad de la actual disciplina de la Iglesia sobre este punto. Pasaje del concilio de Trento. Las expresiones del señor obispo de Astorga debieron de alarmar, y con muchísima razón, a la Sede apostólica. Las necesidades extremas y la situación de España. Dos palabras sobre el jansenismo y los jansenistas. La realidad y los nombres: contradicción manifiesta en que incurre el señor obispo en lo tocante a la prohibición de las *Observaciones pacíficas*. En la pastoral como en la *Apología* se habla a un tiempo del Sumo Pontífice y del Rey de Roma, y de todo se quiere sacar partido para acriminar a la curia romana. Defiéndese de nuevo al ilustre conde De Maistre contra las acusaciones del señor arzobispo de Palmira. Noticia biográfica de M. Baston, eclesiástico de Ruán e impugnador del conde De Maistre. Dos palabras sobre el señor Arias, arzobispo de Valencia. Cortedad de la previsión política del señor arzobispo de Palmira. Los documentos que aduce el señor obispo de Astorga no hacen mucho honor en esta parte a su ilustrísimo tío, ni por lo tocante a su capacidad ni con respecto a su consecuencia. Reflexiones sobre la situación del señor obispo de Astorga. Conclusión.

El ilustrísimo señor don Félix Torres Amat, obispo de Astorga, ha dado a luz en Madrid un escrito titulado: *Apología católica de las «Observaciones pacíficas» del ilustrísimo señor arzobispo de Palmira sobre la potestad eclesiástica y sus relaciones con la civil, aumentada con algunos documentos relativos a la doctrina de dichas «Observaciones», y en defensa y explicación de la pastoral del obispo de Astorga de 6 de agosto de 1842.* Para que se comprendan los motivos que tiene el que escribe estas líneas para dar a sus *Consideraciones* el orden que || verá el lector, conviene advertir que la *Apología* a que ellas se refieren comienza por la introducción, obra del ilustrísimo señor obispo de As-

torga, continúa por la publicación del expediente dictado por el señor Amat a su secretario poco antes de morir, al que sigue la vindicación que del mismo señor Amat han hecho sus albaceas a causa de un escrito publicado en Barcelona sobre la pastoral del Ilmo. Sr. D. Félix Torres Amat, de 6 de agosto de 1842; y termina, en fin, con una explicación de dicha pastoral, que, dirigida a todos los fieles católicos, nos dice el ilustrísimo señor obispo que desea que sirva para que no se confundan los dogmas de la fe con las opiniones de los hombres. Al autor de estas *Consideraciones* le parece conveniente seguir paso a paso las partes de dicha *Apología,* emitiendo sobre cada una de ellas su humilde opinión.

Al tomar la pluma para emprender este trabajo nos sentíamos con alguna tentación de retraernos de ello, porque reflexionábamos que nos habíamos de encontrar repetidas veces en abierta oposición con el ilustrísimo señor obispo de Astorga, en quien respetamos, como es debido, el alto carácter de prelado de la Iglesia, realzado, además, con el lustre que consigo llevan el saber y las canas. Pero al propio tiempo se nos ocurría que no era conveniente dejar pasar desapercibido un escrito de un obispo español que se pone en desacuerdo con la Sede apostólica, o, si se quiere, con la curia romana. La prensa religiosa, puesta como vigilante atalaya contra los errores y equivocaciones de todos géneros pertenecientes a su objeto, tiene un deber de examinar documentos de esta clase, mayormente cuando se trata de || asuntos de tamaña gravedad, de juicios pronunciados en Roma contra obras que versan sobre materias de la más alta importancia, y muy particularmente mediando la circunstancia en extremo notable de haber sido prohibida también la pastoral en que eran defendidas las obras expresadas y donde se ventilaban gravísimos puntos de moral y de disciplina eclesiástica con aplicación a los asuntos de España. Creímos, pues, que la causa de la verdad debía pesar más en nuestro ánimo que todas las consideraciones humanas. Mas no es de recelar que, al impugnar el escrito a que nos referimos, nos olvidemos nunca de los miramientos debidos a un prelado de la Iglesia, ni que al aludir al ilustrísimo Sr. D. Félix Amat, arzobispo de Palmira, perdamos de vista que se trata de un hombre que estuvo colocado en alta dignidad, que ocupó un puesto distinguido en la república de las ciencias y de las letras, y que, por fin, ha dejado ya la mansión de la tierra para presentarse ante el supremo Juez a cuyos ojos están patentes los más recónditos secretos del humano corazón. No sacrificaremos un ápice de nuestras convicciones, hablaremos con la libertad que cumple a quien defiende la santa causa de la verdad; mas pro-

curaremos que en nuestro lenguaje resalten la consideración al mérito, respeto a la dignidad episcopal, paz a los sepulcros.

§ I

Comienza el ilustrísimo señor obispo de Astorga su introducción recordando que con fecha 9 de octubre || de 1843 hizo publicar en los periódicos nacionales un comunicado en que, después de varios considerandos, declara que se le ha puesto en la necesidad de hablar, ya para la vindicación de su tío el arzobispo de Palmira, ya también para la defensa propia [1]. Dice el señor obispo || de Astorga en el lugar citado que, habiendo sido publicadas las observaciones pacíficas de su tío en 1818 precedidas del apéndice de las cartas de Irénico dadas a luz en el año anterior, han transcurrido veinticuatro años sin que ningún obispo o prelado de la Iglesia de España haya encontrado en ellas error alguno contra la fe y buenas costumbres, sucediendo lo mismo en

[1] Con fecha 9 de octubre de 1843 hizo publicar por los periódicos nacionales el artículo siguiente:

«Señores redactores de *El Corresponsal:* Muy señores míos: Ya que en el número 1.528 (29 de septiembre) de su periódico cuidaron ustedes de avisar al público que el Santo Padre había aprobado la prohibición de mi pastoral del 6 de agosto de 1842, espero que los redactores de ese y otros periódicos no me negarán la publicación del siguiente artículo, que es como el prólogo de los documentos que voy a imprimir para la evidente apología que de ellos resulta en defensa de mi tío el arzobispo de Palmira y de su sobrino el obispo de Astorga.

»Desde el borde del sepulcro en que me van a precipitar ya los años, los males físicos, sus inseparables compañeros, y los dolorosos sentimientos nacidos de la solicitud pastoral, agravados hasta el extremo por los mismos que debieran aliviarlos por caridad, aunque no fuera por otros motivos, estoy oyendo la voz de Dios que me dice por boca de Salomón: *Curam habe de bono nomine;* y si esto lo dice a todo hombre, ¿con cuánta más razón a un obispo, a un sucesor de los apóstoles, puesto por el Espíritu Santo para regir una porción del rebaño del Señor? El eco de tan saludable sentencia se repite con mayor claridad en la carta de San Pablo. que dice a su discípulo Timoteo: *Oportet Episcopum sine crimine esse sicut Dei dispensatorem.* Estoy muy lejos de creerme con la perfección que desea el Apóstol.

»Desgraciadamente sé por experiencia que, por elevado que se vea el hombre, está sujeto a enfermedad y a error; pero también sé que cuando con buena fe y corazón sincero pide que se le corrija si ha pecado, o se haga ver el error en que ha caído, es contra toda equidad y justicia condenarle sin oírle, y mucho más contra la caridad cristiana, especialmente si se trata de pastores del rebaño del Señor. Hasta los sabios del paganismo conocieron esta verdad, y es para mí muy creíble que por haberla declarado en mi pastoral del 6 de agosto de 1842 ha tenido la desgracia de ser colocada en el *Indice Romano*, como lo fueron las obras del arzobispo de Palmira, porque en ella manifestaba la irregular conducta ob-

Francia. Alemania y otros países, y sobre todo en la misma Italia, en donde, especialmente en Roma, continúa S. S. I., no podían ser bien recibidas algunas opiniones del Sr. Amat, como contrarias al gobierno absoluto que allí domina. La proposición a que se adelanta el señor obispo de Astorga nos parece destituída de fundamento, dado que le es imposible saber lo que || en ella afirma. ¿Quién ha dicho que ningún obispo de España, de Francia, de Alemania, de Italia no haya encontrado ningún error contra la fe y buenas costumbres en las *Observaciones pacíficas* del señor arzobispo de Palmira? La prueba de que la aserción es verdadera la encontrará sin duda S. S. I. en que los obispos no han manifestado su opinión contra la obra de su tío; pero a esto tenemos dos réplicas que hacer: 1.ª La prohibición de las *Observaciones pacíficas* la publicaron varios prelados de España, lo que indica que nada tenían que oponer a ella; y si bien es verdad que esto no indica suficientemente que ellos hubiesen encontrado errores contra la fe o las buenas costumbres, favorece muy poco a la obra prohibida y hace dudar de que sea exacta la proposición del señor obispo de Astorga. Por el mismo hecho de publicar la prohibición se adherían al juicio de la Sede apostólica y presentaban a los fieles como peligrosa la lectura de la obra del señor arzobispo de Palmira. 2.ª Los obispos no hablaron porque Roma había hablado ya, supuesto que en 1824 la Congregación del Indice había prohibido las *Observaciones pacíficas*. El silencio de los obispos nada prueba, pues, en favor de la obra prohibida; del contrario sería menester decir que todas las obras de esta clase se hallan en el mismo caso, siendo bien sabido que, una vez prohibida en Roma una publicación cualquiera, manifiestan los obispos su adhesión con su silencio o aquiescencia, sin que se crean obligados a publicar que hayan encontrado en ella este o aquel error contra la fe y buenas costumbres.

---

servada con éste, por tantos títulos digno de más consideración, cuyo honor es más apreciable para mí que el mío propio.

»Sufrí en silencio y ofrecí a Dios en sacrificio el ataque brusco y destemplado de un anónimo que, hollando la ley de la caridad cristiana y sin atender a los males que podía producir su folleto, le publicó y extendió pródigamente entre mis ovejas, hiriendo al pastor para desconceptuarle y privar de la fuerza a su palabra; pero ¿callaré ahora que veo puesta en el *Indice Romano* mi pastoral con aprobación de Su Santidad? Persuadido a que para esto no puede haber habido otro motivo que el insinuado, se me pone en la necesidad de hacer manifiestos los hechos que ocurrieron, publicando los documentos que obran en mi poder. Si alguno me acusare de imprudente, si censurare mi conducta en esta parte, responderé con el Apóstol: *Factus sum insipiens; vos me coegistis.* Casi *estoy hecho un mentecato* con tanto alabarme; *mas vosotros me habéis forzado a serlo.*—Félix, obispo de Astorga.»

Duélenos que el señor obispo de Astorga al hablar de la mencionada prohibición haya dicho que fué «precisamente || al tiempo que Luis XVIII enviaba cien mil soldados a quitarnos de España la Constitución, o gobierno representativo», y que el «gran pecado, el grande error del pacífico y modestísimo Sr. Amat para con los hombres intolerantes y exclusivos no es otro sino el seguir la doctrina de los Santos Padres y singularmente de su maestro el Angélico Doctor Santo Tomás; el no ser un *fanático absolutista,* ni en lo civil, ni en lo eclesiástico; el ser discípulo del gran Bossuet; el estar persuadido con Santo Tomás de que el mejor gobierno civil es el que participa del monárquico, del aristocrático y del democrático». «He aquí, continúa, por qué las perniciosas influencias de enemigos del difunto señor arzobispo lograron por sorpresa que la Congregación del Indice prohibiese en 1824 las *Observaciones pacíficas,* sin decir nada antes al autor, que aun vivía; y, últimamente, ha prohibido del mismo modo el *Diseño de la Iglesia,* escrito para servir de resumen de las *Observaciones* y de instrucción a los jóvenes eclesiásticos y demás fieles en general.» Repetimos que nos duele que el señor obispo de Astorga se haya permitido semejantes expresiones, cuando no puede ignorar el sumo cuidado, el pulso y detenimiento con que se hacen prohibiciones semejantes, cuando no puede ignorar que la obra de su tío el señor arzobispo de Palmira fué prohibida por el Santísimo Padre León XII en la sagrada congregación de cardenales tenida en su presencia en el palacio apostólico del Vaticano en 26 de marzo de 1825, en que aprobó y mandó publicar el decreto que contra la obra expresada había formado la misma congregación en 6 de septiembre de 1824, llenándose además ||*todas las formalidades que en tales casos se acostumbran; duélenos que el señor obispo haya presentado a la Sede apostólica como juguete de ajenas pasiones políticas, de los intereses de gobierno, de las influencias de los enemigos del difunto señor arzobispo, hasta el punto de pretender que el error de éste no es otro sino el seguir doctrinas de Santo Tomás y de los Santos Padres. Jamás se debiera permitir un obispo expresiones tan fuertes, tratándose de la cabeza de la Iglesia. Ni vale el decir que no se habla del Papa, sino de los que le han engañado, porque al fin el Papa fué quien aprobó, quien mandó publicar la prohibición, el Papa fué quien advirtió a los fieles que la obra era peligrosa, y, si vale el efugio de distinguir entre el Papa y sus consejeros, de decir que aunque el Papa lo haya hecho es que le han engañado, asentaremos en las materias eclesiásticas el funesto principio de las revoluciones políticas, en que se desobedecen y se desprecian las órdenes del rey, en que se hace hasta la guerra a su gobierno,

alegando que se trata de los actos de los ministros, no de la persona del monarca. No ignoramos lo que han escrito sobre este punto diferentes autores; no hemos olvidado los dictámenes de los fiscales de nuestros antiguos consejos; no se nos ocultan las desavenencias que ha habido entre los reyes y los papas, las distinciones que se han hecho entre la curia romana y el Papa, y hasta entre el Papa y la Sede apostólica; y hacemos estos recuerdos para que en contradicción a lo que acabamos de observar no se nos objete que no conocemos más que las falsas *Decretales*, que estamos preocupados por las máximas *ultramontanas*, que exageramos ciegamente las || prerrogativas del primado pontificio y que somos partidarios del *fanatismo absolutista* en lo civil como en lo eclesiástico. Hacemos aquí abstracción de todo linaje de cuestiones legales y canónicas; no nos proponemos señalar el límite de las atribuciones de las dos potestades; no queremos absolutamente entrar en disputas sobre las competencias que hayan podido mediar entre los obispos y los papas; sólo rogamos al obispo de Astorga que reflexione si es prudente, si es justo, que un prelado a la faz del mundo, en circunstancias tan críticas, tan desconsoladoras como las en que se encuentra la Iglesia de España, en época tan agitada y turbulenta en que los intereses ilegítimos se mancomunan con el espíritu de error para difamar a la Santa Sede, la presente nada menos que como instrumento de miras humanas, de venganzas personales, en puntos de tan alta trascendencia. Ponga el señor obispo de Astorga la mano sobre su corazón, y ya que él mismo nos dice que habla desde el borde del sepulcro en que le van ya a precipitar los años, los males físicos, sus inseparables compañeros, y los dolorosos sentimientos nacidos de la solicitud pastoral; ya que él mismo nos repite en otro lugar que está próximo a acabar los días de su peregrinación sobre la tierra, reflexione, medite, si al presentarse ante el tribunal de Dios podrá serle favorable a los ojos de Jesucristo el haber presentado al vicario de Este sobre la tierra obrando con tamaña injusticia, con tanta mezquindad de miras, y si quizás no se le recibirá como descargo suficiente el que haya echado la culpa del acto sobre los consejeros que sorprendieron el ánimo del Sumo Pontífice. Ya que él mismo nos está diciendo que oye || la voz de Dios que le habla por boca de Salomón con aquellas palabras: *Curam habe de bono nomine*, recuerde que el buen nombre de un obispo, de un sucesor de los apóstoles, de un hombre puesto por el Espíritu Santo para regir una porción del rebaño del Señor, consiste en gran parte en sostener celosamente la unidad de la Iglesia, en no dañarla en ningún sentido, en no prestar ocasión a que se siembre la cizaña, a que se introduzca la desconfianza, a

que los fieles conciban aversión a la Sede apostólica, centro de unidad, a la madre de todas las Iglesias, a la columna y firmamento de verdad, a la piedra sobre la cual edificó Jesucristo la Iglesia contra la que, según expresión del divino Fundador, no prevalecerán las puertas del infierno.

Insiste mucho el señor obispo de Astorga en que es contra toda justicia y equidad el condenar a uno sin oírle. queriendo ponderar con estas palabras la razón que le asiste para quejarse de las prohibiciones que se han hecho de las obras de su tío el arzobispo de Palmira y de su última pastoral. Pero debía recordar que es muy diferente el caso cuando se pronuncia un juicio contra las personas o sólo contra los escritos; cuando el fallo recae únicamente sobre éstos no es preciso que sean oídos los autores: todas las explicaciones que éstos pudieran dar recaen sobre su propia intención, sobre el sentido que daban a las palabras; mas no mudan un ápice en la obra, los términos quedan con el mismo significado, las proposiciones no se alteran, el encadenamiento de ellas es el mismo. Todo lo que el autor pudiera decir se reduce a lo siguiente: «Lo que yo quería || expresar era esto»; y el fallo no recae sobre lo que el autor quería expresar, sino únicamente sobre lo que ha expresado en la realidad. Condenada la obra, si el autor no persiste en su obstinación, queda salvo, intacto su honor, pues que siempre tiene el recurso de decir: «Yo no intentaba expresar tal cosa, sólo me proponía significar tal otra»; o bien: «Yo pensaba efectivamente en este sentido, pero ignoraba que esta opinión fuese un error.» En el primer caso lo más que resulta es que el autor no acertó a explicar su mente con bastante claridad, que o no empleó los debidos términos o no los coordinó de la manera conveniente; y en el segundo sólo se deduce que el autor se equivocó con ignorancia involuntaria, y ambas cosas no dañan ciertamente ni al honor, ni a la reputación de sabiduría, ni a las buenas intenciones del escritor, a no ser que queramos desentendernos de las flaquezas a que está sometida la mísera humanidad.

Estas reflexiones demuestran hasta la evidencia que no hay injusticia en este modo de proceder, y disipan la ilusión que causar pudiera a los incautos el oír que en Roma se condena sin oír. No se condenan los autores, sino sus obras; y con el objeto de dar a conocer y hacer concebir con toda claridad la justicia de este procedimiento propondremos un ejemplo muy usual, que ocurre a cada paso. Para juzgar del mérito, del carácter, de los defectos de un artefacto, de un escrito, de un producto cualquiera del ingenio humano, ¿por ventura preguntamos cuál ha sido la intención del autor? No: lo que miramos es lo que ha hecho, no lo que ha querido hacer. Tratándose, pues, del juicio de una obra, lo ||

que conviene mirar es lo contenido en ella, no lo que quería poner en la misma el autor.

El mismo Benedicto XIV, cuya sabiduría, prudencia y moderación son de todos conocidas, en su constitución *Sollicita ac provida* dice expresamente «que de ningún modo se han de reprobar las prohibiciones de los libros que se han hecho sin haber antes oído a los autores, mayormente habiéndose de suponer que todo cuanto el autor hubiera podido alegar en favor del libro lo han bien conocido y ponderado los censores y jueces». Verdad es que el autor no pocas veces podría manifestar con sus aclaraciones que en su intención no hay error en el lugar en que otros le suponen, y que, atendido el hilo del discurso, las proposiciones que a algunos les parecen dignas de censura son susceptibles de mejor sentido. Mas por lo mismo que para comprender la mente del autor no basta el examen detenido de censores ilustrados e imparciales, es de presumir que hay en el texto cuando menos alguna obscuridad que se presta a varias interpretaciones. Se nos opondrá que con esta teoría pueden prohibirse todas las obras que se quieran; pero siempre es cierto que ésta es una cuestión de prudencia, y que si no dejamos alguna latitud a la discreción del censor, y sobre todo si nos empeñamos en suponerle falto de ilustración y cegado por la parcialidad, abriremos ancha puerta para recusar todos los juicios y dar por nulas todas las prohibiciones.

Hubiéramos deseado que el ilustrísimo señor obispo de Astorga hubiese andado con más tiento en adelantar «que el error de su tío consistía en no ser un fanático absolutista ni en lo civil ni en lo eclesiástico», y que no se || hubiese empeñado en ver cierto misterio en la coincidencia de prohibirse las *Observaciones pacíficas* algún tiempo después de la invasión francesa del año 23. No sabemos hasta qué punto era el señor arzobispo de Palmira amigo del gobierno mixto de monárquico, aristocrático y democrático, según nos asegura el señor obispo de Astorga; pero lo cierto es que en la misma *Apología católica* que estamos examinando se encuentran pasajes en que el difunto señor arzobispo manifiesta su satisfacción por el restablecimiento de Fernando VII en la plenitud de sus derechos. En el documento tercero, que se halla en la página 10 y que contiene la adición primera a la carta nona y última a Irénico, se lee el siguiente notabilísimo pasaje:

«1. La necesidad tan inculcada en las *Cartas* y en las *Observaciones* de que en España se traten con espíritu de paz y de caridad las disputas sobre la potestad eclesiástica, tanto las relativas a la potestad civil como las interiores o propias de su misma jerarquía, es ahora tanto o más justa y necesaria que nunca por las particulares circunstancias

en que nos hallamos. Todos los que nos gloriamos de ser españoles y de ser católicos debemos manifestarnos agradecidos a la infinita bondad de la divina Providencia, a la cual debemos el habernos aparecido el iris de la paz, el respirarse ya comúnmente en la península el aire suave de la pública tranquilidad, y el hallarnos todos indudablemente constituídos bajo el legítimo gobierno de la antigua monarquía hereditaria española, que nuestro augusto soberano Don Fernando VII heredó de sus abuelos, y es monarquía católica desde los tiempos de Recaredo. No || perdamos nunca de vista que tan singular beneficio nos le hizo la divina Providencia, principalmente por medio del justo y benéfico corazón de nuestro mismo soberano; pero también con el auxilio del ejército pacífico enviado por el rey de Francia de acuerdo con los demás soberanos de Europa. Esta sola consideración nos deja libres de todo miedo de vernos otra vez dominados de alguna facción de partido que se apodere de las cosas públicas, y en general del monstruo de la anarquía.»

Aquí se echa de ver que no miraba con malos ojos ni el restablecimiento de la monarquía absoluta, ni la entrada del ejército francés.

En el mismo lugar, página 18, se expresa en estos términos:

«De lo dicho hasta aquí es fácil sacar una sencilla consecuencia que quisiera grabar en los corazones de los españoles eclesiásticos y seglares, militares y paisanos, de todo sexo, edad o profesión, desde los más sabios a los más ignorantes, desde los más ricos a los más pobres, y desde los que habitan en las capitales hasta los carboneros y pastores que no salen de los montes o desiertos; a saber: *Son ahora indignos de llamarse españoles o católicos: 1.º, los que ya se descuidan de dar continuas gracias a la divina Providencia por el beneficio que nos ha hecho de restablecernos bajo el dominio de la antigua monarquía hereditaria española.*»

Juzgue ahora el lector si el señor obispo de Astorga, tratando de justificar a su tío y de presentarle como víctima de las pasiones políticas, ha andado con mucho acierto suponiéndole opiniones favorables a los gobiernos mixtos, y enemigo del restablecimiento de la monarquía || absoluta, a no ser que conceda que su tío en estos pasajes hacía traición a sus opiniones.

Inserta el señor obispo de Astorga el expediente sobre la retractación de las *Observaciones pacíficas y sus apéndices, publicados en nombre de don Macario Padua Melato, que el señor nuncio apostólico exigió del señor arzobispo de Palmira, su autor*. En la relación de lo ocurrido en este negocio se halla que, con fecha de 21 de abril de 1824, el excelen-

tísimo señor don Santiago Giustiniani, nuncio de Su Santidad en Madrid, por encargo de S. S. escribió al arzobispo de Palmira que en su obra titulada *Observaciones pacíficas*, publicada en nombre de don Macario Padua Melato, y en los apéndices de ella se trataba de justificar todos los extravíos de las Cortes, y de alentar a los novadores a completar la obra de iniquidad que tenían empezada; que Su Santidad mandó a la Sagrada Congregación del Indice que se ocupase detenidamente de la obra para calificarla con la debida solemnidad, y que, concluído este primer paso, se habría de proceder contra el arzobispo, a quien podían resultar perjuicios sumamente trascendentales, pues que las dos potestades eclesiástica y civil se hallaban igualmente empeñadas en este negocio; en cuya consecuencia le manifestaba el nuncio que Su Santidad estaba dispuesto a usar de toda la lenidad y dulzura apostólica si S. I. enviaba una retractación lisa y llana de sus errores para que se publicase por medio de la imprenta. A esta carta del nuncio contestó el señor arzobispo de manera no muy satisfactoria, incluyendo, además, un largo escrito en que exponía sus doctrinas y sus temores. No se dió por satisfecho el nuncio con la contestación || del señor arzobispo, diciéndole sin rodeos que, bajo el solapado mando de preservar a los fieles contra los ataques de los pretendidos filósofos, de propósito recuerda especies que, aunque se aparenta combatirlas, se dirigen a infundir recelos contra los objetos que abraza: manifiéstale que el impreso que le ha enviado en testimonio de sus actuales sentimientos le ha alarmado mucho, y que, lejos de mirarle como un buen presagio, lo reconoce como una prueba de la firme adhesión del arzobispo a sus erróneos principios. El nuncio de Su Santidad se indigna sobremanera porque el señor Amat llama protestante al conde De Maistre, llegando a expresarse en estos términos: «V. S. I., lo diré con dolor, parece ser sumamente ignorante o un atroz calumniador: lo primero, si no sabe lo que todo el mundo conoce, que el piadosísimo Maistre era católico, y muy buen católico, y ojalá lo fuésemos tanto nosotros, y si no ha podido reconocer esta verdad por la lectura de su obra sobre el Papa, caso que en efecto la haya tenido en sus manos y meditado; lo segundo, si a pesar de saber todo esto se ha servido por su fin particular acriminarle de protestante, y todavía de algo peor a los ojos de los crédulos que no lo entienden.»

Laméntase mucho el señor obispo de que el nuncio de Su Santidad se valiese de expresiones tan duras, que en efecto lo son, las de que «parece ser sumamente ignorante o un atroz calumniador». Prescindiremos de si era o no conveniente que el nuncio emplease semejantes expresiones;

pero no podemos menos de observar que el arzobispo de Palmira hablaba del conde De Maistre en términos que no podían esperarse de un || hombre tan versado en la lectura, y a quien, por consiguiente, debemos suponer muy diestro en alcanzar el verdadero sentido de una doctrina.

No tanto el honor del conde De Maistre, como el interés de la verdad, nos obliga a detenernos en la aclaración de las doctrinas del conde De Maistre, que tantos recelos le inspiraban al señor arzobispo de Palmira y que con tanta dureza las calificaba. Crece la importancia de este asunto si se considera que semejantes expresiones no se le escaparon al señor Amat en un momento de inadvertencia, sino que procedían de una opinión fija, opinión que con más o menos claridad ha reproducido su sobrino el obispo de Astorga, si no hemos comprendido mal las alusiones y el sentido de una de sus anteriores pastorales.

Parece imposible que se haya podido decir que el conde De Maistre en su obra titulada *Del Papa* ha querido fundar un cristianismo nuevo y destruir la doctrina de la infalibilidad de la Iglesia. Para que nuestros lectores se convenzan de la verdad y exactitud de nuestra aserción analizaremos rápidamente la teoría del señor conde, desvaneciendo las objeciones que se le pueden hacer y demostrando hasta la evidencia que su intención era recta, su doctrina pura, así como sincera y profunda su sumisión a la autoridad de la Iglesia católica. En el capítulo I de su famosa obra *Del Papa*, titulado *De la infalibilidad*, advierte que se ha dicho ya tanto sobre esta infalibilidad considerada teológicamente, que sería difícil añadir nuevos argumentos a los que se han acumulado ya por los defensores de esta alta prerrogativa para apoyarla en *autoridades irrefragables* y desembarazarla || de los fantasmas con que los enemigos del cristianismo y de la unidad han procurado rodearla, con la esperanza de hacerla por lo menos odiosa, si no podían conseguir aún otra cosa peor. En estas palabras del conde De Maistre hallamos desvanecidas de antemano todas las dificultades que se le podrían objetar, a causa de que, proponiéndose después hacer plausible esta verdad religiosa, apela a consideraciones sacadas del orden político. Cuando hace esto último el expresado escritor no deja de reconocer que haya argumentos fundados en *autoridades irrefragables*, ya que él mismo lo acaba de confesar de una manera tan explícita y terminante en el principio del capítulo. Cuanto expone en seguida se dirige a presentar como plausible una verdad religiosa, observando que muchas verdades teológicas «no son otra cosa que unas verdades generales manifestadas y divinizadas en el orden religioso de tal manera, que no se podría combatir

e impugnar ninguna de ellas sin atacar una ley eterna del mundo».

Asienta en seguida que «la infalibilidad en el orden espiritual y la soberanía en el temporal son voces perfectamente sinónimas». Hablando con franqueza, confesaremos que hubiéramos deseado que, tratándose de una materia tan grave, el conde no se hubiese expresado de una manera tan absoluta; pero al propio tiempo que echamos de menos algo de aquel rigor que siempre falta a los que no se han dedicado por profesión a los estudios teológicos, no podemos negar que las ulteriores explicaciones, y sobre todo lo que resulta del conjunto de la obra, nos satisface cumplidamente; y que a lo más puede necesitar este capítulo alguna nota aclaratoria, || como la que le pusieron los autores de la *Biblioteca de Religión* en su edición de Madrid de 1828.

Expliquemos ahora cómo entiende el conde De Maistre que la infalibilidad en el orden espiritual y la soberanía en el temporal son voces sinónimas. «Una y otra, dice él mismo, expresan o significan aquel alto poder que los domina a todos, del cual todos los demás se derivan, que gobierna y no es gobernado, que juzga y no es juzgado.»

Se había dicho que la infalibilidad del Papa era una cosa monstruosa, inaudita, una invención de la lisonja destituída de todo fundamento y contraria a la sana razón; y el conde De Maistre hace notar con admirable profundidad que en la infalibilidad del Pontífice hay la aplicación de un principio general a todas las sociedades, pues que en todas se halla una autoridad suprema de cuyo fallo no es lícito apelar. El conde De Maistre ha venido a hacer este argumento: o podéis apelar de la autoridad del Papa, o no; si lo primero, la Iglesia católica está constituída de una manera más imperfecta que todas las sociedades puramente humanas, pues que en ellas hay una autoridad suprema de cuyo juicio no se puede apelar; si lo segundo, entonces reconocéis la infalibilidad. Aquí se puede hacer una objeción, cual es, que cuando se asienta por principio que en las sociedades humanas debe haber una autoridad suprema cuyo fallo sea definitivo, no entendemos decir que este fallo no pueda estar sometido a error, que haya de contener siempre la verdad, y que si le reconocemos como verdadero es por una especie de ficción legal, a causa de que si la cosa juzgada no se tuviese por verdadera serían interminables || los juicios, y todos los negocios estarían sometidos a una serie de apelaciones sin fin. Claro es que si la infalibilidad del Papa se entendiese solamente en este sentido, sería una infalibilidad puramente humana, y a la cual nos someteríamos, no porque estuviésemos convencidos de que no puede engañarnos, sino únicamente por amor de la paz y para po-

ner término a las disputas. Mas no lo entiende así el conde De Maistre, ni ninguno de los que defienden la infalibilidad pontificia. En efecto, por lo mismo que se trata de la definición de un dogma, es decir, de saber si una cosa es o no es, o si es de tal o cual manera, es evidente que quien sostiene que el Papa es infalible no sostiene una infalibilidad a la manera de los tribunales puramente humanos; pues que entender la cuestión en tal sentido sería caer en un miserable juego de palabras. Entonces el fiel que se sujetase a la decisión del Papa podría decir: «Yo reconozco que este hombre puede haberse engañado como otro cualquiera; mas para acabar con las disputas me someto a su juicio suponiéndole infalible.» Semejante sumisión sería hipócrita, esencialmente opuesta a las condiciones que se necesitan para tener verdadera fe, pues que ésta no existe ni puede existir cuando no estamos enteramente seguros de que ni se nos engaña, ni se nos puede engañar.

Cuando un negocio que ha pasado por diferentes grados de apelación ha llegado al tribunal supremo del Estado, los litigantes están obligados a someterse a la decisión que recaiga, sin que les sea permitido el apelar de nuevo. Entonces el que ha perdido la causa, y que se creía con la razón y la justicia de su parte, puede decir: «Yo me someto al fallo del tribunal; no me opongo || ni puedo oponerme a la ejecución de la sentencia, mas por esto no quedo obligado a abjurar mi opinión de que la justicia me asistía. Los jueces engañados o sobornados han fallado contra mí, pero no han alterado ni la naturaleza del negocio ni las disposiciones del derecho.» Esto basta para el buen orden de la sociedad; con esto se logra poner fin a los juicios, y, de consiguiente, se ha llenado el objeto que se proponen los legisladores al establecerlo así, dado que de otra manera estaría entregada la sociedad a continua incertidumbre, del mismo modo que se ha inventado el derecho de prescripción para que los poseedores no estuviesen en perenne ansiedad y temores de perder sus propiedades. Mas ¿quién no ve que esto no es suficiente tratándose de creencias? Para creer es preciso un asenso firme, interior, y no basta el silencio, ni tampoco la hipócrita sumisión hija únicamente del deseo de poner fin a las disputas.

Para convencerse de cuán falsa era la imputación de protestantismo hecha al conde De Maistre por el señor arzobispo de Palmira, basta abrir su obra titulada *Del Papa*. pues en todas partes se encuentra el más vivo entusiasmo por la Iglesia católica apostólica romana, el más ferviente celo por vindicar el honor de la Santa Sede, la más profunda convicción de que Jesucristo está con ella; en todas partes dirige fuertes argumentos contra los protestantes,

contra los griegos cismáticos y cuantos se han separado de la unidad de la cátedra de San Pedro.

Por lo tocante a la retractación exigida por el señor nuncio, resulta de la misma correspondencia publicada por el señor obispo de Astorga que el señor arzobispo || de Palmira no tenía intención de hacerla. En sus cartas se ve que se proponía ganar tiempo, y que, involucrando el asunto de su retractación con otras cuestiones que nada tenían que ver con ella, estaba muy distante de imitar la humildad y docilidad de Fenelón, que él mismo nos recomienda, y a quien nos asegura que se proponía por modelo, hasta llegar a decir que excedería al ilustre señor arzobispo de Cambray.

En las notas a los indicados documentos se lee una advertencia en que se dice que se publican algunas de las que el secretario de cámara del difunto señor arzobispo atestigua que en los últimos días de la vida iba apuntando el señor Amat. En una de éstas parece traslucirse la intención de envolver en este asunto al señor Veyán, obispo de Vich. La buena memoria que ha dejado en nuestro país este venerable prelado nos obliga a detenernos un instante en el examen de lo que pudo haber en este asunto. Se nos dice en el expresado lugar que el señor Veyán, luego que oyó de la boca del señor Amat el plan de la obra en que estaba trabajando y los principios que le guiaban, le animó extraordinariamente a que la llevara a cabo, diciéndole: «No tenemos en español ninguna obra de este género, y así es que clérigos y frailes andan a obscuras en esta materia. Y tanto o más que el clero la necesitan los abogados y los magistrados.» Permítanos el señor obispo de Astorga que le digamos que no parece conveniente sacar a luz en letra de molde las conversaciones familiares de un prelado sobre tan grave materia, mayormente habiendo éste muerto ya hace veintinueve años, y, por consiguiente, no pudiendo ser corregida o enmendada la variación || que por olvido o descuido involuntario se introdujese en sus palabras. Nadie ignora cuán difícil es referir al pie de la letra lo que ha dicho otro en el decurso de una conversación. Pero supongamos que el señor Veyán hubiese dicho sin faltar un ápice lo que se supone, ¿qué prueba esto en favor de las *Observaciones pacíficas?* Nada absolutamente. Claro es que, hablándole el señor Amat al señor Veyán de que se proponía escribir una obra en que se deslindasen las atribuciones de la potestad civil y de la eclesiástica, era natural que le dijese, siquiera por cortesía, que en esto podía hacer un servicio importante a la Iglesia y al Estado; que faltaba una obra buena en este género; que importaba que los clérigos se instruyesen a fondo en estas materias; ni fuera nada extraño que, celoso como era de que éstos fueran sabios, se la-

mentase de que algunos no poseían los conocimientos que él deseaba. Todo esto es muy natural, muy conforme al orden regular de las cosas; pero no comprometen el juicio del señor Veyán en pro de la obra. En asuntos de esta clase el título y hasta la exposición del plan no bastan a dar una idea cumplida de lo que ella será; todo depende de la ejecución; y por más que el autor hable de lo que intenta hacer, son suficientes algunas reticencias o expresiones ambiguas para dejar frustradas las esperanzas hasta de los más avisados. Lo propio decimos de lo demás que nos refiere el señor obispo de Astorga haberle dicho un día el mismo señor Veyán exhortándole a que excitara a su tío a que llevase a cabo la tarea comenzada. Creemos que hubiera sido más conveniente que el señor obispo de Astorga, caso de querer publicar las palabras del señor || Veyán, se hubiese contentado con expresar su sentido, y no empeñarse en insertarlas como copiadas de un texto que se tiene a la vista. Porque repetimos que el conservar las palabras de otro con tanta exactitud en la memoria es poco menos que imposible; y esto de prestar a un difunto palabras, frases y hasta un discurso entero, por corto que sea, es asunto muy delicado.

Publica también el señor obispo de Astorga una carta del excelentísimo señor arzobispo de Tiro, nuncio apostólico, en contestación a otra que le había dirigido el señor Amat enviándole un ejemplar de sus *Observaciones.* Pero la expresada carta del nuncio no prueba nada de lo que al parecer se intenta. Se reduce a dar al arzobispo las gracias por su fineza, añadiéndole que cuando pueda hallar algún momento libre para leerlas lo verificará, no con intención de buscar o descubrir faltas, sino a fin de admirar bellezas y la sana doctrina que S. I. habrá vertido. Mírense como se quiera estas palabras no se hallará en ellas otra cosa que un cumplimiento, que una fórmula de atención, pero de ninguna manera un juicio de la obra, ya que el mismo señor nuncio dice que no ha podido leerla.

Hablando en la página 54 de lo ocurrido con el señor obispo de Barcelona, cuenta el de Astorga que aquél se le excusó por lo que había hecho contra el señor Amat prohibiendo todos los tomos de *Observaciones pacíficas,* y después de recordar que el ilustrísimo señor Sichar debía su elección para aquella mitra al señor Amat, dice: «Le conté que un eminentísimo y sabio prelado a quien impugnó el señor Amat con solidez y decoro la opinión de que la confirmación de los obispos es del Romano Pontífice, || no por ley disciplinal de la Iglesia, sino por derecho divino, me aseguró por dos veces distintas que desde que salieron a luz las *Observaciones pacíficas* las mandó comprar; que había

leído los dos tomos, y que le habían parecido muy sólidos los fundamentos en que se apoyaba.» Respetamos la palabra del señor obispo de Astorga: no dudamos de su veracidad, pero, salvo todo el respeto debido a su persona, nos es permitido dudar de que las opiniones del eminentísimo señor a quien se refiere fuesen las mismas que las de su tío; y que, por consiguiente, encontrase sólidos en toda la propiedad de la palabra los fundamentos en que se apoyaban las *Observaciones pacíficas*. Todos sabemos lo que valen esta especie de expresiones generales. Se le pide a una persona el juicio sobre una obra que está muy distante de aprobar; pero, deseoso de no desagradar al sujeto que hace la pregunta, le responde en términos generales, evasivos, huyendo del punto de la dificultad, elogiando lo que haya de laudable y dejando lo digno de reprensión o censura para mejor oportunidad. ¿Quién ignora el diálogo que en semejantes casos suele entablarse? «Vamos, señor don N. ¿Qué le parece a usted de tal obra? —Cabalmente estos días me hallo tan ocupado y... —Pero bien, ¿no ha leído usted nada de ella? —¡Oh! sí, le he dado varias ojeadas, no he podido formarme idea cabal; necesito más tiempo, pero ya veo que este señor ha puesto aquí mucho trabajo. —Y ¿qué le parece a usted de sus doctrinas? —En cuanto a doctrinas... ¿Qué quiere usted que le diga?... Se ha escrito tanto sobre esto... Pero no puede negarse que el autor tiene mucho talento y erudición, y que ataca a sus adversarios de una manera ‖ terrible. —¿Ha leído usted tal pasaje? —Cabalmente... —Sabe usted lo que he leído tales reflexiones que me han parecido muy sólidas: trata la materia de una manera que me ha gustado.»

De suerte que el pobre censor, acosado en todas direcciones, se salva como puede, y deja a otros que den un fallo que él no tiene necesidad de dar y que le pondría en compromisos que no le agradan.

Por lo que acabamos de decir se echa de ver que nada valen los testimonios alegados con la mira, según parece, de dar cierta importancia a las *Observaciones pacíficas* y convencer a los lectores de que en Roma se ha prohibido una obra de sanas doctrinas y mérito sobresaliente. No es éste el lugar de entrar en discusión sobre ella, ni es tal el objeto que nos propusimos al tomar la pluma para escribir algunas consideraciones que se nos ocurrieron al leer la mencionada *Apología*. ¿Cuál es el objeto del señor obispo de Astorga? Si vindicar la obra prohibida, muy mal camino ha tomado amontonando documentos donde nada se encuentra que la justifique, ni que aun llegue a dar una idea de la misma. Si vindicar la memoria de su tío el señor arzobispo de Palmira, por cierto que tememos mucho no la

haya dejado malparada. Ya hemos dicho que de su correspondencia con el nuncio de Su Santidad se desprende a las claras que no quería retractarse; y tan fija tenía esta idea, que manifestó a su sobrino don Juan Amat y a su secretario temores de que alguno quisiese tal vez valerse de los ratos en que estaba desvanecido y no en su cabal discernimiento, para hacerle retractar de alguna cosa contra el dictamen de su conciencia: *En tal caso*, dijo, || *lo desmentiréis*. Incomprensible parece que el señor obispo de Astorga nos haya referido este hecho en un escrito en que pretende dejar bien sentadas la modestia, la humildad, la sumisión del difunto a la autoridad pontificia. Lo confesamos francamente: estas palabras nos hacen estremecer, desearíamos que el señor obispo de Astorga no las hubiese entregado a la prensa, y más aún que su tío no las hubiese pronunciado. ¿Cómo se ha podido comparar a Fenelón a un hombre tan aferrado a su propio parecer, que con tanto cuidado precave el peligro de que pudiese salir a luz una retractación suya? Ni basta el decir que él hablaba de retractación que fuese contra el dictamen de su conciencia, porque es evidente que lo mismo pudieran alegar los obstinados en los más graves errores. En efecto: jamás hubo hereje alguno que no dijese que no estaba convencido de sus doctrinas, y que al exigirse la retractación no respondiese que no podía hacerla por ser contrario al dictamen de su conciencia. No; no es así como procedió Fenelón; no es Fenelón el modelo que tenía ante sus ojos el señor arzobispo de Palmira. En vano se nos dice que estaba dispuesto a imitarle y aun a excederle: nada pueden las palabras contra la evidencia de los hechos. El inmortal arzobispo de Cambray no sólo se retractó, sino que lo hizo en circunstancias muy diferentes y mucho más aflictivas y duras de las en que se encontraba el arzobispo de Palmira. No se trataba de una obra que no había sufrido impugnaciones, sino de un libro que había llamado la atención de la Francia y de la Europa, y en que Fenelón tenía por rival nada menos que al mismo Bossuet. Agitada en Francia la cuestión, y exaltados || los ánimos de una manera increíble, fué, por fin, el negocio llevado a Roma, deseando ambas partes oír el fallo de la Sede apostólica. Inocencio XII, que a la sazón se hallaba gobernando la Iglesia, encargó el examen preparatorio a diez teólogos de los más distinguidos, los cuales, después de ocho meses de trabajo, se dividieron en opiniones. Cinco eran de parecer que el libro debía ser condenado; los otros cinco sostenían que la doctrina era ortodoxa.

Fué preciso, pues, revisar de nuevo el libro, examinar a fondo la cuestión que no habían alcanzado a resolver diez hombres consumados en la ciencia teológica, y para este

objeto se estableció una junta de cardenales, la cual después de veintiuna conferencias nada decidió. El Sumo Pontífice, anhelando dar cima a tan arduo asunto, que tenía en expectativa al mundo católico, formó otra congregación compuesta de lo más escogido que se conocía en Roma, la que después de cincuenta y dos conferencias resolvió, por fin, que había proposiciones dignas de censura, y las designó.

Durante estos trabajos, en que se gastaron dieciocho meses, pues que se celebraron todavía otras muchas conferencias para tratar del modo con que debía hacerse la censura, los adversarios de Fenelón le achacaban que con sus mañas e intrigas procuraba retardar el golpe que le amenazaba. Era ésta una negra calumnia destituída de todo fundamento y diametralmente opuesta al carácter de Fenelón, de suyo cándido, ingenuo, enemigo de obscuros manejos. Fácil es comprender cuánto afectarían el ánimo del ilustre prelado semejantes imputaciones; pues, por más virtuoso que se le suponga, natural || era que su delicada sensibilidad sufriese agudamente al ver que se le presentaba a los ojos del público como un miserable intrigante. Atendida la humana flaqueza, era de temer que, exasperado Fenelón con tanta injusticia, se precipitara en el camino de la resistencia, si llegase el caso que la Sede apostólica condenase sus escritos.

Debíasele presentar al ilustre arzobispo una tristísima perspectiva cuando consideraba el gozo, la alegría en que rebosarían sus adversarios al verle humillado y precisado a retractarse. El amor propio, que siempre retoña por más que la virtud se empeñe en sofocarle, se sublevaría terriblemente con la idea de tamaño abatimiento, y le aconsejaría que se pusiese a la cabeza de un partido numeroso, que con gusto se hubiera afiliado bajo la bandera de un hombre tan eminente.

Por fin, se dió la sentencia el día 12 de marzo de 1699. El Papa condenó el libro titulado *Máximas de los santos* en general, y veintitrés proposiciones en particular. En el decreto se añade que la lectura de dicho libro podría inducir a los fieles a errores ya condenados, y en cuanto a las veintitrés proposiciones se dice que son temerarias, escandalosas, malsonantes, ofensivas de los oídos piadosos, peligrosas en la práctica, y aun respectivamente erróneas.

Había llegado el momento decisivo en que debía verse si la sumisión que el arzobispo había prometido se verificaría o no. Luis XIV, cual si hubiese querido apesarar más el ánimo del afligido prelado, procuró que la publicación y aceptación del breve de Su Santidad se hiciese con todas las solemnidades imaginables, e intimó || con este objeto a todos los metropolitanos que congregasen sin tardanza a sus

sufragáneos para aceptar solemnemente la decisión pontificia. Y ¿qué hizo Fenelón en semejantes circunstancias? ¿Acaso pidió explicaciones? ¿Por ventura distinguió entre las veintitrés proposiciones condenadas en particular y la condenación del libro en general? ¿Recurrió a la distinción entre el hecho y el derecho? ¿Se valió de alguno de aquellos efugios que tan fácilmente inventan la vanidad y el orgullo cuando no quieren inmolarse en las aras del deber? Nada de eso; haciéndose superior a las calumnias y a la befa de sus enemigos, sobreponiéndose a sí mismo con admirable humildad y entereza, prohibió a sus amigos que le defendiesen, condenó su propio libro, e hizo un edicto sobre él, subiendo él mismo al púlpito para publicarle. Hele aquí: «En fin, carísimos hermanos, nuestro Santo Padre el Papa ha condenado por un breve el libro intitulado *Explicaciones de las máximas de los santos*, con veintitrés proposiciones sacadas de él. Nos conformamos con este breve, así en cuanto al texto del libro como en cuanto a las veintitrés proposiciones, absoluta y sencillamente y sin ninguna sombra de restricción. Con todo nuestro corazón os exhortamos a una sumisión semejante y a una docilidad ilimitada, no sea que se altere insensiblemente la sencillez de la obediencia que se debe a la Santa Sede, de la cual queremos, mediante la gracia de Dios, daros ejemplo hasta el último instante de nuestra vida. No permita Dios que jamás se hable de mí sino para acordarse que un pastor creyó deber ser tan dócil como la última oveja del rebaño y que no puso ningún límite a su sumisión.» ||

¡Cuán grande se presenta Fenelón venciéndose a sí mismo de una manera tan asombrosa! ¡Cuánto no hubiera crecido el nombre del señor Amat si hubiese imitado tan sublime ejemplo; si, despojándose de su amor propio, se hubiese sometido lisa y llanamente a la decisión pontificia; si, lejos de eludir la cuestión, como lo hace en sus cartas al nuncio, se hubiese prestado dócilmente a lo que de él reclamaban su deber y su misma gloria! ¿No quería que se le dijesen todos los errores en que incurriera? ¿No era ésta la súplica que dirigía a varios prelados? ¿No protestaba de su profunda sumisión a la Sede apostólica? ¿Por qué, pues, sabiendo el juicio de ésta, se resistía a la retractación y temía que no se la arrancasen en un momento de sorpresa, advertía del peligro a sus parientes y pronunciaba aquel *lo desmentiréis* que debieran haber ocultado cuidadosamente lòs amantes de su buena memoria? Y es de notar que con semejante retractación no tenía que devorar el señor arzobispo de Palmira la humillación a que se vió condenado el de Cambray. El señor Amat había publicado sus *Observaciones pacíficas*, pero no se habían levantado sobre ellas

disputas ruidosas; no tenía rivales como Bossuet; no se había estado en expectativa del fallo de Roma por espacio de dieciocho meses; nadie hubiera pensado en la condenación de la obra sino para ensalzar la humildad del autor. Entonces se hubieran desvanecido hasta las más ligeras sospechas contra la rectitud de sus intenciones y la sinceridad de sus palabras; entonces se hubieran disipado de un soplo todas las prevenciones contra el respetable prelado; entonces se hubiera podido decir: «El oro ha sido probado || en el crisol, y del crisol ha salido más puro y brillante.»

Después de una sumisión tan completa como acabamos de ver, todavía sufrió Fenelón nuevas humillaciones. Sabido es que hasta se puso en duda la sinceridad de tan explícitas palabras, y en un concilio provincial celebrado por él mismo para la aceptación solemne del breve, uno de sus sufragáneos, el obispo de Saint-Omer, se atrevió a echarle en cara que en el edicto no expresaba que se conformase de corazón a la condenación de su obra, llegando a proponer que se suprimiesen todos los escritos que el arzobispo había publicado en su defensa, los cuales no habían sido prohibidos en Roma. Pero llegó a tanto la humildad del arzobispo, que no sólo sufrió benignamente la exageración de su sufragáneo, sino que, apoyando la propuesta, procuró que la asamblea suplicase al rey que se suprimiesen todos los escritos publicados en defensa de la obra prohibida, como en efecto se hizo, expidiendo a consecuencia Luis XIV un decreto en que lo mandaba. Así se porta la verdadera humildad: éste es el camino, el honroso camino que resta a los que voluntaria o involuntariamente han caído en error; y ya que no se quiera llevar a tan alto punto la humildad como lo hizo Fenelón, allanándose a más de lo que se le exigía, debe todo escritor católico someterse tan presto como la Sede apostólica haya pronunciado su fallo. «Mi misión, decía el arzobispo de Cambray a Mr. Ramsay, no fué un rasgo de política, ni un silencio respetuoso, sino un acto interior de obediencia a solo Dios, que habla por la cabeza de la Iglesia. Según los principios de los católicos, he mirado la || sentencia de la Santa Sede y de los obispos como una expresión de la voluntad suprema y como un eco de la voz divina. No me he detenido en las pasiones, en las preocupaciones, ni en las disputas que precedieron mi condenación. Oí que me hablaban como a Job de en medio del torbellino y que me decían: ¿Quién es el que mezcla sentencias con discursos inconsiderados? Y respondo de lo íntimo de mi corazón: «Pues he hablado indiscretamente, sellaré mis labios y callaré.» Desde entonces he mirado con desprecio los vanos efugios de la cuestión del hecho y del derecho, he aceptado mi condenación sin restricción alguna, y no he

querido ni debido obrar de otro modo.» ¿Fué ésta la conducta del arzobispo de Palmira?

Continúa la *Apología* copiando un interrogatorio que en 1833 sufrió don Félix Torres Amat, electo obispo de Astorga, de parte del eminentísimo señor cardenal Tiberi, presbítero, nuncio de Su Santidad, por suponérsele defensor de las doctrinas de su difunto tío el ilustrísimo señor don Félix Amat, arzobispo de Palmira, sobre cuyo documento no queremos extendernos, como ni tampoco sobre las notas que le acompañan, por parecernos que si alguna observación notable pudiera hacerse sobre ello es de las que hemos emitido anteriormente. Por el mismo motivo pasamos por alto la *Vindicación* del señor don Félix Amat hecha por sus albaceas testamentarios contra el escrito que se publicó en Barcelona titulado: *Algunas serias reflexiones sobre la carta pastoral del Ilmo. Sr. D. Félix* [Torres] *Amat, obispo de Astorga, de 6 de agosto de 1842, por B. J. C.* Al autor de dicho escrito incumbe el responder a la expresada *Vindicación;* nosotros nada || tenemos que ver con ella. Pasaremos, pues, a la última parte de la *Apología,* que contiene la explicación que da a su pastoral de 6 de agosto de 1842 el obispo de Astorga.

§ II

Sentimos en el alma que el venerable prelado, próximo, como él mismo nos dice, a dar cuenta de sus acciones ante el supremo Juez, haya preferido levantar su voz contra la prohibición de su pastoral a una sumisión humilde, que tanto hubiera honrado su carácter de obispo, su saber y sus canas. ¿Cómo es posible que el respetable anciano no haya tenido quien le advirtiese de que sólo podía servir para turbar la conciencia de los fieles el arrojarse un obispo a suponer que la prohibición hecha en Roma puede ser efecto de una «aleve impostura, de un terrenal apego a intereses perecederos», y que el ánimo del vicario de Jesucristo haya sido sorprendido por los enemigos del autor de la pastoral hasta inducirle a que obrase «contra lo que era de esperar de su augusta misión *como cabeza de ministerio sagrado,* y que miras temporales o apasionados consejos hayan logrado poner en boca del Santo Padre la aprobación de la censura»? ¿Qué efecto puede producir en el ánimo de los fieles el ver a un obispo declamando contra lo que él apellida «intrigas de curiales cortesanos, que *piensan que la piedad es una granjería,* y hablar contra la imponderable ceguedad con que dice que obscurecen el verdadero esplendor del solio pontificio, con tal de saciar antiguos rencores,

deprimen y ultrajan el episcopado a || trueque de sostener arraigados abusos, con pretexto de un brillo que juzgan necesario, y encienden la tea de la discordia entre los cristianos alarmando sus conciencias, si así logran conservar una dominación mundana»? ¿Qué más pueden decir los más encarnizados enemigos de la curia de Roma? ¡Ah! El corazón se aflige al ver que un obispo exclama que «tales son los efectos del *fanatismo,* de la *superstición,* que con la intolerancia de un celo, que no es, según la ciencia, abren la puerta y preparan el camino al fanatismo de la impiedad». Nunca, jamás debiera permitirse un obispo expresiones semejantes; lo decimos con dolor, pero es preciso decirlo en obsequio de la verdad. ¡Jamás un prelado de la Iglesia debiera emplear un lenguaje que usan tan a menudo los más encarnizados enemigos de la religión! Añade el señor obispo que no puede callar porque en conciencia no puede mostrarse sordo a la voz del profeta que le dice: *Clama ne cesses;* no era ésta la voz que oía Fenelón después de haber sido condenada su obra; muy al contrario, le pareció, según él mismo nos refiere, que oyó que le hablaban como a Job, en medio del torbellino, diciéndole: «¿Quién es el que mezcla sentencias con discursos inconsiderados?» Y él respondió de lo íntimo de su corazón: «Pues he hablado indiscretamente, sellaré mis labios y callaré.»

Cuánto mejor obrara el señor obispo de Astorga imitando tan alto ejemplo, que no arrojándose a una defensa que con el tiempo podría conducirle a un abismo, que no tachando a sus enemigos de «vanidad, de soberbia, de hipocresía, de falso celo y demás estímulos de la triple concupiscencia», que no exaltándose hasta || tal punto por la expresada prohibición, que dice «que para castigo de nuestras culpas parece llegado el tiempo en que los hombres *no pueden sufrir la sana doctrina, sino que, teniendo una comezón extremada* de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, *recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos* (II Tim., IV)».

Tan aferrado se muestra a su pastoral, que afirma que después de haber meditado mucho sobre el contenido de ella, invocando fervorosamente las luces del Padre de toda ciencia, y consultado con varios prelados y muchos varones piadosos y doctos, no ha podido encontrar ni un *solo pensamiento, ni una sola frase, ni una sola palabra* siquiera que ofrezca fundado motivo para aquel severo procedimiento: todo lo atribuye al ultramontanismo más avanzado e intolerante.

Defiende en seguida con calor su doctrina de que la pérdida de los bienes temporales del clero español es una consecuencia de las nuevas opiniones políticas que el gobierno

había adaptado; insiste en la calificación de *mera opinión política*, y sostiene el supremo derecho de la potestad civil para dar semejante paso. Sean cuales fueren las doctrinas de S. I. sobre los bienes temporales de la Iglesia, parécenos que debía abstenerse de calificar de *mera opinión política* la que sostiene el derecho del despojo.

Advierte el señor obispo que el divino Fundador de nuestra santa religión no estableció su reino sobre los caducos bienes de este mundo, ni vino a fundar una dominación como la de los reyes de las naciones, ni aun rogado quiso mezclarse en juzgar temporales diferencias. || Cita con este objeto varios textos de los evangelistas, asegura que la tradición constante ha venido enseñando esta misma doctrina, y añade «ser bien seguro que no se producirá un solo documento auténtico de las Sagradas Letras, venerable antigüedad, o decisiones de la Iglesia, donde resulte ser dogma de fe que por derecho divino posea el clero sus bienes, ni que al arrebatárselos con justicia o sin ella, sea con pública utilidad o sea con daño, se haya atacado por esta medida a la esencia de la religión». Parécenos que el señor obispo de Astorga no toca en el verdadero punto de la dificultad, y que traslada la cuestión a un terreno muy diferente del en que debe agitarse. Al leer sus palabras diríase que sólo se disputa si es dogma de fe que el clero posea por derecho divino sus bienes. y si el arrebatárselos es contra la esencia de la religión o no. Sin embargo, es bien claro que no se trata de esto, y sí únicamente de saber si la doctrina que establece el derecho del despojo puede ser calificada de mera opinión política o no. Una cosa es preguntar si es de fe que el clero posea por derecho divino sus bienes, y otra es el investigar si es lícito o no el despojarle de ellos. Estas dos cuestiones son muy diferentes, porque para verificarse que el despojo de un propietario es ilícito no es menester probar que dicho propietario posea sus bienes por derecho divino. ¿Acaso un particular cualquiera posee por derecho divino el dinero que lleva en la bolsa? Y, no obstante, ¿quién dirá que el arrebatárselo no sea un atentado? Aplicando a este ejemplo el raciocinio del señor obispo de Astorga se pudiera decir que el ladrón que ha tenido la humorada de vaciar la bolsa de su prójimo lo ha hecho por una || mera opinión particular, y cuando se objetase que ¿cómo es posible calificar de mera opinión la de que puede quitarse el dinero al prójimo?, se podría responder que no es de fe que éste poseyese su dinero por derecho divino. Y no se diga que nos chanceamos, pues la identidad del raciocinio no puede ser mayor. El señor obispo de Astorga había dicho que la pérdida de los bienes temporales del clero español era una consecuencia de las nuevas opiniones políticas que

el gobierno había adaptado; y proponiéndose sostener la calificación de *mera opinión política,* como dice literalmente en la *Apología,* prueba su sentencia diciendo que no es de fe que el clero posea por derecho divino sus bienes. Aun cuando no hubiese más que un derecho meramente humano, ¿por ventura no es un error suponer que se le puede atacar? Las leyes civiles constituyen un derecho meramente humano, y, sin embargo, la doctrina que afirmase que es lícito infringirlas no podría ser calificada de mera opinión política, sino de error gravísimo. Porque, y rogamos al señor obispo que atienda a lo que vamos a decir, es de derecho divino que se han de obedecer las leyes humanas, así como es de derecho divino que se ha de dar a cada uno lo que es suyo. Se ve, pues, que el origen divino de la propiedad es cosa muy diferente del derecho divino que sanciona la obligación de respetarla: quien usurpa una cosa, aun cuando no sea adquirida sino por derecho meramente humano, no deja por esto de infringir la ley divina.

Demos, pues, por supuesto que el clero poseyese sus bienes por un derecho puramente humano, ¿quién podrá afirmar que sea una mera opinión política la que sostenga || el derecho de despojarle? Además, ¿cómo ha podido olvidar el señor obispo las leyes de la Iglesia sobre este punto? ¿Cómo ha podido prescindir de ellas de tal modo que no las ha recordado siquiera? ¿Tan poco pesan en su ánimo las decisiones conciliares y pontificias que contienen la doctrina de la Iglesia sobre este punto? ¿Será tal vez necesario apelar a las falsas *Decretales*? Nos sería muy fácil aducir innumerables textos que manifiestan cuál es la enseñanza de la Iglesia en esta parte, pero nos contentaremos con un texto que por cierto el señor obispo no podrá recusar; es nada menos que del concilio de Trento, en la sesión 22, capítulo XI, *De Reformatione: Si quem Clericorum, vel Laicorum, quacumque is dignitate, etiam Imperiali, aut Regali praefulgeat, in tantum malorum omnium radix cupiditas occupaverit, ut alicuius Ecclesiae, seu cuiusvis soecularis vel regularis beneficii, Montium Pietatis, aliorumque piorum locorum iurisdictiones, bona, census, ac iura, etiam feudalia, et emphiteutica, fructus, emolumenta, seu quascumque obventiones, quae in ministrorum, et pauperum necessitates converti debent; per se, vel alios vi, vel timore incusso, seu etiam per suppositas personas Clericorum aut Laicorum, seu quacumque arte, aut quocumque quaesito colore, in proprios usus convertere, illosque usurpare praesumpserit, seu impedire, ne ab iis, ad quos iure pertinent, percipiantur; is anathemati tamdiu subiaceat, quamdiu iurisdictiones, bona, res, iura, fructus, et redditus, quos occupaverit, vel qui ad eum quomodocumque. etiam ex donatione*

suppositae personae, pervenerint, Ecclesiae, eiusque administratori, sive beneficiato integre restituerit; ac deinde a Romano Pontifice absolutionem || obtinuerit. Quod si eiusdem Ecclesiae patronus fuerit; etiam iure patronatus, ultra praedictas poenas, eo ipso privatus existat. Clericus vero qui nefandae fraudis et usurpationis huiusmodi fabricator, seu consentiens fuerit, iisdem poenis subiaceat; necnon quibuscumque beneficiis privatus sit, et ad quaecumque alia beneficia inhabilis efficiatur; et a suorum Ordinum executione, etiam post integram satisfactionem et absolutionem sui Ordinarii arbitrio suspendatur.

«Si la codicia, raíz de todos los males, llegare a dominar en tanto grado a cualquiera clérigo o lego distinguido con cualquiera dignidad que sea, aun la imperial o real, que presumiere invertir en su propio uso, y usurpar por sí, o por otros, con violencia, o infundiendo terror, o valiéndose también de personas supuestas, eclesiásticas o seculares, o con cualquiera otro artificio, color o pretexto, la jurisdicción, bienes, censos y derechos, sean feudales o enfitéuticos, los frutos, emolumentos o cualesquiera obvenciones de alguna iglesia, o de cualquiera beneficio secular o regular de montes de piedad o de otros lugares piadosos, que deben invertirse en socorrer las necesidades de los ministros y pobres, o presumiere estorbar que los perciban las personas a quienes de derecho pertenecen, quede sujeto a la excomunión por todo el tiempo que no restituya enteramente a la iglesia y a su administrador o beneficiado las jurisdicciones, bienes, efectos, derechos, frutos y rentas que haya ocupado, o que de cualquier modo hayan entrado en su poder, aun por donación de persona supuesta, y además de esto haya obtenido la absolución del Romano Pontífice. Y si fuere patrono de la misma iglesia quede || también por el mismo hecho privado del derecho de patronato, además de las penas mencionadas. El clérigo que fuese autor de este detestable fraude y usurpación, o consintiese en ella, quede sujeto a las mismas penas, y además de esto privado de cualesquiera beneficios, inhábil para obtener cualquiera otro y suspenso a voluntad de su obispo del ejercicio de sus órdenes, aun después de estar absuelto y haber satisfecho enteramente.»

La otra cuestión que el señor obispo de Astorga pretende confundir con la principal es, si el arrebatar al clero sus bienes ataca la *esencia* de la religión o no. En primer lugar observaremos que la palabra *esencia* es muy vaga, porque cada cual la entenderá a su modo. Si se entiende por esencia de la religión el conjunto de sus dogmas, claro es que la mano que despoja sus ministros no destruye por esto las verdades eternas que Dios nos ha revelado: él no cuida de

decidir, sino de usurpar; porque sean cuales fueren los errores del que acomete la injusta empresa, no se trata aquí de saber lo que piensa, sino lo que hace; de la propia suerte que quien usurpa lo que pertenece a un particular no por esto manifiesta estar convencido de que tenga derecho de hacerlo; las más veces obramos mal, protestando nuestra conciencia en alta voz contra el acto que ejercemos. Si en la palabra *esencia* hacemos entrar la disciplina de la Iglesia, y en esta última comprendemos todas las leyes que ésta ha establecido, preciso es confesar que con el despojo del clero la disciplina habrá sido atacada, infringiéndose abiertamente las leyes eclesiásticas sobre este punto. Nos abstendremos de aducir otras pruebas; bástanos || el decreto del concilio de Trento que acabamos de insertar.

Pasa el señor obispo a desenvolver y apoyar su doctrina sobre los derechos que atribuye a la potestad suprema civil con respecto a los bienes eclesiásticos, y asienta «que la potestad civil de un Estado tiene un derecho indisputable a dictar las leyes que en su juicio reclame la salud pública sobre las propiedades existentes en sus dominios, ora pertenezcan ellas a particulares, ora a corporaciones, ya sean éstas civiles, ya sean eclesiásticas», y añade que «cuando los depositarios del poder supremo de una nación soberana e independiente como la nuestra han creído que la razón y el buen orden social pedían que se pusieran en circulación las propiedades afectas al Estado eclesiástico y acumuladas en iglesias y monasterios, podrán haberse equivocado, pagando en esto un tributo a la flaqueza humana; pero el decir que esta doctrina y las disposiciones que en su consecuencia han tomado los cuerpos colegisladores y el gobierno son *por sólo esto* otros tantos errores contra la fe católica, es erigir en dogma una opinión por autoridad privada, *amenguar los legítimos derechos de la soberanía temporal*, y acusar indebidamente de herejes a sus depositarios y representantes». Dejemos aparte todo lo relativo a los errores contra la fe católica, sobre lo cual hemos hablado ya más arriba, y detengámonos algún tanto en el examen de estos *legítimos derechos* que supone el señor obispo de Astorga. A decir verdad, el principio en que los apoya sirve de poco para probar lo que intenta; porque aun cuando se suponga que la autoridad civil tenga derecho para legislar sobre todos || los bienes existentes en sus dominios, no se inferirá de eso que pueda lícitamente privar de ellos a sus dueños. Si el raciocinio del señor obispo de Astorga tuviese alguna fuerza, vendrían al suelo todos los derechos de propiedad, y el poder supremo civil quedaría erigido en dueño de todos los bienes de sus súbditos. Podríamos decir: El gobierno tiene la facultad de legislar sobre los bienes de la

nobleza: luego puede apoderarse de ellos; tiene la facultad de legislar sobre los bienes muebles e inmuebles de los demás ciudadanos: luego puede declararlos todos bienes nacionales. ¡Adónde iríamos a parar con semejante doctrina! Estamos seguros de que el señor obispo de Astorga rechazará tan terribles consecuencias; sin embargo, a esto conduce el extender a otros casos el método de raciocinar que él ha establecido para el presente.

Nos permitirá también S. S. I. que le hagamos observar el triste aislamiento en que se encuentra cuando se empeña en sostener lo que él apellida *legítimos derechos de la soberanía temporal*. ¿Han seguido, por ventura, esta conducta los demás obispos? ¿Acaso no han manifestado sus opiniones en sentido contrario representando algunos de ellos al gobierno con mucha dignidad y energía? Tratándose de un episcopado tan sabio, tan virtuoso, tan desprendido como el español, no es nada consolador para un obispo el hallarse *solo* en asunto de tamaña importancia. ||

§ III

No sabemos por qué el señor obispo insiste tanto en que cuando la caridad lo exige se suponen sin valor todas las leyes humanas. Conocidas son las doctrinas de los teólogos sobre este punto: hay obligación de obedecer a la potestad civil cuando no manda cosas malas; pero la dificultad estará en deslindar cómo se debe entender esta malicia y a qué casos debe aplicarse. Hubiera sido de desear que se esclareciese algún tanto la doctrina aquella de que «se debe obedecer a los poderes públicos conforme a las máximas de la Santa Escritura, siempre que lo mandado por las potestades civil o eclesiástica no fuese contra algún mandamiento de la ley de Dios». Dice el señor obispo que dirigió estos consejos a sus diocesanos en las *arduas y delicadas cuestiones eclesiásticas que un celo no siempre discreto ha suscitado en esta época*. Recelamos que bajo este principio de moral no puedan abrigarse culpables deferencias a la potestad civil. En prueba de que no tememos sin fundamento, vamos a aclarar nuestra opinión con algunos casos prácticos. Supongamos que el gobierno manda a un cabildo eclesiástico *sede vacante* que nombre para gobernador de la diócesis a una persona determinada; ¿podrá el cabildo obedecer la orden del gobierno? Nosotros creemos que no; y según la doctrina del señor obispo parece que sí. Según este señor, se debe obediencia a la potestad suprema civil en no atravesándose mandamiento de la ley de Dios; en este caso no existe || tal mandamiento, pues lo que hay es

una ley eclesiástica; luego tendríamos que el cabildo podría y debería obedecer.

Supongamos otro caso en que el gobierno civil se entromete en la demarcación de las diócesis, y manda al clero y al pueblo que se conformen a sus decisiones; ¿se le deberá obedecer según la doctrina del señor obispo? Parece que sí; porque no se opondría a ello un mandamiento de la ley de Dios, sino los cánones de la Iglesia. Verdad es que se nos podrá objetar que en este caso habría la nulidad de jurisdicción, y que, por consiguiente, no podrían darse por válidos los actos que adoleciesen de este vicio radical, pero tendríamos al menos que en todo cuanto se pudiese referir a ley positiva de la Iglesia, ya sea dando la jurisdicción, ya anulándola en tal o cual supuesto, se debería considerar la ley como de ningún valor, y, por tanto, se abriría ancha puerta para que el pueblo, el clero y los obispos se acomodasen a todo. Para hacer sentir la fuerza de estas observaciones presentaremos otro ejemplo.

Demos que el gobierno se hubiese empeñado en quitar todas las reservas pontificias conminando con terribles penas a los que se opusiesen a su voluntad; ¿se le debería obediencia? Según el señor obispo parece que sí, porque la reserva pontificia no es un mandamiento de la ley de Dios, es una ley eclesiástica, y por lo mismo no impediría que se debiese prestar obediencia al gobierno.

Otro ejemplo: Demos que a un gobierno se le hubiese ocurrido quitarnos la obligación de oír misa en los días festivos, de ayunar en la cuaresma, de abstenernos || de ciertos manjares en tal o cual tiempo. Claro es que cada uno en su casa hubiera podido hacer de la peregrina dispensa el uso que bien le habría parecido, según la mayor o menor anchura de su conciencia; pero preguntaremos si el pueblo, si el clero, si los obispos habrían también estado obligados a obedecer al gobierno en esta parte, al menos en los casos que hubiesen podido ofrecer peligro. Según el señor obispo parece que sí, pues que no se oponía a ello un mandamiento de la ley de Dios, sino un precepto eclesiástico; y así un fiel convidado a uno de estos festines que tanto abundan en nuestros tiempos habría podido comer carne hasta en viernes de cuaresma si por allá hubiese andado algún dependiente de la autoridad.

Lo diremos francamente: nosotros entendemos la obligación de obedecer a las potestades civiles en sentido muy diferente. Creemos que es lícito decirles no quiero ni puedo obedeceros en muchos casos que no sean tan apurados cual los supone el señor obispo, como de que se *nos pidiese la inobservancia de un mandamiento divino* o *eclesiástico como testimonio de apostasía* o *desprecio de la religión in-*

maculada de Jesucristo, o *que se nos exigiese que pisásemos la imagen del Salvador* o *la Sagrada Eucaristía, etc., etc.* Si sólo para estos extremos estuviese reservada la desobediencia, muy desahogada sería la posición del pueblo cristiano, del clero y de los obispos aun en medio de las más críticas circunstancias; por cierto que no se hubieran visto en España tantos eclesiásticos y prelados encausados y condenados si hubiesen podido adoptar la doctrina de que debían obedecer, en no llegando la maldad del gobierno || a las extremidades de exigir los horrorosos sacrilegios que pone por ejemplo el señor obispo de Astorga.

Admíranos algún tanto el ardor con que emprende S. S. I. la defensa de los cuerpos colegisladores y del gobierno, con respecto a los asuntos eclesiásticos, cuando dice: «La certeza y catolicidad de todo lo expuesto nada impide para que deje de ser, como lo es en efecto, una *atroz calumnia* el atribuir a miras siniestras contra la fe de la Iglesia *todas* las leyes y órdenes sobre asuntos eclesiásticos dadas en esta época por los cuerpos colegisladores y el gobierno de nuestra cara patria; calumnia hija, si no de un corazón malvado, de una ignorancia grosera; calumnia fomentada tiempo hace por españoles bastardos, que de consuno con los enemigos de nuestras glorias se esfuerzan en obscurecer la brillantez de nuestro carácter religioso y en alarmar las conciencias de los sencillos, para encender de nuevo la tea mal apagada de la discordia.» No extrañaríamos que el señor obispo recomendase la templanza en las censuras que se hiciesen de los actos del gobierno, porque comprendemos muy bien que podrían obrar en ello motivos de caridad, y el temor de exasperar en demasía los ánimos acarreando mayores conflictos. Pero lo que se nos hace extraño es que califique de *atroz calumnia*, de *grosera ignorancia*, y tache con otras denominaciones por este tenor, la opinión de aquellos que atribuyen a miras siniestras contra la fe de la Iglesia las leyes y órdenes del gobierno sobre asuntos eclesiásticos dadas en esta época. Verdad es que el señor obispo intercala la palabra *todas* y la pone en letra cursiva, para templar algún tanto || la acritud de lo que va a decir, y dejarse esta restricción para el caso en que se le reconvenga por semejantes expresiones. Mas cualquiera que lea el pasaje verá en él una ardiente defensa del gobierno y de los cuerpos colegisladores en lo tocante a los negocios eclesiásticos, así como una acérrima acusación de todos los que se opongan a tales innovaciones. Los Becerras, los Alonsos y cuantos han afligido la Iglesia española, si se hubiesen propuesto arrojar negras manchas sobre los que combatían sus proyectos no habrían encontrado palabras más duras que las empleadas por S. S. I. En tan breves líneas se

halla la inculpación de atroces calumniadores, de ignorantes groseros, si no de corazones malvados, de españoles bastardos, de conjurados con los enemigos de nuestras glorias, de perturbadores de las conciencias, de atizadores de la discordia civil. ¡Cuán doloroso es ver a un prelado de la Iglesia exaltarse hasta tal punto! Y ¿para qué? Para ponerse del lado de hombres cuyos actos han merecido la reprobación de la Santa Sede, la de todo el episcopado español, la del clero, la de todos los partidos, exceptuando aquellos pocos hombres que se han complacido en ver escenas tan crueles y escandalosas.

§ IV

Vuelve el señor obispo de Astorga a la prohibición de las *Observaciones pacíficas*, achacándola *a miserables intrigas* y defendiendo el haberla recomendado a sus diocesanos como obra llena de saludables máximas para nuestra situación actual. Añade que algunas de dichas || intrigas «resaltan muy de bulto en la correspondencia del autor con el señor nuncio, la cual dice que por decoro de algunos altos funcionarios de Roma dejó de publicar en la vida del señor arzobispo Amat, pero que la publica ahora, ya que desgraciadamente le ha puesto en la necesidad de hacerlo el manifiesto empeño de desacreditar a dicho prelado y a cuantos siguen su sólida y sana doctrina, que con afán se procura ahuyentar de nuestros seminarios y colegios y hasta de las universidades». Hemos leído la correspondencia publicada, y no hemos acertado a ver las *miserables intrigas* que tanto se nos ponderan; lo que sí hemos visto es que el señor arzobispo no tenía muchas ganas de retractarse, y esto no daña al buen nombre de algunos altos funcionarios de Roma y favorece muy poco al difunto arzobispo.

Para demostrar lo *anticanónico e ilegal* de la prohibición y tranquilizar completamente la conciencia de los que, no conociendo a fondo esta clase de materias, diesen la obra por bien prohibida, traslada algunos períodos de la constitución *Sollicita ac provida* de Benedicto XIV, y de ellos intenta inferir lo que ciertamente no se infiere. He aquí las palabras del Pontífice tales como se leen en la expresada *Apología:*

«Siempre que se trate de un libro de autor católico que sea de buena fama y nombre esclarecido, ya por otros libros que haya dado a luz, ya tal vez por el mismo que se va a examinar, y sea conveniente su prohibición, téngase muy presente la costumbre, ya de antiguo observada, de prohibir el libro añadiendo la cláusula de *hasta que se corrija*, o *hasta que se le expurgue;* pero siempre que esto pueda

tener lugar, y no obste algún grave inconveniente || para hacerlo así en el caso de que se trate. Añadida, empero, a la prohibición dicha cláusula, aun entonces no se publique desde luego el decreto, como que, suspendiéndose su publicación, deberá antes tratarse el asunto con el autor, o con cualquiera otro que haga sus veces, indicándole lo que hubiese de borrarse, mudarse o corregirse. Y si nadie compareciese en representación del autor de él, o el que le representa resistiese a hacer la corrección impuesta, pasado el tiempo correspondiente expídase el decreto.» (Benedicto XIV, Const. cit., § 9.)

Aquí habla Benedicto XIV de aquellas obras que se han de prohibir con la cláusula *hasta que se corrija*, o *hasta que se le expurgue;* y el Pontífice preveía muy bien que podrían ocurrir casos en que esto no fuese posible, como, por ejemplo, si una obra estuviese llena de errores en todas sus partes, o bien el espíritu general que en ella reinase fuese propio a inducir en error o escandalizar a los fieles, pues que añade la restricción: «pero siempre que esto pueda tener lugar y no obste algún grave inconveniente para hacerlo así en el caso de que se trata». Preguntaremos ahora: ¿Se hallaban en este caso las *Observaciones pacíficas?* Creemos que no, pues que no sabemos que a la prohibición se añadiese la cláusula *hasta que se corrija*, o *hasta que se le expurgue*. La prueba de que la expresada bula no favorece mucho el intento del señor obispo de Astorga se halla en el siguiente párrafo, en que, lamentándose de que el Papa no reprobase absolutamente las prohibiciones hechas sin citación de parte, dice: «Quienquiera que sepa el ascendiente de la curia y corte romana, devota en gran manera || del *sistema inquisitorial*, sobre los Pontífices de las más sanas intenciones, no extrañará que la Santidad de Benedicto XIV no se *atreviera* a condenar expresamente una práctica tan poco conforme con lo que dicta la equidad y aun el derecho natural de la defensa, y que adujese para cohonestarla razones *no muy dignas de su esclarecido nombre.*» Lástima causa el ver que el señor obispo, dominado por la idea de defender su pastoral y las obras de su tío, pasa por encima de cuanto encuentra que sea obstáculo, no escaseando a los que él llama sus enemigos las más denigrantes calificaciones. Pero apenas es dable contener la indignación al oírle presentar a los Pontífices como dominados por el espíritu de lo que él apellida sistema inquisitorial, y decirnos que un Papa tan virtuoso y tan sabio como Benedicto XIV no se *atrevió* a condenar expresamente una práctica tan poco conforme con lo que dicta la equidad y aun el derecho natural de la defensa, y que adujo para cohonestarla razones no muy dignas de su esclarecido nombre. ¿Cómo ha podido

deslizarse el señor obispo de Astorga hasta un extremo tan deplorable? ¿Cómo ha podido presentarnos a un Papa tan grande como Benedicto XIV haciendo traición a su conciencia, no atreviéndose a decidirse por la equidad y por el derecho natural de defensa, y abusando de su talento en busca de razones que cohonestasen la injusticia? ¿Sabe el señor obispo de Astorga de quién habla? Lo sabe de cierto, y no puede ignorar que ha tomado en boca un *nombre esclarecido;* uno de los más bellos ornamentos del sacerdocio católico; uno de sus más ilustres obispos; uno de los Papas más eminentes; uno de los sabios más distinguidos || de los tiempos modernos; uno de los Pontífices más virtuosos que ilustraron la cátedra de San Pedro; un hombre cuyas altas calidades respetaron los protestantes mismos, y de cuya presencia y conversación salían entusiasmados los que tenían la dicha de hablarle.

§ V

Después de haber hablado del pase que se necesita en España para que puedan publicarse esta clase de prohibiciones, continúa defendiendo su pastoral del cargo que se le pudiera hacer por haber dicho en ella que «no habría felizmente la extrema necesidad de valernos ni una sola vez, para tener obispos, de la disciplina general observada en nuestra España hasta el siglo XIV, de acudir por las confirmaciones al metropolitano, o a veces al primado de Toledo o de Tarragona, o al obispo *antiquior*». Dice el señor obispo que estas palabras, dictadas por el sincero deseo que le animaba y le anima de un término pacífico en todas nuestras funestas divisiones, y de una sólida concordia de la católica España con la cabeza visible de la Iglesia, han podido acaso lastimar la exquisita susceptibilidad de los modernos disciplinistas romanos, y que ellos las habrán hecho aparecer a los ojos de Su Santidad como hijas de un espíritu hostil, diametralmente opuesto al de paz y caridad que las animaba; y añade: «Pero cualquiera que sea la interpretación que la ignorancia o la malicia les haya podido dar, no es un arcano, y sí más bien un hecho público, constante || y de notoriedad histórica, que nuestra España fué de las últimas naciones cristianas que sufrieron en su episcopado el despojo de su antigua disciplina, como es de igual notoriedad la forma en que se confirmaban los obispos, y se terminaban dentro de sus respectivas provincias muchas de las causas que con el nombre de *mayores* se introdujeron con ocasión de las falsas *Decretales* isidorianas.» Parécenos que en este lugar incurre el señor obispo en el mismo defecto de raciocinio que le hemos notado ya en otra parte; a saber:

el cambiar enteramente el estado de la cuestión, suponiendo que ésta versa sobre un punto que nada tiene que ver con ella.

En efecto, no se trata de saber cuáles han sido las mudanzas que se hayan introducido en la disciplina con respecto a la confirmación de los obispos, ni de la influencia que sobre esto hayan podido ejercer las falsas *Decretales:* no es esto lo que se ventila, sino que únicamente se debe examinar si es digno de censura el que un obispo español, y cabalmente en el año 1842, haya dicho que «no habría felizmente la *extrema necesidad* de valernos ni una sola vez, para tener obispos, de la disciplina general observada en nuestra España hasta el siglo XIV, de acudir por las confirmaciones al metropolitano, o a veces al primado de Toledo o de Tarragona, o al obispo *antiquior*». En estas palabras se trasluce la opinión de que puede llegar un caso de *extrema necesidad* en que podamos dispensarnos de acudir a Roma para la confirmación de los obispos, pudiendo contentarnos con la autoridad del metropolitano o del primado de Toledo o de Tarragona, o del obispo *antiquior.* ¿Qué || tienen que ver con esto las mudanzas que hayan ocurrido en la disciplina con respecto a dicho punto? La disciplina universal de la Iglesia no puede ser modificada por ninguna Iglesia particular; luego prescindiendo de todas las cuestiones que se quieran entablar sobre el modo con que antiguamente se hacía la confirmación de los obispos, no puede la Iglesia de España ni otra cualquiera cambiar la disciplina universalmente establecida, por la cual la confirmación de los obispos está reservada al Sumo Pontífice: todo cuanto se hiciera en este sentido sería nulo y de ningún valor. Los obispos no siendo confirmados por la Santa Sede serían intrusos; su autoridad no podría ser reconocida por ningún fiel; serían lobos y no pastores, quedando las infelices Iglesias entregadas a los horrores de un cisma. Esta disciplina universal de que estamos hablando, sea cual fuere el origen que quiera atribuirle el señor obispo de Astorga, está expresamente reconocida y sancionada por el concilio de Trento, y en la sesión 24, capítulo I, *De Reformatione,* indica con bastante claridad el concilio, hablando de la creación de los obispos y cardenales, que los que intervienen en el nombramiento de ellos tienen este derecho de la Sede apostólica.

Omnes vero, et singulos, qui ad promotionem praeficiendorum, quodcumque ius, quacumque ratione, a Sede Apostolica habent, *aut alioquin operam suam praestant, nihil in iis pro praesenti temporum ratione innovando, hortatur et monet, etc.*

«Y exhorta y amonesta a todos y a cada uno de los que gozan *por la Sede apostólica de algún derecho*, con cual-

quier fundamento que sea, para hacer la promoción || de los que hayan de elegir o contribuyen de otro cualquier modo a ella, etc.»

Después, individualizando las diligencias que han de practicarse para hacer buenos nombramientos, quiere que todo se someta al juicio de la Sede apostólica, y por fin, concluído el negocio, quiere que el Sumo Pontífice, en vista de las noticias que se le ofrezcan, provea a las Iglesias en beneficio de la grey del Señor. Véase cómo habla el concilio en el mismo lugar ya citado:

Quoniam vero in sumendo de praedictis omnibus qualitatibus gravi, idoneoque bonorum, et doctorum virorum testimonio, non uniformis ratio ubique ex nationum, populorum, ac morum varietate potest adhiberi; mandat Sancta Synodus, ut in provinciali Synodo, per Metropolitanum habenda, prescribatur quibusque locis, et provinciis propria examinis, seu inquisitionis, aut instructionis faciendae forma, Sanctissimi Romani Pontificis arbitrio approbanda, quae magis eisdem locis utilis atque opportuna esse videbitur; ita tamen, ut, cum deinde hoc examen, seu, inquisitio de persona promovenda perfecta fuerit, ea in instrumentum publicum redacta, cum toto testimonio, ac professione fidei ab eo facta, quamprimum ad Sanctissimum Romanum Pontificem omnino transmitatur: ut ipse Summus Pontifex, plena totius negotii, ac personarum notitia habita, pro gregis Dominici commodo de illis, si idonei per examen, seu per inquisitionem factam reperti fuerint, ecclesiis possit utilius providere. *Omnes vero inquisitiones, informationes, testimonia, ac probationes quaecumque de promovendi qualitatibus, et ecclesiae statu a quibuscumque, etiam in Romana Curia habitae, per cardinalem, qui relationem || facturus erit in Consistorio, et alios tres Cardinales, diligenter examinentur; ac relatio ipsa Cardinalis relatoris, et trium Cardinalium subscriptione roboretur; in qua ipsi singuli quatuor Cardinales affirment, se adhibita accurata diligentia, invenisse promovendos qualitatibus a iure, et ab hac sancta Synodo requisitis, preditos; ac certo existimare sub periculo salutis aeternae idoneos esse, qui Ecclesiis praeficiantur: ita ut relatione in uno Consistorio facta, quo maturius interea de ipsa inquisitione cognosci possit, in aliud Consistorium iudicium differatur;* nisi aliud Beatissimo Pontifici videbitur expedire.

«Y por cuanto para tomar informes de todas las circunstancias mencionadas, y el grave y correspondiente testimonio de personas sabias y piadosas, no se puede dar para todas partes una razón uniforme por la variedad de naciones, pueblos y costumbres; manda el santo concilio que en el sínodo provincial que debe celebrar el metropolitano se

prescriba, en cualesquiera lugares y provincias, el método peculiar de hacer el examen, o averiguación o información que pareciere ser más útil y conveniente a los mismos lugares; *el mismo que ha de ser aprobado a arbitrio del santísimo Pontífice Romano,* con la condición, no obstante, que luego que se finalice este examen o informe de la persona que ha de ser promovida se forme de ello un instrumento público, con el testimonio entero y con la profesión de fe hecha por el mismo electo, y se envíe en toda su extensión con la mayor diligencia al santísimo Pontífice Romano, para que, tomando Su Santidad pleno conocimiento de todo el negocio y de las personas, *pueda proveer con mayor acierto las Iglesias,* || en beneficio de la grey del Señor, si hallase ser idóneos los nombrados en virtud del informe y averiguaciones hechas. Mas todas estas averiguaciones, informaciones, testimonios y pruebas, cualesquiera que sean, sobre las circunstancias del que ha de ser promovido, y del estado de la Iglesia, hechas por cualesquiera personas que sean, aun en la curia romana, se han de examinar con diligencia por el cardenal que ha de hacer la relación en el consistorio y por otros tres cardenales. Y esta misma relación se ha de corroborar con las firmas del cardenal ponente y de los otros tres cardenales, los que han de asegurar en ella, cada uno de por sí, que, habiendo hecho exactas diligencias, han hallado que las personas que han de ser promovidas tienen las calidades requeridas por el derecho y por este santo concilio, y que ciertamente juzgan, so la pena de eterna condenación, que son capaces de desempeñar el gobierno de las Iglesias a que se les destina, y esto en tales términos que, hecha la relación en un consistorio, se difiera el juicio a otro, para que entre tanto se pueda tomar conocimiento con mayor madurez de la misma información, *a no parecer conveniente otra cosa al Sumo Pontífice.*»

Se nos objetará tal vez que el señor obispo habla del caso de extrema necesidad, al cual no deben aplicarse las leyes comunes; y si se recuerda que S. S. I. ha asentado el principio de que en atravesándose la caridad desaparecen las leyes humanas, desenvolviéndole de una manera muy lata, resultará que quizás opinaba también que, siendo en su concepto la confirmación de los obispos por el Papa de derecho eclesiástico, se podía || en casos de extrema necesidad prescindir de esta ley y atenerse a las prácticas antiguas. No pueden tener otro sentido las indicadas palabras de la pastoral, pues que si el señor obispo de Astorga hubiese creído que, según derecho, no podía nunca venir semejante necesidad, no habría dicho que esperaba que no vendría. Para comprender el abismo adonde nos conduce semejante doctrina, basta atender a las siguientes preguntas: ¿Cuál

es este caso de extrema necesidad? ¿A quién corresponde determinarlo? Desearíamos saber cómo se responde a una cualquiera de estas dos cuestiones sin abrir ancha puerta al cisma.

¿Qué es lo que alegaban los pocos que en España pretendían que se pasase a la confirmación de los obispos sin contar con el Papa? La extrema necesidad. «Hace muchos años, decían, que están interrumpidas nuestras relaciones con la corte de Roma; muchas Iglesias se hallan viudas de sus pastores; semejante estado no puede continuar sin que resulten gravísimos daños»; e inferían de aquí que había llegado el caso de extrema necesidad, y que, por consiguiente, era lícito apartarse de la disciplina universal y contentarse con recurrir al metropolitano, o al primado, o al obispo *antiquior*.

No se alarmó, pues, sin motivo la corte de Roma por la gravísima indicación hecha por el señor obispo de Astorga; debió suponer que cuando un prelado se aventuraba a estampar semejantes palabras en una pastoral debía de haberlas meditado mucho, y, por consiguiente, debían de ser la expresión de convicciones o designios. Y empleamos la palabra *designios* porque, no siendo una pastoral un tratado de cánones, no se ventilan en || ella puntos de doctrina a la manera que se hace en las escuelas, sino que en tales escritos todo tiene un carácter eminentemente práctico, de aplicación inmediata, pues que no es regular que el pastor se ocupe de apacentar sus ovejas dándoles un pasto de que no hayan de hacer uso, antes es probable que las ilustre sobre los casos que pueden ocurrir indicándoles la conducta que deben observar.

Consolámonos con la idea de que el señor obispo de Astorga no abrigaba en esta parte intenciones dañadas; queremos persuadirnos que en un momento de irreflexión escribió aquellas malhadadas palabras, no reparando bastante en las interpretaciones a que ofrecían lugar y al alcance funesto que ya de suyo tenían. Pero ya que S. S. I. se ha incomodado tanto por la censura de su pastoral, y no encuentra *ni una palabra ni una frase* que haya podido merecer este severo juicio, le rogaremos que se olvide por un momento que se trata de su persona, y que él es llamado a emitir su fallo sobre las mismas expresiones pronunciadas por otro obispo en otro reino. Suponga, por ejemplo, que hay un país que por espacio de largos años ha estado sufriendo los males de una guerra civil y de una revolución; que durante este tiempo se ha desencadenado el espíritu del error y atacado en todas direcciones el dogma y disciplina de la Iglesia; que las doctrinas cismáticas y revolucionarias han llegado repetidas veces a la cumbre del poder, y, agitando con fu-

nesto vértigo a los supremos gobernantes, los han precipitado por caminos que conducen al cisma; suponga que las relaciones de aquel reino con la Santa Sede han estado interrumpidas por largo || tiempo, y lo están todavía, y que en época no muy distante el Sumo Pontífice ha levantado la voz quejándose de los desmanes de la potestad civil contra la autoridad y los derechos de la Iglesia, y que el gobierno, lejos de procurar la reconciliación, ha contestado a la alocución pontificia en términos duros, insultantes y amenazadores. Suponga además que se han concebido varios proyectos para trastornar completamente la disciplina de la Iglesia y romper los vínculos que la unen con la cátedra de San Pedro, y que estos proyectos no sólo han salido de la pluma de escritores particulares, sino que han dimanado del mismo gobierno y han sido sometidos a la discusión y aprobación de los cuerpos colegisladores. Suponga que en circunstancias tan críticas y alarmantes un obispo, individuo del alto cuerpo colegislador, personaje que está en íntimas relaciones con los primeros funcionarios del Estado, un hombre anciano, encanecido en la carrera de las ciencias y de las letras, y a quien, por tanto, se le debe suponer muy cauto y mesurado en cuanto escribe para el público, y muy sagaz para prever todo el alcance de una indicación en gravísimas materias; suponga, repetimos, que este prelado en quien se reúnen tantas circunstancias, y hallándose en la misma capital de aquel reino, dirige a sus diocesanos una pastoral en que defiende al gobierno contra los que le atacan por sus medidas en los asuntos eclesiásticos, en que se lamenta en sentidas palabras de que en Roma se haya prohibido una obra de su tío, a quien manifiesta el más encarecido amor. Suponga, por fin, que en esta misma pastoral, donde se hallan tantos indicios de que su autor estaba resentido de la || conducta de Roma, llega a indicar que puede venir un caso de necesidad extrema en que sea lícito prescindir de la confirmación de los obispos hecha por el Sumo Pontífice; ¿no le parecería que semejantes palabras no fueron pronunciadas al acaso? ¿No concebiría algún temor de que expresaban algún designio de mucha gravedad y de trascendentales consecuencias? Examine S. S. I. todas las circunstancias de este caso, y vea cuál sería su parecer si se le consultase sobre este negocio. No dudamos que miraría las cosas bajo el mismo punto de vista que se habían mirado en Roma, y que si no daba por maliciosa la indicación del prelado, a lo menos no dejaría de calificarla con alguna severidad.

Creemos haber presentado la cuestión tal como se debía presentar: para resolverla apelamos a la rectitud del mismo señor obispo de Astorga; a él le deseamos por juez en su propia causa; no dudamos que si reflexiona bien so-

bre lo que acabamos de decir se reprenderá a sí mismo en su conciencia. Por lo demás, repetimos que nos complacemos en no suponer malicia en aquellas palabras; creemos que si hubiese llegado el caso de arrojarse el gobierno a una medida semejante, el señor obispo de Astorga no se habría olvidado ni por un momento de sus deberes, y que se habría verificado lo que anunciábamos en otra parte cuando, tratando de este mismo negocio, después de aludir a las palabras del señor obispo de Astorga, bien que sin nombrarle, decíamos: «Al tratarse del arreglo de los negocios eclesiásticos y de las desavenencias de la corte de Roma han hablado algunos de *necesidades extremas*, de *restablecimiento de la antigua disciplina*, de *confirmación de los obispos por* || *el metropolitano*, recordando hechos intempestivos y permitiéndose indicaciones altamente dañosas. Lo hemos dicho y lo repetimos, no se trata de investigar cuáles son las modificaciones que sobre puntos semejantes haya podido sufrir la disciplina de la Iglesia, sino de saber cuál es la actual, de la que no es lícito desviarse; no se trata de disputar, sino de negociar; no se trata de traer a colación particulares rencores o resentimientos en los que nada tiene que ver el público, sino de buscar los medios a propósito para tranquilizar las conciencias y asegurar sobre bases sólidas la paz de la nación. Que no lo olviden los hombres que en adelante hayan de mediar en este gravísimo negocio; mientras no se eleven sobre esa esfera, que lo menos malo que tiene es el ser mezquina, nada se conseguirá, no será posible dar un paso en el camino de la reconciliación deseada.

»Aun prescindiendo de los principios de dogma y de disciplina, aun dejando aparte el cisma, el evidente cisma en que se precipitaría la Iglesia española si consintiese la alteración de la disciplina universal sobre el negocio de la confirmación de los obispos; aun olvidando por un momento la aflicción que acongoja a todo espíritu católico a la sola idea de que pudiera intentarse un paso tan criminal, parécenos imposible que semejante medida ocurra como realizable a nadie que conozca medianamente la situación de España. En efecto, suponed que se acomete la desatentada empresa, que se procede a la confirmación de los obispos por medio de los metropolitanos. En primer lugar, ¿cuáles serán los metropolitanos que a tanto lleven su atrevimiento, que hasta tal punto prostituyan su conciencia, que de tal suerte || arrostren la fea responsabilidad en que incurren a los ojos de Dios, de la Iglesia y de la nación? ¿Conocéis muchos metropolitanos, ni lo que se llama *obispos antiquiores*, que a esto se prestasen? Difícil es penetrar en el corazón de los hombres; sólo Dios sabe lo que alcanzarían a

recabar las promesas o las amenazas; pero nosotros tenemos la firmísima convicción de que fueran muy contados, y abrigamos la esperanza de que no se hallaría ni uno solo. Sí, ni uno solo; porque sean cuales fueren las doctrinas particulares que profese esta o aquella persona, cuando se llegaría al caso de aplicarla, cuando se alzaría la voz del vicario de Jesucristo condenando el atentado y a los que de él se hiciesen cómplices, cuando de todos los ángulos de la nación eminentemente católica se levantaría un grito de reprobación y de horror, cuando la totalidad del clero, fiel a sus deberes, se resignaría al destierro antes que hacer traición a su conciencia, entonces, no lo dudamos, también se sentiría detenida la mano preparada para consumar el sacrilegio, también el hombre extraviado cejaría del camino de perdición y se reuniría de nuevo al redil de la Iglesia, si es que por algunos momentos en su corazón se hubiese apartado de ella.

»Pero, demos por supuesto que no se verificase de esta suerte, y que además hubiese algunos hombres bastante obcecados para recibir la confirmación de una mano cismática; ¿qué sucedería? Cuando se presentarían a las diócesis para regir una grey que no les fuera encomendada por el Espíritu Santo, ¿cómo los mirarían los pueblos? ¿Cómo se acatarían sus disposiciones? Ni los sacerdotes ni los fieles consentirían en rendir obediencia || a un intruso, que sin más mérito que su ambición, ni más títulos que los librados por potestades incompetentes, se sentaría en la cátedra episcopal, siendo de continuo una manzana de discordia y una piedra de escándalo. Y acaeciendo lo mismo no tan solamente en esta o aquella diócesis, sino en casi todas las de España, pues ya son muy pocas las que no cuentan o difunto o ausente su legítimo pastor, ¿quién no concibe el desorden, la confusión, el caos que se introduciría por todas partes? ¡Cuánta turbación de conciencias! ¡Cuántos y cuán violentos esfuerzos para sostener la desatentada medida! ¡Cuántas delaciones, cuántos procesos, cuántas persecuciones, cuántos desastres! Vano fuera hablar de *necesidades extremas,* vano recordar la antigua disciplina, vanos todos los preámbulos de los decretos en que se prescribiese la sumisión a los intrusos, vanas todas las pláticas y pastorales y discursos de éstos para convencer de su legitimidad; mil y mil plumas demostrarían la infracción de los sagrados cánones, la subversión de la disciplina, el quebrantamiento de la unidad; mil y mil lenguas se emplearían pública u ocultamente en combatir el funesto error, y el pueblo español, católico por ideas, por costumbres, por hábitos; este pueblo dotado por la Providencia de un admirable tino para discernir al lobo aun cuando se cubra con la piel

de oveja; el pueblo, repetimos, dirigiéndose a los falsos pastores, les diría: «Nosotros no sabemos de estas cosas tanto »como vosotros; pero lo que no podemos ignorar es que no »os hemos visto entrar por la puerta, y quien por ella no »entra es un ladrón, según la enseñanza del divino Maes»tro.» ||

Después de estas aclaraciones échase de ver que de nada sirve lo que añade el señor obispo de Astorga sobre lo que dijo el señor arzobispo de Granada en el concilio de Trento relativamente a la autoridad de los obispos por derecho divino y la ley de residencia, ni lo que decía el obispo de Guadix, ni el teólogo Fr. Pedro de Soto y otras especies por este tenor; pues que repetimos que no se trata aquí de ventilar cuestiones canónicas, sino de calificar las expresiones vertidas en la pastoral, considerándolas tales como son en sí, con relación a las circunstancias en que se escribieron y a los resultados a que podían conducir.

Mirada la cosa bajo este punto de vista difícilmente podrá persuadir el señor obispo de Astorga que la razón esté de su parte; creemos que cuantos más esfuerzos haga para conseguirlo pondrá su causa de peor aspecto.

Concluída la tarea de defenderse del modo que acabamos de ver tocante a las citadas expresiones de su pastoral, continúa el señor obispo diciendo: «Pero es en vano que yo me fatigue buscando los pretextos que hayan servido para sorprender el ánimo de nuestro Santísimo Padre, induciéndole a acceder a que se impusiese a mi pastoral su no merecido anatema. Si el hecho es cierto, como me inclina a creerlo mi larga experiencia del mundo y lo ocurrido con el virtuoso arzobispo de Palmira, es para mí muy probable que mis enemigos, enemigos también de la verdad, porque combate victoriosamente los abusos, me habrán presentado a los ojos del Sumo Pontífice con la calificación de jansenista. ¡Jansenista! Palabra con que frecuentemente procuran zaherir || e infamar a falta de razones con que combatir y vencer en buena lid; acusación vaga y gastada con que gratuitamente se ha visto calificar a los más eminentes defensores de la verdad e impugnadores de los abusos; palabra con que los interesados defensores de una religión que ellos quisieran hacer elástica aspiran a desvirtuar la sana doctrina, así como a lastimar la honra del que, *acatando y sosteniendo como de fe sólo aquello que es de fe*, tolera como opinable todo lo que aun está libremente entregado a las disputas de los hombres; palabra que con punible profusión aplicada se ha hecho servir para denigrar a piadosos y sabios obispos, que combatiendo con cristiana valentía la ambición, la avaricia, la hipocresía, los dos fanatismos y demás bastardas pasiones, tanto más peligrosas y

funestas cuanto se acogen a región más elevada, *reprenden, ruegan, exhortan con toda paciencia y doctrina* (II Tim., IV); siguiendo constantes las santas inspiraciones de la verdadera caridad, *pacífica, modesta, dócil, no ligera ni precipitada en juzgar* (Jac., III).

»Terminaré la explicación que de mi pastoral llevo hecha, con lo que sobre el último punto de prodigarse en estos tiempos la calificación de jansenismo escribía el erudito don José Nicolás de Azara, embajador de España cerca la corte de Roma en 1777, el cual, lamentándose del hecho escandaloso ocurrido en la congregación habida en 28 de enero, sobre la calificación del venerable obispo señor Palafox, a quien algunos consultores tacharon de *hereje jansenista*, decía en sus *Reflexiones* acerca del mencionado hecho, entre otras cosas, lo siguiente: «¿Qué diría Inocencio XII que »para prevenir || los escándalos y discordias que desgarra»ban la paz de la Iglesia prohibió expresamente en 1694 [2] que »ninguno fuese infamado con el nombre y acusación vaga »de jansenista, mientras no constase legítimamente que era »sospechoso de sostener alguna de las cinco proposiciones de »Jansenio?... Yo quisiera saber qué es lo que entienden por »jansenismo los que profieren esta palabra...; hasta ahora »no sé más sino que sólo es jansenista el que sostiene alguna »de las cinco proposiciones de Jansenio, y sé también que se »calumnia con este nombre, etc.»

Estamos de acuerdo con S. S. I. en que es menester andar con mucho tiento en culpar a nadie de jansenista, sin tener para ello pruebas muy decisivas. Sin embargo, toda vez que a S. S. I. no le consta que la citada pastoral haya sido prohibida de tal suerte que haya caído sobre su autor la nota de jansenismo, parécenos que, atendida la gravedad y circunspección con que debe expresarse un prelado en todas ocasiones, y muy particularmente tratándose de tan delicadas materias y nada menos que en una apología de un escrito prohibido en Roma, hubiera sido mejor no tocar este punto y no excitar en el ánimo de los lectores sencillos ideas que tal vez no se les ocurrieran. Por lo tocante a la nota de jansenismo, es cierto que es muy fea y que incurre en grave responsabilidad quien la achaca a una persona inocente. Por lo mismo concebiríamos muy bien que el autor de la *Apología* se manifestase afligido y hasta indignado, en caso de que se le hubiese impuesto semejante || tacha hallándose él exento de ella. Pero ¿a qué viene defenderse de lo que no se le ha acusado, según él mismo nos dice, pues que todas sus palabras no expresan más que una mera con-

---

[2] Véase Amat, *Historia eclesiástica*, l. 16, c. I, n. 35.

jetura? ¿A qué viene la excusa cuando no sabe que exista el cargo?

Con terrible dureza trata S. S. I. a los que se atreven a denigrar a otros con la nota de jansenismo; y en verdad que muy justamente son reprendidos los que tal hacen faltando a las leyes de la caridad cristiana. Como quiera, no es exacto que siempre que se da el nombre de jansenista a algunos que no defienden las cinco proposiciones de Jansenio, sea con el objeto *de desvirtuar la sana doctrina, ni de lastimar la honra del que, acatando y sosteniendo como de fe sólo aquello que es de fe, tolera como opinable todo lo que aun está libremente entregado a las disputas de los hombres.* Su Señoría Ilustrísima no puede ignorar que algunos a quienes se ha dado el nombre de jansenistas, si no lo merecían en todo el rigor de la palabra por no habérseles probado que defendiesen ninguna de las proposiciones de Jansenio, al menos eran dignos de censura y reprensión por el conjunto de doctrinas que sustentaban relativamente a puntos muy graves de disciplina, de los cuales algunos se rozaban con el dogma o le pertenecían directamente; y además por cierto espíritu de oposición a la Sede apostólica; por cierto prurito de criticar incesantemente la conducta de los Papas; por cierta pasión a eternas declamaciones contra la curia romana; por su resistencia, más o menos encubierta, a las decisiones pontificias; por su aversión a la presente disciplina, y sus afectados elogios de la antigua; y, en fin, por un || sistema de doctrinas tan acomodado a las exigencias de los innovadores, que con el auxilio de ellas se puede hacer de las cosas eclesiásticas y de la Iglesia misma todo lo que se quiera.

Su Señoría Ilustrísima, cuyos conocimientos son tan vastos, cuya lectura ha sido tan extensa y variada, y cuyo trato de mundo le ha dado a conocer mucho los hombres y las cosas, no habrá podido menos de notar que hay ciertos escritores que siguen constantemente las reglas que vamos a indicar. ¿Se trata de una competencia entre el Papa y el concilio universal? Ellos están en favor del concilio contra el Papa. ¿Se trata de una competencia entre los obispos y el clero inferior? Ellos están en favor del clero y contra los obispos. ¿Se trata de una competencia entre la potestad civil y la eclesiástica? Ellos están en favor de la potestad civil y contra la potestad eclesiástica. Eso en materias de religión. Por lo tocante a la política, la conducta de estos hombres, si se hallan en ocasión de figurar, que no suelen esquivarla, es la siguiente: ¿Reina un monarca absoluto? No tienen escrúpulo en sostener con calor la monarquía, en adular al soberano, en exagerar sus facultades, sobre todo en cuanto concierne a negocios eclesiásticos. Lo que se ape-

llida *protección real*, explicada por estos hombres se convierte en supremacía; la tiara desaparece en presencia de la corona, y el báculo pastoral no tiene más fuerza de la que le viene del cetro. Si el soplo de las revoluciones ha derribado el trono, o le ha rebajado mucho de su altura; si se han formado asambleas turbulentas que, absorbiendo todos los poderes, dan la ley al monarca y al pueblo en || nombre de la libertad, esos mismos hombres, que eran realistas ayer, serán demagogos hoy; sus principios serán bastante elásticos para prestarse a una metamorfosis tan monstruosa; la omnipotencia del rey se habrá trocado en soberanía popular.

S. S. I. sabe muy bien que las revoluciones de Francia y otros países nos han ofrecido tristes ejemplos que comprueban la verdad y exactitud de estas descripciones, y contra el testimonio de los hechos nada valen las palabras ni las apariencias. Que esos mismos hombres se hayan cubierto con el velo de la mansedumbre y de la caridad cristiana; que hayan protestado de su respeto y acatamiento a la Sede apostólica; que hayan afectado encarecido amor a la antigua disciplina; que hayan procurado presentarse a los ojos de los pueblos con suma austeridad; que se hayan hecho extremamente difíciles en la administración del sacramento de la Penitencia y de la Eucaristía; que se hayan empeñado en enseñar una moral tan estricta que haya parecido a los hombres una carga insoportable; que hayan declamado de continuo contra la relajación de los casuístas, y que se hayan levantado a sí mismos el testimonio de ser los únicos maestros de la doctrina sana y de la moral pura, los únicos intérpretes fieles del Evangelio, los únicos que enseñan la religión de Jesucristo limpia de toda mancha de fanatismo y superstición; todo esto podrá servir para engañar a los incautos; pero los hombres prudentes no dejarán de comparar las palabras con las obras, las doctrinas nuevas con la enseñanza de la Iglesia; no dejarán de considerar el abismo a que conduce semejante || sistema, y recordando aquellas reglas del Evangelio de que no se ha de creer a todo espíritu, de que se ha de conocer el árbol por sus frutos, de que es menester guardarse de los que se nos presentan con la piel de oveja e interiormente son lobos rapaces, conocerán la hipocresía y la perfidia que se oculta bajo hermosas palabras, y no haciendo caso de los vanos pensamientos de los hombres se atendrán a lo que les dice la Iglesia, columna y firmamento de verdad, a lo que les enseña el vicario de Jesucristo, encargado de apacentar la grey del Señor, y dejando que soplen los vientos, y se levanten las tempestades, y bramen las olas del océano, dormirán tranquilos en la navecilla de San Pedro.

No disputaremos sobre el nombre que deba darse a esa

clase de hombres de quienes estamos hablando; no insistiremos en que se les deba llamar jansenistas; lo que sí diremos es que el dictado que les corresponde de rigurosa justicia no puede ser nada lisonjero; y, absteniéndonos de determinarla, advertiremos que para expresar su procedimiento y calificarlo debidamente no faltan duras palabras en el diccionario de todas las lenguas.

Volviendo a la prohibición de la pastoral, observaremos que, sea cual fuere el juicio del señor obispo de Astorga, parece que debiera haberse abstenido de recomendar de nuevo con tanto encarecimiento la lectura de ella, siquiera por respeto al Sumo Pontífice. A pesar de esto, notamos con dolor que la recomienda de un modo particular, que procura calmar las conciencias que habrían podido alarmarse dentro y fuera de su || diócesis, llegando a decir que, «postrado en la presencia del Señor crucificado, le ruega fervorosamente *no permita que el mal espíritu se apodere de ninguno de ellos so pretexto de la mencionada prohibición*».

Reproduce en el propio lugar un argumento que ya propuso en su pastoral, para persuadir que la prohibición indicada carece absolutamente de valor. No queremos dejar sin respuesta las observaciones del señor obispo sobre este punto, y, como nos parece que cae en una contradicción manifiesta, la haremos notar para que resalten los inconvenientes que consigo trae el empeño de defender una mala causa. En su pastoral había dicho lo siguiente: «La prohibición de varias obras se ha hecho por miras políticas en Roma contra los decretos de los concilios, bulas, breves pontificios, recibidos por la Iglesia universal, especialmente la del sabio Benedicto XIV *Sollicita ac provida*, condenándose sin expresar ninguna causa, ni designar la herejía o error por que se condenan tales escritos. Sabida es la respuesta que dió este gran Pontífice a su amigo el célebre Luis Muratori, cuando éste se le quejó de que se hubiese prohibido un escrito suyo. Su Santidad le hizo ver que cada soberano prohibía lo que creía contrario a las regalías de sus Estados, y que no tenía otra causa la prohibición de su escrito *(Vida de Muratori, etc.; Biografía universal, etc.)* Porque *todos los gobiernos tienen el derecho esencial e imprescriptible de impedir cuanto creen sinceramente* que puede perjudicar al bien o felicidad temporal de sus súbditos.» En la *Apología* dice lo siguiente: «A ellos y a todos encarecidamente encargo que no pierdan de vista la || advertencia que en dicha mi pastoral hacía, de distinguir siempre con el mayor cuidado «la sagrada persona del primado de la Iglesia, y su »autoridad espiritual que Jesucristo dejó a San Pedro y a »sus sucesores, y es un dogma de fe en la Iglesia católica, »de la de *Rey o autoridad temporal de Roma*, en la que Su

»Santidad como soberano está enlazado y casi dependiente »de otras potencias poderosas, que podrían hacerle mucho »daño conquistándole sus Estados pontificios o parte de »ellos». Así, pues, la autoridad política del soberano temporal de Roma y Estados pontificios puede muy bien prohibir la circulación en sus dominios de obras que aun contra la mente de sus autores perjudiquen de cualquier modo al sistema de gobierno adoptado, sin que por esto se entienda calificada su doctrina bajo el *concepto eclesiástico y religioso.*»

En vista de estas palabras preguntaremos si el señor obispo considera la prohibición de las *Observaciones pacíficas* como un acto de un soberano que *en uso del derecho esencial e imprescriptible impide que circule cuanto cree sinceramente que puede perjudicar al bien* o *felicidad temporal de sus súbditos*, o como una prohibición bajo el aspecto doctrinal, tocante a materias religiosas y morales. Si lo primero, no tiene de qué quejarse, pues que él mismo confiesa que la autoridad política del soberano temporal de Roma y Estados pontificios «puede muy bien prohibir la circulación en sus dominios de obras que aun contra la mente de sus autores perjudiquen de cualquier modo al sistema de gobierno adoptado». Si lo entiende como una prohibición bajo el concepto eclesiástico y religioso, entonces || no viene al caso la distinción que recomienda a sus diocesanos entre el Sumo Pontífice y el Rey de Roma, ni cuanto había dicho en su pastoral sobre este particular, según más arriba llevamos copiado. Este argumento no tiene réplica: no sabemos lo que podría contestar a esta reflexión el señor obispo de Astorga. Lo pondremos más breve y más claro: o el que prohibió es el Papa o el Rey de Roma; si el Rey, no habléis del Papa; si es el Papa, no habléis del Rey.

Sin embargo, así en la pastoral como en la *Apología* se habla de todo a un tiempo, y todo se mezcla y se confunde, y de todo se quiere sacar partido para acriminar a la corte de Roma y dejar en buen puesto los escritos prohibidos. Ya que hemos tocado este punto, y que en la expresada *Apología* se hace referencia algunas veces al opúsculo publicado en Barcelona en 1842 con el título de *Algunas serias reflexiones de J. C. sobre la carta pastoral del Ilmo. Sr. D. Félix Torres Amat, obispo de Astorga,* parece que Su Señoría Ilustrísima debiera hacerse cargo de las observaciones que le hace el señor J. C. en el párrafo sexto y después en el octavo, para demostrar que la prohibición de las *Observaciones pacíficas* fué muy diferente de la del libro de Muratori. En los citados lugares se explica con bastante claridad y solidez la presente materia; y si el señor obispo de Astorga hubiese tenido algo que responder, podría haberlo hecho, en

vez de insistir de nuevo en lo que había asentado en la expresada pastoral. Allí se distinguen las dos maneras con que se hacen las prohibiciones de las obras, y se refiere, anotando las fechas, el curso que siguió la prohibición de las *Observaciones pacíficas.* En puntos tan graves || no deben dejarse sin respuesta observaciones y argumentos como los que hace el señor J. C., mayormente si en prueba se aducen hechos que, no pudiendo ser desmentidos, inclinarán precisamente el juicio de los lectores en favor de la impugnación y contra el señor obispo de Astorga y su tío el arzobispo de Palmira. Si es verdad lo que afirma el señor J. C., ¿a qué viene insistir sobre las prohibiciones hechas en uso meramente de la soberanía temporal? Y si no lo es, ¿cómo no se ha rectificado el error?

Lo diremos francamente por más que nos duela: el señor obispo de Astorga se manifiesta en todo este negocio muy dominado por el entrañable amor que profesa a su señor tío, y esa afección de familia le ha conducido a extremos a que sin duda no habría llegado si su corazón no se afligiese profundamente a la sola idea de que puede ser mancillada en lo más mínimo la reputación del señor arzobispo de Palmira. Si así no fuese, imposible sería que se arrojase a publicar escritos de tanta consecuencia, poniéndose en desacuerdo de un modo tan ruidoso con la Sede apostólica; imposible fuera que con tanto ahinco recomendase a sus diocesanos la lectura de lo que se ha prohibido en Roma, y que no atendiese al escándalo que puede producir en los fieles el ver a un obispo que aconseja como muy bueno y muy santo lo que en Roma se declara peligroso y malo. Y es lo peor que, a fuerza de empeñarse en dejar a su señor tío en buen lugar, y con el anhelo de publicar documentos que le justifiquen y le adquieran mayor reputación, le daña más y más con su celo, dando a conocer documentos que si el arzobispo de Palmira || viviese en la actualidad, tal vez desearía que se conservasen ocultos en su bufete. Sirva de ejemplo la carta que se inserta al fin de la *Apología,* escrita en 16 de junio de 1821 en Sampedor. El señor obispo de Astorga le da tanta importancia a esta carta, que se apresura a suplir el olvido involuntario que había sufrido dejando de insertarla en la página 47 al fin de la nota, y la añade como complemento, según dice, para dar más a conocer el *espíritu y carácter de conciliación y mansedumbre del ilustrísimo señor arzobispo de Palmira, a la par que su penetración política.*

Cabalmente no se descubre en este documento ninguna de las dotes indicadas; y por lo tocante a la penetración política, menester es confesar que, según resulta de la expre-

sada carta, no manifestó mucha el señor arzobispo. No dejaremos sin prueba lo que acabamos de afirmar.

No es un indicio de un espíritu demasiado conciliador el cargo que en la misma carta hace el señor Amat al autor de la obra titulada *Del Papa,* que él a la sazón atribuía a M. Bonald, bien que después supo que era del conde De Maistre. «En esta obra, dice, disgusta la confusión con que desde el capítulo I se habla de la *infalibilidad,* como si no fuera más que la *supremacía* que tienen los monarcas de *soberanía absoluta* sobre sus tribunales de justicia y generales de ejército. Confusión de ideas ahora muy deseada por aquellos italianos que quieren a lo menos que el Papa sea en la Iglesia un *soberano absoluto,* como lo son en sus dominios los dos emperadores *santamente* aliados en la confesión de los misterios de la Trinidad y Encarnación. Con todo, apreciamos || los dos tomos *Du Pape,* por muchas de las noticias y reflexiones que incluyen.» Bien que más arriba hemos demostrado la injusticia de semejante acusación, todavía se hace preciso insistir algún tanto sobre esta materia, ya que, según parece, hay un decidido empeño en mancillar una reputación tan bien sentada como es la del conde De Maistre. Indúcenos a esto el deseo de vindicar el buen nombre de los católicos que tan favorablemente han acogido la obra del conde; porque es bien sabido que no sólo fué bien recibida en Francia, donde se dió a luz, sino que ha corrido y corre con mucho crédito en España, y hasta en Italia, donde, según parece, era tenida en gran concepto ya en la época de las contestaciones entre el señor arzobispo de Palmira y el nuncio de Su Santidad, pues que éste, según hemos visto ya, escribiendo al arzobispo en Madrid, con fecha 5 de mayo de 1824, le decía: «Sin que yo entre en un examen prolijo que no me pertenece, ni quiero hacer, me basta decir a Vuestra Señoría Ilustrísima la falsedad que dice en orden al célebre Maistre para desacreditarle, por el gran pecado de haber defendido el primado del Papa, sin duda, según su dictamen, a sugestión del demonio.

»Vuestra Señoría Ilustrísima, lo diré con dolor, parece ser sumamente ignorante o un atroz calumniador; lo primero, si no sabe todo lo que el mundo conoce, que el piadosísimo Maistre era católico y muy buen católico, y ojalá lo fuésemos tanto nosotros, y si no ha podido reconocer esta verdad por la lectura de su obra sobre el Papa, caso que en efecto la haya tenido en sus manos y meditado. Lo segundo, si, a pesar de saber todo esto, se ha servido por su fin particular acriminarle de protestante, y todavía de || algo peor, a los ojos de los crédulos que no lo entienden.»

A pesar de todo esto se publica como un documento cu-

rioso una carta donde se contienen imputaciones desnudas de todo fundamento. Para desvanecerlas más y más insertaremos las mismas palabras del conde De Maistre en el libro 1.º, capítulo XIX: «Todo nos reduce a las grandes verdades establecidas. No puede haber sociedad humana sin gobierno, ni gobierno sin soberanía, ni soberanía sin infalibilidad, privilegio tan absolutamente necesario, que es forzoso suponerlo aun en las soberanías temporales (donde no le hay) so pena de ver disuelta la sociedad. La Iglesia nada más exige que las otras soberanías, aunque tenga sobre ellas una superioridad inmensa; pues que en éstas la infalibilidad es *humanamente supuesta*, y en ella *está divinamente prometida*.» Estas palabras del ilustre conde son la mejor respuesta que puede darse a las acusaciones del señor Amat, y confesaremos francamente que no comprendemos cómo habiendo leído la obra no se desengañó de su preocupación, y mucho menos alcanzamos todavía cómo el señor obispo de Astorga se empeña en reproducir una especie mil veces combatida y que para honor de su tío debiera desear que se olvidase. ¿Cree el señor obispo de Astorga que sea muy favorable al buen nombre de su tío el publicar de nuevo lo que había dado ya a luz en la *Vida del Ilmo. Sr. Amat*, sobre el juicio comparativo entre la obra del conde De Maistre y la de M. Baston? ¿Cree que los hombres de sanas ideas leerán con gusto la otra carta al doctor Garcías, fecha en 24 de septiembre de 1824, y, por tanto, escrita después || de sus contestaciones con el nuncio de Su Santidad? [3] El señor obispo de Astorga, al comunicarnos estas noticias, se olvidó sin duda de quién era ese M. Baston, y de que, atendidas las

[3] «347. Y poco antes de su muerte, en carta de 24 de septiembre de 1824, decía al doctor Garcías: «Amigo estimadísimo: Recibo los dos tomos de Baston y la *brochure* pequeña intitulada *Quelques reflexions, etc.*, a la cual veo que Baston responde en una adición al tomo II. La obra de este sabio parece demasiado larga; pero es sin duda un tapaboca completo a los que con artificios y por medios indignos de hombres de buena fe, y aun más de todo, verdadero cristiano, alaban una obra como la del conde Le-Maistre, en que es menester hacerse mucha violencia para no creerla más una burla de la religión divina de Cristo crucificado, que una defensa de la autoridad del Papa. Al conde le tengo por católico y por hombre de bien, pues dicen que lo era algunos que pudieron conocerle personalmente; pero tampoco dudo que era un iluso de los que el P. Buffier llamaba *locos parciales*; o un fanático de los más idólatras de su propio dictamen o imaginación. Si el tomo II es conocido en España, hará mucha sensación la advertencia del principio, pues se pasmaría usted si supiese la violencia con que por acá se han expedido *sus ordres*, como las de que habla Baston, y cómo se ha procedido para que la obra *Du Pape*, ya traducida en español, fuese tenida por de autor inspirado, y nadie se atreviese ni a hablar contra ella, ni a dejar de mirarla como la *única* que declara bien la potestad pontificia.» *(Vida del ilustrísimo señor Amat*, p. 341.)» *(Apología*, p. 48.)

circunstancias en que se ha encontrado la España, no era muy prudente recordar el nombre del impugnador del conde De Maistre.

Deseosos de que el público forme sobre este negocio un juicio completo, y de que cada cual pueda apreciar debidamente las opiniones del señor arzobispo de Palmira, recordaremos que el señor Baston fué un sacerdote cismático, que no tuvo reparo en menospreciar || la autoridad pontificia y los sagrados cánones. La mayor parte de nuestros lectores habrán visto ya lo que de este señor abate se lee en el tomo XV de la *Biblioteca de la religión* en la *Advertencia*, página 18; no obstante, para los que de ello no tengan noticia lo insertamos en la adjunta nota[4]. ||

[4] «M. Baston, eclesiástico de Ruán, es el autor de unas *Reclamaciones por la Iglesia de Francia, y la verdad contra la obra de M. Maistre*. Con qué verdad están formadas puede conocerlo todo hombre imparcial que tenga alguna idea de los sentimientos ulcerados que tenía M. Baston contra la Santa Sede al tiempo de escribirlas. Este eclesiástico, que se había dado a conocer en su diócesis por sus sentimientos cristianos al estallar la revolución, y que aun combatió la constitución civil del clero en varios opúsculos, y mereció por ello *ser deportado* como los demás eclesiásticos, de vuelta a Francia no conservó la misma reputación que antes había obtenido. Habiendo acompañado el 1811 al cardenal Cambaceres, arzobispo que era entonces de Ruán, a París, cuando éste fué al concilio que había de celebrar Bonaparte, éste quedó muy satisfecho del abate Baston, y le ofreció el obispado de Seez, cuyo obispo había incurrido en su desgracia, y había sido desterrado a Nantes, y aun forzado a dar su dimisión. Cuando el déspota, después de haber arrastrado preso al santo Pío VII a Fontainebleau quiso nombrar varios obispos, puso de nuevo los ojos en el abate Baston para la misma silla; mas como el Papa se negase a dar las bulas a los nombrados por su perseguidor, trató de que se supliese a ello, haciendo que los cabildos nombrasen como vicarios gobernadores a los nombrados obispos. El cabildo de Seez, en virtud de orden del ministro de los cultos, por redimir la vejación, le nombró en unión de los dos gobernadores que ya tenía; pero Baston obró en todo por sí solo, dando dimisorias y ejerciendo toda la jurisdicción sin consultar siquiera a sus colegas. El cabildo, al ver esto, consultó secretamente a Su Santidad por medio de un eclesiástico que pudo introducirse en Fontainebleau, y oyó del Santo Padre que el cabildo no había podido dar los poderes al abate Baston, que los actos de jurisdicción ejercidos por éste eran nulos, y lo mismo las dispensas de matrimonio que concedía en los grados prohibidos, bajo pretexto de una gracia particular. Extendida esta noticia en la diócesis, la mayor parte del clero rehusó comunicar con él; pero él continuó atribuyéndose los honores del obispado; aun más, escribió una *Memoria* contra las *Observaciones* de Muzarell sobre la institución canónica de los obispos, en donde, después de citar varias autoridades de jansenistas, amenazaba a los que se le oponían con la venganza del emperador. Para las órdenes de Navidad de 1813 anunció que sólo él firmaría las dimisorias para los ordenados; y éstos, fieles a Dios, quisieron más bien no ordenarse que servirse de ellas. Sabedor de que se hacían secretamente oraciones por la paz de la Iglesia y del Estado, las prohibió bajo *penas canónicas* en enero de 1814. Dondequiera hablaba

Véase por quién se interesaba el señor arzobispo de Palmira; el lector juzgará. Entretanto no podemos menos de repetir que en vano se ha formado el empeño de desacreditar al conde De Maistre, ora acusándole de protestante, ora tachándole de iluso: el insigne escritor es respetado por todos los hombres capaces de apreciar su mérito, aun cuando no profesen sus ideas; y nadie que haya leído sus obras puede poner en duda que estaba adherido de todo corazón a la Iglesia católica. || Por lo tocante a la rectitud de sus intenciones, resalta tan vivamente en todas las páginas de sus escritos, que desearíamos se abandonase el empeño de dejarle malparado en la opinión de los lectores.

En la misma carta nos dice el señor Amat que sus *Observaciones pacíficas* gustaron al señor Arias, arzobispo de Valencia, residente entonces en Perpiñán. Extráñalo Su Señoría Ilustrísima, asegurando que le parece imposible; y

---

del Papa con desprecio, y llegó a decir que aun cuando oyese de su misma boca que anulaba los actos de jurisdicción de los obispos nombrados, no haría estimación de ello, pues la Iglesia de Francia estaba en derecho de proveer a sus necesidades. En febrero de 1814 cerró el seminario, porque sus alumnos no eran de sus sentimientos, sin que sirviesen representaciones; y por más que los jóvenes seminaristas, para cuya salida se pretextaba la falta de fondos, pidiesen el permanecer aunque sólo les diesen a comer pan seco, y el superior hiciese ver que había provisión para muchos meses. La restauración que se siguió inmediatamente no podía ser de su agrado, y aprovechando entonces el cabildo tan buena oportunidad, le revocó sus poderes el 11 de junio, y lo comunicó a la diócesis, donde excitó una alegría general. Retiróse entonces a Saint-Laurent, cerca de Pontaudemer, al seno de su familia, contando con el crédito del canciller para obtener su vuelta a Seez; pero las noticias tomadas de su conducta en el tiempo de su administración frustraron sus proyectos. En este retiro compuso una *exposición* o *memoria justificativa de su conducta;* y el 1821 publicó otro folleto bajo el título de *Solución de una cuestión de derecho canónico*, en el cual defiende la causa de la administración capitular de los obispos nombrados, quejándose de los Papas, hablando de su encaprichamiento, de ultramontanismo, vituperando abiertamente la conducta de Pío VII, y hablando del perseguidor de la Iglesia con una atención y respeto notables. La ilusión de este hombre era tal, que miraba como una injusticia que clamaba al cielo, que Luis XVIII no hubiese ratificado la elección que había hecho de él Bonaparte. En este mismo retiro, y el mismo año de 1821, se publicaron sus *Reclamaciones por la Iglesia de Francia y por la verdad contra la obra de M. Maistre;* pero la simple narración de los sucesos que hemos referido basta para formar idea del espíritu en que están concebidas. ¿Qué podía esperar una obra escrita a favor del Papa de un enemigo tan acalorado de la Santa Sede? Incansable en su ociosidad forzada, publicó el 1823 el *Antídoto contra los errores y reputación del Ensayo sobre la indiferencia* de Lamennais, y otros varios folletos. Al fin, perdida toda esperanza de ocupar ninguna de las sillas, y vuelto a Ruán, murió con resignación el 26 de septiembre de 1825, de ochenta y tres años de edad. A vista de esto nada tenemos que decir de tal antagonista.» *(L'Ami de la Réligion*, núm. 1.283.)

también lo extrañarán nuestros lectores cuando vean lo || que se añade a renglón seguido, «que si aquel buen señor y ciertos hermanos suyos hubiesen obrado según las ideas de las *Observaciones* y del *Apéndice* sobre la distinción e independencia mutua de las dos potestades, y los fines y los medios propios de cada una, y sobre las máximas que dió Jesucristo a la Iglesia para conducirse bien con toda suerte de gobiernos civiles, protectores o perseguidores, hubieran sido menos dolorosas las reformas, hijas de la miseria general que obliga a los que mandan a buscar recursos por medios violentos; no veríamos a personas respetables resistiendo a las providencias del gobierno sobre lo temporal en fuerza de bulas de inmunidades, como si estuviésemos en tiempos tranquilos y en los siglos pasados; ni se vería el gobierno precisado a tomar providencias severas que aborrece; ni tendríamos que temer los horrores a que nos exponen los Vinuesas, los Merinos y semejantes cabezas atolondradas, que tal vez sin pensarlo son meros instrumentos de los enemigos de la tranquilidad, buen orden y prosperidad de España en la situación actual; figurándose que sólo con disturbios interiores podrán lograr la mudanza de algunos puntos que les disgustan en nuestra Constitución y leyes que van haciéndose».

Véase, pues, si es extraño que el señor Arias, a quien vemos culpado de que no procedía con el debido miramiento y de que el olvido de las máximas contenidas en las observaciones le hacía sufrir el destierro, gustase de esta obra que con la práctica reprobaba. Ya más arriba llevamos indicado cómo se entiende muchas veces eso de gustar de una obra; y repetiremos aquí lo que indicamos en el propio lugar, de que no parece || conveniente entregar a la luz pública juicios que quizás se emitieron muy en secreto en un momento de expansión y de confianza, y probablemente con añadiduras y restricciones que presentarían la cosa bajo un aspecto muy diferente del que se nos quiere dar a entender. Y no se diga que hablamos con demasiada dureza; pues que no concebimos que pueda emplearse lenguaje más templado cuando vemos que se nos quiere persuadir que eran partidarios de las *Observaciones pacíficas* hombres notoriamente conocidos por su aversión a la doctrina que en ellas se contiene. Además, que si vale mucho el honor del señor arzobispo de Palmira, no vale menos el del señor Inguanzo, del señor Veyán, del señor Arias, a quienes se quiere atribuir una especie de complicidad, suponiéndoles adictos a las doctrinas de una obra condenada en Roma.

En las palabras que acabamos de copiar se descubre claramente cuáles eran las intenciones y las doctrinas del señor arzobispo de Palmira, y por cierto que hubiera cumpli-

do mejor a su buen nombre que no se nos hubiesen recordado bajo su propia firma. Notamos con dolor que la opinión del señor arzobispo era que en la actualidad nada valían las bulas de inmunidades, pues que reprende a las personas que en aquella época resistían a las providencias del gobierno sobre lo temporal *en fuerza de bulas de inmunidades, como si estuviésemos en tiempos tranquilos y en los siglos pasados*. Notamos también que legitima las *providencias severas* que el gobierno tomaba, pues que dice *que se veía precisado a tomar providencias severas que aborrece*. Por lo que toca a los horrores de que habla con respecto a los Vinuesas || y Merinos, llamándolos *cabezas atolondradas*, mejor hubiera sido que no se publicasen estas palabras de un arzobispo tratándose de un sacerdote asesinado atrozmente en la cárcel y a quien se aplastó la *cabeza* a martillazos.

Pasemos a la previsión política. Decía el señor arzobispo de Palmira que se lograría fácilmente la mudanza que conviniese, guardando con fidelidad y sentando bien la Constitución de 1812. A decir verdad, estas solas palabras bastan a indicar que no calaba muy hondo en materias políticas; porque es bien sabido que todos los publicistas están de acuerdo en que es imposible sentar bien y guardar fielmente la Constitución de 1812, a causa de que lleva en su seno elementos de muerte y de que es impracticable. Se nos dirá que este error no es tanto de extrañar en aquella época, cuando una experiencia dolorosa no había producido los desengaños que ahora; mas a esto responderemos que a mediados de 1821 todos los hombres de buena fe y de comprensión política habían tenido ya el tiempo suficiente para conocer los vicios de la ponderada Constitución, y además, un hombre tan instruído y tan aficionado a la lectura como el señor arzobispo de Palmira no debía participar de las ilusiones de los políticos adocenados, cuando los más célebres publicistas de Europa habían condenado la Constitución de la Asamblea constituyente, de la cual era la nuestra una miserable copia. En el reino vecino ya nadie se hubiera atrevido a sostener las teorías constitucionales en que se fundaba el código del año 12; y así es que hasta el partido que hacía la oposición al gobierno de Luis XVIII se preciaba de || haber aprovechado las lecciones de la experiencia y sustentaba las doctrinas que se han realizado en las cartas modernas, corrigiendo notablemente los desvaríos que salieron de las cabezas de los filósofos franceses, que pasaron del silencio de su retiro a la reforma y gobierno de la sociedad.

Es peregrina la idea que emite el señor arzobispo de Palmira cuando, aventurándose a un pronóstico político, dice:

«No conoce a España quien no conozca que, cesando desde este año el clero alto y la nobleza de ser objeto de envidia y de odio, desde el nombramiento segundo, futuro de diputados (si no es en el primero), ha de resultar un congreso cuya notable mayoría no ceda a la Cámara de diputados de Francia ni en celo por la religión, ni en horror a la democracia, ni en amor a una monarquía bien montada con la justa moderación y con la fuerza necesaria para hacerse amar y obedecer.» Lo que se conoce muy bien es que el señor arzobispo de Palmira no conocía la España, ni la revolución, ni se le alcanzaba mucho de achaque de política. Prescindamos del cruel desengaño que ofrecieron los acontecimientos, y dígasenos si en la situación en que se encontraba la España en junio de 1821 no era una candidez bien poco previsora el lisonjearse con los hermosos sueños con que se consolaba la ancianidad del señor arzobispo. Había olvidado sin duda que las revoluciones tienen un período ascendente, o al menos no veía lo que era más claro que la luz del sol, a saber: que la revolución española estaba muy distante de haber llegado al punto extremo de la crisis, y que en lucha con el rey, en lucha con la nobleza, con el clero y con el mismo pueblo, no le era dable prolongar || su existencia sino en medio de convulsiones y excesos. Creemos poder dispensarnos de hacer resaltar más y más la imprevisión política del señor arzobispo de Palmira, pues que en el estado actual de las ideas no sólo los hombres sabios, sino aun los medianamente entendidos, no verán en las palabras citadas sino una humilde vulgaridad, sólo disculpable por la serena candidez con que viene enunciada.

Así se echa de ver que no ha andado con mucho acierto el señor obispo de Astorga comunicándonos la expresada carta como una prueba de la *penetración política* de su tío; pero lo que hay aquí más sensible es que con esta publicación se ha puesto al señor arzobispo de Palmira en chocante contradicción consigo mismo. En efecto: en la citada carta notamos que el señor Amat era un constitucional en todo el rigor de la palabra; que tenía viva fe en los resultados del nuevo código, y que de él se prometía nada menos que la ventura de España. Y ciertamente que esto no se aviene con lo que decía en 1824 de que *todos los que se gloriaban de ser españoles y de ser católicos debían manifestarse agradecidos a la infinita bondad de la divina Providencia por haberse restablecido en España la antigua monarquía hereditaria española, que nuestro augusto soberano Don Fernando VII heredó de sus abuelos;* cuando se felicitaba de que lo hubiésemos logrado con el *auxilio del ejército pacífico enviado por el rey de Francia de acuerdo con los demás soberanos de Europa,* después que en la mencionada carta se

había burlado de los dos emperadores *santamente* aliados, y, por fin, no era muy consecuente cuando, lleno de entusiasmo por el restablecimiento de Fernando || en la plenitud de sus derechos, deseaba *grabar en los corazones de los españoles eclesiásticos y seglares, militares y paisanos de todo sexo, edad o profesión, desde los más sabios a los más ignorantes, desde los más ricos a los más pobres, y desde los que habitan en las capitales hasta los carboneros y pastores que no salen de los montes y desiertos, la verdad de que eran indignos de llamarse españoles o católicos los que se descuidasen de dar continuas gracias a la divina Providencia por el beneficio que nos había hecho de restablecernos bajo el dominio de la antigua monarquía hereditaria española.* Triste papel representa sin duda el señor arzobispo con la flagrante contradicción de semejantes pasajes; mas no tenemos nosotros la culpa de que así suceda: su sobrino, el señor obispo de Astorga, es quien ha cuidado de exponerlo a los ojos del público. Haciéndolo notar, haciendo ver que un día hablaba en un sentido y otro día en otro, conforme habían variado las circunstancias, desempeñamos una tarea poco grata, pero cumplimos al propio tiempo con un deber, supuesto que hemos acometido la empresa de manifestar la sinrazón con que procede el señor obispo de Astorga al tratar con tanto rigor a todos los que no prestan homenaje a la persona y a los escritos de su señor tío, sin reparar en hacer graves cargos a la curia romana, que, sean cuales fueren las palabras con que los disfrace, vienen al fin a recaer sobre la Sede apostólica.

Tiempo es ya de poner fin a estas *Consideraciones* sobre la *Apología;* y lo haremos añadiendo algunas breves reflexiones, que emitimos sin la idea de ofender en lo más mínimo al señor obispo de Astorga. Creemos que || para su propio honor y para el de su tío, el señor arzobispo de Palmira, hubiera sido mucho mejor abstenerse de publicar un escrito semejante, en el cual se descubre a cada paso el afecto de familia, que, por más respetable que sea, no debe nunca figurar en asuntos de tamaña importancia. Mucho dudamos que con la *Apología* se haya adquirido el señor obispo nuevos partidarios; y estamos convencidos de que no ha hecho más que justificar los procedimientos de Roma de los que tanto se lamenta. A quien no estuviere en datos sobre el particular debiera bastarle la lectura de la misma *Apología*, para persuadirse de la sinrazón del señor obispo en este negocio; y en verdad que, miradas las cosas bajo este punto de vista, casi podríamos decir que ha sido una fortuna que se publicase, dado que ha suministrado abundantes armas para combatir lo mismo que en ella se trata de defender.

Si esta *Apología* fuese también censurada, ¿qué conduc-

ta observaría el señor obispo de Astorga? Doloroso nos es decirlo; pero, según todas las apariencias, no está dispuesto a ofrecer un ejemplo de docilidad. Si algo valiese nuestra voz a los oídos de S. S. I., nos atreveríamos a suplicarle que no perturbe los días de su ancianidad poniéndose en desacuerdo con la Santa Sede; que no olvide que es un prelado de la Iglesia, y que, por lo mismo, debe dar a sus ovejas el ejemplo de sumisión y acatamiento al vicario de Jesucristo; que recuerde no ser bastantes las protestas de adhesión y veneración, sino que es menester atestiguarlo con las obras; que jamás podrá prevalecer la palabra de un obispo contra la autoridad del sucesor de San Pedro; y que, por fin, || tratándose de gravísimos puntos doctrinales, es muy poco deificante el hablar de *manejos* y de *intrigas* de la curia romana. Ya que tanto nos habla de Fenelón, fuera de desear que se lo propusiese por modelo. ||

LAS SOCIEDADES BIBLICAS Y LA ENCICLICA DEL PAPA*

SUMARIO.—La encíclica de Su Santidad contra las sociedades bíblicas. No es útil ni saludable poner en manos de todo el mundo la Biblia sin comentarios. Las sociedades bíblicas protestantes, al propagar la lectura de sus Biblias, la convierten en germen de errores. La esterilidad de tales sectas hace que el daño no sea tan grave. La voz del supremo pastor excita la vigilancia de los obispos y del clero y desengaña a los fieles.

Todos los periódicos religiosos, así nacionales como extranjeros, han dado lugar en sus columnas a la encíclica de Su Santidad contra las sociedades bíblicas, y así mal pudiéramos nosotros dispensarnos de imitar este ejemplo en una publicación destinada a la defensa de la Iglesia católica y de los más altos intereses de la sociedad. Antes de insertarla emitiremos algunas observaciones que nos ha sugerido su lectura.

El protestantismo, proclamando el derecho de examen hasta en materias dogmáticas y la inspiración privada en la inteligencia de la Sagrada Escritura, estableció principios disolventes que tarde o temprano habían de acabar con la religión entre todos los que los profesasen sinceramente y fuesen además bastante lógicos || para deducir sus últimas consecuencias. Dejando aparte el derecho de examen en cuanto expresa una cosa distinta de la inspiración particular, nos atendremos únicamente a ésta, por estar más inmediatamente enlazada con el objeto que nos ocupa.

Sólo apelando a las contradicciones del espíritu humano y a la ceguera en que cae cuando se deja dominar por las pasiones o el fanatismo de secta, es posible explicar cómo

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 22 de *La Sociedad*, uno de los cuatro últimos que aparecieron en un solo fascículo con fecha de 7 de septiembre de 1844, vol. II, p. 474. A continuación (p. 479) publica en latín y castellano el texto íntegro de la encíclica fechada el día 8 de mayo de 1844 por el papa Gregorio XVI. Después de la muerte de Balmes se reimprimió varias veces el artículo en la colección de la revista. Nuestro texto es el de la primera edición. El sumario es nuestro.]

se ha podido sostener seriamente que era útil y saludable poner la Biblia en manos de todo el mundo, sin notas ni comentarios, añadiendo que le bastaba al cristiano atender a la luz interior que le sería comunicada de lo alto para comprender perfectamente cuanto está contenido en aquel piélago de insondables arcanos. Para decir esto es necesario no haber meditado jamás sobre la Biblia, o más bien no haberla leído nunca; y, sin embargo, han defendido y defienden semejante error hombres que se han ocupado mucho tiempo en su estudio. Repetidas veces se ha echado en cara a los protestantes la profunda división que entre ellos había producido la malhadada doctrina de la inspiración privada, probándoseles que, aun con respecto a las palabras más claras y sencillas del Sagrado Texto, habían sido muchas y muy varias las interpretaciones dadas por las Iglesias disidentes. Mas prescindiendo de esta reflexión, fundada en un hecho que los adversarios no pueden negar ni tampoco explicar de una manera satisfactoria, basta dar una ojeada a los Profetas, a los Salmos, al Apocalipsis, para convencerse de que sólo es dable alcanzar algún tanto su inteligencia a quien posea mucho caudal de instrucción, y que además tenga a la vista algunas reglas || fijas que sólo pueden encontrarse en una autoridad infalible, conservadora de las tradiciones de los antiguos tiempos e ilustrada por el mismo Dios, cual es la Iglesia católica.

Hasta los libros historiales no dejan de presentar con frecuencia dificultades gravísimas; y por lo tocante a los morales, que son los que al parecer debieran siempre tener un sentido liso y llano, no es verdad que estén acomodados en todas sus partes a la inteligencia del vulgo, de manera que éste no necesite ninguna explicación para no caer en gravísimos errores. ¿Qué cosa más sencilla que el *sermón de la montaña?* Y, sin embargo, ¿no hay algunos pasajes que leídos por una persona indiscreta pueden prestarle ocasión para entregarse a extravagancias y hasta a crímenes? Sabido es que no han faltado algunos insensatos que no han vacilado en mutilarse por una exageración y mala inteligencia de las doctrinas religiosas, y, sin embargo, estos hombres de corazón entusiasta y cabeza calenturienta se apoyarían tal vez en aquellas palabras de Jesucristo en que nos dice que si nuestro ojo derecho nos escandaliza, nos lo quitemos y lo arrojemos, y que lo mismo hagamos con nuestra mano derecha, cortándola y echándola, si nos sirviere de escándalo; porque es mejor que uno de los miembros perezca que no el que todo el cuerpo vaya al infierno. Claro es que semejante doctrina debe entenderse de la necesidad de apartarnos de los objetos más queridos y de quebrantar los lazos más fuertes cuando se atraviesa el interés de

nuestra alma, debiendo anteponer la salvación eterna a la honra, a la hacienda y aun a la misma vida. Pero a un hombre a quien se ha hecho creer || que no necesita el auxilio de nadie para entender perfectamente la Escritura, y cuya fantasía se ha exaltado con la persuasión de que lleva en su interior una luz divina que le aclarará todos los misterios y allanará todas las dificultades, ¿quién le quita que, extraviado por semejante error y arrastrado por un loco fanatismo, no se considere obligado a atentar contra sí propio, apoyándose en las palabras del Sagrado Texto, tomadas al pie de la letra, de una manera insensata?

Los teólogos explican en un sentido verdadero y juicioso aquellas palabras de Jesucristo: *Non iurare omnino;* pero no falta quien las ha entendido de tal suerte que no quiere jurar ni aun en los tribunales, en ningún caso y por ningún motivo.

Aquel pasaje tan consolador en que Jesucristo nos recuerda el cuidado de la Providencia, hasta con las aves del cielo y los lirios y el heno del campo, para inspirarnos confianza en la bondad divina, quitándonos aquella exagerada solicitud que perturba nuestra tranquilidad y nos arrebata aquella paz interior que es uno de los encantos de la vida cristiana, ¿no podría ser también interpretado en un sentido falso, creyéndose el hombre dispensado de trabajar para ganar su sustento, y autorizado a descuidar los medios de proveer a su subsistencia, lisonjeándose con la esperanza de que el Señor le alimentaría y vestiría como a las aves y a las plantas, cometiendo así el pecado que se llama tentar a Dios?

Es cierto que el cristiano debe estar animado de un espíritu de paz, que debe evitar en cuanto posible sea los litigios, los cuales siempre acarrean desazones, y no pocas veces perjudican a la caridad fraternal. Pero ¿no || exageraría esta doctrina quien dijese que se han de tomar siempre al pie de la letra aquellas palabras de Jesucristo, de que entreguemos hasta la capa a aquel que quiere llevarnos a juicio para quitarnos la túnica? ¿Se deberá dejar a los cristianos sin defensa alguna, y se los obligará a entregar todo lo que tienen al primero que venga suscitándoles un pleito?

Si a tamaños errores pudiera dar ocasión un trozo tan sencillo de la Sagrada Escritura como es el *sermón de la montaña,* ¿qué será si hablamos de otros pasajes, de los cuales se verifica de una manera particular lo que decía San Pedro de las Epístolas de San Pablo, de que hay en ellas algunas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los que no tienen fijeza interpretan en mal sentido, así como las demás escrituras, para su propia perdición?

A pesar de los palpables inconvenientes y gravísimos daños que trae semejante sistema, los protestantes no sólo no han retrocedido a la vista de los precipicios a que con él conducían a sus propias sectas, sino que han organizado las sociedades bíblicas, las que, disponiendo de medios colosales y haciendo extraordinarios esfuerzos dignos de mejor causa, procuran difundir la Biblia por toda la redondez del globo, de manera que llegue hasta las últimas clases, convirtiendo en germen de errores y corrupción esas páginas enviadas del cielo para luz de los entendimientos y santificación de las almas.

Afortunadamente, la esterilidad de que adolecen todas las sectas separadas de la Iglesia católica hace que el daño no sea tan grave como hubiera sido si el protestantismo entrañara aquella fuerza de propagación || que sólo se encuentra en el seno de la verdad; mas no ha dejado por esto de producir males de suma trascendencia, y no deja de amenazar con otros todavía mayores. Tamaños peligros no podían ocultarse a la cátedra de San Pedro, que iluminada por el Espíritu Santo manifiesta una sabiduría y previsión superiores a las fuerzas de la flaqueza humana. Así es que hace ya mucho tiempo que varios Papas han combatido las sociedades bíblicas; y el actual sumo pontífice Gregorio XVI las condena en su carta encíclica dirigida últimamente a todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos. Este documento es notable no sólo por la suprema autoridad de que procede, sino también por las noticias históricas que contiene, y por la abundancia de doctrina, solidez y buen juicio con que se manifiesta el pésimo origen y funestísimo objeto de las sociedades bíblicas y los amaños de que se valen para perturbar las sociedades políticas, al propio tiempo que calumnian y combaten a la Iglesia católica.

No dudamos que la voz del supremo pastor excitará más y más la vigilancia de los obispos y de todo el clero en un asunto tan importante; que la palabra del vicario de Jesucristo desengañará completamente a todos los fieles que se hubiesen dejado alucinar por mentidas protestas de amor a la religión y de celo por el bien de la humanidad, en que generalmente no escasean los encargados de propagar la lectura de la Biblia en lengua vulgar sin notas ni comentarios. Ya no son autores particulares los que culpan a las sociedades bíblicas de haber falsificado el Sagrado Texto, es el mismo Sumo Pontífice quien lo asegura. ||

Quien se fíe, pues, de semejantes libros no puede ya alegar excusa ninguna; el encargado por el mismo Jesucristo de apacentar las ovejas y los corderos es quien nos avisa de que el pasto es venenoso. ||

CARTAS A UN ESCEPTICO EN MATERIA DE RELIGION

PROLOGO DE LA EDICION «BALMESIANA»

«*Una de las partes de la ciencia apologética, o uno de los sistemas adoptados por los apologistas, es la* polémica. *En tiempo de Balmes, España casi no tenía otra apologética que ésta, y aun en la forma más dura y enconada, estéril casi siempre para la persuasión del entendimiento y para la sumisión de la voluntad a la verdadera religión. El sarcasmo volteriano creó el ataque violento de los católicos. Balmes creyó más en la eficacia de la demostración ilustrada y de la persuasión amorosa que en la guerra apasionada, y por esto es uno de los primeros apologistas doctorales y serenos que puede presentar nuestra historia religiosa.*

Con todo, no quiso privarse de ningún género de armas defensivas u ofensivas, y usó también la polémica religiosa. *Este título general antepuso a las* Cartas a un escéptico en materia de religión *cuando empezó a publicarlas en su revista* La Sociedad; *pero hay que confesar que suena más a guerra la palabra || del título que el texto de las cartas, y si en éste hay estrategia, nunca asoma la pasión, ni aun bajo el disfraz del celo santo. Lo que allí se encuentra es una profunda comprensión de los problemas espirituales que atormentan el espíritu del escéptico, un arte exquisito de resolvérselos cerrándole todas las salidas, una paciencia inagotable para seguirle en sus dudas desordenadas y confusas y una severidad amorosa para hacerle sentir que no es ciencia ni ilustración lo que mariposea por sus ideas, sino superficialidad, ignorancia y presunción. En este linaje de polémica Balmes es maestro insuperable.*

Catorce de estas cartas, las primeras de la serie, fueron publicadas en La Sociedad, *según las referencias siguientes:*

CARTA	CUADERNO	FECHA			CITA		
I	3	1	abril	1843	Vol. I,	pág.	122
II	4	15	»	»	»	»	171
III	6	15	mayo	»	»	»	272
IV	7	1	junio	»	»	»	322
V	8	15	»	»	»	»	368
VI	10	18	julio	»	»	»	465
VII	11	3	agosto	»	»	»	521
VIII	13	21	diciembre	»	Vol. II,	»	41
IX	14	30	»	»	»	»	88
X	19	1	marzo	1844	»	»	320
XI	20	15	»	»	»	»	377
XII	21	7	septiembre	»	»	»	419
XIII	22	7	»	»	»	»	436
XIV	23	7	»	»	»	»	542 ‖

En los contratos de La Civilización *y* La Sociedad *Balmes siempre se había reservado el derecho de publicar aparte sus escritos que figuraban en estas revistas. De los diferentes planes de desglosamiento que tuvo, el único que se realizó fué el de las* Cartas a un escéptico, *y por cierto que se presentó a su mente de una manera tan seductora, que no le ofrecía menos esperanzas que* El criterio, *según escribe a don Antonio Brusi* (Epistolario, *núm. 253). Estando en Barcelona por el mes de diciembre de 1845, empezó sus tanteos con el editor, que no se formalizaron en un contrato hasta el día 25 de marzo de 1846. La edición había de estar terminada el 30 de junio del mismo año, la tirada sería de 2.000 ejemplares, Balmes cobraría 13.000 reales y recibiría veinticinco libros gratis. Firmado el contrato, salió para Madrid, exigiendo que le enviaran las pruebas. Una vez que se extravía un pliego, no consiente de ninguna manera que se tire hasta que se lo vuelvan a enviar. «La obra, dice, es demasiado delicada para no poner mucho interés en eso.» «Lo delicado de la materia no permite que se tire sin corregir.»* (Epistolario, *números 254 y 255.) El 20 de junio envía el índice y la portada.*

En esta edición Balmes añadió once cartas nuevas a las catorce que habían salido en La Sociedad. *Con el último pliego enviaba al editor «una* Advertencia *para prólogo, que me parece, decía, podrá también servir de anuncio y prospecto». Hela aquí:* ‖

ADVERTENCIA

De las veinticinco cartas que se han reunido en este volumen, las catorce salieron a luz en la revista titulada *La Sociedad*, que el mismo autor publicaba en Barcelona en los años de 1843 y 1844. Las personas que deseaban leerlas tenían que adquirir toda la colección de dicha revista. inconveniente que se trata de evitar con esta edición. Para completar el trabajo se publican once cartas inéditas y que versan sobre puntos muy importantes. Esta colección puede considerarse como una apología de la religión católica, escrita con la variedad amena a que de suyo convida el estilo epistolar. La circunstancia de dirigirse todas las cartas a un escéptico hace que se puedan presentar las pruebas, las dificultades y las soluciones bajo el aspecto más acomodado al espíritu y necesidades de la época.

Un tomo en 8.º mayor, de elegante impresión y hermoso papel, se vende en Barcelona a 16 reales y a 20 en Madrid.

Cuando publicó la primera carta en La Sociedad *puso al pie de la página la siguiente nota. que manifiesta su admirable humildad y la delicadeza inmaculada de su fe religiosa:*

Deseoso el autor de esta revista de que la *Polémica religiosa* no adolezca de monotonía ni engendre fastidio, procura presentarla bajo diferentes formas, empleando algunas veces el estilo epistolar, que de || suyo se brinda a mayor variedad y soltura. Bien penetrado, además, de lo grave y espinoso de las materias que ha de ventilar, sobre todo en la indicada *Polémica*, y deseando precaver todo error o desliz, que tan fáciles son en esta clase de discusiones, avisa a cuantos le favorezcan con su lectura, y muy especialmente a los señores eclesiásticos, que recibirá gustoso y agradecido las advertencias que se le dirijan, encaminadas a rectificar equivocaciones, a esclarecer pasajes obscuros o a retractar errores, si alguna vez incurriere en ellos. Los que defiendan la religión católica no deben jamás perder de vista aquella máxima: *Errare potero, haereticus non ero.*

El éxito de esta colección no respondió a las esperanzas de Balmes. No llegó a ver la segunda edición, que no se hizo hasta el año 1853, cinco años después de su muerte.

Una pequeña curiosidad histórica ha acuciado a algunos escritores, y hasta ha llegado a interesar la leyenda popu-

lar, y es quién era la persona del escéptico a quien Balmes dirigía sus cartas. Se han citado dos nombres con ciertas apariencias de verosimilitud: el del aventurero José Miguel Comes, de quien se puede ver la correspondencia en Reliquias literarias de Balmes, *y el del poeta tortosino Jaime Tió y Noé, a quien se dice que Balmes confesó en la hora de la muerte. Ningún fundamento histórico apoya estas conjeturas, y puede darse por cosa definitiva que el escéptico es una persona ideal en quien Balmes acumula todas las condiciones que solían tener los incrédulos || de su tiempo. Esto parecen decir claramente las últimas palabras de la* Advertencia *copiada más arriba: «La circunstancia de dirigirse todas las cartas a un escéptico, hace que se puedan presentar las pruebas, las dificultades y las soluciones bajo el aspecto más acomodado al espíritu y necesidades de la época.»*

Réstanos advertir algunas particularidades casi puramente tipográficas.

Cada carta lleva un título y un sumario. El título generalmente está tomado del primer epígrafe del sumario, que Balmes imprimió varias veces en letra cursiva, como para destacarlo con relieve particular. Los sumarios, que Balmes puso solamente en el índice, nosotros los estampamos también al frente de cada carta para mayor claridad.» ||

CARTAS A UN ESCEPTICO

EN MATERIA DE RELIGION

CARTA I

CUESTIONES IMPORTANTES SOBRE EL ESCEPTICISMO

SUMARIO.—Carácter de la autoridad ejercida por la Iglesia católica. La fe y la libertad de pensar. Vano prestigio de las ciencias. Un pronunciamiento científico. Naufragio de las convicciones filosóficas. Sistema para aliar cierto escepticismo filosófico con la fe católica. El escepticismo y la muerte. El escepticismo origen de un tedio insoportable. Es una de las plagas características de la época. Motivos de la permisión divina. La fe contribuye a la tranquilidad de espíritu.

Mi estimado amigo: Difícil tarea me ha deparado usted en su apreciada hablándome del escepticismo: éste es el problema de la época, la cuestión capital, dominante, que se levanta sobre todas las demás, cual entre tenues arbustos el encumbrado ciprés. ¿Qué pienso del escepticismo; qué concepto formo de la situación actual del espíritu humano, tan tocado de esta enfermedad? ¿Cuáles son los probables resultados que ha de acarrear a la causa de la religión? Todo esto quiere usted que le diga; a todas estas preguntas exige usted una respuesta cabal y satisfactoria, añadiéndome que «quizás de esta manera se esclarezcan || algún tanto las tinieblas de su entendimiento y se disponga a entrar de nuevo bajo el imperio de la fe».

Deja usted entrever algunos recelos de que mis respuestas sean sobrado dogmáticas y decisivas, haciéndome la caritativa advertencia de que «es menester despojarse por un momento de las convicciones propias y procurar que la discusión filosófica se resienta todo lo menos posible de la invariable fijeza de las doctrinas religiosas». Asomaba a mis labios la sonrisa al leer las palabras que acabo de transcribir, viendo que de tal manera vivía usted equivocado sobre

la verdadera situación de mi espíritu, pues se figuraba hallarme tan dogmático en filosofía como me había encontrado en religión. Paréceme que a fuerza de declamar contra la esclavitud del entendimiento de los católicos han logrado en buena parte su dañado objeto los incrédulos y los protestantes, persuadiendo a los incautos de que nuestra sumisión a la autoridad de la Iglesia en materias de fe quebranta de tal suerte el vuelo del espíritu y anonada tan completamente la libertad de examinar, hasta en los ramos no pertenecientes a religión, que somos incapaces de una filosofía elevada e independiente. Así tenemos por lo común la desgracia de que sin conocernos se nos juzgue y sin oírnos se nos condene. La autoridad ejercida por la Iglesia católica sobre el entendimiento de los fieles en nada cercena la libertad justa y razonable que se expresa en aquellas palabras del Sagrado Texto: *Entregó el mundo a las disputas de los hombres.* ||

Todavía me atreveré a añadir que, seguros los católicos de la verdad en los negocios que más les importan, pueden ocuparse de las cuestiones puramente filosóficas con ánimo más tranquilo y sosegado que no los incrédulos y escépticos, mediando entre ellos la diferencia que va de un observador que contempla los fenómenos terrestres y celestes desde un lugar a cubierto de todo peligro, a otro que se halla precisado a verificarlo desde una frágil tabla abandonada a la merced de las olas. ¿Cuándo entenderán los enemigos de la religión que la sumisión a la autoridad legítima nada tiene de servilismo, que el homenaje tributado a los dogmas revelados por Dios no es torpe esclavitud, sino el más noble ejercicio que hacer podamos de la libertad? También los católicos examinamos, también dudamos, también nos engolfamos en el piélago de las investigaciones; pero no dejamos la brújula de la mano, es decir, la fe, porque así en la luz del día como en las tinieblas de la noche queremos saber dónde está el polo para dirigir cual conviene nuestro rumbo.

Habla usted de la flaqueza de nuestro espíritu, de la incertidumbre de los conocimientos humanos, de la necesidad de discutir con aquella modesta reserva inspirada por el sentimiento de la propia debilidad. Pues ¿qué? ¿Por ventura esas mismas reflexiones no son la más elocuente apología de nuestra conducta? ¿No es esto mismo lo que estamos continuamente encareciendo, cuando probamos y evidenciamos que es útil, que es prudente, que es cuerdo, que es indispensable el vivir sometido a una regla? Supuesto que || se ofrece la oportunidad, y que la buena fe exige que hablemos con toda sinceridad y franqueza, debo manifestarle, mi estimado amigo, que, salvo en materias religiosas, me inclino a creer que no lleva usted tan adelante el escep-

ticismo como este que usted se imaginaba tan dogmático.

Hubo un tiempo en que el prestigio de ciertos nombres, el deslumbramiento producido por la radiante aureola que coronaba sus sienes, la ninguna experiencia del mundo científico, y, sobre todo, el fuego de la edad ávido de cebarse en algún pábulo noble y seductor, me habían comunicado una viva fe en la ciencia y me hacían saludar con alborozo el día afortunado en que introducirme pudiera en su templo para iniciarme en sus profundos arcanos, siquiera como el último de sus adeptos. ¡Oh! Aquélla era la más hermosa ilusión que halagar pudo el alma humana: la vida de los sabios me parecía a mí la de un semidiós sobre la tierra, y recuerdo que más de una vez fijaba con infantil envidia mis ojos sobre un albergue que encerraba un hombre mediano, que yo en mi inexperiencia conceptuaba gigante. Penetrar los principios de todas las cosas, levantar el tupido velo que cubre los secretos de la naturaleza, levantarse a regiones superiores descubriendo nuevos mundos que se escapan a los ojos de los profanos, respirar en una atmósfera de purísima luz, donde el espíritu se despegara del cuerpo, adelantándose a gozar de las delicias de un nuevo porvenir, éstos creía yo que eran los beneficios que proporcionaba la ciencia; nadando en esta felicidad contemplaba yo a || los sabios; viniendo por fin los aplausos y la gloria, que a porfía los rodeaban, a solazarlos en los breves momentos en que, descendiendo de sus celestiales excursiones, se dignaban poner de nuevo sus pies sobre la tierra.

La literatura, me decía yo a mí mismo, sus investigaciones sobre lo bello, lo sublime, sobre el buen gusto, sobre las pasiones, les suministrarán reglas seguras para producir en el ánimo del oyente o del lector el efecto que se quiera; sus estudios sobre la lógica e ideología les darán un clarísimo conocimiento de las operaciones del espíritu y de la manera de combinarlas y conducirlas para alcanzar la verdad en todo linaje de materias; las ciencias matemáticas y físicas deben de rasgar el velo que cubre los secretos de la naturaleza, y la creación entera con sus arcanos y maravillas se desplegará a los ojos de los sabios, como se desarrolla un raro y precioso lienzo a la vista de favorecidos espectadores; la psicología los llevará a formarse una completa idea del alma humana, de su naturaleza, de sus relaciones con el cuerpo, del modo de ejercer sobre éste su acción y de recibir de él las varias impresiones; las ciencias morales, las sociales y políticas les ofrecerán en vasto cuadro la admirable armonía del mundo moral, las leyes del progreso y perfección de la sociedad, las infalibles reglas para bien gobernar; en una palabra, me imaginaba yo que la ciencia era un talismán que obraba maravillas

sin cuento, y que quien llegase a poseerla se levantaba a inmensa altura sobre el vulgo de la triste humanidad. ¡Vana ilusión que bien pronto comenzó || a marchitarse y que al fin se deshojó como flor secada por los ardores del estío!

Cuanto más dorados habían sido mis sueños y mayor, por consiguiente, mi avidez de conocer lo que tenían de realidad, tanto más dura fué la lección que recibí y más temprana vino la hora de entender mi engaño. Apenas entrado en aquellas asignaturas donde se ventilan algunas cuestiones importantes, principió mi espíritu a sentir una inquietud indefinible, a causa de no hallarme bastante ilustrado por lo que leía ni por lo que oía. Ahogaba en el fondo de mi alma aquellos pensamientos que surgían incesantemente sin poderlo yo remediar, y procuraba acallar mi descontento, lisonjeándome con la esperanza de que para más adelante me estaba reservado el quedarme enteramente satisfecho. «Será menester, me decía yo, ver primero todo el cuerpo de doctrina, de la cual no alcanzas ahora más que los primeros rudimentos, y entonces, a no dudarlo, encontrarás la luz y la certeza que en la actualidad echas menos.»

Difícilmente hubiera podido persuadirme a la sazón que hombres cuya vida se había consumido en ímprobos trabajos, y que con tal seguridad ofrecían al mundo el fruto de sus sudores, hubiesen aprendido sobre las gravísimas materias de que se ocupan poco más que el arte de hablar con facilidad en pro o en contra de una opinión, metiendo mucho ruido con palabras huecas y con discursos pomposos. Todas mis dificultades, todas mis dudas y escrúpulos, todo lo atribuía a mi inexperiencia, a mi torpeza en comprender el sentido de lo que me decían autores tan respetables, || por cuyo motivo se apoderó de mí la idea de saber el arte de aprender. No se afanaron tanto los antiguos químicos en pos de la piedra filosofal, ni los modernos publicistas en busca del equilibrio de los poderes, como yo andando en zaga del arte maravilloso; y Aristóteles, con sus infinitos sectarios, y Raimundo Lulio, y Descartes, y Malebranche, y Locke, y Condillac, y no sé cuántos menos notables cuyos nombres no recuerdo, no bastaban a satisfacer mi ardor. Quién me ocupaba y confundía con las mil reglas sobre los silogismos, quién señalaba mayor importancia a los juicios y proposiciones, quién a la claridad y exactitud de la percepción, quién me abrumaba con preceptos sobre el método, quién me llevaba de la mano a la investigación del origen de las ideas, dejándome más en obscuras que antes; en breve no tardé en advertir que cada cual echaba por su camino favorito, y que a quien en seguirlos se empeñase le habían de volver la cabeza.

Estos señores directores del entendimiento humano, dije

para mí mismo, no se entienden entre sí: esto es la torre de Babel, en que cada cual habla su lengua, con la diferencia de que allí el orgullo acarreó el castigo de la confusión y aquí la confusión misma aumenta el orgullo, erigiéndose cada cual en único legítimo maestro y pretendiendo que todos los demás no ofrecen para el derecho de enseñanza sino títulos apócrifos. Al propio tiempo iba notando que lo mismo, con corta diferencia, sucedía en los demás ramos del humano saber, con lo que entendí que era necesario, urgente, desterrar la hermosa ilusión que || sobre las ciencias me había formado. Estos desengaños habían preparado mi espíritu a una verdadera revolución, y, aunque vacilando algunos momentos, al fin me decidí a pronunciarme contra los poderes científicos, y alzando en mi entendimiento una bandera escribí en ella: *Abajo la autoridad científica.*

Nada tenía yo para substituir al poder destruído, porque si esos respetables filósofos sabían poco sobre las altas cuestiones cuya solución andaba buscando, yo sabía menos que ellos, pues que no sabía nada. Ya puede usted imaginarse que no dejaría de serme doloroso el consumar una revolución semejante, y que a veces hasta me acusaba de ingrato cuando, llevando la revolución hasta sus últimas consecuencias, forzaba a emigrar de mi espíritu personas tan respetables como Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Leibniz, Locke y Condillac. La anarquía era el necesario resultado de un paso semejante; pero yo me resignaba gustoso a ella, antes que llamar nuevamente al gobierno de mi entendimiento a estos señores que así me habían engañado. Además que, habiendo probado ya el placer de la libertad, no quería deslustrar el triunfo pasando por las horcas caudinas.

Apremiado mi espíritu por la sed de verdad, no podía quedar en un estado de completa inercia, y así es que emprendí buscarla con mayor empeño, no pudiendo creer que estuviera el hombre condenado a ignorarla mientras vive en este mundo. Sin duda creerá usted que un escepticismo universal fué el inmediato resultado de mi revolución, y que, concentrado || dentro de mí mismo, dudé de la existencia del mundo que me rodeaba, dudé de la existencia de mi propio cuerpo, y que, temeroso de que no se me escapara toda existencia y que a manera de encantamiento me hallase reducido a la nada, me apresuré a asirme del raciocinio de Descartes: «Yo pienso, luego soy.» *Ego cogito, ergo sum.* Pues nada de eso, mi estimado amigo; que, si bien tenía alguna afición a la filosofía, no estaba, sin embargo, fanatizado por el filósofo, y sin reflexionar mucho me convencí de que dudar de todo es carecer de lo más precioso de la razón humana, que es el sentido común. No me falta-

ba la noticia del axioma o entimema de Descartes, y de otras semejantes proposiciones o principios; pero siempre me pareció que tan cierto me estaba de que existía como de que pensaba, como de que tenía cuerpo, como del movimiento, como de las impresiones de los sentidos, como del mundo que me rodeaba, y, por consiguiente, reservándome fingir por algunos momentos esa duda para cuando el ocio y el humor lo consintieran, me quedé con todas las convicciones y creencias que antes, salvo las llamadas filosóficas. Para éstas fuí y he sido y seré inexorable: la filosofía proclama sin cesar el examen, la evidencia, la demostración, enhorabuena; pero sepa al menos que cuando seamos hombres, y no más, nos arreglaremos en nuestras convicciones cual a nosotros nos cumpla, siguiendo las inspiraciones del buen sentido; pero en los ratos en que seamos filósofos, que para todo hombre son ratos muy breves, reclamaremos sin cesar el derecho de examen, exigiremos evidencia, pediremos || demostración seca. Quien reina en nombre de un principio, menester es que se resigne a sufrir los desacatos que dimanar puedan de las consecuencias.

Claro es que en este naufragio universal de las convicciones filosóficas no entraban las religiosas: éstas las había adquirido por otro camino, se presentaban a mi espíritu con otros títulos, y sobre todo se encaminaban de suyo a dirigir la conducta, a hacerme no sabio, sino bueno; de consiguiente, contra ellas no se irritó mi susceptibilidad pirrónica. Todavía más: lejos de que sintiera inclinación a separarme de las creencias que se me habían inspirado en la infancia, me convencí más y más de la necesidad y hasta del interés propio que tenía en no perderlas, pues que comencé a mirarlas como la única tabla de salvación en este proceloso mar de las cavilaciones humanas. Acrecentóse el deseo de aferrarme en la fe católica, cuando, ocupándome algunos ratos, con espíritu de completa independencia, en el examen de las trascendentales cuestiones que la filosofía se propone resolver, me vi rodeado por todas partes de espesísimas tinieblas, sin que descubriese más luz que algunas ráfagas siniestras que, sin alumbrar el camino, sólo servían para hacerme visible la profundidad de los abismos a cuyo borde se hallaban mis plantas.

Por esto conservaba en el fondo de mi alma la fe católica como un tesoro de inestimable valor; por esto al encontrarme angustiado en vista de la nada de la ciencia del hombre, y cuando me parecía que la duda se iba apoderando de mi espíritu, haciendo desaparecer de mis ojos el universo entero, como desaparecen || de la vista de los espectadores las mentirosas ilusiones con que por algunos momentos los ha entretenido un hábil prestigiador, daba una

mirada a la fe, y su solo recuerdo era bastante a confortarme y alentarme.

Recorriendo las cuestiones que cual insondables piélagos rodean los principios de la moral, examinando los incomprensibles problemas de la ideología y de la metafísica, echando una ojeada a los misterios de la historia y a los escrúpulos de la crítica, contemplando la humanidad entera en su actual existencia y en los sombríos arcanos de su porvenir, deslizábanse a veces por mi entendimiento pensamientos aciagos, cual monstruos desconocidos que asoman su cabeza, asustando al viajero en una playa solitaria; pero yo tenía fe en la Providencia, y la Providencia me salvó. He aquí cómo discurría para fortificar mi espíritu, dejando a la gracia que no dejara estériles mis débiles esfuerzos. «Si dejas de ser católico, no serás, por cierto, ni protestante, ni judío, ni musulmán, ni idólatra: estarás, pues, de golpe en el deísmo. Entonces te hallarás con un Dios; pero no sabiendo nada sobre tu origen y tu destino, nada sobre los incomprensibles misterios que por experiencia ves y sientes en ti mismo y en la humanidad entera, nada sobre la existencia de premios y penas en otro mundo, sobre la otra vida, sobre la inmortalidad del alma; nada sobre los motivos que haya podido tener la Providencia en condenar a sus criaturas a tantos sufrimientos sobre la tierra, sin darles ninguna noticia que consolarlas pudiera con la || esperanza de otros destinos; nada entenderás de las grandes catástrofes que con tanta frecuencia ha padecido, padece y andará padeciendo el humano linaje; es decir, que no hallarás la acción de la Providencia en ninguna parte, no hallarás, por consiguiente, a Dios; por tanto, dudarás de su existencia, si es que no abraces decididamente el ateísmo. Fuera Dios del universo, el mundo es hijo del acaso, y el acaso es una palabra sin sentido, y la naturaleza un enigma, y el alma humana una ilusión, y las relaciones morales nada, y la moral una mentira. Consecuencia lógica, necesaria, inflexible; término fatal que no puede el hombre contemplar sin estremecerse, negro e insondable abismo al cual no cabe abocarse sin espanto y horror.»

Así medía el camino que me era preciso seguir, una vez apartado de la fe católica. si continuar intentara en el examen filosófico sacando consecuencias de los principios que yo propio hubiera sentado en el momento de la defección. A tanta insensatez no quería yo llegar, no quería suicidarme de tal suerte matando mi existencia intelectual y moral, apagando de un soplo la sola antorcha que alumbrarme podía en el breve trecho de la vida. Así me he quedado con mucha desconfianza en la ciencia del hombre, pero con profunda fe religiosa: llámelo usted pusilanimidad o como más

le agradare; no creo, sin embargo, que me pese de la resolución cuando me halle al borde de la tumba.

Hay en las regiones de la ciencia, como en los senderos de la práctica, ciertas reglas de buen juicio y || prudencia de que no debe el hombre desviarse jamás. Todo lo que sea luchar con el grito de nuestro sentido íntimo, con la voz de la naturaleza misma, para entregarse a vanas cavilaciones, es ajeno de la cordura, es contrario a los principios de la sana razón. Por esta causa debe condenarse como insensato el sistema de un escepticismo universal hasta en las materias puramente filosóficas, sin que por esto sea menester abrazar ciegamente las opiniones de esta o aquella escuela. Pero donde conviene particularmente la sobriedad en el uso de la razón es en materias religiosas, porque siendo éstas de un orden muy elevado y rozándose en muchos puntos con las torcidas inclinaciones del corazón, tan presto como la razón empieza a cavilar y sutilizar en demasía, se halla el hombre en un laberinto donde paga muy caro su presunción y orgullo. Quédase el entendimiento en un cansancio, en un abatimiento, en una postración indecibles desde que se ha levantado contra el cielo, como nos cuentan las historias de aquel brazo que en el momento de extenderse a un objeto sagrado se sintió herido de parálisis.

¡Singularidad notable! El escepticismo religioso sirve únicamente en medio de la dicha terrena, sólo se alberga tranquilamente en el hombre, cuando, rebosando de salud y de vida, mira como eventualidad muy lejana el instante supremo en que le será preciso al espíritu el despegarse del cuerpo mortal y pasar a otra vida. Pero desde el momento en que la existencia está en peligro, cuando vienen las enfermedades, como heraldos de la muerte, a indicarnos || que no está lejos el terrible trance, cuando un riesgo imprevisto nos advierte que estamos como colgantes de un hilo sobre el abismo de la eternidad, entonces el escepticismo deja de ser satisfactorio; la mentida seguridad que poco antes nos proporcionara se trueca en incertidumbre cruel, angustiosa, llena de remordimientos, de sobresalto, de espanto. Entonces el escepticismo deja de ser cómodo, y pasa a ser horroroso; y en su mortal postración busca el hombre la luz, y no la encuentra; llama a la fe, y la fe no le responde; invoca a Dios, y Dios se hace sordo a sus tardías invocaciones.

Y para ser el escepticismo duro, cruel tormento del alma, no es necesario hallarse en esos trances formidables en que el hombre fija azorada su vista en las tinieblas de un incierto porvenir; en el curso ordinario de la vida, en medio de los acontecimientos más comunes, siente mil veces el hombre cuál cae gota a gota sobre su corazón el veneno

de la víbora que en su seno abriga. Momentos hay en que los placeres cansan, el mundo fastidia, la vida se hace pesada, la existencia se arrastra sobre un tiempo que camina con lentitud perezosa. Un tedio profundo se apodera del alma; un indecible malestar la aqueja y atormenta. No son los pesares abrumadores destrozando el corazón, no es la tristeza abatiendo el espíritu y arrancándole dolorosos suspiros por medio de punzantes recuerdos: es una pasión que nada tiene de vivo, de agudo; es una languidez mortal, es un disgusto de cuanto nos circunda, es un penoso entorpecimiento de todas las facultades, como || aquel desasosegado estupor que en ciertas dolencias anuncia crisis peligrosas. ¿A qué estoy yo en el mundo?, se dice el hombre a sí mismo. ¿Qué ventajas me trae el haber salido de la nada? ¿Qué pierdo apartándome de la vista de una tierra para mí agostada, de un sol que para mí no brilla? El día de hoy es insípido como el día de ayer, y el día de mañana lo será como el de hoy; mi alma está sedienta de gozar y no goza, ávida de dicha y no la alcanza, consumiéndose como una antorcha que por falta de pábulo desfallece. ¿No ha sentido usted repetidas veces, mi estimado amigo, este tormento de los afortunados del mundo, ese gusano roedor de los espíritus que se pretenden superiores? ¿No asoma jamás en su pecho ese movimiento de desesperación que se ofrece al hombre como el único remedio a un mal tan insoportable? Pues sepa usted que uno de sus funestos manantiales es el escepticismo, ese vacío del alma que la desasosiega y atormenta, esa ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza. esa incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el origen y destino del hombre. Vacío tanto más sensible cuanto recae en almas ejercitadas en el discurso por el estudio de las ciencias, excitadas en todas sus facultades mentales por una literatura loca que sólo se propone producir efecto, aunque sean los sacudimientos de la electricidad o las convulsiones del galvanismo; almas que sienten avivadas y aguzadas todas las pasiones por un mundo sagaz que les habla en todos los idiomas y las conmueve de tan varias maneras, echando mano de infinidad de recursos. ||

He aquí, mi estimado amigo, lo que pienso del escepticismo, lo que opino de sus efectos sobre el espíritu humano. Le considero como una de las plagas características de la época y uno de los más terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

¿Cómo se puede remediar un mal tamaño? No lo sé; pero sí me atreveré a decir que se pueden atajar algún tanto sus progresos, y me inclino a esperar que así se hará, siquiera por el interés de la sociedad, por el buen orden y bienestar de la familia, por el reposo y sosiego del indivi-

duo. El escepticismo no ha caído de repente sobre los pueblos civilizados; es una gangrena que ha cundido con lentitud; lentamente se ha de remediar también, y sería uno de los más estupendos prodigios de la diestra del Omnipotente si para su curación no fuera menester el transcurso de muchas generaciones.

Así entenderá usted, mi estimado amigo, que no me hago ilusiones sobre la verdadera situación de las cosas, y que, flotando yo en medio de las olas sobre la tabla que me conducirá a salvamento, no pierdo de vista el destrozo que en mis alrededores existe, no olvido la funesta catástrofe que han sufrido los espíritus por un fatal concurso de circunstancias durante los tres últimos siglos.

¿Cómo permite Dios, me dice usted, que ande fluctuando la humanidad en medio de tantos errores y que de tal suerte se extravíe sobre los puntos que más le interesan? Esta dificultad no se limita a la permisión divina con respecto a las sectas separadas, || sino que se extiende a las demás religiones, y como éstas han sido muchas y extravagantes desde que el humano linaje se apartó de la pureza de las tradiciones primitivas, la objeción abarca la historia entera, y el pedir su solución es nada menos que demandar la clave para explicar los arcanos que en tanta abundancia se ofrecen en la historia de los hijos de Adán.

No es éste asunto que se preste a ser aclarado en pocas palabras, si aclaración llamarse puede lo que sobre tan profundo misterio alcanza el débil hombre; como quiera, procuraré hacerlo en otra carta, dado que la presente va tomando más ensanche del que fuera menester.

Manifestada tiene usted mi opinión sobre el escepticismo religioso, y declarado también cuál se aviene la fe católica con una prudente desconfianza de los sistemas de los filósofos. Muchos quizás no se avengan con esta manera de mirar las cosas; sin embargo, la experiencia demuestra que el espíritu se halla muy bien en este estado, y que cierto grado de escepticismo científico hace más fácil y llevadera la fe religiosa. Si en ella no me mantuviese la autoridad de una Iglesia que lleva más de dieciocho siglos de duración, que tiene en confirmación de su divinidad su misma conservación al través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de la doctrina, la elevación de sus dogmas, la pureza de su moral, su admirable armonía con todo cuanto existe de bello, de grande, de sublime, los inefables beneficios que ha dispensado a la familia y a || la sociedad, el cambio fundamental que en pro de la humanidad ha realizado en todos los países donde se ha establecido, y la degradación, el envilecimiento que sin excepción veo reinando

allí donde ella no domina; si no tuviera, digo, todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto a la fe, haría un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razón, por no perder la tranquilidad de espíritu.

Dé usted una ojeada en torno, mi estimado amigo; no verá más por doquiera que horribles escollos, regiones desiertas, playas inhospitalarias. Este es el único asilo para la triste humanidad: arrójese quienquiera al furor de las olas, yo no dejaré esta tierra bendita donde me colocó la Providencia. Si algún día, fatigado y rendido de luchar con las tempestades, se aproxima usted a las venturosas orillas, se tendrá por feliz si en algo puede favorecerle, tendiéndole una mano auxiliadora, este S. S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA II

Multitud de religiones

Sumario.—Profundo misterio que aquí se envuelve. Los católicos reconocen y lamentan este daño mucho más que todos los sectarios. Explicación del principio: *Quod nimis probat nihil probat.* «Lo que prueba demasiado no prueba nada.» Aplicación de este principio a la dificultad presente. Reglas de prudencia que conviene no perder de vista. Motivos de la permisión divina. Fatales consecuencias del pecado del primer padre. Impotencia de la filosofía en la explicación de los misterios del hombre.

Voy a pagar, mi estimado amigo, la deuda que en mi anterior contraje, de responder a la dificultad que usted me proponía, relativa a la permisión de Dios sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religión y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo como si él solo bastara a echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mirarla cara a cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la disfracen; muy al contrario, opino || que el mejor modo de desatarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré, además, que no niego que haya en esto un misterio profundo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objeción indicada, pues estoy íntimamente convencido de que éste es uno de los incomprensibles arcanos de la Providencia que al hombre no

le es dado penetrar. Me parece, no obstante, que les hace a muchos más mella de la que hacerles debiera, y tan distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilite la verdad de la religión católica, que antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay más que una religión verdadera, que la fe en Jesucristo es necesaria para la eterna salvación, que es un absurdo el decir que todas las religiones pueden ser igualmente agradables a Dios, y, por fin, los que tal importancia damos a la unidad de la enseñanza religiosa, que consideramos como una inmensa calamidad la alteración de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo más mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en que estriba, y que a mis ojos es mayor este daño que no a los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala a los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje, porque sus creencias || los precisan a mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable a Dios y alcanzar la eterna salud, los que, profesando una religión que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distinción de razas, pueden contemplar con menos dolor esas aberraciones de la humanidad; pero esto no es dado a los católicos, para quienes no hay verdad ni salvación fuera de la Iglesia, y que además están obligados a mirar a todos los hombres como hermanos y desearles de lo íntimo del corazón que abran los ojos a la luz de la fe y que entren en el camino de la salud eterna. Bien se echa de ver que no trato, como suele decirse, de huir el cuerpo a la dificultad y que antes procuro pintarla con vivos colores. Ahora voy a examinar su valor, presentándola bajo un punto de vista en que por desgracia no se la considera comúnmente.

Tienen los dialécticos un principio que dice: *Quod nimis probat nihil probat.* «Lo que prueba demasiado no prueba nada.» Lo que significa que cuando un argumento cualquiera no sólo concluye lo que nosotros nos proponemos, sino también lo que a las claras es falso, de nada sirve para probar ni aun lo que nosotros intentamos. La razón en que este principio se funda es muy clara: lo que conduce a un resultado falso ha de ser falso también; luego por más especioso que sea un argumento, por más apariencias que tenga de

solidez, por el mismo hecho de llevarnos a una consecuencia falsa, nos da una infalible señal de || que, o entraña alguna falsedad en las proposiciones de que se compone, o algún vicio de razonamiento en el enlace de las mismas y, por tanto, en la deducción a que nos lleva. Si, por ejemplo, me propongo demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que un recto, y con mi demostración pruebo que dicha suma es mayor que dos rectos, esta demostración de nada servirá, porque con ella pruebo demasiado, es decir, que es mayor que dos rectos, lo que no puede ser, y este resultado será para mí una infalible señal de que hay un vicio en la demostración y que no puedo aprovecharme de ella para probar nada.

Otros ejemplos: Si examinando un antiguo manuscrito pretendo desecharle como apócrifo, y señalo para ello una razón crítica de la que resulten condenados también códices cuya autenticidad no admita duda, claro es que debo apartarme de mi razonamiento, seguro de que está mal concebido: prueba demasiado, y por lo mismo no prueba nada. Si examinando la veracidad de la narración de un viajero me empeño en que se ha de dar fe a sus palabras alegando razones de las que se infiriese que es menester dar crédito a otras relaciones conocidamente falsas, mi manera de discurrir sería mala también porque probaría demasiado.

Perdone usted, mi querido amigo, si me he detenido algún tanto en desenvolver este principio que en muchísimos casos sirve, y de que pienso hacer uso en la cuestión que nos ocupa, y con esto entenderá usted que no juzgo del todo inútiles las reglas para || bien discurrir y que mi desconfianza en los filósofos no se extiende a todo lo que se halla en la filosofía.

Apliquemos estos principios: Se nos objeta a los católicos la multiplicidad de religiones, como si a nosotros únicamente embarazara la dificultad, como si todos los que profesan un culto, sea el que fuere, no debiesen sobrellevar *in solidum* todos los inconvenientes que de ahí pueden resultar. En efecto: si la multiplicidad de religiones algo prueba contra la verdad de la católica, lo mismo prueba contra la de todas; tenemos, pues, que no sólo viene al suelo la nuestra, sino cuantas existen y han existido. Además, si la dificultad que se levanta contra la permisión de este mal significa algo, es nada menos que una completa negación de toda providencia, es decir, la negación de Dios, el ateísmo. La razón es obvia: el mal de la multiplicidad de religiones es innegable; está a nuestra vista en la actualidad, y la historia entera es un irrefragable testimonio de que lo mismo ha sucedido desde tiempos muy remotos; si se pretende, pues, que la Providencia no puede permitirlo, se pre-

tende también que la Providencia no existe, es decir, que no hay Dios.

Infiérese de aquí que la permisión de la muchedumbre de religiones es una dificultad que embaraza al católico y al protestante, al idólatra y al musulmán, al hombre que admite una religión cualquiera como al que no profesa ninguna, con tal que no niegue la existencia de Dios. Por ejemplo: si se me presenta un mahometano con su Alcorán y su profeta, pretendiendo que su religión es verdadera y que ha sido revelada || por el mismo Dios, le podré objetar el argumento y decirle: «Si tu creencia es verdadera, ¿cómo es que Dios permite tantas otras? Si se engañan miserablemente los que viven en religión diferente de la tuya, ¿por qué permite Dios que todos los demás pueblos del mundo permanezcan privados de la luz?» A quien no niegue la existencia de Dios, imposible le ha de ser el no admitir su bondad y providencia; un Dios malo, un Dios que no cuida de la obra que El mismo ha criado, es un absurdo que no tiene lugar en una cabeza bien organizada, y hasta me atreveré a decir que menos imposible se hace el concebir el ateísmo en todo su horror y negrura, que no la opinión que admite un Dios ciego, negligente y malo. Suponiendo, pues, la existencia de un Dios con bondad y providencia, queda en pie la misma dificultad arriba propuesta; ¿cómo es que permite que el humano linaje yerre tan lastimosamente en el negocio más grave e importante, que es la religión? Si se nos dijera que Dios se da por satisfecho de los homenajes de la criatura, sean cuales fueren las creencias que profese y el culto en que le tribute la expresión de su gratitud y acatamiento, entonces preguntaremos: ¿Cómo es posible que a los ojos de un Ser de infinita verdad sean indiferentes la verdad y el error? ¿Cómo es dable concebir que a los ojos de la santidad infinita sean indiferentes la santidad y la abominación? ¿Cómo es posible que un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente próvido, no haya cuidado de proporcionar a sus criaturas algunos medios para alcanzar la verdad, para saber cuál era el modo que le era || agradable de recibir los obsequios y las súplicas de los mortales? Si las religiones sólo tuviesen entre sí diferencias muy ligeras, el absurdo de darlas todas por buenas fuera menos repugnante; pero recuérdese que casi todas ellas están diametralmente opuestas en puntos importantísimos; que las unas admiten un solo Dios, y otras los adoran en crecido número; que unas reconocen el libre albedrío del hombre, y otras lo desechan; que unas asientan por uno de los principios fundamentales la creación, y otras se avienen con la eternidad de la materia; recórrase la enorme variedad de sus respectivos dogmas, de

su moral, de su culto, y dígase si no es el mayor de los absurdos el suponer que Dios puede darse por satisfecho con adoraciones tan contradictorias.

Vea usted, mi estimado amigo, cuán bien se aplica a esta cuestión el principio dialéctico que más arriba he recordado, y cómo una dificultad que algunos se empeñan en dirigir exclusivamente contra los católicos no les toca a ellos únicamente, sino a todos los hombres que profesan una religión, y aun a los puros deístas. ¿Qué debe hacerse en semejantes casos? ¿Cómo se pueden obviar tamañas dificultades? He aquí el camino que en mi concepto debe seguir un hombre juicioso y prudente; he aquí la manera de discurrir más conforme a razón: «El mal existe, es cierto; pero la Providencia existe también, no es menos cierto; en apariencia son dos cosas que no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradicción no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer, pues, es || buscar el modo con que pueda desaparecer esta contradicción, y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances.»

Si bien se observa, en los negocios más comunes de la vida hacemos a cada paso un raciocinio semejante. Nos encontramos con dos hechos cuya coexistencia nos parece imposible, a nuestro juicio se excluyen, se repugnan; pero ¿nos obstinamos por esto en negar que los hechos existan, cuando tenemos bastantes motivos para darnos la competente certeza? De seguro que no. «Esto es para mí un misterio, decimos; no lo entiendo, me parece imposible que así sea, pero veo que así es.» En seguida, si la cosa merece la pena, buscamos la razón secreta que nos explique el misterio; pero si no damos con ella, no por esto nos creemos con derecho a desechar aquellos extremos de cuya existencia no podemos dudar, por más que nos parezcan contradictorios.

Por donde verá usted, mi estimado amigo, que una inconcebible ceguera nos impide a menudo el emplear en el examen de las verdades más importantes, que son las religiosas, aquellas reglas de prudencia de que nos valemos en los negocios más comunes, y rechazamos como ofensiva de nuestra independencia y de la dignidad de nuestra razón aquella conducta que no vacilamos en seguir a cada paso en la dirección y arreglo de nuestros más pequeños asuntos.

Tan grabados tengo en mi ánimo estos principios enseñados por la buena lógica y por la más sana prudencia, que me sirven sobremanera en muchas || otras dificultades pertenecientes a la religión, y no dejan que se perturbe mi espíritu a la vista de la obscuridad que en ellas descubro y

que en mi debilidad no soy bastante a desvanecer. ¿Qué consideraciones más espantosas que las sugeridas por la terrible dificultad de conciliar la libertad humana con los dogmas de la presciencia y predestinación? Si el hombre no atiende a más que a la certeza e infalibilidad de la presciencia divina, quédase sobrecogido de horror, erízansele los cabellos a la sola consideración de la fijeza del destino, la sangre se le hiela en las venas al pensar que antes de nacer él ya sabía Dios cuál había de ser su paradero; pero. tan luego como reflexiona un instante, sobreponiéndose al terror y a la desesperación que se apoderaban de su alma, encuentra abundantes motivos para sosegarse, halla aquí un misterio pavoroso, es verdad, pero que no le abate ni desalienta.

«¿Eres libre, se dice a sí mismo, para obrar el bien y el mal? Sí, dudarlo no puedes, te lo enseña la fe, te lo dicta la razón, lo experimentas por el sentido íntimo, y con experiencia tan clara, tan infalible, que no quedas más cierto de tu existencia que de tu libre albedrío. Luego nada importa que no comprendas cómo esta libertad se concilia con la presciencia de Dios.»

«Este misterio que yo no comprendo, ¿debe alterar en algo mi conducta, volviéndome flojo para el bien y poco cuidadoso de evitar el mal? ¿Es prudente, es lógico el pensar que, haga yo lo que quiera, siempre se verificará lo que Dios tiene previsto, y que, por || consiguiente, son vanos todos mis esfuerzos en seguir el camino de la virtud? No. ¿Y por qué? Porque lo que prueba demasiado no prueba nada, y si este raciocinio valiera se seguiría que tampoco he de cuidar de mis negocios temporales, porque al fin no será de ellos más de lo que Dios tiene previsto; que por la misma razón no he de comer para sustentarme, ni guarecerme de la intemperie, ni andar con tiento al pasar por la orilla de un precipicio, ni medicarme cuando me halle indispuesto, ni retirarme cuando se me viene encima un caballo desbocado, ni salir de una casa que se está desplomando, y cien y cien otras locuras por este jaez; es decir, que el atenerme a tal regla me privaría de sentido común, hasta de juicio, haría de mí un loco rematado. Luego la tal regla es falsa, luego de nada debe servirme, luego lo que he de hacer es dejarle a Dios sus incomprensibles arcanos y portarme yo como hombre recto, juicioso y prudente.»

A esto vienen a parar muchas de las dificultades que contra la religión se proponen: miradas superficialmente ofrecen una balumba abrumadora; examinadas de cerca, al tocarlas con la vara de la razón y del buen sentido, desaparecen cual vanos fantasmas.

Veamos ahora si se puede encontrar la razón de que

Dios permita tal muchedumbre de religiones, tal masa de informes errores en el punto que más interesa al humano linaje. La explicación de este misterio yo no alcanzo que pueda encontrarse sino en otro misterio, en el dogma de la religión católica sobre la prevaricación || y consiguiente degeneración de la descendencia de Adán. *El pecado*, y como su consiguiente castigo, *las tinieblas en el entendimiento, la corrupción en la voluntad;* he aquí la fórmula para resolver el problema: revolved la historia, consultad la filosofía, nada os dirán que pueda ilustraros si no se atienen a este hecho misterioso, obscuro, pero que, como ha dicho Pascal, es menos incomprensible al hombre que no lo es el hombre sin él.

Esta es la única clave para descifrar el enigma; sólo por ella alcanzamos a explicar esas lamentables aberraciones de la mayor parte de la humanidad; no hay otro medio de dar una explicación plausible a esta calamidad inmensa, como ni a tantas otras que afligen la infortunada prole de los primeros prevaricadores. El dogma es incomprensible, es verdad; pero atreveos a desecharle, y el mundo se os convierte en un caos, y la historia de la humanidad no es más que una serie de catástrofes sin razón ni objeto, y la vida del individuo es una cadena de miserias; y no encontráis por doquiera sino el mal, y el mal sin contrapeso, sin compensación; todas las ideas de orden, de justicia, se confunden en vuestra mente, y, renegando de la creación, acabáis por negar a Dios.

Sentad, al contrario, este dogma como piedra fundamental: el edificio se levanta por sí mismo, vivísima luz esclarece la historia del género humano, divisáis razones profundas, adorables designios, allí donde no vierais sino injusticia o acaso, y la serie de los acontecimientos desde la creación hasta nuestros días se desarrolla a vuestros ojos como un magnífico lienzo || donde encontráis las obras de una justicia inflexible y de una misericordia inagotable, combinadas y hermanadas bajo el inefable plan trazado por la sabiduría infinita.

Si entonces me preguntáis: ¿Por qué tan considerable porción de la humanidad está sentada en las tinieblas y sombras de la muerte? Os diré que el primer padre quiso ser como un Dios sabiendo el bien y el mal, que su pecado se ha transmitido a toda su descendencia, y que en justo castigo de tanto orgullo está el género humano tocado de ceguera. Esta calamidad, grande como es, no necesita que se le señale otro manantial que a todas las otras que nos afligen. Las terribles palabras que siguieron al llamamiento de Adán cuando le dijo Dios: «Adán, ¿dónde estás?», resuenan dolorosamente todavía después de tantos siglos, y en todos

los acontecimientos de la historia, en todo el curso de la vida, siempre se trasluce el terrible fulgor de la espada de fuego, colocada a la entrada del paraíso. El *sudor del rostro*, la *muerte*, se os ofrecerán por doquiera: en ninguna parte notaréis que las cosas sigan el camino ordinario; siempre herirá vuestros ojos la formidable enseña del castigo y de la expiación.

Cuanto más se medita sobre estas verdades, más profundas se las encuentra: *In sudore vultus tui vesceris pane:* «Comerás el pan con el sudor de tu rostro», dijo Dios al primer padre, y con este sudor lo come toda su descendencia. Recordad esa pena y haced las aplicaciones a cuantos objetos os plazca, y no hallaréis nada que de ella se exceptúe. *No vive* || *el hombre de solo pan, sino de toda palabra que proceda de la boca de Dios;* no se verifica, pues, la terrible pena sólo con respecto al pedazo de pan que nos sustenta, sino en todo cuanto concierne a nuestra perfección. En nada adelanta el hombre sin penosos trabajos, no llega jamás al punto que desea sin muchos extravíos que le fatigan; en todo se realiza que la tierra, en vez de frutos, le da *espinas y abrojos*. ¿Ha de descubrir una verdad? No la alcanza sino después de haber andado largo tiempo tras extravagantes errores. ¿Ha de perfeccionar un arte? Cien y cien inútiles tentativas fatigan a los que en ello se ocupan, y a buena dicha puede tenerse si recogen los nietos el fruto de lo que sembraron los abuelos. ¿Ha de mejorarse la organización social y política? Sangrientas revoluciones preceden la deseada regeneración, y a menudo, después de prolongados padecimientos, se hallan los infelices pueblos en un estado peor del en que antes gemían. ¿Se ha de comunicar a un pueblo la civilización o cultura de otro? La inoculación se hace con hierro y fuego: generaciones enteras se sacrifican para alcanzar un resultado que no verán sino generaciones muy distantes. No veréis el genio sin grandes infortunios; no la gloria de un pueblo sin torrentes de sangre y de lágrimas; no el ejercicio de la virtud sin penosos sinsabores; no el heroísmo sin la persecución; todo lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores, ni se conserva sin fatigosos trabajos; la ley del castigo, de la expiación, se muestra por todas partes de una manera terrible. Esta es la historia del hombre y de || la humanidad, historia dolorosa ciertamente, pero incontestable, auténtica, escrita con letras fatales dondequiera que los hijos de Adán hayan fijado su planta.

Yo no sé, mi estimado amigo, por qué no ha llamado más la atención este punto de vista, y por qué han debido escandalizarse tanto los filósofos de los dogmas de la religión, que tan en armonía se encuentran con lo que nos están diciendo

los fastos de todos los tiempos y la experiencia de cada día. La prevaricación y degeneración del humano linaje es el secreto para descifrar los enigmas sobre la vida y los destinos del hombre, y si a esto se añade el adorable misterio de la reparación, comprada con la sangre del Hijo de Dios, se forma el más admirable conjunto que imaginarse pueda; un sistema tan sublime, que a la primera ojeada manifiesta su origen divino. No, no pudo nacer de cabeza humana combinación tan asombrosa; no pudo el espíritu finito idear un plan tan vasto, tan estupendo, donde se trabaran de tal suerte unos arcanos con otros arcanos que del fondo de su obscuridad pavorosa arrojaran rayos de vivísima luz para esclarecer y resolver todas las cuestiones que sobre el origen y destinos del hombre andaba hacinando la filosofía.

Esto es lo principal que tenía que decirle a usted sobre las dificultades propuestas: ignoro si usted quedará enteramente satisfecho; sea como fuere, lo que puedo asegurarle con toda la sinceridad y convicción de que soy capaz es que, en las obras de todos los filósofos, desde Platón hasta Cousin, no hallará usted sobre este particular nada con que un espíritu sólido || pueda contentarse, si no está tomado de la religión. Ellos lo saben, y ellos propios lo confiesan. Una vez han llegado a dudar de la divinidad del cristianismo no saben de qué asirse: acumulan sistemas sobre sistemas, palabras sobre palabras; si su espíritu no es de alto temple, abandonan la tarea de investigar, fastidiados de no divisar en ningún confín del horizonte un rayo de luz, y se abandonan al *positivismo*, o, en otros términos, procuran sacar partido de la vida disfrutando de las comodidades y placeres; si su alma ha nacido para la ciencia, si sedienta de verdad no quiere abandonar la tarea de buscarla, por grandes que sean las fatigas y patente la inutilidad de los esfuerzos, sufren durante toda su vida, y acaban sus días con la duda en el entendimiento y la tristeza en el corazón.

En la actualidad, entusiasta como es usted de la filosofía y admirador de ciertos nombres, no comprenderá fácilmente toda la verdad y exactitud de mis palabras; pero día vendrá en que recuerde mis avisos aun mucho antes de que blanqueen su cabeza las canas. No, no necesitará usted que la tardía vejez, cargada de escarmientos y desengaños, venga a abrirle los ojos: no sé si los abrirá usted para ver y abrazar la verdadera religión, pero sí al menos para conocer la futilidad de todos los sistemas filosóficos en lo tocante al origen, vida y destino del hombre. ¿Qué más? Ni siquiera necesitará usted estudiarlos a fondo para quedarse profundamente convencido de la impotencia del espíritu humano, abandonado a sus propios recursos: en el vestíbulo mismo del templo de || la filosofía encontrará la duda y el escepticismo, y penetran-

do en su santuario oirá el orgullo disputando sobre objetos de poca entidad, ocupándose en juegos de palabras simbólicas e ininteligibles y procurando en cuanto le es posible ocultar su ignorancia, eludiendo con una afectada preterición las cuestiones que más de cerca nos interesan, cuales son las relativas a Dios y al hombre. No se deje usted deslumbrar con los vanos títulos con que se adornan los diferentes sistemas, ni se abandone a supersticiosas creencias con respecto a los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome usted por profundidad de ciencia la obscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es el carácter de la verdad, y que poco fía de sus descubrimientos quien no se atreve a presentarlos a la luz del día. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿por qué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro día, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusión; entre tanto disponga de su afectísimo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B.

CARTA III

Sencilla demostración de la existencia de Dios
Eternidad de las penas del infierno

Sumario.—Errado método que suelen seguir en las disputas los enemigos de la religión. Método que debiera observarse. Dogma de la Iglesia sobre la eternidad de las penas. La misericordia no excluye la justicia. *El sentimentalismo.* Abuso que de él se hace. Reflexión sobre su influencia en los errores de nuestra época. Aplicación al dogma de la eternidad de las penas. Razones naturales que apoyan el dogma. Imposibilidad de comprender los misterios. Nuestra ignorancia hasta en las cosas naturales. La duración eterna y la temporal. El purgatorio. Observaciones sobre un carácter distintivo del hombre en esta vida con respecto a las cosas futuras. Necesidad de una impresión aterradora La explicación filosófica. Los frailes y los poetas. Magnífico pasaje de Virgilio.

Mi querido amigo: Cuando, según me indica usted en su última, veo que llegaremos a entablar una seria disputa sobre materias religiosas, me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da usted de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios: esto allana sobremanera el camino a la discusión, pues que no es

posible dar || en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba usted, pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponía en duda la existencia de Dios, o si al menos no la concebía tal como es menester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa a no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusión era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda: «Me parece que podemos pasar adelante, porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza o si es la misma naturaleza.» ¡A tanto llega la confusión de ideas trastornadas por la impiedad, y este hombre, por otra parte, era de más que mediana instrucción y de ingenio muy despejado!

Desde luego le doy a usted mil satisfacciones por haberme atrevido a indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque cuando menos ha producido un gran bien, cual es el que usted se explica sobre este particular de tal modo que, revelando mucho buen sentido, me hace concebir grandes esperanzas de que no serán estériles mis esfuerzos. Una y mil veces he leído aquellas juiciosas palabras de su apreciada, en las que expone el punto de vista bajo el cual considera esta importante verdad. Permítame usted que se las reproduzca en la mía y que le recomiende encarecidamente || que no las olvide jamás. «Nunca me he devanado mucho los sesos en buscar pruebas de la existencia de Dios; la historia, la física, la metafísica servirán para esta demostración todo lo que se quiera, pero yo confieso ingenuamente que para mi convicción no he menester tanto aparato científico. Saco la muestra de mi faltriquera, y al contemplar su curioso mecanismo y su ordenado movimiento nadie sería capaz de persuadirme que todo aquello se ha hecho por casualidad, sin la inteligencia y el trabajo de un artífice: el universo vale, a no dudarlo, algo más que mi muestra; alguien, pues, debe de haber que lo haya fabricado. Los ateos me hablan de casualidad, de combinaciones de átomos, de naturaleza y de qué sé yo cuántas cosas; pero, sea dicho con perdón de estos señores, todas estas palabras carecen de sentido.» Nada tengo que advertir a quien con tanto pulso aprecia el valor de los dos sistemas; estas palabras tan sencillas como profundas las estimo yo en más que un tomo lleno de razones.

Pasando al punto de que me habla usted en su apreciada, comenzaré por decirle que me ha hecho gracia el que usted abra la discusión religiosa atacando el dogma de la eternidad

de las penas. No esperaba yo que acometiera usted tan pronto por este flanco, y, vaya dicho entre los dos, esta anomalía me ha dado a entender que usted le ha cobrado al infierno un poquito de miedo. La cosa no es para menos, y el negocio es grave, urgente; de aquí a pocos años hemos de saber por experiencia propia lo que hay sobre este particular, y dice usted muy bien que, «para || los que se engañan en esta materia, el chasco debe de ser pesado en demasía».

No tengo dificultad en abordar por este lado las cuestiones religiosas; pero no puedo menos de observar que no es éste el mejor método para dejarlas aclaradas cual conviene. Las doctrinas católicas forman un conjunto tan trabado y en que se nota tan recíproca dependencia, que no se puede desechar una sin desecharlas todas, y, al contrario, admitidos ciertos puntos capitales es imposible resistirse a la admisión de los demás. Sucede muy a menudo que los impugnadores de esas doctrinas escogen por blanco una de ellas, tomándola en completo aislamiento y amontonando las dificultades que de suyo presenta, atendida la flaqueza del entendimiento del hombre. «Esto es inconcebible, exclaman; la religión que lo enseña no puede ser verdadera»; como si los católicos dijésemos que los misterios de nuestra religión están al alcance del hombre; como si no estuviéramos asegurando continuamente que son muchas las verdades a cuya altura no puede elevarse nuestra limitada comprensión.

Al leer u oír la relación de un fenómeno o suceso cualquiera nos informamos ante todo de la inteligencia y veracidad del narrador, y en estando bien asegurados por este lado, por más extraña que la cosa contada nos parezca, no nos tomamos la libertad de desecharla. Antes que se hubiese dado la vuelta al mundo pocos eran los que comprendían cómo era posible que volviese por Oriente la nave que había dado la vela para Occidente; pero ¿bastaba esto para resistirse || a dar crédito a la narración de Sebastián de Elcano cuando acababa de dar cima a la atrevida empresa del infortunado Magallanes? Si levantándose del sepulcro uno de nuestros mayores oyera contar las maravillas de la industria en los países civilizados, ¿debería por ventura andar mirando detalladamente la relación que se le hace de las funciones de esta o aquella máquina, de los agentes que la impulsan, de los artefactos que produce, y desechar en seguida lo que a él le pareciese incomprensible? Por cierto que no; y procediendo conforme a razón y a sana prudencia, lo que debiera hacer sería asegurarse de la veracidad de los testigos, examinar si era posible que ellos hubiesen sido engañados o si podrían tener algún interés en engañar, y cuando estuviese bien cierto de que no mediaba ninguna de estas circunstancias, no podría, sin temeridad, rehusar el asenso a

lo que se le refiriera, por más que a él le fuera inconcebible y le pareciese que pasaba los límites de la posibilidad.

De una manera semejante conviene proceder cuando se trata de materias religiosas: lo que se debe examinar es si existe o no la revelación y si la Iglesia es o no depositaria de las verdades reveladas; en teniendo asentadas estas dos bases, ¿qué importa que este o aquel dogma se muestren más o menos plausibles, que la razón se halle más o menos humillada, por no llegar a comprenderlos? ¿Existe la revelación? ¿Esta verdad es revelada? ¿Hay algún juez competente para decidirlo? ¿Qué dice sobre el dogma en cuestión el indicado juez? He aquí el orden lógico de las ideas, he aquí el orden lógico de las cuestiones, || he aquí la manera de ilustrarse sobre estas materias; lo demás es divagar, es exponerse a perder tiempo en disputas que a nada conducen.

Lejos de mí el intento de huir, por medio de estas observaciones, el cuerpo a la dificultad; pero nunca habrá sido fuera del caso el emitirlas para que se tengan presentes cuando sea menester. Voy al punto de la dificultad. Dice usted que «se le hace muy cuesta arriba el dar crédito a lo que nos están diciendo los predicadores sobre las penas del infierno, y que repetidas veces ha oído cosas que de puro horribles rayaban en ridículas». Resérvome para más allá el decirle a usted cosas curiosas sobre esos horrores; por ahora, y no sabiendo a punto fijo cuáles son los motivos de queja que tiene usted sobre el particular, me contentaré con advertir que nada tiene que ver el dogma católico con esta o aquella ocurrencia que haya podido venirle a un orador. Lo que enseña la Iglesia es que *los que mueren en mal estado de conciencia, es decir, en pecado grave, sufren un castigo que no tendrá fin.* He aquí el dogma; lo demás que puede decirse sobre el lugar de este castigo, sobre el grado y la calidad de las penas, no es de fe: pertenece a aquellos puntos sobre los que es lícito opinar en diferentes sentidos, sin apartarse de la fe católica. Lo que sí sabemos, pues que la Escritura lo dice expresamente, es que estas penas serán horrorosas; y bien, ¿para qué necesitamos saber lo demás? ¡Penas terribles, y sin fin!... ¿No basta esta sola idea para dejarnos con escasa curiosidad sobre el resto de las cuestiones que aquí se pueden ofrecer? ||

«¿Cómo es posible, dice usted, que un Dios infinitamente misericordioso castigue con tanto rigor?» ¿Cómo es posible, contestaré yo, que un Dios infinitamente justo no castigue con tanto rigor, después de haber procurado llamarnos al camino de la salvación por los muchos medios que nos proporciona durante el curso de nuestra vida? Cuando el hombre ofende a Dios, la criatura ultraja al Criador, el ser finito al ser infinito; esto reclama, pues, un castigo en cier-

to modo infinito. En el orden de la justicia humana es más o menos criminal el atentado según es la clase y la categoría de la persona ofendida. ¿Con qué horror no es mirado el hijo que maltrata a sus padres? ¿Qué circunstancia más agravante que la de ofender a una persona en el acto mismo en que nos está dispensando un beneficio? Pues bien, aplíquense estas ideas; adviértase que en la ofensa del hombre a Dios hay la rebelión de la nada contra un Ser infinito, hay la ingratitud del hijo con el Padre, hay el desacato del súbdito contra su supremo Señor, de una débil criatura contra el Soberano de cielo y tierra. ¡Cuántos motivos para afear la culpa! ¡Cuántos títulos para aumentar la severidad de la pena! Por un simple acto contra la vida o la propiedad de un individuo castiga la ley humana al reo con la pena de muerte, es decir, con la mayor de las penas que sobre la tierra existen, esforzándose en cierto modo en aplicar un castigo infinito, pues que priva al ajusticiado de todos los bienes de la sociedad para siempre; ¿por qué, pues, el Juez supremo no podrá castigar al culpable con penas que duren para siempre? || Y nótese bien que la justicia humana no se satisface con el arrepentimiento; consumado el crimen le sigue la pena, y no basta que el criminal haya mudado de vida; Dios pide un corazón contrito y humillado; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y no descarga sobre el delincuente el golpe fatal sin haberle puesto a la vista la vida y la muerte, sin haberle dejado la elección, sin haberle ofrecido la mano con cuya ayuda pudiera apartarse del borde del precipicio. ¿A quién, pues, podrá culpar el hombre sino a sí mismo? ¿Qué tienen de repugnante ni de cruel esas ideas? Fácil es alucinar a los incautos pronunciando enfáticamente los nombres de *eternidad de penas* y de *misericordia infinita;* pero examínese a fondo la materia, atiéndase a todas las circunstancias que la rodean y se verán desaparecer como el humo las dificultades que a primera vista se habían ofrecido. El secreto de los sofismas más engañosos consiste en el artificio de presentar los objetos no más que por un lado; de aproximar de golpe dos ideas que si parecen contradictorias es porque no se atiende a las intermedias que las enlazan y hermanan. Es fácil observar que los autores más célebres entre los enemigos de la religión resuelven a menudo las cuestiones más graves y complicadas con una salida ingeniosa o una reflexión sentimental. Ya se ve, como todas las cosas presentan tan diferentes aspectos, no es difícil a un ingenio perspicaz coger dos puntos cuyo contraste hiera vivamente el ánimo de los lectores, y si a esto se añade algo que pueda interesar el corazón, no cuesta mucho trabajo dar al traste en el || ánimo de los incautos con el sistema de doctrinas más bien cimentado.

Ya que acabo de mentar el sentimentalismo, no puedo pasar por alto el abuso que se hace de este linaje de argumentos dirigiéndose al corazón en muchos casos en que sólo se debe hablar al entendimiento. Así, en el asunto que nos está ocupando, ¿cómo resiste un corazón sensible al horrendo espectáculo de un infeliz condenado a padecer para siempre? Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón, y en esto, como en todas las proposiciones demasiado generales, hay una parte de verdad y otra de falsedad, porque si bien es indudable que en muchas cosas es el sentimiento un excelente auxiliar para comprender a fondo ciertas verdades, también lo es que no debe nunca tomársele por principal guía y que no se le ha de permitir jamás que llegue a dominar los eternos principios de la razón. Los derechos y deberes de padres e hijos, de marido y mujer, y todas las relaciones de familia, no se comprenderán quizás tan perfectamente si, analizados a la sola luz de una filosofía disecante, no se escuchan al propio tiempo las inspiraciones del corazón; pero, en cambio, también se trastornarán los sanos principios de la moral y se introducirá el desórden en las familias si, prescindiendo de los severos dictámenes de la razón, sólo nos empeñamos en regirnos por lo que nos sugiere la volubilidad de nuestros afectos.

Mucho me engaño si no se encuentra aquí uno de los más fecundos manantiales de los errores de nuestra época. Si bien se observa, el espíritu humano || está atravesando un período que tiene por carácter distintivo el desarrollo simultáneo de todas las facultades. Estas pierden quizá bajo ciertos aspectos, absorbiendo la una gran porción de las fuerzas y energía que en otra situación corresponderían a las otras; pero la que gana indudablemente es el sentimiento, no en la parte que tiene de desprendimiento y elevación, sino en cuanto es un placer, un goce del alma. Así notamos que no prevalece en la literatura la imaginación, ni tampoco el discurso, sino el sentimiento en sus más raros y extravagantes matices, llamando en su auxilio la razón y la fantasía, no como amigos, sino como dependientes. De donde resulta que la filosofía se resiente también del mismo defecto, y que de su tribunal rara vez salen bien librados los austeros principios de la moral eterna. Este sentimiento muelle se esfuerza en divinizar el goce, busca una excusa a todas las acciones perversas, califica de deslices los delitos, de faltas las caídas más ignominiosas, de extravíos los crímenes, procura desterrar del mundo toda idea severa, ahoga los remordimientos y ofrece al corazón humano un solo ídolo, el placer; una sola regla, el egoísmo.

Ya ve usted, mi querido amigo, que la existencia del infierno no se aviene con tanta indulgencia; pero el error de los

hombres no destruye la realidad de las cosas; si el infierno existía en tiempo de nuestros padres, existe todavía en el nuestro, y en nada inmutan el hecho ni la austeridad de los pensamientos de los antepasados, ni la indulgencia y molicie de los nuestros. Cuando el hombre se separe de esta carne mortal || se encontrará en presencia del supremo Juez, y allí no llevará por defensor el mundo. Estará solo, con su conciencia desplegada, patente a los ojos de Aquel a cuya vista nada hay invisible, nada que pueda ocultarse.

Estas reflexiones sobre la relación entre el carácter del desarrollo del espíritu humano en este siglo y las ideas que han cundido en contra de la eternidad de las penas, son susceptibles de muchas aplicaciones a otras materias análogas. El hombre ha creído poder cambiar y modificar las leyes divinas del modo que lo hace con la legislación humana. y como que se ha propuesto introducir en los fallos del soberano Juez la misma suavidad que ha dado a los de los jueces terrenos. Todo el sistema de legislación criminal tiende claramente a disminuir las penas, haciéndolas menos aflictivas, despojándolas de todo lo que tienen de horroroso y economizando al hombre los padecimientos tanto como es posible. Más o menos, todos cuantos en esta época vivimos estamos afectados de esta suavidad: la pena de muerte, los azotes, todo cuanto trae consigo una idea horrorosa o aflictiva es para nosotros insoportable, y se necesitan todos los esfuerzos de la filosofía y todos los consejos de la prudencia para que se conserven en los códigos criminales algunas penas rigurosas. Lejos de mí el oponerme a esta corriente, y ojalá fuera hoy el día en que la sociedad no hubiese menester para su buen orden y gobierno el hacer derramar sangre ni lágrimas; pero quisiera también que no se abusase de este exagerado sentimentalismo, que se notase que no es todo filantropía || lo que bajo este velo se oculta, y que no se perdiese de vista que la humanidad bien entendida es algo más noble y elevado que aquel sentimiento egoísta y débil que no nos permite ver sufrir a los otros, porque nuestra flaca organización nos hace partícipes de los sufrimientos ajenos. Tal persona se desmaya a la vista de un desvalido, y tiene las entrañas bastante duras para no alargrle una pequeña limosna. ¿Qué son en tal caso la sensibilidad y la humanidad? La primera, un efecto de la organización; la segunda, puro egoísmo.

Pero no mira Dios las cosas con los ojos del hombre, ni están sometidos sus inmutables decretos a los caprichos de nuestra enfermiza razón, y no cabe mayor olvido de la idea que debemos formarnos de un Ser eterno e infinito que el empeñarnos en que su voluntad se haya de acomodar a nuestros insensatos deseos. Tan acostumbrado está el presente siglo a

excusar el crimen, a interesarse por el criminal, que se olvida de la compasión que con título sin duda más justo es debida a la víctima, y de buena gana dejaría a ésta sin reparación de ninguna clase, con el solo objeto de ahorrar a aquél los sufrimientos que tiene merecidos. Táchese cuanto se quiera de duro y cruel el dogma sobre la eternidad de las penas, dígase que no puede conciliarse con la misericordia divina tan tremendo castigo; nosotros responderemos que tampoco puede componerse con la divina Justicia ni con el buen orden del universo la falta de ese castigo; diremos que el mundo estaría encomendado al acaso; que en gran parte de sus acontecimientos se descubriera || la más repugnante injusticia si no hubiese un Dios terriblemente vengador, que está esperando al culpable más allá del sepulcro para pedirle cuenta de su perversidad durante su peregrinación sobre la tierra.

Y qué, ¿no vemos a cada paso ufana y triunfante la injusticia burlándose del huérfano abandonado, del desvalido enfermo, del pobre andrajoso y hambriento, de la desamparada viuda, e insultando con su lujo y disipación la miseria y demás calamidades de esas infelices víctimas de sus tropelías y despojos? ¿No contemplamos con horror padres sin entrañas que con su conducta disipada llenan de angustia la familia de que Dios les ha hecho cabezas, llevando al sepulcro a una consorte virtuosa, dejando a sus hijos en la miseria y no transmitiéndoles otra herencia que el funesto recuerdo y los dañosos resultados de una vida escandalosa? ¿No se encuentran a veces hijos desnaturalizados que insultan cruelmente las canas de quien les diera el ser, que le abandonan en el infortunio, que no le dirigen jamás una palabra de consuelo y que con su desarreglo y su insolente petulancia abrevian los días de una afligida ancianidad? ¿No se hallan infames seductores que, después de haber sorprendido el candor y mancillado la inocencia, abandonan cruelmente a su víctima, entregándola a todos los horrores de la ignominia y de la desesperación? La ambición, la perfidia, la traición, el fraude, el adulterio, la maledicencia, la calumnia y otros vicios que tanta impunidad disfrutan en este mundo, donde tan poco alcanza la acción de la justicia, donde son tantos los medios de eludirla y sobornarla, ¿no han || de encontrar un Dios vengador que les haga sentir todo el peso de su indignación? ¿No ha de haber en el cielo quien escuche los gemidos de la inocencia cuando demanda venganza?

Que no es verdad, no, que el culpable experimente ya en esta vida todo lo bastante para el castigo de sus faltas; atorméntanle, sí, los remordimientos roedores, agréganse las enfermedades que sus desarreglos le han acarreado, abrúmanle las desastrosas consecuencias de su perversa conducta; pero

tampoco le faltan medios para embotar algún tanto el punzante estímulo de su conciencia; tampoco carece de artificios para neutralizar los malos efectos de sus bacanales; tampoco escasea de recursos para salir airoso de los malos pasos a que sus extravíos le conducen. Y además, ¿qué son estos padecimientos del malvado en comparación de los que sufre también el justo? Las enfermedades le abruman, la pobreza le acosa, la maledicencia y la calumnia le denigran, la injusticia le atropella, la persecución no le deja sosiego; las tribulaciones de espíritu se agregan también, y, semejante al divino Maestro, sufre en esta vida los tormentos, las angustias, el oprobio de la cruz. Si su paciencia es mucha, si acierta a resignarse como verdadero cristiano, hace algún tanto más llevaderos sus padecimientos; pero no deja por esto de sentirlos, y a menudo más duros de los que han caído sobre el hombre manchado con cien crímenes. Sin las penas y los premios de la otra vida, ¿dónde está la justicia?, ¿dónde la Providencia?, ¿dónde el estímulo para la virtud y el freno para el vicio? ||

Pregúntame usted, mi estimado amigo, si comprendo perfectamente cuál es el objeto que Dios se pueda proponer en prolongar por toda la eternidad las penas de los condenados, y adelántase a contestar a la razón que podría señalarse de que así se satisface la divina justicia y se aparta a los hombres del camino del vicio, con el temor de tan horrendo castigo. Dice usted, por lo tocante al primer punto, «que jamás ha podido concebir la razón de tanto rigor, y que aun cuando no deja de columbrar la relación que existe entre la eternidad de la pena y la especie de infinidad de la ofensa por la cual se impone, sin embargo le queda todavía alguna obscuridad que no acierta a disipar». Muy errado anda usted, mi apreciado amigo, si se imagina que a todos los demás no les sucede lo mismo, pues que sabido es que el entendimiento humano se anubla tan luego como toca en los umbrales de lo infinito. De mí sabré decir que tampoco concibo estas verdades con entera claridad, y que por más firme certeza que de ellas abrigue no puedo lisonjearme que se presenten a mi espíritu con aquella evidencia que las pertenecientes a un orden finito y puramente humano; pero, lejos de que me desanime esta niebla que procede al propio tiempo de la debilidad de nuestros alcances y de la sublime naturaleza de los objetos, he considerado repetidas veces que si por este motivo debiera negar mi asenso no podría prestarle tampoco a muchas otras verdades de las que me sería imposible dudar, aunque a ello me esforzara. Estoy seguro de la creación, no sólo por lo que me enseña la religión revelada, sino también por lo que me dicta la || razón natural, y, no obstante, cuando medito sobre ella, cuando quiero formarme una idea clara

y distinta de aquel acto sublime en que Dios dijo: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*, siéntese mi entendimiento con cierta flaqueza que no le permite comprender con toda perfección el tránsito del no ser al ser. Estoy cierto, y usted conmigo, de la existencia de Dios, de su infinidad, eternidad. inmensidad y demás atributos; pero ¿nos es dado acaso formarnos ideas bien claras de lo que por estos nombres se expresa? Es bien seguro que no; y lea usted todo cuanto han escrito sobre ello los teólogos y filósofos más esclarecidos, y echará de ver que más o menos adolecían del mismo achaque que nosotros.

Si quisiera dar más amplitud a estas reflexiones, fácil me sería encontrar mil y mil ejemplos de esta debilidad de nuestro entendimiento hasta en las cosas físicas y naturales; pero esto me empeñaría en largas discusiones sobre las ciencias humanas, alejándome del principal objeto. Además, que no dudo bastará lo dicho para dejar sentado que no debe hacer mella en un espíritu sólido esa obscuridad de que están rodeados a nuestra vista algunos objetos, y que mientras sobre ellos podamos adquirir por conducto seguro la competente certeza no conviene abstenerse de prestar asenso por el solo asomo de algunas dificultades más o menos graves, más o menos embarazosas.

No son muchas las materias en que pueden señalarse, en apoyo de una verdad, razones más satisfactorias que las arriba indicadas en pro de la justicia || de la eternidad de las penas; sea cual fuere el concepto que usted forme de mis reflexiones, al menos no podrá negarme que no son para despreciadas por el simple obstáculo de una dificultad que más bien se funda en un sentimentalismo exagerado que en un raciocinio sólido y convincente. Por tanto, sólo me resta recordarle que no se trata de saber si nuestro entendimiento comprende o no con toda claridad el dogma del infierno, sino de averiguar si en realidad este dogma es verdadero y si los fundamentos en que le apoyamos sus sostenedores tienen las señales características que puedan convencer de que realmente ha sido revelado por Dios. ¿De qué nos serviría el comprenderlo más o menos claramente si tuviésemos el tremendo infortunio de haberle de sufrir?

Por lo que toca al segundo punto que usted indica en su apreciada, no estoy de acuerdo en que una pena de duración limitada pudiese ejercer sobre el ánimo de los hombres una impresión equivalente y de idénticos resultados en cuanto al arreglo de la conducta Pretende usted que, en estando acompañada la pena de mucha duración o de un tormento muy terrible, bastaría para enfrenar las pasiones, poniéndose un límite a los malos deseos, con cuya observación se da por el pie a la razón que señalamos los cristianos de que la

existencia del infierno es una salvaguardia de la moral. Pero a mí me parece que usted no ha sondeado lo suficiente este asunto, y no ha reparado en que, si bien es verdad que la idea del tormento nos espanta y aterra cuando se ha de sufrir en esta vida, nos causa muy ligera impresión si || se ha de reservar para la otra. Dos pruebas daré de esto: una experimental, otra científica.

El dogma del purgatorio lleva ciertamente una idea terrible, y así los libros de devoción, como los predicadores, están pintando continuamente aquel lugar de expiación con los colores más espantosos. Los fieles lo creen así, lo están oyendo sin cesar, oran por los parientes y amigos difuntos que puedan estar detenidos en él; pero, hablando ingenuamente, ¿es mucho el miedo que se tiene al purgatorio? Por sí solo, ¿fuera un dique bastante robusto para oponerse al ímpetu de las pasiones? Dígalo cada cual por experiencia propia; díganlo también por la ajena cuantos han tenido ocasión de observarlo. Las penas que para aquel lugar se nos anuncian son terribles, es verdad; su duración puede ser mucha, es cierto; el alma no saldrá de allí hasta haber pagado el último cuadrante, no tiene duda; pero aquella pena tendrá fin, estamos seguros de que no puede durar para siempre, y, colocados en medio del riesgo de largos padecimientos en la otra vida y de la necesidad de soportar leves molestias en la presente, repetidas veces preferimos aventurarnos a lo primero para preservarnos de lo segundo.

De esto, que la experiencia nos está mostrando a cada paso, nos señala la razón las causas, bastando para conocerlas una sencilla consideración de la naturaleza humana. Mientras vivimos en esta tierra se halla nuestro espíritu unido al cuerpo, que nos transmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea. Posee a la verdad nuestra alma algunas || facultades que, elevadas por naturaleza sobre todo lo corpóreo y sensible, se rigen por otros principios, versan sobre más altos objetos y habitan, por decirlo así, en una región que de suyo nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer, empero, la dignidad de estas facultades ni la altura de la región en que moran, menester es confesar que es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras de un orden inferior, que a menudo las hacen descender de su elevación y, en vez de obedecerlas como a señoras, las reducen a la clase de esclavas. Cuando las cosas no lleguen a este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento columbra apenas como en obscura lontananza las verdades que forman su más noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo sino con

el mayor descuido y flojedad. Hay un infierno que temer, un cielo que esperar; pero todo esto está en la otra vida, se reserva para una época más distante; son cosas que pertenecen a un orden enteramente distinto, a un mundo nuevo. en el cual creemos firmemente. pero del que no recibimos impresiones directas de momento; y así es que necesitamos hacer un esfuerzo de concentración y reflexión para penetrarnos del inmenso interés que para nosotros tienen y de que en su comparación es nada todo cuanto nos rodea. Viene entre tanto a herir nuestra imaginación, a excitar nuestros sentimientos algún objeto de la tierra, ora inspirándonos algún temor, ora halagándonos con algún placer; || el otro mundo desaparece a nuestros ojos como objetos que perdiéramos de vista en un remoto confín; el entendimiento vuelve a caer en su entorpecimiento, la voluntad en su languidez, y si uno y otro se excitan de nuevo es para contribuir al mayor desarrollo de las otras facultades.

El hombre se guía casi siempre por las impresiones de momento, sacrifica lo venidero a lo presente, y cuando pesa en la balanza de su juicio las ventajas y los inconvenientes que una acción le puede acarrear, la distancia o la proximidad de la realización de estos inconvenientes y ventajas es una de las circunstancias más influyentes en su elección. ¿Cómo no ha de suceder esto en lo tocante a los negocios de la otra vida si se verifica lo mismo con respecto a los de la presente? ¿No es infinito el número de los que sacrifican las riquezas, el honor, la salud, la vida, a un placer de momento? Y esto ¿por qué? Porque el objeto que halaga está presente, y los males distantes, y el hombre se hace la ilusión de evitarlos, o bien se resigna a sufrirlos, como quien se arroja a un precipicio con los ojos vendados.

De esto se infiere no ser verdad lo que usted afirma, que bastase el temor de una pena muy duradera para que produjese un mismo o semejante efecto que la eternidad del infierno. No es verdad; antes al contrario, puede asegurarse que desde el momento que se separase de la idea de las penas la de eternidad perderían la mayor parte de su horror y quedarían reducidas a la misma línea que las del purgatorio. Si los castigos de la otra vida han de producir un temor || bastante a contenernos en nuestras depravadas inclinaciones, han de tener un carácter formidable, espantoso. que su mero recuerdo, ofreciéndose de vez en cuando a nuestro espíritu, le produzca un saludable estremecimiento que dure aun en medio de la disipación y distracciones de la vida, como el pavoroso sonido del sonoro metal que retiembla largo rato después de recibido el golpe.

No pondré fin a esta carta sin contestar a la objeción insinuada por usted y de que en apariencia se halla muy sa-

tisfecho, porque, según dice, «si bien no es más que una conjetura, no puede negársele que es muy especiosa, muy filosófica y quizás no destituída de fundamento.» Explica usted en seguida el sistema que tan en gracia le ha caído y que consiste en considerar el dogma del infierno como una fórmula en que se expresa el pensamiento de intolerancia que preside a las doctrinas y conducta de la Iglesia católica. Permítame usted que transcriba sus propias palabras, que de esta suerte no mediará el peligro de una mala inteligencia: «Ya se ve: se quería sujetar el entendimiento y el corazón del hombre ciñéndolos con un aro de hierro; faltaban en lo humano los medios de realizarlo, y ha sido preciso hacer intervenir la justicia de Dios. ¿No se podría sospechar que los ministros de la religión católica, quizás más engañados que engañadores, han apelado al recurso común entre los poetas de desenlazar una situación complicada llamando en su auxilio algún Dios, o hablando en términos literarios, empleando la máquina? Mucho me engaño si en la pretendida justicia de un Dios inexorable || no se trasluce el sacerdote católico con su terquedad inflexible.» Algo duro se muestra usted, mi estimado amigo, en el pasaje que acabo de insertar, y, por más sorpresa que le hayan de causar mis palabras, me atrevo a decirle que, lejos de encontrarle filosófico como acostumbra, le hallo aquí primero muy inexacto, y después ligero en demasía. Inexacto, porque supone que el dogma de la eternidad de las penas pertenece exclusivamente a los católicos, cuando le profesan también los protestantes; ligero, porque ha pretendido convertir en expresión del pensamiento dominante en el cristianismo un hecho creído generalmente por el humano linaje.

El prurito, tan común en nuestra época hasta entre los escritores de primera nota, de señalar una razón filosófica fundada en una observación nueva y picante, le ha extraviado a usted de una manera lastimosa, haciéndole perder de vista por un momento lo que ignoran cuantos saben medianamente la historia. En resumen, quería usted significar que esto era una invención de los sacerdotes cristianos, bien que salvando su buena fe con suponerlos víctimas de una ilusión; pero ¿cómo ha podido olvidar que siglos antes de aparecer el cristianismo estaba la creencia del infierno generalmente extendida y arraigada?

Algo satírico está usted con los «buenos frailes que se complacen en asustar a niños y mujeres con las horrendas descripciones de tormentos fraguados en imaginaciones descompuestas y groseras, y que difícilmente puede soportar sin reírse o sin fastidiarse un hombre de sana razón y de buen gusto». || Bien se conoce que quiere usted hacer pagar caros a los pobres predicadores los ratos que le llevaba

al sermón su buena madre, y que sin duda hubiera usted empleado de mejor gana en sus juegos y entretenimientos; pero, sea dicho sin ánimo de ofender y únicamente en defensa de la verdad, da usted aquí un solemne tropiezo, en que sólo puede consolarle el tener muchos compañeros de infortunio entre los que se proponen burlarse con demasiada ligereza de los dogmas y prácticas de nuestra religión. Usted se ríe de las *exageraciones de los frailes* en esta materia, que se le hacen insoportables por descabelladas y de mal gusto; pues bien, yo le emplazo a usted a que me cite la descripción que le parezca más descabellada, entre las que haya oído de boca de un predicador, y me obligo a presentarle otra sobre el mismo objeto que no le irá en zaga a la primera, ni en lo feo, ni en lo extravagante, ni en lo horrible. ¿Y sabe usted de quién serán esas descripciones y rasgos? Nada menos que de Virgilio, de Dante, de Tasso, de Milton. No advertía usted que a la espalda del buen capuchino a quien tan desapiadadamente acometía usted, tropezaba con una reserva tan respetable en materias de razón y de buen gusto. A veces la precipitación en el juzgar nos es más dañosa que la misma ignorancia. Sucédenos a menudo que despreciamos una expresión, en odio o desprecio de la persona que la dice, expresión que nos pareciera admirable si la oyésemos en boca de otro que nos inspirase más respeto. Por esto decía graciosamente Montaigne que se divertía en sembrar en sus escritos las sentencias de filósofos graves sin || nombrarlos, con la mira de que sus lectores críticos, creyendo habérselas sólo con Montaigne, injuriasen a Séneca y dieran de narices sobre Plutarco.

No es fácil decir a punto fijo la variedad de horrores del infierno, pero lo cierto es que así cristianos como gentiles han convenido en mostrárnoslo con espantosos colores. Virgilio no era ni fraile, ni predicador, ni cristiano, ni escaseaba de *buen gusto*, y, sin embargo, difícil es reunir más horrores de los que nos presenta, no sólo en el infierno, sino ya en el camino:

Vestibulum ante ipsum primisque in faucibus Orci,
Luctus et ultrices posuere cubilia curae;
Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,
Terribiles visu formae: Letumque, Laborque:
Tum consanguineus Leti Sopor, et mala mentis
Gaudia, mortiferumque adverso in limine Bellum
Ferreique Eumenidum thalami, et Discordia demens
Vipereum crinem vittis innexa cruentis.

... ...
Multaque praeterea variarum monstra ferarum.
Centauri in foribus stabulant, Scyllaeque biformes.
Et centum geminis Briareus, ac bellua Lernae
Horrendum stridens flammisque armata Chimaera:
Gorgones, Harpyaeque, et forma tricorporis umbrae.

Antes de llegar a la fatal mansión nos encontramos ya con *cabelleras de víboras*, con *hidras que rugen con horrible estridor*, con *monstruos armados de fuego*, || y junto con los *gozos vedados*, *mala mentis gaudia*, el llanto y los remordimientos vengadores, *luctus et ultrices curae*.

Pero sigamos adelante y el horror se aumenta hasta el extremo:

... ...
Hinc via Tartarei quae fert Acherontis ad undas.
Turbidus hic coeno vastaque voragine gurges
Aestuat, atque omnem Cocyto eructat arenam.
Portitor has horrendus aquas et flumina servat
Terribili squalore Charon: cui plurima mento
Canities inculta iacet stant lumina flamma.
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus.
... ...
Respicit Aeneas subito: sub rupe sinistra
Moenia lata videt, triplici circumdata muro:
Quae rapidus flammis ambit torrentibus amnis
Tartareus Phlegeton, torquetque sonatia saxa.
Porta adversa, ingens, solidoque adamante columnae:
Vix ut nulla virum, non ipsi excindere ferro
Coelicolae valeant: stat ferrea turris ad auras;
Tisiphoneque sedens, palla succinta cruenta.
Vestibulum insomnis servat noctesque diesque.
Hinc exaudiri gemitus, et saeva sonare
Verbera: tum stridor ferri, tractaeque catenae.
... ...
Gnossius haec Rhadamanthus habet durissima regna:
Castigatque, auditque dolos: subigitque fateri
Quae quis apud superus, furto laetatus inani.
Distulit in seram commissa piacula mortem. ||
Continuo sontes ultrix accincta flagello
Tisiphone quatit insultans: torvosque sinistra
Intentans angues, vocat agmina saeva sororum.
Tum deum horrisono stridentes cardine sacrae
Panduntur portae. Cernis custodia qualis
Vestibulo sedeat? facies quae limina servet?
Quinquaginta atris immanis hiatibus Hydra
Saevior intus habet sedem:

... ...

Necnon et Tityon terrae omniparentis alumnum
Cernere erat: per tota novem cui iugera corpus
Porrigitur; rostroque immanis vultur obunco
Immortale iecur tundens, foecundaque poenis
Viscera rimaturque epulis, habitatque sub alto
Pectore: nec fibris requies datur ulla renatis.
Quid memorem Lapithas, Ixiona. Pirithoumque?
Quos super atra silex iamiam lapsura, cadentique
Imminet assimilis. Lucent genialibus altis
Aurea fulcra toris, epulaeque ante ora paratae
Regifico luxu: Furiarum maxima iuxta
Accubat, et manibus prohibet contingere mensas.
Exurgitque facem attollens, atque intonat ore,
Hic quibus invisi fratres, dum vita manebat,
Pulsatusve parens, et fraus innexa clienti;
Aut qui divitiis soli incubuere repertis,
Nec partem posuere suis, quae maxima turba est;
Quique ob adulterium caesi, quique arma secuti
Impia, nec veriti dominorum fallere dextras;
Inclusi poenam expectant. No quaere doceri
Quam poenam, aut quae forma viros fortunave mersit.
Saxum ingens volvunt alii, radiisque rotarum
Districti pendent: sedes aeternumque sedebit
Infelix Theseus; Phlegyasque miserrimus omnes
Admonet, et magna testatur voce per umbras:
Discite iustitiam moniti, et non temnere Divos.
Vendidit hic auro patriam, dominumque potentem
Imposuit: fixit leges pretio atque refixit.
Hic thalamum invasit natae vetitosque hymenaeos.
Ausi omnes immane nefas, ausoque potiti.

Triples murallas bañadas con un río de fuego, gemidos, ruido de azotes, estrépito de cadenas, serpientes y la hidra con cincuenta bocas, buitre que roe las entrañas, y otros objetos semejantes: he aquí lo que nos presenta el poeta en la mansión, según él mismo dice, de los *defraudadores, adúlteros, crueles con sus padres, incestuosos, traidores a su patria*, y culpables de otros crímenes. Mucho dudo que usted haya oído cosas más horribles. Y como si no le bastara el espantoso cuadro que acaba de pintar con inimitable pincel, exclama:

Non, mihi si linguae centum sint: oraque centum,
Ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas,
Omnia poenarum percurrere nomina possim.

(*Aeneid.*, l. 6.)

¡Cien lenguas, cien bocas, férrea voz no le bastarían para nombrar siquiera la variedad de penas de aquella mansión de horror!

Como quiera, dentro medio siglo la cuestión del infierno estará prácticamente resuelta para los dos; || ruego al cielo que lo sea felizmente para ambos; pero si usted tiene la temeridad de aventurarse a lo que pueda suceder, me quedaré llorando su funesta ceguera, suplicando al Señor se digne iluminarle antes no llegue el día de la ira, en que a la presencia del Juez supremo velarán su faz los ángeles tutelares, no sabiendo qué alegar en descargo de usted para libertarle de la tremenda sentencia. De usted su afectísimo, Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA IV

Filosofía del porvenir

Sumario.—Descripción de esta filosofía y retrato de los que la profesan. Pasaje de Virgilio. M. Jouffroy. El cristianismo y las masas. M. Cousin. Pasaje notable de M. Pedro Leroux sobre las convicciones de M. Cousin. Profecía de M. Cousin. El catolicismo no está amenazado de muerte. En los cuatro ángulos del universo está dando señales que acreditan su vida y vigor. Observaciones sobre la decadencia de la fe y de las costumbres. Combátese el error de los que pretenden desalentar con la exageración de semejante decadencia. Reseña histórica de los grandes males que en todas épocas ha sufrido la Iglesia. Su estado actual no es tan desconsolador como algunos creen. Cómo calculan los incrédulos la decadencia de la fe. Conviene no confundir la sociedad con las capitales, ni éstas con algunos círculos muy reducidos. La transición y la perfectibilidad.

Mi estimado amigo: Mucho me complace que me haya usted ofrecido la oportunidad de manifestarle mi parecer sobre esa filosofía que usted apellida *del porvenir*, pues que si bien usted la critica hasta motejarla, traslúcese, no obstante, que no ha dejado de hacerle mella, mayormente en lo que ella dice sobre || los *destinos* del catolicismo. Llámala usted *filosofía del porvenir*, y, en efecto, no cabe nombre más bien adaptado para calificar esa ciencia estrambótica que, sin resolver nada, sin aclarar nada, sólo se ocupa en destruir y pulverizar, respondiendo enfáticamente a todas las preguntas, a todas las dificultades, a todas las exigencias con la palabra *porvenir*. A juicio de esta filosofía, la

humanidad ha errado siempre, yerra todavía en la actualidad; esta filosofía lo sabe, y al parecer es ella sola quien lo sabe: tan grave y magistral es el tono con que lo anuncia. Demandadle: ¿dónde está la verdad, cuándo será dado al hombre encontrarla? En el *porvenir*. Como se supone, todas las religiones son falsas, todas son obra de los hombres, un ardid para engañar a las masas, un objeto de risa para los sabios, y muy particularmente para los profesores de esa *elevada filosofía*, únicos que merezcan tal nombre. ¿Dónde estará, pues, la religión verdadera? ¿Cuándo podrán los hombres profesarla? En el *porvenir*. Ningún filósofo alcanzó a descifrar el enigma del universo, de Dios y del hombre. ¿Vendrá un día afortunado en que se verifique el hallazgo de la deseada clave? En el *porvenir*. La organización social y política se ha de cambiar radicalmente, se ignora lo que se ha de substituir a lo que actualmente existe. ¿Quién nos ilustrará para resolver acertadamente tan espinoso problema? El *porvenir*. Las masas populares sufren atrozmente en los países más cultos; la desnudez, el hambre, la más repugnante miseria contrastan de una manera escandalosa con el lujo y los goces de los potentados y la *vita bona* de los filósofos. ¿De dónde saldrá el remedio para situación tan angustiosa? Del *porvenir*. El porvenir para la historia, el porvenir para la religión, el porvenir para la literatura, el porvenir para la ciencia, el porvenir para la política, el porvenir para la sociedad, el porvenir para la miseria, el porvenir para sí mismo, el porvenir para lo presente, el porvenir para lo pasado, el porvenir para todo. Panacea de todas las dolencias, satisfacción de todos los deseos, cumplimiento de todas las esperanzas, realización de todos los sueños; siglo de oro cuyos radiantes albores, ocultos a los ojos de los profanos, sólo se revelan a algunos espíritus que alcanzaron el inefable privilegio de leer escrita en letras divinas la historia del porvenir. Por esto le saludan con alborozo; por esto se abalanzan a él como niño a los brazos de la madre que le acaricia; por esto atraviesan con irónica sonrisa por en medio de este siglo que *no los comprende;* por esto vivirían gustosos la vida de los desprendidos filósofos de la Grecia, y se retirarían del mundo a guisa de anacoretas si no fuera necesaria su presencia para anunciar la verdad, si pudiesen prescindir de la *misión* que han recibido sobre la tierra. ¡Desgraciados! Víctimas de un destino infausto, no les es dado conceder a su entendimiento todo el vuelo adonde lo ensalzara su *profética inspiración;* no les es permitido desahogar su pecho con una expansión *humanitaria*, y, pegados a esa época de barro, se encuentran forzados a vivir en espléndidos palacios, a ocupar elevadísimos puestos desde donde puedan comenzar a di-

rigir acertadamente esta sociedad, y no les queda otro consuelo || que solazarse algunos momentos, *cantando* lo que su mente divisa y su corazón augura:

Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
Iam redit et virgo redeunt saturnia regna:
... ...
Occidet et serpens, et fallax herba veneni
Occidet: Assyrium vulgo nascetur amomum.
... ...
Molli paulatim flavescet campus arista.
Incultisque rubens pendebit sentibus uva.
Et durae quercus sudabunt roscida mella.
... ...
Non rastros patietur humus; non vinea falcem;
Robustus quoque iam tauris iuga solvet arator.
Nec varios discet mentiri lana colores;
Ipse sed in pratis aries iam suave rubenti
Murice, iam croceo mutabit vellera luto,
Sponte sua sandyx pascentes vestiet agnos
Talia saecula suis dixerunt currite fusis
Concordes stabili fatorum numine parce.

No les pregunte usted, mi estimado amigo, cómo han descubierto tantos prodigios, quién les ha revelado tan admirables arcanos; sobre todo no les exija usted pruebas de lo que asientan, ni, tratándolos cual si fueran adocenados pensadores, se atreva usted a requerirles para que demuestren lo que afirman. Estas son cosas que más bien se *presienten* que no se *conocen;* tienen algo de poético, de aéreo; son previsiones envueltas en figuras simbólicas; y quien con esto no se satisface es indigno de la filosofía, la llama del || genio no ha tocado su frente, no ha brotado en su espíritu la inspiración creadora. Por lo demás, ¿quién no ve algunas señales de esa transformación maravillosa? No todos alcanzan a preverla con tanta claridad como aquellos a quienes ha sido revelada en misteriosas apariciones; pero a nadie pueden ocultarse los infalibles síntomas que anuncian una próxima y universal mudanza:

Aspice convexo nutantem pondere mundum.
Terrasque tractusque maris coelumque profundum:
Aspice, venturo laetentur ut omnia saeclo.

Menester es confesar que el expediente ideado por estos filósofos no es lerdo, y que, además, tiene la indecible ventaja de ser muy cómodo. Maldito el provecho que saca-

ron los que se propusieron arreglar el mundo presente; lo que conviene es endosarlo todo al porvenir, que al buen pagador no le duelen prendas. Sócrates con su manto rasgado y luego con su cicuta, Diógenes con su tonel y su arena abrasada, Heráclito con sus lágrimas y Demócrito con su risa no entendían una palabra de achaque de filosofía. Burlarse de lo pasado, gozar de lo presente y alucinar a todo el mundo con la esperanza de un bello porvenir: he aquí la fórmula más cabal que se encontrara jamás para evitarse disgustos y salir airoso de todo linaje de compromisos. ¿Y si el porvenir no corresponde a los pronósticos?, objetarán algunos escrupulosos. Medrados estamos si hemos de darnos pena por lo que sucederá: el negocio consiente largas, el plazo que || tomamos no es breve, y para no aventurar nada lo dejamos indefinido; siempre podremos solicitar una nueva dilación, y si alguien de nosotros hasta se adelanta a fijar tiempo, no tengáis cuidado que no debe de ser tan olvidadizo que no recuerde aquello de

> No temáis, señor mío,
> respondió el charlatán, pues yo me río.
> En diez años de plazo que tenemos,
> el rey, el asno o yo, ¿no moriremos?

Hecha la debida justicia a la filosofía del porvenir, réstame el *nutantem pondere mundum*, quiero decir, la gravísima complicación de los problemas que pesan sobre la sociedad, y ver hasta qué punto tienen fundamento los filósofos para hablarnos de las trascendentales mudanzas que las futuras generaciones están destinadas a presenciar. Por de contado muchos de ellos dan por supuesto que no se verificarán estos cambios bajo la influencia de la religión; que, al contrario, ésta va perdiendo terreno, y que una de las principales condiciones de la renovación del mundo ha de ser el substituir a la religión la filosofía. Ya se ve cómo, en sentir de ciertos hombres, las religiones, y particularmente el cristianismo, no son otra cosa que «una producción espontánea de las ideas de las masas, abriéndose paso y encarnándose, cuando son maduras, en una imaginación exaltada, a menudo alucinada por la revelación que ella anuncia» [1]; se dará || un paso agigantado en la carrera de la perfección social cuando las masas sean bastante ilustradas para contemplar la verdad en toda su pureza, cara a cara, sin necesidad de los símbolos y envolturas que sólo convienen a la flaqueza de inteligencias limitadas. Inútil

---

[1] Jouffroy, *Lección sobre el destino humano*, recogida en sus primeras *Misceláneas*.

es decir que no convengo yo con M. Jouffroy en tan peregrina definición, y que, por consiguiente, tampoco puedo admitir las deducciones a que ella se brinda. No creo, pues, que jamás puedan dirigirse bien las masas (y en esta palabra masas comprendo la sociedad entera) sin la influencia de la religión, y que tan absurdo me parece el que la filosofía llegue nunca a llenar el vacío ocupando su puesto, como el que la religión sea una producción espontánea de las ideas de las masas.

En este siglo de análisis filosófico-histórico sería muy curiosa la demostración en que se produjesen los datos fehacientes de que el cristianismo fué el producto espontáneo de las masas. ¿De qué masas salió el Evangelio? ¿Eran las judías o las idólatras? Si de las primeras, ¿cómo es que los acérrimos defensores de la ley de Moisés fuesen los capitales enemigos de Jesucristo? ¿Dónde hay un solo hecho, una sola palabra, un leve indicio de que Jesús aprendiese de los judíos su sublime enseñanza? ¿No es, al contrario, patente que las palabras del divino Maestro eran recibidas como enteramente nuevas y que llenaban de asombro y estupor a cuantos le oían, escandalizándose los unos de la novedad y acogiéndolas otros con transportes de admiración y con entusiasta acatamiento? ¡Hombres ciegos! Si habéis leído el || Sermón sobre la Montaña; si habéis reparado jamás en aquel raudal de sabiduría y de amor que fluye de los labios de un Hombre que no había aprendido las letras, decidnos: ¿dónde estaban las doctrinas que en él se vierten? Desparramadas, nos diréis, en medio del pueblo; pero, dejando aparte la convincente reflexión que se acaba de indicar, ¿qué prueba señaláis para asentar tan extraña paradoja? ¿Mentaréis por ventura la filosofía de la época? Pero, ¿acaso sois únicamente vosotros los que de ella tenéis conocimiento? ¿Creéis que se ha perdido en el mundo la historia científica contemporánea? Además, que ni siquiera otorgáis a la religión este honor de nacer de la filosofía; ¡la hacéis brotar de la cabeza de las masas! Recuérdese, pues, para no olvidarse jamás, que la religión más admirada hasta de sus propios enemigos, por la sabiduría y santidad de que rebosa, fué un producto espontáneo de las idea de las masas del tiempo de Tiberio y de Herodes. ¡Lo ridículo compite con lo sacrílego!

Hasta ahora se había creído que las masas estaban en posesión de la ignorancia, que la presunción en materia de grandes pensamientos estaba en favor de algunos genios privilegiados, y que de éstos debía derramarse sobre aquéllas la luz de que necesitaban. Ahora sabremos que esta luz preexiste en ellas, y no como quiera, sino preparada para ejercer sus efectos, como fruta *madura*, y que cuando un

hombre extraordinario surge de en medio de la muchedumbre, a esta muchedumbre debe todo cuanto piensa y todo cuanto hace. Sin duda que ni aun a los ojos de sus || enemigos será el cristianismo menos admirable que los más elevados sistemas filosóficos, de lo que podremos inferir que éstos habrán de tener el mismo origen. En efecto, la religión no es en tal caso más que una filosofía disfrazada con símbolos y enigmas, de suerte que la invención de aquélla tiene sobre ésta una dificultad particular, que consiste en excogitar acertadamente los velos con que se ha de cubrir. Podremos, pues, afirmar, sin riesgo de equivocarnos, que la filosofía de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, de Bacon, de Descartes, de Malebranche, de Leibniz no era otra cosa que una producción espontánea de las masas; y, ¡cosa rara!, también habrá de caber la misma suerte a la tan ponderada de Kant, Hegel, Cousin y del mismo Jouffroy.

Bien haya quien tales descubrimientos nos proporciona, quien revela con tan estupenda sagacidad el camino que se ha de seguir para llegar a la más alta sabiduría. ¡Oh! ¡Cuán errado andaba Descartes cuando se condenaba a tan dilatadas meditaciones, comenzando ya desde el colegio a obtener la dispensa de no madrugar demasiado y fomentar así con el suave calor la fuerza de la contemplación a que se abandonaba! ¡Muy tonto era Malebranche, que pasaba sus días en el mayor retiro, sepultado en su gabinete y cerradas las ventanas para que la luz no le distrajese! A estos pobres filósofos y a sus menguados maestros y discípulos se les había metido en la cabeza que es *infinito el número de los tontos*, y que quien deseaba ser sabio, o menos tonto, debía andar cuidadoso en no dejarse contaminar demasiado de la || atmósfera del vulgo, y hasta contando por vulgo a tantos como se eximen de este dictado, por más legítimos títulos que justifiquen su pertenencia a la misma clase. Ignoraban estos buenos señores que, ora sea para idear un sistema de filosofía, ora para inventar una religión, es necesario mezclarse entre las masas, no precisamente para observarlas en sus extravíos, en sus errores, en sus pasiones, en sus caprichos, y estudiar así los resortes del espíritu humano y aprender a dirigirle, que esto ya lo sabíamos de muy antiguo, sino para ver las ideas que en ellas germinan, para seguirlas en su crecimiento y desarrollo, y en notando que están *maduras*, aprovechar el momento crítico, formularlas, haciendo que se *encarnen*, y presentar luego el resultado a las mismas masas asombradas, diciéndoles: «He aquí un presente del cielo.»

¡Pobres masas! Y no sabrán que adoran un ídolo que ellas han fabricado; que comen, cual maná bajado del cielo, la misma fruta que de ellas ha nacido, y de tal manera

que, para ofrecérsela al mentido impostor, apenas ha tenido ningún trabajo, sólo el de cogerla, pues que ya estaba *madura.*

Si los católicos nos hubiéramos permitido tamañas paradojas, si nos hubiéramos atrevido a emitir semejantes aserciones, contrarias a la buena filosofía, en oposición con la historia, repugnantes al sentido común, sin pruebas de ninguna clase, sin indicios los más leves, sin el más remoto fundamento para apoyar la conjetura; si, mal hallados con el lenguaje ordinario, hubiéramos echado mano de expresiones simbólicas, || haciendo *encarnar* ideas, y con la peregrina ocurrencia de aplicarles la metáfora de *maduras*, ofreciendo de esta manera un estrambótico contraste, todos los diccionarios de la sátira no hubieran sufragado los apodos necesarios para cubrir de burla semejante atentado contra la filosofía y el buen gusto. Juzgue usted, mi estimado amigo, entre nuestros adversarios y nosotros, y juzguen con usted todos los hombres de sana razón.

Infiero de lo que acabo de exponer que es una pura quimera la profecía de algunos filósofos de nuestra época de que el cristianismo esté destinado a morir y de que haya de recoger su herencia esa filosofía de que todos hablan sin decirnos en qué consiste. En este punto paréceme astuta y todavía más cómoda la conducta de M. Cousin, fundada en los motivos que nos ha revelado M. Pedro Leroux en un número de la *Revista Independiente.* El pasaje es curioso y merece la pena de copiarle. «Hace ya muchos años, dice M. Leroux, que, conversando con M. Cousin sobre su apología, no de Sócrates, sino de los jueces de Sócrates, extraña paradoja escrita a lo que parece para hacer una mueca a Platón y a Jenofonte, le echábamos en cara este acto irracional que mirábamos como un crimen de lesa filosofía. Interrumpióse M. Cousin en su respuesta para preguntarnos: «¿Cuánto tiempo os parece que a la religión de nuestro »país le queda de vida?—No es ésta la cuestión, le dije yo; »trátase de la filosofía, de la verdad; jamás los filósofos »hubieran hecho nada bueno si en vista de la realidad se »hubiesen interrogado || de esta suerte para saber lo que »debían hacer.—Yo, replicó M. Cousin, creo que el catolicis»mo tiene todavía alimento para trescientos años *(en a en»core pour trois-cents ans dans le ventre);* en consecuencia, »me quito humildemente el sombrero en presencia del cato»licismo y continúo la filosofía.»

Hubo un tiempo en que cundió entre los protestantes la manía de anunciar la caída del catolicismo, fijando con tanta precisión la época como pueden hacerlo los astrónomos con un eclipse o el paso de un cometa. Seguros de la predicción, la pregonaban con gran ruido; pero las cuentas

debían de estar mal ajustadas, que la época fatal llegaba y el pronóstico no se cumplía. Esos profetas eran a veces sobrado indiscretos, pues se atrevían a señalar un plazo breve, cuyo transcurso no era bastante a que se hubiese olvidado el anuncio. M. Cousin recordaría, sin duda, estos chascos proféticos, y no queriendo llevar las cosas a un extremo a guisa de buen conservador, y proponiéndose, por otra parte, evitar la burla de ser desmentido, escogió un medio término entre *los siglos de los siglos de los católicos* y el corto espacio de los profetas protestantes y le otorgó al catolicismo un plazo de trescientos años. De esta manera, cuando en todo el presente siglo y en el siguiente se admiren algunos de que vaya durando el catolicismo, estará muy a mano la satisfactoria respuesta de que «esto ya lo había pronosticado M. Cousin»; y cuando, pasados los trescientos años, al expirar el plazo fatal, se vea que el catolicismo no muere por inanición y que le queda todavía || alimento, entonces ya nadie se ha de acordar de M. Cousin, cuanto menos de su profecía.

En lo moral, como en lo físico, el primer síntoma de estar tocado de muerte un ser cualquiera es no crecer, no producir; la cercana extinción de la vida se muestra siempre por la falta del desarrollo y de la acción del ser que muere. Sécansele al árbol sus hojas, se le marchitan las flores, no le nace el fruto; al animal se le retira el calor, sus facultades funcionan con lentitud, su obrar es lánguido, su fecundidad cesa. Observad el mundo intelectual y moral, y notaréis los mismos fenómenos. Cuando un sistema filosófico caduca, pierde su acción propagandista; lejos de aumentarse el número de sus prosélitos, se disminuye; no se hace nueva aplicación de sus doctrinas, se arrumban las que se hicieron, todo se prepara para que caiga en desprecio y luego en olvido. Una legislación próxima a perecer es con frecuencia desobedecida, sus propios sostenedores no se atreven a hacer uso de ella, no se extiende a otros pueblos, es ya un cuerpo exánime a quien sólo faltan los honores de la sepultura. Lo propio sucede con las instituciones, sean del orden que fueren y por más que haya sido su importancia. La muerte que les amenaza de cerca se manifiesta por síntomas infalibles. Recórrase la historia entera, fíjese la vista en todas las instituciones sociales y políticas que por una u otra causa hayan adolecido de achaque mortal, y se verá que en los últimos períodos de su existencia se parecían a aquellos edificios ruinosos de los cuales huyen || a toda prisa los habitantes para no ser sepultados en sus escombros.

Nada de esto se verifica con el catolicismo. Arraigado en España, Portugal; Italia, Francia, Bélgica, Austria, en varios

países de Alemania, en Polonia, en Irlanda, con dilatados dominios en la América, progresando en Inglaterra, en los Estados Unidos, desplegando vivísima actividad en las misiones de Oriente y Occidente, difundiendo de nuevo en distintas regiones los institutos religiosos, sosteniendo vigorosamente sus derechos, ora con enérgicas protestas, ora arrostrando la persecución; defendiendo sus doctrinas con grande aparato de saber y de elocuencia en los principales centros de inteligencia del mundo civilizado, contando entre sus discípulos hombres esclarecidos, que no les van en zaga a los de otra secta cualquiera, ¿dónde están los síntomas de una muerte cercana? ¿Dónde las señales que indican la caducidad?

Ya preveo, mi estimado amigo, la dificultad que me va usted a objetar, y por si no le ocurriese a usted, yo mismo cuidaré de presentarla, sin quitarle nada de su fuerza. Si tanta es la vida entrañada en el catolicismo, si tan claras y evidentes son las señales con que se muestra, ¿por qué estáis lamentándoos de los males que afligen a la Iglesia en este siglo? ¿Por qué se recuerdan a cada paso aquellos días de gloria que alcanzara en épocas más felices? A esto responderé, en primer lugar, que yo no he dicho que el catolicismo no haya sufrido grandes quebrantos; únicamente he sostenido que en su situación actual no se descubrían anuncios de muerte. Estas dos aserciones || son muy diferentes, nada tiene que ver la una con la otra. Esta contestación basta y sobra para desvanecer la dificultad propuesta; pero, a mayor abundamiento, me permitiré añadir que también suele haber alguna exageración de los actuales males de la Iglesia en comparación de los que sufrió en otros siglos. La decadencia de la fe y de las costumbres es a menudo ponderada en demasía no sólo por los enemigos de la Iglesia, sino también por sus hijos más predilectos. Estos por celo y por un santo pesar, aquéllos por espíritu de maledicencia y por un secreto placer de anunciar el desmoronamiento de lo que desean ver arruinado, todos contribuyen a que suenen muy alto los ayes en que se lamentan los males de la época y a que los hombres ignorantes o poco advertidos se imaginen que, comparado con el de los antiguos tiempos, el catolicismo de ahora ha pasado a ser, de un reino pacífico, rico, poderoso, floreciente, una miserable comarca, entregada a un reducido número de moradores, víctimas de la degradación y de la anarquía.

Con perdón de los que así opinan, y para consuelo de los que desearían ver en la Iglesia un cuadro más halagüeño, diré que no es esto lo que enseña la historia, y que cuando tan sentidamente se lamentan los males de nuestro

tiempo es por la sencilla razón de que siempre la enfermedad presente es la peor.

Cuantos desean comprender algún tanto la historia del cristianismo y no escandalizarse a cada paso por los acontecimientos adversos que en tanta abundancia nos ofrece, no deben jamás perder de vista || que la religión de Jesucristo lo es de sufrimientos, de contrariedades, de persecuciones, es una religión de sacrificio, que se inauguró sobre la tierra con la inmolación del Cordero sin mancilla. Todo lo que a ella pertenece lleva este formidable sello: el Bautista precursor es decapitado, y su cabeza sirve de presente en una orgía para abrevar de sangre una horrible venganza; los apóstoles sufren el martirio en las diversas partes del mundo, y viene tras ellos una muchedumbre que nadie puede contar, de todas lenguas, tribus, naciones, condiciones, edades, sexos, que sufren los tormentos y la muerte por la fe y lavan sus estolas en la sangre del Cordero. ¿Os desalientan las apostasías que estáis presenciando, los errores que pululan, el extravío de tantos que, o por interés, o por vergüenza, o por otras pasiones, niegan al divino Maestro? Pero ¿olvidáis, acaso, la traición de Judas y la negación de San Pedro?

Vemos, es cierto, muchedumbre de sectas separadas, vemos cuál se asestan contra la Iglesia los tiros del sofisma y de la calumnia; pero ¿es esto otra cosa que una repetición de lo que ha sucedido en todos los siglos desde su fundación? En el primero brotan como inmundos insectos las inmorales herejías de Simón, Cerinto, Menandro, Ebión, Saturnino, Basílides y Nicolao. En el segundo aparecen los gnósticos, valentinianos, orfitas, arcónticos, cayanos, helcésitas, encratitas, marcionistas, montanistas y otros. En el tercero encontramos los sectarios de Práxeas, de Sabelio, de Paulo de Samosata, de Navato, de Manes; de suerte que mientras la Iglesia tenía contra || sí los potros, los caballetes, la cuchilla, las hogueras y todo linaje de horrendos suplicios, veía salir de su propio seno hijos ingratos que le despedazaban las entrañas, corrompiendo la pureza de la moral y del dogma, levantando cátedra contra cátedra y propalando cual doctrinas emanadas del cielo los sueños de la ilusión y de la impostura.

Y ¿qué diremos de los siglos siguientes? Se habla de la paz de Constantino, se ponderan las ventajas que de ella resultaron a la Iglesia, es cierto; pero no lo es menos que aquella paz fué a menudo interrumpida, con frecuencia muy amargada, y que el divino Esposo no le dejó olvidar un momento que estaba en tierra de peregrinación, que era militante y que no le era dado disfrutar aquí bajo de la calma y felicidad que le están reservadas para cuando la

Jerusalén de este mundo esté absorbida en la celestial. En el mismo siglo en que la cruz se enarboló sobre el trono de los Césares experimentó la Iglesia tantos sinsabores, que difícilmente se los causaran más dolorosos los rigores de la persecución. ¿Quién ignora la turbación y desastres acarreados por los cismas de los donatistas, melecianos y luciferianos? Las iglesias de Africa, de Egipto, de Asia vieron erigido altar contra altar, divididos escandalosamente los fieles, hecha pedazos la túnica inconsútil de Jesucristo. Y ¿qué será si recordamos las muchas herejías que a la sazón se levantaran, y particularmente las de Arrio y Macedonio? Penosas son en nuestra época las tareas de aquellos a quienes puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; pero penosas || eran también las de los obispos que formaban los concilios de Nicea y de Constantinopla. Y no faltaban también emperadores que afligían la Iglesia, extralimitándose de sus facultades y entrometiéndose en los negocios puramente eclesiásticos, y había también un Juliano apóstata que se complacía en abatirla y humillarla, y había también escritores venenosos que derramaban por todas partes sus funestas doctrinas, y los apologistas de la religión se veían precisados a trabajar sin descanso, a multiplicarse, por decirlo así, para hacer frente a los muchos puntos que reclamaban el auxilio de su saber y de su elocuencia en defensa de la religión. San Atanasio, San Cirilo, San Basilio, los dos Gregorios, San Epifanio, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo y otras lumbreras de aquel siglo recuerdan los empeñados combates que a la sazón sostuvo la verdad contra el error, supuesto que para alcanzar la inmortal victoria se empeñaron en la lucha tantos gigantes.

Sigue luego la irrupción de los bárbaros, y la Iglesia, lejos de disfrutar la época bonancible que parecía necesitar para su descanso, se encuentra entre la ferocidad de los invasores, los estragos que en ellos había hecho el arrianismo, el ciego y caviloso prurito de disputa de los emperadores de Oriente, y el espíritu de resistencia a la autoridad que se desenvuelve en diferentes herejías. ¡Cuántos concilios! ¡Cuántas decisiones de los papas! ¡Cuántos escritos de varones eminentes por su santidad y sabiduría! ¡Cuántos vaivenes en los pueblos sometidos a la Iglesia! ¡Cuántas oscilaciones en la fe! ¿Dónde está || esa calma que algunos echan menos, ese predominio no disputado, esa envidiable bonanza en que se imaginan la barquilla de San Pedro surcando un mar sosegado y tranquilo?

De esta suerte, y con varia pero siempre agitada fortuna, se llegó al siglo x; en él no hubo herejías, pero, en cambio, había una profunda ignorancia, madre de la corrupción,

que a su vez engendra también los más detestables errores: *Aeternam timuere saecula noctem.* Tomaron cuerpo entonces las violencias de los príncipes salidos de la barbarie; entronizóse el feudalismo, siguió la lucha de los pueblos contra los señores, y de éstos entre sí y con los reyes, brotando de ese caos nuevas herejías, con un carácter más práctico, más invasor, más amenazador que las antiguas. No necesito recordarle a usted, mi estimado amigo, los nombres de los que, ora con las armas, ora con la pluma, ora con la predicación, se desencadenaron contra la Iglesia; la historia de estos errores y contiendas es inseparable de la Europa; sólo diré que la aparición del protestantismo, si bien fué una catástrofe de imponderables consecuencias, no fué, sin embargo, un hecho del todo nuevo, sino la que tomó un carácter peculiar a causa de la época en que nació.

Grandes males tiene que llorar actualmente la Iglesia, pero mucho dudo que sean iguales a los del siglo XVI y siguiente; ni en errores, ni en desastres, parece que nada dejaban que desear al genio del mal. Por lo que toca al siglo pasado, está demasiado cerca de nosotros para que sea necesario mentarle siquiera; || baste recordar que se abrió con las disputas y la terquedad del jansenismo, y se cerró dignamente con la Constitución del clero y las persecuciones de la Convención.

No me he propuesto hacer ni un ligero bosquejo de las contrariedades que en todos tiempos ha sufrido la Iglesia, para que pudiesen compararse con las que padece en el nuestro, y sí únicamente echar allá y acullá algunas plumadas que al menos recordasen los principales acontecimientos que tan trabajosa y gloriosa a la vez nos presentan su historia. Con esto desearía que se consolasen los fieles que con excesiva aflicción contemplan los males de nuestra época, reflexionando que no es tan cierto como ellos quizás se imaginan que éste sea el tiempo en que Dios ha permitido que campease con más audacia el poder del príncipe de las tinieblas. Al menos por mi parte abrigo sobre este particular fuertes dudas que se ofrecerán a cualquiera que repase con atención los anales eclesiásticos.

Ateniéndonos a lo sucedido durante el siglo pasado y el presente, se me dirá que en Francia la fe ha perdido mucho, y se me recordará que lo propio acontece en Portugal, España e Italia; pero yo replicaré que también ha crecido en Irlanda, que ha ganado mucho en Inglaterra y Escocia; y sin empeñarme en discusiones sobre la exactitud de la compensación, observaré que la Iglesia ha conquistado en nuestra época una ventaja inmensa, cual es que entre los países más civilizados y cultos no hay ninguno donde se la mire con hostilidad perseguidora. Y no || se me cite en

contrario el ejemplo de la Rusia, ni un extravío pasajero del gobierno de Prusia, ni las anomalías de otros países: la causa de la religión parece más bella cuando se enlaza con los recuerdos de nacionalidad de un pueblo desgraciado, y la Iglesia se presenta más hermosa y lozana cuando tiene por perseguidores el raquitismo en política y la nulidad en filosofía.

Calculan algunos incrédulos la decadencia de la fe por lo que observan en las personas de su trato, y como éstas son a menudo de las mismas ideas, deducen que la incredulidad es el estado normal de los entendimientos. Acontece en este punto lo mismo que en los relativos a costumbres. El inmoral halla la inmoralidad en todas partes: no hay para él un hombre honrado, una mujer honesta, un magistrado íntegro, un comerciante de buena fe; la perfidia, la corrupción, el soborno reinan en todas las almas; y si bien reparáis en su manera de discurrir, sus propios vicios no son más que el resultado de la profunda convicción de que es enteramente imposible el ejercicio de la virtud. No le faltan ni excelente índole, ni buenos deseos, ni la fuerza de ánimo necesaria para practicar el bien; pero ¿qué fruto sacaría de constituirse en única excepción sobre la tierra? Víctima de las malas artes y de las pasiones de sus semejantes, fuera un estéril holocausto ofrecido en las aras de la virtud, de esa diosa que de tan antiguo abandonó para no volverlas a ver las moradas sublunares. ¿No es verdad, mi estimado amigo, que así hablan los hombres inmorales que tienen bastante conocimiento para reflexionar || un poco sobre su estado, creando una especie de filosofía que les sirva de comodín contra los remordimientos de su conciencia? Aplique usted a la incredulidad lo que acabo de decir y hallará una perfecta analogía. Habla el incrédulo con hombres que comparten sus errores: echan una ojeada sobre el estado de las creencias, y como cada cual recuerda haberse hallado con otros de la misma opinión, cuando menos sus maestros o discípulos, llevan todos su contingente de incredulidad observada en distintos lugares, e infieren sin vacilar que la inducción es cumplida, que todos los votos están recogidos, que la fe no tiene un solo partidario y está condenada irremisiblemente, desterrada para siempre del mundo. Fulano, dicen, aparenta creer, pero es hipocresía; Zutano lo finge por interés; Menguano, por no contristar a una madre, a una esposa devotas; por lo demás, todos los hombres que piensan están acordes en este punto, el hecho es tan cierto que se halla fuera de discusión.

Con esta seguridad he oído hablar, estos discursos he oído hacer; pero yo, que no podía olvidar lo que he visto

con mis ojos, yo, que tampoco había descuidado observar y recoger hechos sobre la misma materia, no podía resignarme a abdicar mis opiniones y a suponer errados todos mis cálculos. Además, encontraba también otro motivo para no dar mucha importancia a las inducciones de mi adversario; sin apariencias de contradecirle, daba a la conversación un giro que indicarme pudiera las fuentes donde había bebido ese profundo conocimiento del mundo, el teatro donde || había hecho sus observaciones sobre el estado actual de las creencias. Desde luego echaba de ver que de las personas y círculos a que se refería, aun cuando él no me lo hubiera dicho, a la legua hubiera yo sospechado que no abundaban de fe; si es que de antemano no me constaba lo mismo que él me estaba revelando. Hablábale entonces de otra sociedad, como suele decirse, de otras reuniones, de otros hombres; no tenía noticia de ellos, no estaban en su cuerda. Traía la conversación al movimiento religioso de este o de aquel país; pronunciaba el nombre de un autor distinguido en esta materia; recordábale un pasaje interesante de una obra escogida; a esta literatura no se había dedicado mucho; siquiera por amor propio afectaba tener de esto algunos conocimientos, bien que con la modestia de no manifestarlos; pero yo para mis adentros infería que aquel hombre hablaba de lo que no sabía, que en sus cálculos deducía de lo particular lo universal, y que todo su aparato de observación sobre el estado de las creencias se reducía a noticias de que no carece ninguna persona entendida.

Ni la sociedad, mi estimado amigo, está toda en las capitales, ni las capitales se forman exclusivamente de un determinado número de reuniones, por más que éstas sean a menudo las más presumidas y pretensiosas; necesario es extender la vista algo más allá cuando se quiere formar juicio sobre el estado de las creencias. No sucede con ellas lo que con el movimiento político o mercantil. Estos se limitan a círculos por lo común muy estrechos, y para juzgar de su || situación y tendencias basta regularmente colocarse en algunos de los centros en cuyo torno se verifican. En negocios de religión es muy de otra manera; sus ramificaciones son inmensas, sus raíces calan hasta las entrañas de la sociedad; la soberbia capital como la miserable aldea no se eximen de su influjo, y así es harto arriesgado el juzgar de ellas por lo que se ha notado en círculos reducidos.

Pero ya esta carta va tomando más ensanche del que conviene, y así, resumiendo mis ideas, diré que lo que usted llama tan acertadamente la filosofía del porvenir es una de tantas quimeras como sueña el espíritu humano, que ningún problema resuelve, que nada nos dice sobre las altas

cuestiones que se propone ventilar, que sus pronósticos no llevan camino de cumplirse, y que el catolicismo no presenta señales de muerte ni caducidad. Por lo tocante a las profundas mudanzas que en sentir de esos filósofos se han de verificar en la sociedad, convengo con ellos; pero no creo que sea de la manera que los mismos se figuran. No tengo dificultad en reconocer que estamos en una época de *transición;* pero me inclino a pensar que esta transición, lejos de ser característica de nuestra época, es en cierto modo general a toda la historia de la humanidad, porque es evidente que el género humano está *pasando* continuamente de un estado a otro. La perfectibilidad indefinida de que nos están hablando sin cesar los *filósofos del porvenir* es también un asunto sobre el cual abrigo yo mis dudas, así como sobre lo que dan por supuesto y enteramente incuestionable de que la humanidad, aun aquí || en la tierra, adelanta siempre hacia la perfección, haciendo sin cesar nuevas conquistas. El escepticismo *filosófico* de que, como le dije en una de mis anteriores, estoy algo tocado, hace que al oír enunciar alguna proposición demasiado general no me deje alucinar ni por la celebridad ni el tono magistral de quien la emite, y que en uso de mi independencia examine si el acreditado maestro podría haberse equivocado. Esto me ha sucedido con la *transición* actual, y con la *marcha* continua de las sociedades, y con las mudanzas que para lo venidero se nos pronostican; sobre todos estos puntos le diré mis opiniones en otra que pienso escribirle otro día. Ahora no puedo hacerlo, ya por no alargar demasiado la presente, ya porque *non tantum est otii.* Queda de usted su afectísimo S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA V

La sangre de los mártires

Sumario.—Asiéntase el hecho histórico. Se propone una dificultad contra la fuerza de este argumento. Pasaje de Prudencio. Lo que puede el entusiasmo por una idea. Reflexiones sobre la exaltación de ánimo según las causas de que procede y el objeto a que se dirige. La guerra. El duelo. El valor y la fortaleza. Régulo y Escévola. Los mártires. Situación horrible en que se encontraban. La persecución y el entusiasmo. Disípase un error muy dañoso. El perseguir una doctrina no es buen medio para propagarla. Pruebas tomadas de la filosofía y de la historia. Cotejo entre la propagación del cristianismo y la del protestantismo.

Ya veo, mi estimado amigo, que me ha de ser muy difícil realizar el pensamiento que en un principio me proponía, de dar cierto orden a la discusión religiosa que íbamos entablando, encerrándola en un cauce del cual no pudiese salir, sin perjuicio de dirigirla por países amenos y permitiéndole tortuosidades caprichosas que le quitasen la apariencia de la regularidad escolástica y diesen a la materia un aspecto agradable y entretenido. Inútiles son todos mis conatos para hacerle entrar a usted en este plan, pues, según parece, || le gusta más el tratar puntos inconexos, divagando como abeja entre flores. Aun cuando conozco muy bien los inconvenientes de este sistema de conducta, y si mal no me acuerdo se los llevo ya indicados en una de mis anteriores, preciso se me hace el seguirle a usted por el camino que le place señalarme, para que no le venga a usted a la mente que trato de esquivar cuestiones delicadas y que, envolviendo a mi contrincante en una nube de autoridades y de raciocinios teológicos, me propongo ocultar puntos flacos, apartando de ellos el peligro de un ataque. Sin embargo, esta necesidad fuera para mí más desconsoladora si usted no se sirviese advertirme que «no carece del conocimiento de las mejores obras que se han escrito en defensa de la religión y que, reservándose estudiarlas para cuando haya más tiempo y paciencia, sólo intenta en la actualidad aclarar por vía de recreo y esparcimiento algunos puntos difíciles, como quien quita la broza que impide la entrada a un camino anchuroso».

A decir verdad, no me desagrada que usted haya traído la discusión sobre el punto de la *sangre de los mártires*, pues es asunto sobre el cual hay mucho que decir y en el que tarde o temprano hubiéramos tenido que entrar si la

controversia hubiese seguido el curso que yo deseaba. Esta *sangre* es, a no dudarlo, uno de los argumentos más firmes en apoyo de la verdad de nuestra santa religión, y así al examinar las razones que los cristianos podemos alegar en defensa de nuestra fe, o, como suele decirse, los *motivos de credibilidad*, tampoco hubiera yo olvidado el presentarle || a usted ese prodigio en que personas de todas edades, sexos y condiciones mueren con heroica fortaleza, por no profanarse ni con un solo acto que no estuviese conforme con la fe del Crucificado.

Pero antes de hablar yo, quiero que hable usted; y así, para no confundir las ideas, y con la mira de que ni uno ni otro olvidemos el verdadero estado de la cuestión y de que, por consiguiente, la respuesta pueda ser más cabal y ajustada, reproduciré lo que me dice usted en su apreciada: «Respeto como el que más la fortaleza de ánimo dondequiera que la encuentro, y confieso ingenuamente que el heroísmo del sufrimiento es a mis ojos mucho más sublime que el heroísmo del combate. Con esto le ahorraré a usted no poco trabajo, pues que así conocerá desde luego que no tiene necesidad de fatigarse en ponderarme ni el número de los mártires, ni sus atroces tormentos, ni su invicta constancia, ni tampoco en excitar mi entusiasmo poniéndome delante de los ojos caducos ancianos, débiles mujeres, tiernos niños marchando impávidos a morir por su fe. Dudo mucho que en esta parte me exceda usted en sentimientos de respeto y admiración; así como no tiene usted que recelar que mi escepticismo llegue hasta levantar dudas sobre la inmensa muchedumbre de dichos mártires; no me agrada aguzar mi ingenio para combatir hechos de tan probada verdad. Mis impotentes negaciones no borrarían por cierto las páginas de la historia. Pero, dejando aparte y confesando expresamente la verdad del hecho, no puedo convenir en que puedan sacarse de él las consecuencias que ustedes los cristianos pretenden, || porque es bien sabido que el entusiasmo por una idea puede producir semejantes efectos; y en cuanto a la propagación de las creencias cristianas que resultó de la persecución, bien sabe usted que el secreto de prosperar una causa es el hallarse contrariada, combatida, el poderse presentar sus defensores con honrosas cicatrices que acrediten profundas convicciones e invicta constancia en sustentarlas.» No he querido cercenarle a usted ninguna parte de su argumento, ni escatimarle en lo más mínimo el valor de la dificultad; pero también me ha de permitir usted que me extienda en la solución de la misma cual reclama la importancia de la materia.

Ante todo, acepto de buena gana la confesión de que el número de nuestros mártires es asombroso, no siéndolo me-

nos las circunstancias de su martirio, ora se atienda a los tormentos, ora a las personas que los sufren. Y cuando la acepto con gusto es solamente por la complacencia que me causa el ver que usted no trata de empeñarse en combatir hechos de tan probada verdad, pero no porque sea ésta una confesión a que yo no pudiese obligar a mi adversario; para lograr mi objeto no hubiera debido hacer más que abrir las páginas de la historia, y, como observa usted muy bien, esas páginas no se borran con *impotentes negaciones.* Las actas de los mártires no son devotas leyendas inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica más severa. Ruinart, Mabillon, Natal Alejandro, Fleuri, Tillemon, Papebroche, Holstenio y otros críticos, por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad y cuya || inmensa erudición y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, hubieran venido en mi ayuda si usted no hubiese tenido la prudente precaución de abstenerse de una contienda en la que no hubiera llevado ventaja, a pesar de toda la brillantez de su talento. ¿Qué valen los raciocinios contra hechos más claros que la luz del día? Sólo la ciudad de Roma es un argumento irrefragable en confirmación de la inmensa muchedumbre de los mártires. Se ha dicho que los subterráneos de la Ciudad Eterna eran un gran sepulcro: ¡digna peana de la cátedra de San Pedro! «Vimos en la ciudad de Rómulo, decía Prudencio, innumerables cenizas de santos; si preguntas, ¡oh Valeriano!, por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte; ¡tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir o contienen breve alabanza; pero hay mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre y que sólo significan el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningún nombre! Acuérdome que en sólo un lugar vi las reliquias de sesenta, cuyos nombres sólo conoce Cristo.»

Innumeros cineres sanctorum Romula in urbe
Vidimus, o *Christo Valeriane sacer*
Incisos tumulis titulos, et singula quaeris
Nomina? Difficile est, ut replicare queam,
Tantos iustorum populos furor impius hausit
Quum coleret patrios Troya Roma Deos, ||
Plurima litterulis signata sepulcra loquuntur
Martyris aut nomen, aut epigramma aliquod,
Sunt et muta tamen tacitas claudentia turbas
Marmora, quae solum significant numerum,
Quanta virum iaceant congestis corpora acervis

Nosse licet, quorum nomina nulla legas,
Sexaginta illic defossas mole sub una
Reliquias memini me didicisse hominum,
Quorum solus habet comperca vocabula Christus.

Así hablaba en el siglo IV este insigne español, por donde se echa de ver que ya en aquellos tiempos causaban los subterráneos de Roma la profunda y religiosa admiración que producen en los viajeros de nuestra época. Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los emperadores gentiles, que son la de Nerón, Domiciano, Trajano, Antonino Vero, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano; en todas se cometieron horrendas atrocidades, y es necesario tener en cuenta que no se limitaba la persecución a pocos puntos, sino que se extendía por todo el ámbito del imperio. Espanto causa el leer en los autores contemporáneos las tremendas escenas que ofrecía a cada paso la crueldad de los perseguidores luchando con la firmeza de los mártires; jamás religión alguna se vió sometida a tan dura prueba, jamás se mostró con más evidencia la humanidad elevada a una altura inmensamente superior a sus fuerzas.

El entusiasmo por una idea dice usted que puede producir semejantes efectos; esta dificultad exige una respuesta detenida. No negamos nosotros que no ‖ puedan venir casos en que una persona se exalte de tal suerte por una idea, afecto o interés que sea capaz de sacrificar su existencia: los ejemplos no fueran difíciles de encontrar en la historia de los tiempos pasados y no faltan tampoco en los nuestros. Pero no se trata aquí de saber hasta dónde pueden llegar la fuerza y energía moral de este o aquel individuo vivamente poseído de un objeto; no se intenta disputar la posibilidad de dar gustoso la vida por él y hasta de sufrir atroces tormentos; la fuerza de nuestro argumento no consiste en semejantes aserciones, desmentidas por la razón y la historia; lo que decimos nosotros es que, atendida la humana flaqueza, no es posible, sin particularísima asistencia del cielo, que por espacio de tres siglos en todos los puntos del orbe conocido se hayan encontrado en tan asombroso número personas de todas edades, sexos y condiciones que hayan perdido alegres su hacienda, su honor a los ojos del mundo, y acabado, finalmente, su vida entre los tormentos más crueles, sólo por no querer abandonar la fe del Crucificado; esto decimos, y a quien nos contradiga le exigiremos que nos muestre en los fastos de la humanidad un ejemplo semejante; no contentándonos con este o aquel ejemplo aislado, le pediremos que nos los presente a millares de millares, como podemos presentarlos nosotros, y, se-

guros de que no le ha de ser posible, creeremos estar en nuestro derecho cuando afirmemos que nuestra religión tiene un carácter de que están destituídas las otras.

Me dice usted «que todo país ha tenido sus mártires, || pues mártires pueden apellidarse los que mueren por la independencia de su patria, sacrificando generosamente su existencia a la felicidad de sus compatricios, y que, sin embargo, no se ha creído nunca que para semejantes actos fuese necesaria una gracia especial del cielo». Esta observación, mi estimado amigo, me hace sospechar que usted no ha meditado mucho sobre el corazón humano en sus relaciones con los sacrificios, pues que de tal manera confunde las ideas y no distingue cuáles son los que se nos hacen más costosos. ¿No ha pensado usted nunca en lo que va de valor a fortaleza, en la inmensa distancia que media entre acometer con denuedo un peligro o esperarle con calma, entre arrostrar un riesgo pasajero y tolerar resignadamente una larga cadena de trabajos y tormentos? Los hombres capaces de lo primero son en número muy crecido, pero son muy contados los que alcanzan a lo segundo. La razón lo convence; la historia y la experiencia lo atestiguan.

Es bien sabido que uno de los principales resortes que hacen mover al hombre, cuando obra en el orden puramente natural, son las pasiones; sin ellas, el corazón está frío; la razón combina, pero el brazo no ejecuta. Y cuando de pasiones hablo no me refiero tan sólo a inclinaciones malas, ni a movimientos del ánimo hasta tal punto exaltado que pierda de vista los principios de la sana razón y los consejos de la prudencia. Bajo el nombre de pasiones comprendo también todos los sentimientos legítimos y generosos, todas las afecciones del alma, aun las más tranquilas y templadas, con tal que no pertenezcan al orden de || la pura razón y a los actos de voluntad que sólo dimanan de aquélla; comprendo todos los impulsos espontáneos que nos llevan a un objeto como instintivamente, prescindiendo de la dirección del entendimiento: en una palabra, y para expresarme en lenguaje menos exacto, pero más llano y quizás más acomodado al común de los espíritus, por pasiones entiendo todo lo que suele llamarse movimientos del corazón.

Sabemos por la experiencia propia y la ajena que cuando estos movimientos existen nos hallamos más dispuestos a obrar en el sentido en que ellos nos impulsan, y que cuando faltan, por más profundas que sean nuestras convicciones y firme y decidida la voluntad, estamos tocados de una debilidad, de una indolencia que necesitamos hacer grande esfuerzo para vencerlos si la acción de que se trata se opone en algo a nuestras inclinaciones naturales. Supónganse

dos hombres igualmente persuadidos del mérito de la beneficencia, en igualdad de medios para ejercerla, en idéntica oportunidad para practicarla; pero de tal suerte que el uno esté dotado de un corazón compasivo y bondadoso, mientras el otro lo tenga naturalmente frío. La parte superior del alma, es decir, la razón y la voluntad se hallan en el mismo estado en el primero que en el segundo; y, sin embargo, ¿quién no ve que para aquél será un verdadero placer el desprendimiento con que socorra el infortunio de sus hermanos, y que para éste será un sacrificio? El uno tendrá una pasión, sentimiento, movimiento del corazón o llámese como se quiera, que le impulsa a la || beneficencia; padecerá si no hace bien; la miseria del prójimo se le ha comunicado en cierto modo, porque, dejando intacta su fortuna y su salud, le hace compartir el sufrimiento del desgraciado: cuando le dispense el auxilio experimentará un desahogo, recobrará el bienestar perdido, renacerá en su alma la tranquilidad, disipándose la angustia; percibirá la dulce satisfacción de haber cumplido un deber que sentía como una necesidad en el fondo de su alma. Nada de esto se verificará en el hombre de corazón frío, por más recta que sea su razón, por más ajustada que a ella conserve la voluntad. Si socorre al infeliz, será obrando conforme le dicta su conciencia; pero obedeciendo los preceptos de ésta no sentirá aquella expansión, aquella ternura que inunda de gozo y de placer un corazón compasivo; antes al contrario, se verá precisado a luchar con la dificultad que más o menos siempre trae consigo el desprendernos de lo propio para darlo a los otros.

Este ejemplo hace sensible y, por decirlo así, palpable la poderosa influencia que sobre nuestros actos ejercen las inclinaciones del corazón. De esto inferiré que cuando nos encontramos en situaciones en que una pasión cualquiera está vivamente desarrollada y activa, no es extraño que, preponderando sobre las demás y hasta sobre el instinto natural de la propia conservación, llegue al punto de hacernos acometer arduas empresas y arrostrar los mayores peligros. Así, un militar en el campo de batalla, a la vista de sus compañeros de armas testigos de su valor o de su cobardía, enardecido con el aparato guerrero, con || el son de las músicas marciales, de los tambores y clarines, sediento de venganza contra un enemigo que está diezmando a sus inmediaciones a sus amigos y compañeros, no debe parecer tan extraño que con denodado ímpetu se arroje a la muerte gloriosa, mayormente conservando como conserva siempre alguna esperanza de evitarla y conquistando con su valor el aprecio y la admiración de cuantos le contemplan. Entonces vemos desplegados el amor de la patria, el de la gloria,

la ambición halagada con el premio, obrando todos a la vez sobre un ánimo exaltado por lo crítico de las circunstancias, por la presencia de un riesgo inminente, estando además el cuerpo en la disposición más favorable para mantener en viva actividad y efervescencia las pasiones, con la agitación y el calor de la refriega. En casos semejantes hay una verdadera lucha de inclinaciones contra inclinaciones, y natural es que prevalezcan aquellas que, estando más en armonía con la situación, son más a propósito para ponerse en vivo movimiento, influir sobre la voluntad y sofocar las demás que tiendan a parar o moderar el impulso.

Estas observaciones manifiestan cómo se verifica que muchos hombres desprecien la vida en defensa de una causa, y no porque deba entenderse que para llegar a este punto sea preciso que el ánimo se encuentre en la exaltación que acabo de describir; pueden venir circunstancias en que, sin hacerse tan sensible el fenómeno, se verifique de una manera más o menos semejante. Así, un joven que se halla empeñado en uno de los lances que se apellidan *de honor* no || está en el mismo caso de un militar en el campo de batalla; sin embargo, y por más que en apariencia la situación se muestre muy distinta, no lo es tanto en la realidad si la examinamos en sus relaciones con las causas que impelen al desprecio de la vida. Una preocupación funestísima, pero que por esto no deja de estar arraigada en muchos espíritus, le hace creer que si no acepta el duelo que se le ofrece, o si él a su vez no desafía a su adversario, según es la ofensa recibida, se cubre de ignominia y baldón, y no podrá presentarse a la sociedad sin la deshonrosa nota de cobarde. En el hombre constituído en esta alternativa no vemos ciertamente tan de bulto los motivos que le impulsan a arrostrar el peligro como los hemos visto en el soldado; no se nos muestra tan patente la agitación del ánimo fluctuante entre el temor y la esperanza, entre el amor de la vida y el del honor; pero no deja por esto de existir la lucha, y tan viva quizás como existir puede en el campo de batalla. Por más vanidad que entre muchas veces en el sentido de la palabra *honor*, no puede negarse que ejerce sobre nuestro ánimo una influencia tan viva, tan mágica, que ni la salud ni la fortuna producen en nuestro espíritu un efecto tan fuerte e instantáneo. Dejando aparte el examen de las causas, consigno aquí el hecho para manifestar que en el caso supuesto hay también una verdadera exaltación de ánimo, una pasión fuerte que sojuzga las demás, sometiéndolas a su tiránico imperio y arrastrando el corazón dominado hasta el deplorable extremo de poner la vida como cosa liviana. ||

Creo, mi estimado amigo, que las observaciones que aca-

bo de emitir son bastantes para que se distinga el valor de la fortaleza y para que resalte cuán diversas cosas son el acometer intrépido un peligro por inminente que se ofrezca y el sufrir con inalterable calma los mayores tormentos, marchando sereno a una muerte segura, inevitable, erizada de los padecimientos más atroces. En el primer caso vemos unas pasiones contra otras, vemos el ánimo sostenido por mil motivos que le impulsan y que al mismo tiempo le distraen de lo que pudiera apartarle de dar cima a la empresa. Padecimientos, o no los hay o son muy breves, o compensados con alternativas o esperanzas de recreo, de placeres, de gloria. En el segundo vemos la razón y la voluntad luchando con todas las pasiones, vemos al hombre superior en oposición con el hombre inferior; aquél pertrechado con la idea del deber, con la esperanza de un grande objeto; éste con todos los atractivos, todas las amenazas, todos los temores, todas las vicisitudes que se agitan en esa región tempestuosa que, no sabiendo cómo apellidarla, le damos el nombre de corazón.

No intento decir con esto que no pueda hallarse en el orden puramente natural un desprendimiento asombroso, ni que en todos los actos que denominamos heroicos deba suponerse una gracia sobrenatural; semejante asistencia no la tuvieron ciertamente los gentiles, ni tantos otros héroes pertenecientes a falsas sectas; sin embargo, encontramos en ellos rasgos sorprendentes que nos entusiasman y admiran. Régulo volviendo a Cartago después de haber dado un consejo || que le había de costar la vida, Escévola con la mano en el brasero, y otros rasgos que nos ofrece la historia antigua, son en verdad indicios evidentes de lo que puede ejecutar el hombre abandonado a sus fuerzas naturales, pero no destruyen el argumento que nosotros sacamos de nuestros mártires. Los héroes de que estamos hablando son muy contados, los nuestros son innumerables; los héroes eran por lo común hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervención en los negocios públicos, ávidos de gloria, colocados en circunstancias críticas en que el peligro de la patria daba vuelo a su entusiasmo y energía a su denuedo; entre los mártires se ven ancianos, mujeres, niños, hombres de las condiciones más humildes que no habían ocupado jamás puestos distinguidos y que, por tanto, no habían podido adquirir aquel fiero orgullo que, siendo una de las pasiones más poderosas de nuestro corazón, nos comunica a veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces.

Para formarnos idea del mérito de los mártires, acerquémonos a uno de aquellos ilustres presos, tan desgraciados a los ojos del mundo, tan felices en Jesucristo. Su nom-

bre no se sabe, su categoría es obscura; ¿por qué se halla detenido? Porque cree que un Hombre que murió ajusticiado en la Palestina es Hijo de Dios y verdadero Dios, que tomó nuestra naturaleza para satisfacer por nuestras deudas a la justicia del Eterno Padre. ¿Qué vemos en su alrededor? El desprecio, o la compasión, o el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, || otros le califican de fanático; éstos le apellidan iluso, aquéllos le achacan los más feos crímenes. Ni un rayo de gloria mundana, ni un consuelo sobre la tierra. No busquéis en su situación nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reacción contra los males que le abruman. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas con el abatimiento y postración a que está reducido el cuerpo; y si el orgullo quisiese levantar su frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la religión y los héroes del mundo?

Se me dirá que la esperanza de una vida mejor les hacía llevaderos los padecimientos y agradable la muerte: es cierto, y esto no lo negamos los cristianos; pero cabalmente en la misma resolución de sacrificar a lo futuro todo lo presente, de sobreponerse a todas las inclinaciones naturales, de menospreciar todo cuanto los rodeaba y hasta su propia existencia, en esta resolución, repito, se descubre la acción sobrenatural de la gracia divina, pues que a tanto no alcanza la flaqueza humana abandonada a sus propias fuerzas. Ya en otra de mis anteriores hice notar que el hombre propende por naturaleza a dejarse llevar de las impresiones de momento, y que todo lo que mira en lontananza, sea bien o mal, tiene para él escaso interés. Esto lo estamos palpando por desgracia en buena parte de los cristianos, que, creyendo las terribles verdades de nuestra religión, viven tan olvidados de ellas cual hacerlo pudieran los gentiles. Por esta causa, al ver que un número tan asombroso de personas || de todas edades, sexos y condiciones se hace superior a esta debilidad de nuestra naturaleza, contrariando sus inclinaciones con decisión tan heroica, es preciso reconocer que hay aquí algo que se levanta sobre la región natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar de cuánto es capaz lo débil cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte.

No sé, mi estimado amigo, si estas reflexiones le habrán convencido a usted plenamente; pero, atendido su buen juicio, me atrevo a esperar que sí. No puedo persuadirme que su claro entendimiento no vea la inmensa diferencia que va de nuestros mártires a los héroes del mundo, sean del orden que fueren; usted no ignora la historia; recapacite cuanto ha leído y no encontrará nada que a tamaño prodigio

sea comparable. ¿Qué causas naturales puede usted imaginar para explicarle? ¿El entusiasmo? Pero un sentimiento tan pasajero, ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? ¿Cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? Pero tantos que perecían sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será ésta que así atrae al fogoso joven como al caduco anciano, a la matrona como a la doncella, al adulto como al niño, al sabio como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fe y será preciso reconocer que por más poderoso que sea sobre nuestro corazón el ascendiente de la gloria, no alcanzó jamás a producir un efecto tan grande, tan universal, en situaciones y personas tan diferentes; || pongámonos de buena fe y descubriremos aquí el dedo de Dios.

Si los cristianos hubiesen sido pocos y habitado todos en países muy vecinos, viviendo sujetos a las mismas influencias y durando su religión muy corto tiempo, entonces no fuera tan contrario a razón el decir que se introdujo entre ellos cierta exaltación de ánimo y que se fué comunicando de unos a otros. Pero, ¡por todo el mundo y por espacio de tres siglos, y siempre la misma constancia! Reflexione usted, mi estimado amigo, sobre esta última observación, que ella sola basta para disipar todas las dificultades.

Paso ahora al otro punto indicado en la apreciada de usted, relativo a la fuerza que puede tener el argumento fundado en la rápida propagación del cristianismo, a pesar de la horrible persecución a que por tanto tiempo estuvo sujeto. Dice usted que ya es cosa sabida que el mejor medio de hacer prosperar una causa y difundir una doctrina es emplear contra ellas la violencia; pues desde el momento que sus defensores llevan en sus frentes la aureola del martirio, excitan la admiración y entusiasmo en cuantos los contemplan, y arrastran un mayor número de prosélitos. Más de una vez he meditado sobre esto que usted y otros afirman sobre la fuerza propagadora entrañada por la persecución, y confieso ingenuamente que, ora haya escuchado los dictámenes de la filosofía, ora me haya atenido a las lecciones de la historia, jamás he podido persuadirme de que fuese un buen medio de apoyar una causa el perseguirla a sangre y fuego. ||

En esta parte hay mucha confusión de ideas y de hechos que es necesario aclarar. Para lograrlo propondré separadamente algunas cuestiones de cuya resolución depende el formar acertado juicio sobre la principal que se examina. ¿Es verdad que la vista de la persecución excite entusiasmo o interés en favor del perseguido? A esta pregun-

ta no se puede responder sin distinguir. O el perseguido es considerado como inocente o como culpable: en el primer caso, sí; en el segundo, no. Lo más que podrá inspirar será compasión, pero ésta nada tiene que ver con el entusiasmo ni el interés de que se trata. En lo que acabo de asentar no cabe duda, y de ello se infiere que cuando se afirma en general que la persecución honra, que ilustra, que excita simpatías, se dice una verdad si se habla del que es mirado como inocente y sólo con respecto a los que le consideran como tal; sólo a los ojos de éstos es un verdadero perseguido; a los de los otros no tiene propiamente este carácter, no es una víctima de la persecución, sino un objeto de la vindicta pública. Resulta de lo dicho que, si en un país se suscita una persecución contra una causa o una doctrina, si éstas son consideradas como justas y santas, los que por ellas sufran serán respetados y admirados; pero si son reputadas falsas, injustas, contrarias al bien común, entonces el castigo de los criminales, lejos de excitar semejante admiración y respeto, inspirará a lo más sentimientos de estéril compasión en favor de los que se supongan ilusos o, como suele decirse, engañados de buena fe.

No se hallaban por cierto los mártires cristianos || en situación favorable en ninguno de los sentidos que acabo de indicar. Profesando una religión diametralmente opuesta a todas las recibidas en la generalidad de los pueblos, predicando que el culto tributado a los dioses reinantes no era más que criminal idolatría, apartándose de las diversiones de los gentiles como de abominaciones nefandas, eran mirados con aversión, con odio, con execración, se los abrumaba de calumnias, se los consideraba como enemigos del resto de los hombres, como perturbadores de la sociedad, y para hacerles apurar las heces del cáliz se les achacaba que en la celebración de sus misterios cometían horrendos crímenes. Nadie ignora el frenesí con que se pedía la sangre de los confesores de Jesucristo: *Los cristianos a las fieras, los cristianos al fuego*. Este era el grito que se levantaba por todos los ángulos del mundo. Cubiertos de insultos, de befa y de escarnio, mientras expiraban entre los tormentos más atroces, teníase a gran dicha si en las tinieblas podían salir de sus lóbregas moradas algunos hermanos que diesen sepultura al mutilado cadáver entregado por pasto a los brutos carniceros. Ahora, al contemplarlos sobre los altares, al oír que se les entonan himnos de alabanza, al saber que ciñen en el cielo la inmarcesible corona cuyos resplandores se reflejan en los cultos que se les tributan en la tierra, cuéstanos trabajo el concebir todo el horror de la situación en que se hallaban en los formidables trances de sus tormentos y muerte. No, no veían en torno de sí ese respeto,

esa admiración que nosotros ahora les ofrecemos; veían, sí, el odio, el insulto, la calumnia, y || lo que quizás es más doloroso para el corazón humano, la burla y el desprecio. Sólo Dios era su consuelo; sólo Dios era su esperanza; sólo Dios era su sostén en aquellos terribles momentos en que, luchando con el mundo y consigo mismos, arrostraban impávidos la muerte por confesar la fe del Crucificado. No bastan para semejantes prodigios las causas naturales, no bastan los esfuerzos de la débil humanidad; a quien no se contente con semejantes razones le opondremos el famoso dilema: o estaban sostenidos milagrosamente por el cielo o no lo estaban; si lo primero, entonces os halláis de acuerdo con nosotros; si lo segundo, os diremos que éste es el mayor de los milagros, el hacer sin milagro cosas tan milagrosas.

Inferiremos de esto que la constancia de los mártires no pudo estar sostenida por el placer de excitar admiración y entusiasmo, y así viene al suelo lo que pudiera decirse que los honores de la persecución ilustrando a las víctimas contribuían a destruir el objeto que se proponía el perseguidor.

¿Es cierto que el perseguir una doctrina sea buen medio para propagarla? La pregunta parece ya algo extraña a primera vista; sin embargo, esto es lo que a cada paso se sustenta, contradiciendo abiertamente la filosofía y la historia. Si se afirmase que la verdad se abre paso al través de la persecución, el aserto sería muy diferente; pero pretender que la persecución misma haya de ser un vehículo, es un absurdo, a no suponer que de este vehículo se sirva para sus altos fines la infinita sabiduría del Todopoderoso.

El hombre ama naturalmente el bienestar, tiene || un fuerte apego a la vida, un grande horror a la muerte; luego los tormentos y el patíbulo son poderosos resortes para apartarle de una causa que le exponga al riesgo de sufrirlos. Me habla usted, mi estimado amigo, de «la belleza del sufrimiento, de la brillante aureola que circunda las sienes de la víctima que marcha serena a ofrecerse en holocausto», todo esto es verdad; pero temo mucho que no sea muy a propósito para influir sobre la generalidad de los hombres; temo mucho que en la práctica no se ha de presentar la cosa tan encantadora y atractiva como se nos muestra en los libros. Y no me eche usted en cara que tengo el corazón poco sensible, que no comprendo toda la sublimidad de las acciones heroicas; la siento y la comprendo muy bien; pero tratándose de examinar la realidad, y no las ficciones, se me hace preciso atenerme a lo que estoy viendo en las páginas de la historia y me están enseñando las lecciones de la experiencia. ¿Cuántos son los hombres generosos que sacrifican su bienestar, su fortuna y su vida por la causa de

la verdad y de la justicia? Son ahora y fueron en todos tiempos muy pocos, y la misma admiración que nos inspiran es una prueba evidente de que tan heroica fortaleza no es el patrimonio común de la humanidad. ¿Quiere usted partidarios? Distribuya honores, prodigue riquezas, abreve de placeres; que si no tiene otra cosa que palmas de martirio, bien pronto verá desaparecer los prosélitos y los amigos, bien pronto se quedará usted con pocos rivales que le disputen la aureola de una vida de padecimientos y de una muerte afrentosa. ||

A decir verdad, no creía yo que debiese hallarme en la precisión de recordarle a usted estas verdades, que por tristes no dejan de ser verdades; imaginábame que siendo usted escéptico debía de ser algo más *positivo*, y que viviendo en épocas de vicisitudes habría aprendido a conocer mejor a los hombres y a formarse ideas más exactas sobre las inclinaciones de nuestro corazón.

El buen sentido de la humanidad ha rechazado en todos tiempos esa invención filosófica de las ventajas de la persecución: los tiranos se han engañado algunas veces abusando desmedidamente del hierro y del fuego; pero en medio de sus excesos andaban guiados de una idea verdadera, cual es que para destruir una causa o sofocar una doctrina es un excelente medio el erizarlas de peligros y de males para cuantos intenten seguirlas. Yo ando buscando en la historia los buenos efectos de la persecución en pro de la causa perseguida, y no los encuentro. Hallo una excepción en el cristianismo; pero esto mismo me lleva a pensar que la causa de la excepción está en la omnipotencia de Dios. El apedreamiento de San Esteban inauguró una era de triunfos, abriendo el glorioso catálogo de los mártires cristianos; pero la cicuta de Sócrates no veo que les inspirase a los filósofos el deseo de morir: la *prudencia* ganó mucho terreno; Platón al anunciar ciertas verdades delicadas cuida de encubrirlas con cien velos.

Pasando a tiempos posteriores observo el mismo fenómeno: así, por ejemplo, la secta de los priscilianistas, contra la cual se desplegó mucho rigor, veo || que se encontró atajada en sus progresos hasta extinguirse casi del todo. Una de las religiones que más extensión han alcanzado fué sin duda la de Mahoma, y por cierto que sus progresos no se debieron a la persecución, sino a las armas con que arrolló a sus adversarios y a los halagos con que arrastró gran número de prosélitos. Cuando las guerras religiosas del Mediodía de la Francia, en tiempo de los albigenses, tampoco veo que estos sectarios medrasen con la contrariedad; muy al revés, fuéronse disiminuyendo cada día, hasta llegar a un estado de postración y casi aniquilamiento.

Me dirá usted que el protestantismo cundió y se arraigó a pesar de todos los contratiempos que tuvo que sufrir, y que, así como la llamada reforma se extendió a pesar de las persecuciones, no es extraño que aconteciese lo propio con respecto al cristianismo. Yo no sé dónde han encontrado ustedes estas tremendas contrariedades y persecuciones sufridas por la malhadada reforma; no parece sino que estamos hablando de las épocas de los jeroglíficos, pues que de tal manera se trastornan los hechos y se hacen comparaciones absurdas.

Echemos una ojeada sobre la historia de los primeros tiempos del protestantismo y veremos que estuvo muy distante de deber sus progresos a las ponderadas persecuciones. En Alemania, desde el momento de su aparición, contó de su parte muchos y muy poderosos sostenedores: entre ellos algunos príncipes que lo manifestaron abiertamente, ora protegiendo por varios medios la difusión y arraigo de las || nuevas doctrinas, ora apelando a las armas cuando creyeron llegado el caso de emplear la violencia. Lo que en Alemania, aconteció a poca diferencia en los demás países del continente, más o menos infestados por el protestantismo, sin exceptuar la Francia, donde es bien sabido que, a más de los patronos que encontró en las clases elevadas, pudo contar durante mucho tiempo con uno que valía por todos: Enrique IV. No es menester recordar la historia de Enrique VIII de Inglaterra; nadie ignora de cuáles medios echó mano este violento monarca para propagar y arraigar el cisma a que le lanzara su ciega pasión, y el sistema de este perseguidor continuó en los reinados siguientes con igual si no con mayor recrudescencia.

A poco de haber nacido el protestantismo ya tenía en su favor grandes ejércitos, poderosos príncipes, naciones enteras; ¿qué punto de comparación hay entre la propagación de la llamada reforma y la de la religión cristiana? Si no le faltaron algunos que se sacrificaron por ella, recuerde que en esto no sucedió sino lo mismo que se verifica en todas las causas civiles: siempre de uno y otro lado se ven fogosos partidarios que, o mueren peleando en el campo de batalla, o tienen bastante aliento para arrostrar los cadalsos.

Figurémonos que por espacio de tres siglos hubiese debido luchar con las horribles persecuciones de que fué víctima el cristianismo: ¿dónde estaría actualmente? ¿Queréis saberlo? Observad lo acontecido en los países donde se le reprimió con mano || fuerte. En Francia tuvo diferentes alternativas de indulgencia y de rigor; pero tan pronto como se emplearon contra él las medidas severas con alguna perseverancia fué debilitándose, casi hasta llegar a

desaparecer. ¿A qué estaba reducido algún tiempo después de la revocación del Edicto de Nantes? Jamás ha podido reponerse de los golpes que le descargó Luis XIV; siendo de notar que, aun en la actualidad, después de tantos años de tolerancia, es todavía muy insignificante. En aquel país la inmensa mayoría está dividida entre el catolicismo y la incredulidad.

Lo sucedido en España puede darnos una idea de la fortaleza del protestantismo para hacer frente a la persecución. Sabido es que a mediados del siglo XVI había alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto más peligrosos cuanto pertenecían a categorías distinguidas. La Inquisición sostenida y alentada por Felipe II desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora: al cabo de poco ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿Era ésta la conducta de los primeros cristianos? ¿Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habían logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisición; este rigor no podía por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por más horribles que se quieran pintar las penas aplicadas a los herejes, no se las encontrará semejantes a las que sufriera San Vicente.

Lo que se ha dicho de España puede decirse de || Portugal y de Italia, por manera que el protestantismo no llegó a conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado a arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató seriamente de extirparle fué extirpado, presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado a lograr su completa desaparición. En confirmación de esta verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse a las razones que acabo de exponer; paréceme que después de haberlas leído se le habrá presentado a usted algo más robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine usted con detención e imparcialidad este grande hecho que hace a la vez horrorosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia, y no dudo que verá en él algo maravilloso que no es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impedían a usted el dar a nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá usted echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestión bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo más mínimo la fuerza de la

dificultad, para no hallarme en la precisión de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba usted por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos es preciso no mostrarse crédulo || en demasía, y, por consiguiente, conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearía que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero, atendido el curso que va tomando la polémica, no sé si después de haber andado usted primero por el infierno, y después por los cadalsos de los mártires, otro día se me plantará de un vuelo entre los conciertos de los querubines. Entre tanto vea usted en qué puede complacerle este su seguro servidor, Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA VI

La transición social

Sumario.—Postración de un espíritu escéptico. Examínase si la transición es característica de nuestra época. Pruebas históricas de que es general a todos los tiempos. Examínase si el progreso es la ley de las sociedades. Admítese este principio, pero con alguna restricción. La civilización antigua y la moderna. Nuestros males no son tantos como los de otros tiempos. Causas que contribuyen a abultarlos. El cristianismo nada tiene que temer de las transiciones sociales.

Mi apreciado amigo: Si no tuviera otras pruebas de la verdad que se encierra en aquella doctrina de los católicos de que *la fe es un don de Dios*, no me inclinaría poco a tenerla por cierta la experiencia de lo que he visto en usted y otros que han tenido la desgracia de apartarse de la fe de sus mayores. Disputan, escuchan, al parecer con docilidad, hacen concebir las mayores esperanzas de que van a rendirse a la evidencia de los argumentos con que se los apremia, pero al fin salen con un frío *qué sé yo*, que hiela la sangre y disipa de un golpe todas las ilusiones del fiel que estaba anhelando el momento de ver entrar en || el redil la oveja extraviada. Así lo hace usted en su última; nada tiene que objetarme a lo que he dicho sobre la *sangre de los mártires*, confiesa que ninguna religión puede presentar un argumento semejante, manifiéstase satisfecho del contenido de mis anteriores con respecto a los varios puntos que formaban el objeto de sus dudas, y cuando me saltaba

el corazón de alegría pensando que iba usted a decidirse, no diré a entrar de nuevo en el número de los creyentes, pero sí a engolfarse más y más en la discusión con el deseo de hallar definitivamente la verdad, me encuentro con la desolante cláusula que me ha llenado de una profunda tristeza. «¿Qué sabemos nosotros, dice usted con un abatimiento que me penetra el corazón, qué sabemos nosotros? ¡El hombre es tan poca cosa!... Volvemos la vista en rededor y no vemos más que tinieblas. ¿Quién sabe dónde está la verdad? ¿Quién sabe lo que será con el tiempo de esa fe, de esa Iglesia que usted cree que ha de durar hasta la consumación de los siglos? Yo no desprecio la religión, veo que el catolicismo es un hecho tan grande que no acierto a explicarle por causas ordinarias; usted apela a la historia, usted me apremia a que le cite algo de semejante; ya le he dicho otras veces que no me agrada atrincherarme en impotentes negativas, que no me gusta resistirme a la evidencia de los hechos, pero ¿qué quiere usted que le diga? *No puedo creer.* Estoy contemplando la sociedad actual, y me parece que su inquietud está dando indicios de que el mundo se halla en vísperas de acontecimientos colosales; con una revolución intelectual y || moral debe inaugurarse indudablemente la nueva era, y entonces quizás se aclare un tanto ese negro horizonte donde nada se descubre sino error e incertidumbre. Dejemos que transcurra esa época de transición, que tal vez nuevos tiempos nos descifrarán el enigma.»

En medio de mi aflicción, no crea usted, mi estimado amigo, que yo extrañe semejante lenguaje; no es usted el primero de quien lo he oído; pero permítame cuando menos que le haga advertir que con sus palabras a nada responde, nada prueba, nada afirma, nada niega; no hace más que desahogarse estérilmente pintando con pocas palabras el verdadero estado de su espíritu. Tiene a la vista la verdad y no se siente con fuerza para abrazarla; se abalanza hacia ella un momento y luego, dejándose caer desfallecido, dice: *No puedo.* Entonces habla usted de ese porvenir de que usted mismo se reía en una de sus anteriores, habla de esa *transición* que no sabe en qué consiste; duda, fluctúa, aguarda para más allá el resolverse, lo aplaza para los tiempos futuros, para esos tiempos, ¡ay!, en que usted habrá ya dejado de existir... ¡Triste consuelo! ¡Engañosa esperanza!

Pero si usted desfallece, mi querido amigo, no debo yo desfallecer; Dios ha comenzado la obra, El la acabará; yo tengo un dulce presentimiento de que usted no morirá en brazos del escepticismo. Usted dice que desea de corazón encontrar la verdad; persevere usted en su propósito; yo

confío que no dejará de mostrársela el que vertió su sangre por usted en la cima del Calvario. ||

Bien se deja conocer que no estará usted muy dispuesto para recibir una contestación que verse principalmente sobre asuntos puramente religiosos; el escepticismo del siglo ha vuelto a ejercer su ascendiente sobre usted de una manera lastimosa, y saliendo de golpe del terreno de la discusión se ha echado a divagar por las regiones del *socialismo* y del *porvenir*, hablándome de *transiciones*, de época *crítica* y de no sé cuántas cosas por este tenor. Dicho tengo ya que le seguiré a usted por donde le pluguiere; si hoy no le gusta que tratemos de dogmas, los dejaremos a un lado; y toda vez que me habla de *transición*, de transición le hablaré yo.

Díjele a usted en una de mis anteriores que no creía característico de nuestra época la transición, y que ésta había sido común a todos los siglos, por no poder convenir en que bajo este concepto se verifique ahora algo que con más o menos semejanza no se haya verificado siempre. Pero cuando esto afirmo hablo principalmente de los pueblos que se mueven, no de aquellos que, helados en medio de su carrera, permanecen fijos como estatuas al través de la corriente de los siglos. Si a éstos exceptuamos y dirigimos a los demás nuestras miradas, veremos en primer lugar que los griegos y romanos vivieron en perpetua transición. Nada tiene que ver el siglo de Dracón con el de Solón, ni el de éste con el de Alcibíades, y ni a uno ni otro se parecen el de Alejandro y el de Demetrio. Y, sin embargo, estos siglos estaban muy cercanos unos de otros, lo que nos indica que la sociedad griega *pasaba* incesantemente de un estado a otro muy diferente. No || es muy largo el espacio transcurrido entre Bruto, que arrojó a Tarquino, y Bruto, matador de César; pero véase cuántas y cuán variadas fases presenta el estado social y político de los romanos. Observaciones análogas podrían hacerse con respecto a otros pueblos antiguos; y aun por lo tocante a los que llamamos inmóviles, es menester no olvidar que nos son poco conocidos, que su historia íntima, la que nos retrataría sus ideas religiosas, sus costumbres domésticas, su organización social, su legislación, ha quedado en la mayor parte oculta a nuestros ojos, sepultada en los escombros de los tiempos, sin que hayamos adquirido apenas otras noticias que las transmitidas por historiadores extranjeros, más que un conocimiento muy ligero y superficial. La ciencia moderna se esfuerza en suplir este defecto; pero ¿cuán difícil nos es acertar en la verdad, a tanta distancia de épocas, en lenguas tan poco parecidas, en ideas y costumbres tan desemejantes? Como quiera, todavía puede afirmarse que dichos

pueblos han estado muy distantes de hallarse en completa inmovilidad, y que, además de lo que sobre los mismos nos manifiestan las escasas noticias que de ellos poseemos, la simple reflexión sobre la naturaleza de las cosas es bastante para inducirnos a conjeturar que los cambios y modificaciones han sido en mayor número de lo que sabemos y de mayor importancia de la que nosotros calculamos, y que, por tanto, se ha verificado también entre los mismos el hallarse a menudo en estado de *transición*.

Pero dejando los pueblos antiguos o poco conocidos, y pasando a los modernos a contar desde la aparición || del cristianismo, saltan a los ojos el cambio y las modificaciones que incesantemente han experimentado, sin que sea dable pronosticar ninguna mudanza a la sociedad actual que no se haya realizado equivalente o mayor en las anteriores. Aun cuando diéramos por supuesto que se han de cumplir las más exageradas predicciones de algunos socialistas y poner en ejecución los planes que nos parecen más descabellados, no fuera más diferente del actual el estado social nuevo del que lo son los varios por donde han pasado los pueblos cristianos.

Si los hombres que vivían cuando la esclavitud era general y se la consideraba como una condición indispensable en toda sociedad bien organizada, hubiesen oído hablar de un estado semejante al que disfrutan los pueblos europeos, no habrían acertado a concebir ni cómo podía mantenerse el orden público, ni distribuirse el trabajo, ni proporcionarse comodidades y placeres a las clases ricas; en una palabra, creyeran imposible que sociedades tan numerosas pudiesen subsistir faltándoles esa base, para ellos tan necesaria e imprescindible. Decid a un señor feudal encastillado en su fortaleza que vendrá un día en que todos sus títulos serán menospreciados, en que su nombre y el de todos los de su clase caerán en olvido, en que sus descendientes andarán confundidos en medio de los descendientes de esos vasallos pobres y desvalidos que mira con orgulloso desdén, sumisos y humillados al pie de sus almenas; decidle que ese mismo pueblo se levantará contra él, y peleará por largo tiempo, y triunfará, y llegará a ser rico, poderoso, influyente, eclipsando || todo el esplendor de sus señores y llenando el mundo con la fama de sus hechos; decídselo, y os escuchará con asombro, y se imaginará que le referís cuentos de hadas, y que no le habláis de veras, o que no estáis en sano juicio. ¿Qué más? No es necesario que las metamorfosis sociales las toméis tan de lejos para que parezcan increíbles; a esos nobles del tiempo de Carlos V y de Francisco I, a esos descendientes de los antiguos señores que van trocando ya la independencia de sus

antepasados en heroica fidelidad a sus reyes, que se van trasladando de los campos a las capitales y caminan rápidamente a pasar de guerreros a cortesanos, anunciadles que dentro tres siglos no serán ellos los que ocupen los altos puestos del Estado, los que guíen los ejércitos a la victoria, los que ejerzan las funciones de la magistratura, y que su voto en los grandes negocios no será considerado como de más valer que el de los descendientes de esos plebeyos que riegan con su sudor las tierras, que ejercen los oficios humildes y que, reunidos en modestos gremios, parecen contentarse con la posición social que les ha cabido después de la guerra de sus antepasados los comunes, y bien puede asegurarse que esos nobles no os comprenderán, que no creerán nada de cuanto les pronosticáis; y por más que os esforcéis en mostrarles las señales que ya bien claras se divisan no en mucha lontananza, pensarán que tomáis por una realidad las ilusiones de vuestra fantasía.

Trasladaos a la Europa de los siglos XI y XII, a la Europa de Suger y de San Bernardo, y anunciad a || los hombres de aquella época que los ricos monasterios, las opulentas abadías que compiten en esplendor y magnificencia con los castillos de los señores feudales desaparecerán con el tiempo, y que en épocas no muy remotas no quedarán de ellas más que algunas ruinas, objeto de la curiosidad de los arqueólogos; que ese clero, cuya influencia en todos los negocios es inmensa y cuyo poder y riquezas no ceden a los de otra clase cualquiera, se verá limitado al recinto de los templos, despojado de sus privilegios, privado de sus bienes, escatimados sus derechos a la enseñanza, considerado el ministro de la religión en la categoría del más humilde ciudadano, si es que todavía no se le rebaja de este nivel, negándole lo que a todos se concede; anunciadles, repito, esa mudanza, y veréis cómo la dan por imposible, cómo no conciben su realización a no ser suponiendo que la invasión sarracena ha conseguido sojuzgar el poder cristiano, o que nuevas hordas de pueblos desconocidos se han derramado por la Europa y cambiado su faz. No alcanzarán a concebir que sin irrupciones de pueblos bárbaros, sin conquista de sarracenos, antes bien después de su completa derrota, se llegase por el simple curso de las ideas y de los acontecimientos a producir cambios tan profundos en la sociedad.

Todas las revoluciones que pueden sobrevenir, al fin no podrán llevar a otro resultado que a alterar la posición y relaciones de los individuos y de las clases. Supónganse las mudanzas que se quieran, y difícilmente se imaginará ninguna ni con respecto a la propiedad, ni a la organización del trabajo, ni a la || distribución de sus productos, ni a la

condición doméstica, ni al rango social, ni a la influencia política, que sea de más importancia y magnitud que las verificadas en los tiempos que nos han precedido. La *transición* ha existido como existe ahora; las naciones europeas han *pasado* incesantemente por diferentes estados, o dejando completamente el que tenían o modificándole de mil maneras hasta transformarle en otro que en nada se le parece.

Yo desearía, mi estimado amigo, que usted anduviese haciendo suposiciones hasta las más arbitrarias y caprichosas, y las cotejase con los hechos históricos que nadie ignora, y estoy seguro que se quedaría usted convencido de la verdad de lo que acabo de establecer. ¿Se quiere suponer que las clases menesterosas saldrán del abatimiento en que se hallan, acercándose mucho a las medias y aun a las superiores? Véase si los jornaleros de ahora distan más de sus dueños que los esclavos de sus amos y los vasallos de sus señores; es cierto que no, y, sin embargo, ni rastro queda en Europa de la antigua esclavitud, y sólo se conservan leves vestigios del vasallaje, y los descendientes de los que vivían sometidos a estas condiciones se hallan en la misma categoría que los nietos de aquellos que un día se vieran colocados a inmensa distancia, así por lo tocante a riquezas como a honores, consideraciones y todo linaje de distinción y poderío. ¿Se quiere suponer que la propiedad sufrirá modificaciones profundas, que su distribución estará sometida a leyes muy diferentes? Compárense los siglos medios con el nuestro, parangónese, por || ejemplo, la Francia de Carlomagno con la Francia de Napoleón, la de San Luis con la de Luis Felipe. ¿Se quiere imaginar una nueva organización del trabajo, sujetando a otras reglas al operario y al capitalista, alterando notablemente sus relaciones y variando las bases actuales sobre la repartición de los productos? Comparad al colono de ahora con el vasallo del señor feudal, al jornalero de nuestros tiempos con el esclavo de los tiempos antiguos. La industria y el comercio, ¿deben estar en el porvenir sujetos a nuevas leyes que alterarán la organización interior de los pueblos y sus relaciones en lo exterior? Abrid nuestros códigos de comercio, dad una ojeada a nuestros usos y costumbres sobre este particular, y cotejadlo todo con lo que estaba en práctica entre nuestros mayores. Por vasta que sea la escala en que estos ramos se desenvuelvan, por mayor pujanza y poderío que lleguen a adquirir, ¿distarán más del estado actual que el que dista éste del en que se encontraban cuando la Iglesia en sus concilios atendía paternalmente a la protección del naciente tráfico mercantil? Las poderosas compañías comerciales de Francia, de Bélgica, de Alemania, de Inglaterra, de los Estados Unidos,

¿no le parece a usted que distan algo de aquellas caravanas de mercaderes cuya seguridad en los caminos podían afianzar a duras penas las excomuniones de la Iglesia? ¿No le parece a usted que en esto ha habido no pequeña *transición?*

¿Y qué no podríamos decir si atendiéramos a las mudanzas sociales y políticas, a la diversidad de posiciones que respectivamente han perdido o conquistado || las diferentes clases? Un abismo tan profundo nos separa de nuestros antepasados, que si ellos se levantaran del sepulcro nada comprenderían de lo que estamos presenciando. ¿Dónde está el poder del feudalismo, de la nobleza y del clero? ¿Qué se hicieron las prerrogativas, los privilegios, los honores que disfrutaban? ¿En qué se parecen los tronos de ahora a los tronos de entonces? ¿Qué tienen de semejante nuestras formas de gobierno con las antiguas?, ¿qué nuestra administración?, ¿qué nuestros sistemas de hacienda?, ¿qué nuestras guerras y nuestra diplomacia? Pensamos de otra manera, sentimos de otra manera, obramos de otra manera, vivimos de otra manera; nuestra condición así particular como pública se ha cambiado tan completamente, que para comprender lo que fué nos vemos precisados a hacer un esfuerzo de imaginación, la que, sin embargo, sólo es bastante para ofrecernos cuadros muy imperfectos y descoloridos. ¿Por qué nos parecen tan poéticos aquellos tiempos, mi estimado amigo? ¿Por qué figuran tanto en nuestra literatura? Porque distan inmensamente de la realidad que tenemos a la vista.

Quiero yo inferir de aquí que, cuando se nos anuncian grandes mudanzas en la organización de los pueblos, no debemos resistirnos a creerlas por la sola razón de que nos parezcan muy extrañas; porque, si bien se observa, la sociedad actual no dista menos de las anteriores de lo que distaría de la presente la venidera en las varias combinaciones que se pueden concebir y ensayar. La instabilidad es uno de los caracteres distintivos de las cosas humanas, y poco ha || reflexionado sobre la naturaleza del hombre, poco se ha aprovechado de las lecciones de la historia y de la experiencia quien pronostica demasiada duración a lo que de suyo es tan flaco y deleznable. Que la sociedad esté bajo un poder revolucionario o conservador, que se procure impulsarla o detenerla, ella varía siempre, pasa sin cesar de un estado a otro, ora mejor, ora peor.

Esta alternativa entre mejor y peor me lleva, mi querido amigo, a otra cuestión a que, según se deja entender, es usted un poco aficionado, como no puede menos de serlo, atendido el espíritu de nuestra época. Dícese a cada paso que el progreso es la ley de las sociedades; que no se des-

vían jamás de ella, y que en medio de las más terribles revoluciones y catástrofes camina la humanidad hacia un destino que, no sabiéndose cuál es, se tiene cuidado de cubrirle con un velo dorado. No seré yo quien desaliente el movimiento de la humanidad disipando lisonjeras esperanzas, bien que tampoco puedo consentir que se establezca con demasiada generalidad y sin las correspondientes aclaraciones una proposición que, según como se entiende, se halla en contradicción con la filosofía, la historia y la experiencia.

Es muy frecuente hablar de perfección, de perfectibilidad, de ley de progreso, sin distinguir nada, sin fijar nada, sin expresar si se trata de las sociedades tomadas en particular o en conjunto, es decir, sin determinar si la ley cuya existencia se afirma rige en toda la sociedad o tan solamente es propia del género humano considerado con abstracción de esta o aquella || de sus partes. A los que digan que el progreso hacia la perfección es la ley constante de toda sociedad, yo me atreveré a preguntarles: ¿Cuál es el progreso que se descubre en el Norte de Africa, en las costas de Asia, comparando su estado actual con el que tenían cuando nos daban hombres como Tertuliano, San Cipriano, San Agustín, Filón, Josefo, Orígenes, San Clemente y otros que sería largo enumerar?

Esto no tiene réplica, así como, por otra parte, nada prueba contra los que afirman que, si bien esta o aquella sociedad decae, la humanidad progresa, que la civilización transmigra, que unos pueblos adquieren lo que otros pierden y que de esta suerte existe una verdadera compensación. Así, por ejemplo, en el caso presente se ha resarcido e indemnizado la humanidad de sus pérdidas en Africa y en Asia con el inmenso desarrollo que ha logrado en Europa y América, pues si se contaran los millones de hombres que viven actualmente bajo un régimen civilizado sería incomparablemente mayor el número a lo que era entonces, y si se añaden las ventajas que la civilización moderna lleva a la antigua, no sólo por traer consigo un mayor y más perfecto desarrollo intelectual y moral, sino también por ofrecer mayor suma de comodidades materiales y disminuir sobremanera los males que afligen a la triste humanidad, será tanta y tan palpable la diferencia que no será posible establecer siquiera un razonable parangón.

Confieso, mi estimado amigo, que estas reflexiones son de gran peso, y que a mi juicio deciden la cuestión, bajo el punto de vista histórico, considerando || en masa la humanidad y habida razón de las compensaciones arriba indicadas; por manera que tengo por demostrado que la humanidad ha progresado siempre, que su estado fué mejor

en los siglos medios que durante la civilización antigua y que actualmente se aventaja en mucho a la de todos los tiempos anteriores.

¿Cómo, me dirá usted, es posible olvidar la confusión y las calamidades de la época de la irrupción, y la tenebrosa ignorancia, la asquerosa corrupción que la siguieron? ¿Podremos decir que la humanidad del tiempo de Atila era comparable con la del siglo de Augusto? Yo creo, sin embargo, que esto, tan falso y absurdo a primera vista, es rigurosamente verdadero y además susceptible de una demostración tan cabal que nada deje que desear. La difusión de las verdaderas ideas sobre Dios, el hombre y la sociedad, y las relaciones que entre sí tienen; la propagación de la civilización a un sinnúmero de pueblos que antes vivían en la más abyecta barbarie, la abolición de la esclavitud, la extensión a la generalidad de los hombres del goce de los derechos de hombre, esto se andaba realizando en la época de que tratamos, y nada de esto se realizaba en el siglo de Augusto; con perdón, pues, de los manes de Virgilio y de Horacio, opto desde luego por los tiempos apellidados bárbaros.

¿Se sonríe usted de la paradoja, mi estimado amigo? ¿Imagínase tal vez que ni yo mismo creo lo que acabo de decir? Pues viva usted seguro que hablo de todas veras y que mis palabras son la expresión de convicciones profundas. Ya indicaba en una de mis || anteriores que en ciertas materias quizás no llevaba usted tan lejos como yo el espíritu de examen y que estaba medianamente tocado de escepticismo: esto produce que, en cuanto se me alcanza, no me dejo deslumbrar por nombres ni por *opiniones recibidas*, y por más seguridad con que oiga afirmar una cosa me ocurre desde luego un *¿quién sabe?*... que me pone desconfiado y meditabundo. A pesar de todo, paréceme que difícilmente me absolverá usted de la blasfemia que acabo de proferir contra el siglo de Augusto, y así menester será alegar descargos. Escúchelos usted sin prevención, que al fin no fuera extraño que se conformase con mi modo de opinar.

Y a la verdad, deslumbradores son los rayos de la ciencia, hechiceros los cantos de la poesía, seductor el brillo de las artes; pero si nada de esto sirve para el bien de la humanidad, si únicamente se limita a realzar el esplendor y acrecentar y avivar los placeres de unos pocos que moran en opulentos palacios, comiendo del sudor del pueblo, disipando los tesoros que se han amontonado de las provincias, estrujándolas con la mayor crueldad, ¿qué gana en ello el humano linaje? Esta civilización y cultura, ¿son acaso más que bellas mentiras? Hay paz, pero esta paz es el silencio

de los oprimidos; hay goces, pero son los goces de unos pocos y la abyección de todos; hay ciencias, bellas artes, pero postradas a los pies del poderoso, no llenan su misión, que es mejorar la condición intelectual, moral y material del hombre; todo es vicio, prostitución, lisonja; perezca, pues, todo, diría quien desde entonces pudiese extender sus miradas || a los tiempos futuros; haya guerra, pero guerra regeneradora que ha de cambiar la faz del mundo, llamando a la civilización cristiana cien y cien pueblos bárbaros, destronando a la opresora del orbe y dando principio a las grandes naciones que nos asombrarán con sus adelantos y poderío; haya calamidades públicas, que al menos no serán ni tan sensibles ni tan afrentosas como esa esclavitud que pesa sobre el mayor número de los individuos que forman la sociedad antigua, y se andará preparando la era dichosa en que para disfrutar de los derechos de ciudadano bastará ser hombre; perezcan, nada importa, las ciencias y las bellas artes, si están reservados a los siglos venideros genios prodigiosos como Tasso, Milton y Chateaubriand, Miguel Angel y Rafael, Descartes, Bossuet y Leibniz; hágase trizas esa civilización falsa, esa cultura raquítica que sancionan el monopolio de las ventajas sociales, y ceda su puesto a otra civilización y cultura más grandiosas, más espléndidas y, sobre todo, más justas y equitativas que llamen a la participación de ellas un mayor número de individuos, abriendo las puertas para que puedan disfrutarlas todos, en cuanto lo consienta la naturaleza del hombre y de los objetos sobre que ejerce su actividad.

En pos de la irrupción y ondulaciones de los pueblos bárbaros vino el feudalismo, sistema social y político contra el cual podrá decirse todo lo que se quiera; pero indudablemente fué un verdadero progreso, supuesto que, erigiéndose, por decirlo así, en soberanía la propiedad territorial, se asentaba un principio que, modificado y corregido con el transcurso || del tiempo, podía servir mucho para la organización de las sociedades modernas. Había desorden, opresión, vejaciones, males sin cuento, es verdad; pero al menos se comenzaba a establecer un sistema, se daba asiento a los pueblos vencedores, se arraigaba el amor a la vida agrícola y el respeto a la propiedad, se desarrollaba el espíritu de familia, y las inclinaciones del corazón, encontrando objetos más estables y apacibles, se hacían por necesidad menos turbulentas, se preparaban a la tranquilidad y a la dulzura. Malos como eran los tiempos de los siglos XII y XIII, ¿quién no los prefiriera a los que siguieron después de la disolución del imperio de Carlomagno?

Nadie negará que hasta principios del siglo XVI las sociedades europeas andaban mejorándose rápidamente; por

manera que, no verificándose en ningún otro punto del globo decadencia notable, ya que los demás pueblos puede decirse que en general permanecieron estacionarios, todavía debemos confesar que el linaje humano progresaba. Los grandes descubrimientos que tuvieron lugar en el siglo XV hacían esperar que en el XVI se inauguraría una era de prosperidad y ventura que, rebosando en Europa, se derramaran por todas las regiones de la tierra. Desgraciadamente el cisma de Lutero vino a desvanecer en buena parte tan halagüeñas esperanzas, y las calamidades que han caído sobre la Europa durante los tres últimos siglos podrían hacernos dudar de la proposición que llevamos establecida.

Como quiera, aun llevando en cuenta los males acarreados por los cismas religiosos y la incredulidad || e indiferentismo que han sido su consecuencia, no me parece que pueda negarse que la humanidad en general haya carecido de la compensación arriba indicada. Tomando las cosas en su raíz, es decir, desde que Lutero y sus secuaces dividieron en dos la gran familia europea, debe considerarse que las sucesivas conquistas que ha ido haciendo el catolicismo en las Indias Orientales y Occidentales resarcen quizás con ventaja las pérdidas que en Europa ha sufrido la unidad de la fe. Si a esto añadimos que allí donde no se ha establecido la religión católica al menos se han propagado algunas luces del cristianismo por medio de una u otra de las sectas disidentes, lo que, tal como sea, siempre es muy preferible a la idolatría y embrutecimiento en que estaban sumidos aquellos países, si atendemos a los progresos que allí mismo han tenido el desarrollo intelectual, moral y material del individuo y de la sociedad, resultará que, aun dando a la historia de los tres últimos siglos en Europa los más negros colores, la humanidad no ha perdido, antes se halla recompensada con usura.

Y no es verdad tampoco que la Providencia haya de tal suerte castigado el orgullo europeo en los tres últimos siglos que al propio tiempo no haya derramado sobre nosotros un raudal de inestimables beneficios. El país donde nacieron hombres tan eminentes en todos los ramos de conocimientos, que cuenta en todas las regiones asombrosos genios y que bajo el aspecto de la religión y de la moral puede ofrecer un San Ignacio de Loyola, un San Francisco de Sales, un San Vicente de Paúl y cien y cien otros de || heroicas virtudes que realizaron sobre la tierra la vida de los ángeles, no puede quejarse que sea poco favorecido de la Providencia, no puede lamentarse, en medio de sus revoluciones materiales y morales, de que le haya cabido mayor parte en el infortunio de la que caber suele a la desgraciada humanidad.

Esta última consideración, mi estimado amigo, me lleva a examinar cuál es la causa de esta desazón que de continuo nos atormenta a los europeos y a cuantos han participado de nuestra civilización. A oírnos cuál nos quejamos de la suerte, cuál afeamos nuestra situación presente, cuál ennegrecemos el porvenir, diríase que soportamos mayor suma de males que ningún pueblo de la tierra, y, aun comparándonos con nuestros antepasados, parecería que fueron mucho más dichosos. Nunca hablaron ellos tanto de *transición*, de *necesidad de nuevas organizaciones*, de *insuficiencia de todo cuanto existe*, nunca anunciaron como nosotros esa época que ha de venir realizando el Siglo de Oro, so pena de hundirse el mundo en un caos, precediendo una conflagración espantosa.

Cada época ha sufrido sus males y ha tenido más o menos cercanas mudanzas profundas; cada época se ha encontrado con necesidades o del todo desatendidas o mal satisfechas; cada época ha llevado en su seno un germen de muerte para lo existente, que debía ceder su puesto a lo que se encerraba en el porvenir. Añadiré, además, que dudo mucho que los tiempos presentes deban en nada posponerse a los pasados, considerando los pueblos civilizados en general y prescindiendo de dolorosas excepciones que por || necesidad deberán ser pasajeras, y me inclino a creer que no son mayores nuestros males, sino que se abultan en gran manera por dos motivos: 1.º, porque reflexionamos demasiado sobre ellos, semejante al enfermo que aguza sus dolencias haciéndolas objeto continuo de sus pensamientos y palabras; 2.º, a causa de que tenemos mayor libertad para quejarnos, así de viva voz como por escrito, añadiéndose además que la prensa, no siempre con recta intención, lo exagera todo.

Se habla, por ejemplo, de pauperismo; convengo en que es una llaga dolorosa y que merece llamar la atención de todos los hombres amantes de la humanidad; pero lo que desearía saber es qué resultado nos daría el mismo asunto si lo examinásemos con relación a los tiempos que nos precedieron. ¿Qué mayor y más doloroso pauperismo que la antigua esclavitud? Ni en el número de los infelices, ni en el grado de su infelicidad, ¿es comparable aquel estado con el de las clases inferiores de nuestra época? Ya sé que algunos se han adelantado a decir que la suerte de los esclavos negros es preferible a la de nuestros jornaleros; no negaré que si se consideran no más que algunos extremos excepcionales, así en el bien como en el mal, si se toma un esclavo negro a quien le haya cabido un amo racional, prudente, compasivo, que se guíe por las inspiraciones de la sana razón y de la caridad cristiana, y se le compara con

algunos de los jornaleros más desgraciados, se podrá sostener quizás el parangón; pero hablando en general, y poniendo de una parte la masa de los esclavos negros || y de otra la de los jornaleros europeos, ¿será preferible la suerte de aquéllos a la de éstos? ¿Podrá ni siquiera comparársele? No lo creo. Y aun cuando no fuera dable señalar hechos positivos, que por cierto no faltan, bastaría la simple consideración de la naturaleza de las cosas para no quedar indeciso el juicio.

Cuando abolida la esclavitud en Europa le sucedió el feudalismo, durando largos siglos con más o menos pretensiones, no creo tampoco que la clase pobre se hallase en mejor estado del en que actualmente se encuentra: léase la historia de aquellos tiempos y no quedará sobre esto ninguna duda. Figurémonos por un momento que las innumerables legiones de folletistas, periodistas y escritores de obras que actualmente inundan los países civilizados hubiesen aparecido de repente en medio del feudalismo, que hubiesen podido recorrer el castillo del orgulloso señor, examinando sus cómodos aposentos, su lujoso aparato; que le hubiesen visto salir a una partida de caza, con sus briosos caballos, sus gallardos escuderos, sus innumerables perros, insultando con la riqueza de los aderezos la miseria y la desnudez de sus vasallos; que hubiesen presenciado las injustas exigencias, las arbitrariedades, la crueldad con que vejaban a sus súbditos; y supongamos por un momento que en las reducidas poblaciones que acá y acullá se andaban formando, y que conquistaban tan trabajosamente su independencia, hubiesen aparecido por ensalmo las prensas de París y de Londres, y, aprendiendo también de repente los pueblos a leer, se hubiesen hallado con infinitos escritos donde se narrasen || y pintasen con los colores que suponer se dejan las violencias, las injusticias, el destemplado lujo de los señores, y la opresión, la miseria, las calamidades de los vasallos: ¿no os parece que el cuadro resultaría negro, que un clamor general se levantaría de los cuatro ángulos de la tierra pidiendo venganza? ¿No os parece que se pondría también de acuerdo todo el mundo en que jamás fueron mayores los males de la humanidad, que jamás fué más urgente aplicarle un remedio, que jamás fué más necesaria, más inminente una profunda mudanza en la organización social?

Volvamos la medalla y miremos su reverso: imaginémonos que en nuestro siglo callan de repente la prensa y la tribuna, que se desvía de la política la atención pública, que no se piensa en las cuestiones sobre la organización social, que los amos se ocupan únicamente de sus negocios, los jornaleros de su trabajo, que nadie cuida de contar cuán-

tos pobres hay en Inglaterra, en Francia y los demás países, que no circulan las narraciones de los padecimientos de las clases menesterosas con el cálculo de las onzas de pan o de patatas que tocan al infeliz trabajador y a sus hijos, y con la descripción de la triste y mugrienta habitación en que se ve precisado a albergarse, y que con todo siguiese como ahora el movimiento de la industria, y se ocupasen los mismos brazos, y fuesen los mismos los salarios y el mismo el precio de los alimentos y vestidos, ¿no es claro que nuestro estado social no se mostraría con tan negros colores, ni veríamos tan amenazador el porvenir? ||

Véase, pues, mi estimado amigo, con cuánta razón he dicho que nuestros males eran mayores porque pensábamos demasiado en ellos, porque hay mil medios y motivos de recordarlos, de exagerarlos, y porque el estado actual de la civilización lleva necesariamente consigo el acto reflejo de ocuparse de sí misma. Y no crea usted que yo esté mal avenido con que se dé la conveniente publicidad a los sufrimientos del pobre, ni que desee que se imponga silencio a la clase que sufre para que no cause siquiera el padecimiento de algunas molestias y zozobras a la clase que goza; sólo he querido indicar un carácter de nuestra época, señalando la razón de que parezca tener otras particularidades que se le atribuyen como propias, no obstante de serle comunes con todas las que la han precedido. Que por lo tocante a las simpatías en favor de la clase menesterosa a nadie cedo; y, respetando como es debido la propiedad y demás legítimas ventajas de las clases altas, no dejo de conocer la sinrazón y la injusticia que a menudo las deslustra y las daña.

Me inclino a creer que si usted no ha adoptado mis opiniones en todas sus partes, al menos convendrá en que no son para desatendidas, supuestos los argumentos en que las he apoyado, y estoy seguro de que en adelante se parará usted algo más en el verdadero sentido de la palabra *transición* y no le dará tanta importancia como antes le concedía. Ciertamente no alcanzo cómo se ha podido meter tanto ruido con estas y otras expresiones semejantes, cuando bien analizadas no se encuentra que signifiquen otra cosa que la instabilidad de las cosas humanas, instabilidad cuyo || conocimiento no data ciertamente de los tiempos modernos.

Así, tampoco concibo cómo se atreven algunos a pronosticar la muerte del catolicismo fundándose en que el nuevo estado a que van a *pasar* las sociedades no podrá consentir ni los dogmas ni las formas de esta religión divina, como si el mundo hubiese permanecido durante dieciocho siglos sin ninguna clase de mudanza, como si la fe y las augustas instituciones que nos dejó Jesucristo necesitasen para conservarse de las obras del hombre.

¿Acaso la organización social del primer siglo del cristianismo no era muy diferente de la del tiempo de Teodosio *el Grande*? ¿Acaso la Europa de los bárbaros se parecía en nada a la Europa del imperio? ¿Acaso la época del feudalismo se asemejaba a los trastornos de la irrupción de las hordas del Norte, ni la prepotencia de los barones a la pujanza de la monarquía? ¿Acaso el siglo de Francisco I fué el siglo de Luis XIV ni éste el de Luis Felipe? Verificáronse en ese espacio de dieciocho siglos revoluciones colosales, pasaron sobre la sociedad europea vicisitudes innumerables, la vida pública y privada de los pueblos se modificó, se cambió de mil maneras; y, sin embargo, la religión, permaneciendo la misma, sin prestarse a ninguna de aquellas transacciones que la destruirían por su base, ha podido y sabido acomodarse a lo que demandaban la diversidad de tiempos y de circunstancias; sin hacer traición a la verdad, no ha perdido de vista el curso de las ideas; sin sacrificar a las pasiones la santidad de la moral, ha tenido || en cuenta las mudanzas de los hábitos y de las costumbres; sin alterar su organización interior en lo que tiene de inalterable y de eterno, ha creado infinita variedad de instituciones acomodadas a las necesidades de los pueblos sometidos a su fe.

¿Ignora usted estos hechos, mi estimado amigo? ¿Hay en ellos algo que consienta ni disputa siquiera? Deje usted, pues, esas palabras vanas, que nada significan, que sólo sirven a nutrir con vagas generalidades ese fatal estado de duda y de escepticismo que es la verdadera agonía del espíritu. Bien conoce usted que no aborrezco el progreso de la sociedad, que lo miro como un beneficio de la Providencia, que no soy pesimista, ni me complazco en condenar todo cuanto existe y todo cuanto se columbra en el porvenir; pero deseo que se distinga lo bueno de lo malo, la verdad del error, lo sólido de lo fútil; deseo hacer lo que ustedes, los escépticos, nos exigen, y que, sin embargo, no practican: *examinar con buena fe, juzgar con imparcialidad*. Queda de usted su afectísimo, Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA VII

LA TOLERANCIA

SUMARIO.—La gracia y la fe. Doctrina católica sobre la fe. Historieta de un eclesiástico. Observaciones sobre la intolerancia de ciertos hombres. Injusticia e intolerancia de los incrédulos. Manfiéstase que un fiel puede tener idea clara del estado de espíritu de un incrédulo. Lo que debe hacer un católico antes de disputar con un incrédulo. En las disputas religiosas es necesario guardarse del orgullo.

Mi estímado amigo: Mucho me complace lo que usted se sirve insinuarme en su última de que, si bien mis reflexiones no han podido decidirle todavía a salir de esa postración de espíritu que se llama *escepticismo*, al menos han logrado convencerle de un hecho que usted consideraba poco menos que imposible; esto es, que fuese dable aliar la fe católica con la indulgente y compasiva tolerancia con respecto a los que profesan otra diferente o no tienen ninguna. Bien se conoce que usted, a pesar de haber sido educado en el catolicismo, se ha dejado imbuir demasiado en las preocupaciones de los impíos y de || algunos protestantes, que se han empeñado en pintarnos como furias salidas del averno que únicamente respiramos fuego y sangre. Usted me da las gracias porque «sufro con paciente calma las dudas, la incertidumbre, las variaciones de su espíritu»; en esto no hago más que cumplir con mi deber, obrando conforme a lo que prescribe nuestra sacrosanta religión, la cual da tan alta importancia a la salvación de un alma, que si toda una vida se consagrase a la conversión de una sola, y esto se consiguiese, debieran tenerse por bien empleados los trabajos más penosos.

Mis profundas convicciones, o hablando más cristianamente, la gracia del Señor me tiene firmemente adherido a la fe católica; pero esto no me impide el conocer un poco el estado actual de las ideas y la diferencia de situaciones en que se encuentran los espíritus. Un escéptico me inspira viva compasión, porque desgraciadamente son muchas, en los tiempos que corren, las causas que pueden conducir a la pérdida de la fe; y así es que, al encontrarme con alguno de esos infortunados, no digo nunca con orgullo: *Non sum sicut unus ex istis.* «No soy como uno de éstos.» El verdadero fiel que está profundamente penetrado de la gracia

que Dios le dispensa conservándole adherido a la religión católica, lejos de ensoberbecerse ha de levantar humildemente el corazón a Dios, exclamando de todas veras: *Domine, propitius esto mihi peccatori.* «Señor, tened misericordia de este pecador.»

Acuérdome que al seguir mi curso de teología se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la || fe es un don de Dios y que no bastan para ella ni los milagros, ni las profecías, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religión, sino que, además de los motivos de credibilidad, se necesita la gracia del cielo; a más de los argumentos dirigidos al entendimiento es menester una «pía moción de la voluntad»; *pia motio voluntatis;* y confieso ingenuamente que nunca entendí bien semejante doctrina, y que para comprenderla me fué necesario dejar aquellas mansiones donde no se respiraba sino fe y hallarme en situaciones muy varias y en contacto con toda clase de hombres. Entonces conocí perfectamente, sentí con mucha viveza cuán grande es el beneficio que dispensa Dios a los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fe sólo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad, sólo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido encontrarme con hombres que, a mi parecer, veían como yo las razones que militan en favor de nuestra religión, y, sin embargo, yo creía y ellos no. ¿De dónde esto?, me preguntaba a mí mismo; y no sabía darme otra razón sino exclamar: *Misericordia Domini quia non sumus consumpti.*

Con este preámbulo conocerá usted, mi querido amigo, que sus dudas no han debido cogerme de improviso, ni ocasionádome aquel estremecimiento que naturalmente me causaran si no hubiese tenido a la vista las reflexiones que preceden, bien que de paso me permitirá usted que no apruebe la dura invectiva a que se abandona contra las personas intolerantes. || ¿Sabe usted que en sus palabras se hace culpable de intolerancia, y que un hombre no llega a ser perfectamente tolerante sino cuando tolera la misma intolerancia? Pongámonos, por Dios, de buena fe, y no miremos las cosas con espíritu de parcialidad. Me hace usted el favor de decirme que «ya me conceptuaba con bastante conocimiento del mundo para no imitar el ejemplo de aquellas personas que no pueden soportar la menor palabra contra su fe y que, constituyéndose desde luego los heraldos de la divina justicia, no aciertan sino a mentar la hora de la muerte, el infierno, y que acaban por romper bruscamente con quien ha tenido la imprudencia o poca cautela de franquearles su espíritu.» Refiéreme usted la historieta de aquel buen eclesiástico que antes le distinguía a usted con par-

ticulares muestras de aprecio y de amistad, y que se horrorizó de tal suerte al saber trataba con un incrédulo, que fué preciso cortar toda clase de relaciones. Paréceme, mi querido amigo, que en las propias palabras de usted encuentro yo la apología de la persona a quien usted tanto inculpa, y a los ojos de quien mire las cosas con verdadera imparcialidad no se le hará tan extraña semejante conducta. «Era, dice usted mismo, un joven de conducta irreprensible, de costumbres severas. de un celo ardiente, pero tenía la desgracia de no haber tratado jamás sino con personas devotas, de no haber manejado otros libros que los del seminario, y apenas le parecía posible que circulasen en el mundo otras doctrinas que las que se le habían enseñado por espacio de algunos años en el colegio de donde acababa de salir. Tuve la imprudencia || de responder con una burlona sonrisa a una de sus observaciones sobre un punto delicado, y desde entonces quedé perdido sin remedio en su opinión.» Y bien, usted se queja en substancia de que aquel joven no tuviese hábitos de tolerancia; ¿dónde quería usted que los hubiese aprendido? El espíritu de aquel hombre, ¿podía estar dispuesto para el ataque que contra sus creencias se permitió su contrincante con la significativa sonrisa? ¿No es demasiado exigente quien pide serenidad a un hombre que, quizás por primera vez, mira combatido o despreciado lo que él considera como más santo y augusto?

Es grave desacuerdo y además una solemne injusticia el inculpar la conducta de quien, guiado por un entendimiento convencido y un corazón recto, se porta cual por necesidad debe portarse, atendida la educación e instrucción que ha recibido y las circunstancias que le han rodeado en todo el curso de su vida. Nuestro espíritu se forma y se modifica bajo la influencia de mil causas, y a ellas es preciso atender cuando se quiere formar exacto juicio sobre la situación en que se encuentra y el sendero que probablemente haya de seguir. Lo demás es empeñarse en violentar las cosas, sacándolas de su quicio. ¿Pretendería usted que un misionero encanecido en su santa carrera tenga el mismo modo de mirar los objetos que cuando salió de los estudios? ¿No fuera ésta una pretensión extraña? Es cierto que sí; pues no menos lo sería el exigirle ya en su primera juventud el mismo comportamiento que le han enseñado largos años de trabajos apostólicos en lejanos y variados países. ||

Es poco menos que imposible sin larga práctica del mundo saber colocarse en el puesto de los otros, haciéndose cargo de las razones que los impelen a pensar u obrar de esta o aquella manera; y es mucho más difícil en materias religiosas, refiriéndose éstas a lo que hay de más íntimo en el alma del hombre: cuando estamos vivamente poseídos de

una idea se nos hace inconcebible que los demás puedan mirar con indiferencia lo que nosotros contemplamos como lo más importante en esta vida y en la venidera. Por cuyo motivo no hay asunto que más a propósito sea para exaltar el ánimo, y es de aquí que las guerras que se han hecho a título de religión han sido siempre muy obstinadas y sangrientas. Quisiera yo que de estas reflexiones se penetrasen los que a roso y velloso, como suele decirse, hablan contra la intolerancia, pues que de esta suerte no sucediera tan a menudo que hombres en extremo intolerantes en todo lo que concierne a la religión no quieran sufrir la intolerancia con que a su vez les corresponden las personas religiosas.

Bien comprenderá usted, mi querido amigo, que no deseo yo prevalerme de estas reflexiones para mostrarme intolerante, pues que si me he extendido algún tanto sobre el particular ha sido con la idea de desvanecer la prevención con que por algunos es mirada la intolerancia de ciertas personas, resultando que se estiman en menos hombres por otra parte muy dignos de aprecio.

Me habla usted de la dificultad de entendernos, siendo tan opuestas nuestras ideas y habiendo sido || tan diferente nuestro tenor de vida: es bien posible que dicha dificultad exista; sin embargo, por lo que a mí toca no alcanzo a verla. ¿Creería usted que hasta llego a comprender muy bien esa situación de espíritu en que se fluctúa entre la verdad y el error, en que el espíritu sediento de verdad se encuentra sumido en la desesperación por la impotencia de encontrarla? Imagínanse algunos que la fe está reñida con un claro conocimiento de las dificultades que contra ella pueden ofrecerse al espíritu, y que es imposible creer desde el momento que en él penetran las razones que en otros producen la duda; no es así, mi querido amigo: hombres hay que creen de todas veras que humillan su entendimiento en obsequio de la fe con la misma docilidad que hacerlo puede el más sencillo de los fieles, y que, sin embargo, comprenden perfectamente lo que pasa en el alma del incrédulo, y que asisten, por decirlo así, a sus actos interiores, como si los estuvieran presenciando.

Es una ilusión el pensar que no se puede tener idea clara de un estado sin haber pasado por él, y que no alcanza a comprender un cierto orden de ideas y de sentimientos sino quien haya participado de ellos. Si así fuese, ¿dónde estarían los escritores capaces de inventar en literatura? Mucho se siente que no se consiente, y cuando no se llega a sentir, hay la imaginación, que en muchos casos suple por el sentimiento. Nosotros los cristianos podemos traer a este propósito las tentaciones, materia que si a usted no le pa-

rece muy filosófica, no dejará de interesarle su aplicación. Leemos en las vidas de los santos que || Dios permitía que les asaltase el demonio con pensamientos y deseos tan contrarios a las virtudes que ellos con más ardor practicaban, que les era necesario llamar en su auxilio toda su confianza en la misericordia divina para no creerse abandonados del cielo y culpables de los mismos pecados que más detestaban en el fondo de su alma. Cuando tan violenta era la acometida que les hacía concebir temores de haber sucumbido, cuando tan vivas eran las imágenes con que a su fantasía se presentaban los objetos malos que, a pesar de la aversión que les profesaban, se los hacían tomar como una realidad, bien se concibe que no dejarían aquellas santas almas de comprender el estado de un hombre que se hallase encenegado en los mismos vicios. Esto que allá en los primeros años de su edad habrá usted leído en alguno de aquellos libros que no debían de escasear en el colegio, le hará conocer cómo nosotros, que ni por asomo podemos lisonjearnos de santos, habremos sentido una y mil veces germinar en nuestra alma algunas de las innumerables miserias intelectuales y morales de que adolece la triste humanidad, y que, siendo una de éstas el escepticismo, fuera muy raro que no se hubiese presentado a las puertas de nuestra alma como huésped de mal agüero. Cerradas las conserva el verdadero fiel, y, ayudado de los auxilios de la gracia, desafía a todas las potestades del infierno a que las rompan si pueden; pero acontece entonces lo que nos dice el apóstol San Pedro: «Anda dando vueltas el diablo como león rugiente buscando a quién devorar.» Créalo usted, mi estimado amigo, *resistiéndole fuertemente* || *con la fe* no ha podido mordernos, pero conocemos bien su rugido.

Sobre todo en el siglo en que vivimos es poco menos que imposible que esto no suceda a los hombres que por una u otra causa se hallan en contacto con él. Ora cae en las manos un libro lleno de razones especiosas y de reflexiones picantes; ora se oyen en la conversación algunas observaciones en apariencia juiciosas y atinadas y que a primera vista como que hacen vacilar los sólidos cimientos sobre que descansa la verdad; tal vez se fatiga el espíritu y se siente como sobrecogido por una especie de tedio, desfalleciendo algunos momentos en la continua lucha que se ve forzado a sostener contra infinitos errores; tal vez al dar una ojeada sobre la falta de fe que se nota en el mundo, sobre la muchedumbre de religiones, sobre los secretos de la naturaleza, sobre la nada del hombre, sobre las tinieblas de lo pasado y los arcanos de lo venidero, desfilan por la mente pensamientos terribles. Angustiosos instantes en que el corazón se inunda de cruel amargura, en

que un negro velo parece tenderse sobre cuanto nos rodea, en que el espíritu, agobiado por el aciago fantasma que le abruma, no sabe adónde volverse, ni le queda otro recurso que levantar los ojos al cielo y clamar: *Domine, salva nos, perimus.* «Señor, salvadnos, que perecemos.»

Así permite el Señor que sean probados los suyos, y hace más meritoria la fe de sus discípulos; así les enseña que para creer no basta haber estudiado la religión, sino que es necesaria la gracia del Espíritu || Santo. Mucho fuera de desear que de esta verdad se convenciesen los que se imaginan que no hay aquí otra cosa que una mera cuestión de ciencia y que para nada entran las bondades del Altísimo. ¿Sabe usted, mi querido amigo, lo primero que debe hacer un católico cuando le viene a la mano algún incrédulo en cuya conversión se proponga trabajar? Cree usted sin duda que se han de revolver los apologistas de la religión, recorrer los apuntes propios sobre las materias más graves, consultar sabios de primer orden, en una palabra, pertrecharse de argumentos como un soldado de armas. Conviene, en verdad, no descuidar el prevenirse para lo que en la discusión se pueda ofrecer; pero ante todo, antes de exponer las razones al incrédulo, lo que debe hacerse es orar por él. Dígame usted, ¿quién ha hecho más conversiones, los sabios o los santos? San Francisco de Sales no compuso ninguna obra que bajo el aspecto de la polémica se llegue a la *Historia de las variaciones* de Bossuet, y yo dudo, sin embargo, que las conversiones a que esta obra dió lugar, a pesar de ser tantas, alcancen ni con mucho a las que se debieron a la angélica unción del santo obispo de Ginebra.

Por ahí puede usted conocer, mi querido amigo, que no las ha con lo que suele llamarse un disputador ni un ergotista, y que por más que aprecie en su justo valor la ciencia, y particularmente la eclesiástica, tengo muy grabada en el fondo del alma la saludable verdad de que los caminos de Dios son incomprensibles al hombre, de que es vano confiar en la ciencia || sola, y que algo más que ella se necesita para conservar y restaurar la fe.

Pedía usted tolerancia, y tolerancia le ofrezco, la más amplia que encontró jamás en hombre alguno; se arredraba usted por la dificultad que había de mediar en entendernos, y no dudo que con mis aclaraciones se le habrá desvanecido semejante recelo; como no temo tampoco que se figure usted en adelante que le haya yo de salir al paso con lo que apellida *sutilezas de escuela y argumentos valederos para personas ya convencidas.* Si usted, pues, se sirve continuar proponiéndome las principales dificultades que le impiden volver a la religión que comienza a echar de menos a los

pocos años de perdida, yo procuraré responderle como mejor alcanzare; pero sin pretender ninguna palma si quedare usted satisfecho, ni darme por bochornado si continuare en su incredulidad.

Cuando se combate contra los enemigos de la religión, que sólo buscan medios de atacarla, valiéndose de cuanto les sugiere la astucia y la mala fe, entonces la disputa puede tomar el carácter de un combate en regla; pero cuando tiene uno la fortuna de encontrarse con hombres que, si bien han tenido la desgracia de perder la fe, desean, no obstante, volver a ella, y buscan de corazón los motivos que puedan conducirlos a la misma, entonces el hacer alarde de la ciencia, el mostrar espíritu de disputa, el pretender el laurel del vencimiento, es un insoportable abuso de los dones de Dios, es un completo olvido de los caminos que, según nos ha manifestado, se complace el Señor en seguir; es sacar a plaza el orgullo, es decir, || el enemigo declarado de todo bien, y el más grave obstáculo para que puedan aprovecharse las mejores disposiciones.

Si se hace de la disputa religiosa un asunto de amor propio, ¿cómo podemos prometernos que la gracia del Señor fecundará nuestras palabras? Los apóstoles convirtieron el mundo, y eran unos pobres pescadores; pero no confiaban en la sabiduría humana, ni en la elocuencia aprendida en las escuelas, sino en la omnipotencia de Aquel que dijo: «Hágase la luz», y la luz fué hecha. Bien comprenderá usted que no por esto desprecio la ciencia; el mejor medio de conservarla y ennoblecerla es señalarle sus límites, no permitiéndole el desvanecimiento del orgullo.

Esa *impotencia* para creer de que usted se lamenta no debe confundirse con la *imposibilidad;* es una flaqueza, una postración de espíritu, que desaparecerá el día que al Señor le pluguiera decir al *paralítico:* «Levántate, y camina por el sendero de la verdad.»

Entre tanto yo oraré por usted, y si bien el estado de su espíritu no es muy a propósito para hacer lo mismo, sin embargo todavía me atreveré a decirle que ore usted, que invoque al Dios de sus padres, cuyo santo nombre aprendió a pronunciar desde la cuna, y que le suplique le conceda el llegar al conocimiento de la verdad. Quizás, ¡oh pensamiento de horror!, quizás pensará usted: ¿Cómo puedo llamar a Dios, si en ciertos momentos, abatido por el escepticismo, hasta siento flaquear mi única convicción, y no estoy bien seguro ni de su existencia?... No importa: haga usted un esfuerzo para invocarle; El se le aparecerá, || yo se lo aseguro; imite usted al hombre que, habiendo caído en una profunda sima, no sabiendo si es capaz de oírle per-

sona humana, esfuerza, no obstante, la voz clamando auxilio.

Cuente usted con el entrañable afecto y la consideración de este S. S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA VIII

Los nuevos espiritualistas franceses y alemanes

Sumario.—Ilusiones del esceptico. Filosofía alemana. Leibniz. Sus doctrinas. Su oposición a Spinosa. Su religiosidad. Errores de Kant. Sus doctrinas con respecto a las pruebas metafísicas de la inmortalidad del alma, de la libertad del hombre y duración del mundo. Observaciones sobre la abnegación de la razón. Fichte. Sus errores. Schelling. Notables palabras de madama Staël. Hegel. Su vanidad intolerable. Dificultad de que se extienda en España la filosofía alemana.

Mucho me alegro, mi estimado amigo, de que nada tengan que ver con usted los argumentos que aducir suelen los apologistas de la religión contra los defensores del materialismo y de la ciega casualidad, y no puedo menos de felicitarle por «hallarse ya, como me dice en su apreciada, radicalmente curado de su afición a los libros donde se enseñan las doctrinas de Volney y de La Mettrie». A decir verdad, no esperaba menos del claro talento y noble corazón de usted, pues no concibo cómo, en poseyendo semejantes cualidades, sea posible leer por entero obras de esta clase. Yo de mí sabré decir que las || encuentro tan faltas de solidez como abundantes de mala fe, y que, lejos de apartarme de la religión, me afirman más y más en ella: los convulsivos esfuerzos del error impotente dan una idea más grande de la verdad. Sin embargo, me permitirá usted que le advierta del error en que incurre cuando dispensa tan pomposos elogios a los nuevos espiritualistas alemanes y franceses, pues nada menos les atribuye que el ser los restauradores de las buenas doctrinas, devolviendo a la humanidad los títulos de que la despojara la filosofía volteriana. Cada época tiene sus opiniones y expresiones de buen tono; ahora no podría uno pertenecer a la escuela del siglo XVIII aun cuando lo quisiese: es preciso hablar del espiritualismo de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Cousin, y desechar el sensualismo de Destutt de Tracy, Cabanis, Condillac y Locke, si no se quiere pasar plaza de rezagado en materia de conocimientos filosóficos. Enhorabuena que no se profese ninguna religión,

pero es indispensable tener siempre en boca *el sentimiento religioso, los destinos de la humanidad*, y hasta no escrupulizar de vez en cuando en pronunciar las palabras Dios y Providencia. Hablando ingenuamente, cuando he leído en su apreciada de usted los nombres que acabo de recordar, no he podido convencerme de que usted se hubiese devanado mucho los sesos en el estudio de altas y abstrusas cuestiones metafísicas; más bien me inclinaría a creer que sus ideas sobre el particular habrán sido cogidas al vuelo en los periódicos, sin haberse tomado mucha pena en aclararlas y analizarlas. No le culpo a usted por || esto, pues al fin sus opiniones, como de un simple particular, no ejercerán influencia sobre el público; que si se tratase de un escritor, que debe siempre saber lo que recomienda o censura, entonces me tomaría la libertad de amonestarle que anduviese más recatado en sus deseos de introducirnos innovaciones que podrán sernos muy dañosas.

¿Sabe usted lo que es la filosofía alemana? ¿Tiene usted noticia de sus tendencias y hasta de sus expresas doctrinas sobre Dios y el hombre? ¿Cree usted que el abismo adonde conduce es mucho menos profundo que el de la escuela de Voltaire? ¿Piensa usted por ventura que Schelling y Hegel son legítimos sucesores de su compatriota Leibniz, de ese grande hombre que, según la expresión de Fontenelle, conducía de frente todas las ciencias y que, a pesar de lo que puede objetarse contra algunos de sus sistemas, abrigaba, no obstante, tan altas ideas sobre la religión y tantas simpatías por la católica?

La filosofía de Leibniz ha ejercido mucha influencia en Alemania, y a él se debe en parte que no se introdujeran allí las doctrinas materialistas de la escuela francesa del siglo pasado. Sea cual fuere el concepto que se forme de sus sistemas, no puede negarse que, al paso que revelaban un genio eminente, contribuían a elevar el espíritu, a darle una viva conciencia de su grandor, y de que no podía de ningún modo confundirse con la materia. Que si se le echa en cara su extremado idealismo, responderemos que éste ha sido el achaque de los más altos pensadores, desde Platón hasta Bonald. ||

Para Leibniz no era Dios el alma de la naturaleza o la naturaleza misma, como sustentan algunos filósofos modernos, sino un Ser infinitamente sabio, poderoso, perfecto en todos sentidos; el panteísmo, que tan lastimosamente ha extraviado en los últimos tiempos a ciertos pensadores alemanes, era en concepto de Leibniz un sistema absurdo. El alma humana tampoco la consideraba el ilustre filósofo como una especie de modificación del gran Ser que todo lo absorbe y con todo se identifica, como opinan los panteístas, sino

que la tenía por una substancia espiritual, esencialmente distinta de la materia, así como infinitamente distante del Criador, que le ha dado la existencia.

Sabido es que impugnó victoriosamente el sistema de Spinosa, y que, en tratándose de Dios y de la inmortalidad del alma, los principios de la moral y los premios y castigos de la otra vida, no podía sufrir que el espíritu del error esparciese sus tinieblas sobre tan sagrados objetos. «No puede dudarse, escribía a Molano, que el sapientísimo y poderosísimo gobernador del universo tiene destinados premios para los buenos y castigos para los malos, y que esto lo ejecuta en la vida futura, ya que en la presente quedan impunes muchas acciones malas y muchas buenas sin recompensa.» Este lenguaje no es por cierto el de los modernos panteístas, y por él se echa de ver que los filósofos alemanes al resucitar el sistema de Spinosa se han desviado de las huellas de su ilustre antecesor. No ignoro que los escritores alemanes a quienes aludo conservan todavía la abstracción y el sentimentalismo || propios de su nación y que no participan de la ligereza y trivialidad que ha caracterizado a los incrédulos de la escuela francesa; pero es preciso no olvidar que el sentimiento no basta cuando no está enlazado con la convicción, y que el corazón ejerce muy mal sus funciones cuando éstas son contrarias al impulso de la cabeza.

Además, si la Alemania continúa en sus ideas impías, al fin se resentirá de ellas el carácter, y el sentimiento religioso, ya muy debilitado por el protestantismo, vendrá a extinguirse en manos de la impiedad. Disfrácese como se quiera, la doctrina del panteísmo entraña la negación de Dios; es el ateísmo puro, sólo que toma otro nombre. Si todo es Dios y Dios es todo, Dios será nada; lo único que existirá será la naturaleza con su materia, y sus leyes, y sus agentes de diversos órdenes, todo lo cual lo admiten muy bien los ateos, sin que por esto entiendan que han abjurado su sistema. Si la criatura piensa que es una parte del mismo Dios, o Dios mismo, por el mismo hecho niega la existencia de un Dios que le sea superior y pueda pedirle cuenta de sus obras; la divinidad será para él un nombre vano, y podrá adherirse al dicho del alemán que al levantarse de un banquete exclamaba: «Todos somos dioses que hemos comido muy bien.»

La religiosidad de Leibniz era por cierto más sólida y profunda. Véase cómo desenvuelve sus ideas en el lugar arriba citado: «El olvidar en esta vida el cuidado de la venidera, que está inseparablemente unida con la divina Providencia, y el contentarse con || cierto inferior grado de derecho natural que también pueda tenerlo un ateo, es *muti-*

lar la ciencia en sus más bellas partes y destruir muchas buenas acciones. ¿Quién correrá el peligro de su fortuna, dignidad y vida, por sus amigos, por su patria, por la república, ni por la justicia y la virtud, si, arruinados los demás, él puede continuar viviendo entre los honores y la opulencia? Porque el posponer los bienes verdaderos y positivos a la inmortalidad del hombre, a la fama póstuma, es decir, a un rumor del cual nada nos llegaría, ¿no fuera una virtud de un brillo bien falso?»

No me propongo examinar todas las opiniones de los filósofos alemanes, ni deslindar hasta qué punto sean admisibles; sólo me limitaré a hacer resaltar algunos de sus errores principales, citando al autor que las haya inventado o prohijado, y sin pretender que caiga la responsabilidad sobre los pensadores de dicha nación que no sigan la misma senda.

Kant no llevó tan adelante sus errores con respecto a Dios, al hombre y al universo como lo han hecho algunos de sus sucesores; pero menester es confesar que, intentando promover una especie de reacción contra la filosofía sensualista, dejó tan en descubierto las principales verdades, que nada le tiene que agradecer la filosofía verdadera con respecto a la conservación de ellas. En efecto: quien afirma que las pruebas metafísicas en defensa de la inmortalidad del alma, de la libertad del hombre y de la duración del mundo le parecen de igual peso que las que militan en contra, no es muy a propósito para dejar bien establecidas esas verdades sin las que serán un nombre vano todas || las religiones. Enhorabuena que demos mucha importancia al sentimiento y a las inspiraciones de la conciencia, que conozcamos la debilidad de nuestro raciocinio y no exageremos sus alcances; pero conviene también guardarnos de destruirle, de no matar la razón a fuerza de desconfiar de ella, extinguiendo esa antorcha que nos ha dado el Criador y que es un hermoso destello de la divinidad.

Sucede a veces, mi apreciado amigo, que la abnegación de la razón no proviene de humildad, sino de un excesivo orgullo, de un exagerado sentimiento de superioridad que se desdeña de examinar y que cree suficiente mirar para ver sin necesidad de discurrir. No me encontrará usted en el número de aquellos que en todo apelan al raciocinio y que nada conceden al sentimiento, nada a aquellas súbitas inspiraciones que nacen en el fondo de nuestra alma sin que nosotros mismos sepamos de dónde nos han venido; conozco, y se lo he dicho a usted mil veces, que nuestra razón es débil en extremo, que es excesivamente cavilosa, que todo lo prueba, que todo lo combate; pero de aquí a negarle su voto en las altas cuestiones de metafísica, y desecharla como

incompetente para discernir en ellas entre la verdad y el error, hay una distancia inmensa. *Est modus in rebus.*

Si Kant llevó la sobriedad de la razón hasta un extremo reprensible señalándole límites estrechos en demasía, no faltaron otros que exageraron las fuerzas de la misma pretendiendo explicar con su sola ayuda el universo entero. Sabido es que Fichte se entregó a un idealismo tan extravagante que, dándolo || todo al alma, llega, por decirlo así, al anonadamiento de todos los objetos exteriores; su sistema conduce a la negación de la existencia de todo cuanto no sea el *yo* que piensa. A pesar de las dañosas consecuencias a que puede conducir semejante doctrina, no son éstas más peligrosas e inmediatamente destructoras de toda religión y moral que las de Schelling, quien, no obstante todos los velos con que encubre su sistema, al fin viene a parar al panteísmo de Spinosa. Poco me importa que en la escuela de Schelling se me hable de cualidades íntimas que no perecerán cuando yo muera, sino que volverán a entrar en el vasto seno de la naturaleza, cuando al propio tiempo se me añade que el individuo, es decir, el ser particular, el alma, se anonada. Poco me importa que se me hable de espiritualismo y que se condene el materialismo, si al fin no se me consuela con el pensamiento de la inmortalidad, si en último resultado se me dice que esta inmortalidad es una quimera, y que si algo queda de mí después de la disolución del cuerpo no será yo mismo, que pienso y quiero, sino ciertas cualidades que no sé lo que son y que poco me han de importar cuando yo no exista.

No falta quien ha dicho que Aristóteles había dejado algo obscuros ciertos pasajes de sus obras, con la mira de que, ofreciendo lugar a interpretaciones diversas, diesen pie a sus discípulos para defenderle contra sus adversarios. Sea lo que fuere de semejante conjetura, es preciso convenir en que los filósofos alemanes han dejado muy atrás en esta parte al filósofo de Estagira, pues han sabido envolver en tan espesa || nube sus ideas, que ni aun los iniciados en el secreto han podido lisonjearse de penetrar sus profundidades. «En sus tratados de metafísica, dice madama Staël hablando de Kant, toma las palabras como cifras y les da el valor que le acomoda, sin pararse en el que tienen por el uso.» Lo mismo puede afirmarse de los más famosos filósofos de la misma nación; nadie ignora el misterioso lenguaje de Fichte y de Schelling, y por lo tocante a Hegel, él mismo ha dicho: «No hay más que un hombre que me haya comprendido»; y temiendo sin duda que esto era ya demasiado, añadió: «Y ni aun éste me ha comprendido.»

Bien podrá suceder que usted se fatigue si le presento algunas muestras de esta filosofía tan ponderada; pero creo

muy del caso arrostrar el ligero inconveniente, pues de esta manera lograré que usted no se deje fácilmente engañar por encomiadores que ensalzan lo que no comprenden. No dudo que usted está ya en la convicción de que los filósofos alemanes se pasean por un mundo imaginario, y que quien forme empeño en seguirlos es menester que se despoje de todo lo que se parece a los pensamientos comunes; pero yo creo poderle demostrar algo más; yo creo poderle demostrar que no basta el desentenderse de los pensamientos comunes, sino que es preciso olvidarse hasta del sentido común. Si encuentra usted la palabra demasiado dura, no me culpe de temerario hasta haberme oído; entre tanto no olvide usted que tratamos de hombres que han manifestado un soberano desprecio de todo lo que no era ellos, que han pretendido enseñar a la humanidad a manera de infalibles || oráculos, y que bajo apariencias misteriosas y enfáticas han llevado su orgullo mucho más allá que todos los filósofos antiguos y modernos.

Hegel, este hombre a quien, según afirma él mismo, nadie comprendió, nos asegura que ha fijado los principios, arreglado el sistema y determinado el límite de toda filosofía. El lo ha descubierto todo: después de él nada queda por descubrir; la humanidad no debe hacer más que desarrollar las teorías del sublime filósofo y aplicarlas a todos los ramos de los conocimientos. Esto no fuera tan intolerable si se tratase de objetos de escasa importancia, si Hegel no llamara a su tribunal al hombre, a la humanidad, a todas las religiones, a Dios mismo, y no fallase sobre todo con indecible orgullo. «Hegel, ha dicho Lerminier, se glorifica en sí mismo; se sienta como árbitro supremo entre Sócrates y Jesucristo; toma al cristianismo bajo su protección y parece que piensa que si Dios ha criado el mundo, Hegel lo ha comprendido» [1].

Estas soberbias pretensiones las encontrará usted en otros filósofos, y no escasean de ellas los franceses que han bebido en las mismas fuentes y cuyos nombres se nos citan a veces con misterioso énfasis. Así creo que no será perdido el tiempo que se emplee en dar una idea de esos delirios, que tal nombre merecen, por más que se envanezcan con las ínfulas de la ciencia. Como esta carta va tomando demasiada extensión, no me es posible presentarle a usted los comprobantes || de las aserciones emitidas; pero lo haré sin falta en las inmediatas. No dudo que usted se quedará profundamente convencido de que esa nueva filosofía que tanto se nos pondera no es más que la repetición de los sueños en que se ha mecido en todos tiempos el es-

[1] *Au delà du Rhin*, t. II.

píritu humano siempre que en la embriaguez de su orgullo se ha desviado de los principios de eterna verdad.

Afortunadamente, hay en España un fondo de buen sentido que no permite la introducción y mucho menos el arraigo de esas monstruosas opiniones, que tan fácil y benévola acogida encuentran en otros países, y por este motivo no es tan temible que los errores de que estoy hablando causen entre nosotros los males que en otras partes han producido. Pero, en cambio, tenemos que, habiéndose descuidado mucho en España los estudios filosóficos, siendo muy pocos los que se hallan al nivel del estado actual de la ciencia, sería fácil que, sin advertirlo los hombres de sana doctrina y recta intención, se apoderasen de la enseñanza innovadores alucinados que extraviasen a la incauta juventud. Digo esto porque me temo que a otros suceda lo que según veo le estaba sucediendo a usted, de creer que las modernas escuelas alemanas y francesas caminaban nada menos que a la restauración de un espiritualismo puro, cual lo tenían nuestros mayores y cual lo profesan todavía los verdaderos cristianos y los filósofos juiciosos.

De las demás cartas que pienso escribirle a usted sobre este objeto sacará usted otro provecho, cual es el formarse ideas algo más claras de las que debe || tener ahora sobre una cuestión importantísima que agita en la actualidad a la Francia y llama la atención de Europa; hablo de las desavenencias suscitadas entre el clero francés y la universidad. Sea cual fuere el juicio que usted forme sobre la mayor o menor templanza con que haya ventilado la cuestión este o aquel periódico, y sobre las medidas que hayan creído conveniente adoptar algunos obispos, al menos se quedará usted convencido de que los católicos del vecino reino no se alarman sin razón, que hay aquí algo más de lo que nos quieren dar a entender algunos; que lo que en el fondo se agita es algo más que la ambición del clero, pues están envueltas en el negocio gravísimas cuestiones de doctrina. Con esto se me ofrecerá excelente oportunidad de manifestarle a usted cuán poco caso debe hacerse de esos fallos magistrales que se leen a cada paso sobre los asuntos de más importancia, y con cuánta injusticia acusan algunos la intolerancia del clero, cuando son ellos los verdaderos intolerantes. Hombres hay que, en tratándose de negocios de religión, o no beben sino en determinadas fuentes, o no consultan más que sus arraigadas preocupaciones. Ya que no puedo esperar de usted mucho celo religioso, a lo menos me prometo la imparcialidad. Entre tanto viva usted seguro del afecto de este S. S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA IX

Panteísmo de la filosofía alemana

Sumario.—Hegel. Lo que es la religión en sentido de este filósofo. La substancia universal de su sistema. La idea. Su desarrollo. La existencia. Panteísmo de Hegel. *La esfera lógica. La razón impersonal.* Las leyes *objetivadas.* Sus sueños con respecto a las leyes de la naturaleza. Sus pretendidas demostraciones astronómicas. El planeta Ceres. Atrevimiento de Hegel contra Newton. Ingenua confesión de Link, admirador del filósofo alemán.

Mi estimado amigo: En la carta anterior le manifesté a usted mi opinión poco favorable a la moderna filosofía alemana, aventurándome a calificarla con una severidad que usted quizás debió de reputar excesiva. Este atrevimiento, tratándose de hombres que han adquirido mucha celebridad y cuyas palabras son escuchadas por algunos cual si salieran de boca de oráculos infalibles, me impone el deber de probar lo que allí dije y hacerlo de manera que no consienta réplica. Bien se acordará usted de mis quejas sobre la doctrina de dichos filósofos con respecto al panteismo, y que los acusaba de resucitar los errores de || Spinosa, bien que envueltos en formas misteriosas de un lenguaje simbólico y enfático; este cargo es el que voy a justificar con respecto a Hegel.

Según este filósofo, la religión es el «producto del sentimiento o de la conciencia que el espíritu tiene de su origen, de su naturaleza divina, de su identidad con el espíritu universal». Podríamos dudar del verdadero sentido de aquella expresión: *su naturaleza divina,* si anduviese sola, pues que, siendo nuestra alma criada a imagen y semejanza de Dios, y distinguiéndose por su elevación sobre todos los seres corpóreos, dable sería pensar que Hegel sólo trataba de recordar la nobleza y dignidad de nuestro espíritu, fundando el sentimiento religioso en la conciencia que tenemos de que nuestro origen, nuestra naturaleza y destino son muy superiores a ese pedazo de barro que envuelve nuestra alma, que la embaraza y agrava. Pero el filósofo alemán tuvo cuidado de explanar sus ideas añadiendo que nuestro espíritu era idéntico con el espíritu universal. ¿Qué será ese espíritu universal que absorbe, que identifica en sí todos los espíritus particulares? ¿No es esto la proclamación pura y simple de un panteísmo espiritualista? ¿No es esto afirmar que Dios es todos los espíritus y que todos los espíritus son Dios?, ¿que el pensamiento, el alma de cada hombre, no es

más que una modificación del Ser único en el cual todos se confunden e identifican? Pero oigamos de nuevo al filósofo alemán, por ver si acaso no habríamos comprendido bastante bien el sentido de sus palabras. «Esta conciencia, continúa Hegel, se halla primero envuelta en un mero sentimiento || cuya expresión es el culto: en seguida la conciencia se desenvuelve, Dios pasa a ser objeto, y de aquí nacen las mitologías y todo lo que se llama la parte positiva de la religión; pero detenerse en este segundo estadio donde el Dios del universo es adorado en el mármol de Fidias, donde Jesucristo no es más que un personaje histórico, sería mentir contra el espíritu.»

«En la religión, los pueblos deponen sus ideas sobre las esencia del mundo y las relaciones que con ésta tiene la humanidad. El ser absoluto es aquí el objeto de su conciencia; hay otro más allá que ellos se representan, ora con los atributos de la bondad, ora con los del terror. Esta oposición no existe en el recogimiento de la oración y en el culto, y el hombre se eleva a la unión con el Ser divino. *Pero este Ser divino es la razón en sí y para sí, la substancia universal concreta; la religión es la obra de la razón que se revela.*» Quizás extrañará usted que el filósofo alemán se anduviera en tantos rodeos para venirnos a decir que la religión no es más que una ulterior manifestación de la razón, que el Ser divino, el Ser objeto religioso y del culto, es decir, Dios, no es más que la razón misma, bien que *en sí y para sí,* o bien la substancia universal concreta; yo no sé si estará usted muy versado en estas materias para comprender la jerigonza de un ser que es *en sí y para sí,* que es la razón humana y que por añadidura es la substancia universal concreta. Sea como fuere, procuraré darle a usted alguna explicación del sentido que envuelven las enigmáticas palabras de nuestro metafísico. ||

Para la inteligencia de esto debe usted advertir que, según Hegel, el mundo entero no es más que la evolución de la idea, y que, según el grado en que se encuentra la expresada evolución, se dice que los seres *son en sí,* y cuando ésta ha llegado a mayor progreso se dice que los seres *son para sí.* Me preguntará usted: ¿Qué es la idea? En dictamen de Hegel no es otra cosa que «la armoniosa unidad de este conjunto universal que se desarrolla eternamente». «Todo lo que existe, añade, no entraña verdad sino en cuanto es la idea que ha pasado al estado de existencia, porque la idea es la realidad verdadera y absoluta.» Y no crea usted que con semejante definición se nos quiera expresar la inteligencia divina, o bien la infinita esencia del Criador, en la cual está representado desde toda la eternidad todo lo existente y todo lo posible; nada de esto: cuando Hegel habla

de la armoniosa unidad se refiere a este conjunto universal que tiene un desarrollo eterno, es decir, al mundo mismo, que va tomando diferentes formas y modificándose de varias maneras. «Para comprender, dice, lo que es esta evolución, por la cual la idea se produce y acaba, es preciso distinguir dos estados: el primero es conocido con el nombre de disposición, virtualidad, potencia, y yo le llamo *ser en sí;* el segundo es la actualidad, la realidad, o lo que yo apellido *ser para sí.* El niño que nace tiene la razón virtualmente, en germen, mas no posee todavía la posibilidad real de la razón. Es razonable *en sí,* pero no llega a serlo *para sí* sino a medida que se desenvuelve. Todo esfuerzo para conocer y saber, toda acción no tiene otro || objeto que sacar a luz lo que está oculto, que realizar o actualizar lo que existe virtualmente, de objetivar lo que es en sí, de desenvolver lo que existe en germen.

»Llegar a la existencia es sufrir un cambio y, sin embargo, quedar lo mismo; ved, por ejemplo, cómo la encina sale de la bellota; prodúcense cosas muy diversas, pero todo estaba encerrado ya en el germen, aunque invisible e idealmente.»

Pasaré por alto las muchas y graves consideraciones que podrían hacerse sobre el peregrino significado que da el filósofo alemán a la palabra *idea.* Se les había ocurrido a los autores de sistemas ideológicos el excogitar varios para explicar el misterio del pensamiento dando también diferentes acepciones a la palabra *idea;* pero decir que ésta es «la armoniosa unidad del conjunto universal que se desarrolla eternamente», o en términos más claros, llamar idea a la naturaleza misma, creo que sólo podía venir a la mente de quien, proponiéndose confundirlo todo en el monstruoso panteísmo, comienza por dar a las palabras una significación inusitada y extravagante. Yo desearía que se me explicase qué necesidad hay de tantos rodeos para llegar a decirnos que en el mundo no hay más que un ser, o una substancia, que ésta sufre diferentes modificaciones, y que todo cuanto existe no es más que uno de los accidentes del conjunto universal que sin cesar se transforma. Este es ciertamente el pensamiento de Hegel; el niño tenía el uso de razón en potencia, el adulto en acto; aun más, y hablando con mayor precisión, el mismo adulto || cuando piensa está en acto, cuando duerme está en potencia de pensar.

Dice Hegel que todo esfuerzo para conocer y saber, y hasta toda acción, tiene por objeto el sacar a luz lo que está oculto, realizar o actualizar lo que es virtualmente: esto necesita comentarios; es verdad que el esfuerzo para conocer y saber tiende a hacernos presente y ponernos en claro lo que para nosotros está u obscuro o enteramente oculto;

pero no lo es que ninguna acción tenga otro objeto que realizar o actualizar lo que es virtualmente. No puede negarse que en el orden de la naturaleza hay un desarrollo continuo en que unos seres salen de otros como *la encina de la bellota;* pero los hay también cuya esencia se opone a que hayan dimanado de otro cualquiera, a no ser que hayan pasado instantáneamente de la no existencia a la existencia, es decir, sin haber sido criados.

«Llegar a la existencia, dice Hegel, es sufrir un cambio y, sin embargo, quedar lo mismo»; esta proposición asentada en general destruye toda idea de creación, pues que no existe ésta cuando no se pasa de la nada al ser. Si llegar a la existencia no es más que sufrir una mudanza y quedar lo mismo, tendremos que cuando el universo comenzó a existir no fué porque hubiese sido criado por Dios, sino porque, verificándose una gran transformación en la materia preexistente, resultó ese conjunto que nos asombra con su inmensidad y nos encanta con su belleza y armonía. Semejante suposición nos lleva en derechura a la eternidad del mundo, al caos de los antiguos, || a todos los absurdos sobre el origen de las cosas, que las luces del cristianismo habían desterrado de la tierra.

Extraño es que filósofos que se glorían de altamente espiritualistas, que manifiestan despreciar el materialismo francés del siglo pasado, lo establezcan tan lisa y llanamente combatiendo la espiritualidad, la inmortalidad y el origen divino de nuestra alma. Si cuando ésta comienza a existir no hay más que la mudanza de un ser, a la manera que la encina es lo contenido en la bellota, bien que desenvuelto y transformado, podremos inferir que el alma brota del fecundo seno de la naturaleza lo propio que los gérmenes materiales; será un producto más o menos sutil, más o menos activo, más o menos depurado, pero no será más que el ser que ya antes existía, que la planta salida de la semilla. Esta doctrina es esencialmente materialista, sin que basten a sincerarla de tan grave cargo todos los misterios y enigmas del nuevo lenguaje filosófico. Lo que es simple, lo que es indivisible, no puede ser el resultado de la transformación de otro ser; lo que pasa de un estado a otro adquiriendo una nueva forma, una nueva existencia, como lo hacen los vegetales salidos del germen, es compuesto, porque no es dable concebir esa mudanza sucesiva sin acompañarle la idea de partes. Podemos muy bien admitir que una substancia enteramente simple ejerza actos muy diferentes y reciba impresiones muy varias, pues que todas estas modificaciones pueden realizarse sin alterar su naturaleza, como, en efecto, lo estamos experimentando a cada || paso con respecto a nuestro espíritu; pero afirmar que la

substancia misma no es más que otra transformada y desenvuelta, es asentar que esta substancia consta de partes que se pueden combinar de distintas maneras.

La dificultad de atacar semejantes delirios proviene de que esos nuevos filósofos han tenido la ocurrencia de adoptar un lenguaje tan extraño y enigmático, que siempre está uno en la duda de si ha dado o no en el verdadero sentido del autor. Así, en el caso que nos ocupa, si Hegel hubiese dicho sencillamente que en el mundo no hay más que un ser, una substancia, que comprende en sí todo el conjunto de cuanto existe, añadiendo que lo que a nosotros nos parecen seres o substancias particulares no son otra cosa que modificaciones de la substancia única que todo lo absorbe, sabríamos que tenemos a la vista un profesor del panteísmo, y al combatirle no vacilaríamos sobre cuáles son los mejores argumentos para demostrar la falsedad del monstruoso sistema. Pero ¿cómo quiere usted habérselas con un hombre que empieza hablándole de idea, de armoniosa unidad, de conjunto que se desarrolla eternamente, de idea que es la realidad misma, de evoluciones, de ser en sí y para sí, de tránsitos de virtualidad a la actualidad, todo para venir a parar a que el universo entero no es más que un desarrollo sucesivo, saliéndole al fin con el estupendo descubrimiento de que un niño al nacer tiene la razón virtualmente, mas que no la posee actualizada, y que la encina ha salido de una bellota? ||

Los ramos, dice Hegel, las hojas, las flores, el fruto de una misma planta proceden cada uno para sí, mientras que la idea interior determina esta sucesión. ¿Sabría usted decirme lo que debe de ser el que los ramos, las hojas, las flores, el fruto procedan para sí, ni cuál podrá ser el significado de la idea interior aplicada a las plantas? ¿Supone Hegel que dentro de la naturaleza hay un ser inteligente y próvido que lo ve todo, que lo arregla todo, queriendo llamar idea el pensamiento de este ser, distinguiéndole, empero, de la materia? Entonces vendrá a parar a la idea de Dios, porque también decimos nosotros que Dios está en todos los seres, en todas partes, viéndolo todo, ordenándolo todo, conservándolo todo, presidiendo a ese magnífico desarrollo que de continuo se está obrando en la naturaleza conforme a las leyes establecidas por el Criador. Mas nosotros afirmamos que el Autor de tantas maravillas existía desde toda la eternidad, antes que nada existiese fuera de El, y ahora conserva, mueve, vivifica el mundo, no como el alma al cuerpo, sino de una manera independiente, libre, sin estar ligado con su criatura, sino obrando por medio de su voluntad omnipotente y repitiendo a cada paso lo que con tan sublime pincelada nos describió Moisés: *Hágase la luz, y la luz fué*

hecha. Pero el dar a la naturaleza una idea interior, atada, por decirlo así, con los seres corpóreos, es afirmar que el mundo es un ser animado, que funciona del propio modo que nuestro cuerpo vivificado por el alma, lo que, si anda acompañado de la confusión del espíritu con la materia, si se supone que || la existencia de los seres espirituales y corporales no es más que un desarrollo simultáneo del admirable conjunto, forma el panteísmo puro, tal como lo concibiera Spinosa.

Quizás no creía usted, mi apreciado amigo, que a tal extremo llegara la filosofía moderna de los indignos sucesores de Leibniz; mas por esto he creído conveniente presentarle a usted los mismos textos del ponderado filósofo, para que se convenciera a un tiempo de que la ensalzada superioridad se reduce a resucitar errores antiguos, bien que cubiertos con nombres extravagantes. Interminable sería esta carta, y estoy seguro de que se le haría a usted algo pesada, si me propusiera mostrarle ni aun en resumen todas las paradojas a que fué conducido Hegel por su enigmático sistema. Nada le diré a usted del desarrollo de la idea en la *esfera lógica*, de la *razón impersonal* y otras cosas por este tenor; quiero limitarme a decirle dos palabras sobre la peregrina esperanza que abrigaba el filósofo de que por medio de su teoría era dable determinar *a priori* las leyes del mundo físico. Riéranse ciertamente Newton y Leibniz de pretensión tan extraña; riéranse todos los físicos modernos, acordes en que no hay otro medio para llegar al conocimiento de las leyes de la naturaleza que la observación; pero Hegel les respondería con la mayor seriedad que, no siendo las leyes del mundo físico otra cosa que las de nuestro espíritu, bien que *objetivadas*, es muy posible pasar del conocimiento de éstas al de aquéllas. Ciertamente que debiera de encontrarse algo embarazado el filósofo alemán si se le || exigiese una explicación clara y precisa sobre esas leyes de nuestro espíritu que son al propio tiempo leyes de la naturaleza. Curioso sería ver indicada la ley de nuestro espíritu, que aplicada al mundo corpóreo se convierte en atracción universal. ejercida en razón directa de las masas e inversa del cuadro de las distancias; a qué se reducen las leyes de afinidad cuando al dejar de ser *objetivadas* quedan simplemente leyes de nuestra alma. Los poetas, los oradores, los filósofos habían descubierto ya muchas analogías entre el mundo moral y el físico, analogías que, aprovechadas por el ingenio y embellecidas con los colores de fecunda imaginación, sirven admirablemente para comparar de continuo, unos con otros, órdenes de seres muy diferentes, animando, variando y hermoseando el estilo; pero estaba reservado a Hegel el no contentarse con simples

comparaciones, el establecer completa identidad, de suerte que la observación dejase de sernos necesaria para penetrar los arcanos de la naturaleza, bastándonos meditar sobre las leyes de nuestro espíritu, es decir, abstraernos de todo cuanto nos rodea, y en seguida *objetivar* las leyes descubiertas, quedando de esta manera demostradas *a priori* todas las que rigen el cielo y la tierra.

Creerá usted, sin duda, que sin fundamento me estoy chanceando a costa del filósofo alemán y que trato de dar a la discusión este giro, sin cuidar de la verdadera mente de Hegel y sólo atendiendo a que es preciso amenizar algún tanto materias tan ingratas de puro abstrusas. Pues debe usted saber que no estoy combatiendo un gigante fantástico que yo haya || tenido la humorada de crear para partirle de un tajo: las paradojas que acabo de impugnar las sostenía Hegel con la seriedad de un alemán, y no tengo yo la culpa si el negocio es extravagante con sus ribetes de ridículo. Propúsose nada menos que construir con el auxilio de su sistema todas las ciencias naturales, y en sus obras encontrará usted aplicaciones a la mecánica, a la física, a la geología, las que pretende fundar en sus teorías metafísicas. Verdad es que el cielo no se cuidaba mucho de las profecías del filósofo y que alguna vez le dejó muy malparado, pues que, habiendo tenido la ocurrencia de demostrar *a priori* que entre *Marte* y *Júpiter* no podía haber otro planeta, nos vino cabalmente en el mismo año el célebre astrónomo Piazzi descubriendo a Ceres, que, como usted no ignora, tiene su asiento allí donde, según la demostración de Hegel, no podía tener cabida ningún planeta.

Quien a tanto se atrevía no es extraño que se permitiese motejar al inmortal Newton hasta de una manera poco decorosa. A pesar de tamaño orgullo, es cierto que la posteridad no aprobaría que se escribiera sobre el sepulcro del metafísico alemán lo que con tanta razón se halla en el del astrónomo inglés: *Sibi gratulentur mortales tale tantumque extitisse humani generis decus.*

Llegó a tal punto la manía de Hegel sobre este particular, que su admirador Link no pudo menos de decir: «Aflicción causa el ver de qué manera habla nuestro autor de los objetos pertenecientes al dominio de las ciencias naturales, de la astronomía y de las || matemáticas; y, sin embargo, él gusta de hablar sobre esto, y lo hace siempre con tono tan magistral y tan amargo, que le daría a uno risa, si reírse pudiera, al ver a un hombre como él extraviarse de un modo tan lastimoso. Este mal de Hegel empeoraba en la última época de su vida, y hasta se enojaba contra los que no se decidían a admirarle.»

Bien se habrá convencido usted, mi apreciado amigo, de

que no sin razón me había mostrado algo severo con la moderna filosofía alemana; ciertamente que no necesita comentarios la doctrina que acabo de examinar para que se vean no sólo su tendencia y espíritu, sino lo que es en sí en realidad. Espero volver otro día sobre este punto, y entre tanto viva usted seguro del afecto de este su amigo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA X

Escuela filosófica francesa de M. Cousin

Sumario.—Razones que tiene el clero francés para levantar la voz contra ella. Lo que enseñaba M. Cousin en 1818 y en 1819. Su panteísmo. Citas justificativas. Con las teorías de M. Cousin todas las religiones quedan reducidas a la nada. Conclusión.

Mi estimado amigo: Voy a pagar el resto de la deuda que hace muchos días tengo contraída, de hacerle a usted una breve reseña de cierta escuela filosófica que, nacida en Alemania y difundida por la Francia, causa los mayores estragos a la religión y tiende a comprometer gravemente el porvenir de la ciencia. Bien recordará usted lo que dije en mis anteriores sobre la filosofía alemana que tan abiertamente profesa el panteísmo, por más que de vez en cuando quiera envolverse en formas enigmáticas hablando en lenguaje ininteligible de Dios, del hombre y de la naturaleza. Esta acusación procuré fundarla en pasajes del mismo filósofo contra quien la dirigía, y creo que no le habrá quedado a usted ninguna duda de que la imputación no era calumniosa. Quizás le será || difícil a usted persuadirse que iguales cargos puedan hacerse a la escuela francesa que sigue las huellas de M. Cousin; porque habiendo oído repetidas veces las invectivas de los universitarios contra la *intolerancia* del clero, se habrá usted imaginado que la filosofía del jefe del eclecticismo es inocente en todas sus partes y que sólo cabe apellidarla impía en hombres que se alarmen, no por el error, sino por la sola luz de la razón, y se empeñen en condenar el entendimiento humano a eterna inmovilidad y a la más estúpida ignorancia.

No me costará mucho trabajo sacarle a usted de este error y demostrarle hasta la última evidencia que no sin razón levanta la voz el clero francés contra el veneno que se procura ofrecer a los jóvenes en copa de oro.

En primer lugar debe usted saber que ya en 1819 ense-

ñaba M. Cousin que no había demostración de la existencia y de los atributos de Dios, ni experimental ni de otra clase. Es cierto que al propio tiempo afirmaba que la existencia de Dios es una verdad superior a todas las otras y hasta a los principios que se llaman axiomas; mas no deja de añadir lo siguiente: «Sea cual fuere la opinión que se adopte sobre el particular, queda establecido que ni la experiencia sola, ni la experiencia ayudada del raciocinio, no puede alcanzar la existencia de los atributos esenciales de Dios.» ¿De qué servía el decir que la existencia de Dios es una verdad superior a todas las otras si luego se la combatía por sus cimientos, asegurando que la razón no podía alcanzarla y declarando, por || consiguiente, vana ilusión la creencia en que estuvieron los filósofos de que habían conseguido por medio de las criaturas elevarse al conocimiento del Criador? ¿No podríamos suponer que en 1819 no se atrevía M. Cousin a manifestar su pensamiento todo entero, y que así tributaba aparentes homenajes a la verdad para poder continuar minándola, sin alarmar demasiado a los que no se hubieran podido resignar a la enseñanza del panteísmo? Bien pronto se convencerá usted de que esta conjetura no está destituída de fundamento.

Leamos las palabras de su *Curso de 1818* (p. 55), y por ellas echaremos de ver que el fondo de su filosofía era el mismo que hemos hecho notar en la escuela alemana. «El ser absoluto, dice, conteniendo en su seno el *yo* y *no yo* finito, y formando, por decirlo así, *el fondo idéntico de todas las cosas, uno y muchos a un tiempo*, uno por la substancia, muchos por los fenómenos, se aparece a sí mismo en la conciencia humana.»

«No puede haber más que *una* substancia, añade en la página 139, la substancia de la verdad o la suprema inteligencia. *Dios es el ser único y universal* (p. 274); Dios es la substancia universal, cuyas ideas absolutas componen la sola manifestación accesible a la inteligencia del hombre (p. 390); Dios no es más que la verdad en su esencia (p. 128); no es otra cosa que el mismo bien, *el orden moral tomado substancialmente.*» *(Obras de Platón,* t. I, argumento del Eutifrón, p. 3.) «No sabemos de Dios otra cosa sino que existe y que se manifiesta a nosotros || por la verdad absoluta.» *(Curso de 1818*, p. 140.) «La materia, tal como se la define vulgarmente, no existe, pues que por lo común se la mira como una masa inerte, sin organización y sin regla, cuando en realidad está penetrada de un espíritu que la sostiene y ordena; ella no es, pues, otra cosa que el reflejo visible del espíritu invisible: «el mismo ser que vive en nosotros vive en ella»; *est Deus in nobis: est Deus in rebus.*» (Página 265.) «Estudiad la naturaleza, elevaos a las leyes que la

rigen y que hacen de ella una verdad viviente, una verdad que se ha hecho activa sensible: en una palabra, *Dios en la materia.* Profundizad, pues, la naturaleza; cuanto más os penetraréis de sus leyes más os acercaréis al espíritu divino que la anima. Estudiad sobre todo la humanidad, pues que ella es todavía más santa que la naturaleza, porque estando animada de Dios como ésta, lo conoce así, mientras la naturaleza lo ignora; abarcad el conjunto de las ciencias físicas y de las morales; separad los principios que ellas encierran; poneos en presencia de estas verdades, referidlas al ser infinito, que es su origen y sostén, y habréis conocido con respecto a Dios *todo lo que de El nos es dado conocer* en los estrechos límites de nuestra inteligencia finita.» (Págs. 141 y 142.)

Si usted reflexiona sobre estos pasajes de M. Cousin, mejor diré, con sólo que usted atienda al sentido literal y obvio de alguna de sus proposiciones, verá usted el panteísmo cubierto con un velo muy transparente. Según M. Cousin, no puede haber más que una substancia: Dios es el ser único y universal; el || ser absoluto es uno por la substancia y muchos por los fenómenos; el hombre no es más que una participación de ese ser absoluto, pues que el ser que contiene en sí el *yo* y el *no yo* finito, y que constituye, por decirlo así, el fondo *idéntico* de todas las cosas, se aparece a sí mismo en la conciencia humana. Si estudiamos la naturaleza, si nos penetramos de sus leyes, nos acercaremos al espíritu divino que la anima, pues que ella no es más que *una verdad viviente, una verdad que ha pasado a ser activa sensible;* en una palabra, *Dios en la materia.* Todo lo que podemos saber de Dios lo conocemos poniéndonos en presencia de los principios de las ciencias físicas y morales y refiriéndolos al ser infinito, que es su origen y su sostén. Para que no nos quedase duda de que M. Cousin no entendía estas palabras en sentido que pudiese ser aceptado por hombres que admiten la existencia de Dios como distinto de la naturaleza, tuvo buen cuidado el autor de explicarse más en otro lugar, revelando todo el fondo de su sistema; he aquí sus palabras: «Dios cuenta tantos adoradores cuantos son los hombres que piensan, pues que no es posible pensar sin admitir alguna verdad, aunque no fuese más que una sola.» (Ibíd., p. 128.) He aquí, según M. Cousin, reducida la adoración de Dios al conocimiento de una verdad cualquiera; así, por ejemplo, quien conozca un principio de matemáticas, sean cuales fueren su ignorancia o sus errores sobre todos los demás puntos naturales y sobrenaturales, este tal será un adorador de Dios. De esta suerte no es posible que haya ateos, pues que como todo hombre admitirá || cuando menos su propia existencia, ya admite una

verdad, y, por consiguiente, adora a Dios. M. Cousin vió que esta consecuencia nacía de su doctrina, y, lejos de rechazarla, la abrazó y la consignó en sus escritos. He aquí cómo se expresa sobre el particular: «No hay ateos; el que hubiese estudiado todas las leyes de la física y de la química, aun cuando no resumiese su saber bajo la denominación de verdad divina o de Dios, sería, no obstante, más religioso, o, si se quiere, sabría más sobre Dios que quien, después de haber recorrido dos o tres principios, como el de la *razón suficiente* o el de *causalidad*, hubiese formado desde luego un todo al que llamara Dios. No se trata de adorar un nombre, *Dios*, sino de encerrar en este título el mayor número de verdades posible, pues que la verdad es la manifestación de Dios.» (P. 141.) «Cuando habéis concebido una verdad como idea, dice en otro lugar, concebid que ella existe, y así la unís a la substancia; el que concibe la verdad concibe, pues, la substancia, sea que él lo sepa o que lo ignore... *Para saber si alguno cree en Dios, yo le preguntaría si cree en la verdad*, de donde se sigue que la teología natural no es más que la ontología, y que la ontología está en la psicología. *La verdadera religión no es más que esta palabra añadida a la idea de la verdad, ella es.*» (P. 385.)

Bien claro se echa de ver que el Dios de M. Cousin no es el Dios de los cristianos, pues que no es otra cosa, según él, que la naturaleza misma, el conjunto de las leyes que la rigen, bastando conocer una cualquiera de ellas o una verdad, sea la que fuere, para || eximirse de la nota de ateo. Creer en Dios, según M. Cousin, es creer en la verdad; la teología natural no es más que la ciencia de los seres en abstracto, y la religión no es otra cosa que una palabra añadida a esta verdad: con esta teoría tenemos proclamado sin rodeos el panteísmo; según ella, Dios es todo, y todo es Dios: es decir, que el ser infinitamente perfecto esencialmente distinto de la naturaleza será una quimera, pues que no hay otro ser que la naturaleza misma: todo cuanto existe, todo será fenómenos de la substancia universal, de ese ser único que todo lo absorbe, que todo lo identifica en sí mismo, que es a un tiempo espíritu y materia, que es activo e inerte, que ha existido siempre y siempre existirá; y, por consiguiente, no hay creación, y todas las transformaciones que vemos en el universo no son otra cosa que diferentes fases de un ser único que se modifica de varias maneras.

No crea usted, mi estimado amigo, que estas doctrinas de M. Cousin con respecto a Dios fuesen vertidas como al acaso, sin estar enlazadas con otros principios que las sostuviesen. Muy al contrario, ellas son las consecuencias del principio fundamental de los panteístas sobre la subs-

tancia; he aquí cómo la define en sus *Fragmentos filosóficos* (t. I, p. 312 de la 3.ª edición): «La substancia es aquello que no supone nada fuera de sí relativamente a la existencia.» Tenemos, pues, que la substancia ha de ser única, ya que en su esencia excluye la coexistencia de otros seres; luego todo cuanto existe, finito o infinito, no puede ser más que una substancia única: luego los || seres que a nosotros nos parecen distintos no son en realidad otra cosa que modificaciones del ser universal, único, que todo lo identifica en sí. Estos corolarios no asustan a M. Cousin, antes bien los adopta como la única doctrina razonable. «Una substancia absoluta, dice, debe *ser única* para ser absoluta... Las substancias relativas destruyen la idea misma de substancia; y substancias finitas que suponen fuera de ellas otra substancia con la cual se ligan se parecen mucho a fenómenos.» (P. 63.) «La substancia de las verdades absolutas, dice en otro lugar, es necesariamente absoluta, y si es absoluta es también *única*, porque si no es única se puede buscar alguna cosa que exista fuera de ella, y entonces se sigue que ella no es más que un fenómeno relativamente a este nuevo ser, el cual, si se dejase sospechar que fuera de él existía también alguna cosa, perdería a su vez la naturaleza de ser y no sería más que un fenómeno. El círculo es infinito, o no hay substancia o no hay más que una.» (P. 312.)

No cabe profesar con más claridad el principio fundamental de los panteístas; sólo faltaba saber si M. Cousin admitía en toda su extensión la doctrina de la escuela de Spinosa. Desgraciadamente encontramos un pasaje donde formula su pensamiento de la manera más explícita que imaginarse puede, diciendo: «El Dios de la conciencia no es un Dios abstracto, un rey solitario, relegado más allá de la creación sobre el trono desierto de una eternidad silenciosa y de una existencia absoluta que se parece a la misma nada. Es un Dios a un tiempo verdadero y real, a || un tiempo substancia y causa, siempre substancia y siempre causa; no *siendo substancia sino en cuanto es causa, y causa sino en cuanto es substancia:* es decir, siendo causa absoluta, *uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, a la cumbre del ser y en su más humilde grado, infinito y finito* a un tiempo, triple, en fin, es decir, a un mismo tiempo *Dios, naturaleza y humanidad.* En efecto, *si Dios no es todo, es nada;* si es absolutamente indivisible en sí, es incomprensible, y su *incomprensibilidad es para nosotros su destrucción.* Incomprensible como fórmula y en la escuela, Dios es claro en el mundo que le manifiesta y para el alma que le posee y le siente; estando en todas partes, *vuelve en algún modo a sí mismo en la conciencia del hombre,* del

cual El constituye indirectamente el mecanismo y la triplicidad fenomenal, por el reflejo de su propia virtud y de la triplicidad substancial, de la cual El es la identidad absoluta.» (T. I, prefacio de la 1.ª edición, p. 76.)

Después de una declaración tan terminante, no creo, mi estimado amigo, que pueda usted dudar de la mente del filósofo; y, sean cuales fueren las declaraciones de cristianismo que en otras partes haya hecho M. Cousin, convendrá usted con nosotros en que se las debe mirar como una especie de cumplimientos que dispensa a la religión dominante, y no como la expresión de la fe, ni siquiera de sanas convicciones filosóficas. Yo por lo menos no alcanzo cómo puede profesarse más abiertamente el panteísmo que diciendo claramente || que Dios es uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre de los seres y en su grado más humilde, infinito y finito a un mismo tiempo, y a un mismo tiempo Dios, naturaleza y humanidad, compendiando el pensamiento en estas inequívocas palabras: *Si Dios no es todo, es nada.*

Asentados semejantes principios, bien se deja suponer que las doctrinas morales de M. Cousin no serán muy conformes a la religión cristiana, pues que la profesión del panteísmo trae consigo el anonadamiento de la libertad humana. Porque es evidente que siendo el hombre, según las doctrinas panteístas, un mero accidente de la substancia única, todo cuanto él piense, quiera o haga serán modificaciones de la substancia universal; por lo mismo desaparece la libertad del individuo, ya que éste no tiene una existencia distinta y propia, y cuanto en él se encierra pertenece al ser único que le absorbe. Así es que M. Cousin no tiene reparo en decir: «*El hombre no es libre de una manera absoluta,* porque esta fuerza de que está dotado, una vez caída en el espacio y en el tiempo, pierde de su carácter ilimitado y absoluto.» *(Curso de 1820,* Introducción general, pp. 66 y 67.) En otro lugar, explicando lo que es libertad dice: «Un ser es libre cuando lleva en sí mismo el principio de sus actos, cuando en el ejercicio de su fuerza sólo obedece a sus propias leyes.» *(Curso de 1818,* p. 40.) De suerte que, según este filósofo, para ser libre no es necesario tener la elección entre obrar y no obrar, o entre obrar esto o aquello, sino || que es suficiente el tener en sí mismo el principio de sus actos y no obedecer más que a sus propias leyes. Así el bruto, que tiene en sí mismo el principio de sus actos, el demente, el imbécil, en una palabra, todos los seres que tienen en sí mismos el principio de su acción serán tan libres como el hombre en sano juicio y en la plenitud del conocimiento.

La revelación y hasta todas las religiones quedan redu-

cidas a la nada con las teorías de M. Cousin, y en vano es que este filósofo se empeñe en sostener que sus doctrinas no están reñidas con el cristianismo. Después de haber leído los anteriores pasajes, ciertamente encontrará usted muy peregrino el lenguaje de M. Cousin cuando se atreve a decir lo siguiente en el prefacio de sus *Fragmentos:* «¿Qué puede haber entre mí y la escuela teológica? ¿Por ventura soy yo un enemigo del cristianismo y de la Iglesia? En los muchos cursos que he hecho y libros que he escrito, ¿puédese acaso encontrar una sola palabra que se aparte del respeto debido a las cosas sagradas? Que se me cite una sola dudosa o ligera, y la retiro, la repruebo como indigna de un filósofo. ¿Será tal vez que, sin quererlo ni saberlo yo, la filosofía que enseño haga vacilar la fe cristiana? Esto sería más peligroso y al mismo tiempo menos criminal, porque no siempre es ortodoxo quien quiere serlo. Veamos cuál es el dogma que mi teoría pone en peligro. ¿Es el del Verbo, el de la Trinidad, u otro cualquiera? Dígase, pruébese o ensáyese de probarlo; ésta será cuando menos una discusión seria y verdaderamente teológica: yo la acepto de antemano y la solicito.» ||

Ya ve usted, mi estimado amigo, que M. Cousin entiende la religión cristiana de un modo bien singular, pues que después de haber profesado el panteísmo, es decir, después de haber destruído la idea fundamental de toda verdadera religión, que es la de un Dios esencialmente distinto de la naturaleza, todavía está empeñado en pasar plaza de verdadero fiel, y no quiere que se diga que se ha desviado de las doctrinas del cristianismo. Usted, que no tiene interés en ver las cosas al revés de lo que son, no podrá concebir cómo un hombre grave se atreve a consignar en sus obras semejantes palabras, después de haber manifestado en escritos anteriores cuál era su modo de pensar sobre las verdades a que rinde en el citado pasaje tan humilde acatamiento. Esta extrañeza se le desvanecerá a usted algún tanto cuando sepa que M. Cousin no admite, como él dice, *la tiranía del principio absoluto de que jamás es lícito engañar,* y que en su opinión hay engaños *inocentes,* los hay *útiles y hasta obligatorios. (Traducción de Platón,* t. IV, pp. 276 y 277.) Quien de tal modo niega a Dios su naturaleza, y al hombre su libre albedrío, no es mucho que no escrupulice en legitimar la mentira; lo singular es que él se haya podido hacer la ilusión de que semejante engaño, en lo tocante a sus doctrinas, había de alucinar a nadie. Es tan vivo el contraste, o mejor diremos, la contradicción entre unos y otros pasajes, que para no verla sería preciso cerrar los ojos a lo que es más claro que la luz del día.

Con esta breve reseña habrá formado usted concepto de

lo que son esos sistemas filosóficos, en los || cuales suponía usted tendencias espiritualistas muy sanas y hasta muy conformes con la enseñanza del cristianismo. Así habrá podido usted rectificar, o mejor diré, variar la opinión que había formado sobre el clero católico de Francia, imaginándose que sus clamores contra el veneno de alguno de los jefes de la universidad eran declamaciones fanáticas, nacidas únicamente del espíritu de intolerancia y del empeño de encerrar el entendimiento humano en los límites prescritos por el antojo de los eclesiásticos. Ahora, para en adelante, me tomaré la libertad de advertirle a usted que, cuando lea en alguna de nuestras publicaciones científicas y literarias fallos magistrales sobre este linaje de materias, no se deje usted sorprender fácilmente por el tono de seguridad con que se expresa el escritor; que las más veces, lejos de enterarse a fondo del estado de la cuestión, no hace más que traducir al pie de la letra las palabras de algún periódico de allende los Pirineos. Y como quiera que los que más en boga andan en ciertas regiones no son los más adictos a las doctrinas católicas, acontece que el fallo emitido con aire de imparcialidad y de pleno conocimiento de causa es copia literal de una de las partes, sin que el escritor español se haya tomado la pena de escuchar los descargos que hubiera alegado la otra. Pero basta de la filosofía de Schelling, Hegel y Cousin, pues que. si mucho no me engaño, debe de estar usted medianamente fatigado con la *substancia universal, y las transformaciones, y los fenómenos, y el ser único que se revela a sí mismo en la conciencia humana,* y semejantes abstracciones de la alta concepción || de esos filósofos que se levantan a inmensa altura sobre el resto de la humanidad, olvidándose en su atrevido vuelo de llevar consigo las nociones del sentido común. Nosotros, que a tanto no alcanzamos, cuidaremos de no desviarnos hasta tal punto de los senderos trazados por una razón juiciosa, sin que nos importe mucho el que se nos diga que recibimos la inspiración de *musa pedestre.* Entre tanto vea usted en qué puede complacerle este su atento servidor, Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XI

Doctrina del cristianismo sobre el amor propio

Sumario.—Cómo ha podido introducirse en Francia la filosofía alemana. Su oposición con el genio francés. Conjeturas sobre el porvenir de esa filosofía en Francia. Se propone el argumento de un escéptico contra la religión cristiana. Palabras del escéptico. Su equivocación sobre la enseñanza del cristianismo con respecto al *amor propio*. Es falso que la religión nos prohiba amarnos a nosotros mismos. Pruebas sacadas del mismo catecismo. Lo que significa el principio de la caridad bien ordenada. Lo que nos dice el catecismo sobre el origen y destino del hombre. La religión cristiana hermana y armoniza de una manera admirable el amor de Dios, el de sí mismo y del prójimo. Cómo se entiende la muerte del amor propio de que hablan los autores místicos. Cómo se entiende el aborrecimiento de sí mismo. Cómo entendían los santos el amor propio en medio de sus mortificaciones. Recursos que le quedan al escéptico después de desbaratados sus argumentos. Nuevo terreno en que en tal caso se colocaría la cuestión. La moral del Evangelio ha sido aplaudida hasta por los más violentos enemigos del cristianismo. Un consejo a los impugnadores de la religión cristiana.

Mi estimado amigo: Tengo particular complacencia en que su apreciada de usted me exima ahora para siempre de hablarle de la filosofía alemana y de la francesa, que es una imitación de la misma. Ya tenía || yo un presentimiento de que su juicio de usted, naturalmente recto, amante de la verdad y enemigo de abstracciones, no había de avenirse muy bien con ese lenguaje simbólico y esos pensamientos fantásticos con que los buenos alemanes han engalanado la filosofía, sin duda en los ratos de ocio que les habrá proporcionado en abundancia su clima de escarchas y de niebla. Extraña usted con razón que esta filosofía haya podido cundir en Francia, donde los espíritus propenden más bien al extremo opuesto, es decir, a un positivismo sensual y materialista. Yo creo que esto ha sido una especie de necesidad, supuesto que, habiéndose desacreditado tan completamente la filosofía volteriana, érales preciso, a los que querían echarla de filósofos, cubrirse con un manto más grave y majestuoso; y, como quiera que no tenían ganas de seguir a los buenos escritores que les habían precedido en su mismo país, menester fué dirigir las miradas allende del Rhin y traer con grande ostentación, en medio de un pueblo caprichoso y novelero, los sistemas de Schelling y Hegel como portentosos inventos que hubiesen hecho

progresar de una manera admirable al ingenio humano. Por lo demás, si he de decir francamente lo que pienso, opino que el genio francés no se acomodará bien con la filosofía alemana, que descubrirá lo que hay en su fondo, a saber, el panteísmo, y que, sin detenerse mucho en sutilizar y cavilar sobre la *substancia universal y única*, llegará pronto a la última consecuencia, que es el puro ateísmo, sin los ambages de palabras misteriosas. En deduciendo este resultado observará que nada se le || dice de nuevo sobre lo que le enseñaran sus filósofos del siglo pasado. Desdeñará, pues, esta filosofía que se apellida nueva, como un plagio de otra envejecida y caduca, y entonces será preciso andar en busca de otros manantiales de ilusión, para dar pábulo, siquiera por algún tiempo, a la curiosidad de las escuelas y a la vanidad de los maestros. Esta es la historia del entendimiento humano, mi querido amigo; recorra usted sus páginas y notará desde luego que el fenómeno que nosotros presenciamos es la reproducción de lo mismo que vieron los siglos anteriores No es poco el provecho que de aquí sacan los hombres religiosos, pues que, contemplando la versatilidad del entendimiento humano, comprenden mucho mejor la necesidad de una guía en medio de las ilusiones y extravíos.

Casi me ha sorprendido el argumento que usted me propone contra la verdad de nuestra religión, fundándose en que contrariamos con nuestras doctrinas uno de los sentimientos más indelebles y al propio tiempo más inocentes que se abrigan en nuestro pecho: el amor propio. Me han hecho gracia las cláusulas en que usted desenvuelve sus ideas; las razones en que las apoya serían ciertamente muy fuertes si no estribasen en una suposición falsa y, por lo mismo, no fueran como edificios sin cimiento. «Yo no sé, dice usted en su apreciada, qué espíritu misantrópico reina entre los católicos que todo lo cubre de negra tristeza. Ustedes no quieren que se hable de nada terreno; no permiten que se piense en las cosas de este mundo; anonadan, por decirlo así, el universo entero, || y cuando lo tienen sacrificado todo a su tétrico sistema, cuando han logrado dejar al hombre aislado en espantosa soledad, quieren que él se revuelva contra sí propio, que se niegue, que se anonade también a sí mismo, que se despoje de sus sentimientos más íntimos, que se aborrezca, haciendo un esfuerzo cruel contra los más vivos instintos de su naturaleza. ¡Pues qué! ¿Dios Criador será contrario de Dios Salvador? Dios, que nos ha comunicado el amor de nosotros mismos, que lo ha escrito en nuestras almas con caracteres indelebles, ese mismo Dios, cuando obra como dicen ustedes en el orden de la gracia, ¿se complacerá en obrar contra sí mismo como

Autor de la naturaleza? Estas son cosas que yo no he podido comprender nunca; y difícil se me hace el creer que usted consiga disiparme las tinieblas que en esta parte me impiden conocer la verdad. Bien se me alcanza que usted se me ha de descolgar con un elocuente sermón sobre la miseria y la iniquidad del hombre, sobre los justos motivos que tenemos para profesarnos un odio santo; pero desde luego le prevengo a usted que esa santidad yo no puedo desearla, que por más débil y vano y malo que me conozca, yo no puedo menos de quererme, y que comparando mi nada con la elevación de los querubines más afición me siento, más amor a mi menguado ser, que no hacia aquellas elevadas inteligencias que diz que rayan muy alto allá en las jerarquías celestiales.» El tono de seguridad con que usted se expresa me hace entender que tiene usted aquí algo más que dudas, pues, según parece, abriga verdaderas convicciones, y no lo extraño, || supuesto que estriba usted en un principio falso, lo da por cierto y sobre él levanta el edificio de sus discursos. Algunas palabras que habrá leído usted en ciertos libros místicos las ha tomado usted al pie de la letra, y de aquí el achacar a la religión doctrinas que ella no profesa.

¿Quién le ha dicho a usted que el cristianismo condena el amor propio, entendiendo esta condenación en un sentido riguroso? He aquí el vacío que ha dejado usted en sus raciocinios: no se ha cuidado de asegurarse bien del principio en que los apoyaba, y así, creyendo construir sobre base sólida, ha formado, como suele decirse, un castillo en el aire. No es la primera vez que esto le acontece a la religión, pues sucede muy a menudo que para combatirla se forman fantasmas, y contra ellos se pelea llamándolos hijos suyos, cuando no son más que creaciones del pensamiento del mismo que la ataca. No quiero yo decir que usted haya procedido en esta parte de mala fe; estoy seguro que padece una equivocación que reconocerá tan pronto como yo se la ponga de manifiesto, y esto me lisonjeo de poder lograrlo, no obstante lo que usted dice de que ha de ser difícil disipar las tinieblas que le impiden el conocimiento de la verdad. Por lo que toca a descolgarme con el elocuente sermón sobre la miseria y la maldad del hombre, me parece que debiera usted vivir tranquilo, cuando hartas pruebas le tengo dadas de que no soy aficionado a declamaciones de ninguna clase. Pero vamos al punto de la dificultad.

Es falso que la religión nos prohiba el amarnos || a nosotros mismos, y tan falso es, que, antes al contrario, uno de sus preceptos fundamentales es este mismo amor. Para convencerle a usted no necesito más que el catecismo. Creo que no se le habrá olvidado todavía aquello de que de-

bemos amar al prójimo como a nosotros mismos, en lo cual está consignado de la manera más explícita el precepto del amor que cada cual debe profesarse a sí propio. Este amor se nos da por modelo del que debemos tener a los prójimos, y claro es que el precepto sería contradictorio si se nos prohibiese ese mismo amor que ha de servir de dechado y como de norma para arreglar el que debemos a los otros.

¿Sabe usted que aquel principio que corre muy válido en el mundo de que la caridad bien ordenada comienza por sí mismo está expresamente consignado en todos los tratados teológicos que se han escrito sobre la caridad? En ellos se explica el orden que ésta debe seguir según son diferentes las relaciones con los objetos a que se extiende, y siendo el primero y principal Dios, el segundo somos nosotros mismos.

Por el pronto ya ve usted que quedan desbaratados todos sus raciocinios, ya que he negado redondamente el principio en que estribaban, aduciendo en pro de mi negación pruebas tan claras y sencillas que usted no podrá desechar; sin embargo, quiero ampliar mis ideas sobre este punto haciendo de ellas aplicaciones que le dejen a usted cumplidamente satisfecho.

Otra vez volveremos al catecismo: en él se nos dice que el hombre es criado para amar y servir a Dios en esta vida y gozarlo en la eterna bienaventuranza. || Ahora bien: todos nuestros actos tienen por fin: Dios y nuestra felicidad eterna. Quien desea ser eternamente feliz, ¿no se ama a sí mismo? Quien tiene la obligación de trabajar toda su vida para alcanzar esta felicidad, ¿no tiene la obligación también de amarse muchísimo a sí mismo? O mejor diré, estas dos obligaciones. ¿no se refunden en una sola? El cristiano tiene por dogma de fe que esta vida es un tránsito para la otra; si desprecia lo terreno, si no hace caso de las vanidades del mundo, es porque todo es pasajero, todo es nada en comparación de la dicha que tiene prometida para después de su muerte, si procura merecerla con sus buenas obras: sus bienes, su salud, su vida. su honra, todo debe perderlo antes que empañar su conciencia con un solo acto que le cerrara las puertas del cielo; pero en esa abnegación, en ese desprendimiento de sí mismo, queda salvo el amor propio bien ordenado, pues se desprecia lo poco por alcanzar lo mucho, se abandona lo terrenal por obtener lo celeste, se deja lo temporal por ganar lo eterno. Bien examinadas las doctrinas cristianas se encuentra que hermanan y armonizan de una manera admirable el amor de Dios, el de sí mismo y el del prójimo; y, por consiguiente, es de todo punto falso que esta inclinación natural, que nos lleva a amarnos a nosotros mismos, quede destruída por la reli-

gión; es rectificada, bien ordenada, purificada de las manchas que la afean, preservada de los extravíos que pudieran perderla, dirigida al supremo fin, infinitamente santo, infinitamente bueno, que es Dios.

¿Cómo se entiende, pues, esa muerte del amor || propio de que están hablando los autores místicos? Se entiende la extirpación de los vicios, el refrenar las pasiones, el guardarnos del orgullo; en una palabra, el cuidar de que el amor del hombre sensual no dañe al hombre moral. El hacer que prevalezca lo superior sobre lo inferior no es matar el amor, sino hacerle obrar en un sentido conforme a la ley eterna y altamente provechoso a nosotros mismos: quien se abstiene de una comida a la que se siente incitado por su apetito, si lo hace con el fin de evitarse el daño que de ella teme, ¿podrá decirse por ventura que no se ame, que se aborrezca a sí propio? Se dirá con mucha verdad que se priva de un gusto, pero esta privación dimana del mismo afecto que tiene a la conservación de la salud, y por lo mismo procede de este mismo amor propio bien entendido, que le induce a sacrificar lo menos a lo más y no le permite dañarse la salud por complacer el apetito del momento. Con este ejemplo tan sencillo, y que presenciamos todos los días sin que nos cause ninguna extrañeza, se explican fácilmente las relaciones de las doctrinas cristianas con el amor propio, no siendo necesario más que extender el mismo principio a objetos elevados y considerar que la norma que ha dirigido una acción particular es la misma con que se ordena toda la conducta del cristiano.

«Pues ¿cómo se dice que nos aborrezcamos a nosotros mismos?» Ese aborrecimiento no se refiere ni puede referirse sino a lo que hay en nosotros de malo, ya sean actos o hábitos pecaminosos, ya sea ciertas inclinaciones que tienden a apartarnos del camino || de la ley de Dios; pero de ninguna manera debemos ni podemos aborrecer nuestra naturaleza en lo que tiene de bueno, en lo que es obra de Dios; antes al contrario, debemos amarla, y la prueba de que es así está en que debemos aborrecer el mal que haya en ella, y aborrecer el mal de una cosa es desear su bien, es amarla.

Ya sabe usted, mi estimado amigo, que de las reglas dadas para la conducta de los cristianos, unas son preceptos, otras consejos: la observancia de las primeras es necesaria para la eterna salvación; la de las segundas contribuye a hacernos perfectos en esta vida y a merecernos más alto grado de gloria en la venidera; mas no nos obliga de tal suerte que si le omitimos nos hagamos reos de culpa. Esto mismo se aplica a la conducta con respecto al amor propio: por los preceptos estamos obligados a abstenernos de toda

infracción de la ley de Dios, por más que a ello nos impulsen nuestros apetitos desordenados, así como debemos sacrificar el placer que nos resulta de la satisfacción de las pasiones cuando se trate de ejercer un acto expresamente mandado en la ley divina; a sofocar de esta manera el amor propio todos estamos obligados; si no lo hacemos así, tenemos por dogma que no nos será otorgada la vida eterna, antes sí un castigo que no tendrá fin. Pero hay ciertas abstinencias, ciertas mortificaciones de los sentidos que no entran en el orden de los preceptos y pertenecen sólo al de los consejos. Estas mortificaciones las vemos practicadas con más o menos rigor por las personas que desean caminar hacia la perfección, y en algunos || santos hallamos la austeridad conducida a tan alto punto que nos asombra y aterra. Mas en estos mismos santos no estaba ahogado el amor bien entendido de sí mismos: se entregaban sin tasa a la penitencia, ya para purificarse cumplidamente de sus faltas, ya también para hacerse más agradables al Señor. ofreciéndole en holocausto sus sentidos, su cuerpo, todo cuanto tenían y todo cuanto eran; pero estos hombres extraordinarios, ¿se olvidaban por ventura de sí mismos? Se olvidaban, sí, del hombre sensual, o mejor diremos, le tenían declarada guerra a muerte, abatiéndole, atormentándole cuanto les era posible; pero la razón de esto se encuentra en que le miraban como enemigo del hombre espiritual, como enemigo temible, altamente peligroso, de quien no convenía fiarse ni un solo instante, a quien no se podía soltar la cadena del cuello sin el riesgo inminente de que se levantara contra su dueño, que es el espíritu, y le redujese a esclavitud. Pero la salvación de su alma, la felicidad eterna en la otra vida, tanto distaban de olvidarla aquellos ilustres penitentes, que antes bien suspiraban incesantemente por ella; ansiaban vivamente que Dios les librase de este cuerpo que los agravaba; así es que el mayor de sus deseos era disolverse y estar con Cristo. La visión de Dios, la unión con Dios en lazos de inefable amor era el objeto de sus esperanzas, de sus ardientes deseos, de sus continuos gemidos; así es que no puede decirse que se aborreciesen a sí mismos en toda la propiedad de la palabra, sino que se amaban con amor más bien entendido que el resto de los mortales. ||

Con las consideraciones que preceden creo que se habrá convencido usted de que estribaba en una suposición falsa, y de que, si intenta continuar sus ataques contra la religión considerándola como contraria al amor propio, le será preciso argumentar sobre otros principios. En efecto, desvanecido completamente el error en que usted vivía de que la religión cristiana nos prohibe amarnos a nosotros mismos, y

probado hasta la última evidencia que no sólo no nos lo prohibe, sino que, muy al contrario, nos lo manda, sólo le resta a usted un camino, que es probar que la religión entiende de una manera equivocada el amor propio, y que, proponiéndose dirigirle y purificarle, le sofoca y le mata. Pero ¿sabe usted en qué terreno se habrá colocado entonces la cuestión? ¿Sabe usted que considerada bajo este aspecto nada tiene que ver con lo que estábamos discutiendo hasta aquí, y que se trata nada menos que de examinar si los preceptos y consejos del Evangelio son justos, son santos, son prudentes? No creo que usted se atreva a entablar disputa sobre una verdad generalmente reconocida hasta por los más violentos enemigos del cristianismo. Ellos niegan sus dogmas, se burlan de sus ceremonias, se ríen de su jerarquía, desprecian su autoridad, la consideran como un mero sistema filosófico despojándole de todo carácter sobrenatural y divino; pero, en llegando a su moral, todos están acordes en que es pura, en que es admirable, sublime, en que es superior a la de todos los legisladores antiguos y modernos, en que se halla en íntima armonía con la luz de la razón, con los más nobles y bellos sentimientos que se || albergan en nuestra alma, en que es la única digna de reinar sobre la humanidad y de dirigir los destinos del mundo; de suerte que cuando, entregados a sus vanos pensamientos, forjan allá en su mente cristianismos reformados o religiones totalmente nuevas, todos adoptan como modelo de su moral lo enseñado en el Evangelio, y aun cuando quizás en el fondo de su corazón profesen, con respecto a la moral misma, doctrinas degradantes y altamente funestas, no se atreven por lo común a exponerlas en público, y se deshacen en elocuentes elogios de la dulzura, de la santidad, de la elevación de las máximas salidas de la boca de Jesucristo.

Se hallará usted, pues, en grave conflicto si se propone dirigir sus ataques sobre este punto; y así es que me atreveré a darle un consejo, que bien lo han menester la mayor parte de los que inculpan a la religión, y es que al juzgar alguno de sus dogmas o máximas no se deje usted llevar de esa ligereza que falla sobre los objetos de la mayor importancia sin haberse tomado la pena de examinarlos con la debida atención, y que reflexione que lo que han creído y enseñado y practicado tantos hombres eminentes en talento y sabiduría, sin duda debe de estar muy fundado, y no es fácil que venga al suelo con cuatro observaciones que, por ingeniosas, no dejan de ser extremadamente fútiles. Créame usted: cuando se le ocurran argumentos de esta clase, que con tanta facilidad le parecen derribar alguna verdad religiosa, suspenda usted el juicio; no

se precipite; medite, o lea, o consulte, que bien pronto echará de ver que el || invencible Aquiles no tiene más fuerza que la que le suministra una suposición falsa, o un raciocinio mal trabado. No dudo que se habrá usted convencido de que, si con el tiempo se resuelve a volver al seno de la religión, podrá usted amarse a sí mismo. Entre tanto viva usted seguro del afecto de este su servidor y amigo, Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XII

El Evangelio y las pasiones

Sumario.—Contradicciones de los incrédulos. La moral de los hombres irreligiosos. Defensa de la moral del Evangelio. Las pasiones. Actos internos y externos. Diferencia capital entre la religión cristiana y los filósofos que la combaten. Vicio radical del sistema de los incrédulos. Aplicación al principio de fraternidad universal. Sabiduría de la moral evangélica. Suavidad de los incrédulos convertida en crueldad. Observaciones sobre la Providencia. Importancia de la religión.

Mi estimado amigo: El método que va siguiendo usted en la discusión epistolar que hemos entablado me va manifestando una verdad que, si bien ya la tenía conocida, me la hace usted mucho más evidente: hablo de la poca fijeza y exactitud en la moral, vicio de que adolecen generalmente los que no están fundados sobre el sólido cimiento de la religión. Con mucha verdad se ha dicho que la moral sin dogma era justicia sin tribunales. Oyeseles a ustedes ponderar y ensalzar con entusiasmo la sublime doctrina de Jesucristo en todo lo concerniente a la conducta del arreglo del hombre; confiesan que nada hay superior ni igual || entre los filósofos antiguos y modernos; reconocen que nada hay que añadir ni quitar; todo esto con una sinceridad y una expresión de buena fe que no le dejan a uno duda de que, si rechazan los dogmas de la religión cristiana, al menos abrazan como convicción filosófica la moral que ella nos enseña. Cuando he aquí que a lo mejor, hablando de puntos de alta importancia, se disparan de improviso con la exposición de una doctrina que no puede conciliarse con la moral del Evangelio, pues que se halla en abierta oposición con lo que éste prescribe. Así me ha sucedido con la última de usted, en la cual, después de resignarse a abandonar la trinchera en que se había hecho

fuerte, pretendiendo que nuestra religión se empeñaba en luchar con lo más íntimo de la naturaleza al prohibir como cosa mala el amor propio, me viene usted modificando su argumento, pero en realidad proponiéndose un objeto semejante.

Dice usted que está de acuerdo conmigo en que la religión no destruye, sino que rectifica el amor propio, y no tiene usted inconveniente en reconocer que las objeciones de su carta anterior estribaban en un supuesto falso. No obstante, deseando no abandonar el terreno sin combatir, se empeña usted en sostener que la manera con que la religión rectifica el amor propio es demasiado dura y contraria por demás a los instintos de la naturaleza. Aquí tiene su aplicación lo que le estaba diciendo poco antes, a saber, que los hombres irreligiosos caen con frecuencia en una contradicción patente, alabando de una parte la moral de Jesucristo y atacándola por otra sin consideración ni || miramiento. Usted pertenece al número de aquellos que se glorían de reconocer la santidad de la moral evangélica, y, sin embargo, no tiene reparo en condenarla por lo que prescribe con respecto a las pasiones. Y ¿sabe usted que el declarar una moral mala, o inútil, o inaplicable en lo relativo a las pasiones, es condenarla poco menos que en su totalidad? ¿No ha advertido usted que la mayor parte de los preceptos de la moral se rozan con el arreglo y represión de las pasiones? Si, pues, la del Evangelio no sirve para ellas, ¿para qué servirá?

Afirma usted que los preceptos evangélicos son duros en demasía, por oponerse a irresistibles instintos de la naturaleza, y por lo que toca a alguno de sus consejos se adelanta usted a decir que difícilmente se le persuadirá que sean conformes a la razón y a la prudencia. Asienta usted por principio que el secreto de dirigir las pasiones es dejarles respiradero para evitar la explosión, añadiendo que el olvido de esta máxima es uno de los defectos capitales de que adolece la moral del Evangelio. No lleva usted a mal que se declaren culpables los actos que inducirían la perturbación en las familias, y aun aquellos que tienden a multiplicar la población encargando a la caridad pública el fruto de la incontinencia; pero no puede persuadirse que el rigor se haya de llevar hasta el punto de prohibir el mismo pensamiento, declarando culpable a los ojos de Dios aquel que admitiera la liviandad en su corazón, por más que se abstenga de todo cuanto repugne a la naturaleza o pueda acarrear algún daño a la familia y a la sociedad. Dejando || aparte la discusión a que bajo muchos aspectos podría dar lugar la objeción de usted, y ciñéndonos al punto de vista de la prudencia, que es el que usted encarece prin-

cipalmente, sostengo que la moral del Evangelio es tan profundamente sabia y cuerda en su pretendida dureza, que sería mucho más dura si se amoldase a las doctrinas de usted. Extravagante aserción ha de parecer esta que acabo de emitir, y, no obstante, me lisonjeo de poderla apoyar con tales razones que se vea usted precisado a subscribir a mi dictamen.

Ya que usted parece aficionado al estudio del corazón, me atreveré a preguntarle si, en el supuesto de haberse de prohibir un acto, es más difícil alcanzar la obediencia prohibiendo también el deseo o dejándole campear libremente. Tengo por seguro que es harto más fácil lograr que el hombre evite aquello que no puede ni desear, que no el que, siéndole permitido el deseo, haya de abstenerse de la obra. Se ha dicho muy bien que del pensamiento a la ejecución va tan poca distancia como de la cabeza al brazo, y la experiencia está enseñando todos los días que quien ha concebido deseos vehementes de poseer un objeto deja con mucha dificultad de emplear los medios para lograrlo. Cabalmente en la materia de que estamos tratando se ciega de tal modo la razón y preponderan de tal suerte las pasiones, que el que se deja arrastrar por ellas se degrada y embrutece, olvidando lastimosamente su honor, sus bienes, su salud y hasta su vida. Y con una pasión semejante, ¿cree usted que la prudencia aconseja permitir el deseo || y prohibir la ejecución? Afirma usted sin vacilar que es dura la prohibición que se extiende al deseo, sin advertir que sólo en el sistema de usted hay la verdadera crueldad, pues que se pone al hombre en el tormento de Tántalo haciendo correr a las inmediaciones de sus sedientos labios aguas frescas y cristalinas que no se le permite probar. Reflexione usted maduramente sobre estas observaciones y se convencerá de que la verdadera dureza está en la moral de usted y no en la del Evangelio; que en la de usted, bajo la apariencia de indulgente suavidad, se pone en verdadera tortura al corazón, y que en la del Evangelio, con una severidad prudente y oportuna, se procura a las almas virtuosas la tranquilidad y la calma. El hombre que sabe no serle lícito deleitarse ni siquiera en un pensamiento malo lo rechaza con fuerza desde el momento que se le ocurre, y así no da lugar a que la pasión se exalte y le ciegue; el que creyese no caber pecado sino en la ejecución procuraría complacer las inclinaciones de la naturaleza, engañándose a sí mismo con la esperanza de que el placer del pensamiento y del deseo no le arrastraría hasta cometer el acto; pero desde el momento que la razón y la voluntad hubiesen abdicado su soberanía, aun cuando fuese con la condición expresa de que no se los había de llevar más allá de lo que

permitieran los deberes, fuérales imposible contener las pasiones turbulentas, que, engreídas con la primera concesión, no cederían hasta satisfacerse cumplidamente.

Una diferencia capital existe entre la religión cristiana y los filósofos que bajo distintos nombres la || combaten: aquélla asienta por principio que es preciso atajar las pasiones en su cuna, creyendo que será tanto más difícil dirigirlas o sujetarlas cuanto más incremento se les haya dejado tomar, mientras éstos se conducen por la regla de que conviene permitir que las pasiones, aun las de tendencias más aviesas, se desenvuelven hasta cierto punto, en el cual afirman que es necesario detenerlas. Y, ¡cosa notable!, así se portan los filósofos que no disponen de otros medios para dominar el corazón que estériles discursos, cuya impotencia se manifiesta siempre que se hallan en lucha con una pasión algo vehemente; y la religión obra en sentido contrario, ella que abunda de medios eficacísimos para obrar sobre el entendimiento y la voluntad y señorear al hombre entero. La religión fundada por el mismo Dios se atiene a una regla prudente, estimando en más la precaución del mal que no el tener que remediarlo, procurando curarlo cuando es pequeño por ahorrar la dificultad de hacerlo cuando sea grande; y el débil mortal se atreve a soltar el dique a las aguas, afirmando que conviene dejarlas correr libres y que basta el que cuando lleguen al límite prefijado se les diga: «De aquí no pasaréis, y aquí quebrantaréis el orgullo de vuestras olas.»

Yo no sé si se habrá convencido usted, mi estimado amigo, con las razones que acabo de alegar en defensa de la moral del Evangelio y en contra del sistema filosófico. Como quiera, no podrá usted negarme que estas consideraciones no son para despreciadas, dado que se fundan en la misma naturaleza del || hombre y en lo que nos está enseñando la experiencia de todos los días. Lo que hemos aplicado a la pasión más turbulenta y peligrosa de las que afligen a los míseros humanos puede decirse de todas las demás, bien que de ella se verifica de una manera particular aquello de que no hay más remedio que la fuga. Sentencia profundamente sabia y prudente que advierte al hombre de lo mucho que importa no perder el dominio sobre sí mismo, porque no le sería fácil encadenar las pasiones una vez hubiese llegado a soltarlas.

Sucede con el individuo lo propio que con la sociedad: si el poder supremo, cuyo cargo es gobernar, principia a ceder a las exigencias de los que deben obedecer, éstas van cada día en aumento, la autoridad se degrada a proporción que pierde terreno, hasta que al fin se llega a una completa anarquía o se apela a una reacción violenta para recobrar

lo perdido y restablecer derechos que jamás se debieran haber abdicado. Las leyes de orden tienen una analogía singular, aun en sus aplicaciones a cosas de naturaleza muy diferente: pudiera decirse que es una misma ley sin más modificaciones que las absolutamente indispensables para atender a la especie del sujeto que por ellas se ha de regir.

He dicho que cuanto acababa de afirmar sobre la pasión voluptuosa era también aplicable a las demás, y voy a hacérselo sentir a usted atacándole por la parte más sensible, que es la filantropía, ya que ustedes los filósofos no pueden tolerar que se ponga en duda su ardiente amor a la humanidad. Están ustedes encareciendo continuamente el precepto de || fraternidad universal, que, según la religión de Jesucristo, enlaza a todos los hombres como miembros de una misma familia. Infiérese de dicho mandamiento la prohibición de no dañar al prójimo, y, según nuestros principios, no sólo no podemos dañarle, pero ni aun tener este deseo, por manera que pecamos con sólo complacernos en nuestro corazón un pensamiento de venganza.

Ahora bien, aplicando al caso presente la teoría de usted, resultará que debe condenarse por sobrado dura la moral cristiana en esta parte, y para seguir los consejos de una *suave prudencia* será preciso contentarse con declarar que es malo el cometer un acto que dañe a nuestros hermanos, pero no lo es el deseo si nos limitamos a él. Así la bella fraternidad de ustedes se podrá expresar de esta suerte: «Hombres, no os causéis daño, ni de obra ni de palabra, porque con esto faltaríais a las reglas de la sana moral y ofenderíais al Dios que os ha criado, no para que os perjudiquéis mutuamente, sino para que viváis en pacífica armonía. Hasta aquí llega la obligación; pero, entrando en el santuario de vuestro interior, sois dueños de desear a los demás hombres todo el mal que os pluguiere, seguros de que con ello no cometeréis ninguna falta, pues que Dios no es tan duro que haya querido no sólo prohibir los hechos, sino también el pensamiento y el deseo.» ¿No le parece a usted que el precepto de la caridad, de la fraternidad universal, es cosa curiosa y peregrina si le explicamos de esta manera? Y, sin embargo, es evidente que de esta suerte lo explica usted, no habiendo yo hecho || otra cosa que reunir las partes del sistema para que se notara más vivamente el contraste.

El vicio radical de dicho sistema es poner en desacuerdo lo interior con lo exterior, es suponer que conviene limitar las obligaciones morales a los actos externos, es establecer una especie de moral civil que en último análisis vendría a parar a una jurisprudencia puramente humana, sin otro objeto que impedir el que se perturbase la tranquilidad pú-

blica. A este resultado conducen las doctrinas de usted, y nada extraño es que así sea, puesto que es muy natural que en desterrando a Dios del mundo, o no admitiendo religión alguna, es decir, quitando la influencia divina sobre los actos del hombre, queden éstos considerados en el orden puramente externo y no tengan importancia a los ojos del filósofo sino en cuanto son capaces de producir algún bien exterior o de causar algún mal. Quitando ustedes a Dios, o, lo que viene a parar a lo mismo, destruyendo la religión, destruyen también la conciencia, destruyen al hombre interior y reducen toda la moral a una combinación de utilidades bien calculadas.

Estas consecuencias le serán a usted desagradables, y no me cabe duda que hará un esfuerzo por rechazarlas; mas para evitar disputas le ruego a usted que vuelva a seguir el hilo del raciocinio que me ha conducido a ellas, pues estoy cierto que, haciéndolo así con imparcialidad y buena fe, no podrá menos de reconocer que mis palabras nada tienen de falso ni hiperbólico.

Entre tanto, y para hacer sentir más y más los || errores e inconvenientes de la doctrina que usted abrazaba con tanta seguridad, voy a hacer una aplicación de ella al mismo precepto de fraternidad universal, no considerado en su parte prohibitiva, sino en la preceptiva. Dando por sentado que el mal está únicamente en los actos externos, deberemos convenir también en que la bondad de las acciones estará también en lo exterior; así ejerceremos un acto laudable haciendo bien al prójimo, mas no deseándoselo. Y ¿sabe usted adónde nos conduce este principio? ¿Sabe usted que nada menos se logra con él que destruir de un golpe esa fraternidad universal tan encarecida por la filantropía de los filósofos? ¿Qué es el amor que se limita a los actos exteriores? ¿Es verdadero amor el que no está en el corazón? ¿No es esto lo mismo que nos está indicando el lenguaje cuando distingue entre la beneficencia y la benevolencia, es decir, entre hacer el bien y el desearlo? Así la primera como la segunda, ¿no son virtudes muy loables? Quien no puede ser benéfico por faltarle los medios necesarios, ¿no es muy laudable que sea benévolo, esto es, que tenga deseos de hacer el bien, ya que no le sea posible realizarlo? Quien hace el bien, ¿no lo desea antes de ponerlo en práctica? Es decir, el hombre benéfico, ¿no es antes benévolo, y no es benéfico por lo mismo que es benévolo? Yo no sé si usted mirará las cosas bajo este punto de vista, pero de mí sabré decirle que considero tan enlazados el deseo y el acto, que se me presentan como cosas de un mismo orden y como que la una es complemento de la otra. Más diré, limitándome || a la beneficencia; cuando me figu-

ro a un hombre que hace el bien por un motivo cualquiera, pero que al mismo tiempo no abriga en su corazón un afectuoso deseo que le impulsa a estos actos, es decir, cuando veo la beneficencia separada de la benevolencia, o no concibo allí un acto de virtud, o por lo menos la encuentro manca, despojada de los más bellos adornos que la hacían agradable y encantadora.

Ya ve usted, mi querido amigo, que la religión cristiana no anda tan desacertada en entrometerse en los actos internos, en extender sus mandamientos y sus prohibiciones hasta lo más recóndito que ejecutamos en el fondo de la conciencia, y que el tacharla de dura por este procedimiento es dar por el pie no sólo a la moral religiosa, sino también a la enseñada por la luz de la razón. Así se enlazan las cosas que parecen más distantes; así se encadenan las verdades con tan estrecha intimidad, que quien se atreve a negar una, se ve forzado a desechar muchas otras, que él tal vez respeta y venera con toda sinceridad y acatamiento. De esas consideraciones desearía yo que sacase usted una consecuencia que le he indicado ya varias veces, y que no me cansaré de repetirle, y es la importancia de que al examinar las cuestiones religiosas no nos empeñemos en aislarlas demasiado, pues que corremos peligro de mutilar la verdad, y una verdad mutilada es un error. Los incrédulos y los escépticos incurren casi siempre en este defecto; toman un dogma, un precepto moral, una práctica, una ceremonia de la religión, la separan de todo lo demás, la analizan prescindiendo de todas las relaciones que tiene con || otros dogmas, preceptos, prácticas o ceremonias; no miran el objeto sino por un lado, y de esta manera consiguen que la ceremonia parezca ridícula, que la práctica sea irracional, que el precepto sea cruel, que el dogma sea absurdo. No hay orden de verdades que no venga al suelo si de este modo se las examina, porque entonces no se las considera como son en sí, sino como las ha arreglado allá en su mente el antojo del filósofo. En tal caso se crean fantasmas que no existen, se huye el cuerpo a los verdaderos enemigos para pelear con otros imaginarios, con lo cual es poco peligroso el entrar en la lucha partiendo de un tajo descomunales jayanes.

En la parte moral, mayormente cuando se trata de los sentimientos más dulces y seductores, no es difícil alucinar a los incautos ofreciéndoles como una expansión inocente lo que es un veneno mortífero. Así, por ejemplo, en la dificultad que usted me propone en su apreciada, ¿qué cosa más conforme a los instintos de la naturaleza, a los más suaves impulsos del corazón, que la doctrina por usted sustentada? «Qué, decía usted, ¿no basta prohibir los actos

que podrían producir malos resultados a la sociedad, a la familia o al individuo, que sea preciso penetrar hasta lo interior del alma y allí complacerse en atormentar el corazón, obligándole a abstenerse hasta de aquellas exhalaciones que, más bien que crímenes, deberán ser a los ojos de Dios inocentes desahogos de la naturaleza? Si el mal no se consuma, ¿a quién daña el deseo? ¿Es posible que el Criador pueda ofenderse de los actos más inofensivos de su criatura?» He || aquí lo que se apellidan golpes sentimentales, y que son argumentos decisivos para las almas candorosas y ardientes que están ansiosas de una doctrina que excuse sus debilidades, aflojando algún tanto la austeridad de la moral que aprendieron en el catecismo. Pero he aquí también sofismas peligrosos que a nada conducen para el bienestar y consuelo de aquellos en cuyo favor se hacen, y que, antes al contrario, los extravían y corrompen de una manera lastimosa. «Qué, se podría replicar imitando el propio tono, ¿seréis tan crueles que permitáis arrimar a los labios sedientos el fresco y sabroso licor y no consintáis probarlo? ¿Seréis tan crueles que soltéis la rienda a la pasión en las regiones interiores y no le dejéis un desahogo en lo exterior? ¿Seréis tan crueles que desencadenéis las tempestades en el fondo del corazón, que allí conservéis a éste agitado y combatido por todos lados, sin dejar que el desahogo le alivie de sus penas, y que extendiéndose la borrasca se haga menos intensa y dolorosa? O cerrad enteramente la puerta al daño o permitidle el remedio: no pongáis de tal suerte en lucha al hombre interior con el exterior, al corazón con las obras; ya que de humanos os preciáis, procurad que no sea tan cruel vuestra mentida indulgencia.»

Por lo que toca al otro punto de si Dios puede indignarse por los actos interiores de su criatura, ¡qué!, podríamos decir, si relaciones hay entre Dios y el hombre, si el Criador no ha abandonado a su criatura, si la mira todavía como digno objeto de sus cuidados, ¿no es claro, no es evidente que el entendimiento || y la voluntad, es decir, lo más precioso que hay en el hombre, lo que le hace capaz de conocer y amar a su Hacedor, lo que le ensalza sobre los brutos, lo que le constituye rey de la creación, no es aquello, repetiremos, lo que debe suponerse objeto de la solicitud del Supremo Hacedor y que Este no atiende a los actos exteriores sino en cuanto emanan del santuario de la conciencia, donde se complace en ser conocido, amado y adorado? ¿Qué es el hombre si prescindimos de su interior? ¿Qué es la moral si no la aplicamos al entendimiento y a la voluntad? ¿Es fundada, es razonable siquiera una doctrina que, aparentando sobreabundancia de sentimien-

tos de humanidad y blasonando de dignidad e independencia, mata tan desapiadadamente al hombre en lo que tiene de más independiente y más digno?

Persuádase usted, mi querido amigo, de que no hay verdad, no hay dignidad en nada de lo que se opone a la religión; que lo que a primera vista parece más noble y generoso es en realidad bajo y degradante; y a propósito de sentimientos filantrópicos, guárdese usted de esas inspiraciones repentinas que se le ofrecerán como argumentos decisivos y que, examinados a la luz de la religión y hasta de la sana filosofía, no son más que raciocinios infundados, o bien que, estribando sobre principios erróneos, conducen a establecer el predominio del cuerpo sobre el espíritu y a desencadenar sobre la tierra las pasiones voluptuosas. Interin vea usted en qué puede complacerle este su amigo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XIII

La humildad

Sumario.—Equivocaciones de un escéptico. Dicho de Santa Teresa. Pasaje de San Francisco de Sales. Cómo debe entenderse la humildad. Cuán agradable es la humildad a los ojos del mundo.

Mi estimado amigo: Ya veo que es empeño inútil el de obligarle a usted a una discusión seguida sobre los dogmas de la religión y los principios en que se fundan, pues que, fiel a su sistema de no atenerse a ningún sistema, y guardando inviolablemente la regla de su método, que es no observar ninguno, revolotea como mariposa de flor en flor, de suerte que, cuando le creía uno engolfado en alguna cuestión capital y decidido a continuar por largo tiempo el ataque empezado contra un punto de las murallas de la ciudad santa, levanta de improviso los reales, se aposenta en otro campo y desde allí amenaza abrir nueva brecha, esperando que yo acuda a defender el punto atacado, para luego dirigirse a otra parte y fatigarme inútilmente sin obtener el resultado que deseo. Pero digo mal cuando afirmo que me he fatigado inútilmente, || porque si bien es verdad que no me ha sido posible hasta ahora apartarle a usted de su error, porque se ha resistido siempre a sujetarse al trabajo de una discusión sostenida con el debido orden y encadenamiento, me lisonjeo, no obstante, de que habré lo-

grado desvanecerle a usted algunas preocupaciones que sin duda le habrían obstruído el paso en el camino de la fe, si es que algún día, ilustrado su entendimiento por inspiraciones superiores, movido su corazón por la gracia del Señor, se resuelve a emprenderle con seriedad, rompiendo las trabas que le detienen y saliendo del infeliz estado en que se encuentra y en que espero no le ha de sorprender la hora de la muerte.

Disimulándome usted el preámbulo, que quizás calificará de importuno y que yo considero como importunidad saludable, voy a responder a las dificultades que me propone usted sobre una de las virtudes más encarecidas por la religión cristiana. Alégrome en gran manera de que hayamos salido de las disputas que eran objeto de la carta anterior, porque, si bien versaba sobre asunto muy trascendental y de altísima importancia, la materia era de suyo tan delicada y vidriosa que es preciso andar siempre midiendo las palabras y en busca de expresiones que, dejando traslucir la verdad, cubran con tupido velo cuanto pudiera ofender las buenas costumbres y las delicadas consideraciones debidas al pudor. Al fin la humildad es cosa sobre la cual es lícito hablar sin rodeos, no habiendo el peligro de que una palabra poco mesurada haga salir los colores al rostro.

Algo volteriano está usted cuando habla de la virtud || de la humildad, y le aplica irónicamente el dictado de *sublime* que los cristianos nos complacemos en tributarle. Según parece, se ha formado usted ideas muy equivocadas sobre la naturaleza de dicha virtud, pues que llega a asegurar que, por más que lo desease, le sería imposible el ser humilde a la manera que lo exigen los libros de mística, por la sencilla razón de que no cree permitido el engañarse a sí mismo y de que, aun cuando se esforzase en ello, tampoco le sería dable conseguirlo. Gana de reír me ha dado el que usted se imagine haberme propuesto una dificultad insoluble con aquello de que no le es posible persuadirse que sea el más estúpido entre los hombres, pues que está viendo tantos otros que evidentemente no poseen los pocos o muchos conocimientos que a usted le han proporcionado la educación y la instrucción, ni tampoco que sea el más perverso entre los mortales, supuesto que ni roba, ni asesina, ni comete otros actos a que se arrojan algunos de sus semejantes; y que, sin embargo, si escuchamos la doctrina de los místicos, ésta es la perfección de la humildad y a ella llegaron los santos más distinguidos, más adelantados en esta virtud. No tengo tampoco inconveniente en que usted no se encuentre de humor para andarse, como dice, por esas calles haciendo del loco con el fin de

que los demás le desprecien y tener así ocasión de ejercer la humildad; pero lo que extraño es que tales argumentos los repute usted por invencibles y que cante de antemano la victoria, intimándome que, o es preciso tragar los absurdos que de estas máximas y ejemplos || resultan, o condenar las vidas de grandes santos y echar al fuego las obras de los místicos más afamados. Paréceme que el dilema no es tan perfecto que no deje salida; antes creo que ni será preciso devorar absurdos, ni tampoco entregarse al repugnante oficio del alma de Don Quijote y del cura de su lugar.

Usted, que se precia de caballeroso, creo que no estará reñido con Santa Teresa de Jesús, a quien, si reputa por ilusa, al menos no podrá dejar de tributarle el merecido elogio por sus eminentes virtudes, por su alma cándida, su bellísimo corazón, su talento claro y penetrante y su pluma tan amable como sublime. A esta santa ya sabe usted que algo se le alcanzaba de achaque de virtudes cristianas, y que con lo mucho que había meditado y leído, y consultado además con hombres sabios, o, como ella dice, grandes letrados, debía de saber en qué consistía la humildad, y cómo era entendida y explicada esta virtud en el seno de la Iglesia católica. Y ¿cree usted que la santa pensaba que para ser humilde era preciso comenzar engañándose a sí propia? Apostaría yo que usted no acierta en la definición que da de la humildad, definición admirable y que, preciso me es decirlo, parece excogitada a propósito para contestar a las dificultades de usted. Refiere la santa que no comprendía por qué la humildad era tan agradable a Dios, y que, discurriendo un día sobre este punto, alcanzó que era así porque *la humildad es la verdad.* Ya ve usted que no se trata de engaño, y que tan distante está de obligarnos a él la humildad, que antes bien con ella disipamos el engaño, porque su mérito || más sólido, el título por el cual es agradable a Dios, es el ser verdad.

Desenvolveré en pocas palabras esa hermosa sentencia de Santa Teresa de Jesús, y no necesitaré más que esta luminosa observación de la santa para hacerle comprender a usted lo que es la humildad en sus relaciones con nosotros mismos, con Dios y con el prójimo.

¿Está en oposición con la virtud de la humildad el que conozcamos las buenas dotes naturales o sobrenaturales con que Dios nos ha favorecido? No, antes al contrario, revuelva usted todas las obras de los teólogos escolásticos y místicos, y a todos los encontrará de acuerdo en que dicha virtud no se opone a semejante conocimiento. Quien experimenta a cada paso que comprende con mucha facilidad cuanto lee u oye, que le basta fijar su meditación sobre las

cuestiones más abstrusas para que se le presenten desde luego claras y despejadas, no hay inconveniente en que se halle interiormente convencido de que Dios le ha dispensado este señalado favor; más diré, le es imposible dejar de abrigar esta convicción, que tiene por objeto un hecho que está presente a su ánimo y de que le asegura su conciencia propia, como que es una serie de actos que acompañan de continuo su existencia, que constituyen su vida intelectual, aquella vida íntima de que estamos tan ciertos como de la existencia de nuestro cuerpo. ¿Podrá usted figurarse que Santo Tomás estuviese persuadido de que era tan ignorante como los legos de su convento? San Agustín ¿era posible que creyese conocer tan poco la ciencia de la || religión como el último del pueblo a quien la explicaba? San Jerónimo, que tan aventajados conocimientos poseía en las lenguas sabias y en cuanto es menester para interpretar atinadamente la Sagrada Escritura, ¿diremos que en su interior no estaba penetrado de que poseía más que medianamente el griego y el hebreo, y de que sus investigaciones con que se remontaba hasta las fuentes de la erudición habían sido del todo infructuosas? No; no dicen los cristianos tales disparates. Una virtud tan sólida, tan hermosa, tan agradable a los ojos de Dios, no puede exigir de nosotros tamañas extravagancias; no puede exigir que cerremos los ojos para no ver lo que es más claro que la luz del día.

Bien entendida la humildad, trae consigo el claro conocimiento de lo que somos, sin añadir ni quitar nada; quien tenga sabiduría puede interiormente reconocerlo así, pero debe al propio tiempo confesar que la ha recibido de Dios, y que a Dios se debe el honor y la gloria. Debe reconocer también que esta sabiduría, si bien levanta mucho más su entendimiento que el de los ignorantes, o de los menos sabios que él, le deja, sin embargo, muy inferior a los demás sabios que se le aventajan en extensión y profundidad. Debe al propio tiempo considerar que esta sabiduría no le da derecho para despreciar a nadie, pues que, teniéndola por especial beneficio de Dios, de la misma manera la hubieran poseído los otros si el Criador se hubiese dignado otorgársela. Debe considerar que este privilegio no le exime de las flaquezas y miserias a que está sometida la humanidad, y || que cuanto más sean los favores con que Dios le haya distinguido, cuanto más claro sea el entendimiento para conocer el bien y el mal, tanta más estrecha cuenta deberá dar a Dios, que de tal suerte le ha hecho objeto de su bondadosa munificencia. Quien tenga virtudes no hay inconveniente en que lo reconozca así, confesando al propio tiempo que son debidas a particular gracia del cielo; que si

no comete las maldades a que se arrojan otros hombres es porque Dios le tiene de su mano; que si hace el bien y evita el mal por medio de la gracia, esta gracia le ha sido concedida por Dios; que si por su misma índole está inclinado a ciertos actos virtuosos, causándole horror los vicios opuestos, esa índole le ha venido también de Dios: en una palabra, tiene motivo para estar contento, mas no para engreírse, supuesto que sería injusto atribuyéndose lo que no le pertenece y defraudando a Dios la gloria que le corresponde.

Oiga usted sobre este particular al gran santo, al hombre que tan alto se levantó en todas las virtudes cristianas, especialmente en la de la humildad: a San Francisco de Sales, y vea usted cómo no sólo conviene en que es lícito reconocer los bienes que nosotros tenemos, sino también en que es permitido y muchas veces saludable el fijar sobre ellos la atención, el pararse detenidamente a considerarlos.

«Pero tú desearás, Filotea, que te conduzca más adelante en la humildad, porque lo que de ella hasta aquí he tratado más parece sabiduría que humildad. Paso, pues, adelante: muchos no quieren ni se atreven a pensar y considerar en particular las gracias y mercedes || que Dios les ha hecho, temerosos de dar en la vanagloria y complacencia, en lo cual ciertamente se engañan, porque, como dice el grande Doctor Angélico, el verdadero medio de llegar al amor de Dios es la consideración de sus beneficios, porque cuanto más los conociéremos, tanto más le amaremos, y como los beneficios particulares mueven más particularmente que los comunes, así también deben ser considerados más atentamente. Es cierto que nada nos puede humillar tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus beneficios, ni nada nos puede humillar tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Consideremos lo que ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho contra El, y como consideramos por menudo nuestros pecados consideremos así por menudo sus gracias. No hay que temer que el conocimiento de lo que ha puesto en nosotros nos desvanezca, con tal que atendamos a esta verdad, que cuanto hay bueno en nosotros no es nuestro. ¿Los mulos, dime, dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de muebles preciosos y olores de príncipes? ¿Qué tenemos nosotros bueno que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, ¿por qué nos queremos ensoberbecer? (I Cor., IV, 7). Al contrario, la viva consideración de las mercedes recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si, viendo los beneficios que Dios nos ha hecho, nos llegase a inquietar cualquiera suerte de vanidad, el remedio infa-

lible será recurrir a la consideración de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones y || de nuestras miserias. Si consideramos lo que hacíamos cuando Dios no estaba con nosotros, conoceremos que lo que hacemos cuando nos acompaña no es de nuestra industria ni de nuestra cosecha. Alegrarémonos verdaderamente y regocijarémonos porque tenemos algún bien; pero glorificaremos sólo a Dios, como autor de él. Así la Santísima Virgen confesó que Dios obró en Ella cosas grandes; pero esto fué por humillarse y engrandecer a Dios: «Mi alma, dice, engrandece al Señor, »porque ha hecho en mí cosas grandes». (Luc., I, 46, 49).» (San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, 3.ª parte, c. V.)

No cabe testimonio más concluyente en favor de la doctrina que andaba exponiendo; ya ve usted que no se trata de engañarse a sí mismo, sino de conocer las cosas tales como son en sí. «Entonces, me objetará usted, ¿cómo es que los grandes santos digan a boca llena que son los mayores pecadores del mundo, que son indignos de que la tierra los sostenga, que son los más ingratos entre los hombres?» Entienda usted el verdadero sentido de estas palabras; advierta que andan acompañadas de un sentimiento de profunda compunción; que son pronunciadas en momentos en que el espíritu se anonada en presencia del Criador; y echará usted de ver que son susceptibles de interpretación muy razonable. Aclarémoslo con un ejemplo. Cuando Santa Teresa de Jesús decía que era la mayor pecadora de la tierra, ¿deberemos pensar que ella creyese ser culpable de los delitos de las mujeres más perdidas, cuando le constaba muy bien la pureza de su cuerpo y alma, cuando sabía los inefables beneficios || con que el Señor la estaba favoreciendo? Claro es que no. Más diré: ¿debemos suponer que se creyese con un solo pecado mortal en la conciencia? Es cierto que no, pues de lo contrario no se hubiera atrevido a recibir el augusto Sacramento del Altar, que, sin embargo, recibía con tanta frecuencia y con tales éxtasis de gratitud y de amor. Ahora bien: la santa no ignoraba que en el mundo había muchas personas culpables de pecados graves y gravísimos a los ojos de Dios, ella era la primera en deplorarlo y en rogar al cielo que se dignase mirar a aquellos desgraciados con ojos de misericordia; luego cuando aseguraba que era la mujer más pecadora de la tierra no podía entenderlo en un sentido riguroso, tal como usted parece quererlo interpretar. ¿Qué significaba, pues? Helo aquí muy sencillamente. Asistamos a una de las escenas que se representaban en su espíritu, y comprenderemos perfectamente el sentido de las palabras que son para usted piedra de escándalo. Puesta en presencia de Dios

con fe viva, con caridad ardiente, con el corazón contrito y humillado, examinaría los recónditos pliegues de su corazón y observaría de vez en cuando algunas ligeras imperfecciones que no habían sido consumidas todavía por el fuego del divino amor; recordaría también los tiempos pasados, en los que, no obstante de ser ya muy virtuosa, no había entrado de lleno en el camino sublime que la condujo a la altura de santidad que hacía de ella un ángel sobre la tierra. Se ofrecerían a su memoria las faltas leves en que había incurrido, la poca prontitud en seguir las inspiraciones del cielo, y comparado todo con los || beneficios naturales y sobrenaturales de que el Señor la había llenado, y medido todo con su viva fe, con su inflamada caridad, con aquella íntima presencia de Dios que la tenía fuera de esta vida mortal y la hacía morar en regiones superiores, vería en toda su negrura la fealdad del pecado aun venial, consideraría la ingratitud de que se hiciera culpable no prestándose desde luego con mucho más ardor del que lo hiciera a los llamamientos del Señor; y entonces, puesta en parangón la santidad de su alma con la santidad divina, su ingratitud con los beneficios de Dios, su amor con el amor que Dios le manifestaba, se anonadaría en presencia del Altísimo, perdería de vista el bien que en sí tenía, y fijos únicamente los ojos en su debilidad y miseria, exclamaría que era la más pecadora entre las mujeres, que era la más ingrata entre todas las criaturas. ¿Qué encuentra usted aquí de irracional y de falso? ¿Se atreverá usted a condenar la expansión de un corazón humilde que, anonadado en presencia del Señor, reconoce sus defectos, y, considerándolos con toda viveza, exclama que son los mayores pecados del mundo? ¿No ve usted aquí más bien la expresión de una caridad ardiente que palabras de engaño?

Si quisiera valerme de un lenguaje afilosofado le diría a usted que la humildad cristiana es lo más a propósito para formar verdaderos filósofos, si es que la verdadera filosofía ha de consistir en hacernos ver las cosas tales como son en sí, sin añadir ni quitar nada. La humildad no nos apoca, porque no nos prohibe el conocimiento de las buenas dotes que poseamos; || sólo nos obliga a recordar que las hemos recibido de Dios, y este recuerdo, lejos de abatir nuestro espíritu, lo alienta; lejos de debilitar nuestras fuerzas, las robustece; porque teniendo presente cuál es el manantial de donde nos ha venido el bien, sabemos que recurriendo a la misma fuente con viva fe y rectitud de intención manarán de nuevo copiosos raudales para satisfacernos en todo lo que necesitemos. La humildad nos hace conocer el bien que poseemos, pero no nos deja olvidar nuestros males,

nuestras flaquezas y miserias; nos permite conocer el grandor, la dignidad de nuestra naturaleza y los favores de la gracia, pero no consiente que exageremos nada, no consiente que nos atribuyamos lo que no tenemos, o que, teniéndolo, nos olvidemos de quien lo hemos recibido. La humildad, pues, con respecto a Dios nos inspira el reconocimiento y la gratitud, nos hace sentir nuestra pequeñez en presencia del Ser infinito.

Con respecto a nuestros prójimos, la humildad no nos permite exaltarnos sobre ellos exigiendo preeminencias que no nos corresponden; nos hace afables en el trato, porque dándonos a conocer nuestras flaquezas nos vuelve compasivos con las que sufren los demás, y conservando nuestro corazón exento de envidia, que siempre acompaña a la soberbia, hace que respetemos el mérito dondequiera que se halle, y que lo reconozcamos francamente, tributándole el debido homenaje, sin el mezquino temor de que pueda salir perjudicada nuestra gloria.

Ya que acabo de pronunciar la palabra *gloria*. desearía saber si usted lleva también a mal que la humildad || no nos permita saborearnos en las alabanzas de los hombres y nos inspire sentimientos superiores a ese humo que desvanece tantas cabezas. Si así fuere, como no lo dudo, me bastará una reflexión para convencerle a usted de su error. ¿Le parece a usted bueno todo lo que hace al hombre más grande? Creo que no tendrá reparo en decirme que sí. Pues bien, el mismo mundo mira como un héroe a aquel que, haciendo acciones dignas de alabanza, no se para en ella, la menosprecia, y al sentir el fragante aroma pasa sin detenerse, con la cabeza llena de pensamientos elevados, con el corazón henchido de sentimientos generosos; el mundo, pues, hace justicia a los despreciadores de la vanidad humana, es decir, a los que practican actos de verdadera humildad: no quiera usted ser menos justo que el mundo. ¿Desea usted una contraprueba de lo que acabo de decir? Hela aquí: los que no son humildes buscan la alabanza, y ¿sabe usted lo que se adquieren tan pronto como se trasluce su afán? El ridículo y la burla. Cuando deseamos parecer bien a los ojos del mundo, si no somos humildes en realidad, lo aparentamos, porque en lo exterior damos a entender que no hacemos caso de la alabanza, y si se nos tributa la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea usted, mi estimado amigo, cuán sabia, cuán noble, cuán sublime es la religión cristiana, pues en la virtud, que tanto abatimiento parece traer consigo, está encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres; éstos la ofrecen gustosos a quien la merece y no la busca, pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las || co-

sas, que la misma soberbia, para saciar su sed de gloria, se ve precisada a negarse a sí misma, a cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aun en la tierra aquella sentencia de la Sagrada Escritura: «Quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado.»

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará usted bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la religión cristiana no necesita usted ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado a presidio o al cadalso, ni tampoco que no tiene más conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrear. Si alguna vez encuentra usted en las vidas de los santos algún hecho que no pueda usted explicar por las reglas arriba establecidas, recuerde usted que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son más bien para admiradas que para imitadas; y, además, no quiera usted juzgar por mundanas consideraciones lo que marcha por caminos desconocidos al común de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterios y prodigios de la gracia, y que ustedes los filósofos apellidarán exaltación y exageración del sentimiento religioso. Entretanto espera ocasiones de complacerle a usted este su afectísimo y seguro servidor, Q. S. M. B.,

J. B. ||

CARTA XIV

Los cristianos viciosos

Sumario. — Los tibios. Argumentos contra la religión. Solución. Cómo es posible que un hombre religioso sea vicioso. El jugador. El disipado. Observaciones sobre las pasiones humanas. Efecto de la religión sobre la moral de los hombres. Sus efectos preventivos. Pruebas. Ejemplos. Flaqueza de la moral de los hombres irreligiosos. Observaciones sobre esta moral.

Mi estimado amigo: Casi me inclinaría a creer que empieza usted a no encontrarse muy bien en su escepticismo religioso, pues que al parecer se avergüenza de él, no queriendo confesar que se halla en esta parte en situación muy diferente de la de muchos otros a quienes usted, con buena intención sin duda, pero con mucha injusticia, les achaca las mismas ideas. No podía yo figurarme que le causase a usted tanta novedad la conducta de muchos cristianos, hasta el punto de llegar a suponer que, o fingen hipócritamente estar adheridos a la religión, o cuando menos la pro-

fesan sin entender de ella una palabra. Dice usted que no alcanza a comprender cómo es posible que, enseñando la religión doctrinas tan altas, algunas de las || cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que, estando convencidos de la verdad de ellas, o las contraríen con su conducta o vivan haciendo poquísimo uso de las mismas. Añade usted que concibe muy bien la religión de un San Jerónimo, de un San Benito, de un San Pedro de Alcántara, de un San Juan de la Cruz, es decir, hombres penetrados profundamente de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y, por consiguiente, desasidos de todo lo mundano, muertos a todo cuanto los rodea y atentos únicamente a la gloria de Dios y a la salvación de sus almas y de las de sus prójimos; pero que no comprende, en primer lugar, la religión de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y, no obstante, como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprende la religión de otros que, sin embargo de no estar entregados al vicio, dejan correr sus días con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir después de la muerte, ni aun de aquellos que practicando la virtud lo hacen con cierta tibieza, no mostrándose continuamente poseídos de la idea de que muy en breve van a encontrarse o con una dicha sin fin o condenados para siempre a horribles suplicios. Según parece, esto le escandaliza a usted y hasta puede contribuir a mantenerle separado de la religión, pues que, si nos atenemos a este modo de mirar las cosas, no hay medio entre ser escéptico o anacoreta.

En primer lugar, se me ocurre una reflexión que || no quiero dejar de consignar aquí, y es: la variedad y contradicción de los argumentos con que es atacada la religión y lo descontentadizos que con ella se muestran los escépticos e indiferentes. ¿Hay una persona muy cristiana, muy devota, que pasa los días en la oración y en la penitencia, que mira todas las cosas del mundo como transitorias y livianas, que se manifiesta profundamente poseída de la nada de todo lo terreno, que con sus palabras y sus acciones muestra bien claro que no se apartan jamás de su mente Dios y la eternidad? Entonces se dice que la religión es esencialmente apocadora, que estrecha las ideas, que encoge el corazón, que hace a los hombres misántropos, que los inutiliza y que, por tanto, sólo sirve para frailes y monjas. Hasta se llega algunas veces a dar consejos de prudencia, recordando que si se procurase presentar la religión bajo un aspecto jovial y afable no se apartarían de ella tantos hombres que, si bien se sienten inclinados a seguirla, no pueden consentir a tornarse tristes, taciturnos, an-

dándose cabizbajos y cuellituertos por esas calles e iglesias; y hete aquí que si hay otros hombres que, a pesar de ser profundamente religiosos, de estar altamente penetrados de las terribles verdades de la fe y quizás muy dedicados a la práctica de virtudes austeras, se muestran, no obstante, con rostro sereno y apacible, conversación alegre y festiva, no dejando entrever que se agite en su mente el formidable pensamiento del infierno, entonces se objeta lo extraño, lo inconcebible de semejante proceder, y se echa de menos la conducta de aquellos otros que poco antes eran || blanco de reprensión y tal vez de desprecio y burla. De suerte que si la religión llora se quejan ustedes de que llora; si ríe, de que ríe; y si se mantiene sosegada y calmosa la acusan de indiferente. Bueno es hacer notar semejantes contradicciones, que dejan en evidencia la sinrazón de los que caen en ellas, ya sea por haber meditado poco sobre los objetos de que hablan, ya por dejarse arrastrar del prurito de hacer cargos a la religión, echando mano de todo linaje de argumentos.

Pero vamos derechamente al punto capital de la dificultad y veamos si es posible contestar satisfactoriamente a las objeciones de usted. ¿Cómo es posible que un hombre religioso sea vicioso? Esta es, si no me engaño, la principal dificultad que usted presenta, y me ha de permitir usted que le diga con toda ingenuidad que muestra muy escaso conocimiento del corazón humano quien propone seriamente una objeción semejante. La vida entera de la mayor parte de los hombres es un tejido de esas contradicciones que usted no alcanza a explicarse; si debiéramos dar alguna importancia a dicha objeción, nada menos resultaría sino exigir que todos los hombres arreglasen su conducta a sus ideas, y que quien abrigase una convicción obrara siempre en consecuencia de ella. ¿Y cuándo y dónde ha existido un proceder semejante? ¿No estamos viendo todos los días que, aun prescindiendo de las ideas religiosas, se verifica aquello de conocer el hombre el bien, de aprobarle, y, sin embargo, ejecutar el mal? *Video meliora, proboque; deteriora sequor.* «Veo lo mejor, me gusta; pero sigo || lo peor.» «No hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco.» *Non quod volo bonum hoc ago, sed quod odi malum illud facio.* Hablamos con un jugador, y la conversación llega a girar sobre el vicio que le domina; un predicador en el púlpito no se expresará con más energía contra los males acarreados por el juego. «¡Qué pasión más funesta!, le oiréis decir; siempre inquietud, siempre desasosiego y turbación, siempre incertidumbre y zozobra; ahora nadando en la abundancia, no sabiendo qué hacerse del oro; un momento después todo se ha perdido, es preciso pedir pres-

tado a los amigos, o empeñar una finca, o enajenar una prenda, o excogitar algún expediente desastroso para proporcionarse siquiera una pequeña cantidad con que probar fortuna de nuevo. Si perdéis, os halláis en la desesperación; si ganáis, os veis forzado a presenciar la desesperación de los otros, a sofocar tal vez los sentimientos de compasión que brotan en vuestro pecho, disfrazándolos y encubriéndolos con chanzas y algazara. ¡Qué momentos más crueles al salir de la casa de juego, al recordar que habéis labrado quizás el infortunio de vuestra familia o de la de vuestros amigos, al pensar que ibais con la esperanza de mejorar vuestra posición, y tal vez de rico que erais habéis pasado a la más estrecha pobreza! No es posible concebir cómo hay hombres que se abandonen a ese vicio detestable; el jugador es un verdadero loco que va corriendo continuamente tras de una ilusión a pesar de estar convencido de que es ilusión y no más, de haberlo experimentado una y mil veces en sí y en los otros. En un joven, en el || acto de salir de la casa de sus padres, un desliz en esta parte es disculpable hasta cierto punto; en un hombre de alguna experiencia el vicio carece de excusa.» ¿Ha oído usted, mi querido amigo, a ese moralista tan juicioso, tan severo, tan inexorable con los jugadores? Pues vea usted, apenas ha concluído su santa plática, quizás mientras está perorando, saca inquietamente su reloj o pregunta a los circunstantes qué hora tienen, y ¿sabe usted para qué? Es que el tiempo de la cita está cercano, que la mesita cubierta de paño está esperando, y los compañeros se hallan ya colocados en sus asientos respectivos, y barajando con impaciencia, y maldiciendo al perezoso y tardío; y su pobre corazón salta de gozo al pensar que en breves instantes va a comenzar la tarea, y los montones de dinero irán girando rápidamente en derredor; ahora enfrente de uno de los actores, luego de otro, en seguida de otro, hasta que al fin en las altas horas de la noche se concluirá la función, quedando por supuesto vencedor el moralista y completamente vengado de sus descalabros de ayer. Por lo menos él así lo espera, y tan pronto como ha puesto fin al sermón se levanta, toma el sombrero y echa a correr rabiando por la poca puntualidad. ¿Qué le parece a usted de semejante contradicción? «¡Oh!, se me replicará, ¡este hombre era un hipócrita, decía lo que no pensaba!» Es falso, hablaba con la convicción más profunda, y los circunstantes, si no eran jugadores, no eran capaces de comprender toda la viveza con que él sentía lo que expresaba. En prueba de esto, suponed que tiene un hijo, un hermano menor, un amigo, una persona || cualquiera por la cual se interese: él le aconsejará que no juegue y lo hará con todas las veras de su corazón; si tie-

ne autoridad para ello se lo prohibirá severamente; cuando no, se lo rogará con encarecimiento, y si puede hablar con entera franqueza exclamará con acento de dolor: «Creed a un hombre experimentado; este vicio ha hecho y está haciendo mi infortunio, ¡ay de mí!, y siempre temo que me llevará a la perdición.» El desgraciado no deja de conocer el mal que se hace a sí propio, no deja de conocer su temeridad, su locura; se la echa en cara una y mil veces, así en los momentos de calma y buen juicio como en los de furor y desesperación; pero no tiene bastante fuerza de ánimo para resistir al impulso de su inclinación, arraigada y acrecentada con el hábito, para conformar sus obras con sus palabras, con sus convicciones más profundas.

¿Quiere usted otro ejemplo? Fácil sería amontonarlos hasta lo infinito. Hay un hombre de fortuna respetable, de reputación sin tacha, que disfruta en el seno de su familia de toda la dicha que pueda desear; su instrucción, su moralidad y hasta su misma educación culta y esmerada le hacen contemplar con lástima los extravíos de otros; no concibe cómo consienten en sacrificar sus bienes a una pasión liviana, en mancillar por ella su nombre, en hacerse el objeto de desprecio y ludibrio de cuantos los conocen; sin embargo, transcurrido algún tiempo, una ocasión, un trato frecuente le ha enredado a él mismo en una amistad peligrosa: la hacienda, la fama, la salud, hasta su misma vida, todo lo está sacrificando a su || ídolo. ¿Ha perdido por esto sus antiguas convicciones? La variación de conducta, ¿es efecto de un cambio de ideas? Nada de eso; piensa como antes, no se ha desviado un ápice de sus convicciones primitivas, sólo las ha puesto a un lado. A los parientes, a los amigos que le amonestan, que le recuerdan sus propias palabras, que le hacen los cargos que él mismo dirigía a los demás, que le excitan a que tome los consejos que él poco antes diera a los otros, a todos contesta: «Sí, cierto, tiene usted razón, ya, con el tiempo... pero...»

Es decir, que no hay falta de luz en el entendimiento, sino extravío en el corazón; está seguro que la dorada copa contiene veneno, pero en su ardor febril se la acerca a sus labios, con el riesgo, con la certeza de perecer.

Recorra usted todos los vicios, fije su atención sobre todas las pasiones, y echará usted de ver esta contradicción de que voy hablando. Son pocos, poquísimos, los hombres que desconocen el mal que se hacen, los daños que se acarrean con su propia conducta, y, sin embargo, ¡cuán difícil es la enmienda! De donde resulta no ser nada extraño que una persona profundamente convencida de la verdad de la religión obre contra lo que ella prescribe, y no es prueba

de que no crea lo que dice el no ponerlo él mismo en práctica.

Si usted hubiese leído obras de moral y de mística, o conversado con hombres experimentados en la dirección de las conciencias, sabría la triste y angustiosa situación en que se encuentran a menudo muchas || almas, y la paciencia que han menester los confesores para sufrir y alentar a esos desgraciados que proponen dejar el vicio, que lloran amargamente sus culpas, que tiemblan por el eterno castigo a que se hacen acreedores, que a fuerza de consejos, de amonestaciones, de remedios y precauciones de todas clases, llegan quizás a resistir por algún tiempo a su funesta inclinación, y, sin embargo, reinciden y vuelven a los pies del confesor y al cabo de algún tiempo tornan a reincidir, padeciendo de esta suerte congojas mortales, hasta que más fortalecidos por la gracia alcanzan a mantenerse firmes, disfrutando así una vida sosegada y tranquila.

Si no es imposible, antes sucede con mucha frecuencia, que quien profesa una religión pura y severa viva en la relajación, no es tampoco incomprensible el que otros no sumidos en semejante miseria se porten, no obstante, con cierta tibieza y frialdad, a pesar de que en su entendimiento se hallen las creencias religiosas muy solidadas, muy firmes y hasta vivas y ardorosas. Son tantas las causas que pueden producir y conservar un estado semejante, que sería enojosa tarea enumerarlas. Baste decir que inconsecuencias y contradicciones se hallan a cada paso en toda la vida del hombre; que le afectan de tal modo las cosas presentes que por lo común olvida las pasadas y futuras; que estando dotado de inteligencia y voluntad, no obstante sufre también a menudo la tiranía de las pasiones que le arrastran por caminos de perdición, aun conociéndolo él mismo. Los ejemplos aducidos y las consideraciones que los ilustran || creo que serán suficientes para dejarle a usted convencido de cuán infundadamente atacaba usted la religión, y que si semejante discurso tuviese alguna fuerza probaría que muchos no tienen principios morales, pues que obran contra ellos; que muchos son hasta el extremo ignorantes con respecto a lo que conviene a su salud, a sus intereses y honor, porque les perjudican a cada paso con sus actos; que el que come con exceso no conoce que le ha de dañar, que quien bebe con destemplanza no sospecha que el vino sea capaz de embriagar, y así raciocinando por el mismo tenor sería preciso afirmar en general que los hombres están faltos de muchos conocimientos que poseen sin duda alguna. Digamos que el hombre es inconstante, inconsecuente, que le afectan demasiado las cosas presentes, para que sepa conciliar el interés o el gusto del momento

con la felicidad venidera, y estará explicado todo de una manera cabal y satisfactoria, sin suponerle más ignorante de lo que es en realidad.

Otra equivocación de mucha trascendencia padece usted sobre el particular, y es el que, según indica en su apreciada, opina que la religión produce muy poco efecto en la conducta de los hombres, pues que tanto los creyentes como los incrédulos suelen vivir como si no tuviesen nada que esperar ni temer después de la muerte. «Los hombres, dice usted, cuidan de sus negocios, satisfacen sus pasiones o caprichos, forman continuamente grandes proyectos, en una palabra, viven tan distraídos, tan olvidados de su última hora, tan sin pensar en lo que podrá venir || después, que, por lo tocante a la moralidad con respecto al mayor número, podría decirse que el efecto de la religión es poco menos que nulo.» Para dejarle a usted convencido de cuán falso es el hecho que usted asienta con tanta seguridad, basta recordar la profunda mudanza que produjo en las costumbres públicas la propagación del cristianismo, pues que este solo recuerdo pone fuera de duda que la enseñanza de la religión no es inútil para modificar la conducta de los hombres, y que, antes al contrario, es muy eficaz y el único medio del cual es dado prometerse resultados felices y duraderos. También ahora como entonces cuidan los hombres de sus negocios, y tienen pasiones, y se divierten, y viven distraídos y disipados; pero ¡qué diferencia entre las costumbres antiguas y las modernas! Si lo consintiesen los límites de una carta, podría aducir mil y mil comprobantes de lo que acabo de establecer, manifestando con cuánta verdad se ha dicho que se cometían entonces más delitos en un año que ahora en medio siglo. Recuerde usted las doctrinas de los primeros filósofos de la antigüedad sobre el infanticidio, doctrinas que se vertían con una serenidad para nosotros inconcebible y que revela el funesto estado de la moralidad de aquellas sociedades; recuerde usted los vicios nefandos tan generales a la sazón y que entre nosotros están cubiertos de baldón y de infamia; recuerde usted lo que era la mujer entre los paganos y lo que es en los pueblos formados por la religión cristiana; y entonces echará usted de ver cuántos son los beneficios que ha dispensado al mundo el cristianismo en || lo tocante a la mejora de las costumbres; entonces comprenderá usted cuán errado es el decir que la religión influye poco en la conducta de los hombres.

Sucédenos con mucha frecuencia, cuando tratamos de apreciar el bien producido por una institución, que nos paramos únicamente en los resultados positivos y palpables, prescindiendo de otros que podríamos llamar negativos y

que, sin embargo, no son menos reales, menos importantes que aquéllos. Atendemos al bien que hace y no al mal que evita, cuando para calcular la fuerza y la índole de ella no deberíamos pararnos menos en lo último que en lo primero.

Como la ausencia de un mal, que sin aquella institución hubiera existido, ya es de suyo un gran beneficio, es preciso agradecer a ella el haberle evitado y contar este efecto como la producción de un bien. Para hacer debidamente este cálculo conviene suponer que la institución no exista y ver lo que en tal caso sucedería. Así, a quien negase la utilidad de los tribunales de justicia, o pretendiese rebajar su importancia, no habría otro método más a propósito para convencerle que el que acabo de indicar. Si los tribunales de justicia, se le podría decir, os parecen de poca utilidad, suponed que se quitan, y que el ratero, el ladrón, el asesino, el falsario, el incendiario y toda la ralea de malvados no tienen que temer otra cosa sino la resistencia o la venganza de sus víctimas. Desde luego la sociedad se convertirá en un caos, los unos se armarán contra los otros, los criminales se adelantarán mucho más en su carrera de iniquidad, multiplicándose el número de ellos de || una manera espantosa. ¿Quién evita todo esto? Ciertamente los tribunales, y el evitar este mal es sin duda producir un gran bien.

Suponga usted, pues, que la religión no existe, que no se nos da desde niños ninguna idea de la otra vida, ni de Dios, ni de nuestros deberes. ¿Qué sucedería? Todos seríamos profundamente inmorales, y así el individuo como la sociedad caminarían rápidamente hacia la degradación más abyecta. Y, sin embargo, ateniéndonos al argumento de usted se podría objetar: Ya que cuidamos de nuestros negocios y vivimos distraídos pensando poco o nada en nuestros deberes, en la otra vida, en Dios, ¿de qué nos aprovecha el haber sido instruídos en estos puntos, el haber recibido una educación en que se nos inculcaban de continuo dichas verdades? Ya ve usted que, presentada la cuestión bajo este aspecto, no es posible sostener la solución que usted pretende darle, y claro es que si este método de argumentar flaquea en el caso presente, no será muy firme en los otros.

¿Quién le ha dicho a usted que ese hombre tan distraído, tan disipado, no piensa en la religión que profesa? ¿Cree usted que le ha de estar revelando de continuo lo que pasa en lo íntimo de su corazón, cuando tiene a la vista un cebo que estimula sus pasiones, poniéndole en riesgo de faltar a su deber? ¿Cree usted que le ha de estar narrando cuántas veces las ideas religiosas le han retraído de

cometer un mal o han hecho que le cometiera mucho menor?

Una prueba evidente de los muchos defectos que || producen en la conducta de los hombres las ideas religiosas y de lo presentes que están en su memoria, aun cuando parecen haberlas descuidado del todo, es la rapidez instantánea con que se les ofrecen tan luego como se hallan en peligro de la vida. Casi puede decirse que se despliegan en un mismo momento el instinto de la conservación y el sentimiento religioso.

¿Cómo obra el instinto de la conservación sobre el curso general de los actos de nuestra vida? Si bien se observa, estamos cuidando incesantemente de conservarnos sin pensar en ello; hacemos de continuo actos que tienden a este fin, y, sin embargo, no reparamos en ellos. ¿Cuál es la causa? Es que todo cuanto se liga muy íntimamente con la vida del hombre está sin cesar presente a sus ojos; no lo mira, pero lo ve; lo piensa sin pensar que lo piense. Lo que se dice de la vida material puede afirmarse de la vida del alma; hay un conjunto de ideas de razón, de justicia, de equidad, de decoro, que vagan de continuo por nuestra mente, ejerciendo incesante influencia en todos nuestros actos. Ocurre una mentira y la conciencia dice: Esto es indigno de un hombre; y la palabra que iba a ser pronunciada es detenida por ese sentimiento de moralidad y decoro. Se habla de una persona con quien se tiene enemistad; viene la tentación de rebajar su mérito, o revelar una de sus faltas, o quizás de calumniarla; y la conciencia dice: Esto no lo hace un hombre de bien, esto es una venganza; y el enemigo calla. Hay la oportunidad de defraudar sin que nadie lo sepa, sin que el honor pueda correr ningún || peligro, y, sin embargo, no se defrauda; ¿quién lo impide? La voz de la conciencia. Hay la tentación de abusar de la confianza de un amigo haciendo traición a sus secretos, explotándolos en provecho propio, y, sin embargo, la traición no se consuma, aun cuando el amigo víctima de ella no pudiese ni siquiera sospecharla; ¿quién lo impide? La conciencia. Estas aplicaciones, que podrían extenderse indefinidamente, muestran bien a las claras que el hombre, sin advertirlo, obedece muchísimas veces al grito de la conciencia, y que aun cuando no piensa, o no cree pensar en ella, ni en Dios, no obstante obran en su ánimo esas ideas, y le impulsan, y le detienen, y le hacen retroceder y variar de camino, y modificar continuamente su conducta en todos los instantes de su vida.

Si esto se verifica aun tratándose de los mismos incrédulos, ¿qué sucederá con respecto a los hombres sinceramente religiosos? A los ojos del mundo podrá parecer que

ellos se olvidan completamente de sus creencias, que de nada les sirve la fe en verdades grandes y terribles, que el cielo, el infierno, la eternidad sólo se ofrecen a su mente como ideas abstractas, sin relación alguna con la práctica; pero ellos saben muy bien que la eternidad y el cielo y el infierno se les presentan en el acto de querer obrar mal, que ora los apartan del camino de la iniquidad, ora los detienen para que no anden por él con tanta precipitación; ellos saben que, después de haberse abandonado al impulso de sus pasiones, experimentan remordimientos que los atormentan atrozmente y que los hacen arrepentir de haberse desviado del sendero || de la virtud. No hay cristiano que no experimente esta influencia de la religión; si es realmente cristiano, es decir, si cree en las verdades religiosas, sufre repetidas veces el castigo de sus malas obras o disfruta el galardón de las buenas. Esta pena o este premio los siente en lo íntimo de su conciencia, y el recuerdo de lo que ha gozado en un caso o padecido en otro contribuye a menudo a que no se permita extravíos contra lo que le prescriben sus deberes.

No dudo que con estas reflexiones se quedará usted convencido de que es un error contrario a la razón, a la historia y a la experiencia lo que usted afirma de que la religión influye poco en la conducta de los hombres. Es cierto que los que la profesan no siempre se portan como debieran, es cierto que encontrará usted hombres que tienen fe y, sin embargo, son muy malos; pero no es menos cierto que, en general, la conducta de las personas religiosas es incomparablemente mejor que la de los incrédulos. ¿Cuántas ha conocido usted que no profesando ninguna religión observen una conducta de todo punto irreprensible? Y cuando esto digo no hablo de cometer delitos de los cuales nos apartan cierto horror natural, el temor de la justicia y el deseo de conservar la reputación; no hablo de cierta inmoralidad asquerosa y repugnante de la cual retraen el honor, el decoro y hasta cierta delicadeza de gusto, fruto de la buena educación: hablo de aquella moralidad severa que rige todos los actos de la vida de un hombre y no le permite desviarse del camino del deber, aun cuando en ello no se interesen ni la honra ni los miramientos || de sociedad, ni se opongan otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá usted que conoce a ciertos hombres que, a pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traición a la amistad, y hasta observan una conducta que, si no es tan rigurosa como yo deseara, está muy lejos de la disipación y quizás de la liviandad; será posible que usted conozca a incrédulos que sean tales como usted los pinta; será posible que

por educación, por honor, por decoro, por esa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos a extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces a la ley del deber cuando no se atraviesa algún poderoso motivo que los impulsa en sentido contrario; pero no ponga usted a esos mismos hombres a prueba de una tentación violenta.

A ese que no cree en nada, ni aun en Dios, y a quien supone usted tan probo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale usted a la miseria, figúreselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentación de echar mano de una cantidad ajena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputación de hombre de bien; ¿qué hará? Usted podrá creer lo que quiera; yo, por mi parte, no le fiaría mi dinero, y me atrevería a aconsejar a usted que tampoco le fiara el suyo.

Usted, mi apreciado amigo, hallándose en una posición ventajosa, y sin otras tentaciones de hacer mal que las ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce a fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religión. Usted no conoce cuán frágil, || cuán quebradiza es esa honradez que a los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza e incorruptibilidad; fáltanle todavía algunos desengaños, que recogerá usted muy en breve, cuando, rasgándose ese velo tan hermoso con que el mundo se presenta a nuestros ojos en la primavera de la vida, comience a ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios y vea la complicación de circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista a esa lucha de pasiones e intereses que tan a menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustiosas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y a veces un heroísmo. Entonces comprenderá usted la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo más que consideraciones puramente terrenas. Entre tanto queda de usted su afectísimo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XV

Destino de los niños que mueren sin bautismo

Sumario.—Equivocación del escéptico. Pena de daño y de sentido Las opiniones y el dogma. Protestantes y católicos. Santo Tomás. Ambrosio Catarino. Se defiende la justicia de Dios. El dogma no es duro. Razones.

Mi estimado amigo: La dificultad que usted me propone en su última apreciada, aunque no es tan fuerte como usted se figura, confieso que, considerada superficialmente. es bastante especiosa. Tiene además una circunstancia particular, y es que se funda, al parecer, en un principio de justicia. Esto la hace mucho más peligrosa, porque el hombre tiene tan profundamente grabados en su alma los principios y sentimientos de justicia, que cuando puede apoyarse en ellos se cree autorizado para atacarlo todo.

Desde luego convengo con usted en que la justicia y la religión no pueden ser enemigas, y que una creencia, fuera la que fuese, que se hallase en oposición con los eternos principios de justicia debiera ser desechada por falsa. Admitida una de las bases sobre || que usted levanta la dificultad, no puedo admitir la fuerza de la dificultad misma, por la sencilla razón de que estriba además en suposiciones completamente gratuitas. No sé en qué catecismo habrá usted leído que el dogma católico enseñe que los niños muertos sin bautismo son atormentados para siempre con el fuego del infierno; por mi parte confieso francamente que no tenía noticia de la existencia de tal dogma, y que por lo mismo no me había podido causar el horror que usted experimenta. Esto me hace suponer que se halla usted, como tantos otros, en la mayor confusión de ideas sobre esta importante y delicada materia, y me indica la necesidad de aclarárselas algún tanto, de la manera que me lo consiente la ligereza de discutir a que me condena la incesante movilidad de mi adversario.

Es absolutamente falso que la Iglesia enseñe como dogma de fe que los niños muertos sin bautismo sean castigados con el suplicio del fuego ni con ninguna otra pena llamada de sentido. Basta abrir las obras de los teólogos para ver reconocido por todos ellos que no es dogma de fe la pena de sentido aplicada a los niños, y que antes por el contrario sostienen en su inmensa mayoría la opinión opuesta. Fácil me sería aducir innumerables textos para probar esta aseveración; pero lo juzgo inútil, porque puede usted

asegurarse de la verdad de este hecho empleando un rato en recorrer los índices de las principales obras teológicas y ver las opiniones que allí se consignan.

No ignoro que ha habido algunos autores respetables que han opinado en favor de la pena de sentido; || pero repito que éstos son en número muy escaso, que está contra ellos la inmensa mayoría; y sobre todo insisto en que la opinión de aquellos autores no es un dogma de la Iglesia, y, por consiguiente, rechazo las inculpaciones que con este motivo se dirigen contra la fe católica. Por sabio, por santo que sea un doctor de la Iglesia, su opinión no es autoridad bastante para fundar un dogma: de la doctrina de un autor a la enseñanza de la Iglesia va la misma distancia que de la doctrina de un hombre a la enseñanza de Dios.

Para los católicos, la autoridad de la Iglesia es infalible, porque tiene asegurada la asistencia del Espíritu Santo: a esta autoridad recurrimos en todas nuestras dudas y dificultades, en lo cual se cifra la principal diferencia entre nosotros y los protestantes. Ellos apelan al espíritu privado, que al fin viene a parar a las cavilaciones de la flaca razón o a las sugestiones del orgullo; nosotros apelamos al Espíritu Divino, manifestado por el conducto establecido por el mismo Dios, que es la autoridad de la Iglesia.

Me preguntará usted cuál es el destino de estos niños privados de la gloria y no castigados con pena de sentido, y hallará quizás que la dificultad renace, aunque bajo forma menos terrible, por el mero hecho de no otorgarles la eterna bienaventuranza. A primera vista parece una cosa muy dura que los niños, incapaces como son de pecado actual, hayan de ser excluídos de la gloria por no habérseles borrado el original con las aguas regeneradoras del bautismo; pero, profundizando la cuestión, se descubre que no hay en esto injusticia ni dureza, y sí únicamente el resultado || de un orden de cosas que Dios ha podido establecer y del cual nadie tiene derecho a quejarse.

La felicidad eterna, que, según el dogma católico, consiste en la visión intuitiva de Dios, no es natural al hombre ni a ninguna criatura. Es un estado sobrenatural al que no podemos llegar sino con auxilios sobrenaturales. Dios, sin ser injusto ni duro, podía no haber elevado a ninguna criatura a la visión beatífica y establecer premios de un orden puramente natural, ya en esta vida, ya en la otra. De donde resulta que el estar privadas de la visión beatífica un cierto número de criaturas no arguye injusticia ni dureza en los decretos de Dios, supuesto que se habría podido verificar lo mismo con todos los seres criados, y hasta se debiera haber verificado si la infinita bondad del Criador

no los hubiese querido levantar a un estado superior a la naturaleza de los mismos.

Ya estoy previendo que se me hará la réplica de que la situación de las cosas es ahora muy diferente, y que, si bien es verdad que la privación de la visión beatífica no habría sido una pena para las criaturas que no hubiesen tenido noticia de ella, lo es ahora, y muy dolorosa, para los que se ven excluídos de la misma. Convengo en que esta privación es una pena del pecado original, pero no en que sea tan dolorosa como se quiere suponer. Para afirmar esto último sería preciso determinar hasta qué punto conocen la privación los mismos que la padecen, y saber la disposición en que se encuentran para lamentar la pérdida de un bien que con el bautismo hubieran podido conseguir. ||

Santo Tomás observa con mucha oportunidad que hay gran diferencia entre el efecto que debe producir en los niños la falta de la visión beatífica y el que causa a los condenados. En éstos hubo libre albedrío, con el cual, ayudados de la gracia, pudieron merecer la gloria eterna; aquéllos se hallaron fuera de esta vida antes del uso de la razón; a éstos les fué posible alcanzar aquello de que se encuentran privados, no así a los primeros, que sin el concurso de su libertad se vieron trasladados a otro mundo en el cual no hay los medios para merecer la eterna bienaventuranza. Los niños muertos sin bautismo se hallan en un caso semejante a los que nacen en una condición inferior, en la cual no les es posible gozar de ciertas ventajas sociales de que disfrutan otros más afortunados. Esta diferencia no los aflige, y se resignan sin dificultad al estado que les ha cabido en suerte.

Tocante al conocimiento que tienen de su situación los niños no bautizados, es probable que ni siquiera conocen que haya tal visión beatífica; así no pueden afligirse por no poseerla. Esta es la opinión de Santo Tomás, quien afirma que estos niños tienen noticia de la felicidad en general, pero no en especial, y, por tanto, no se duelen de haberla perdido: *Cognoscunt quidem* beatitudinem in generali, *secundum communem rationem, non autem* in speciali, *ideo de eius amissione non dolent.*

El estar separados para siempre de Dios parece que ha de ser una aflicción muy grande para estos niños, porque, no pudiéndolos suponer privados de todo || conocimiento de su Autor, han de tener un vivo deseo de verle, y han de sentir una pena profunda al hallarse faltos de dicho bien por toda la eternidad. Este argumento supone el mismo hecho que se ha negado más arriba, a saber, que los niños tienen conocimiento del orden sobrenatural. Santo Tomás lo niega redondamente, y dice que están separados de Dios

perpetuamente por la pérdida de la gloria que ignoran, pero no en cuanto a la participación de los bienes naturales que conocen: *Pueri in originali peccato decedentes sunt quidem separati a Deo perpetuo, quantum ad amissionem gloriae quam ignorant; non tamen quantum ad participationem* naturalium bonorum, *quae cognoscunt.*

Algunos teólogos, entre los que se cuenta Ambrosio Catarino, han llegado a defender que estos niños tienen una especie de bienaventuranza natural, la que no explican en qué consiste, por la sencilla razón de que en estas materias sólo se puede discurrir por conjeturas. Sin embargo, no dejaré de observar que esta doctrina no ha sido condenada por la Iglesia, siendo notable que el mismo Santo Tomás, tan mesurado en todas sus palabras, no deja de decir que estos niños se unen a Dios por la participación de los bienes naturales, y así podrán alegrarse también de los mismos con conocimiento y amor natural: *Sibi (Deo) coniungentur per participationem, naturalium bonorum; et ita etiam de ipso* gaudere *poterunt* naturali cognitione *et* dilectione. (Sent. 2, disp. 33, quaest. 2, art. 2, ad 5.)

Ya ve usted que la cosa no es tan horrible como || usted se figuraba, y que no se complace la Iglesia en pintarnos entregados a espantosos tormentos los niños que han tenido la desgracia de no recibir el bautismo. La pena que padecen estos niños la compara muy oportunamente Santo Tomás a la que sufren los que, estando ausentes, son despojados de sus bienes, pero ignorándolo ellos. Con esta explicación se concilia la realidad de la pena con la ninguna aflicción del que la padece, y henos aquí conducidos a un punto en que permanece salvo el dogma del pecado original y el de la pena que le sigue, sin vernos precisados a imaginarnos un número inmenso de niños atormentados por toda la eternidad, cuando por su parte no han podido ejercer ningún acto por el cual lo merecieran.

Hasta aquí me he ceñido a la defensa del dogma católico y a la exposición de las doctrinas de los teólogos, y creo haber manifestado que, limitándose aquél a la simple privación de la visión beatífica, por efecto del pecado original no borrado por el bautismo, está muy lejos de hallarse en contradicción con los principios de justicia, ni trae consigo la pretendida dureza que usted le achacaba. Como es natural, los teólogos se han aprovechado de esta latitud para emitir varias opiniones más o menos fundadas, sobre las que es difícil formar un juicio acertado, faltándonos noticias que sólo pudiera proporcionarnos la revelación. Como quiera, parece muy razonable la doctrina de Santo Tomás de que estos niños podrán tener un conocimiento y amor de Dios en el orden puramente natural, y que podrán gozarse

en estos bienes que les ha otorgado el Criador. Siendo criaturas inteligentes || y libres, no podemos suponerlos privados del ejercicio de sus facultades, pues de lo contrario sería preciso considerar sus espíritus como substancias inertes, no por su naturaleza, sino por estar ligadas sus potencias del orden intelectual y moral. Y como, por otra parte, no se admite que sufran pena de sentido, y se afirma que no se duelen de la de daño, es preciso otorgarles las afecciones que en todo ser resultan naturalmente del ejercicio de sus facultades. Queda de usted su afectísimo y seguro servidor, Q. S. M. B.,

J. B ||

CARTA XVI

Los que viven fuera de la Iglesia

Sumario.—Equivocación del escéptico. Justicia de Dios. La culpa supone la libertad. Se establecen algunos principios. Cuestión de doctrinas y de aplicación. Se deslindan y caracterizan estas dos cuestiones. Se aclara la materia con un corto diálogo. Observaciones sobre la obscuridad de los misterios.

Mi estimado amigo: Mucho me alegro que la carta anterior haya disipado el horror que le inspiraba el dogma católico sobre la suerte de los niños que mueren sin bautismo, manifestándole que atribuía a la Iglesia una doctrina que ella jamás reconoció por suya; el haberse usted convencido de la equivocación que en este punto padecía, hará menos difícil el que se persuada de que está igualmente equivocado en lo tocante a la doctrina de la Iglesia sobre la suerte de los que viven fuera de su seno. Está usted en la creencia de que es un dogma de nuestra religión que todos los que no viven en el seno de la Iglesia católica serán por *este mero hecho* condenados a penas eternas: éste es un error que nosotros no profesamos, || ni podemos profesar, porque es ofensivo a la justicia divina. Para proceder con buen orden y claridad voy a exponer sucintamente la doctrina católica sobre este particular.

Dios es justo, y como tal no castiga ni puede castigar al inocente: cuando no hay pecado no hay pena, ni la puede haber.

El pecado, dice San Agustín, es voluntario de tal manera, que si deja de ser voluntario ya no es pecado. La voluntad que se necesita para hacernos culpables a los ojos de Dios es la de libre albedrío. Para constituir la culpa no bastaría la voluntad si ésta no fuese libre.

No se concibe el ejercicio de la libertad si no va acompañado de la deliberación correspondiente, y ésta implica conocimiento de lo que se hace y de la ley que se observa o se infringe. Una ley no conocida no puede ser obligatoria.

La ignorancia de la ley es culpable en algunos casos, es decir, cuando el que la padece ha podido vencerla: entonces la infracción de la ley no es excusable por la ignorancia.

La Iglesia, columna y firmamento de la verdad, depositaria de la augusta enseñanza del divino Maestro, no admite el error de que todas las religiones sean indiferentes a los ojos de Dios y que el hombre pueda salvarse en cualquiera de ellas, de tal modo que no esté ni siquiera obligado a buscar la verdad en un asunto tan importante. Estas monstruosidades las condena la Iglesia con mucha razón, y no puede menos de condenarlas, so pena de negarse a sí propia. || Decir que todas las religiones son indiferentes a los ojos de Dios equivale a decir que todas son igualmente verdaderas, lo que en último resultado viene a parar a que todas son igualmente falsas. La religión que, enseñando dogmas opuestos a los de otras religiones, las tuviese a todas por igualmente verdaderas, sería el mayor de los absurdos, una contradicción viviente.

La Iglesia católica se tiene a sí misma por la verdadera Iglesia, fundada por Jesucristo, iluminada y vivificada por el Espíritu Santo, depositaria del dogma y de la moral y encargada de conducir a los hombres, por el camino de la virtud, a la eterna bienaventuranza. En este supuesto proclama la obligación en que todos estamos de vivir y morir en su seno, profesando una misma fe, recibiendo la gracia por sus sacramentos, obedeciendo a sus legítimos pastores, y muy particularmente al sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice.

Esta es la enseñanza de la Iglesia, y no veo que se le pueda objetar nada sólido aun examinada la cuestión en el terreno de la filosofía. De los principios arriba enunciados, unos son conocidos por la simple razón natural, otros por la revelación. A la primera clase pertenecen los que se refieren a la justicia divina y a la libertad del hombre; corresponden a la segunda los que versan sobre la autoridad e infalibilidad de la Iglesia. Estos últimos, considerados en sí mismos, nada encierran contrario a la justicia y a la misericordia divina, porque es evidente que Dios, sin faltar a ninguno de estos atributos, ha podido || instituir un cuerpo depositario de la verdad y sometido a las leyes y condiciones que hayan sido de su agrado en los arcanos inescrutables de su infinita sabiduría.

Hasta aquí se ha examinado la cuestión de derecho, o sea de doctrinas; descendamos ahora a la cuestión de he-

cho, en la cual se fundan las dificultades que a usted le abruman. Es necesario no perder de vista la diferencia de estas dos cuestiones; una cosa son las doctrinas, otra su aplicación; aquéllas son claras, explícitas, terminantes; ésta se resiente de la obscuridad a que están sujetos los hechos, cuya exacta apreciación depende de muchas y muy varias circunstancias.

Debe tenerse por cierto que no se condenará ningún hombre por sólo no haber pertenecido a la Iglesia católica, con tal que haya estado en ignorancia invencible de la verdad de la religión y, por consiguiente, de la ley que le obligaba a abrazarla. Esto es tan cierto, que fué condenada la siguiente proposición de Bayo: «La infidelidad puramente negativa es pecado.» La doctrina de la Iglesia sobre este punto se funda en principios muy sencillos: no hay pecado sin libertad, no hay libertad sin conocimiento.

Cuando existe el conocimiento necesario para constituir una verdadera culpa a los ojos de Dios en lo tocante a no abrazar la verdadera religión, quiénes se hallan en ignorancia vencible, quiénes en ignorancia invencible; entre los cismáticos, entre los protestantes, entre los infieles, hasta dónde llega la ignorancia invencible, quiénes son los culpables a los || ojos de Dios por no abrazar la verdadera religión, quiénes son los inocentes; éstas son cuestiones de hecho, a las que no desciende la enseñanza de la Iglesia. Esta nada enseña sobre dichos puntos: se limita a establecer la doctrina general y deja su aplicación a la justicia y a la misericordia de Dios.

Permítame usted que le llame la atención sobre esta diferencia, a la que no siempre se atiende como sería menester. Los incrédulos nos abruman con preguntas sobre la suerte de los que no pertenecen a la Iglesia católica, y como que nos exigen que los salvemos a todos, so pena de que nuestros dogmas sean acusados de ofensivos a la justicia y misericordia de Dios. Con esto nos tienden un lazo en el cual es muy fácil que se dejen enredar los incautos, incurriendo en uno de dos extremos, o echando al infierno a todos los que no pertenecen a la Iglesia, o abriendo las puertas del cielo a los hombres de todas las religiones. Lo primero puede dimanar del celo para poner en salvo nuestro dogma sobre la necesidad de la fe para salvarse, y lo segundo puede nacer de un espíritu de condescendencia y del deseo de defender el dogma católico de las acusaciones de duro e injusto. Yo creo que no hay necesidad de incurrir en ninguno de estos extremos, y que la posición de un católico es en este punto más desembarazada de lo que parece a primera vista. ¿Se le pregunta sobre la doctrina, o valiéndome de otras palabras, sobre la cuestión de dere-

cho? Puede presentar el dogma católico con entera seguridad de que nadie podrá tacharlo de contrario a la razón. ¿Se le pregunta sobre los hechos? || Puede confesar francamente su ignorancia y envolver en ella al mismo incrédulo, que por cierto no sabe más sobre el particular que el católico a quien impugna.

Para que usted se convenza de lo expedita que es nuestra posición, con tal que sepamos colocarnos en ella y mantenernos constantemente en la misma, voy a hacer un ensayo en forma de diálogo entre un incrédulo y un católico.

Incrédulo.—El dogma católico es injusto, porque condena a los que no viven en la Iglesia, no obstante haber muchos que no pueden tener conocimiento de la verdadera religión.

Católico.—Esto es falso; cuando hay ignorancia invencible no hay pecado, y tan lejos está la Iglesia de enseñar lo que usted dice, que antes bien enseña lo contrario. Los hombres que hayan tenido ignorancia invencible de la divinidad de la Iglesia católica no son culpables a los ojos de Dios de no haber entrado en ella.

Incrédulo.—Pero ¿cuándo, en quiénes se hallará esta ignorancia invencible? Señáleme usted un límite que separe estas dos cosas según las diferentes circunstancias en que se hallan los hombres y los pueblos.

Católico.—¿Tendrá usted la bondad de señalármelo a mí?

Incrédulo.—Yo no lo sé.

Católico.—Pues yo tampoco, y así estamos iguales.

Incrédulo.—Es verdad; pero ustedes hablan de condenación, y yo no me acuerdo de ella. ||

Católico.—Es cierto; pero advierta usted que nosotros sólo hablamos de condenación con respecto a los culpables, y no creo que nadie se atreva a negarme que la culpa merezca pena; pero cuando usted me viene preguntando quiénes y cuántos son, la ignorancia es igual por parte de ambos. Yo me atengo a la doctrina, y para su aplicación me limito a preguntar quiénes son los culpables. Si usted no me lo puede decir, es injusto el exigirme que yo se lo diga.

Por este pequeño diálogo se echa de ver que hay aquí dos cosas: por una parte, el dogma, que, a más de ser enseñado por la Iglesia, está de acuerdo con la sana razón; por otra, la ignorancia de los hombres, que no conocemos bastante los secretos de la conciencia para poder determinar siempre a punto fijo en qué individuos, en qué pueblos, en qué circunstancias deja la ignorancia de ser invencible en materia de religión y constituye una culpa grave a los ojos de Dios.

Nada más fácil que extenderse en conjeturas sobre la suerte de los cismáticos. de los protestantes y aun de los

infieles; pero nada más difícil que apoyarlas en fundamentos sólidos. Dios, que nos ha revelado lo necesario para santificarnos en esta vida y alcanzar la felicidad eterna, no ha querido satisfacer nuestra curiosidad haciéndonos saber cosas que de nada nos servirían. Estas sombras de que están rodeados los dogmas de la religión nos son altamente provechosas para ejercitar la sumisión y la humildad, poniéndonos de manifiesto nuestra ignorancia y recordándonos la degeneración primitiva del humano linaje. Preguntar por qué Dios ha llevado la luz de la verdad a unos || pueblos y permitido que otros continuasen sumidos en las tinieblas equivale a investigar la razón de los secretos de la Providencia y a empeñarse en rasgar el velo que cubre a nuestros ojos los arcanos de lo pasado y de lo futuro. Sabemos que Dios es justo y que al propio tiempo es misericordioso; sentimos nuestra debilidad, conocemos su omnipotencia. En nuestro modo de concebir se nos presentan a menudo graves dificultades para conciliar la justicia con la misericordia, y no figurarnos a un ser sumamente débil cual víctima de un ser infinitamente fuerte. Estas dificultades se disipan a la luz de una reflexión severa, profunda y sobre todo exenta de las preocupaciones con que nos ciegan las inspiraciones del sentimiento. Y si, merced a nuestra flaqueza, restan todavía algunas sombras, esperemos que se desvanecerán en la otra vida, cuando, libertados del cuerpo mortal que agrava al alma, veremos a Dios como es en sí y presenciaremos el encuentro amistoso de la misericordia y de la verdad y el santo ósculo de la justicia y de la paz. Queda de usted su afectísimo y S. S.. Q. S. M. B.,

J. B. ||

CARTA XVII

La visión beatífica

Sumario.—Dificultad del escéptico. El conocimiento y el afecto en sus relaciones con la felicidad. Dos conocimientos de intuición y de concepto. En qué consiste el dogma de la visión beatífica. Sublimidad de este dogma.

Mi estimado amigo: Las últimas palabras de mi carta anterior han excitado en usted el deseo de que yo me extienda en algunas aclaraciones sobre la visión beatífica, porque, según dice, nunca ha podido formarse una idea bien clara de lo que entendemos por esta soberana felicidad. Por cierto que me ha complacido sobremanera el que se me llame la atención hacia este punto, que no deja en el alma

las dolorosas impresiones con que nos afligen algunos de los examinados en otras cartas. Al fin se trata de felicidad, y ésta no puede causar más afecciones ingratas que el temor de no conseguirla.

Según veo, no comprende usted bien «cómo puede constituir felicidad cumplida un simple conocimiento, || y no ha de ser otra cosa la visión intuitiva de Dios. No puede negarse que el ejercicio de las facultades intelectuales nos proporciona algunos goces; pero también es positivo que éstos necesitan la concomitancia del sentimiento, sin el cual son fríos y severos como la razón de la cual dimanan». Quisiera usted que nos hubiésemos hecho cargo los católicos de «este carácter de nuestro espíritu, el cual, si bien por medio del entendimiento llega a los objetos, no se une íntimamente con ellos de manera que le produzcan el goce, hasta que viene el sentimiento a realizar esa misteriosa expansión del alma, con la cual nos adherimos al objeto percibido, estableciéndose entre él y nosotros una afectuosa compenetración». Estas palabras de usted encierran un fondo de verdad, en cuanto para la felicidad del ser inteligente exigen, a más del acto intelectual, la unión de amor. Es indudable que si falta esta última, el conocimiento puro no nos ofrece la idea de felicidad. Sea cual fuere el objeto conocido, no nos haría felices si lo contemplásemos con indiferencia. Admito sin dificultad que el alma no sería dichosa si, conociendo el objeto que la ha de hacer feliz, no le amase. Sin amor no hay felicidad.

Pero si bien es verdadera en el fondo la doctrina de usted, está aplicada con mucha inexactitud e inoportunidad, cuando se pretende fundar en ella un argumento en contra de la visión beatífica, tal como la enseñan los católicos. La eterna bienaventuranza la hacemos consistir en la visión intuitiva de Dios; mas no por esto excluímos el amor, antes por el contrario, || decimos que este amor está necesariamente ligado con la visión intuitiva. Por manera que los teólogos han llegado a disputar si la esencia de la bienaventuranza consistía en la visión o en el amor; pero todos están de acuerdo en que éste es cuando menos una consecuencia necesaria de aquélla. Bien se conoce que hace largo tiempo ha dado usted de mano a los libros místicos y aun a todos los que tratan de religión, puesto que piensa mejorar la felicidad cristiana con ese filosófico sentimentalismo que está muy lejos de levantarse a la purísima altura del amor de caridad que reconocemos los católicos, imperfecto en esta vida y perfecto en la otra.

El *simple conocimiento* de que usted habla al tratar de la visión intuitiva de Dios, me hace sospechar con harto fundamento que no comprende usted bien lo que entende-

mos por visión intuitiva, y que confunde este acto del alma con el ejercicio común de las facultades intelectuales, a la manera que le experimentamos en esta vida. Séame, pues, permitido entrar en algunas consideraciones filosóficas sobre los diferentes modos con que podemos conocer un objeto.

Nuestro entendimiento puede conocer de dos maneras: por intuición o por conceptos. Hay conocimiento de intuición cuando el objeto se ofrece inmediatamente a la facultad perceptiva, sin que ésta necesite combinaciones de ninguna clase para completar el conocimiento. En esta operación el entendimiento se limita a contemplar lo que tiene delante: no compone, no divide, no abstrae, no aplica, no hace nada más que *ver* lo que está patente a los ojos. El || objeto, tal como es en sí, le es dado inmediatamente, se le presenta con toda claridad, y si bien termina objetivamente la operación, y en este sentido ejercita la actividad del sujeto, influye también a su vez sobre éste, señoreándole, por decirlo así, y embargándole con su íntima presencia.

El conocimiento por conceptos es de naturaleza muy diferente. El objeto no es dado inmediatamente a la facultad perceptiva: ésta se ocupa de una idea que en cierto modo es obra del entendimiento mismo, el cual ha llegado a formarla combinando, dividiendo, comparando, abstrayendo y recorriendo a veces la dilatada cadena de un discurso complicado y penoso.

Aunque estoy seguro de que no se ocultará a la penetración de usted la profunda diferencia que hay entre estas dos clases de conocimientos, voy a hacerla sensible en un ejemplo que está al alcance de todo el mundo. El conocimiento intuitivo se puede comparar a la *vista* de los objetos; el que se hace por conceptos es semejante a la idea que nos formamos por medio de las descripciones. Usted, como aficionado a las bellas artes, habrá admirado mil veces las preciosidades de algunos museos y habrá leído las descripciones de otras que no le ha sido dado contemplar. ¿Encuentra usted alguna diferencia entre un cuadro *visto* y un cuadro *descrito*? Inmensa, me dirá usted. El cuadro visto me presenta de golpe su belleza; no necesito producir, me basta mirar; no combino, contemplo; mi alma está más bien pasiva que activa, y si en algún modo ejerce su actividad es para abrirse más y más a las gratas impresiones que recibe, como || las plantas se dilatan con suave expansión para ser mejor penetradas por una atmósfera vivificante. En la descripción necesito ir recogiendo los elementos que se me dan, combinarlos con arreglo a las condiciones que se me determinan, y elaborar de esta manera el conjunto del cuadro, con imperfección, de una manera incompleta, sospechando la distancia que va de la idea a

la realidad, distancia que se me presenta instantáneamente, tan pronto como se me ofrece la ocasión de ver el cuadro descrito.

He aquí un ejemplo que, aunque inexacto, nos da una idea de la diferencia de estas dos clases de conocimiento y que manifiesta en algún modo la distancia que va del *conocimiento* de Dios a la *visión* de Dios. En aquél tenemos reunidas en un concepto las ideas de ser necesario, inteligente, libre, todopoderoso, infinitamente perfecto, causa de todo, fin de todo; en ésta se ofrecerá la esencia divina inmediatamente a nuestro espíritu, sin comparaciones, sin combinaciones, sin raciocinios de ninguna especie: íntimamente presente a nuestro entendimiento, le dominará, le embargará; los ojos del alma no podrán dirigirse a otro objeto, y entonces experimentaremos de una manera purísima, inefable, para el débil mortal, aquella *compenetración afectuosa,* aquella íntima unión del seráfico amor, descrito con tan magníficas pinceladas por algunos santos que, llenos del Espíritu divino, presentían en esta vida lo que bien pronto habían de experimentar en la mansión de los bienaventurados.

Permítame usted que le manifieste la extrañeza || que me causa el notar que usted no ha sentido la belleza y sublimidad del dogma católico sobre la felicidad de los bienaventurados. Prescindiendo de toda consideración religiosa, no puede imaginarse cosa más grande, más elevada, que el constituir la dicha suprema en la visión intuitiva del Ser infinito. Si este pensamiento fuese debido a una escuela filosófica, no habría bastantes lenguas para ponderarle. El autor que le hubiese concebido sería el filósofo por excelencia, digno de la apoteosis y de que le tributasen incienso todos los amantes de una filosofía sublime. El vago idealismo de los alemanes, ese confuso sentimiento de lo infinito que respira en sus enigmáticos escritos; esa tendencia a confundirlo todo en una unidad monstruosa, en un ser obscuro e ignorado, que se llama absoluto; todos esos sueños, todos esos delirios, encuentran admiradores y entusiastas, y conmueven profundamente algunos espíritus sólo porque agitan las grandes ideas de unidad e infinidad; ¿y no tendrá derecho a la admiración y entusiasmo la sublime enseñanza de la Iglesia católica, que, presentándonos a Dios como principio y fin de todas las existencias, nos le ofrece de una manera particular como objeto de las criaturas intelectuales, cual un océano de luz y de amor en que irán a sumergirse las que lo hayan merecido por la observancia de las leyes emanadas de la sabiduría infinita? ¿No es digno de admiración y de entusiasmo, aun cuando se le mirara como un simple sistema filosófico, el augusto dogma

que nos presenta a todos los espíritus finitos sacados de la nada por la palabra todopoderosa, dotados de una || centella intelectual, participación e imagen de la inteligencia divina, destinados a morar por breve espacio de tiempo en uno de los globos del universo, donde pueden contraer mérito para unirse con el mismo ser que los ha criado y vivir después con él en intimidad de conocimiento y de amor por toda la eternidad?

Si esto no es grande, si esto no es sublime, si esto no es digno de excitar la admiración y el entusiasmo, no alcanzo en qué consisten la sublimidad y la grandeza. Ninguna secta filosófica, ninguna religión ha tenido un pensamiento semejante. Bien puede asegurarse que las primeras palabras del catecismo encierran infinita más sublimidad de la que se contiene en los más altos conceptos de Platón, apellidado por sobrenombre el Divino. Es lamentable que ustedes, preciados de filósofos, traten con tamaña ligereza misterios tan profundos. Cuanto más se medita sobre ellos más crece la convicción de que sólo han podido emanar de la inteligencia infinita. En medio de las sombras que los rodean, al través de los augustos velos que encubren a nuestra vista profundidades inefables, se columbran destellos de vivísima luz que, fulgurando repentinamente, iluminan el cielo y la tierra. Durante los momentos felices en que la inspiración desciende sobre la frente del mortal se descubren tesoros de infinito valor en aquello mismo que el escéptico mira desdeñoso cual miserable pábulo de la superstición y del fanatismo. No se deje usted dominar, mi estimado amigo, por esas mezquinas preocupaciones que obscurecen el entendimiento y cortan al espíritu sus alas; medite, profundice usted enhorabuena | las verdades religiosas; ellas no temen el examen porque están seguras de alcanzar victoria tanto más cumplida cuanto sea más dura la prueba a que se las sujete. Queda de usted su afectísimo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XVIII

El purgatorio

Sumario.—Dificultades. Cómo se alían el dogma del infierno y el del purgatorio. Los sufragios. La caridad. Belleza de nuestro dogma. No es invención humana. Su tradición universal.

Mi estimado amigo: Tarea difícil es para los católicos la de contentar a los escépticos. Una de las pruebas más po-

derosas que tenemos en favor de la razón y justicia de nuestra causa es la injusticia y la sinrazón con que somos atacados. Si el dogma es severo, se nos acusa de crueles; si es benigno, se nos llama contemporizadores. La verdad de esta observación la justifica usted con las dificultades que en su última carta objeta al dogma del purgatorio, con el cual, según afirma, está más reñido que con el del infierno. «La eternidad de las penas, dice usted, aunque formidable, me parece, sin embargo, un dogma lleno de terrible grandor y digno de figurar entre los de una religión que busca la grandeza aunque sea terrible. Al menos veo allí la justicia infinita ejerciéndose en escala infinita, y estas ideas de infinidad || me inclinan a creer que ese dogma espantoso no es concepción del entendimiento del hombre. Pero cuando llego al del purgatorio, cuando veo esas pobres almas que sufren por las faltas que no han podido expiar en su vida sobre la tierra; cuando veo la incesante comunicación de los vivos con los muertos por medio de los sufragios; cuando se me dice que se van rescatando estas o aquellas almas, me parece descubrir en todo esto la pequeñez de las invenciones humanas y un pensamiento de transacción entre nuestras miserias y la inflexibilidad de la divina justicia. Hablando ingenuamente, me atrevo a decir que en este punto los protestantes han sido más cuerdos que los católicos, borrando del catálogo de los dogmas las penas del purgatorio.» También hablando ingenuamente replicaré yo que sólo la seguridad que abrigo de salir victorioso en la disputa ha podido hacer que leyese con ánimo sereno tanta sinrazón acumulada en tan pocas palabras. No ignoraba que el purgatorio suele ser el objeto de las burlas y sarcasmos de la incredulidad; pero no podía persuadirme que una persona preciada de juiciosa e imparcial se propusiera nada menos que lavar a esas burlas y sarcasmos su fealdad grosera, dándoles un baño de observación filosófica. No podía persuadirme que a un entendimiento claro se le ocultase la profunda razón de justicia y equidad que se encierra en el dogma del purgatorio, y que un corazón sensible no hubiese de percibir la delicada ternura de un dogma que extiende los lazos de la vida más allá del sepulcro y esparce inefables consuelos sobre la melancolía de la muerte. ||

Como en otra carta he hablado largamente de las penas del infierno, no insistiré aquí sobre ellas, mayormente cuando usted parece reconciliarse con aquel dogma terrible, a trueque de poder combatir con más desembarazo el de las penas del purgatorio. Yo creo que estas dos verdades no están en contradicción, y que, lejos de dañarse la una a la otra, se ayudan y fortalecen recíprocamente. En el

dogma del infierno resplandece la justicia divina en su aspecto aterrador; en el del purgatorio brilla la misericordia con su inagotable bondad; pero, lejos de vulnerarse en nada los fueros de la justicia, se nos manifiestan, por decirlo así, más inflexibles, en cuanto no eximen de pagar lo que debe ni aun al justo que está destinado a la eterna bienaventuranza.

Supongo que no profesa usted la doctrina de aquellos filósofos de la antigüedad que no admitían grados en las culpas, y no puedo persuadirme que juzgue usted digno de igual pena un ligero movimiento de indignación manifestado en expresiones poco mesuradas y el horrendo atentado de un hijo que clava su puñal asesino en el pecho de su padre. ¿Condenaría usted a pena eterna la impetuosidad del primero, confundiéndola con la desnaturalizada crueldad del segundo? Estoy seguro de que no. Henos aquí, pues, con el infierno y el purgatorio; henos aquí con la diferencia entre los pecados veniales y los mortales; he aquí la verdad católica apoyada por la razón y por el simple buen sentido.

Las culpas se borran con el arrepentimiento; la misericordia divina se complace en perdonar a quien || la implora con un corazón contrito y humillado; este perdón libra de la condenación eterna, pero no exime de la expiación reclamada por la justicia. Hasta en el orden humano, cuando se perdona un delito, no se exime de toda pena al culpable perdonado; los fueros de la justicia se templan, mas no se quebrantan. ¿Qué dificultad hay, pues, en admitir que Dios ejerza su misericordia y que al propio tiempo exija el tributo debido a la justicia? He aquí, pues, otra razón en favor del purgatorio. Mueren muchos hombres que no han tenido voluntad o tiempo para satisfacer lo que debían de sus culpas ya perdonadas; algunos obtienen este perdón momentos antes de exhalar el último suspiro. La divina misericordia los ha librado de las penas del infierno; pero ¿deberemos decir que se han trasladado desde luego a la felicidad eterna, sin sufrir ninguna pena por sus anteriores extravíos? ¿No es razonable, no es equitativo el que, si la misericordia templa a la justicia, ésta modere a su vez a la misericordia?

La incesante comunicación de los vivos con los muertos, que tanto le desagrada a usted, es la consecuencia natural de la unión de caridad que enlaza a los fieles de la vida presente con los que han pasado a la futura. Para condenar esta comunicación es necesario condenar antes a la caridad misma y negar el dogma sublime y consolador de la comunión de los santos. Extraño es que cuando se habla tanto de filantropía y fraternidad no sean dignamente ad-

miradas la belleza y ternura que se encierran en el dogma de la Iglesia. Se pondera la necesidad de que todos || los hombres vivan como hermanos, ¿y se rechaza esa fraternidad que no se limita a los de la tierra, sino que abraza a la humanidad entera en la tierra y en el cielo, en la felicidad y en el infortunio? Donde hay un bien que comunicar, allí está la caridad, que no le deja aislar en un individuo y lo extiende largamente sobre los demás hombres; donde hay una desgracia que socorrer, allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla. Que este infortunio sea en esta vida o en la otra, la caridad no le olvida. Ella, que manda dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, amparar al desvalido, asistir al doliente, consolar al preso, ella misma es la que llama al corazón de los fieles para que socorran a sus hermanos difuntos implorando la divina misericordia, a fin de que abrevie la expiación a que están condenados. Si esto fuese invención humana, sería ciertamente una invención bella y sublime. Si la hubiesen excogitado los sacerdotes católicos, no podría negárseles la habilidad de haber armonizado su obra con los principios más esenciales de la religión cristiana.

A propósito de invenciones, fácil me sería probarle a usted que el dogma del purgatorio no es un engendro de los siglos de ignorancia. Hallamos su tradición constante, aun en medio de los desvaríos de las religiones falsas, lo que manifiesta que este dogma, como otros, fué comunicado primitivamente al humano linaje y sobrenadó en el naufragio de la verdad provocado por el error y las pasiones de la extraviada prole de Adán. Platón y Virgilio no eran sacerdotes de la Edad Media, y, sin embargo, nos hablan || de un lugar de expiación. Los judíos y los mahometanos no se habrán convenido con los sacerdotes católicos para engañar a los pueblos; no obstante, reconocen también la existencia del purgatorio. En cuanto a los protestantes, no es exacto que todos lo hayan negado; pero si se empeñan en apropiarse esta triste gloria, nosotros no se la queremos disputar: no admitan en buen hora más penas que las del infierno; quiten toda esperanza a quien no se halle bastante puro para entrar desde luego en la mansión de los justos; corten todos los lazos de amor que unen a los vivientes con los finados, y adornen con tan formidable timbre sus doctrinas de fatalismo y desesperación. Nosotros preferimos la benignidad de nuestro dogma a la inexorabilidad de su error: confesamos que Dios es justo y que el hombre es culpable; pero también admitimos que el mortal es muy débil y que Dios es infinitamente misericordioso. Queda de usted su afectísimo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XIX

La felicidad en la tierra

Sumario.—Justos e injustos. Dificultad. Preocupación general sobre la fortuna de los malos. Males generales. Alcanzan a todos. La virtud es más feliz. Leyes físicas y morales. Se debe prescindir de excepciones. Los criminales que caen bajo la ley. Los que la evitan. Ilusión de su dicha. Parangón de buenos y malos. De ambas clases los hay felices e infelices. La diferencia en la desgracia. La preocupación en contradicción con los proverbios. Los ambiciosos violentos. Su suerte. Los intrigantes. Sus padecimientos. El avaro. El pródigo. El disipado. Armonía de la virtud con todo lo bueno. Hay justicia sobre la tierra

Mi estimado amigo: La discusión sobre las penas del purgatorio le ha recordado a usted el sufrimiento de los justos y le hace encontrar dificultad en que todavía hayan de estar sujetos a nuevas expiaciones los que tantas y tan duras las padecen en la vida presente. «La virtud, dice usted, está demasiado probada sobre la tierra, para que sea necesario que pase por un nuevo crisol en las penas de otro mundo. En esta tierra de injusticias e iniquidades no parece sino que todo se halla trastornado y que, reservada para los perversos || la felicidad, se guardan para los virtuosos todo linaje de calamidades e infortunios. Por cierto que si no tuviera el propósito firme de no dudar de la Providencia para no quemar las naves en todo lo tocante a las cosas de la otra vida, mil veces habría vacilado sobre este punto al ver la desgracia de la virtud y la insolente fortuna del malvado. Quisiera que me respondiese usted a esta dificultad, no contentándose con ponerme delante de los ojos el pecado original y sus funestos resultados, porque, si bien podrá ser verdad que ésta sea una solución satisfactoria, no lo es para mí, que dudo de todos los dogmas de la religión, incluso el de la degeneración primitiva.» No tenga usted cuidado que yo olvide la disposición de ánimo de mi contrincante, y que le arguya fundándome en principios que todavía no admite. Efectivamente, el dogma del pecado original da lugar a muy importantes consideraciones en la cuestión que nos ocupa; pero quiero prescindir absolutamente de ellas y atenerme a principios que usted no puede recusar.

Desde luego me parece que en la presente cuestión supone usted un hecho que, si no es falso, es cuando menos muy

dudoso. Poco importa que la opinión de usted se halle acorde con la vulgar; yo creo que en esto hay una preocupación infundada que, por ser bastante general, no deja de ser contraria a la razón y a la experiencia. Supone usted, como tantos otros, que la felicidad en esta vida se halla distribuída de tal suerte que les cabe a los malos la mayor parte, llevándose los virtuosos la más pequeña, acibarada además con abundantes sinsabores e infortunios. Repito || que considero esta creencia como una preocupación infundada, incapaz de resistir el examen de la sana razón.

Ya se ha observado que los virtuosos no pueden eximirse de los males que afectan a la humanidad en general, si no se quiere que Dios esté haciendo milagros continuos. Si van muchas personas por un camino de hierro y entre ellas se encuentra una o más de señalada virtud, claro es que, si sobreviene un accidente, Dios no ha de enviar un ángel para que ponga en salvo de una manera extraordinaria a los viajeros virtuosos. Si pasan dos hombres por la calle, uno bueno, otro malo, y se desploma una casa sobre sus cabezas, los dos quedarán aplastados: las paredes, vigas y techumbres no formarán una bóveda sobre la cabeza del hombre virtuoso. Si un aguacero inunda los campos y destruye las mieses, entre las cuales se hallan las de un propietario virtuoso, nadie exigirá de la Providencia que al llegar las aguas a las tierras del hombre justo formen un muro como en otro tiempo las del mar Rojo. Si una epidemia diezma la población de un país, la muerte no ha de respetar a las familias virtuosas. Si una ciudad sufre los horrores de un asalto, la soldadesca desenfrenada no dejará de atropellar la casa del hombre justo como atropella la del perverso. El mundo está sometido a ciertas leyes generales que la Providencia no suspende sino de vez en cuando, y que, por lo común, envuelven sin distinción a todos los que se hallan en las circunstancias a propósito para experimentar sus resultados. Sin duda que, a más de las exenciones abiertamente milagrosas, || tiene la Providencia en su mano medios especiales con que libra al justo de una calamidad general o atenúa su desgracia; pero quiero prescindir de estas consideraciones, que me llevarían al examen de hechos siempre difíciles de averiguar y sobre todo de fijar con precisión; admito, pues, sin repugnancia que todos los hombres justos e injustos están igualmente sometidos a los males generales de la humanidad, ora provengan de la naturaleza física, ora dimanen de infaustas circunstancias sociales, políticas o domésticas. No creo que pretenda usted hacer por este motivo un cargo a la Providencia, pues le considero demasiado razonable para exigir

milagros continuos que perturben incesantemente el orden regular del universo.

Aparte, pues, las desgracias generales que alcanzan a los malos como a los buenos, según las circunstancias en que unos y otros se encuentran y de las que no puede decirse que afecten más a los buenos que a los malos, veamos ahora si es verdad que la dicha se halle repartida de tal modo que su mejor parte sea patrimonio del vicio. Yo creo, por el contrario, que, aun prescindiendo de beneficios especiales de la Providencia, las leyes físicas y morales del mundo son de tal naturaleza, que por sí solas, abandonadas a su acción natural y ordinaria, distribuyen de tal modo la dicha y la desdicha, que los hombres virtuosos son incomparablemente más felices, aun en la tierra, que los viciosos y malvados.

Convendrá usted conmigo en que el juicio sobre los grados de felicidad o desdicha no ha de fundarse || en casos particulares, sino que debe estribar en el orden general, tal como resulta y ha de resultar necesariamente, de la misma naturaleza de las cosas.

El mundo está ordenado tan sabiamente, que la pena, más o menos clara, más o menos sensible, va siempre tras el delito. Quien abusa de sus facultades buscando placer encuentra el dolor; quien se desvía de los eternos principios de la sana moral para proporcionarse una felicidad calculada sobre el egoísmo se labra por lo común su desventura y ruina.

No necesito hablar de la suerte que cabe a los grandes delincuentes, entregados a crímenes que pueden alcanzar la acción de la ley. El encierro perpetuo, los trabajos forzados, la exposición a la vergüenza pública, un afrentoso patíbulo: he aquí lo que encuentran en el término de una carrera azarosa, llena de peligros, de sobresalto, de raptos de cólera y desesperación, de sufrimientos corporales, de calamidades y catástrofes sin cuento. Una vida y muerte semejantes nada tienen de feliz; en la embriaguez del desorden y del crimen esos desventurados quizá se imaginan que llegan a gozar; pero ¿llamaremos verdadero goce al que resulta del trastorno de todas las leyes físicas y morales y que se pierde como una gota imperceptible en la copa de angustias y de tormentos agotada hasta las heces? Supongo, pues, que cuando habla usted de la dicha de los malvados no se refiere a los que caen bajo la acción de la justicia humana, sino que trata de aquellos que, mientras faltan a sus deberes atropellando los altos fueros de la justicia y de la moral, insultan a sus víctimas con la seguridad de || que disfrutan, albergándose tal vez

bajo doradas techumbres, en el esplendor de la opulencia y en los brazos del placer.

No niego que, examinada la cosa superficialmente, hay algo que choca e irrita en la felicidad de esos hombres; no desconozco que, ateniéndose a las apariencias, no penetrando en el corazón de semejante dicha, y sobre todo limitándose a casos particulares y no extendiendo la vista como debe extenderse en esta clase de investigaciones, se queda uno deslumbrado y asaltan al espíritu los terribles pensamientos: «¿Dónde está la Providencia? ¿Dónde está la justicia de Dios?» Pero tan pronto como se medita algún tanto y se toma el verdadero punto de vista, la ilusión desaparece y se descubren el orden y la armonía reinando en el mundo con admirable constancia.

Aclaremos y fijemos las ideas. Me citará usted un hombre vicioso, y quizás perverso, que al parecer disfruta de felicidad doméstica y obtiene en la sociedad una consideración que está muy lejos de merecer; sea en buen hora; no quiero entrar en disputas sobre lo que esta felicidad doméstica encierra de real o de aparente, y sobre la dicha interior que producen consideraciones no merecidas; quiero suponer que la felicidad sea verdadera, y que el goce que resulta de la consideración sea íntimo, satisfactorio; pero tampoco podrá usted negarme que al lado de este hombre vicioso y perverso se nos presentan otros honrados y virtuosos que disfrutan igual felicidad doméstica y obtienen una consideración no inferior a la de aquél. Esta observación basta para restablecer el || equilibrio y destruye por su base el hecho que usted daba por seguro de que el vicio es dichoso y la virtud desgraciada. Me presentará usted quizás un hombre dotado de grandes virtudes y oprimido con el peso de grandes infortunios, enhorabuena; pero yo puedo mostrarle a usted el reverso de la medalla y ofrecerle otro hombre inmoral, afligido con infortunios no menores, y henos aquí otra vez con el equilibrio restablecido. La virtud se nos presenta infortunada; pero a su lado vemos gemir el vicio agobiado con el mismo peso.

Ya puede usted notar que no aprovecho todas las ventajas que me ofrece la cuestión y que le dejo a usted en el terreno más favorable, pues que supongo igualdad de sufrimiento en igualdad de circunstancias infortunadas y prescindo de la desigualdad que naturalmente debe resultar de la diferente disposición interior de los que sufren la desgracia: lo que para el uno es consuelo, para el otro es remordimiento.

Echase de ver fácilmente que con semejante estadística de paralelos no resolveríamos cumplidamente la cuestión, y que no podría citarse un caso en un sentido sin que se

ofreciese otro parecido o igual en el sentido contrario. Observaré, no obstante, que, a pesar de la preocupación que hay en este punto y que llevo confesada desde el principio, la constante experiencia del infeliz término de los hombres malos ha producido la convicción de que tarde o temprano les alcanza la justicia divina, y el buen sentido del pueblo ha consignado esta verdad en proverbios sumamente expresivos. El vulgo habla incesantemente de la fortuna de los malos y desgracia de los buenos; || pero siguiendo la conversación se le sorprende a cada paso en contradicción manifiesta, cuando refiere la maldición del cielo que ha caído sobre tal o cual individuo, sobre tal o cual familia, y anuncia las desgracias que no pueden menos de sobrevenir a otras que nadan en la opulencia y en la dicha. Esto ¿qué prueba? Prueba que la experiencia es más poderosa que la preocupación, y que el prurito de quejarse continuamente, de murmurar de todo, inclusa la Providencia, desaparece siquiera por momentos ante el imponente testimonio de la verdad apoyado en hechos visibles y palpables.

Los que desean elevarse a grande altura sin reparar en los medios no suelen encontrar la felicidad que apetecen. Si se arrojan a grandes crímenes, conspirando contra la seguridad del Estado, en vez de conseguir su objeto labran su propia ruina. Se puede asegurar que para uno afortunado hay cien desgraciados que sucumben sin realizar su designio; así lo enseña la historia, así nos lo muestra la experiencia de todos los días. Los hombres que quieren medrar trastornando el orden público están condenados a incesantes emigraciones, y muchos acaban por perecer en un cadalso.

Hay ambiciones que se alimentan de intrigas y bajezas que no tienen el arrojo necesario para el crimen y que, por consiguiente, pueden medrar sin grandes riesgos para la seguridad personal. Es cierto que algunas veces esos hombres que suplen al vuelo del águila con la lenta tortuosidad del reptil adelantan mucho en su fortuna sin sufrir ninguna de aquellas || terribles expiaciones a que están expuestos los que se lanzan por el camino de la violencia; pero ¿quién es capaz de contar los sinsabores, los pesares, las humillaciones vergonzosas que han debido de sufrir para llegar al colmo de sus deseos? ¿Quién podría pintar los temores y el sobresalto en que viven, recelosos de perder lo que han conseguido? ¿Quién alcanza a describir las alternativas dolorosas por que han tenido que pasar y están pasando continuamente, según se inclina hacia ellos o se retira en dirección opuesta la gracia del protector que los ha encumbrado? Y ¿qué idea deberemos formarnos, en tal caso, de la felicidad de esos hombres, mayormente si considera-

mos cuánto ha de atormentarlos la memoria de sus villanías y el remordimiento por los males que tal vez han causado a hombres beneméritos y a familias inocentes? La dicha no está en lo exterior, sino en lo interior; el hombre más rico, el más opulento, más considerado, más poderoso, será infeliz si su corazón está destrozado por una pena cruel.

Quien ama con exceso las riquezas, hasta el punto de olvidar sus deberes con tal que pueda adquirirlas, en vez de lograr la felicidad se acarrea la desdicha. Los hombres que para adquirir riquezas faltan a las leyes de la moral se dividen en dos clases: unos trabajan simplemente por amontonarlas y gozarse en la posesión de su tesoro; otros desean tenerlas para disfrutar el placer de gastarlas con lujosa profusión. Aquéllos son los avaros; éstos son los pródigos. Veamos qué felicidad se encuentra por ambos caminos.

El avaro disfruta un momento al pensar en las || riquezas que posee, al contemplarlas en cautelosa soledad, lejos de la vista de los demás hombres; pero este placer es amargado con innumerables sufrimientos. La habitación estrecha, desaseada, incómoda, bajo todos sentidos; los muebles pobres y viejos; el traje raído, mugriento y recordando modas que pasaron hace largos años; la comida mala, escasa y pésimamente condimentada; la vajilla miserable y rota; los manteles sucios; frío en invierno; calor en verano; aborrecido de sus amigos y deudos; despreciado y ridiculizado por sus sirvientes; maldito por los pobres, sin encontrar en ninguna parte una mirada afectuosa, ni oír una palabra de amor ni un acento de gratitud: ésta es la dicha del avaro. Si usted la desea, yo, por mi parte, no pienso envidiársela.

El pródigo no padece lo que el avaro; disfruta largamente mientras hay dinero y salud; y si llega a sus oídos el acento de las víctimas de su injusticia, experimenta algún consuelo con la expresión de gratitud de los que reciben sus favores. Pero, a más del remordimiento que siempre acompaña a los bienes mal adquiridos, a más del descrédito que consigo traen los procedimientos injustos, a más de las maldiciones que está condenado a escuchar quien se ha enriquecido a costa ajena, tiene la prodigalidad inconvenientes característicos, que al fin acaban por hacer desgraciado al que se había prometido ser feliz con la profusión de sus riquezas. Los placeres a que conduce la misma prodigalidad estragan la salud, turban la paz doméstica, deshonran muchas veces a los ojos de la sociedad y acarrean disgustos de mil clases. Por fin, hay en || pos de estos males uno que viene a completarlos: la pobreza. Es-

tos no son cuadros ficticios, son realidades que encontrará usted por dondequiera, son ejemplos positivos a los que no falta otra cosa que nombres propios.

La inmoralidad en el goce de los placeres de la vida está muy lejos de acarrear la felicidad a quien los disfruta. Esta es una verdad tan conocida que es difícil insistir en ella sin repetir lugares comunes que han llegado a ser vulgares. Las obras de medicina y de moral están llenas de avisos sobre los inconvenientes de la destemplanza: las enfermedades de todas especies; la vejez prematura; la abreviación de la vida; padecimientos superiores a toda ponderación; he aquí los resultados de la conducta desarreglada.

Una mesa opípara, en magníficos salones, servida con lujo y esplendor, en brillante sociedad, en la algazara de los alegres convidados, seguida de los brindis, de festejos, de orquesta, de placeres de todos géneros, es ciertamente un espectáculo seductor: he aquí, mi estimado amigo, una felicidad incomparable, ¿no es verdad? Pues aguarde usted un poco; deje que la música termine, que se apaguen las bujías, los quinqués y las arañas, y que los convidados se retiren a descansar. Mientras el hombre sobrio y arreglado duerme tranquilamente, los criados del hombre feliz corren azorados por la casa; unos preparan bebidas demulcentes, otros disponen el baño, éstos salen precipitadamente en busca del facultativo, aquéllos golpean sin piedad la puerta del farmacéutico. ¿Qué ha sucedido? Nada; la felicidad de la mesa se ha trocado || en dolores agudísimos. El hombre venturoso no encuentra descanso ni en la cama, ni en el sofá, ni en la butaca, ni en el suelo: un frío sudor baña sus miembros; su faz está cadavérica, sus ojos desencajados, sus dientes rechinan y clama a grandes gritos que se *muere*. Estos son los percances de tamaña felicidad; para conocer cuán bien contrapesan semejantes padecimientos el placer de breves horas, sería bueno consultar al paciente y preguntarle si no renunciaría gustoso a todos los placeres y festines del mundo con tal que pudiese aliviarse algún tanto en los dolores que sufre.

Interminable sería si quisiese continuar el parangón entre los resultados del vicio y de la virtud; pero no intento repetir lo que se ha dicho ya mil veces y que usted sabe tan bien como yo. Baste observar que la felicidad no está en las apariencias, sino en lo más íntimo del alma; al hombre que experimenta agudos dolores, que vive agobiado de pesares, devorado por una tristeza profunda o lentamente consumido por un tedio insoportable, ¿de qué le sirve la magnificencia de un palacio, ni el brillo de los honores, ni el incienso de la lisonja, ni la fama de su nombre? La di-

cha, repito, está en el corazón; quien tiene en el corazón la desdicha es infeliz, sean cuales fueren las apariencias de ventura de que se halle rodeado. Ahora bien; en el ejercicio de la virtud están armonizadas todas las facultades del hombre; en sus relaciones consigo mismo, con sus semejantes, con Dios, así con respecto a lo presente como a lo futuro; el vicio trastorna esta armonía, perturba al hombre interior haciendo que la razón y la voluntad sean esclavas de || las pasiones, debilita la salud, acorta la vida con los placeres de los sentidos, altera la paz doméstica, destruye la amistad, sacrifica lo futuro a lo presente; así el hombre marcha por un camino de remordimiento y de agitación hacia el umbral del sepulcro, donde no espera ni puede esperar ningún consuelo, y donde teme encontrar el castigo de sus desórdenes. La felicidad de un ser no puede consistir en la perturbación de las leyes a que se halla sometido por su propia naturaleza; las del orden natural se hallan acordes con las del moral; quien las infringe paga su merecido, en vez de felicidad encuentra terribles desventuras.

Ya ve usted, mi querido amigo, que no es tan cierto como usted creía que la felicidad de la tierra sea únicamente para los malos y la desdicha para solos los buenos: tengo por indudable que si se pudiesen pesar en una balanza los grados de felicidad que se reparten entre la virtud y el vicio, pesarían mucho más los de aquélla que los de éste, y de que le cabe al vicio una cantidad de sufrimientos incomparablemente mayor que los que experimenta la virtud. Sí, hay justicia también sobre la tierra; Dios ha querido permitir muchas iniquidades; ha querido que a veces disfrute el malvado una sombra de felicidad; pero ha querido también que aun en esta vida se palpase la terrible ley de expiación, y a esto hace contribuir los mismos medios de que se vale el perverso para labrar su ventura. Queda de usted afectísimo y S. S., Q. S. M. B.,

J. B. ||

CARTA IXX

Culto de los santos

Sumario.—Disposición de ánimo de los escépticos. Les falta lectura buena. No son imparciales como pretenden. Lo que deben preguntarse a sí mismos. Su poca filosofía. Leibniz y el culto de los santos. Cómo se entiende este culto. Cómo se distingue del que se da a Dios. Se rechaza la acusación de idolatría. Vaguedad con que se emplean las palabras de grandor y sublimidad. La gracia no destruye la naturaleza. Por qué honramos a los santos Diferencias entre el justo en vida y el santo en el cielo. Veneración de la virtud. Poca lógica de los incrédulos en este punto. Se oponen a la razón y al sentimiento. Las imágenes. La religión y el arte. Costumbres de todos los tiempos y países. Los santos, bienhechores de la humanidad. Condiciones para la veneración pública.

Mi estimado amigo: Cada día me voy convenciendo de que no está usted tan falto de lectura en materia de religión como al principio me había figurado; conozco que no es lectura lo que le falta, sino lectura buena, pues que a cada paso se descubre que ha tenido bastante cuidado de revolver los escritos de los protestantes e incrédulos, guardándose de echar una ojeada a las obras de los católicos, como si fuesen para usted || libros prohibidos. Séame permitido observar que una persona educada en la religión católica y que la ha practicado durante su niñez y adolescencia, no podrá sincerarse en el tribunal de Dios del espíritu de parcialidad que tan claro se muestra en semejante conducta. Asegurar una y mil veces que se tiene ardiente deseo de abrazar la verdadera religión tan pronto como se la descubra, y, sin embargo, andar continuamente en busca de argumentos contra la católica, y abstenerse de leer las apologías en que se responde a todas las dificultades, son extremos que no se concilian fácilmente. Esta contradicción no me coge de nuevo, porque hace largo tiempo estoy profundamente convencido de que los escépticos no poseen la imparcialidad de que se glorían, y de que, aun cuando se distingan de los otros incrédulos, porque en vez de decir «esto es falso», dicen «dudo que sea verdadero», no obstante, abrigan en su ánimo algunas prevenciones, más o menos fuertes, que les hacen aborrecer la religión y desear que no sea verdadera.

El escéptico no siempre se da a sí propio exacta cuenta de esta disposición de su ánimo; quizás se hará muchas ve-

ces la ilusión de que busca sinceramente la verdad; pero si se observan con atención su conducta y sus palabras se echa de ver que tiene por lo común un gozo secreto en objetar dificultades, en referir hechos que lastimen a la religión, y por más que se precie de templado y decoroso no suele eximirse de dar a sus objeciones un tono apasionado y frecuentemente sarcástico.

No quisiera que usted se ofendiese por estas observaciones, || pero, hablando con ingenuidad, también desearía que no se olvidase de tomarlas en cuenta. No perderá usted nada con examinarse a sí propio y preguntarse: «¿Es cierto que buscas sinceramente la verdad? ¿Es cierto que en las dificultades que objetas al catolicismo no se mezcla nada de pasión? ¿Es cierto que no se te ha pegado nada de la aversión y odio que respiran contra la religión católica las obras que has leído?» Esto quisiera que usted se preguntase una y muchas veces, puesto que, a más de hacer un acto propio de un hombre sincero, allanaría no pocos obstáculos que impiden llegar al conocimiento de la verdad en materia de religión.

Me dirá usted que no puede menos de extrañar las observaciones que preceden, cuando en su polémica ha conservado mayor decoro de lo que suelen los que combaten la religión. No niego que las cartas de usted se distinguen por su moderación y buen tono, y que, no profesando mis creencias, tiene usted bastante delicadeza para no herir la susceptibilidad de quien las profesa; sin embargo, no he dejado de notar que, no obstante sus buenas cualidades, no se exime usted completamente de la regla general, y que al disputar sobre la religión adolece también del prurito de tomar las cosas por el aspecto que más pueden lastimarla, y que con advertencia o sin ella procura usted eludir el contemplar los dogmas en su elevación, en su magnífico conjunto, en su admirable armonía con todo cuanto hay de bello, de tierno, de grande, de sublime. Repetidas veces he tenido ocasión de observar esto mismo, y por ahora no veo que lleve camino || de enmendarse. Así creo que me dispensará usted si no le exceptúo de la regla general y le considero más preocupado y apasionado de lo que usted se figura.

Precisamente en la carta que acabo de recibir, esta triste verdad se me presenta de bulto, de una manera lastimosa. A pesar de las protestas, se está descubriendo en toda ella el dejo del fanatismo protestante y de la ligereza volteriana, y difícilmente podría creer que antes de escribirla no consultase usted alguno de los oráculos de la mal llamada reforma o de la falsa filosofía. Por más que hable usted con respeto de las *creencias populares* y del encanto que

experimenta al presenciar el fervor religioso de las *gentes sencillas,* se trasluce que usted contempla todo eso con un benigno desdén y que considera pagar bastante tributo a la sinceridad de los creyentes con abstenerse de condenarlos y ridiculizarlos a cara descubierta. Agradecemos la bondad; pero tenga usted entendido que las creencias y costumbres de esas *gentes sencillas* tienen mejor defensa de lo que usted se imagina, y que, lejos de que el culto, y la invocación de los santos, y la veneración de las reliquias y de las imágenes hayan de ser el pábulo religioso de solas las gentes sencillas, pueden prestar materia a consideraciones de la más alta filosofía, manifestándose que no sin razón se confundieron en este punto con los crédulos y los ignorantes, genios tan eminentes como San Jerónimo, San Agustín, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, Bossuet y Leibniz.

Al leer el nombre de este último creerá usted que || se me ha deslizado la pluma y que lo he puesto por equivocación. Leibniz, protestante, ¿cómo es posible que defendiera en este punto las doctrinas y prácticas del catolicismo? Sin embargo, escrito está en sus obras, que andan en manos de todo el mundo, y no tengo yo la culpa si el autor de la monadología y de la *harmonia praestabilita,* el eminente metafísico, el insigne arqueólogo, el profundo naturalista, el incomparable matemático, el inventor del cálculo infinitesimal, se halla de acuerdo en este punto con las *gentes sencillas,* y es algo menos *filósofo* de lo que son tantos y tantos que no conocen más historia que los compendios en dieciseisavo, ni más filosofía que los rudimentos de las escuelas, mal aprendidos y peor recordados, ni más geometría que la definición de la línea recta y de la circunferencia.

Insensiblemente me he ido extendiendo en consideraciones generales, y el preámbulo de la carta se ha hecho demasiado largo, aunque estoy muy lejos de creerle inoportuno. Conviene ciertamente discutir con templanza, pero ésta no debe llevarse hasta tal punto que se olvide el interés de la verdad. Si alguna vez es necesario advertir a ustedes el espíritu de parcialidad con que proceden, es preciso hacerlo, y si otras veces puede interesar el observarles que discuten sin haber estudiado y combaten lo que ignoran, es preciso no escrupulizar en ello.

El culto de los santos le parece a usted poco razonable, y hasta lo juzga poco conforme a la sublimidad de la religión cristiana, que nos da tan grandes ideas de Dios y del hombre. ¿Por qué se opone a || estas grandes ideas el culto de los santos? Porque «parece que el hombre se humilla demasiado, tributando a la criatura obsequios que sólo son

debidos a Dios». Desde luego se echa de ver que se halla usted imbuído de las objeciones de los protestantes, mil veces soltadas y mil veces repetidas. Aclaremos las ideas.

El culto que se tributa a Dios es en reconocimiento del supremo dominio que tiene sobre todas las cosas, como su criador, ordenador y conservador; es en expresión de la gratitud que la criatura debe al Criador por los beneficios recibidos, y de la sumisión, acatamiento y obediencia a que le está obligada en el ejercicio del entendimiento, de la voluntad y de todas sus facultades. El culto externo es la expresión del interno; es, además, un explícito reconocimiento de que lo debemos todo a Dios, no sólo el espíritu, sino también el cuerpo, y que le ofrecemos no sólo sus dones espirituales, sino también los corporales. Es evidente que el culto interno y externo de que acabo de hablar es propio de Dios exclusivamente: a ninguna criatura se le pueden rendir los homenajes que son debidos únicamente a Dios; lo contrario sería caer en la idolatría, vicio condenado por la razón natural y por la Sagrada Escritura mucho antes de que le condenase el celo filosófico.

Pocas acusaciones habrá más injustas y que se hayan hecho más de mala fe que la que se dirige contra los católicos culpándolos de idolatría por su dogma y prácticas en el culto de los santos. Basta abrir, no diré las obras de los teólogos, sino el más pequeño de los catecismos, para convencerse de que || semejante acusación es altamente calumniosa. Jamás en ningún escrito católico se ha confundido el culto de los santos con el de Dios; quien cayese en tamaño error sería desde luego condenado por la Iglesia.

El culto que se tributa a los santos es un homenaje rendido a sus eminentes virtudes; pero éstas son reconocidas expresamente como dones de Dios; honrando a los santos honramos al que los ha santificado. De esta manera, aunque el objeto inmediato sean los santos, el último fin de este culto es el mismo Dios. En la santidad que veneramos en el hombre veneramos un reflejo de la santidad infinita. Estas no son explicaciones arbitrarias, ni excogitadas a propósito para deshacerme de la dificultad: abra usted por donde quiera las *vidas* de los santos, las colecciones de panegíricos; oiga usted a nuestros oradores, a nuestros catequistas; en todas partes encontrará la misma doctrina que acabo de exponer. Otra observación: La Iglesia ora en las fiestas de los santos, ¿y a quién dirige la oración? Al mismo Dios. Note usted el principio de las oraciones: *Deus qui...*; Omnipotens sempiterne *Deus...*; Praesta quaesumus *Omnipotens Deus...*, etc.; lo mismo sucede en el final, el que siempre se refiere a una de las personas de la Santí-

sima Trinidad, o a dos, o a las tres, como se está oyendo continuamente en nuestras iglesias.

No concibo qué es lo que se puede contestar a razones tan decisivas, y así no debo temer que continúe usted culpándonos de idolatría: aclaradas de este modo las ideas es imposible insistir en la acusación si se procede de buena fe. ||

Voy, pues, a considerar la cuestión bajo otros aspectos, y en particular con relación a la pretendida discordancia entre el culto de los santos y la sublimidad de las ideas cristianas sobre Dios y el hombre. La religión, al darnos ideas grandes sobre el hombre, no destruye la naturaleza humana; si esto hiciese, sus ideas no serían grandes, sino falsas.

Es un dicho común entre los teólogos que la gracia no destruye a la naturaleza, sino que la eleva, la perfecciona. La verdadera revelación no puede estar en contradicción con los principios constitutivos de la naturaleza humana. De esto resulta que la sublimidad de las ideas que la religión nos da sobre el hombre no se oponen a las condiciones naturales de nuestro ser, aunque éstas sean pequeñas. Nuestro grandor consiste en la altura de nuestro origen, en la inmensidad de nuestro destino, en las perfecciones intelectuales y morales que debemos a la bondad del Autor de la naturaleza y de la gracia, y en el conjunto de medios que nos proporciona para alcanzar el fin a que nos tiene destinados. Pero este grandor no quita que nuestro espíritu esté unido a un cuerpo; que a más de ser inteligentes seamos también sensibles; que al lado de la voluntad intelectual se hallen los sentimientos y las pasiones; y que, por consiguiente, en nuestro pensar, en nuestro querer, en nuestro obrar estemos sometidos a ciertas leyes de las que no puede prescindir nuestra naturaleza. Sería de desear que no perdiese usted de vista estas observaciones, que sirven mucho para no confundir las ideas y no emplear las palabras de sublimidad y grandor en un sentido || vago que puede dar ocasión a graves equivocaciones según el objeto a que se las aplica.

Ya que la oportunidad se brinda, séame permitido observar que las ideas de grande y de infinito se hacen servir para arruinar las relaciones del hombre con Dios. ¿Cómo es posible, se dice, que un ser infinito se ocupe de un ser tan pequeño como somos nosotros? Y no se advierte que el mismo argumento podría servir a quien se empeñase en sostener que no hay creación, diciendo: ¿Cómo es posible que un ser infinito se haya ocupado en crear seres tan pequeños? Todo esto es altamente sofístico: las ideas de fini-

to y de infinito, lejos de destruirse la una a la otra, se explican recíprocamente.

La existencia de lo finito prueba la existencia de lo infinito, y en la idea de lo infinito se encuentra la razón suficiente de la posibilidad de lo finito y la causa de su existencia. La relación de lo finito con lo infinito constituye la unidad de la armonía del universo: en quebrantándose este lazo, todo se confunde, el universo es un caos.

Aclaradas las ideas sobre la verdadera acepción de las palabras grande y sublime, cuando se las refiere a la naturaleza humana, examinemos si se opone a la sublimidad de las doctrinas cristianas el dogma del culto de los santos.

Una cosa buena, aunque sea finita, podemos quererla; una cosa respetable podemos respetarla; una cosa venerable podemos venerarla, sin que por esto nos resulte ninguna humillación indigna de nuestra *sublimidad*. Ahora permítame usted que le pregunte si || una virtud eminente es una cosa buena, respetable y venerable, y si es así, como no cabe duda, creo que no habrá ningún inconveniente en que los cristianos rindan un tributo de amor, de respeto y de veneración a los hombres que se han distinguido por sus eminentes virtudes. Esta observación podría bastar para justificar el culto de los santos; pero no quiero limitarme a ella, porque la cuestión es susceptible de harto mayor amplitud.

Mientras vive el hombre sobre la tierra, sujeto a todas las flaquezas, miserias y peligros que afligen a los hijos de Adán en este valle de lágrimas, nadie, por perfecto que sea, puede estar seguro de no extraviarse del camino de la virtud: la experiencia de todos los días nos da un triste testimonio de las debilidades humanas. Y he aquí una de las razones por qué el amor, el respeto y la veneración que nos merece el hombre virtuoso, aun mientras vive sobre la tierra, se le tributan con cierto temor, con alguna incertidumbre, aplicando a este caso el sapientísimo consejo de no alabar al hombre antes de la muerte. Pero cuando el justo ha pasado a mejor vida y sus virtudes, probadas como el oro en el crisol, han sido aceptas a la santidad infinita y tiene asegurado para siempre el precioso galardón que con ellas ha merecido, entonces el amor, el respeto y la veneración que se deben a sus virtudes pueden explayarse sin peligro, y he aquí el motivo del culto afectuoso, tierno, lleno de confianza y de profunda veneración que rinden los cristianos a los justos que por sus altos merecimientos ocupan un lugar distinguido en las mansiones de la gloria. ||

No alcanzo, mi apreciado amigo, cómo puede haber falta de dignidad en un acto tan conforme a la razón y aun a

los sentimientos más naturales del corazón humano; al mostrársenos una persona de gran virtud la miramos con respetuosa curiosidad y le dirigimos la palabra con veneración y acatamiento; ¿y no podrán hacer una cosa semejante los pueblos cristianos, tratándose de hombres que, a más de sus eminentes virtudes, están íntimamente unidos con Dios en la eterna bienaventuranza? La virtud imperfecta será digna de veneración, ¿y no lo será la perfecta, la que está ya premiada con una felicidad inefable? Quien honra a un hombre virtuoso, lejos de humillarse, se ensalza, se honra a sí mismo, y esto, que es verdad con respecto a los hombres de la tierra, ¿no lo será de los hombres del cielo? Un poco más de lógica, mi apreciado amigo, que la contradicción es sobrado manifiesta: las *gentes sencillas* de que usted habla con *benignidad y compasión* tienen en este punto mucha más filosofía que usted.

Hablando ingenuamente, no podía imaginarme que fuera usted tan delicado que no pudiese sufrir la muchedumbre de imágenes y estatuas de santos de que están llenas las iglesias de los católicos. Creía yo que, si no el interés de la religión, al menos el *amor del arte* le había de hacer a usted menos susceptible. Es cosa notada generalmente, tanto por los creyentes como por los incrédulos, la diferencia que va de la frialdad y desnudez de los templos protestantes al esplendor, a la vida de las iglesias católicas, y precisamente una de las causas de esta diferencia se halla || en que el arte inspirado por el catolicismo ha derramado a manos llenas sus obras admirables en que ofrece a la vista y a la imaginación los más elevados misterios, y perpetúa con sus prodigios la memoria de las virtudes de nuestros santos, las inefables comunicaciones con que elevándose hasta Dios presentían en esta vida la felicidad de la venidera.

Quiero ser indulgente con usted; quiero atribuir la dificultad que me propone a una distracción, a un pensamiento poco meditado; sin esta indulgencia me vería precisado a decirle a usted una verdad muy dura: que no tiene gusto, que no tiene corazón si no ha percibido la belleza de que abunda en este punto la religión católica.

Extraño es que al combatir las costumbres del catolicismo con respecto a las imágenes de los santos no haya advertido usted que se ponía en contradicción con uno de los sentimientos más naturales del corazón humano. ¿Cómo es posible que no haya usted descubierto aquí la mano de la religión, elevando, purificando, dirigiendo a un objeto provechoso y augusto un sentimiento general a todos los países, a todos los tiempos? ¿Conoce usted algún pueblo que no haya procurado perpetuar la memoria de sus hombres

ilustres con imágenes, estatuas y otra clase de monumentos? ¿Y hay nada más ilustre que la virtud en grado eminente, cual la tuvieron los santos? ¿Muchos de éstos no fueron por ventura grandes bienhechores de la humanidad? ¿Se atreverá usted a sostener que sea más digna de perpetuarse la memoria de los conquistadores que han inundado la tierra de sangre, que || la de los héroes que han sacrificado su fortuna, su reposo, su vida en bien de sus semejantes, y nos han transmitido su espíritu en instituciones que son el alivio y el consuelo de toda clase de infortunios? ¿Verá usted con más placer la imagen de un guerrero que se ha cubierto de laureles, con harta frecuencia manchados con negros crímenes, que la de *San Vicente de Paúl*, amparo y consuelo de todos los desgraciados mientras habitó sobre la tierra, y que vive aún y se le encuentra en todos los hospitales, junto al lecho de los enfermos, en sus admirables hijas las *Hermanas de la Caridad?*

Me dirá usted que no todos los santos han hecho lo que *San Vicente de Paúl*, es cierto; pero no puede usted negarme que son innumerables los que no se han limitado a la contemplación. Unos instruyen al ignorante, buscándole en las ciudades y en los campos; otros se sepultan en los hospitales, consolando, sirviendo con inagotable caridad al enfermo desvalido; otros reparten sus riquezas entre los pobres y se encargan en seguida de interesar a todos los corazones benéficos en el socorro del infortunio; otros arrostran el albergue de la corrupción, con el ardiente deseo de mejorar las costumbres de seres envilecidos y degradados; en fin, apenas hallará usted un santo en el cual no se vea un manantial de luz, de virtud, de amor, que se derramaba en todas direcciones y a grandes distancias en bien de sus semejantes. ¿Qué encuentra usted de poco racional, de poco digno, en perpetuar la memoria de acciones tan nobles, tan grandes y provechosas? ¿No han hecho lo mismo, cada || cual a su manera, todos los pueblos de todos los tiempos y países? ¿Le parece a usted que en esta obra se hallen mal empleados los prodigios del arte?

Quiero suponer que se trate de una vida deslizada suavemente en medio de la contemplación, en la soledad del desierto o en la práctica de modestas virtudes en la obscuridad del hogar doméstico; aun en este caso no hay ningún inconveniente en que el arte se consagre a perpetuarlas en la memoria. ¿No vemos a cada paso cuadros profanos descriptivos de una escena de familia, o que nos recuerdan una buena acción que nada tiene de heroica? La virtud, sea cual fuere, hasta en su grado más ínfimo, ¿no es bella, no es atractiva, no es un objeto digno de ser presentado a la contemplación de los hombres? Pero advierta usted que

las virtudes comunes no son objeto de culto entre los católicos; para que se les tribute este homenaje de pública veneración es necesario que sean en grado heroico y que además reciban la sanción de la autoridad de la Iglesia.

Abandono con entera confianza estas reflexiones al buen juicio de usted, y abrigo la firme esperanza de que contribuirán a disipar sus preocupaciones, llamándole la atención hacia puntos de vista en que usted no había reparado. Siendo usted ardiente entusiasta de lo filosófico y bello, no podrá menos de admirar la filosofía y belleza del dogma católico en el culto de los santos. De usted afectísimo y seguro servidor, Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XXI

Culto de los santos

(Continuación)

Sumario.—Mudanza del incrédulo. Nueva dificultad contra la invocación de los santos. Valor de la oración de un hombre por otro. Inclinación natural a esta oración. Tradición universal en su favor. Consecuencias en pro del dogma católico.

Mi estimado amigo: Me alegro que la carta anterior no le haya producido a usted una impresión desfavorable, y que no se niegue a reconocer la belleza y la filosofía que se encierran en el dogma católico, «presentado bajo este punto de vista». No quiero, sin embargo, que se atribuya al modo de presentar la cosa lo que sólo pertenece a la cosa misma. Para tomar este punto de vista que a usted le agrada no he necesitado salir de la realidad, sino mostrar los objetos tales como eran, indicando las consideraciones a que brindaban las mismas dificultades que se me habían propuesto.

Se inclina usted a creer que para deshacerme de mi adversario he procurado atacarle por el flanco más || débil, pero que he evitado el presentar el dogma en todo su conjunto. Ya no es usted enemigo de las imágenes de los santos en las iglesias, lo que quiere decir que ha dejado usted de ser iconoclasta. Ahora se ha refugiado en otra trinchera, y dice que, si bien no le parece mal que se perpetúe la memoria de las virtudes de los santos en cuadros y estatuas, y hasta se les tribute en las funciones religiosas un homenaje de acatamiento y veneración, no ve la necesidad de admitir esa comunicación incesante entre los vivos y los

muertos, poniendo a éstos por intercesores en cosas que podemos pedir directamente por nosotros mismos. Añade usted que, siendo uno de los caracteres principales del cristianismo el unir íntimamente al hombre con Dios, con unión imperfecta en esta vida y perfecta en la mansión de la gloria, debe tenerse por más propio, más digno, y sobre todo más elevado, el que el hombre dirija por sí mismo sus plegarias a Dios, sin valerse de mediadores, y que no traslademos a las cosas del cielo las costumbres que tenemos acá en la tierra. Es una fortuna que sea usted quien propone la dificultad, fundándola en semejante principio, porque es bien seguro que si por una u otra causa hubiese yo dicho que el hombre se había de dirigir *inmediatamente* a Dios, me hubiera usted censurado porque sin consideración a la pequeñez humana salvaba yo la distancia que va de lo finito a lo infinito. De esta manera, siempre ven ustedes la sinrazón de nuestra parte: si nos levantamos muy alto, dicen que exageramos, que nos desvanecemos, que nos olvidamos de la pequeñez humana; si abatimos el || vuelo, en consideración a esta misma pequeñez, se dice que vamos arrastrando y que perdemos de vista la sublimidad de la humana naturaleza. Es preciso tener serenidad para sufrir con calma acusaciones tan opuestas; pero éste es un sacrificio que debemos hacer en obsequio de la causa de la verdad, la cual tiene derecho a exigirnos éste y otros mucho mayores.

El dogma de que la invocación de los santos es no sólo lícita, sino también provechosa, puede sufrir como todas las verdades católicas el examen de la razón, sin peligro de salir desairado. Para fijar las ideas y evitar la confusión de las mismas planteemos la cuestión en un terreno despejado. ¿Hay algún inconveniente en admitir que Dios oye las oraciones de los justos cuando ruegan, no para sí, sino para otros? Desearía que usted me dijese si, a los ojos de una sana razón, no es esto muy conforme a todas las ideas que tenemos de la bondad y misericordia de Dios y de la predilección con que distingue a los justos. Si admite usted un Dios, y no un Dios cruel que no cuide de las obras de sus manos y cierre sus oídos a las plegarias del infeliz mortal que implora su auxilio, debe usted admitir también que la oración del hombre dirigida a Dios no es una cosa vana, sino que puede producir y produce saludables efectos. Ahora bien; ¿hay cosa más natural, más conforme a la sana razón, más acorde con los sentimientos de nuestra alma, que el rogar a Dios no sólo para nosotros, sino también para los objetos de nuestro cariño? La madre que tiene en sus brazos a su tierno hijo levanta los ojos al cielo implorando para él la bondad del Eterno; || la esposa

ruega por el esposo, la hermana por el hermano, los hijos por los padres, y el anciano moribundo reúne en torno de su lecho a su descendencia y extiende sobre ella su mano trémula, dándole su bendición y rogando al cielo que la bendiga. La oración del hombre en favor de sus semejantes es una inclinación innata en nuestro corazón; se la halla en todas las edades, sexos y condiciones, en todos tiempos y países; se la ve expresada a cada paso en el grito de la naturaleza que nos hace invocar a Dios al presenciar un peligro ajeno.

La comunicación de las criaturas intelectuales en el seno de la divinidad, el recíproco auxilio que pueden prestarse con sus oraciones, es una tradición universal del género humano, tradición ligada con los sentimientos del corazón más íntimos y más dulces, pintada por todos los historiadores, cantada por todos los poetas, inmortalizada en el lienzo y en el mármol por innumerables artistas, admitida por todas las religiones, expresada en todos los cultos con ceremonias solemnes. Recorred la historia de los tiempos más remotos, consultad los poetas más antiguos, escuchad las narraciones populares cuyo origen se pierde en la obscuridad de los tiempos heroicos y fabulosos, examinad los monumentos y las bellezas orgullo de los pueblos más cultos: siempre, en todas partes, encontraréis el mismo hecho. Hay una guerra: la juventud de un pueblo está corriendo peligros en el campo de batalla; las esposas, los hijos, los padres de los combatientes imploran sobre éstos el auxilio divino, ora en el retiro del hogar doméstico, ora en los templos || públicos con solemnes sacrificios. Hay un viajero de quien hace largo tiempo no se han recibido noticias: su familia, desolada, teme que haya sido víctima de algún accidente funesto; pero abriga todavía alguna esperanza: quizás vaga solitario y perdido por tierras desconocidas; quizás, juguete de las olas, ha sido arrojado a playas inhospitalarias. ¿Cuál es la inspiración de aquella familia? Levantar los ojos y las manos al cielo, orar, implorando la divina misericordia en favor de aquel desventurado. La historia, la poesía, las bellas artes son un no interrumpido testimonio de la existencia de este sentimiento, de esa firmísima creencia de que a los ojos del Altísimo son aceptas las plegarias que el hombre le dirige en favor de otro hombre.

Ahora bien, ¿hay algún inconveniente en que deseemos los unos las oraciones de los otros, aun de los que viven sobre la tierra? Claro es que no; de lo contrario sería preciso desechar todas las religiones, y hasta ponernos en contradicción abierta con uno de los sentimientos más tiernos, más puros que se abrigan en el corazón humano. No

creo que la filosofía de usted llegue a un extremo tan deplorable; no, no puede usted profesar una doctrina la cual ahoga el grito de la naturaleza, que resuena agudo y tierno al pie de la cuna, y se exhala apagado y fatídico en los umbrales del sepulcro. No, no puede usted profesar una doctrina que responde con la sonrisa de la duda a la plegaria de la madre que ora por su hijo, de la esposa que ora por su esposo, del hijo que ora por su padre, del anciano que ora por su || descendencia, del pobre socorrido que ora por su bienhechor, del amigo que ora por su amigo, de pueblos enteros que oran por los valientes que defienden la independencia de su país o llevan a países remotos el nombre de su patria bajo un pabellón victorioso.

Las consecuencias de lo dicho apenas necesito sacarlas; usted las habrá visto ya, y por cierto sin mucho trabajo. Según nuestra doctrina, los santos son hombres justos que disfrutan en la gloria el premio de sus virtudes; ellos no necesitan orar para sí, pues que están exentos de todos los males y peligros y han conseguido cuanto cabe desear; pero pueden orar por nosotros: si esto podían hacerlo en la tierra, ¿cuánto más podrán hacerlo en el cielo? Si los mortales oramos por otros mortales, ¿no podrían o no querrían orar por nosotros los que han conseguido una felicidad inmortal? Sus oraciones son aceptas a Dios de una manera particular, son un incienso agradable que humea incesantemente ante el trono del Eterno. Ellos vivieron como nosotros en esta tierra de infortunio, y no se han olvidado de nosotros. La Iglesia nos dice: «Implorad la intercesión de los santos, rogadles que oren por vosotros; esto es lícito, esto es grato a los ojos de Dios, esto os será muy provechoso en vuestras necesidades.» He aquí el dogma. Si la filosofía de usted lo encuentra poco acorde con la razón natural y los sentimientos del corazón humano, me compadezco de usted y de su filosofía, y no acierto a comprender los principios en que la funda. A decir verdad, espero que cederá usted gustoso a la luz de unas razones a las cuales no veo que se pueda contestar nada || sólido, ni siquiera especioso. En cuyo caso no puedo menos de recordarle a usted la necesidad, tantas veces inculcada, de no proceder con ligereza en materias tan graves y de reflexionar que en los dogmas mirados por la incredulidad con indiferencia y desprecio se ocultan tesoros de sabiduría que se encuentran tanto más profundos cuanto más se los examina a la luz de la filosofía y de la historia. De usted su afectísimo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XXII

CULTO DE LOS SANTOS

(Conclusión)

SUMARIO.—Pasajes de Leibniz en favor del dogma católico. Cumplimiento de sus previsiones. Adoración de las reliquias. Natural extensión del sentimiento a los objetos accesorios. Veneración de los sepulcros. Restos de los hombres ilustres. Abusos. No es culpable de ellos la Iglesia. Nada prueban contra el dogma. Si el culto debe interesar la sensibilidad Dos movimientos de adentro afuera y de afuera adentro. Naturalidad y utilidad de este culto. Resumen.

Mi apreciado amigo: Varios extremos contiene la carta de usted en contestación a mi anterior, y entre ellos noto una indicación en que, sin poner en duda la verdad de la cita, manifiesta desear que le traslade los pasajes de Leibniz donde habla en sentido favorable al dogma católico sobre el culto de los santos. No tengo en esto la menor dificultad. Helos aquí: «Piensan los varones prudentes y piadosos que no sólo se ha de inculcar en el ánimo de los oyentes, sino también manifestar, en cuanto sea posible por signos externos, la diferencia *inmensa e infinita* que || hay entre el honor que se debe a Dios y el que se tributa a los santos: al primero le llaman los teólogos latría, al segundo dulía, desde San Agustín.» *Itaque censent viri pii et prudentes, dandam esse operam, ut omnibus modis discrimen* infinitum atque immensum *inter honorem, qui Deo debetur, et qui sanctis exhibetur, quorum illum latriam, hunc duliam post Augustinum theologi vocant, non tantum inculcetur audientium ac discentium animis, sed etiam externis signis, quoad licet, ostendatur.* (Sistema teológico.)

Por de pronto tiene usted reconocida por Leibniz la diferencia de los cultos de latría y de dulía, diferencia que llama nada menos que *inmensa, infinita,* y es de advertir que confiesa haber tomado esos términos de los mismos teólogos. En cuanto a los varones piadosos y prudentes de que habla Leibniz, puede usted ver cumplidos sus deseos en todos los escritos católicos, desde la obra más magistral hasta el más pequeño catecismo, desde la más solemne función de la Iglesia hasta la más leve ceremonia. Pero no se contenta el ilustre filósofo con lo que acabamos de ver; se propone defender completamente a los católicos, y lo hace de la manera siguiente: «En general se ha de tener

por cierto que no se aprueba el culto de los santos y el de las reliquias sino en cuanto se refiere a Dios, y que no debe haber ningún acto de religión que no se resuelva y *termine* en honor de Dios omnipotente. Así, cuando se honra a los santos debe entenderse como se dice en la Escritura: «Hon-»rados han sido tus amigos, oh Dios; y alabad a Dios en »sus santos.» *Generaliter tenendum... neque cultum sanctorum || aut reliquiarum probari, nisi quatenus ad Deum refertur, nullumque religionis actum esse debere, qui in honorem unius omnipotentis Dei non resolvatur ac terminetur. Itaque cum sancti honorantur, hoc ita intelligendum est quemadmodum in Scriptura dicitur: «Honorificati sunt amici tui, Deus; et laudate Dominum in sanctis eius.»* (Ibíd.)

Más abajo, combatiendo a los que acusan de idolatría el culto de los santos, les recuerda la antiquísima costumbre de la Iglesia en celebrar las fiestas de los mártires, y las reuniones piadosas que en sus sepulcros se tenían desde los primeros siglos, y continúa con las siguientes observaciones sobremanera notables: «Es de temer que los que así piensan abran el camino para destruir toda la religión cristiana, porque si desde aquellos tiempos prevalecieron en la Iglesia horrendos errores, se ayuda en gran manera la causa de los arrianos y samosatenos, que computan desde aquellos tiempos el origen del error y defienden que se introdujo a un mismo tiempo el misterio de la Trinidad y la idolatría... Dejo al juicio del lector el resultado que esto deberá traer. Los ingenios audaces llevarán más allá sus sospechas, pues se admirarán que Jesucristo, que tanto prometió a su Iglesia, haya dejado campear hasta tal punto al enemigo del género humano, que destruída una idolatría le haya sucedido otra, y de los dieciséis siglos apenas se halle uno o dos en que se haya conservado bien entre los cristianos la verdadera fe, cuando vemos que la religión judaica y la mahometana continuaron por muchos siglos bastante puras, conforme a la institución || de sus fundadores. ¿En qué lugar quedará entonces el dictamen de Gamaliel, que decía deberse juzgar de la religión cristiana y de la voluntad de la Providencia por el resultado? ¿Qué pensaríamos del cristianismo si no pudiese sufrir la prueba de esa piedra de toque?» *Verendum autem est ne qui ita sentiunt viam aperiant ad omnem rem christianam convellendam, nam si iam ab illis temporibus horrendi errores in Ecclesia praevaluerunt, arrianorum et samosatenorum causa mirifice iuvatur, qui originem erroris ab illis ipsis temporibus computant, atque obscure defendunt Trinitatis misterium et idolatriam simul invaluisse... Iudicandum cuique relinquo quo res sit evasura, quinimo procedet*

ulterius suspicio audacium ingeniorum; mirabuntur enim Christum promissis tam largum erga suam Ecclesiam, tantum hosti generis humani indulsisse, ut, una idololatria profligata, succederet alia, et ex sedecim seculis vix unum aut duo sint in quibus, vera fides utcumque inter christianos sit conservata, cum iudaicam ac mahometicam religionem videamus tot seculis satis puram secundum fundatorum instituta perstitisse. ¡Quo igitur loco manebit consilium Gamalielis, qui de christiana religione et Providentiae voluntate ex eventu iudicandum dictitabat; aut quid de ipso christianismo iudicabitur, si lapidem hunc Lydium parum adeo sustineret?

Las reflexiones de Leibniz debieran ser tomadas en consideración por cuantos verían con disgusto la extirpación de los restos del cristianismo entre las sectas protestantes. Por desgracia, las previsiones de este grande hombre se van realizando en su misma || patria de una manera lastimosa. La Alemania está presentando en la actualidad un espectáculo deplorable; la disolución de las ideas en materias religiosas ha llegado al último extremo; ahora se coge el fruto de la semilla esparcida en otras épocas. Se creyó que se podían atacar los dogmas católicos y guardarse al mismo tiempo del escepticismo conservando de la religión cristiana lo que bien pareciese a los falsos reformadores; el tiempo ha venido a frustrar estas esperanzas de una manera cruel. Una lógica inflexible ha ido sacando las consecuencias de los principios establecidos; actualmente el protestantismo no es ya más que una vana sombra de lo que fué. La anarquía religiosa ha llegado a su colmo; el escepticismo está haciendo estragos en todas las clases de la sociedad, y una filosofía nebulosa y seductora cuida de arraigarle más y más, difundiendo sus doctrinas panteístas, que en último resultado no son otra cosa que un nuevo disfraz con que se presenta el ateísmo para excitar menos repugnancia.

Otra indicación me hace usted sobre la adoración de las reliquias, aunque, según veo, lo que llevo dicho respecto al culto de los santos ha quebrantado mucho en el ánimo de usted la fuerza de esta última dificultad.

Es un sentimiento natural al hombre el extender su amor o su veneración a los objetos que se hallan inmediatos a la persona querida o venerada. Conservamos con sumo cuidado las prendas que pertenecieron a personas que poseían nuestro afecto, y sucede con frecuencia que cosas de un valor insignificante || lo tienen inmenso cuando se las mide por las afecciones del corazón.

Los cuerpos de los difuntos han sido mirados siempre con una especie de respeto religioso, y las profanaciones de

los sepulcros causan más horror que el atropello de la habitación de los vivientes. Todos los pueblos han respetado los sepulcros y los han puesto bajo el amparo de la religión, y además el cadáver de un hombre ilustre ha sido considerado siempre como un tesoro de mucho valor, digno de que se lo disputasen los pueblos y tuviesen a dicha y orgullo la fortuna de poseerlo. Esta veneración se ha extendido a todo cuanto le perteneciera. Su habitación es conservada cuidadosamente y libertada de las injurias de los tiempos para que puedan visitarla las generaciones venideras; su traje, sus utensilios, sus muebles más insignificantes se enseñan como una preciosidad y tienen una estimación superior a todo precio. Santifique usted este sentimiento del género humano; purifíquele de cuanto puede mancillarle; llévele a un orden sobrenatural por su objeto y su fin, y tiene usted una explicación filosófica del culto de las reliquias y se libra de la necesidad de condenar a las gentes sencillas y no sencillas, que hacen por motivos religiosos lo que hace, hasta en las cosas profanas, todo el género humano. Ya ve usted que donde se creyera sorprender misterios de superstición se encuentran los sentimientos más tiernos y más sublimes de nuestra alma, purificados, elevados, dirigidos por la religión católica.

Voy finalmente a contestar a la última pregunta || que usted me hace sobre la utilidad del culto de los santos, respecto a conservar y promover el espíritu religioso entre los pueblos. Teme usted que dándose al culto una dirección sobrado sensible se pierda de vista el objeto principal y se substituyan a lo esencial de la religión prácticas secundarias. Ante todo conviene advertir que la Iglesia católica no es culpable de ciertos abusos en que puedan haber caído algunos fieles. Cuando usted me arguye en este sentido, lejos de debilitar el dogma católico y la santidad de las prácticas de la Iglesia, me suministra una nueva razón para defender esas prácticas y el dogma en que se fundan. La excepción confirma la regla: no hubiera usted notado el abuso si no fuera general el buen uso. Mucho antes que usted pensase en ello había tomado la Iglesia las convenientes precauciones para evitar todo linaje de abusos, enseñando a los pueblos el verdadero sentido de las doctrinas católicas y amonestándolos de que en semejantes actos procurasen conformarse al espíritu de la Iglesia y a sus venerables prácticas con arreglo al ejemplo y enseñanza de sus legítimos pastores. Si usted insiste en que, a pesar de esto, ha habido algunos abusos, yo replicaré que esto es inevitable, atendida la condición de la flaca humanidad, y le rogaré que me señale una verdad, una costumbre, una institución, por puras y santas que sean, de que los hombres no

hayan abusado repetidas veces. Dejando, pues, estas excepciones, que nada prueban, sino la debilidad humana, que por cierto no necesita ser probada de nuevo, vamos a la dificultad principal. ||

Tan lejos estoy de creer que pueda ser dañoso a la conservación y fomento de la religión el que se ofrezcan objetos a la sensibilidad, que antes bien lo considero útil y hasta necesario. El argumento de usted es de aquellos que por probar demasiado no prueban nada, pues que sacando las últimas consecuencias del culto puramente espiritualista que usted desea, llegaríamos a condenar todo culto externo. Si hay inconveniente en interesar la sensibilidad con el culto, será preciso desterrar de los templos toda insignia religiosa, la música y toda especie de canto, y no sólo esto, sino arruinar los templos mismos, pues que están destinados a conmover al alma por medio de la sensibilidad, con sus formas magníficas e imponentes. De esto resulta con toda evidencia que no se puede admitir la teoría de usted sin condenar todo culto externo; por consiguiente, lo único que puede exigirse es que la sensibilidad no traspase sus límites y se someta a las leyes que le imponga el verdadero espíritu religioso.

Es notable que el espíritu humano está sujeto continuamente a una acción y reacción. Cuando se halla muy penetrado de una idea o de un sentimiento expresa su afección íntima con una forma sensible; y, por el contrario, las formas sensibles ejercen sobre nuestro espíritu una reacción misteriosa, excitando y aclarando las ideas y avivando y enardeciendo los sentimientos. Hay aquí dos movimientos que se ayudan recíprocamente: uno de adentro hacia fuera, otro de fuera hacia dentro, resultado natural de la íntima unión del cuerpo con el espíritu, y expresión de la || armonía establecida por el Criador entre dos seres tan diferentes, unidos íntimamente con un lazo misterioso.

En estos principios se funda la razón *filosófica* de la naturalidad y utilidad del culto externo. Naturalidad, en cuanto es muy natural al hombre expresar sensiblemente sus pensamientos y sentimientos; utilidad, en cuanto esas expresiones sensibles tienen la propiedad de aclarar y conservar los pensamientos y excitar y enardecer los sentimientos. Ahora bien; presentada la cuestión bajo este punto de vista se descubre a la primera ojeada la inmensa utilidad del culto de los santos. En él se despliegan los sentimientos más naturales del corazón, se pone el hombre en comunicación con la divinidad por medio de seres que fueron un día frágiles como él y que aun ahora son de su misma naturaleza. Les habla su lenguaje, les cuenta sus penas, los interesa para que le ayuden en su desventura, y

al darles gracias por algún favor conseguido, como que se propone hacerlos participantes de su dicha. Esto, sin dejar de ser muy puro y muy santo, acomoda en cierta manera la sublimidad de la religión a la flaqueza humana: los misterios más altos se graban en la memoria con formas sensibles, y el cristiano encuentra en los santos un dulce atractivo para la devoción y hermosos modelos de donde puede tomar reglas seguras para dirigir su conducta.

Estas consideraciones son suficientes para desvanecer las dificultades que le presentaban a usted los dogmas católicos bajo un punto de vista falso; por ellas se habrá usted convencido de que no confundimos lo principal con lo accesorio ni lo esencial con || lo accidental. Dios, ser infinito, origen de todo, fin de todo, término final de todo culto; Jesucristo, Dios y Hombre, redentor del humano linaje, en cuyo nombre esperamos salvarnos; los santos, amigos de Dios, unidos con nosotros por el vínculo de la caridad e intercediendo por nosotros; el hombre, compuesto de cuerpo y alma, expresando sensiblemente lo que experimenta en su espíritu y fomentando sus afecciones interiores con objetos sensibles; Dios, Jesucristo, principales objetos de nuestro culto; los santos, objeto de nuestra veneración en cuanto están unidos con Dios y con Jesucristo, Dios y Hombre; he aquí en resumen las grandes ideas del catolicismo en materia de culto. Examínelas usted bajo todos los aspectos, y nada encontrará en ellas que no sea razonable, justo, santo, digno de una religión divina. De usted afectísimo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XXIII

COMUNIDADES RELIGIOSAS

SUMARIO.—Injusticia de ciertas restricciones. Su derecho a la libertad. Razonable opinión del escéptico sobre este punto. Si las comunidades religiosas son cosa esencial en la Iglesia. Se explican los varios sentidos de esta cuestión. Las comunidades religiosas y la sociedad; su historia y porvenir.

Mi apreciado amigo: Ya extrañaba yo que habiendo dado usted rienda suelta a su imaginación para recorrer todo lo relativo a los dogmas cristianos, sin olvidarse de la moral y del culto, no me hubiese hablado de las comunidades religiosas, siendo éstas una institución predilecta en la Iglesia católica. Los incrédulos apenas saben mentar el

catolicismo sin permitirse algunos ataques contra las comunidades religiosas; y, hablando ingenuamente, me ha sorprendido no poco el hallarle a usted tan moderado en este punto. No dudaba yo de que usted profesase principios de tolerancia y libertad, pero como la experiencia me ha enseñado que a esos principios de libertad y tolerancia no siempre se les da una rigurosa aplicación, || no estaba seguro de que no hiciese usted una excepción en contra de las comunidades religiosas, poniéndolas, por decirlo así, fuera de la ley. Afortunadamente he tenido el placer de engañarme, y ha sido para mí una particular satisfacción el oír de boca de usted que, aun cuando no profese las doctrinas católicas, ni se sienta inclinado a trocar el bullicio del mundo por el silencio y la soledad de los claustros, no deja de comprender la posibilidad de que otros hombres se hallen en disposición de ánimo muy diferente y abracen con sinceridad y fervor un sistema de vida totalmente contrario a las ideas y costumbres mundanas.

Además, también veo con mucho gusto que usted reconoce la necesidad y la justicia de dejar a cada cual en amplia libertad para abrazar la vida religiosa en el modo y forma que bien le pareciere. Nada tengo que añadir a las siguientes palabras que encuentro en la apreciada de usted: «Nunca he podido comprender en qué se fundan los sistemas restrictivos en lo tocante a la vida religiosa. Los que tienen dinero disfrutan amplia libertad de gastarle como mejor les agrada, y nadie se mete con ellos, aunque lo hagan lo más alegremente del mundo; los aficionados a placeres los gozan sin más restricción que los límites de su bolsillo o sus previsiones higiénicas; los amigos de festines los celebran cuando quieren sin que nadie se lo impida, aunque la algazara de los brindis y el ruido de la orquesta atruenen la vecindad; los que gustan de habitar en espléndidas moradas y lucir soberbios trenes lo ejecutan sin más formalidades que la de consultar || las existencias de la caja o la longanimidad de los acreedores; ni siquiera falta libertad para la corrupción de costumbres, y las autoridades toleran el libertinaje bajo distintas formas, con tal que no se insulte al decoro público con demasiada impudencia. El pródigo derrama, el codicioso amontona, el inquieto se agita, el curioso viaja, el erudito estudia, el filósofo medita; cada cual vive conforme a sus ideas, necesidades o caprichos. Hay completa libertad para todo el mundo: se forman compañías de comercio, sociedades de fabricantes o de operarios, asociaciones de fomento para este o aquel ramo, sociedades de beneficencia, de ciencias, de literatura, de bellas artes; ¿y no dejaremos en libertad a algunos individuos que creen hacer una obra buena, servir

a Dios, ser útiles a sus semejantes, obedecer a una vocación del cielo, reuniéndose bajo determinadas leyes, con tales o cuales obligaciones, con este o aquel objeto? Le repito a usted que jamás he podido comprender esa peregrina jurisprudencia que restringe una cosa que, si no es buena, es ciertamente inofensiva. Alcanzo sin dificultad que cuando las comunidades religiosas contaban no sólo con crecido número de individuos, sino también con mucha riqueza, violentásemos algún tanto en su contra los principios de tolerancia y libertad; pero ahora, cuando los peligros de la dominación monástica no son más, hablando entre nosotros, que armas de partido para gritar y revolver, me parece sumamente injusto y hasta impolítico el emplear una violencia opresiva que no conduce a nada. El espíritu de la época no es ciertamente favorable a los institutos monásticos, y me || parece que el mundo está más bien amenazado de ser disuelto por el amor de los goces positivos que esterilizado y helado con el cilicio y los ayunos.» De esta manera me ha evitado usted el trabajo de extenderme en reflexiones sobre este punto, expresando clara y brevemente lo mismo que sienten todos los hombres juiciosos, libres de un espíritu de rencorosa parcialidad. Voy, pues, a contestar rápidamente a las demás preguntas que se sirve usted dirigirme sobre las relaciones de los institutos religiosos con la religión misma y con la sociedad en general.

Desea usted que le aclare un tanto las ideas sobre la debatida cuestión de si los institutos religiosos son cosa tan esencial en la Iglesia que no se los pueda combatir sin conmover los cimientos del catolicismo, pues que «la variedad que en este punto nos ofrecen la historia y la experiencia da lugar a encontrados discursos y disputas interminables». Nada más fácil, mi apreciado amigo, que satisfacer en esta parte los deseos de usted, pues creo que con tal que se aclaren debidamente las ideas, no hay ni puede haber discursos encontrados, ni interminables disputas, ni cuestión de ninguna clase.

Son cosas esenciales en la Iglesia católica: la unidad en la fe, los sacramentos, la autoridad de los pastores legítimos distribuídos en la conveniente jerarquía, todos bajo el primado de honor y de jurisdicción del sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice. Aquí no encuentra usted las comunidades religiosas, y si por un momento suponemos que han sido todas suprimidas, sin quedar ni una || sola sobre la faz de la tierra, la Iglesia permanece aún; vive con sus dogmas, con su moral, con sus sacramentos, con su disciplina, con su admirable jerarquía, con su autoridad divina; esto es verdad, es cierto, indudable; y si en este sentido se quiere decir que las comuni-

dades religiosas no son esenciales al catolicismo, se afirma una cosa muy sabida, que ningún católico niega ni puede negar. En cuyo caso no hay disputa ni cuestión de ninguna especie. Prosigamos aclarando las ideas.

En la Iglesia católica hay la fe, que nos enseña sublimes verdades sobre los destinos del hombre, unas terribles, otras consoladoras; hay la esperanza, que nos levanta en sus alas divinas y nos lleva hacia las regiones celestiales, inspirándonos fortaleza en las adversidades de un momento que sufrimos sobre la tierra y comunicándonos una santa moderación en la deleznable fortuna que tal vez nos sonríe, haciendo que la veamos en toda su pequeñez, en toda su volubilidad, cuando la comparamos con el bien eterno e infinito a que debemos aspirar; hay la caridad, que nos hace amar a Dios sobre todas las cosas, inclusos nosotros mismos, que nos hace amar a todos los hombres en Dios, y que, por consiguiente, nos inspira el deseo de ser útiles a nuestros semejantes; hay el Evangelio, donde, a más de los preceptos cuyo cumplimiento es necesario para entrar en la vida eterna, se contienen los sublimes consejos de venderlo todo y darlo a los pobres, de llevar una vida casta como los ángeles en el cielo, de despojarse completamente de la propia voluntad, de abrazar la cruz y seguir || a Jesucristo sin mirar hacia atrás; hay un Espíritu vivificante que ilumina los entendimientos, domina las voluntades, ablanda los corazones, transforma al hombre entero y le hace capaz de resoluciones heroicas que ni siquiera podría concebir la humana flaqueza. Todo esto hay en la religión cristiana; y ¿cuál es, cuál debe ser el resultado? Helo aquí: algunos hombres no quieren limitarse al cumplimiento de los mandamientos divinos, y desean tomar por regla de su conducta no sólo los preceptos, sino también los consejos del Evangelio. Recordando las palabras de Jesucristo en que recomienda la oración en común y promete a los que así lo hagan su asistencia de un modo particular; recordando las augustas costumbres de la primitiva Iglesia, en que los fieles vendían sus propiedades y llevaban su precio a los pies de los apóstoles; recordando lo muy agradable que es a Dios la virtud de la castidad, lo muy acepta que es a Jesucristo la obediencia, pues que El se hizo obediente hasta la muerte, se reúnen para animarse y edificarse recíprocamente; prometen a Dios observar las virtudes de pobreza, castidad y obediencia, ofreciéndole de esta manera en holocausto lo que el hombre tiene de más caro, que es la libertad, y precaviéndose al mismo tiempo contra su propia inconstancia. Los unos se abandonan a las mayores austeridades; otros se entregan a incesante contemplación; otros se dedican a la educación

de la niñez; otros a la instrucción de la juventud; otros se consagran al ministerio de la divina palabra; otros al rescate de los cautivos; otros al consuelo y cuidado || de los enfermos; y he aquí los institutos religiosos. Sin ellos se concibe la religión; pero ellos son un fruto natural de la religión misma; nacen espontáneamente en el campo de la fe y de la esperanza, bajo el soplo vivificante del amor de Dios. Donde se plantea la religión, allí aparecen; si se los arranca, vuelven a brotar; si se los destroza, sus miembros dispersos sirven de fecunda semilla para que resuciten bajo nuevas formas, igualmente bellas y lozanas.

Ya ve usted, mi apreciado amigo, que mirada la cosa desde esta altura desaparecen las cuestiones arriba indicadas. Preguntar si puede haber catolicismo sin comunidades religiosas es preguntar si donde hay sol que esparce en todas direcciones el calor y la luz, si donde hay un aire vivificante, si donde hay una tierra feraz regada con abundante lluvia, puede faltar la vegetación; preguntar si las comunidades religiosas pueden morir para siempre, es preguntar si los huracanes transitorios que devastan las campiñas pueden impedir que la vegetación renazca, que los árboles florezcan de nuevo y produzcan sus frutos, que los campos se cubran de mieses. Así nos lo enseña la historia, así nos lo atestigua la experiencia; querer un catolicismo que no inspire a algunos hombres privilegiados el deseo de abandonarlo todo por amor de Jesucristo, de consagrarse a la meditación de las verdades eternas y al bien de sus semejantes, es querer un catolicismo sin el calor de la vida, es imaginarse un árbol endeble cuyas raíces no penetran en el corazón de la tierra y que se seca a los primeros ardores del verano, o es arrancado fácilmente al soplo del aquilón. ||

Me pregunta usted lo que pienso sobre la utilidad social de las comunidades religiosas, y si creo que bajo este aspecto se les pueda otorgar algún porvenir, atendido el espíritu y la marcha de la civilización moderna. Como una carta no permite la amplitud requerida por la inmensa cuestión suscitada con esta pregunta, me limitaré a dos puntos de vista que espero serán aprovechados por el talento y la ilustración de usted.

Bajo el aspecto histórico se puede establecer por regla general que la fundación de los diferentes institutos religiosos, a más de su objeto cristiano y místico, ha tenido otro eminentemente social y exactamente acomodado a las necesidades de la época. Si se estudia la historia de las comunidades religiosas teniendo presente esta idea, se la encuentra realizada en todos tiempos y países de una manera asombrosa. El Oriente y el Occidente, lo antiguo y lo mo-

derno, la vida contemplativa y la activa: todo ofrece abundantes materiales históricos que comprueban la exactitud de la observación; en todas partes se la encuentra verificada con admirable regularidad [1].

Esto pienso sobre la historia de las comunidades religiosas; no me es posible reproducir en una carta las razones y los hechos en que fundo mi opinión; si tiene usted ocio bastante para dedicarse a esta clase de estudios, abandono con entera seguridad la cuestión al buen juicio de usted. Ahora voy a presentar || en breves palabras el otro punto de vista, relativo al porvenir de dichos institutos.

Como nosotros creemos que la Iglesia no perecerá, sino que durará hasta la consumación de los siglos, estamos seguros también de que el divino Espíritu que la anima no la dejará nunca estéril y que la hará producir no sólo los frutos necesarios para la vida eterna, sino también los que contribuyen a realzar su lozanía y hermosura. Las comunidades religiosas, pues, durarán bajo una u otra forma: ignoramos las modificaciones que ésta podrá sufrir, pero descansamos tranquilos a la sombra de la Providencia.

Tocante a la utilidad social de las comunidades religiosas en el porvenir, la cuestión es para mí muy sencilla. ¿Pueden ser útiles a la civilización moderna grandes ejemplos de moralidad, el espectáculo de virtudes heroicas, de abnegación y desprendimiento sin límites? ¿Tienen las sociedades modernas grandes necesidades que satisfacer? La educación de la infancia, y muy particularmente la de las clases pobres, la organización del trabajo, el espíritu de asociación para el fomento de los grandes intereses procomunales, las casas de expósitos, las penitenciarías, los establecimientos de corrección y toda clase de instituciones de beneficencia, ¿dejan de ofrecer problemas sumamente complicados, de presentar gravísimas dificultades, de necesitar el auxilio del desprendimiento, del amor de la humanidad desinteresado y ardiente? Ese desinterés, esa abnegación, ese ardiente amor de la humanidad sólo pueden nacer de la caridad cristiana: ésta puede obrar de infinitas maneras; pero el secreto para || que su acción sea más bien dirigida, más enérgica, más eficaz, es hacer que se personifique en algunas de esas instituciones que se sobreponen a las afecciones particulares, que viven largos siglos como un grande individuo, en el cual no figuran las personas sino como en el cuerpo humano las moléculas que entran y salen incesantemente en el movimiento de la organización.

Repito que tengo viva esperanza en la utilidad social de

[1] Véase *El protestantismo comparado con el catolicismo* (BAC, 1949), t. IV.

las comunidades religiosas. En el porvenir de la civilización moderna se me ofrecen como poderosos elementos de conservación en medio de la destrucción que nos amenaza, como un lenitivo a crueles sufrimientos, como un remedio a males terribles. El egoísmo lo invade todo, y yo no conozco medio más eficaz para neutralizarle que la caridad cristiana. Los hombres se reúnen para ganar y también para socorrerse por cálculo; yo deseo que se reúnan además para auxiliarse con absoluto desprendimiento del interés propio, ofreciéndose en holocausto por el bien de sus semejantes. Esto hacen las comunidades religiosas, y por esta razón me prometo mucho de su influencia en el porvenir del mundo. No pueden ser inútiles mientras haya salvajes y bárbaros que civilizar, ignorantes que instruir, hombres corrompidos que corregir, enfermos que aliviar, infortunados que consolar. De usted afectísimo y seguro servidor, Q. B. S. M.,

J. B. ||

CARTA XXIV

La severidad de las comunidades religiosas

Sumario.—Sus razones. Qué es el religioso. Sus peligros. Contraste. Actividad humana. Necesidad de un pábulo. Leyes e instituciones. Su necesidad de preservativos. Gradación en los tránsitos del bien al mal. Ejemplo en la infracción de las leyes. Las formalidades. Las leyes más fuertes no son las más observadas. Sabiduría de los fundadores de los institutos religiosos. Abundancia de ocupaciones y prácticas. Ley de la distribución de fuerzas entre las facultades del alma. Dicho de Chateaubriand sobre San Jerónimo. San Bernardo. Santa Teresa de Jesús.

Mi apreciado amigo: Ha podido usted notar en mi carta anterior que exponía mis ideas con la mayor brevedad posible, y para esto tenía una razón especial, que consistía en el temor de que el asunto se le hiciese pesado, pues que daba yo por cierto que las comunidades religiosas no habrían sido el objeto favorito de los estudios de usted, y que, por consiguiente, sólo podría soportar algunas indicaciones rápidas en las que la memoria de los claustros no le hiciese perder el recuerdo del mundo. Ahora veo que su espíritu de usted va tomando una dirección algo más seria, y no cree ya que objetos cuya historia ocupa largos siglos, || y que de tal modo se enlazan con el desarrollo so-

cial de las naciones modernas, puedan ser conocidos con un estudio superficial, ni deban ser condenados con ocurrencias agudas. Al fin va usted penetrándose de la injusticia y frivolidad del método volteriano, que traduce sus dificultades en sarcasmos y contesta a las razones más sólidas con una sonrisa burlona. El error es más tolerable cuando va acompañado de cierto amor a la razón y sentimientos de equidad. Mis observaciones sobre las comunidades religiosas le parecen a usted dignas de atención; esto me basta, pues que mi objeto no era otro que excitar la curiosidad de usted por si lograba que algún día estudiase a fondo estas materias con el detenimiento que su gravedad reclama. Mal podía lisonjearme de circunscribir esta cuestión a los reducidos límites de una carta, cuando estoy persuadido de que podría escribirse sobre este punto una interesante obra y de no escasas dimensiones. Como quiera, ya que usted se empeña en continuar discutiendo, no tengo inconveniente en satisfacer sus deseos.

Considera usted los institutos religiosos bajo el aspecto de la severidad, pareciéndole ésta un tanto excesiva, atendida la humana flaqueza, e innecesaria además para conseguir el objeto que los fundadores se proponían. Yo tengo sobre este particular convicciones muy diferentes, y para ello me fundo, no precisamente en el respeto debido a la sabiduría y santidad de aquellos ilustres varones, sino en razones nacidas de la naturaleza misma del corazón humano. Voy a exponerlas brevemente. ||

La vida religiosa aisla en cierto modo de los demás hombres al individuo que la profesa. Con los votos se rompen los lazos que le unen al mundo; la amistad y la familia desaparecen en cuanto se opongan al objeto del instituto. El religioso es un hombre que, aunque mora sobre la tierra, está enteramente consagrado a las cosas del cielo. La propiedad, ese poderoso vínculo que liga a los individuos y a las familias, que los hace pegar, por decirlo así, a un lugar determinado, como se pega la planta a la tierra de donde recibe su vida, no existe para el religioso; no sólo no la tiene, sino que se ha privado de la facultad de tenerla; por amor de Jesucristo se ha hecho pobre para siempre, se ha condenado a no poseer nada. Con el voto de castidad está privado de la familia, y con la vida común no puede tener aquellas relaciones domésticas que substituyen en el corazón a las de la familia propia. La obediencia no le permite elegir el lugar de su habitación, ni tampoco entregarse a sus ocupaciones predilectas. Es un hombre excepcional en todo, que en todo se mueve por reglas diferentes de las del común de los hombres.

Este individuo, aislado de esta manera, sin más contac-

to con el mundo que el que le permiten las prescripciones a que se halla sometido, no deja de ser hombre, no se ha convertido en ángel; tiene sus flaquezas, sus deseos, sus caprichos; abriga un corazón que late, que está sometido a las mismas impresiones que el de los que viven en medio del mundo. Lleno de juventud y de vida, su pensamiento vuela más allá del recinto monástico; su corazón se dilata, || necesita satisfacerse con algunos objetos, que, si no los encuentra en su instituto, irá a buscarlos en otra parte. ¡Desgraciado si aflojada la severidad de la disciplina religiosa, teniendo un pie en el claustro, pone el otro en los umbrales del mundo; si quiere vivir en dos elementos, a manera de anfibio, que tan pronto se sepulta en las profundidades de un lago como que respira un aire que abrasa en el ardor de los arenales! Los resultados no pueden menos de ser funestos: se establece una implacable lucha entre las influencias de elementos tan contrarios; el infortunado se halla sometido a la acción de dos fuerzas opuestas; su alma necesita dividirse en dos partes, por decirlo así; su corazón, sujeto a violentas alternativas de expansión y compresión, se rompe y destroza.

Entonces resulta por necesidad un chocante desacuerdo entre el instituto y la conducta, entre las palabras y las obras, siendo el desorden tanto más monstruoso cuanto es más vivo el contraste. He aquí una razón profunda de la severidad de los fundadores; he aquí por qué lo que a primera vista pudiera parecer exageradamente riguroso es altamente cuerdo y previsor. Un hombre sin propiedad, sin familia, sin libertad en sus actos, consagrado por voto a la práctica de las virtudes evangélicas, y que, sin embargo, se olvidase de sus deberes y reuniese en torpe mezcolanza el traje de la austeridad con la relajación del mundo, sería un objeto repugnante.

Ahora bien, en el fondo del alma humana hay un caudal de actividad que se despliega con el ejercicio de diferentes facultades: el entendimiento, la voluntad, || la imaginación, el corazón necesitan pábulos en que cebarse; mientras el hombre vive, sus facultades viven con él; vano empeño sería pretender ahogarlas; lo que conviene es moderarlas, dirigirlas, subordinar a las más nobles las menos nobles, procurar que la expansión y energía de aquéllas no permitan a éstas traspasar los límites señalados por la razón y la moral. La indulgencia con las malas pasiones, con los instintos peligrosos, lejos de producir el *saludable desahogo* que usted se promete, levantarían en el corazón movimientos tempestuosos y acabarían pronto con toda disciplina. La historia de la Iglesia nos ofrece repetidos ejemplos que confirman esta verdad y justifican la previsión de

los fundadores de los institutos religiosos. La naturaleza humana es tan débil, son tantos los pliegues de nuestro corazón, son tan varias e ingeniosas las ilusiones con que procuramos engañarnos, que la experiencia atestigua no estar de sobra ninguna precaución cuando se trata de evitar abusos, mayormente si es preciso extender la vista más allá de la esfera individual y ocuparse de instituciones que han de vivir largos siglos. Esta consideración me lleva naturalmente al examen de lo que usted llama «*pequeñeces* que se pueden despreciar sin perjuicio de la disciplina».

Todas las leyes, todas las instituciones aplicables a los hombres necesitan, a más de su constitutivo esencial, fuertes preservativos contra la destructiva acción del tiempo y del contacto humano. El mundo moral, a semejanza del físico, está sujeto a un continuo flujo y reflujo de acción y reacción. A todo lo que debe || durar mucho tiempo no le basta abrigar un poderoso principio de vida que rechace la corrupción y la muerte de las regiones del corazón y de las vísceras indispensables a las principales funciones del organismo; es necesario que los preservativos se hallen a larga distancia del centro de la vida, en todos los puntos de la periferia, como centinelas avanzados que rechazan la corrupción y la muerte mucho antes que lleguen a entablar su lucha destructora en los puntos más delicados de la organización.

Eche usted una ojeada sobre las leyes sin observancia, sobre las costumbres corrompidas, sobre las instituciones políticas o sociales que han perdido su fuerza; siga usted la historia de la decadencia de las cosas mejores, y notará que en el bien como en el mal hay en el mundo una ley por la cual se hacen los tránsitos de un extremo a otro, no repentinamente, sino por una gradación suave y muchas veces imperceptible.

¿Por qué ha caído en desuso una ley utilísima, hasta el punto de que nadie repara en infringirla abiertamente? ¿Se comenzó por quebrantarla sin rebozo? De ninguna manera. Lo que se hizo fué principiar por el descuido de una formalidad, al parecer de poca importancia: la prescripción de la ley quedaba cumplida; lo que se dejaba sin observancia era una cosa insignificante, puramente reglamentaria, que ni se hallaba en la mente del legislador, ni siquiera formaba parte de la ley. La rendija estaba abierta; el tiempo debía encargarse de ensancharla.

La ley, mientras estaba cubierta por la formalidad || llamada insignificante, no se hallaba en contacto inmediato con las resistencias que encontraba en la ejecución. La formalidad era una especie de cuerpo tupido y elástico que

quebrantaba el ímpetu de los choques y no dejaba que saliesen lastimados los artículos de la ley. La formalidad ha desaparecido; los artículos se hallan descubiertos, desnudos; encontrando una resistencia, ellos tendrán que sufrir el roce o el golpe, y será más fácil que se los lastime. Y esa resistencia, más o menos fuerte, la encuentra toda ley, porque la ley sería inútil si no tuviese por objeto el restringir en algo la libertad, el oponerse a fuerzas que quieren extralimitarse.

¿Qué sucede en tal caso? Antes se luchaba con la formalidad, ahora se lucha con el mismo texto de la ley: su letra está terminante; pero su espíritu, cosa de suyo algo vaga, se presta a interpretaciones favorables. El legislador dijo esto, no cabe duda; pero su mente no podía ser tan rígida; las circunstancias han variado notablemente; y, además, el caso de que se trata *hic et nunc* es de tal naturaleza, que si el legislador pudiera ser consultado se pondría de parte de la interpretación benigna. También se ha de tener presente que el artículo a cuya letra se quiere faltar es de los menos importantes; si se tratase de alguno fundamental, ya sería otra cosa; entonces se observarían con todo rigor la mente y la letra. La transacción se ha consumado, mi apreciado amigo, el artículo de la ley es quebrantado, la rendija se ha convertido en un anchuroso boquerón; bien pronto entrarán por él cuantos deseen marchar a su objeto por || el camino más corto; con el tránsito continuo la abertura se hará más espaciosa, y la ley, sin ser derogada, quedará anulada completamente. La infracción había comenzado por una formalidad insignificante, y el resultado ha sido quedar reducida la pobre ley a una insignificante formalidad, porque tales somos los hombres; cuando hay algo que contraría nuestras pasiones o intereses, atropellamos por todo, rompiendo primero las formas, destruyendo después el fondo más íntimo de los objetos; pero cuando los intereses y las pasiones pueden ya obrar holgadamente sin encontrar ninguna resistencia, entonces nos acordamos de alguna formalidad inofensiva, la ponemos en práctica, y con la mayor seriedad del mundo nos hacemos la ilusión de que, observando la formalidad, observamos todavía la difunta ley.

La historia de la infracción de las leyes es la historia de la corrupción de las costumbres, de la decadencia de las instituciones más robustas, de la degeneración de las cosas más santas. Nuestro corazón es profundamente sagaz; somos más hipócritas con nosotros mismos que con los otros. Las arterías que empleamos para engañarlos a ellos no tienen comparación, ni en número ni en calidad, con las

que inventamos y practicamos para engañarnos a nosotros mismos.

Toda ley, toda institución deben estar rodeadas de fuertes preservativos. La habilidad del legislador, del fundador o del institutor se manifiesta en el modo con que ha sabido tomar las avenidas por donde su obra debía recibir los ataques de las pasiones y flaquezas || humanas. Una ley puede ser muy severa, estar acompañada de una sanción terrible, y, sin embargo, no servir para su objeto, y estar segura de ser luego quebrantada; así como otra, muy suave en el fondo, puede estar combinada tan sabiamente, rodeada de tan oportunos preservativos, que se estrellen en ellos los ataques más impetuosos, y posea fuerza bastante para triunfar de las mayores resistencias.

A la luz de estas observaciones comprenderá usted, sin dificultad, la dilatada previsión encerrada en las *minuciosidades* que le escandalizan a usted. En general, los fundadores de los institutos religiosos se distinguieron no sólo por su santidad, sino por un profundo conocimiento del corazón humano. No pocos entre ellos habrían sido excelentes legisladores. Tan distante me hallo de tener por excesivas las precauciones que a usted le parecen tales, que, por el contrario, creo no se los pudiera culpar, y antes bien alabar, si las hubiesen tomado mayores. La acción del tiempo y el fuego de las pasiones humanas ejercen de continuo un roce destructor que muchas veces no ha menester choques violentos para acabar con las cosas más robustas. Juzgue usted lo que sucedería si no se hubiesen tomado a tiempo las precauciones convenientes.

No comprende usted la razón «del cúmulo de obligaciones con que se hallan abrumados algunos institutos religiosos»; siendo ésta una objeción general, sólo se le puede contestar con reflexiones generales. Una de éstas y que me parece decisiva la tengo ya indicada anteriormente. La actividad, y sobre todo en || individuos aislados, necesita un pábulo continuo. La llama de la vida ha de consumir algo; si la dejamos encerrada, ociosa, en nuestro interior, nos devora a nosotros mismos. Sin mucha ocupación, sin multiplicadas prácticas, ¿cómo se llena la vida de un solitario? ¿Cómo se evita que se levanten en su corazón formidables borrascas, o que sucumba bajo el peso de un tedio insoportable? Estas consideraciones son bastantes para desvanecer las prevenciones de usted contra lo que apellida «exagerado misticismo de algunos institutos religiosos»; pero como este último punto es de la más alta importancia, quiero someter al buen juicio de usted otras reflexiones que me parecen dignas de atención.

Es un hecho fundamental, constantemente observado,

que la actividad de nuestras facultades gasta de un fondo común y que el aumento de fuerza en las unas suele llevar consigo disminución en las otras. No es posible tener en muchos sentidos un mismo grado de actividad, y de aquí ha nacido el proverbio de las escuelas: *Pluribus intentus minor est ad singula sensus.* Cuando las facultades animales tienen un gran desarrollo, las intelectuales y morales padecen debilidad; y, por el contrario, cuando la parte superior del hombre, el entendimiento y la voluntad, se desenvuelven con grande energía, las pasiones se enflaquecen y pierden su imperio sobre la conducta. Los grandes pensadores se han distinguido casi siempre por su alejamiento de los placeres de la vida, y los hombres entregados a la sensualidad rara vez se distinguen por la elevación de sus pensamientos. Quien || está dominado por pasiones brutales pierde aquella delicadeza de sentimientos que hace percibir inefables bellezas en el orden moral y hasta en el físico; y un continuado ejercicio de sentimientos exquisitos y puros que, saliendo de la esfera de la sensibilidad común, parecen tocar a las regiones de un mundo ideal, se opone al desarrollo de las pasiones groseras, que lastiman el alma arrastrándola por un lodazal inmundo.

Ya habrá usted comprendido adónde voy a parar con estas observaciones: me propongo nada menos que defender el misticismo en el terreno de la filosofía y manifestar la utilidad de que se le desenvuelva fuertemente en los institutos religiosos. La imaginación necesita espectáculos en que pueda saborearse; el corazón ha menester de objetos que exciten su amor; si no se le ofrecen en el terreno de la virtud irá a tomarlos en el del vicio, y la llama no dirigida hacia Dios se enderezará hacia las criaturas. ¿Le parece a usted que un corazón como el de Santa Teresa de Jesús podía vivir sin amar? Si no se hubiese consumido con la llama purísima del amor divino se hubiera abrasado con el fuego impuro del amor terreno. En vez de un ángel que excita la admiración de los mismos incrédulos que han leído por casualidad alguna de sus páginas admirables, tal vez hubiéramos tenido que deplorar los extravíos de una mujer peligrosa, trasladando al papel sus pasiones con caracteres de fuego.

Chateaubriand hablando de San Jerónimo ha dicho con profunda verdad: «Aquella alma de fuego || necesitaba de Roma o del desierto.» ¡A cuántas y cuántas almas no pudiera aplicarse el pensamiento del ilustre poeta! El gran corazón de San Bernardo, ¿qué hubiera hecho de su sensibilidad si no hubiese encontrado un inmenso pábulo en las cosas divinas? Aquella actividad inagotable, que atendía a las ocupaciones de religioso, a las de consejero de reyes y

papas, y caudillo de un movimiento europeo que lanzaba el Occidente sobre el Oriente, ¿en qué se hubiera cebado si desde sus primeros años no hubiese tenido un objeto infinito, Dios?

Hago estas indicaciones con la rapidez que exige la brevedad de una carta; usted podrá fácilmente desenvolverlas aplicándolas a muchos personajes y a varias situaciones de la historia de la Iglesia en todos los siglos. No todos los hombres son como San Jerónimo y San Bernardo; pero todos necesitan ocuparse y amar. Si no se ocupan bien, se ocupan mal; el ocio no suele ser otra cosa que la práctica del vicio. Si no se ama lo bueno, se ama lo malo; si no arde en nuestro pecho la llama que purifica, arde la llama que afea. Queda de usted su afectísimo y S. S.. Q. S. M. B.,

J. B. ||

CARTA XXV

El amor de la verdad y la fe

Sumario.—Relaciones entre el entendimiento y el corazón. Objeción del escéptico contra lo extraordinario. No es signo de sabiduría la incredulidad en lo extraordinario. Razón de la credulidad de los grandes pensadores. Incredulidad de los ignorantes. Lo extraordinario en muchas cosas. Origen del lenguaje. Origen del hombre. Origen del mundo. Misterio de la vida. Misterios astronómicos. Por qué los hombres grandes son religiosos. Grandor y misterios de la realidad. Alta filosofía de los católicos.

Mi estimado amigo: No me parece de mal agüero la disposición de ánimo que manifiesta usted en su última apreciada, pues aunque duda todavía de que la religión cristiana sea verdadera, desearía que lo fuese; es decir, que comienza usted a sentirse inclinado en favor de la religión: cuando se ama un objeto considerado siquiera como puramente ideal, ya no es tan difícil creer en su existencia, de la propia suerte que el odio a una realidad molesta produce deseos de negarla. El fiel que aborrece la verdad religiosa está ya en el camino de la incredulidad; el incrédulo que la ama está en el camino de la fe. ||

Se ha dicho con profunda verdad que nuestras opiniones son hijas de nuestras acciones; esto es, que nuestro entendimiento se pone con mucha frecuencia al servicio del corazón. Conserve usted, pues, mi estimado amigo, esas dis-

posiciones benévolas hacia las verdades religiosas; déjese usted llevar de esa inclinación suave que «en medio del escepticismo le causa con frecuencia la ilusión de que es un verdadero creyente»; ya que ha tenido la fortuna de no dudar de la Providencia, viva usted persuadido de que esta Providencia es quien le conduce: en su mano todopoderosa están los entendimientos y los corazones; usted perdió la fe siguiendo las extraviadas inspiraciones de su corazón; Dios quiere volverle a la fe por inspiraciones del mismo corazón. Comience usted por amar las verdades religiosas y bien pronto acabará por creer en ellas. Sólo piden ser vistas de cerca, no ser miradas con aversión; si llegan a ponerse en contacto con un alma sincera, están seguras de triunfar. El divino Espíritu que las anima les comunica un santo atractivo a que nada resiste, sino los corazones empedernidos.

Al lado de esta disposición de ánimo que me llena de consuelo y esperanza he visto con alguna extrañeza una de las razones que le impiden salir del escepticismo y que usted con admirable serenidad apellida muy poderosa. «La regularidad de las leyes que gobiernan al mundo, y que tan visible se nos ofrece en todos los fenómenos sometidos a nuestra experiencia, le inspira a usted una especie de aversión a todo lo extraordinario, haciéndole temer que todo cuanto sale del orden común, aunque sea muy bello y muy sublime, || deba limitarse a las regiones de la poesía. Recela usted que haya desacuerdo entre la realidad y esas bellas creaciones de fantasías fecundas y sentimientos sublimes; por más que sea usted amigo de la poesía no puede resignarse a trocarla por la filosofía, siquiera se presente esta última con traje prosaico.» Tampoco quiero yo cambiar la realidad por ninguna ilusión, aun cuando fuese la más bella que cabe en humana fantasía; también amo la verdad, siquiera se presente con traje prosaico; pero no comprendo que esta verdad haya de encontrarse siempre, como usted indica, «en lo ordinario, en lo común, en lo que no llama la atención con apariencias prodigiosas, ni excita admiración y entusiasmo, pero que, en cambio, es muy real, muy positivo, y sigue su camino con uniforme regularidad». No tengo inconveniente en que «a los ruidos nocturnos, que imaginaciones poéticas o asustadas se complacerían en atribuir a seres misteriosos, prefiera usted encontrarles la causa en el viento, en la lluvia, en el chirrido de aves inocentes que no esperaban verse trocadas en genios maléficos»; pero cuando, animado con esa filosofía *positiva*, sale usted al encuentro de los creyentes y exclama: «Lo ordinario, lo ordinario, lo demás está poco de acuerdo con el espíritu filosófico», dudaba si la carta que estaba leyendo

era de una persona tan ilustrada como usted; sentía entonces un vivo deseo de vengarme, y espero que podré realizarlo a cumplida satisfacción.

Ante todo séame permitido observar que el no creer en cosas extraordinarias no siempre es signo seguro de mucha filosofía. Esta incredulidad puede || nacer de ignorancia, en cuyo caso es dura, tenaz, poco menos que invencible. En la conversación con gentes poco instruídas y un tanto orgullosas se nota este fenómeno de una manera chocante. Como los infelices han oído repetidas veces que en el *mundo hay muchos engaños* y que se *cuentan grandes mentiras,* toman esa vulgaridad por un excelente criterio, y le aplican despiadadamente a cuanto se aparta del orden común. No tengo necesidad de protestar de que en el número de estos ignorantes no cuento a mi ilustrado adversario; pero como usted insiste tanto en hermanar la filosofía con lo ordinario y lo *común,* no he podido resistir a la tentación de recordar un hecho que me ha llamado la atención repetidas veces.

Pascal ha dicho con mucha verdad que hay dos clases de ignorantes: los que lo son completamente y los que sólo pueden llamarse tales porque, habiendo llegado al más alto grado de sabiduría, tienen un claro conocimiento de su propia ignorancia. Este dicho es aplicable en algún modo a la incredulidad en cosas extraordinarias. Los verdaderos sabios tienen en este punto una incredulidad templada por la razón y sometida siempre a las condiciones de posibilidad que les ha enseñado la observación o la luz de la ciencia. En general puede asegurarse que estos hombres son incrédulos con alguna timidez y que no pocas veces propenden a creer lo extraordinario. Cuando se penetra en los abismos, tanto del mundo físico como del intelectual y moral, son tales las profundidades que se descubren, son tantos los misterios que se ven divagar entre las sombras atravesadas con algunas ráfagas || de luz, que los grandes pensadores, los que se han acercado al borde de aquellos abismos contemplando sus profundidades insondables, apenas encuentran nada de que se atrevan a decir: «Esto no ha sido, esto no será, esto es imposible.» Semejantes hombres no se espantan de la palabra *extraordinario*, porque en ios fenómenos en apariencia más ordinarios descubren un conjunto de cosas extraordinarias, o, hablando con más exactitud, un conjunto de cosas tanto más incomprensibles cuanto son más ordinarias.

La incredulidad de los ignorantes cuando se trata de cosas extraordinarias es sumamente curiosa. Si oyen hablar de un fenómeno poco común o de una ley de la naturaleza que ofrezca algo sorprendente, aplican su soberano crite-

rio: «En el mundo hay muchos engaños; a mí no se me hace creer eso»; y menean tontamente la cabeza con un aire de satisfacción indecible.

Ya ve usted que no soy demasiado indulgente con los enemigos de lo extraordinario; pero ya que estas observaciones no son aplicables a una persona como usted, voy a entrar en otra clase de consideraciones sobre lo ordinario y extraordinario sin salir nunca del terreno de los hechos.

Usted no admite que Dios haya hablado al hombre, y prefiere explicar las tradiciones del género humano por el método ordinario de las ilusiones, de las imposturas, de la previsión de los legisladores, de las necesidades sociales, etc., etc. Todo esto es muy ordinario, y por lo mismo le deja a usted muy satisfecho. Ahora bien; ¿quiere usted que yo encuentre en la raíz || de esto mismo una cosa muy extraordinaria que todos los filósofos del mundo no serán capaces de explicarme? Hela aquí. ¿Quién ha enseñado a hablar a los hombres? Hasta el fin del mundo le doy a usted tiempo para contestarme a la pregunta si no quiere apelar a medios extraordinarios. No necesito repetir aquí lo que usted sabe tan bien como yo sobre la opinión de los filósofos más eminentes respecto a la imposibilidad de que los hombres hayan inventado el lenguaje. Tenemos, pues, que el género humano ha recibido este don. ¿De quién? No ciertamente de los seres mudos que le rodean; henos aquí, pues, al hombre comunicándose con un ser superior y recibiendo de éste la palabra. Esto no es de lo que usted llama ordinario y común; pero, desgraciadamente para los incrédulos, es absolutamente necesario.

Otra cosa extraordinaria: ¿De dónde ha salido el hombre? ¿Admite usted la narración de Moisés? Si la admite, ¿qué dificultad tiene usted en que Dios, que cría al hombre, que le enseña, que le habla una vez, le hable y le enseñe otras muchas? Lo extraordinario no se halla menos en un caso que en otro. Si no admite usted la relación de Moisés, pregunto nuevamente: ¿De dónde ha salido el hombre? ¿De las entrañas de la tierra y repentinamente? He aquí una cosa bien extraordinaria. ¿Por qué una vez nacido ha podido propagarse? He aquí otra cosa no menos extraordinaria. ¿Se ha formado por un desarrollo sucesivo pasando por diferentes grados en el orden animal, de manera que los ascendientes de Bossuet, Newton y Leibniz sean ilustres monos que a su vez hayan || descendido de reptiles terrestres o de monstruos acuátiles hasta bajar al ínfimo grado de los vivientes? Todas estas cosas creo que no dejarían de ser bastante extraordinarias; y ello es cierto, sin embargo, que es preciso admitir la narración extraordinaria de Moisés u otra semejante, o bien apelar a las

apariciones repentinas o a las transformaciones sucesivas, cosas todas muy extraordinarias.

El origen del mundo encierra algo que tampoco puede entrar en el cauce de los acontecimientos ordinarios. Apele usted al sistema que quisiere: a Dios o al caos, a la historia o a la fábula, a la razón o a la fantasía, poco importa para la cuestión presente; el problema del origen de las cosas está aquí: ni la existencia ni el orden de las mismas pueden explicarse sin algo extraordinario.

Hablando ingenuamente, siento verme obligado a emplear esa clase de argumentos para convencer a quien ha estudiado las ciencias naturales. La naturaleza toda, ¿qué es sino un inmenso misterio? ¿Ha meditado usted alguna vez sobre la vida? ¿Ha comprendido ningún filósofo en qué consiste esa fuerza mágica que anda por caminos desconocidos, que obra por medios incomprensibles, que mueve, que agita, que hermosea, que produce dulcísimos placeres y causa tormentos insoportables; que se encuentra en nosotros y fuera de nosotros; que no se halla cuando se la busca; que ocurre cuando no se piensa en ella; que se propaga al través de la corrupción; que se enciende y se apaga sin cesar en innumerables individuos; que revolotea, como una llama imperceptible, en las regiones || de la atmósfera, en la faz y en las entrañas de la tierra, en la corriente de los ríos, en la superficie y profundidades del océano? ¿No hay aquí un misterio, y misterio incomprensible? ¿No ve usted aquí, no siente algo que no cabe en esa *cosa ordinaria* que usted quiere confundir con la filosofía?

La electricidad, el galvanismo, el magnetismo ofrecen ciertamente fenómenos extraordinarios. ¿Los negaremos por no comprenderlos? ¿Y nos haremos la ilusión de que los comprendemos sólo porque algunos de sus efectos se ofrecen a nuestros sentidos? Al fijar la consideración en esos arcanos de la naturaleza, ¿no se halla usted poseído de un profundo sentimiento de asombro? ¿No se ha preguntado usted alguna vez qué hay tras de ese velo con que la naturaleza cubre sus secretos? ¿No ha sentido usted desaparecer esa pequeña filosofía que clama: *Lo ordinario, lo ordinario*? ¿No ha sentido usted la necesidad de reemplazarla con el pensamiento sublime de que todo es extraordinario? En lugar de ese sentimiento pequeño, que confunde al filósofo con el vulgo y que le comunica una miserable incredulidad por las cosas extraordinarias, ¿no ha experimentado usted una secreta inclinación a ver en todas partes el sello de lo extraordinario?

En una noche serena, cuando el firmamento se despliega a nuestros ojos como un manto azul tachonado de diamantes, fije usted la vista en aquel sublime espectáculo.

¿Qué hay en aquellas profundidades; qué son aquellos cuerpos luminosos que durante largos siglos brillan en la inmensidad del espacio y siguen su || majestuosa carrera con una regularidad inefable? ¿Quién ha extendido esa faja blanquecina llamada por los astrónomos vía láctea y que en realidad es una zona inmensa, cuajada de cuerpos cuyo volumen y distancias no caben en nuestra imaginación? ¿Qué hay en esos espacios infinitos donde el telescopio descubre cada día nuevos mundos; en esos espacios cuyos umbrales se hallan a una distancia de que no alcanzamos a formarnos idea? Las estrellas más cercanas ofrecen a nuestros ojos, no su situación actual, sino la que tuvieron hace largos años. Unas 55.660 leguas de 20.000 pies recorre la luz cada segundo; y, no obstante, se ha calculado que la más cercana de las estrellas no puede hacer llegar hasta nosotros su rayo luminoso sino en el término de diez años; ¿qué sucederá con las más distantes? Lo que está sucediendo en las *nebulosas*, las revoluciones que se están operando en aquellas profundidades sin fin, ¿no le parece a usted que se explicarían perfectamente con la pequeña fórmula de lo *ordinario*?

Los hombres más grandes han sido religiosos, y no es de extrañar: en el mundo físico, como en el moral, se encuentran tanto grandor, tan augustas sombras, tanto manantial de elevados pensamientos, de inspiraciones sublimes, que el alma se siente profundamente conmovida y descubre por todas partes una especie de solemnidad religiosa. La claridad es la excepción, el misterio es la regla; la pequeñez está en alguna que otra apariencia; en el fondo de las cosas hay un grandor que excede toda ponderación. Ese grandor, ese misterio no los sentimos porque no meditamos; || pero tan pronto como el hombre se concentra y reflexiona sobre ese conjunto de seres en cuya inmensidad se halla sumergido, y piensa en esa llama que siente arder dentro de sí propio y que es en la escala de los seres como una ligera chispa en un océano de fuego, se siente sobrecogido por un sentimiento profundo en que el orgullo se mezcla con el abatimiento, el placer con el espanto. ¡Oh! Entonces es bien pequeña esa filosofía que habla de lo *ordinario*, de lo *común*, y que tiene un ridículo horror a todo lo que sea extraordinario o misterioso. ¿Pues qué? Todo cuanto nos rodea, todo cuanto existe, todo cuanto vemos, todo cuanto somos, ¿es por ventura otra cosa que un conjunto de asombrosos misterios?

Dispénseme usted, mi apreciado amigo, si se me ha ido la pluma y me he olvidado algún tanto de que lo que escribía era una carta. Sin embargo, no me podrá usted acusar de que me haya lanzado a mundos imaginarios; no he salido

de la realidad. Usted me ha provocado inculcándome la necesidad de atenernos *a lo ordinario, a lo común, a lo llano*, dejándonos de cosas extraordinarias y misteriosas; me he visto precisado a interrogar al universo, no al ideal, no al ficticio, sino al real, al que tenemos a nuestra vista; y no tengo yo la culpa si este universo, si esta realidad es tan grande, tan misteriosa, que no se la pueda contemplar sin un arrebato de entusiasmo.

Déjenos usted creer en cosas extraordinarias; con esto no contradecimos la verdadera filosofía, sino que estamos de acuerdo con sus más altas inspiraciones. El que no crea, el que no esté satisfecho de los motivos || de credibilidad que ofrece nuestra religión augusta, opóngamos, si quiere, dificultades contra la verdad de nuestras doctrinas; pero guárdese de echarnos en cara la creencia en misterios incomprensibles y de acusarnos por esto de poca filosofía, porque entonces mejora indudablemente nuestra causa; el incrédulo se confunde con el vulgo, y están de parte del católico los filósofos más eminentes. Queda de usted su afectísimo y S. S., Q. B. S. M.,

J. B. ||

Estudios Sociales

PROLOGO DE LA EDICION «BALMESIANA»

Balmes es indudablemente lo que hoy se llama un escritor social. tal vez el primero entre los escritores españoles que en el orden cronológico mereció este título, y ciertamente el primero en el mérito, si se atienden las circunstancias y se mira lo fundamental de la doctrina más que los oropeles de la palabrería. En la República francesa *puede él mismo gloriarse de haber sido uno de los primeros que en España ventiló extensamente las doctrinas socialistas, y en aquel escrito y en otros lugares afirmó que el problema de la organización del trabajo era el mayor que se ha presentado en la historia. más difícil tal vez que la misma abolición de la esclavitud, de tales consecuencias, que dentro de dos siglos, dice, la sociedad habrá evolucionado hasta un punto de que no nos podemos formar idea.*

La revolución francesa de 1848 planteó abiertamente esta cuestión, a lo menos para los que supieron entender, y desde entonces ha ido avanzando hasta llegar a nuestras revoluciones comunistas. Balmes previó todo esto, y. desentendiéndose de la muerte que le estrujaba ya entre sus brazos, tomó la pluma para estudiar el pavoroso problema: venció la muerte, y la pluma cayó de sus manos después de escribir los primeros renglones de la segunda parte de su trabajo República francesa, *que se publica en el volumen XXXII de esta colección.*

Con todo, el mérito principal de Balmes para ser contado entre los escritores sociales creemos que está en los artículos que encabezan este volumen bajo el título La Civilización. *Usando la terminología balmesiana diríamos que en ellos están los principios de una sociología fundamental, muy superior a la pobre sociología de muchos autores de nuestros días, reducida a unos capítulos de economía. Así como Balmes funda su política en la sociedad. así la sociología la funda en el hombre, o sea, en sus tres necesidades*

más características, que son inteligencia, moralidad, bienestar. A esto él llama civilización, *nombre un poco vago que invocaban románticamente los intelectuales de su tiempo, sin saber bien su significación. Balmes se apodera de él, lo analiza, lo define y hace de él su tema apologético en* El protestantismo comparado con || el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea. *A esta obra máxima (volúmenes V-VIII) hay que acudir para abarcar todo el desarrollo de lo que hemos llamado la sociología fundamental de Balmes, así como al volumen XIII, donde hace aplicaciones prácticas de su doctrina a Cataluña.*

Dicho esto como razón justificativa de dedicar un volumen a los Estudios sociales *de Balmes, advertiremos que este mismo título había puesto él a una serie de artículos que se había propuesto escribir y de los cuales sólo pudo redactar el primero, como se dirá en la nota bibliográfica correspondiente. Por lo demás, hay que saber que casi todos los trabajos de este volumen están tomados de las revistas* La Civilización *y* La Sociedad, *que Balmes publicó los primeros años de su vida pública de escritor. Daremos aquí de ellas la correspondiente recensión bibliográfica, porque, aunque contuvieron trabajos de toda clase, como lo indicaba el subtítulo de* revista religiosa, filosófica, política y literaria, *es indudable que su tendencia más característica era la que ahora se llama* social.

La Civilización.—*Balmes bajó de Vich a Barcelona los primeros días de julio de 1841, lleno de grandes proyectos que bullían en su cabeza. Uno de ellos era publicar una revista. Tanta prisa se dió en esto, que el 9 de julio ya daba el negocio por concluído. Cesaría la revista titulada* La Religión, *publicada por || don Joaquín Roca y Cornet, y se fundaría otra con el título de* La Civilización, *de la cual serían redactores dicho señor, don José Ferrer y Subirana y Balmes. Era necesario buscar editor, y éste fué don Antonio Brusi, según unas bases que no se firmaron hasta el día 15 de enero de 1842. Brusi es el propietario, y da a los redactores 52 duros mensuales, con la obligación de publicar un cuaderno quincenal de 48 páginas, hasta llegar a formar 24 cuadernos. «Publicados los dichos veinticuatro números, los redactores quedan en plena libertad de continuar o no dicho periódico, pudiendo cesar en su publicación siempre y cuando bien les pareciere.» Se reservan el derecho de publicar sus escritos aparte.*

Imprimióse un prospecto y una circular. El día 1.° de agosto de 1841 sale el primer cuaderno, con una tirada de 750 ejemplares. Durante el mes de octubre la revista no se publicó, y los 24 cuadernos estipulados quedaban concluídos

el día 15 de agosto de 1842, formando dos tomos. De común acuerdo determinaron los redactores y el editor ir continuando la revista según la fórmula siguiente, repetida en todos los recibos: «Siguiendo por ahora el mismo contrato por mutuo consentimiento del impresor don Antonio Brusi y de la redacción...» Esto duró hasta el día 15 de febrero de 1843, en que se publicó el último cuaderno. El mes de diciembre de 1842 no se publicó || la revista por el bombardeo de Espartero. El último cuaderno se publicó el 15 de febrero de 1843.

La colección completa consta de 34 cuadernos de 48 páginas cada uno, y forma tres volúmenes de 576 páginas el primero y segundo, y 480 el tercero. Los dos primeros contienen 12 cuadernos cada uno, y el tercero sólo 10. Los artículos de Balmes van firmados con su nombre y apellido, menos dos, de los cuales se da noticia en sus lugares correspondientes.

Han sido inútiles hasta ahora todos nuestros desvelos para hallar el prospecto de La Civilización*, pero sí que hemos encontrado la circular que se enviaba para recoger subscripciones, y es la siguiente:*

Sr. D. ...

El periódico *La Civilización* no podría llenar el grandioso objeto que nos hemos propuesto, si no contase con el apoyo de las personas más ilustradas del país y celosas al propio tiempo de la prosperidad pública. Los redactores que cuentan a usted en este número, se toman la libertad de dirigirle el adjunto prospecto, esperando que por su parte, y con su influencia, procurará contribuir al mejor éxito de la empresa. Dios guarde a usted muchos años.

Barcelona, de 1841.

Los redactores de *La Civilización.* ||

La Sociedad.—*Balmes necesitaba más libertad de movimiento que el que permitía el compañerismo en* La Civilización. *Según el derecho que concedía el contrato de esta revista, de acuerdo con el editor don Antonio Brusi, y después de comunicarlo a sus compañeros, determinó fundar y redactar solo* La Sociedad. *El mismo día 15 de febrero de 1843, en que se publicaba el último número de* La Civilización, *lanzó al público su prospecto, y el 1.° de marzo salía ya el primer cuaderno. El 10 del mismo mes se firmaba el contrato con Brusi, por el cual éste se compromete a entregar 60 duros mensuales, y Balmes el material para llenar los cuadernos quincenales de 48 páginas, hasta completar 24. Llegado este término quedan libres así el redac-*

tor como el editor. Balmes se reserva el derecho de publicar todos sus escritos en otra forma.

Con las revueltas del año 1843, que ocasionaron la salida de Balmes y de Brusi, la revista quedó interrumpida. Vuelto Balmes a Barcelona, en ocho días publicó dos cuadernos (21 y 30 de diciembre), con que acaba el primer volumen. A principios de 1844 Balmes va a Madrid y funda El Pensamiento de la Nación, *sin dejar por esto de redactar el segundo volumen de* La Sociedad. *Antes de salir de Barcelona deja compuestos dos cuadernos, que salen el 17 y 29 de enero, y desde Madrid envía los cuatro correspondientes || a febrero y marzo. Después de esto la revista tiene un eclipse hasta el día 7 de septiembre, en que salen en un solo fascículo los cuatro cuadernos que faltaban para cumplir el contrato. La causa de este desorden fué la nueva ley de imprenta. La colección forma dos volúmenes de 12 cuadernos, con 576 páginas cada uno. La cubierta del cuaderno primero del segundo volumen lleva equivocadamente el número 1 en vez del 13 que le corresponde.*

He aquí el prospecto que se publicó para anunciar la revista:

La Sociedad, *revista religiosa, filosófica, política y literaria, por don Jaime Balmes.*

En la sociedad de nuestros padres dominaba la fe, en la nuestra prevalece la razón; en aquélla era la religión cual la columna de fuego que guiaba a los israelitas en la obscuridad de la noche, en ésta es como el misterioso blandón que despide sus tranquilos resplandores en el retiro del santuario. Antes se construían magníficas iglesias, suntuosos monasterios, ahora gigantescas fábricas; antes se levantaban altísimas torres para el sonoro tañido, anuncio del sacrificio y de la plegaria, ahora se encumbran a porfía negros caños que arrojan bocanadas de humo. No aceptamos todo lo nuevo, pero tampoco pretendemos evocar todo lo antiguo, que, a pesar de nuestros clamores, || no se alzaría de su tumba Pedro el Ermitaño, con sus legiones de cruzados.

La sociedad actual dice: «La inteligencia es mi guía, la ley mi regla, mi fin el goce»; nosotros tomamos por guía la inteligencia, pero en ella comprendemos la fe, porque la fe es también una inteligencia sublime; deseamos por regla la ley, pero colocamos en primera línea la eterna, y miramos como dechado de leyes la moral del Evangelio; ponemos el fin en un goce, no limitándole, empero, a la esfera temporal, sino extendiéndole a los inefables destinos del alma más allá del sepulcro. ¿Queréis que hundamos en el polvo esa frente que mira al cielo, que se disipe cual li-

viano soplo ese espíritu que no cabe en el tiempo, esa mente que abarca el mundo? No, no acaba todo aquí. El porvenir de la humanidad se extiende más allá de la tierra. Ved lo que os significan esas generaciones que pasan y desaparecen; ved lo que es para ellas esa tierra, donde sólo un momento plantan sus tiendas, como la caravana del árabe su flotante pabellón en las arenas del desierto.

El cristianismo es para nosotros el manantial de la verdadera civilización, y no considerado como un simple pensamiento filosófico, o como una religión encomendada a los caprichos del espíritu del hombre, sino tal como Dios le fundó y se conserva en la Iglesia católica. Rechazamos la idea de que el catolicismo || no baste a satisfacer las nuevas necesidades de los pueblos, y de que, semejante a las instituciones humanas, haya de sufrir una transformación radical, conservando su fondo verdadero y dejando sus gastadas envolturas. La religión cristiana no es hoy un deforme gusano, que con el tiempo debe trocarse en pintada mariposa. Permaneciendo la misma, se adapta a la diversidad de las épocas y produce variados efectos: el mismo sol que alumbrando hórridas montañas las puebla de robustas encinas, brillando sobre climas más apacibles los embellece con vistosos frutales y los recrea con delicados perfumes.

He aquí los principios de que partimos, el punto al cual nos enderezamos y el camino que nos proponemos seguir. No olvidaremos las aplicaciones a nuestra patria, que vanas son las doctrinas si de ellas no se saca algún provecho. Diferentes partidos bregan contra la deshecha tormenta; cada cual señalando distinta orilla clama alborozado: ITALIAM, ITALIAM; a unos y a otros les diremos que, en nuestro concepto, la Italia no está allí.

Barcelona, 15 de febrero de 1843. ||

LA CIVILIZACION*

ARTICULO 1.º

SUMARIO.—Diversas acepciones de la palabra. A todas acompaña la idea de *perfección de la sociedad*. Definición de M. Guizot. Ambigüedad de la misma. Aplicación de ella a las antiguas de Grecia y Roma. Ojeada sobre los movimientos sociales y políticos en Francia, Alemania e Inglaterra No son de avance: *el movimiento es convulsivo y la marcha circular*. Debilidad de las escuelas sin convicciones y sin fe. En el concepto de civilización debemos incluir la inteligencia, la moralidad y el bienestar combinados y generalizados.

¿Qué es la civilización? ¿Hállase todavía fijado con la debida exactitud el sentido de esa palabra, tan invocada por los gobiernos, orgullo de tantos pueblos, objeto de tanto examen, fecundo tema de tan fastidiosas declamaciones? Decir que no, casi tendría visos de paradoja, y, sin embargo, nada hay más cierto. Observad la palabra en su uso más común, tal como se la emplea en las conversaciones cultas, y sólo encontraréis un sentido indeterminado, vago, fluctuante, que || se modifica de mil maneras a merced de las opiniones, de los sentimientos, de los intereses, de los caprichos y de todo linaje de circunstancias: abrid los publicistas, y la acepción de la palabra es tan diferente como lo son las escuelas a que pertenecen: para éstos, la civilización es el orden, para aquéllos la libertad; para unos ocupa el primer lugar el esplendor de las ciencias y el brillo de las bellas artes; para otros, la prosperidad de la agricultura, el desarrollo de la industria, la extensión y actividad

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Con este título Balmes publicó una serie de cuatro artículos en los cuadernos 1, 2, 3 y 5 de la revista *La Civilización*, correspondientes a los meses de agosto, septiembre y noviembre de 1841, vol. I, pp. 3, 49, 97 y 206. Fueron reproducidos en un opúsculo de la *Biblioteca Popular* (imprenta de Manuel Ribó y D. Marsá, calle Condesa de Sobradiel, núm. 10, 1871, Barcelona), y, en gran parte, en el vol. III de la *Biblioteca de Estudios Sociales*, Barcelona, A. López Llausás. Imp. Calle Diputación, 95 (sin año). Reproducimos el texto de la primera edición. Los sumarios son nuestros.]

del comercio; quién se deja deslumbrar por la lujosa ostentación del poderío de los gobiernos, quién se entusiasma a la vista de pueblos valientes y emprendedores, ufanos de sus conquistas y radiantes de gloria.

Sin embargo, y a pesar de tamaña divergencia, descúbrese en el fondo una idea capital, que si bien cada uno la entiende y aplica a su modo, como que es abstracta y vaga, no deja, empero, de ser dominante siempre y de acompañar la palabra en todas sus acepciones: esta idea es la *perfección de la sociedad*. Por manera que en esta parte no hay discordancia alguna, y toda la dificultad queda cifrada en definir en qué consiste esa perfección de la sociedad: cuestión grave, profunda, difícil en extremo, y que, lejos de haber sido agotada por el célebre publicista que se propuso describir la civilización echando el resto a todos los recursos del talento y de la elocuencia, ha adquirido || todavía más grandor, se presenta más obscura y complicada; porque hombres superiores como Guizot, cuando ventilan una cuestión y no la resuelven, la extienden y enmarañan.

«El desenvolvimiento de la actividad social y el de la vida particular», he aquí, según Guizot, las dos condiciones esenciales de la civilización, los dos caracteres con que se manifiesta; pero ¿en qué consiste ese desenvolvimiento? ¿Le hay de varias clases? Y en tal caso, ¿son todos igualmente buenos? ¿Dónde está el bien? ¿Dónde el mal? ¿Dónde lo mejor? ¿Dónde lo peor? He aquí las cuestiones que se ofrecen desde luego al oír la palabra desenvolvimiento, he aquí los puntos que debiera dilucidar Guizot y que, sin embargo, deja intactos. La sociedad entraña verdades, éstas pueden ser objeto de la observación y del estudio, y, de consiguiente, no es problemática la existencia de las ciencias sociales; pero si los estudios sobre la sociedad han de dar por fruto la ciencia, es necesario fijar el sentido de las palabras; sin este preliminar no se dará jamás un paso adelante.

¿Qué significan las palabras de *actividad, movimiento, desarrollo del espíritu humano*, aceptadas ya como signo infalible de civilización? Examinadas a fondo, se descubre que son moneda falsa, que contiene bastante metal precioso, pero que está muy distante de llegar a buena ley. Antes de apelar a raciocinios, || echemos mano del concluyente testimonio de los hechos. Desarrollo del espíritu humano había en Grecia en los tiempos que precedieron de poco el imperio de Alejandro: el espíritu se había levantado a grande altura y la sociedad estaba llena de un movimiento que parecía indicar sobreabundancia de salud y de vida. Sin embargo, aquellos pueblos no marchaban a la civilización, porque en la realidad avanzaba de

un modo espantoso la gangrena, la disolución social. ¿Creéis que exageramos? Pues dejad que pasen poquísimos años, y esa Grecia tan bella, tan brillante, tan activa, tan bulliciosa, la veréis postrada con el mayor desaliento, ora bajo la desdeñosa protección de Filipo, luego bajo la coyunda de Alejandro y de sus sucesores, hasta que, aplastada bajo la mano poderosa de Roma, es reducida a polvo y desaparece. Desarrollo individual y social había en Roma cuando contaba en su seno hombres como Cicerón y César, y, sin embargo, aquella sociedad no marchaba a la civilización, sino a la muerte. Lució para ella el bello siglo de Augusto, claridad fugaz a la víspera de noche tenebrosa, fatídica sonrisa en los labios de un moribundo; pero con todo su desarrollo y movimiento, caminaba a pasos agigantados al amargo destino que le estaba reservado en un cercano porvenir: iba a postrarse a las plantas de los Calígulas y Nerones, iba a perder hasta el recuerdo de sus glorias, iba a olvidar el sentimiento || de su dignidad, iba a ser presa de la ignorancia y de la corrupción, iba a ser la befa y el escarnio de los bárbaros del Norte.

Bastantes son de seguro los ejemplos que acabamos de citar para que se vea cuán vago, cuán ambiguo es el sentido de ciertas palabras que se emplean tan a menudo en semejantes materias; deduciéndose además cuán engañosas son algunas señales que se suelen tomar como indicio infalible de adelanto social, de verdadera civilización. Y, sin embargo, esas palabras circulan como claras y determinadas, y esas señales se reconocen como incapaces de inducir a error, y para enseñar a los pueblos el camino de la civilización sólo se les dice *moveos*, sin decirles *cómo; marchad,* sin decirles *adónde*. Y los pueblos se mueven y marchan, pero adelantando muy poco, menos de lo que parece creíble, porque su movimiento es convulsivo y su marcha circular. Fijad la vista sobre ellos, y, ora atendáis a las formas políticas, ora a la organización social, los hallaréis dudosos, vacilantes, deshaciendo hoy lo que hicieron ayer, restaurando mañana lo que destruyeron hoy.

En Francia, después de los arrebatos democráticos de la Asamblea constituyente y de los horrores de la Convención, tomaron las ideas políticas un rumbo opuesto, y sólo se suspiraba por un poder fuerte, la monarquía. Pasa el imperio, llega la restauración, || y, desde luego, vuelve a despertarse el espíritu democrático, que se agita inquieto hasta que logra deshacerse de los príncipes de la primera rama y reformar la Carta. Sube al trono Luis Felipe, y en el corazón de la *monarquía republicana* germinan por doquiera ideas conservadoras, y, lejos de crecer en ascendiente, las teorías democráticas menguan rápidamente. No resuenan a la ori-

lla del Rhin las armas de la *Santa Alianza* amenazando la revolución de julio; pero la revolución devora en secreto un temor más humillante, un pesar más profundo; el genio de la democracia francesa, débil en lo interior, va perdiendo en lo exterior su influencia propagandista: diríase que se ha eclipsado su estrella cuando vemos que en el campo de la ciencia, ¡quién lo dijera a Mably y a Mirabeau!, que en el mismo campo de la ciencia la retan con orgullo los adalides de la escuela de Berlín. ¿De dónde tanta variedad? ¿De dónde tanta incertidumbre?

Desparramad la vista por otros países y hallaréis por doquiera fenómenos semejantes. En Alemania el espíritu democrático lucha de continuo con el realismo prusiano y las miras conservadoras de Metternich; y en Inglaterra, en ese país que por su civilización anómala y su movimiento excéntrico debiera, al parecer, resentirse menos de la oscilación política de Europa, obsérvase la misma variedad, la misma incertidumbre. || Con lo que se llama el espíritu del siglo y con el aliento de la revolución de julio, la preponderancia definitiva de los whigs no debía parecer cosa dudosa, y, sin embargo, vemos que en 1841 levantan todavía los torys erguida frente, desafían a sus adversarios en las urnas electorales y consiguen un señalado triunfo; y los observadores tomarán acta de la presente lucha electoral para inferir que la influencia y las fuerzas de los dos partidos están aproximadamente en equilibrio.

No tratamos ahora de calificar las tendencias políticas de la Francia, no simpatizamos con las ideas de los estudiantes de Alemania, ni con la centralización despótica de los perseguidores del catolicismo en Prusia, ni con la aristocracia inglesa, sostén del caduco protestantismo y opresora de Irlanda, pero consignamos los hechos para demostrar que en política la Europa no adelanta, sino que fluctúa, que su situación es precaria, que los partidos son insuficientes, que las escuelas son estériles, que el porvenir es incierto, que hay hondos vacíos que llenar, inmensos problemas que resolver. ¿Qué importa el orgullo de esta o de aquella escuela, proclamando que ella ha dado en el blanco, que ella ha encontrado la solución? ¿Qué importa que los pueblos incautos le den oídos, y le encomienden el gobierno, y la coloquen en el trono como los tebanos a Edipo, después de haber descifrado el enigma del || esfinge? ¡Desgraciados! Ellos no saben que en pos viene el incesto de Iocasta y la cólera de los dioses y la mortandad de Tebas.

Y ¿qué es lo que adelantamos en la parte social? Con tanta ciencia, tanta investigación, tantos proyectos, tanto ruido, ¿qué mejoras se palpan? Los dos grandes gérmenes de toda organización social, la educación y la instrucción,

¿en qué estado se hallan? ¿Qué fecundidad muestran? ¿Qué frutos producen? ¡Eh! Vosotros, ilusos, que al solo nombre de Francia y de Inglaterra os inclináis respetuosamente creyendo haber oído nombres sinónimos de civilización y de sabiduría sobrehumana, ¿pensáis acaso que la educación y la instrucción están en aquellos países organizadas de manera que ofrezcan un resultado muy halagüeño? Echad, pues, la vista en esos estados comparativos de la instrucción y del crimen, y la sangre se os helará en las venas, y os asaltarán dudas terribles sobre el porvenir de la civilización, sobre la suerte de la humanidad. Qué, ¿dudáis? Día vendrá, cuando lo consienta el orden de nuestros trabajos, en que os convenceremos con guarismos, y entonces caerá de vuestros ojos la venda, las ilusiones halagüeñas desaparecerán en presencia de una realidad espantosa, y os convenceréis de lo que marcha la humanidad, de lo que adelanta la civilización, con el empeño de llenar con palabras vanas, con teorías brillantes, con disposiciones || del gobierno, lo que el catolicismo llena con dogmas augustos, con moral pura, con instituciones sublimes.

En este punto sin duda no faltará quien nos cite los sistemas de Alemania y en particular de Prusia: a este propósito sólo diremos dos palabras. Un observador profundo, M. Bonald, hablando de la constitución política de Prusia, dijo: «Cuando la constitución de un Estado es un enigma, su porvenir es un problema»; pues bien, y suponiendo que no ignoráis la abstracción misteriosa en que divaga la ciencia alemana, os diremos que cuando la *ciencia en un país es un enigma, la educación y la instrucción han de ser un caos*. Esta sola reflexión basta a desvanecer las ilusiones producidas por un orden postizo y una regularidad aparente. Pero ¿a qué tanta impaciencia para aplaudir sistemas que no han pasado todavía por el crisol del tiempo? ¿Tan fácilmente olvidamos que un día viene a disipar las ilusiones de otro día y que el porvenir preñado de crueles realidades desmiente a cada paso nuestros menguados pronósticos, burlando las más fundadas esperanzas?

Un mayor grado de bienestar en las clases más numerosas, o mejor diríamos, una menor suma de miseria y padecimientos, es otro de los puntos en que desearíamos que se nos mostrase el adelanto que hace en la actualidad nuestra civilización. ¡Cosa notable! || Cabalmente en los dos pueblos que se dice que marchan a la cabeza de ella, la Francia y la Inglaterra, es donde cunde de un modo horroroso la miseria entre las clases proletarias. Hecho es éste no bastante advertido, pero que también haremos sentir un día con el argumento de los guarismos; entre tanto lo consignamos aquí para preguntar: ¿Qué significa la

civilización cuando el mayor número sufre de un modo espantoso? ¿Qué doctrinas, qué instituciones son estas que habéis substituído a las doctrinas e instituciones católicas y que dan un resultado tan triste, tan doloroso, tan alarmante?

Lo hemos dicho y lo repetiremos: *el movimiento es convulsivo y la marcha circular;* y no porque no haya en la civilización europea un precioso caudal de grandor y de belleza, no porque no haya elementos de vida, no porque falte impulso para avanzar con paso firme y en dirección certera, pero sí porque el funesto dejo de tantas y tan profundas revoluciones no se cura con teorías y orgullo, pero sí porque faltan principios regularizadores del movimiento, pero sí porque falta fijar el punto adonde la sociedad debe encaminarse, porque falta un norte que la dirija en el borrascoso viaje. Decís al hombre: aprende, y no le enseñáis; goza, y nada le ofrecéis; abstente, y le estimuláis; respeta la justicia, y le dais por norma su interés privado; seas benéfico, y le dejáis perecer de hambre; respeta || nuestros títulos, y vosotros no habéis respetado los de los otros; no te entregues a la disolución y al libertinaje, y habéis roto todos los frenos; no seas turbulento, y habéis quebrantado todos los diques; respeta los poderes existentes, y le habláis así desde un trono levantado sobre las ruinas de los poderes que vosotros habéis destruído; y cuando os pide educación, enseñanza, amparo, pan, le arrojáis un pedazo de papel donde habéis escrito con pomposos caracteres: *ilustración, libertad.*

No escribimos estas líneas complaciéndonos en destruir esperanzas, ni en derramar la amargura en los corazones; no hablamos contra la civilización europea, sino que la admiramos; más añadiremos todavía: estamos en la profunda convicción de que las civilizaciones griega y romana nada son comparadas con la nuestra. Sólo nos lamentamos de que se la extravíe queriendo dirigirla, de que se la detenga queriendo impulsarla; sólo nos lamentamos de que hombres que por sus talentos y posición pueden ejercer grande influencia sobre ella, se olviden tan lastimosamente de cuáles son sus elementos vitales, cuál es el origen de su grandeza y esplendor, cuál la más firme garantía de su inmenso porvenir. No somos escépticos con respecto a los destinos de la humanidad, la providencia no ha lanzado al linaje humano sobre la tierra para marchar al acaso, a tientas, sin camino y sin || norte; hay en el corazón de la sociedad un anhelo de mejora y de perfección como lo hay en el de todo individuo; pero aberraciones lamentables la apartan del buen sendero, y, si adelanta un paso en su carrera, es sólo después de grandes sufrimientos, de inmen-

sos rodeos. ¡Miserables decepciones! Y los hombres que quizás han contribuído más a embarazarla y descaminarla exclaman alborozados: «Nosotros somos los promovedores de la civilización, los guías del linaje humano; esa civilización tan grande, tan viva y floreciente, miradla bien, es nuestra obra.» Sí, verdad es, la civilización europea es grande, es rica, es floreciente, es admirable, pero no por vosotros, sino a pesar de vosotros, verdaderos niños que habéis manoseado y forcejado la máquina, que con vuestras imprudencias la habéis destemplado, y que os aplaudís de vuestra habilidad y fuerzas cuando al tocar ciertos resortes hacéis que funcione con más celeridad y más ruido.

Permitido debía sernos, al tratar de la civilización, indicar brevemente la debilidad de esas escuelas sin convicciones, sin fe, impotentes como la duda, infecundas como planta secada en su raíz, y que, sin embargo, se empeñan presuntuosas en dirigir la sociedad, ora apelando a revoluciones estrepitosas, ora invocando principios conservadores, ora poniéndose de por medio como conciliadores oficiosos y aconsejando transacciones insubsistentes; porque nosotros tomamos || esas escuelas en una grande escala, comprendemos en ella a todas las que no cuidan de establecer sus doctrinas sobre bases sólidas, a todas las que libran la suerte de la sociedad sobre el movedizo cimiento de la razón humana. Poco nos importa que sea la exageración democrática de Lamennais, o las pretensiones aristocrásticas del protestantismo inglés, el realismo de los protestantes prusianos, o la escéptica templanza de Guizot.

Pues bien, se nos dirá, ¿a qué escuela pertenecéis? ¿Qué principios profesáis? En vuestro concepto, ¿qué es la civilización? ¿La concebís en un círculo mezquino y apocado, en un horizonte tenebroso, en el sepulcral silencio, en la parálisis de la unidad? No, mil veces no; queremos actividad, queremos desarrollo de las facultades del hombre, queremos movimiento, pero no vago, no convulsivo, no tumultuoso; gústanos una civilización variada, rica, pródiga de hermosura como la naturaleza, pero en que haya unidad y concierto, que sin embargar el movimiento, sin impedir el desarrollo, produzcan el bien, la belleza y la armonía.

Para determinar en qué consiste la perfección de la sociedad, para conocer cuándo los pueblos se civilizan o no, cuándo avanzan o cuándo retroceden, es necesario que tengamos a la vista un tipo, ideal si se quiere, pero que nos servirá de punto de comparación || en el examen, de piedra de toque para fijar los quilates de toda civilización. Sin este tipo, las ideas divagan, y al recorrer la historia de la humanidad, al examinar esa muchedumbre inmensa de acontecimientos, esa variedad infinita de hechos de distin-

tos órdenes, de diferentes caracteres, de diversas tendencias, no es fácil encontrar una pauta para apreciarlos y calificarlos en sus relaciones con la civilización. Y no es que pretendamos amoldar los hechos al tipo, trastornando la naturaleza de las cosas y transformando en realidades las creaciones de nuestra fantasía, sino únicamente tenerle presente para graduar en su vista el mérito de los hechos. Ese tipo nosotros le concebimos teniendo presentes los monumentos de la historia y las lecciones de la experiencia, la naturaleza del hombre y de la sociedad, y, sobre todo, las eternas leyes de orden y de moral impuestas al mundo por su Criador, y las santas máximas de amor y de fraternidad enseñadas al humano linaje por el augusto Fundador del cristianismo. Procuraremos formular nuestro pensamiento con la mayor claridad y concisión; hele aquí: *Entonces habrá el máximum de la civilización cuando coexistan y se combinen en el más alto grado la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible.* ||

He aquí los elementos que han de entrar por necesidad en la verdadera civilización, he aquí la norma para apreciar debidamente cuándo los pueblos avanzan o retroceden, he aquí una luz para explicar singulares fenómenos de la historia y para augurar con algunas probabilidades de acierto el porvenir de las naciones. Porque es menester no perderlo de vista; esos elementos existen a veces solos, a veces combinados; a veces predomina uno, a veces otro, y la combinación se hace de tan distintos modos, son tan varias las graduaciones y matices que ofrece su resultado, sucede con tanta frecuencia que el uno gana a expensas de los otros, que es el más bello campo que presentarse pueda a la observación y a la filosofía el seguir en la historia de la humanidad el carácter de esas combinaciones, con sus causas profundas, sus relaciones delicadas y sus efectos inmensos.

Hemos presentado nuestro pensamiento, y en otro artículo procuraremos desenvolverle y afirmarle a la luz de la filosofía y con los documentos de la historia; no nos lisonjeamos de encontrar en la realidad nada que se aproxime a nuestro bello ideal, porque en esa tierra de infortunio la realidad es tan triste como el pensamiento hermoso y halagüeño, y el hombre parece un proscripto condenado a embriagarse con sueños dorados y a despertar en medio de la pesadumbre y la amargura. ||

ARTICULO 2.º

SUMARIO.—Inteligencia, moralidad, bienestar, combinados y generalizados. Sin inteligencia no hay civilización. Es menester no cifrar la civilización en ella sola. El desarrollo de la inteligencia es saludable a la moralidad y al bienestar. Dos órdenes de inteligencia: superior e inferior. Caminos divergentes que a veces siguen. La primera puede no ejercer una decidida influencia social. Influirá poco la inteligencia sobre la civilización, si no va hermanada con algunos intereses poderosos de la sociedad. La inteligencia separada de la moralidad es el ángel caído. Disuelve, disipa y destruye.

Inteligencia, moralidad, bienestar, combinados y generalizados, dijimos que formaban el bello ideal de la civilización; por manera que a este objeto debe siempre encaminarse la sociedad, y con esta regla debe juzgarse de su adelanto o retroceso. Tan sencilla es esta idea, que parecería extraño no encontrarla fijada ya por todas partes, si la experiencia no enseñase que el entendimiento humano suele buscar por mil rodeos lo que fácilmente podría encontrar por línea recta. Como quiera, no se podrá negar a nuestro pensamiento la sencillez, y en tal caso podemos recordar aquel célebre dicho que en tres palabras encierra || filosofía tan profunda: *sigillum veri simplex,* «la sencillez es el carácter de la verdad». Sin embargo, no queremos dejarle sin aclarar y desenvolver a la luz de la filosofía y de la historia; no pretendemos presentarle tan sólo en una región elevada y abstracta, obligando a los lectores a mirarle de lejos y como en perspectiva; el ser examinados de cerca sólo daña a los pensamientos falsos, no a los verdaderos; el error, por brillante que sea, es una ilusión que se desvanece a medida que el entendimiento se le aproxima; pero la verdad, como es la realidad misma, si es mirada de lejos se la ve obscura y de pequeño tamaño, pero en acercándonos a ella sus dimensiones crecen y sus colores se avivan.

Sin inteligencia no hay civilización; sin que brille en la frente del hombre ese destello divino, sin que ciña sus sienes esa bella aureola, esa esplendente diadema que le distingue como a rey de la creación, no es concebible la perfección de la sociedad; falta el manantial del bien, falta el título más hermoso, el más noble blasón, el orgullo del humano linaje. Tan deslumbrador es su brillo, tan fascinadora su influencia, que allí donde le vemos allí aclamamos la civilización, sin pensar en lo que le rodea, sin pararnos en que sea pasajero, en que sea tal vez

una antorcha que resplandece en la cima de un edificio en ruina. El grandor de los imperios, su magnificencia y poderío, sus colosales || conquistas, su robustez, su duración al través de largos siglos, no bastan para granjearles el bello título de civilizados, si en ellos no se ha desarrollado la inteligencia, si no se halla embellecida su historia con tan precioso esmalte. O si no, ¿cómo es que al lado de los inmensos imperios del Asia merezca una atención tan preferente la Grecia, que no es más en comparación que un pequeñísimo espacio, y que en la misma Grecia honremos tan particularmente al Atica, que no es más que un punto? ¿Sabéis por qué? Porque en Grecia, y mayormente en el Atica, vemos el desarrollo de la inteligencia, y en Asia el de la fuerza; vemos en Grecia una centella que fulgura, se agita y pasa, en Asia un coloso sombrío, firme, sí, pero inmóvil, silencioso como una estatua; y tal es el generoso instinto de la humanidad, que en nada estima la duración, en nada el grandor, cuando, faltas de inteligencia, carecen de movimiento, de vida, de luz.

La Roma conquistadora del mundo, la patria de los héroes, la ciudad de las costumbres austeras, era sin duda algo preferible a la Roma de Augusto, que embriagada de placeres empezaba a dormir el voluptuoso sueño precursor de su muerte; sin embargo, en la Roma antigua no vemos la civilización, en la de Augusto sí, y es que en aquélla hay mayor grado de robustez y de fuerza, en ésta de inteligencia; sus brazos se enervan, pero su frente se anima; el corazón || se corrompe, pero el entendimiento se ilustra; viene la muerte, es verdad, pero es en medio de un brillante festín donde perora la elocuencia, donde cantan los poetas, donde ostenta el arte sus maravillas, donde resplandece la inteligencia con vivísima luz, con hermosísimos colores.

Pero cuanto mayor es el interés inspirado por el desarrollo de la inteligencia, cuanto más deslumbrante y fascinador es su brillo, tanto mayor cuidado es menester para no cifrar la civilización en ella sola; porque es un error grave, gravísimo, el pensar que la sociedad se perfecciona siempre que la inteligencia se desenvuelve. Y cuenta que de ningún modo tratamos de abogar por la ignorancia; cuenta que no la juzgamos ni saludable a la moralidad, ni conducente al bienestar; y la extraña paradoja sostenida por Rousseau en la Academia de Dijon en contra de las ciencias con respecto a la moral, nos parece muy digna de ser la primera del misántropo, que en su delirio buscaba la virtud y la dicha en medio de las hordas salvajes. ¿Por qué había de ser contrario a la moralidad el desarrollo de la inteligencia? La claridad del entendimiento, ¿no ha de contribuir a que se vea la virtud más hermosa y el vicio más

negro? Una sensibilidad más fina, cual suele acompañar a un espíritu cultivado, ¿ha de ser contraria a la virtud, que se halla en tanta armonía con los sentimientos más delicados del corazón? Los hombres más grandes, ¿fueron acaso grandes criminales? La santidad infinita, ¿no es la misma inteligencia infinita? Penetrad en el caos de esos siglos en que, por un conjunto de causas aciagas y de trastornos espantosos, la ignorancia había tendido sobre Europa su negro velo, y a cada paso tropezaréis con el asqueroso vicio revolcándose a sus anchuras en medio de las tinieblas, a cada paso sorprenderéis al crimen devorando sus víctimas en la obscuridad de las sombras. Pero renace el saber, y las costumbres se suavizan y se mejoran, todo cambia, todo se regulariza y se perfecciona; el escándalo y el crimen huyen pavorosos al asomo de la antorcha que esparce por doquiera sus claros resplandores, como al rayar la aurora, azorado, el criminal busca su guarida y, disipándose la voluptuosa embriaguez de placeres culpables, corre presurosa la debilidad a ocultar su falta y su ignominia.

Si el desenvolvimiento de la inteligencia es saludable a la moralidad, no lo es menos al bienestar; bastando para convencerse de esto una consideración bien sencilla: el bienestar en la sociedad resulta de la abundancia de medios para satisfacer las necesidades, y estos medios no se obtienen sin la inteligencia. La naturaleza es rica y abundante, pero ha de ser explotada, pues que el hombre puede morirse de hambre entre montones de oro. Comparad países con países, || tiempos con tiempos, y la verdad resalta tan clara que se hace inútil insistir en probarla.

Previas estas salvedades, vamos a proseguir nuestra tarea examinando en este artículo algunas de las relaciones de la inteligencia con la civilización, sin cuyo trabajo no sería dable comprender lo que nos proponemos decir en los siguientes números.

Para proceder con toda claridad y no confundir cosas muy distintas, dando lugar a equivocaciones de gran monta, es necesario considerar el desarrollo de la inteligencia en dos esferas: una superior, en cuyo espacio se mueven los entendimientos elevados, donde se labran las grandes reputaciones y en que se elaboran aquellos monumentos que transmitidos a la posteridad inmortalizan la época; otra inferior, pero que comprende un mayor número, que se pone más en contacto con las pasiones e intereses, que se aproxima más a los pormenores y que ejerce sobre las relaciones sociales y sobre la vida del individuo una influencia más inmediata, más directa, más eficaz. Esta inteligencia, que podríamos llamar de segundo orden, no siempre anda acorde con la primera, no siempre le está sub-

ordinada, como a primera vista parece que debería suceder; a veces marchan divergentes, tal vez en direcciones enteramente opuestas. Como juzgamos muy importante esta reflexión, la apoyaremos con hechos. ||

En el siglo de Luis XIV las altas inteligencias eran religiosas; había diferencias de opiniones, de talentos, de genios, de miras, pero todo no hacía más que crear diferentes centros de movimiento en el gran sistema, sin que esto obstase a que se conservara el centro común donde se hallaba el regulador de todos los movimientos: *la religión*. Pero debajo de ese movimiento se descubre otro en sentido muy diferente; nada menos que hacia la *incredulidad*. Por más que pueda parecer extraño, juzgamos que es muy cierto, mediando dos razones incontestables que concurren a demostrarlo. La una, que podríamos llamar *a priori*, se funda en la brecha que debió de abrir en las creencias religiosas el protestantismo, brecha que no pudo repararse ni con la expulsión; y en la disposición de los espíritus en Alemania, en Inglaterra y sobre todo en Holanda: países que estaban en incesante comunicación con la Francia y cuyas relaciones no era bastante a romper toda la severidad de la revocación del *Edicto de Nantes*. Otra razón, que podremos llamar *a posteriori*, es que, luego de muerto Luis XIV, levantó erguida su cabeza la incredulidad; es decir, que no suponiendo que en el siglo de aquel rey germinaron en abundancia las ideas irreligiosas, no será posible comprender las épocas de la regencia y de Luis XV.

La misma Francia nos presenta en la actualidad || otra prueba del diferente camino que llevan la inteligencia superior y la inferior. En la región de las altas inteligencias cunden ahora las ideas religiosas, o al menos sociales y conservadoras; y mucho dudamos que lo mismo se verifique en las regiones menos elevadas; posible fuera que esto no se realizase todavía en mucho tiempo, y que las nuevas aristocracias levantadas sobre las ruinas de las antiguas, y que, como es natural, trabajan por conservar su puesto, tuviesen que sufrir, andando el tiempo, algunas arremetidas semejantes a la famosa escena del Trinquete y al ataque de la Bastilla. En las doctrinas y en los hechos hay cierta lógica terrible que los pueblos comprenden a las mil maravillas.

Pero, a pesar de esta divergencia, menester es confesar que la situación de un país donde esto se verifique es violenta, y que, por tanto, deberá ser poco duradera. Porque los dos órdenes de inteligencia se tocan en mil puntos, se rozan a cada paso, sus límites mal deslindados se confunden a menudo, y esto tarde o temprano produce uno de dos efectos: o bien el un orden arrastra el otro y le somete a

sus doctrinas, o bien resultan en la sociedad conflictos y revoluciones. Para hacer palpable esta verdad no será menester que salgamos de España.

Es indudable que a principios del presente siglo habían cundido entre muchos de nuestros más claros || talentos las doctrinas de la escuela del siglo XVIII. Atendidas las circunstancias en que se encontraba la nación, esas doctrinas no podían penetrar en su seno, debían sobrenadar como sobrenadaron; pero esto no ha impedido que no se hayan derramado por ellas torrentes de sangre, y que todavía, después de treinta años de turbulencias y desastres, no se halle nuestra desgraciada patria en situación tan angustiosa, no tenga un porvenir tan lóbrego y encapotado, que no es posible fijar la vista en él sin retroceder de espanto.

Hemos presentado estas reflexiones con respecto al desarrollo de la inteligencia para desvanecer una ilusión que suele ser muy común, y consiste en que para apreciar el estado de la inteligencia en un país, se toma por barómetro la parte más esclarecida y brillante: aquella que extiende su fama hasta los países extranjeros, es decir, lo más selecto en ciencias y literatura. Añádese a esto la creencia no menos común de que la literatura es un espejo donde refleja la sociedad, y he aquí que en viéndose una literatura llena de calor y de vida, fácil es ser llevado a imaginar que la sociedad se halla también robusta, floreciente y lozana. Consecuencia plausible y a primera vista legítima, pero que, sin embargo, está desmentida por la historia. Hay en la vida de las sociedades ciertas épocas críticas en que suele aparecer la inteligencia en todo su esplendor; y, cosa notable, resplandece || a veces con insólita y vivísima luz cuando la sociedad en cuyo seno vive y de cuya atmósfera se alimenta está tocando al borde del sepulcro. Resultado de combinaciones anteriores que le han sido favorables y de circunstancias pasajeras que la secundan, no expresa la verdadera situación del país, es postiza, es un adorno mentido, es un magnífico cortinaje que oculta el lecho de un moribundo. Entonces la inteligencia superior es infecunda, no ejerce influencia sobre la sociedad, es un mueble de lujo que al primer golpe se quebranta y cuyos trozos se arrumban, conservándose tan sólo como preciosas antiguallas. Así con sus raptos sublimes el genio de Platón asiste a la agonía de la Grecia, así canta Virgilio la eternidad de un pueblo que va a perecer, así el brillante coro que rodea el solio de Luis XIV augura duradera gloria al trono de un gran rey, cuyo segundo sucesor había de morir en un cadalso.

Para comprender completamente el influjo de la inteli-

gencia sobre la civilización conviene además observar que será muy poca su eficacia si no procura hermanarse con algunos intereses que sean poderosos en la sociedad o no estuviere trabada con ideas e instituciones de grande influencia y ascendiente sobre el ánimo de los pueblos. La inteligencia dirige, pero no ejecuta, es la cabeza que necesita el brazo. || Algunas épocas notables de la historia servirán de aclaración y apoyo a esta verdad.

En los siglos medios, cuando todo el saber quedó concentrado en la clase eclesiástica, y particularmente en la regular, cuando solos los clérigos sabían leer y escribir, y los monjes con asiduo trabajo e infatigable perseverancia transmitían a las generaciones venideras los sucesos que iban ocurriendo y los restos del antiguo saber, formando los anillos de esa cadena que une a la inteligencia moderna con la antigua, tenía la clase eclesiástica el mayor ascendiente sobre el ánimo de los pueblos, llegando a pasar a sus manos la dirección en todos los negocios. Pero ¿por qué la inteligencia del clero era tan fecunda y poderosa? ¿Lo era por sí sola? Es bien cierto que no; y a poco que se reflexione se echará de ver que lo debía en gran parte a su íntimo enlace con las ideas religiosas, a la sazón tan prepotentes, que lo debía a su trabazón con instituciones que, miradas por los pueblos como descendidas del cielo, eran objeto de una veneración y acatamiento sin límites. Todavía más: aquella inteligencia se hermanaba admirablemente con todos los intereses de la sociedad, era un germen fecundo de establecimientos de beneficencia, de progreso en la legislación, de mejoras administrativas, de organización social en todos los ramos, y los pueblos, que, aunque ignorantes, no carecían de aquel saludable || instinto que jamás abandona a la humanidad, advertían fácilmente que en la inteligencia del clero tenían un inagotable manantial de bienes, y por esto se prestaban dóciles al movimiento y dirección que se les comunicaba. Por estas causas pudo la inteligencia en aquellos tiempos ser tan poderosa y ejercer en la sociedad una saludable dictadura. Fué poderosa porque era fecunda, y fué fecunda porque, siendo su alma la religión, llevaba en su seno el espíritu de vida.

Otra época notable nos ofrecerá un contraste bien singular; será como el reverso de la medalla. ¿Por qué la filosofía del siglo XVIII, la inteligencia extraviada, pudo ejercer tanto influjo sobre la Francia en tiempo de la regencia y del reinado de Luis XV y preparar la catástrofe del infortunado Luis XVI? Porque conoció sagazmente su posición, porque vió un gobierno débil y corrompido y una sociedad indignada, y dijo para sí: «Ataquemos al gobierno

e involucremos con él a todas las instituciones antiguas; halaguemos, empero, a la sociedad, y constituyéndonos órgano de todas las pasiones, eco de todas las quejas, defensores de todos los intereses no satisfechos, reuniremos en torno nuestro una falange poderosa que nos servirá por ahora de escudo para defendernos y luego de ariete para derribar todo lo existente.» Así pensó y así obró la inteligencia extraviada, || así encontró primero un apoyo firmísimo y en seguida un brazo irresistible: así consumó la revolución.

El solo recuerdo de la revolución de Francia, de ese acontecimiento colosal en sí y en sus efectos, nos lleva naturalmente a considerar lo que es la inteligencia separada de la moralidad, lo que la civilización puede prometerse del pensamiento del hombre cuando no está regulado por los eternos principios de la moral, cuando quiere a toda costa realizar sus concepciones, sin atender a lo que demandan las inmutables verdades sobre que descansa la suerte del individuo, de la familia y de la sociedad. La inteligencia sin moralidad es el ángel caído que lleva herida su frente con el rayo del Eterno y que en medio de su desesperación blasfema contra su Criador, lleva en su mano la tea de la discordia, hace temblar la tierra bajo sus plantas y trastorna y abrasa el universo. Ved, o si no, a ese hombre que con torva frente y la mirada encendida deja caer sobre el papel sus pensamientos terribles, a ese misántropo que, medroso de su propia sombra, se figura ver a la sociedad que conjurada le persigue, que insulta a la civilización ponderando las ventajas de la vida salvaje, que con su infausto talento hace problemáticas las más altas verdades, que ora defiende el duelo y el suicidio, ora los condena, que ora pinta con negros colores el || adulterio, ora procura protegerle cubriéndole con un velo, que mina el orden social en sus más hondos cimientos, que lanza sus tiros vibrantes contra todas las instituciones existentes, que no se asusta con la espantosa conflagración que va a provocar, cuando su corazón la presiente y su mente la divisa: este hombre cuyo libro es el código de la revolución más formidable que vieron los siglos, éste es el emblema de la inteligencia sin moralidad: es Juan Jacobo Rousseau.

¡Ay de la sociedad donde se verifica tan sacrílego divorcio! Vivirá en la inquietud, se agitará en medio de las revoluciones, y si no conserva en su seno algún germen regenerador, su destino será la muerte. ¿Qué hubiera sido de la Francia con el tan decantado saber de sus grandes filósofos, si el genio de Napoleón no la hubiera salvado preservándola de la disolución y extirpando la anarquía? Por cierto que no faltaba la inteligencia en la Asamblea consti-

tuyente, en aquella Asamblea que contaba un Sièyes y un Mirabeau. Pero ¿qué hizo aquella Asamblea? Derribar, nada más. Echó por tierra el prestigio del trono, niveló todas las clases, dió rienda suelta a las pasiones, exasperó los ánimos, extravió las ideas, entronizó la soberanía del pueblo, preparando de esta manera la ruina de la monarquía, el triunfo del jacobinismo, la guerra civil, la extranjera, el reinado del terror, y todo esto para llegar, ¿adónde?, a postrarse || a los pies de un hombre que diese a la Francia orden, códigos y administración, mientras que la Francia le daba su sangre y sus tesoros para levantarle un trono y ceñir sus sienes con una diadema de gloria. Ya que tanto se pondera la fecundidad de la filosofía, su influencia en la civilización, en el adelanto de la sociedad, dígasenos qué ha hecho la revolución de Francia, esa hija predilecta de la filosofía, de la inteligencia abandonada a sí misma, sin moral, sin religión, sin ningún enlace con las tradiciones antiguas, en el completo aislamiento a que ella misma se había condenado, mejor diremos, a que se había entregado como a un hermoso sueño, como el bello ideal de la humanidad, como el apogeo de su poder, como el más alto punto de su esplendor y de su gloria. ¿Qué ha hecho, qué es lo que ha creado, qué obras son las que ha substituído a tantas como derribó? Hay en Francia la monarquía, pero no por la revolución, sino a pesar de la revolución, socavada por la revolución, amenazada por la revolución; hay en Francia administración, pero es debida a un hombre; hay en Francia la religión, pero es la que ha podido salvarse en medio de las ruinas del edificio social; hay movimiento industrial y mercantil, pero haylo en Inglaterra y no data de su revolución, haylo en Prusia bajo el absolutismo, haylo en Rusia bajo el poder ilimitado del autócrata. ¿Qué es lo que queda a la revolución? || Una cosa, una sola cosa, el haber derribado; obra por cierto grande, magnífica, propia de las tempestades arrasando bosques y campiñas, y sumiendo en el llanto y en la miseria a los pueblos.

Esto sabe hacer la inteligencia sin moralidad, a tanto alcanza su fuerza: disuelve, disipa, destruye, pero no le pidáis nada más; su misión concluye aquí y se retira luego del teatro de sus hazañas, cediendo el terreno, o a hombres extraordinarios a quienes envía de vez en cuando la Providencia para la realización de grandes destinos, o a la acción lenta y regeneradora de los antiguos principios, que, ocultos en el seno de la sociedad, vuelven a germinar y a florecer luego que se retira del campo la hoz destructora. Así ha sucedido siempre, y así sucederá: tal es el carácter del espíritu del hombre, tal es el ejemplo de la historia, tal es la ley de la humanidad. La inteligencia del hombre

sólo es fecunda cuando está subordinada a la inteligencia infinita, cuando obedece a su impulso, cuando es su instrumento; y esto sólo se verifica cuando la inteligencia no se aparta de los principios eternos de la moral, cuando es vivificada por el espíritu de la religión, cuando no tiene el necio orgullo de renovar la guerra de los gigantes escalando el cielo, cuando no tiene la insensatez de atribuirse la fuerza omnipotente de Aquel que dijo: *Hágase la luz, y la luz fué hecha.* ||

ARTICULO 3.º

Sumario.—El saber sin moral es nocivo. El catolicismo afianza la razón humana con la autoridad y el dogma. En Francia el desarrollo de la inteligencia sin religión ha sido peor que la ignorancia. Sistema de instrucción popular de 1833, debido a M. Guizot. No ha contribuído al mayor bien de la sociedad. Estadística criminal francesa. Comentarios de *Education pratique*. Cita de don Ramón de la Sagra.

Decía Newton que sin máximas de sana moral no es más el saber que un nombre especioso y vano; nosotros llevaremos el pensamiento del célebre naturalista mucho más allá, afirmando que no sólo es inútil, sino también nocivo, y que cuando el divorcio de la inteligencia y de la moralidad se reduce a sistema, cuando es no sólo en el orden de las acciones, sino también en la región de las ideas, cuando no es inmoral precisamente el sabio, sino su sabiduría, entonces ha sonado para la sociedad la hora fatal de sus calamidades, entonces se dislocan sus polos, se rompe su eje, falta todo principio de regularidad y de orden, se hunde en el caos. En el mundo moral hay sus leyes como en el físico; la inteligencia, con su || inquietud característica, su agitación incesante, su actividad inagotable, su variedad infinita, representa el impulso en todas direcciones, el movimiento indefinido, sin regla, sin objeto; pero la moralidad es la ley de gravitación universal que todo lo arregla, lo tempera, lo armoniza, constituyendo diferentes centros particulares, que a su vez reconocen otro centro universal, que es Dios.

Nada en el mundo carece de ley, y la inteligencia no puede estar sin ella: esta verdad no quiso reconocerla la filosofía del siglo pasado; tampoco la reconoce lo bastante la filosofía del siglo presente; y por esta causa, ni una ni otra conocen a fondo lo que es una religión, por esta causa no comprenden la profunda sabiduría entrañada en el principio de autoridad, base fundamental del catolicismo;

por esta causa desconocen ambas al hombre y a la sociedad, impulsan sin dirección fija, sin tino, proclamando un desarrollo sin regla, un movimiento al acaso, una libertad mil veces explicada, nunca entendida.

El catolicismo, tan profundo en sus miras como prudente en su conducta, penetrado de la insuficiencia de la razón humana y de cuán peligroso es dejarla abandonada a sus propias fuerzas, no se contenta con afianzarla con el áncora de la autoridad, sino que, tomando en brazos al hombre desde su más tierna infancia, procura imbuir su entendimiento de || ideas religiosas, de manera que todos los demás conocimientos que se le comuniquen le encuentren ya preparado: así consigue que, siendo la religión el primer licor que se ha derramado en el vaso tierno, conserva éste por mucho tiempo la primitiva fragancia. Este sistema tan cuerdo, tan sabio, tan altamente social, se le ha designado con los nombres de *monástico clerical* y otros por este tenor, y se ha formado el empeño de denigrarle con mil apodos para preparar su descrédito y ruina; pero día vendrá, y quizás no está lejos, en que la parte de Europa que le ha olvidado vuelva a reclamarle a grandes gritos como el único remedio de sus males. El divorcio que entre la inteligencia y la razón se había procurado introducir en la esfera científica, se ha hecho descender a los sistemas de enseñanza, y para no exponer el resultado a contingencias, se ha procedido de manera que el hombre fuese ya *filósofo* desde niño. Mientras la sociedad se prepara en medio del más profundo malestar para recoger a manos llenas los amargos frutos de semejantes sistemas, vamos a presentar a los ojos de los lectores un cuadro tristísimo, pero muy interesante; y por lo sucedido hasta ahora podrán conjeturarse las catástrofes encerradas en el porvenir.

Como la Francia ha sido el país clásico de la filosofía irreligiosa, como en Francia es donde se había proclamado en alta voz el divorcio de la inteligencia || y de la religión, donde han debido dejar muy hondo surco los sistemas irreligiosos, tomaremos aquel país por punto de comparación, y con datos irrecusables demostraremos que cuando la religión no preside al desarrollo de la inteligencia, este desarrollo es nocivo, es funesto, es peor que la ignorancia. Protestamos de nuevo que no es nuestro ánimo condenar la instrucción, que tenemos una convicción profunda de que, siendo bien dirigida, puede generalizarse sin ningún peligro para la sociedad, sin ningún detrimento de la moralidad ni del bienestar, antes con beneficio de ambos; y si presentamos noticias y cálculos que parecen a primera vista condenar la instrucción, hacémoslo tan sólo con la mira de disipar las preocupaciones más tenaces, que son las que

se apellidan a sí propias despreocupación y filosofía; hacémoslo con la mira de llamar la atención pública sobre unos hechos que tanto interesan al porvenir de la humanidad.

Si tuviéramos que habérnoslas con hombres de la escuela de Voltaire, cuyo pensamiento dominante fuese el cubrir de ridículo la religión y perseguirla sin cesar hasta las últimas trincheras, perdería fuerza nuestro argumento; porque entonces se podría decirnos: «Defendéis la necesidad de la religión como elemento indispensable para el saludable desarrollo de la inteligencia, y para apoyar vuestro aserto echáis || mano de los funestos resultados que acarrea una enseñanza basada sobre el odio a la religión. Este raciocinio no es lógico, porque todavía no se ha ensayado un sistema que, sin tener por base principal la religión, como vosotros pretendéis, no estribe tampoco sobre el odio a la religión; si el ensayo de este sistema produjere malos resultados, entonces, y sólo entonces, habréis llegado a la consecuencia que os proponíais deducir.» Afortunadamente para nuestro objeto, no puede dirigírsenos esta reconvención, porque sólo nos proponemos examinar los resultados del sistema de instrucción popular planteado en 1833 por M. Guizot; y es bien sabido que Guizot, sean cuales fueren sus ideas y tendencias religiosas, está muy lejos de simpatizar con Voltaire.

Guizot, llevado de su celo por la propagación de las luces, pensó sin duda hacer un inmenso beneficio a la Francia inundándola de escuelas, creyendo que serían abundante semillero de civilización. La estadística va echando por tierra las previsiones del filósofo; y a buen seguro que a estas horas no deja de mirar con ojos azorados el fruto que va produciendo su obra, y que empieza a desconfiar de las bellas ilusiones a que se entregaba cuando dirigía a los maestros aquellas instrucciones, dignas, como todo lo que sale de su pluma, de ocupar un lugar distinguido entre los monumentos literarios. Pero si son bellas las páginas || de la literatura y de la filosofía, la realidad es algo de más positivo y respetable, y a ella es menester apelar para la resolución de los grandes problemas en que está librada la suerte de la humanidad.

Ya se deja entender que el sistema de instrucción de M. Guizot estará muy lejos de ser lo que se llama *monástico* ni *clerical;* y es sabido, además, que este sistema de profusión instructiva ha contribuído mucho a la extensión y aumento de la instrucción. Ahora bien, he aquí la cuestión en sus términos más precisos: Este mayor desarrollo de la inteligencia, ¿ha contribuído al bien de la sociedad? La cuestión quedará resuelta si manifestamos que ha contribuído

al aumento del vicio y del crimen; y esto es lo que de sí arrojan los estados siguientes.

Nos serviremos de los datos oficiales sobre estadística criminal publicados en Francia en 1837 y 1838, cotejando el año de 1834 con el de 1838.

Años	Acusados		
1834	6.952	Aumento de acusados.	1.062
1838	8.014		

Es decir, que en estos cuatro años en que ha cundido más la instrucción se ha aumentado el número de acusados cosa de una sexta parte. Nótese que en los diez que precedieron a la época de que nos ocupamos, el número de los acusados se mantenía poco || más o menos el mismo; de lo que se infiere que en esta diferencia no ha podido influir considerablemente ni el aumento de la población, ni el desarrollo de la industria, ni las calamidades públicas, ni otras causas pasajeras, pues que en los diez años anteriores anduvo también en aumento la población y progresó la industria de un modo notable. Además, tomando una base tan espaciosa como es un decenio, es claro que debieron de acontecer en este tiempo todos los accidentes que pudieran influir en aumentar el número de los acusados. Esta coincidencia del aumento de la instrucción con el de los acusados, cuando no se adivina otra causa que haya podido producir tan triste resultado, es ya de sí un indicio bastante grave de que el sistema de enseñanza no está libre de responsabilidad; pero todavía pueden presentarse otros datos que dejan la cosa fuera de duda. Para esto no hay más que considerar el número de acusados en diferentes clases según el grado respectivo de instrucción; y entonces se manifiesta tan claro el origen del mal, que es menester cerrar los ojos para no verle.

	Años	Acusados
Acusados que sabían leer y escribir bien	1834	608
	1838	2.587
Acusados que habían recibido una instrucción superior	1834	203
	1838	276

Pero lo que hay de notable en este punto es la mayor probabilidad que tiene el hombre instruído de cometer sus delitos impunemente; por manera que estando mal montada la instrucción, acarrea el doble daño de formar al criminal y luego encubrirle y protegerle. Es bien claro

que cuanto mayor sea la instrucción del acusado más medios sabrá excogitar y emplear para substraerse a la acción de la ley; pero este resultado previsto ya por la razón, viene en seguida confirmado por la estadística. Obsérvese la progresión en que va creciendo el número de los absueltos, en proporción con sus diferentes grados de instrucción, tomando por punto de comparación un mismo número de acusados.

Grados de instrucción de los acusados	Acusados	Absueltos
Que no sabían leer y escribir	100	33
Que sabían leer y escribir imperfectamente	100	37
Que sabían leer y escribir bien ...	100	42
Que tenían una instrucción superior	100	60

Con la mira de que nuestros lectores se formen una idea de la progresión ascendente del crimen y se convenzan de cuán fundado es el sobresalto que inspira a todos los hombres observadores la errada marcha de la civilización, presentaremos todavía nuevos datos que, abarcando una escala más extensa, nada || menos que de trece años, presentarán más ancho campo a la observación y servirán de base más segura a los cálculos e ilaciones. El siguiente estado expresa los criminales condenados en Francia desde 1825 hasta 1838, ambos inclusive, pasándose por alto el de 1835, que falta en el documento que tenemos a la vista, publicado en París, sacado de una obra titulada *Education pratique*.

Años	Condenados	Años	Condenados
1825	4.037	1832	4.448
1826	4.348	1833	4.105
1827	4.236	1834	4.165
1828	4.550	1836	4.623
1829	4.475	1837	5.117
1830	4.130	1838	5.164
1831	4.098		

Llamamos la atención del lector sobre una particularidad notabilísima que se observa en el estado precedente. Desde 1825 hasta 1833 va fluctuando el número de los condenados, subiendo y bajando, de manera que se conoce que no hay ninguna causa particular que produzca ni aumento ni disminución. Años hay en que se eleva de re-

pente, como en 1828; pero volviendo luego a deprimirse, calmándose de esta manera la alarma que se hubiera podido ocasionar al observador. Pero desde el año 1833, el aumento es constante, pasando en cinco años desde 4.105 hasta 5.164. Resultado espantoso, que hiela la sangre en || las venas; ¡y cabalmente desde 1833 data el aumento en la instrucción! Aproximad estos datos, ved cómo del cotejo brota una luz sombría, que os hace divisar pavorosos abismos.

Todavía más. La estadística de la policía correccional viene también en comprobación de lo mismo que estamos manifestando. Empecemos desde el año 1826 inclusive, y veamos lo que sucedió hasta 1838, también inclusive. Distribuyendo estos trece años en dos quinquenios y un trienio, resulta que el número de asuntos y de personas de que tuvo que ocuparse la policía correccional, anduvo siempre en aumento. He aquí los guarismos:

	Asuntos	Personas
De 1826 a 1830	49.357	62.880
De 1831 a 1835	60.245	77.947
De 1836 a 1838	47.020	61.204

Buscando el término medio para cada año, resulta:

	Asuntos	Personas
De 1826 a 1830	9.871	12.576
De 1831 a 1835	12.049	15.589
De 1836 a 1838	15.673	20.401

Este estado presenta también una particularidad notable, y es que en sólo el trienio de 1836 a 1838 hay mucho más aumento que en el anterior quinquenio; cabalmente el trienio es la época en que más se había difundido la instrucción... ||

Para no fatigar a los lectores con más guarismos que nos sería muy fácil acumular, presentaremos traducido lo que dice sobre este punto el autor de la obra citada más arriba, cuyo título es *Education pratique*. Helo aquí:

«En resumen, las investigaciones que acabamos de hacer nos han conducido a establecer:

»1.º Que a medida que la instrucción se ha propagado de año en año, el número de los crímenes y de los delitos ha crecido en proporción análoga.

»2.º Que en estos delitos o crímenes, la clase de los acusados que saben leer y escribir entra por un quinto más que la clase de los acusados enteramente rudos; y que la

clase de los acusados que han recibido una alta instrucción entra por dos tercios más, guardando la proporción correspondiente a la respectiva población de estas clases.

	Acusados
En otros términos: cuando en la clase enteramente ruda, 25.000 individuos dan	5
En la clase que sabe leer y escribir, 25.000 individuos dan más de	6
En la clase que ha recibido una instrucción superior, 25.000 individuos dan más de	15 ‖

»3.º Que el grado de perversidad en el crimen, y las probabilidades de escapar de la persecución de la justicia y de la vindicta de las leyes, están en proporción directa con el grado de instrucción.

»4.º Que en los departamentos donde la instrucción está más difundida, abundan más los crímenes; es decir, que la moralidad está en razón inversa de la instrucción.

»5.º Que las reincidencias son más frecuentes entre los acusados que han recibido instrucción, que entre los que no saben leer ni escribir.

»A medida que la instrucción se propaga, hemos reconocido que el número de delitos contra las personas y las propiedades, de atentados contra las costumbres, de uniones ilegítimas, de expósitos, de alienaciones mentales, de suicidios, aumenta en proporción, no sólo con la extensión, sino también con el mayor grado de instrucción.

... ...

»¿Deberemos inferir de aquí que la instrucción sea un azote y que ella produce el aumento de los crímenes y miserias morales que acabamos de señalar, y que, por consiguiente, sea necesario comprimirla y restringirla? No ignoramos que esta opinión no carece de partidarios, y que no faltan hombres que quieren que se ponga en práctica. Nosotros, sin embargo, no podemos convenir en ella; y afortunadamente podemos ‖ apoyarnos en la autoridad y opinión de M. Laurentie, que ha sido el primero que la ha rechazado en nombre de las opiniones e intereses religiosos, y que ha refutado, con tanta energía como razón, a un economista de la escuela utilitaria, que no veía otro remedio al mal que *cerrar las escuelas y poner en lugar del maestro al gendarme.*»

Hemos presentado estos datos para llamar vivamente la atención pública sobre el inminente riesgo que corre la sociedad en no sirviendo de principal base a la enseñanza la religión. No se crea que hayamos agotado las pruebas, y

que nuestra opinión sea aislada, y que nuestros clamores sean hijos de un temor exagerado; fácil nos sería apoyarnos en la autoridad de hombres distinguidos y que no pueden pasar plaza de preocupados, tales como M. Guerry, M. Dupin, M. Moreau Christophe, el barón de Moragües, M. Quetelet y otros, todos acordes en la funesta relación que se encuentra entre la instrucción y el crimen; y si hubiéramos querido echar mano de los trabajos del ilustre español don Ramón de la Sagra, bastáranos abrir sus *Lecciones de Economía social* para encontrar abundancia de guarismos que vienen en confirmación del hecho lamentable que estamos indicando.

Ya que hemos nombrado a este distinguido economista, séanos permitido insertar aquí las notables || palabras con que expresa su opinión sobre esta importante materia: «De lo dicho pudiera también deducirse que la instrucción primaria era un mal más que un bien, y que la cultura del entendimiento, lejos de debilitar la inclinación al crimen, tendía, al contrario, a aumentarla y fortificarla. Pero afortunadamente no es tal la consecuencia que debe deducirse. Lo que sí resulta demostrado de todo lo expuesto es que la sola instrucción, sin estar unida a la educación moral y religiosa, no ofrece contra la inmoralidad el remedio que ha querido suponérsele; que la instrucción superior, no estando unida a un grado correspondiente de educación moral y religiosa, no procura a los individuos los bienes intelectuales que tiende a promover, y que llega a ser nocivo a las clases inferiores, que sólo toman de ella medios de perjudicar, al paso que la misma excitación mental producida por tales estudios los saca de su esfera social y perturba el orden físico y moral de los pueblos. La instrucción primaria es necesaria a todas las clases para su existencia y su adelanto, pero la educación es la única capaz de mejorar su moralidad y de dirigirlos por la senda de la virtud. La instrucción superior es conveniente a las sociedades, pero debe ser privativa de los individuos que pueden ser útiles con ella y sólo en el número correspondiente a las necesidades de las naciones. El mal de la instrucción, dice M. Moreau || Christophe, procede del modo como se proporciona, y no de ella misma. El modo actual vicia la semilla en su germen y hace producir al suelo frutos inútiles y peligrosos. En nuestras escuelas, toda la enseñanza se sacrifica al agrado del cuerpo, de la memoria y del talento; nada se reserva para las virtudes del corazón. Puede salirse sabio de tales institutos, pero seguramente no se sale virtuoso. Y ¿qué vale la ciencia sin la moral?» Continúa el señor de la Sagra copiando otro trozo de M. Moreau Christophe y ponderando la necesidad de la educación moral y religiosa, y después

añade: «*Lo que sí es cierto, constante y demostrado por la teoría y la experiencia, es que el vicio y el crimen siempre están unidos a la irreligión, y que en infinitos casos la irreligión conduce a la miseria y siempre a la desgracia. La irreligión, señores, que supone la falta de la fe, de la esperanza y de la caridad, virtudes sublimes cuanto necesarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades, destruye todas las semillas del bien y derrama todos los gérmenes del mal.*»

Ya lo ven nuestros lectores, no son ya solos los jesuítas, los frailes y los clérigos los que invocan la religión como base necesaria de toda educación y enseñanza, si no se quiere hundir en un abismo al individuo y a la sociedad; no son ya hombres de aquellos que puedan ser tachados de adictos a los sistemas || que se apellidan de opresión y obscurantismo; son hombres conocidos por sus opiniones liberales, distinguidos por su ilustración, llenos de experiencia adquirida en largos viajes, y cuyas palabras sólo pueden ser la expresión de convicciones profundas, hijas de la evidencia de los hechos.

Así ha querido la Providencia que triunfase la verdad, ha permitido que el hombre ensayase la obra insensata de substraer a la inteligencia del influjo de la religión; y la inteligencia se ha prostituído formando monstruosa alianza con el vicio y el crimen. ¡Vergüenza da el decirlo! ¡La instrucción fomentar la maldad!... Para honor del espíritu humano, sería de desear que ese hecho lamentable pudiera sepultarse en el olvido; pero los intereses de la civilización, la existencia misma de la sociedad, exigen que se le publique en alta voz para eterna confusión de las doctrinas irreligiosas, exigen que se grabe por todas partes en caracteres indelebles la importante verdad de que allí donde hay instrucción sin religión, allí hay desarrollo de inteligencia sin moralidad, allí hay un semillero de vicios y de crímenes, y allí hay, por consiguiente, un enemigo capital de la verdadera civilización. ||

ARTICULO 4.º Y ULTIMO

SUMARIO.—El mayor bienestar posible. Es la condición que más ha faltado a todas las civilizaciones. La esclavitud y la miseria del proletariado en la antigua Grecia y en la república romana. Muchos hechos sociales que la historia suele explicar por causas políticas o por la influencia de ciertos hombres son motivados por su estado intelectual, moral y económico. Un ejemplo en la moderna Inglaterra. El cristianismo mejoró la suerte de la humanidad. Abolió la esclavitud. Minó por medios legítimos el sistema feudal. Actual disgregación entre ricos y pobres. No obstante, sus intereses están enlazados. Los medios morales han de salvar la situación.

El mayor bienestar posible para el mayor número posible, dijimos que era otro de los objetos a que debía encaminarse la sociedad, si se quería que la civilización fuese sólida y verdadera. Desgraciadamente, ésta es la condición que más ha faltado a todas las civilizaciones; triste efecto dimanado en parte de la injusticia de los hombres, pero que tiene su principal origen en la misma naturaleza de las cosas. Examinad las civilizaciones antiguas y veréis que se verifica en ellas de un modo horroroso aquello de || *humanum paucis vivit genus*. Prescindiendo de la esclavitud y de la diferencia de éstas [castas], que ya por sí solas condenaban a una gran parte de la humanidad a las mayores miserias y padecimientos, y concretándonos tan sólo a la clasificación de pobres y ricos, vemos que las ventajas de la sociedad eran para pocos, y que de aquí dimanaba la eterna lucha entre los que trabajaban y los que gozaban. ¿Qué es lo que principalmente embaraza a Solón cuando se propone dar leyes a los atenienses? Los ricos que quieren conservar sus riquezas y exigir de los pobres lo que éstos les deben, y los pobres que no pueden pagar, y que además pretenden un repartimiento de tierras. Bajo una u otra forma, ésta es la cuestión eterna de la república de Atenas. En Roma notamos una lucha semejante dimanada de la misma causa. Entre los patricios y plebeyos no se trata principalmente de honores y de mando; lo que se disputa es el pan que sobra a los ricos y escasea a los pobres. Y cuenta que aun no hablamos de los tiempos en que abrigaba Roma a los Lúculos y Crasos, cuyas desmedidas riquezas han pasado a proverbio; de aquellos tiempos en que los pretores y generales robaban con el mayor descaro en las provincias sujetas a su mando, seguros de que, amontonando oro y desparramándole después en su patria, obtendrían los sufragios que necesitase su ambición: épocas

desastrosas en que la *maldita* || *sed del oro* se había apoderado de todos los corazones, y, concentrando en manos de pocos toda la riqueza, acrecentaba lastimosamente el número de los pobres, hasta el extremo de que en una ciudad de un millón doscientas mil almas, cual se calculaba Roma en los últimos tiempos de la república, era tan grande el número de los esclavos y de los proletarios, que apenas se contaban dos mil personas que poseyesen algo. No queremos que se diga que hemos escogido adrede el tiempo más corrompido, cuando se encumbraba la ambición en brazos de la codicia.

Limitarémonos, pues, a los tiempos más felices de la república, en que la austera pobreza, *saeva paupertas* de Horacio, formaba hombres tan esclarecidos como Camilo. Licinio fué el primer cónsul salido de la clase plebeya; y cabalmente en la misma ley que le eleva al primer puesto de la república vemos involucrado el interés social; pues que es el mismo Licinio quien, siendo tribuno de la plebe, había hecho establecer la famosa ley *Licinia*, sobre la limitación del derecho de adquirir, poniendo coto a la excesiva acumulación, y sobre el alivio de los pobres oprimidos por las usuras de los ricos. Los Gracos, que tanto dieron que entender a la nobleza romana, echaban mano también de la palanca más poderosa para remover la plebe; la ejecución de la ley *Licinia* era su tema favorito; el repartimiento de tierras entre las clases menesterosas || era el estimulante cebo con que atraían a la multitud y que les labraba aquella popularidad, a que no encontraron otro remedio los patricios que la muerte de los dos tribunos.

Fácil es calcular lo que sucedería en otros países, cuando en las dos repúblicas donde fué más vivo el espíritu de libertad, y donde llegaron a ejercer más influencia las clases inferiores, era, sin embargo, tan triste su situación, y las más de las disensiones políticas reconocían por origen principal la falta de medios de subsistencia. Un hecho confirma la verdad que estamos indicando, y es la tendencia de los pueblos antiguos al sistema de las colonias. Los egipcios, los fenicios, los rodios, todos los griegos de las costas de Asia, los cartagineses, los romanos, todos ofrecen el mismo fenómeno. ¿Y cuál es la causa? Es muy sencilla: todos sobreabundaban de población, y se veían precisados a buscar un desagüe en otras tierras para deshacerse de una parte de ella. Así es que el sistema de estos establecimientos en países lejanos, que tanto prevaleció entre los fenicios, los rodios, los cartagineses y otros pueblos, no debe precisamente considerarse como un sistema de factorías que les asegurasen la extensión y prosperidad del comercio, sino como un remedio a los males que afligían a las clases más

numerosas, las que, no teniendo de qué alimentarse, ponían en peligro la tranquilidad pública. ||

Ahora que se ofrece la oportunidad nos permitiremos una observación sobre el estudio de la historia. Creemos que por lo común se da sobrada importancia a los hechos que se presentan en la superficie de la sociedad, y se prescinde de los que se verifican en su fondo. Los trastornos de los gobiernos, las guerras, el engrandecimiento y decadencia de los imperios, se explican demasiado por causas políticas, o por la influencia de ciertos hombres; si se calaba más hondo en el corazón de la sociedad, se encontrarían otras causas más profundas y sobre todo más naturales y sencillas. El primer estudio preparatorio que, a nuestro juicio, debiera hacerse en la historia es la investigación de los datos que pusieran de manifiesto el vivir de los pueblos, entendiendo por esto el formar una estadística tan exacta y minuciosa como fuera posible, no tan sólo de su estado intelectual y moral, de las relaciones de familia, de su religión, de sus leyes, usos y costumbres, sino también, y muy particularmente, de cuáles y cuántos eran sus medios de subsistencia.

Enhorabuena que se describan los cambios de gobiernos y de dinastías, las vicisitudes de las guerras, los planes y proyectos de los hombres célebres que han ejercido influencia en la sociedad; pero estemos seguros que nada de esto basta para comprender a fondo la historia de un pueblo y el verdadero carácter || de su civilización. Es necesario saber en qué estado se hallaban su agricultura, industria y comercio, cuáles eran sus alimentos ordinarios, cuáles sus vestidos, cuál su habitación, y la infinidad de detalles indispensables para pintarnos fielmente cómo pasaba su vida aquel pueblo que nos proponemos estudiar. Como esto pudiera parecer extraño a algunos lectores, lo haremos sensible con un ejemplo.

Figurémonos que de aquí a dos mil años estudian los hombres la historia de la Gran Bretaña, como ahora nosotros estudiamos la de Roma; que leen las guerras sostenidas por aquel imperio en toda la redondez del globo; que contemplan asombrados la extensión de sus posesiones en todos los puntos de la tierra; que con algunas noticias sobre su historia antigua, sobre sus revoluciones modernas, sobre algunos de sus políticos más distinguidos, se atreven a explicar las causas de su engrandecimiento y decadencia, las miras de sus hombres de Estado, las causas de la lucha entre sus varias clases, la razón de sus simpatías por esta o aquella forma de gobierno, por este o aquel sistema, por estos o aquellos hombres en los países extranjeros, los motivos secretos de sus guerras, en una palabra,

todos los resortes de su política interior y exterior: figurémonos que los historiadores acometen tamaña empresa, faltos de datos estadísticos que les revelen la verdadera situación de || la Gran Bretaña; ¿no os parece que deberían de oírse explicaciones peregrinas? Señalaríanse, a no dudarlo, razones plausibles, verosímiles a más no poder; citaríanse hechos militares y políticos, que al parecer confirmarían las observaciones histórico-filosóficas; pero si entonces se les presentase un anticuario mostrándoles estados fijos sobre sus máquinas de vapor, sobre sus caminos de hierro, sobre su asombrosa producción de manufacturas, sobre su sistema de propiedad territorial, sobre el modo de vivir de sus diferentes provincias y ciudades; si entonces les señalase con el dedo las relaciones de su industria y comercio con Portugal, España, Francia, Alemania, más breve, con todos los pueblos de la tierra; entonces, cuando verían más claro que la luz del día las verdaderas causas de los fenómenos que ellos explicaban por otras muy diferentes, ¿no se quedarían avergonzados de su pretendida filosofía? ¡Oh! ¡Y cuánto y cuánto de semejante nos sucedería a nosotros si, levantándose del sepulcro los hombres de la antigüedad, pudiesen sorprendernos con la presentación de una minuciosa estadística! ¡Cuánto y cuánto desengaño no nos prepara la posteridad si, fijándose los historiadores un poco menos sobre los ruidosos cambios políticos, sobre las campañas, sobre el número de los soldados que tomaron parte en los combates, y de los muertos y heridos que quedaron en el campo de || batalla, y otras mil cosas más fáciles de narrar que de probar, se dedican con más ahinco a desenterrar libros y monumentos antiguos, y a aprovechar los ya descubiertos, reuniendo en cuerpos regulares todas las noticias que andan dispersas acá y acullá sobre el verdadero estado intelectual, moral y material de los pueblos! Tenemos la firme convicción de que haciéndolo así se aclararía y simplificaría en gran manera el laberinto de sucesos que nos ofrece la historia, y nos atreveríamos a pronosticar que también en los tiempos antiguos, con más o menos semejanza a los modernos, muchas de las cuestiones de lo que se llama *alta política* se resolverían en sencillas cuestiones de interés material, y que las más de las grandes agitaciones políticas se habrían remediado fácilmente con algún aumento en los medios de subsistencia. Pero volvamos a nuestro propósito.

Con el establecimiento del cristianismo se mejoró inmensamente la suerte de la humanidad; pues abolida la esclavitud con su lenta y benéfica influencia, e inoculado en las leyes y en las costumbres su principio de amor y fraternidad universal, las clases más numerosas han cambiado en-

teramente de situación, y ya que no haya sido posible hacerlas felices, al menos se ha conseguido asegurarles una suerte incomparablemente menos desgraciada. Sin embargo, el cristianismo, tan vasto y profundo en sus miras como sabio || y prudente en su conducta, nunca ha prometido a la generalidad de los hombres cambios radicales en su suerte material; esta clase de beneficios los ha dispensado lentamente, sin ruido, sin que lo advirtiesen siquiera los mismos que los recibían.

El cristianismo conoció una verdad que han venido después a confirmar los principios de la economía política; y es la imposibilidad de que en una sociedad muy numerosa, todos los individuos tengan los medios necesarios para vivir cómodamente. La multiplicación de los hombres está en desproporción con el aumento de producción de los medios de subsistencia; estos medios no llegan al nivel necesario, y por esto queda siempre una cierta masa, que o padece privaciones o muere de hambre; masa que entre los antiguos quedaba abandonada a su suerte, sucediéndole todavía lo propio en los tiempos modernos allí donde no ha prevalecido el cristianismo. El pensamiento de la religión cristiana en esta materia puede traducirse del modo siguiente: «El mal es incurable, y lo que conviene no es empeñarse en extirparle, sino en disminuirle y aliviarle.» No ha engañado a los pueblos con las ilusiones de un bienestar universal, siempre ha predicado la fraternidad universal, el respeto a la propiedad, y ha procurado precaver las colisiones violentas.

Desde los primeros tiempos de su establecimiento || sobre la tierra, empezó el cristianismo la grande obra de la regeneración social, mirando como uno de sus objetos más predilectos el mejorar la suerte de las clases más numerosas. Los muchos y variados establecimientos de beneficencia que se fundaron por todas partes dondequiera que alcanzó su influjo, la abolición de la esclavitud, la dulcificación de las relaciones de los grandes con los pequeños, de los ricos con los pobres; he aquí sus obras.

Como la irrupción de los bárbaros del Norte hizo pedazos el imperio romano, echando por el suelo casi todas sus instituciones y mudando enteramente la faz del mundo, no es fácil decir a punto fijo cuál hubiera sido el cambio que en la suerte de las clases más numerosas habría introducido el cristianismo si sus influencias no hubieran tenido que luchar con aquel inaudito sacudimiento y hubiesen podido desenvolverse pacíficamente en el seno de la civilización romana. Como quiera, inútil sería ahora aventurarse a conjeturas más o menos verosímiles sobre lo que en tal caso hubiera sucedido; y dejando lo que hubiera podido

acontecer, mejor será entrar en algunas consideraciones sobre lo que realmente aconteció.

No es difícil atinar cuál debió de ser la suerte de la clase más numerosa en los calamitosos siglos que siguieron inmediatamente a la irrupción de los bárbaros: durante aquella época de fluctuación espantosa, || en que se encontraban con violento choque, no ejércitos, sino naciones enteras, disputándose el terreno como las fieras la presa, déjase desde luego entender que el elemento que más prevalecía era la fuerza; y bajo el imperio de la fuerza, el débil es la víctima. Así es que los pobres, aunque cobijados bajo el manto de la Iglesia, aunque protegidos bajo su égida poderosa, gemían en una situación lamentable, porque la Iglesia no tenía pan para todos, y en medio de tanto trastorno no siempre podía acudir por todas partes a la defensa de todos.

De en medio de aquel caos brotó el primer embrión de organización social, bajo una forma monstruosa y repugnante a la verdad, pero que al fin debió de ser un muy natural y necesario efecto de la situación social de los pueblos, dado que la vemos presentarse y establecerse, casi simultáneamente, sin ningún esfuerzo, en todos los países de Europa. Ya se entiende que hablamos del *feudalismo;* y basta este solo nombre para recordar la pobreza y el malestar de las clases más numerosas. Transmitidos por herencia los feudos, y concentrados, por consiguiente, en pocas familias todos los honores, todas las riquezas, todos los goces, todo el poder, la clase más numerosa no sólo debía estar en la pobreza, sino que estaba condenada a permanecer en ella, como cercada por un muro de bronce, como aprisionada con una cadena de hierro. ||

Es digno de notarse que el cristianismo, minando sordamente y por medios legítimos el sistema feudal, preservó a la Europa de una calamidad que inevitablemente iba a caer sobre ella. El feudalismo, por su misma esencia, tendía a establecer el sistema de las castas; pero en un país donde domina una religión que declara a todos los hombres iguales delante de Dios, hermanos en Jesucristo, salidos de un mismo origen y creados para un mismo fin, no podía arraigarse ese sistema; y así es que, lejos de que ese germen, que más o menos encubierto estaba en el seno del feudalismo, fuese desarrollándose con el tiempo, anduvo cada día a menos, se fué amortiguando, hasta que, pasando insensiblemente el feudalismo a convertirse en nobleza, se alejó más y más del carácter de casta, y se constituyó en clase: clase que, socavada al fin con la corriente de los tiempos y la acción disolvente de las ideas, enervada por el descanso y el lujo, y debilitada por la política de los reyes, había

de saltar en polvo y astillas al primer hachazo que le descargase la revolución.

Arruinado el feudalismo y desestancadas algún tanto las riquezas, pudieron derramarse por la sociedad, fecundando las demás clases, y entonces empezó a levantarse la clase media, que, aunque salida de la misma masa proletaria, ejerció por sus riquezas y por su ilustración poderosa influencia en el destino de la || sociedad. Con este cambio, y siendo muy numerosa la clase media, parecía resuelto en gran parte el gran problema social de proporcionar el mayor bienestar posible al mayor número posible; sin embargo, las mismas causas que contribuyeron al encumbramiento y poderío de la clase media produjeron la multiplicación de la que venía tras de ella, y la dificultad se presentó más complicada y los peligros más alarmantes. La industria y el comercio robustecieron y ensalzaron la clase media, pero estas mismas causas acarrearon una asombrosa multiplicación de la proletaria; insensiblemente se fueron separando las dos clases, y al presente han llegado las cosas a tal extremo que en los países donde ambas abundan mucho, como sucede en los industriales, consideran los más pobres a los más ricos, sean de la clase que fueren, como una verdadera nobleza.

Ha contribuído más y más a este fenómeno el haber sobrevenido hondas revoluciones donde las clases medias han figurado como agresoras y en que se han pulverizado todo linaje de privilegios; pues desde entonces la riqueza ha venido a ser el único blasón, y quien le ha tenido ha sido reputado por noble. Una parte del pueblo no conoce sino pobres y ricos, y mira con igual envidia el palacio de un descendiente de los antiguos magnates, la espléndida casa del opulento banquero, o la magnífica habitación del *desinteresado* || filósofo, encumbrado en uno de los primeros puestos del gobierno, velando por los intereses de la humanidad y por los *intereses* de su fortuna.

Esta separación entre las dos clases va haciéndose cada día más profunda, merced al aumento del pauperismo, que amenaza tragarse las sociedades modernas. Aquí llamamos la atención de todos los hombres pensadores, y de cuyo corazón no se hayan borrado todos los sentimientos de la humanidad, sobre un lamentable error en que se incurre cuando se trata de evaluar la civilización de los pueblos, señalando los quilates de perfección a que ha llegado la sociedad. Confúndese de un modo monstruoso el brillo y poderío de un gobierno con la riqueza y bienestar de la nación; se llama dicha, adelanto de una sociedad, lo que en el fondo no es más que la riqueza de un número muy reducido.

Concretémonos a un ejemplo. ¿Quién no ha oído un mi-

llón de veces señalar la Gran Bretaña como la nación más ilustrada, más libre, más rica, más dichosa, más civilizada del orbe? ¿Quién no la ha visto propuesta una y mil veces como el bello ideal, como el modelo inimitable de que no deberían apartar nunca sus ojos las demás naciones? Y, sin embargo, en la Gran Bretaña es donde se verifica del modo más escandaloso el prevalecimiento del menor número contra el mayor, donde hay la acumulación mayor de riquezas || en pocas familias, donde hay las fortunas más monstruosas, agrícolas, industriales y mercantiles; en la Gran Bretaña es donde se verifica en toda la extensión de la palabra, que muchos trabajan para pocos, que el lujo insulta a la miseria; en la Gran Bretaña es donde se encuentra el mayor número de pobres. Y nosotros preguntaremos ahora: ¿Qué significa la civilización, cuando el mayor número carece de pan? ¿Dónde está la perfección de una sociedad cuya mayor parte es víctima de la desnudez y del hambre? A tantos desgraciados como perecen consumidos de miseria en las guardillas y subterráneos, ¿qué les importa la influencia del gabinete de San-James, ni la prepotencia de su marina, ni la extensión de sus colonias? A los infelices jornaleros, a las mujeres, a los niños que amontonados en los establecimientos fabriles *vegetan* en la estupidez y en la miseria, dando maquinalmente el movimiento el manubrio de otra máquina, ¿qué les importa ni la perfección de las manufacturas, ni de las máquinas, ni la magnificencia de las fábricas, ni la opulencia y el lujo de sus dueños? Afortunadamente, no pensamos que la civilización inglesa sea el tipo de la civilización moderna; que si así fuera, diríamos que esa civilización, con su saber, con su industria, con su prensa, con su libertad y con su todo, es una solemne impostura.

En España no ha cundido todavía el pauperismo; || porque ni se encuentra la desmedida acumulación de riqueza territorial en manos de pocos propietarios, ni en las poblaciones manufactureras se ha podido desarrollar la miseria que aflige a las de otros países; y creemos que mientras es tiempo, sería muy importante que todos los hombres ilustrados y amantes de la humanidad examinasen a fondo cuáles son los medios que podrían adoptarse para que, sin cortar el vuelo a la industria, se evitase el arraigo en nuestro suelo de un mal que en Inglaterra y en Francia no sólo lastima los sentimientos de la humanidad, sino que pone también en peligro la tranquilidad pública.

Las clases que por su riqueza han adquirido por la nueva organización social mucha influencia y poderío no deben perder de vista la importante verdad de que su misma elevación les impone el deber de ser civilizadoras; es decir,

de procurar para el mayor número *la instrucción, la moralidad y el bienestar.* Toda clase que no cumple con su instituto perece; éste es el orden natural de las cosas; así lo tiene establecido la Providencia. El mayor error en que pueden incurrir las nuevas clases, que han venido a formar como una nueva aristocracia, es el creer que nada vale la antigua civilización de España, que es menester derribar hasta sus últimos restos, olvidar todas sus inspiraciones, abjurar todos sus principios y amoldarnos enteramente a la Francia e Inglaterra. No olviden que || la economía política inglesa, que considera al hombre como un mero capital, haciendo abstracción de las relaciones morales, es no sólo un enemigo de la humanidad, sino también de la misma industria; es un elemento de revoluciones políticas, es un germen de hondos trastornos sociales. En medio de los escombros de nuestras arruinadas instituciones encontrarán todavía muchas preciosidades que aprovechar; y estas preciosidades, reorganizadas con buena voluntad y constancia, podrán producir opimos frutos, mayormente siendo cobijadas por las creencias religiosas, que afortunadamente se conservan en nuestra patria.

Las clases están todas íntimamente enlazadas; intereses que en la apariencia son exclusivos y contradictorios, son en realidad intereses comunes. Las antiguas clases han caído; ellas que tenían ciertamente más fuertes parapetos y más sólida organización que no tienen las nuevas. ¿Qué será, pues, de éstas? Síntomas se presentan que hacen columbrar revoluciones, presentir catástrofes. Se empezó disputando sobre la legitimidad de antiguos y respetables títulos, y las propiedades que sobre ellos estribaban bambolearon y al fin vinieron al suelo. Mirad la revolución francesa, mirad las otras más antiguas y más modernas. Lutero publicó su libro del *Fisco*, minando la propiedad de ciertos bienes, y en seguida vinieron los anabaptistas declarando guerra a muerte a todos los || ricos. Saint-Simon, Owen y otros reformadores predican la abolición de toda propiedad; y estas doctrinas no carecen de séquito. Un nuevo carácter presentan los reformadores modernos, y es el dar a sus sistemas un tinte religioso, muy propio para deslumbrar y para engendrar el fanatismo. Se ha querido hacer de la religión cristiana un sistema filosófico, y este nuevo cristianismo forjado por el hombre empieza a ser la enseña de los prosélitos de la nueva escuela.

Las doctrinas en que se ataca el derecho de propiedad, en que se ofrece a la multitud un estimulante cebo que le da esperanzas de mejorar de suerte, entrando en la parti-

cipación de los bienes de los propietarios, no se limitan ya a fundadores de nuevas sectas, sino que empiezan a reclamar un puesto en las páginas de la filosofía.

No siendo éste el lugar de entrar en pormenores sobre esta materia, nos limitaremos a advertir a las clases ricas que andan muy erradas si piensan que el medio de evitarse compromisos y apuros puede ser la *fuerza*. Esta no se halla en el número menor, sino en el mayor. Los medios morales son los únicos que pueden tener eficacia duradera; y así todas las clases acomodadas tienen un interés en que se planteen sistemas de educación, así para los niños como para los adultos, en que se conserve al pueblo la moralidad que tenga y se le comunique la que le falta. Instrúyase || al pueblo; pero instrúyasele bien, que la verdadera luz no daña jamás al hombre. En otro artículo hicimos observar cómo entendíamos esta instrucción, es decir, acompañada de moralidad basada sobre la religión católica; y con irrefragables datos demostramos las funestas consecuencias, que eran inevitables, si se daba a la enseñanza un rumbo diferente.

En Inglaterra y en Francia es muy temible el pauperismo; pero es menester advertir que si se introdujera en España lo sería por necesidad mucho más. En Inglaterra hay una organización social que, aunque monstruosa, es, sin embargo, muy antigua; está además enlazada con su constitución y su legislación, y es, por tanto, muy fuerte como elemento de gobierno. En Francia hay los desengaños de medio siglo de revolución, hay un respetable conjunto de intereses nuevos que, puestos ya en juego de muchos años a esta parte e injertados con más o menos naturalidad en el sistema político, no dejan de formar una base para asentarse un gobierno; y además hay sobre todo los hábitos de gobierno, restablecidos y robustecidos por Napoleón y continuados en los gobiernos que le han sucedido. En España no es así: tenemos excelentes elementos sociales, pero éstos carecen de la dirección necesaria para influir cual conviene en el orden político, y, de consiguiente, para cimentar un gobierno. Así vemos con frecuencia que nuestros || gobiernos en vez de dirigir a la sociedad la han contrariado y han luchado con ella. Todas las opiniones, todos los sistemas están representados en los diferentes partidos que dividen a esta infortunada nación, pero todos adolecen del mismo defecto: la debilidad para organizar y sostener un gobierno. Que no lo olviden todos los hombres pensadores, que no dejen de contribuir a la reorganización social fundada en nuestras creencias religiosas; que no pierdan de vista las clases ricas que su deber las obliga a procurar por

todos los medios la moralidad de las clases inferiores y el granjearse su buena voluntad por medio del desprendimiento y de la beneficencia; que no se hagan ilusiones sobre lo remoto del peligro; a veces una débil ráfaga de viento empieza rizando ligeramente la superficie del mar y a poco rato se ha convertido en tremendo huracán, que estrella contra las rocas las naves cual quebradizos vasos de cristal. ||

ESTUDIOS SOCIALES. OBSERVACIONES PRELIMINARES*

SUMARIO.—El propósito del autor. Diferencia entre las ciencias morales, sociales y exactas. Orden material, intelectual, moral, religioso, social, político, administrativo. Diferencias entre el orden social y el político o administrativo. El orden social comprende el material, el moral y el intelectual. Datos de orden material. Datos de orden moral. Datos de orden intelectual. La ciencia social. La sociedad no se gobierna por la ciencia, sino por el instinto social. Precauciones al aplicar las ciencias sociales. Diferencia entre las ciencias sociales y las ciencias naturales.

En una serie de artículos que publicamos en los números anteriores de esta *Revista* procuramos definir la civilización y señalar el punto adonde deben dirigirse los pueblos; pero quedaría incompleto nuestro trabajo si, contentándonos con haber presentado el bello ideal de la perfección de la sociedad, no indicásemos cuáles son en nuestro juicio los medios de que debe echarse mano para aproximarse a él, ya que no sea dado alcanzarle. Materia es ésta sumamente difícil, y tanto más cuanto se presta dócilmente a || toda clase de explicaciones, mostrando en muchas de ellas una llaneza y una sencillez muy a propósito para alucinar a observadores poco avisados. Nada más fácil que hablar sobre la sociedad, no cabe encontrar objeto en que mejor pueda campear a su talante el ingenio, excogitando y desenvolviendo utopías y sistemas; pero tampoco hay materia que bajo engañosa superficie envuelva profundidad más tenebrosa. Entre las ciencias morales y sociales y las exactas media una diferencia que conviene sobremanera

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 10 de *La Civilización*, correspondiente a la segunda quincena de enero de 1842, vol. I, p. 452. Nunca ha sido reimpreso. El sumario es nuestro.

Como se ve por el título, este escrito había de ser una introducción a una serie de estudios sociales. Balmes salió luego para París, y estos estudios no se escribieron, ni apareció más dicho título en la revista.]

no perder de vista, y consiste en que éstas tienen al observador más sobre sí y van acompañadas de más segura conciencia de sí propias, advirtiendo al que las estudia de la obscuridad, confusión o error; cuando aquéllas dejan a veces satisfecho, llegan a producir una verdadera convicción, que quizás sólo estriba en una serie de desatinos. Un ejemplo aclarará lo que acabamos de asentar. No es posible escribir, no diremos una obra, pero ni siquiera una página de matemáticas, trastornando completamente las ideas de las cantidades y confundiendo todas sus relaciones, sin que el escritor advierta sus despropósitos y sin que sienta en el fondo de su alma una convicción íntima de que desatina; y al contrario, en las otras ciencias se han escrito voluminosas obras que se ha reconocido después que no eran otra cosa que sueños de un ilustre delirante, y, sin embargo, el autor las escribía con la || más buena fe del mundo, creyendo que hacía descubrimientos importantes, y que los exponía con una lucidez admirable. Dejando aparte el tan sabido dicho de Cicerón sobre los absurdos de los filósofos, ¿quién al recorrer la historia del espíritu humano no ha creído contemplar una galería de locos ilustres?

Estas observaciones, que para todo hombre inteligente son de una verdad indisputable, deben servirnos para andar muy precavidos contra nuestras ilusiones, tan frecuentes en casi todas las materias, y que en las ciencias sociales acarrean males de inmensa trascendencia. Sin lisonjearnos de evitar estos escollos, procuraremos, no obstante, guardarnos de ellos en cuanto quepa en nuestros débiles alcances; y como sea nuestro ánimo escribir algunos artículos sobre estas materias conforme se nos vaya ofreciendo la oportunidad, ante todo será bien aclarar y fijar algunas ideas que sean como lumbreras colocadas a trechos en el intrincado camino que vamos a emprender.

La sociedad, como el individuo, puede considerarse bajo diferentes aspectos y en diferentes relaciones, de donde resultan distintos órdenes de hechos y de ideas que dan origen a otras tantas ramificaciones de la ciencia social. Orden material, intelectual, moral, religioso, político, administrativo, social, he aquí unas palabras que andan en boca de todo el mundo, pero que no van siempre deslindadas y definidas cual conviene || para fijar debidamente la naturaleza y relaciones de los hechos que expresan. Nos ocuparemos, pues, en esa definición y deslinde; que el tiempo empleado en esta tarea no será ciertamente tiempo perdido.

Orden material: en él se comprende todo cuanto está directa e inmediatamente destinado a la satisfacción de las necesidades de nuestro cuerpo y sentidos. La agricultura, la industria y el comercio pertenecen a este orden, consi-

derados en su objeto inmediato y directo; porque éste no es otro que proporcionar alimento, vestido y habitación, o algún goce a nuestros sentidos. En un impreso, la bondad y hermosura del papel y la belleza tipográfica pertenecen al orden material, porque se dirige al tacto y a la vista, y nada tiene que ver con el mérito de la obra, que por ser objeto de facultades superiores a los sentidos corresponde a un orden muy diferente.

Orden moral: cuando se le contrapone al orden intelectual, social, etc., encierra lo perteneciente a las costumbres en cuanto son buenas o malas.

Orden intelectual: abarca todo lo relativo a los conocimientos humanos.

Orden religioso: su nombre es la mejor explicación.

Orden social: he aquí una expresión cuyo sentido no es fácil fijar con toda precisión, y, sin embargo, el uso general y constante la ha aceptado, notándose que || se la toma en sentido muy diferente de lo que se llama *orden político* y *orden administrativo*. Explicaremos a la vez estas expresiones, porque del mismo cotejo brotará la luz.

Social se refiere a la organización intrínseca de la sociedad, político se aplica a su gobierno; lo primero encierra las ideas, las costumbres, los hábitos, las instituciones independientes de la forma de gobierno, lo segundo se aplica a la organización del poder público y al modo con que está asentado sobre la sociedad: así como el orden administrativo se aplica más particularmente al modo con que ejerce sobre la misma sus funciones. De esto se infiere que la palabra *estado social* abarca todo cuanto hay en la sociedad, en cuanto se prescinde de la forma de gobierno y del sistema de administración; mientras que esta forma y este sistema no estén tan hondamente arraigados en el país y tan íntimamente enlazados con la sociedad, que pueda considerárselos como que forman uno de los elementos más íntimos de su organización. En este caso pueden contarse las municipalidades en tiempo del imperio romano, el feudalismo en los siglos medios, las mismas municipalidades en el espacio que transcurrió desde que empezó a tomar cuerpo la lucha entre los comunes y los señores, y otros ejemplos que podrían citarse. Se conoce que las instituciones políticas o administrativas han pasado a ser || en cierto modo sociales, cuando son hijas de la religión de los pueblos, o de su sistema de propiedad, o nacen de su mismo tenor de vida; pues que entonces, como que están cimentadas en lo que más de cerca afecta al hombre en lo moral o en lo físico, no pueden derribarse ni alterarse sin que se resienta de la mudanza el mismo estado social.

A pesar de lo que acabamos de exponer sobre la íntima

relación que existe en muchos casos entre el estado político y administrativo y el social, es menester advertir que siempre queda entre ambos una diferencia notable, y que la organización del poder público y de las instituciones que de ella emanan son cosas de suyo más sujetas a mudanzas que el estado social; como que por más raíces que tengan en la sociedad permanece su tronco en la superficie y está más expuesto a las tempestades levantadas con frecuencia por el ardor de las pasiones y la lucha de los intereses. Para que se comprendan a fondo estas diferencias, cual lo exige su importancia, aduciremos un hecho reciente.

El trastorno acaecido en España en 1808 con la invasión del ejército francés y la desaparición de toda la familia real dejó a España sin ningún gobierno: el cambio político fué completo, o mejor diremos, desaparecieron de golpe todas las instituciones políticas, pero no hubo ningún cambio social, y bajo este || aspecto la España del federalismo de las juntas fué la misma España de la unidad monárquica de Carlos III.

Publicada la Constitución de 1812, las instituciones monárquicas se cambiaron en otras esencialmente democráticas; con la restauración de 1814 se restablecieron las monárquicas; con la revolución de 1820 aparecieron de nuevo las democráticas, hundiéndose éstas en el año 1823 para ceder otra vez su lugar a las monárquicas; pero en medio de tamañas mudanzas políticas el estado social permanecía el mismo, sólo con aquellas alteraciones que iba sufriendo lentamente, por la acción del tiempo y la fuerza de los acontecimientos.

Pero el orden social, ¿distínguese acaso del material, del moral y del intelectual, de manera que éstos no se comprendan en aquél? Así podría entenderse del uso que muchas veces se hace de estas palabras; pero profundizando en su verdadera significación, échase de ver que aquí hay un error, o cuando menos una inexactitud. El orden social es evidente que por su misma denominación ha de abarcar todo cuanto forma lo que se llama estado social de un pueblo; es decir, todo cuanto se encierra en la misma sociedad, mientras sea de bastante importancia para influir en bien o en mal de ella y no esté de tal manera en su superficie que pueda desaparecer o mudarse sin que || se resientan notablemente del cambio los elementos que forman su organización intrínseca. Con esta explicación es claro que en el orden social han de venir también comprendidos el material, el moral y el intelectual, siendo éstos respecto de aquél lo que las partes respecto del todo, o lo que son los elementos constitutivos de un cuerpo con respecto al cuerpo constituído. Más claro, y echando mano de un ejemplo que

tiene más analogía con el objeto que nos proponemos aclarar: en un individuo se encuentran lo físico, lo moral y lo intelectual, y cualquiera de estas partes que se olvide al considerarle, queda incompleto el conocimiento de él y no puede decirse que se le comprenda con perfección: lo propio, pues, debe afirmarse de la sociedad, y así nunca se podrá decir que se haya conocido perfectamente el estado social de un pueblo hasta que se conozca todo cuanto pertenece a su estado material, moral e intelectual.

Así será necesario tener datos fijos sobre el número de los habitantes del país, sobre el clima, calidad de su terruño, ríos o mares que le bañan, montañas que le atraviesan o rodean, sobre el estado de su agricultura, naturaleza, calidad y variedad de los frutos, sistema de propiedad territorial, las relaciones entre el colono y el dueño, la clase de cultivo y la proporción entre la producción y el consumo. Será necesario saber cuáles son los ramos de su industria, || su verdadero estado, ya con respecto a la abundancia de los productos, ya con respecto a la perfección de ellos; la igualdad o desigualdad con que está distribuída esa industria, si se la encuentra tan sólo en algunos puntos o en todas partes; cuáles son las causas de las diferencias que se observen, si son permanentes o pasajeras, si está en la mano del hombre el removerlas o atenuarlas, o si por su misma naturaleza se hallan fuera de la acción de los esfuerzos humanos. Sobre el comercio, tanto interior como exterior, conviene saber cuáles son las mercancías que forman su objeto, de qué puntos se extraen y adónde se llevan, qué clase de personas se dedican a éste, si es por especulación o por necesidad, cuáles son los medios de transporte, y, en general, los capitales que en ellos se emplean, la población que en los mismos se ocupa, los medios de subsistencia de que dispone; en una palabra, todo cuanto pueda contribuir a dar una idea completa y exacta del verdadero estado material de los pueblos.

Por lo que toca al orden moral, a más de aquellas noticias que suministra la estadística de los tribunales y de la policía correccional, es indispensable, si se le quiere penetrar a fondo, entrar en diligentes investigaciones, y con atentísima observación, sobre aquellos hechos morales que, escapándose de toda acción de la ley y que no pudiendo ser objeto de ninguna || clase de amonestaciones por parte de la autoridad civil, ejercen, no obstante, poderoso influjo sobre los destinos así del individuo como de la sociedad, y advierten al legislador del camino que debe seguir, no para entrometerse donde no le corresponda, pero sí para obrar, en vista del estado social, conforme lo exijan la utilidad y conveniencia pública. ¡Qué campo tan vasto se ofrece en

esta parte al observador atento y delicado! El grado y el carácter de la moralidad de los individuos; la influencia que sobre ellos ejerce la religión, así por la naturaleza de sus doctrinas como de su culto y de las instituciones que haya creado, las mudanzas y modificaciones introducidas por estas causas en los hábitos y costumbres; el pudor público y privado, el matrimonio, la patria potestad, todas las relaciones de familia y de parentela, la mayor o menor consideración, deferencia e influjo que consigo lleven el sexo, la edad, la condición, la riqueza, el estado o la posición social; la mayor o menor fuerza de las tradiciones, el apego a ciertos hábitos, el gusto por ciertos alimentos y trajes, la afición a ciertas diversiones, el mayor o menor predominio del espíritu de egoísmo, de familia, de provincia o de nacionalidad; en todos estos puntos es necesario fijar la atención para formarse idea cumplida del estado moral de un pueblo, y cualquiera de ellos que se olvide podrá || hacer ilusorias las mejores leyes, inutilizar las instituciones más bien combinadas, frustrar las intenciones más benéficas y la voluntad más decidida del mejor de los legisladores, y desmentir todas las previsiones y cálculos de los más aventajados filósofos y políticos.

Si el estudio del estado material y moral de los pueblos ofrece dificultades gravísimas y exige investigaciones dilatadas y profundas, y observación sumamente minuciosa y delicada, crece de punto, si cabe, la gravedad del empeño cuando se quiere conocer su estado intelectual. No es muy difícil el formar un catálogo de las obras principales que se hayan dado a luz en una nación, en un plazo determinado, y compararlas con las que en el mismo tiempo se hayan publicado en otros países, para deducir más o menos aproximadamente la relación en que se halla el desarrollo de las altas inteligencias, formando así concepto de la verdadera situación científica en que se encuentra el pueblo que se trata de observar. Pero, con este trabajo, ¿se conocerá su verdadero estado intelectual? Para este conocimiento, ¿es barómetro bastante fiel la inteligencia de algunos sabios? Esta ¿se halla siempre en la debida proporción con la inteligencia de órdenes inferiores? Parécenos que no; y que, ya en el grado, ya en la calidad del desarrollo intelectual, es un signo muy || equívoco lo que se llama movimiento científico y literario. No repetiremos aquí lo que dijimos ya sobre esta materia en uno de los artículos anteriores; observaremos solamente que este movimiento se verifica en una esfera muy diferente de aquella en que se desenvuelve la inteligencia de la generalidad del pueblo, que tiene por lo común diferente origen y objeto, y que si a veces se hallan los dos movimientos en alguna proporción y armonía, es-

tán a veces en completa desproporción y discordancia. Sobre todo no podemos menos de recordar una verdad tan sencilla como poco advertida, y es que el desarrollo intelectual de los pueblos no proviene solamente de los libros, sino de un concurso de causas que nada tiene que ver con las escuelas y con las letras.

Como no es éste el lugar de entrar en pormenores sobre este importante punto, y no queremos adelantar lo que nos reservamos para cuando lo pida el orden de las materias que nos proponemos examinar, nos contentamos con rápidas indicaciones generales, que bastan a manifestar la suma dificultad de esa clase de estudios, y la necesidad de no darse por satisfecho con la simple visita de las academias y ateneos, sino que es preciso internarse en el corazón de la sociedad, recorrer sus varias clases, examinar su posición, sus relaciones, en una palabra, || todo cuanto puede dar a conocer cuáles son los objetos que ocupan más ordinariamente las facultades intelectuales, cuáles las causas que influyen en su desarrollo y cuáles son las muestras y señales de su desenvolvimiento; único medio de determinar el verdadero estado intelectual de un pueblo, apreciando debidamente el grado y el carácter de la inteligencia.

Arredrador es, sin duda, siquiera por su extensión, el cuadro que acabamos de trazar de las investigaciones necesarias para formar cabal concepto del verdadero estado social de un pueblo: preliminar indispensable para cimentar una ciencia social y para idear sistemas que le sean aplicables sin daño y con provecho. Y todavía es menester advertir que no hemos hecho otra cosa que indicar rápidamente, que sólo hemos levantado una punta del velo tras del cual se descubre un horizonte inmenso. Pero ya que quizás hayamos introducido el desaliento en el ánimo del lector, cuidaremos también de animarle para esta clase de estudios, haciéndole advertir que lo bello y sabroso del trabajo compensa con abundancia las fatigas que cuesta, que la alta importancia de los resultados que por este camino pueden obtenerse en pro de la humanidad deben estimular a todo hombre amante de ella, que esta ciencia es más difícil por hallarse todavía en la infancia; pero que, en cambio, reserva la posteridad más gloria y prez || para los hombres filantrópicos y laboriosos que no se hayan arredrado por ninguna clase de obstáculos al entrar los primeros en tan escabrosa carrera.

No dudamos que un profundo estudio de la sociedad puede acarrear a ésta grandes bienes; pero es necesario también prevenirse algún tanto contra la exagerada estimación de la ciencia, en cuanto se trate de aplicar a la práctica los frutos de sus doctrinas. En efecto: si fijamos

nuestra atención sobre lo que nos enseña la historia y nos muestra la experiencia, echaremos de ver que la sociedad no se gobierna por la ciencia, sino por el buen sentido, por cierto tino práctico que apenas sabe darse a sí mismo razón de sus operaciones, pero que, sin embargo, marcha al logro de su objeto con un acierto admirable. Llámese a esto instinto social, dígase que es el resultado de lo que va enseñando la experiencia. enseñanza que van recogiendo los hombres y las naciones sin que lo adviertan siquiera, lo cierto es que existe y que es incomparablemente más seguro y más eficaz que lo que se apellida ciencia.

Sean cuales fueren los extravíos que en su marcha haya sufrido la humanidad, y por más que se ponderen los males que de ellos han dimanado, no puede negarse que de muy antiguo ha estado cubierta la faz de la tierra de instituciones cuyo mérito y utilidad nadie ha puesto en disputa; y nos atreveríamos || a preguntar: ¿cuántas son las que deben su origen a lo que propiamente se llama ciencia? El principio de muchas de ellas está envuelto en las tinieblas de los siglos; las unas se han ido formando como por sí mismas, lentamente, fluctuando a merced de las vicisitudes de las épocas, sin que ni divisarse pueda, ni en su nacimiento ni en su progreso, el pensamiento o la mano del hombre; otras han brotado de las mismas necesidades y al estímulo de éstas han debido su desenvolvimiento; muchas han sido obra de la religión, no pocas de algún legislador que, lejos de poseer ese fárrago que nosotros llamamos filosofía, se condujo únicamente por aquel buen sentido que guía en su conducta a un buen padre de familia.

Dondequiera que dirijamos nuestra vista se nos ofrecen severas lecciones para humillar nuestro orgullo científico; y éstas han adquirido nueva luz desde que se han podido comparar muy de cerca las obras de la ciencia con las obras del tiempo. Cuando a impulsos del orgullo científico se ha querido fundar sobre nuevos cimientos el edificio social; cuando la ciencia, dueña exclusivamente del gobierno de los pueblos, ha querido aplicarles sus teorías, ¡cuántos trastornos!, ¡cuántos ensayos, ora infructuosos, ora funestos!, ¡cuán amargos desengaños! La misma ciencia lo ha reconocido; lo confiesa en alta || voz, con una candidez, y nos complacemos en consignarlo aquí, con una candidez que la honra. Así es que en general se muestra menos violenta en sus ataques, más mesurada en sus pasos, menos satisfecha de sus investigaciones, más cauta en sus ensayos, y, lejos de protestar, como lo hacía antes, contra todo lo antiguo y de empeñarse en derribar las obras de los siglos, busca los medios de conciliar sus teorías más predilectas con los restos que han podido salvarse del huracán de las revolu-

ciones. Antes proclamaba la necesidad de improvisar en todos ramos, ahora invoca como elemento indispensable de toda obra sólida y duradera la acción del tiempo; antes despreciaba las creencias y los instintos del linaje humano, ahora los busca por doquiera, y, encontrados, no se desdeña de tomarlos por pauta; antes se burlaba de toda religión y la juzgaba como nociva a la sociedad, ahora la reconoce como uno de los principios constitutivos de ella, como un excelente medio de gobierno, como un poderoso elemento de organización, como un germen de grandes mejoras, como un vehículo tan seguro como suave para introducir hasta los más recónditos senos de la sociedad la moralidad, la beneficencia, el bienestar, en una palabra, la civilización.

Ha sucedido en las ciencias sociales algo de semejante a lo que se ha verificado en las naturales: || primero se ha destruído, después se ha tratado de edificar. No puede negarse que ha existido la analogía, pero cuando se ha notado la semejanza era necesario no olvidar la diferencia y no erigir la estatua de Rousseau al lado de la de Descartes. Ambos destruyeron, es verdad, pero Descartes destruía en el orden de las ideas, Rousseau en el orden de los hechos; Descartes combatía las opiniones de los hombres acerca las leyes de la naturaleza, pretendía que éstas no eran tales como las imaginaban los filósofos, no quería que el mundo marchase de otra manera de lo que lo había hecho hasta su tiempo, sino que afirmaba que los filósofos no habían conocido la verdadera marcha, y él se afanaba en excogitar sistemas por medio de los cuales se pudiese explicar el misterio. Pero Rousseau hacía más: no sólo combatía las opiniones de los hombres sobre la sociedad, sino las mismas leyes y principios por medio de los cuales se había ésta gobernado; no decía que los hombres errasen sobre la naturaleza de los más poderosos elementos de organización social, sino que, reconociendo la realidad y la influencia de estos elementos, afirmaba que ésta había sido funesta. Y he aquí compendiado en pocas palabras el error de los filósofos del siglo XVIII: «Hasta nosotros la humanidad ha marchado por caminos errados, nunca se ha dirigido a su verdadero objeto; ha corrido en || pos de vanas ilusiones por el camino de la mentira; la verdad no se ha dejado ver en el mundo hasta que nosotros la hemos sacado del pozo en que yacía en tinieblas; no ha podido ejercer su imperio hasta que nosotros le hemos levantado un trono donde pueda recibir los homenajes que de justicia le son debidos.» ¡Insensatos! ¿Y no sabéis que el error es infecundo y además funesto? Y si hasta vosotros la humanidad no ha estado en posesión de la verdad, si ha tenido el error en sus leyes, el error en

sus costumbres, el error en sus formas de gobierno, el error en su religión, el error en su moral, ¿cómo ha podido medrar por espacio de tantos siglos y al través de horrorosos sacudimientos, y llegar al alto punto de esplendor en que vosotros la encontráis, que vosotros mismos no cesáis de ponderar y admirar, y de que son una irrefragable prueba el desarrollo y la cultura de vuestros talentos, vuestra erudición, vuestro saber, vuestra elocuencia y tantos medios de que disponéis para fascinar y extraviar a los hombres? Si el error envuelve un trastorno de la naturaleza y relaciones de los seres, estando el error en todas las reglas que dirigían al individuo y a la sociedad, hasta que vosotros habéis venido a disipar las tinieblas, ¿cómo es posible que ambas no hayan desaparecido de la faz de la tierra? ¿Cómo se explica su conservación y sus visibles adelantos? ||

Esta diferencia que acabamos de señalar entre las ciencias sociales y las naturales explica perfectamente la diversa situación en que se encuentran; las primeras retroceden, deshacen el camino andado, porque han visto que la verdad se les había quedado atrás, y que si querían merecer el nombre de ciencia les era necesario volver a apoyarse sobre aquellos principios que han servido de base a toda sociedad; las segundas avanzan cada día más, y nadie piensa en substituir los sistemas de las antiguas escuelas a las dos lumbreras únicas que pueden guiarnos en ese camino, que son las matemáticas y la experiencia. Los trabajos científicos más recientes han puesto en claro el engaño de los que habían dicho que la narración de los Libros Santos estaba en contradicción con las leyes de la naturaleza; pero con esto no se ha hecho más que poner de manifiesto la ligereza de algunos naturalistas, pues por lo demás en nada han afectado el método que en los estudios se sigue. Las matemáticas y la experiencia se invocaban antes, las mismas se invocan ahora, y para completar el triunfo de la religión no es necesario restaurar el trono de Aristóteles. Aristóteles no era necesario en el mundo, pero Dios sí, y la filosofía de Descartes destronaba a Aristóteles, la filosofía del siglo pasado destronaba a Dios. ||

LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD*

SUMARIO.—Hombres de lo pasado y hombres del porvenir. Destinos de la sociedad. Falta de buena fe en las discusiones. La prensa. La oposición. La revolución de 1789. La inteligencia por sí sola erigida en poder. Caracteres de las revoluciones inglesa, americana y francesa. La Francia y la Alemania; diferencia entre sus filósofos. El genio y la pobreza. Intervención popular en todo linaje de negocios. Carácter distintivo de los escritos de nuestra época. Cotejo de éstos con los antiguos. Desarrollo simultáneo de las facultades del espíritu humano. Parangón de dos escuelas.

I

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay también que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo presente; aquéllos ensalzan lo que fué, éstos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas; al fijar sus miradas en lo futuro los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo día. ||

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adán sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Edén; pero tampoco nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del buitre. En pos de horrorosa tormenta el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto, como en muchas otras cosas, hay no escasa exageración de una y otra parte, y no acertamos a ver qué beneficios pueden resultar a la humanidad, ni

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 1.º de *La Sociedad*, correspondiente al día 1.º de marzo de 1843, vol. I, p. 14. Fué reimpreso varias veces después de la muerte de Balmes con la colección de la revista. Tomamos el texto de la primera edición. El sumario es de Balmes, puesto en el índice del volumen I de la revista.]

de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasía el ardor de los unos y se hiela la sangre a los otros, e impulsada la sociedad hacia puntos diferentes pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusión de semejantes ideas la falta de buena fe en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, más bien esfuerzan un argumento que no expresan una convicción. ¡Triste condición de las ideas en la época actual el verse convertidas en instrumento de intereses, careciendo así de la libertad de campear en el terreno de la || discusión con independencia e hidalguía! Si estos intereses, que toman a sueldo el pensamiento, fueran generales, se extendiesen a largo trecho de duración, no limitándose a pequeño círculo de personas, o a breve espacio de lugar y de tiempo, no sería el daño de tanta monta, y aun sucediera casi siempre que el entendimiento, luchando por ellos, no se apartaría de su natural objeto, que es la verdad. Pero desgraciadamente acontece muy a menudo lo contrario: las ideas se encuentran encerradas en un miserable recinto y se agitan y revuelven en una atmósfera que las ahoga.

En la dilatada extensión que han tomado las discusiones por medio de la prensa en Europa y América, complícanse a menudo en un mismo punto las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas, legales y administrativas; resueltas de una manera favorecen o dañan a un partido, a un sistema, a una institución, quizás a una persona, y esto basta para que se sepa de antemano cómo las resolverán las inteligencias militantes. Este es el efecto necesario de lo que se apellida *oposición*, y que se ha pretendido legitimar a los ojos de la filosofía como elemento indispensable en los gobiernos representativos. Si se hubiese dicho que esto era un mal que no se podía evitar, y que no deja de producir bienes, compensando así los daños que acarrea, hubiéramos comprendido muy bien esta || explicación, y dado caso de no hallarla satisfactoria, al menos nos pareciera razonable. Pero, lejos de que se entienda en este sentido, se da por muy legítimo, o al menos se mira como excusable, el emplear el error como arma de oposición, y el combatir la verdad misma, si con ella se escuda el adversario. Doctrina funesta así a la ciencia como a la moral, pues que, despojada del falso aparato con que se la cubre, no es más que la canonización de la mala fe.

No desconocemos los beneficios traídos por la prensa; admiramos como el que más ese conducto eléctrico que en un momento comunica a un pueblo, a una nación, al

mundo, los pensamientos de un hombre; pero necesario es confesar que jamás se verificó un abuso como el que de este medio están haciendo las naciones civilizadas. La prensa es una nueva palabra, instantánea, general, duradera; y de ella sí que podría afirmarse lo que tan malignamente aplicaba Talleyrand a la oral, diciendo que era concedida al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Todo se da por bueno si favorece; todo por malo si contraría; se juzga de una opinión no por su verdad intrínseca, sino por su valor instrumental; hay una verdadera acepción de doctrinas como la hay a veces de personas; así como en éstas se arrumba el mérito para atender únicamente a la recomendación que llevan, o al interés o afecto que inspiran, en aquéllas || se deja a un lado la verdad, y sólo se mira el uso a que pueden servir. Es el principio utilitario aplicado a las ideas.

II

Esta parcialidad se encuentra especialmente en las cuestiones sociales, políticas y administrativas, pero no están exentas de ella las demás, por tener a menudo puntos de contacto con las primeras. La nación que en esta materia ha ofrecido el principal escándalo ha sido la Francia; escándalo tanto más funesto cuanto las escuelas francesas ejercen grande influjo, sobre todo en el Mediodía de Europa. Las revoluciones religiosas y políticas de Alemania, de Inglaterra y demás países del Norte acontecieron en épocas en que la prensa no había tomado ni de mucho el vuelo que hoy; hallábase limitada a obras de alguna extensión y, por consiguiente, más meditadas, y donde podían tener menos parte las pasiones del momento. Verdad es que los folletos no eran cosa desconocida y que contribuyeron también a la exaltación de las pasiones populares y al favor de ciertas miras; pero la prensa no había conocido la fuerza que podía adquirir con una acción continua. El periodismo propiamente dicho no existía; faltaba, por tanto, el principal medio || que ahora tiene la prensa de dirigir todas las grandes cuestiones e influir en todos los negocios.

La inteligencia por sí sola no se había erigido en poder; éste no era considerado como legítimamente poseído, y mucho menos ejercido, si no estaba vinculado con determinado rango social o con alguna institución respetable. Así, los primeros ensayos del periodismo versaron sobre objetos científicos y literarios, y se ocuparon en la crítica de las obras que veían la luz pública. Los artículos de costumbres fueron un gran paso para acrecentar la acción e influencia

de los periódicos: con la crítica de las costumbres quedaban de hecho erigidos en censores de la sociedad; un paso más y se les venía a la mano la censura de la política.

Cuando la revolución de 1789, la Europa había sufrido ya el lento cambio que preparaba el ascendiente de la inteligencia, considerada en sí misma y con independencia de las clases e instituciones; por cuyo motivo, tan luego como se trabó la gigantesca lucha entre lo antiguo y lo nuevo apareció cual uno de los principales contendientes la prensa periódica. Este ejemplo influyó naturalmente en el resto de Europa y de América, particularmente en los países sometidos a un régimen de libertad política; y en Inglaterra y en los Estados Unidos tomó bien pronto el naciente fenómeno dimensiones colosales. En estos || dos países la discusión ha podido ejercitarse de otra manera que en Francia: la Francia era un país viejo en que se planteaba de repente un sistema nuevo; la sociedad de los Estados Unidos se levantó por su independencia y libertad, y después de la victoria no se halló con opiniones encontradas, ni intereses en pugna; la Inglaterra era un país amaestrado ya en la dura escuela de las revoluciones, disfrutaba de un régimen nacido de ellas, y por lo mismo tenía más embotada la susceptibilidad y menos anhelo de mudanzas.

En la revolución inglesa descollaba el fanatismo religioso, en la americana el sentimiento de independencia nacional, en la francesa preponderaba el filosofismo; estos caracteres no se han borrado todavía de la frente de estas naciones. En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificación de todas las víctimas de la persecución religiosa; la patria de Washington se conmueve todavía al menor asomo de prepotencia de su antigua dominadora; en Francia encontraréis aún en la sociedad, en las cámaras, en el poder, personificada la filosofía en Lamennais, en Lamartine, en Cousin. En este último país la filosofía ha dañado a la política, pero, en cambio, la política ha dañado a la filosofía: esta amalgama ha hecho que la política participase de || la abstracción teórica, y que la filosofía se resintiese de la mezquina estrechez de la práctica; los sistemas puramente ideales se apoderaron del gobierno, intereses de momento penetraron en la región de las ideas.

He aquí una de las diferencias características entre la Francia y la Alemania. En ésta la política es eminentemente práctica y, por tanto, más juiciosa; la filosofía es eminentemente abstracta y por lo mismo es más concienzuda. Y adviértase que no decimos *sólida* ni *verdadera*, sino *concienzuda;* porque las opiniones más extravagantes se pro-

fesan a veces con la mayor buena fe. Los filósofos alemanes no han cambiado las instituciones sociales y políticas de su país, no han pasado del bufete al ministerio, de la cátedra a la tribuna; encerrados en sus gabinetes, sedientos de una verdad que no han de encontrar porque la buscan donde no está, se entregaron a penosos estudios, a meditaciones profundas; allí pasaron sus días ofreciéndolos en holocausto a la ciencia. Kant no salió nunca de Könisberg. De los hombres que en Francia figuran en los primeros puestos del Estado no puede ciertamente decirse lo mismo. ¿Quién ignora lo que son ahora, y lo que eran antes de la revolución de 1830, Cousin y Villemain, Thiers y Guizot? La revolución, debilitada por sus excesos y hasta por sus triunfos, y vencida en fin por la Santa Alianza en los años de 1814 y 1815, se disfrazó durante la || restauración con el manto de la filosofía; vino la nueva era de 1830; las cátedras quedaron desiertas, la revolución no necesitaba su disfraz, quitóse la máscara y tiró su manto. En cierta época, M. Cousin, que después ha sido ministro *conservador*, rodeado de sus discípulos, les leía en misterioso secreto las páginas de los periódicos de la revolución, cual otro Sócrates iniciando a sus adeptos en los arcanos de recóndita sabiduría; pero M. Cousin ha conquistado una posición brillante, y Sócrates bebió la cicuta; para palpar la diferencia no habíamos menester que el filósofo francés tuviese la singular humorada de hacer, como hizo, la apología de los jueces del filósofo griego.

Hubo un tiempo en que el genio andaba con mucha frecuencia hermanado con la desdicha y la pobreza: Horacio y Virgilio necesitaron un Mecenas; Cervantes y Shakespeare vivieron y murieron pobres; Tasso sufrió la miseria; Camoens mendigaba su sustento. Esto era una injusticia social; pero bajo cierto aspecto producía un gran bien; el camino de la inmortalidad no era paralelo con el de las riquezas y de la ambición; la ciencia era un medio mal seguro para amontonar tesoros o escalar encumbrados puestos; y por esto mismo era más sólida, más grave, más paciente, y sobre todo más cándida y sincera. ||

III

Si la codicia y la ambición contaminan las ciencias, el febril ardor de la atmósfera en que viven los hombres de la presente época las malea y extravía. Hasta los corazones bien nacidos, hasta aquellos hombres de convicción firme, intención recta y expresión osada e independiente, es casi imposible que no se resientan de las pasiones de su tiem-

po, como el viviente del elemento en que respira. Antes, no sólo estaban la sociedad y la política separadas de la ciencia, sino que la misma ciencia se hallaba distribuída en distintas clases que no se rozaban, que moraban en regiones totalmente diferentes. ¿Qué tenían que ver con la jurisprudencia las ciencias naturales, ni la poesía con la organización social y política de los pueblos? En la actualidad, todo se toca, cuando no se confunde; los conocimientos han de ser universales; una obra completa sobre una ciencia particular es poco menos que una enciclopedia. Los filósofos se elevan a la cumbre del gobierno, los comerciantes llegan a ser hombres de Estado, los médicos y los naturalistas tratan de metafísica, de moral, de religión, y los defensores de la religión y de la moral han de abarcarlo todo, porque se los interroga o ataca en todas materias y bajo todos los aspectos. ||

La intervención popular en todo linaje de negocios se ha hecho efectiva bajo los gobiernos libres como bajo los absolutos. Todos nos ocupamos de todo; de palabra o por escrito, pública o privadamente, todo se ventila, se somete a discusión, se aplaude o censura, y la influencia que de esta intervención resulta podrá ser más o menos directa, más o menos pronta, más o menos visible, pero siempre es eficaz.

Uno de los caracteres distintivos de los escritos de nuestra época es que el autor se manifiesta ocupado, si no afectado, de los objetos que le rodean. Quizás no se haya reparado bastante en esta particularídad, y así no será fuera del caso hacerla sensible, aclarando la observación por medio de un cotejo. Recorred las obras de los siglos anteriores, aun de los más agitados y turbulentos, y veréis que los autores escriben con una calma envidiable, con una abstracción incomprensible. Será tal vez durante las guerras entre los señores y los comunes, entre el feudalismo y la monarquía, y, sin embargo, los escritos llevan el sello de la tranquilidad más sosegada. No parece sino que el autor se trasladó a un desierto y que nada sabía de lo que en el mundo pasaba. Mientras arde el país en vivas discordias y se derrama a torrentes la sangre, ellos hablan calmosamente de política, y van a buscar las razones y los hechos en las sociedades griega y romana. ¿Era miedo? Ciertamente que no; pues en || las crónicas nos refieren lo que está sucediendo y no hay motivo para callar en un caso lo que expresan en otro. Además, que antes de la invención de la imprenta los escritos no alcanzaban tan fácilmente publicidad, y muchos de los que actualmente disfrutamos, quizás a ella no los destinaba el autor. Estas razones no militan para después de la invención de la imprenta, en cuyo tiempo se verifica también en cierto modo el mismo fenómeno; pero tampoco

es posible atribuir a miramientos o temor lo poco que se fijan los autores sobre lo que en su alrededor acontece. En una obra publicada en Alemania podíase decir de la Italia todo lo que se quisiese; y ni Isabel de Inglaterra ni Felipe II de España se hubieran cuidado mucho de lo que se dijera en su reino sobre la organización social y política de los pueblos gobernados por el odiado rival.

La causa, pues, de la diferencia que estamos indicando consiste en el espíritu de los tiempos, en que a la sazón se estudiaban los libros y no la sociedad. Esta es ahora como una escena que se ejecutara en un salón cubierto de grandes espejos: todos los actores tienen doble atención, directa sobre lo que ejecutan, refleja sobre la misma ejecución reproducida en el espejo. La observación continua del hombre y de la sociedad, en todas sus partes, bajo todos aspectos, en todas sus relaciones, he aquí la señal característica del || espíritu humano en este siglo. La poesía, la literatura, la historia, las mismas ciencias naturales y exactas, las metafísicas, las religiosas y morales, todo se endereza a este punto, todo converge hacia él, por distinto que sea el objeto inmediato.

Esto sería un bien de alta importancia si las convicciones fuesen más frecuentes y robustas; porque el espíritu, hallándose afectado más vivamente, se expresaría con mayor entonación, empleando un acento más alto y penetrante; pero desgraciadamente el escepticismo ha hecho estragos hasta en las materias más graves y trascendentales, y un entendimiento escéptico es inseparable compañero de un corazón seco. ¿Qué importa la sensibilidad más o menos delicada con que pueda haber favorecido la naturaleza? Dejad que algunos desengaños hayan venido a marchitar las ilusiones, bien pronto veréis que desaparece esa sensibilidad natural, como de un frasco vacío y expuesto al aire se escapan los restos del delicioso aroma.

IV

Comparando nuestro siglo con los precedentes se echa de ver que antes las facultades del espíritu humano se ejercitaban y desarrollaban aisladamente; ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se || entregaba a la imaginación, quién a los sentimientos, quién cultivaba la razón, quién la memoria; pero acontecía con mucha frecuencia que el hombre ocupado en uno de estos objetos conocía apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos eran clases que tenían entre sí poco contacto, y no se había creado esa homogeneidad que asemeja en

cuanto es posible a todos los hombres de alguna ilustración. En la actualidad se piensa sintiendo, se siente pensando, se amontona erudición, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofía, pero se la siembra de erudición; el poeta razona como un filósofo; el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito, y éste a su vez suelta cuando le viene en gana el fárrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con narraciones de novelista, con observaciones filosóficas o con los armónicos acentos de un vate.

Lo que se verifica entre los hombres formados desciende también a los rudimentos de la educación; un niño aprende de una vez muchas cosas, y, lejos de limitarse al catecismo y al latín, estudia la geografía, la historia, la literatura, la poesía, la ideología, y recibe noticias de todo en diminutas enciclopedias.

En ningún país del mundo se puede notar mejor esta diferencia que en España. En los demás, el mundo antiguo ha desaparecido mucho tiempo ha, || pero entre nosotros es tan reciente su destrucción y se conservan todavía tantos de sus restos, que es muy fácil hacer este cotejo. Para convencerse de esto es necesario salir de la región de los escritores y descender a la sociedad; porque muchos de los que escriben, o han recibido ya en un principio educación e instrucción a la manera del siglo, o, conocedores de las necesidades de la época, han cuidado de procurarse conocimientos que los elevasen al conveniente nivel, y se han acomodado a las nuevas formas que, más o menos convenientes, se han hecho, no obstante, indispensables.

Cuando se compara el mundo antiguo con el nuevo no es menester, como algunos creerían quizás, ceñirse a los hombres de cierta edad, instituyendo la comparación entre ancianos y jóvenes. Lo nuevo y lo antiguo han marchado paralelos entre nosotros por espacio de medio siglo, con las alternativas de clandestinidad a que recíprocamente se han condenado, según andaran los respectivos tiempos y fortunas, y así es que se han formado crecido número de hombres en una y otra escuela, que ahora se encuentran cara a cara, y que así se entienden entre sí como allá en los siglos medios entenderse pudieran árabes y germanos.

La fijeza de principios, la unidad de miras caracterizan a los alumnos de la escuela antigua; la vaguedad de éstas y la movilidad de aquéllos distinguen || a los de la escuela moderna; en los unos prevalecen y dominan las creencias religiosas, las máximas morales; en los otros preponderan los intereses materiales, el gusto por una civilización brillante y seductora, la tendencia a cierto progreso social, vago, indefinido, de que ellos mismos no alcanzan a darse

razón. Los primeros se señalan por un raciocinio severo, pero seco; los segundos por una exposición oratoria, pero inexacta; aquéllos no comprenden la sociedad nueva, éstos, en cambio, no conocen la antigua; son pueblos que han plantado sus tiendas en un mismo país, pero que hablan distinta lengua, vienen de regiones diferentes y se encaminan a región diferente también. ¡Dichosos los hombres que, conociendo la lengua de ambos, puedan mantener relaciones leales con unos y otros, sirviéndoles primero de intérpretes y luego de conciliadores!

Los que pertenecen a la escuela antigua están en posesión de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna se han apoderado del movimiento del siglo; ¿por qué no podrían entenderse y avenirse? Ni cabe transacción en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es por ventura la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado a un movimiento || incesante, a pesar de hallarse sometido a leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliación, que es, a no dudarlo, una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfacción presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede, sin embargo, obtenerse a fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo de buena fe. Más o menos, el problema está por resolver en todos los países civilizados; pero en España es urgente, apremiador, porque no sólo se refiere al porvenir, como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situación actual, se enlaza con los demás de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente no es más que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusión de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado que se pugna lealmente por la causa de la verdad, que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse enhorabuena los sanos principios con || aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonación que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignación de un pecho herido por el descaro de

la mentira o la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusión de nuestra alma, porque sabemos que el corazón se ha dado al hombre para sentir, y que la religión y la razón declaran santa una indignación que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos, porque tenemos fe en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco que la vehemencia no es el insulto, que la indignación no es la rabia, que una protesta enérgica e hidalga no es el repugnante aullido de ciega desesperación. Sólo a los débiles que en ella se agitan con impotente cólera les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razón de su parte pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazón protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: «Mi hora sonará.»

La verdad y la justicia no han menester armas innobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio || seno llevan la seguridad del triunfo, su más bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañéis su lustre escoltándolas con indigno cortejo; no creáis robustecerlas dándoles auxiliares villanos; no hagáis que se defiendan con armas vedadas; éstas les asientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como a caballeros hidalgos y valientes las tretas de la alevosía o el puñal del asesino. ||

L A P R E N S A *

SUMARIO.—El uso y el abuso. La prensa es una nueva lengua. Palabras notables de León X. Universal influencia de la prensa. Sus relaciones con la religión y con la impiedad. Ignorancia de muchos incrédulos. Bienes que resultan de la prensa. Es necesario confiar en Dios. La discusión y la religión. Observaciones sobre el texto citado del papa León X. Previsión y prudencia del Sumo Pontífice. Fuerza que el pensamiento ha adquirido por medio de la prensa. Hechos históricos. La opinión pública. Influencia de la prensa en arraigar, fortalecer y extender la intervención popular en los negocios públicos. Los antiguos y los modernos: excelencia de éstos sobre aquéllos. Influencia del cristianismo en el desarrollo del espíritu humano.

La prensa comenzó dando a luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música, la poesía, la pintura nacieron en los templos, y han bajado hasta los burdeles y tabernas. Pero de la propia suerte que los poetas ramplones no desacreditan a Homero, Virgilio y Tasso, que las sonatas de un mal instrumento nada quitan a los acentos de Rossini y de Mozart, y los prodigios de Miguel Angel y de Rafael nada pierden de su mérito sublime por || existir mamarrachos en patios y esquinas, tampoco debe caer en desprecio la prensa porque algunos la hayan desacreditado por sus desmanes y excesos. El abuso y el uso son cosas que no deben confundirse jamás; si para destruir aquél se debiera prohibir éste, apenas existiera nada sobre la tierra. ¿De qué no abusa el hombre? Abusa de su entendimiento, de su voluntad, de todas sus potencias y facultades, de sus sentidos, de su cuerpo, de su fortuna, de su

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 6 de *La Sociedad*, correspondiente al día 15 de mayo de 1843, volumen I, p. 253. Después de la muerte de Balmes fué reimpreso varias veces con la colección de la revista. Reproducimos el texto de la primera edición. El sumario es de Balmes, puesto en el índice del volumen I de la revista.

Nótese que Balmes publicó otro artículo con este mismo título el día 28 de mayo de 1845 en *El Pensamiento de la Nación*, que puede verse en el volumen XXVIII de nuestra colección.]

reputación, de sus relaciones, de todo cuanto le rodea, porque no hay mal que no se consume abusando del bien: hasta el blandir aleve acero que desgarra un pecho inocente es un abuso de la mano y de un metal, instrumentos preciosos que nos ha concedido el Criador para labrar nuestra dicha.

Si bien se observa, la prensa no es más que una manera de hablar: es una especie de lengua que sólo se diferencia de la común en que suena más alto, se hace oír con más rapidez y universalidad, y deja consignado e indeleble para mucho tiempo todo lo que dice. Es una perfección del órgano que nos ha dado la naturaleza; es un suplemento a su debilidad, a su poco alcance, a la breve duración de sus sonidos; como lo es también la escritura, como lo son todos los signos de que el hombre se ha valido para extender y conservar su palabra; no siendo otra cosa que el más perfecto entre estos signos, una manera más perfecta de || escribir y, por tanto, de hablar. La imprenta es a la escritura lo que son al dibujo el arte daguerrotípico y todos los demás que tienen por objeto trasladar de un golpe al lienzo, al papel u otra tabla cualquiera lo que la mano del dibujante no podría hacer sino con mucha lentitud y procediendo por partes.

Con estas observaciones se deja en claro el mérito que encierran las declamaciones que en pro y en contra de la prensa se están oyendo todos los días: es un hecho como los demás que existen en el mundo; es un bien cuyo abuso constituye un mal; si por esta razón se intenta condenarla, condénense la pintura, la escultura, la poesía, la música; condénense todas las ciencias, todas las artes; condénense el cuerpo del hombre, sus sentidos, su voluntad, su entendimiento, su espíritu inmortal; condénese todo cuanto hay más respetable, más santo, más augusto sobre la tierra, pues que desgraciadamente el hombre de todo abusa. Se habla de inconvenientes; ¿y dónde no existen? Se lamentan los males; ¿cuántas cosas hay que no los acarreen directa o indirectamente, cuando no sea por otra causa, por la manera con que de ellas nos valemos? El lenguaje, cuyo auxiliar es la prensa, a la par de sus buenos efectos, ¿no los produce también malos y de trascendencia incalculable? ¿Han podido olvidarse los proverbios en que la sabiduría de la experiencia ha compendiado el bien y el mal que || hace la lengua según el modo con que la empleamos?

Se habla mucho de esta *lepra de las sociedades modernas,* de ese *elemento disolvente,* usándose a cada paso expresiones semejantes. Reconocemos como el que más los daños acarreados a las sociedades modernas por ese instrumento terrible, por ese formidable agente, órgano del en-

tendimiento e imagen de su inmensa actividad, de su fuerza expansiva, de su increíble rapidez; pero tampoco podemos echar en olvido los bienes de que le son deudoras las ciencias, las artes, la sociedad, la religión misma. Así miramos como un singular favor del cielo la sublime inspiración que tantos beneficios nos trajera; estando de acuerdo sobre este particular con el gran papa León X en el concilio de Letrán celebrado en 1515, cuando, proponiéndose remediar y precaver los males acarreados por la prensa ya en aquella sazón, tributaba, no obstante, los mayores elogios al sublime descubrimiento, mirándole como un favor particular del cielo: *Ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris divino favente numine, inventa, seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit* commoda. etc. Es notable que ya en aquella época, aun antes de la aparición del protestantismo, y cuando el arte de imprimir estaba todavía tan próximo a su cuna, se cometían notables y numerosos excesos que la autoridad apostólica se ve precisada a reprimir. En diversas || partes se publicaban *libros en idioma latino y vulgar; ya originales, ya traducidos del griego, del hebreo, del arábigo, del caldeo, en los que se propagaban errores y perniciosos dogmas contrarios a la religión cristiana; y lo que es todavía más particular, se dirigían ataques contra las personas aun las más condecoradas por su elevada dignidad, resultando de esto grandes errores en la fe y en la vida y costumbres, originándose repetidos escándalos, cuya gravedad enseñaba ya la experiencia, y temiéndose para en adelante otros mayores.* Ya entonces se recelaba que *una invención saludable, destinada a la gloria de Dios, al robustecimiento de la fe y a la propagación de las buenas artes, no sirviese para todo lo contrario, dañando a la salud de los fieles, haciendo crecer espinas junto con las semillas buenas y mezclando el veneno con la medicina.* No cabe apreciar con más pulso, con más prudencia los efectos buenos y malos de la prensa; no cabe más moderación en distinguir el abuso del uso y en reconocer en el descubrimiento un gran beneficio de la Providencia, a pesar de la manera dañosa con que de él se servía la malicia de algunos hombres.

Recordamos con mucho placer las graves sentencias de aquel Sumo Pontífice, para que se vea que la cuestión de la prensa es ya muy antigua, para hacer notar que lo que han dicho posteriormente de más grave y juicioso los publicistas y legisladores lo había || compendiado en pocas palabras mucho antes que ellos un Papa, y al mismo tiempo para evidenciar cuánta prudencia, cuánta previsión manifestaron en este negocio los Romanos Pontífices. Es por cierto muy curioso e interesante el ver ahora cómo luchan

con la agobiadora dificultad los mismos que miraran tal vez como *horrendos atentados contra la libertad humana* las providencias de los Papas en que se procuraba contener el abuso de esa arma terrible, poniéndole algunas limitaciones para que no se atacase la fe, no corrompiese las costumbres y respetase *el decoro de las personas constituídas en dignidad*. Ya en aquellos tiempos el mal era mucho y el peligro mayor; ya desde entonces la cátedra de San Pedro, depositaria de la verdad y vigilante atalaya de los más sagrados intereses de las naciones, las amonestaba de los riesgos que consigo traería esta invención en los siglos futuros[1]. ||

«*Leo X in Concilio Lateranensi*

»Inter sollicitudines nostris humeris incumbentes, perpeti cura revolvimus, ut errantes in viam veritatis reducere, ipsosque lucri facere Deo (sua nobis cooperante gratia), valeamus; hoc est quod profecto desideranter exquirimus, ad id nostrae mentis sedulo destinamus affectum, ac circa illud studiosa diligentia vigilamus. Sane licet litterarum peritia per librorum lectionem possit faciliter obtineri, *ac ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, cum parva impensa, copia librorum maxima habeatur, quibus ingenia ad litterarum studia percommode exerceri, et viri eruditi in omni linguarum genere, praesertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt, qui etiam infideles sciant et valeant sacris institutis instruere, fideliumque collegio, per doctrinam christianae fidei salubriter aggregare:* quia tamen multorum querela nostrum et sedis apostolicae pulsavit auditum, quod nonnulli huius artis imprimendi magistri, in diversis mundi partibus libros, tam Graecae Hebraicae, Arabicae et Caldeae, linguarum in latinum translatos, quam alios latino ac vulgari sermone editos, errores etiam in fide, ac perniciosa dogmata, etiam Religioni Christianae contraria, *aut contra formam personarum, etiam dignitate fulgentium* continentes, imprimere ac publice vendere praesumunt, ex quorum lectura non solum legentes non edificantur, sed in maximos potius tam in fide, *quam in vita et moribus prolabuntur errores, unde varia saepe scandala* (prout experientia rerum magistra docuit) *exorta fuerunt, et maiora in dies exoriri formidantur*. Nos itaque, ne id, quod ad Dei gloriam et fidei argumentum, ac bonarum artium propagationem, salubriter est inventum, in contrarium convertatur, ac Christi fidelium saluti detrimentum pariat, super librorum impressione curam nostram habendam fore duximus, ne de caetero cum bonis seminibus spinae coalescant vel medicinis venena intermisceantur.»

La acción de la imprenta se ha extendido a todos los órdenes, ha obrado en los sentidos más diferentes, no siendo posible señalar ninguna institución sobre la cual no haya ejercido notable influencia. La religión, la sociedad, la política, las ciencias, la literatura, las bellas artes, todo se ha

[1] Hemos presentado ya las sentencias del citado Papa; pero deseosos que los lectores se formen clara idea de la prudencia, moderación y previsión que encierra el indicado documento, transcribiremos original su preámbulo:

resentido de la portentosa invención; todo tiene mucho que agradecerle y no poco de que acusarla. Mas por lo mismo que la acción del nuevo agente era tan universal y eficaz, necesario es resignarse a encontrar el bien al lado del mal: el mismo sol que alumbra, fecunda y embellece la tierra, agosta con sus ardores las campiñas, corrompe las lagunas, y, levantando exhalaciones pestilentes, siembra la desolación y la muerte por extendidas comarcas.

Mucho tiene que lamentarse la religión, pero, en cambio, no poco de que alegrarse; pues si bien es verdad que la imprenta ha servido para difundir los errores y preparar esa era de incredulidad y escepticismo que nosotros alcanzamos, también lo es que la ciencia religiosa se ha levantado a un punto a que de otra manera le fuera difícil llegar, y que la misma contradicción que ha sufrido la fe católica ha hecho que se demostrase la solidez de sus fundamentos con una evidencia, con un caudal de erudición y de saber, que sin el poderoso vehículo de la imprenta quizás no se hubiera logrado. Sin este auxiliar, ¿cómo sería posible que disfrutásemos de esa muchedumbre de ediciones de la Biblia, hebreas, caldaicas, siríacas, griegas y en tantos otros idiomas? ¿Cómo sería dable que los sabios tuviesen a la mano aquellos riquísimos depósitos, que todos contribuyen a manifestar la verdad de nuestra santa religión, su augusta antigüedad y los demás títulos que la acreditan de divina? Y las innumerables paráfrasis, y las interpretaciones, y los comentarios, y tantos trabajos como se han hecho sobre el Sagrado Texto por los Santos Padres y Doctores eclesiásticos, ¿cómo se hubieran podido generalizar, y muchos de ellos ni tal vez conservar, sin el socorro de la imprenta? ¿Y qué diremos de las ediciones de los concilios, de las obras de los Santos Padres, de las decisiones pontificias, de los escritos de los teólogos y canonistas, de los apologistas de la religión que la han defendido a la luz de las tradiciones, de la crítica, de la historia, de la cronología, de la filosofía, de las ciencias naturales y exactas, que han interrogado la inmensidad del cielo, han preguntado a las entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la metafísica, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos, con sus legisladores, sus sabios, sus sacerdotes, y ora recogiendo la preciosa verdad, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para defender la augusta religión del Crucificado y desbaratar a sus obstinados enemigos? Reflexionemos que si la imprenta ha sido arma terrible cuando la ha manejado el genio del mal, también ha sido un beneficio inestimable en manos de la Providencia. ¿Quién es capaz de calcular el daño acarreado por la propagación de

los malos libros? Pero ¿quién calculará tampoco el bien producido por los buenos? Extendiéronse || las obras de Lutero, de Calvino, de Melanchton, de Teodoro de Beza, de Ecolampadio, de Jurieu, pero a su vez se difundieron de la propia suerte las de los antiguos Padres, las de Santo Tomás de Aquino, de Melchor Cano, de Belarmino, de Suárez, de Petavio, de Natal Alejandro, de Bossuet y otros innumerables con cuyos nombres se honra la causa de la verdad. En tiempos más cercanos se han hecho numerosas ediciones de las obras de Voltaire y de los filósofos de su escuela; pero ¿son pocas acaso las que se han publicado también de los apologistas católicos? Voltaire se propuso mostrar el cristianismo como cosa despreciable, ridícula, enemiga de la ciencia, de las bellas artes, e inconciliable con todo adelanto social; Chateaubriand acometió la noble empresa de manifestar todo lo contrario, demostrando que la religión de Jesucristo está en inefable armonía con todo cuanto hay de grande, de sublime, de bello, de tierno; y preguntaremos nosotros: ¿Qué obras se han difundido más, las del filósofo de Ferney o las del Cantor de los Mártires? ¿Cuáles se han traducido a mayor número de lenguas? En igual tiempo, ¿de cuáles se han tirado y expendido mayor número de ejemplares? ¿Cuáles andan en manos de mayor número de personas? Esto lo saben los versados en la bibliografía; pero hasta cierto punto no puede ignorarlo quien alcance siquiera a leer. Entrad en un gabinete, ora pertenezca a un sabio, || ora a una persona medianamente instruída; recorred los estantes de sus libros; pocas veces encontraréis a Voltaire, casi siempre a Chateaubriand.

Los que han dicho que la imprenta había sido un golpe de muerte para la causa de la *superstición* y del *fanatismo*, es decir, según ellos, para la causa de la religión católica, se han mostrado bien poco conocedores de la historia científica y literaria de Europa desde la invención de Gutenberg. Sucédeles a no pocos de los adversarios de la religión que, habiéndose formado en un pequeño círculo de hombres y de libros, se imaginan que no existe otro mundo que aquel donde han vivido; manifestando a menudo tan crasa ignorancia de lo que ha pasado y está pasando todavía fuera de los estrechos límites de la región en que se han encerrado, que bien han menester la tolerancia de otros que han alcanzado mayor extensión de noticias y más elevación de ideas. No les habléis a esos hombres de tal o cual ilustre apologista de la religión, no les mentéis los trabajos que se están haciendo en este o aquel sentido; nada saben de cuanto les decís; paréceles bien extraño que haya todavía necios que se ocupen en defender una causa que creían *fallada sin apelación*. Saben el nombre de Bossuet,

pero quizás nunca abrieron sus obras; conócenle porque han visto acá y acullá que se habla del ilustre obispo de Meaux, porque han oído apellidar su escuela, || o porque en las obras de literatura le han hallado en el catálogo de los oradores eminentes. ¿Pronunciáis el nombre de Belarmino? Quizás ignoran hasta la existencia del insigne cardenal; o si a tanto no llega su falta de noticias, tal vez no tienen de él otro conocimiento que el haber oído hablar de no sé qué doctrinas sobre la potestad temporal de los papas. Si recordáis el nombre de Santo Tomás de Aquino, notaréis desde luego que no lo reputan bueno para otra cosa que para alimentar la curiosidad de los escolásticos; y si citáis algún Santo Padre, conoceréis que, sin haber visto nunca sus obras, las miran como antiguallas, sólo respetables por el tiempo que sobre las mismas ha transcurrido. Así, imaginándose que los católicos viven en estrechísima esfera donde no se respira otro aire que el de los seminarios conciliares o de los claustros, paréceles inconcebible que haya todavía hombres *ilustrados* que sostengan o *aparenten* sostener doctrinas que caducaron para no rejuvenecer jamás.

A los ojos de estos hombres, verdaderamente preocupados por la impiedad y dignos de lástima por su ceguera, la imprenta fué la muerte de la religión católica, y es en la actualidad y será en adelante la más segura garantía de que no podrá resucitar. Lejos de participar de semejantes temores, abrigamos la firme convicción de que la misma imprenta || será uno de los medios de que Dios se servirá para hacer triunfar la religión verdadera, haciéndole reconquistar el terreno perdido; esperamos que, así como la Providencia ha hecho ya que por este vehículo se esclareciesen admirablemente las más profundas cuestiones y se diese solución cabal a las dificultades con que los enemigos de la religión se proponían abrumarla, así también hará en adelante que en la profusión con que se derraman los libros de todas clases prevalezcan en número y en atractivo los útiles y los saludables; y pues que, atendido el curso ordinario de las cosas, no es dable impedir la circulación del veneno, al menos se propinará en abundante cantidad el preservativo con las sanas doctrinas que forman el verdadero alimento de los espíritus. No, no nos asusta ese prodigioso movimiento que en las sociedades modernas se despliega, y que se hace sentir particularmente en las producciones de la prensa; no nos asusta el ver substituído a la fuerza del hombre el vapor dando impulso al admirable mecanismo que con rapidez instantánea lanza y fija sobre el papel las concepciones del humano entendimiento, multiplicándolas en escasísimo tiempo de una manera asombrosa; aquellas máquinas que estampan los pensamientos del

genio del mal estampan del mismo modo las revelaciones hechas por Dios al hombre, conservan las augustas tradiciones de los tiempos primitivos, consignan || los descubrimientos que la historia y la filosofía están haciendo en pro de la causa de la verdad, reproducen en abundancia los libros de educación donde encuentra la niñez sanos principios que le enseñan la verdadera fe y la purísima moral de Jesucristo, y cien y cien otros escritos que bajo diferentes formas, en distintos aspectos, en variados estilos, en todas las lenguas, cuentan como los cielos la gloria del Señor y anuncian como el firmamento las obras de sus manos.

Es indigno de espíritus católicos el asustarse a la vista de semejante movimiento y el abrigar desmedidos temores con respecto a las consecuencias de tan sorprendente desarrollo: ya que sabemos que la Iglesia católica ha de durar hasta la consumación de los siglos, que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, que así lo tenemos prometido por Aquel cuya palabra no pasa sin cumplimiento, y que los hechos han de venir a confirmar y demostrar verdadera, no podemos dudar ni un momento de que tiene preparados los remedios oportunos para curar el mal que originarse pueda en circunstancias nuevas, ni debemos desfallecer a la vista de los peligros, por más insuperables que se ofrezcan a nuestra pequeñez y debilidad.

Cuando el divino Fundador de nuestra religión envió a los apóstoles a predicar el Evangelio por todo el universo, no ignoraba las revoluciones y mudanzas || de que el mundo había de ser teatro. Patente estaba a sus ojos cuanto había de suceder en los siglos venideros; y veía ya el momento en que surgiera de la cabeza de Gutenberg la sublime invención, y veía el profundo cambio que esto había de producir, el irresistible impulso que con esto habían de adquirir las ideas, y los abusos a que se habían de arrojar la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veía los peligros que la fe estaba destinada a correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriría, y las pérdidas que esto debía acarrear a su religión sacrosanta; veía todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiremos, pues, con humilde reconocimiento su inefable dignación en salvar la combatida nave hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante a los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecía los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus límites al mar, cuando extendía el cielo como un magnífico pabellón,

y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religión católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente || que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamás ha esquivado la discusión, antes, al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado a su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta se habían escrito ya innumerables volúmenes sobre todos los puntos de la religión y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos la asombrosa propagación que obtienen ahora, ni habría sido dable tampoco multiplicar de la manera que se ha hecho en los tiempos modernos las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y exactas, formando ese admirable conjunto de erudición y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante a convencer a todo hombre sensato de que la religión católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente después de la invención de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religión de Jesucristo de las demás que han existido y existen todavía. En éstas la discusión religiosa no ha tenido jamás un desarrollo considerable. Obscuras en su origen, enigmáticas en sus expresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable || humanidad, condenándola a vivir en el ilotismo, o cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta a las pasiones más vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal;* y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religión: sin admitir el desatentado y funesto principio de examen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse a sí misma faltando a la institución del divino Fundador, ha procurado, no obstante, que no cesase nunca la discusión sobre las materias más graves, fomentando ella misma la fundación y progreso de aquellos establecimientos cuyo objeto era la conservación y el lustre de los estudios religiosos.

Lejos, pues, de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el catolicismo un golpe de muerte por haber promovido con mayor extensión las controversias sobre las cuestiones más importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos que ese nuevo medio de propagación se-

cundaba los designios de la Iglesia católica, sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se expresaba sobre este asunto el || papa León X, al propio tiempo que se proponía reprimir los abusos que ya en aquella época se introducían. Examínense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la cátedra de San Pedro no forcejea como le achacan sus calumniadores para detener el curso de la civilización, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atrás, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, sí, refrenar los excesos, precaver los grandes males que amenazan a la religión y a la sociedad si no se acude a tiempo, pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar éste sin destruir aquél, y reconoce de la manera más clara y terminante que la invención de la imprenta ha sido un favor particular del cielo *(divino favente numine);* que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sabios católicos, de los cuales abunda la Iglesia romana *(et viri eruditi in omni linguarum genere, praesertim autem catholici quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt),* que este descubrimiento había sido para la gloria de Dios, apoyo de la fe y propagación de las buenas artes *(quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum).* De esta suerte se || habla cuando se procede de buena fe, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor a la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, o ignoraron su historia o la calumniaron a sabiendas.

Uno de los más notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta es el haber dado al pensamiento una fuerza e influjo mucho mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una acción muy poderosa, también es cierto que había menester vincularse con algunos intereses o instituciones para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica también ahora, pues que también ahora como antes las ideas necesitan hacerse, por decirlo así, palpables, y personificarse de suerte que la sociedad vea en ellas alguna cosa más que la mera enseñanza

de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de expresión por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones e intereses que tengan con ellas alguna simpatía, y, por tanto, llegan con mucha más facilidad a formar un cuerpo que las adopte como propias, que se constituye en su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad saliendo || de los límites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y extender instituciones a propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan a aquel número que, faltas de principios de vida, están destinadas a pasar como ligera exhalación que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demás y que obra más o menos a las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos países donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta deje ésta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su acción será oculta, lenta, indirecta; habrá menester más tiempo para consumar sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se extravíe de su legítimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleve en su ejercicio lo compensará con los engañosos velos de que sabrá cubrirse, atrayéndose más partidarios por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como víctima de la persecución, por haberse constituído defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo XVIII. estuvo la imprenta sujeta a la censura; y, sin embargo. difícil || fuera señalar una época en que su acción hubiese sido más terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si, por lo mismo que eran prohibidas, se propagaban con más abundancia y se leían con mayor avidez? Al estallar la revolución de 1789 se proclamó la libertad de la prensa; pero los miembros de la Asamblea constituyente no habían por cierto necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas e inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida también a vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas a los acentos de la verdad y preparasen

las trabajosas agitaciones de que es víctima la generación actual. En tiempo de lo que se llama la *ominosa década*, también es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba por medio de la lectura pública o clandestina de libros nacionales y extranjeros. En confirmación de este aserto véase lo que sucedió a la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes, o habían fallecido o comían el pan de la emigración en países extraños; esto no embargante, se || hallaron imbuídos en los nuevos sistemas una muchedumbre de jóvenes que no habían podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas y que, por tanto, debieron de haberlas bebido en libros que leerían con tanto mayor placer y con más viva curiosidad, por lo mismo que veían su contenido en oposición con todo cuanto los rodeaba.

Lejos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos en atajar los excesos de la prensa, en impedirle que no acarree daño a las sanas ideas y a la buena moral; sólo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

La *opinión pública* es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinión de unos pocos que, por engaño, pasiones o intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposición con el pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinión pública, y que, no impidiéndoselo la violencia, se da a conocer tan a las claras que, tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinión pública la || de la mayoría de los hombres juiciosos, y que, además, sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinión, también se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es, de manera que alcancen a encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fe.

De aquí ha resultado que la intervención de la sociedad en los negocios que la interesan se ha hecho más continua y eficaz; porque teniendo a la mano un órgano tan expedito para expresarse, le ha sido más fácil ejercer su acción directa o indirectamente, según las circunstancias del país y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos en los cuales se manifiesta cuál es la

opinión pública sobre los más graves negocios; y, ora se publiquen con permisión del gobierno, ora salgan a luz a pesar de sus prohibiciones, ponen en discusión el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos y fuerzan al poder a dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí y prescindiendo de la latitud que se le concede en los países regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo a la intervención popular que las formas políticas más liberales. ||

Estas llenan tanto más cumplidamente el objeto de garantizar lo que se apellida *libertades públicas,* cuando más expedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados o las opiniones contrariadas. Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo como no depende su existencia de las combinaciones de esta o aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institución política, y por lo mismo no está sujeta a las mudanzas de todo cuanto a este orden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboración de unos productos que siempre encontrarán salida, y, por tanto, es un hecho social que los hombres pueden modificar, pero no destruir.

Los efectos que esta invención ha producido en la ciencia son incalculables, y es uno de los trascendentales el que ha vulgarizado el saber, extendiendo las luces verdaderas o falsas a un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio o daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linaje de conocimientos; pero en lo tocante a la difusión no puede negarse que la ha aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos por medio de los simples manuscritos; || de suerte que, cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastaríanos recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera, es indudable que éstos debían limitarse a un número inmensamente menor, y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobreabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, lejos de admirarse de que los aventajemos en este o aquel punto, se asombrarían de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que, extendiéndonos a mucho, profundizamos poco; y no sin razón se nos

achaca un superficialismo que nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esto, como en todas aquellas proposiciones generales que expresan el resultado de la inducción de una infinidad de hechos difíciles de reunir y más todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa, y la razón y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva para no encarecer con demasiado entusiasmo ni vituperar con excesiva acritud. Por más que se diga, la inteligencia se ha elevado en los siglos modernos a una altura a que no llegó jamás ni en los días más nombrados de Grecia y Roma. || La admiración que naturalmente se profesa a todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos a considerar a los escritores de aquellos tiempos como hombres de otra raza superior a quienes es difícil y casi imposible igualar. Respetamos como el que más el mérito de los antiguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan exagerados elogios; pero, a decir verdad, al revolverlos una que otra vez no hemos acertado a descubrir en ellos una sabiduría mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos, y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho más grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platón, en Aristóteles, en Cicerón, en Séneca, en Tácito, y no exceptuamos la poesía ni otro género de literatura, opinando que, si bien bajo este o aquel aspecto pudieron aventajar a los modernos, éstos, en cambio, los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensación es sobreabundante y el parangón no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden que se deba principalmente a la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual, || dando ideas grandiosas, verdaderas y exactas sobre Dios, sobre el hombre y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad de pensamiento que distingue a los pueblos que le profesan. Así es de notar que la superioridad de los modernos sobre los antiguos se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado, por decirlo así, a familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo es-

tas verdades no podemos negar la parte que a la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagación de las ideas, lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, a saber: que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo, no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero se nos dirá: ¿Cómo será dable impedir este abuso? ¿Qué medios hay para sujetar a ese proteo || que toma todas las formas, que elude todos los golpes? Problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman a las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro día nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad e independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podría parecer severa nuestra opinión, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento y de enemigos de la causa de la civilización, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo a todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano. ||

L A   P O B L A C I O N *

ARTICULO 1.º

SUMARIO.—Dificultad de la materia. Variedad de opiniones sobre el aumento de la población. Se fija el estado de la cuestión. Dictamen del sentido común. Ignorancia con respecto a la ley del aumento y decremento. Examínase si la población es proporcional con los medios de subsistencia. Irlanda. Francia. Inglaterra. La sociedad y el Estado. Conviene no confundir el significado de estas palabras. Aclaraciones históricas de este punto. Civilización de Oriente, Egipto, Grecia, Cartago, Roma. Naciones modernas.

La población: he aquí uno de los objetos más difíciles que ofrecerse puedan a la ciencia. ¿Cuáles son las leyes de su aumento o disminución? ¿Cuáles los efectos que produce, según el modo con que se multiplica? He aquí dos cuestiones a cual más interesantes, y que, sin embargo, están muy lejos de haber alcanzado una solución completa. Los economistas modernos se han dividido en este punto como en tantos otros, asentando cada cual ciertos principios, a || los que en su opinión estaban subordinadas la naturaleza y la sociedad. Antes de manifestar nuestras opiniones sobre este punto se hace necesario dar una ojeada a algunos de estos sistemas para que, conociendo los errores y equivocaciones de los otros, sea más fácil, al tantear otro camino, encontrar la deseada verdad.

Un distinguido economista español, el señor don Ramón de la Sagra, observa con mucha exactitud que se encuentran en esta materia dos opiniones directamente opuestas: la primera, que cuenta entre sus defensores a Montesquieu, Necker, Mirabeau, Adam Smith, Everett, Morel de Vindé,

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Con este título publicó Balmes la siguiente serie de tres artículos en los cuadernos 7, 9 y 11 de *La Sociedad*, fechados en 1.º de junio, 6 de julio y 3 de agosto de 1843, vol. I, pp. 311, 385 y 497. Después de la muerte de Balmes fueron reimpresos varias veces en la colección de la revista. Tomamos el texto de la primera edición. Los sumarios son de Balmes, en el índice del volumen I de la revista.]

sostiene que la fuerza y riqueza de los Estados son proporcionales al aumento de la población, por considerar a ésta como un elemento productor. La otra, que defienden Ortés, Ricci, Franklin, J. Stewart, Arthur Young, Towesend, Malthus, J. B. Say, Ricardo, Destutt de Tracy, Droz, Duchatel, Blanqui, Sismondi, de Coux, Godwin, considera el aumento de la población como un verdadero mal; y así, lejos de buscar medios para acrecentarla indefinidamente, los excogita para detener su excesivo desarrollo. De una y otra parte es posible que haya error, como suele acontecer siempre que se trata de opiniones extremas. Lo que importa es fijar el estado de la cuestión, que, según como se la presenta, es tan sencilla que apenas admite dificultad. ||

¿Es saludable el aumento de la población? No creemos que a esta pregunta pueda responderse sin hacer algunas distinciones. Si la población nueva ha de escasear del alimento necesario, si ha de carecer de los medios para recibir la competente educación, y, por consiguiente, si aumentándose la población deben aumentarse proporcionalmente la miseria y la inmoralidad, es decir, los males del cuerpo y los del espíritu, entonces mejor será que no haya tal incremento, pues que hombres miserables y malos mejor fuera que no hubieran nacido, ya atendiendo al bien de la sociedad, ya al de esos mismos infelices. En lo dicho se hallan acordes la razón y la religión; pues que a una existencia que no trae sino daño al mismo que la tiene y a los demás, es preferible la no existencia.

No es necesario elevarse a consideraciones de alta filosofía para comprender la verdad de estas observaciones; basta el simple buen sentido. ¿Qué dice un hombre cuerdo al oír que trata de contraer matrimonio un individuo pobre y díscolo por añadidura? «Esto es aumentar el número de los desgraciados, es un germen de males para la sociedad. ¿Qué provechos pueden resultar de que tenga hijos un infeliz que sólo puede darles dos consejeros tan pésimos como son hambre y escándalo?» Resulta de esto que no puede establecerse en general que el aumento de la población || sea un bien; pues que, aun cuando no mediaran otras consideraciones, las precedentes bastarían para convencer que en ciertos casos es un mal, y mal gravísimo.

No siempre se verificará que el resultado probable del aumento de la población se presente con tanta claridad y limpieza como en la hipótesis anterior; pero de propósito hemos escogido un extremo para que nos sirviese de norma, pudiendo graduar con respecto a él lo más o menos bueno o malo que será el aumento de la población, según tienda más o menos a producir aquel funesto efecto. Casos hay en que el resultado pernicioso no se palpará inmedia-

tamente; y entonces toca a la prudencia del legislador, o de aquellos que por cualquier título ejerzan influencia sobre la sociedad, el precaver a tiempo el daño; no promoviendo imprudentemente un desarrollo progresivo, antes impidiéndolo por medios racionales, legítimos y, sobre todo, morales.

Cuando, por ejemplo, un país agricultor se halla saturado de población, sin que sea dable aumentar el producto de las tierras, ¿no dicta la prudencia que se procure mantenerla estacionaria si para ello hay algún medio? ¿No fuera insensato el empeño de aumentar el número de los hombres para aumentar en la misma proporción el de los infelices? Hállase entonces la sociedad en el mismo, mismísimo caso de una || familia que, teniendo los recursos necesarios para vivir con decencia y comodidad, desease una desmedida multiplicación de sus individuos hasta el punto de no sufragar para su subsistencia los medios de que dispone. No creemos que a verdades tan sencillas y tan claras pueda oponerse nada sólido ni razonable siquiera. La naturaleza ofrece a la humanidad un magnífico banquete, pero sujeto a ciertos límites, a ciertas condiciones; si aumentamos indiscretamente en este o aquel punto el número de los convidados, nuestra será la culpa cuando la escasez produzca efectos desagradables.

Infiérese de lo dicho que, no pudiendo establecerse en tesis general que el aumento de la población sea saludable o dañoso, pues que traerá bienes o males según la suerte que haya de caber a los nuevos individuos, y los efectos que produzca sobre los existentes anteriormente, lo que principalmente debe investigarse es cuáles serán esta suerte y estos efectos, dado que, una vez resuelta la segunda cuestión, lo quedará también la primera.

Los economistas, que, como acabamos de ver, no han sabido convenirse en lo concerniente a la utilidad o a los perjuicios que acarrea el aumento de la población, tampoco han acertado hasta ahora a señalar un principio que pudiese servirnos de regla segura para conocer la ley a que están sometidos ni ese || aumento ni el decremento. Se ha dicho repetidas veces que la población es proporcional con los medios de subsistencia, de lo que se inferiría que donde éstos abundan debe aquélla crecer hasta tocar el límite que los mismos le prescriben; y que, en menguando éstos, debe también ella disminuirse hasta que se establezca el correspondiente equilibrio.

A primera vista nada más sencillo ni más especioso que aquel principio; pero en la realidad no parece que pueda sostenerse, al menos sin algunas limitaciones. Es cierto que en los Estados Unidos, donde por largo tiempo han sobre-

abundado los medios de subsistencia, la población ha crecido asombrosamente; pero no lo es menos que en Irlanda, donde el hambre devora anualmente millares de víctimas, la multiplicación ha continuado de una manera notable, contribuyendo este fenómeno a agravar los males que afligen aquel infortunado país. ¿Cómo es que la población no se haya disminuído hasta nivelarse con los medios de subsistencia? Ni vale el replicar que estos medios existen, pero escasos y groseros; pues que a más de que esto es falso, como lo demuestran los que perecen de hambre, esta reflexión podría servir para probar que en todos los países del mundo la población ha de multiplicarse como en Irlanda, dado que no hay ninguno habitado del cual no pudiese decirse lo mismo.

Es necesario también observar que al tratarse de || medios de subsistencia no se habla tan sólo del alimento indispensable para la precisa conservación, sino que se comprende en esta palabra todo cuanto el individuo necesita, no sólo para no morirse de miseria, sino para vivir con algún desahogo y comodidad. El vestido, la habitación, los medios para curarse en las enfermedades son cosas que la subsistencia del hombre ha menester, y cuando éstas falten o escaseen no puede decirse con propiedad que tenga lo necesario para subsistir. Entre perecer de hambre o andar desnudo y el vivir cual conviene para conservar la salud, las fuerzas y la energía, hay una extensa escala en la cual se hallan distribuídos los necesitados. Verdad es que no puede señalarse a punto fijo cuándo llegan las privaciones al límite de que no puedan pasar; pero hay un cierto espacio en que la prudencia no se equivoca cuando las conceptúa dañosas, colocando al que las padece en la clase de aquellos de quienes puede afirmarse que no tienen los medios de subsistencia.

El principio que estamos analizando adolece del inconveniente de todos los demasiado generales; en los que acontece muy a menudo que, aun cuando parezcan muy verdaderos, si se los considera en abstracto, al probarlos con la piedra de toque de la experiencia resultan, o falsos del todo, o al menos muy inexactos. Es cierto que si, para determinar la ley || que rige en el aumento o decremento de la población, atendemos tan sólo a los medios de conservarse, se presentará el indicado principio como indisputable; pero si reflexionamos que no sólo debe tenerse en cuenta la conservación, sino el número de los nacimientos, y que éste depende de muchas causas independientes de los mayores o menores medios de subsistencia, echaremos de ver que abundando esos medios puede no verificarse un aumento tan grande como sería de esperar, y que esca-

seando es dable que concurran otras circunstancias que impidan al decremento el llegar al punto que sería menester, si cumplirse debiera la proporción contenida en dicho principio.

La verdad de las observaciones que preceden puede demostrarse de varias maneras; pero escogeremos los argumentos más sencillos y, por tanto, más convincentes. Vemos a cada paso que familias pobres en extremo abundan de hijos, mientras otras que disfrutan de pingüe fortuna, o no tienen ninguno, o los cuentan en número muy reducido. Aquí se presenta un ejemplo muy obvio para evidenciar que es cuando menos inexacto el decir que el aumento de la población sea proporcional con los medios de subsistencia; pues que en este caso no se hallan en razón directa, sino en inversa. Si se objetare que esto no sucederá generalmente hablando, y que los efectos de una que otra excepción quedarán compensados con || el curso regular de la totalidad, responderemos dos cosas: 1.º, que dudamos mucho de que esto sea una excepción rara, antes la creemos muy frecuente, y que tal vez podría decirse que la excepción está en el sentido contrario; 2.º, que por más general que sea la regla, y aun cuando fueran no muy comunes las excepciones, siempre deberían tenerse en cuenta para averiguar cuáles serán los casos en que resultará fallido el principio; pues que es evidente que suponiendo una sociedad en que se reúnan circunstancias análogas a las que producen en una familia el aumento en desproporción con los medios de subsistencia, se verificará de una manera semejante en aquélla lo que acontece en ésta.

Quizás en estas materias el gusto de mirar las cosas en grande, calculando por los resultados que ofrecían las colecciones de muchos datos, datos siempre sospechosos de inexactitud, ha hecho que se descuidase en demasía el análisis de lo que sucede en cada familia; lo que si bien más sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser más susceptible de una observación minuciosa; y con las modificaciones correspondientes no deja de poder conducir a resultados generales. De la propia suerte que para conocer bien la naturaleza de un cuerpo es necesario descomponerle en sus partes y elementos, así en el estudio de la sociedad es preciso no descuidar un riguroso análisis || de los individuos y familias. Las leyes de la naturaleza suelen ser muy sencillas; no pocas veces nos las hacemos invisibles a fuerza de sutilizar y cavilar.

Este olvido ha extendido sus efectos no tan sólo por lo respectivo a la investigación de la ley que rige en el aumento o decremento de la población, sino también en lo tocante a saber si aquél era siempre provechoso o no. En efecto,

para demostrar las ventajas de una población numerosa se ha dicho: «Ved esa Francia, esa Inglaterra, donde los habitantes no caben en el país, cuán ricas y poderosas se ostentan. Los talleres rebosan de operarios, los campos abundan de labradores, a todas las carreras les sobran los hombres; ¿no es esto una prueba evidente de que la prosperidad y la ventura de un país está en proporción con el número de sus moradores? Suponed por un momento que a las indicadas naciones, y a otras que se hallan en el mismo caso, les falta una parte de su población; bien pronto veréis yermas las más hermosas campiñas, desiertos los establecimientos fabriles, escasas de concurrentes las profesiones todas; es decir, que la sociedad perderá su vida, el Estado su nervio; y, cayendo rápidamente del alto punto de esplendor y de pujanza en que ahora se encuentran, vendrán a colocarse en el nivel de aquellas donde la falta de hombres ha producido de mucho antes los mismos deplorables efectos.» ||

Fácil es, y muy peligroso en semejantes materias, el confundir las causas con los efectos, y viceversa; el suponer íntimas relaciones entre fenómenos que en la realidad no tienen ninguna; y trastornar de tal modo las ideas que, bajo la apariencia de discursos los mejor trabados y más exactos, no se viertan más que palabras sin sentido. Esto se verifica sin duda en la plática que acabamos de suponer en boca de los partidarios de una multiplicación ilimitada, y sostenedores de que la fuerza y la felicidad de las naciones están siempre en proporción con el número de sus individuos.

Por de pronto se padece en este caso una equivocación, confundiendo la sociedad con el Estado: cosas de suyo muy diferentes. Bajo el nombre de sociedad entendemos el conjunto de los individuos que componen una nación, considerándolos con sus ideas, sus costumbres, sus hábitos, y sobre todo, para el caso presente, con sus necesidades. La palabra *estado* significa una cosa muy distinta; pues que, haciendo abstracción de la situación intelectual, moral y material de los individuos, expresa, propiamente hablando, la organización política y administrativa, es decir, el conjunto de medios de gobernar y administrar; o en otros términos, *estado* significa la sociedad no considerada en sí, sino en cuanto funciona como un cuerpo moral, ora sea en sus relaciones con los mismos miembros || que la componen, ora con respecto a otras sociedades.

Asentada esta diferencia, que nunca debe perderse de vista, es claro que puede acontecer muy bien que una sociedad considerada simplemente como tal se halle decadente y desgraciada, mientras sea próspera y feliz considerada

como Estado. Si el poder público tiene mucha fuerza, si el erario abunda de caudales, si el ejército es numeroso, disciplinado y aguerrido, si las leyes son robustas y respetadas, si el influjo sobre las otras potencias es extenso, arraigado y bien sostenido, el Estado es sin duda alguna próspero y feliz; pero ¿síguese de esto que la sociedad deba serlo en la misma proporción? Es cierto que no; y en apoyo de esta verdad están historia y la experiencia.

En las civilizaciones antiguas existieron Estados que se hallaban en la ventajosa situación que acabamos de describir; prescindiendo de los reinos de Oriente y de los de Egipto, ahí están la Grecia, Cartago y Roma, y, sin embargo, de ninguna de aquellas naciones, aun refiriéndonos a las épocas de mayor pujanza y ventura, se pudiera decir que la sociedad era próspera y feliz. Sabido es que la base de la antigua organización era la esclavitud, excediendo asombrosamente el número de los esclavos al de los libres. Este solo hecho demuestra que la mayor parte de los hombres que formaban parte de aquellos Estados no alcanzaban las ventajas de que el todo disfrutaba; pues || que, no siendo considerados ni siquiera como *personas*, sino como *cosas*, estaban excluídos no tan solamente del goce de las comodidades y placeres, sino también de los más sencillos derechos que como a hombres les pertenecían. Se dirá que estos esclavos no se entendía que formasen parte de la sociedad, y que, por consiguiente, el medir la desdicha de ésta por la que sufrían aquéllos es sacar la cuestión de su propio terreno. Pero fácilmente se conoce que con esta réplica tan lejos está de desvirtuarse lo que acabamos de establecer, que antes bien se confirma más y más. En efecto: por lo mismo que no se consideraba a esos infelices como miembros de la sociedad; por lo mismo que, a pesar de que trabajaban en provecho de ella, no participaban del fruto de sus sudores sino lo indispensable para que subsistiendo pudiesen derramarlos con más abundancia; por lo mismo que, siendo hombres como los demás, iguales a ellos por las dotes de la naturaleza, eran, no obstante, equiparados con los brutos, por esto mismo, repetimos, se hace más patente que la sociedad era desgraciada por más venturoso y pujante que se hallara el Estado. Si por sociedad se ha de entender el conjunto de hombres que en ella viven, ¿cómo se podrá apellidarla feliz mientras la mayor parte de éstos arrastren una existencia agobiada con todo linaje de infortunio? Para disminuir la negrura del hecho, ¿bastará alegar que no || se los contaba como miembros de la sociedad? ¿Cambian los nombres la realidad de las cosas?

Pero no es sólo la esclavitud lo que en las antiguas civilizaciones hacía que, a pesar de la prosperidad del Estado,

no pudiese llamarse feliz la sociedad. ¿Ignórase el envilecimiento en que se encontraban los que, aun cuando no gimiesen en la esclavitud, se veían en la necesidad de ejercer oficios mecánicos? Aristóteles, oráculo de la filosofía pagana y en cuyas obras se refleja todo el pensamiento que animaba las civilizaciones antiguas, considera como despreciables y viles las indicadas profesiones, y no otorga el título de ciudadano sino a quien, absteniéndose de ellas, puede dedicarse al cuidado de los negocios públicos. Así todo individuo que carecía de medios de subsistencia o se veía precisado a abdicar en cierto modo al título de ciudadano, si es que se resolviese a ganar el sustento con el trabajo de sus manos, o a vivir mendigando, o a mover tumultos en la plaza pública vendiendo su voto y sus pulmones a los ambiciosos.

Examínense a fondo las civilizaciones antiguas y se palpará que aquellos grandes pueblos que han llenado el mundo con la fama de su nombre se reducen en realidad a un pequeño número que, teniendo a sus órdenes una inmensa muchedumbre, ora con el título de esclavos, ora con el de plebeyos, se aprovechaba de sus trabajos y fatigas, explotando en propia y exclusiva || utilidad los sudores y la sangre de aquellos infelices. *Humanum paucis vivit genus*, dijo profundamente Julio César.

Con la nueva organización social introducida por el cristianismo, con lentitud, pero con justicia y suavidad, se han remediado en parte esos males; y, si bien bajo ciertos aspectos es todavía verdadera la sentencia que acabamos de citar, no puede negarse que la suerte de la humanidad ha mejorado en gran manera y que participa de las ventajas de la sociedad un número tan crecido que a los gentiles les hubiera parecido fabuloso. Abolida la esclavitud, mejor distribuída la propiedad, organizado sobre otras bases el trabajo, quitada la nota de ignominia a las profesiones manuales, establecida y generalizada la beneficencia pública, se ha mejorado considerablemente el estado de las clases más numerosas; que por más que se ponderen sus males presentes, que repetidas veces hemos también deplorado, es cierto que no salieran gananciosas si cambiaran su suerte con la de los esclavos de la antigüedad o de los negros de las colonias.

Esto no obstante, todavía se puede palpar con ejemplos de nuestra época la diferencia arriba indicada entre el Estado y la sociedad; y naciones hay donde tan de bulto se presenta, que casi es inútil indicarla. Considerada como Estado, ¿qué nación hay más grande, más poderosa, más rica, más feliz que || la Inglaterra? Sus soberbias flotas cubren el Mediterráneo, el Atlántico, los mares del Norte, el Pací-

fico, los de Oriente; su pabellón es respetado y temido en todos los puntos del globo; sus dominios tienen una extensión mayor que no alcanzaran los de la antigua señora del mundo; en una palabra, no se vió jamás entre las naciones antiguas ni modernas una potencia que por tan dilatado tiempo se sostuviese en tan alto grado de pujanza: dueña de los mares, señora de inmensos territorios y prepotente en la mayor parte de los negocios que se agitan en los diversos continentes. Pero este aspecto tan grandioso, tan envidiable, que nos ofrece la Inglaterra mirada como Estado, ¿nos lo presenta si la consideramos como sociedad? No es necesario insistir en lo que tantas veces se ha repetido sobre la situación de sus clases pobres, situación que se agrava cada día más, y que tarde o temprano es muy de temer que no le abra profundas y quizás incurables heridas.

Lo que de la Inglaterra se ha dicho podríase también aplicar a la Francia, bien que con las debidas modificaciones. Pero dejando esta última nación, ¿qué espectáculo no nos ofrece la Rusia, ese coloso que amenaza en el porvenir la independencia de Europa? La sociedad, pobre, abatida, esclava en buena parte, ¿es por ventura rica, floreciente, lozana como el Estado? Y haciendo, por decirlo así, la contraprueba, la || sociedad española, ¿es acaso tan infeliz y miserable como el Estado? Luego los que para apreciar los efectos que el aumento de la población produce atienden tan sólo a una de ellas, yerran.

Los límites de la *Revista* nos precisan a interrumpir nuestra tarea, que continuaremos en los números siguientes. ||

ARTICULO 2.º

SUMARIO.—El problema del aumento de la población sometido al fallo de un rústico. Cálculos del déficit que los nacidos producen en la sociedad. Sobran brazos, faltan medios. Estados comparativos entre los individuos de más de cinco años y los que no han llegado a esta edad.

Dijimos en el artículo anterior que en estas materias el prurito de mirar las cosas en grande, calculando por lo que resulta de las colecciones de muchos datos, ha hecho que se descuidase el examen de lo que sucede en cada familia. Esto último, si bien más sencillo y aislado, tiene, en cambio, la ventaja de ser más susceptible de una observación minuciosa, y, con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir a resultados generales. Creemos también que el deslumbramiento producido por el oropel

científico acarrea frecuentemente el olvido o el desprecio de las lecciones que nos da la simple prudencia, esa prudencia preferible muy a menudo a las concepciones de la razón. ||

Si bien se observa, con tanto discurrir y calcular, al fin los economistas han venido a conformarse con lo que en todas épocas ha estado diciendo el buen sentido de la humanidad. Preguntad al hombre más rudo si conviene que se aumente la población, y desde luego os dirá que según, cómo y de qué manera. ¿Estáis en un país donde hay muchos terrenos que beneficiar y capitales que emplear? Desde luego os responderá que sí, que faltan brazos, que si no pueden salir del país es menester atraerlos de fuera; es decir, os aconsejará la *inmigración.* ¿Os halláis en una tierra estéril, o exhausta, o saturada de hombres? Sin vacilar os dirá: *Lo que sobran son brazos; ¿qué haremos de la gente si la que hay no puede vivir?* Todavía más: continuad preguntándole sobre las demás condiciones del problema de la población, y veréis cómo acierta tan bien como el más sabio economista. «¿Hay mucha gente en estas comarcas? —Mucha: ¿no ve usted que como es terreno de mucho pan...?—¿En tal otro país no debe de haber tanta?—Hay poca, pero aun hay demasiado; como la tierra no produce...» He aquí que el rústico lo habrá dicho todo, resolviendo con las primeras respuestas las cuestiones sobre las ventajas o desventajas del aumento de la población, y estableciendo con las segundas el principio de que este aumento se verifica hasta llegar al nivel de los medios de subsistencia, y que desgraciadamente por || lo común lo excede, produciendo calamidades y miseria. Por lo mismo no nos cansaremos de inculcar que es preciso que la ciencia, sobre todo cuando se trate de estas materias, no se desentienda de ese buen sentido, tanto más digno de que se le escuche con respeto, cuanto no se ha formado en la engañosa región de la filosofía, sino en el terreno de la práctica, con los hechos a la vista, sin vanidad, con buena fe, con aquel deseo del acierto que lleva consigo el hombre en los negocios que le interesan de cerca.

Aprovechándonos de estas indicaciones, ensayemos en este artículo el examen de la importante cuestión que nos ocupa, sin descuidar, empero, las luces que nos ofrezca la observación científica.

Ante todo propongámonos resolver el primer problema que aquí se presenta sobre las ventajas o inconvenientes del aumento de la población. Para hacerlo con toda claridad hagamos diferentes suposiciones. Trasladémonos al hogar de una familia muy pobre que alcance con dificultad a proporcionarse los indispensables medios de subsistencia.

¿Le conviene el aumento de sus individuos? Para saberlo veamos lo que le sucederá en caso que este aumento se verifique. Por de pronto es evidente que crecerá el número de los consumidores, quedando estacionaria la producción si es que no disminuye. Un niño necesita durante muchos años cuidados asiduos que absorben una || parte del tiempo que las personas útiles gastarían en producir, lo que hace que sea en esta línea lo que se llama una cantidad negativa, y, por tanto, lejos de traer ningún provecho material a la familia, le acarreará perjuicio. Es claro que no es fácil señalar ni siquiera con alguna aproximación a cuánto ascenderá el tiempo perdido, o en otros términos, cuánto trabajo habrán impedido los cuidados que se deben prodigarle; pero es cierto que esta pérdida existe y que no es de poca consideración.

Alléganse a esto los gastos de manutención y educación, lo que, cuando el niño llega a la edad en que puede empezar el trabajo, sube a una cantidad mayor de lo que quizás comúnmente se cree. El tierno amor de los padres a sus hijos no permite que se noten los continuos sacrificios que se están haciendo; pero no deja por ello de existir la realidad con todas sus consecuencias. En los hospicios del reino de los Países Bajos todos los gastos de un niño desde el nacimiento hasta la edad de doce o dieciséis años se calculó que ascendían a 1.110 pesetas. Para tomar un número redondo fijémoslo a 1.000 pesetas, y tendremos que una familia que haya tenido que sostener cuatro, por ejemplo, habrá invertido un capital de 4.000 pesetas, o sean 16.000 reales, capital que para una familia pobre es de mucha consideración y de cuya existencia o déficit están pendientes las fortunas de esta categoría. ||

Supongamos en dos situaciones diferentes la familia en cuestión: una en que no hubiese tenido más que dos hijos, otra en que le hayan cabido seis. Es evidente que, así para los padres como para los hijos, será mucho más ventajosa la primera situación, pues que los 16.000 reales que habrían servido para la manutención de los cuatro habrán refluído sobre los dos, sirviendo al propio tiempo para que los padres vivieran con más desahogo.

Estas reflexiones, fundadas en datos tan sencillos y tan claros, manifiestan hasta la evidencia que en el caso de existir en cantidad muy limitada los medios de subsistencia, lejos de ser saludable el aumento de la población, es perjudicial a los preexistentes y a los nuevamente nacidos.

Se alegará quizás en contra de lo dicho el que, si bien por algún tiempo se verifica que este aumento es una carga, se compensan después estos daños con la mayor produc-

ción que se alcanza tan pronto como, llegado el niño a la edad de trabajar, no sólo gana lo necesario para su subsistencia, sí que también reintegra a sus padres de los sacrificios que por él han arrostrado.

Es necesario observar que, cuando llega un niño a la edad en que puede ganar su sustento, adquiere desde luego mayores necesidades, en las que se invierte lo que podría sobrar si se tratase únicamente || de atender a los medios más indispensables de subsistencia. Sin que sea menester mucho cálculo, basta dar una ojeada a lo que está pasando continuamente a nuestros alrededores para convencernos de cuán ficticia es la pretendida compensación. ¿Queréis saber lo que hay en esto de verdad? No apeléis al juicio de los economistas; preguntádselo a los padres de familia.

Sin embargo, si por guarismos se quiere resolver la cuestión, tampoco rehusaremos el considerarla bajo este aspecto. Y para que no se diga que exageramos tomaremos por base del cálculo las suposiciones que menos puedan favorecernos: dividiremos la edad de un niño de doce años en tres períodos, desde el nacimiento hasta cumplir los cuatro, después hasta los ocho y finalmente hasta los doce. Demos que en los primeros cuatro años todos los gastos acarreados a la familia no excedan de 200 reales al año, lo que da para cada día poco más que la insignificante cantidad de medio real. Nadie dirá que el presupuesto sea desmedido, pues, al contrario, parece cierto que, contando alimento, vestido, gastos de enfermedades, pérdida de tiempo y, por consiguiente, de trabajo, la indicada cantidad es insuficiente, aun suponiendo no más que aquellos cuidados que se dispensan a la infancia en las familias más miserables. En esta hipótesis tendremos que al llegar el niño a los cuatro años habrá consumido... 800 reales. ||

En los cuatro sucesivos es claro que los gastos crecen considerablemente, y aun cuando no sea fácil determinar a cuánto ascienden, ni la proporción en que se aumentan, por depender de mil circunstancias diferentes, creemos, no obstante, que no se nos tachará de exagerados si suponemos que llegan a 400 reales al año, lo que da para cada día poco más de un real.

En este caso, desde los cuatro a los ocho habrá consumido el niño... 1.600 reales.

Por razones análogas podremos suponer que el niño en el tiempo transcurrido desde los ocho a los doce necesita para su manutención y demás necesidades poco más de un real y medio al día, lo que importa anualmente unos 600 reales; así en los últimos cuatro años habrá consumido 2.400 reales.

Reuniendo estas cantidades resultará:

	Gastos
Primer período, del nacimiento hasta cumplir cuatro años	800 rs.
Segundo período, de cuatro a ocho	1.600 »
Tercer período, de ocho a doce	2.400 »
TOTAL	4 800 rs.

No es regular que nadie sospeche exageración en este cálculo; pues que, muy al contrario, según todas || las apariencias, no llega ni de mucho al presupuesto indispensable, aun cubriendo las atenciones con la mayor estrechez y mezquindad, siendo de notar que no iguala al de los hospicios del reino de los Países Bajos. Como quiera, no insistiremos mucho sobre este particular, porque los raciocinios que en esto fundaremos pueden muy bien prescindir de la mayor o menor aproximación, estando seguros de que, generalmente hablando, la hipótesis peca más bien por defecto que por exceso.

Tenemos, pues, que el niño al cumplir los doce habrá gastado 4.800 reales; desde los doce a los dieciséis puede suponerse que, ocupándolos en aprendizaje, gana su alimento, y tomamos por tipo esta ganancia porque sirve algunas veces de regla en nuestro país. Entonces no entran en cuenta ni el vestido, ni las enfermedades, ni otros gastos que nunca faltan, y que, reduciéndolos a su menor expresión, siempre pasarán de 200 reales; con lo que al encontrarse el niño en los dieciséis tendrá contraída una deuda que excederá de 5.000 reales.

En semejante edad, aun suponiendo las circunstancias más ventajosas, el jornal no será crecido, y casi puede darse por seguro que durante los dos o tres años sucesivos será muy escaso el ahorro que podrá hacerse; mayormente teniendo en cuenta que el alimento ha de ser más abundante y de mejor calidad, || y que es preciso que el traje sea cuando menos decente.

Por ahora no hemos encontrado medio de compensación, ni sabemos cómo podrán amortizarse los 5.000 reales.

No faltando el trabajo y siendo regulares los salarios, puede en algunos lugares el jornalero ahorrar una parte del fruto de su sudor; pero entra luego la edad de las pasiones, apodérase del ánimo el deseo de lucir: a proporción que cesan las privaciones y la estrechez del tiempo anterior, crecen las necesidades, multiplícanse los caprichos, de suerte que, generalmente hablando, no hace poco el trabajador si alcanza a nivelar los gastos con los ingresos. Esta es la historia de los primeros veinticinco años de todo joven perteneciente a la clase pobre, esto es la pura verdad, esto

enseña la experiencia, y estamos seguros de alcanzar en este punto el asenso de todos los hombres juiciosos. Más que nadie pudiera la clase pobre confirmar la verdad y exactitud de estos cálculos, poniéndonos a la vista su triste experiencia.

Resulta, pues, que cuando un individuo perteneciente a la clase menesterosa llega a la edad de los veinticinco años, si trata de contraer matrimonio, su existencia deja en la familia o en la sociedad un vacío que representa el valor de 5.000 reales, vacío que probablemente no llenará debiendo atender a los gastos || que le imponen las necesidades de su nuevo estado.

Además, infiérese de lo dicho que cuando un país se encuentra escaso de recursos, el aumento de la población no hace más que acrecentar su miseria. Figurémonos que los nuevos nacidos estén en mucha desproporción con los que mueren; al cabo de algunos años, ¿qué llaga más profunda no se abrirá a la prosperidad pública teniendo la riqueza total un déficit tan grande como es el que resulta de la multiplicación de los 5.000 reales por el número de individuos que hayan llegado a mayor edad? Ni vale el decir que el trabajo de éstos aumentará sucesivamente la misma riqueza, porque, en cambio, los nuevos matrimonios con sus hijos irán consumiendo el producto y dando sucesivamente la desproporción que por necesidad hemos visto que resulta de la existencia de los consumidores improductivos.

En esta materia se padece una equivocación por suponerse con harta facilidad que para producir bastan los brazos, cuando, al contrario, sucede muy a menudo que son los brazos lo que más abunda, y que lo que falta son capitales y demás circunstancias favorables a la creación y aumento de la riqueza. Echemos una ojeada sobre lo que acontece a la generalidad de las familias pobres, y nos convenceremos de esta verdad. Vemos a cada paso que, así en la agricultura como en la industria, hay familias donde tres || o cuatro individuos robustos alcanzan a duras penas a procurarse los indispensables medios de subsistencia; ¿son brazos por ventura lo que echan menos? Es cierto que no; lo que les hace falta es la oportunidad de emplearlos con el capital necesario para fecundar sus sudores, es un mercado donde puedan vender lo poco que han producido. He aquí en pequeño lo que en la sociedad se verifica en grande: el hombre está condenado a comer el pan con el sudor de su rostro, y para mayor infortunio le acontece muy a menudo que se ve precisado a derramarlo sobre un terreno que en vez de trigo sólo le produce abrojos y espinas.

El aumento de la población en un país donde escaseen

los medios de subsistencia produce resultados tan dolorosos como acabamos de ver; y esto se verifica aun no llevando en cuenta una de las condiciones que más aumentan la infelicidad, contribuyendo a destruir la riqueza. El cálculo precedente ha estribado en el supuesto de que los nacidos llegan a mayor edad, y que, por tanto, la sociedad, si no consigue otra cosa, al menos adquiere brazos que podrá emplear cuando la oportunidad se le brinde. Pero desgraciadamente no se cumple semejante condición con tanta generalidad como pudiera creerse; porque la miseria, produciendo sus naturales efectos, acrecienta el número de las enfermedades, las que, || no pudiendo ser atendidas de la manera conveniente, aumentan la mortandad de los nacidos, sepultándose con ellos todo el capital invertido en su manutención. En tal caso, aun suponiendo que la vida de los nacidos se prolonga más o menos, aproximándose a la edad en que serían útiles para el trabajo, tendremos que todo el aumento de la población será un verdadero daño, pues que al fin no conducirá a más que a multiplicar gastos, que serán tanto mayores cuanto el consumidor improductivo haya vivido más largo tiempo.

Se comprenderán más fácilmente estas verdades si, ateniéndonos al sistema que estamos siguiendo, las consideramos con respecto a una familia. Es evidente que lo que a ésta conviene, en caso de haber tenido muchos hijos, es que lleguen a mayor edad, porque si mueren antes no quedará ni siquiera la esperanza de que se cubran los gastos de la manutención. De esto se infiere que si en un país se verifica el aumento de la población de tal suerte que solamente crezca el número de los niños, sin que suceda lo mismo con respecto a los adultos por fallecer aquéllos antes de llegar a mayor edad, semejante incremento, lejos de producir ningún bien, sólo le acarreará perjuicios. El aumento de los hombres puede compensar el déficit que su manutención ocasiona, proporcionando brazos aplicables al trabajo, o a otros destinos del || servicio público que, aun cuando no lleven aquel nombre, contribuyen al logro del mismo objeto; es decir, que la compensación se verifica, o aumentando directamente la producción, o supliendo a los que se ocupan en aumentarla. Por lo que, si damos que gran parte de los nuevos nacidos mueren antes de llegar a la edad competente, todo el incremento que resulte en la estadística de la población no será un signo de riqueza ni de fuerza, sino la expresión de una nueva necesidad, que no lleva consigo ningún medio de satisfacerse.

Por estos motivos es indispensable atender no sólo al número, sino también a la clase de la población, pues de otra suerte estaríamos tan en obscuras con respecto a los resul-

tados que puede producir, como si, sabiendo que en una familia hay seis personas, ignorásemos si son aptas todas para trabajar o si son niños y ancianos.

Y no se crea que en esta materia se hallen las diferentes edades en una razón fija, de manera que en conociendo los individuos de una pueda sacarse por regla de proporción cuántas existen de la otra, ni siquiera con alguna aproximación; como son tantas las causas que modifican las condiciones de la vida y que pueden influir en el número de los nacimientos y muertes, conócese desde luego que no hay en este punto una ley constante, y que en los varios países debe || de observarse muy notable diferencia. Así es en efecto, y los datos recogidos por los economistas han venido a confirmar las conjeturas de la razón. Sería conveniente que, distribuídas las edades en una escala de muchos grados, se estableciesen con alguna aproximación las relaciones en que se encuentran; pero dado que un trabajo semejante para hacerse con alguna perfección exige no poco tiempo, será preciso contentarnos con lo que poseemos.

Se han formado estados comparativos entre los individuos de más de cinco años y los que no han llegado a esta edad, y por ellos se echa de ver la enorme diferencia de la relación en los diferentes países. No deja de ser curioso el que damos a continuación:

	Individuos de menos de cinco años	Individuos de más de cinco años
Gran Bretaña (1821)	4.241	5.758,5 [1]
Irlanda (1821)	4.108	5.895,5
Inglaterra (1821)	3.891	6.105,8 ||
Inglaterra y País de Gales (1813 a 1830) ...	3.908	6.092,2
Francia (antes de 1789)	3.121	6.879
Bélgica (1829)	3.332	6.668
Suecia (1820)	3.211	6.782
Estados Unidos (1830)	4.498	5.500,2

Buscando ahora la razón en que están los individuos de dichos países, y expresándola también por decimales, nos da la siguiente tabla:

[1] Por si este cuaderno parare a manos de algún lector que no conociese el sistema decimal, advertiremos, para facilitarle la inteligencia, que este 5 y los demás guarismos que le corresponden en la misma columna, a la derecha de la segunda coma [Balmes ponía la primera coma después de la cifra de los miles], son quebrados decimales que pueden respectivamente expresarse por 1/2, 4/5, 1/5, cantidades que, como veremos después, casi pueden despreciarse, cuando se trata de buscar la relación, que es lo que conviene averiguar.

Gran Bretaña (1821)	1,36
Irlanda (1821)	1,43
Inglaterra (1821)	1,57
Inglaterra y País de Gales (1813 a 1830) ...	1,56
Francia (antes de 1789)	2,20
Bélgica (1829)	2,00
Suecia (1820)	2,11
Estados Unidos (1830)	1,22

De la tabla anterior resulta que los países donde en las épocas respectivas era mayor el número de los individuos que pasaban de cinco años son la Francia, la Bélgica y la Suecia, figurando en el extremo opuesto || la Gran Bretaña y los Estados Unidos. En 1789 la Francia contaba 25 millones de habitantes, y en la actualidad cuenta más de 34 millones; pero sería un error el pensar que la fuerza de su población esté ahora con respecto a dicha época en la razón de 34 a 25, pues antes sería preciso investigar la razón en que se hallan los adultos con relación a los niños; y como es muy probable que la diferencia estaría en favor del tiempo de 1789, no resultaría ni de mucho lo que a primera vista arrojarían los números donde se hiciese abstracción de clasificaciones.

En todo país donde se ha verificado muy recientemente un rápido aumento de la población, debe ser por necesidad muy crecido el número de los niños y jóvenes, lo que vemos confirmado con los ejemplos de Inglaterra y de los Estados Unidos; así como debe ser comparativamente mucho mayor el de los adultos en las naciones que no hayan tenido este rápido aumento, lo que acontece en las que han continuado sometidas a circunstancias regulares por no haber tenido ninguna revolución industrial ni social. Con el mismo sistema de observación, no perdiendo de vista los datos recogidos por la ciencia económica, continuaremos otro día el examen de tan importante materia. ||

ARTICULO 3.º

SUMARIO.—La progresión aritmética y la geométrica. Reflexiones sobre estas leyes aplicadas al aumento de los medios de subsistencia y de la población. Examínase la ley que pretende haber demostrado M. Quetelet.

Afírmase comúnmente que el aumento de la población se verifica en progresión geométrica: esta proposición asentada en general no significa nada, porque el valor de la progresión depende de la razón de la misma, y varía con

ella en una escala infinita. Si formamos una en que el primer término sea 1 y la razón 2, tendremos la siguiente: 1:2:4:8:16:32, etc.; pero si la razón es 10, resultará esta otra: 1:10:100:1.000:10.000:100.000, etc., etc.; donde, siendo uno mismo el primer término, nos encontramos ya en el sexto con una diferencia tan enorme como va de 32 a 100.000. Sea cual fuere la razón que se señale a la progresión, cuéstanos trabajo el creer que en esta materia pueda establecerse nada fijo, porque son tantas las causas que en ella se combinan, y deben de existir tantas otras cuyo concurso no nos es conocido, || que muchas veces resolveremos el problema faltándonos datos muy esenciales. La emigración y la inmigración pueden fácilmente sujetarse a cálculo; pero ¿quién verifica lo mismo con respecto a los medios de subsistencia, y la acción del clima e influencia de las leyes y costumbres del país? Estos son datos sujetos a mil y mil modificaciones por su misma naturaleza; y además el primero y el último cambian muy a menudo, hasta con respecto a un mismo pueblo.

Así, para apreciar el verdadero estado de los medios de subsistencia y el influjo que su abundancia o escasez puede ejercer sobre la población, es necesario atender al estado de la riqueza del país, a la manera con que se halla distribuída y a las necesidades del pueblo que es objeto del examen. De poco serviría el saber la suma total de la riqueza, si se ignorase el modo con que está repartida; porque sería posible que de dos países donde los productos de la tierra fuesen muy desiguales, abundasen más los medios de subsistencia en aquel cuyos productos fuesen menores. Esto, que a primera vista podría parecer una paradoja, es, sin embargo, una verdad muy sencilla. Demos que en el país A sean mayores los productos que en el país B; si en este último son repartidos de una manera más equitativa, sin arrendatarios que estrujen, sin amos que exijan más de lo razonable y justo, cuando en aquél los sudores del infeliz labrador van a parar || a manos improductivas, para ser luego consumidos lejos de la tierra, claro es que con mucho menos productos vivirán los naturales con más holganza, y por consiguiente, propiamente hablando, los medios de subsistencia serán mayores. Aun supuesta la igualdad de medios de subsistencia, será muy diferente el efecto que producirá sobre la población, según las necesidades de los habitantes. Los pueblos son como los individuos: unos son más delicados, otros más sufridos; lo que para unos es suficiencia, para otros es escasez; lo que para unos es una comodidad, para otros es necesidad imprescindible.

La acción del clima no será tampoco tan uniforme y constante como se pudiera creer, porque es evidente que,

según sea la naturaleza del cultivo y la mayor o menor policía sanitaria, se pondrán o removerán causas favorables o contrarias al aumento de la población, con respecto al número de los nacimientos y al de los muertos. La experiencia nos enseña que a veces la desecación de un terreno pantanoso produce efectos admirables sobre la salud de una comarca antes enfermiza, y que hábitos de mayor limpieza y algunas precauciones en la calidad de los alimentos hacen desaparecer rebeldes dolencias que eran miradas como propias del clima. Así el determinar la acción de éste sobre el aumento de la población ha de ser por necesidad un problema sujeto a una muchedumbre de datos, todos muy variables; porque siempre será muy difícil el discernir hasta qué punto provienen directamente de la acción del clima los efectos buenos o malos que se experimentan. Además, estamos viendo que ciertas comarcas, antes muy pobladas, se hallan en la actualidad casi desiertas; y, al contrario, otras que en tiempos anteriores escaseaban de población, abundan ahora de ella. La raza humana no es como la de ciertas plantas y animales, que para vivir han menester un determinado grado de latitud; se multiplica en el Norte como en el Sur, en los hielos del Polo como en los ardores del Trópico; porque el Criador, que ha hecho al hombre señor de la tierra, no ha querido quitarle la libertad de establecerse donde mejor le agradara.

La influencia de la legislación y de las costumbres no es menos difícil de apreciar, bastando para convencerse de ello dar una ojeada sobre los objetos que abarcan. Considérese que podrán ejercer influjo sobre la población no sólo las leyes económicas, sino también las políticas; y añadiéndose a esto que las costumbres no se han de mirar únicamente con relación a la moral, y que bajo otros aspectos podrán también contribuir al aumento o a la disminución, se infiere que son muchos y muy varios los puntos de vista que la cuestión puede presentar.

Volviendo a la progresión geométrica, que algunos || aseguraron ser la ley del aumento de la población, dudamos mucho que se pueda apoyar semejante opinión en sólidos fundamentos. ¿Dónde están las razones que la sostienen, ni los datos que la confirman?

Ya hemos dicho que los que hablan simplemente de *progresión geométrica* nada significan, porque las hay tan varias cuantas son sus razones, o, lo que es lo mismo, cuantos son los valores por los cuales se multiplican los términos de la progresión. Pero ni aun suponiendo establecida una razón fija, lo que es muy difícil, tampoco queda bien claro lo que se expresa con el aumento en progresión geométrica, porque entonces será necesario saber el número de años

a que se refiere la progresión, pues llegaremos a resultados muy diferentes según este número sea más o menos grande. Así, admitiendo la progresión geométrica 1:2:4:8:16, u otra cualquiera, es claro que si los términos expresados se distribuyen en períodos de 10 años, por manera que el cumplimiento de cada término se realice en este espacio, será el resultado mucho más favorable a la población que si se los distribuyese en períodos de 20 años u otro mayor. Siendo los períodos de 10 años, al fin de un siglo estaríamos en el término décimo de la progresión, o sea 512; cuando si fuesen de 20 nos hallaríamos en el quinto, o sea 16.

Se ha dicho que el aumento de la población y el || de los medios de subsistencia están entre sí como dos progresiones geométrica y aritmética, expresándose el aumento de la población por la geométrica, y el de los medios de subsistencia por la aritmética. Si esto fuese verdad, tomando por razón de la geométrica el número 2, y para la aritmética el 1, tendríamos:

Aumento de la población	1:2:4:8:16:32:64
De los medios de subsistencia	1.2.3.4.5.6.7

Pero si tomamos el 2 para ambos, nos dará:

Aumento de la población	1:2:4:8:16:32:64
De los medios de subsistencia	1.3.5.7.9.11.13

Si tomásemos por razón el número 3, los resultados serían todavía más diferentes:

Aumento de la población	1:3:9:27:81:243
De los medios de subsistencia	1.4.7.10.13.16

Es evidente que los resultados pueden variar hasta lo infinito según la razón que se elija y según sea para ambas progresiones una misma o no.

¿Cómo se determinan estas condiciones? Creemos que, por lo que la ciencia ha podido adelantar hasta el presente, debería mantenerse en prudente reserva, esperando el acopio de mayor número de datos y que a la luz de éstos hubiese podido adquirir mayor vigor el raciocinio. Se ha querido aplicar el cálculo al problema de la población; pero es de temer que en el || ensayo no alternen con demasiada frecuencia las hipótesis con la realidad. Es bien sabido que al cálculo se le hace producir el resultado que se quiere, con tal que al calculador se le permita una suposición; pero en faltando ésta, o convenciéndola de arbitraria, el edificio viene al suelo.

M. Quetelet pretende haber descubierto que la resistencia o la suma de los obstáculos que se oponen al desarrollo

de la población se halla representada por el cuadrado de la velocidad con que ella tiende a aumentarse. Notable fuera que la ley que en el mundo físico rige con respecto a la resistencia de los medios por los cuales atraviesan los cuerpos en movimiento, se observase también en el movimiento de la población; pero la hermosura de una analogía no responde de su verdad.

Según la ley indicada, tendríamos que si en un país la tendencia al aumento de la población fuese como 5, la suma de los obstáculos vendría expresada por 25; y suponiendo otro país donde la tendencia fuese como 10, la suma de los obstáculos vendría representada por 100. De aquí se ha pretendido inferir que, conocida la ley del aumento, podemos conocer la suma de los obstáculos y viceversa; porque no será menester más sino representar por un número uno cualquiera de los términos y formar su cuadrado o sacar su raíz cuadrada, según sea la cantidad que || se trate de averiguar. La velocidad con que la población tiende a aumentarse ¿es 6? La suma de los obstáculos será 36. La suma de los obstáculos ¿es 49? La velocidad será 7. Todo esto es muy hermoso, muy sencillo para escrito; quizás no lo sea tanto para practicado.

Sean cuales fueren los datos y combinaciones en que se funde semejante proposición, datos y combinaciones que, sea dicho de paso, deben ser mirados con mucha desconfianza, échase de ver a la primera ojeada que se encierra en la pretendida ley un vicio radical que ninguna modificación es bastante a corregir. Distínguense en ella dos cantidades que en rigor no pueden distinguirse: la tendencia al aumento y la resistencia que se le opone. En efecto, la tendencia al aumento no es ni puede ser una cantidad fija, independiente de toda otra, porque estando necesariamente enlazada con las circunstancias favorables o contrarias, no se la puede suponer en acción con una fuerza propia y aislada. Uno de los obstáculos más visibles al aumento es la falta de medios de subsistencia, así como uno de sus mejores auxiliares es la abundancia de dichos medios; luego cuando se considere la tendencia al aumento no se puede prescindir de la abundancia o escasez, pues que esta escasez o abundancia entrarán como factores, o de otra manera, en la formación de la cantidad expresiva de la indicada tendencia. ||

Si damos que el aumento sea como 8, ¿cuánta será la *tendencia* al aumento? Si es el mismo 8, entonces no es necesario excogitar semejantes leyes, porque siendo la tendencia igual al aumento, sabido éste se conocerá también aquélla. Será, pues, necesario decir que el aumento será menor que la tendencia, por estar la acción de ésta debili-

tada por la resistencia de los obstáculos; y en tal caso nos hallaremos con la dificultad de haber de determinar el valor de la tendencia. Pero como no la podemos conocer *a priori*, habremos de apelar a lo que de sí arrojan las tablas estadísticas, es decir, que habremos de tropezar con la misma dificultad. Por el aumento buscaremos el valor de la tendencia, sin saber hasta qué punto se combinan en formar semejante aumento la tendencia y los obstáculos.

Este será un problema de los que se apellidan indeterminados, en que para determinar una incógnita es necesario suponer valores a las demás. Así el número 8, expresión del aumento, podrá haber dimanado de infinitas combinaciones. Para no complicar más la cuestión y presentarla bajo un punto de vista al alcance de todas las inteligencias, haremos patente esta verdad valiéndonos únicamente de cantidades positivas y negativas combinadas tan sólo por vía de adición o substracción; porque, aun cuando no sea éste el modo con que se combinen, en nada obsta a lo que nos proponemos; pues las combinaciones por multiplicación o división harían el problema más complicado, lo que favorecería a nuestro intento. Demos que la tendencia sea 12 y la suma de los obstáculos 4, resultará $12 - 4 = 8$; si suponemos que la tendencia sea 16 y la resistencia 8, tendremos $16 - 8 = 8$; si damos que la tendencia sea 30 y la resistencia igual a 22, resultará $30 - 22 = 8$. Es evidente que por el mismo tenor se podrían formar infinitas combinaciones; luego teniendo el 8 y sabiendo que ha provenido de una combinación de valores opuestos, o sea de tendencias y obstáculos, no podremos conocer el uno sin que hayamos determinado los otros.

Todavía más: si se quiere suponer la expresada tendencia como un valor independiente de los obstáculos, se la podrá también mirar como independiente de las causas auxiliares; entonces será preciso atender al concurso de las circunstancias favorables y contrarias, lo que aumentara la complicación del problema.

Ya prevemos que se nos dirá que la *tendencia* no es una cantidad abstracta, sino que está formada de la reunión de las causas favorables al aumento; pero en este caso se ve todavía con más claridad con cuánta razón afirmamos que hay aquí confusión de ideas. Porque las circunstancias favorables reducidas a expresión muy pequeña pasan a ser contrarias, o en otros términos, la ausencia o la disminución de las mismas es un verdadero obstáculo; así los medios de subsistencia en cantidad crecida son circunstancia favorable, la escasez de los mismos es circunstancia contraria. Luego es cierto lo que hemos afirmado de que la *tendencia* no puede considerarse aislada de los obstáculos, pues

que éstos entran por necesidad cuando se trata de fijar el valor de aquélla.

Sólo en un caso podríamos suponer independiente esta tendencia, a saber, si en la naturaleza existiese una ley fija que pudiese tomarse por tipo, pues entonces refiriéndonos a ella tendríamos para el cálculo una base. Pero esta ley no existe, ni existir puede; dado que tampoco prescinde la naturaleza de las circunstancias que rodean al ser que se ha de multiplicar. El problema de la población no recibe su complicación extremada del estado social; ora viva el hombre en sociedad culta o bárbara, ora divague por los bosques en hordas salvajes, a la manera de los brutos, siempre resultará muy difícil el determinar la ley del aumento de la población, o mejor diremos, siempre será éste un problema en que entrarán muchas variables cuya determinación dependerá de mil y mil circunstancias locales, sobre las que es muy arriesgado establecer una proposición general.

No se nos diga que el fenómeno del mundo físico al cual se refiere la analogía incluye también variedad || de circunstancias, las que, si bien deben tenerse presentes cuando se trata de un caso particular, no impiden que pueda asentarse un verdadero teorema científico. Cuando se dice que la resistencia de los medios está expresada por el cuadrado de la velocidad de los cuerpos que los atraviesan, es cierto que la aplicación de la regla general dependerá de la diversidad de dichos medios y de la velocidad de los cuerpos; pero es evidente que esta velocidad y esos medios son cosas enteramente distintas, independientes, que nada tienen que ver la una con la otra, sino cuando se encuentran en acción combinada sus fuerzas respectivas. El cuerpo que atraviesa un medio luchando con la resistencia que éste le opone, ha salido de un punto con una velocidad propia y que sólo dependía del impulso o de la atracción que se la ha comunicado. Cuando esta velocidad lucha con la resistencia del medio, lucha con fuerza propia; y lo que de ella pierde a causa del obstáculo, lo tenía independientemente del medio por el cual atraviesa. He aquí reducida a pocas palabras la dificultad que estamos exponiendo. En el fenómeno físico hay una fuerza primitiva, fija, sometida a una ley; en el fenómeno social, no.

Al proponer estas objeciones no lo hacemos por el prurito de suscitar dudas, ni de apartarnos de la opinión de los otros, sino expresando nuestras íntimas convicciones y con el deseo del adelanto de la ciencia. || Es preciso no perder de vista que la economía política, por más importancia que se la quiera dar, no ha salido todavía de la edad infantil. En lo que tiene de ciencia propiamente dicha, es

invención muy moderna; y no es regular que a este ramo del humano saber le haya cabido mejor suerte que a los demás, los que para dar algunos pasos hacia la perfección han tenido que esperar largos siglos. Echese una ojeada por el horizonte de las ciencias y se verá confirmada de una manera patente esta observación: sólo a fuerza de sudores y afanes va conquistando el hombre sus progresos; en rededor de él se halla la verdad, pero no acierta a encontrarla sino después de haber abrazado una y mil veces el fantasma del error. Diríase que la naturaleza se complace en ocultarle sus secretos, en cubrirlos con cien velos, en encerrarlos con cien llaves: justo castigo de haber prestado oídos a la palabra de orgullo: *Seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.*

Las lisonjas tributadas a la ciencia producen un efecto semejante a las que se dispensan al hombre; lo que es muy natural, porque, en último resultado, el hombre mismo es quien las recibe. Si al presentarse un principio se le abraza desde luego como cierto y evidente, el que lo presenta no se tomará la pena de examinarlo de nuevo; y pasará como cosa averiguada y que no consiente disputa, lo que en realidad es un aserto || arbitrario. Si al ofrecerse un raciocinio se le admite por ligereza como una demostración inconcusa, el que lo habrá formado no cuidará de someter a examen las proposiciones que contiene, ni el enlace de las mismas, y tal vez el sofisma más grosero quedará reconocido por argumento indestructible. Los enemigos de la ciencia no son los que no admiten sino con mucha dificultad los principios y las deducciones; antes al contrario, ellos contribuyen tanto más al progreso de las mismas cuanto más escrupuloso es el rigor con que las obligan a caminar sobre un terreno firme y seguro.

Cuando se trata de resolver un problema, no siempre conviene engolfarse desde luego en cálculos complicados; un ojo experimentado descubre quizás a la primera mirada que todos los cálculos son inútiles, porque el problema no encierra bastantes datos para llegar al descubrimiento de la incógnita o incógnitas que se buscan. En tal caso, el que mejor resuelve el problema es el que dice que no se puede resolver.

¿Y cómo se quiere que nos demos por satisfechos de lo que se afirma sobre la población, cuando los datos escasean, los que se tienen son mal seguros, y por otra parte conducen a resultados muy diferentes del que pretenden los mismos que nos los ofrecen? Ya que a números se apela, apelemos también a números, y veamos qué es lo que de los mismos se infiere. ||

Examinando el curso que ha seguido la población en Inglaterra durante 130 años, he aquí el estado que resulta:

Años	Población
1700	5.134.516
1710	5.066.337
1720	5.345.351
1730	5.687.993
1740	5.829.705
1750	6.039.684
1760	6.479.730
1770	7.227.586
1780	7.814.827
1790	8.540.738
1800	9.187.176
1810	10.407.556
1820	11.957.565
1830	13.840.751

Basta echar una ojeada sobre el estado que precede para ver que no existen, ni por asomo, las pretendidas progresiones aritmética o geométrica. En el primer decenio la población disminuye, en el segundo vuelve a crecer, recobrando lo que había perdido y excediendo en cantidad bastante considerable de lo que era al principio del primero. Por manera que durante medio || siglo no se aumenta la población más que de unas 900.000 almas, y esto sin ninguna regla fija. Cincuenta años se necesitaron para dicha cantidad, cuando notamos que en los 20 siguientes el aumento fué de cerca de 1.200.000 almas, creciendo considerablemente en los decenios sucesivos, pero sin que tampoco se descubra en el aumento ninguna regla constante.

Desearíamos que se nos manifestase verificada aquí ninguna de las leyes que se establecen, y, supuesto que se tiene el aumento, se sacase la suma de los obstáculos que a él se oponían.

He aquí otro estado curioso sobre los Estados Unidos:

Años	Población
1780	2.051.000
1790	3.929.326
1800	5.306.035
1810	7.239.703
1820	9.654.415
1825	10.438.000

Es asombroso el aumento de población que arroja el estado precedente; pero es fácil observar que el desarrollo no sigue tampoco una ley constante. En el primer decenio casi se duplica la población; en el segundo, si bien no deja de ser mucho el aumento, no || lo es ya tanto como en el anterior, y mucho menos lo es en los siguientes. En tan pocos años no vemos ninguna regla fija; ¿qué sería, pues, si pudiésemos observar el fenómeno por espacio de algunos siglos?

A más de todas las dificultades propuestas contra las reglas generales y las proposiciones gratuitas, media en estas materias una poderosísima, la que no diremos que deba desalentar, pero sí inspirar suma desconfianza a los amantes de la verdad. De ello quisiéramos que se persuadiesen profundamente los aficionados a la ciencia, para resignarse más fácilmente al papel de meros investigadores, y a preparar materiales con los que en los siglos venideros pueda levantarse el edificio de que algunos pretenden ser desde ahora los arquitectos. Hablamos de la dificultad de recoger los datos, siquiera con alguna aproximación, condición imprescindible si se quiere dar un paso seguro.

Desgraciadamente hay muy favorable disposición para aceptar como positivos y exactos todos los que se ofrecen por un conducto cualquiera, porque con esto queda salvada una de las tareas más penosas y prolijas, y el autor se pone a cubierto en la conciencia de los demás y tal vez en la suya propia, cerrando los ojos y desvaneciendo así los escrúpulos que pudieran ocurrir. ¿Quién ignora lo difíciles que son semejantes operaciones? ¿Y quién no ve que, cuando un gobierno habrá llenado ya su principal objeto, que || es saber a cuánto se eleva la población, todavía le queda al economista mucho que saber, pues necesita varías clasificaciones cuyo conocimiento no les es tan necesario a los gobernantes, y además ha menester el cotejo de unas épocas con otras, para que no le suceda el tomar por regla lo que tal vez sea una rara excepción?

Así por lo tocante a la población como con respecto a todo lo demás, es preciso que la economía política se resigne por ahora al puesto que le corresponde. Todavía no han pasado sobre ella los siglos, todavía sus trabajos no han sido fecundados con el sudor de largas generaciones de hombres ilustres. Ella tiene además otro inconveniente, cual es el necesitar el auxilio de los gobiernos; porque cuanto mejor organizada se halle la administración pública, tanto más fácil le será el adquirir los datos sobre que esta ciencia debe cimentarse.

Y no basta que estos datos se recojan en dos o tres naciones; es preciso que la experiencia se haga en muchos

y varios lugares, que la vida y la reproducción sean observadas bajo condiciones muy diferentes; porque de otra suerte se corre peligro de tomar por regla lo que no es más que excepción. Esto es difícil, penoso, desconsolador, es cierto; pero tal es la ley de la humanidad: en la carrera de las ciencias, se siembra hoy, pero el fruto no se recoge hasta pasados muchos siglos. ||

E L S O C I A L I S M O*

ARTICULO 1.º

Efecto que producen las doctrinas socialistas

SUMARIO.—Las ilusiones de esta escuela no son para despreciadas. Carácter que distingue a los modernos socialistas de los antiguos utopistas. Causas de este fenómeno. Cómo se presenta la sociedad sin las luces de la religión cristiana. Aspecto aflictivo que ofrece la humanidad Reflexiones consoladoras que sugiere la religión.

El *socialismo*, o bien aquella escuela que se propone destruir el orden social existente, constituirlo sobre nuevas bases y arreglarlo con diferente norma, es objeto digno de la meditación de todos los hombres pensadores y amantes

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Con este título publicó Balmes la siguiente serie de siete artículos en los cuadernos 19, 20 y 22 de *La Sociedad*, fechados en 1.º y 15 de marzo y 7 de septiembre de 1844, volumen II, pp. 307, 344, 353, 358, 445, 453 y 468. Conviene recordar que los cuatro últimos cuadernos de la revista salieron en un solo fascículo. Después de la muerte de Balmes fueron reimpresos varias veces en la colección de la revista. Reproducimos el texto de la primera edición. Los sumarios de los cuatro primeros artículos son de Balmes, en el índice del volumen II, y los de los tres últimos son nuestros.

Balmes recordó con fruición que él había sido uno de los primeros que había tratado este tema en España *(República francesa*, vol. XXXII).

NOTA HISTÓRICA.—Tomás Moro era canciller de Enrique VIII de Inglaterra. Cuando éste pretendió dejar a su esposa Catalina de Aragón, con quien había contraído matrimonio en 1509, para tomar a Ana Bolena, no pudiendo doblegar al Papa, se separó de la Iglesia, proclamándose supremo legislador de la religión en sus Estados. El 23 de marzo de 1533 fué excomulgado, y entonces empezó una era de persecución contra los católicos, en la que colaboraron activamente el clérigo Tomás Crammer, elevado a la sede de Cantorbery, y el seglar Tomás Cromwell, nombrado vicario general del rey en los asuntos eclesiásticos. Las deserciones fueron muchas, pero también abundaron los mártires. Entre éstos los más ilustres fueron el cardenal Fisher, decapitado en junio de 1535, y Tomás Moro, que lo fué el día 6 del mes siguiente. La Iglesia da a entrambos el título de venerables.]

de la humanidad. Porque se equivocaría grandemente quien considerase a estos novadores como despreciables fanáticos que, víctimas de una ilusión exagerada por el orgullo, pasan y desaparecen sin dejar tras de sí ninguna huella. Es cierto que ni se han planteado ni pueden plantearse || los sistemas que ellos propalan; que sus doctrinas se mantienen por ahora, y probablemente se mantendrán por mucho tiempo, en la esfera de simples teorías; mas la semilla que ellos arrojan al acaso se deposita en tierra que la recoge con avidez, quizás para fecundarla el día que la Providencia quiera desencadenar sobre el mundo desconocidos y espantosos trastornos.

Que las ilusiones de esa escuela no son para despreciadas lo indica la repetición de sus apariciones en diferentes tiempos y países, y el que el mal éxito de los proyectos del innovador no desalienta a los que intentan sucederle o imitarle. Hay, empero, en la actualidad una circunstancia notable y que no deja de ser alarmante. En todas épocas se han visto hombres que soñaban una nueva república, fundada sobre principios muy diferentes de los en que estribaba la sociedad en que vivían. Pero estos filósofos no salían por lo común de la esfera de tales; contentábanse con meditar en el retiro de su gabinete, con pasearse en espíritu por mundos imaginarios; y lo más a que se atrevían era escribir un libro, que más bien publicaban como obra de instrucción y pasatiempo, que no como proyecto realizable. No ha sucedido así en nuestro siglo, pues que los reformadores no han querido resignarse al papel de utopistas, sino que, empeñados en hacer aplicaciones de sus ideas, se han erigido || en fundadores y directores de una sociedad nueva, enteramente calcada sobre los principios que ellos excogitasen.

Examinando este fenómeno en sí, e investigando las causas de tamaña diferencia, las encontraremos en el inmenso desarrollo que en todos sentidos ha tenido el espíritu de libertad; en esas tendencias democráticas que forman uno de los caracteres de nuestra época; en esa excentricidad de los entendimientos que carecen de toda idea fija que pueda servirles de polo; en ese vuelo de los sentimientos y de la fantasía que se complacen en salir del mundo real y en divagar por regiones imaginarias; en ese profundo malestar, en esa inquietud febril que trabaja los ánimos y mucho más a los hombres de genio, después que se han hundido en ellos las creencias religiosas y se ha arrebatado al triste mortal esperanza de mejor vida más allá del sepulcro.

Ahora el pensamiento no se contenta con permanecer oculto en el bufete del sabio: teniendo a la vista la expe-

riencia de la realización de otros que le parecen más arduos, apenas concebido forcejea por descender al terreno de la práctica. Borrados los límites de la verdad y del error, de la justicia e injusticia, se encuentra detenido por leves rayas que separan lo conveniente de lo dañoso, tiradas muchas de ellas por los mismos hombres que destruyeron ayer, y que proclaman || como de eterna duración la obra que han levantado hoy sobre las ruinas de lo que nos legaron los siglos. Entonces el pensamiento concebido con fuerza, ardiente como la matriz donde se ha formado, lleno de energía y brío como la cabeza en que se agita, indígnase contra la resistencia que le oponen otros pensamientos, que cuando más mira como sus iguales, y como que les dice: «¿Quiénes sois vosotros para decirme: *No pasarás de aquí*, como el Criador a las olas de la mar? Vuestros títulos se fundan en que llegasteis ayer y yo he llegado hoy: para vosotros no prescribió lo antiguo, que contaba su existencia por siglos, ¿y queréis que prescriba lo vuestro, que no tiene de duración más que un día? Ya que vosotros lo habéis ensayado, dejadme que yo ensaye también; ya que habéis reconstituído la sociedad del modo que bien os ha parecido, dejadme que yo la reconstituya también como mejor me agradare. Si vosotros invocasteis la humanidad, yo la invoco también; si proclamasteis la libertad, yo la proclamo también; si tronasteis contra la desigualdad, yo trueno contra ella también; si condenasteis como injusto todo lo existente, injusto lo declaro yo también, y como tal lo condeno, incluso lo que vosotros habéis añadido. Vosotros invocasteis la humanidad para hacerla participante de los derechos políticos, y llamando alrededor de las urnas electorales a un número muy reducido le habéis || dicho: «Conténtate con esto y cree sobre nuestra palabra que ejerces la soberanía»; yo llamo a la humanidad, no para que asista a combinaciones artificiosas que ni sacian su hambre, ni apagan su sed, ni cubren su desnudez, ni lisonjean siquiera su orgullo, ya que a la mayor parte de los hombres los priváis de este derecho; yo la llamo a la comunidad de bienes, a la participación de goces positivos, a disfrutar una felicidad hasta aquí desconocida, con la satisfacción de todas las necesidades, de todas las pasiones, de todos los caprichos. Vosotros proclamáis una libertad que no exime al pobre de la dependencia del rico, que encadena al criado a los pies de su amo, que deja al mendigo tiritando de frío a las puertas del palacio del poderoso, mientras éste se embriaga de placer en sus brillantes y voluptuosos festines; yo proclamo una libertad que no consiente diferencia de pobres ni de ricos, y que por lo mismo no deja a unos esclavos de otros; vuestra igualdad

es una igualdad mentida, porque deja la espléndida morada del magnate insultando la asquerosa mansión del infeliz, y el traje ostentoso del rico al lado de los andrajos del necesitado; yo sostengo que no hay igualdad mientras se conserve desigualdad tan repugnante; yo no quiero que la impetuosa carroza donde briosos caballos, lujosamente enjaezados, arrastran a un mozo en la flor de sus días, atropelle al anciano desvalido, que trémulo y falto de fuerzas || puede apenas sostenerse apoyado en su bastón; yo quiero que uno mismo sea el traje de todos, igual la habitación, igual la satisfacción de las necesidades, igual el goce de los placeres; no quiero que del sudor de muchos se alimenten y gocen los pocos; quiero que los productos del trabajo se distribuyan en porciones equitativas; no quiero que resulten inmensas ventajas al capitalista, no reportando al pobre trabajador más que un miserable salario: esto es igualdad: esto es libertad: aquí está la verdadera tabla de los derechos: éstos son los verdaderos intereses del linaje humano: lo demás son groseras mentiras.» Esto dice el pensamiento de hoy al pensamiento de ayer; esto es natural que le diga, una vez desatendidos los principios de justicia y reconocidos únicamente los de conveniencia, apreciada conforme al juicio del más fuerte. Un abismo invoca otro abismo; y esto indica la necesidad de conservar intactos los principios eternos, tutelares de las sociedades, sin los cuales el mundo se convertiría en un caos.

Al hombre que considera la sociedad desprovisto de las luces de la religión cristiana, no extrañamos que le asalten dudas terribles sobre la justicia y la conveniencia de la organización existente y de la pasada, y que se abandone a osados pensamientos encaminados a trastornarlo todo para ensayar otros sistemas. *Humanum paucis vivit genus.* «El linaje humano es patrimonio || de pocos», dijo un escritor antiguo, y esta repugnante aserción que tan exactamente se verificaba en las sociedades gentiles no deja aún en la actualidad de ser verdadera bajo muchos aspectos. Antes del cristianismo la esclavitud tenía igualados con los brutos a un número inmenso de hombres. En el derecho romano, que se ha apellidado la razón escrita, los esclavos no eran considerados como hombres, sino como cosas, y, poseyendo el dueño el formidable poder de vida y muerte, un infeliz era arrojado a las murenas por haber roto un vaso. Si perecía asesinado un amo, eran conducidos al patíbulo todos sus esclavos, aun cuando fueran a centenares; después de haber servido a fomentar la vanidad, a sostener el lujo, a satisfacer todos los caprichos del difunto durante su vida, se vertía la sangre de todos por la mera sospecha de que uno de ellos se hubiese arrojado a cometer un crimen, a que

quizás le impulsara la desesperación provocada con un tratamiento cruel. ¡Cuántas generaciones de esos infelices han pasado sobre la tierra viviendo en la mayor abyección, en medio de las mayores fatigas, sufriendo las más duras privaciones, soportando penosísimos trabajos! ¡Cuántos suspiros que nadie escuchara, cuántas lágrimas que nadie enjugó, cuántas aflicciones que nadie pensó en consolar! Ved lo que sucede en las colonias con los infelices negros, a pesar de la influencia del cristianismo, de la suavidad || de las costumbres, del progreso de la civilización y cultura, y conjeturad lo que sería del humano linaje dominando en casi todo el universo un sistema tan degradante y desastroso.

A más de los esclavos existían también numerosos pobres, resultado de la emancipación o de otras causas. Esas clases inundaban las plazas públicas de Atenas y de Roma, y vendiendo su voto a los poderosos eran un perenne elemento de disturbios y revoluciones. También de ellas se verificaba que vivían para pocos, que a pocos pertenecían como un patrimonio; pues que esta suerte cabe al desgraciado que para adquirir los medios de subsistencia se ve precisado a ser instrumento de las miras o de los caprichos ajenos. Para esas turbas era indiferente que la forma de gobierno fuera más o menos libre. ¿Qué le importa al pobre el ganar su sustento obedeciendo silenciosamente las órdenes de quien lo paga u obedecerlas también voceando por su mandato en una plaza pública?

No puede negarse que con la extensión y arraigo del cristianismo se mejoró asombrosamente el estado de las clases más numerosas, pues que desde luego los esclavos fueron tratados con más dulzura, los pobres socorridos con más solicitud y generosidad, y, añadiéndose a esto que por distintos medios se fué realizando la emancipación y se anduvieron fundando establecimientos de beneficencia para todo género de || necesidades, resultó que el infeliz desvalido no se halló en aquel espantoso abandono en que le dejara la crueldad de las costumbres paganas. Largos siglos ha continuado la religión sus obras en favor de la humanidad; largos siglos se ha meditado y trabajado para hacer el infortunio menos general y menos duro; sin embargo, menester es confesar que el aspecto de la sociedad dista mucho de ser satisfactorio, que todavía ofenden desigualdades monstruosas, que todavía entristece el corazón la presencia de horribles calamidades, todavía vemos la risa al lado del llanto, el placer al lado del dolor, el lujo escarneciendo la desnudez, la prodigalidad más escandalosa insultando a la miseria agobiada de privaciones.

Y quien considere estos objetos en su aislamiento, sólo

fijándose en lo que ofrecen de aflictivo y repugnante; quien a la vista de ellos no pueda levantar los ojos al cielo y no medite sobre el origen y destino del hombre; quien no posea la clave misteriosa que explica estos incomprensibles arcanos señalando la causa de tantos males en una degeneración primitiva; quien abandonado a las luces de su flaca razón y a los impulsos de un corazón sensible contempla el mal sin compensación, el sufrimiento sin esperanza de consuelo, la maldad sin temor de castigo, el placer sin la amargura del remordimiento, nada extraño es que proteste contra semejante desigualdad, que se indigne || contra lo que él apellida chocante injusticia, que clame por el remedio de tantos males y que prefiera el trastorno del mundo a la continuación de las calamidades presentes.

No nos cansaremos de repetirlo: sin las luces de la revelación, el hombre, la sociedad, el universo entero son un misterio incomprensible; sin ese faro que esclarece las tinieblas no es dable explicar el conjunto de verdad y de error, de bien y de mal, de grandor y de pequeñez, de elevación y de vileza, de felicidad y de desdicha, de goce y de dolor que se nota por todas partes, en todas las edades, en todos los sexos y condiciones; no es dable concebir cómo sin una caída de que haya sufrido todo el humano linaje, éste vive sobre la tierra tan colmado de infortunio. Al contrario, si nos atenemos a lo que nos enseña la augusta religión del Crucificado, si recordamos que el hombre no salió de las manos del Supremo Hacedor tal como ahora se encuentra, sino con la luz en el entendimiento, la rectitud en el corazón, inundada de gracias su alma, colmado su cuerpo de bienestar, rodeado de prosperidad y de ventura, con las pasiones sujetas a la voluntad, la voluntad sometida a la razón y todo el hombre sujeto a Dios; si no olvidamos que el pecado destruyó esta hermosa obra, y que indignado el Señor contra su criatura le dijo que moriría, que comería el pan con el sudor de su rostro y que la || tierra le produciría espinas y abrojos: si tenemos presente esa admirable historia donde se contiene la clave para descifrar el enigma del mundo, entonces nada de lo que vemos nos asombra: en la serie de los acontecimientos aflictivos que se nos ofrezca contemplamos la mano de la Providencia conduciéndolo todo a sus altos designios, y no nos atrevemos a blasfemar contra los arcanos del Omnipotente.

Por esto habíamos dicho en otro lugar, y repetimos aquí, que la religión es la verdadera filosofía de la historia; porque sin esta lumbrera no hay ideas fijas, no hay principios seguros en ninguna parte: el hombre vacila, duda, avanza, retrocede, camina incierto y al acaso; aun cuando su razón natural le enseña muchas verdades, siente, no obstante,

un vacío, experimenta la necesidad de un punto de apoyo más firme, de algo que le corrobore en su languidez, que le fije en su paso fluctuante, que le aliente y sostenga cuando desfallece. ¿Quién no ha probado mil veces ese estado indefinible del alma cuando se abandona a meditar sobre los profundos arcanos del universo, dejando a un lado la enseñanza de la religión? ¿Quién no se ha retirado de esas regiones de vaguedad y de tinieblas con aquella postración y abatimiento que resultan de grandes esfuerzos para alcanzar lo imposible? ¿Quién no se ha convencido por esta triste experiencia de que son *tímidos los pensamientos del mortal,* || *de que son inciertas nuestras providencias?* Cuando la religión no nos proporcionara otras ventajas que la fijeza de principios con cuyo auxilio resolvemos sin trabajo los más difíciles problemas sobre el origen y destino de la humanidad, debiéramos estarle agradecidos por un beneficio que, a un mismo tiempo que nos comunica la luz de la ciencia, tranquiliza nuestros espíritus en medio del infortunio, infundiéndoles la resignación y la esperanza.

Considerada la humanidad desde el punto de vista en que nos coloca la religión, vemos un magnífico conjunto con todas sus partes, con todas sus relaciones, con todos sus lunares y bellezas; en ella, todo viene del cielo y va a parar al cielo; el bien dimana de la misericordia infinita; los sufrimientos son castigos; la ignorancia es la pena que ha seguido al orgullo del saber; la muerte es el resultado de haber querido el hombre ser igual a Dios; y la vida llena de afanes, de trabajos y miserias, es el fruto de haber tenido en poco otra vida sosegada, placentera, feliz, encantada con los hechizos de la inocencia. Los desgraciados que carecen de estas luces o se obstinan en despreciarlas no ven en el hombre otra cosa que un ser que lucha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar; ansioso de saber y sumido en la || ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas: por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina, o le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo. ||

ARTICULO 2.º

Teorías de Roberto Owen.

SUMARIO.—Circunstancias particulares de este innovador. Su *Manifiesto* de Londres. Rechaza todos los sistemas sociales que han existido hasta ahora. Intolerable orgullo de Owen. Lo que son los innovadores sin el cristianismo. Origen de sus errores. Sus calumnias contra la humanidad. Sus pomposas promesas. Nuevo espíritu y nueva voluntad que pretende producir en el género humano. Bienestar universal. Prontitud de su realización. Owen se lisonjea de realizar sus tan brillantes sueños sin revoluciones sangrientas. Consideraciones que quiere tener a lo que él apellida las viejas supersticiones. Extraña confianza con que habla de sus proyectos y de la proximidad de su realización.

Expusimos en el artículo anterior el origen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habían aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter e indicamos su tendencia, advirtiendo las consecuencias trascendentales y funestas a que puede conducir la propagación de tan graves errores. Mas como quiera que en el lugar citado hablamos en general y no nos era posible descender a pormenores, ni sobre los escritos de los socialistas, ni sobre los ensayos a que se || han aventurado, lo haremos en los artículos sucesivos, comenzando en el presente por el que sin duda es más digno de llamar la atención, aun cuando su nombre sea entre nosotros menos conocido que el de Saint-Simon y de Fourier.

Roberto Owen es a un tiempo teórico y práctico, distinguiéndose de los demás reformadores en que éstos comenzaron por excogitar teorías que luego se proponían poner en planta, y él principió por obrar, y de sus mismas obras recibió la inspiración de su teoría. Sin duda que ésta es altamente errada, extremadamente dañosa y disolvente; mas, por lo mismo que sale de la boca de un hombre práctico y que, si bien ha caído en la manía de escribir mucho, no puede negársele que ha pasado gran parte de su vida en el ensayo de sus doctrinas, éstas son mucho más peligrosas, dado que son más a propósito para seducir en este siglo que tanto se precia de amante de los hechos.

Roberto Owen comienza por declarar errados y dañosos todos los sistemas sociales que han existido hasta el día de hoy. En su célebre *Manifiesto* publicado en Londres el 2 de febrero de 1840, estampa sin rodeo ni embozo que el sistema de sociedad que ha prevalecido hasta nuestros días

tiene su origen en nociones imaginarias salidas de un estado primitivo, grosero e inexperto del espíritu humano, añadiendo en seguida que «todas las circunstancias exteriores que || rigen el mundo son obra del hombre y se resienten de estas nociones primitivas e imperfectas». Mucha osadía es necesaria para condenar tan decisivamente todo lo que ha existido y existe; y revela ciertamente un orgullo desmesurado la pretensión de dar a la sociedad una organización nueva y enteramente satisfactoria, cuando se supone que se la encuentra envuelta en un caos, de que no le ha sido posible salir en todos los siglos anteriores. Mil veces se ha dicho que la organización social era susceptible de grandes mejoras; que había muchos bienes que producir y males que remediar; que la ignorancia, la malicia y las pasiones de los hombres alteraban la armonía que reinar debiera en el mundo, y que era muy importante el neutralizar por todos los medios posibles esa funesta influencia en cuanto cabe atendida la mísera condición de la prole de Adán. Pero Owen no se limitaba a deplorar los males que nadie niega, y antes de proponer el sistema con el cual intenta regenerar la sociedad, quiere dejar asentado que hasta él nada bueno se había hecho y que no se tenían sino nociones imaginarias salidas de un estado de grosería e inexperiencia.

Según Owen, los hechos prueban de una manera evidente, a quien observe y reflexione, que esas nociones primitivas y groseras son erróneas de un modo lamentable; y que en las edades precedentes, las cuales || pueden ser justamente llamadas el *período irracional de la existencia humana*, el hombre ha sido engañado con respecto a su propia naturaleza y conducido a ser el más imperfecto e inconsecuente de todos los seres. Esta expresión del *período irracional de la existencia humana* es sobremanera peregrina; mayormente cuando veremos en lo sucesivo que el juez que se atreve a pronunciar un fallo tan severo establece doctrinas degradantes que sin duda acarrearían un período irracional de la existencia humana, si posible fuera que llegasen a realizarse.

Y ¿en qué funda el orgulloso filósofo esta condenación en que envuelve a la humanidad entera? ¿Ha descubierto por ventura algún hecho desconocido? ¿Ha levantado el velo que cubriera algún arcano, o puede alegar alguna cosa de que no tuvieran noticia los que hasta aquí han meditado sobre el destino del humano linaje? No ciertamente: sólo que según él la historia de la raza humana demuestra invenciblemente el estado grosero del espíritu humano, y cada una de sus páginas contribuye a establecer con pormenores lo insensato e irracional de su tendencia. ¿Así se

borran de una plumada los siglos de Pericles, de Augusto, de León X, de Luis XIV? ¿Así se desprecian las glorias del presente, declarando al espíritu humano grosero, insensato e irracional, cuando se imaginaba poder lisonjearse de su desarrollo, adelantos y || espléndida cultura? «Esta historia, dice Owen, ha sido una serie de guerras, de pillaje, de degüellos, de divisiones interminables, de mutua oposición a un estado de paz y de felicidad; un largo período en el cual cada uno ha estado en lucha con todos y todos con cada uno; principio de conducta admirablemente calculado para producir la menor prosperidad y la mayor miseria posible.» En estas palabras del reformador hallamos el origen de sus extravíos, origen que consignamos ya en el artículo precedente: la vista de las calamidades que han afligido y afligen al género humano.

Si bien se observa, éste es el punto de partida de todos los errores en esta materia; hombres que no profesan ningún principio de religión, que no llevan en cuenta las tradiciones antiguas, que no hacen caso de las creencias de los pueblos sobre la existencia de un trastorno primitivo, fijan su mirada sobre la triste condición que cabe a los hombres en esta tierra de infortunio. ¿Dónde está la justicia?, preguntan entonces. ¿Dónde la equidad? ¿Cómo es que esa débil criatura haya de ser víctima de tantos padecimientos? Y faltos de la luz de la fe, empeñados en no aclarar su filosofía con los resplandores que la revelación puede prestarles, aun cuando no la acataran como obra divina, se pierden en sus vanos pensamientos, los unos negando a Dios, los otros blasfemando de la Providencia, éstos acusando a la humanidad entera, aquéllos || echando la culpa a la superstición y al fanatismo; en una palabra, divagando en todos sentidos en busca de una verdad que, si la buscasen con corazón recto e intención pura, la encontrarían consignada en la enseñanza del cristianismo.

Que se agiten en insensatas teorías, que excogiten extravagantes sistemas, sólo la religión cristiana ha dado la clave para explicar los misterios del hombre y de la humanidad: no hay otro fundamento que el que ella ha puesto, no sólo para levantar el edificio religioso, pero ni siquiera para formar un cuerpo de ciencia. El hombre sin la luz de la revelación es un caos; y si se resiste a creer los misterios porque le son incomprensibles, no advierte que se priva de la comprensión de uno de ellos, el más importante y más allegado, nada menos que él mismo.

Es bien extraño que Owen declare grosero el espíritu humano en todos los siglos y bajo todos los sistemas que nos han precedido, afirmando que el principio de conducta de la humanidad fué el estar en lucha cada uno contra to-

dos y todos contra cada uno, sin recordar siquiera las máximas de caridad y fraternidad tan inculcadas por el cristianismo. Si Owen se hubiese limitado a decir que las pasiones oponen gravísimos obstáculos a la realización de esas máximas, y se hubiese lamentado de la ceguedad y malicia de los hombres en no querer escucharlas, impidiendo || así el que la tierra se convierta en un paraíso, habrían estado de acuerdo con él todos los cristianos y hubieran convenido en que era de la mayor importancia el trabajar de continuo para el planteo de instituciones donde los preceptos y consejos del Evangelio tengan una realización efectiva en beneficio de los necesitados y en consuelo de los infelices. Pero condenar todo lo que ha existido y existe sin excepción alguna, afirmar que todas las instituciones son emanaciones directas de los errores primitivos groseros y graves de nuestros antepasados, tratar de una manera tan insultante todos los principios y sistemas que hasta el presente han regido las sociedades, no era muy a propósito para atraerse prosélitos entre las personas sensatas, antes sí muy conducente a irritar los ánimos, cuando no por otra razón, siquiera por lo lastimado que debía sentirse el amor propio de cuantos tomaran parte en las instituciones que tan altamente se despreciaban.

En lugar de un sistema de ignorancia profunda, que fuerza al hombre desde su niñez a ser irracional, inconsecuente e incompetente para juzgar sus errores más notables, tanto en su espíritu como en su conducta, asegúranos Owen que va a proponer a todos los pueblos del globo otro sistema social, enteramente nuevo, fundado sobre los principios nacidos de hechos invariables, y en perfecta armonía con las leyes | de la naturaleza: sistema en que cada uno adquirirá la asistencia de todos y todos la asistencia de cada uno; principio admirablemente calculado para producir la mayor prosperidad y la menor miseria posible.

Este sistema, opuesto totalmente al pasado y al actual, realizará sobre la tierra los mayores prodigios; pues que creará un *nuevo espíritu y una nueva voluntad en todo el género humano,* y nos conducirá a todos por una *necesidad irresistible* a ser consecuentes, racionales, sanos de juicio y prudentes en la conducta. Hasta aquí se había tenido como una inmensa ventaja el allanar a los hombres el camino de la virtud, el lograr que, usando bien de su libre albedrío, observasen una conducta juiciosa y prudente; mas con el sistema de Owen se habrá verificado en nuestra naturaleza una mudanza tan profunda, será tal el milagro de la creación de un nuevo espíritu y de una nueva voluntad, que no sólo seremos racionales, consecuentes y observantes de una conducta juiciosa, sino que no podremos menos de ha-

cerlo así, pues que todos seremos llevados a ellos con necesidad irresistible. Jamás hombre alguno prometiera más beneficios a la humanidad; jamás se ofreciera a ésta más lisonjera perspectiva; jamás se pronunciaran palabras que pudiesen embriagarnos de igual gozo y esperanza, si desgraciadamente la misma exageración no nos pusiese de bulto el engaño, si no viéramos que || se nos quiere regenerar, y se comienza por despojarnos de nuestro libre albedrío. pretendiendo conducirnos al bien por una necesidad irresistible.

Y no se crea que Owen hable conjeturando y no con entera seguridad de los resultados del sistema que se propone realizar: él abrirá al hombre los ojos sobre la degradación presente y pasada de la razón humana, sobre la demencia y absurdidad de nuestras instituciones, sobre la imperiosa necesidad en que nos hallamos de reemplazarlas con otras basadas sobre hechos comunes y en armonía con nuestra naturaleza. Por lo tocante a las dudas que pudieran ocurrir sobre esas instituciones, sobre los hechos conocidos y la armonía con nuestra naturaleza, hay señales tan características que con ellas *todo* hombre puede distinguir la verdad del error.

Cuando se haya realizado el prodigioso sistema se pondrá fin a la ignorancia humana, se detendrán los progresos del pauperismo, se le imposibilitará de volver a presentarse, se destruirán las diversas supersticiones que reinan sobre el globo y se alejarán las causas que hasta aquí han dividido a los hombres, ya en hechos, ya en intención, y se alcanzará una abundancia inagotable de todo lo necesario a la vida y a los placeres; la penosa tarea de productor, que tantos sudores nos cuesta, se nos hará más agradable y más fácil. ||

¿Y por ventura será necesario esperar muchos siglos para disfrutar de resultados tan halagüeños? ¿El sistema de Owen se parecerá tal vez a todos los grandes pensamientos que han producido a la humanidad algún beneficio de importancia, los cuales han necesitado mucho tiempo para desarrollar los provechosos gérmenes que encerraban en su seno, arraigándose con lentitud, como suele hacerlo todo lo que ha de durar por espacio muy dilatado? Nada de eso: Mr. Owen conocía muy bien que para herir vivamente las imaginaciones y arrastrar numerosos prosélitos convenía no aplazar para mucho tiempo después el coger el fruto de lo que se sembrase: así es que no tiene reparo en asegurar que su sistema, ya desde el primer año de su adopción, producirá sobre la tierra más bienestar, más comodidades y más moralidad que no nos ha traído el antiguo en

tantos siglos como lleva de existencia y que no podrá traernos jamás.

Creerán los lectores que una mudanza tan radical no podrá efectuarse sin revoluciones sangrientas; que será preciso inundar el mundo en un piélago de sangre y de lágrimas para que salga más radiante y puro, más lleno de prosperidad y ventura; que, a la manera de las revoluciones que se han visto hasta ahora, la humanidad no alcanzará el bien sino soportando grandes males; que no tendrá la dicha sino después de haber agotado la copa del infortunio; que no llegará || a la tierra de promisión sino después de haber divagado largos años por los arenales del desierto. Nada de eso tampoco: el sistema de Mr. Owen, según nos asegura él mismo, efectuará todas estas reformas tan radicales con calma, con tranquilidad, gradualmente y bajo el imperio de un orden tal, que nadie tendrá que sufrir el menor perjuicio en sus intereses morales y materiales; antes al contrario, en todo lugar y en todo país todos los hombres experimentarán con la mudanza una satisfacción y un beneficio.

Ciertamente que no se le puede exigir más al bondadoso reformador: cambiar la faz del mundo, destruyendo radicalmente el sistema que le gobierna y substituyéndole otro enteramente nuevo; crear un nuevo espíritu, una nueva voluntad; conducir a todos los hombres a la razón, a la observancia de una conducta juiciosa; extirpar todos los gérmenes de división, hacer que todos vivamos en amable paz y fraternidad, desterrar la ignorancia y ahuyentar el pauperismo, haciendo imposible su vuelta; adquirir a todos la asistencia de cada uno y a cada uno la asistencia de todos; y para colmo de dicha, atraer sobre la tierra inagotable abundancia de todo lo necesario a la vida y a los placeres, y conseguir tal cúmulo de bienes sin causar el menor daño a los intereses morales y materiales de nadie, sin hacer experimentar la menor desazón, antes causando a todos satisfacción y beneficios, || y esto sin excepción alguna de países ni lugares, es lo que se llama un sistema completo, es el descubrimiento de la piedra filosofal, es dar un mentís a lo que suele decirse de que en esta tierra malaventurada andan los provechos revueltos con los daños, los goces con los dolores, la risa con el llanto; es resolver cumplidamente el problema social, con una perfección que jamás pudiera caber en la más poética fantasía. La humanidad debe regocijarse con la esperanza de ese tiempo bienaventurado; sólo los amantes de lo melancólico, los aficionados a la tragedia, los que se complacen en dramas que hacen derramar abundantes lágrimas, entristeciendo dulcemente el corazón, tienen que quejarse del sistema de Owen. Con la creación del nuevo espíritu y de la nueva voluntad se cegarán algu-

nas fuentes de literatura y de artes: desde entonces no se conocerá más que lo bello y lo agradable, nada que cause horror, nada que hiera los sentimientos, nada que pueda perturbar aquella paz, aquella tranquilidad, aquella apacible bonanza de que disfrutará el humano linaje. El siglo de oro de los antiguos poetas nada tiene que ver con lo que se nos promete seriamente desde Londres en 1840: los manantiales de leche, los árboles sudando sabrosa miel, el corderillo jugueteando con el león, la hiena llevando sobre sus espaldas al tierno niño, los campos abriendo su fecundo seno para regalarnos con toda || especie de frutos, hechizando nuestra vista con varios y exquisitos colores, y recreando nuestro olfato con apacibles y exquisitos aromas, pueden dar apenas una escasa idea de lo que será el mundo cuando se resuelva a escuchar las palabras y aceptar los favores con que le brinda el fabricante inglés.

Un punto quedaba capaz de turbar los ánimos y de retraerlos de prestar oído a los consejos de Owen, y era el haber dicho que con su sistema se destruirían las diversas supersticiones que reinaban sobre el globo. Las conciencias tenían sin duda de qué alarmarse viendo que tan sin rodeos se condenaban todos los sistemas antiguos, en los cuales iban envueltas todas las religiones. En esta parte no le es posible a Mr. Owen dar explicaciones cumplidamente satisfactorias, a no ser que consienta en dar por el pie a su propia obra admitiendo que antes de él hubo quien tuviese sobre la humanidad ideas razonables. Como él estriba en el supuesto de que hasta su aparición el espíritu humano ha vivido en un estado grosero e irracional, no le es dado reconocer que ninguno de los fundadores de las religiones hubiese acertado en el verdadero sistema; así es que no puede transigir en lo tocante a la necesidad de destruir lentamente todas las supersticiones que dominan en el globo. Mas con la mira de que no se alarmasen los tímidos, recelando que no sobrevinieran violencias y persecuciones, asegura Mr. Owen que por consideración a los errores del antiguo estado social y no herir de ninguna manera las conciencias, el nuevo sistema arreglará las cosas de tal suerte que las viejas supersticiones de cada pueblo mueran de muerte natural, lográndose esto con los menores inconvenientes posibles para los individuos que las profesan y con el mayor respeto a las flaquezas humanas. Por lo demás, añade que, siendo los dos sistemas enteramente distintos, es claro no ser posible la fusión entre ellos, ni aun en el período en que el uno absorberá el otro. El nuevo, como que estará basado sobre la verdad, no admitirá decepciones en la vida pública ni privada, ni entre los individuos ni entre los pueblos; dejando al viejo, que está fundado sobre el

error, el que se defienda con la ayuda de sutilezas y mentiras.

El fundador del nuevo sistema ofrece una garantía de que puede realizar lo que promete, en que pasó el primer período de su vida ocupado en la industria, en que es un hombre de negocios, de orden y de experiencia, y que las instituciones que ha excogitado, fundadas sobre los principios de nuestra naturaleza y en armonía con ellos, le han sido inspiradas por el conocimiento práctico de las cosas.

No teme el autor de tantas maravillas las dificultades que puedan ofrecerle los hombres inteligentes en la materia; pues que afirma que sus instituciones nuevas, || a pesar de la extraordinaria combinación que encierran, organizando las cosas de manera que toda la raza humana reciba en premio de su trabajo ventajas cien veces más grandes que las proporcionadas por el antiguo sistema *a ningún individuo*, esos planes inauditos hasta el día de hoy, esas combinaciones que deben formar un nuevo mundo moral y dar al hombre un carácter racional, están prontos a sufrir el examen de los más sabios, más prácticos, más experimentados en los cuatro ramos esenciales de la vida humana, que son: 1.º, la producción de las riquezas; 2.º, la distribución de ellas; 3.º, la formación del carácter humano desde la niñez; 4.º, el establecimiento de un gobierno local y general.

El inventor se lisonjea de que se aproxima la época de la realización de sus grandes designios, de la destrucción entera y pacífica del inmoral sistema que ha regido hasta ahora, y cree ver una señal que anuncia la cercanía de la innovación en la *consternación* de los hombres que se imaginan tener un interés material en la conservación del antiguo estado de cosas. Según él, esto indica que ha sonado la hora de la transformación: la atención de los pueblos se siente llamada hacia tan importante objeto, y dirigen sus miradas a esa felicidad en que se interesan los presentes y los venideros.

¿Cuál será el sistema tan maravilloso al cual prodiga || su autor tan entusiastas elogios? ¿Cuáles serán los medios que se propone emplear para conseguir tan estupendos resultados? ¿Le ha sido revelada quizás la naturaleza del espíritu humano de una manera desconocida hasta el presente? ¿Ha penetrado los arcanos del corazón descubriendo resortes de que no se tenía idea para obrar sobre él y producir efectos que nadie pudiera prometerse? Digna es ciertamente de examinarse esta cuestión, digno es el sistema de Owen de ser sometido a discusión rigurosa, mayormente en la parte tocante a las teorías, con las cuales intenta corregir las ideas que según él habían sido hasta aquí falsas

y groseras, teniendo el espíritu humano en un estado irracional del que salían como de la caja de Pandora los males que han afligido la tierra. ||

ARTICULO 3.º

Continúa la exposición de las teorías de Owen

Sumario.—Lo que es el hombre según las doctrinas de este reformador. La doctrina de Owen es un plagio de la escuela materialista y fatalista. Niega la espiritualidad del alma y el libre albedrío. Horribles consecuencias de semejante doctrina. En qué consiste, según él, la verdadera felicidad.

El hombre, según Owen, es *un compuesto de organización original y de influencias exteriores*, de las cuales resultan los sentimientos y convicciones, manantiales de nuestros actos. No siendo el hombre dueño de modificar su organización ni las circunstancias que le rodean, se sigue que, así los sentimientos como las convicciones, como los actos que de ahí dimanan, son hechos forzosos, necesarios, contra los cuales él no puede nada; los sufre, no los arregla; están fuera del alcance de su consentimiento; de suerte que el individuo se ve precisado a recibir ideas exactas o falsas, sin que pueda desear las primeras ni || desechar las segundas. Su carácter es un hecho accidental, independiente de él; y su voluntad, resultado de convicciones y de sentimientos *esclavos, no tiene ni espontaneidad ni libertad.* De donde resulta que, siendo el hombre juguete a un tiempo de su organización, que él no ha arreglado, y de las circunstancias de su educación, que no está en su mano combatir, sería la más chocante injusticia el declararle responsable de las palabras o de los actos, *a los cuales se halla empujado por un concurso de necesidades inexorables.*

No debía Mr. Owen ofrecernos con tan pomposas palabras el desarrollo de una teoría que nada tiene de nuevo, que es un miserable plagio de la escuela materialista, que no añade ni una sola idea luminosa a lo que dijeron en todos tiempos y países los que formaron el insensato empeño de rebajar al hombre hasta el nivel de las plantas. Los que han negado la existencia de un espíritu distinto del cuerpo han debido establecer por necesidad que el hombre era un compuesto de organización original y de influencias exteriores; pues quitada el alma como distinta del cuerpo, claro es que sólo queda éste con su organización natural, o si se quiere llamarla original, y con las modificaciones que

esta organización reciba de las influencias que la rodean. En tal caso es cierto que los sentimientos y las convicciones y todos los actos del hombre serían el resultado de combinaciones puramente || materiales, y que éste, por consiguiente, no sería responsable de cuanto quisiese u obrase, dado que carecería enteramente de libertad, y estaría llevado al ejercicio de sus facultades con la misma fuerza irresistible que los cuerpos abandonados a sí mismos se precipitan hacia el centro de gravedad.

Espanto causa que una teoría con la cual se pretende arreglar el mundo se inaugure con tan tristes auspicios como son la negación del espíritu del hombre, la negación de su libertad, la negación de su responsabilidad, la proclamación solemne de que no somos más que un puñado de materia organizada, y de que todos nuestros pensamientos, nuestras voluntades, nuestros actos no son más que funciones necesarias sobre las cuales nada tenemos que ver, nada podemos, no siéndonos dado otra cosa que entregarnos a sus impulsos como el péndulo a sus oscilaciones. Espanto causa el reflexionar lo que sería del mundo si llegase a dominar tan funesta doctrina; no sólo se destruirían las ideas de virtud y de vicio, que ni siquiera son concebibles en faltando la libertad; no sólo desaparecerían las nociones de bien y de mal moral que fueran absurdas, si se las aplicase a la materia organizada; no sólo desaparecerían todas las esperanzas y hasta los pensamientos de una vida futura, sino que hasta la presente perdería de una vez todo lo que tiene de bello y de sublime. ||

¿Qué son las ideas, si se supone que no tienen su asiento en un espíritu inmortal y que no son más que el producto de la organización de la materia? Los sentimientos más puros, más hermosos, más elevados, ¿en qué se convierten desde el momento que llegásemos a figurárnoslos a manera de funciones de un órgano corpóreo? El hombre entero pierde su íntima naturaleza, no es a nuestros ojos nada de lo que era antes, desde que le consideramos sin mérito ni demérito, sin virtud ni vicio, sin responsabilidad de sus actos, sin libre albedrío, sin alma. Entonces ya no es una criatura a imagen y semejanza de Dios, ya no tiene altos destinos a que llegar, ya no tiene arduas empresas que acometer: mísera porción de materia organizada, parte imperceptible de ese universo en medio del cual se encuentra arrojado, sin saber por quién ni para qué, hállase condenado a sufrir las duras condiciones de su existencia, arrastrándose como vil gusano sobre ese montón de polvo que se le ha señalado por morada. Sometido a leyes de inexorable necesidad, nada puede hacer, ni para mudar su suerte, ni para mejorarla; sus acciones, su voluntad, sus

pensamientos, sus sentimientos, sus instintos, todo cuanto es y todo cuanto tiene, todo depende de la organización que le ha cabido en suerte y de las circunstancias que le han rodeado. Si ejerce un acto que le parezca virtuoso y que deje en el fondo de su alma la purísima || satisfacción de haber cumplido con su deber, ha de desechar aquella idea que tanto le halaga, como vana ilusión contraria a la verdadera filosofía; ya que el acto que le pareciera virtuoso no es más que un producto de su organización material, no ha contraído ningún mérito ejerciéndole, no ha cumplido con ningún deber, porque es un absurdo hablar de deberes y de méritos aplicándolo a operaciones que dimanan de la organización de la materia.

La humanidad, si por desgracia pudiese llegar a tener un solo día estas horribles convicciones, se sentiría degradada de repente: su frente se abatiría al suelo como la de los brutos, el corazón cesaría de latir con nobleza, apagárase la luz del entendimiento, relajárase la energía de la voluntad y, abandonado el hombre a los instintos más brutales, abdicaría el hermoso título de rey de la creación.

Pero en vano es que la ceguera del orgullo se empeñe obstinadamente en excogitar extravagantes sistemas para destruir lo indestructible. El sentimiento de la libertad está en el fondo de nuestra conciencia; en vano intentaríamos sofocarle; una voz interior nos clama que somos libres; antes de obrar experimentamos que podemos dejar de obrar; cuando hacemos una cosa sentimos que podríamos hacer otra; y si alguna vez nos proponemos ejercer adrede el libre albedrío, hallamos que no tiene límites, desde el acto || más juicioso hasta el más extravagante y ridículo.

La responsabilidad de nuestros actos es evidente en igual grado. Cuando hemos obrado bien sentimos un placer indecible emanado de una aprobación interior de lo que acabamos de ejecutar: la acción virtuosa deja en nuestra alma una impresión en extremo agradable, como la flor que al abrir su capullo exhala un suavísimo aroma. Al contrario, cuando nos hemos apartado de nuestro deber, cuando hemos cometido una acción fea, o hemos dejado de ejercer otra a que estábamos obligados, el remordimiento brota al instante en el fondo de nuestro corazón: una voz íntima que sale de lo más recóndito de nuestra alma nos reprende con lenguaje severo; en vano nos excusamos a los ojos de los demás, en vano apelamos a efugios para disculparnos en nuestra propia conciencia, en vano huimos de nosotros mismos para no escuchar esa voz que nos importuna y aflige; ella nos persigue en medio de nuestras distracciones, de nuestros placeres, de nuestra disipación insensata; ella nos persigue de día y de noche, en la vigilia y en el sueño, en la

salud y en la enfermedad, en la dicha y en el infortunio, y de continuo nos dice: «Has obrado mal.»

Pero sigamos a Mr. Owen en sus desatentadas teorías. La felicidad, según él, *la verdadera felicidad, producto de la educación y de la salud,* consiste en el deseo de aumentar los goces de nuestros semejantes || y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociación con seres simpáticos, en la ausencia de la superstición, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras, cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿Qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es más que un poco de materia organizada? ¿Qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no existe, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar a los incautos amontonando expresiones que carecen de sentido en la teoría a que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo, todo lo que ha existido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpáis a los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado a pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema a quien ingrato despreciáis? ¡Ah! es que en el vuestro os sería preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si expresase exactamente vuestras doctrinas sería un cúmulo de absurdidades y degradación, que no os atreveríais a ofrecer a los ojos de ningún hombre que no hubiese || perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así cuando habláis de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, o no significan nada en el vuestro, o significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Según vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia y que la realiza con actos benéficos no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien ejecuta lo que no puede menos de ejecutar; obedece a una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agostada y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas: formad conforme a ellas vuestro diccionario y atreveos a estampar en él las palabras de beneficencia y caridad. ||

ARTICULO 4.º

Continúa el examen de las teorías de Roberto Owen.

SUMARIO.—Cuál es la religión de este reformador. Sus errores sobre el culto. Ciencia de gobierno. Quiere llegar a la abolición de toda recompensa y de toda pena. Quiere declarar la completa irresponsabilidad del individuo. Lo que sería la sociedad con estas doctrinas. Vida común. Imposibilidad de realizarla. Las jerarquías de Owen. Su sistema de educación. Owen suelta la rienda a todas las pasiones. Su sistema considerado bajo el aspecto económico. Su influencia en aumentar la violencia de las pasiones y el choque de los intereses individuales. Lo que es la vida común bajo la influencia religiosa. El resultado del sistema de Owen sería la pereza, la indolencia más cumplida, el abandono más cumplido a todo linaje de pasiones. Se confirma con lo sucedido a Owen en América en su ensayo de New-Harmony. Es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como desearíamos que fuesen. Conclusión.

Según Mr. Owen, la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoría más exacta de la producción y de la distribución de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad y el || método del gobierno. ¿Cuál será la religión de semejante sistema? Nada menos que *la religión de la caridad,* religión que se muestra muy reservada sobre todo lo que excede nuestros conocimientos, pero que, sin embargo, admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesión de fe es una vana fórmula, un hipócrita homenaje tributado a la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarían de horror si se les predicase el ateísmo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto a este Dios, criador, eterno e infinito, el fundador del sistema *racional* no establece otra adoración que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme a los impulsos de su naturaleza* y alcanzar el fin de su existencia. Este fin es la práctica de la benevolencia mutua y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos a los otros, sin distinción de raza, de sangre ni de color. La religión es la *inquisición de la verdad,* el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el bien y el mal: *amarse, gobernarse bien, vivir felizmente, he aquí lo que es agradable a Dios.* De una teoría materialista, natural era que descendiese una moral también materialista; natural era que después de haber hecho con-

sistir al hombre en una organización material, no se hablase de premios ni castigos en la otra vida, no se mentasen las esperanzas y los temores que llegan más allá del sepulcro. Si el hombre || no era más que un puñado de polvo, era muy justo que se le dejase pegado al polvo, que no se le hablase de porvenir después de la muerte, ya que esta muerte no era otra cosa que un soplo que desbarataba esa organización endeble.

La ciencia del gobierno, en el sistema de Mr. Owen, consiste en fijar sobre bases racionales la naturaleza del hombre y las condiciones requeridas para la dicha; así un gobierno racional debe proclamar desde luego la libertad absoluta de la conciencia, *la abolición de toda recompensa y de toda pena, origen de nuestras desigualdades sociales, en fin, la completa irresponsabilidad del individuo*, ya que se le supone esclavo de sus actos. En el sistema del reformador, si el hombre obra mal, no lo debemos achacar a él, sino a las circunstancias fatales de que está rodeado. Un culpable no es más que un enfermo, y si su enfermedad llega a ser peligrosa para los demás, ábrase un hospital para las *moralidades dolientes*. Cuando las circunstancias que rodean al hombre sean tales que no le inspiren sino bien, las enfermedades de esta clase serán muy raras; y cuando se ofrezcan, *el gobierno racional proveerá a ellas por medio de un Charenton* o *de un Bedlam*.

El principio con que se destruye la libertad humana, y, por consiguiente, toda clase de responsabilidad, trae por precisión consigo la doctrina de que el culpable es un enfermo, y no otra cosa. En efecto, || si suponemos que las acciones del hombre no dimanan del libre albedrío, sino de impulsos naturales a los que sea imposible resistir, tendremos que el ladrón, el homicida y todo linaje de criminales no cometerán sus atentados con verdadera deliberación, y sí sólo obedeciendo a una ley de su naturaleza. De tal suerte que quien clava el puñal en el seno de su hermano o de su padre no hace más que seguir el impulso a que le lleva su organización particular atendidas las circunstancias que le rodean; y no estará más en su mano el no arrojarse a semejantes actos, que el experimentar una impresión dolorosa si recibe una contusión u otro daño en un miembro de su cuerpo.

Parece imposible que a la faz del mundo civilizado se propalen doctrinas que, a más de estar en abierta oposición con el sentido íntimo, con el grito de la conciencia, con el consentimiento del género humano, con las leyes y costumbres de todos los países, tienden a desencadenar de tal suerte las pasiones y abrir la puerta a todos los delitos;

y lo singular es que una doctrina que ha sido en todas épocas la enseña de sectas pervertidas se nos presente como una invención maravillosa, como indefectible panacea para curar todos los males de la humanidad, como fecundo semillero de prosperidad y ventura.

En todos tiempos se ha reconocido que de los hombres los unos son más inclinados al bien o al mal || que los otros: la diferencia de índoles y caracteres es cosa ya tan conocida y tan generalizada, que en todos los idiomas se encuentran palabras que explican esta diversidad; pero el buen sentido del humano linaje ha distinguido siempre entre una inclinación más o menos decidida hacia un género de actos y la verdadera demencia. En el que adolecía de la primera, aun cuando le fuera difícil abstenerse de ellos, se reconocía la libertad de no cometerlos, y, por lo tanto, se le imputaban a culpa; cuando al segundo, totalmente destituído de la razón, se le consideraba como un bruto que obedecía a instintos ciegos, cuya mala tendencia no comprendía, y cuyo impulso no le era posible resistir. Pero declarar de una vez que todos los hombres se hallan en este último caso es proclamar la demencia universal; y el humano linaje tiene indisputable derecho a rechazar este ultraje sobre la frente del que se lo arroja.

Con tan bella teoría bien se deja entender lo que sería la sociedad ideada por Owen; los hombres, seguros de que no habían de recibir premio ni castigo, no tendrían ni estímulo para el bien, ni freno para el mal; el que se le antojase robar las alhajas de su compañero, asesinar a su amigo, violentar a una doncella, incendiar una casa, o perpetrar otros actos semejantes, estaba cierto que cuando más se le consideraría como un enfermo atacado de inclinación al robo, al asesinato, || a la violación o al incendio; y como quiera que absteniéndose de cometer con frecuencia dichos atentados podría persuadir fácilmente que su enfermedad no es peligrosa, y que el exceso a que ha llegado no ha sido más que un accidente pasajero, hasta le sería dable evitar que se le encerrase por mucho tiempo en un Charenton o en un Bedlam.

Sin embargo, y a pesar de tamaña evidencia de los pésimos resultados que consigo traerían tan desolantes doctrinas, Mr. Owen se lisonjea de que con ellas se podría crear un paraíso sobre la tierra y organizar una sociedad donde los hombres se convirtiesen en ángeles. El principio de esta sociedad debiera ser la *vida común*, en la que, trabajando cada individuo según sus medios e industria, estuviese provisto de cuanto hubiese menester. En la comunidad, la educación debiera ser la misma para todos, inva-

riable, uniforme, dirigida de tal suerte que no hiciera *nacer sino sentimientos verdaderos y libres en su emisión, conformes sobre todo a las leyes evidentes de nuestra naturaleza.* Bajo tales condiciones, y con la ayuda de estas circunstancias, *la propiedad individual llegaría a ser inútil;* y la igualdad perfecta, la comunidad absoluta, fueran las solas reglas posibles de la sociedad.

Mr. Owen cree que en seguida se podrán abolir todos los signos de riqueza personal, y que la comunidad reemplazará a la familia. Cada una de estas comunidades || constará de dos o tres mil individuos que se dedicarán a industrias combinadas, agrícolas y fabriles; de manera que puedan satisfacer a sus necesidades más esenciales. Las diversas comunidades se enlazarán entre sí y formarán un congreso; en cada comunidad *no habrá más que una jerarquía, que será la de las funciones, y ésta dependerá de la edad.* Hasta los quince años el individuo recibirá educación, pero en pasando de ellos entrará en el orden de los trabajadores; los agentes más activos de la producción serán los jóvenes de veinte a veinticinco años; los de veinticinco a treinta cuidarán de la distribución y conservación de la riqueza social; los hombres de treinta a cuarenta tendrán el cargo de cuidar del movimiento interior de la comunidad; y los de cuarenta a sesenta arreglarán las relaciones de ésta con las otras de los alrededores; y, por fin, un consejo de gobierno presidirá a este conjunto material, intelectual y moral.

Hasta ahora se había creído que era sumamente peligroso soltar el freno a las pasiones; y en todos los países del mundo, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las religiones, bajo todos los sistemas filosóficos que no estuviesen faltos de sentido común, se había conceptuado como de indeclinable necesidad el reprimir esos impulsos ciegos que tienden a una satisfacción momentánea, que miran a lo presente sin dar una ojeada al porvenir, que nos llevan a un objeto || sin pensar en el resultado que su goce nos puede acarrear, que nos inducen a llenar el deseo sin atender a las consideraciones de decoro, de deber, ni a nada de cuanto se encierra en el nombre de moralidad. La represión ha sido juzgada como indispensable, porque la experiencia está manifestando que si damos rienda suelta a esos impulsos nos degradan, nos envilecen, nos igualan con los brutos, acaban con todas nuestras riquezas, con nuestra salud y hasta con la existencia misma. La facultad que tiene el hombre de resistir a estos impulsos, la libertad que posee de contrariarlos, había sido considerada siempre como una de sus dotes características, como uno de los beneficios con que le favoreciera el Criador levantándole sobre la es-

fera de los irracionales. Quien hallándose tentado por una pasión vehemente, que le inducía a un acto criminal, hacía un esfuerzo para dominarla y seguir el camino de la virtud, era mirado como un héroe, era propuesto como sublime modelo que debieran imitar los demás. Aquél era el hombre por excelencia: aquél había mostrado en todo su grandor la dignidad humana: aquél había usado noblemente de su razón y de su voluntad: aquél había correspondido a los designios del Supremo Hacedor, cuando, formándole a imagen y semejanza suya, quiso que la conducta de esta elevada criatura no fuese regida por los ciegos instintos a que obedecen los brutos, sino por la razón || destello de la divinidad, hermosísima luz que nos manifiesta el bien y el mal, que nos guía por el sendero de la vida sin que nos fuerce a seguirle, dejando en nuestra mano el que si nos place escojamos el de la perdición y de la muerte. De esta doctrina sublime, único dogma del hombre, brotaban las ideas de virtud, de cumplimiento de los deberes; la abnegación, el desprendimiento, la paciencia en los trabajos, la fortaleza en las adversidades, la serenidad en las tribulaciones, la heroica resignación a perder todos los bienes y hasta la salud y la vida antes que empañar la conciencia con un acto reprensible. En una palabra, con el antiguo sistema se concibe la humanidad con todo lo que tiene de bello, de sublime y de grande; el hombre, si bien sujeto a defectos y miserias, es todavía una criatura noble, que lleva en su frente el sello que le imprimiera el Criador; su felicidad no está en los goces de la tierra, su destino final no se halla en este mundo, es un ilustre proscripto que alejado de su patria pasa algunos días de luto y de dolor en este valle de infortunio, pero que en el fondo de su corazón abriga la esperanza de volver a su tierra natal y de disfrutar la inefable dicha que allá le está reservada. Hijo del cielo, se dirige hacia el cielo; si se aparta de este camino es por un extravío lamentable del cual le remuerde su conciencia: criado para gozar de Dios, no se satisface su corazón con || los placeres de la tierra; y, sintiendo en medio de ellos un hondo vacío, un malestar inexplicable. conoce que sólo le es dado alcanzar la felicidad en la vida futura, cuando le será concedido unirse con su Criador sumergiéndose en un piélago de amor y de luz.

Toda esta belleza, toda esta sublimidad, son vanas ilusiones según el sistema de Owen; todas estas virtudes de abnegación, de desprendimiento, de resignación, de fortaleza, de heroica resistencia a todo linaje de pasiones, todo ese conjunto que nos revela nuestra dignidad, y cuyo solo nombre nos conforta y agranda, todo esto desaparece desde que se nos niega la libertad, se nos declara que obedecemos

a impulsos irresistibles, se nos incita a que dejemos de forcejear contra ellos, a que nos abandonemos sin reserva a esos instintos que nos llevan a gozar hoy sin pensar en el día de mañana, desde que se pretende hacernos creer que así viviremos conforme a las leyes de nuestra naturaleza, que así no romperemos la armonía de la creación, que así nos haremos agradables a Dios, rindiéndole el único culto que le es debido.

Para todos los hombres que sientan latir en su pecho un corazón noble, estas doctrinas dejan de ser peligrosas de puro ofensivas a la dignidad humana; porque el débil mortal, si bien sujeto a muchas miserias, no abdica con facilidad los nobles títulos de su || origen; y en medio de su decaimiento se asemeja a los hijos de ilustre prosapia que en medio de su abatimiento se complacen en recordar lo distinguido de su cuna y en hacer notar que conservan todavía el lenguaje y los modales que cumplen a su hidalgo nacimiento. No; la humanidad no vuelve la vista hacia ese porvenir con que le brinda Mr. Owen; si viera que se acerca, lejos de abalanzarse hacia él lanzaría un grito de horror; como el infeliz que viviendo en la luz del día, se le intima que va a ser sepultado en una cárcel tenebrosa.

Si tal es el sistema de Owen considerado bajo el aspecto de dignidad y de moralidad, no es más lisonjero por lo tocante a los resultados económicos. Establece la vida común cimentándola sobre la expansión de todas las pasiones, y cabalmente ese género de vida es insostenible sin la represión de ellas. En el cristianismo se ha visto realizada de una manera sublime; pero ¿cómo? Basándola sobre la abnegación, sobre el desprendimiento, sobre la mortificación de la carne, sobre la abdicación de la propia voluntad, ofreciéndose el individuo en holocausto, ya sea como víctima de penitencia en la soledad del retiro, ya consagrándose todo entero al socorro de los necesitados, al consuelo de los afligidos, al rescate de los cautivos, a la instrucción de la infancia, a la conversión de los pecadores, a la propagación de la fe del Crucificado || entre los pueblos sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Así se concibe la vida común, así se concibe la posibilidad de que las pasiones, los intereses de los individuos, declarándose en abierta lucha, no engendren primero el desorden y no produzcan luego el trastorno y el caos; así se concibe la vida común, porque los intereses individuales desaparecen, las pasiones se amortiguan y se comprimen, todo está regido por un pensamiento común, todo está absorbido por un pensamiento común, todo subordinado al santo fin que se propusiera el fundador, todo gobernado por una voluntad a la cual es un deber sagrado el obedecer.

Pero dejad en pie los intereses individuales, dejad las pasiones en todo su vigor y energía, abandonad ese conjunto de fuerzas a sus impulsos naturales, y veréis cómo se chocan vivamente, cómo se destruyen unas a otras, sin producir esa armonía con que se lisonjeaba el soñador reformista.

Ahogado el sentimiento individual, absorbido el hombre en la comunidad, quedaría el alma sin resorte, y, por consiguiente, vegetara en la inacción a no tener en sí misma motivos superiores que le comunicaran movimiento. ¿Creéis por ventura que ese religioso a quien veis desprendido de todo interés propio, de toda voluntad propia, dejándose manejar por otro || como un cadáver, creéis por ventura que no abriga en el íntimo de su corazón un fondo de vida, de energía, que hace llevaderos los trabajos, agradables las más penosas tareas, fáciles las más arduas empresas? En su semblante, en sus modales, en sus palabras, no descubrís al individuo, no veis sino al miembro de la sociedad a que pertenece; pero penetrad en su alma, oídle cuando derrama en la expansión de la amistad o en las efusiones del entusiasmo el fuego santo que lleva escondido en su pecho; allí notaréis que al desprendimiento de los bienes de la tierra ha sucedido un inmenso deseo de los bienes celestiales, que al amor mundanal ha sucedido el amor divino, que a los placeres sensuales han sucedido los dulcísimos goces de amar a Dios, de amar a sus semejantes, de ofrecer su vida en holocausto para complacer al Señor y hacer la felicidad de los prójimos.

¿Dónde están esos móviles en la sociedad excogitada por Owen? Allí se pretende que desaparezca también el individuo, que desaparezca la familia, que todo se absorba en la comunidad; pero ¿cómo? Por un refinamiento de egoísmo, por un refinamiento del sentimiento individual, perdiendo todo temor de que pueda faltar lo necesario para la subsistencia, con la seguridad de que los trabajos de los demás socios proveerán con abundancia a cuanto sea menester hasta para los placeres de la vida, sea cual fuere el grado || de la intensidad con que él se dedique a la tarea que le corresponde.

¿Cuál sería la consecuencia natural de un estado semejante? La pereza, la indolencia más cumplida, el abandono a los malos instintos, a todo linaje de pasiones, pudiendo asegurarse que en el breve tiempo que durar debiera una sociedad de esta clase habría la más repugnante injusticia en la distribución de los productos, pues que los muchos perezosos y malos se aprovecharían de los sudores de los pocos laboriosos y buenos.

El ensayo hecho por el mismo Owen en la América de-

biera haberle enseñado estas verdades. Lo acontecido en New-Harmony no es un caso excepcional, sino un ejemplo de lo que por necesidad se verificaría en todos tiempos y países. Mr. Owen, empeñado en no reconocer los vicios radicales de su sistema, achaca el mal éxito de su tentativa a los elementos de que se componía su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella se encontraría en todas las otras en grado más o menos intenso; y que si bien suponiendo una reunión de hombres más inteligentes y morigerados los inconvenientes no serían por de pronto tan graves, el maligno germen se desarrollaría a la sombra de la misma institución, y, lejos de mejorarse los individuos de que constaría la humanidad, se irían maleando cada día más, hasta parar || a un estado que les imposibilitaría de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instrucción y educación, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema sin contar con uno de sus datos más esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organización social es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaría que exigiese una preparación imposible para que debiera ser mirado como una utopía irrealizable. Mas no está el mal en exigir una preparación en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos a perder destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando a todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor a los goces, persuadiendo de que nuestro más alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, || sin guía, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de las doctrinas de Owen es una confirmación de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religión cristiana, se extravían lastimosamente, no sólo en lo que toca al origen de nuestros males, sino también en lo relativo a sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen explicar las causas del malestar del linaje humano, y muy

miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organización existente y reemplazarla con otra nueva que allá en sus sueños excogitaran. ||

ARTICULO 5.°

La Utopía de Tomás Moro.

Sumario.—Noticia de Tomás Moro. Reseña de sus doctrinas. Idea de Utopía. Condena la vagancia y el exceso de trabajo. El número de los que se ocupan en la producción de cosas necesarias debe ser elevado. La buena distribución de las cosas útiles. Organización de la república de Utopía. El trabajo de los campos. Los magistrados y su elección. El príncipe. La mesa común. Los establecimientos benéficos. Desprecio en Utopía de los metales preciosos y de los objetos de lujo.

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad figura un nombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linaje, ya que ilustres son en todos tiempos y países la sabiduría, la virtud y el heroísmo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran canciller de Inglaterra que selló con su sangre generosa su adhesión a la fe, y que se atrevió a resistir a la tiranía de Enrique VIII anteponiendo los deberes de su conciencia a su fortuna, a los atractivos de su alta categoría y a su propia existencia. || Quien marcha impávido al cadalso por no hacer traición a la causa de Dios; quien obedece primero a Este que a los hombres, ofreciendo su vida en un patíbulo, si al mismo tiempo ha hablado sobre la sociedad manifestando ideas nuevas, planes de reforma que afectarían profundamente los sistemas actuales, y mucho más hubieran afectado los que regían en su tiempo, bien merece que nos ocupemos de lo que dijo y de lo que pensó, supuesto que a un hombre de esta clase debemos considerarle como profundamente instruído en la ciencia de la religión, e incapaz de ponerse en desacuerdo con las doctrinas de la Iglesia.

Importa tanto más el examinar las ideas de Tomás Moro cuanto que los enemigos de la verdad podrían aprovecharse de su nombre para dar a entender que, condenando las doctrinas de algunos innovadores, condenamos también las de uno de los ornamentos más brillantes de la Iglesia católica.

Creemos poder demostrar que las opiniones de Tomás Moro nada tienen de común con las de Saint-Simon, Fourier u Owen, y que si bien habría mucho que decir sobre algunos pasajes de su obra, se conoce, no obstante, que aun

cuando supone que prescinde de la religión cristiana, no perdía de vista la luz que de ella podía recibir en la resolución de los intrincados problemas que se le iban ofreciendo.

La publicación de la famosa *Utopía* de Tomás Moro || a principios del siglo XVI es un fenómeno que indica a las claras el movimiento de los espíritus en dicha época, y que demuestra cuán falsamente han afirmado los protestantes y los incrédulos que sin la revolución religiosa promovida por Lutero el entendimiento humano hubiera permanecido en las tinieblas y en la esclavitud. En este notabilísimo escrito se echan de ver miras tan elevadas, sentimientos tan generosos, tal deseo de mejorar la suerte del humano linaje, que es asombroso el que un hombre de aquellos tiempos viera con tanta claridad los altos problemas sociales y se arrojase a emitir sus ideas con tanta libertad.

Ya desde entonces condenaba el ilustre canciller en sus escritos así la vagancia como el exceso del trabajo, a que están alternativamente sujetos los pobres de nuestro tiempo. Está a cargo de los magistrados sifograutos, decía, cuidar y reconocer que no haya vagabundos, sino que cada uno esté cuidadosamente ocupado en su ministerio. No comienzan su labor muy de mañana, ni trabajan continuamente hasta muy entrada la noche, ni se fatigan con incesante molestia como las bestias, porque es infelicidad más que de esclavos la de los que perpetuamente han de estar trabajando, como sucede a los que viven fuera de Utopía.

Señalaba uno de los medios más a propósito para || aumentar la riqueza, y tener la abundancia de todas las cosas para las necesidades y comodidades de la vida, el que no hubiese en la sociedad muchos brazos improductivos que consumiesen el fruto del trabajo de los laboriosos. Quejábase de que casi todas las mujeres y otras muchas clases permaneciesen en la ociosidad, y de que fuera tan reducido el número de los que se ocupaban en la producción de las cosas necesarias, añadiendo que si los que se emplean en artes inútiles y los holgazanes, que pasan sus días en el ocio y en la flojedad, se ocuparan en obras de provecho, poco tiempo bastara para abundar de todas las cosas necesarias a la subsistencia y al regalo. «En otras repúblicas, decía, aunque sean prósperas y florecientes y nadie tema morirse de hambre, procuran, no obstante, más sus comodidades particulares que la conveniencia pública.»

... ...

«¿Atreveráse alguno a comparar la equidad de otra gente con la igualdad de la república de Utopía? ¿Qué justicia es esa que un noble o un plebeyo usurero, u otro que o no se emplea en nada, o cuyos servicios son poco necesarios, se adquiera con la ociosidad el vivir con esplendor y regalo,

y un esclavo, un hombre del campo, o un oficial que trabajando de día y de noche con tal fatiga que no pudiera tolerarla un bruto, gane escasamente el alimento que se proporcionan || con menos incomodidad los animales, que ni andan tan cansados, ni los atormenta el temor de que pueda faltarles lo que necesitan? Al infeliz jornalero lo escaso de su trabajo y el recuerdo de que ha de pasar la vejez en la pobreza le aguijonea y aflige: el salario es tan tenue que apenas le basta para el sustento, y así no le es posible ahorrar algún caudal que le ayude a pasar días menos desgraciados cuando la ancianidad haya quebrantado sus fuerzas. ¿Por ventura no es ingrata e injusta aquella república que desperdicia grandes dádivas y caudales en los que se llaman nobles, en los artífices de cosas vanas, en los bufones, en los inventores de deleites superfluos, y en otros objetos por este tenor, no mirando con la debida benignidad y solicitud a los agricultores y artesanos, sin los cuales no puede conservarse la república? Desagradecida, abusa de los trabajos que pudieran serle de provecho, olvidando los afanes que a sus autores costarán, y, sin acordarse de tamaño beneficio, cuando éstos se hallan en necesidad, después de haber pasado largos años con graves enfermedades, los recompensa dejándoles morir en extrema pobreza. Y ¿qué diremos de los ricos que se quedan con el salario de los pobres, no solamente con violencia y engaño, sino también con el pretexto de las leyes? Así, lo que antes parecía injusto, como era el no retribuir a los que habían hecho algún bien y servicio a la república, se || excusa con el establecimiento de leyes nuevas, disfrazando con el nombre de justicia la ingratitud y la perversidad. Estas invenciones de los ricos, so color del bien público, se convierten en leyes; los hombres dañinos se reparten entre ellos con insaciable codicia las cosas que debían proveer a la subsistencia de todos.»

... ...

«Revolved en vuestro ánimo lo que sucede en un año estéril en que millares de personas mueren de hambre: llanamente me atreveré a afirmar que si al fin de aquella carestía se manifestasen los graneros de los ricos, se hallaría tanto trigo que, repartido entre los infelices, ni uno solo hubiera perecido de necesidad. Fácilmente pudiera haberse proveído al sustento de todos, si el dinero, inventado para nuestro bien, no hubiese servido a estorbar el remedio de los males. No me cabe duda de que también los ricos sienten y entienden así estas cosas, y que no ignoran cuánto mejor fuera la condición en que no se careciese de nada necesario, librándose de innumerables daños, que no el vivir ellos con riquezas tan abundantes y muchas superfluas. Yo tengo por cierto que el respeto debido a la autoridad

de Jesucristo, el cual con su sabiduría y bondad pudo aconsejar aquello que era mejor, hubiera sometido el mundo a estas leyes, si no se hubiera opuesto la soberbia, que no estima en || tanto los bienes propios como los ajenos deleitándose en afligir a los pobres.»

... ...

«Esta quisiera ser tenida por diosa, aun cuando no hubiese miserables en el mundo a quienes pudiera mandar, y de quienes pudiera triunfar resplandeciendo con las desdichas ajenas, y haciendo alarde de su poder y riquezas, con lo cual aflige y aumenta la miseria y la necesidad.»

Por lo tocante a la organización de su república vamos a dar una idea a los lectores, que, sin duda, se complacerán en las miras grandiosas y sentimientos apacibles de aquella alma tan hermosa y elevada. Mas no esperen encontrar aquí los proyectos inmorales de Saint-Simon, Fourier u Owen; muy al contrario, el insigne canciller, al paso que se proponía presentar el bosquejo de una nueva república, en nada parecida a las existentes, respetaba, sin embargo, los eternos principios de la moral; y, lejos de soltar la rienda a las pasiones y de esparcir la semilla de todos los vicios, como lo han hecho los innovadores de nuestros tiempos, sólo trataba de hacer más felices a los hombres refrenando sus malas inclinaciones y llevándolos por el camino de la virtud.

En la isla de Utopía tiene cincuenta y cuatro ciudades, todas iguales en idioma, leyes e instituciones, y construídas bajo un mismo plan. Las más cercanas || están a veinticuatro mil pasos; pero ninguna tan apartada de las otras que un peón no pudiese andar el camino en una sola jornada. La capital se llama Amauroto, está sentada en medio de la isla, y a ella concurren cada año tres ciudadanos expertos y ancianos de las ciudades subalternas.

Ninguna ciudad tiene de término más de veinte mil pasos en contorno, excepto las que están más desviadas, exigiéndolo así la situación en que se encuentran con respecto a otras. Los labradores se consideran más bien como usufructuarios que como señores de las tierras. Cada familia rústica consta a lo menos de cuarenta personas, a quienes se les señala un padre y madre de familia de adelantada edad y costumbres venerables, formándose con cada treinta cortijos una especie de distrito que tiene designado su jefe.

Los ciudadanos salen sucesivamente al campo para ocuparse de la labranza, y cada año vuelven a la ciudad veinte individuos de cada una de las familias agrícolas, después de haber residido dos años en las alquerías. Mas no queda por esto ningún vacío, porque salen otros tantos de la ciu-

dad para reemplazarlos. Así logran que nadie ignore el arte de labrar los campos, que todos se acostumbren a la fatiga de estos trabajos, dejando al propio tiempo en libertad de continuar dedicados a la agricultura a los que gusten de ella. Todos los instrumentos de labranza los suministra || el magistrado de la ciudad, sin que le cuesten nada al que los recibe. Y es de notar que en llegando el tiempo de la siega los directores de la labranza avisan a los magistrados del número de brazos que se han menester, los que, saliendo de la ciudad un día sereno, dan cima a la faena en pocas horas, poniendo el grano a cubierto de todo contratiempo.

Todos los años eligen un magistrado para cada treinta familias: en su lengua antigua le llamaron Sifogranto, y en la moderna Filarco. Estos filarcos están sometidos de diez en diez a otro magistrado superior, que antiguamente apellidaban Tranivoro, y ahora Protofilarco. Los sifograntos son en número de doscientos, y prestan juramento de que elegirán en votación secreta por príncipe a uno de cuatro que propusiere el pueblo, y al que ellos juzgaren más conveniente. La dignidad de príncipe es vitalicia, a menos que no venga en sospecha de que quiere tiranizar el Estado. Los tranivoros consultan con el príncipe cada tres días, a no ocurrir algún negocio que exija se junten con más frecuencia, y no toman ninguna determinación sin que la hayan discutido tres días antes: a veces se tratan también los negocios en las juntas generales de toda la isla.

Es costumbre en el senado el no entablar discusión sobre un asunto el primer día que se le propone, evitándose de esta manera el que cada cual se arroje || a decir inconsideradamente lo primero que se le ocurre, y que después se obstine en defender su dictamen, más bien por vergüenza de abandonarlo que por miras de utilidad pública.

No se permiten juegos de dados, y sólo usan dos muy parecidos al ajedrez; el uno es una batalla en que los de una parte despojan a los de la opuesta, y el otro tiene un objeto altamente moral, pues que es una especie de escuadrón en que los vicios pelean contra las virtudes, y se opone cada vicio a la virtud correspondiente, trabándose entre los dos la lucha, y manifestándose en los medios que emplean lo que da en realidad el triunfo a la virtud sobre el vicio, y los ardides con que aquélla se defiende de los ataques de éste.

Las ciudades se componen de familias, los hijos y los nietos viven bajo el gobierno y obediencia del más anciano, a no ser que la mucha edad le haya enflaquecido la razón, que en tal caso le sucede el inmediato. Si alguna familia está falta de individuos, se los prestan las otras. Cuando la población se multiplica demasiado, envían el sobrante a

otras ciudades donde escasee; y si toda la isla rebosa de gente, fundan colonias en las tierras inmediatas.

Cada ciudad se divide en cuatro cuarteles, y en medio de cada uno de éstos hay una plaza donde se hallan todos los productos de la tierra y de las artes. || Todo padre de familias se lleva lo que necesita para sí y los suyos, sin dar dinero ni otra recompensa. Las reses muertas las ponen en lugar donde se puedan lavar bien; y es notable que no permiten que ningún ciudadano se ocupe en degollar, desollar ni cortar, porque temen que con esta costumbre no se vuelvan crueles e inhumanos, perdiéndose poco a poco el horror a estos actos, que siempre encierran algo de atroz y repugnante. Así es que sólo los esclavos están encargados de estas ocupaciones.

Los ciudadanos tienen mesa común, y es curioso el sistema que se sigue en estos banquetes. Cada barrio tiene unas salas públicas donde moran los sifograntos, y a cada uno de éstos se le señalan treinta familias, acomodándose quince de ellas a cada lado de la mesa. A horas señaladas los despenseros acuden a la plaza para proveerse de lo necesario, bien que es preciso que aguarden a que el despensero del hospital haya tomado lo que haya menester para las necesidades y regalo de los enfermos.

En cada ciudad hay cuatro hospitales públicos; están a las inmediaciones de ella, pero fuera de las murallas; son tan grandes, que al verlos cualquiera diría que el edificio es un pueblo. La buena disposición de las salas, la abundante provisión de todo lo necesario, la solicitud y caridad del servicio, la asistencia de médicos doctos, en una palabra, la reunión || de cuantas circunstancias se pueden desear, hace que los enfermos quieran más pasar a ellos que no continuar en su propia casa.

En llegando la hora de comer o de cenar, las familias son llamadas a son de trompeta; y si algunos quieren llevarse alguna refacción de la plaza a su casa, nadie se lo prohibe, porque conceptúan que quien lo hace es porque lo necesita.

La asistencia a las comidas públicas no es obligatoria, pero nadie se excusa de acudir, porque consideran que es cosa indecente el comer aparte, y, además, porque en las salas comunes que llaman tinelos encuentran manjares tan abundantes y regalados que difícilmente los podrían disfrutar en sus casas. Durante la comida se lee un breve rato algún escrito moral; pero teniendo el cuidado de que no llegue a causar fastidio. Después de la lectura los ancianos suscitan conversaciones agradables, y procuran que hablen los mancebos, para que, abriéndose éstos más francamente con la libertad de la mesa, se eche de ver cuáles son su

índole y disposiciones. No se crea, sin embargo, que sea permitida la licencia, antes al contrario, están tomadas todas las precauciones para evitar los excesos. En la mesa principal, situada a la cabecera de la sala, está el sifogranto con su mujer, a su inmediación dos de los más ancianos, y van siguiendo mezclados los de diferentes edades, de suerte || que los mozos no puedan decir ni hacer cosa que no lo vea alguno de edad provecta, lográndose de esta manera que el respeto y autoridad de los mayores evite los excesos a que podrían entregarse los jóvenes, si no tuviesen testigos que pusieran coto a su fogosidad y destemplanza.

Cuidan de tal manera que la sed del oro no corrompa los corazones, que han procurado hacer que cayera en desprecio este metal, así como la plata, con la extrañeza de fabricar de barro y vidrio las vajillas, y destinando los metales preciosos a los usos más inmundos. De oro y de plata labran los grillos y cadenas para prisión y castigo de los esclavos. Los zarcillos de las orejas, los anillos y cabestrillos de oro son marcas de ignominia.

En cuanto a los diamantes, carbunclos y todo linaje de perlas, sólo los hacen servir para engalanar a los niños; pero en llegando éstos a mayor edad se avergüenzan de esas preciosidades, y las dejan como juguetes impropios. Así es que cuando los embajadores de Anemolio fueron allá recamados de oro, adornados de sortijas y cadenas de gran precio, los utopianos los miraban como esclavos, y los niños al verlos pasar tocaban a sus madres y les decían: «Madre, madre, ved ese simple que usa perlas y joyas como si fuera niño.» Los embajadores llegaron al fin a conocer la extrañeza que causaban a los utopianos y || dejaron su primitivo engreimiento. «Maravillábanse los de Utopía, dice aquí Tomás Moro con notable dignidad, que hubiese algún hombre cuerdo a quien entretenga el deleite del vano resplandor de una piedrecilla, pudiendo mirar la hermosura y belleza de los astros, y sobre todo del sol; de que hubiese hombre tan vano que se imaginase más noble porque viste de paño más delgado y costoso, cuando es cierto que la más delgada lana tuvo su principio y se crió en la oveja; también se maravillaban que en todas partes se haga tanta estimación de cosa tan inútil como de su naturaleza es el oro, y de que le aprecien hasta tal punto que el mismo hombre, a cuyo servicio está destinado el metal, sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene más sentido que un tronco, que a la necedad reúne la maldad, y, sin embargo, tiene por esclavos a otros sabios y honrados, sólo porque a él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos... A más de esto se maravillan y abominan de la locura de

aquellos que a los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada, ni estén ligados con ellos por ninguna obligación, sólo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como a dioses; y esto conociéndolos tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí.» ||

ARTICULO 6.°

La Utopía de Tomás Moro.

(Conclusión)

Sumario.—Concluye la reseña de las doctrinas de Tomás Moro. Los fundamentos de la filosofía son la inmortalidad del alma, el premio o castigo reservado a la virtud o al vicio. Se ciegan los tres manantiales de esclavitud: la guerra, el nacimiento y la venta. Admite la servidumbre voluntaria de los extranjeros pobres y la impuesta como castigo a los delitos. La monogamia y severo castigo del adulterio. Los utopianos reputan la guerra como una infamia y no apelan a las armas sino en caso de extrema necesidad. La tolerancia religiosa en Utopía.

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfacción de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida: explicando los principios de la filosofía moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios para ser feliz, y que a la virtud y al vicio les está reservado el premio o el castigo. Combate con mucha solidez el principio || que pretende afianzar la moral sin ningún freno, por lo que se espera o teme después de esta vida, diciendo: «Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no sólo huyendo de lo suave de la vida, sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se espera ningún fruto, afirman los utopianos ser locura; porque si después de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve el haberla pasado miserablemente?...» Definen la virtud diciendo que consiste en vivir según la ley natural, y que para sólo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el verdadero camino, aquel que conforma sus apetitos a la razón. Finalmente, enseñan que esta misma razón inflama a los hombres en el amor y veneración de Dios, a quien somos deudores del ser que tenemos y de que seamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculpado al autor de la Utopía por haber presentado a su isla imaginaria poseyendo esclavos, extrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponía retratar, mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo había llevado las cosas a tal punto que en casi toda la Europa se había efectuado la emancipación, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflexión el capítulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá que, así en cuanto al origen de ellos, || como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopía es de tal clase que apenas desdora el país en que se halla establecida.

En primer lugar, dice que los utopianos no reducen a la esclavitud a los prisioneros de guerra, ni aun a aquellos que la comenzaron. Ese estado degradante tampoco se transmite en Utopía de padres a hijos, y no compran a ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud, que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿A quiénes, pues, tienen por esclavos? A los que han sido condenados a ello por algún delito, sea que este castigo se les haya impuesto en la misma isla, sea que, perteneciendo a otro país, hayan sufrido en él la misma pena. Así, estos esclavos más bien deben ser considerados como condenados a presidio, por lo cual los tienen en prisiones, tratándolos con dureza, ocupándolos continuamente en trabajar para que de esta suerte expíen sus crímenes. Hállase allí, dice, otra suerte de servidumbre, que es cuando algún extranjero pobre y de baja condición elige él mismo someterse a servir. A los de esta calidad los tratan benignamente y los tienen por poco menos que ciudadanos, excepto que les cargan algo más de trabajo; pero si alguno quiere marcharse, lo que sucede raras veces, no le detienen contra su voluntad, ni lo despiden sin galardón. ||

Un lunar se encuentra en dicha obra relativo al suicidio, pues que refiere una costumbre de los utopianos que de ningún modo se puede excusar. Después de haber dicho que los enfermos son asistidos con gran caridad, y que no se deja sin emplear ningún medio que pueda contribuir al restablecimiento de la salud, dice que si alguno padece enfermedad prolija le entretienen conversando con él y aligeran cuanto pueden sus padecimientos; mas que si la enfermedad es incurable y continuamente dolorosa, los sacerdotes y el magistrado confortan al paciente, procurando persuadirle que, supuesto que ya se halla inepto para los oficios de la vida, molesto a los demás y pesado a sí mismo, no quiera alimentar la maligna enfermedad,

y que antes bien no dude en morir, o quitándose él propio la vida, o dejándose matar. Claro es que esta doctrina es insostenible en buena moral; y si bien Tomás Moro sólo la presenta como una costumbre de una república que no existe, creemos que hubiera hecho mejor en no ofrecer a los lectores semejante ficción, que puede infundir sospechas de si él creía tal vez que esta clase de suicidios eran permitidos. Si así opinó, padeció un error, sin duda involuntario, ya que al fin de su vida manifestó tanto heroísmo en defensa de la verdad, arrostrando por no abandonarla los horrores de un suplicio.

En cuanto al suicidio perpetrado sin el consentimiento || de los sacerdotes y del magistrado, aun cuando mediare enfermedad, dice que los utopianos lo consideran como un crimen, pues no dan sepultura al cuerpo del culpable y le arrojan a una laguna.

Las mujeres no disfrutan en Utopía la libertad que quieren concederles los reformadores irreligiosos. Hállase establecida en aquel país la monogamia, y si alguno antes del matrimonio comete algún acto deshonesto, queda perpetuamente privado de contraerle, y es castigado además con gravísimas penas. Por lo tocante al divorcio, dice que no puede tener lugar en Utopía sino por el adulterio u otra molestia insufrible, bien que añade que para este efecto se necesita permiso del senado, y que éste lo otorga con mucha dificultad, para que no se conciba fácilmente la esperanza de apartarse de su cónyuge. Aquí es menester advertir que se trata de un pueblo donde no ha llegado la luz del cristianismo, con lo cual se disipará la extrañeza que esta costumbre pudiera causar.

El adulterio es castigado con penas severas; y basta la provocación a la lujuria para hacerse reo del castigo; pareciéndoles, dice, que la voluntad determinada a pecar, aun cuando no llegue a efectuarlo, no debe quedar impune.

Es curioso ver a un escritor de principios del siglo XVI, cuando el espíritu militar se hallaba todavía en mucho auge, cuál pinta la guerra como cosa indigna || de hombres, cuál se esfuerza en persuadir que es falsa la gloria que en ella se adquiere, diciendo que los utopianos, lejos de considerarla como verdadera gloria, la reputan por grande infamia. Es notable lo que refiere de los habitantes de Utopía, quienes no apelan a las armas sino en caso de extrema necesidad; esto es, para defender sus tierras, o vengar graves injurias, o acudir al socorro de sus amigos; siendo particular el que emprendan la guerra más airadamente que nunca para exigir satisfacción de los agravios sufridos por los negociantes en países extraños. En pocas obras de aquel tiempo se encontrará que uno de los principales motivos

de hacer la guerra sea el vengar ofensas que se hayan hecho a viajeros particulares que recorrieran los países extranjeros para hacer su negocio.

La suavidad que se ha introducido en la guerra en los últimos tiempos la auguraba ya Tomás Moro. No saquean, dice, ni talan la tierra del enemigo, ni ponen fuego a los sembrados, antes procuran con el mayor cuidado posible que no se echen éstos a perder hollándolos los peones y los caballos, pues considera que también pueden servir para su provecho. No ofenden a nadie que vaya desarmado si no es espía; amparan las ciudades que se les rinden, y no saquean las conquistadas, exceptuando las casas de aquellos que querían impedir la rendición, a cuyos dueños || quitan la vida, reduciendo a los demás a la esclavitud.

Supone que en Utopía hay varias religiones, adorando unos el sol, otros la luna, otros las estrellas errantes, otros a hombres insignes en virtud; pero la mayor parte y más sabia, dice, no reverencia ninguna de estas cosas; antes juzga que hay una divinidad oculta, eterna, inmensa, inefable, la cual con su poder, mas no con dimensión corpórea, se extiende por todo el universo. A ese Dios le llaman padre: de El reconocen que vienen todas las cosas; a El le miran como causa de todos los aumentos y mudanzas; a El le reconocen como fin de todo cuanto existe, y sólo a El le rinden honores divinos. Los demás, bien que adoran cosas diversas, concuerdan también en que hay un sumo Dios criador de todas las cosas, y que todas las conserva con su providencia.

La tolerancia religiosa es una de las costumbres de Utopía, bien que no se permite a nadie el sostener que las almas mueren con los cuerpos, que no hay premios y castigos en la otra vida, y que el mundo es gobernado por el acaso. Los que a tal extremo de error llegaren son tenidos por peores que los brutos; no se los cuenta en el número de los ciudadanos, creyendo que nada puede esperarse de ellos, y que antes bien es de suponer que despreciarán las buenas costumbres y las instituciones más respetables. No los admiten a los honores, ni les dan ningún puesto || en la república, antes los consideran como ineptos para todo. Este es el único castigo que les aplican; les prohiben además el disputar sobre esto, especialmente en presencia del vulgo; y exhortan a los sacerdotes a que conferencien con ellos, esperando que semejante locura deberá ser vencida por la razón.

Tienen en grande estima la felicidad de las almas en la otra vida: no lloran a los muertos, y miran como agüero muy malo si alguno teme el dejar la vida, considerando que este temor puede dimanar del mal estado de la conciencia,

y porque además opinan que no es agradable a Dios el que no corramos voluntariamente hacia El cuando se digna llamarnos. Si ven morir a alguno de esta manera se entristecen mucho, lo entierran sin pompa, y ruegan a Dios que perdone aquella flaqueza. Al que muere con alegría y buena esperanza no le lloran: encomiendan su alma a Dios y le hacen las exequias con gozo. Levantan una gran columna donde esculpen las alabanzas del difunto, y en volviendo a sus casas relatan las virtudes que le adornaban, recomendando la muerte placentera en que acaba de expirar. Conceptúan que semejante conmemoración estimula a los vivientes y es un culto muy agradable a los difuntos; pues creen que éstos se hallan presentes a dichas pláticas, pensando que no serían felices si no pudiesen ir donde les pluguiera, y que fueran ingratos si no deseasen volver || a ver a sus amigos con quienes se hallaban unidos en vida con recíproco amor. Opinan que en los muertos no se disminuye la caridad, sino que más bien se aumenta; y así es que se figuran que andan entre los vivos; y con su auxilio acometen ardientemente todo linaje de empresas. Esta presencia de los difuntos los induce también a guardarse de cosas malas aun en secreto.

Por la breve reseña que acabo de presentar sobre la Utopía de Tomás Moro se echa de ver la distancia que va de sus doctrinas (aun cuando supone una república en que no se conoce la verdadera religión) a las monstruosidades de aquellos que, no viendo en el hombre más que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradición de los siglos y no atienden en la reorganización de la sociedad sino a las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impío: por más que aquél se abandone a los sueños de su imaginación, por más que dé rienda suelta a la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho más razonables sus sistemas, siempre se echará de ver que el uno anda sin guía, a merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja extraviar completamente, aun cuando a él le parezca que camina conducido tan sólo por la luz de la razón. ||

ARTICULO 7.º

Dos palabras a Luis Reybaut con respecto a su obra titulada "Estudios sobre los reformadores contemporáneos relativamente a la religión cristiana".

SUMARIO.—La religión cristiana no ha exagerado la lucha entre la razón y las pasiones. Preceptos y consejos. No hay martirio en los preceptos. Los sufrimientos consiguientes a la observancia de los consejos son en provecho del alma, no consecuencia de un odio ciego e irracional. Las asombrosas penitencias de algunos santos son como modelos rarísimos que perpetúan entre los cristianos la imitación de la vida de Jesucristo.

Reflexionando sobre el origen, naturaleza y efectos de los sistemas excogitados por Saint-Simon, Fourier y Owen se echa de ver la sinrazón con que algunos han atribuído a tamaños delirios alguna influencia saludable. Los tres asientan como principio fundamental de sus teorías la libertad de las pasiones, o mejor diremos, su satisfacción, condenando no sólo las augustas doctrinas del Evangelio, sino también las de los más distinguidos filósofos de la antigüedad. Aquel célebre dicho *sustine et abstine*, || que tan profunda sabiduría encierra, es rechazado como insensato y nocivo por los modernos reformadores: el sufrimiento y la abstinencia es según ellos una infracción de las leyes de la naturaleza, es obrar contra los designios del Criador, es romper la armonía del universo, que debiera resultar de la ilimitada expansión de todos los sentimientos, de la completa satisfacción de todas las pasiones. Luis Reybaut en su obra titulada *Estudios sobre los reformadores contemporáneos* conviene en que esta libertad concedida a todo linaje de inclinaciones es altamente destructiva de toda moral y funesta al bienestar de la sociedad; pero entre tanto se permite decir que el cristianismo había llevado demasiado lejos la lucha entre la razón y las pasiones, convirtiendo el desinterés en ascetismo y martirizando el cuerpo sin provecho del alma; bien que añade que hallando esta exageración su correctivo en nuestros mismos instintos, no exponía la humanidad a una decadencia. Esta observación nos presenta la religión cristiana exagerando el principio de la resistencia de la parte superior a la inferior, y, por consiguiente, enseñando una doctrina falsa, porque la verdad exagerada deja de ser verdad. No podemos, pues, permitir que pase sin ser refutada semejante afirmación,

la cual no tiene otro fundamento que el poco conocimiento del carácter y tendencia de la moral evangélica. ||

Para la inteligencia de lo que vamos a explicar conviene tener presente la diferencia entre los preceptos y los consejos; aquéllos obligan a todo cristiano, éstos no; la observancia de los primeros es necesaria para alcanzar la vida eterna, la de los segundos lo es únicamente para llegar a la perfección: «Si quieres entrar en la vida, dijo Jesucristo, observa los mandamientos; si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y sígueme.» En los mandamientos, es decir, en la ley que obliga a los cristianos está contenido el amor de Dios, el del prójimo, la prohibición de tomar el nombre de Dios en vano, de robar, de matar, de infamar, de cometer adulterio. ¿Hay aquí por ventura preceptos atormentadores de los cuales se pueda con verdad decir que nos martirizan? Los mandamientos que por su parte ha añadido la Iglesia, como el asistir ciertos días al santo sacrificio de la misa, el abstenerse en otros de estos o aquellos alimentos, el disponer las comidas de esta o aquella manera, pero todo de suerte que no dañe a la salud ni perjudique notablemente nuestros intereses: estos preceptos, repetimos, tan suaves y llevaderos, ¿pueden por ventura calificarse de martirio? Es cierto que el cristiano debe mantenerse puro no sólo en obras, sino también en palabras y pensamientos; es cierto que debe procurar ajustar su vida entera a la ley divina, sin desviarse de ella por consideraciones || mundanas; pero, ¿no es esto mismo lo que nos está prescribiendo hasta la razón natural? La filosofía puramente humana, ¿no nos enseña también que no hay buena moral en el acto que se opone a la ley de Dios, que es reprensible lo que está en contradicción con la ley eterna? Y hasta ahora nadie ha dicho que por este motivo la filosofía exagere: nadie ha pensado en tratarla de verdugo de nuestro cuerpo. Las molestias que por esta causa se ocasionan a éste son muy ligeras; y si se comparan la salud y el bienestar que resultan de una conducta moral, con las enfermedades y otros males que dimanan del desenfreno de las pasiones, bien se puede afirmar que, aun bajo el aspecto puramente material y atendiendo únicamente a las ventajas corporales, sale muy gananciosa la virtud, y paga muy caros el vicio los goces de algunos momentos.

Demostrado ya que no hay tal martirio tratándose de la observación de solos los preceptos, veamos lo que sucede con los consejos. Es indudable que en ellos está contenida la represión de las inclinaciones más fuertes y seductoras, la abstinencia de los placeres más vivos, el sufrimiento de padecimientos muy duros, la resignación a las humillacio-

nes más repugnantes, y que bajo este concepto puede decirse que son un verdadero martirio del cuerpo y también del corazón. Pero no es verdad que este martirio sea || sin provecho del alma; antes este provecho es uno de los principales objetos; pues que si el cuerpo es atormentado, no lo es por un odio ciego e irracional, sino para que no se levante contra el espíritu y no le arrastre por el camino de la maldad, como y también para ofrecer a Dios un sacrificio en expiación de placeres culpables. Léanse las vidas de los santos más señalados por su penitente austeridad, y se verá que todos sus deseos se encaminaban a preservarse del pecado, a purificar más y más su espíritu y hacerle avanzar en el sendero de la perfección, y que para ello procuraban desasirse de todo lo terreno, olvidándolo todo, despreciándolo todo, no recordando otra cosa sino que tenían un alma que salvar y un Dios a quien amar y servir.

La penitencia tan lejos estaba de ser inútil a las almas, que antes bien era un valladar contra las tentaciones del mundo, la astucia del demonio y las seducciones de la carne: con ella se sofocaban las pasiones que pegan el corazón a la tierra, se desenvolvían, elevaban y purificaban los sentimientos que levantan el espíritu a Dios, se avivaba la fe, se sostenía la esperanza, se inflamaba la caridad, y adquiría el espíritu aquella fuerza y energía que le hacían capaz de resistir todos los ímpetus de la carne y de pasar sobre la tierra una vida de ángel.

Por más que sea agradable a Dios este género de || virtud en que se sacrifica enteramente el cuerpo al espíritu para ofrecer luego el alma a Dios limpia, sin mancha de ninguna clase, purificada de todas las afecciones terrenales, es claro que Jesucristo al establecer sobre la tierra su ley santísima, y al dar a los hombres sus consejos sublimes, preveía que serían pocos los que lo dejasen todo sin reservarse nada, y le siguiesen a El por el camino de tan dura austeridad, entregándose a todas las privaciones que les había recomendado como el más alto grado de santidad a que podían llegar. Es claro que preveía la debilidad del mayor número de los hombres y que, por tanto, sabía también que sería incomparablemente mayor el de los cristianos que se contentarían con observar los preceptos, que no el de los que seguirían los consejos: es claro que sabía que aun entre los mismos fervientes imitadores de la vida de dolor, de ignominia y abstracción que pasó sobre la tierra, serían muy pocos los que pusieran en planta dichos consejos con la severidad, fortaleza y santo heroísmo de que algunos cristianos que veneramos sobre los altares nos han ofrecido ejemplo. Más diremos: algunos de sus consejos fueron dados evidentemente con esta previsión, pues que es cierto

que no quería Jesucristo que el mundo dejase de multiplicarse, y por lo mismo cuando aconsejaba la virginidad entendía que su consejo no había de ser tomado por el mayor número | de los fieles. Hasta la vida común que hacían los discípulos al principio, dejó de ser posible como práctica universal tan pronto como la Iglesia se extendió considerablemente. ¿Quién se atrevería en la actualidad a proponer que los fieles en todas las partes del mundo viviesen bajo semejante regla? ¿Cabe por ventura imaginar, siendo tanta la extensión de la Iglesia, tan numerosos sus hijos, tan complicadas las necesidades de éstos, tan varias y discordes las relaciones que entre sí tienen, tan diferentes los climas, las leyes, los usos y costumbres; cabe imaginar, repetimos, el que todos vendan cuanto tengan y lo lleven a los pies de un apóstol para hacer un fondo común del cual se sustenten todos los hermanos?

Teniendo presentes estas consideraciones se echa de ver con toda claridad que el martirio del cuerpo por medio de la penitencia, esa abstracción del espíritu que le levanta sobre todas las cosas mundanales, que no le deja darlas una mirada sino para despreciarlas y abandonarlas, aquel desprendimiento que no se reserva nada para sí y que todo lo espera de la limosna, o mejor diremos, del cuidado de la Providencia; esas virtudes que admiramos en los Pablos, en los Antonios, en los Hilariones, en los Franciscos, en los Domingos, en los Cayetanos, en los Ignacios y otros santos eminentes debieron ser como modelos rarísimos que conservasen en la tierra el fuego || sagrado, que perpetuasen la imitación de la vida de Jesucristo entre la tibieza de los cristianos, como allá en la antigüedad vemos que de vez en cuando enviaba el Señor sus profetas para recordar al pueblo de Israel el beneficio de haberle sacado de la tierra de Egipto y de la casa de esclavitud y anunciarle la venida de Aquel que había de ser la esperanza de las gentes. Jesucristo al establecer su Iglesia sacrosanta no olvidó, ni olvidar pudo en su infinita sabiduría, que eran hombres los que la habían de componer, sujetos a muchas miserias, con el entendimiento ofuscado, la voluntad torcida y el corazón inclinado al mal desde la adolescencia; no pudo olvidar que se necesitaba el poder de su gracia, no sólo para hacerlos andar por el estrecho sendero de la perfección evangélica, sino también para encaminarlos por las vías de una moral pura, apartándolos de la corrupción en que estaba sumido el universo antes de que viniese la plenitud de los tiempos, y hacer que se decidiesen a tomar sobre sus hombros un yugo suave y una carga ligera.

Luego el achacar a la religión cristiana el que exagera la virtud del desprendimiento, el suponer que haya de ser

corregida por la fuerza de los instintos y de las pasiones, es no comprenderla, es prescindir de las miras del divino Fundador de la Iglesia, es suponer que El se lisonjeó con esperanzas irrealizables, || es decir, que desconoció la humanidad y que se empeñó en sujetarla a condiciones incompatibles con su existencia; es, sobre todo, desconocer que esa misma alteza de perfección predicada por Jesucristo puede muy bien existir según las circunstancias, sin ese martirio del cuerpo que nos asombra en algunos santos penitentes, bastando para ello una circuncisión de corazón con la cual se arranquen todas las afecciones mundanas y se le purifique en el crisol del amor de Dios; es desconocer que con esa alteza de perfección es conciliable el cuidado de los negocios humanos, si a ello es llamada la persona por razón de su estado, y que puede ser muy agradable a Dios una vida en que haya pocas horas disponibles para la oración, en que no sea dable entregarse a grandes austeridades; es no recordar aquella máxima que está escrita en el Sagrado Texto y practicada por los santos de que la caridad se hace toda para todos para ganarlos a todos. La religión cristiana, pues, no necesita del correctivo de las pasiones; esto es trastornar monstruosamente las ideas; ella es quien debe corregirlas, y en la parte en que puede decirse que la embarazan y resisten no hay falta de previsión en el divino Fundador, que todo lo hizo con número, peso y medida.

Los sistemas de los modernos reformadores estableciendo un principio diametralmente opuesto al || de la moral de Jesucristo han asentado por base de sus teorías insensatas el que la felicidad del individuo y de la sociedad dependían del ilimitado desarrollo de todas las pasiones. Jesucristo enseñó que la mayor altura de perfección estaba en desasirse de todo para seguirle por el camino del cielo, y los novadores afirman que el máximum del bien está en la satisfacción de todas las pasiones, en pegarse a la tierra como un reptil inmundo, sin levantar jamás la cabeza para dar una mirada a las regiones de la inmortalidad. La tierra es un destierro, dijo Jesucristo: la tierra es nuestra patria, dicen ellos; la vida es un viaje, dijo Jesucristo: la vida es nuestro término, dicen ellos; el goce material es dañoso al espíritu, dijo Jesucristo: el goce material santifica el espíritu, dicen ellos; aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, dijo Jesucristo: dad rienda suelta a la ira y al orgullo, dicen ellos; santificaos haciendo penitencia, dijo Jesucristo: santificaos en el placer, dicen ellos.

Los hombres, teniendo a la vista esos modelos de sublime austeridad y heroico desprendimiento, oyendo sin cesar la predicación de los preceptos más puros y consejos más ele-

vados, todavía se pierden lastimosamente por el camino del vicio y de la maldad, arrastrados por la violencia de las pasiones; ¿qué será, pues, si en lugar de proponerles semejantes ejemplos y de imbuirles en tales preceptos y consejos, se comienza || por quitar el freno a todas las pasiones, por estimular la sed de los goces, por excitar más y más esa inquietud febril que lleva al hombre de placer en placer, aun a riesgo de perder su fortuna, su honor y su misma existencia?

Dieciocho siglos han transcurrido desde la aparición del cristianismo: esta religión santa se ha encontrado en medio de pueblos de diferentes leyes, usos y costumbres, de diverso grado de civilización y cultura, desde la infancia hasta la decrepitud, y, sin embargo, ha sido suficiente para todas las necesidades, ha podido hacer adelantar a los atrasados y detener al borde del precipicio a los que se hallaban en él, y esto sin abandonar sus dogmas, sin apartarse de su moral, sin renunciar las prácticas y ceremonias de su culto; ha sabido acomodarse a la variedad de circunstancias, sin que en ninguna de ellas haya dado pruebas de impotencia o imprevisión. ¿Por qué hemos de creer, pues, que no será capaz de hacer lo mismo ahora, cuando el progreso de las artes y de las ciencias ha modificado profundamente las sociedades modernas, creando necesidades que anteriormente no existieran? Una religión que es toda luz, toda verdad, toda amor, ¿cómo sería incompatible con ningún adelantamiento y perfección del estado social? ¿Puédese, por ventura, imaginar algo superior a su enseñanza, con respecto a Dios y al hombre? || El origen y destino del humano linaje ¿puede excogitarse más alto de lo que nos le presentan los dogmas del cristianismo? Tocante a la moral, ¿cabe encontrar nada más puro, más sencillo y sublime que el compendiar toda la ley y los profetas en el amor de Dios y del prójimo? ||

INSTRUCCION PRIMARIA*

SUMARIO.—Su importancia bajo el aspecto religioso y moral. Lo que deben ser los maestros. Dos calidades de la infancia. Necesidad de que los maestros profesen principios religiosos. Inconvenientes de la ficción en este particular. Cómo se enseña la religión a los niños. Observaciones sobre este punto. Aritmética. Observaciones sobre ella. La precocidad. Situación actual de España con respecto a la instrucción primaria.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar a los gobernantes y a todos los que, teniendo alguna influencia directa o indirecta sobre la sociedad, se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instrucción primaria. Si ésta se halla arreglada, si presiden a la misma la religión y la moral, resultarán los hombres más instruídos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada a carreras literarias, sino que viviendo en una condición modesta conservan en el resto de sus días lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasión de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia. ||

Es más difícil de lo que a primera vista pudiera parecer el que los maestros sean a propósito para desempeñar su misión. Quien no haya examinado las cosas de cerca, fácilmente se persuadirá que el enseñar a leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religión y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cualquiera, y que basta una diligencia regular para adquirir maestros excelentes. Sin embargo, la experiencia está mostrando todos los

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 21 de *La Sociedad* (en el último fascículo, formado de cuatro cuadernos), fechado el día 7 de septiembre de 1844, vol. II, página 396. Después de la muerte de Balmes fué reimpreso varias veces en la colección de la revista. Nuestro texto es el de la primera edición. El sumario es de Balmes, en el índice del volumen II.]

días que, lejos de ser así, se tropieza con muchas dificultades, y que el fruto que de las escuelas se saca no es ni de mucho el que fuera de desear.

El enseñar a un niño exige más laboriosidad, más tino y discreción del que comúnmente poseen los destinados a esta carrera. No acudiendo a escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar a los demás, proceden frecuentemente a la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece más bien, o que mejor se adapta a sus ideas y carácter. De lo que resulta que se convierten muchas escuelas en lugares de reunión de niños donde se llora, se grita, se lee, se escribe; donde todo se hace, menos aprender.

Aun cuando el maestro no tuviese más que un niño de que ocuparse, fuérale menester ser muy discreto y entendido para hacerle progresar sin perder || tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos, tal vez hasta centenares, a cargo de un maestro y un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto y paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los más aventajados como los de menores alcances, así los de índole apacible y dócil como los tercos y obstinados, así los de atención y laboriosidad como los distraídos y perezosos?

En nuestro juicio, una de las cosas que no debe olvidar nunca el maestro de instrucción primaria es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, y que según como se proceda con respecto a ellas los resultados serán muy provechosos o muy estériles, muy buenos o muy malos. Estas calidades son: 1.ª, facilidad de recibir toda clase de impresiones; 2.ª, dificultad de comprender muchas cosas a un tiempo. El niño puede compararse a una tabla rasa cubierta con una capa de pasta muy blanda donde es suficiente tocar muy ligeramente para que quede la huella del cuerpo que la ha tocado; puede de otro lado compararse con un frasco de cuello muy angosto, que, si se le quiere llenar de una vez, el licor se derrama y apenas entran en él algunas gotas, cuando, al contrario, si se hubiese andado despacio en la operación, se hubiera podido llenar del todo sin perder el licor que a él se destinaba. ||

Estas dos calidades, si las tuvieran presentes continuamente los maestros, podrían adelantar mucho más en la enseñanza y producir mejores efectos en el corazón de los niños. La facilidad con que éstos reciben toda clase de impresiones hace ante todo indispensable el más escrupuloso cuidado en las doctrinas y en los hechos concernientes a la religión y a la moral. La experiencia de cada día nos está enseñando que el hombre se resiente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, y si nos

fuera dable seguir el hilo de muchas vidas encontraríamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio o de la virtud, del crimen o del heroísmo, y cuyo primer eslabón arranca de los ejemplos que se ofrecieron a sus ojos, o de las palabras que oyeron en la escuela o en el hogar doméstico. *Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu*, había dicho el poeta, y esta imagen, que expresa una verdad importante, debiera recordarnos la delicada solicitud con que es necesario evitar que no entre en el tierno vaso licor venenoso o corrompido, para que no conserve mientras exista el mal olor con que se le haya infectado.

Fuera de desear que los maestros de primera educación no sólo profesasen principios religiosos y morales, sino que también los pusiesen en práctica, es decir, que sería menester buscar para estos destinos || hombres sinceramente morigerados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presencien repetidas veces escenas que los escandalicen. Quien no está adherido de corazón a las creencias religiosas podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideración a los demás, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad, no se aparten de la fe que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficción continuada no es posible, resulta que a lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel, y hablan u obran conforme a sus erradas doctrinas. El niño, que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que además tiene una fuerte inclinación a referir todo lo que oye y a imitar lo que ve, considera como de poca importancia lo que ha llegado a notar que es reputado como de escaso valer por aquellos a quienes respeta; así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan. Una expresión, un gesto que se le escapará al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana o la práctica de algún acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento || maligno que después se convertirá en duda o en desenvuelta impiedad. En vano procurará estar sobre sí quien ha de aparentar continuamente fe que no tiene, y veneración y acatamiento a objetos que desprecia; en vano para encubrir el estado de su conciencia afectará tal vez un celo y entusiasmo que está muy lejos de experimentar; en la misma exageración de sus palabras y acciones dará que sospechar a los alumnos dotados de alguna penetración; si esto no acontece, vendrá

un momento de descuido que se hará notar tanto más cuanto será más vivo el contraste.

Por estas razones sería de desear que la primera educación no estuviese únicamente a cargo de personas que no tengan en ello otro objeto que el ganar su subsistencia; porque el interés, si bien es muy sagaz para proporcionar recursos al individuo que por él se mueve, pudiendo por cierto tiempo comunicar actividad y hasta apariencias de celo, no obstante, es flojo cuando cesan de correr peligro los bienes materiales que forman su objeto, y difícilmente se hace capaz de practicar un sistema por tiempo muy dilatado si esto exige sacrificios algo penosos. Y estos sacrificios los exigen ciertamente las tareas de la primera educación, pues no cabe oficio más molesto y que demande más asiduidad y paciencia, a no ser el cuidado de los enfermos. En Francia y otros países se ha conocido esta verdad, y así es que se protegen || y fomentan aquellos institutos religiosos que tienen por objeto la educación e instrucción de los niños pobres. La clase menesterosa es la que más necesita este auxilio, porque, escaseando de recursos para estimular el interés individual de los maestros, le es preciso enviar a sus hijos a la escuela sin poderles proporcionar ninguno de aquellos medios de que en tales casos acostumbran valerse las familias acomodadas.

Se ha reconocido ya generalmente que los hospitales no pueden ser bien atendidos no estando encomendados a la caridad personificada en alguna institución religiosa; se ha reconocido que el interés del salario es insuficiente para ejercer sobre el corazón aquel influjo constante y eficaz que es indispensable para someterse a un tenor de vida fatigoso y repugnante; se ha reconocido que la abnegación que para esto se ha menester no puede dimanar de consideraciones puramente mundanas, sino que es indispensable que nazca de la religión que tan decididamente señorea todos los resortes del corazón humano. La instrucción primaria es ciertamente una de esas tareas fatigosas y repugnantes, y por esto vemos que el catolicismo, sumamente próvido para acudir a todas las necesidades, no olvidó fundar institutos cuyo objeto fuese la educación e instrucción de los niños de la clase pobre. ||

En el estado actual de la sociedad es tanto más indispensable valerse de este recurso, cuanto que es sumamente difícil encontrar el número suficiente de maestros que con la correspondiente idoneidad reúnan las creencias religiosas y una conducta moral y ajustada. Tal es el vértigo de las ideas, tal la corrupción de costumbres, tal la disipación que lleva distraídos los ánimos de la juventud, que es sumamente peligroso que quien está encargado de ilustrar el

entendimiento y formar el corazón de la infancia emprenda quizás muchas veces esta augusta tarea después de haber hecho alarde de incredulidad y escepticismo y de haberse entregado a los excesos de una vida relajada. Semejante daño no se experimenta si el individuo pertenece a un instituto religioso; porque sometido a una regla invariable, sujeto a la voluntad del superior, vigilado por sus propios compañeros, se ve en la necesidad de observar una conducta arreglada, aun cuando a ello no le impulsase el deber de la conciencia. El niño se acostumbra desde su más tierna edad a considerar el oficio del maestro como una cosa hermanada con la religión, aprende a un mismo tiempo lo que le interesa saber según la carrera a que se destina, y se va ejercitando en las santas prácticas que después le quedan como otros tantos hábitos de los cuales o no se desprende nunca, o no se olvida de tal suerte que le sea difícil || volver a ellos cuando ha pasado el hervor de la inexperta mocedad.

La otra calidad de los niños, a saber, la dificultad de comprender muchas cosas a un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamás se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

Generalmente hablando, parécenos que se cultiva demasiado la memoria de los niños y se cuida poco de desarrollar su comprensión. Se los acostumbra a decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulación, con la esperanza de premio o el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba a la lección que han de recitar, y entre tanto no se procura despertar su inteligencia y se la deja ociosa y atontada.

¿Cuántos son los niños que os dirán el catecismo de un extremo a otro, y, no obstante, son incapaces de explicar con acierto el sentido de una sola línea? En prueba de esto, desviaos en las preguntas del orden en que las han encontrado en el libro, servíos de otras palabras precisándolos de esta suerte a mudar también ellos las suyas, y notaréis que a una pregunta le aplican una respuesta enteramente disparatada, || tomada al acaso de otro lugar del catecismo, dando así a entender que recitan por pura rutina, y que se ha llenado de palabras su imaginación, mas no de ideas su entendimiento.

¿Créese por ventura que los niños a la edad de ocho o nueve años no son capaces de formarse ideas claras y exactas de muchos objetos, con tal que les sean presentados con la sencillez y buen orden correspondientes? ¿Por qué

al propio tiempo que se les hace decorar el catecismo no se les podría presentar en pocas palabras y en pequeño número de lecciones la historia de la religión y obligarlos a referirla ellos mismos, prescindiendo de los términos del libro que les sirviese de texto? No se nos diga que esto es imposible, porque a cada paso oímos a un niño refiriendo historietas pertenecientes, o a él, o a sus compañeros, o a su familia, o a otra conocida, o al pueblo en que vive; cada día los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad y quizás con notable viveza y colorido lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja, o las travesuras de un duende; ¿por qué, pues, no se les podría enseñar a conocer el encadenamiento de la historia de la religión, de suerte que, empezando desde la creación del mundo, reuniesen en breve cuadro la caída del hombre, el diluvio universal, la vocación de Abrahán, la historia de || Moisés, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinación por el desierto, la entrada en la tierra de promisión y los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su origen, los medios admirables de que Dios se valía para hacerle conducir a su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocación del primer Patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religión, sus leyes y sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenía con la venida del Salvador, cómo se pasó de la ley antigua a la ley nueva, fundándose la Iglesia católica en que felizmente vivimos, y, finalmente, todo cuanto se refiere a la debida inteligencia de los dogmas y de la moral de nuestra religión sacrosanta? Todas estas cosas las aprende el niño de memoria, pero las recita sin saber lo que dice y, por consiguiente, no las sabe. Para que pudiera afirmarse que las ha aprendido realmente, sería menester que fuese capaz de referir una parte cualquiera de esta historia, no necesitando valerse de las mismas palabras que halló en el libro, sino empleando otras que le ocurriesen, como lo verifica cuando refiere sucesos que no ha aprendido por rutina, sino porque los ha oído contar o los ha visto por sí mismo.

Con este trabajo se lograría precaver el olvido que tan fácilmente destruye el fruto de los sudores de maestros y discípulos; lo que se entiende bien, difícilmente || se borra de la memoria; lo que se sabe literalmente, sin comprender el sentido, es poco menos que imposible el retenerlo; además, que aun cuando se retenga, ¿qué vale el estar la cabeza llena de palabras y vacía de ideas?

Lo que acabamos de decir con respecto a la enseñanza del catecismo y de los elementos de la historia de la religión puede extenderse a todos los objetos en que se ins-

truya a los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria debiera extenderse a los principios de buena crianza, a las reglas de aritmética, a las de leer y escribir; en una palabra, a todo aquello en que se les ocupa.

Mas esto debiera hacerse no olvidando nunca lo que más arriba hemos hecho notar sobre la dificultad que experimentan los niños en comprender muchas cosas a un tiempo; fuera preciso tener sumo cuidado en presentarles las cosas por partes, y con orden a propósito para auxiliar la inteligencia y la memoria. No se crea por esto que con dicha sencillez sea incompatible la exactitud de las ideas, antes al contrario, de esta exactitud son compañeras naturales la sencillez y la claridad. Cuanto más exacta es la idea que expresa un objeto, cuanto más exacta es una palabra que expresa una idea, tanto mayor es la claridad de una y otra. La confusión lleva consigo || la obscuridad; lo que está mal deslindado jamás se presenta bien claro.

El entender no sólo las cosas, sino también la razón de ellas, se juzga comúnmente tarea superior a la comprensión de los niños, y esto acarrea que no se les enseñe la razón de nada de lo que practican o aprenden; bien que, a decir verdad, esta errada costumbre también proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. ¿Qué inconveniente habría, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética se procurase hacer comprender a los niños con observaciones claras y sencillas la razón de la regla que practican? Semejante descuido produce el fastidio que naturalmente engendran tareas en que se procede del todo a obscuras, y hace además que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con mucho trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comúnmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética; y no es raro ver muchachos que habían adelantado bastante en ella, y que, sin embargo, ni aun recuerdan las cuatro reglas fundamentales. Y esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeración sin hacerles notar las razones que explican su hermoso mecanismo; se les ha enseñado a practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir sin explicarles por || qué los datos se colocan de esta o de aquella manera, por qué se hacen con ellos estas o aquellas operaciones. De suerte que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener exactamente todas las reglas, que es felicidad poco común, no sabe adónde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejercitó en la escuela.

No es verdad que la aritmética, si llega a comprenderse,

no sólo su práctica, sino también la razón de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias que de éstos dimanan son tan sencillas en sí y tan evidentemente enlazadas con los axiomas, que una vez se haya fijado la atención sobre estos objetos y se haya ilustrado la inteligencia con algunas aplicaciones a ejemplos variados, se clavan fuertemente en la memoria las reglas principales, y si alguna vez se olvidan basta una ligera reflexión de quien las ha de emplear para que se renueven desde luego.

Aclaremos esta materia con algunos ejemplos sumamente sencillos. Notamos a cada paso que un niño a quien se propone un problema de sumar o restar en que los sumandos o los términos de la substracción contengan un número desigual de guarismos, si no se la escribimos en el orden conveniente, se equivoca con mucha facilidad colocando los || guarismos de distintos órdenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Dimana de que en su cabeza hay la mayor confusión de ideas, o mejor diremos, no hay ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha, que expresa las unidades, se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha, que expresa cantidades de un mismo orden. De suerte que si en un caso en que uno de los sumandos contenga tres guarismos y el otro dos, hacéis que las decenas del uno caigan debajo de las centenas del otro, y las unidades debajo de las decenas, de manera que los guarismos de ambos formen columna, no a la derecha, sino a la izquierda, y le preguntáis si de aquel modo estaría bien asentada la regla, u os responderá afirmativamente, o al menos, si no cae en este error, advirtiéndole la simple inspección de la figura el trastorno de la colocación, no acertará a señalar la razón de esta diferencia, siéndole preciso contentarse con decir que en la escuela no lo enseñan así.

Todos sabemos por experiencia la confusión que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicación y división de los números denominados. No podía uno formarse idea de lo que venía a ser aquello de multiplicar varas, y pies, y pulgadas por pesos fuertes, reales y maravedises; aquella combinación de cantidades tan disparatadas que nada tenían que ver || entre sí dejaba el entendimiento sumamente confuso; y si bien se aprendía maquinalmente la regla, se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarla. No sucedería así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados y del motivo por que se los combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que a cada paso necesitamos en los negocios

comunes de la vida. Con el tiempo la experiencia va enseñando la razón de estas reglas, y así es que los que se ejercitan mucho en las mismas al fin adquieren con el uso el conocimiento que han menester para no equivocarse groseramente aplicando a un caso la regla que corresponde a otro totalmente diverso. No obstante, no dejan de cometerse graves errores, y además siempre hay el inconveniente de ser preciso que pasen años hasta que se adquiere dicho conocimiento, cuando si se observa un buen método es muy fácil que los niños al salir de la escuela no necesiten esperar más para resolver con acierto los casos que se les vayan presentando.

¿Qué confusión no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oír a personas adultas que jamás han podido comprender dichas reglas, que se les olvidan muy fácilmente, y que en ofreciéndoseles una cuenta donde entren quebrados ya no saben cómo salir del paso, || y que tienen que valerse del auxilio de un amigo.

¿Y es por ventura que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como suele decirse? Ciertamente que no: ocupaos en explicar bien su naturaleza, fijad luego las ideas sobre lo que expresan el numerador y el denominador, asentad los principios en que se funda la variación que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos términos, y entonces no costará trabajo, ni aun a las inteligencias más medianas, el comprender la razón de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplos se echa de ver que el secreto de ahorrar tiempo y fatiga no es adelantar mucho de una vez haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos días, para que mil veces vuelva sobre ellas y otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabajase algo más en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargando demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrían resultados mucho más sólidos y provechosos. Una inteligencia desarrollada a tiempo produce mejores frutos, no sólo porque le queda más espacio en el brevísimo trecho de vida que nos ha sido otorgado, sino también porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones || absorban la razón, y con el crecimiento del cuerpo permanezca como adormecida y sepultada el alma.

Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad excesiva, y que es menester en la educación de la niñez recordar aquella máxima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha

tenido parte; pero esta consideración muy fundada y prudente en nada se opone al desarrollo suave y oportuno que estamos aconsejando. Deseamos únicamente que se destierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinalmente, en que el niño, encajonado como una pieza en un gran cuerpo, sufre la compresión que le fastidia de sus tareas sin reportar ni de mucho el debido provecho. Queremos que las escuelas de instrucción primaria, al paso que sirvan para comunicar a los niños las nociones propias de su edad, sean también un semillero de ideas más aventajadas y de orden superior, no precisamente porque éstas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos a desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegarse el calor de otra inteligencia más formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

Pocas materias hay que exijan tan severa vigilancia de parte de las autoridades como la instrucción || primaria. Conviene emplear todos los medios a propósito para procurarse buenos maestros; pero es preciso no contentarse con poseerlos, es menester cuidar de que, asegurados en sus destinos, no se entreguen a la indolencia, perdiendo el público los frutos que pudiera sacar de su idoneidad. Esta carrera es de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideración social, es tan modesta la gloria que acarrea y tan escasos los recursos que proporciona, que es muy fácil que los que a ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con que la emprendieron, si no temen continuamente el ojo vigilante de la autoridad o de las comisiones que la representan, si no saben que a más de las visitas ordinarias y de pura solemnidad puede ser sorprendido por otras en que se inquiera diligentemente cuál es el estado de la escuela, y se observe minuciosamente hasta qué punto llega el celo del maestro y si procura realmente el adelanto de los discípulos, o si sólo trata de cubrir su responsabilidad con el menor trabajo posible.

En España no faltan leyes, no faltan instituciones para todo; la desgracia está en que aquéllas no se observan, y éstas se quedan sin obrar, amortiguadas, adormecidas, sin producir ningún resultado hasta que su inutilidad las hace caer en desuso, y el desuso acarrea el olvido. Lástima causa que cuando en otros || países se ha llevado tan adelante el importantísimo ramo de la instrucción primaria haya estado entre nosotros tan descuidada, sea tan reducido el número de las escuelas y éstas disten mucho de llegar a la perfección en que las tienen otras naciones. Y no es que nos falten medios para obtener lo mismo que ellas han obtenido, sino que por efecto de un fatal concurso de

circunstancias, y también por esa especie de pereza habitual que se ha hecho hereditaria, no hemos cuidado de mejorar los métodos. ni de informarnos siquiera de los adelantos en nuestros vecinos, y, sobre todo, no hemos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponíamos para el efecto, si hubiésemos acertado a dar la competente dirección a fondos e instituciones que podían fecundar el país haciendo su propio bien y asegurando su conservación y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hacia un porvenir más animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que existe, y lo que conviene es explotarlo en beneficio de la ilustración, de la moralidad y del bienestar. Si el gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instrucción primaria y las mejoras de las existentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperación en el país, que se va convenciendo || cada día más de que por una parte conviene salir de la agitación revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las exigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demás naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso también deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religión y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros países donde el aumento de la instrucción ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupción y del crimen figuran en número mucho mayor los instruídos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que sólo sirve para la perversidad del corazón. Preferimos la cándida sencillez hermoseada con la virtud a la instrucción prostituída al vicio. ||



VERDADERA IDEA DEL VALOR

O REFLEXIONES SOBRE EL ORIGEN, NATURALEZA Y VARIEDAD DE LOS PRECIOS *

SUMARIO.—El verdadero sentido de las palabras hay que buscarlo en el sentido común. El valor de las cosas según Destutt de Tracy. El valor de una cosa es su utilidad. Cuán diferente sea el *coste* del *valor*. Qué es riqueza. Variaciones del valor de una cosa según sea más o menos *capital*, más o menos *urgente* la necesidad y más o menos *precisa* de ser satisfecha. Relación que hay entre el *coste* y el *valor*.

Valor: he aquí una de aquellas palabras que todo el mundo usa, que nadie determina, y en cuya aplicación es tanto más difícil el acierto cuanto mayor es la ignorancia de su verdadero sentido y la inadvertencia con que se la emplea. No se ha observado bastante una muy notable particularidad que a cada paso ofrece el lenguaje, y es que, a pesar de que parezca abandonado al capricho, a la ignorancia, a la inadvertencia y, en fin, a cuanto es a propósito para echarle a perder del todo o al menos para quitarle toda presunción de exactitud, tiene, sin embargo, las más de las veces un admirable fondo de buen sentido y no pocas de finísimo discernimiento. Sobre todo cuando se trata de aquellas palabras que son, por decirlo así, la moneda más corriente de la sociedad, a causa de sus enlaces y puntos de contacto con todo linaje de objetos, hállase depositado en ellos ese buen sentido, esa razón tan exacta y profunda como sencilla y exenta de cavilaciones, que el Autor de la naturaleza se ha complacido en derramar sobre las sociedades de un modo tan general, tan sabio y oportuno como poco apreciado.

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 22 de *La Sociedad* (uno de los cuatro que formaron el último fascículo), publicado el día 7 de septiembre de 1844, vol. II, página 458. Después de la muerte de Balmes fué reimpreso varias veces en la colección de la revista. Nuestro texto es el de la primera edición. El sumario es nuestro.]

En tratándose de señalar el verdadero sentido de una palabra, determinando a punto fijo los lindes de su extensión, y los objetos y relaciones a que se destina, es menester tomar esta palabra, sola, aislada de cuanto pueda obscurecer o confundir su significado: empezar examinando el sentido más usual en sus aplicaciones más naturales y sencillas, observar luego las demás, y haciéndolo de esta manera se descubre casi siempre una fina gradación de significaciones, muy variadas, sí, pero enlazadas en su tronco por una ramificación espontánea.

Difícil es concebir, a no haberlo probado por experiencia, la claridad, la distinción, la exactitud que de este examen reciben las ideas; pues el examen y análisis de las palabras es al mismo tiempo un examen y análisis de las ideas. Hállase por lo común en || las palabras muy generales la expresión de alguna idea matriz donde van a tomar su origen todas las otras; y cuestiones hay en que, determinada ésta con toda precisión, se aclaran, se ordenan, se eslabonan con una facilidad admirable las demás, sintiendo entonces el entendimiento toda la extensión y fuerza de aquel principio: *Sigillum veri simplex.* «La sencillez es el carácter de la verdad.»

A no seguir este camino, apenas es posible entrar jamás en un conocimiento profundo de las cosas, y se corre mucho riesgo de edificar aéreos sistemas, en vez de establecer sólidas verdades. Tomamos por lo común las ideas científicas de las definiciones que encontramos en los autores: un nombre respetable, un tono magistral y decisivo, una deslumbrante claridad, una apariencia de análisis, una falsa limpieza de lenguaje son bastantes a dar por el suelo con nuestro espíritu de despreocupación y de independencia, y adoptamos ciegamente la falsa explicación de una idea, sobre la cual se cimenta no pocas veces todo un sistema científico; si el uso común contraría nuestra acepción, le rechazamos como infundado y poco razonable; y cuando notamos que, a pesar de nuestra filosofía, va siguiendo el mundo su ordinario curso sin alterar su lenguaje, nos quejamos de la rutina, de la preocupación de que, a nuestro ver, están plagados todos los demás hombres. ||

Errado el principal punto de vista, es imposible que todo cuanto tiene relación con él no se nos presente alterado, desfigurado y confundido; y, como por lo común nos cuesta tanto trabajo el desprendernos de nuestras concepciones, mayormente si hemos llegado a persuadirnos de que hay en ellas algo de nuevo e importante, doblegamos el principio sentado hasta que se ajuste a todas las proposiciones secundarias y a cuantas aplicaciones queremos excogitar.

Previas estas consideraciones, entremos en la explicación de la palabra que forma el objeto del presente discurso.

El valor de una cosa es susceptible de aumento o disminución, es comparable con el de otras, y este aumento o disminución de los valores y la relación que se conoce por medio de la comparación son cosas que pueden estimarse más o menos aproximadamente; pues que tal estimación la hacemos a cada paso en todos nuestros planes y proyectos, en todos nuestros contratos, y puede decirse que casi en todas nuestras acciones. Para formar juicio apreciativo de un objeto necesitamos siempre escoger un punto de comparación; sin él es imposible que podamos establecer nada con respecto a una cosa. Es esto tan indispensable como poco advertido; y para hacerlo conocer y sentir observaremos que este punto de comparación le llevamos de continuo con nosotros mismos || en todos los juicios que formamos, variando éstos y las palabras que los expresan en variando el punto de comparación a que se refieren. Algunos ejemplos harán palpables el sentido y verdad de estas reflexiones.

Para darnos a entender mejor asentaremos antes dos proposiciones que parecen paradoja, y son las siguientes: *Nada hay grande sino lo infinito, nada hay pequeño sino la nada; todo es grande excepto la nada, todo es pequeño excepto lo infinito.* No trato de apelar a sutilezas, y sí únicamente al sentido común, al lenguaje más usual, más vulgar. Un enorme peñasco es muy grande, y ¿cuándo? y ¿cómo? Cuando se le comparan las piedras que hay en torno de él; pero, considerada la extensa cordillera de montañas en que se halla engastado, el peñasco se convierte en una cosa pequeña; y si calculáis la longitud, la elevación o la masa de las montañas, no repararéis siquiera en él; lo despreciaréis como cantidad insignificante. Si se calcula la mole de la tierra, entonces las inmensas cordilleras se convierten en un átomo; a su vez queda el globo reducido a una cantidad muy pequeña si se compara con el espacio encerrado en el sistema planetario; y el mismo sistema planetario no es más que un punto si se considera la inmensidad del universo. Un reducido estanque de agua es nada en parangón con el océano, y es muy grande si se toma || por punto de comparación una pequeñísima gota de flúido; esta gota de flúido es un mar de grande extensión para los insectos que sólo se descubren con el auxilio de finísimo microscopio, y estos imperceptibles insectos tienen una gran mole si se comparan con las pequeñísimas partes que entran en la formación de sus miembros. Este ejemplo, bastante por sí solo a sugerir muchos otros, prueba hasta la evidencia la necesidad que tenemos de un punto

de comparación para formar juicio de un objeto en que se aprecie la cantidad, y he aquí por qué siempre que queremos fijar las ideas andamos en busca de una medida.

¿Y cuál podremos escoger para apreciar el valor de las cosas? Antes es necesario saber qué es valor. Destutt de Tracy ha dicho que la medida del valor de las cosas era el trabajo que costaba, y como el trabajo debía también tener su valor, ha añadido que el trabajo tiene dos valores: uno natural y necesario, y, de consiguiente, fijo en cuanto lo consiente la naturaleza de la cosa; otro convencional, eventual y variable. Para explicar en qué consiste el primero, observa que todo ser animado empleado en el trabajo, durante éste tiene que satisfacer algunas necesidades; si ellas no se satisfacen, el trabajo cesará; de consiguiente, su trabajo representa la suma de los medios necesarios para satisfacerla, y esta suma es la || medida natural y necesaria del valor del trabajo. El segundo valor es la utilidad que produce el trabajo. Estas ideas, que se presentan tan claras, tan limpias y analíticas, parece que nada dejan que desear; así es mirando sólo la corteza de los objetos; pero profundizando más sobre el particular se verá hasta la evidencia que Destutt de Tracy se equivocó completamente. No quiero decir que no haya en sus ideas algo digno de notarse y que no columbrara por lo menos el buen camino, pero no pasó de aquí; y así es que, tomando un sendero errado, confundió verdades preciosas con errores y hasta con absurdos.

Observando el significado usual y aun el etimológico de la palabra *valor* notaremos que en ella, y en todas cuantas o proceden de la misma o dimanan de común raíz, se halla siempre envuelta con esta o aquella forma la idea de provecho, utilidad, aptitud, poder para alguna cosa. Examínese su significación en el origen latino y considérese luego el mismo en nuestra lengua. «Eso vale, eso no vale, no vale para nada, más me vale, valimiento, válido, inválido, hombre de valer, valiente, valeroso», he aquí la misma raíz extendida a cosas de órdenes bien diferentes, y siempre encerrada en ella la idea de utilidad, provecho, aptitud, poder para alguna cosa: es decir, relación de un medio a un fin, enlace de éste con aquél.

Esta idea se presenta por de pronto vaga, tal vez || confusa, y, sin embargo, es preciosa, llena de luz; es tosca, sólo falta desbastarla. El análisis en que voy a entrar me conducirá a la proposición siguiente:

El valor de una cosa es su utilidad. Entiendo aquí por utilidad la aptitud de la cosa para satisfacer nuestras necesidades; y en la palabra necesidades encierro las naturales, las facticias, las verdaderas, las aparentes, las gran-

des, las pequeñas, comprendiendo, por consiguiente, entre ellas, las comodidades, gustos, placeres, caprichos, etc.

Para poner la cuestión en el terreno más sencillo pregunto: ¿Cómo apreciamos el valor de los alimentos? ¿Qué cosas entran en consideración para determinar nuestro juicio? La sanidad, el sabor, el olor, su vista, todo en relación con nuestra utilidad. Dos individuos han de hacer un cambio de ellos; ¿qué mirarán? La salud, la edad, el gusto, el capricho y otras cosas semejantes. Se ha de juzgar cuál de dos comidas se aventaja a otra; ¿a qué se atenderá? ¿A lo que acabo de decir o a lo que cuesta? Si el que ha cuidado de aparejarla hubiese desempeñado mal su tarea, expendiendo una suma considerable, grandes fatigas y trabajos, y la comida no fuese tan útil como otra menos costosa, ¿podría pretender la preferencia del valor de la suya, alegando sus trabajos y dispendios? Y, sin embargo, según Destutt de Tracy, el valor natural y necesario de la comida sería el trabajo || que cuesta; idea falsa, absurda, rechazada por el buen sentido, y que sacada del terreno científico y arrojada en medio de alegres convidados no podría menos de sufrir satírico gracejo.

Fácil sería aplicar las mismas consideraciones a los vestidos y a cuanto está sujeto a evaluación; pero cualquiera alcanzará la extensión de que es susceptible la aplicación de estas ideas. En este punto el error fundamental está en confundir el *coste* con el *valor;* palabras que significan ideas muy diferentes; ideas que a veces andan en proporción, a veces en suma discrepancia; ideas que en la complicación de las relaciones sociales tienen a menudo cierta delicada dependencia, la cual puede traer consigo gran confusión y dar lugar a equivocaciones capitales, y seguramente que por no haber andado bastante curioso o bastante atinado en deslindarlas el indicado autor, cayó en un error tan notable. Y cuenta que ésta es una de las ideas más fundamentales de la economía política, y será difícil caminar sin tropiezo en no teniendo por guía una clara inteligencia de este punto.

Cuán diferente sea el *coste* del *valor,* y, por consiguiente, cuán falso el decir que el valor natural y necesario de todas las cosas y del trabajo sea lo que cuesten, no lo ha de decir la ciencia, sino el lenguaje común, vulgar, el buen sentido de cualquier hombre, el instinto de un niño. ||

He aquí una cosa que me *cuesta mucho* y no *vale nada,* dice muy naturalmente cualquiera que haya empleado infructuosamente su trabajo o dinero; y, sin embargo, en habiendo mucho trabajo debería haber mucho valor *necesario y natural,* si nos atuviéramos a las definiciones del nombrado economista. Imposible parece asentar una propo-

sición que esté en contradicción más manifiesta con las nociones más sencillas, con el lenguaje más usual y vulgarizado. Seguiríase de aquí que el trabajo de un hombre que hubiese ideado o hecho una máquina de que pudiera reportar grandes beneficios, tendría igual valor natural y necesario que el trabajo de otro que se hubiera ocupado el mismo tiempo con igual fatiga e iguales gastos en construir un artefacto de despreciable importancia.

¿Qué es riqueza? Todo lo que es a propósito para satisfacer nuestras necesidades, así lo dice el mismo autor; el más rico es el que tiene cosas de más valor, luego la medida del valor depende de la utilidad. Es cierto que un ser animado tiene necesidades y que éstas se han de satisfacer durante el trabajo; es cierto que los medios necesarios para ello, o han de ser producto del mismo trabajo o se ha de llenar de otra manera el vacío; pero ¿qué tiene que ver esto para constituir el valor de la cosa trabajada ni del trabajo? Dígase que es una condición precisa si ha || de durar el trabajo, el satisfacer las necesidades del ser animado que trabaja, si se quiere que continúe el trabajo, y se dirá una verdad clara y sencilla; pero si se pasa a medir el valor de las cosas por la suma de estas necesidades, se dirá una cosa falsísima, y que podría muy bien calificarse con términos más duros.

No negaremos que en algunos casos el coste del trabajo contribuya al aumento del valor de la cosa; pero es accidental siempre y nunca depende de aquí el verdadero valor de ella.

Para poner en claro tan complicada materia recordaremos lo que llevamos ya asentado, a saber: que la medida única del valor de una cosa es la utilidad que proporciona; y extendiendo y aplicando esta definición, quedará todo en un punto de vista luminoso.

Si la utilidad *es la única medida* del valor de una cosa, ¿cómo es que vale más una piedra preciosa que un pedazo de pan, que un cómodo vestido, tal vez que una saludable y grata vivienda? No es difícil explicarlo; siendo el valor de una cosa su utilidad, o aptitud para satisfacer nuestras necesidades, cuanto más precisa sea para la satisfacción de ellas tanto más valor tendrá; débese considerar también que si el número de estos medios aumenta, se disminuye la necesidad de cualquiera de ellos en particular; porque || pudiéndose escoger entre muchos no es indispensable ninguno. Y he aquí por qué hay una dependencia necesaria, una proporción entre el aumento y disminución del valor, y la carestía y abundancia de una cosa. Un pedazo de pan tiene poco valor, pero es porque tiene relación necesaria con la satisfacción de nues-

tras necesidades, porque hay mucha abundancia de pan; pero estrechad el círculo de la abundancia, y crece rápidamente el valor, hasta llegar a un grado cualquiera; fenómeno que se verifica en tiempo de carestía, y que se hace más palpable en todos géneros entre las calamidades de la guerra en una plaza acosada por muy prolongado asedio. Entonces podrá valer un pan una onza de oro, diez, diez mil si el hambre llega a su máximo. Y ¿por qué? Porque se aumenta la relación que tiene aquel pan con la satisfacción de la primera necesidad; el valor del oro entonces decae rápidamente y puede llegar a reducirse a la nada. Y ¿por qué? Porque pasa a ser inútil, porque no sirve, *no vale* para satisfacer nuestras necesidades; y si algún valor le queda es por la eventualidad que hay de que, pasado el asedio, podrá ser útil, podrá valer para el propio objeto.

De todo lo asentado hasta aquí se deduce que el valor de un objeto consiste en la dependencia que de dicho objeto tiene la satisfacción de nuestras necesidades; y, por consiguiente, cuanto más *capital* sea || esta necesidad y cuanto más *urgente*, y además cuanto más *preciso* sea en particular el objeto para satisfacerla, tanto más será el valor de él: por manera que podría decirse, hablando matemáticamente, que el valor está en razón compuesta de la directa de la importancia, de la necesidad y de su urgencia, y de la inversa de la abundancia de los medios de satisfacerla.

Atendida la naturaleza de las cosas en general, y la de la sociedad, es evidente que estos *factores*, importancia, urgencia y abundancia de medios, estarán sujetos a muchas variaciones; y que, además, habiendo de apreciarse estos factores en resultado final por el juicio de los hombres, resentiránse por precisión del clima, de la estación, del estado de la sociedad, de las disposiciones particulares de ciertas clases e individuos, y de la veleidad, de los caprichos de las modas, y de mil otras circunstancias imposibles de enumerar en su totalidad, pero muy fáciles de notar para ensartar de ellas, si necesario fuere, una larga cadena. Y he aquí lo que sucede puntualmente, porque así debe suceder.

Vamos ahora a ver si es dable poner en igual grado de claridad la relación que hay entre el coste y el valor. Es innegable que se han de satisfacer las necesidades del ser animado que se emplea en un trabajo; y fácilmente se alcanza que esto ha de influir en || el coste. Para deslindar bien las ideas observaré que esta verdad, palpable como es, está, sin embargo, mal presentada; pues se ofrece como un principio general lo que no es más que la aplicación a un caso particular. Necesario es mantener al jornalero,

pero necesario es también mantener al buey que arrastra el arado, al mulo que hace girar una palanca, al caballo que tira de un coche; así como es necesario también reparar la parte que se va consumiendo o menoscabando de una máquina, cubrir, digámoslo así, las necesidades de la máquina. Por manera que, si bien se observa, generalizando esta verdad, diremos que para que se pueda trabajar es menester conservar el instrumento, o, hablando con más generalidad y exactitud, *para que continúe la producción del efecto es menester conservar la causa.* Mirada bajo este aspecto la proposición se presenta más limpia, más clara y sencilla; crúzase con menos embarazos y consideraciones determinadas, es susceptible de aplicación más fácil y extensa, se presta mejor a las observaciones, y, haciendo entrar el trabajo del hombre en la línea de las otras causas, simplifica mucho la cuestión y evita errores y equivocaciones.

Pero no basta esto para dar a las ideas toda la claridad de que necesitan y son susceptibles, sino que se ha de observar, además, que no es suficiente atender a la conservación de una causa, sino que es preciso || proporcionársela, si no se la tiene a la mano, y en muchos casos es preciso hasta producirla. Erraríase, por tanto, si no se llevaba en cuenta el coste que esto puede traer consigo; y se prescindiría en la ciencia de consideraciones de que el hombre más rudo no se olvida en la práctica. Necesítanse animales para el transporte, verbigracia, y no sólo es preciso atender a la conservación de ellos, sino que es menester cuidar de su reproducción; de manera que en último resultado todos los gastos que ha ocasionado la cría es necesario que de un modo u otro figuren en el cálculo. Necesítase agua para el movimiento de una máquina, no está inmediata, es necesario conducirla de cierta distancia: esto ocasionará gastos que han de entrar en la cuenta.

Si ha de haber efecto es necesario que exista la causa, que ésta se *aplique* y además que se *conserve:* he aquí lisa y brevemente expresado lo que hay en la materia; pasemos adelante.

No es menos evidente que quien ha de aprovecharse del efecto es menester que cuide de la *producción, aplicación y conservación de la causa,* o que al menos reintegre al que cuida de ello. Y no tratamos de la cosa bajo el aspecto de equidad y justicia, porque, como se ha podido notar, de propósito hemos prescindido de toda clase de consideraciones morales; hablamos de la necesidad entrañada por la misma naturaleza || física de las cosas. Porque bien claro es que quien necesita pan y ni quiere cuidar de labrar la tierra, de sembrar, cultivar y recoger el grano, ni moler el

trigo, ni amasar la harina, ni cocer el pan, si se empeña, además, en no querer satisfacer a otros que por él se tomarían esa pena, se ha de quedar sin comer, y de buen o mal grado se verá precisado a entrar en razón acosado por el hambre.

Sentadas estas verdades que, de puro sencillas y fundadas en la experiencia cotidiana, apenas pueden apellidarse teoría, descendamos a la piedra de toque de la aplicación; así percibiremos más claramente la fecundidad y verdad de ellas, viendo cómo se hermanan con lo que a cada paso nos ofrece el trato común de la sociedad.

Necesítase al año, para cubrir las necesidades de un país, una cierta cantidad de tejidos, de esta o aquella clase. Supongamos, para mayor sencillez, que toda la elaboración se haya de hacer en el mismo país. ¿Qué sucederá? Es necesario procurarse las primeras materias, prepararlas, fabricarlas y ponerlas en estado y lugar en que estén a disposición del comprador que las necesita. ¿Qué es lo que ha de satisfacer el comprador para que pueda proporcionarse la porción de tejido que necesita? Todo cuanto ha costado el ponerle la tela en la mano; y ¿por qué? Porque si no se puede atender a todo lo que se necesita || para que tenga a la mano la materia primera, la materia primera no se tendrá; si no se puede atender a todo lo que se necesita para la construcción, conservación y movimiento de las máquinas que sirven a la fabricación y al arreglo, conducción y colocación de las piezas, las piezas no se hallarán en la tienda o almacén, y el que necesita el tejido no le encontrará cuando lo busque. Es preciso, pues, que se someta el comprador a pagar la cuota que le corresponde para cubrir todo esto; y desde entonces correrá de su cuenta, en proporción a su gasto, la cría y manutención de todos los animales que en ello se emplean, deberá pagar también sus arreos, deberá alimentar a los jornaleros y a sus familias, cubriendo al menos sus más precisas necesidades; deberá también contribuir a conservar y engrandecer un poquito o tal vez mucho la cómoda vivienda de los fabricantes, deberá mantener en arreglado aseo y comodidad a sus familias, deberá costear el lujo y los caprichos del comerciante que abarca en grande las empresas, y deberá mantener al menos en modesta decencia al artista que ha construído las máquinas: no podrá olvidarse tampoco del contingente que le toca para que el sabio que ha suministrado la idea no sufra algún desvanecimiento, de puro ayunar, y se vea, por consiguiente, obligado a cesar en su provechosa tarea.

Pero ¿todas estas consideraciones no constituyen || el valor en su mismo coste? No; y para palparlo supongamos que se presenta en el mercado una remesa de géneros de

igual perfección, pero a menor precio, por razón del mayor adelanto de la fabricación de los nuevos competidores; desde luego los primeros tendrán que acomodarse al precio de los segundos, so pena de no vender nada, y, sin embargo, el género les cuesta a ellos lo mismo; pero ni a sus propios ojos tendrá el mismo valor, y dirán naturalmente: Esta competencia nos cuesta tanto de pérdida. Y ¿por qué? Porque ellos entonces ya no son necesarios, las necesidades se pueden satisfacer de otra manera menos costosa, y todo el mundo se reiría si, debiendo hacerse una paga en género, pretendiese uno de ellos contarlo al antiguo precio, sólo porque a él le cuesta lo mismo que antes. Otro ejemplo: Hay una grande escasez de tela de tal clase que tendrá tal calidad, supongamos un excelente y difícil color; hay un tintorero que por casualidad descubre un ingrediente muy barato, que con aplicación muy sencilla produce perfectamente el deseado color. ¿Cuánto valen sus telas? Como las otras. ¿Cuánto le cuestan? Casi nada; luego no hay necesaria conexión entre lo que cuesta una cosa y lo que vale. Hay un artista que con la mayor facilidad ejecuta maravillas. ¿Cuánto valen? Es claro que tanto y más que las obras de los otros. ¿Y cuánto le cuestan a él? Nada: un juego, || un pasatiempo. Pero se nos dirá: Si no le cuestan a él, ya cuestan a los compradores, y aquí está el valor. ¡Qué aberración! «¿Por qué lo pagas tan caro, comprador?—Porque es muy bueno y lo vale.—¿Veis cómo el coste es hijo del valor, y cómo existe el valor antes del coste? —¡Oh! No es que lo valga, sino que él exige esto.—Pues ¿por qué lo pagas? ¿Por qué no te vas con otro?—Porque no lo hallo tan bueno.—Es decir, que si lo tenías ya no lo cambiarías con los otros.—Cierto.—Pues entonces cuando dices más bueno quieres decir que ya de suyo vale más; pues que para hacer el cambio pedirías una compensación.» ||

E L V A L O R *

El valor material o económico de un objeto (sea persona o cosa) es la *cantidad* de su utilidad para satisfacer una necesidad, una comodidad o un placer.

El valor se aumenta con la escasez, porque crece su necesidad. Aniceto se muere de hambre en una soledad, teniendo sobre sí oro, diamantes, etc.: *para él* un bocado de pan lo *vale* todo. En la misma soledad Florencio tiene pan en abundancia, y le es fácil proporcionárselo cuando se le acabe: *para él* el pan no tiene más valor que el corriente en el país. ¿Será justo que Florencio exija a Aniceto un diamante por el valor del pan que le venda? No. Luego el valor en los contratos no se ha de estimar por la necesidad de una sola parte. No hay más pan; ambos están iguales: entonces el pan lo vale todo, no será caro a ningún precio.

Propiedad es el derecho sobre una cosa con exclusión de los demás. Su origen primitivo es el trabajo (véase *Etica)* [vol. XX]. ||

El propietario tiene derecho a percibir el fruto de *su* cosa. Si es natural y espontáneo, sin industria, el fruto es todo *suyo;* si hay industria, es preciso satisfacer el valor de la industria, y de aquí la repartición del fruto entre el propietario y el colono, u otro género de industria.

El dinero produce mediante la industria: sin ésta el dinero no es productivo, sino satisfactivo; esto es, vale para comprar. Pero sin dinero tampoco sirve muchas veces la industria: luego el dinero puede ser considerado en ciertos casos como productivo.

Un campo sin cultivo no produce más que abrojos; cultivado da trigo. El propietario lo entrega al colono, y, sin hacer nada, sin más que poner el campo, recibe una renta: luego hay justas percepciones de renta procedentes de un capital empleado sin industria del perceptor, sin *peligro* de

* [Nota bibliográfica.—Este fragmento, Balmes lo dejó inédito, y fué publicado en las *Reliquias literarias de Balmes*, núm. 13. Probablemente fué un esbozo del artículo precedente.]

perder el capital y sin deterioro. Se dirá que el campo pierde, que se desubstancia; pero sabido es que la renta se percibe aunque el campo esté muy desubstanciado y se haya de abonar; y además esta desubstanciación no es como el deterioro de una casa: el campo no se hunde, dura siempre. Y ¿qué será si consideramos que el campo con el cultivo mejora? Entonces ¿no se podría percibir fruto por no haber ni peligro ni deterioro?

El principio de la justicia de dicha percepción está || en que el que adquiere un capital tiene un derecho a vivir de él y sin trabajo: el capital es un trabajo adelantado, acumulado, ahorrado, y, por consiguiente, se vive de él justamente; de lo contrario, nadie adelantaría su trabajo. Este vivir no se puede entender de la pura consunción del capital, es que así todos los capitales se harían improductivos, y el más inútil sería una posesión en tierras, pues no se comen.

Aun en la propiedad urbana, a más del riesgo (que desaparece con el seguro) y del deterioro, se percibe un tanto por ciento del capital empleado; pues de otro modo sería preciso calcular cuánto podrá durar la casa, y sólo se podría percibir en alquiler el dividendo de la duración con más las obras de reparación y el interés del seguro.

Aniceto tiene tierras valor cien mil duros: las entrega a sus colonos, y sin peligro ni trabajo percibe tres mil duros de renta. Florencio tiene cien mil duros en dinero: ¿podrá entregarlos a otro, y sin peligro ni trabajo percibir tres mil duros de renta?

El valor de las tierras es variable: a veces son tres, a veces dos, o cuatro, o seis por ciento, lo cual depende no sólo de su calidad *intrínseca,* sino del mercado o de la habilidad del país, etc. El dinero a veces es más *útil* en la industria: por circunstancias semejantes, ¿podrá variar el rédito? ||

SOBRE LA «REVISTA DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES» DEL SR. D. RAMON DE LA SAGRA *

ARTICULO 1.°

SUMARIO.—Estado de espíritu incomprensible de quien dice, como dice el señor De la Sagra, que *sabe* o *ignora*, pero no *cree* ni *duda*. Es cierto que los cristianos creen que todo poder emana de Dios, pero es falso que de este principio resulte una obediencia *siempre infalible*. La época que nos pinta el señor De la Sagra de un régimen *absoluto* tal que *todos* sus actos fuesen calificados de *esencialmente justos*, no ha existido. Los escritores de ciencias sociales y políticas no consultan las obras de los principales escritores con que cuenta la Iglesia.

En una publicación que tiene por objeto la sociedad, que lleva por título este mismo nombre, y en la cual se han examinado extensamente las doctrinas de algunos de los principales socialistas modernos, justo es dar una ojeada a la *Revista de los Intereses Materiales y Morales*, que está dando a luz en Madrid el señor don Ramón de la Sagra, y que él apellida *periódico de doctrinas progresivas en favor de la humanidad.* ||

Desde luego convendremos en que es muy útil difundir en España la afición a esa clase de estudios, y felicitamos al señor De la Sagra por las curiosas noticias que proporciona con respecto a la estadística de otros países, por los esfuerzos que hace para recoger datos sobre la de España y por los cuadros que nos ofrece del triste estado social de algunas naciones que no han sabido conciliar el bienestar del mayor número con el desarrollo industrial y mercantil

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Estos dos artículos fueron publicados en los cuadernos 23 y 24 de *La Sociedad* (dos de los cuatro que formaron el último fascículo, fechado el día 7 de septiembre de 1844), vol. II, págs. 494 y 535. Después de la muerte de Balmes fueron repetidos varias veces en las ediciones de la revista. Reproducimos el texto de la primera edición. Los sumarios son nuestros.]

y la pujanza política. Mas, por mucho respeto que nos inspire la persona del señor De la Sagra, y por más que aplaudamos su laboriosidad, no podremos prescindir de hacerle algunas observaciones sobre los artículos que él llama *doctrinales, o sea de discusión y manifestación de principios.*

Es verdad lo que asienta el señor De la Sagra en el primer artículo de su *Revista*, que las sociedades modernas se hallan en un período de agitación progresiva del cual participan más o menos las instituciones y los gobiernos; y que desgraciadamente no se descubre aún que la tendencia de éstos corresponda a las necesidades urgentes de aquéllas; que se percibe en la marcha de los pueblos más energía que uniformidad, y que lo mismo pudiera decirse de las doctrinas de los reformadores; que por esta causa la vida social resulta tan vaga e irregular como activa y animada, recomendándose unas veces por sus nobles impulsiones, || inspirando otras temor por sus convulsivos sacudimientos; que la autoridad pública, participando de los mismos, ya estimula y fomenta, ya reprime y sofoca; que la protección, lo mismo que la represión, no son siempre la consecuencia de un plan premeditado de sabio progreso, cuya dirección debería estarle encomendada; que las contradicciones ofrecidas por la versatilidad de las tendencias son igualmente funestas para el prestigio del poder y la ventura de los pueblos; pero nunca hemos podido entender lo que quiere significar el señor De la Sagra cuando a renglón seguido, queriendo dar cuenta del estado de su entendimiento, dice: «Meditando sobre estos fenómenos el redactor del futuro periódico llegó al estado de no tener *opiniones*, sino *principios*, en política. *Sabe* o *ignora*, pero no *cree* ni *duda*.»

Llámanse principios en una ciencia aquellas verdades fundamentales sobre las que se asienta todo el edificio científico. Estas generalmente son pocas, tal vez una sola; y aun cuando se cuenten algunas, por lo común pueden reducirse a otra que les sirve de base. De esta regla no puede exceptuarse la ciencia política; y si el señor De la Sagra sólo tiene en ella principios, si no se tratase de un hombre tan laborioso y entendido, casi pudiera creerse que no ha meditado mucho sobre la obscuridad de esta ciencia.

En efecto, ¿qué son las opiniones? Son aquellas || convicciones en pro o en contra de una doctrina que, si bien se apoyan en razones plausibles y respetables, no excluyen del ánimo todo recelo de error, a causa de que militan por la parte opuesta otras no despreciables, y que no carecen de peso a los ojos de una persona juiciosa. El señor De la Sagra dice que en política no tiene opiniones; lo que ha de significar que sus convicciones han adquirido una completa certeza, que no abriga ningún temor de equivocarse, que

nada valen en su concepto las razones en que estriban los que piensan de una manera diferente. Esto apenas podemos creerlo de una persona tan entendida que no puede ignorar cuán varios y difíciles son los senderos por los cuales marcha la ciencia política; que no puede ignorar cuán profundamente se hallan divididos los autores que han hablado de semejante materia, cuánto discrepan entre sí en puntos de la mayor importancia los primeros hombres de Estado.

Tampoco comprendemos aquellas otras palabras *sabe* o *ignora*, pero no *cree* ni *duda;* y confesamos ingenuamente que no atinamos cómo puede hallarse en tal situación el entendimiento de un hombre que haya estudiado, meditado y observado, como lo ha hecho ciertamente el señor De la Sagra. ¿Qué es dudar? Es estar el entendimiento indeciso entre dos proposiciones, ya sea por la igualdad de razones que militan en favor de ambas, ya porque en pro de una ni | de otra no se presenta ningún motivo bastante a obtener el asenso. El señor De la Sagra habrá reflexionado algunas veces sobre la teoria de las formas políticas y su aplicación a diferentes pueblos; y es imposible que no haya vacilado entre la conveniencia de éstas, la oportunidad de aquéllas, la relación entre un estado social de una nación y la clase de gobierno bajo que vivía o que se trataba de imponerle; es imposible que la España, la Italia, la Alemania, la Rusia y demás países del Norte, la Francia, la Inglaterra, las repúblicas de América no le hayan ofrecido numerosos problemas en que había motivos de dudar. Cuando habrá encontrado razones iguales en pro y en contra de una opinión, ¿qué habrá hecho sino mantener suspenso el juicio a manera de balanza en el fiel? Y esto es cabalmente lo que se llama *dudar*.

Uno de los discursos con que inaugura su publicación el señor De la Sagra es el que lleva por título *Del principio de la autoridad*. En él, entre algunas pinceladas fieles sobre el decaimiento de las creencias religiosas, se nota bastante exageración, mucha inexactitud y algunos errores. «Hubo un tiempo, dice el señor De la Sagra, no muy distante aún de la época presente, en el cual se *creía* que la autoridad suprema emanaba de la Divinidad. En este sublime atributo estribaba su prestigio, que cuando era ejercido para el mando de las naciones fué revestido de riqueza || y magnificencia como dotes inherentes al respeto y veneración que inspiraba...»

«El prestigio, pues, que tenia la autoridad era inherente a ella y emanaba sólo y exclusivamente de su origen divino...»

«Claro es que con tal sanción religiosa *la obediencia re-*

sultaba infalible; y si la debilidad humana o la severidad de la ley y de los preceptos daban origen al delito o al pecado, ambos habían de ser expiados irremisiblemente, no mediando la misericordia de Dios, o en esta vida o en la futura. Pero en ningún caso era concebible la rebelión voluntaria contra los mandatos de la autoridad, y *mucho menos la discusión sobre ellos. El negarlos se hubiera reputado acto de demencia; el ponerlos en duda, acto de sacrilegio.* El principio de la autoridad reposando en una creencia era artículo de fe religiosa; y, por lo tanto, comprendía en sí mismo los infalibles efectos de la obediencia ciega, de la sumisión profunda, del respeto y de la veneración» (páginas 13 y 14). En estos pasajes hay verdad y hay error. Es cierto que se creía que la autoridad suprema emanaba de la Divinidad, y lo creen aún todos los cristianos, pues está expresamente consignado en la Escritura que no hay potestad que no venga de Dios; es cierto que esta sanción religiosa de la autoridad la rodeaba de mucho prestigio y le granjeaba de parte de los pueblos sumisión, || obediencia y acatamiento; pero es inexacto que en ningún caso fuese concebible la rebelión voluntaria contra los mandatos de la autoridad, y mucho menos la discusión sobre ellos; es falso que la obediencia resultase *siempre infalible;* y es intolerable exageración el decir que el negar los mandatos de la autoridad se hubiera reputado acto de demencia, el ponerlos en duda acto de sacrilegio.

Como no podríamos fácilmente persuadirnos que el señor De la Sagra hable de los tiempos antiguos sin haber estudiado su historia y sus doctrinas, nos inclinamos a creer que al decir esto se olvidó de lo que había leído, y, empeñado en el contraste entre una época de fe y otra de incredulidad, recargó excesivamente el cuadro, y dió una existencia real a seres que sólo existían en su mente. De otra manera no hubiera podido caer en semejantes exageraciones, confundir tan lastimosamente la sumisión a la autoridad política con la sumisión a la autoridad religiosa, no distinguiendo entre los diferentes caracteres que se señalaban a la una y a la otra, dimanados del origen, objeto y facultades que a cada uno se atribuían, ni tampoco entre la variedad de actos de cada una de ellas, y las gradaciones que se conocían y se enseñaban públicamente, relativas a las obligaciones que de los diferentes mandatos resultaban. A no olvidar lo muchísimo que se ha escrito sobre el principio || de autoridad aun en los siglos medios, las doctrinas sumamente latas que en este punto se defendían por los teólogos más aventajados, aun en aquellas épocas en que estaba más robusta y pujante la influencia de la Iglesia, a no haber olvidado lo que enseñaban los teólogos y los ju-

ristas sobre el origen, objeto y calidades de las leyes, sobre los casos en que se debía obedecerlas y los en que se podía y aun debía desobedecerlas, sobre su justicia o injusticia, sobre su conveniencia o sus daños, sobre los derechos y deberes de los pueblos, sobre las recíprocas obligaciones entre éstos y los soberanos, no hubiera podido pintar a la Europa antigua como un conjunto de naciones de ilotas que no se atrevían a pensar para examinar los actos de ninguna autoridad, que vivían abatidos con el entendimiento en tinieblas y la frente en el polvo, sin hacer otra cosa que ponerse de rodillas para escuchar los mandatos de la autoridad, obedeciéndolos ciegamente; no hubiera podido decir que «de esta manera fueron gobernados los pueblos y las familias durante siglos, bajo un *régimen absoluto*, fundado en la fe y no en la fuerza, y, de consiguiente, constituyendo un *despotismo* aceptado voluntariamente como ley providencial y no como institución humana; que, bajo esta creencia, *el principio de justicia o de razón suprema residía también en la autoridad y en todos los actos emanados de || ella;* que como tales los acataban y obedecían los pueblos y los individuos, bien fuesen favorables o contrarios a sus intereses particulares; que el origen superior de donde se suponían emanados los calificaba de *esencialmente justos*, y la humana razón cedía humilde ante esta manifestación de un poder incomprensible» (págs. 14 y 15).

Resulta de lo establecido por el señor De la Sagra que antiguamente vivieron los pueblos y las familias bajo un régimen *absoluto*, bajo un *despotismo* aceptado voluntariamente, sin examinar nada, sin discutir nada. La autoridad decía *mando*, y los pueblos, inclinando la cabeza, contestaban *obedecemos*. No parece sino que no existen en la historia los recuerdos de las Cortes de Castilla, de Navarra, de Aragón, de Valencia, de Cataluña, de los Estados de Francia, de los de Alemania y otros países del Norte, y de Inglaterra; no parece sino que se ha perdido la memoria de las repúblicas de Génova, Pisa, Venecia, Florencia; no parece sino que distan muchísimos siglos de nosotros aquellos tiempos en que la Europa entera disfrutaba de instituciones en que había una incesante comunicación entre las clases representadas por distintos cuerpos y entre todas ellas y la autoridad suprema que las gobernaba; todo se examinaba, todo se discutía; los pueblos alegaban sus fueros, las clases sus privilegios, el poder sus prerrogativas; || se protestaba contra lo opuesto a la razón y a la justicia; unas veces estas protestas detenían a la autoridad en su camino, otras la obstinación de ésta provocaba insurrecciones abiertas: ora se terminaban los disturbios con transacciones, ora con la derrota de uno de los contendientes, tal vez con

la intervención del Sumo Pontífice; pero jamás, en ningún tiempo antes de la revolución religiosa del siglo XVI, en que se proclamó la mal llamada *libertad del pensamiento*, ha existido esa época que nos pinta el señor De la Sagra en que el principio de justicia o de razón suprema residiese en la autoridad de tal suerte que *todos* sus actos fuesen calificados de *esencialmente justos*. ¡Qué error! Si los límites de un artículo nos lo permitieran, aduciríamos abundantes pruebas de lo que estamos afirmando; más diremos, con sólo acudir a una biblioteca cualquiera, con sólo extender la mano a los estantes donde se vieran libros viejos, podríamos indicar numerosos pasajes, tratados enteros, grandes volúmenes, que serían la más terminante refutación de lo que con tanta seguridad establece el señor De la Sagra.

Y cuenta que no nos causan ninguna extrañeza las equivocaciones de este escritor, a quien por otra parte apreciamos y respetamos como se merece. ¡Son tantos los compañeros que en esta parte tiene, así en España como en el extranjero!... Es indecible la ligereza || con que se juzgan los siglos anteriores al XVI, mayormente en lo que toca a las doctrinas. Hay sobre el particular ideas tan extrañas, son tan crasas las equivocaciones, que, a no haberlo visto de cerca, cotejando lo que se dice con la realidad de los hechos, no es posible concebir cómo se dejan llevar hasta tal extremo hombres de incuestionable talento y acreditada laboriosidad. Por un conjunto de circunstancias que no es oportuno explicar ahora, hay en el fondo de la ciencia europea, en lo que tiene de más popular y brillante, cierto fondo de errores que se han hecho como hereditarios y se admiten como verdades inconcusas. La causa de esto se halla principalmente en que muchos de los hombres que más figuran en el mundo científico y literario, cuando se trata de ciertas materias, no consultan sino una clase de libros que por lo común no están sobrantes de exactitud e imparcialidad. Como el acudir a las fuentes donde podrían informarse completamente es cosa ajena de sus ocupaciones ordinarias, y los estudios que se verían precisados a hacer son poco conformes a su gusto, prefieren valerse de libros que o les extractan las doctrinas en trozos incompletos, si no truncados adrede, o les dan cuenta a su modo, ofreciéndoles, no el sistema del autor de quien tratan, tal como éste lo concibió y explicó, sino alterado y desfigurado, tal como a ellos les ha venido en talante. ||

La mucha afición a las ciencias sociales y políticas que se ha desplegado en el siglo anterior y en el presente ha hecho que se hablase frecuentemente de las doctrinas de los católicos sobre el origen del poder, su objeto y facultades.

Hablando de estas materias sin consultar directamente las obras de los principales escritores que cuenta la Iglesia, era natural que se padeciesen equivocaciones gravísimas, como en efecto se han padecido. ¡Cuánto no se ha dicho y desbarrado sobre el principio del *derecho divino!* ¡Cuánto sobre el *despotismo* enseñado por los católicos, y cuán pocos son los que han estudiado a fondo esas materias pasando muchas horas en la lectura de nuestros teólogos! Los que más se habrán internado en estas investigaciones habrán creído haber hecho lo bastante consultando la *Política sagrada* de Bossuet, la *Teoría del poder* del vizconde De Bonald y las obras del conde De Maistre; y sin embargo, a pesar del profundo respeto que tributamos a estos autores, y de la admiración que nos inspiran, todavía nos atreveremos a decir que después de leídos y conocidos a fondo todos sus trabajos, aun resta mucho que aprender en política en los escritos de Belarmino, de Suárez, de Cayetano, de Santo Tomás de Aquino y de muchísimos otros teólogos insignes. Más diremos, no sólo resta mucho que aprender, sino que es imposible formarse ideas exactas sobre || la marcha de la ciencia política en Europa y sus relaciones con la historia de los grandes acontecimientos, sin estudiar las obras de los teólogos, las cuales, por estar escritas en el estilo y lenguaje de su tiempo, no dejan de contener un inestimable caudal de sabiduría y de contribuir en gran manera a completar el cuadro de los progresos del espíritu humano con respecto a las cuestiones más interesantes de la ciencia política.

La profunda convicción que de mucho tiempo atrás abrigamos sobre la ignorancia y ligereza de que nos hemos lamentado, nos inspiró la idea de un trabajo bastante extenso que disipase los errores sobre este particular, el cual forma parte de la obra que dimos a luz titulada *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*. La mitad del tomo tercero y gran parte del cuarto tienen por objeto dar ideas claras y precisas sobre el *derecho divino*, sobre el origen del poder, sobre sus facultades y objeto, dilucidando estos puntos y manifestando las equivocaciones que en ellos se han padecido por el prurito de hablar de cosas que no se conocían, lo que acarreaba que se achacasen a todos los escritores católicos doctrinas que ellos jamás habían profesado. Allí están los pasajes de San Juan Crisóstomo, de San Agustín, de Santo Tomás de Aquino, de Belarmino, de Suárez, del venerable || Palafox, del P. Márquez, del P. Mariana, del P. Fray Juan de Santa María, de San Liguori y de otros teólogos ilustres; allí se patentiza con argumentos irrecusables, fundados en los textos mismos de los autores, cuán

equivocadamente han sido juzgados éstos y con cuánta injusticia los han tratado la ignorancia o la mala fe.

Esto en cuanto a la política; por lo tocante al desarrollo intelectual, a la lucha de la razón con la autoridad, al pretendido estorbo que ésta ponía a aquélla y otros puntos análogos que también indica el señor De la Sagra, bien que someramente, inclinándose a las falsas opiniones que por desgracia se han vulgarizado, merced a las causas arriba señaladas, también demostramos en el mismo lugar, con el convincente testimonio de los hechos, que había mucho de inexacto y errado en los juicios que sobre aquellas épocas han emitido algunos escritores cuya nombradía parece haberles asegurado el derecho de afirmar sin probar. ||

ARTICULO 2.º

SUMARIO.—Del principio de la soberanía nacional. Los dos principios, el de las mayorías y el de la autoridad, han existido en todos los tiempos, solos o combinados. La humanidad culta no ha aceptado el principio de las mayorías como *único criterio* de lo justo y de lo injusto.

En el artículo titulado *Del principio de la soberanía nacional* pinta el señor De la Sagra con negros colores los funestos resultados de la ruina del principio de la autoridad. Conviniendo con el mencionado escritor en que las doctrinas disolventes proclamadas en los tres últimos siglos han acarreado a la sociedad males de la mayor trascendencia y le están preparando otros quizás más terribles, parécenos, sin embargo, que hay cierta exageración en algunas pinceladas, y que, mirada la humanidad desde la altura en que se coloca el escritor, cae éste en alguna inexactitud, atribuyéndole sistemas que está muy lejos de haber abrazado.

Nada más especioso a primera vista que el modo con que desenvuelve la teoría de las mayorías, pintándola || como cosa de origen moderno, debida únicamente a la ruina del principio de la autoridad, y aceptada por los pueblos como única tabla para salvarse del naufragio; pero, en la realidad, ¿se han verificado las cosas tales como las describe el señor De la Sagra? La humanidad, aun considerada en su parte más progresiva, ¿está sometida a la formidable ley señalada por el citado escritor? Nosotros, bien que en todas estas materias profesamos principios más severos que los suyos, no vemos los objetos tan negros como

él los pinta; a nuestros ojos el cuadro es triste, desconsolador, mas no desesperante.

Para juzgar con acierto y no alterar en nada las opiniones ajenas, en lo que somos delicados hasta el escrúpulo, mayormente cuando tratamos de rebatirlas, copiaremos el pasaje a que nos referimos: «Desde que los hombres conocieron que entre ellos faltaba ya la base del respeto a la autoridad fundada en la creencia, y luego que hubieron debatido las distintas máximas producidas por la libre inteligencia. debieron llegar al punto final de hacerse esta pregunta: ¿Quién tiene razón entre los que dicen *sí* y los que dicen *no*? Antiguamente la autoridad hubiera decidido, porque la autoridad era representante de la Razón suprema; pero, destruída la autoridad, no quedaba más que la fuerza, recurriendo al combate las fuerzas representantes de opiniones contrarias, resultando || de esto que la razón correspondería al más poderoso. Esta lógica era absurda, y, no obstante, reinó exclusivamente en el mundo y reina todavía. Sin embargo, su imperio se ha debilitado por el efecto mismo de las consecuencias monstruosas a que daba lugar el conceder la razón sólo al más fuerte. Pero entre tanto no se ha dado aún una solución racional y convincente al problema sentado. ¿Quién tiene razón, los que dicen que *sí* o los que dicen que *no*? O en otros términos: ¿Quién será juez entre los unos y los otros?

»No existiendo una autoridad a quien acudir; no habiéndose descubierto el carácter peculiar, innegable, convincente de la razón; reconocido como absurdo el tribunal de la fuerza, ¿adónde recurrir? «A la opinión del mayor número, respondió una voz más sonora y retumbante que racional y convincente; estará allí donde se hallen la mitad más una de las opiniones.» Sobre esta nueva base se fundó el edificio del pacto social moderno, y en ella estriban todas las constituciones de los pueblos libres.»

Apenas hubo asentado el señor De la Sagra su doctrina sobre las mayorías sintió la flaqueza de los principios en que estribaba su opinión y la evidente repugnancia en que estaba con la historia de todos los tiempos y países. Así es que luego se hace cargo de lo que se le podría objetar por algunos, a saber, || que la resolución por votos y la sumisión de las minorías al dictamen de las mayorías existía ya antes de haberse demolido la base de la autoridad fundada en el derecho divino, puesto que fué ejercida por todos los pueblos de la tierra. Aunque el señor De la Sagra mira esta objeción como grave sólo en la apariencia, nosotros creemos que lo es en la realidad, sin que basten a desvanecerla las reflexiones que a continuación añade el citado escritor.

Considerando todas las fases de la humanidad se echa de ver que han existido en todos tiempos y países los dos principios, el de las mayorías y el de la autoridad; ora solos y exclusivos, ora combinados en diferentes proporciones. La causa de esto se halla en la naturaleza misma de las cosas. Para el mando se necesitan razón y voluntad; la razón ha menester un criterio, la voluntad una expresión, y ambas cosas se han buscado siempre como se buscan ahora en la autoridad sola de una persona, o en la mayoría sola, o en ambas a un tiempo. Se trata de saber si una medida conduce o no al bien público; he aquí el problema de todas las leyes, el cual se ha resuelto de la misma manera, con pocas modificaciones, en los tiempos antiguos y modernos. En las antiguas repúblicas el fallo en muchos negocios pertenecía a las mayorías, en las modernas acontece lo mismo; en las antiguas monarquías la decisión correspondía al || rey, y en las modernas el rey es quien decide. Donde está reconocido el principio de la autoridad absoluta se da por supuesto que en ella reside también el criterio para conocer de qué parte está la razón en lo concerniente al bien público; y, como en ella está concentrado todo el mando, la expresión de su voluntad constituye lo necesario para dar fuerza de ley a lo que se supone reconocido como conducente al bien público, y en este sentido debe entenderse aquel principio de derecho: *Quod principi placuit legis habet vigorem.* «La voluntad del príncipe hace la ley.»

Cuando la autoridad no reside en una persona sola, sino en una corporación más o menos numerosa, a ella corresponde el conocer lo que conviene al bien público y el mandarlo; pero, como la misma a su vez necesita conocer su propio pensamiento y su voluntad, claro es que, siendo iguales sus miembros, no tiene otro medio que apelar al principio de las mayorías y dar por supuesto que se entenderá por bueno y bien mandado lo que reuniere en su favor mayor número de votos, ya sea que adopte sin excepción el sistema de mitad más uno, ya sea que, para asegurar mejor en algunos casos el acierto, exija las dos terceras partes o las tres cuartas u otras proporciones semejantes. Por manera que, en saliendo del sistema de una autoridad absoluta residente en || una sola persona, ya no hay otro medio de gobernar que el de las mayorías. Poned dos personas de autoridad igual; en caso de discordia no hay medio de resolver sino sometiéndose al fallo de un tercero; poned tres, no hay otro medio que adoptar el voto de dos contra uno.

Es cierto lo que suele decirse de que los votos deben pesarse y no contarse; porque es claro que vale más el de una persona entendida y juiciosa que el de mil ignorantes

y atolondrados; pero ¿quién será el encargado de pesar los votos? Contarlos es muy sencillo, mas pesarlos sólo puede hacerlo quien tenga una autoridad decisiva, quien pueda decir: «Quiero que se siga el dictamen de los menos contra el de los más, porque encuentro más razonable y más justo el de aquéllos que el de éstos.»

El señor De la Sagra observa que antes de la ruina del principio de la autoridad los objetos sometidos a la decisión del voto no eran de la naturaleza de los a que se refiere, como dice que tendrá ocasión de demostrarlo detenidamente; y añade, además, que aun sobre los que entonces se resolvían por votación tenía un derecho de examen y de anulación la *autoridad suprema* y por esto se hallaba exactamente calificada con este título. Hubiera sido de desear que el señor De la Sagra nos dijera de qué pueblos habla y a qué tiempos hace referencia; porque, así en los || tiempos antiguos como en los modernos, vemos sometidos al fallo de las mayorías negocios de la mayor importancia: las haciendas, las vidas de los ciudadanos y todos los intereses de la sociedad. Tampoco es cierto, generalmente hablando, que existiese siempre esa *autoridad suprema* con derecho de examen y de anulación; pues que sobre el particular ha habido mucha variedad según las leyes, usos y costumbres de los diferentes países.

No creemos, en consecuencia, que sea exacto que en el *día la esencial diferencia con el sistema antiguo esté en que la soberanía de la mayoría se substituyó íntegramente en el lugar que ocupaba la autoridad, de modo que no hay apelación contra las resoluciones de dicha mayoría; de suerte que la razón social, la sanción de los actos, la calificación de lo justo o de lo injusto, esté representada por la opinión de la mitad más uno de los delegados del pueblo;* en esta parte parécenos que el señor De la Sagra cae en exageración pintando el estado de las sociedades modernas algo más triste de lo que es en la realidad. Sabido es, y en bastantes escritos lo tenemos consignado, que estamos muy lejos de hallarnos satisfechos de la dirección que van siguiendo las ideas y los hechos; pero tampoco creemos que sea conveniente recargar ni ennegrecer el cuadro, y en esta parte nos guían dos ideas: primera, el respeto debido a la verdad; || segunda, el que así para los individuos como para los pueblos opinamos que contribuye mucho a ponerlos en mal estado el hacerles creer que ya se hallan en él.

Echamos una ojeada sobre el mundo entero, y no vemos realizado ni de mucho lo que afirma el señor De la Sagra. ¡Cuántos y cuántos pueblos, aun de los más adelantados en la carrera de la civilización, no están sometidos al fallo de las mayorías! Hasta en aquellos en que puede decirse que

éstas dominan, el principio se halla tan falseado que puede decirse que no existe. En Inglaterra, ¿prevalece por ventura el voto de la mitad más uno? ¿Tienen derecho de tomar parte en los negocios del Estado todos los ingleses? ¿Las cámaras expresan el voto de la mayoría del país, o únicamente el de los más ricos, mejor educados y más instruídos? En la misma Francia, donde la población se eleva a treinta y cinco millones, ¿expresan la mayoría numérica doscientos mil electores? En ningún país donde se halla establecido el gobierno representativo, y hasta el republicano, ¿existe el sufragio universal en toda la extensión de la palabra, aun dejando las mujeres y los menores de edad? Esto indica que para decidirse entre los que tienen razón y los que no la tienen, entre el *sí* y el *no*, la humanidad está muy lejos de adoptar ciegamente el principio de las mayorías; pues aun en el caso de || valerse de semejante criterio, procura buscar garantías de educación, de instrucción, de moralidad; o en otros términos, procura *pesar los votos y no contarlos*.

No se trata de saber aquí hasta qué punto haya contradicción entre el principio de la soberanía del pueblo, que tan a menudo se proclama, y las aplicaciones que de él se hacen; bástanos consignar el hecho para hacer palpable que es tanta la fuerza de las cosas que obliga a ser inconsecuentes a los mismos que profesan principios erróneos, y que afortunadamente hay en las sociedades un cierto fondo de buen sentido, que más o menos cumplidamente es un correctivo contra la exageración o la falsedad de las teorías.

Reconoce el señor De la Sagra que algunos célebres publicistas han apreciado debidamente el mérito del sistema de mayorías, manifestando los inconvenientes de que adolece; pero añade que no por esto deja de regir las naciones más avanzadas en política. La falsedad de esta aserción la acabamos de demostrar con hechos indudables.

Resumiremos en pocas palabras nuestro pensamiento: si el distinguido escritor de quien estamos hablando quiere manifestar los males que ha traído el enflaquecimiento del principio de la autoridad, si quiere demostrar la falsedad del principio de la || soberanía del pueblo y la imposibilidad en que se hallan de plantearle los mismos que le proclaman y defienden con más ardor, nos tendrá a su lado; pero si se empeña en afirmar que la humanidad en su parte más adelantada y culta ha adoptado el principio de las mayorías, reconociéndolas como *único criterio* de lo justo y de lo injusto, de suerte que la opinión de la mitad más uno sea la razón social, la *sanción de todos los actos*, esto se lo negamos. Tenemos más fe en el porvenir de la humanidad, más confianza en su buen sentido, más esperanza en

la Providencia; si quiere hacer sensible la farsa que se está representando por muchos que se apellidan defensores de los derechos y de la libertad del pueblo, si quiere señalar los defectos de que adolecen varias formas que se proclaman como panacea de los males de la sociedad, nos tendrá también a su lado; pero nos ha de permitir que aun en esas mismas formas, y en medio de la insuficiencia y de la vanidad de los hombres, descubramos ese mismo buen sentido de la humanidad que los fuerza a falsear sus principios, que los obliga a una saludable inconsecuencia. En los mismos países donde se ha predicado la libertad más lata, donde se ha proclamado la soberanía popular, donde se ha procurado plantear con más rigor el sistema de las mayorías, ¿no vemos cámaras intermedias, hereditarias o vitalicias? ¿No existe el veto absoluto || de los monarcas? ¿Qué son estas cosas sino correctivos del sistema de las mayorías? ¿Qué son sino un indicio evidente de que se adopta un principio que luego es necesario falsear? ||

¿PROGRESA LA SOCIEDAD?*

M.—Esto descorazona; no sé lo que sucederá, pero es indudable que caminamos a una disolución universal.

C.—¡Qué sabe uno!

M.—Sin embargo, no creo que las señales sean equívocas; por lo menos no me ocurre época alguna de la historia en que la sociedad presentase más duros síntomas de corromperse como un cadáver.

C.—¡Oh! ¡Oh! Cadáver no; si algo hay, es exceso de vida; si viene la muerte, no será de marasmo, sino de inflamación.

M.—Es posible..., bien que la agitación no es siempre indicio de que la vida sobreabunde.

C.—Cierto, pero hay algo más que agitación; en muchas cosas el progreso es visible; que la civilización se desarrolla con asombrosa rapidez no es necesario probarlo, se palpa.

M.—Qué quiere usted..., yo no lo palpo ni lo veo. ||

C.—El vapor extendiendo de cada día su dominio, la imprenta de todas especies tomando más vastas dimensiones, la industria ofreciendo de continuo nuevas y utilísimas invenciones, las ciencias naturales, filosóficas, históricas, políticas, sociales, morales, enriqueciéndose incesantemente con muchas y excelentes obras, el telégrafo eléctrico quitando las distancias..., esto se palpa, y no puedo persuadirme que usted condene semejantes adelantos, que forman el más bello ornamento de la civilización moderna.

M.—Acepto la palabra *ornamento;* el buen juicio de usted ha dado en la voz propia; pero en todos los objetos el ornamento es cosa accesoria: un palacio puede estar adornado con magnificencia, y, sin embargo, amenazar ruina. En cuanto a la belleza no lo niego; Lais tampoco era fea.

C.—Es usted tan severo...

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este fragmento dialogado quedó inédito entre los papeles de Balmes y fué publicado en las *Reliquias literarias*, núm. 7.]

M.—Severo, no; antes suele usted quejarse de que me río demasiado de las ilusiones de los hombres.

C.—Ya; pero lo jovial no quita a lo severo. Demócrito se reía siempre, y no tenía nada de indulgente: sus conciudadanos no estarían muy satisfechos de él cuando le quisieron tratar como loco.

M.—Admito la comparación: loco... ||

C.—No, no lo consiento, no es mi ánimo...

M.—Sí, sí, tengo interés en ello: usted recuerda lo de Hipócrates...

C.—Ahora... no recuerdo bien; ¿a qué alude usted?

M.—Es que Hipócrates, llamado por los de Abdera para curar a Demócrito, después de haber visto al filósofo y a sus compatricios, dijo que más bien necesitaban de tratamiento médico éstos que aquél.

C.—Cruelmente se venga usted: siempre es preciso andar con tiento, porque a lo mejor se encuentra uno en callejón sin salida. Sea en buen hora, retiro la comparación, por no ser contado entre los de Abdera; de todos modos no puede usted negarme que en estos fallos absolutos contra la civilización moderna no deja de haber su poco de exageración. ||

L A   O P I N I O N*

SUMARIO.—Nos dirigimos a las teorías de los bandos políticos que dominan la nación. Extravíos cohonestados por la *opinión*. En ese simbolismo de *opiniones* no se encuentra un principio capaz de substituir al pensamiento de la nación. No somos partidarios del quietismo, pero reprobamos los esfuerzos violentos. Los sabios se dejan arrebatar por sus preocupaciones y los demás por su propio interés. La *opinión* será vencida por el pensamiento del pueblo.

Nada hay tan funesto para la sociedad como el extravío de la *opinión;* y si raya en el desenfreno, y llega a prevalecer sobre las ideas de justicia, de moralidad y de conveniencia pública, son inevitables las catástrofes más horribles. No necesita ser duradero este tumultuoso reinado para alterar las creencias, las leyes y las costumbres de muchos siglos, para dar en tierra con los establecimientos más benéficos, para dejar exhaustas las fuentes de la riqueza, para causar las ruinas de muchos miles de personas acomodadas, y convertirlo todo en un caos del que huyan espantados los hombres. En el suelo regido por este || tirano tan caprichoso nunca se ven instituciones fijas, ni reformas verdaderamente útiles, ni adelantos reales ni positivos: todo es instable, ficticio, transitorio, menos el desorden y las des-

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en las *Reliquias literarias de Balmes*, núm. 3, con la siguiente nota:
«El original de este artículo no es de letra de Balmes, sino que está en cuartillas de copista destinadas inmediatamente a la imprenta. A decir verdad, tampoco le dan autenticidad evidente los argumentos intrínsecos deducidos de sus pensamientos y estilo; porque, aunque es cierto que algunas ideas tienen sabor balmesiano, no lo es menos que no subyugan con aquella fuerza tan característica de Balmes, y hasta hay giros y palabras que parecen desdecir de sus escritos. Si esto podría sugerir la sospecha de si es un trabajo enviado por algún amigo o discípulo para lograr cabida en el periódico del maestro, se atenúa esta impresión al ver que no va acompañado de ninguna nota que lo diga, como sucede en otros escritos que se hallan entre sus papeles. Con estas aclaraciones no hemos dudado de la conveniencia de incluir el artículo en este volumen.»
El sumario es nuestro.]

gracias. La inmoralidad, por fin, en materia de opinión, sin respetar nada de lo que hicieron las generaciones, no deja el menor bien a las venideras. Su legado al morir consiste en escombros, en pesares muy acerbos, en lágrimas que tar dan años en enjugarse.

Esta palabra *opinión*, según la entendemos ahora, significa un dictamen, un juicio, un sentir meramente probable acerca de esta o la otra forma de gobierno con que puede ser regida una nación. También debemos advertir que bajo el nombre de *opinión* comprendemos los diferentes pareceres que hay en la materia, y que están abiertamente en contradicción con el juicio, con el pensamiento, con el voto nacional. Entiéndase, pues, que nos dirigimos a todas esas teorías que propalan los diferentes bandos políticos que vienen tiempo ha dominando a la nación, llevándola por un sendero que ella no conoce ni anduvo jamás, cuyo hecho, así como las doctrinas de que dimana, lo tenemos por inmoral y digno a todas luces de reprobación. Véanse las pruebas en que nos apoyamos.

Entre las aberraciones del entendimiento, enlazadas por ley providencial con expiaciones terribles, ninguna rayó a la altura que esa multitud de sistemas || políticos forjados con tanta precipitación, adoptados sin examen por casi todos sus prosélitos y planteados a viva fuerza sin consideración al genio, a la índole y a los usos de las naciones. Puestos en tela de juicio los principios constitutivos de gobierno, y sometidos al fallo de talentos superficiales y de una mediana instrucción, precisamente habían de resultar combinaciones directas, anómalas y opuestas entre sí. No entraremos ahora en un examen detenido de todas ellas. Que predomine en unas el principio monárquico, que encuentre en otras su predilección por la aristocracia, y que se decidan aquéllas por el elemento democrático, es suficiente esa diversidad de doctrinas para que se abran tantas academias como antiguamente contó en Grecia la filosofía. Lanzado ese combustible en el seno de la sociedad, su conflagración fué del todo inevitable, porque se trata, no de unas materias puramente especulativas, sino eminentemente prácticas, y de las que cada cual hizo pronta aplicación. Por este medio levantó la cabeza y tendió sus brazos por todas partes el monstruo de la *opinión*. Inmediatamente fué saludado por una muchedumbre crédula y veleidosa, que, amante de mudanzas, desertó de la añeja unidad política, yendo a militar bajo la nueva enseña que acababa de izarse. Quien tenía que satisfacer resentimientos llamaba en su auxilio a la *opinión*. Quien necesitaba cohonestar su || crimen se cubría con la égida de la *opinión*. Quien aspiraba sin méritos a un empleo elevado alegaba su buena *opinión*. Jamás ha-

bían hallado las pasiones un auxiliar tan decidido, tan fiel y denodado. La *opinión* sirvió de ariete a los revoltosos para derribar fortalezas inexpugnables; la *opinión* ha sido la zapa con que se minaron tronos de diez y de quince siglos; hasta el santuario bamboleó al empuje con que fué embestido por el huracán de la *opinión*.

Al retratarla nosotros con tan negros colores no se crea que estrechamos los límites de la razón del hombre, ni que reprobamos sus tentativas para el descubrimiento de la verdad. Nada de eso. Admiramos como el que más su generosa índole, su capacidad inmensa, donde entra el espacio, el tiempo y lo infinito; nos sorprende su agilidad inconcebible, su sutileza incomparable, su incesante movilidad, su acción, en fin, que no para en el hallazgo de lo que existe encima y debajo de ella, sino que va hasta crear bellezas que pasman y arrebatan al corazón. Siempre seremos partidarios de sus fueros, siempre estaremos en contra del que se los usurpe: causa suya es por la que al presente abogamos.

Entre el pensamiento fijo de un pueblo grande y heroico que apoyándose en él ha recorrido gloriosamente épocas turbulentísimas, creciendo y desarrollándose hasta ser la envidia de sus vecinos, y la || *opinión* errante de media docena de sectas, fácilmente se conoce de qué parte está la justicia, la razón y la moralidad. Aquél cuenta por siglos su existencia, la *opinión* nació ayer; la genealogía del primero es tan misteriosa que no sabemos por dónde vino hasta nosotros, cuando la alcurnia de ésta no hay quien no la deslinde y señale con el dedo; todo cuanto existe de beneficioso y social dimana de aquel fecundo pensamiento, la *opinión* ha sido totalmente estéril para el bien hasta el día; todos nuestros sabios antiguos han acatado este sentimiento nacional, y el pueblo le ha venerado como a un numen amigo, al paso que la *opinión* sufre continuos desdenes y una oposición que tarde o temprano se coronará con el triunfo.

Ahora bien: el sentimiento íntimo que abriga una sociedad en orden a los principios que la vivifican, corroboran y engrandecen, sentimiento legitimado por una larga y constante experiencia, no puede menos de ser racional, verdadero y justo; así como su contrario falso, caprichoso e inmoral. Ni que se afilien en la cruzada de este último talentos aventajados; ni que elaboren con destreza sus teorías, dándoles, a favor de esa dialéctica de los sofistas, todos los visos de la verdad, sin olvidar el esparcir alrededor las flores de la elocuencia; ni que a mayor abundamiento manejen la fuerza pública, distribuyendo con profusión premios y castigos; nada pondrá de su parte || a la razón, nada

justificará su conducta, haciéndola digna de prez y de honra. ¿Han cambiado por ventura las ideas de lo honesto y lo justo, para que sea inocente y santo el violentar las inclinaciones de una nación? ¿Hay premios asignados para el que le echa al cuello una cadena y comprime los sentimientos de su pecho generoso y magnánimo? ¿Hay quien tenga derecho a turbar su descanso, haciéndola levantar para que salude a sus opresores, y vitoree sus delirios, y los acate humillada hasta el polvo? En tal caso Cicerón debió expiar su crimen de haber defendido el Estado de manos del sedicioso Catilina.

Cuanto más se busca en ese embolismo de *opiniones* un principio capaz de substituir al pensamiento de la nación y de variar ventajosamente su antiquísima forma de gobierno, más huye de nuestra vista, menos accesible se hace a nuestras investigaciones. Ni ¿cómo será posible hallarle en esa divergencia de pareceres, en esa instabilidad de doctrinas, que mutuamente se excluyen y anatematizan? Ved ahí la senda que recorrió el entendimiento en sus mayores y más fatales extravíos. Siempre que, llevado de su fogosidad e intemperancia, se lanzó a extender sus conocimientos, avínole (sic) lo que al corazón impulsado por la sensualidad, esto es, tocar en extremos que distan enormemente de su objeto natural || y legítimo. Si se nos piden pruebas de esta aserción, ahí están los ejemplares en gran número.

Entre la verdadera filosofía y los sistemas de tantas sectas como abortó la Grecia, ¡qué espacio no hay que recorrer! ¿Quién va hoy a estudiar la lógica, la metafísica, la física y la moral en los libros de los platónicos, de los escépticos, de los estoicos y de los cínicos? Igual o mayor vilipendio echaron sobre nuestra razón las sectas inmorales que pulularon apenas nació el cristianismo. ¿Esclarecieron el dogma de nuestra santa religión o la moral del Evangelio los arrianos, los maniqueos, los mahometanos y los protestantes? ¿Cuál de estas doctrinas puede estar enfrente de la que enseña la Iglesia católica? Vamos a trasladar un hermoso pasaje del profundo Tertuliano, quien, tomando la persona de la Iglesia, dirige a los novadores estas enérgicas palabras: «Yo soy mayor que vosotros y estoy en posesión de la verdad mucho antes de que vinieseis al mundo; los mismos que tuvieron el cargo de anunciarla me la transmitieron. Soy la heredera de los apóstoles, y guardo lo que me legaron en su testamento, lo que confiaron a mi fidelidad, obligándome bajo juramento a conservarlo en toda su pureza. Por lo que hace a vosotros, sabed que fuisteis desheredados y desechados como extranjeros y enemigos.» *(Lib. de las Prescrip.)*

Salva la diferencia que hay entre la ciencia de la || re-

ligión y de la política, creemos que la sociedad puede usar este lenguaje con todos sus novadores, y decirles: Yo no vivo de ayer, cuento mis miles de años, y mi constitución ha ido siendo cada día más robusta y vigorosa con el auxilio de las doctrinas que el tiempo, las vicisitudes y la experiencia me han acreditado de saludables y verdaderas. Tengo de ello la convicción más íntima, mi corazón las ama, están identificadas con él, y sin desentrañarme no me las podrán arrancar. Vosotros acabáis de venir al mundo, vuestros sistemas son tan nuevos como vosotros, jamás oí hablar de esas doctrinas, ni sé quién os dió la misión de predicarlas. ¿Con qué títulos venís a enseñarme? ¿Poseeréis vosotros más talento que todos los sabios de las edades transcurridas? ¿Atesoraréis en vuestros cerebros más instrucción que la que se halla depositada en mis archivos? ¿Qué es vuestra experiencia y vuestra táctica junto a mi experiencia y mi práctica? Callad vosotros y escuchadme a mí, si no queréis que os comprenda el antiguo proverbio que dice: *Cum loqui nesciant, tacere non possunt.*

¿Conque os declaráis, nos dirán, contra los esfuerzos del entendimiento para perfeccionar las ciencias todas, incluso la política? ¿Luego queréis que nos quedemos estacionarios, contentos con lo que se sabe hasta el día? No, ciertamente; no somos partidarios del quietismo intelectual, que desde luego tenemos || por contrario a nuestra conveniencia y a la índole misma de la razón. Pero reprobamos los esfuerzos violentos que se hacen y la marcha imprudente que se sigue para ensanchar la esfera de sus conocimientos. La inteligencia debe imitar ese paso majestuoso con que los cuerpos marchan a su perfección. El movimiento de estos últimos es constante, pero reposado: crecen, se desarrollan y engrandecen hasta llegar a sus naturales proporciones, sin variar su naturaleza, sus formas ni su constitución. El tiempo, más que su actividad, consuma esa grande obra, siendo segurísimo que se destruirían a sí propios si quisiesen precipitar su organización completa. Ejemplo admirable que está diciendo a nuestra razón el compás con que debe regirse si no quiere ser un miserable juguete del error y la mentira. Y ¿es ésta la marcha que sigue la opinión? ¿Se mueve con esta lentitud? ¿Con este recato? ¿Con esta parsimonia? No; la obra de muchos años quiere darla por concluída en pocos meses. Impaciente por realizar sus teorías, ansiosa de reinar y mandar, nunca se detiene a preparar el terreno, ningún miramiento guarda con el tiempo, con las circunstancias ni con cuanto existe: en creyéndose con fuerzas para derribar y trastornar, acomete con ímpetu y furia, dando en tierra con lo que contaba siglos de duración, y más que al desplomarse retiene

blen los cimientos de || la sociedad y cause la ruina de las dos terceras partes de la nación. Semejante conducta ni acarreará a sus autores un concepto de hombres sensatos y circunspectos, ni es capaz de producir un bien positivo y estable. Así no se edifica ni se repara, se destruye y se arruina.

El crecido número de prosélitos que cuentan esos sistemas y la capacidad de algunos no dejaría ciertamente de dar importancia a sus doctrinas, si no supiéramos por experiencia cuán fácil es formar un partido y cuán frecuentemente se extravían los ingenios de primer orden. ¿Con qué obstáculos no tienen éstos que luchar para recorrer el campo inmenso de las ciencias? ¿Cuántos escollos no les salen al encuentro? Muchos son los errores y delirios del vulgo ignorante y sin cultura; pero quizás no sean menos los que han padecido y sustentado esos que han aprendido las ciencias. La debilidad de la razón, la ignorancia, los conocimientos imperfectos, la falsa aplicación de diversos principios de verdad, la preocupación, la curiosidad excesiva y las pasiones, he aquí motivos más que suficientes para inducir a error aun a los talentos más privilegiados. Hablaremos sólo de la influencia de las preocupaciones, por ser el vicio de que más adolecen nuestros reformistas sociales, y será tomando las palabras de un sabio orador que trata admirablemente la materia. «Hay || personas, dice, de tal modo dominadas por ciertas ideas que les son peculiares y que miran como un descubrimiento propio, que llegan a ser como inaccesibles a cualquier otro pensamiento, absorbiéndose en ellas de tal modo sus facultades, que parece que no les queda para los demás sentimientos ni inteligencia: ésta es una especie de obcecación del entendimiento. Si alguna vez se ocupan de materias diferentes de aquellas que son el objeto exclusivo de sus afecciones, siempre es con distracción, sin aplicarse y sin capacidad para penetrar otras proposiciones más recónditas y ciertos visos más delicados que importa mucho percibir: de aquí provienen las nociones imperfectas que son el origen de los juicios errados. Y ¿hasta qué punto no puede extraviarse la razón, si se une a esta preocupación el espíritu de sistema? Generalmente se inclina el hombre sabio a la formación de teorías generales en la investigación de las causas segundas que rigen el mundo físico y moral, y muy frecuentemente suele crearlas antes de haber reunido y comprobado el suficiente numero de observaciones. Dispuesto ya de este modo el entendimiento, se obstina en su opinión, la hace objeto de su gloria hasta infatuarse con ella, ve solamente lo que le favorece, sin hacer caso de cuanto haya en contrario, y acomoda los hechos a su sistema, no su sistema a los hechos.» (Frayssinous, *Conferencias || sobre la religión. Discurso* so-

bre las causas de nuestros errores.) Nada tenemos que añadir a estas doctas observaciones para explicar esos frecuentes extravíos con que pagan su tributo a la humanidad los que consagran su elevado ingenio a las ciencias, a la política y a materias religiosas.

Pero si a los sabios arrebata el torrente de las preocupaciones, a los demás induce su propio e individual interés. ¿Con qué se negocia hoy tanto como con la opinión? ¿Hay un camino más corto, más llano y seguro para escalar los primeros puestos, para hacerse popular, opulento y con prestigio? ¡Cuántas reputaciones no habrían salido jamás de la nada sin esa fuerza motriz! ¡Cuántos nombres hubieran yacido siempre en el olvido, en el silencio! La opinión puede llamarse y es la moneda falsa del mérito real y efectivo. Con la alta y la baja que sufre en las vicisitudes políticas no hay quien no esté a cubierto de los caprichos de la fortuna. Sus leyes son demasiado laxas para no permitir que se recorra libremente la escala de todas las variaciones de gobierno. Desde la monarquía más absoluta hasta la república extiende sus brazos y su conciencia la opinión. ¿Hay que jurar un gobierno semirrepresentativo? Pues se jura. ¿Hay que abjurar de él a poco tiempo, para trasladar sus afecciones a otro más popular? Tampoco ofrece esto inconveniente. ¿Hay en seguida || que elevar sin talento y sin virtudes a la dictadura? Ningún reparo pone en ello la opinión. Y ¿es ésta la ilustración, la ciencia y la moral del siglo XIX? ¿Son éstos los adelantos que la sociedad debe a la opinión? Y este todo tan informe, tan irregular y tan ruinoso, ¡se quiere colocar en el sitio que ocupa el pensamiento de la nación!

Pero ¿por qué medios invade esa propiedad de muchos millones de personas? ¿A quién invoca? ¿A quién llama en su auxilio para esta conquista? A la revolución. Aquí están todos sus títulos de pertenencia. Por acostumbrados que estén nuestros oídos a esta execrable palabra, y por elogios que hayan hecho de ella hombres sin pudor y sin conciencia, el corazón teme y se desmaya al proferirla. Revolución nunca será otra cosa que un trastorno del orden establecido legítimamente, un atentado contra el supremo poder de la tierra, un despojo a mano armada de su autoridad y preeminencias. Y todo esto, ¿puede hacerse sin violencias, sin delitos, sin crímenes, sin causar infinitas desgracias y derramar la sangre a borbotones? ¿Qué diferencia se halla entre un país conquistado por hordas salvajes y otro sometido por las huestes que acaudilla la *opinión?* La misma tiranía allí y aquí, los mismos desafueros, las mismas arbitrariedades, los mismos insultos, los mismos despojos, todo lo mismo. ||

Y ¿será durable la lucha empeñada entre la *opinión*, este patrimonio de unos cuantos negociantes, y el pensamiento que abriga este pueblo de tanta cordura y sensatez? Creemos que no. Pues ¿quién rendirá las armas el primero? ¿Quién se retirará vencido del campo de batalla? No es dudoso: el que ha principiado a ceder, el que diariamente experimenta deserciones en sus filas. La desconfianza se ha introducido entre los partidarios de la *opinión*, cunde prodigiosamente el descrédito de esas doctrinas, hay ya muchos que vuelven la espalda a esos sistemas, comenzando a invocar el pensamiento de la nación, al que saludan como al iris de paz, como al astro que vivifica con su luz la naturaleza, como al piloto sabio y advertido que nos ha de librar de correr los horrores de una deshecha borrasca. ||

Del Clero Catolico

PROLOGO DE LA EDICION "BALMESIANA"

Aunque ninguna obra balmesiana lleva el título de este volumen, hemos creído necesario reunir bajo dicho lema los principales trabajos sobre el clero, publicados por nuestro autor en opúsculos y artículos de revista, porque éste fué el primer asunto apologético que tentó su pluma y el que nunca perdió de vista en el vasto desarrollo de sus escritos. Difícilmente se puede encontrar alma más sacerdotal que la de Balmes en todos los aspectos de esta nobilísima denominación: uno de ellos fué el sentimiento de vindicación de su clase, entonces extraordinariamente vejada por los gobiernos liberales desde la primera constitución gaditana. Con aquella su mirada comprensiva tan característica, nuestro escritor no mira nunca este problema de una manera unilateral, sino que lo pone en relación con todos los demás asuntos eclesiásticos y políticos, y, sobre todo, lo estudia como una condición previa necesaria para llegar a la constitución de un gobierno verdaderamente nacional. ||

No se han reunido aquí todos los trabajos publicados por Balmes sobre esta materia, porque el volumen hubiese adquirido proporciones desmesuradas y porque se hubiera mutilado y dislocado la gran campaña realizada en El Pensamiento de la Nación. *Aquí van sólo los escritos anteriores a la vida política de Balmes, o sea, anteriores a 1844. Desde esta fecha, en que entró en el palenque público con un periódico y un partido, la campaña en favor del clero forma parte esencial de su programa de gobierno. Por lo tanto, el lector que quiera seguir de una vez todo el pensamiento balmesiano en las cuestiones eclesiásticas españolas, después del presente volumen, ha de recorrer los diez últimos de esta colección, particularmente el XXVIII, que está todo dedicado a esta materia.* ||

R E F L E X I O N E S

SOBRE EL CELIBATO DEL CLERO CATOLICO EN PARANGON CON LA FACULTAD DE CONTRAER DE LOS PROTESTANTES *

SUMARIO. — Origen del matrimonio de los ministros protestantes Fíjase el estado de la cuestión. Idea del sacerdote. El sacerdocio y la mujer. La religión cristiana y el corazón humano. Tradiciones y costumbres universales que manifiestan la estrecha relación entre la continencia y las funciones religiosas. Filosofía del siglo XVIII. Su carácter, su decadencia. El celibato y los filósofos incrédulos. Fundamento de la íntima relación entre la continencia y el ministerio religioso. Diversos caracteres de las pasiones La ambición. El amor. El matrimonio considerado como un medio de precaver grandes males. Combátese el argumento que algunos pretenden fundar en esta consideración. Cotejo del clero protestante con el católico. Los sacerdotes católicos franceses en Inglaterra. Las religiosas francesas y las españolas. La incredulidad y las pasiones. De qué manera la religión de Jesucristo señorea el corazón. Si el celibato desapareciese, al cabo de cierto tiempo volvería a renacer y se colocaría de nuevo en la esfera de las leyes. El celibato y el espíritu de la religión cristiana. Importancia del celibato para el desempeño de ciertas funciones muy delicadas del ministerio católico. El sacerdocio considerado en sus relaciones con los afectos de un padre de familia. Notable confesión del doctor King, ministro protestante. El celibato en sus relaciones con la población. Errores sobre este punto. Se demuestra que el celibato del clero católico no es dañoso a la población. Esperanzas consoladoras para las almas cristianas. ||

I

Alzado en Alemania el grito de revolución religiosa, proclamada la libertad de conciencia, hollada la autoridad del

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA —En el epistolario de los primeros años se ve a Balmes casi exclusivamente preocupado de sus versos; pero en realidad él iba llenando cartapacios de prosa que no se atrevía a enseñar a nadie. En esto supo que la revista mensual

Sumo Pontífice, niveladas las jerarquías y quebrantados enteramente todos los lazos de la disciplina eclesiástica, fácil era prever que, abandonadas las pasiones a la merced de sus violentos impulsos, sacudirían desde luego el molesto freno de una santa austeridad, y que no serían parte a contener sus arrebatos las consideraciones de puro miramiento. Así fué en efecto, y el hombre que se había puesto al frente de la pretendida reforma no tardó en dar tan escandaloso ejemplo consumando con impudente osadía el nefando atentado de un doble sacrilegio. ¡Baldón eterno para la enseña del error y del cisma, que desde el momento de enarbolarse se viera ya rodeada del asqueroso cortejo de la corrupción y del escándalo! Desbordáronse sin freno las pasiones, quitáronse la máscara hipócrita con que se habían encubierto y tratóse de erigir en doctrina lo que no había sido más que un crimen. Tal es la condición del hombre: las pasiones le arrastran hasta el fango de la corrupción y de la miseria; vuelto en sí se avergüenza de su ignominia, y entonces el orgullo, siempre fecundo en recursos para disculpar un extravío, llamando en su auxilio las cavilaciones de una razón veleidosa y flexible, improvisa un sistema, crea una doctrina, esforzándose de esta manera en substraer la afrenta del culpable a la severa y penetrante mirada de la virtud y del buen sentido. ||

A la luz de estas reflexiones, que presentan en toda su desnudez el verdadero origen del matrimonio de los ministros protestantes, debiera de parecer extraño que se haya querido parangonar semejante miseria con la veneranda austeridad del clero católico. Infiérese también de aquí que, a la supresión del celibato entre los ministros protestantes, no presidió ningún pensamiento de reforma religiosa moral ni política, sino que todo fué obra del desenfreno de

---

El Madrideño Católico, en su número 7, correspondiente al mes de diciembre de 1838, abría un concurso para una memoria sobre el celibato del clero, y Balmes, muy secretamente, envió la suya, que fué la premiada. Dos veces fué reimpresa esta memoria durante la vida de Balmes: la primera en *La Religión*, por el mes de noviembre de 1839, y la segunda en *La Sociedad*, vol. I, p. 411. A esta edición Balmes antepuso el título general *Polémica religiosa* y la siguiente advertencia:

«No siendo fácil proporcionarse ejemplares de un escrito sobre el celibato del clero católico, publicado por el autor de esta *Revista* en 1839, y sabiéndose que algunos señores suscriptores desearían su lectura, se inserta a continuación, tal como en aquella época salió a luz en el periódico de Madrid, que había publicado una especie de programa invitando a discutir la importante cuestión sobre las ventajas religiosas, morales y políticas de dicho celibato.»

Reproducimos el texto de *La Sociedad*. El sumario lo tomamos también del índice del volumen I de esta revista.]

las pasiones, un efecto muy natural de la relajación que debía de introducirse entre los reformados una vez sacudido el saludable yugo de la autoridad, siendo después muy consecuente el que declamasen con furor contra el celibato del clero católico, por la misma razón que las aguas de una avenida impetuosa se embravecen contra el robusto dique que las embaraza en su precipitada corriente.

Tal vez no sea por demás el haber presentado estas reflexiones antes de entrar de lleno en la materia, no fuera que ciertos miopes, que sobre la palabra de *adocenados escritores* están acostumbrados a mirar la reforma protestante como un pensamiento generoso y fecundo que derramó sobre la Europa un inagotable raudal de preciosos beneficios, hubieran también sospechado en el matrimonio de los ministros protestantes alguna idea sublime y misteriosa que envolvía en su seno el germen de grandes mejoras religiosas, morales y políticas.

Pero entremos en materia: *El celibato del clero* (prescindiendo de las leyes canónicas y civiles), *¿es más conducente, política, moral y religiosamente, al bien de la sociedad que la facultad de contraer de los protestantes?*

El sacerdote, ¿quién es? ¿Cuál es su carácter? ¿Cuáles son sus funciones? ¿Cuál su misión sobre la tierra? || Es un medianero entre Dios y los hombres, un encargado de ofrecer al Dios de Majestad el sacrificio y el incienso, de elevar al trono de la infinita misericordia las oraciones de los mortales, de aplacar la cólera de la divina justicia provocada por el crimen y de recibir de la mano del Eterno las prendas de sus inagotables bondades, para derramarlas en seguida sobre la tierra como un rocío de consuelo y esperanza. Contempladle al ejercer las funciones de su augusto ministerio: rodeado de un pueblo numeroso que humilla compungido su frente ante la majestad del Santo de los Santos, revestido de un ropaje misterioso, en pie sobre la grada del altar resplandeciente, envuelto en la nube aromática que se eleva de sus manos hacia el trono del Eterno, articulan sus labios una palabra de oración, entona con augusta majestad un himno al Dios de Sabaot, levanta con sus manos la Hostia de salud y presenta a la adoración del pueblo al Cordero sin mancilla que borra los pecados del mundo. ¿No eleva vuestra alma aquel espectáculo sublime? ¿No os sentís penetrados de un sentimiento religioso que os humilla ante el Señor de Majestad y a la vez os inspira un profundo respeto a la dignidad del ministro? ¿No os place distinguir en el semblante del sacerdote los rasgos de santa austeridad, figurándoos un corazón inundado de bendiciones celestiales. puro como el rayo de la luz, fragante como el aroma del incienso? ¿Sí? Pues in-

troducid en el cuadro a la mujer, haced que se os ofrezcan los lazos de amor que unen al ministro con hermosura pasajera, y desde aquel momento el cuadro desaparece, el sacerdote se abate, su dignidad se humilla, su gravedad se amengua, su austeridad se relaja, y en aquellos mismos ojos en que poco antes contemplabais || conmovidos el divino fuego de un amor celeste descubriréis un viso de liviana languidez, un reflejo de la llama mundanal que el esposo abriga en su pecho.

Que no debe tacharse, no, semejante razonamiento de idealismo poético, ni apellidarse vana declamación substituída a la solidez del raciocinio, cuando se ajusta exactamente con la experiencia de cada día, con los sentimientos más indelebles del alma, con las grandes lecciones de la historia y con el pensar del linaje humano. Es preciso confesarlo: la religión cristiana conoce profundamente el corazón humano, sus pliegues más secretos, sus relaciones más delicadas, sus instintos más misteriosos: todo lo tiene previsto, todo calculado, todo sujeto a una combinación profunda, de manera que bien podría asegurarse que, estudiando una cualquiera de las instituciones religiosas, se estudia a la vez algún arcano del corazón del hombre. Un instinto, una tradición, o sea lo que fuere, había enseñado al linaje humano la existencia de una estrecha relación entre la continencia y las funciones religiosas; los antiguos pueblos del Asia, los egipcios, los griegos, los romanos, los chinos, hasta los sectarios de Mahoma, los moradores del Nuevo Continente, en una palabra, cuantos pueblos antiguos y modernos nos han dejado algún recuerdo de sus usos y costumbres, todos han manifestado un misterioso acatamiento ante esa sublime virtud, todos han convenido en mirarla como un aroma precioso, sin cuya exquisita fragancia no podían ser agradables al Eterno las ofrendas presentadas ante su trono por la mano de los mortales. Este es un hecho universal, constante, atestiguado por la historia de todos los pueblos, tiempos y países, y sin duda que por esta causa, y en obsequio de la brevedad || a que debe circunscribirse este discurso, se me permitirá el omitir la muchedumbre de citas con que podría llenarlo, aun contando con un caudal de erudición mucho menos que mediano.

Ahora bien: ¿qué enseña este hecho? ¿Prueba algo en favor de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católico? Si estuviese aún en su auge la funesta costumbre introducida por los sofistas del siglo XVIII de ventilar las cuestiones religiosas, morales y políticas a la sola luz de especiosas teorías, y prescindiendo completamente de la realidad de los hechos, sin duda que mi pregunta podría contar con resueltas y numerosas negativas, y tal vez

por haber tenido el linaje humano semejante convicción se le prodigaran los apodos de iluso e ignorante. Pero felizmente para esa clase de estudios, las ideas se han modificado algún tanto, y aunque sea lamentable que no esté extendida y arraigada cual debiera la importante verdad de que para conocer la religión, la moral y la política, y para deslindar las profundas y delicadas relaciones que las enlazan entre sí y con el corazón del hombre, no basta soñar en un gabinete, sino que es preciso, indispensable, escuchar, consultar, analizar las grandes lecciones de la historia y del tiempo; sin embargo, también se ha de confesar que la frívola escuela del siglo XVIII caduca rápidamente con sus teorías, sus abstracciones y sus nombres, y que empieza a propagarse la saludable convicción de que fuera vano empeño buscar aquel linaje de conocimientos por medio de las cavilaciones de los filósofos; a la manera que nadie estudia ya el mundo físico apoyándose en los sistemas de Descartes o en las teorías de Buffon.

Dable será, pues, el alegar con firme confianza, en pro || de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católico, las convicciones y sentimientos del linaje humano, y el presentar en consecuencia esa institución veneranda como la realización de una idea sublime, de un sentimiento misterioso, que anteriormente al establecimiento del cristianismo se hallaban ya difundidos por todo el ámbito de la tierra. ¡Cómo es posible que se haya echado en cara al catolicismo el haber pensado y sentido con respecto a la continencia lo mismo que de antemano pensaran y sintieran todos los pueblos del orbe! ¡El haber erigido en ley universal y constante lo que antes era un sentimiento vago y confuso, expresado en diferentes formas por mil leyes, usos y costumbres! Estaba reservado al catolicismo el acometer tamaña empresa y el conducirla a cabo con aquella dignidad y sabiduría que corresponde a la religión de Jesucristo. El celibato del clero católico es lo que debía ser la continencia en manos de una religión divina: una continencia austera, sin la barbarie con que la afeaban algunos sacerdotes del paganismo, libre de toda superstición, pura de toda mancha, elevada a una esfera sobrehumana y sellada con aquel carácter de santidad y pureza que forma el distintivo de las instituciones católicas. ¿Con qué osadía se ha notado como un lunar del catolicismo uno de sus más bellos adornos, una de las perlas más preciosas que esmaltan su aureola brillante? Que en contra del celibato del clero católico declamaran los corifeos de la reforma, que declamen aún hoy día sus discípulos los ministros, nada tiene de extraño: los primeros debían de esforzarse para encubrir los vergonzosos motivos de su apostasía y procu-

rar escudarse en algún modo contra la picante sátira que con tanto desenfado les dirigiera Erasmo; y || los segundos, porque es muy natural que miren con aversión y aborrecimiento esa austera institución del catolicismo, que es y será siempre su reprensión más elocuente y su condenación más severa; pero ¿qué podían encontrar en el celibato del clero católico esos declamadores apellidados *filósofos* que se preciaban de observadores imparciales y con cuya regla de vida nada tenía que ver el celibato del clero? ¡Ah! No es difícil atinarlo; es que en él veían un muro de bronce contra la corrupción de costumbres del clero, un baluarte de la pureza de la moral y de la severidad de la disciplina, un elemento de respeto y veneración hacia el sacerdocio, un abundante manantial de ventajas religiosas y morales para todos los pueblos que cobija en su seno la Esposa de Jesucristo.

II

Pero ¿cuál es el origen, cuál el fundamento de esa íntima relación que existe entre la continencia y el ministerio religioso? Reflexionemos sobre ello un momento. Por más que las pasiones del hombre tengan entre sí muchos puntos de semejanza en su origen, tendencia y desarrollo, difieren, sin embargo, en gran manera, no precisamente por la naturaleza de las acciones a que inducen, sino por el modo particular y característico con que afecta cada una el corazón, por aquella fisonomía, digámoslo así, que cada una comunica al hombre, resultando de aquí que, aun en igual grado de culpabilidad de las acciones, es muy diferente el aspecto con que se presenta a sus semejantes el hombre que de ellas se halla dominado, y de consiguiente, que es muy diverso el influjo que sobre || ellos puede ejercer en la variedad de posiciones sociales en que pueda colocarle su destino. Unas elevan el ánimo, otras le abaten; ésta comunica al espíritu vigor y energía, aquélla le enerva y enflaquece; tal ensancha el corazón y enardece su fuego, tal otra le apoca, le estrecha y como que ahoga todo germen de sentimientos generosos; en una palabra, todas presentan caracteres tan distintos cuanto es su número, su combinación, sus relaciones y circunstancias. No sería difícil el hacer de esta verdad numerosas aplicaciones, y tal vez no dejaría de ser interesante un cuadro en que se viera, con respecto al individuo y a la sociedad, el complicado juego de tan varios y poderosos resortes. Mas como quiera que el solo bosquejo de semejante trabajo excedería los límites a que debe ceñirse este discurso, será preciso conten-

tarse con un solo punto de vista y comparación, con cuyo medio, a más de llenarse lo principal del objeto, no se traspasarán los lindes prefijados al escrito.

Funestas como son a la moral y felicidad del individuo, y fatales no pocas veces al sosiego y bienestar de la sociedad, la ambición y el anhelo de la gloria, ejercen, no obstante, sobre el corazón del hombre un mágico influjo que agranda sus ideas, ensancha sus planes, multiplica su actividad y osadía, e inspirándole a menudo grandiosos proyectos le hace capaz de sostener los trabajos más penosos y de acometer impávido las más arriesgadas empresas. El ámor, fiebre ardorosa cuando carece del objeto amado, pueril cuando le posee, frágil y mudable como la hermosura que idolatra, inspira al corazón del hombre la veleidad y la inconstancia, debilita su vigor, afloja su energía, y, absorbiendo en liviano sueño todas las potencias, echa a perder con frecuencia el más exquisito || temple del alma. El hombre que trabaja por adquirir un nombre ilustre, o que, abriéndose paso por entre la obscura muchedumbre, se esfuerza por ocupar un alto destino, marcha tal vez por el sendero de la violencia y del crimen, y deja en pos de sí un reguero de sangre y de lágrimas, es verdad; pero hácelo al menos con la cerviz erguida, con el orgullo en la frente, afligiendo a las personas juiciosas con el amargo pesar de ver extraviadas de un modo lamentable grandes calidades dignas de mejor objeto, e inspirando a los demás hombres ora la admiración y entusiasmo, tal vez el terror y el odio; mas no la burladora sonrisa, no la indiferencia y el desprecio. El amante, olvidado de sí mismo, sin más objeto que su ídolo, sin más dicha que el placer, se arrastra con abatimiento y languidez a merced de los caprichos de la belleza que adora, y como que prefiere a cuanto hay de brillante, grande y estimable sobre la tierra los hechiceros halagos de obscuridad voluptuosa, sólo ofrece a sus semejantes la imagen de la abyección y debilidad; sólo les inspira una compasión estéril, si no es que con sus gemebundos plañidos no provoque de vez en cuando la picante sátira del gracejo o la penetrante malignidad de mirada burlona. Y he aquí la causa por que están reñidos con esa pasión muelle y enervante todos aquellos cargos cuyos objetos sean algo de arduo, de grave e importante; he aquí por qué ha sido necesario levantar una robusta valla, un muro de bronce entre sus halagos seductores y las funciones religiosas. ¿Y qué? ¿Hay acaso algo en el mundo que demande más elevación de ideas, mayor pureza de corazón, más gravedad de carácter y más circunspección, dignidad y rectitud en toda clase de procedimientos? ||

Pero bien, se me dirá, si el sacerdote fuera un ángel, si

en su pecho no hirvieran las pasiones como en el pecho de los demás hombres, estaría muy puesto en su lugar cuanto se acaba de aducir en favor del celibato; pero el sacerdote es un hombre, y si no dais al fuego de sus pasiones un respiradero legítimo provocaréis una explosión criminal. cuando creeréis haberle levantado al nivel de la perfección, le veréis precipitarse por la carrera de la corrupción y del escándalo. Objeción especiosa sin duda por imitar el circunspecto lenguaje de la prudencia y buen sentido; pero que es muy fácil disipar con abundantes y robustas reflexiones y que sobre todo se desvanece en humo con el concluyente testimonio de los hechos.

Si el matrimonio del clero fuera un saludable y preciso desahogo, si el celibato católico fuera una compresión imprudente y peligrosa, obrando de continuo estas dos causas, la primera sobre el clero protestante y la segunda sobre el católico, se habría establecido entre la conducta de ambos un terrible desnivel, quedando incalculable ventaja a favor de los ministros protestantes. Ahora bien, ¿existe el desnivel? Sí, y muy grande; pero es todo a favor del clero católico. Díganlo, si no, cuantos hayan viajado por los países protestantes, ellos que habrán sido testigos oculares de la poca estimación en que son tenidos por sus pueblos, de la indiferencia y hasta desprecio con que son mirados en todas partes; y dígalo ese respeto, esa veneración con que es obsequiado por los católicos el clero católico, y eso a pesar de los inauditos esfuerzos que de un siglo a esta parte se están empleando a porfía por desconceptuarle y envilecerle. Aun hay más, y sobre este hecho, aunque muy sabido, llamo muy particularmente la atención de mis lectores. Cuando la terrible || explosión de la revolución francesa dispersó por toda Europa a los ministros católicos, una porción considerable de ellos buscaron en Inglaterra un asilo contra el furor que los perseguía en su patria. No era seguramente la Inglaterra un país en que se hubiese calumniado a medias al clero católico; presentáronse allí los sacerdotes emigrados: ¿y qué sucedió? Sucedió lo que sucederá siempre cuando las declamaciones se sujeten a la piedra de toque de los hechos: admiraron los ingleses la santa gravedad, la intachable pureza de aquellos sacerdotes que habían visto retratados con tan negros colores, y, a pesar de la extrema suspicacia de los habitantes de aquel país con respecto a los célibes, se estableció en favor de los sacerdotes católicos la honrosa excepción de franquearles libre entrada en las casas y de permitirles con entera confianza la comunicación con las esposas y las hijas. ¿Dónde están, pues, los funestos resultados del celibato del clero católico, cuando en país extranjero a la sola vista de sus virtudes se

disipan preocupaciones tan arraigadas, se acallan resentimientos tan inveterados y nutridos, y se tranquiliza completamente la delicada suspicacia de sus mayores adversarios?

III

Cuando las cuestiones se sacan de su verdadero terreno se miran bajo un punto de vista falso; y cuando en la resolución de un problema se hace abstracción de ciertos datos que están por necesidad embebidos en su naturaleza, en vez de dar en el blanco de la cuestión, no se hace otra cosa que derramar vaciedades y desaciertos. El celibato del clero católico cuenta por principales adversarios || a aquella clase de filósofos que no conocen otra base de la moral que el interés privado y que desprecian como vana ilusión a cuantos otros agentes se quiera atribuir influjo sobre el corazón humano. Mirados bajo este punto de vista la sociedad y el individuo, reguladas por esta norma las conductas privadas, basadas sobre este cimiento las leyes, sin más influjo sobre el corazón que los alicientes de los goces materiales o el temor de penas pasajeras, sin más freno para la violencia de las pasiones que los consejos de una razón estéril y helada, o la flaca contextura de una legislación, obra de combinaciones puramente humanas, en teniendo que luchar con aquellas pasiones que por la naturaleza de la mayor parte de sus extravíos están fuera del alcance de las leyes del hombre, si no dan por imposible el contenerlas, apelan a vanos paliativos, a remedios ineficaces, a desahogos, a condescendencias funestas, y, en medio de la impotencia y nulidad de sus medios, culpan de vana temeridad las severas disposiciones de una legislación sabia y profunda. ¿Quiérese una nueva confirmación de la ligereza con que se ha echado en cara al catolicismo la austeridad de sus instituciones en materia del celibato? Recordaré, pues, un hecho reciente, público, ruidoso, ya que por su estrecha relación con la materia que nos ocupa no podría omitirse sin dejar un considerable vacío. ¿Qué no se había dicho, cuánto no se había declamado antes de la revolución francesa sobre la austeridad de vida de las vírgenes consagradas a Dios, de las pretendidas víctimas del claustro? Estalló la revolución, cayeron de repente al suelo las puertas de los pretendidos calabozos: ¿y qué sucedió? Dígalo la nación francesa: cuando muchas se hallaban todavía en la edad lozana, en que la naturaleza || no ha perdido aún su hermosura, las ilusiones su brillo y el placer sus hechizos, ¿viéronse acaso aquellos escándalos que con tanta impu-

dencia se prometieran la impiedad y la malicia? Fieles a la santidad de sus votos, sordas a las seducciones de un mundo que las brindara con la dorada copa, retroceden horrorizadas a la sola vista del peligro y, cubriendo sus rostros virginales con el velo misterioso, corren a llorar en soledad los extravíos de aquella generación delincuente. Pero ¿a qué citar países extraños? En España, ¿no hemos visto nosotros a esas vírgenes heroicas arrostrar generosamente la estrechez y hasta la miseria antes que abandonar aquel asilo de soledad y de penosas privaciones? ¿No las hemos visto conservarse en sus retiros corriendo gravísimos peligros sus vidas inocentes, cuando desde la obscuridad de los ángulos del claustro oían la confusa gritería de los asesinos, veían el siniestro reflejo de la tea incendiaria y llegaba hasta sus oídos el estruendo de los aceros homicidas? ¿Dónde está, pues, la opresión, dónde la violencia, dónde la imprevisión del catolicismo, dónde los funestos resultados de sus instituciones severas?

Cuando se quieren examinar las leyes más santas y sublimes al través de un prisma ennegrecido por la corrupción y los placeres, cuando no se cuenta con otros medios de acción sobre el corazón del hombre que el aliciente de los goces voluptuosos, o el temor de padeceres momentáneos, nada extraño es que no se comprenda una palabra de esa profunda legislación, grandiosa en su plan, prudente en sus detalles, fuerte sin violencia, suave sin relajación, sólida, estable y permanente para resistir a los embates de las pasiones y trastornos, como a la acción roedora de los siglos. ||

La religión de Jesucristo, como emanada del seno de Aquel en cuyas manos están los corazones de los mortales, se dirige en derechura al corazón, le ocupa, le ablanda, le señorea, y como ejerce sobre todos sus resortes un impulso inmenso, le impera sin vacilar las acciones más difíciles, le exige los sacrificios más arduos y penosos, y si tal vez trata de condescender algún tanto a la flaca condición del hombre, no es doblegándose al gusto de las pasiones, no relajando la severidad de sus leyes, ni amancillando la pureza de su doctrina, sino que tiene a la mano una infinidad de recursos con que endulza las más agrias austeridades, siembra flores celestiales en los más ásperos caminos, e inunda las angustias del corazón con balsámicos lenitivos de amor, de consuelo y esperanza. Enlazando el tiempo con la eternidad, la vida con la muerte, las sonrisas de la cuna con el llanto del sepulcro; sorprendiendo al hombre en medio de su frívola alegría y de sus placeres livianos, vierte en la copa de los goces una gota de saludable amargura, levanta el engañoso velo que encubre la nada de las cosas

humanas, recuerda de continuo al mortal la eternidad de su destino, mostrándole con severa mano el polvo de su ser y la lobreguez de la tumba. ¡Cadena misteriosa que une la tierra con el cielo! ¡Digna obra de la omnipotente palabra que crió la luz, que estableció la armonía del firmamento y que asentó sobre su base los cimientos de la tierra!

IV

Cuantos han impugnado el celibato del clero católico se han manifestado muy ligeros en el estudio de la religión || y mostrado conocer muy poco su verdadero espíritu y sus más naturales y espontáneas tendencias. A no ser así, habrían confesado al menos que el catolicismo en el establecimiento del celibato del clero ha sido muy consecuente y que ha planteado una institución que no podía menos de brotar de su seno. Es esto tan cierto que, aun cuando se supusiera abolido el celibato del clero, en floreciendo algún tanto la religión, volvería a presentarse desde luego bajo la forma de costumbre venerable; permaneciera más o menos en aquel estado, pero puede asegurarse que al cabo de cierto tiempo se colocaría de nuevo en la esfera de las leyes.

Desenvolvamos este pensamiento. Cuando una institución tiene en sí misma un poderoso elemento de vida, la comunica sin cesar a cuantos gérmenes se abrigan en su seno, y si tal vez deja a la acción de largo tiempo el desenvolverlos completamente, no obstante, si la institución matriz es bastante robusta, nunca deja de llevarlos a completa sazón y desarrollo. Distínguese muy particularmente por este carácter la religión católica, la que, aun mirada bajo un punto de vista meramente humano, es sin disputa la obra más robusta que se ha visto sobre la tierra. Así es que cuantos elementos lleva en su seno, tarde o temprano llega a desenvolverlos, sin que puedan jamás impedírselo ni los planes y pasiones de los hombres, ni la confusión y el trastorno de los siglos. Como el espíritu de esa religión divina es de sublime elevación a Dios, y, por consiguiente, de completa abstracción de las afecciones terrenas, tiene por su misma naturaleza una fuerte tendencia a la vida continente; y si bien ha dejado el ejercicio de esta virtud en los límites de puro consejo, la ha siempre distinguido con particular predilección || y mirádola como una de las bellas azucenas que orlan la hermosa frente de la perfección cristiana. Y es muy de notar que siempre, por doquiera que esa hija del cielo haya fijado su pisada, se ha visto brotar esa virtud como una flor olorosa que naciera al solo contacto

de su planta y que marcara con aromáticos perfumes el sendero de su huella vivificante. Nada han podido contra su acción poderosa, ni la corrupción más arraigada, ni el clima más rebelde; por manera que allí mismo se admiraron los más inauditos ejemplos de austera continencia, en donde se habían combinado más eficaces causas para la molicie del corazón y la corrupción de costumbres.

Asentada esta verdad de hecho, preguntaré ahora: Si era posible que el clero, esa porción predilecta y escogida que por razón de su augusto ministerio debía de sentir más de cerca todo linaje de influencias religiosas, pudiera desentenderse de esa tendencia tan marcada que manifestaba el cristianismo, y si no era imposible que con tan irresistible impulso dejasen de enlazarse de un modo inseparable la continencia y el sacerdocio, ¿cómo era dable que se ocultara a la Iglesia la estrecha relación que las unía, que desconociera lo que demandaba de sus ministros el espíritu de la religión y que no aprovechara este medio tan obvio, tan natural y edificante de presentar a los fieles una muestra viva, universal y duradera, para qué a su imitación pudieran ellos arreglar y modelar su conducta? ¿No hubiera sido bien extraño, bien irregular y de consiguiente poco duradero, el que se hubieran visto entre el común de los fieles numerosos ejemplos de continencia edificante, mientras que se hubieran entregado a las ilusiones del placer || los sacerdotes, ellos que estaban encargados de ofrecer a Dios las oraciones y virtudes de sus hermanos, de dirigirlos por el camino de la perfección y de preservarlos de los amaños y asechanzas de la antigua serpiente? Con un corazón plagado de afecciones voluptuosas, con una fantasía sembrada de imágenes seductoras y disipada por recuerdos livianos, ¿cómo hubieran comprendido el lenguaje puro y celestial de una virgen cristiana? ¿Cómo hubieran podido elevarse a la necesaria altura para dirigirla con saludables consejos, para confortar su corazón inocente combatido por recios embates, afligido con amargas tribulaciones y angustias? Y si miramos al sacerdote como depositario de los secretos más sagrados del corazón; cuando se hubiera postrado a sus pies un cristiano humillado que acababa de amancillar su inocencia con un desliz de la debilidad humana; cuando se hubiera dispuesto para comunicar al sacerdote aquel secreto que le era más caro que su misma vida, ¡cuál se hubiera angustiado su pecho, cuál se hubieran anudado en la garganta sus palabras, al pensar en la curiosidad y ligereza de la mujer dueña de aquel corazón que iba a recibir el depósito de tan delicada confianza!

Subirá de punto la importancia de las ventajas que consigo lleva el celibato del clero católico, si se considera que

el ministro de la religión debe ser todo para todos y que uno de los mayores embarazos para cumplir este destino hubieran sido ciertamente los lazos del matrimonio.

Sojuzgado el corazón del esposo por las gracias de su amable compañera, embelesado con las caricias de los hijos de su corazón, lleno de ilusión y esperanzas por sus disposiciones precoces y de temores y recelos por || su suerte venidera, siente que se despiertan en su pecho una muchedumbre de afectos tan tiernos y solícitos, como fuertes e irresistibles; pero todos aislados, concentrados en la esfera de su familia, todos convergentes, por decirlo así, en la dirección del bienestar y felicidad de su esposa y de sus hijos. Sus necesidades se aumentan, sus afanes se multiplican, cobra a los intereses materiales un apego increíble, y mientras absorben su atención las ocurrencias de lo presente atormentan a la vez su ánimo con inquietudes y zozobras los azares del porvenir. Nada más a propósito para corroborar estas aserciones que las siguientes notables palabras del doctor King, ministro de la reforma protestante: «No fué poca desgracia (dice) para la causa del cristianismo en Inglaterra el permiso concedido a nuestro clero de contraer matrimonio cuando la reforma nos separó del papismo, porque ha sucedido precisamente lo que debía necesariamente suceder y lo que se debería haber previsto. *Desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado más que en sus mujeres y en sus hijos.*» Estas palabras no necesitan comentarios, y ellas dicen de un modo elocuente la elevada prudencia del catolicismo en vedar el matrimonio al clero, cuyos bienes deben destinarse particularmente a saciar el hambre del pobre, a cubrir la desnudez del mendigo, al socorro de la estrechez de la viuda y al amparo de la orfandad desvalida; ellas dicen si hubiera sido prudente el embarazar al clero con las atenciones siempre crecientes de la esposa y de los hijos, para que a este solo recuerdo se helara su corazón y se cerrara su mano.

Que si miramos el celibato del clero en cuanto le deja con aquella independencia, con aquella fortaleza de ánimo, con aquel temple elevado, vigoroso y enérgico que || requieren las grandes acciones y las empresas arriesgadas, encontraremos mucho más que admirar en los profundos designios de la Iglesia católica. Una vez enlazado el hombre con los vínculos conyugales, mira la conservación de su existencia como una condición indispensable para la felicidad de su familia, y aun cuando quepan en su pecho sentimientos nobles y elevados, aun cuando palpite de entusiasmo su corazón a la vista de una empresa arriesgada, generosa y heroica, al pensar en el desconsuelo de su esposa, en la orfandad de sus hijos, siente relajarse aquel es-

fuerzo varonil que se desplegara en su pecho en un momento de arrebato, y tiembla pavoroso a la vista de los azares y peligros. Y he aquí por qué entre los católicos, y sólo entre los católicos de ambos sexos que profesan la vida continente, se ha visto esa no interrumpida serie de personas dedicadas al consuelo y alivio de la humanidad doliente en los hospitales, en esos admirables establecimientos hijos exclusivos de la caridad cristiana, en esas moradas de dolor en que quedan sepultadas en el olvido tantas acciones heroicas, porque la muerte viene a cerrar los labios del agradecimiento, y el mundo no se digna siquiera dirigir su altanera vista hacia aquellas mansiones de dolor, de miserias y lamentos. He aquí por qué sólo entre los católicos se han visto verdaderas misiones dignas de este nombre: sólo entre los católicos se han visto aquellos ejemplos de inalterable fortaleza, de heroico valor y generoso desprendimiento en que hombres criados entre las comodidades y suavidad de costumbres de las naciones civilizadas se despiden para siempre de su patria, de sus amigos y familia para atravesar la inmensidad de los mares y sepultarse en seguida entre los laberintos || de desiertos inmensos, en busca de un hombre a quien no conocen, y que en el exceso de su degradación y barbarie pagará con una muerte cruel y horrorosa el celo caritativo que le llevaba el bienestar sobre la tierra y la eterna felicidad después de la muerte.

Figuraos ahora a un misionero protestante embarazado con el vínculo conyugal; al abordar una playa lejana y desconocida, teniendo a la vista la inmensidad de un desierto, sin divisar en ninguna parte la más leve seña de la mano del hombre, rodeado de las colosales producciones de la naturaleza, que en medio de una soledad sublime y de un silencio imponente despliega a sus ojos una majestad aterradora; si al trepar por fragosos barrancos y entrecortadas malezas oye el destemplado aullido de la horda salvaje, ¿creéis acaso que tendrá valor para dirigirse a su encuentro, cuando en aquel instante no podrá menos de asaltarle el angustioso recuerdo de las lágrimas de su esposa, del llanto de sus hijos, que tal vez en aquel mismo momento lloran en torno de la desolada madre la ausencia de un padre a quien no volverán a ver, y de un padre que va en busca de una muerte obscura, sin testigo siquiera, sin consuelo ni gloria?. No extrañemos, pues, la incomparable distancia de los resultados de las misiones protestantes al fruto de las misiones católicas; pues que, a más de la esterilidad que será siempre el patrimonio de las iglesias separadas del fecundo seno de la Iglesia, tienen los misioneros protestantes la gran desventaja de presentarse en las misiones rodeados de sus esposas y de sus hijos, ocupados

antes de empezar sus tareas en proporcionar cómoda vivienda a su familia, y con tamaños antecedentes bien se les ha de alcanzar a los infieles que aquellos hombres || tienen también sus aficiones y sus apegos terrenos, y a buen seguro que tampoco encontrarán entre ellos ningún émulo del gran Javier, ni celosos imitadores de los mártires del Japón.

Allégase a cuanto se ha dicho en pro de las ventajas del celibato del clero, que no sólo las empresas arriesgadas y heroicas se avienen muy mal con el estado del matrimonio, sino también todo linaje de tareas muy asiduas y de trabajos muy penosos, al paso que se hermanan admirablemente con el estado del celibato eclesiástico. Basta haber reflexionado muy ligeramente sobre el renacimiento y progresos de las letras para conocer los inestimables beneficios de que la sociedad le es deudora. Sin él no hubiera tenido la Europa en medio de la confusión de los siglos bárbaros aquellas reuniones de hombres que en el silencio de sus claustros se ocupaban infatigables en conservar, copiar, ordenar el precioso depósito de los manuscritos antiguos, amontonando un inmenso caudal de materiales científicos que pudieran aprovecharse en tiempos más felices para derramar una ráfaga de luz sobre las tinieblas que envolvían la Europa. Sin él no se hubieran visto aquellos portentos de laboriosidad, aquellas bibliotecas vivas de costosa erudición que se admiraron en Europa al renacimiento de las letras y cuya mayor parte pertenecían al estado eclesiástico.

Aun hay más: cuando al decaer rápidamente la grandeza del imperio romano caducaban también a igual paso todo linaje de conocimientos, ¿quién sostuvo el brillo de las letras y la dignidad del saber sino aquellos grandes hombres llamados por nosotros los Padres de la Iglesia? ¿Y no eran ellos los que, mientras llenaban el || mundo con la fama de su sabiduría, le edificaban con sus virtudes eminentes y con la estricta observancia de una continencia severa?

Y adelantando un paso más en aquella época: ya estaba completamente derribado el imperio romano y los bárbaros del Norte hollaban con su robusta planta la enervada cerviz de los señores del mundo; ya flotaba sobre las ruinas de los antiguos palacios una tienda salvaje cubierta de polvo y salpicada de sangre; ya estaban sepultados entre montones de escombros y cenizas los monumentos del antiguo saber; y en medio de tanta confusión y tinieblas, inevitable resultado de tan espantoso trastorno, cuando tan difícil debía de ser el procurarse cualquiera clase de conocimientos, aun vemos con admiración cuál resplandecían por su vasto saber un número considerable de eclesiásticos ilustres que, sacando de la austeridad de sus costumbres una infatigable

laboriosidad y un elevado temple de alma, habían sabido crearse una posición tan alta como difícil y aislada, conservándose en pie como robustas columnas de un edificio derribado, como luminosas antorchas que brillasen entre las densas tinieblas de un espacio inmenso.

V

Pero basta ya de esa clase de reflexiones, es necesario acercarse al fin del escrito, que la sobrada extensión que va tomando recuerda de continuo la estrechez de los lindes prefijados en el programa. Bajemos ahora a un terreno más llano y más al gusto de nuestro siglo: no huyamos de una arena en que rato ha que nos estarán aguardando nuestros adversarios, esperanzados quizá de || abrirnos herida de muerte. Bien se les alcanzará a los lectores que vamos a ventilar el punto en sus relaciones con el aumento de la población, y tal vez esperen ya con impaciencia el ver cómo se sincera el celibato del clero de los terribles cargos que se le han hecho en tan delicada materia. Por más que sea bien conocido el saludable influjo que ejerce sobre el aumento de la población la moralidad del pueblo, y por más que se desprenda de cuanto se lleva dicho la poderosa influencia que sobre esta moralidad debe tener el celibato del clero, prescindiremos, sin embargo, de estas consideraciones, no sea que se diga que huímos el cuerpo de la lucha que nos espera en un terreno material y positivo. El celibato del clero (dicen nuestros adversarios) es altamente nocivo al bien de la sociedad, porque, disminuyendo el número de los matrimonios, es por su naturaleza contrario al aumento de la población. He aquí su Aquiles; veamos, sin embargo, si tendrá tal vez algo de flaco y vulnerable. Por de pronto salta a los ojos que la objeción estriba en el supuesto de que el aumento de población es proporcional al número de matrimonios; pero este supuesto es falso y juzgado como tal por los más adelantados conocimientos de la ciencia económica; luego carece de solidez cuanto se edifica sobre semejante cimiento. Por más que no sea ahora posible el desenvolver la materia con aquella extensión que demandan su gravedad e importancia, será, no obstante, preciso el dar por lo menos una ojeada a sus principales puntos de vista, ya que serán bastantes pocas palabras para que allí reciban mayor descalabro los enemigos del celibato del clero, donde se habían prometido más cumplido triunfo. ||

Como para aumentarse la población no basta el que sea mayor el número de nacidos, sino que es necesario que lle-

guen éstos a sazón completa, y esto no puede verificarse en careciendo de los medios de proveer a sus necesidades, resulta de aquí que, cuando el número de matrimonios y, por consiguiente, el de los nacidos no esté en proporción con los medios de subsistencia, fallecerá el excedente de la proporción; permanecerá la población estacionaria, y aun al cabo de cierto tiempo podrá retrogradar de un modo considerable por las funestas consecuencias que debe de llevar consigo el supuesto desnivel entre los medios de subsistencia y los individuos que han de consumirlos. Es ya una verdad reconocida por todos los economistas que la población es siempre proporcional a los medios de subsistencia, y Destutt de Tracy afirma resueltamente que están de acuerdo sobre el particular todos los que han meditado y profundizado completamente esta materia. Es muy digno de observarse que al linaje humano, lo mismo que a las demás especies que se multiplican por reproducción, no es nunca la falta de gérmenes lo que se opone a su aumento, sino la escasez de medios para conservarlos, nutrirlos y llevarlos hasta el último término de sazón y desarrollo. Infiriéndose de todo esto que para aumentar la población nunca deben dirigirse los esfuerzos a multiplicar los matrimonios, sino únicamente a que abunden los medios para proveer a las necesidades de los nacidos, pues en este caso es bien seguro que crecerá rápidamente la población hasta ponerse al nivel de los medios de subsistencia. No quiero omitir una reflexión que me ocurre con respecto a los que juzgan el aumento de la población proporcional al número de matrimonios, y es || que me parecen comparables al que tratase de evaluar los productos de varias posesiones agrícolas no atendiendo a la fertilidad y naturaleza de las tierras, ni a los medios del labrador para cultivarlas, sino únicamente al número de las fincas y a la extensión de su terreno. He aquí a qué se reducen en último punto tantas declamaciones; he aquí lo que valen examinadas a la luz de la razón ilustrada con el análisis de los hechos.

Para que se vea más y más la profunda sabiduría con que está concebida la ley del celibato del clero, y para desvanecer más completamente la tacha de antisocial con que se ha querido afearla, será bien, antes de terminar la materia, llamar la atención de los lectores sobre un punto de vista en que se presenta la cuestión bajo un aspecto tan hermoso como importante. Demos de barato que el celibato del clero pudiera mirarse como una fuerza reprimente del aumento de la población, ¿será por esto una institución nociva a la sociedad? No seré yo quien me encargue de responder a la pregunta, ni será ninguno de cuantos por profesar este estado podríamos tal vez ser tachados de

preocupación y parcialidad; será el protestante Malthus, será el filósofo Destutt de Tracy, dos economistas cuyas simpatías es bien seguro que no estaban a favor del celibato del clero.

Malthus, es decir, el escritor que ha tratado con más tino, profundidad y maestría el punto de la población, observa que, aun en el caso más favorable para su aumento, se halla éste con respecto a la multiplicación de los medios de subsistencia en razón de dos proporciones, la una geométrica, la otra aritmética, sentando en consecuencia que la población es siempre tan grande como puede ser, habida razón de los medios de subsistencia, || y que su exceso es el origen de todas nuestras miserias. Destutt de Tracy coincide enteramente con el parecer de Malthus, y después de haber observado el citado escritor que, aun considerada la población con respecto a la fuerza, no aumenta la de los gobiernos que la favorecen, porque, no pudiendo mantenerse más hombres que los que permite la cantidad de los medios de subsistencia, no se hace más con aumentar los nacidos que aumentar a proporción las muertes prematuras y el número de niños con respecto al de los adultos, debilitándose de esta manera la población a proporción de su número, concluye con las siguientes palabras: «Así, pues, es una verdad demostrada que el interés del hombre, mírese como se quiera, consiste en disminuir los efectos de su fecundidad.»

Infiérese de aquí que existe una fuerte tendencia a elevarse la población sobre el nivel de los medios de subsistencia, y que sería una prenda de seguridad para los estados y de felicidad para los pueblos una institución que, hermanando la pureza de la moral con los intereses sociales, fuera una fuerza reprimente de aquella tendencia peligrosa, un preservativo contra aquel funesto desnivel que podría llevar consigo tan aciagos resultados. Ahora bien, todo cuanto haya de provechoso, de posible, de aplicable en esta idea, ¿no está realizado de un modo admirable en el celibato eclesiástico y combinadas las miras religiosas y morales con los intereses sociales y políticos? Díganlo la buena fe, la imparcialidad y el buen sentido.

Reflexionando Malthus sobre la alta importancia de una restricción moral que neutralice suavemente el progreso de aquel peligroso aumento, y confesando la dificultad || que hay en encontrarla, no se acuerda del celibato del clero y apela al establecimiento de ciertas escuelas morales en que se instruya al pueblo sobre este punto: si no ocurriera desde luego el desagradable pensamiento del lamentable influjo que ejercen sobre las ideas de los hombres más eminentes, y más tal vez sobre sus palabras y escritos, las misera-

bles preocupaciones de secta, sería cosa risible por cierto el ver que a la pasión más violenta e indomable del hombre, y cuyo desarrollo se verifica cabalmente en la edad de la inexperiencia y desacuerdo, se le opone por un hombre como Malthus el endeble freno de ciertas escuelas morales.

VI

Siempre que uno examina alguna de esas grandes instituciones levantadas por la religión cristiana con tan sabia construcción, y sobre tan robustos cimientos, cuando las mira atravesar inmutables los trastornos y revoluciones de tantos siglos, sosteniendo de continuo los recios embates de cuantas pasiones se agitan en el corazón humano, se siente sobrecogido de un religioso estupor y brotan a porfía en el ánimo las reflexiones más graves, al par de los sentimientos de una veneración profunda. ¿Quién no recuerda los encarnizados ataques de que ha sido objeto el celibato eclesiástico? Seguros sus adversarios de arrancar numerosos aplausos, supuesto que hablaban en pro de las pasiones, manejando una materia que por su elevada esfera no presenta sus más hermosos puntos de vista a los ojos del común de los lectores y que por la profunda sabiduría con que se halla || concebida tiene sus delicadas relaciones fuera del alcance de una observación superficial y pasajera, ofrecíaseles ancho campo para esgrimir sus armas favoritas: la declamación y el sofisma. Indignación causa y desprecio el oír de la boca de Rousseau que «para saber lo que debe pensarse con respecto a la ley del celibato eclesiástico basta considerar que, si ella se generalizase, destruiría el linaje humano»; como quien dijera que es muy perjudicial la agricultura, porque si todos los hombres se dedicasen al cultivo de la tierra al fin vendrían a perderse todas las otras profesiones. Cuando un escritor se atreve a estampar semejantes raciocinios es bien seguro que cuenta mucho con la estupidez o condescendencia de sus lectores.

Pero ¡vanos esfuerzos! Las verdades religiosas que se habían señoreado del mundo a pesar de los violentos esfuerzos y de la obstinada resistencia de las potestades de la tierra, no eran para destruídas aun cuando se levantara en contra de ellas el adversario más poderoso y temible: el orgullo del saber. Al vivo y disolvente fuego del crisol de las ciencias no resisten jamás las mal trabadas partes del error y de la mentira; pero, impotente ese fuego cuando se aplica sobre la verdad, sólo sirve para aumentar su brillo y hermosura y para que se eche de ver más y más la solidez de su masa y la compacta trabazón de su estructura

inalterable. Así es cómo se halla sobre el horizonte la religión católica, bella y radiante a pesar de la obstinada avilantez con que sus enemigos se han empeñado en ofuscarla; así es cómo fija aún las miradas de todos los observadores como un rayo de luz consoladora, como un astro de ventura, anuncio de halagüeñas esperanzas. Circula, es verdad, circula por || todas las sociedades civilizadas la duda, ese germen de muerte inoculado en sus venas por plumas engañosas y aleves; pero nótase al menos una tendencia al examen de las grandes cuestiones religiosas y sociales; nótase que la religión es de nuevo el objeto de profundos estudios y que en torno de esa virgen bajada del cielo se apiñan presurosos un número considerable de observadores para admirar su amabilidad y hermosura, ya que no para tributarle el homenaje de la fe y los obsequios del corazón. ¿Y quién dijera que no sea esto un preludio de más venturoso porvenir para la religión que, emanada del seno de las luces, inunda con la luz de sus rayos a cuantos se detienen a contemplarla? ¡Ah! Abandonémonos un momento a tan gratas esperanzas, que parece que embalsaman el corazón endulzando la amargura de tan acerbas desdichas. ||

OBSERVACIONES

SOCIALES, POLITICAS Y ECONOMICAS SOBRE LOS BIENES DEL CLERO*

PROSPECTO

Entre los varios puntos de vista que ofrece la materia de los bienes del clero hay algunos tan interesantes como

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—La tercera época constitucional fué fatal para la Iglesia, lo mismo que las dos precedentes: fué totalmente despojada durante un quinquenio largo y atroz. Por fin, el año 1839 se constituyó el ministerio Pérez Castro, de tendencias moderadas, y en el discurso de la corona se anunció una ley sobre dotación del culto y clero. Balmes aprovechó esta ocasión para escribir el folleto *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*. Es probable que lo empezó por octubre de 1839; en febrero de 1840 se estaba ya ultimando, y su autor escribía: «Salgo corriendo.» El día 1.º de marzo se acababa el manuscrito. Delante del libro corrió un prospecto brevísimo que despertó mucho interés: se tiraron 1.000 prospectos y 1.000 cartas acompañatorias.

El folleo acabó de imprimirse por el mes de abril en la imprenta de Valls, en Vich. La tirada fué de 2.000 ejemplares. Por el mes de julio se había vendido la mitad de la edición, y antes de acabar el año Tauló publicaba la segunda en Barcelona. También entró en la *Miscelánea* de 1863.

Este opúsculo fué la revelación de Balmes al mundo. Logró totalmente el fin de ilustrar la opinión en materia tan importante y de dirigir la discusión del problema en las Cortes. Martínez de la Rosa, Pidal, Toreno y todos los prohombres moderados se hacían lenguas del sacerdote desconocido que había escrito aquellas páginas.

Este es el único opúsculo balmesiano del que nos queda el manuscrito original, parte autógrafo, parte de amanuense. Hemos hecho el cotejo del texto publicado por Balmes con el del manuscrito, y de él resultan unas cuarenta variantes, la mayor parte enmendadas conscientemente por Balmes al corregir las pruebas de imprenta, algunas pocas que denotan un error de caja. Hemos

poco conocidos; presentarlos con rápido pincel y en breve cuadro, pidiendo a la experiencia sus lecciones, a la historia sus hechos, al porvenir sus indicios, a la filosofía su luz y a la verdad sus colores, tal es el objeto del opúsculo anunciado. ||

---

aprovechado estas últimas, y en las primeras hemos seguido el impreso como más auténtico.

Balmes hizo la distribución que lleva este opúsculo, pero no puso títulos ni sumarios; los hemos introducido nosotros. Ponemos por delante de todo el jugoso prospecto publicado por el mismo autor.]

PROLOGO

SUMARIO.—No es mi ánimo defender el incontestable derecho a poseer que asiste a los ministros de la religión, sino definir y observar el hecho y descubrir sus relaciones sociales, políticas y económicas. Esta cuestión no esquiva el examen; lo ama y lo desea.

No es mi ánimo, al salir a la defensa de las propiedades del clero, manifestar el incontestable derecho que asiste a los ministros de la religión de exigir de la sociedad en que viven los medios de decente subsistencia, derecho que, enseñado por la razón como a fundado en la misma naturaleza de las cosas, le vemos reconocido y respetado en todos tiempos y países, sancionado expresamente por la Sagrada Escritura y confirmado por las leyes canónicas y civiles. Examinar este derecho en su origen, mostrando la pureza del manantial de que nace, indicar las necesidades sociales con que se une, nutrir luego esta doctrina atestando erudición y aplicarla en seguida a la cuestión actual invocando en favor de || esas propiedades las decisiones terminantes de todo linaje de códigos, hubiera sido empresa nada difícil, puesto que en su desempeño habría podido andar siempre por camino llano de puro trillado; pero, en cambio, no cumpliría a mi propósito este método como a poco adaptado al gusto científico del siglo.

Agotadas en estas materias las fuentes de la erudición por el laborioso espíritu de controversia que dominó en Europa en época no lejana, excita ahora poco interés cuanto se presenta con aire de disertación atestada de citas, y desconfía desde luego el lector instruído de encontrar allí nada que no haya visto ya en otros lugares; y como quiera que de otra parte han caído en descrédito las teorías vagas merced a los escarmientos que han traído sus aplicaciones, y que la sociedad está reclamando con urgencia el remedio de gravísimos males que la aquejan en todos sentidos, ha tomado la ciencia un nuevo rumbo, y consiste en asegurarse de un hecho, definirle y aplicarle luego la observación con la mira de descubrir cuáles son sus relaciones sociales, políticas y económicas. Si bien se observa, este espíritu nada tiene de extraño; antes ha debido nacer como fruto espontáneo, por contribuir a producirle la proporción y comodidad con que brindaba la misma abundancia de materiales bastantes a suministrar toda la luz necesaria para esclarecer todos los puntos, el desengaño consiguiente a

costosos escarmientos y el poderoso estímulo de las grandes necesidades de la sociedad. Y no es ciertamente de mal agüero esta combinación de circunstancias; porque la abundancia de luz y de medios evita tropiezos y presta desembarazo, el escarmiento inspira juicio y cordura, y la necesidad, al paso que aviva el entendimiento || y multiplica sus fuerzas, despierta en el alma aquellos instintos conservadores con que la mano benéfica del Criador ha dotado a todos los seres, y que tan maravillosos y saludables efectos producen, ya para la sociedad, ya para el individuo.

Si, elevándonos algún tanto sobre esta negra polvareda que en la actualidad envuelve a nuestra desgraciada patria, extendemos la vista por los demás países civilizados y fijamos nuestras miradas sobre el curso que han tomado las ideas en el presente siglo, descubriremos ciertamente muchos peligros amontonados en el porvenir, pero también brillarán a nuestros ojos algunos rayos de hermosas esperanzas. Dado que en muchas cosas no seamos partidarios del siglo, al menos seamos justos: no puede negarse que adolece todavía de muchos achaques que se le han pegado por la inmediación del siglo XVIII, y que no está escaso de preocupaciones y manías, resultado muy natural del íntimo y frecuente trato con visionarios y soñadores; pero también es necesario confesar que no han pasado en vano para él los tiempos; que si predica la tolerancia, también tolera; que si falla a veces con sobrado magisterio, también escucha con atención; y que confiesa y aborrece la injusticia de aquella escuela filosófica que, en no acomodándose al tipo que ella se había imaginado un objeto cualquiera, ya le arrumbaba como inútil o le rechazaba como nocivo; de aquella escuela funesta cuyas doctrinas aplicadas a la sociedad crearon aquellos espantosos tribunales que no conocían otro fallo que el de entregar los bienes al fisco, la cabeza al verdugo.

En llegando a cundir en las ciencias la afición al examen de los hechos, tarde o temprano la verdad sale vencedora: || lo que ella teme son los sistemas y los sueños; pero que se iluminen, que se examinen, que se analicen los hechos, eso no lo teme; porque la verdad no es más que un hecho, y las grandes verdades son grandes hechos.

No será la cuestión de los bienes del clero la que se resista a bajar a semejante arena; no la esquiva; la ama, la desea; y muy errados andan cuantos se figuran que en esta parte nos han de negar su apoyo las ciencias, y que no tenemos otros medios de defensa que los cánones de los concilios y las decisiones pontificias. En cuanto atañe a la religión, sea perteneciendo a su naturaleza, sea allegándosele más o menos de cerca, hay más razón, sabiduría y justicia

de lo que muchos habían creído: se había propalado que la verdad de los Libros Santos era incompatible con los adelantos de las ciencias naturales; ha pasado el tiempo, se han multiplicado los descubrimientos y observaciones, y, después de un examen maduro y profundo, los más grandes naturalistas acaban de reconocer asombrados la verdad pura encerrada en la sencilla narración de Moisés: a la luz de la filosofía de la historia, analizando la formación de las sociedades modernas, se habían lisonjeado los enemigos de la religión que, sorprendiéndola en medio de tiempos tan tenebrosos, se le descubrirían grandes crímenes contra la sociedad, ya excitando sangrientas discordias, ya invadiendo todos los poderes, ya conspirando alevosamente contra la libertad, la ilustración y la dicha de los pueblos; y, ¡cosa admirable!, cuando la malicia y la ignorancia creyeron que se iban a poner en claro los horrorosos atentados de una nueva Medea, la verdadera filosofía ha visto en ella a una virgen bajada del cielo, colocada en || medio del caos para ordenarle y esclarecerle, levantando su voz para el alivio y remedio de grandes males y para promover incansable la civilización y cultura. Quedan todavía algunas prevenciones injustas, son masas de niebla que se arrastran por la falda de los montes a la salida del sol; dejemos obrar a la Providencia, que si ésta en sus profundos arcanos no tiene decretada la permisión de alguna de esas grandes aberraciones que de vez en cuando extravían al espíritu humano, no está lejos el día en que todas las ciencias doblarán la rodilla ante la religión, todas le pedirán sus inspiraciones y enseñanza, sentándose tranquilas a disfrutar de su benéfica sombra.

Hasta la economía política ha tenido que amenguar un tanto el ímpetu que distinguió sus primeros ataques: fogosa y precipitada como a joven e inexperta, se había persuadido que fuera bastante un golpe de su mano para reducirlo todo a polvo; pero el encontrar más solidez y firmeza de lo que ella se figuraba ha debido ya hacerla más cauta y mesurada. Como quiera, siempre me parece que ha de ser ella la más descontentadiza y cavilosa: por su misma naturaleza vive en medio de intereses, y bien sabido es que en tal atmósfera no son los elementos más dominantes la sinceridad en las palabras ni la pureza en las miras. Y sirva esta indicación para que se eche de ver que no me es del todo desconocido el suelo que estoy pisando, y que no ignoro cuál es mi principal adversario, cuál es su carácter y cuáles sus trazas. ||

I

Primer origen

SUMARIO.—Es un hecho la antigua riqueza del clero. Fué motivado por el instinto de la propia conservación. Desde el imperio de Constantino el derecho de adquirir le fué asegurado por las leyes civiles.

Hubo un tiempo en que el clero de casi todas las comarcas de Europa poseía bienes cuantiosos; esto es una verdad; así lo enseña la historia, así lo indican restos considerables, y así lo atestiguan grandes y numerosos monumentos, porque conviene notar que los bienes de la Iglesia andan siempre enlazados no sólo con la construcción, conservación y adorno de esos suntuosos templos donde desplegara la religiosidad toda su magnificencia y el arte sus maravillas, sino también con el nacimiento, desarrollo y prosperidad de toda clase de establecimientos de utilidad y beneficencia, ya para la instrucción de la juventud, ya para el enfrenamiento y corrección del vicio, ya para el alivio y consuelo de la humanidad desgraciada, ofreciendo amparo al huérfano, pan al hambriento, apoyo al desvalido, posada al peregrino, remedio al enfermo y honroso asilo al pudor en riesgo. ||

Asentado ya el hecho de la antigua riqueza del clero, y sin tratar de detenerme en examinar el grado de exageración que podría caber en ponderarla, observaré que mientras esta riqueza haya sido adquirida con motivos justos y por medios legítimos, nada pueden echarle en cara la justicia y las leyes; si la adquisición hubiere sido sugerida por el instinto más natural e indeleble, y hasta la acumulación misma nada presentare de violento, antes hubiese sido un espontáneo y necesario resultado de las circunstancias en que a la sazón se encontraba la sociedad, nada tendrá que decir en contra una filosofía que no se complazca en declamar vanamente contra la realidad y la fuerza de las cosas, que sea, como suele decirse, positiva; y, sobre todo, si la adquisición, la acumulación misma, atendiendo a los tiempos en que principalmente se hizo, y aun a largo espacio después, hubiere sido muy provechosa a lōs pueblos, contribuyendo poderosamente a mejorar su condición, librándolos de pesada esclavitud y promoviendo en todos sentidos la civilización y cultura, la humanidad nada tendría de qué lamentarse, antes sí hallaría un motivo muy poderoso para inspirarle el más vivo agradecimiento.

¿Por qué motivo procuró el clero adquirir bienes? Una clase, una corporación, lo propio que un individuo, necesitan medios de subsistencia; el instinto de su propia conservación los estimula a procurárselos, y todas las sugestiones del buen sentido y todas las consideraciones de la razón vienen a confirmar este instinto, elevándole a la esfera de un derecho, y de un derecho incontestable; exigir lo contrario es forzar la naturaleza, es exigir un imposible. Infiérase de aquí cuán justo, cuán natural y necesario fué el que las leyes civiles protegieran || este derecho, puesto que una vez establecida en la sociedad una corporación o clase cualquiera es menester que la ley consienta en favor de ella los medios indispensables de subsistencia, ya que hacer lo contrario sería una contradicción monstruosa, o más bien una verdadera proscripción.

Durante las angustiosas aflicciones que sufrió la Iglesia en los tres primeros siglos bien se deja entender que no le había de ser fácil adquirir bienes raíces: contábase a la sazón entre las sociedades ilegítimas o, por hablar conforme al Derecho Romano, entre los colegios ilícitos, a los que no era permitido adquirir nada, ni por donación, ni por herencia, ni por legado; además que esta disposición de la ley debía de tener más vigor con respecto a los cristianos, amontonados con tanta frecuencia en los calabozos para servir luego de espectáculo a un populacho feroz que se complacía en verlos padecer en los potros y demás tormentos, en mirar cuál los despedazaban las fieras, o cómo tronchaba sus cabezas el hacha del verdugo.

Tal es, sin embargo, la fuerza de las cosas, que, después de promediar el siglo III, ya la Iglesia adquirió una porción algo considerable de predios, aprovechando seguramente la oportunidad que debió de ofrecerse, o por el enflaquecimiento de las leyes a causa de andar a la sazón muy revuelto el imperio, o porque en este punto, en los trechos en que se amainaba la borrasca se relajasen ellas de suyo, que así sucede siempre que el legislador se empeña en oponerse a la razón y justicia, y en luchar temerario con creencias muy arraigadas y extendidas; las necesidades que tienen en éstas su origen se han de satisfacer; la violencia produce un efecto || momentáneo, pero la violencia no puede ser duradera: las necesidades vuelven a alzar la voz, y tarde o temprano la ley imprudente o se elude o se quebranta. No siempre han tenido presente esta verdad los gobiernos, pero en tal caso tampoco han logrado otra cosa que labrar su descrédito y preparar su ruina. Cuando las ideas y costumbres de un país encierran algún hecho de alta importancia es necesario que las leyes le reconozcan y respeten. ¿Qué importa que la ley lo niegue si el hecho

existe? ¿Qué adelanta el legislador poniéndose en lucha con un principio muy robusto? El orgullo ciega al hombre, dándole a entender que es fuerte lo bastante para destruir a su adversario; pero el hombre es muy débil, y si, como acostumbra, echa mano en su apuro de armas vedadas, haciendo servir para la sinrazón y violencia lo que debiera ser un instrumento de la razón y justicia, tampoco alcanza otro resultado que desacreditar completamente las mismas instituciones que había llamado en su apoyo.

Dada por Constantino la paz a la Iglesia, y contada, por consiguiente, entre los colegios legítimos, asegurósele desde luego por las leyes civiles el derecho de adquirir, aumentándose en seguida considerablemente sus bienes, ora por donaciones, ora por herencias y legados. Los adversarios de las actuales rentas de la Iglesia suélense mostrar muy apasionados por la disciplina y costumbres antiguas; y no escasean los encomios a la santidad de vida, al celo puro y desinteresado que caracterizaba a los prelados de aquellos tiempos; y ya que no sea dable achacar a codicia ni a miras ambiciosas la adquisición de fincas por parte de obispos tan santos y desprendidos, forzoso será, cuando menos por no caer en chocante inconsecuencia, || el reconocer que debe de ser muy útil, muy natural y necesario el que la Iglesia posea bienes raíces, y que cuando esta materia pasó por un crisol tal, como era la conciencia de aquellos hombres de tanta sabiduría y virtud, bien cierto será también que la posesión de fincas por parte de la Iglesia nada envuelve de contrario al espíritu del Evangelio.

Crece de punto el valor de estas consideraciones si se repara que los obispos llevaban tan adelante en esta materia la severidad en las máximas y el desprendimiento en la conducta, que cedían generosamente del derecho que les concedieran las leyes civiles, en mediando en la adquisición alguna circunstancia que lastimase en lo más mínimo, no diré la justicia ni equidad, pero ni aun la delicadeza: sabido es lo que a este propósito decía San Agustín con su gracia y agudeza acostumbrada: *Iure fori, non iure poli.* ||

II

Causas sociales

SUMARIO.—Al morir el imperio romano, en el caos que se produjo, la religión cristiana mostró una aurora de esperanza. La Iglesia tenía todas las semillas de civilización y cultura. Su influencia e intervención en los pueblos fué un hecho saludable y natural. Su riqueza fué fruto de esa influencia e intervención fué producto necesario de una combinación de circunstancias.

Andaba extendiéndose más y más cada día la religión cristiana, y la Iglesia iba adquiriendo nuevos predios, conforme lo exigía el mayor número de ministros, el ensanche y multiplicación de las atenciones y necesidades, y según lo proporcionaba la religiosidad y gratitud de los pueblos. Este era el curso regular de las cosas, y así hubieran continuado si a la sazón no tocara la sociedad en una gran crisis, comienzo de grandes desastres y data de un cambio total en las relaciones domésticas y sociales, no menos que en las formas civiles y políticas.

Al llegar aquí colócase la materia de los bienes de la Iglesia en un terreno enteramente nuevo, pero que ofrece el más ancho campo a consideraciones del mayor interés bajo todos aspectos. Sigue un orden de cosas que || no había tenido semejante; para comprenderle bien es necesario colocarse a la vista del mismo origen, porque del contrario, confundidas las épocas y costumbres, todo se altera y desfigura, y, lejos de entrar en un análisis científico, se pierde vanamente el tiempo en frívolos lamentos, en declamaciones vacías. Quien estudie la historia de la Iglesia, quien desee formar acertado juicio sobre sus riquezas y poder en las varias épocas, necesita no perder nunca de vista las circunstancias de los lugares y tiempos, porque es una grande injusticia el juzgar a los hombres fuera de su puesto, y aun en buena filosofía es tan poco razonable como si alguno que debiera calificar el mérito de las piezas de una máquina se empeñara en hacerlo dislocándolas primero y sin atender a las relaciones que entre sí tienen, ni al lugar que ocupan, ni al juego a que se destinan.

El imperio romano llevaba ya en su seno el germen de muerte; pero, acometido de repente por la avenida de bárbaros salidos de las selvas del Norte y forzado a combatir, sintió revelarse toda su debilidad y desenvolverse rápidamente todas las causas de disolución que iban carcomiendo

tiempo había su desfallecida existencia. La Europa presentó entonces el más negro y espantoso cuadro que ofrecer puedan los fastos de las calamidades humanas: no era una sociedad en desorden, no un conjunto de naciones en guerra o en revolución, no una arena donde lidiasen unas leyes con otras leyes, unas instituciones con otras instituciones; era una confusa mezcla de barbarie y civilización, de grosería y de cultura, de rudeza y de saber, de afeminación y de ferocidad; eran unos pueblos precipitados sobre otros pueblos, peleando, chocándose, rechazándose como las oleadas || en la tormenta; era un lago de sangre, un montón de despojos, de cenizas, de ruinas, un caos. Estremecimiento causa sólo el pensar en lo que hubiera sido de la sociedad europea si la Providencia, que en su indignación había querido afligirla con tamaña catástrofe, no hubiera cuidado oportunamente del remedio, difundiendo y arraigando de antemano la religión cristiana, que al paso que fuera un alivio y consuelo en los males presentes mostrara en lejano porvenir una aurora de esperanza.

Todo el saber humano había desaparecido, y la religión cristiana tenía en sus libros y tradiciones el precioso depósito de la más profunda sabiduría: la historia se hundía en el olvido; la barbarie, combinada con la diversidad de ideas, lenguas, usos y costumbres, abría un abismo que había de separar a los pueblos venideros de los pueblos antiguos, y la religión poseía un Libro, y un Libro que no podía soltar de sus manos, y en él se encerraba en breves páginas la historia del mundo; la rudeza más grosera y feroz levantaba a la civilización y cultura una valla insalvable, y la religión, con la continua y pública lectura y explicación de los Libros Santos, desplegaba ante los ojos de un pueblo asombrado aquellos magníficos cuadros donde resplandece en toda su riqueza y ostentación la pompa de las costumbres orientales; y mientras la crueldad más brutal amontonaba por doquiera ruinas y víctimas, ella inspiraba lenta, pero eficazmente, la suavidad, la mansedumbre, la nobleza, la dignidad y la ternura de sentimientos, ora haciendo resonar los robustos acentos del arpa de David, ora los plañidos de la virgen de Sión, ora la formidable trompa de los profetas tronando en nombre del Omnipotente y || amenazando con terrible venganza al cruel, al opresor, al injusto.

Las ideas de Dios, del hombre y de la sociedad hallábanse obscurecidas, adulteradas, y ella las presentaba puras, grandes, luminosas: ya no era Dios una pasión divinizada, un emblema de la fecundidad de la tierra, el exagerado retrato de un conquistador o de algún inventor ingenioso y benéfico; era un Ser eterno, infinito, cuya palabra crió el mundo, cuya sabiduría le gobierna y cuya voluntad

le conserva: el hombre, tan despreciado, envilecido, atropellado por otro hombre y considerado hasta entonces como una mercancía vil, era a los ojos de la religión una criatura de tanta dignidad, que sobre ella estaban fijas las miradas de todo el cielo, como a objeto que era de inefables designios de incomprensible dignación del Altísimo, y la sociedad que antes era un monopolio cruel, una ensangrentada arena donde unas manadas de esclavos degollaban a otros esclavos, era explicada por el cristianismo como una reunión trabada con fuertes y suavísimos lazos que arrancaban del mismo cielo, regida por la justicia, endulzada por el amor y encaminada al bienestar y a la felicidad de todos los hombres.

Para que nada faltase, no se limitaba la religión a la mera enseñanza, sino que mostraba en la Iglesia un tipo de una sociedad admirable donde podían los hombres ver realizado en la práctica lo que habían aprendido con la doctrina; y cuenta que la exposición de este bello tipo a la vista de los pueblos debía serles altamente provechosa, porque la historia, de acuerdo con la experiencia de cada día, nos atestiguan que así como los grandes escándalos nunca pasan sin acarrear daño, así || los grandes y saludables ejemplos no pasan tampoco sin dejar provecho. Un poder fuerte sin despotismo y suave sin debilidad; una administración rígida, vigilante y severa, pero sin opresión, sin violencias, sin vejaciones de ninguna clase; leyes recomendables por la madurez que acompañaba la deliberación, sazonadas en todas sus partes con la prudencia y cordura, preñadas de sabiduría y previsión y acomodadas a la variedad de tiempos y países; leyes templadas con razonable indulgencia en consideración a la debilidad del hombre, pero dotadas de la necesaria firmeza para poner dique a las pasiones y caprichos, armadas de saludable rigor para hacerse respetables, pertrechadas de escudos que impidiesen la infracción y rodeadas de atalayas que celasen su observancia; he aquí el tipo ofrecido por la Iglesia: ahí está la historia; leed y veréis que no exagero.

Asentados estos hechos tan incontestables como luminosos, échase de ver que todas las semillas de civilización y cultura, todas las esperanzas de los pueblos se hallaban encerradas en manos de la Iglesia, siendo notable que todas las preciosidades que había elaborado el transcurso de muchos siglos y que pudieron salvarse del primer ímpetu de la furiosa avenida, todas se habían refugiado a la sombra de la religión, todas se amparaban en el asilo de la Iglesia. Es ciertamente tan curioso y digno de observación, como poco reparado, el singular e inestimable beneficio que a la sazón proporcionaban a las letras, a las artes y sobre todo a

la humanidad, aun aquellos dogmas que, al parecer de muchos, debían de ser menos conducentes a este propósito: el culto de los santos, la veneración debida a sus sagrados restos, la inviolabilidad de los templos del Señor, todo se combinaba || admirablemente para detener el hacha levantada ya para derribar y herir; y mientras nadie osaba oponerse a aquellos hombres feroces, ávidos de arrasar monumentos y de tronchar cabezas, presentábanse a ellos con santa y generosa osadía los papas, los obispos, los sacerdotes, los cenobitas, mostrábanles los sagrados títulos de la misión recibida del cielo; y al paso que reclamaban con energía la conservación y el respeto en pro de cuanto llevaba el sello divino, protegían al mismo tiempo la vida del hombre, la honra de la esposa, el pudor de la virgen, y salvaban de total ruina los restos de la antigua civilización y cultura.

En la actualidad, cuantos se precian de inteligentes en la filosofía de la historia están ya acordes en rechazar como calumniosa y absurda la tacha de antisocial con que algunos declamadores y sofistas del pasado siglo se habían empeñado en afear a la religión cristiana, siendo ya cosa asentada como cierta que si la Europa alcanzó a salir del caos y si ha podido ver con asombro cuál brotaban de en medio de tan espantosa confusión tantas naciones, tan grandes, tan ricas, tan florecientes y lozanas, todo lo debe a la religión cristiana. Ahora, el odiarla por sistema, el perseguirla con encarnizamiento, el frenesí de borrar su sello y derribar todos sus monumentos, es no sólo una injusticia y un crimen y barbarie, sino también un verdadero anacronismo, y desgraciadamente nosotros acabamos de presenciarle.

Ya que esta religión divina era el elemento poderoso y benéfico que había de rejuvenecer o más bien reengendrar a la sociedad, y como quiera que no es la religión una teoría científica encerrada en los límites de una escuela ceñida a ilustrar, propagando las doctrinas por || medio de la enseñanza, sino que está realizada y hecha sensible en la sociedad llamada Iglesia, la que tiene un cuerpo de ministros para ejercer sus funciones y llenar sus miras infiero yo de aquí que el influjo, el ascendiente de estos ministros sobre el ánimo de los pueblos fué un hecho no solamente muy saludable y provechoso a la sociedad, sino también muy natural, muy necesario, enteramente inevitable: el saber, la virtud, la enseñanza y el consejo es un conjunto tan precioso, que quien le reúna puede estar seguro de inspirar respeto y veneración y de alcanzar influjo y deferencia; y el consuelo en las aflicciones y el alivio y remedio en los grandes males son beneficios sobrado dulces al corazón humano para que dejen de granjear, a

quien los dispensa, el amor y la gratitud de los favorecidos. Así ha sido siempre y así será, en no trastrocándose monstruosamente la naturaleza de las cosas.

Colocado el observador en este elevado punto de vista ve desplegarse ante sus ojos un espacioso terreno, donde descubre clara y distintamente un sinnúmero de abundantes manantiales de que debieron brotar a porfía las preeminencias, los privilegios, los honores, la consideración, el influjo en todos sentidos, de que se halló colmado el clero; y entonces se pregunta a sí mismo: ¿Qué quieren decir esas violentas invectivas contra los abundantes bienes con que se quedó enriquecido? Dadas tales circunstancias, ¿podía acaso suceder lo contrario? ¿No hubiera sido una monstruosa anomalía? ¿Qué filosofía es ésta tan maligna que, a trueque de poder derramar su bilis contra una clase respetable, echa por cualquier atajo, aunque sea forcejando contra el curso natural de los hechos? ||

Gracioso, además, es ver cuál se presenta como resultado de una conspiración vasta y profunda lo que no es más que el producto necesario de una combinación de circunstancias en cuyo centro aparece el clero con tantos títulos de honra, de prez y de gratitud; risa mueve a todo hombre experto y entendido el oír esos afectados plañidos de que saliera jamás la Iglesia de aquella primitiva pobreza que formaba su más bello ornamento y su más seguro preservativo contra la ambición y la codicia; de que olvidara aquel entero desprendimiento de todos los negocios temporales en que viviera en los primeros siglos; indignación causa el notar cuál se escarba con afán entre los escombros de los tiempos por encontrar algún hecho reprensible, sí, pero que aislado, sin influencia ni resultados, y sobre todo reprendido ya, reprobado, reprimido con mano fuerte por la misma Iglesia, nada significa en el curso general de los sucesos. Apenas sabe uno cómo apellidar esta clase de crítica y de filosofía; a buen seguro que los conocimientos que pretendan condecorarse con el nombre de ciencia y de filosofía de la historia han de ser algo de más puro, más noble, más elevado, más grande.

El clero adquirió grandes riquezas, es verdad; pero ¿qué resulta de aquí contra el clero? La influencia e intervención en todo género de negocios, la inteligencia en todas materias, la dirección en todos los ramos, la gratitud de las familias y de los pueblos, las proporcionan siempre y en abundancia; y el clero tuvo por espacio de muchos siglos esa influencia e intervención en todos los negocios, esa inteligencia en todas las materias, esa dirección en todos los ramos, en tal punto, que dejaba muy atrás a todas las demás clases; y cuando nadie pensaba || en aliviar y

consolar los infortunios de las familias y de los pueblos, él, a fuerza de inestimables beneficios, se granjeaba por todas partes la gratitud y el amor. ¿Es esto lo que dice la historia? ¿Sí o no? Si no es así, desmentidme; y si es así, declamad cuanto os pluguiere contra las grandes adquisiciones del clero, pero yo os responderé tranquilamente que borréis, si os es posible, las páginas de la historia, que trastroquéis el orden natural de las cosas; y si esto no es dable, os añadiré que no es de verdaderos filósofos el deshacerse en invectivas contra una clase por la culpa, por el horroroso crimen de haberse verificado con respecto a ella las eternas leyes de la sociedad y de la naturaleza.

Siempre que se hallan encarados el vicio y la virtud, la ignorancia y el saber, la barbarie y la civilización, la grosería y la cultura, el desorden y el orden, el acaso y la previsión, prevalecen la virtud, el saber, la civilización, la cultura, el orden, la previsión: un trastorno, una violencia, un conjunto extraordinario de circunstancias pueden presentar anomalías pasajeras; pero dejad obrar el tiempo y veréis cómo al restablecerse la calma, en recobrando las cosas su nivel, las clases que se aventajan a las otras en calidades estimables se encontrarán, más o menos tarde, con las riquezas, los honores y el mando en sus manos.

Tan natural es semejante curso de cosas, que a cada paso nos ofrece en confirmación la historia palpables ejemplos; y cabalmente los mismos tiempos en cuyo examen nos estamos ocupando nos presentan uno tan a propósito, que parece como cortado adrede para ser ajustado aquí con toda oportunidad. Sabido es que hubo una época en que el clero secular, como a más expuesto || por su posición y circunstancias que el clero regular a la influencia del siglo en que vive, no alcanzó a preservarse del todo de la ignorancia y corrupción que tanto dominaban en aquellos calamitosos tiempos, viéndose muy sobrepujado en saber y en virtud por los monjes y los clérigos regulares o canónigos; y, ¡cosa notable!, las riquezas tomaron también la nueva dirección reclamada por la mudanza; los monasterios y los colegios de clérigos regulares se encontraron en la abundancia, mientras el clero secular se halló en la escasez y penuria.

Esta afluencia de los honores, poder y riquezas hacia las manos de las clases más distinguidas por su mérito tiene tan natural origen en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, que a mi entender podría en esta materia asentarse una regla general que sirviera de luz en las ciencias políticas, y que empleada con tino y mesura podría servir provechosamente para aventurar conjeturas y pronósticos con algunas probabilidades de acierto. Siempre que en una

sociedad exista una clase muy numerosa, benemérita y acreedora por lo mismo a consideración y bienestar, a honores y a riquezas, y se la vea desatendida y postergada, impidiéndole las leyes, las instituciones u otra causa cualquiera, el levantarse hasta el puesto que le corresponde, el sosiego de la sociedad está en peligro: no importa que por de pronto no se note ningún síntoma de agitación; las revueltas, tal vez la revolución, no están lejos; la sociedad ha perdido su nivel; si una mano cuerda y previsora no se lo vuelve a tiempo, ella lo buscará por sí misma, y entonces serán necesarios los vaivenes y oleadas. ||

III

Primer fruto

Sumario.—Las riquezas en manos del clero fueron provechosas a la sociedad. Fueron un medio eficaz para cumplir su misión de padre y preceptor. Sus establecimientos agrícolas contribuyeron a corregir el gusto de la vida errante. Con su riqueza la Iglesia ideó, planteó y acrecentó los establecimientos de beneficencia.

Si las riquezas del clero adquiridas por medios tan naturales y legítimos, como se acaba de ver, no hubieran proporcionado beneficios a la sociedad, antes la hubiesen dañado, entonces habría razonable motivo para hablar contra ellas; no señalándoles diferente origen del que han tenido en la realidad, no tachándolas de injustas, sino presentándolas como uno de aquellos males que en las cosas humanas no siempre van separados de la naturalidad en el curso de los sucesos y hasta de la legalidad. Acaece no pocas veces que una combinación fatal de circunstancias trae consigo una serie de sucesos que, por estar muy naturalmente encadenados, no dejan de ser funestos, y aun las mismas leyes, o porque entrañen alguna porción de injusticia, o porque estén dictadas con poca previsión, o porque cambiadas las circunstancias no se acomoden, cual deben, a otras necesidades || ofrecidas por la innovadora mano del tiempo, no dejan a veces de acarrear gravísimos males, tanto mayores y tanto más sensibles y chocantes por proceder del mismo instrumento destinado a labrar la felicidad pública, resultando de aquí que una cosa puede tal vez ser muy natural, y además muy conforme a las leyes, sin ser por esto provechosa, antes acarreando inconvenientes y aun males de considerable cuantía.

Si con respecto a las riquezas del clero se hubieran verificado tan funestas coincidencias, escucharía de buena gana al filósofo que, examinando con imparcialidad la materia, me dijese: «Las riquezas del clero nacieron de causas muy naturales, se adquirieron por medios legítimos, contribuyendo a aumentarlas el gran bien que el clero hacía a la sociedad; pero de las mismas riquezas no reportó la sociedad beneficio; ellas fueron un verdadero mal.» Pero ¿es esto así? ¿Es esto lo que enseña la historia? No será de más detenerse algún tanto en desentrañar esta cuestión, porque, si bien se observa, lo que se ha reconocido como saludable para aquellos tiempos es la influencia religiosa y moral del clero; pero la que se deriva de las riquezas es mirada con aversión o al menos con desvío, y es regular que a algunos lectores se les hará recio de creer que haya podido acarrear ningún provecho.

Toda vez que llevamos ya asentado que el clero, como a ministro de la religión cristiana, era con respecto a los pueblos lo que un padre respecto de un hijo, lo que un preceptor con relación a su alumno, menester será confesar también que todo cuanto ponía en sus manos los medios oportunos y suaves para que fueran escuchadas sus lecciones y consejos, respetada su autoridad e || imitados sus ejemplos acarreaba a la sociedad un beneficio inestimable. Y pregunto yo ahora: Las riquezas, hasta en su abundancia, ¿no eran a este fin un medio muy a propósito, muy conducente, muy eficaz?

Si una clase ha de ejercer un influjo fuerte y duradero, ante todo es necesario que adquiera estabilidad e independencia. Sin estabilidad no alcanzará jamás consistencia y firmeza; sus relaciones serán escasas y débiles, sus miras muy limitadas, sus funciones circunscritas a espacio breve, y éstas sin calor, sin energía, sin resultados; poco segura de su propia existencia, no podrá obrar sobre un sistema, ni desenvolver un plan, ni extender su vista al porvenir; planta exótica que, careciendo de arraigo, no obtendrá nunca robustez, y el menor contratiempo será bastante para echarla por el suelo. Sin independencia no podrá nunca una clase presentarse con aquel decoro y noble dignidad que, inspirando comedimiento y respeto, enfrenan la osadía, quebrantan el ímpetu del orgullo, ablandan la terquedad y allanan el camino a la docilidad y a la deferencia. *Ni la estabilidad ni la independencia se obtienen sin propiedad.*

En tiempos regulares, cuando, encaminada la sociedad por un carril determinado, bastan aquellos influjos suaves que semejan al impulso necesario para mantener el movimiento, podría ser bastante la propiedad que asegurase estabilidad e independencia; pero si así no fuere, si fuere

menester variar enteramente el rumbo de la sociedad, ora empujándola con fuerza hacia diferente dirección, ora oponiéndose de frente a su perniciosa carrera, entonces no bastaría la sola propiedad; se necesitaría propiedad abundante, porque no fueran suficientes la estabilidad e independencia, sino que sería necesaria || además mucha robustez, un gran caudal de fuerza.

Esto, y nada menos que esto, tuvo que ejecutar la religión cristiana, por consiguiente la Iglesia, por consiguiente sus ministros. Amansar y suavizar costumbres feroces, enfrenar, sojuzgar un orgullo terrible por su brutalidad, encrudecido con el combate y engreído con la victoria, desarraigar y extirpar ideas supersticiosas y groseras, pulir hábitos rudos, desterrar usos inveterados, poner diques a la violencia y excesos del poder, contener la bárbara furia de los pueblos, alumbrar, organizar, crear bajo todos aspectos, por todas partes, en todos sentidos, en todos ramos, y esto, no pudiendo aprovecharse en casi nada de las ideas y costumbres de los vencedores, sin que al menos no le fuera preciso enmendar, enderezar, refundir, pudiendo servirle en poco los restos y recuerdos de la civilización antigua, flaca como a caduca, peligrosa como a gangrenada y además hecha pedazos y casi aniquilada por el recio ataque que acababa de sufrir, y sobre todo importuna e inaplicable como a cimentada sobre otros principios, regulada sobre distinta norma, encaminada a otros fines e ideada para pueblos muy diferentes en carácter, ideas, costumbres, hábitos y demás circunstancias: he aquí la colosal empresa que acometió la Iglesia; he aquí lo que llevó a cabo con sabiduría, con vigor, con energía admirable, y he aquí cómo acarreó un inmenso beneficio con la misma abundancia de sus riquezas, pues que con ella no sólo disfrutó estabilidad e independencia, sino que pudo adquirir toda aquella fuerza inmensa que necesitaba para ejercer una acción tan fuerte, tan viva, tan duradera; pues que con esta abundancia quedó erigida, constituída en un verdadero y robusto poder social y político, tal como le era || necesario para llenar el grande objeto que sobre la sociedad se había propuesto.

A un observador profundo, a uno de esos pensadores que conocen que una civilización no se improvisa con un discurso oratorio, y que el asentar la sociedad sobre sólida base y el darle luego la debida organización exige harto más tiempo y trabajo que la redacción de un escrito, ha de serle muy grato el estudiar cómo se elaboran trabajosamente las sociedades modernas en medio de tiempos de tantas tinieblas, azares y trastornos. Asistiendo a esta grande operación social, no con aquella impaciencia de quien

aguarda la conclusión de una manufactura, sino como quien presencia una de las grandes funciones de la naturaleza, la cual para la producción de sus mayores obras echa siempre en mano de una sabia combinación de causas, sazonada con porción considerable de tiempo, descúbrense cuál juegan un sinnúmero de influencias para preparar a la sociedad europea días de más orden y regularidad, preludio de otros de más brillo, grandeza y ventura; y es notable que las riquezas del clero, hasta en su misma abundancia, figuran como uno de los elementos más suaves y lentos, y al propio tiempo más poderosos y eficaces.

Entre pueblos errantes y feroces que, acabando de salir de sus enmarañadas selvas, llevaban al través de inmensas distancias sus tiendas y familias, que se precipitaban como un torrente sobre los países que más les agradaban, arrojando de allí a los antiguos moradores, cuando no los reducían a la esclavitud, o no los sacrificaban a su crueldad, poco significado podían tener las palabras de razón, de derecho ni justicia, y acostumbrados a adquirir por la fuerza, a poseer por violenta || ocupación y a conservar por medio del combate, la propiedad había de ser para ellos un nombre vano, porque mal se formará de ella una idea quien no conozca otros títulos que la conquista, otra ley que la guerra, otro derecho que la punta de la lanza, ni otra garantía que el exterminio. Para combatir disposiciones tan funestas, hacer que les sucedieran otras más racionales, y preparar, por decirlo así, el terreno a recibir la semilla de la organización y adelanto social, era del todo necesario el que se procurase esparcir por todas partes una idea importante, capital, como que entra necesariamente en la misma idea de las sociedades: hablo de la *propiedad*.

Bien se echará de ver que en la época a que nos referimos debían de surtir escaso efecto la enseñanza y las amonestaciones si no anduviesen acompañadas de medios que contribuyeran a hacer palpar la verdad e importancia de las doctrinas y lo saludable de los consejos; de medios que, realizando a los ojos de los bárbaros un orden de cosas para ellos nuevo, los aficionasen insensiblemente a tantear otro método de vida en que alcanzaran más tranquilidad y más dicha.

El primer paso que en este camino debía darse era comunicar a los pueblos conquistadores la inclinación a la vida agrícola, pues que alcanzado este objeto se tenía ya lo que es de todo punto indispensable para que un pueblo numeroso pueda asegurarse medios de subsistencia y que además es muy a propósito para extirpar la barbarie y allanar la carrera de la civilización.

Una vez tomada por un pueblo la afición a la agricultu-

ra, cobrando apego al país que le proporciona alimento y regalo, pierde en consecuencia el gusto de la vida errante, de guerra continua, de correrías y pillaje; || témplase poco a poco la primitiva fiereza, sucediéndole costumbres más suaves y pacíficas; siéntense las ventajas de una vida quieta y sosegada y la necesidad de estrechar los vínculos con los demás, al menos para la común defensa; nace entonces el amor y respeto a la propiedad, y esto sugiere naturalmente la idea de un poder protector que vele por reprimir a los díscolos del país y repeler las violencias de los extraños, e influyendo el mismo tenor de esa clase de vida al desenvolver sentimientos dulces, mejóranse las relaciones de familia, créanse las de paisanaje, extiéndense las de parentesco, y, afirmándose, ensanchándose y regularizándose unas y otras, se va urdiendo la gran tela formada por el vasto y admirable conjunto de las relaciones sociales. ¿Y cómo podía mejor lograrse este objeto que formando entre los mismos bárbaros grandes establecimientos agrícolas pertenecientes al dominio de la única clase que había alcanzado inspirarles respeto, que había ganado sobre ellos poderoso ascendiente? ¿No era esto esparcir una semilla que con el tiempo no podía menos de ser muy fecunda?

En tratándose de conducir a un pueblo por caminos para él inusitados, ¿no conviene ante todo ir formando a propósito sus hábitos? Y estos hábitos, ¿pueden acaso engendrarse y crecer de modo más eficaz y suave que poniendo de continuo a la vista el ejemplo que arrastre, el estímulo que incite, el cebo que brinde?

Aun hay más, y sobre este punto llamo muy particularmente la atención de los lectores: la religión cristiana entraña de tal manera el espíritu de amor y de beneficencia, que en todos tiempos y países ha desplegado en esta parte un carácter que la ha distinguido siempre de todas las otras religiones. Y no es que por otras religiones || no se haya enseñado también de algún modo la beneficencia, no que dentro de nosotros no exista también de ello alguna semilla; pero darle aquella energía y eficacia que alcanza a grandes beneficios para la humanidad, esto ha sido reservado a la religión cristiana.

Hay en nuestro corazón, y esto no puede dudarse, hay en nuestro corazón un sentimiento innato, vivo, indeleble, que con impulso vehemente nos lleva a socorrer las desgracias de nuestros hermanos; y la divina Providencia, tan admirable y profunda en sus designios como en trazar a las criaturas el sendero por donde quiere encaminarlas, ha vinculado con alta sabiduría ese sentimiento fraternal, con una verdadera pena que brota en nuestro pecho a la sola vista del infortunio; pena que, al paso que sirve de per-

manente estímulo para los corazones virtuosos, es también un castigo, un recuerdo mordedor para aquellos que se esfuerzan en embotar los dulces sentimientos que les ha inspirado la naturaleza. Pero, por más admirable que sea este sentimiento, por más alto que reconozcamos su origen, saludables y nobles sus fines, una experiencia dolorosa nos manifiesta con harta frecuencia que abandonado a sí mismo no tiene fuerzas bastantes para crear, engrandecer ni conservar ninguno de aquellos establecimientos que exigen mucho desprendimiento y que reclaman una dilatada continuación de esfuerzos y de penosos cuidados. Como quiera que esa inclinación, de suyo tan generosa, se alberga en un corazón tan flaco, tan voluble, tan combatido de inexplicables contrariedades, no tiene suficiente robustez y energía para dominar la altivez del orgullo que no quiere doblegarse a ese linaje de solicitud que consigo no lleva ni lustre ni gloria; no es bastante avisada para precaverse || de las insidiosas sugestiones del mezquino interés, ni bastante desprendida para que se resuelva a desentenderse de las cavilaciones con que la asedia continuamente el amor propio.

Sí, y es preciso decirlo, y en alta voz: sin un ejemplo tan elocuente como el de un Dios inmolado en una cruz por la salud del linaje humano, sin la robusta sanción del precepto divino, sin la unción encantadora de los consejos del Hijo de María, sin el estímulo de aliciente tan poderoso como lo es el de una recompensa eterna, sin aquellos misteriosos influjos sobre el alma que iluminan el entendimiento, impulsan y arrastran la voluntad, enternecen el corazón, abaten el orgullo, estimulan en la desidia, alientan en el cansancio, despegan del mezquino interés, agrandan y elevan todas las ideas, purifican, avivan y ensanchan todos los sentimientos, sojuzgando de un modo tan inefable como dulce, como eficaz al hombre entero, sin todo esto que en la religión de Jesucristo se encuentra, y sólo en ella se encuentra el débil hombre contrariado, combatido por muchos, muy astutos y poderosos adversarios, vacila, se desalienta, se abate, retrocede pusilánime en el mismo camino en que poco antes le empeñara con ardimiento un impulso benéfico y generoso, y acaba por abrir su corazón al seco y desapiadado egoísmo para que este monstruo encogido y adusto asiente allí su aislado trono y dirija con interesadas miras todos los pasos y acciones, desordenando todos los planes, embarazando la ejecución de los mejores proyectos y secando en la misma raíz toda planta que pudiera producir para la desgraciada humanidad algún alivio y consuelo.

Y he aquí por qué somos deudores a la religión || cristiana de la idea, planteo e incremento de toda clase de establecimientos de beneficencia; he aquí por qué, dondequiera que

se encuentran, buscan naturalmente la sombra, el amparo de la religión; he aquí por qué se arriman a ella como hijos a la madre para que los nutra con su leche, los vivifique con su calor y los favorezca con sus cuidados y ternura. No es de este lugar el tejer la historia de estos establecimientos, pero bien puedo dirigirme con entera confianza a cuantos se han ocupado en el estudio de ella y preguntarles si no es verdad que en todas partes y en todas épocas los encuentran enlazados con la Iglesia, colocados a la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios a los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia.

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionan a la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es excogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba a ejercer con libertad su acción y a desenvolver en grande sus planes se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un caos la sociedad; ¿no puede tenerse a gran dicha que en los calamitosos tiempos que siguieron a aquella catástrofe se reunieran en manos de la Iglesia pingües riquezas que le suministraran medios de hacer el bien en abundancia, enseñando a los pueblos el hacerlo de manera que, asegurando el provecho y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes y el desperdicio que consigo lleva, no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan y como al acaso? Al recorrer la historia de aquellos tiempos en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres || sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasión ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenían anejos hospicios, que ofrecían un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo encontraba consuelo y remedio? Quien conozca que para la instrucción y educación de los pueblos pueden más los ejemplos que las palabras y los hábitos que las leyes, ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una lección continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficacísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos y preparar días más apacibles y venturosos? ¿Quién no bendice entonces a la previsora y bondadosa Providencia, que había dispuesto, en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan a manos de aquellos hombres que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazón? A no ser así, ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿Cómo pudiera enlazarse su nombre con el de nin-

guna fundación de establecimientos de beneficencia? ¡Oh! ¡Y cómo careciera de uno de los más bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias! ||

IV

Segundo fruto

SUMARIO.—El deseo de bienestar, el sentimiento de dignidad y el amor a la independencia son naturales al hombre. La Iglesia contribuyó a mantener estos sentimientos dentro de sus justos límites. Así el clero con su riqueza e influencia contribuyó a reconstruir la sociedad sobre las ruinas del imperio romano. Sin la influencia religiosa Europa no hubiera resistido la invasión sarracena.

Cuanto hayan contribuído a la formación y organización de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la serie de consideraciones que acabo de emitir; pero está muy lejos de haberse agotado la materia, y penetrando con espíritu de observación en aquellos tenebrosos tiempos, precediéndonos la antorcha de la filosofía en manos de la imparcialidad, aun podremos recoger otros hechos que suministrarán abundante pábulo a profundas meditaciones, y éstas nos conducirán naturalmente a descubrir otros puntos de vista tan nuevos como vastos e interesantes.

Entraré en cuestión con toda libertad e independencia, ni será parte a embarazarme el que en algún punto de la mayor gravedad haya de encontrarme en abierta oposición con uno de aquellos hombres que en tales materias || han llegado a ser para muchos un texto de irrecusable autoridad. Respeto el mérito dondequiera que le encuentre, y si es grande me admira y arrebata; pero jamás he podido avenirme con ese apocamiento que entre nosotros cunde con nombre de libertad que proclama sin cesar ilimitada la independencia del pensamiento, y, sin embargo, no se atreve nunca a pensar por sí mismo y a examinar las cosas de cerca, sino que, defiriendo en las más altas materias a la palabra de algunos autores, no se toma siquiera la pena de estudiarlas. ¡Cosa notable! Muchos hombres se glorían de pensadores libres, sólo porque no escuchan la voz de la religión, y si bien se los observa vese con toda claridad que su espíritu se arrastra servilmente en pos de la huella de otro hombre. A nosotros los católicos también nos gusta la libertad de pensar, pero la libertad bien entendida, la li-

bertad que no traspasa las grandes leyes que Dios ha dictado a los espíritus; también nos place el surcar dilatados mares, el visitar nuevas playas, y sin que nos asusten los bramidos de la mar seguimos atrevidamente nuevos rumbos y acometemos grandes viajes; pero sabemos que el piélago es tormentoso, que a veces se cubre de espesas tinieblas, y que, arrastradas las naves por precipitadas corrientes, por furiosos huracanes, corren peligro de extravíos y naufragio: por esto no soltamos jamás la brújula de la mano, y esta brújula es nuestra fe. Pero prosigamos, y perdone el lector la digresión reflexionando que cuando el pecho está lleno rebosa.

El hecho histórico que voy a analizar nos descubrirá preciosas verdades sobre los beneficios proporcionados a la humanidad por la misma abundancia de riquezas de la Iglesia, nos dará una idea más clara de la posición en || que ella se encontró a causa del carácter y circunstancias de los pueblos que la rodeaban, y arrojará bastante luz sobre la legislación canónica con respecto a los bienes, descubriendo la conveniencia y necesidad de ciertas disposiciones, que a algunos podrían parecerles demasiado terrenas. En el estudio del derecho, tanto civil como canónico, es una excelente lumbrera la filosofía de la historia.

Se ha dicho que los germanos llevaban consigo un vivo sentimiento de independencia personal que no se hallaba en ninguna otra parte, ni en el imperio, ni en la Iglesia, ni en ninguna de las civilizaciones antiguas; sentimiento que, depositado en el seno de la Europa e inoculado en las costumbres de los pueblos, había ejercido fuerte y saludable influencia en el desarrollo de la civilización. Si pedís que sobre el particular se os suministre algo que pueda fijar vuestra idea, o que cuando menos se os tracen algunos rasgos característicos que os den a conocer ese sentimiento, se os advertirá ante todo que nada ha quedado de las costumbres de los bárbaros, que ni un recuerdo de su estado social ha sobrevivido a tantos siglos, que nos vemos precisados a adivinar, a interpretar remotísimos monumentos históricos, a suplir con un atrevido esfuerzo de imaginación lo mucho que nos falta para la explicación de aquel estado social; y luego se os añadirá que este sentimiento es el placer de la independencia individual, el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad en medio de los lances y aventuras del mundo, los goces de una actividad sin trabajo, la inclinación a una vida errante llena de imprevisión, de desigualdad, de riesgos infinitos; que en esta necesidad imperiosa de independencia personal había algo de más || material, más grosero de lo que nos presentan los cuadros trazados por M. Thierry; que dominaba en los bár-

baros del Norte cierto grado de brutalidad, cierta propensión a la embriaguez, cierta apatía; pero luego se os dirá con serenidad que, a pesar de esa confusa mezcla de brutalidad y de egoísmo estúpido, se conoce que aquella pasión por la independencia individual es un sentimiento noble cuyo poder se deriva totalmente de la parte superior de la naturaleza moral del mismo hombre, que es hija del placer de sentirse hombre, del orgullo de comprender toda su dignidad, del sentimiento y poder de su libre desenvolvimiento en sus facultades.

A buen seguro que si con tan negras pinceladas se nos pinta el principio fecundo de civilización, difícil se nos hará de creer que haya sido germen de hermosos resultados; y ni las civilizaciones antiguas, ni el imperio, ni la Iglesia se lo envidiarán a los bárbaros germanos; y por cierto que todos los hombres que no se dejen deslumbrar por palabras pensarán que todo lo que haya contribuído a contrariar el incremento y desarrollo de este germen, de este individualismo, habrá acarreado grandes beneficios a la sociedad y al individuo. Para conocer mejor este hecho será necesario alumbrarle algún tanto, quitarle con la austeridad de la razón el velo poético que le encubre, y aclarando las ideas y fijando las palabras andaremos con más soltura, más desembarazo, sin tanto riesgo de extravíos, tropiezos y caídas.

Ahora bien: ¿qué venía a ser este sentimiento? ¿Era peculiar de aquellos pueblos, era un resultado de las influencias del clima, de una situación social? ¿Era tal vez un sentimiento que se halle en todos lugares y tiempos, || pero modificado a la sazón por circunstancias particulares? ¿Cuál era su fuerza, cuál su tendencia, qué encerraba de justo o de injusto, de noble o degradante, de provechoso o nocivo? ¿Qué bienes llevó a la sociedad, qué males; y éstos cómo se combatieron, por quién y por qué medios? ¿Con qué resultado? Muchas cuestiones hay encerradas aquí, pero no traen, sin embargo, la complicación que pudiera parecer; aclarada una idea fundamental, las demás se desenvolverán muy fácilmente; y simplificada la teoría vendrá luego la historia en su confirmación y apoyo, y, ¡quién lo dijera!, al examinar todo esto nos encontraremos con las riquezas del clero, y dispensando grandes beneficios al individuo y a la sociedad.

Hay en el fondo del corazón del hombre un sentimiento fuerte, vivo, indeleble, que le inclina a conservarse, a evitarse males y a procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instinto de conservación, deseo de la felicidad, anhelo de perfección, egoísmo, individualismo, llámesele como se quiera, el sentimiento existe; aquí dentro le

tenemos, no podemos dudar de él; él nos acompaña en todos nuestros pasos, en todas nuestras acciones, desde que abrimos los ojos a la luz hasta que descendemos al sepulcro. Este sentimiento, si bien se le observa en su origen, naturaleza y objeto, no es más que una gran ley de todos los seres aplicada al hombre; ley que, siendo una garantía de la conservación y perfección de los individuos, contribuye de un modo admirable a la armonía del universo. Bien claro es que semejante sentimiento nos ha de llevar naturalmente a aborrecer la opresión y a experimentar un desagrado por cuanto tiende a embarazarnos o coartarnos el uso de || nuestras facultades: la razón es obvia; todo esto nos causa un cierto malestar, y a semejante estado se opone nuestra naturaleza: hasta el niño más tierno sufre ya de mala gana la ligadura que le embarga el libre movimiento: se enfada, forcejea, llora.

Además, si por una u otra causa no carece totalmente el individuo del conocimiento de sí mismo, si por poco que sea han podido desarrollarse algún tanto sus facultades intelectuales, brotará en el fondo de su alma otro sentimiento que nada tiene de común con el instinto de conservación que impele a todos los seres; otro sentimiento que pertenece exclusivamente a la inteligencia; hablo del sentimiento de dignidad, del aprecio, de la estimación de nosotros mismos, de ese fuego que brota en el corazón en nuestra más tierna infancia, y que, nutrido, extendido y avivado con el pábulo que va suministrando el tiempo, es capaz de aquella fuerza prodigiosa, de aquella expansión que tan inquietos, tan activos, tan agitados nos trae en todos los períodos de nuestra vida. La sujeción de un hombre a otro hombre envuelve algo que hiere este sentimiento de dignidad, porque, aun suponiendo esta sujeción conciliada con toda la libertad y suavidad posible, con todos los respetos a la persona sujeta, revela al menos a ésta alguna flaqueza o necesidad que la obliga a dejarse cercenar algún tanto del libre uso de sus facultades, y he aquí otro origen del sentimiento de independencia personal.

Infiérese de lo que acabo de exponer que el hombre lleva siempre consigo un amor a la independencia, que este sentimiento es común a todos tiempos y países, y que no puede ser de otra manera, pues que hemos encontrado su raíz en dos sentimientos tan naturales al hombre, || como son el deseo de bienestar y el sentimiento de su dignidad.

Es evidente que en la infinidad de situaciones física y moralmente diversas en que puede encontrarse el individuo, las modificaciones de tales sentimientos podrán también variarse hasta lo infinito, y que éstos, sin salir del círculo que les traza su esencia, tienen mucha latitud para que sean

susceptibles de muy diferentes graduaciones en su energía o debilidad, y para que sean morales o inmorales, justos o injustos, nobles o innobles, provechosos o nocivos, y, por consiguiente, para que puedan comunicar al individuo a quien afectan mucha diversidad de inclinaciones, de hábitos y costumbres, dando así a la fisonomía de los pueblos rasgos muy diferentes, según sea el modo particular y característico con que se hallan afectados los individuos. Aclaradas ya estas nociones sin haber dejado nunca de la mano el corazón del hombre, queda también manifestado cómo deben resolverse todas las cuestiones generales que se habían ofrecido con relación al sentimiento de individualismo, echándose de ver también que no es menester recurrir a palabras misteriosas ni a explicaciones poéticas, porque nada hay aquí que no pueda sujetarse a riguroso análisis.

Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad y los medios de que disponga para alcanzar aquél y conservar ésta, he aquí lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter y señalará la tendencia de todos estos sentimientos: es decir, que todo esto dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo. Y aun en igualdad de todas las demás circunstancias, dad al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como || las enseñan la razón y sobre todo la religión cristiana, y formaréis un buen ciudadano; dádselas equivocadas, exageradas, absurdas, tales como las explican escuelas perversas y como las propalan los tribunos de todos los tiempos y países, y sembraréis abundante semilla de turbulencias y desastres.

Falta ahora hacer una aplicación de esta doctrina para que, concretándonos al objeto que nos ocupa, podamos manifestar en toda claridad el punto principal que nos hemos propuesto, que, por cierto, no deja de ser muy interesante el modo con que figuran bajo este aspecto las riquezas del clero.

Si fijamos nuestra atención sobre los pueblos que invadieron y derribaron el imperio romano, ateniéndonos a los rasgos que sobre ellos nos ha conservado la historia, a lo que de sí arrojan las mismas circunstancias en que se encontraban, y a lo que en esta materia ha podido enseñar a la ciencia moderna la inmediata observación de algunos pueblos de América, no nos será imposible formarnos alguna idea de cuál era entre los bárbaros invasores el estado de la sociedad y del individuo. Situados los bárbaros en su país natal, en medio de sus montes y bosques cubiertos de nieve y de escarcha, tenían también sus lazos de familia, sus relaciones de parentesco, su religión, sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres, su apego al propio sue-

lo, su amor a la independencia de la patria, su entusiasmo por las hazañas de sus mayores, su amor a la gloria adquirida en el combate, su anhelo de perpetuar en sus hijos una raza robusta, valiente y libre, sus distinciones de familias, sus divisiones en tribus, sus sacerdotes, sus caudillos, su gobierno. Sin que sea menester entrar ahora en cuestión || sobre el carácter que entre ellos tenían las formas de gobierno, y dando de mano a cuanto pudiera decirse sobre su monarquía, asambleas públicas y otros puntos semejantes, cuestiones todas que, a más de ser ajenas de este lugar, llevan siempre consigo mucho de imaginario e hipotético, me contentaré con observar lo que para todos los lectores será incontestable, y es, que la organización de la sociedad era entre ellos cual debía esperarse de ideas rudas y supersticiosas, usos groseros y costumbres feroces: es decir, que su estado social no se elevaba sobre aquel nivel que naturalmente debían haberle señalado tan imperiosas necesidades como son el que no se convirtieran en absoluto caos sus bosques y que a la hora del combate no marcharan sin alguna cabeza y guía sus confusos pelotones.

Nacidos aquellos pueblos en climas destemplados y rigurosos, embarazándose y estrechándose unos a otros por su asombrosa multiplicación, escasos por lo mismo de medios de subsistencia, y teniendo a la vista la abundancia y comodidades con que los brindaban espaciosas y cultivadas comarcas, sentíanse a la vez acosados de grandes necesidades y estimulados vivamente por la presencia y cercanía de la presa; y como que no veían otro dique que las flacas legiones de una civilización muelle y caduca, sintiéndose ellos robustos de cuerpo, esforzados y briosos de ánimo, y alentados por su misma muchedumbre, despegábanse fácilmente de su país natal, desenvolvíase en su pecho el espíritu emprendedor y se precipitaban impetuosos sobre el imperio, como un torrente que se despeña de un alto risco inundando las llanuras vecinas.

Por imperfecto que fuera su estado social, por groseros || que fueran los lazos de que estaba formado, bastábales, sin embargo, a ellos en su país natal y en sus costumbres primitivas; y si los bárbaros hubiesen permanecido en sus bosques, habría continuado aquella forma de gobierno llenando a su modo su objeto, como a nacida que era de la misma necesidad, adaptada a las circunstancias, arraigada con el hábito, sancionada por la antigüedad y enlazada con todo linaje de tradiciones y recuerdos.

Pero eran sobrado débiles estos lazos sociales para que pudieran ser trasladados sin quebrantarse, y sus formas de gobierno eran, como se echa de ver, tan acomodadas al estado de barbarie y, por consiguiente, tan circunscritas y li-

mitadas, que mal podían aplicarse a la nueva situación en que casi de repente se encontraron aquellos pueblos.

Figuraos ahora a los bravos hijos de las selvas arrojados sobre el Mediodía, como un león sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, seguidos del enjambre de sus mujeres e hijos, llevando consigo sus rebaños y sus groseros arreos, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrastrando grandes pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opone y llevando delante de sí numerosas bandadas de fugitivos corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego; figuráoslos un momento después, engreídos con la victoria, ufanos con tantos despojos, encrudecidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto a un nuevo clima, bajo otro cielo, || nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevos goces de todas clases, con una confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de mentira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desorden las familias, mezcladas las razas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuraos, si podéis, ese desorden, esa confusión, ese caos, y decidme si no veis quebrantados, hechos mil trozos, todos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara, aniquilarse todo lo antiguo, antes que pudiera reemplazarlo nada de nuevo.

Y entonces, si fijáis vuestra vista sobre el adusto hijo del Aquilón, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unían con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenían su fiereza, al encontrarse solo, aislado, en posición tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un obscuro recuerdo de su país, sin haberse aficionado todavía al recién ocupado, sin respeto a una ley, sin temor a un hombre, sin apego a una costumbre, ¿no le veis, arrastrado de su impetuosa ferocidad, arrojarse sin freno dondequiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillaje y matanzas? Y, confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiado por las inspiraciones de un corazón lleno de brío y de fuego y por una fantasía exaltada con la vista de tantos, tan nuevos y variados países, por los azares de tantos viajes y combates, ¿no le veis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda || sujeción, sacudir todo freno y ca-

borearse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? ¿Y no encontráis aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica y con toda su verdad histórica?

Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia que ni podía conciliarse con el bienestar del individuo ni con su verdadera dignidad; que, entrañando un principio de guerra eterna y de vida errante, debía acarrear necesariamente la degradación del hombre y la completa disolución de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un germen de civilización, que antes bien era lo más a propósito para conducir la Europa al estado salvaje, ahogando en su misma cuna toda sociedad, desbaratando todas las tentativas encaminadas a organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubiesen quedado de la civilización antigua.

Para neutralizar un elemento tan poderoso, para combatirle y enflaquecerle, para obligarle a que se encerrase en estrechos límites y no ejerciera sobre la sociedad toda su funesta influencia, necesario era oponerle otro elemento regenerador, organizador y que en nada cediese a su contrario, ni en extensión, ni en fuerza y consistencia. Era menester que el elemento civilizador se hallara en todas partes, porque todo lo había invadido la barbarie; que contase con un gran caudal de resistencia, con hondo arraigo, vastas relaciones, para que no alcanzara a disiparle un ímpetu violento y no se perdieran nunca las esperanzas de su prevalecimiento y completa victoria, aun en medio de parciales derrotas, y bien se echa de ver que era para este fin una combinación muy a propósito la unión de los medios morales con los físicos, || el hallarse la verdad divina y las llaves del cielo en unas manos que dispusieran al propio tiempo de grandes riquezas, que no sólo sufragasen para el bienestar e independencia, sino que hasta llevasen consigo la facultad de hacer el bien en abundancia, de alcanzar predominio y poderío, y desplegar en el culto y en todos los edificios majestad y magnificencia. Así se concibe cómo pudo presentar la Iglesia una resistencia sorda, pero firme, inalterable, universal, que fatigaba, debilitaba, quebrantaba aquella bárbara impetuosidad que atacaba sin cesar toda clase de propiedades, que acababa de desmoronar y pulverizar todas las instituciones; así se concibe cómo el cuerpo de los ministros de la Iglesia se convirtió en una asociación organizadora y civilizadora, tan vasta como compacta, que trabajaba sin cesar para el logro de su objeto, dirigida en su espíritu por las inspiraciones de su alto ministerio y estimulada su debilidad humana por el acicate de los intereses propios. Aquellos adustos canonistas que se asi-

rían de una hebra para tener ocasión de declamar un poquito contra lo que apellidan abusos, codicia, ambición y otras semejantes lindezas, cuando, al recorrer las épocas a que aludo, encuentran a los concilios muy ocupados en la conservación de los bienes de la Iglesia y se escandalizan seguramente de miras tan *terrenas*, notando con desagrado la severidad de algunas medidas, y la repetición de amonestaciones y prohibiciones con respecto a usurpar las propiedades de la Iglesia, recuerden lo que acabo de observar, noten lo que voy a decir, y entonces serán mejores canonistas porque serán más filósofos.

El clero defendía con firmeza, con tesón y hasta con calor sus bienes, es verdad; pero las sociedades reconstruídas || sobre las ruinas del imperio romano deben quedarle agradecidas para siempre, por esa misma resistencia y firmeza; y una sana filosofía jamás encontrará aquí nada de que pueda lamentarse, porque nunca se vieron más admirablemente enlazados, identificados los intereses de una clase con los grandes intereses de la sociedad, como son el respeto a las propiedades, el acatamiento a las leyes, la creación, conservación y engrandecimiento de instituciones benéficas, la organización de un poder público, en una palabra, todas las semillas y garantías de sosiego, de bienestar, de civilización y de cultura.

A no habernos favorecido la Providencia con una combinación tan feliz, tan benéfica, tan fecunda en grandes resultados, hubiéranse acabado de borrar las huellas de la civilización antigua, y amalgamados en torpe mezcolanza los pueblos bárbaros con otros pueblos afeminados y caducos, extendiendo su tosco y negro velo la más grosera ignorancia, pululando por todas partes la más informe superstición, desarrollándose al propio tiempo la corrupción más espantosa, enervados y enflaquecidos también con el contagio los adustos invasores, habrían presentado los pueblos de Europa aquella fisonomía innoble y degradada, donde ni se encuentran los sublimes rasgos con que se pinta en la frente del hombre civilizado el desarrollo del pensamiento, ni aquella energía y fiero orgullo que hace menos intolerable la faz adusta y los groseros modales del hombre bárbaro.

Y cuando algún tiempo después la invasión sarracena vino a amenazar a la independencia de Europa, ¿quién la hubiera resistido? ¿Qué dique hubiera encontrado el engrandecimiento de aquel pueblo, que contaba a la || sazón con el ascendiente que le daban su mayor saber y cultura, con los inmensos recursos que le ponía en la mano su vasta dominación, con el aliento que le inspiraba su número, con el engreimiento de una serie de victorias, con la emprendedora osadía que le comunicaba el rápido progreso de su

grandeza y con aquella frenética energía con que le animaba su ardiente fanatismo? A buen seguro que no pudiera mantenerse la independencia de Europa en lucha con poder tan colosal; hubiera sucumbido bajo la dominación de la media luna, y el islamismo triunfante hubiérase quedado tranquilo en España, se habría establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el Mediodía de Europa y penetrando en seguida en los países interiores, presentáramos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero europeo contempla con lástima y desprecio al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida que había recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar grandes males, ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron extinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador en aquel tenebroso caos no se descubre una sociedad que se degrada, que se envilece, que camina a la muerte; nada de esto: lo que se nota, sí, es un movimiento, una agitación, una efervescencia, síntoma de calor y de vida; un desasosiego trabajoso de una sociedad informe que, vivificada, fecundizada por algún elemento muy activo y || poderoso, se esfuerza por dar a luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oído la palabra creadora.

¿Queréis saber si exagero, si con mi fantasía doy vida a un cadáver? Mirad: había pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo hombre y se precipitaba sobre el Asia. ¿Son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿No revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía? ||

V

Tercer fruto

SUMARIO.—Las desigualdades sociales son una necesidad y un beneficio. Pero el desnivel puede llegar a tal extremo que ni conduzca a la felicidad ni sea justo. El feudalismo había producido ese desmedido acumulamiento de poder y riqueza El clero por su modo de ser, por su influencia y poder y por sus riquezas pudo defender el pueblo contra los abusos de los señores. En la época del mayor vuelo del espíritu humano las riquezas del clero sirvieron para proteger a los sabios y artistas.

Ya se ha podido observar que en todo el curso de este escrito no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos, según se figuran algunos, se pueden amontonar contra el clero; no he mendigado ningún supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora a traer los bienes del clero a un terreno nuevo, que a algunos les parecerá sin duda deleznable y resbaladizo, pero, a decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída, ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al clero odioso a los pueblos, echando mano a este propósito || de una declamación continua contra sus riquezas, presentándolas como un germen de miseria y calamidades, como un vehículo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de despotismo, como un origen de desmedidas y monstruosas desigualdades en las clases, que a muchos preocupados lectores les ha de bastar el solo recuerdo de grandes bienes del clero para que le unan luego la idea de opresión, de gravamen, de menoscabo de toda clase de derechos, de monstruosas desigualdades sociales. Esta última consideración, capaz de inspirar desaliento, porque desaliento inspira el tener que luchar con preocupaciones añejas, no será parte, sin embargo, a retraerme del empeño de manifestar que los bienes del clero han contribuído sobremanera a disminuir la desigualdad de clases en la parte que tenía de nociva, a emancipar a las inferiores, allanando el camino para establecer, no una igualdad completa y por lo mismo absurda, pero sí una justa proporción, un saludable equilibrio. Escúcheme con atención el lector, y si es instruído, si es filósofo, si es imparcial, abrigo algu-

nas esperanzas de que, sean cuales fueren sus opiniones, nos hemos de dar amistosamente la mano.

Antes de entrar de lleno en la materia será bien aclarar algunas ideas que a la sazón se hallan entre nosotros muy obscurecidas, merced a la negra polvareda en que nos llevan envueltos seis años de combates y disturbios.

Las desigualdades sociales son de necesidad absoluta, como a fundadas en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, y son además un beneficio, porque sirven de poderoso resorte en la máquina de gobierno. || Bajo uno u otro nombre, con esta o aquella forma, con más o menos disfraz, las ha habido siempre y siempre las habrá; no está lejos el escarmiento acontecido en una nación vecina; quísose llevar el nivel por todas partes, se formó el empeño en igualar todas las clases, se acometió la empresa con una osadía increíble, y al cabo de poco se llegó a un resultado muy sencillo; desaparecieron todas las clases antiguas, sólo que se establecieron dos de nuevas y únicas, verdugos y víctimas.

Pero, como quiera que en las cosas humanas es muy raro el que se alcance un bien sin tropezar al propio tiempo en algún mal, sucede con harta frecuencia que el desnivel de las clases llega a tal extremo, que ni es conducente para la felicidad pública, ni está de acuerdo con los principios de equidad y justicia. Las ideas, las costumbres, las leyes, la forma de gobierno y otras mil causas diferentes que se reunen, se amontonan, se combinan con el transcurso del tiempo, llevan a veces consigo estos defectos, estas monstruosidades si se quiere, pero no está en la mano del hombre el evitarlo. La corriente de los siglos, que arrastra en rápido curso las generaciones humanas, excava insensiblemente en unas partes, amontona en otras, en su profundo cauce forma mil rodeos, tal vez sinuosidades extravagantes; aquí se ha ahondado una espantosa profundidad, allá se ha levantado un alto terrero, aquí la arena y las piedras han destruído, cubierto un hermoso campo, más allá ha salido de las ondas una bellísima pradera. ¿Cómo ha sucedido todo esto? ¿Cómo? Preguntádselo a esas oleadas que se suceden con tanta rapidez, que luchan con tanta violencia, que se estrellan con estrépito contra la ribera y pasan y desaparecen confundidas entre sordos bramidos. ||

Cuando por una u otra causa llega a crearse a favor de alguna clase un exceso de poder y riqueza, que por su desmedida mole embaraza el debido curso de la sociedad, impidiéndole el alcanzar su principal objeto, cual es proporcionar la mayor felicidad posible para el mayor número posible, será siempre un inestimable benéficio todo cuanto se encamine a amenguar este nocivo exceso, haciéndolo, em-

pero, sin trastornos, violencias ni injusticias. Si se ha de conseguir sosegadamente un bien tamaño, menester será que se encuentre en la sociedad alguna otra clase que, contrapesando a la que se había engrandecido demasiado, vaya lentamente disminuyendo la dañosa preponderancia que saliéndole siempre al encuentro ponga límites a sus creces, coto a sus demasías y freno a sus usurpaciones, y que, sirviendo como de dique que devuelva con vigor la oleada que rechazan las opuestas orillas, establezca una sorda y provechosa lucha que prepare equitativas compensaciones y un saludable equilibrio.

Esa desigualdad excesiva, ese desmedido acumulamiento de poder y riquezas, que convierte la sociedad en una fuente de comodidades y regalos para pocos, y en un campo de sudor, de trabajos y de abatimiento para el mayor número, estaba en el feudalismo, que, arraigado con la costumbre, sostenido por la fuerza, rodeado de títulos y de leyes y escudado por la ignorancia, se levantaba en medio de Europa como un negro gigante armado con toda la ferocidad de los bárbaros del Norte y desvanecido con todo el orgullo de los antiguos magnates del imperio.

Prescindiré yo ahora de la mayor o menor justicia que presidió a su establecimiento, y de la mayor o menor || legitimidad que pudo adquirir con las costumbres, contratos, leyes y otros títulos que se van recogiendo y amontonando con el transcurso de los tiempos; prescindiré también de si a la época en que apareció fué una verdadera necesidad o no; de si era un necesario resultado de los anteriores trastornos, del aniquilamiento de los poderes públicos, del desmenuzamiento, digámoslo así, que se había hecho de la sociedad, y de si fué o no una época de transición para llegar a tiempos más felices; bástame saber que oprimía a la muchedumbre, que tenía en muy poco las instituciones y las leyes, y en mucho la fuerza; y que de suyo era un fuerte obstáculo para impedir que se organizaran gobiernos centrales y fuertes, tales como los necesitaban las naciones europeas para que obtuvieran protección todos los intereses legítimos; bástame todo esto para saber que si fué una necesidad fué funesta, y si era una época de transición era trabajosa, plagada de inconvenientes y de males, y que, por consiguiente, urgía abreviarla en cuanto fuera posible.

La esclavitud antigua había cambiado de forma, mas al fin existía en cierto modo la esclavitud; pero con la diferencia de que en el paganismo no había ningún principio bastante a destruirla, por no tener ni verdad en el dogma, ni pureza en la moral, ni majestad en el culto, ni elevación en los designios; y a la época del feudalismo existía la re-

ligión cristiana, que encierra todas estas condiciones hasta un punto superior a todas las consideraciones humanas, y existía el clero, que por su poder y riquezas contribuía de un modo admirable a llenar el sublime objeto de la religión, cuyo ministerio ejercía.

Tal era a la sazón el estado de los pueblos, que ni siquiera podía pensarse por parte de ellos en la adquisición || de las riquezas: o los señores o la Iglesia; he aquí los únicos dueños posibles. ¿Y era más ventajoso a la sociedad, era más conducente para la emancipación y prosperidad de los pueblos, el que se amontonasen todos los bienes en manos de los señores? Y entonces, ¿quién ponía coto a sus demasías, freno a su ferocidad, barrera a sus caprichos? Sin punto de apoyo los pueblos, sin medios para defenderse, sin sagacidad para concertarse, hubieran gemido en silencio, hubieran regado con sudor y lágrimas una tierra que les proporcionaba escaso alimento a sí y a sus hijos, mientras hacían brotar de ella las comodidades, el regalo, la opulenta esplendidez en que nadaban sus señores, y hubieran continuado labrando y robusteciendo sus propias cadenas, con el llanto en los ojos y la degradación en la frente. Para los hombres que hayan recorrido la historia de aquellos tiempos es un hecho indudable que la Iglesia estuvo siempre de parte de la debilidad y del infortunio, que amonestaba de continuo a los señores el que no vejasen a sus vasallos, y sin que se descubran en ninguna parte sus pretendidos proyectos de dar a la sociedad civil una organización teocrática, se la ve siempre luchar con esfuerzo contra la bárbara corriente del siglo, trabajando incansable para substituir las instituciones y las leyes al derecho brutal de la fuerza.

¿Y creéis, acaso, que al orgulloso señor, encastillado en su inaccesible fortaleza, escoltado de satélites que defendían su persona y rodeado de esclavos que besaban su planta, le hubieran hecho mella las palabras de la Iglesia, si ésta hubiera llevado la marca de la debilidad y de la pobreza? Pero, afortunadamente para la humanidad, no sucedía así: el feudalismo alegaba sus derechos || feudales, y la Iglesia, como a señora también, mostraba los suyos; el feudalismo ostentaba riquezas, el clero ostentaba las suyas; el feudalismo desplegaba soberbio lujo en blasones, insignias, ricos trajes, magníficas viviendas y numerosa muchedumbre de esclavos y dependientes, y el clero le contrastaba con la majestad del culto, con opulentas abadías, suntuosos monasterios, encumbradas cúpulas, anchurosos y magníficos templos, y no menos numerosa muchedumbre de adictos y dependientes.

Tal contraste producía insensiblemente una revolución en la sociedad, y todo en sentido favorable a la verdadera libertad y a la dicha de los pueblos. Para ser admitido en

el clero, ni se necesitaban títulos de nobleza, ni cuantiosas posesiones; bastaba ser hombre y cristiano, y no tener ninguno de aquellos defectos o impedimentos que se oponen o al decoro o a la santidad del ministerio. Esta regla tan honrosa a la dignidad del hombre, que, fundada en los principios de la religión y enseñada prácticamente por Jesucristo en la elección de los Apóstoles, ha sido observada constantemente en la Iglesia, debía producir en la época del feudalismo un efecto muy provechoso a la muchedumbre, porque una vez sentado que el hijo de un pobre podía ser elevado a las mayores dignidades y verse un día en igual rango y tal vez en abierta lucha con orgullosos señores, estaba ya zapada la preponderancia de los señores feudales, quedaba sembrada una semilla que, desenvuelta con el tiempo, había de producir opimos frutos en beneficio de los pueblos.

Desde entonces todos los pechos podían abrigar una ambición, todas las familias alimentar una esperanza, y, difundiéndose por todas partes las miras nobles y elevadas ‖ y los deseos de mejoras en la vida, provocábase una activa fermentación, de donde brotaban de continuo altos pensamientos e inspiraciones generosas, formándose de esta manera aquella masa compacta y trabada que, llena de un poderoso principio de vida, comenzó a removerse y a causar estremecimiento a las fortalezas feudales, que, tomando rápidamente creces en extensión y fuerza, empezó a levantar en alto los ominosos castillos, acabando por desplomarlos enteramente, luego que fué auxiliada y dirigida por un mayor grado de inteligencia.

Cuando fastidiado un lector de tantas declamaciones contra la preponderancia del clero, contra los medios de influencia que le ponían en la mano sus riquezas, y sospechando lo mutilado de algunas narraciones, lo infiel de muchos cuadros y lo imaginario de pretendidas observaciones filosófico-históricas, se resuelve a examinar las cosas de cerca, a juzgar por sí mismo, pasando los ojos por los monumentos que nos ha conservado la historia y principalmente leyendo con atención las varias colecciones de legislación eclesiástica, busca en vano por todas partes ese espíritu de agresión continua que tanto se ha imputado a la Iglesia. Mira si puede encontrarla invadiendo el dominio del poder civil, pero a la sazón el poder civil apenas se divisaba, porque apenas existía; busca la decantada transgresión de límites, y los límites apenas existían; y no encontrando por todas partes más que un informe embrión de sociedad, que si da señal de vida, si da esperanzas de alcanzar algún día formas regulares, es sólo por el calor, por la influencia, por el alimento que le suministra la religión, por el ascendien-

te, por la continua acción de ese clero tan calumniado, preguntase con indignación: ¿Dónde está || la filosofía, dónde la imparcialidad, la buena fe siquiera? Lástima causa el ver cómo algunos canonistas adustos y quisquillosos juristas hablan de la monarquía, de la aristocracia, del pueblo de entonces, como pudiera hablarse de estas cosas tales como son en el siglo XIX. Recuérdese que eran aquéllos los tiempos de la ley Faida, de la Tregua de Dios, del Ignitegium, y desaparecerán todas las dificultades, se disiparán todas las prevenciones, y, lejos de temerse la influencia del clero en toda clase de negocios, se la deseará, se la amará, porque será mirada como un faro en tenebrosa tormenta, como tabla de esperanza en los horrores de un naufragio.

Por lo que a mí toca, puedo asegurar que en recorriendo la historia de aquellos tenebrosos tiempos, al encontrar a los obispos reunidos en concilio enseñando a los monarcas y señores sobre la naturaleza y extensión de su poder, y recordándoles los límites que les imponen la razón y la religión, encargando la recta administración de justicia, sobre todo en favor de los pobres, trabajando siempre por extirpar la brutal costumbre de apelar a la fuerza individual para vindicar un derecho, poniendo coto a la destemplada imposición de tributos por parte de los señores, y muy en particular cuando encuentro a aquellos buenos padres no olvidando en sus desvelos la protección del comercio entonces tan flaco como a naciente, y no sólo recomendando la vigilancia para la seguridad de los caminos, sino prohibiendo severamente que se maltratase a los mercaderes que van de viaje y reprimiendo con penas eclesiásticas a los que roben a los náufragos o a los que apresen o despojen a los que naveguen para su comercio, todo este conjunto encontrado en medio de tiempos tan revueltos y calamitosos, || me ofrece un cuadro tan consolador, tan hermoso, que no puedo menos de indignarme de que hasta tal punto se hayan atrevido a desfigurarle la ignorancia y la malicia.

Fácil me fuera extenderme más y más sobre la materia, ora consignando los hechos que atestiguasen la verdad de cuanto llevo expuesto, ora siguiendo el sucesivo desarrollo de la sociedad europea y manifestando con datos irrecusables que en ningún tiempo han contrariado los bienes del clero la civilización, que nunca fueron un medio de esclavizar a los pueblos, que nunca les irrogaron los pretendidos perjuicios; pero esto me empeñaría necesariamente en consideraciones tan dilatadas, que no me sería posible encerrar este escrito dentro de los límites que le tengo señalados. No dejaré, sin embargo, de emitir una reflexión que arroja mucha luz sobre esos objetos, y que en breve espacio forma una victoriosa apología del clero y vindica completa-

mente su riqueza de los cargos de antisocial con que se la ha calumniado.

Es un hecho incontestable que a la época en que tomó el mayor vuelo el espíritu humano, es decir, cuando renacieron todas las artes y ciencias, cuando se hicieron los descubrimientos que tanto movimiento moral y físico provocaron, como son el de la imprenta y del Nuevo Mundo, cuando se desplegó aquella actividad, aquella increíble laboriosidad para desenterrar los monumentos del antiguo saber, cuando se vieron salidas del seno de la Europa bárbara esas grandes sociedades, con sus formas regulares, con la organización de toda clase de poderes, entonces conservaba todavía el clero de Europa todas sus riquezas. Y esta sola coincidencia manifiesta || bien a las claras que la sociedad no estaba embarazada en su movimiento por las riquezas del clero, a la sazón abundantes, que había marchado continuamente sin tener embargados sus miembros y facultades; y si a esto se añade otro hecho de igual certeza y bulto, a saber, que los más esclarecidos sabios y los artistas más distinguidos fueron al propio tiempo favorecidos y protegidos por el clero, y que no se puede dar un paso por la historia de aquella época sin encontrar a los obispos, a los cardenales, a los papas, alentando con aplausos y estimulando con recompensas todo linaje de mérito, quedarán enteramente disipadas tantas preocupaciones como ha esparcido la mala fe y ha tan fácilmente acogido la crédula ignorancia. ||

VI

Injusticia del despojo

Sumario.—La reforma torció el curso de la civilización europea. Lutero con su libro del *Fisco-Común* puso a los ojos de la codicia los bienes del clero. A la doctrina han seguido los hechos. La revolución francesa los ha llevado hasta sus últimas consecuencias. El despojo del clero es precursor de otros despojos. Ha sido despojado sin la previa indemnización que exigían la equidad y la justicia. La propiedad del clero no es una sugestión de su codicia, sino una expresión de la justicia, de la razón y de los instintos naturales de conservación.

Así andaba mejorándose cada día el estado de Europa, desenvolvíanse rápidamente todas las facultades del individuo, ganaba continuamente la sociedad en la perfección de sus formas y en la regularidad de sus funciones, y robusteciéndose más y más los poderes públicos, organizán-

dose los varios ramos de administración, allanándose lentamente las desigualdades nocivas, extendiéndose cada día más el respeto a la dignidad del hombre, a la propiedad y a toda clase de derechos, llegábase ya al término por tanto tiempo apetecido de substituir enteramente la fuerza pública a la fuerza privada, la ley a la violencia, el derecho al hecho. Sentíanse ya por todas partes los agradables efectos de tan provechosa mudanza, || y en la mejora que habían tenido ya las clases inferiores, más bien diremos, en la aparición de una nueva clase muy numerosa y en condiciones tan ventajosas cual nunca se había visto, palpábase ya cómo se encaminaba la sociedad a su objeto principal, cual es proporcionar el mayor grado de felicidad posible al mayor número posible.

Pero, desgraciadamente, no se habían conseguido tantos bienes sin que se hubiesen amontonado al mismo tiempo muchos elementos de mal: en el seno de las mismas sociedades que lisonjeaban al observador con agradable perspectiva en lo presente, y que le embriagaban con la esperanza de un inmenso porvenir, se hallaba depositado también el germen de grandes calamidades. La Providencia en sus insondables designios quiso permitir que el maligno germen se desarrollase, y así sucedió: dióse en Alemania el grito de la revolución religiosa, y desde entonces se torció el curso de la civilización europea, desperdiciándose en gran parte muchos de los trabajos que con tanto afán se habían hecho en el transcurso de muchos siglos para labrar la verdadera grandeza, la verdadera felicidad del linaje humano.

No temo asegurarlo: éste es un suceso muy observado, pero no lo bastante; su gravedad y trascendencia son ya muy reconocidas, pero no bastante bien; pues que, por lo común, o no se le ha mirado en el inmenso círculo en que debía considerarse, o se le ha examinado con el prisma de preocupaciones de secta, y se han hecho suposiciones muy gratuitas, muy improbables, con respecto al porvenir que hubiera cabido a la Europa y aun al mundo entero en caso de no haberse verificado aquel funesto acontecimiento. ||

Sea de ello lo que fuere, no es éste el lugar en que pueda examinar con detención tan vasta materia, y el objeto de este opúsculo me está advirtiendo la necesidad de concretarme a las relaciones que pueda tener este suceso con los bienes eclesiásticos. Zapando el protestantismo la religión cristiana en lo más hondo de su cimiento, bien se deja entender cuál sería su influencia en todo lo que atañe a la subsistencia y a la dignidad de los ministros de ella, y así nada extraño debe parecer que la historia de la pretendida reforma sea también la historia de los grandes despojos. Por las indicaciones que acabo de emitir, ya se ha podido

conocer què nò se me ocultan el fatal concurso de circunstancias que contribuyeron al nacimiento y al progreso del protestantismo, y, a decir verdad, siempre me ha parecido poco filosófico el empeñarse en explicar tamaños sucesos asignándoles una causa única; pero, sin embargo, también me parece innegable que contribuyó en gran manera a la propagación y arraigo del protestantismo el cebo de las depredaciones. Nadie ignora lo que sobre este punto pensaba el mismo Hume, y para quien haya leído la historia de aquella época quedará la aserción fuera de duda; y cuando se observa que en medio de sus muchas publicaciones teológicas no olvidó Lutero el dar a luz su libro del *Fisco-Común,* poniendo a disposición de los príncipes seculares los bienes de los obispados, abadías y monasterios, conócese muy bien que el corifeo entendía a las mil maravillas cuál era el medio más a propósito para que sus peroratas alcanzaran poderosa protección, para que hubiese muchos interesados en propagar su fanático proselitismo y, sobre todo, para que se levantase un muro de bronce entre la comunión de la Iglesia || católica y los magnates seducidos por la falsa reforma.

Antes de los grandes escándalos que, con respecto a despojar a la Iglesia de sus bienes, trajo consigo el protestantismo, no habían faltado ciertamente violencias y atropellamientos: la historia de los tiempos anteriores se halla atestada de semejantes sucesos; pero es muy digno de notarse que hasta entonces habían tenido un carácter muy diferente, y el mal estaba muy lejos de presentarse con aspecto tan fatal y alarmante. El estado político y moral en que encontraron a la Europa las innovaciones protestantes no podía menos de acrecentar el daño para lo presente y de aumentar los peligros para lo venidero.

La atenta observación del hombre nos enseña que cuando el corazón necesita una doctrina, el entendimiento la inventa y se la presta, siendo raro encontrar a nadie que siga el impulso de sus pasiones sin que al mismo tiempo no tenga a la mano algunas razones más o menos plausibles para excusar su conducta. Pues bien: ¿veis esa inclinación que, en no saliendo de la esfera individual, apenas se nota de puro común y anda como perdida de vista entre el torbellino de las ocurrencias y negocios vulgares? ¿Veis esa inclinación que produce en cada individuo esa ciencia de excusas que nadie escucha ni cree, y que los hombres nos toleramos unos a otros, como por un cambio continuo de compensaciones y desquites? Pues esa misma inclinación, cuando se levanta a una esfera superior, cuando tiene por objeto grandes intereses, cuando influye en los grandes negocios, cuando tiene por campo unas sociedades en que el

mucho desarrollo intelectual ha producido en todos sentidos gran movimiento, en unas sociedades en que las ciencias y las leyes están en mucho aprecio, y en que || se halla un poder central que dispone de un gran caudal de fuerza; entonces esa inclinación es funesta, terrible; entonces contamina la ciencia, falsea las instituciones, adultera las leyes, y a veces arrastra el poder a quien se confiara inmensa fuerza para resistir a todas las pasiones injustas y proteger todos los intereses legítimos, hasta valerse de esa misma fuerza para aplastar con el peso de su robusta mano a clases enteras de ciudadanos inocentes y respetables.

Terrible es el error cuando usurpa el nombre de la ciencia; terrible es el error que, no estribando siquiera en equivocadas convicciones, no tiene aquella entereza de expresión que acompaña a la buena fe; terribles son los conocimientos científicos cuando, apartados de su objeto legítimo, corrompidos, mutilados, desfigurados, se los emplea dolorosamente como arma de partido; terrible es el poder público que, estando al frente de una gran sociedad, se vale de la fuerza inmensa que tiene a la mano para oprimir, para vejar y despojar; terrible es la injusticia cuando llega a tener por instrumento las leyes. He aquí, sin embargo, lo que debía suceder y lo que ha sucedido en Europa una vez esparcidas las ideas del libro del *Fisco-Común*, una vez puestos a los ojos de la codicia los bienes del clero, como un cebo donde se podía echar la mano: la acción de un elemento depende siempre en gran manera de la esfera en que obra; y en sociedades que la ofrecen tan anchurosa como son las modernas, todos los bienes y los males toman un carácter grave, trascendental, inmenso.

Al verificarse los sucesos de la calamitosa época a que nos referimos, la misma extensión del mal y el carácter con que se presentaba mostraban bien a las claras || lo que había de suceder con el tiempo; pero cuando se vió el desarrollo en toda su extensión, cuando se divisaron las últimas consecuencias, fué en el último tercio del pasado siglo. Entonces, cuando se recogieron con tanto ahinco todos los elementos disolventes que estaban como esparcidos por la Europa, cuando se los combinó de la manera más a propósito para elevar al más alto grado de actividad la extensión y la malignidad de su influencia, entonces se redujo a una verdadera teoría la idea de usurpación de los bienes del clero, entonces hasta se proporcionaron los datos que pudieran emplearse en nutrir con oportuna erudición y ciencia los discursos, los dictámenes, los prólogos; entonces se imaginaron todos los paliativos y disfraces; entonces se crearon las nuevas palabras para que fuese más fácil y expedito el formular las leyes.

Siguieron bien pronto los hechos a las doctrinas, y en las medidas tomadas por algunos gobiernos, quienes seguramente distaban mucho de prever la terrible tormenta que estaba tan cercana, notábase ya que las teorías pasarían a ser proyectos y que éstos se irían realizando según a ello se brindaran las circunstancias. Es cierto que por parte de algunos príncipes hubo más osadía y desatiento de lo que podía suponerse; sin embargo, si por medio de gobiernos regulares hubieran tenido que llevarse a cabo las últimas consecuencias de ciertas doctrinas, es probable que se habría gastado en ello mucho tiempo, y que algunas reconvenciones, un poco de oposición y las lecciones de la experiencia habrían podido prevenir muchos males. Sean las que fueren las ideas de los gobernantes, si el país no está en revolución, puede asegurarse que será siempre cosa difícil || el que el gobierno se arroje a cometer esas grandes expoliaciones. No bastaban las intenciones, los deseos, ni siquiera una voluntad decidida; se necesitaba algo más, se necesitaba prescindir de toda clase de consideraciones, no atender ni a lo pasado, ni a lo presente, ni a lo venidero; se necesitaba tener bastante resolución para trastrocar todos los nombres, para combatir de frente las más arraigadas creencias, y así es que la completa realización de semejantes planes pertenecía de derecho a la personificación de todos los crímenes y delirios, a la revolución francesa.

Un gobierno regular es a veces malo, pero el instinto de su propia conservación le inspira siempre algunos miramientos y consideraciones; estará enfermo o malhumorado, mas no en convulsión y delirio. Que si a tal estado llegare, es que el país está en revolución, y entonces es el tiempo a propósito para las empresas más atrevidas. Nada extraño aparecerá, pues, que el señor Mendizábal, recordando estas verdades, hiciera de ellas uso al presentar a las Cortes el proyecto de supresión del diezmo y de adjudicación de todas las propiedades del clero al tesoro público. Es muy curioso el oír a su señoría al presentar a las Cortes su proyecto en 30 de mayo de 1837. Después de haber dicho «que estas grandes mudanzas (habla de la supresión del diezmo y adjudicación de todos los bienes del clero al tesoro público) no pueden intentarse sino en aquellas sacudidas, grandes también, en que los pueblos rompen y arrojan lejos de sí las ligaduras», etc., etc., continúa un poco después: «Las Cortes, bien penetradas de que las revoluciones, si producen inevitablemente desdichas, son al mismo tiempo el manantial más seguro de la felicidad pública por || la enmienda de vicios y la extirpación de errores, *no han querido malograr la coyuntura con que brinda el estado presente de la nación.*»

Por cierto que no necesitábamos de que el señor ministro de Hacienda nos revelara semejantes verdades, pues que harto sabemos por la historia y la experiencia que los grandes despojos son propios de la revolución, sea que los pueblos la promuevan, sea que desatentadamente se arrojen a ella los gobiernos. Pero como para formar cabal juicio de una medida es siempre muy útil saber el espíritu que la sugirió y las circunstancias que la acompañaron, no puede menos de ser muy saludable el recordar que el ministro de Hacienda que propuso la abolición del diezmo y la adjudicación de todas las propiedades del clero al tesoro público, y las Cortes que lo aprobaron, estaban en la idea de *no malograr la coyuntura*, y en la íntima persuasión de que las revoluciones son el manantial más seguro de la felicidad pública. Es decir, que se hallaba entonces la nación en tal estado, que el ministro y las Cortes proclamaban la revolución, presentándola como el más seguro medio de hacer la dicha de los pueblos. Tamaños antecedentes será menester que se tengan muy a la vista si algún día se trata con seriedad de remediar los males de esta nación desventurada, si algún día se trata de cegar los abismos que se hallan abiertos por todas partes, si algún día se trata seriamente de cerrar el cráter de las revoluciones.

Es necesario recordar que la coyuntura que trataban de aprovechar el señor ministro y las Cortes había provenido de una *sacudida grande* también, y tan grande, que principió en el año 34 por el asesinato de sacerdotes inocentes, que continuó en el 35 con el incendio de los templos, || el degüello de los religiosos y la destrucción y desperdicio de nuestras más ricas preciosidades, que en el 36 prosiguió de manera tan hidalga como lo indican las proezas de La Granja, el clavar el puñal asesino en el pecho del desgraciado Quesada y el salpicar las calles de Pamplona y Miranda con la sangre de Sarsfield y de Escalera.

He aquí algunos rasgos de la célebre *sacudida*, he aquí la época en que se trató de despojar al clero de sus propiedades; yo nada exagero, sólo apunto los hechos, hago notar las coincidencias, y pregunto a los hombres en cuyas manos está el que se lleven a cabo las medidas proyectadas, mas no realizadas, si desean que sus nombres pasen a la posteridad con manchas indelebles, si no pudiendo siquiera alegar la excusa de que son hechos consumados, pues que no lo son, desean que pueda la generación actual y las venideras decirles: «Ellos dijeron despojemos al clero, vosotros lo ejecutasteis, vosotros dejasteis sin alimento al sacerdote venerable, a la inocente virgen del claustro; a vosotros tampoco os movió el respeto debido a la religión y a la inocencia, también despojasteis cruelmente al sacer-

dote anciano que os había educado, al joven que fuera un día vuestro compañero y amigo, y no escuchasteis los gemidos de vírgenes desamparadas que nada os pedían, sino que no les arrebataseis su pedazo de pan y el velo que cubre sus frentes virginales. ¡Ah!, vosotros olvidasteis que erais españoles.»

Las horrorosas escenas de la revolución francesa y los desastres que acarreó a toda la Europa fueron para los gobiernos un escarmiento terrible: se han convencido que hay ciertas materias en que es menester andar || con más tiento de lo que se había creído; han llegado a palpar que dado un paso no es siempre fácil, y a veces ni posible, evitar otros; y que en llegando a la base de la sociedad es menester no atreverse a tocarla, por no exponerse al riesgo de que se desplome todo el edificio. Así es que, en tratándose de propiedad, sean cuales fueren las formas de gobierno establecidas en el país, van con sumo cuidado los gobernantes en no llegarse a ella, temiendo que no se menoscabe en lo más mínimo el respeto debido a un derecho que, a más de ser muy sagrado, entra por precisión en la misma esencia de la sociedad: ahora puede ya asegurarse que la nación que ofrezca el espectáculo de expoliaciones de ninguna clase será mirada cuando menos con mucho desvío y desconfianza.

Y no procede esto de ningún espíritu de reacción, ni de exagerados temores de disturbios: es un sentimiento sugerido por el mismo instinto de conservación, es una línea de conducta marcada por la razón y experiencia. En el momento en que la propiedad deje de ser inviolable, la sociedad se disuelve, porque entonces es ella un absurdo; y si en algunos países subsiste a pesar de no hallarse la propiedad asegurada cual debiera, es porque en tales casos el buen sentido de los hombres y el instinto de conservación social suplen en cuanto cabe el vacío de las instituciones y de las leyes, no permitiendo que desaparezca con demasiada frecuencia una de las mayores ventajas que el hombre reporta de la sociedad, que deje de satisfacerse una de las necesidades más capitales y que, por consiguiente, se caiga a pedazos el edificio social, sintiéndose cada individuo impulsado a alejarse de él por una fuerza irresistible. ||

Y efectivamente: el día que el respeto a la propiedad, o desaparezca enteramente, o llegue a ser una mentira, por razón de atribuirse el gobierno la facultad de disponer de ella con livianos pretextos, manteniéndose el hombre en el orden social, ¿qué hace sino exponer sus riquezas a la vista de la codicia y de la iniquidad armadas de la fuerza? Contribuyendo los ciudadanos al sostén de ese gran centro de acción que se llama gobierno, ¿qué hacen sino sostener

una fuerza colosal que, prevaleciendo sobre todas las otras, podrá convertirse en arma terrible de que se valdrán los malvados para cometer las mayores usurpaciones?

Si se me dice que exagero, que abulto los peligros, que llevo sobrado lejos las consecuencias, responderé con un hecho: en Francia se empezó por atentar contra los bienes del clero, y pasado un brevísimo espacio no había ya ninguna propiedad segura; era un crimen tenerla, porque había el incentivo de usurparla. Lo digo con la más profunda convicción: una vez atacada la propiedad del clero no hay ya medio legal para salvar las otras; todo lo que se dice contra ella puede alegarse contra ellas, y en muchas con encarecimiento.

Creo que podré dispensarme de disipar los fútiles y dolosos argumentos con que se ha pretendido combatirla en su mismo derecho, porque dudo mucho que haya ni un solo jurista que en esta parte abrigue seriamente convicciones opuestas. Y en efecto: ¿qué puede decirse contra tal derecho que tenga ni siquiera una sombra de razón, ni la más ligera apariencia? ¿Qué se pide? Si se pide posesión, es antigua, inmemorial, anterior a todas las otras; su cuna se confunde con la cuna de la monarquía; si se piden títulos de legítima adquisición, ahí || están todos los archivos, todas las curias; si se pide la facultad de adquirir, el que esté consignado en las leyes el reconocimiento del derecho y garantida la seguridad de conservar lo adquirido, abrid todos nuestros códigos, preguntadlo a todos los tribunales. ¿Que habrá todavía quien ose decir que no son capaces de propiedad las corporaciones? ¿Y por qué serían incapaces? ¿No tienen ellas una existencia, no tienen sus necesidades, no tienen un derecho a satisfacerlas? Pues ¿por qué no han de tener una facultad de adquirir los medios de subsistencia, por qué no han de tener un derecho de conservar estos medios una vez adquiridos? ¿Qué filosofía es esta que se empeña en luchar con razones más claras que la luz del día, reconocidas como a tales en todos los pueblos y sancionadas por la legislación de todos los países? ¿Acaso no estamos rodeados de corporaciones que poseen propiedades? Y la nación que algunos quieren suponerla verdadera propietaria, la nación misma, ¿es acaso más que una gran corporación? Digámoslo claramente, esos sofismas a nadie convencen, a nadie alucinan, a nadie engañan; son palabras, vanas palabras de que se echa mano para tender un velo sobre la injusticia; y los mismos que de ellas se valen, los mismos que afectan darles alguna importancia, se ríen interiormente de ellas; y los que conservan un resto de hombría de bien, una sombra de pudor, sentirán por cierto

que se sonroja su frente al trastrocar de tal manera los más sagrados nombres al hacer un tal abuso de palabras.

Pero bien, se me dirá, no se trata de disputar al clero este derecho de propiedad, lo reconocemos, se lo confesamos: sus bienes le pertenecen como a los otros ciudadanos, y con cavilaciones dolosas no tratamos de asentar || una doctrina que, llevada de consecuencia en consecuencia, daría por tierra con todas las propiedades y, por tanto, con la sociedad entera. El Estado no dice al clero: «Eso no es tuyo, sino que es mío, y por eso me lo tomo»; sino que lo que le dice es: «Yo necesito tus bienes, y por eso me apodero de ellos; tú lo que puedes exigirme es que te indemnice; pues bien, yo lo haré, yo tomo a mi cargo tu decente subsistencia y el cubrir los gastos del culto; con esto atiendo yo a mis necesidades y no cometo ninguna injusticia.»

Veamos lo que vale esta réplica. La justicia y la equidad exigen que preceda al despojo la indemnización: ¿y se verifica este requisito? La justicia y la equidad exigen que la indemnización sea equivalente, y además cierta, segura: ¿y puede esto verificarse?

¿Qué vale la garantía del erario para asegurar la subsistencia de una clase tan numerosa, rodeada de tantas atenciones y necesidades? ¿Qué vale para tamaño objeto una garantía cuya eficacia está sujeta a todas las eventualidades de guerras, trastornos y otras calamidades públicas, cuya mayor o menor amplitud depende de la voluntad de un congreso mudable por su naturaleza, expuesto a tan diversas influencias, y que por fatales combinaciones podrá ser más de una vez la expresión, no de la voluntad de un pueblo grande y generoso, sino de un partido mezquino, de una facción turbulenta, perversa e irreligiosa? ¿Qué vale una garantía cuyo cumplimiento pueden embarazar la mala fe o la impericia de un ministro y hasta de empleados inferiores de Hacienda?

«Pero es una garantía consignada en la Constitución»: enhorabuena; pero la Constitución ni fija ni fijar || puede las dotaciones; la Constitución no dispone de la voluntad de los cuerpos colegisladores; la Constitución no es fianza de la probidad e inteligencia del ministro de Hacienda y sus dependientes; la Constitución no garantiza contra las guerras, el hambre, las pestes y otras calamidades; la Constitución no puede siempre evitar las urgencias, los apuros, la exhaustión del erario. Es preciso decirlo, y decirlo en alta voz: la medida de despojar al clero de sus propiedades es un recio golpe descargado sobre la religión; una mirada superficial lo allanará todo, llamando la atención sobre la diferencia que va de lo temporal a lo eterno; también invoco yo esta diferencia; también ella despierta en

el fondo de mi alma consoladoras esperanzas; también me hace sonreír de lástima cuando contemplo los vanos esfuerzos del hombre; pero yo no trato de penetrar en los secretos del Altísimo, no trato de limitar a la Omnipotencia ni de negar que tenga en sus manos infinitos medios para salvar su obra; sólo hablo en cuanto cabe en las consideraciones y conjeturas que podemos aventurar los débiles mortales.

Querer comparar al clero con la clase de empleados públicos es olvidar enteramente la naturaleza de sus funciones, es tratar de degradarle, es empeñarse en que no pueda llenar el alto objeto de su santo ministerio. No citaré a este propósito a nadie que pueda tacharse de apasionado al clero; sólo me valdré de las mismas palabras de Mendizábal, y al presentar a las Cortes el proyecto del entero despojo del clero. «En el empleado, decía el ministro, basta que la recompensa asignada a su trabajo contenga los recursos de satisfacer sus necesidades. En el clero debe procurarse además que no sea un mero asalariado, ni cuya existencia se halle tan subordinada || y sujeta al tesoro público, que pierda a los ojos del pueblo aquella santa independencia que conviene a la profesion augusta de reprender el vicio y de dar lecciones de paz y confraternidad desde el trono a la cabaña.» Peregrino parecerá tal vez a los lectores que semejantes palabras salieran de boca del ministro en el mismo acto en que se empeñaba en despojar al clero; ahí están los documentos, leedlos, y el señor Mendizábal es quien ha de cuidar de ponerse acorde consigo mismo. Yo, por mi parte, le acepto la confesión y se la agradezco.

Por las reflexiones que acabo de emitir habrá quedado el clero victoriosamente defendido de la tacha de codicioso con que se ha procurado afearle, y esto por el solo hecho de oponerse a la pérdida de sus propiedades, por manifestarse descontento de una indemnización ya de suyo tan insuficiente; pero que además, atendidas las circunstancias de nuestra patria, sería por mucho tiempo enteramente ilusoria y nula. Pero como, por más peregrina y ridícula que sea la tal acusación, ha llegado a ser por algunos creída de puro inculcada, será bien detenerse un tanto en acabar de disiparla, echando mano de algunas reflexiones con respecto a la naturaleza de los bienes raíces; de esta manera quedará manifestado que el clero, procurando conservarlos, ha obedecido a un sentimiento el más natural, más justo y más prudente.

Un instinto de conservación común a las clases, corporaciones, familias e individuos los induce a trabajar para colocarse en aquel estado en que se realicen más segura y ventajosamente las condiciones de su subsistencia. Un indi-

viduo, una familia, una corporación, una || clase tienen sus necesidades; preciso es satisfacerlas: ese sentimiento es vivo, continuo, estimulante, y en él se encuentra el origen de tantos afanes como los atormentan. Pero no ocupa solamente al hombre el cuidado de adquirir; le aguijonea no menos el recelo de perder lo adquirido, y, desconfiando y suspicaz a fuerza de los duros escarmientos que le ofrecen de continuo las vicisitudes humanas, se esfuerza sin cesar en poner sus riquezas a cubierto de los azares que consigo trae el curso de los tiempos. Esta es la causa por que se le ve con frecuencia cambiar sus riquezas en otras menos cómodas, menos espléndidas, hasta menos productoras, con tal que encuentre en el cambio mayor seguridad, menos motivos de recelo, y he aquí por qué los individuos, y mucho más las familias y las corporaciones, tienen siempre una irresistible tendencia a la adquisición de bienes raíces, haciéndose sentir más esa inclinación en las familias y corporaciones, por la sencilla razón de que pueden prometerse más largo plazo de vida y de que sus necesidades son más amplias y duraderas.

Por poco que se reflexione sobre la materia se verá desde luego la causa por que forma el principal objeto de su anhelo la riqueza en bienes raíces, y es por ser la que presenta más garantías de invariabilidad y duración.

Un incendio consume en pocos instantes caudales inmensos; en una asonada de pocas horas un populacho feroz se reparte, destruye, desperdicia el fruto de largos sudores, el lisonjero resultado de especulaciones felices; en medio de una guerra, una irrupción violenta del enemigo destruye cuantiosas riquezas industriales y mercantiles; y tanto entre enemigos como amigos, || quien tiene a la mano muchas riquezas en dinero, o en especie fácilmente cambiable, corre peligro de estimular la codicia, o de llamar la atención de una autoridad en apuro, siendo víctima de exacciones desmedidas y violentas.

Mucho se amenguan todos estos peligros en tratándose de la propiedad territorial: estable por su misma naturaleza, destinados sus productos a cubrir necesidades de suyo menos variables y menos sujetas a repentinas mudanzas, libre en su mayor parte de incendios, rapiñas y saqueos, satisfaciendo con suave regularidad las necesidades de su dueño, sin presentar aquel cúmulo brillante que es un incentivo para la rapacidad, que da aliento para la crecida exacción y que más de una vez induce al propietario al lujo y a la dilapidación, atraviesa la propiedad territorial las épocas más desastrosas, y, si bien los trastornos y guerras privan al dueño de la percepción de algunas anualidades, alcanzando a abrir en el capital algunas brechas, repáranse éstas con

el tiempo, y la inteligencia en la administración y la parsimonia en los gastos vuelven a levantar a los propietarios al mismo nivel en que antes se encontraban.

Las revoluciones y las guerras han dejado en pie muy poca cosa en Europa de tres siglos a esta parte, y, sin embargo, las propiedades territoriales han resistido en muchos lugares a tamañas mudanzas, no siendo raro encontrarlas que no han salido de una misma corporación o familia por espacio de muchos siglos.

¿A qué vienen, pues, las declamaciones contra el pretendido apego del clero a sus intereses, si, aun prescindiendo de las obligaciones que le imponen los cánones de procurar la conservación de sus propiedades, no hace || más que obedecer a un instinto que no pueden menos de traer consigo las corporaciones permanentes y hasta los individuos? En las revoluciones, a pesar de ese calor, de esa fogosidad que ostentan, se oculta, no obstante, más sagacidad y previsión de lo que algunos se figuran, pues se nota muy a las claras que sus directores no olvidan ninguna idea que bajo cualquier aspecto pueda aprovecharles. ¿Y quién no ha reparado con qué destreza se ha usado contra las propiedades del clero el arma de la calumnia, presentando como sugestiones de la codicia lo que no era más que la expresión de la justicia, de la razón y hasta de los instintos más naturales?

El clero es clase muy numerosa, sus necesidades son muchas, sus atenciones innumerables y muy costosas, su duración no se limita a esta o aquella época, sino que se extiende hasta la consumación de los siglos: ¿quién será, pues, capaz de presentar más robustos motivos de la conveniencia, utilidad, necesidad de ser propietario? ¿Por qué, pues, hasta se le ha de echar en cara como un defecto, como un crimen, el inocente y natural empeño de serlo? ¡Vaya que es cosa singular y peregrina pretender que el clero no sólo haya de sufrir el despojo, sino también que haya de aprobarle!

Por cierto que para conocer a fondo las extravagancias de que es capaz el espíritu humano no hay como presenciar una revolución: entonces se crea una nueva moral, una nueva lógica, un nuevo lenguaje, por manera que no saldría uno del laberinto a no tener a la mano una regla que puede servir para muchos casos, y es, que para acertar en el verdadero y real sentido de una palabra es necesario tomarla al revés. A propósito de esto, he pensado varias veces que si un escritor de talento emprendiera || la formación de un diccionario crítico-burlesco, no le había de faltar ancho terreno donde campear podría el ingenio, dando al propio tiempo lecciones muy saludables. Profundo fué

el pensamiento del autor que dijo que en moral y política con la revolución francesa se había dado la vuelta al mundo. ||

VII

El despojo es una carga para el Estado

SUMARIO.—Los bienes que poseía el clero, contando los diezmos y otras subvenciones, no excedían del capital indispensable para llenar sus obligaciones. El erario no reporta, pues, ningún beneficio apoderándose de sus bienes y cargando con sus obligaciones. Estas obligaciones ascienden a unos 361 millones de reales al año. No es posible subvenir estas necesidades con tributos, ni hay que contar con las rentas presupuestadas de las fincas que fueron del clero. La mejora del crédito público es una ilusión.

Todas las consideraciones que acabo de exponer se mantendrían en su fuerza y vigor aun cuando fuera verdad que el erario saliera de sus apuros por la apropiación de los bienes del clero, pues no hay razón alguna para quitar la propiedad, ni a un simple ciudadano, ni para objeto de utilidad pública, sin que se le indemnice desde luego con algún equivalente seguro y efectivo. Pero ciertamente que no necesito dejar como supuesto lo que es evidentemente falso, pues tan lejos estará la indicada medida de mejorar en nada nuestra decaída hacienda, que antes bien le aumentará los aprietos y compromisos.

Ante todo es menester recordar y dejar bien asentado || un hecho muy importante en la materia y reconocido por todos aquellos que, habiéndose ocupado en recoger datos sobre el mismo terreno, tienen algo más en su cabeza que un caos de sistemas y palabras. Este hecho es que los bienes del clero, aun contando entre ellos la parte que percibía del diezmo y sus otras obvenciones, deducidas, empero, las cargas con que por diferentes títulos se hallaban gravados, no alcanzaban a más, ni aun en tiempos bonancibles, que a cubrir con mediana decencia las precisas necesidades de manutención de los ministros y atenciones del culto. Inútil es insistir sobre este punto, ya que debe suponerse como indudable para cuantos hayan visto las cosas de cerca, para quien haya observado cuál se desvanecen como sombras el pretendido esplendor y opulencia.

Daré de mano a la indotación en que se hallan muchas parroquias, lográndose a duras penas que el ministro de Dios no haya de andar mendigando su sustento u ocuparse

en tareas ajenas de su estado y depresivas de la dignidad de su ministerio; pero, aun ciñéndonos al clero de las grandes poblaciones y de las catedrales, puede decirse que los beneficios van reduciéndose a títulos nominales, y que las prebendas, en otro tiempo muy pingües, bastan apenas para proporcionar decente medianía al canónigo y al prebendado.

Quien desee asegurarse de la verdad de semejante aserto no tiene más que preguntarlo a cualquiera que esté en datos sobre la materia; pero no dejaré este punto sin presentar una reflexión que estará al alcance de todos los lectores, y no exigirá de ellos sino que den una mirada en torno. Es innegable que entre el clero no hay ni lujo ni disipaciones de ninguna clase, y no lo es menos || que a su sombra, ni por su herencia, no se crean ni aun las más escasas fortunas: si, pues, descontadas las obligaciones, quedaba del producto de sus bienes algún sobrante, ¿dónde está el aumento de sus posesiones territoriales? ¿Dónde los tesoros? ¿Vense ahora como antes las costosas construcciones de esos magníficos templos que nos recuerdan a la vez la religiosidad de nuestros mayores y la antigua riqueza de la Iglesia?

Para convencer plenamente a los que tuvieren algún reparo en dar crédito a estas aserciones, citaré una autoridad que en la materia ha de ser irrecusable, pues que será la del mismo Mendizábal al presentarse a las Cortes a proponer el despojo del clero; decía así: «Ya pasaron los tiempos en que los individuos de los cabildos catedrales obtenían retribuciones capaces de hacerlos vivir en la opulencia. Las mitras con más crédito de ricas, lo mismo que los canónigos y prebendados, apenas reciben hoy según sus diferentes dignidades lo puramente ajustado a una no ahogada decencia, porque respecto a los cabildos catedrales de las provincias menos feraces o no tan productoras, es sabido que ni están libres de apuros, ni les faltan estrecheces.» Observa luego después su señoría que estas bajas no proceden de las agitaciones políticas, y pondera la escasez en que está el clero parroquial, asegurando que «la suerte del párroco es casi siempre mezquina».

Asentado ya que ni aun en tiempos bonancibles las propiedades del clero, aun contando entre ellas el diezmo y todas las otras obvenciones, no excedían del capital indispensable para llenar las obligaciones más precisas de su sagrado destino, claro es que, si llega el erario a apoderarse de estos bienes, como tiene en consecuencia || que cargar con sus obligaciones, no reporta ningún beneficio, pues no lo es la posesión de unos bienes que lleven consigo una carga igual a sus productos. En el presupuesto habrá de figurar el

mantenimiento del clero y los gastos del culto, y si capitalizada la asignación del presupuesto ha de elevarse hasta el valor de los bienes del clero, y si quitada al pueblo una carga se le ha de agobiar con otra, ¿dónde está el beneficio? Es un error el creer que este presupuesto pueda disminuirse mucho por medio de la reducción del número de ministros; este número no es excesivo, dígase lo que se quiera; es el necesario y no más; y si a esto añadimos los grandes vacíos que ha dejado por todas partes la repentina desaparición de las comunidades religiosas, difícil será que el clero, tal como estaba antes, alcance a cubrir muchas de las imprescindibles atenciones de su ministerio. Que si se trata de reducirlo todo sin ninguna consideración, como seguramente no falta quien lo desea, entonces ya no queda dificultad: disminuir de continuo el número de ministros, cercenarles hasta el preciso alimento, dejar el culto en el abatimiento y en la indecencia, y en tal caso podrá el presupuesto llegar a cero.

Con la sola abolición del diezmo se abrió un abismo, y abismo tan profundo y que tan claramente se presenta a los ojos, que nadie hasta ahora se ha atrevido a salvarle, incluso los mismos que se empeñaron en presentarle como terreno llano y sembrado de flores y de frutos. Así hemos presenciado el singular espectáculo de las dilaciones anuales para llevar a cabo una medida que, a dar crédito a lo que decía el ministro de Hacienda en su memoria, no parece sino que había de poner fin a todos nuestros males, labrando un porvenir de prosperidad || y ventura. La ley se dió, pero el problema está por resolver; se le ha llamado a todos los terrenos, se le ha mirado bajo todos aspectos, y tanto en sus relaciones religiosas, como sociales, políticas y económicas, no se ha encontrado medio de salir del paso: aquí se ha visto, se ha palpado, que no es lo mismo hablar que obrar.

El mismo ministro de Hacienda que tanto trabajó para que sus proyectos se elevaran a la esfera de leyes, ese ministro a cuyos ojos naturalmente debían de rebajarse mucho todos los obstáculos que podían embarazar sus planes, no pudo menos de señalarnos el déficit inmenso que resultaba de semejante medida. 153 millones para el culto y el clero, 20 millones para indemnizar a los partícipes legos y unos 56 millones para indemnizar al erario que en tal caso los pierde por dejar de percibir lo que le tocaba de tercias, novenos, excusado, subsidio, etc., etc., he aquí un déficit de 229 millones. Añádanse a esto 10 o 12 millones, mínimum de asignación, según el mismo Mendizábal, para establecimientos de instrucción y beneficencia, y resultará, por confesión del mismo ministro, un déficit de 240 millones anuales.

Este es el déficit confesado, déficit que por cierto no sería fácil llenar; pero ¿es el verdadero? ¿Puede asegurarse que no sea mucho mayor? Bien merece esto la pena que nos tomemos en examinarlo.

El solo presupuesto de manutención del culto y del clero, según se halla en el proyecto presentado por Mendizábal a las Cortes en 30 de mayo de 1837, asciende a 153 millones. Por de pronto conviene observar que en la memoria presentada por el mismo ministro a las || Cortes en 21 de febrero de 1837 decía que se necesitaban para el mismo objeto 380 millones por lo menos; de manera que en el breve espacio de tres meses menguó el presupuesto, según los cálculos del ministro, desde 380 hasta 153 millones; es decir, que lo alteró en la enorme cantidad de 227 millones, y esto sin contar disminuído el número de eclesiásticos, pues que si en febrero lo calculaba de 28.000, asimismo lo estimaba con corta diferencia la comisión de Cortes al presentar el proyecto de arreglo del clero en mayo del propio año. Me parece a mí que en materias de tanta gravedad e importancia, un ministro de Hacienda que se dirige a las Cortes y que habla a la faz de la nación debiera haber procedido con más cuidado, al menos por no exponerse a que se le eche en cara una ligereza casi increíble, y para que no haya quien le advierta que la ligereza y precipitación son infalibles anuncios de errores y desaciertos.

Para formar cabal juicio sobre la materia es necesario observar que, cuando se calcula el número de eclesiásticos necesarios para España, se olvida por lo común un dato de mucha consideración, pues que se estriba sobre lo que de sí arrojan los estados de las parroquias existentes, sin pensar en el vacío que ha quedado con la desaparición de las comunidades religiosas. Todos sabemos que no sólo en las grandes poblaciones, sino también en las aldeas y campiñas, recaía sobre los religiosos una gran parte de lo que se llama cura de almas; pues, aun cuando no fueran ellos los párrocos, eran, no obstante, los auxiliares de éstos en toda clase de funciones. Al señalarse la extensión y límites de las parroquias se había contado con este auxilio, y basta dar || una ojeada a muchas poblaciones para ver que en adelante no será posible satisfacer ni aun las necesidades más urgentes si de un modo u otro no se provee de remedio.

Previas estas observaciones, échase de ver que es preciso escoger otra base, y la única que en esto se ofrece es el censo de la población, llevando, empero, en cuenta lo desparramada que se halla en inmenso terreno. Si tomamos, pues, la población por base, señalando por término medio dos solos sacerdotes para cada mil almas (y por cierto que nadie dirá que pido demasiado) y teniendo presente

que el censo es a lo menos de 12.500.000 almas, tendremos que el clero parroquial, reducido a su mínimum, será ya de 25.000 sacerdotes, y señalándoles por término medio la módica cantidad de 5.000 reales asciende el total a 125 millones anuales; asígnense para las fábricas 60 millones, cantidad que aun no llega a la mitad de la manutención de los ministros, y tenemos que el solo presupuesto parroquial se eleva a 185 millones.

Para formar un cálculo aproximado del presupuesto del clero catedral recordaré que la comisión del arreglo del clero lo estimaba de más de 16 millones; téngase presente que la comisión estribaba en el supuesto de muchas supresiones, lo que daba una parte de clero excedente, cuya manutención ascendía, según la misma comisión, a más de 16 millones, y tendremos ya más de 32 millones; y si recordamos que las comisiones andaban a la sazón poco generosas, tanto que el mismo señor Mendizábal se veía precisado a abogar en favor del clero, pues sabemos por él mismo que se empeñaba en que el presupuesto subiera de algunos millones, resultará que, reducido todo al mínimum, se habrán de añadir || cuando menos ocho millones, necesitándose para el solo clero catedral un presupuesto de 40 millones.

Si añadimos a todo esto la manutención de los seminarios conciliares, el servicio y conservación de tantas iglesias que no son ni parroquiales ni catedrales, y tantos otros gastos como salen al paso en estas materias, y llevamos en cuenta que no es posible pasar sobre todo esto el nivel arrasador, encontraremos que por más que se regatee y cercene ha de asignarse un presupuesto de 40 millones.

Resulta, pues, que la sola manutención del clero y los gastos del culto ascienden al menos a 265 millones.

La indemnización de los partícipes legos, según los cálculos del señor Mendizábal, no baja de 20 millones; pero es digno de notarse que él mismo recelaba de que sería algo mayor esta cantidad, pues que decía «podría suceder que el cálculo de 20 millones, como valor de los derechos de los partícipes legos, fuese inferior a la realidad».

Por lo que toca a los establecimientos de beneficencia, el modo con que de ellos habla el ministro manifiesta bastante que andaba como a tientas en la materia, y es probable que la asignación que les hace de 10 a 12 millones estribará en antecedentes tan poco seguros como hemos visto de los otros.

Suponiendo, pues, que la indemnización de los partícipes legos y establecimientos de beneficencia requieran juntos 40 millones, suposición que por cierto no es excesiva, recordando además que la indemnización del erario sube a 56 millones, y reuniendo todas estas sumas, resultará a lo

menos un déficit de 361 millones anuales, déficit enorme que no es posible cubrir, y así || ya no ha de parecer extraño que todos los gobernantes, calculándole más o menos aproximadamente, hayan retrocedido a su vista.

¿Y qué medios se propusieron para cubrir este déficit? Dos, que son las contribuciones y los réditos de las fincas del clero secular. Dejaré al señor Mendizábal el formar sus cálculos, ya sobre el producto de una contribución, ya sobre el aumento de otra; no le negaré que en el papel, con números, se puede cubrir el déficit; pero no será lo mismo en la realidad y con dinero; y estoy seguro que conmigo pensarán todos los hombres inteligentes; será necesario oprimir, vejar, desangrar, y aun será problemático el salir del paso.

Esperar ningún buen resultado de una nueva contribución, sea cual fuere su base y su norma, es un despropósito; cuando es tan lamentada la falta de datos estadísticos, tan embarazosa y costosa la recaudación de los actuales impuestos, cuando los pueblos claman a voz en grito contra el peso que los agobia, difícil será atinar dónde pueda asentarse el pie para dar un solo paso que no sea sumamente peligroso; pero como quiera, y atendido el estado de nuestra riqueza, bien se deja entender que al fin la propiedad territorial ha de ser la víctima. Y ¿se ha pensado bastante en la gravedad de la medida? ¿Se ha pensado bastante en la inmensa altura a que se ha de elevar una contribución que haya de llenar tan profundo vacío? ¿Se ha fijado la atención en la sorda resistencia que en el pago opondrán los pueblos, mayormente cuando será imposible hacerles creer que sus sacrificios lleguen al legítimo destino, avivada más y más su desconfianza y suspicacia, cuando hayan presenciado el despojo que habrá sufrido el clero? ¿Será menester || acabar de sofocar nuestra desfallecida agricultura, sin alcanzar otro resultado que concitar la indignación de los pueblos y complicar hasta un punto increíble el caos de la hacienda?

¿Diráse quizás que nuestros labradores mejorarán sus fortunas, cabiéndoles parte en la distribución de las fincas enajenadas? ¡Ah! Bien cierto es que a los compradores no les han de salir muy caras; sí, bien cierto es que los compradores mejorarán mucho sus fortunas, pero nuestros propietarios no disponen de considerables cantidades de numerario para presentarse a competir en el mercado; no pueden reunir tampoco esos montones de papel que con varios e ingeniosos títulos y transformaciones representan más o menos legítimamente capitales inmensos, y sobre todo no entienden ellos ni de intrigas de oficinas, ni de manejos de bolsa, ni de operaciones de banco. ¿Adónde irán a parar

esos bienes? ¿Por qué decirlo? ¿Quién lo ignora? Bien lo sabe la nación entera, bien alto ha levantado ya sus quejas y lamentos.

El valor de los bienes del clero secular no excede de 2.000 millones, lo que, suponiendo que produzca un 3 por 100, dará un rédito de 60 millones; y con éstos contaba el señor Mendizábal que se iría atendiendo a las urgencias presentes, mientras que con la enajenación que se iría verificando por series en el espacio de seis años saldría la nación de otros apuros y ahogos. Poner en manos ajenas la administración de unas propiedades cuyo valor asciende a 2.000 millones, y contar que llegará al erario un 3 por 100, para mí no necesita refutación; apelo al sentido común.

¿Y qué diremos de la entrada en el erario de los || 2.000 millones valor de las fincas? No seré yo quien haya de indicar los riesgos, mejor diré, la certeza de malversación en esa clase de operaciones: la opinión pública está bien decidida sobre el particular, y se ha pronunciado de una manera nada ambigua, exceptuando a los solos interesados; todos confiesan el ningún provecho que se ha reportado de la enajenación de otras fincas: lo que ha sucedido es infalible indicio de lo que sucederá.

No me parece que se necesiten ni muchos conocimientos económicos ni larga práctica de administración para formar juicio sobre la materia; basta el sentido común para decidir si es imprudente, si es desacertado el sacar a venta un gran cúmulo de bienes, rebajando con la misma abundancia el precio, estimulando la codicia de grandes capitalistas, ofreciendo pábulo a toda clase de injustas especulaciones y dolosos manejos, abriendo la puerta a ocultaciones y dilapidaciones, encarándose la vigilancia de solo el gobierno con la astucia del interés particular, y éste, atraído por tan sabroso cebo, y cubierto en sus tortuosos caminos con tanto disfraz como de suyo presenta el desorden y la confusión en que se hallan y se hallarán envueltos por mucho tiempo todos los ramos, merced a tan dilatada serie de calamidades y trastornos. Alléguense a todo esto los embarazos, las complicaciones, los crecidísimos gastos, los deterioros que consigo traen por necesidad esas traslaciones colosales de bienes, y con la mano puesta sobre el pecho díganme todos los hombres honrados si encuentran nada extraño el que desaparezcan como por encanto considerables propiedades que antes alcanzaban a llenar con desahogo muchas atenciones, y sin que ahora alivien en || nada la suerte de la nación, y sin que se vea otro resultado que la improvisación de algunas fortunas particulares.

Cuando un particular, una corporación o una clase tiene sus medios propios de subsistencia, es un gran desacier-

to del gobierno el encargarse de su manutención por el atractivo de apoderarse de sus bienes. El interés particular, como acicate que estimula muy vivo y muy de cerca, produce siempre más cuidado, más vigilancia, más previsión, y como no está distraído por los infinitos negocios que reclaman la atención de un gobierno, y palpa de cerca sus necesidades y sus daños y ventajas, logra con su industria que una propiedad alcance a donde no alcanzaría jamás si se colocara en manos no interesadas; y de aquí es que siempre es muy arriesgado el juzgar de lo que será una propiedad en manos del gobierno por lo que es en manos del propietario, pudiendo asegurarse que, ora se trate del producto de sus rentas, ora del valor del capital, sufrirán uno y otro considerable rebaja.

Ciertamente que no se alcanza cuál es la ventaja que puede reportar el Estado de sobrecargarse con la obligación de cubrir por medio de contribuciones lo que estaba ya cubierto por medio de antiguas rentas. La sola complicación, cada día creciente, en que van enredándose todos los ramos, y la multiplicación de oficinas y empleados, debería ser bastante para retraer de semejante propósito; porque para todos los hombres pensadores es bien evidente que las sociedades modernas tienen un gran problema que resolver, y es, cómo podría lograrse que hubiese menos gobernantes y administradores y, por tanto, menos aspirantes a administración y || gobierno, que fuese menos costosa a los ciudadanos la máquina de gobernar y administrar, y se disminuyeran las probabilidades de disturbios y trastornos; pero, aun prescindiendo de esta consideración general y concretándonos a España, no acierta uno cómo pueda esto caber en una cabeza bien organizada.

La ley no se ha ejecutado todavía, medítenlo bien los hombres que pueden remediar tamaños males; si los bienes del clero secular continúan en sus manos, tendrá el clero al menos esto con que contar; los productos no serán ilusorios, y si no se alcanza con ello a cegar el abismo, al menos no queda tan profundo.

La esperanza de mejorar el crédito público es otra de las ilusiones con que se ha pretendido alucinar a los españoles; pero las incontestables razones con que se ha evidenciado la nulidad de los productos que han de resultar de la venta, y los nuevos embarazos y calamidades que consigo han de traer los nuevos impuestos, bastan para demostrar que el crédito es aquí una palabra, y una palabra de engaño. A un Estado, lo mismo que a una familia, cuando su crédito ha sufrido considerable menoscabo, pero quedándole todavía abundantes recursos, no es lo que puede sacarle del abatimiento el proporcionarle una cantidad más o

menos crecida: lo que se necesita no son remedios de momento, que bien pronto se convierten en verdadero daño; lo que se necesita es la parsimonia en los gastos, la proporción de éstos con las entradas, vigor y cuidado en la administración, minuciosa vigilancia sobre los que manejan los caudales, y sobre todo procurar la producción de nuevas riquezas por medio de mucha actividad, mucha industria, mucho trabajo. De esta manera se ataja el mal en su raíz, || se evitan las malversaciones, se cubren los atrasos, se reparan las quiebras y se satisfacen con desahogo las necesidades presentes; con los ahorros y el aumento de la producción se amontonan capitales, y a la vista de una prosperidad siempre creciente, de la actividad de todas las clases, de la buena fe del gobierno, de la tranquilidad de la nación, el crédito se restablece, se afirma, se aumenta, y todo esto sin injusticias, sin perjuicios, sin escándalos; si no con empírica prontitud, al menos con suavidad y solidez. Cuando tan amargas experiencias han venido a desmentir repetidas veces la ilusión que un momento pudieran hacer palabras tan pomposas como huecas, parece que es ya tiempo de entrar en el camino de la razón y del buen sentido; parece que es ya tiempo que en los actos del gobierno entre en mayor cantidad algo de aquella grave cordura que caracterizaba a nuestros ilustres mayores, y una nación que tanto ha padecido parece que tiene derecho de exigir que se busque seriamente su remedio y que, con vanos pretextos de utilidad pública, no se la chupe tan cruelmente su sangre para saciar la codicia de hombres inmorales. ||

VIII

El despojo es infructuoso para el pueblo

Sumario.—La circulación producida por la enajenación de los bienes del clero no será provechosa. El haber sacado los bienes de manos del clero no ha de producir beneficios a las clases productoras. Se acumularán aquellos bienes en manos de capitalistas. Lo cual no redundará en beneficio del mayor número.

La circulación de abundantes capitales, la mayor distribución de la riqueza, la consiguiente vivificación de la agricultura, industria y comercio, y un mayor grado de bienestar para las clases más numerosas, son el halagüeño resultado que ha de traer la enajenación de los bienes del clero, si nos atenemos a lo que propalan los interesados en la operación y lo que creen, tal vez de buena fe, algunos que

se imaginan saber de economía política porque han leído algunos libros que tratan de ella. A propósito de esta ciencia, y por más que se precie de positiva, tengo para mí que le acaece lo propio que a muchas de sus hermanas: hay también en ella ciertas proposiciones que, a fuerza de ser inculcadas como principios, llegan a entrar en pacífica posesión de tan distinguido título; obsérvanse con más o menos exactitud || algunos hechos y dedúcense de ellos algunas consecuencias que en realidad valen lo que pueden, pero que, merced al tono decisivo de algunos maestros y a la docilidad de los discípulos, son tenidas como legítimas, resultando de aquí que, según todas las probabilidades, andando el tiempo deberán de hacerse en ella considerables enmiendas. No es éste el lugar de extenderme sobre esta materia, y así, concretándome a las relaciones que tiene con el objeto que me ocupa, llamo muy particularmente la atención del lector imparcial sobre las reflexiones siguientes:

¿Qué nuevos capitales circularán con la enajenación de los bienes del clero?—El valor de las fincas.—¿Y cómo circulará este valor? La palabra circulación expresa un movimiento continuado, y si entendéis que se han de estar comprando y vendiendo sin cesar, pretendéis un imposible, y un imposible que, aun dado por supuesto, no traería consigo ningún provecho, antes bien, como equivaldría a una perenne dislocación de propiedades, no podría menos de ser altamente funesto.—No queremos decir eso; sino que una venta tan colosal ya de suyo provocará un gran movimiento mercantil, y éste en tales materias es siempre muy favorable.—Yo confieso que la sola venta provocará un gran movimiento, una viva circulación; pero observaré también que es un error muy capital el suponer que una circulación cualquiera sea siempre útil, pues la puede haber inútil y aun dañosa. Un ejemplo muy sencillo aclarará y apoyará mi modo de pensar: En el cuerpo humano decimos que es saludable aquella circulación que, verificándose con suave regularidad, lleva a todos los órganos y miembros la vida, la salud y lozanía; pero aquella circulación que || dimana de una causa violenta y pasajera, que se circunscribe a ciertas partes y que, rápida y febril, es sólo a propósito para acumular sobre un punto determinado los humores o la sangre y provocar irritación y enfermedades, tal circulación, lejos de ser saludable, es perjudicial y funesta; con la venta de los bienes del clero habrá circulación, es verdad, pero violenta, y por tanto poco duradera, encerrada en los límites de las bolsas y bancos, circulación que acumulará inmensas riquezas en manos de unos pocos capitalistas y que no llevará ni un átomo de provechoso jugo a la agricultura, a la industria y al verdadero comercio.—Pero desestancados esos

bienes, salidos de manos muertas y trasladados a manos libres, podrán después pasar a manos de las clases productoras, y he aquí un beneficio inestimable.—A esa réplica contestaré con una observación que estará al alcance de toda clase de lectores, y dirigiéndome a los labradores, a los fabricantes, a los comerciantes, les pregunto: Cuando tratáis de adquirir alguna finca, ¿qué es lo que comúnmente os hace falta? ¿Es la proporción conveniente o el dinero? ¿Os habéis hallado jamás con una cantidad, por más considerable que fuere de numerario, sin encontrar propiedades en cuya compra pudierais emplearle? ¿Os habéis visto nunca precisados a dirigiros al extranjero para encontrar dónde invertir vuestro numerario por no encontrar fincas en España? ¿Os habéis visto nunca embarazados por esa mole de bienes amortizados que, si escuchamos a ciertos hombres, tienen en agobio, en opresión a la nación entera? Gracioso además sería, por cierto, que pudiéramos oír las respuestas verbales; me parece que las habría chistosas y peregrinas. ||

¿Qué significan ahora las declamaciones contra los perjuicios que acarrea el acumulamiento de bienes en manos muertas? ¿A qué viene andar a caza de lo que se escribió sobre esto en otros tiempos? No trato yo de juzgar las intenciones de nadie; y así prescindiré de las que pudiera tener el conde de Campomanes al amontonar el caudal de erudición que sirve todavía de repertorio a aquellos hombres que, escasos de lectura y faltos de saber, nutren sus escritos y discursos con los materiales recogidos con afán en los trabajos de la anterior velada. El conde de Campomanes es uno de aquellos cuantos hombres ilustres que figuraron en España en el último tercio del pasado siglo; hombres de un mérito indisputable, sí, pero mérito que aguarda todavía el fallo de la historia para ser calificado cual debe y estimado en su verdadera medida. Fué aquélla una época muy calmada en apariencia, pero era la calma que precede a los grandes acontecimientos; cuando éstos se hayan desarrollado en toda su extensión, cuando la ceguera y el furor de las pasiones y partidos cedan su puesto a la imparcialidad y a la templanza, entonces vendrá la filosofía de la historia y señalará su lugar a las cosas y a los hombres. Pero sea lo que fuere de otras épocas y circunstancias, ¿quién no advierte que han pasado los tiempos y las revoluciones, que se ha cambiado la faz de todas las cosas y que lo que un día fué objeto de rivalidad y envidia es ahora digno de protección y de lástima? ¿Quién no advierte que atendido el espíritu del siglo, la posición que han ido alcanzando nuevas clases y la misma índole de la nueva riqueza que ha obtenido tan notable preponderancia, es ya

imposible que la posesión de bienes por parte del clero acarree ningún || perjuicio a las otras clases, que es imposible el que las riquezas se amontonen en sus manos, y que los temores que en otro tiempo fueran exagerados ahora son hasta ridículos?

Al escuchar a esos hombres de un saber falso y postizo, que se atavía con erudición indigesta e importuna y con pensamientos ajenos, no parece sino que hay una tan estrecha relación y dependencia entre la venta de los bienes del clero y el fomento de la industria y comercio, que en aplicando el específico hase de sentir inmediatamente la eficacia del remedio. No seré yo quien esté de parte de la desigualdad excesiva de las riquezas territoriales, ni quien niegue que una proporcionada división de las propiedades pueda producir considerables ventajas; observaré, no obstante, que la historia de la industria y comercio no muestran esa tan estrecha dependencia entre la prosperidad de estos ramos y la mayor subdivisión de las propiedades territoriales, y los que nos traen el ejemplo de lo acontecido en Francia después de la revolución deberían recordar lo que está sucediendo en Inglaterra. En tales materias es siempre muy poco conforme a buena filosofía el señalar una sola causa a un efecto que por precisión ha de haber dependido del concurso de muchas; y además hay también riesgo de caer en la falta de atribuir un hecho a otro sólo porque ha sucedido después de él. Aun concretándonos a España, podemos observar que en Cataluña hay un desarrollo industrial y mercantil que desgraciadamente está muy lejos de ser general en las demás provincias del Reino, y, sin embargo, en Cataluña no dejaba de haber nobleza y clero, y con sus propiedades como en las demás partes. ||

La riqueza de una nación, como la de una familia y la de un ciudadano, está en los medios de satisfacer sus necesidades: cuanto más abundantes sean esos medios, más variados, más a la mano y más a propósito para sus fines, tanto mayor será la riqueza. Todos los medios para satisfacer nuestras necesidades están encerrados en el seno de la naturaleza; toda nación, pero en particular la española, los tiene en sí propia; explotarlos es obra del trabajo dirigido por la inteligencia. Rica y fecunda como es la naturaleza, sólo ofrece sus preciosos tesoros a la constancia, a la diligencia, al trabajo; pero este trabajo se desperdicia si no es dirigido por la inteligencia, así como ésta es estéril si no tiene por instrumento el trabajo. Foméntese el desarrollo de la inteligencia por medio de establecimientos de enseñanza útil; protéjase el trabajo cuidando que con dar oídos a proposiciones insidiosas no se eche a perder en un día el fruto de tantos sudores; véase que los productos y manufacturas

nacionales, no teniendo que luchar en desigual competencia, puedan circular con desembarazo y encuentren abundante salida, compensándose unas provincias a otras sus perjuicios y ventajas, y veremos entonces si serán necesarias las violencias para que tomen alto vuelo nuestra industria y comercio, para que adelante con rapidez la nación en el camino de la prosperidad.

Hay en esta parte un hecho que no quiero dejar de consignarle aquí, porque seguramente ha sido muy poco notado a pesar de que arroja mucha luz sobre la materia. Si la venta de las propiedades del clero hubiera sido conducente para el fomento de la prosperidad nacional, como se ha querido suponer, hubiéranlo ciertamente advertido las clases interesadas, y en seis años || de revueltas, cuando tan abiertos han estado todos los conductos para expresarse todo género de opiniones, cuando se ha excitado hasta tal punto la odiosidad contra el clero, se habría manifestado esta opinión, y siendo además tan accesible como ha sido el gobierno para que pudieran dirigírsele toda clase de representaciones, se habría encontrado con numerosas exposiciones de labradores, de fabricantes, de comerciantes, en que le hubieran estimulado para que llevara a cabo la medida. ¿Y ha sucedido así? Antes de decretarse, ¿quién solicitó el decreto? Después de decretada, ¿quién ha instado para que se llevara a efecto? Este hecho no es para despreciado ni olvidado: todos los hombres pensadores le estimarán en su justo valor, y la expresión casi unánime de la prensa periódica, el sentir de algunos hombres de lo más granado de la nación, consignado en documentos bien célebres, son un testimonio irrecusable de cuál es en esta parte la verdadera opinión pública. ¿Y cuál es la causa que las clases industriales y mercantiles no muestren ningún interés en que se lleve a cabo esa medida? Es que el sentido común, más cuerdo que las teorías, les enseña que no adelantará por eso un solo paso la inteligencia, no se estimulará más el trabajo, no se difundirá entre las clases productoras ningún medio nuevo que facilite la producción, es decir, que no se creará ningún valor nuevo, ni se proporcionará la facultad de crearlo, y, por lo tanto, que nada se habrá adelantado en la riqueza.

Llevo ya indicado que si llega a verificarse la venta de los bienes del clero, se acumularán éstos en manos de algunos grandes capitalistas, y tal es la naturaleza de la operación y tales sus circunstancias, que es imposible || que suceda de otra manera. Pero esta misma acumulación de bienes en pocas manos, con tal que sean de comerciantes, la juzgarán algunos un bien, por opinar que esto mismo redundará en beneficio de la prosperidad pública, estando en la

equivocada idea de que podrá contribuir al bien de las clases productoras el improvisar algunas grandes fortunas y el engrandecer aquellas que a la sazón se encuentran ya en mucho auge. Si lo consintiese la naturaleza del escrito, me detendría de buena gana en fijar la idea del comercio útil, y haciendo de ella algunas aplicaciones haría observar que no son comerciantes útiles todos los que se apellidan comerciantes, porque el comercio, si ha de ser útil, ha de ser también productor a su modo; pues no puede decirse que contribuya a la riqueza de la sociedad quien nada produce, quien en nada aumenta los medios de satisfacer las necesidades. Pero aunque no me sea dable extenderme sobre el particular, para los inteligentes en la materia bastarán esas indicaciones y el fijar la atención sobre la naturaleza de las especulaciones que ocupan a algunos grandes capitalistas, para juzgar si son las más a propósito para producir nuevos y verdaderos valores y, por tanto, para aumentar la prosperidad pública.

No seré yo quien dispute a las sociedades modernas ninguno de los títulos de gloria a que se hayan hecho acreedoras; paréceme, no obstante, que aun en los ramos en que más se pondera el adelanto hay muchos importantes problemas que resolver, y que, sobre todo, en eso de riqueza industrial y mercantil con respecto a la pública felicidad hay puntos de vista sobremanera equivocados. Es bastante común el confundir la verdadera y saludable circulación de las riquezas con el movimiento febril || que presentan las bolsas; así como las colosales fortunas de uno que otro comerciante o la opulencia de algún dueño de establecimientos fabriles se toma erradamente como indicio de prosperidad en el comercio y las artes, y de bienestar y dicha en todas las clases de ciudadanos. Cuán infundado esto sea, cuán distante se halle de la verdad, quedará bien claro si se advierte que ni la prosperidad y poderío de un gobierno es indicio bastante seguro de que disfruten mayor riqueza y felicidad la mayor parte de sus súbditos. A la sombra de unos gobiernos que asombran al mundo con su grandeza y le sojuzgan con su poder, ¿no vive una población inmensa sumida en la más espantosa miseria? Sin traer aquí las curiosas, pero tristes, pruebas que con larga mano nos ofrecería la estadística de Inglaterra, y sobre la cual se alegaría desde luego que el origen del mal está en las grandes riquezas del clero protestante y de la nobleza, ¿no presenta un espectáculo bien doloroso la Francia, esa Francia cuya prosperidad y dicha tanto se ponderan y sobre la cual pasó de un modo tan terrible el nivel de la revolución allanando desigualdades? Todos los aficionados a esas materias estarán sin duda al corriente de los cálculos publicados en París

sobre el particular, y de ellos se desprende la increíble muchedumbre de infelices que existen en aquel reino que apenas pueden proporcionarse el más vil y escaso alimento para arrastrar su vida miserable.

Y ¿cómo será esto posible? ¿No hay allí mucha división de la propiedad, mucha circulación de capitales? Es indudable; pero todo esto nos enseña que en la pretendida distribución de las riquezas hay mucho de ilusorio, de nominal; que las desigualdades tan combatidas || se han presentado bajo otra forma, que se han derribado unas grandezas y las han reemplazado otras, y que con tantas revoluciones y expoliaciones no ha mejorado tanto como algunos pretenden la clase más numerosa, y que concentradas en pocas manos increíbles riquezas, puesta gran parte de la sociedad a sueldo de los grandes capitalistas, la industria y comercio no se ejerce en provecho del mayor número, y el lujo y los placeres de nuevos grandes disipan el fruto de las tareas del modesto artesano y del miserable jornalero.

Es preciso no mirar la sociedad para no advertir que a su modo, con más o menos paliativos, subsiste todavía el feudalismo, y que esos grandes banqueros, esos opulentos comerciantes, esos acaudalados dueños de establecimientos fabriles, han venido a ponerse en lugar de los antiguos señores; fáltales, por cierto, aquel brío caballeresco, aquellos generosos arranques que hacían pródigos de su reposo, sus riquezas y sangre a los antiguos paladines; pero a buen seguro que en la magnificencia de los palacios, en el lujo y esplendor de sus carrozas, en la numerosa muchedumbre de humildes dependientes, no echamos menos los soberbios castillos, los orgullosos blasones, las ricas armaduras, los enjaezados alazanes y la numerosa comitiva de los vasallos.

La poca mejora que alcanza la clase más numerosa, a pesar de los tan decantados adelantamientos sociales, ha excitado ya el celo de los hombres benéficos, inspirado temores a los poderosos y llamado seriamente la previsora atención de los gobiernos, y de aquí dimanan el movimiento intelectual que se ha desplegado de algún tiempo a esta parte para mejorar la condición del pueblo || y los proyectos y discusiones sobre las medidas más acertadas y conducentes. Andan en muy buen camino los que dicen que el primer paso que debe darse es educar bien al pueblo; pero, a mi juicio, con el problema moral ha de reunirse un problema económico, y es: «¿Cuáles serían los medios más a propósito para que, sin atentar contra la propiedad y sin embarazar el desarrollo de la industria y comercio, se alcanzase a evitar la acumulación de inmensos capitales en pocas manos, extendiéndose a mayor círculo del que ahora tienen los provechos reales y positivos de la industria y co-

mercio?» No se me oculta que para animar la producción son necesarios grandes capitales; pero también sé que es menester distinguir entre la abundancia de capitales y su acumulación en pocas manos. ¡Oh, si las sociedades modernas encontraran el medio de la reunión de capitales tal como es conveniente para vivificar la industria, pero sin que lo absorbiesen todo algunos capitalistas colosales! Este problema, sobre el cual se piensa muy poco, y que tal vez estaba por proponer, es muy digno de llamar la atención de todos los sabios, y sea lo que fuere de la dificultad, o quizás imposibilidad de su resolución, no será de más anunciarle en España, que se halla en una posición excepcional, advirtiendo al gobierno que siempre es menos difícil prevenir los males que no remediarlos.

En España no se encuentra tanto como en otras naciones aquella población numerosa y facticia que carece casi enteramente de medios de subsistencia y que, colocada en una posición tan miserable y trabajosa, amenaza de continuo a la tranquilidad de los estados. Y no es que en España no haya también muchísimos pobres, sino || que, desparramada la población en dilatado terreno, no se la ve reunida en inmensas ciudades que abundan en otros países, y, teniendo a causa de su profesión y de sus ideas poca afición a lo que se llama revoluciones, ofrece al gobierno un inconveniente de menos en sus multiplicados embarazos; y cuando está bastante atrasada todavía nuestra industria, cuando no ha tomado mucha extensión nuestro comercio, podríase quizás ensayar si sería dable entre nosotros lograr los bienes que por esos medios han logrado otros países, pero sin tropezar tampoco en sus males. Los estudios económicos han de andar siempre enlazados con los estudios sociales; en la sociedad todo está íntimamente unido por relaciones muy delicadas, y es menester que cuando se trate de dirigir la mano del hombre no se pierda nunca de vista su corazón. El mirar las cosas aisladamente ha traído ya muchos males; medio siglo de sucesos extraordinarios han enseñado ya mucho, pero medio siglo más revelará que son muy débiles varios puntos sobre los cuales se asienta ahora la planta como sobre firmísimo apoyo.

El estímulo de la propia necesidad, el aliciente de mayores comodidades, la afición a todos los conocimientos científicos y artísticos, el espíritu de adelanto, de mejora, de perfección en todos ramos, todos estos elementos que se hallan ya difundidos en España, serán bastantes a producir una fermentación que, por ser natural y suave, no dejará de ser viva y fecunda, si es que tengamos un gobierno hábil para dirigirla, solícito y activo para animarla, y, sobre todo, firme para protegerla contra los ataques de la codicia

extranjera. Así se creará una industria a propósito para contribuir a la felicidad pública; || así podrá combinarse con ella la educación religiosa y moral del pueblo, la formación de hábitos nobles, de costumbres puras; así veremos ir en aumento una población moral y acomodada y, por consiguiente, tranquila y fuerte; así podrán medrar unas clases sin perjuicio de otras; así, y tomando parte en las empresas los mismos propietarios, podrán enlazarse todos los intereses y marchar hermanados y de frente los de la agricultura, industria y comercio; así será todo nacional, todo nuestro, todo natural; nada se verá de exótico ni violento, y nuestra dicha será duradera, porque tendrá en el mismo país raíces extendidas y profundas, y con la prosperidad de la nación alcanzará nuestro gobierno grandeza y poderío.

Pero si desangrada la nación en tan penosas y dilatadas revueltas, si chupados nuestros tesoros por la astuta codicia extranjera, ahora con ventas colosales y repentinas las riquezas territoriales se pasan a manos de unos pocos capitalistas, de los cuales buena parte serán extranjeros, y se agobia a la agricultura con nuevos impuestos para llenar el vacío, ¿qué puede esperar entonces la nación? ¿Qué nos importará el que en este o en aquel punto se lleve a cabo algún proyecto industrial y mercantil, si todo ha de llevar el sello de importación violenta y, por tanto, de poca utilidad y de incierta duración? Si en medio de una población hambrienta y desnuda hemos de ver cuál se presentan en ademán de protección los agentes de algunos potentados que reúnan a sus tesoros inmensas propiedades territoriales, ¿dónde estará la independencia del pueblo? ¿Qué habrá ganado en bienestar? ¿De qué servirá ni para la felicidad pública, ni para acrecentar la fuerza del gobierno, el || que en uno que otro punto se improvise una población débil e inmoral, sólo a propósito para servir de instrumento en los motines y trastornos y para perecer luego en los hospitales? Medítenlo todos los hombres pensadores. ||

IX

El despojo es un mal social

SUMARIO.—Una vez atacado un género de propiedad ya no es posible defender las otras. Por eso las clases ricas deben impedir el despojo del clero. El disminuir las influencias religiosas y morales es buscar nuevos elementos de disolución.

Al acercarme al fin de mi tarea me pregunto a mí mismo: ¿Qué fruto producirá tu palabra? No lo sé: tal vez muy poco, quizás ninguno; salida de boca de un hombre obscuro, lanzada en medio de un mundo agitado, revuelto como el mar en las tormentas, combatida por las pasiones y abrumada por los intereses contrarios, perderáse como un débil eco que surca los aires en medio de estrepitosa borrasca. Como quiera, no soltaré la pluma de la mano sin ofrecer a la consideración de nuestros políticos y de todos los hombres que tengan algo que perder algunas consideraciones importantes.

Una vez atacado un género de propiedad ya no es posible defender las otras; el principio asentado para legitimar la invasión de la una se extenderá igualmente a las otras; la aplicación es obvia, las consecuencias rigurosas, y, siendo tan sabrosos para la codicia y la inmoralidad los resultados de tales doctrinas, difícil será que || en presentándose oportunidad no se aprovechen de ellas las pasiones políticas, sobre todo si llegan a ser sancionadas con un acto solemne, autorizadas con tal ejemplo. Basta dar una ojeada a la historia, basta una mirada a la revolución francesa, basta un recuerdo de lo acontecido entre nosotros para conocer que en las revoluciones hay siempre una fuerte tendencia a violar la propiedad; las revoluciones no son otra cosa que grandes sacudimientos en que se hunden los gobiernos y demás instituciones, y, rotos entonces todos los vínculos que mantienen trabado el orden social, toman todas las pasiones una terrible expansión, dirígense hacia los objetos que las brindan con más sabroso aliciente; y así como una porción de ambiciosos escalan el poder para alcanzar renombre y mejorar sus fortunas, así las clases inferiores elevan sus ojos hacia las superiores, e incitadas por sus propios padecimientos, atizadas por la fogosa palabra de los tribunos y convidadas por la esperanza de mejorar de suerte, teniendo a la vista ricos y espléndidos despojos, arrójanse furiosas sobre la presa e inundan la sociedad de sangre y de lágrimas.

En el orden social, como en el físico, todo está íntimamente encadenado, y difícil es que se pueda tocar un eslabón sin que se resientan todos los otros: esto ya es siempre una verdad; pero en tal estado se hallan las sociedades modernas, que lo es mucho más respecto de ellas, pudiendo asegurarse que es altamente peligroso todo cuanto tenga la menor tendencia a socavar los cimientos del orden, sea lanzando una idea peligrosa, sea presentando algún grande escándalo que pueda luego ser alegado como un legítimo antecedente.

Gran parte de los gobiernos llevan en su propia forma || la necesidad de un vivo movimiento; la imprenta, apoderándose de las ideas y adornándolas, transformándolas, engrandeciéndolas y disfrazándolas, las propaga con la rapidez del pensamiento, ejerciendo sobre la sociedad, ya de suyo ardiente como inmensa fragua, la acción del aire en acanalada y poderosa corriente; las ciencias, extendidas a todos los ramos y sujetándolo todo a su análisis, revelan todos los flancos débiles, todos los tejidos de frágil contextura, y, calentando las cabezas y deslumbrando los ojos con brillante aparato, constituyen un verdadero poder social, de cuya influencia no pueden prescindir ni aun aquellos países en que menos entrada han tenido las innovaciones políticas. El esplendoroso lujo, los primores y maravillas de las artes complaciendo hasta el fastidio la molicie y los caprichos, extendiendo, multiplicando y aguzando las necesidades y llevando los incentivos por los cuatro ángulos de la tierra en las veloces alas de rapidísimas comunicaciones, acaban de completar la viveza y rapidez del movimiento, por manera que, mirado desde un elevado punto el vasto campo de las sociedades modernas, descúbrese en él tanta vida, tanta acción, tanta variedad, tanto movimiento, tantos elementos inflamables, que el corazón se oprime de zozobra cuando se ven ciertas ideas que a manera de chispas corren, circulan, serpean arrojando ardientes centellas sobre ese inmenso campo donde tan peligrosa es una conflagración, donde tan grande sería la pérdida.

Creada a impulsos de la fabricación una población numerosa que no cuenta con otros medios de subsistencia que sus brazos, sin otra garantía de ocuparlos que los establecimientos fabriles, colocada esa muchedumbre de hombres, no en la clase de los esclavos de las antiguas || repúblicas, sino iguales ante la ley con los más distinguidos ciudadanos; con sus familias miserables, pero independientes, con amplia libertad de trasladarse de lugar, de escoger la profesión, de cambiarla, de procurarse conocimientos, de ambicionar empleos; con vivo deseo de mejorar de condición, con las inclinaciones turbulentas que les inspira la misma

sociedad en que viven y la vista de algunas familias que nadan en la opulencia y en el regalo, es evidente que andando el tiempo puede verse la sociedad en terribles compromisos, y que es indispensable echar mano de todos aquellos medios que puedan prevenirlos y evitar todas las medidas que pudieran provocarlos.

Yo no sé si a la previsión o al presentimiento de tamaño riesgo puede atribuirse esa tendencia general, que se despierta en todas partes, a cimentar el orden, a robustecer el poder, a invocar la religión y a abjurar más o menos a las claras los disolventes principios de una escuela de infausta memoria; pero lo cierto es que el hecho existe, y que aun en aquellos países en que más se han arraigado las instituciones liberales se hace sentir con notable fuerza y se descubren visiblemente sus efectos.

Medítenlo bien esos hombres de elevadas clases, esos ricos propietarios, esos acaudalados comerciantes de quienes dependerá seguramente el que se lleve a efecto el despojo del clero: si desperdiciáis ocasión tan oportuna para impedirlo como os ofrece el hallaros sentados en los escaños de las Cortes, y en el momento en que el gobierno va a consultar cuál es sobre eso vuestra voluntad; si lo provocáis, si lo consentís, y si en alguno de los torbellinos de la revolución se levantan un día millares de brazos armados con el puñal, con el hacha y la || tea incendiaria; si en nombre de la libertad, de la igualdad, de la utilidad pública, de la mejora de las clases inferiores, de la mayor circulación, de la más equitativa distribución de las riquezas, se arrojan sobre vuestros caudales y haciendas, ¿qué le diréis? Al tribuno que acaudille a la turba feroz, ¿qué le responderéis cuando os recuerde lo que hicisteis con el clero? Su lógica será terrible, porque estribará en vuestro propio ejemplo; él os podrá decir con toda verdad: *Yo os despojo y vosotros me lo habéis enseñado.*

«Vuestras quejas, se me dirá, son muy fundadas, vuestras razones muy poderosas, y la causa que defendéis es sin duda la causa de la justicia, de la política y de la economía bien entendida; pero el hecho de que se trata es uno de aquellos que se consuman en medio de las revoluciones, y los hombres que manejan después de ellas los negocios públicos han de contentarse con derramar sobre tamaños males una lágrima estéril; pero se ven precisados a aceptar la funesta herencia tal como sea, porque del contrario sería menester entrar de nuevo en el círculo de las reacciones.» No se me oculta lo que suele decirse sobre esa materia, y que a los españoles se nos achaca como tacha de inexperiencia el no querer reconocer los hechos; pero, sea lo que fuere de todo esto, observaré que no cabe aquí

nada de cuanto suele decirse sobre este punto, porque al entablarse esas cuestiones se trata siempre de hechos *consumados*, de hechos tales que no puedan anularse sin arrostrar grandes dislocaciones y trastornos; pero en lo tocante a la venta de los bienes del clero secular, nada de eso se verifica; todo está íntegro; no sólo no se ha realizado la venta, pero ni siquiera el gobierno se ha apoderado de los bienes, || y estando reunidos los cuerpos colegisladores y no pudiendo, por consiguiente, alegarse de que el gobierno tiene las manos atadas, si no se hace una reparación que tantas simpatías hallaría en todos los corazones españoles, ¿qué es lo que faltará? La voluntad.

Una de las consideraciones que más pesarán en el ánimo de algunos políticos para que se inclinen a mirar con secreta complacencia la enajenación de los bienes eclesiásticos será el quebrantar para siempre el poder del clero, el atajar de una vez para siempre su influencia. Al tocar este punto las ideas se me agolpan en tropel y mi pluma se deslizaría muy veloz si el recuerdo de que escribo en ocasión en que todavía se está derramando sangre española no me aconsejara alguna reserva y no me inspirara cuidadosa templanza. Me contentaré ahora con brevísimas indicaciones, y entre tanto esperaremos que luzcan días menos calamitosos para nuestra desventurada patria, arena de tantas pasiones e intereses, juguete y víctima de tantas intrigas.

Para todos los hombres que saben pensar es indudable que por largo tiempo han de ser terribles los apuros en que se ha de encontrar el gobierno aun suponiendo que haya cesado la efusión de sangre, porque si bien hay en España muchos elementos de bien, andan, empero, tan desparramados, tan faltos de centralización, que no será fácil que alcancen a dominar los elementos de mal, que, aunque de suyo débiles, tienen, sin embargo, la ventaja de obrar con unidad de plan y apiñados bajo la correspondiente bandera. Treinta años de convulsiones indican que hay en España alguna causa muy profunda de malestar, y, echando una ojeada en derredor nuestro, notamos con espanto que la desorganización ha llegado a || tal punto, que casi puede decirse que la sociedad está disuelta. ¡Qué alternativas, qué dislocación tan perenne en el mismo centro del gobierno! No dejo de apreciar en su justo valor la influencia calamitosa de la época, pero es menester mirar las cosas muy superficialmente para no ver que el mal tiene raíces más profundas. Ya se ha observado que un gobierno no puede gobernar solo: ¿y no está solo un gobierno cuando no está sostenido por instituciones robustas que, enlazadas con ideas grandes, vigorosas, extendidas por toda la nación, forman como una base anchurosa, bien trabada, firme, sobre que

pueda asentarse con seguridad la máquina de gobierno? ¿Y se verifica esto en España? ¿Qué hombre que merezca el título de hombre de estado podrá dudar que no sea necesario recoger, reunir y combinar del mejor modo posible todos los medios de gobierno? ¿En qué cabeza bien organizada puede caber que sea conveniente disminuir las influencias religiosas y morales? ¿Será menester todavía buscar nuevos elementos de disolución, quitar a esa nación desventurada hasta el consuelo de la esperanza?

Tenemos los españoles la desgracia de que muchos de los hombres que se empeñan en dirigirnos no nos conocen, porque mal pueden conocernos cuando solamente nos han estudiado desde París y Londres, o cuando más no extendiendo la vista fuera del reducido círculo de algunos salones de la capital; por eso gran parte de sus proyectos, o no encuentran aplicación o experimentan resistencia, y al fijar la vista en los documentos que de su administración y política encontramos en los periódicos ocurre desde luego la idea de que buena parte podría muy bien acomodarse en los folletines. Como quiera, || andaremos sufriendo, ya que los españoles lo hemos perdido casi todo, menos el hábito de sufrir, y al contemplar ese porvenir tan nebuloso acabará de afligirnos la amarga consideración de que, si nuestros hombres públicos se empeñan en cerrar los ojos a lo que es más claro que la luz del día, por más que haya sufrido la generación que acaba, quizás tendrá poco que envidiar a la generación que comienza. ||

NUEVOS DATOS Y ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS BIENES DEL CLERO*

SUMARIO.—No creemos que valgan razones para detener la venta de los bienes del clero. La resolución está ya tomada por el gobierno. Inconcebible ligereza con que se procede en materia tan importante. Se quiere resolver un problema sin datos. No los tiene el gobierno relativos al presupuesto del clero. Ni siquiera relativos al clero parroquial. Tampoco los relativos al producto de las ventas. La única voz en favor del clero ha sido la del señor Pacheco. Destemplada respuesta del señor Argüelles. Intervención calculada del señor Mendizábal.

A la hora en que escribimos estas líneas se están discutiendo en los cuerpos colegisladores las cuestiones sobre dotación del culto y clero y venta de sus bienes. Si al ocuparnos de tan importante materia sólo nos propusiéramos detener el golpe que amenaza, no hubiéramos por cierto tomado la pluma: ya lo sabemos, se quiere llevar a cabo la venta de esos bienes, la resolución no se detendrá por más razones que se aleguen en contra, la situación actual es oportuna para la realización de los planes que de mucho tiempo a esta parte tienen concebidos los hombres que actualmente nos gobiernan y tamaña oportunidad no se desperdiciará. Ni siquiera se ha tenido el cuidado de ocultar que de todos modos se quería || aprovecharla; hasta se han revelado los peligros que se veían en la demora y que impulsan a caminar a toda prisa para hacer de la venta de los bienes del clero lo que se llama un *hecho consumado*.

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Artículo publicado en el primer cuaderno de *La Civilización*, de 1.º de agosto de 1841, vol. I, p. 44. Es como un apéndice al folleto anterior. El sumario es nuestro.

NOTA HISTÓRICA.—Cristina había abdicado la regencia y estaba desterrada en Francia. Espartero estaba encargado de la regencia; Argüelles era tutor de la reina y presidente del Congreso; Antonio González, presidente del Gobierno; Surrá, ministro de Hacienda, y en las Cortes se discutía otra vez la cuestión de la venta de los bienes del clero.]

La comisión del Congreso, en su dictamen, después de haber dicho que éste es un negocio que «cree no deber demorar por su parte», añade que, «sean cuales fueren las *variaciones que la experiencia pueda justificar en esa clase de ventas, importa sobre todo que estos bienes nacionales salgan al mercado en clase de libres, para no exponer a nuevas contingencias una medida de tantos resultados bajo los aspectos económico y político*». Ya lo ven nuestros lectores: la comisión presiente que la *experiencia justificará variaciones en esa clase de ventas;* pero, a pesar de lo que pueda enseñar la experiencia, importa sobre todo que *estos bienes salgan al mercado en clase de libres;* es decir, que se efectúe la venta. ¿Así prescindís de lo que puede enseñar la experiencia? Pues entonces, ¿cuál es vuestro maestro? Y ¿eso decís a la faz de una nación altamente juiciosa y sesuda y tratando de darle leyes y proponiéndoos resolver sus problemas más vitales?

Pero lo que es todavía más notable y lo que hace perder toda esperanza de que baste ninguna razón, por luminosa que sea, para detener la venta, es el motivo que señala la comisión, cuando se propone inducir al Congreso a que despache el negocio sin demora: *para no exponer*, dice, *a nuevas contingencias la medida.* Revelación importante que recogemos con avidez y que consignada aquí servirá para manifestar las zozobras que atormentan a la comisión con respecto al porvenir de su obra. Si esta obra es tan justa, tan razonable, tan provechosa, tan fecunda || en resultados políticos y económicos, ¿por qué mostraros tan recelosos? ¿No llevará en sí propia la garantía de su realización y de su estabilidad? Menguada idea de sus proyectos quien ni quiere escuchar los consejos de la experiencia, ni osa aguardar en calma el fallo del porvenir.

Pero, a pesar de tan triste situación, es un deber de la prensa el no dejar que pasen inadvertidos semejantes sucesos, el levantar la voz en favor de la razón y de la justicia. En un escrito que publicamos el año pasado titulado *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero,* tratamos la materia con la extensión indicada por el título de la obra, y así es que no reproduciremos aquí los argumentos allí alegados: sólo nos proponemos presentar a nuestros lectores algunas reflexiones apoyadas en números, en las que demostraremos hasta la evidencia la inconcebible ligereza con que se procede en materias de tan alta importancia.

¿Qué es lo que se necesita para resolver un problema? Datos. Pues vamos a demostrar que estos datos faltan. El primer dato necesario, absolutamente necesario, es saber a cuánto sube el presupuesto del clero, ¿y creen nuestros lec-

tores que este dato existe? Pues echen una ojeada sobre el siguiente estado:

Presupuesto del clero

	Millones rs.
Según Mendizábal en la memoria de 21 de febrero de 1837 ...	380
Según el mismo Mendizábal en otra memoria de 30 de mayo de 1837 ...	153
Según la ley de arreglo del clero formada por las Cortes constituyentes ...	164
Según la ley de 21 de julio de 1838 ...	211
Según el estado de las juntas diocesanas ...	143
Según el ministro de Gracia y Justicia en la opinión manifestada en las Cortes de 1840 ...	180
Opinión del que escribe estas líneas fundada en los datos y cálculos que pueden verse en el citado opúsculo[1] ...	265
Opinión del gobierno actual ...	139

¿Qué se responde a semejante argumento? La enorme escala en que están divagando las opiniones, nada menos que de 139 hasta 380, ¿nada dice a la razón y al buen sentido?

Nadie ignora la animosidad de algunos contra el clero de alta jerarquía y que suele encubrirse lo maligno de esa animosidad con una apariencia de celo a favor del clero parroquial; pues bien, al menos con respecto al clero parroquial, ¿se tiene formado el presupuesto? Dad una ojeada al siguiente estado, donde la variedad de las opiniones os convencerá de la incertidumbre de los datos:

Presupuesto del clero parroquial

	Millones rs.
Según la comisión eclesiástica en tiempo de las Cortes constituyentes en 1837 ...	115
Opinión del señor Martínez de la Rosa en las Cortes de 1838 ...	150

	Millones rs.
Opinión del señor Peña y Aguayo, sin contar las fábricas ni el pago de 4.929 tenientes ...	82
Si a esto añadimos el pago de los tenientes, que contados a 2.000 reales cada uno necesitan ...	9.858.000

[1] Se hallará en la librería de Tauló y en la de Brusi.

	Millone rs.	
Si, además, con esto sumamos el presupuesto de las fábricas, que por más que se regatee ascenderá a ...	35	
Resultarán		126.858.000

Opinión del que escribe estas líneas, fundada en datos irrecusables, bien que tomando para el cálculo otra base de la que se ha tomado hasta ahora, como puede verse en el opúsculo citado	185

La empresa de quitar al clero sus bienes y de trastornar enteramente el sistema de su manutención se acometió en 1837, y, ¡quién lo dijera!, ni se sabía el número de eclesiásticos. El señor Mendizábal en las Cortes de 1837 lo reputaba de 28.000

Del censo español formado en 1797 se desprende que había párrocos	16.481	
Tenientes	4.929	
Beneficiados	17.411	
		38.821 ||

Este censo es el único que tenemos, y a él se refirió el señor Peña y Aguayo en las Cortes de 1840.

Nada se cuenta aquí del clero de más alta jerarquía, lo que haría ascender considerablemente el número.

Otro dato indispensable en la materia es el producto de los bienes del clero, pues no sabiéndose se ignorará también el vacío que su venta dejará; y además no se podrá tampoco calcular el beneficio que de la venta haya de reportar el erario. Ese producto o rédito está en la mayor obscuridad, por manera que puede muy bien asegurarse que es desconocido del todo. Los que duden de este aserto se convencerán de su verdad con el estado siguiente:

Producto de los bienes del clero

	Millones rs.
Opinión del ministro de Hacienda Mendizábal en 1837. Opinión de los señores don Pedro Gil, don J. M. Vadillo y don Cirilo Franquet, diputados a Cortes en 1837, en su voto de 28 de mayo del mismo año.	100
Opinión del señor Peña y Aguayo consignada en su proyecto en 1840, y ateniéndose al máximum ...	20
Opinión del señor Martínez de la Rosa en las Cortes de 1840	26

	Millones rs.
Opinión del mismo Mendizábal manifestada al Congreso en 1840	12
Opinión del gobierno actual, según es de ver en su proyecto	30 ||

Resulta de aquí que las opiniones están distribuídas en una escala de 12 a 100. No concebimos cómo, al tratarse de fallar sobre materia tan grave y delicada, no se arredran nuestros hombres públicos con tanta variedad y confusión sobre las noticias indispensables para resolver con acierto.

Sin embargo, lo hemos dicho y lo repetimos, de todos modos se pasará adelante, se verificará la venta tan pronto como posible sea, procurando que pase a la esfera de los *hechos consumados.* Como hemos visto ya, la comisión no ha sabido ocultar este vivo deseo, y el hombre influyente de la Hacienda, el señor Mendizábal, lo ha manifestado paladinamente en el Congreso. «Me pesa cada día más, decía, no haber procedido en 36 a la venta de esos bienes, en cuyo caso no se habría verificado la reacción de 1840 en contra de los tenedores de papel.» Ya que se habla de la reacción de 1840 consignaremos aquí otro hecho que servirá para apreciar debidamente lo inconsecuentes que andan ciertos hombres y la escasez en que se hallan de convicciones. En las Cortes de 1840 votaron a favor de la conservación de las propiedades del clero la mayor parte de los miembros de lo que entonces era minoría, entre ellos Sancho, Cortina, don Antonio González, actual presidente del Consejo, y Surrá, actual ministro de Hacienda. *Cur tam varie?*

Acabamos de presentar una colección de datos que hablan por sí mismos; de ellos se deduce con toda evidencia que una cuestión tan grave se ha tratado ya desde un principio con una ligereza inconcebible; hemos apelado a los guarismos porque en cuestiones semejantes son argumentos irrefragables, descarnados, pero recios, y así los querríamos nosotros, que nos dirigimos principalmente || a la razón, no a las pasiones. Y aquí concluiríamos si la lectura de los debates del Congreso sobre el particular no nos hubiera sugerido algunas reflexiones.

La voz del señor Pacheco ha sido la única que se ha levantado en el Congreso a favor del clero; eco de la razón, de la justicia y de los sentimientos generosos que siempre se albergan en corazones tan hidalgos como el del señor Pacheco, ha resonado clara, firme, imperturbable, como la de intrépido marino en la confusión de una borrasca. Que lo sepa el señor Pacheco y que lo conserve en su corazón como un recuerdo que deberá de ser su más grata recompensa: la nación le ha oído con agrado, y en su actitud si-

lenciosa le ha dispensado una mirada de gratitud y de aprecio. El señor Argüelles, el presidente del Congreso, se ha levantado para contestar al señor Pacheco, y en su discurso, tan falto de razones como rebosante de amargura, se ha expresado contra el clero con una dureza, con una acritud, que sin duda está ya juzgada por el público. Que no tema el señor Argüelles, nosotros no contestaremos con dureza a su dureza, con veneno a su veneno; estamos de esto muy distantes, porque al leer su discurso vagan por nuestra mente ideas sombrías y embargan nuestra alma sentimientos dolorosos. ¡Quizás no pasaron muchas horas sin que pisase el señor Argüelles la regia estancia donde mora la augusta huérfana que con sus frecuentes rasgos de caridad para con los pobres, y de profundo acatamiento a los sagrados misterios de nuestra religión sacrosanta, inunda de esperanza y de consuelo el corazón de los españoles! ¡Quizás a poco rato le estaba hablando y contestando a sus preguntas candorosas y escuchando sus respuestas inocentes! ||

Entonces veíamos el cuadro en toda su negrura, entonces hallábamos más acerbas las palabras del señor Argüelles, entonces era incomprensible para nosotros que siquiera su nueva posición, la de tutor de la reina católica, no le hubiera inspirado más templanza, más miramiento y reserva.

Otra circunstancia nos ha llamado la atención en los debates del Congreso. Algunos diputados no menos amigos de la revolución que el señor Mendizábal, no menos fogosos adversarios de las propiedades del clero, han manifestado deseos de que, en el supuesto de venderse esos bienes, se les diese otro destino del que se proponía en el proyecto, y alguno ha indicado la conveniencia de que se pusiese en claro quiénes eran los actuales poseedores de las fincas vendidas pertenecientes al clero regular. Pero nada se ha conseguido, el señor Mendizábal se ha puesto de por medio, y todo ha debido quedar *in statu quo*. En vano se han proferido en el Congreso expresiones terribles que no se hubieran atrevido a pronunciar los adversarios de la revolución; hanse estrellado en la fría imposibilidad de un designio concebido y concertado muy de antemano, y el negocio ha tenido que seguir su curso. Lo decimos francamente: esta frialdad nos indigna mucho más que los tempestuosos debates de una asamblea revolucionaria que amenazara a cada paso con espantosa conflagración. Cuando vemos en los hombres una idea que los domina y sojuzga, un sentimiento poderoso que los exalta y arrebata, no nos parecen tan negros el error en sus labios y la injusticia en sus obras; al fin allí hay el fanatismo, fanatismo del crimen si se quiere, pero que nos presenta al hombre iluso, extraviado por una

idea || falsa, arrastrado por una pasión formidable. Comprendemos a Mirabeau en la tribuna con su mirada fulminante, su acento de trueno y su palabra de fuego, derribando con rudo golpe todo cuanto se opone a la carrera de la revolución; comprendemos a Camilo Desmoulins en Palais-Royal abriéndose paso por entre la muchedumbre, saltando sobre una mesa con pistola en mano, arengando al pueblo, gritando *¡A las armas!* y sublevando a París. Pero ¿quién comprende a un hombre que, nadando en la opulencia, sin ningún peligro, sin acaloramiento, con toda frialdad, descarga sosegadamente sus golpes sobre una clase abatida, pobre y que sufre su aflicción y desventura con una resignación admirable? ¡Ah! Esto no lo comprendemos; no sabemos explicarlo, no sabemos sentirlo, no hay para ello una cuerda en nuestro corazón; esto no es terrible como la revolución, no es tempestuoso como las pasiones, no es franco y ardiente como el pueblo; esto es mezquino como la codicia, es frío como el ateísmo, es ponzoñoso como el rencor, es atroz como la venganza. ||

LA INFLUENCIA RELIGIOSA*

ARTICULO 1.º

Influencia religiosa del clero católico por su independencia

SUMARIO.—La influencia de los ministros de la religión en los pueblos. La influencia de la religión trae como consecuencia la de sus ministros. Interpelación de Osio al emperador Constante. La autoridad eclesiástica se ha de extender al dogma y a la disciplina. Dogma y disciplina son dos cosas distintas, pero íntimamente enlazadas. Todos los gobiernos con propensión al despotismo han querido reunir en manos del poder civil la supremacía eclesiástica: en la Edad Media: a partir de la reforma. El clero católico ha conservado su influencia; el de las iglesias disidentes, no. La influencia del clero católico no ha desaparecido en Francia después de la revolución. Ha sido reconocida en Inglaterra, Rusia y Prusia. Esta influencia ha sido muy singular en España. Sobrevivió a la invasión de los bárbaros y a la herejía arriana. Carácter peculiar de la civilización española. Pujanza y predominio del principio religioso. La invasión sarracena y la reconquista. La idea que impulsa la nación a la lucha es la religión cristiana. Influencia del clero en los últimos tiempos.

La influencia de los ministros de la religión no es un hecho limitado a este o aquel país, ni circunscrito a determinados tiempos, sino general, constante, que || abarca la humanidad entera en todos los períodos de su existencia. Remontaos hasta la cuna de las sociedades, cuando el padre de familia ejerce las augustas funciones de sacerdote, ofreciendo a Dios el sacrificio bajo formas transmitidas por

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Estos dos artículos fueron publicados en los cuadernos 31 y 32 de *La Civilización*, correspondientes al mes de enero de 1843, vol III, págs. 289 y 337. Los dos cuadernos del mes de diciembre anterior no se publicaron por el levantamiento de Barcelona contra Espartero, que la bombardeó bárbaramente. Los títulos *Artículo 1.º*, *Artículo 2.º* y los sumarios son nuestros.

NOTA HISTÓRICA.—Gregorio VII ocupó el pontificado casi doce años (1073-1085), después de haber asistido con sus consejos a cinco pontífices anteriores, y dirigió sus esfuerzos a asegurar el celi-

antiquísimas tradiciones; pasad a aquellos tiempos en que, separadas ya las funciones religiosas de las atribuciones de la patria potestad, comienzan algunos hombres privilegiados a encargarse de ellas, ora conservando las tradiciones primitivas y siguiendo las inspiraciones y revelaciones de Dios que jamás faltaron al humano linaje, ora adulterándolas y corrompiéndolas de una manera lastimosa; continuad observando en su marcha a los pueblos, cuando a proporción del aumento de sus recursos y de la viveza e intensidad de sus creencias religiosas levantan a la divinidad templos más o menos grandiosos y espléndidos; miradlos, por fin, hasta cuando, llegados a un alto grado de civilización y de cultura y orgullosos de su saber y de sus adelantos en todos géneros, se inclinan al indiferentismo y a la incredulidad, cuando a la primera ojeada no os parece descubrir otra cosa que la vanidad científica y la sed de los goces materiales, y encontraréis por doquiera ese ascendiente del ministerio religioso. Epocas hay en que apenas acertaréis a ver en la sociedad otra acción sino la suya, en que notaréis que el sacerdocio lo es todo y todos los demás poderes no son más que instrumentos suyos; otras en que se combina la influencia religiosa con diferentes elementos que domina o dirige, habiéndolas también en que, sumergida en el fondo de la sociedad, no se presenta de bulto ni figura a los ojos de los observadores superficiales como poder de gran valía; pero no os alucinen || engañosas apariencias, no juzguéis de la fuerza de las cosas por el ruido que meten y el oropel que ostentan; calad en las entrañas del cuerpo social, analizad los móviles secretos, las causas indirectas, y descubriréis que la influencia de los ministros de la religión era todavía muy fuerte y extensa cuando quizás os imaginabais que había desaparecido del todo. Las formas bajo las cuales se presenta son muy varias; los modos de ejercer su acción, muy distintos; pero cambiando de formas no se anonada, empleando de otra suerte sus medios no los abdica ni pierde. Echad una ojeada sobre la historia. y recoged su enseñanza. Allá en la infancia de las sociedades sirve la influencia del ministerio religioso a confirmar y consolidar la autoridad doméstica, reuniendo en una misma persona los dos venerables caracteres de padre y de sacerdote; desenvueltas y complicadas las relaciones socia-

---

bato del clero y a evitar el tráfico simoníaco de las prebendas eclesiásticas con rígidas disposiciones dictadas en 1074. En 1075 proclamó la independencia de la Iglesia excomulgando a cualquier clérigo que aceptase investiduras de manos laicas o a cualquier laico que otorgara tales prebendas. Enrique IV y algunos prelados alemanes llegaron, con tal motivo, a provocar un cisma eligiendo como antipapa al arzobispo de Ravena, Guibert, hombre ambicioso fuera de los límites de la verdad, de la justicia y del honor.]

les, tal vez contribuye a la extensión y afianzamiento del poder de una familia que ha logrado investirse de los derechos del gobierno civil y de las prerrogativas del sacerdocio; tal vez se le emplea para asegurar a una casta privilegiada un rango distinguido en la sociedad, un decisivo influjo en los negocios del Estado y un pingüe patrimonio de honores, consideraciones y riquezas; tal vez se presenta formando una clase que contrabalancea el poderío de otras clases, sin monopolizar en una familia ni en una casta los beneficios y prerrogativas de que disfruta; tal vez se ofrece destituída de todos los apoyos que suministrarle pueden los medios puramente humanos y ejerciendo únicamente su acción directa sobre el entendimiento y la voluntad, acción que se extiende luego en diversos sentidos, y que manifiesta poderosamente || su fuerza fecundante, como agua que se filtra en las entrañas de la tierra, como suave calor que fertiliza los campos; pero ya sea bajo una forma o bajo otra, con más o menos extensión, con mayor o menor eficacia, con estos o aquellos resultados, la influencia existe siempre, el ministerio religioso no es ni puede ser una cosa indiferente en la vida de la sociedad. Acontece a menudo escribirse la historia de un pueblo y no hacer figurar en ella la religión sino como cosa muy secundaria, de manera que, refiriéndose cien y cien usos y costumbres más o menos interesantes, describiéndose los pormenores de las batallas, las vicisitudes de las guerras, los cambios políticos con las mudanzas de instituciones y dinastías, el progreso o la decadencia de las ciencias, de las artes, del comercio, y buscándose en este conjunto las causas de la pujanza o del abatimiento y de la prosperidad o desgracia de las naciones, no se para debidamente la atención en las ideas religiosas, en las modificaciones que anduvieron sufriendo y en los inmensos resultados que de esto suelen dimanar; de lo que proviene que los pueblos examinados quedan desconocidos, que sólo se ve la corteza de las cosas, que se presencian los sucesos y no se atinan las causas, y que, bajo las apariencias de un análisis filosófico-histórico, se nos presentan los sueños de la imaginación de un escritor. En toda historia debiera figurar en primera línea el cuadro de las ideas y costumbres que o formaban el cuerpo de la religión, o eran su inmediata consecuencia, narrándose muy circunstancialdamente las vicisitudes que sufriera la influencia de sus ministros. Porque es menester advertir que la causa de éstos no se separa tan fácilmente de la de aquélla; el ascendiente de ésta || puede ser muy bien calculado por el de la clase que es su órgano y representante.

General ha sido la influencia de los ministros de la religión; y si investigamos la causa de este fenómeno, no nos

será difícil encontrarla en que, siendo la religión un hecho común a todos los tiempos y países, y que por su propia naturaleza tanto influye sobre los ánimos de los hombres, es imposible que los ministros de ella no participen de aquella fuerza y eficacia entrañadas en las creencias, en los preceptos, en los actos de que son ellos los maestros, los órganos, los directores y principales ejecutores. Si hallarse pudiera un pueblo donde no existiese la religión, allí faltaría esta influencia; pero siendo imposible lo primero, lo es en el mismo grado lo segundo. Vano es el intento de ahogar el sentimiento religioso, indestructible en la humanidad, como identificado en cierto modo con la existencia de ella. Si no se deja a los pueblos la religión verdadera, seguirán otra falsa, y si el nombre de religión se destierra, se excogitarán otros nombres que expresarán la misma cosa. ¿No se ha reparado en el raro fenómeno que estamos viendo en pueblos donde la incredulidad ha hecho sus estragos? En París, por ejemplo, donde por cierto no es mucho el ascendiente de las ideas religiosas, encontraréis las supersticiones más ridículas, y mujeres y hombres, que quizás no creen en Dios, escuchan silenciosos y recogidos las predicciones de un charlatán que, especulando sobre la credulidad, pronostica los acontecimientos futuros que decidirán el destino de los individuos y de las familias. ¡Cosa notable! El mismo hombre que, extraviado por las funestas doctrinas de Voltaire y de otros de sus discípulos más o || menos encubiertos, abandonó la religión de sus mayores, y en nombre de la ilustración protesta contra la enseñanza de todos los siglos y desprecia las altas verdades confirmadas con todo linaje de pruebas, cree en la divinización de miserables impostores, en días infaustos y en otras semejantes ridiculeces. ¿Y sabéis qué significan esas extrañas anomalías? Significan que no le es dado al hombre ceñirse al breve espacio de esta vida, a los estrechos límites de la tierra; una voz íntima le está diciendo que no acaba todo aquí, que no está todo aquí; que hay otro orden de seres, otra manera de existir, otra vida, otro mundo, y perdida la luminosa antorcha que le guiaba por el camino de la verdad, anda a obscuras, a tientas, formándose ídolos de madera después de haber abandonado el culto del Dios vivo. Por esto se inclina fácilmente a creer que hay hombres privilegiados, cuya previsión alcanza a donde no llega la de los otros hombres; por esto se imagina que hay combinaciones misteriosas que revelan los secretos del porvenir; por esto acude a un impostor en falta del sacerdote del Dios verdadero.

Esto mismo demuestra con cuánta razón estamos encareciendo la influencia religiosa, pues que indica que, en faltándole al hombre sacerdotes, él propio se los forma, pres-

tándose a seguir al primero que se presenta a dirigirle. ¿Qué importa que tengan este o aquel nombre? El origen es idéntico, y el fanatismo y la superstición no son más que el sentimiento religioso extraviado.

No reclamamos para los ministros de la religión mayor influencia de la que les corresponde, y no deseamos ni conceptuamos posible que gran parte de los negocios de la sociedad vayan a parar a sus manos, como se verificaba || en otros tiempos donde mediaban circunstancias totalmente distintas; pero no consentimos la ceguera de aquellos hombres que, no contentos con la decadencia sufrida en los últimos siglos por el clero, se han empeñado en falsear la historia, señalando como un hecho funesto y altamente dañoso a los intereses de la sociedad este influjo de los ministros de la religión dondequiera que le han encontrado y bajo cualquier título que se haya ejercido. A estos que así desconocen la historia de la humanidad, que así prescinden de la influencia de los ministros de la religión en el curso de los acontecimientos que engendraron y desarrollaron las diferentes civilizaciones, y que de tal suerte han hablado de la religión cual si dado fuera a los pueblos el pasar sin ella, podríamos recordarles, entre otros pasajes de la antigüedad pagana, aquellas graves palabras de Plutarco cuando, redarguyendo a un filósofo epicúreo, le decía: «Si recorres el orbe todo, encontrarás ciudades sin letras, sin rey, sin casas, sin moneda, sin teatro, sin escuelas, pero nadie la halló ni la hallará jamás sin templos, sin dioses; que no ore, no jure, no consulte a los oráculos, no ofrezca libaciones y sacrificios, ya para atraerse los bienes, ya para desviar los males. Más fácil juzgo edificar una ciudad sin suelo, que no fundar ni conservar una sociedad faltando la fe en los dioses.»

Conocida fué en todos tiempos la influencia que estamos ponderando y favorecida o contrariada, según la variedad de circunstancias; pero menester es confesar que el clero católico ha presentado en esta parte algo de propio y característico, que en vano se buscaría en los ministros de otra religión. Dos causas han contribuído al aumento de la influencia del clero católico y a || que se mostrase más de bulto a los que la miraban con suspicacia o la solicitaban como un apoyo y reclamaban su auxilio: hablamos de la independencia de dicho clero en todo lo concerniente a los asuntos espirituales, y de su íntima comunicación con la conciencia y la vida de los fieles.

La independencia del ministerio católico en los negocios de su incumbencia ha sido en todas épocas la pesadilla, por decirlo así, de los gobiernos arbitrarios; ora hayan ejercido esta arbitrariedad bajo la forma del despotismo minis-

terial, ora se hayan disfrazado con distinto traje más o menos seductor. Leed la historia de los primeros siglos de la Iglesia después de la conversión de los emperadores y notaréis que el germen de gravísimos males que la afligen se halla, en buena parte, en el prurito de entrometerse la potestad civil en las atribuciones de la eclesiástica, en que no recordaban cual debían aquellas inmortales palabras con que el grande obispo español Osio interpelaba al emperador Constante. «He dado testimonio, le decía de mi fe en la persecución de vuestro abuelo Maximiano; y si os preparáis a repetir la misma prueba, estoy pronto a sufrir todos los tormentos antes que faltar a la verdad mancillando mi inocencia. No intervengan vuestros gobernadores en las decisiones de la Iglesia; dejad de desterrar a los obispos cuyo crimen a vuestros ojos consiste en no prestarse a los abusos. ¿Acaso vuestro augusto hermano hizo nunca cosa semejante? No olvidéis, emperador, de que, a pesar de este magnífico título, no dejáis de ser hombre, ni estáis menos sujeto a la muerte. Temed la eternidad. No os mezcléis en las cosas eclesiásticas: en esta materia no tenéis órdenes que darnos, antes bien || debéis recibirlas de nosotros. El Señor os ha entregado las riendas del imperio, y a los obispos el gobierno de la Iglesia; y así como quebrantaríamos el orden de Dios si atentásemos a usurpar vuestro poder, del mismo modo no podéis apropiaros sin pecar lo que nos pertenece.»

Este grande obispo parecía presentir las calamidades que a la Iglesia había de acarrear la manía teológica de los emperadores de Oriente, atacando la independencia de los ministros de la religión en el punto más delicado, que es el del dogma. No se crea, sin embargo, que sea indiferente esta independencia cuando se refiere sólo a la disciplina; un abismo llama otro abismo; y quien se arroga hoy el derecho de formar un reglamento, mañana no tendrá tanta dificultad en formular una decisión dogmática.

Es curioso observar cómo hablan algunos del dogma y de la disciplina, cual si fueran dos cosas tan separadas y distantes, que no se tocasen jamás en ningún punto. Si se trata de señalar las facultades de la autoridad eclesiástica, se las conceden ilimitadas en materia de dogma, pero muy circunscritas en lo tocante a la disciplina, y como dividida ésta por algunos en interna y externa, se presta elásticamente a cuanto exigen los enemigos de la Iglesia, se otorgan al poder espiritual tan escasas facultades, que o se le reduce de golpe a la nada, o si algo se le deja, es de tal modo, que se vea precisado a perderlo al primer ataque de sus adversarios.

Es muy importante no perder de vista que el dogma y

la disciplina, si bien son cosas distintas, sin embargo se enlazan en tantos puntos que difícilmente se toca mucho en ésta sin que se resienta también aquél. La elección y confirmación de los obispos es asunto de disciplina, || pero de seguro que no se puede tocar en ello sin conmover el dogma. En efecto: cambiad esta disciplina, seguid los consejos de los que pretenden que aquí no se interesa el dogma, y veréis cómo os encontráis desde luego con el primado del Sumo Pontífice, uno de los dogmas fundamentales del catolicismo. El asunto de las dispensas pertenece también a la disciplina, pero de tal suerte, que se liga también íntimamente con el dogma que acabamos de indicar. Mil y mil ejemplos podrían aducirse en confirmación de esta verdad; pero basta lo que se acaba de decir para dejar fuera de duda que la independencia de la Iglesia en negocios de disciplina está íntimamente enlazada con su independencia en materias de dogma.

La religión que no asienta por uno de sus principios fundamentales la independencia de sus ministros en lo tocante al ejercicio de las funciones que les pertenecen, no alcanzará jamás a procurarles tanta influencia como otra que esté asentada sobre este firme y anchuroso cimiento. A la verdad, cuando los ministros de la religión se encuentran sujetos a un poder de orden diferente sin que puedan llenar sus atribuciones privativas de otra manera que resignándose a ser los instrumentos de dicho poder, abdican en cierto modo su carácter religioso, y lejos de presentarse a los ojos del pueblo como enviados de Dios, sólo se le muestran cual delegados de los hombres. Desde entonces cesa la principal causa de la eficacia del influjo religioso, que es el que este influjo se considera como una emanación del poder divino y los hombres que le ejercen como órganos de la voluntad del cielo. En el caso en que los ministros de la religión han perdido su independencia, la parte principal || de la fuerza religiosa no queda en manos de ellos, sino de aquel que los domina y dirige, por cuyo motivo sucede que esta influencia se debilita considerablemente, y lo que de ella queda el poder civil es quien lo absorbe y explota.

Y es de notar que aun al mismo poder civil le sirve muy poco esta influencia; hállase dislocada, fuera de su elemento, y, por consiguiente, muy escasa de acción y de vida. Hay en este punto una diferencia muy señalada entre el cristianismo y las demás religiones; éstas se prestan más o menos a la autoridad y dirección del poder civil, pero el cristianismo, no; el cristianismo por sus dogmas, por sus leyes, por su origen, por la manera de su propagación, por su historia entera, es independiente, no puede existir sin esa independencia, y en el momento que le falta echa menos,

desde luego, una condición necesaria para su vida. Hasta en las sectas separadas se observa este instinto que les recuerda el seno de que se desprendieron; pero, rebeldes a la autoridad establecida por el Divino Maestro, sufren la merecida pena de la esclavitud bajo una mano extranjera.

En la cátedra de San Pedro, columna de la verdad, roca inmóvil sobre la cual está edificada la Iglesia, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno; en esa cátedra donde no sólo se conserva intacto el depósito de la fe, sino también un caudal de sabiduría y prudencia que tanto tino y acierto le ha dado en su conducta en el tormentoso transcurso de dieciocho siglos de contrariedades y combates; en esta cátedra, repetimos, se ha conocido de una manera admirable lo que significa y vale la independencia, y así es que los papas han empleado siempre todos sus esfuerzos en conservarla, teniendo || aquí su origen la mayor parte de las ruidosas cuestiones que se han debatido entre ellos y los reyes.

A más de lo arriba indicado con respecto a los emperadores romanos, podemos observar que el mismo fenómeno acontecido en aquella época se ha reproducido en los siglos posteriores bajo diversas formas y con varios pretextos. Un instinto fatal ha guiado en esta parte a todos los gobiernos que propendían al despotismo: todos trataron de debilitar la influencia del clero en cuanto formaba un cuerpo independiente, procurando absorberla toda, reuniendo en manos del poder civil la supremacía eclesiástica. En los siglos medios vemos las ruidosas contiendas de los emperadores con los papas, o, valiéndonos de los términos usuales, las guerras del sacerdocio con el imperio. Si examinamos a fondo aquellos acontecimientos, si dejando aparte sucesos inconducentes y aislados fijamos nuestra atención sobre lo que de sí arroja el conjunto de los hechos, veremos que lo que se agita en el fondo es si el poder eclesiástico ha de quedar o no independiente en el ejercicio de sus atribuciones, pudiéndose levantar al lado del civil como amigo y aliado, o si se le ha de sujetar como el esclavo a su señor. No es éste el lugar, ni lo consentirían tampoco los límites de un artículo, de confirmar con abundancia de pruebas históricas la proposición que acabamos de emitir; pero recuérdese la famosa cuestión de las investiduras, téngase presente que la filosofía de la historia, más cuerda e imparcial que el espíritu de secta y de incredulidad, ha justificado ya y va justificando cada día más al gran papa Gregorio VII y a otros de sus sucesores que imitaron el heroico ejemplo de aquel nombre extraordinario; téngase presente que se ha reconocido ya || con cuánta sinrazón se escandalizaban algunos de que se hubiese colocado sobre los altares a un Papa mirado

por ellos como temerario y poco menos que insensato; no se olvide que aun los mismos enemigos de la Santa Sede confiesan en la actualidad la justicia y la prudencia de la conducta de tan calumniados pontífices, y entonces se verá que no era la ambición de los papas la causa de las discordias y calamidades acarreadas por aquellas desavenencias, sino las tentativas del poder civil, que, olvidado de sus deberes y hasta de sus intereses, se empeñaba en engrandecerse, apoderándose de toda la influencia religiosa, lo que pensaba conseguir arrogándose las facultades de la autoridad eclesiástica, dando así por el pie a la independencia de la Iglesia.

¡Qué hubiera sido de ésta, si en los calamitosos tiempos que corrían se hubiese mostrado débil la silla de Roma en el sostén de la independencia eclesiástica! La simonía, este vicio por desgracia tan común en aquella época, habría hecho todavía mayores estragos, y las dignidades y la jurisdicción de la Iglesia se hubieran librado como en pública subasta al mayor postor. No fueran entonces patrimonio de la ciencia y de la virtud, sino mercancía comprada con dinero, y la Iglesia hubiera llorado inútilmente su decadencia motivada por un mal que en tal caso careciera de remedio. El valor y la firmeza de los papas en sostener las atribuciones de la autoridad espiritual previnieron un daño de tanta trascendencia; los usurpadores tuvieron que cejar en su empresa, tan temeraria como injusta; y usando el poder eclesiástico de sus facultades con mayor libertad, pudo atender a la curación de un mal cuyos progresos se habían hecho ya tan alarmantes. ||

La opinión que acabamos de manifestar sobre las causas de las ruidosas desavenencias entre el sacerdocio y el imperio, en nada excluye otra causa que algunos han señalado ya, cual es, el empeño de los papas en salvar la independencia de la Italia, amenazada y atacada por los emperadores. Hechos de tal naturaleza, rara vez dimanan de una causa sola, siendo poco menos que imposible el dejar de combinarse en su producción agentes de distintos órdenes y de mayor o menor eficacia. Pero el que mediaran otras causas no quita que una de las principales no fuese la necesidad de resistir los papas al poder civil, obstinado en atribuirse facultades que sólo pertenecían a la autoridad eclesiástica.

Cuando la revolución religiosa del siglo XVI vino a torcer el curso de las sociedades europeas, llevándolas por el camino del cisma, se manifestó este instinto del poder civil de una manera lamentable en todos aquellos países donde prevalecer pudo la malhadada reforma. Una de las causas que le dieron al protestantismo más extensión y apoyo fué

su sistema de lisonja en favor del poder civil, atribuyéndole sobre los negocios eclesiásticos facultades que no le competían de ninguna manera. Prescindiendo de lo que sucedió en Alemania, notamos que en Inglaterra se presentó de bulto el fenómeno, erigiendo los novadores un nuevo pontificado supremo para investir con él al jefe del Estado. Enrique VIII, declarándose cabeza de la Iglesia anglicana y sostenido en su usurpación sacrílega por los corifeos del cisma introducido en aquella nación es una prueba evidente del espíritu que en esta parte guiaba al protestantismo, y además un escarmiento para los ministros de la religión que, abdicando su dignidad inseparable de || la independencia, se sometan a desmesuradas e injustas exigencias del poder civil, constituyéndose sus instrumentos. Desde la época de la reforma, el clero anglicano ha ido perdiendo sin cesar su influencia y ascendiente, hasta el punto de haber llegado en la actualidad a no tener apenas otra fuerza que la que saca de sus cuantiosos bienes y de la parte que le cabe en la organización política.

Muy al contrario ha sucedido con el clero católico en los diferentes puntos de Europa: se han cambiado o modificado las ideas, han sobrevenido vicisitudes y trastornos, pero la influencia del clero ha continuado siendo mucha todavía, a pesar de los quebrantos que ha sufrido en el transcurso de los años y con el sacudimiento de las revoluciones.

Echese una ojeada sobre la historia entera, recórranse los diferentes cultos no cristianos y las varias sectas no católicas, y es bien seguro que no se encontrarán ministros de una religión que por este solo carácter hayan ejercido una influencia tan general y eficaz, a pesar de los multiplicados obstáculos con que se han visto precisados a luchar. No ignoramos que en algunas naciones, así antiguas como modernas, existieron clases privilegiadas que, reuniendo a otras prerrogativas la del ministerio religioso, disfrutaban de alta preponderancia en todos los negocios de la sociedad; pero menester es advertir que el clero católico ha conseguido lo mismo, no sólo en aquellos países donde la organización social y política le era favorable, sino también allí donde le era contraria. Por manera que puede establecerse como regla general que el clero católico es siempre o bien objeto de mucha consideración y respeto, lo || que pone naturalmente en sus manos mil y mil medios de influir sobre la sociedad, o bien es mirado con suspicacia y ojeriza, cuando no abiertamente perseguido. No se le ve nunca sumido en aquella abyección en que caen los ministros de otras religiones; si en algunos momentos ha podido parecer que así sucedía, bien pronto han venido los sucesos a desvanecer el engaño.

Si bien se observa, esta influencia no ha desaparecido nunca, ni aun en medio de la más deshecha borrasca, cuando parecía no haber quedado de ella el rastro más mínimo. ¿Qué tormenta más espantosa cabe imaginar que la revolución francesa? ¿Dónde se dió jamás tan recio empuje a todas las instituciones existentes, siendo uno de los principales blancos el clero católico? ¿Dónde se vieron jamás tan escandalosos ejemplos de impiedad y ateísmo, derribando los altares y los templos, o prostituyéndolos hasta un punto que la pluma se resiste a describir? ¿Quién hubiera dicho que existiese todavía la influencia del clero en Francia durante el período de la Convención? Y, sin embargo, esta influencia existía: oculta en las entrañas de la sociedad y privada de presentarse en la superficie, no dejaba de producir sus efectos, y aun bajo la férrea mano de la más sanguinaria tiranía se reservaba mostrarse de nuevo cuando la Providencia, apiadada de la Francia, le deparase días más bonancibles. Observad lo que sucede cuando, fatigada aquella nación de tantos cadalsos, de tantas persecuciones y destierros, de tantos disturbios y trastornos, se arroja en brazos del primer cónsul pidiéndole tranquilidad y sosiego. El afortunado general levantado a la cumbre del poder en brazos de aquel mismo pueblo que hundiera el trono de sus reyes apellidando libertad, echa apenas una ojeada sobre la sociedad que le rodea y cuya suerte se le ha encomendado, cuando lo primero que descubre su vista de águila es la necesidad de llamar en su apoyo y auxilio en la grande obra de la reorganización de la Francia, la influencia del clero católico; anduvo en esta parte tan atinado el primer cónsul, que jamás se arrepintió de semejante conducta, a pesar de que sus posteriores desavenencias con el Papa parecían haber podido cambiar su modo de ver las cosas. El restablecimiento de la religión católica en Francia, intentado y llevado a cabo por Bonaparte en el momento de proponerse crear un gobierno fuerte y conciliador, es un claro indicio de lo mucho que pesaba todavía en la balanza política la influencia del clero; porque es menester no olvidar que, si bien es cierto que Bonaparte levantó del suelo los altares, abrió de nuevo los templos y apoyó y sostuvo con su poderoso brazo a ese mismo clero poco antes perseguido y proscrito, no por esto se infiere que él crease esa misma influencia, ni que le diese nueva vida. Lo que hizo fué dejarle expedito el camino para que pudiese obrar abiertamente, pero no le dió nueva existencia, pues que una influencia semejante no se crea con un decreto, ni se establece con un reglamento: o está en la misma naturaleza de las cosas anteriormente a la voluntad de un hombre, o no puede producírsela por ningún medio repentino, sea cual

fuere la inteligencia que le conciba y la mano que le ejecute. Tan cierto es lo que estamos diciendo que dicha influencia existía en el fondo de la sociedad francesa por más que no pareciese haber dejado ni siquiera vestigios, que tan luego como se le dió camino para mostrarse se presentó de repente con tal || poderío que los discípulos de Voltaire se llenaron de asombro y espanto. La reacción religiosa verificada en aquella época fué tan grande que cambió como por encanto la faz de la nación, pareciendo imposible que con tan plausibles resultados y con tanta facilidad se pasase de un extremo a otro, en un pueblo donde se acababan de presenciar tan inauditos escándalos, que fueran hasta ridículos, si no hubieran sido horriblemente sacrílegos. Fenómeno tanto más extraño cuanto los atentados cometidos contra la religión no habían sido golpes repentinos descargados por sorpresa, sino largamente preparados con las doctrinas de una funesta escuela, que había estado señoreando la Francia durante medio siglo. Ni la pluma del sofista, ni el hierro del perseguidor, y alcanzando triunfos mayores de lo que se prometieran jamás los enemigos de la Iglesia, no bastaron a extirpar esa religión divina que, sostenida por la diestra del Omnipotente, puede desafiar todas las fuerzas del infierno; y la calumnia y el ridículo y la pobreza y la persecución que tan cruelmente pesaron sobre el clero en aquellos calamitosos tiempos, no fueron suficientes a desvirtuarle hasta tal punto que cuando se trató de reorganizar una nación disuelta no se le considerase todavía como uno de los principales elementos de que debiera echarse mano.

Tanta verdad es lo que hemos dicho sobre el profundo arraigo de la influencia del clero católico en aquellos países donde por largo tiempo ha podido establecerse, dado que no alcanzan a destruirla tan terribles sacudimientos; y tan exacto es lo que llevamos asentado de que una de las causas de tan poderosa influencia es el ser el clero católico independiente en las atribuciones || de su ministerio, que el restablecimiento de dicha influencia, o, por mejor decir, su manifestación, coincidió con el arreglo de los negocios eclesiásticos por medio de un concordato, en cuyo acto se consignaba de una manera explícita y terminante el principio de la independencia de la Iglesia, recurriendo a su Jefe supremo para la solución de todas las dificultades, y un definitivo acuerdo que enlazara con lo pasado, lo presente y lo venidero.

Así dispuso la Providencia que la misma revolución que tenía por uno de sus principales objetos el consumar el descrédito y ruina de la influencia católica en Francia sirviese para evidenciar cuán impotentes eran los esfuerzos del hombre contra la voluntad de Dios; así quiso el Eter-

no que el hombre mismo que surgió del seno de la revolución y que la llevó triunfante por los cuatro ángulos de Europa, ese mismo hombre diera a los gobiernos y a los pueblos la inolvidable lección de que la religión es la primera necesidad de los pueblos; de que sólo ella puede reorganizar las sociedades disueltas; de que una nación formada bajo la acción del catolicismo necesita volver a él aun después de los mayores trastornos, y de que, en fin, no es posible alcanzar en estas materias ningún resultado satisfactorio sin ponerse de acuerdo con el Sumo Pontífice. ¿Qué importan los desaciertos cometidos posteriormente por ese mismo hombre cuando, ciego de orgullo y desatentado con tanta fortuna, marchaba rápidamente al precipicio? ¿Qué vale para desvirtuar las reflexiones que estamos haciendo, el que, olvidando su primitiva política y las causas de su encumbramiento y consolidación, se arrojase con inconcebible desacuerdo a eclipsar su gloria y || preparar su ruina? Tan lejos de que por esto se debilite la fuerza de nuestros asertos, se confirman al contrario más y más, pues que así como su anterior conducta le había ensalzado hasta un punto que pareciera fabuloso si no fuera tan reciente, así sus últimos errores y atentados le condujeron a Santa Elena.

La historia y la experiencia nos están diciendo que en ningún país del mundo ha sido mirada con desprecio la influencia del clero católico ni considerada como cosa de poco valer. O ha sido halagada y buscada con solicitud, o mirada con suspicacia, cuando no con aversión, lo que muestra bien claro cuánta es la fuerza que en sí propia entraña, cuando unánimes la reconocen amigos y enemigos.

Observad lo sucedido en Inglaterra. Desde el cisma de Enrique VIII hasta nuestros días ha continuado, más o menos violenta, más o menos desembozada, la persecución contra el clero católico y cuanto tuviera relación con el aumento de su ascendiente; y si bien en la actualidad se ha mejorado considerablemente la situación del catolicismo en aquel país, no se debe a la condescendencia y benignidad del gobierno, sino a la extraordinaria reacción que allí se está verificando en favor de las doctrinas católicas, reacción que, combinándose felizmente con la situación política de Irlanda, ha inclinado a los gobernantes a que otorgasen lo que no les era posible negar. Cuando el ruidoso negocio de la emancipación de los católicos se vió con toda evidencia cuánta importancia se daba a todo lo concerniente a esta materia, pues que una medida reclamada por la sana política dictada por la prudencia e imperiosamente exigida por el espíritu del siglo encontraba todavía tan || violenta oposición, que a duras penas pudo llevársela adelante. Sólo

la imponente actitud de la Irlanda fué capaz de recabar una concesión tan disputada; sólo la aterradora voz de O'Connell alcanzó a doblegar una terquedad que se transmitía como un funesto legado entre los gobernantes de la Gran Bretaña por espacio de tres siglos. En Rusia, donde al parecer debiera contentarse el gobierno con medios suaves que atenuasen el ascendiente del clero de esta comunión, guardándose de medidas que están en oposición con el espíritu de tolerancia tan general en este siglo, vemos, sin embargo, que son tantos los recelos que el autócrata ha concebido de que dicho ascendiente no contraríe sus miras, que no acierta a mantenerse en los límites señalados por la prudencia y reclamados por su propio interés, y se arroja a un sistema de persecución y de crueldad que deslustran el reinado de aquel monarca. En Prusia, donde tanto prevalece en el gobierno el espíritu de moderación y de templanza, donde se procura aliar el vigor y el orden de un gobierno absoluto con la libertad que acompaña al representativo, allí donde la tolerancia de cultos y el dilatado ensanche concedido a las discusiones religiosas y morales deben de apartar naturalmente cuanto tiende a coartar la libertad de conciencia, notamos también con asombro la suspicacia del gobierno con respecto al clero católico, y sus deseos de neutralizarle y embarazarle la acción, en cuanto sea posible sin valerse de medios sobrado estrepitosos. Aun se ha llegado al extremo de recurrir a ellos, como en el ruidoso asunto del arzobispo de Colonia; bien que los hombres que dirigen los negocios de aquel Estado fueron bastante previsores para divisar los abismos adonde podía conducirlos || una conducta semejante, y tuvieron prudencia para cejar en el peligroso camino en que se iban empeñando.

Estos ataques tan repetidos y tan recios contra la influencia del clero católico revelan de una manera inequívoca el vigor de ella; pues que no se combate con un sistema tan sostenido sino lo que inspira mucho temor y recelos, y en verdad que este vigor, a más de presentarse desde luego a la vista al reflexionar sobre los dogmas y disciplina de la Iglesia católica, se ofrece muy de bulto a la primera ojeada que se echa sobre la historia.

General como es este hecho, hácese, empero, notable de una manera muy singular en la historia de España, no siendo posible recorrer una sola de sus faces, empezando a contar desde la invasión de los bárbaros, sin que se la encuentre dondequiera, cuando no en el lugar principal, al menos en un puesto muy señalado y preponderante. La decadencia y ruina del dominio romano en España debía de llevar consigo, según todas las apariencias, una desorganización tan completa en lo político y en lo social, que apenas se

concibe cómo a tamaña catástrofe pudo sobrevivir la organización eclesiástica. Con sorpresa advierte el observador, al recorrer las páginas de la historia de aquella época, que tan lejos estuvo la Iglesia española de quedar sumergida y anegada en las oleadas de aquella especie de diluvio, que antes bien se presenta desde entonces más activa, más enérgica, más influyente, acrecentándose sus fuerzas a proporción de la necesidad que de ellas tenía y redoblando su acción y su celo a medida que lo crítico y lo calamitoso de las circunstancias reclamaban con más imperiosidad y más || urgencia el apoyo de una institución que había alcanzado a salvarse en medio de tan espantosa tormenta.

Palpóse entonces cuánta ventaja llevan a las demás instituciones las que están basadas sobre la religión; todo se desmoronó, todo cayó al recio golpe de la invasión de los bárbaros, excepto la Iglesia y lo que en ella se apoyaba. ¿Qué se hizo de los generales del imperio, de sus ejércitos, de sus fortalezas? ¿Qué de los magistrados y de su autoridad? ¿Qué de la legislación y del sistema administrativo? Todo se dispersó, se hizo trizas cual endeble red que se opusiera al robusto empuje de un enorme cetáceo, y los hijos del Aquilón, sentados en un campo de trofeos, de ruinas y de sangre, no vieron en rededor suyo otra cosa en pie que los altares, ni otras armas que no hubiesen quebrantado sino el báculo de los obispos. ¿Qué indica este fenómeno? Indica el firme establecimiento que a la sazón tenía ya en España la religión católica, muestra que no era una cosa postiza importada por los emperadores cristianos, que no había menester el sostén de la política, y que cuando le faltase el asilo material podía encontrar otro más seguro en el corazón de la mayoría de los españoles. La sangre de los mártires, tan copiosamente vertida en nuestro suelo durante las persecuciones de los emperadores gentiles, no había quedado estéril, y cuando la caída de la Señora del mundo dejó huérfanos los pueblos, abandonados a sí mismos, expuestos a ser víctimas del primer conquistador, cuando la España se vió inundada con las sucesivas irrupciones de las hordas del Norte, mostró la Iglesia nueva pujanza y brío, dominando con increíble serenidad la desencadenada borrasca. ||

Asombro causa ver entonces la influencia del clero, cuál se conserva, cuál se extiende y arraiga, a pesar de faltarle el apoyo que encontraba en la trabazón del imperio romano, y no obstante las contrariedades y persecuciones que tuvo que sufrir de la herejía arriana, dominante a la sazón entre los pueblos conquistadores. Cuánta debía de ser, aun bajo el dominio de dicha herejía, la influencia católica, échase de ver por los acontecimientos de la historia contemporá-

nea, bastando a convencer de esto la para siempre memorable conversión de los godos, pues que no era posible, atendido el curso ordinario de los acontecimientos, que se verificase de una manera tan repentina como satisfactoria, en no suponiendo que la influencia del clero católico había tenido de antemano tal incremento y granjeádose tal ascendiente que, predispuestos muy favorablemente los ánimos, no se necesitó otra cosa que la voluntad y determinación del monarca para operar en el pueblo un cambio tan fundamental y extraordinario.

Después de tan feliz y trascendental mudanza encuéntrase la influencia del clero tan pujante y dominadora, que así el trono como los magnates, como el pueblo, todos a una están pendientes de los labios de aquellos grandes obispos que, mientras sostenían y arreglaban la disciplina eclesiástica, creaban una gran nación, formando una sola masa de vencedores y vencidos, realzando y ennobleciendo a los pueblos conquistados, que, enflaquecidos poco ha con una civilización muelle y caduca, tenían su frente hundida en el polvo y su corazón pegado a los goces brutales; amansando y civilizando a los bárbaros conquistadores, orgullosos de sus triunfos, y que conservaban todavía una buena parte de aquellos hábitos feroces que trajeran de sus selváticas guaridas, y fundando de esta suerte una monarquía tan grandiosa y espléndida que, si bien cayó al empuje de la invasión sarracena, presentó el inaudito fenómeno de renacer de sus ruinas más poderosa y brillante que no fuera en los tiempos de su antigua gloria.

Magnífico cuadro nos ofrecen las asambleas de Toledo ocupándose con profunda sabiduría en los negocios de la Iglesia y del Estado. Disputase algunas veces si eran Concilios o Cortes generales. ¿Qué importa el nombre si estamos de acuerdo en lo que él significa? Si eran Cortes cuando se ocupaban de los negocios civiles, estaban dirigidas por los obispos de tal suerte, que no se descubre ni una centella de inteligencia que no salga del seno de la Iglesia, ni un elemento de fuerza que no se apoye y radique en las doctrinas y el ascendiente de la Iglesia; no se ve que la sociedad dé un solo paso no recibiendo la dirección y el impulso de la misma Iglesia. Ella asegura a los monarcas sus prerrogativas, los rodea de prestigio, robustece su autoridad y garantiza la inviolabilidad de sus personas y familias; ella protege los derechos de los pueblos, señalando un límite a las facultades de los monarcas y empleando su poder y sus riquezas para oponer un dique a la tiranía y a la opresión, amparando al desvalido y sosteniendo al débil; ella reforma la legislación, aprovechándose a la verdad de las luces del Derecho Romano, pero haciendo uso sobre todo

de las sublimes máximas contenidas en el divino código del Evangelio; ella, por fin, hace de cien y cien pueblos un gran pueblo, creando ese espíritu de nacionalidad que, fugitivo de las orillas del Guadalete y guarecido en la cueva de Covadonga, se mantuvo tan || entero, tan compacto, tan uno, que, sin arredrarse por el colosal poderío de la media luna, peleó por espacio de setecientos años, sin desfallecer, sin cejar, sin darse por contento y satisfecho, hasta que hizo ondear el pendón cristiano en los torreones de Granada.

Repetidas veces se ha observado que la civilización española presenta un carácter peculiar que la distingue de las del resto de Europa, y con bastante generalidad se designa como una de las principales causas de este fenómeno la política que ha dominado en nuestro país desde los Reyes Católicos, y muy particularmente desde el entronizamiento de la Casa de Austria. Se ha culpado inexorablemente a nuestros monarcas por haber dejado que tomara tanto incremento la influencia del clero, no imitando la conducta de los gobernantes de otros Estados, que procuraron con todas sus fuerzas abatirla y quebrantarla. Sin entrar ahora en discusiones ajenas de nuestro objeto, cuales serían las en que se examinase el curso de la civilización española durante los tres últimos siglos, observaré a los que tanto insisten sobre los pretendidos desaciertos de dicha época que olvidan de una manera extraña la historia de nuestro país cuando señalan como propio y característico de uno de los períodos de ella lo que es general a todos desde la invasión de los bárbaros. La rápida ojeada que acabamos de echar sobre los principales acontecimientos que se realizaron desde la caída del imperio romano prueba hasta la evidencia la exactitud de esta observación, pero se la puede apoyar más y más cotejando nuestra historia con la de otras naciones.

En efecto, después de la invasión de los pueblos del Norte, si bien fué general la influencia de la Iglesia en || suavizar las costumbres de los conquistadores, en mejorar la suerte de los conquistados y en conducirlos a unos y otros por el camino de la civilización, en ninguna parte se nota que fuese tan eficaz y dominante la acción religiosa como en España; en ninguna parte se ve surgir de en medio del caos una nación tan grande y poderosa dirigida exclusivamente por obispos. Dad una mirada a las regiones del Norte, y veréis que allí prevalece el elemento bárbaro de una manera muy particular, resultando que la organización social se resiente de él en todas sus partes. Las costumbres feroces, la legislación con los caracteres de la barbarie, la fuerza de las armas erigida en árbitro de todo, después el feudalismo en todo su auge y en toda su dureza, en una pa-

labra, la sociedad de los pueblos conquistadores, bien que algún tanto modificada por la acción del tiempo, por el cambio de situación y, sobre todo, por el suavizador influjo de las ideas religiosas.

En el Mediodía de la Francia, y particularmente en Italia, se nota que los restos de la sociedad romana obran muy poderosamente sobre los de los pueblos invasores, verificándose, como era muy natural, que la civilización antigua se despegase más difícilmente de un suelo donde alcanzara mayor arraigo. Por de pronto, no dejaba de ser útil que la organización romana sobreviviese en Italia a la ruina del imperio, puesto que el gobierno y la administración son una de las primeras necesidades sociales, pero andando el tiempo se palpó cuán poco sirve para crear nada grande y duradero todo lo que lleva en su propio seno la caducidad y la muerte. Jamás llegó la Italia a organizarse de manera que pudiese formar una gran nación: ora bajo la fluctuación de los pueblos || invasores, ora bajo la tiranía de los emperadores de Alemania, ora bajo la anarquía de las repúblicas, ora bajo la prepotencia de la dominación española o el protectorado de la Casa de Austria, siempre ha mostrado la misma impotencia para formar un gran pueblo que figurase en la línea de las potencias europeas. Quizás, y por más aventurada que sea esta conjetura, quizás la causa de este fenómeno podría encontrarse en las excepcionales circunstancias que se combinaron en aquel país, para que después de la invasión no pudiese prevalecer con decisiva preponderancia ninguno de los elementos que se hallaron confusos y revueltos en la cuna de la civilización europea.

No sucedió así en España, donde el principio religioso adquirió desde luego tanta pujanza y predominio, que lo sometió todo a su acción, creando una sociedad enteramente nueva y conforme, en cuanto lo permitían los tiempos, a la enseñanza de la religión cristiana. La legislación emanada de los concilios de Toledo se ha granjeado un renombre inmortal y los amantes de la filosofía de la historia le han hecho cumplida justicia, sean cuales fueren las prevenciones que hayan abrigado contra la religión y el clero. Desde aquella época la influencia religiosa ha figurado en primer puesto en la historia de nuestra patria, y las vicisitudes de tantos siglos no han bastado a borrar de la monarquía española el carácter que se le imprimió en la cuna.

He aquí dónde buscarse debe la primera causa de que entre nosotros haya figurado siempre en primera línea el elemento religioso, y de que el feudalismo no haya tenido el arraigo y el poderío que en otras partes, y que la nobleza, las municipalidades y demás instituciones democráticas || y la monarquía misma hayan ofrecido un sello propiamente

español y que, más o menos semejante al de otros pueblos, se haya siempre conservado de manera que nunca pudiese confundirse ni equivocarse.

Recorred toda la historia de España, y observadla en sus diferentes períodos, en sus variadas faces, y nada encontraréis que sea general, uno, capaz de formar un espíritu de nacionalidad, sino la religión. Todo se modifica, cambia y a temporadas desaparece, excepto la religión; el poder de los reyes sufre alternativas; la aristocracia las tiene también; la democracia a veces no existe, a veces se muestra pujante y amenazadora; los diferentes pueblos y estados cuyo agregado forma la monarquía española se rigen por diferentes leyes, usos y costumbres; en nada se parecen en hábitos, en idiomas, en inclinaciones; nada veréis que pueda unirlos, ligarlos, hacer de ellos una nación de hermanos, sino la religión; sólo ella se conserva intacta, invariable, una, al través de tantos trastornos, mudanzas y variaciones; sólo ella domina esa multiplicidad de elementos que difícilmente se avienen y que a veces hasta se rechazan; sólo ella triunfa de tantos obstáculos como se oponen a la creación de una verdadera nacionalidad, llegando a presentar al mundo asombrado la gigantesca monarquía de Fernando e Isabel.

Con la irrupción de los bárbaros desaparece la dominación romana; la sociedad española se halla entregada a la más espantosa anarquía, quedando en confusa mezcolanza conquistadores y conquistados, sin más ley que las armas, sin más instinto de gobierno que la ambición de cien caudillos, sin más objeto en los dominadores que la posesión y el repartimiento de la pingüe herencia que || había sido su presa; y he aquí que se presenta la religión como astro refulgente en pos de noche tenebrosa, y bastan sus solos resplandores para formar la monarquía goda, que no tiene igual en aquella época. Las armas sarracenas invaden el territorio español, las orillas del Guadalete miran cuál perece en el infausto trance la flor de nuestros guerreros, el monarca mismo no ha podido salvarse, y con su muerte expira la monarquía. Nada se opone a la triunfante marcha de las huestes de Muza, nada defiende a los pueblos cristianos de la repentina acometida de los nuevos invasores; todo se ha perdido y no queda otro remedio que doblar humildemente la cerviz bajo la cimitarra de los sectarios de Mahoma.

¿Quién puede resistir a tamaña catástrofe, quién podrá ni siquiera concebir el pensamiento de que sea dable reorganizar la monarquía cristiana, rescatar los pueblos que gimen bajo la esclavitud sarracena, expulsar a los conquistadores y pasear triunfante el pendón cristiano en toda la circunferencia de la Península? Caber podía únicamente

en el principio religioso toda la fuerza y brío necesarios para arrojarse a tamaña empresa, y sin la firme esperanza en el Dios de los ejércitos los héroes de Covadonga, refugiados en lo más áspero de las montañas, en reducido número, sin recursos de ninguna clase, no pudieran sin arredrarse dar una ojeada a la España, ocupada por innumerables enemigos, en el apogeo de su gloria y poderío, dominadores del Oriente y del Occidente; no pudieran, repetimos, tener bastante aliento para empeñarse en tan desigual lucha; no pudieran decir a los numerosos ejércitos que los asediaban por todas partes: «Nosotros os venceremos en cien y cien combates, || transmitiremos a nuestros hijos la obligación de haceros incesante guerra, y nuestros descendientes llegarán un día a expulsaros de un suelo que habéis usurpado y que profanáis con vuestra presencia.»

No conocemos en la historia de la humanidad un hecho semejante al que acabamos de indicar; nada más a propósito para dar a comprender cuánta es la fuerza y energía entrañadas en el principio religioso-católico; nada que retrate más al vivo de cuánto es capaz un pueblo que posea este precioso tesoro. Un entusiasmo pasajero, un arrojo de algunos instantes, bien se concibe que puede dimanar de muchas otras causas; pero la decisión de un pueblo entero por espacio de ocho siglos, la transmisión hereditaria del valor y de la constancia, pasando de generación en generación como el más sagrado patrimonio, esto no puede nacer sino de un principio religioso: a tanto heroísmo no alcanza un pueblo a quien no impulsan otros motivos que los intereses de la tierra, a quien no sostiene otra esperanza que la fundada en los recursos humanos; sólo se elevan a tanta altura aquellas naciones que miran al cielo declarado en su ayuda, que no confían en el número ni en el valor de los combatientes y que simbolizan sus creencias en una enseña tan denodada como sublime: *Santiago y cierra España.*

Durante este largo período se presenta tan de bulto la religión dominando todos los otros elementos, que apenas se descubre alguno que no esté bajo su dependencia. La idea grande, fuerte, general que impulsa la nación entera en la lucha contra los moros es la religión cristiana. Por ella hacen la guerra los reyes; por ella combaten como héroes los magnates; por ella se arroja || a la muerte la turba popular, invocando la protección del cielo; por ella no se repara en peligros de ninguna clase cuando se trata de abatir el estandarte odioso, cuya presencia en la Península se considera como un continuado ultraje a la enseña de los cristianos. ¿Queréis apreciar debidamente el espíritu de aquella época; deseáis comprender las causas que engen-

draron tanto heroísmo, trayendo una completa victoria a pesar de tantos obstáculos como oponían la tenacidad, el valor y la abundancia de recursos de los sarracenos? No andéis disecando con el aliento de una crítica indiferente y fría los acontecimientos históricos y las leyendas populares; no os detengáis a examinar minuciosamente las más pequeñas circunstancias, cotejando escrupulosamente las fechas con el prurito de sorprender en fragante error la candidez de un cronista; reservad estos estudios para cuando os propongáis simplemente la exactitud histórica, pero no os dejéis preocupar demasiado de ellos cuando sean vuestras miras más elevadas, más vastas, teniendo por blanco no la cronología y el minucioso rigor de los acontecimientos, sino el formaros una idea clara y viva del espíritu que los producía y animaba. Entonces no serán a vuestros ojos cosas despreciables las leyendas prodigiosas en que se cebara la credulidad del pueblo, no miraréis como cosa de poco valer los sencillos cantares con que el cristiano vencedor se solazaba en sus triunfos recordando las gigantescas victorias en que se inmortalizaran sus progenitores, no serán insignificantes a vuestra vista las narraciones de los portentos con que el cielo, tomando parte en la lucha, se complacía en alentar a los fieles decidiendo en su favor encarnizadas batallas; hallaréis en todo esto, sean cuales fueren || vuestras creencias religiosas y vuestras opiniones históricas, un abundante caudal para formar juicio acertado sobre un período de la historia de España que bien merece figurar entre los más grandes y extraordinarios que se admiran en los fastos del humano linaje.

Se os ofrecerá la influencia religiosa en todas las faces de dicho período, dirigiéndolo todo, dominándolo todo. Quitad al sacerdote del lado del guerrero, y veréis cómo el brazo de éste se enerva, desfallece, cae; apartad a los obispos del consejo de los reyes, dejad que no se vea en la ciudad que van a conquistar la futura purificación de una mezquita, la restauración de una catedral, el restablecimiento de la religión, la libertad de los fieles que gimen bajo el yugo mahometano, y hallaréis que los monarcas no acometen la guerra, no piensan siquiera en ella, y, tranquilos ante el pendón enemigo que les está amenazando, inclinan de nuevo sus cervices bajo la prepotencia musulmana, apagándose el fuego del santo entusiasmo que se alumbrara allá en la misteriosa cueva donde se refugiara el invicto Pelayo. ¿Qué más? Si en el pueblo bajado de las montañas de Asturias y que avanza intrépido hacia las orillas del Mediterráneo prescindís un instante de la influencia religiosa, aquel pueblo desaparece, se disipa como un vano fantasma, porque carece de vida, de alma, y su exis-

tencia misma fuera una anomalía inexplicable, supuesto que, faltando el motivo religioso que le mueve y empuja, ni aun concebirse cabe cómo pudo venirle a la mente la idea de empeñarse en lucha tan desigual y cómo no prefirió el resignarse tranquilo a sobrellevar el yugo bajo el cual se habían doblegado tantas otras naciones y del que no se había || podido substraer la inmensa mayoría de sus hermanos en el resto de la Península.

Mucho nos engañamos si no se halla en la historia de este período otra de las razones del ascendiente que en los tiempos sucesivos ha tenido la religión entre nosotros, supuesto que no es dable que se borren tan fácilmente en un pueblo las ideas, los sentimientos, las costumbres, los hábitos que, arraigados desde antiquísimas épocas, se han estado sellando con sangre vertida en los combates por espacio de ocho siglos. Fuera de desear que no se olvidaran de esta reflexión cuantos estudian y escriben nuestra historia y que se persuadiesen de cuán grave desacuerdo es, no diremos el separar de ella la religión, pero ni siquiera el tratarla con desconfianza o mirarla con desvío, que esto equivale a falsear dicha historia, a dejarla sin vida, a borrarla.

Decidida completamente en favor de los cristianos la victoria con la conquista de Granada, y formado el gran cuerpo de la monarquía española por la reunión de las dos coronas en el enlace de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla, desplegóse la influencia religiosa con el vigor y lozanía que era de esperar en pos de tan señalado triunfo; ni a eclipsarla alcanzaron los deslumbrantes resplandores de la soberbia diadema donde se engastaban cual piedras de inestimable valor los dominios de nuevas provincias y nuevos mundos. Sosteníase con dignidad al lado de tanta grandeza, acrecentándose si cabe con el homenaje y acatamiento que le rendían los poderosos monarcas, tendiéndole amistosamente la mano, hasta en los negocios civiles y políticos, en ademán de solicitar su apoyo y de aprovecharse de sus fuerzas. No ignoramos cuánto se ha dicho pretendiendo probar || que la influencia religiosa fué en aquella época bajo diferentes aspectos altamente dañosa y funesta; no nos empeñaremos en una cuestión que en otro escrito llevamos ventilada y en cuya continuación la ventilaremos todavía más; sólo nos proponemos recordar el hecho, consignarle aquí, para que figure como le corresponde en el bosquejo que de la influencia religiosa vamos rápidamente trazando.

Mucho podría decirse sobre la influencia del clero en los últimos tiempos, comenzando a contarlos desde el principio de la revolución en 1808; pero como éste es un hecho que nadie ignora y en cuya existencia todo el mundo con-

viene, por más discrepancia que haya en los juicios que se forman sobre su naturaleza y efectos, y, por otra parte, proponiéndonos examinarle más detenidamente en uno de los próximos números, nos dispensaremos de darle cabida en este artículo, mayormente cuando notamos que ya va tomando mayor extensión de la que le hubiéramos señalado. No queremos, empero, concluirle sin detenernos algún tanto sobre otra de las causas que, según hemos indicado, contribuye a proporcionar al clero católico tan duradera y poderosa influencia.

Dijimos que, a más de la independencia en el ejercicio de las funciones religiosas, tenía este clero la particularidad de mantener con la conciencia y la vida entera de los fieles una comunicación más continua de lo que haya tenido otra religión cualquiera con la de sus respectivos sectarios. Comprenderemos mejor este carácter del catolicismo examinando por separado las varias y principales causas que a formularle contribuyen, y que, en nuestro concepto, pueden reducirse a las siguientes: ||

1.ª Unidad y fijeza del dogma.

2.ª Decisión, declaración y enseñanza del mismo dogma, exclusivamente reservadas al clero.

3.ª Sabia organización de la jerarquía eclesiástica.

4.ª Nervio de la disciplina.

5.ª El celibato del clero.

6.ª Vigilancia sobre las costumbres de los fieles y el sistema de predicación.

7.ª Esplendor y magnificencia del culto.

8.ª Los sacramentos, y en particular el de la penitencia.

Procuraremos declarar con la claridad y precisión posibles los indicados puntos, señalando a cada cual la parte que le corresponde en crear esa influencia del clero católico, objeto de tan continuadas invectivas de los enemigos de la Iglesia. De esta suerte se echará de ver que lo que se atribuye a intrigas mezquinas está radicado en la misma naturaleza de las cosas y es independiente de la voluntad de los hombres.

La demasiada extensión que ha tomado este artículo y la necesidad de dar cabida en este número a otras materias interesantes nos obligan a reservar para el siguiente la continuación de este asunto. ||

ARTICULO 2.°

Influencia religiosa del clero católico por su perpetua comunicación con el pueblo

SUMARIO.—Las causas de comunicación son las siguientes: Por la unidad y fijeza del dogma: la variabilidad de doctrina resta consideración a sus ministros. Por ser reservadas al clero la decisión, declaración y enseñanza del mismo dogma. Por la sabia organización de la jerarquía eclesiástica: las iglesias separadas desconocieron los principios de buen gobierno. Por el nervio de la disciplina. Por el celibato del clero: es un sacrificio en aras de la religión y de la salud de sus semejantes; el hombre que no tiene familia puede ser el padre de muchos; al hombre célibe se le abren con menos dificultad los secretos del alma; el celibato fortalece el temple del corazón y realza la dignidad del sacerdocio; si se quiere suprimir el celibato del clero es para abatir el más poderoso resorte de su influencia. Por la vigilancia sobre las costumbres de los fieles: la religión que se desentendiese de la moral sería una monstruosidad; ejemplo sacado del paganismo; la Iglesia católica quiere que las prácticas del culto vayan acompañadas de una sólida virtud; las declamaciones de muchos contra la relajación de la disciplina no son sino un arma de oposición; la predicación de la divina palabra perpetúa entre los hombres la práctica de la virtud. Por el esplendor y magnificencia del culto católico: es innata en el hombre la manifestación externa de sus pensamientos y afectos; el culto externo ha existido en todas las religiones. El culto de las imágenes y de los santos habla a nuestra imaginación. Por los sacramentos, y particularmente el de la penitencia: en este sacramento el sacerdote, además de juez, es médico; este sacramento ejerce un saludable influjo || en los espíritus angustiados. La ciencia en lo tocante a la religión y en los demás ramos del humano saber contribuye a realzar el prestigio del clero. Las riquezas que ha poseído no son causa, sino efecto, de su influencia. El divino Fundador de la Iglesia no escogió lo que era fuerte en el mundo, sino lo débil.

Señalamos en el número anterior las principales causas de donde dimanaba que el clero católico alcanzase mayor influencia sobre los fieles que no la tienen sobre sus respectivos sectarios los ministros de otra religión cualquiera, indicando una, cual es la incesante comunicación con la conciencia y la vida entera de los fieles, comunicación cuyos motivos encontramos en la unidad y fijeza del dogma, decisión, declaración y enseñanza del mismo, exclusivamente reservadas al clero; sabia organización de la jerarquía eclesiástica, nervio de la disciplina, celibato del clero, vigilancia sobre las costumbres de los fieles, sistema de predica-

ción, esplendor y magnificencia del culto, y en los sacramentos, particularmente el de la penitencia. Vamos ahora a examinar rápidamente cada uno de estos puntos, haciendo ver cómo se ligan con el principal que forma nuestro objeto.

Unidad y fijeza del dogma.—Esta propiedad característica de la Iglesia católica, y que en vano se buscaría en ninguna de las otras religiones, ha debido de contribuir sobremanera a proporcionar al clero católico una influencia sólida y eficaz dondequiera que haya podido establecerse esta religión divina. Cuando las creencias son diferentes, cuando varían a cada paso, cuando se las ve seguir el mismo flujo y reflujo de las opiniones humanas, teniendo por absurdo la generación de hoy lo que reputaba como verdad la generación de ayer, los ministros encargados de la enseñanza no pueden || presentarse a los ojos de los pueblos como enviados de Dios; y por más que procuren acreditar su misión con vanos esfuerzos, por más que se empeñen en pretenderse legítimos sucesores de los que los precedieron, traslúcese siempre la tosca trama de la obra del hombre cubierta con el velo de la hipocresía y de la mentira. Las preocupaciones, los hábitos, los intereses, la seducción, la violencia y otras causas semejantes sostendrán más o menos tiempo el dominio de la impostura, cerrando los ojos a los pueblos para que no reciban la luz de la verdad; la Providencia en sus inescrutables secretos tendrá reservado para época más o menos lejana el que las víctimas del engaño salgan de las tinieblas y sombras de la muerte, permitiendo al genio del mal que las mantenga largo tiempo en el error y no las haga salir de uno sino para precipitarlos en otro más funesto; pero los alucinados sectarios, por más ciegos que se los suponga, no dejarán de percibir algún tanto las inequívocas señales que siempre acompañan al error, no dejarán de sentir cuál se levantan repetidas veces en su espíritu vehementes sospechas sobre la verdad de lo que se les enseña, y no podrá menos de obrar a menudo sobre ellos la indestructible fuerza de aquel argumento: la verdad es una, lo que varía no es la verdad. La comunicación doctrinal entre el ministro y el fiel queda o rota o muy lastimada desde que la doctrina enseñada por aquél está sujeta a este ataque: serán a lo más un maestro y un discípulo, no un enviado del cielo y un hombre que recibe con acatamiento sus oráculos. Entonces las doctrinas y los motivos o razones en que se las apoya llegan con más o menos fuerza al entendimiento, producen más o menos convicción; pero no se engendra de esta suerte || la fe religiosa, no se cautiva el ánimo del oyente, no se le inspira aquella profunda veneración con la cual señoreado el es-

píritu se humilla a la presencia de Dios, que se digna comunicarle los arcanos que en los siglos anteriores comunicara también a otras generaciones. El ministro de la religión tendrá menos este carácter que el de un filósofo más o menos sabio, que el de un hombre de bien más o menos celoso de la salud de aquellos a quienes se dirige, cosas impotentes para dejar en el entendimiento y en la voluntad aquella impresión fuerte, duradera, que no se borra al primer soplo, que levanta al hombre a una esfera más elevada y le dispone para el ejercicio de aquellas virtudes cuya práctica vanamente se busca entre los que se atienen a medios puramente humanos.

¿Y qué veneración puede inspirar un ministro que viene llamándose sucesor de otros, y, sin embargo, enseña una doctrina muy diferente de la de éstos? ¿Qué importa que se apellide con el mismo nombre, que ocupe el mismo puesto, que disfrute las mismas prerrogativas y que la sociedad le haya otorgado las mismas ventajas? La veneración religiosa no pende de la voluntad de los hombres, no se prescribe con decretos, no se alcanza con vana ostentación, no se obtiene con el oropel de fascinadores títulos, ni se inspira con engañosas palabras; esta veneración, si ha de ser fuerte, profunda, permanente, necesario es que dimane de la verdad, constantemente enseñada, dado que éste es un carácter que no puede ser largo tiempo remedado por la astucia del hombre. Hállase en esto la razón de la consideración y respeto que en todas partes han inspirado a los pueblos los ministros de la religión católica, pues que su enseñanza || de hoy es su enseñanza de ayer, y ésta la de todos los siglos desde la fundación de la Iglesia.

Y ni aun allí se interrumpe la cadena de la tradición: el fiel que sigue atentamente al ministro de la religión en la enseñanza de los sagrados dogmas se ve remontar todavía más alto, se halla conducido a las épocas anteriores a la venida de Jesucristo; los principales acontecimientos que en las mismas figuran los mira enlazados con las verdades que se proponen a su creencia, y subiendo de generación en generación, de siglo en siglo, encuentra la cuna de la religión cristiana en los primeros tiempos de la creación, descubre el origen del misterio de la reparación en el misterio de la caída del humano linaje, y con esto al Hijo de Dios hecho hombre para satisfacer a la divina justicia y reconciliarnos con su Padre, y la fundación de la Iglesia, donde se conservaran las augustas verdades que Dios ha querido comunicarnos y donde se hallasen los medios por cuyo conducto se complace en inundar la tierra con los raudales de su gracia. Así la voz del ministro de la religión es el eco de la voz de los apóstoles, que enseñan lo

que oyeron de boca del mismo Hijo de Dios, quien a su vez era el cumplimiento de todas las profecías, la realización de todas las promesas, el término de todas las esperanzas, promesas y esperanzas que resonaron sin cesar en los anteriores tiempos, transmitiéndose de profeta en profeta como una seña misteriosa que se halla a cada paso en la carrera de los siglos para que el hombre pueda conocer los caminos de la infinita sabiduría.

El sacerdote católico no enseña lo que él ha inventado, sino que comunica lo que ha recibido; no es un filósofo, sino un enviado del Señor que lleva en una mano || el depósito que se le ha confiado, mostrando en la otra los títulos que justifican la legitimidad de su misión.

Pero esto no sería bastante a producir completamente el indicado efecto si todos los fieles tuviesen el derecho de decidir en materias de fe, y si el sagrado depósito anduviera en manos profanas expuesto a todo viento de doctrina. No se ligaría tan íntimamente la conciencia del fiel con la del ministro si el primero no se viese precisado a recibir del segundo la enseñanza y la explicación del dogma, y si en las dudas que pudiesen ocurrir sobre estas materias no estuviese pendiente de los labios del sacerdote, *custodios de la ciencia divina* y órganos e intérpretes de la ley.

Decisión, declaración y enseñanza del mismo dogma, exclusivamente reservadas al clero.—La constante separación que se ha hecho en la Iglesia católica entre los ministros y los fieles, quedando a cargo de los primeros el enseñar los dogmas y la moral y el resolver las dificultades que en este punto se suscitasen, ha contribuído sobremanera a ligarlos íntimamente, pues que no ha sido posible tener fe, ni, por consiguiente, pertenecer a la comunión católica, sin recibir de la boca del sacerdote continuas instrucciones. Esto engendra naturalmente la veneración hacia el ministerio religioso y establece una incesante comunicación entre los que dan y reciben la enseñanza. De la propia suerte que el simple fiel se halla en continua relación con su párroco, comenzando desde el catecismo que aprende en su infancia hasta los últimos consejos en la hora de la muerte, así las parroquias enteras se hallan ligadas con respecto a sus obispos, de quienes reciben el pan de la divina palabra, ora por pastorales, ora por instrucciones verbales, ora por || correspondencia epistolar; como todas las diócesis lo están con el Sumo Pontífice, a quien recurre el obispo siempre que alguna ocurrencia grave, alguna disputa reñida u otra causa cualquiera reclaman el auxilio de las luces de la Cátedra de San Pedro.

Para concebir cuánta es la fuerza de esa decisión y enseñanza de los dogmas en producir una comunicación in-

cesante entre la cabeza y los miembros, y entre los ministros inferiores y los superiores, figurémonos por un momento que cesa esta prerrogativa divina, y que no diré cada fiel en su conciencia, ni cada párroco en su parroquia, sino tan sólo cada obispo en su diócesis se halla con facultad de decidir irrevocablemente todas las dudas que se ofrezcan sobre un punto de moral o de dogma, sin que sea lícito apelar de este fallo al Sumo Pontífice; desde luego vemos desaparecer uno de los principales lazos que unen los miembros con la cabeza, desde luego se borran de la historia eclesiástica un sinnúmero de causas en que ha ejercido de una manera solemne la supremacía el sucesor de San Pedro, desde luego vemos que cesa la comunicación entre los obispos y el Papa y que el primado de éste pasa a ser un título honorario sin ningún efecto en la práctica. Porque bien claro es que, una vez roto el vínculo en lo tocante a los puntos de dogma, lo quedará también en cuanto a la disciplina, pues entonces se suscitaría al instante la cuestión sobre la potestad disciplinar y cada obispo podría resolver que es de fe que los obispos son árbitros supremos en el arreglo de sus diócesis respectivas y que las facultades ejercidas por los Soberanos Pontífices eran usurpaciones sobre los derechos del episcopado. Así se ligan en la Iglesia unos puntos con otros; así se encuentran || vínculos que muestran la dependencia de los miembros con la cabeza; así no es posible tocar en una parte del edificio sin que todo se resienta y amenace ruina.

Si esta anarquía resulta por sólo suponer que los obispos tuviesen, cada cual en su diócesis, un fallo irrevocable en materias de dogma y de moral, exclusivo de la autoridad pontificia, échase de ver adónde iríamos a parar si cada párroco lo tuviese en su parroquia, y, mucho más, cada fiel en su conciencia. Desde entonces quedan hechos trizas todos los lazos que unen al sacerdote con el fiel, porque faltando el primero, que es el derecho de enseñanza, desaparecen por necesidad los demás. Y ésta es la razón por que entre los protestantes ha debido aflojarse hasta tal punto la comunicación de los ministros con el pueblo; pues que, establecido el principio de la inspiración privada, o el del libre examen, que al fin a lo mismo se reduce, destruída enteramente la autoridad doctrinal, se han encontrado naturalmente los ministros al nivel de los simples legos, y las separaciones que se han querido introducir han tenido siempre escasa consistencia, como que se hallaban en flagrante contradicción con la primera base de la llamada reforma.

La sabia organización de la jerarquía eclesiástica, modelo de buen gobierno, donde se encuentran todas las garantías de orden con las debidas precauciones contra todo lina-

je de arbitrariedad, donde la multiplicidad y complicación de las relaciones se simplifica y desenlaza con la admirable unidad que les comunica su invariable centro, donde el fiel ve de una ojeada todos los trámites que ha de seguir para la aclaración de una duda o la resolución de un negocio, donde no se ve una autoridad || aislada que ose obrar por su capricho, sin que se pueda exigirle la debida responsabilidad ante un legítimo superior, subiendo de unos a otros jueces hasta llegar al Sumo Pontífice, que ha recibido su autoridad del mismo Dios; esta organización, repetimos, ha hecho del clero católico ese cuerpo tan compacto, tan uno, cuyo semejante en vano se buscaría en todas las demás corporaciones que han existido. Desparramada por todo el universo la Iglesia católica, hubiera sido víctima de la más espantosa anarquía a no estar dotada por su divino Fundador de una organización tan robusta. La violencia de las pasiones, el choque de los intereses, los amaños de las intrigas, la desidia en el cumplimiento de los deberes, hubieran bien pronto destruído, enflaquecido, dividido ese inmenso cuerpo, que por su propia naturaleza se halla expuesto más que otro alguno a la acción disolvente de innumerables elementos. La Iglesia combate sin cesar la vanidad del sabio, el orgullo del poderoso, la sed de la codicia, el furor de la venganza; y no dejando en reposo ningún vicio, ya que no pueda extirparle, va cuando menos a turbar la falsa paz del vicioso lanzándole el aguijón del remordimiento. ¿Qué le hubiera sucedido, qué hubiera sido de ella a no estar tan firmemente constituída por la misma mano del Todopoderoso? No, no habría podido continuar en esa comunicación con la vida entera del fiel, no se habría podido dirigir incesantemente a su conciencia, sino que bien presto se la rechazara como un estímulo importuno y se desatendieran con desdén sus santas amonestaciones. Pero ahora cuando el simple párroco corrige no es él quien lo hace, sino la Iglesia; cuando se entromete en algún negocio grave no lo hace de autoridad propia, sino || con autoridad de la Iglesia. En pos del párroco ve el fiel al obispo, y en pos del obispo, al Sumo Pontífice, y alrededor del Sumo Pontífice, la Iglesia universal, y la tradición de todos los tiempos, y la autoridad de los concilios, y el voto de los Santos Padres, y la práctica de los Santos, y todo ordenado, compacto, ligado, sin que en ninguna parte divise al hombre solo, el dictamen de la razón aislado, el predominio de la voluntad individual, sino en todo el cuerpo místico formado por Jesucristo, nutrido con los méritos de su preciosa sangre, amaestrado por sus santísimas doctrinas, guiado por sus consejos, rebosante del calor y de la vida de las lenguas del Cenáculo, y sostenido milagrosamente por el poder de la diestra del Eterno.

Así, ocultándose a los ojos del hombre la acción de otro hombre, sólo se le presenta la acción de la Iglesia, o, mejor diremos, la acción de Dios, y ni se encuentra humillado en la sumisión ni envilecido en la obediencia, porque se cumple de un modo admirable la condición necesaria para facilitar la obediencia y hacer espontánea la sumisión, cual es, el que no se halle el hombre en presencia de otro hombre y obligado a someterse a la simple razón, a la sola voluntad de otro de sus semejantes, sino que en aquel que enseña, decide o manda vea la personificación de un poder superior, de un grande interés o de un gran principio, o lo que vale más que todo, un representante del mismo Dios. Esto se verifica en la Iglesia católica: jamás desde el último ministro hasta el Soberano Pontífice habla nadie en nombre propio: el encargado de la más obscura capilla es el *vicario* de su legítimo superior y el sucesor de San Pedro él es el *vicario* de Jesucristo. Así hay una unidad || admirable en medio de la más complicada multiplicidad; así las partes no se confunden, no se embarazan, no se chocan, sino que, obrando en la mayor armonía, funcionan cada cual en su puesto, llenando el objeto de su santo instituto y cumpliendo los designios del divino Fundador.

Las iglesias separadas, quebrantando esta unidad y destruyendo la jerarquía, desconocieron los eternos principios de todo buen gobierno y se privaron de los medios para influir sobre el ánimo de los pueblos. Vano es que se llamen iglesia; falta la unidad, y no son una iglesia, sino muchas iglesias; falta la conveniente dependencia de los ministros, falta un punto céntrico de donde pueda dimanar la eficacia del influjo sobre la conciencia de sus subordinados. Niegan la divina institución de la ordenación sacerdotal, conceden el sacerdocio con más o menos restricción a la generalidad de los fieles como cosa que de derecho les corresponde, se burlan de la jerarquía y la miran como una invención de los hombres, otorgan a todo el mundo el derecho de interpretar la Biblia y, por consiguiente, la ilimitada facultad de decidir en materias de dogma y de moral como mejor parezca. ¿Qué puede resultar de una organización y sistema semejantes, o, mejor diremos, de la falta de todo sistema, de toda organización? Dígalo la experiencia de cada día, dígalo la historia de los tres últimos siglos.

El nervio de la disciplina ha debido, por consiguiente, ser cosa desconocida entre los protestantes, y, dejando aparte las virtudes más o menos severas que hayan podido encontrarse en algunos ministros de la pretendida reforma, y la mayor o menor asiduidad con que se hayan dedicado al ejercicio de sus funciones, puédese, no obstante, || asegurar que la disciplina como tal no ha existido ni es dable que

exista en las iglesias disidentes: no hay disciplina sin autoridad, ni autoridad sin jerarquía, ni jerarquía sin cabeza. En la Iglesia católica ha sucedido todo lo contrario: hasta en aquellas épocas cuya turbación traía consigo el trastorno de las ideas y el olvido de los deberes no careció nunca de disciplina; a veces se la desatendía, se la conculcaba; mas por esto no dejaba de existir, no faltaba quien la proclamase, quien protestase contra las infracciones, quien alzase enérgica voz para demandar la extirpación del mal y el castigo de los culpables. Particularidad notable que sólo en la Iglesia católica se encuentra, el que nunca la ley sea tan impunemente hollada que no se adelanten ánimos esforzados a defenderla; el que la ley nunca sea tan abatida que se la fuerce a la prostitución doblegándose a las insaciables exigencias de las pasiones. En la Iglesia la ley a veces se quebranta, pero no se doblega; el mismo legislador obra quizás mal, pero legisla bien; por un efecto de la debilidad humana no está exento de ser injusto en algunas de sus obras, pero aun en este lamentable caso proclama la justicia; desordenado en las costumbres, ensalza la pureza de la moral y la predica a la faz del mundo, aun a riesgo de hacerse subir él propio los colores al rostro, y sin temor a los poderosos, sin consideración a la humana flaqueza, sin indulgencia para sí mismo, muestra a todos los fieles la regla inflexible, sin curarse de que haya de resultar así más palpable este o aquel escándalo y excitar la execración de la conciencia pública. Aun en los tiempos más calamitosos de la historia eclesiástica notamos un constante movimiento en el seno de la Iglesia hacia una reforma que remediase los || males que la humana miseria había introducido. San Gregorio VII, San Bernardo, San Buenaventura eran los precursores de los padres del concilio de Trento. Por cuyo motivo los cristianos de una fe pura y de una intención recta no ven jamás en los males que a la Iglesia afligen una señal de que la haya abandonado el Espíritu Santo, ni creen necesario destruir para reformar, ni que sea menester poner otros cimientos de los que puso el divino Arquitecto; pues que, a más de las indefectibles promesas de Este, ven siempre que la llama del Paracleto no se ha extinguido aún, que el fuego sagrado arde todavía en el santuario, y que debajo del Tabernáculo se conservan intactas y enteras las Tablas de la Ley. La disciplina se relaja, la autoridad parece dormirse, pero los centinelas de Israel no se entregan juntos al sueño; hay algunos que están velando y que recuerdan a los demás el sagrado deber que les incumbe de custodiar con temor santo los celestiales tesoros de la Casa del Señor. O reunidos en concilio los obispos, o desparramados en sus diócesis, cumple el episcopado la mi-

sión que le encargó el Espíritu Santo de regir la Iglesia de Dios; si una niebla obscura parece ofuscar los entendimientos y la corrupción señorear las voluntades, si flotando a la merced de los vientos y de las olas la combatida navecilla amenaza con inminente naufragio, llenando de espanto a los que no tienen firme la fe y fijada en el cielo la esperanza, levántase Jesucristo para salvarla, manda a los vientos y a los mares, bastando su palabra para restablecer la bonanza. No se presenta El mismo, pero suscita hombres como Ildebrando, como San Bernardo, como San Carlos Borromeo, como San Ignacio de Loyola, y derramando sobre ellos los raudales || de su gracia renueva milagrosamente la faz de la tierra. Que sean los vicios de los fieles o de los sacerdotes, que el genio del mal haya conseguido llevar sus estragos a regiones las más elevadas, nada queda sin notar, nada sin reprender, nada exento del clamor de corrección y enmienda. Lo que hoy es el proyecto, el simple deseo de una caridad ardiente, se abre mañana paso en la legislación eclesiástica y forma uno de los artículos de la disciplina. Así, cuando circunstancias lamentables han ocasionado mayor o menor descrédito de los ministros de la religión amenguando los respetos y consideraciones de que se los rodeara, bien pronto con una reforma legítima se ataja la corriente del mal, se rejuvenece la autoridad del sacerdocio, se aumenta su ascendiente e influencia, restableciéndose más íntima, más afectuosa la comunicación entre el sacerdote y el fiel, reparándose de esta suerte los males que a la fe y a la moral se acarrearan con el alejamiento y la desconfianza. ¿Quién ignora los prodigios que en esta parte se realizaron en la Iglesia desde el siglo XVI? ¿Quién no sabe el profundo y saludable cambio que fué el inmediato efecto de la reforma hecha por el concilio de Trento?

El celibato del clero, tan combatido con ostentoso aparato de razones político-económicas, cuya futilidad han venido a demostrar los adelantos de la economía política, es un elemento tan precioso en el ministerio eclesiástico, que su desaparición relajaría de golpe los lazos de la disciplina, y entibiando la confianza y la intimidad con que los fieles están ligados con el ministro de la religión, y despojando su sagrado carácter de la santa austeridad que le embellece y realza, acabaría || por dejarle en la clase de los hombres honrados, y si se quiere influyentes, pero en grado muy poco superior al que le granjearían sus calidades personales. No tratamos aquí de examinar a fondo esta cuestión, cuya inmensa importancia reclama por cierto mayor espacio del que los límites de un artículo consienten; sólo nos proponemos tocarla rápidamente en lo que concierne el celibato a proporcionar mayor influencia al clero católico, facilitan-

do la comunicación de la conciencia de los fieles con la de los ministros, e inspirando aquella veneración y confianza indispensables para que las funciones sacerdotales puedan ser ejercidas cual cumple a la alta misión de su instituto.

Por de pronto, échase de ver a la primera ojeada que es el celibato un sacrificio en las aras de la religión y de la salud de sus semejantes, emblema sublime del desprendimiento que acompañar debe el ministerio eclesiástico, pues que encierra nada menos que la rigurosa obligación de una virtud cuya práctica no fué prescrita en el Evangelio más que por vía de consejo, y de la que hablando la Sagrada Escritura nos la pinta como uno de los rasgos característicos de la vida angélica.

Aquella completa abstracción de los placeres sensuales, aquella ilimitada renuncia de sentimientos tan gratos al corazón humano, cuales son los que resultan de la formación de una familia y de la esperanza de sobrevivir en la prosperidad, desligan en cierto modo de las cosas terrenas y consagran a las celestiales el hombre entero. No se albergan entonces en el ánimo la solicitud y los cuidados que consigo trae el ser cabeza de familia, y, en cambio, hállase el espíritu más libre, más expedito para ocupar sus pensamientos y deseos en objetos de || mayor importancia, de un interés más trascendental, y para acometer empresas que arredren por sus peligros o desalienten con la exigencia de sacrificios dilatados y penosos.

¿Cómo se hubieran podido verificar los prodigios de las misiones católicas, si aquellos apostólicos varones se hallaran embarazados con el cuidado de mujeres e hijos? ¿Cómo fuera posible que llegaran a la sublime abnegación que nada reserva al hombre, que en nada repara, que por nada se detiene y que sufre con igualdad de ánimo la pobreza, las privaciones de toda clase, las más insoportables fatigas, los tormentos más exquisitos, la muerte más horrorosa? ¿Eleváronse jamás a tanta altura los misioneros protestantes? ¿Mostraron jamás tan heroico desprendimiento? ¿No es su primer cuidado, al llegar al punto de su destino, el proporcionar a sus esposas y familia una habitación decente y cómoda, y el no olvidar su propia fortuna en medio de sus predicaciones evangélicas? ¿Cuándo recabaron de sus neófitos igual admiración y entusiasmo, igual sumisión y obediencia, al que alcanzaron nuestros misioneros, que, sin oro para distribuir, sin poderosas escuadras para protegerlos, sin numerosos ejércitos para sostenerlos y hacerlos respetar, se presentan a los infieles no llevando otras riquezas que su breviario, ni más armas que su cayado, ni otros medios de persuasión que el ardor de su celosa palabra, y el

ejemplo de sus virtudes, y el escudo de una infatigable paciencia?

Por lo mismo que el hombre no pertenece entonces a ninguna familia, es, por decirlo así, el padre de todas, y viviendo en medio del mundo, solo y aislado como peregrino en tierra extranjera, representa mejor a Jesucristo, || quien, proponiéndose enseñarnos que el hombre debe anteponer las cosas del cielo a todas las consideraciones de familia, dijo: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Y que, extendiendo la mano sobre sus discípulos, continuó: «He aquí mi madre y mis hermanos, pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre.» (San Mateo, capítulo XIII.)

A un hombre que no está ligado con una mujer se le abren con menos dificultad los arcanos del corazón, y el fiel que lleva oculta en su pecho una aflicción angustiosa que quizás no osara revelar a sus más íntimos allegados, depositala sin el menor recelo en el ánimo del sacerdote, seguro de que no hará traición a la confianza quien no tiene más vínculos sobre la tierra que los impuestos por la ley de la caridad. ¿Cuántos secretos no se lleva al sepulcro el sacerdote que ha ejercido por algún tiempo las funciones de su ministerio en el sacramento de la penitencia? Y aun fuera de él, ¿cuántos son los delicados y espinosos asuntos que no salen del círculo de una familia sino para pedir consejo al ministro de Dios, o para constituirle medianero en circunstancias críticas? Los mismos que menos adictos se muestran a la religión, los mismos que quizás se desatan en más acerbas injurias contra el clero, no reparan, y esto lo enseña la experiencia de cada día, no reparan, repetimos, en confiar a un eclesiástico los más hondos socretos, sobre todo si son éstos de tal naturaleza que demanden un depositario discreto y caritativo, a propósito para buscar remedios o proporcionar consuelos. Se nos habla a veces de la dulzura de los sentimientos paternales, de la influencia que ellos pueden ejercer sobre || el carácter, pero no se advierte que los sentimientos que han de obrar en el corazón del ministro de Dios no es necesario ni tampoco conveniente que tengan aquella sensual ternura, que, si bien es muy a propósito para cumplir en el recinto de la familia los fines destinados por el Autor de la naturaleza, no se adaptan, sin embargo, a la elevación y austeridad de las funciones en que se ha de ocupar el sacerdote. La caridad es tierna, afectuosa, mas no débil ni liviana; descendida del cielo, tiene por objeto al mismo Dios, y cuando reside en el alma, no tiene su morada en la región de los sentimientos terrenos, sino en la voluntad superior, en lo más elevado del

espíritu. Se alegra con los que se alegran, pero su alegría es en el Señor; llora con los que lloran, pero sus lágrimas las ofrece al Señor; quiere el bien de todos los hombres, los estrecha a todos en sus brazos, los socorre en sus necesidades, los alivia en sus penas, pero todo para llevarlos a la eterna bienaventuranza, todo para purificarlos en esta vida y hacerlos dignos de sumirse en la otra, en un piélago infinito de luz y de amor.

Estos deben ser los sentimientos del sacerdote: hijos de la caridad, animados por la caridad, guiados por la caridad: que nada ofrezcan de mundano, de sensual, que en nada se asemejen a los que se fundan en motivos puramente humanos y que, aun en medio de su condescendencia, dejen entrever el cumplimiento de aquellas palabras del Apóstol: «Todo para todos para ganarlos a todos.»

Suponed que se llama para consolar a la esposa que acaba de perder el apoyo de su debilidad y el objeto de su ternura conyugal, al padre a quien una muerte prematura arrebató el orgullo de su juventud y la esperanza || de su vejez. ¿Cuál es en estos casos el papel que en la triste escena le corresponde al ministro del santuario? ¿Llorando con los que lloran, deberá hacerlo de tal suerte que también muestre participar de aquel abatimiento que desalienta y postra, imitando a las personas a quienes se propone consolar? ¿Asentaríale bien, por ventura, que al través de la tristeza pintada en su semblante se trasluciesen sentimientos puramente humanos con la debilidad y desfallecimiento que en tales casos los acompaña? No, por cierto: en aquella ocasión solemne no va a consolar dando rienda suelta al dolor y aliviando la pena con sólo compartirla, sino que va a confortar con los grandes pensamientos que en el seno de la religión se ligan con la muerte. Dios, sus secretos designios, la necesidad de conformarse a ellos, lo breve de la separación que tanto aflige, las probabilidades de que el finado disfruta ya mejor vida, la próxima reunión de todos que en el seno del Dios viviente se ha de verificar en los abismos de la eternidad: he aquí los puntos sobre que han de girar las palabras del sacerdote, he aquí los pensamientos cardinales de donde ha de hacer brotar las consideraciones adaptadas al caso que le ocupa, he aquí donde buscar debe los consuelos que intenta proporcionar a la desolada familia.

Para ejercer dignamente estas elevadas funciones no es necesario que el sacerdote haya experimentado en toda su viveza las afecciones conyugales o del amor paternal, bástale un corazón sensible en que de algún modo vibren las mismas cuerdas que en los de los afligidos, y la misma diferencia que resulte de no estar su corazón ejercitado en aquel

género de emociones contribuirá a conservar a su alma un temple más fuerte, || que se acomodará muy bien con la santa resignación que deben respirar las palabras y las acciones de quien habla en nombre del cielo.

Dígase lo que se dijera: el instinto del humano linaje manifestado en las tradiciones de todos los tiempos y en la práctica de todos los pueblos, segregando más o menos completamente de los placeres sensuales a toda persona que debiera intervenir en el ministerio religioso, entraña una sabiduría tan profunda y delicada que sólo puede ocultarse a entendimientos ciegos o a corazones poco sensibles. En este punto, como en todos los demás, nos ofrece el catolicismo una prueba de su divinidad realizando de una manera más cumplida, más sublime, el pensamiento que en embrión se encuentra en las otras religiones; con esto nos da una nueva señal de que ha bajado realmente del cielo, cuando se manifiesta en plena posesión de todo lo verdadero y de todo lo bueno que, disperso acá y acullá, desfigurado de mil maneras, se encontrara en las tradiciones del género humano. Leed la historia religiosa de todos los pueblos, y en todos hallaréis algunos rastros de la unión del ministerio religioso con la abstinencia de los placeres sensuales, en todos notaréis alguna percepción de esta secreta armonía de la castidad del corazón con el ofrecimiento del sacrificio, y hasta en aquellos que divinizaron el placer y lo presentaron a la veneración humana bajo las formas más voluptuosas descubriréis alguna institución que protesta contra tamaño extravío, simbolizando más o menos a las claras esta idea, tradición, instinto, llámese como se quiera, que en medio de sus vicisitudes y aberraciones ha conservado la humanidad.

Pero reservado estaba a la Iglesia católica, enseñada || por el mismo Dios, el presentar en esto un tipo sublime elevando a precepto para un considerable número de hombres lo que en el Evangelio sólo se propone como un consejo, y el realzar de esta manera la dignidad del sacerdocio, obligándole a una privación que a los ojos de la humana sabiduría sólo pareciera posible para el heroico desprendimiento de algunos varones privilegiados. ¿Quién no conoce, mejor diremos, quién no siente cuánto mayor es la elevación, cuánta más la dignidad y majestad del ministro del santuario a quien al postrarse en el altar, orando por los pecados del pueblo, u ofreciendo al Todopoderoso un sacrificio de propiciación, se le contempla como un ángel que, sin lazos que le vinculen con ninguno de los objetos que hechizan a los demás hombres, ofrece al Dios de Sabaot un incienso puro, que sube al cielo mezclado con los afectos y las súplicas de un corazón sin mancilla? Si, apartándonos del ara sacrosanta, miramos al sacerdote en sus relaciones di-

rectas con los fieles, ora enseñando, ora reprendiendo, ora amonestando, ora comunicando las gracias celestiales por el conducto de los sacramentos, ¿no es su autoridad inmensamente mayor, no inspira mayor respeto, mayor confianza y veneración, si en la mente de los fieles no pueden encontrarse juntas las dos ideas de un ministerio tan augusto y la del símbolo de la hermosura, pero también del capricho y de la flaqueza? ¿Queréis representaros al vivo la influencia que tendría el matrimonio del clero en disminuir su ascendiente, en debilitar su influjo, en rebajar la veneración que a los fieles inspira? Tomad, por ejemplo, un gran santo. Imaginaos que veis a San Francisco de Sales, asiduo y fervoroso en la oración, arrobado en el acto || de ofrecer el augusto sacrificio, incansable en la administración del sacramento de la penitencia, desvelándose sin cesar para atraer al redil de la Iglesia almas descarriadas por el cisma protestante, socorriendo a los pobres, consolando a los afligidos, instruyendo a los ignorantes, consumiendo su vida entera en la tarea de la salvación de sus prójimos y en el ejercicio de las más austeras virtudes, y ofreciéndola a Dios como un holocausto en las llamas de purísimo amor. Decidme: cuando contempláis ese ángel de paz, esa lumbrera del mundo, esa víctima de la caridad, ese apóstol que se hace todo para todos para ganarlos a todos, cuando llenos de entusiasmo le tributáis los homenajes de vuestra admiración, decidme, repito: ¿quisiéraisle casado? «¡Oh!, no: ciertamente que no; ni quisiéramos, diréis, que se hubiera pronunciado este nombre que así disipa de un golpe la celestial visión en que estábamos embargados.» El santo obispo de Ginebra al lado de una mujer no fuera ya un ángel, no fuera un ser privilegiado que aparece sobre la tierra para consuelo y alivio de la humanidad, sino un hombre como los demás y a quien sospecháramos tal vez juguete de la debilidad o del capricho. Esto no son razones teológicas, no son argumentos de escuela, es una inspiración que arranca de lo más íntimo de nuestra alma, no es sólo la voz de la religión, es el grito de la naturaleza misma.

Vano fuera empeñarse en luchar con la evidencia de esta verdad; no necesita pruebas; es de aquellas a que se adhiere el corazón mucho antes que no las acepte el entendimiento. Y cuenta que estas verdades que así cautivan desde luego nuestro espíritu, señal es que encierran alguna fuerza intrínseca muy poderosa, dado || que bastan a producir un efecto instantáneo; señal es que expresan algunas relaciones delicadas que, aun cuando no se presentasen a nuestros ojos con entera claridad, no dejarían de ser muy positivas y de estar fundadas en la naturaleza misma de las cosas. En esta materia no deseáramos que los jueces fue-

ran filósofos, interesados quizás en torcer el fallo en contra de la verdad; no pocas veces la filosofía, a fuerza de analizar diseca, y de dividir y subdividir descompone y aniquila; pero no temiéramos la decisión, no recusaríamos la autoridad del simple buen sentido, aun cuando no anduviese acompañada de la fe. Las inspiraciones de un corazón no predispuesto a resistir los sentimientos más naturales y espontáneos fueran suficientes a resolver en nuestro favor la cuestión, y no dudamos que dondequiera que se la plantee prácticamente, como se hace a menudo en los países donde viven infieles, saldrá el catolicismo airoso en la demanda. No es necesario repetir lo que acabamos de notar parangonando las misiones católicas con las protestantes, pero un muy reciente ejemplo se presenció no ha mucho en la llegada de un obispo anglicano a Jerusalén.

Cuando el reverendo enviado por los ingleses recorría las calles de la ciudad santa, acompañado de su esposa, que a la sazón se encontraba en aquel estado que tan casta y delicadamente expresaban los periódicos ingleses por una frase que no habrán olvidado nuestros lectores, y el pueblo le andaba regalando duros guijarros, bien sentía aun la generalidad de los mismos infieles que el enviado de lord Palmerston estaba muy lejos de ser, como pretendía, sucesor de los Apóstoles y enviado de Jesucristo; bien sentía que el nuevo enviado || no era del número de aquellos que, encargados por el Salvador *de predicar el Evangelio a toda criatura, y de bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, marchaban a cumplir su misión habiendo renunciado antes a todo lo que poseían, negándose a sí mismos y crucificando su carne para confesar a Cristo crucificado.

Muy bien comprendían la fuerza del celibato religioso en aumentar la autoridad y la influencia del clero los enemigos de la religión católica, pues que unos, según dicen, por el celo de aumentar la población, otros para comunicar a los sacerdotes mayor dulzura y apacibilidad de sentimientos, quiénes para libertarlos de carga tan pesada, quiénes para hacerlos de costumbres más puras, todos, en una palabra, con miras altamente *filantrópicas*, se han empeñado en persuadir que debía borrarse de los artículos de la disciplina eclesiástica la ley del celibato; bien comprendían que en esta ley se encerraba uno de los más poderosos resortes de esa influencia que se proponían abatir, de esa autoridad que intentaban desvirtuar. Nosotros, empero, apoyados en la razón, en la experiencia, en lo que dictan los sentimientos más delicados del corazón humano, tenemos por acertadísima esta disciplina; mirámosla como un paladión que cobija la dignidad del clero, y juzgamos que la religión es

deudora de un incalculable beneficio a los Sumos Pontífices, que con firmeza apostólica se han opuesto a las exigencias de las pasiones, haciéndolas entrar con brazo fuerte dentro los límites debidos cuando amenazaron desbordarse.

En la actualidad gastan inútilmente el tiempo los enemigos de la Iglesia cuando le aconsejan que suprima || esa ley; lo que no pudieron conseguir la ignorancia, la corrupción y la confusión de los siglos medios, lo que no recabaran las declamaciones de los protestantes y de los filósofos en los tres últimos siglos, no es posible que se logre en adelante, mayormente quedando ya fuera de duda que el Aquiles de los argumentos con que se atacaba el celibato religioso, a saber, el daño que causaba a la población, es un miserable sofisma fundado en falsas suposiciones, desmentidas por los progresos de la estadística y las observaciones de la ciencia económica. Que por lo tocante a la influencia que pudiera tener el matrimonio en endulzar los sentimientos del clero, bien cierto es que mejor y más seguro efecto produce la caridad, con la cual se forman espíritus tan blandos y apacibles como son los de nuestros santos. No es, pues, el matrimonio lo que se ha de introducir, sino dejar a la Iglesia expedita su acción, para cuidar de la estricta observancia de los sagrados cánones, de suerte que se verifique una completa armonía entre la enseñanza y las obras. Lo que se ha de procurar es que a la Iglesia no se le quiten los medios para formar hombres dignos de tan alto ministerio y que no se la reduzca a inferior condición que las otras instituciones cualesquiera, privándola de los necesarios recursos para proveer a la instrucción de los jóvenes que se dedican a la carrera eclesiástica. Esto es lo que conviene; lo demás son insidiosos consejos que a nadie alucinan, palabras que de nada sirven, sino para poner en descubierto la insensata vanidad de los que se proponen enmendar la obra de Dios y substituir a sus santísimos y profundos designios los miserables proyectos del hombre. ||

Vigilancia sobre las costumbres de los fieles.—Ninguna religión ha prescindido completamente de la moral, y los que se han adelantado a decir que no debieran andar unidas la moral y la religión se han mostrado muy poco conocedores tanto de ésta como de aquélla. La religión que se desentendiese de la moral sería una monstruosidad; así como la moral es inconsistente cuando no puede afianzarse sobre la sólida base de una religión. Y no intentamos poner en duda la existencia de una luz natural que, independientemente del ejercicio de este o aquel culto, nos enseña lo que es bueno y lo que es malo; sabemos que esta luz es uno de los más ricos patrimonios de la humanidad, y ha sido una de sus tablas de salvación para que no pereciese del

todo, víctima de sus lamentables aberraciones; pero tampoco podemos menos de hacer notar que, sin culto religioso, la idea de Dios se debilita en nuestro espíritu, o cuando menos se la relega al entendimiento dejándole muy poco influjo sobre la voluntad, y en llegando las cosas a tal estado es evidente que la práctica de las sanas máximas morales, aun las dictadas por la razón natural, se ha de resentir sobremanera, ha de caer en desuso; y por esto decimos que la moral para ser duradera y eficaz necesita apoyarse en las ideas religiosas y encontrar en el culto un auxiliar incesante.

Entre las varias creencias que han dividido a los hombres, así en los tiempos antiguos como en los modernos, no se ve ninguna donde se conozca que el fundador haya perdido de vista estos eternos principios; pero en algunas de ellas ha sido tan débil el elemento moralizador y tan flacos los medios de que podía echar mano para influir sobre los hombres, que al observar || cierta moralidad de los adheridos a las mismas, más bien parece un fruto espontáneo de los dictámenes de la luz natural y de las buenas inclinaciones del corazón que no un resultado de la influencia religiosa. Mirad el paganismo, y veréis que, si bien esparce acá y acullá algunas buenas máximas divinizando esta o aquella virtud, también, en cambio, erige altares al vicio y le ofrece como digno presente la corrupción, abandonando lastimosamente el cuidado de que germinase entre la muchedumbre la semilla de la moralidad que se había esparcido. Nadie corrige el vicio, nadie estimula la virtud, nadie se ocupa en hacer aplicaciones de la moral a los actos de la vida; sólo algunos vanidosos filósofos disertan ostentosamente sobre ella y muestran pretensión de suplir con huecas palabras la ineficaz acción de los medios religiosos, que a la sazón obraban sobre el mundo sometido a la idolatría. La misma política reconoció esta falta; y así es que, mientras de una parte procuraba apoyarse en la religión y acrecentar su influjo para que la auxiliase en la difícil tarea de dirigir la sociedad, creaba, por otra, instituciones civiles que alcanzasen a donde no alcanzaba la religión. Recuérdese lo que eran en Roma los *censores*, las atribuciones que las leyes y la costumbre les señalaban, y véase si no es bien claro que aquella institución civil era un medio supletorio de la insuficiencia religiosa. Sin negar los buenos efectos que de esta suerte se pudieron obtener, siempre es verdad que existía en ella una dislocación de funciones, y que, por tanto, no era posible que fueran cumplidamente desempeñadas. Así es que bastó poco tiempo para que el mal se presentara con toda su deformidad, y la inmoralidad y la corrupción más asquerosas habían ya || consumido lenta-

mente el imperio romano siglos antes que lo hiciera pedazos la acometida de los bárbaros. Los sacerdotes de los falsos dioses se limitan a cuidar de las ceremonias, de los sacrificios, de los augurios, es decir, de la parte externa de la religión, sin que se crean obligados a ocuparse de la situación de los espíritus, del estado de la conciencia, ni a darle alguna luz para guiarla en sus tinieblas, ni comunicarle aliento para fortalecerla en los combates. El hombre adora a los dioses, levántales magníficos templos, conságrales ricas ofrendas, consulta en sus dudas a los oráculos, se dirige sin cesar al cielo; pero víctima de mil groseras supersticiones, tributando a las obras de sus manos o a las creaciones de su fantasía el culto debido al Dios verdadero, no recibe un rayo de luz que pueda servirle para ordenar su conducta. La falsa religión había dominado casi toda la tierra, y la extensión de sus dominios no había llegado a impedir que el vicio se levantase por doquiera al lado del altar, si es que no se colocaba a sí mismo en lugar de un Dios recibiendo los homenajes del culto. Llega la religión cristiana, y al mismo tiempo que enseña sus dogmas y establece su culto se ocupa incesantemente de la moral, y, dando a las prácticas exteriores la debida importancia, tiene principalmente fijos los ojos en lo que afecta el hombre interior, procurando primero su renovación por la gracia, y velando y trabajando en seguida por la conservación de las disposiciones de ánimo traídas por aquella venturosa mudanza. Es necesario, dice ella, adorar a Dios en los templos, como que son su morada predilecta; se han de observar las prácticas exteriores prescritas por la tradición o por la autoridad de los pastores legítimos; es necesario asistir a las augustas || ceremonias donde se nos recuerdan los misterios de nuestra redención, donde se eleva al cielo humilde plegaria, poniéndonos a la vista la altura de nuestro destino, no dejándonos olvidar el fin para que fuimos criados; pero añade la Iglesia que todo esto será estéril para nuestras almas, será vano a los ojos de Dios si no le adoramos en espíritu y en verdad, si no le ofrecemos un corazón contrito y humillado, si no hacemos frutos dignos de penitencia, y si, purificados con la sangre del Cordero y nacidos a una vida nueva con las aguas regeneradoras de su bautismo, no procuramos conformarnos a él, absteniéndonos de todo mal y caminando en presencia del Señor con espíritu recto y puro y con intención sencilla y santa.

Así procura la Iglesia que las prácticas del culto vayan acompañadas del ejercicio de una sólida virtud, y que no se puedan aplicar al pueblo cristiano aquellas palabras: «Este pueblo me adora con los labios, pero su corazón está lejos de mí.» No es esto decir que consiga del todo su ob-

jeto, pero sí que tal es su intento, que éste es el blanco a que se encamina guiada por el Espíritu divino. La humana flaqueza inutiliza a menudo esos esfuerzos, la malicia los contraría; pero ésta es la condición del hombre, y mientras vivimos sobre la tierra vano es que soñemos un *optimismo* donde no se vea nada malo: la mezcla del bien y del mal es una ley del universo, desde que ha caído el humano linaje de su primitivo estado está sujeto a un terrible castigo. Además, que no se ha de atender precisamente al mal que existe, sino al que se evita, consideración poderosa que no se debe perder de vista nunca cuando se quiere hacer justicia a una institución en vista de sus efectos. No hay || institución sobre la tierra que pueda resistir al examen si se admite como valedero el siguiente raciocinio: «Es mala porque deja males en pie»; nada hay más inconsistente, nada más sofístico; porque o es preciso cambiar la naturaleza del hombre o resignarse a presenciar males, dondequiera que se le encuentre, sea cual fuere la institución bajo la cual viva. Lo repetimos: este argumento nada prueba contra la Iglesia católica; sólo recuerda la cuestión filosófica sobre el origen y la existencia del mal, cuestión que sólo puede resolverse cumplidamente con el dogma católico de la prevaricación del primer padre y de la degeneración de su descendencia.

La Iglesia católica ha conocido profundamente el corazón humano teniendo por regla de su conducta el insistir sin descanso sobre la práctica de la virtud, el inculcar constantemente los principios de la sana moral, no contentándose con una enseñanza estéril, sino procurando que, aplicada la doctrina a todos los actos, se realizase en la vida del cristiano. La religión pagana no tenía ni cátedras donde se enseñase la moral ni medios prácticos para hacerla poner en planta, y, limitándose a una que otra máxima saludable, a uno que otro ejemplo personificado en alguna de sus divinidades, dejaba al hombre abandonado a sí mismo. De donde resultaba que tan pronto como las sociedades perdían la primitiva sencillez de costumbres, natural patrimonio de su infancia, y comenzaban las pasiones a sentirse estimuladas por efecto de los mismos progresos de la cultura, cundía desde luego la más desenfrenada corrupción, cayendo al fin los pueblos en aquel estado abyecto y degradante en que vemos a los romanos de los primeros tiempos del imperio y aun de los últimos de la república. || No le basta al hombre conocer los principios de la sana moral, sino que necesita oírlos incesantemente predicados, repetidos, inculcados, porque lo que nos falta no es principalmente la noticia de ellos, sino un sentimiento vivo, fuerte, de la conveniencia y necesidad de ponerlos en práctica; una voluntad

firme, decidida, bastante a superar todos los obstáculos que nos ofrezcan nuestras inclinaciones depravadas, bastante a confortar y sostener el espíritu cuando desfallece y cae, en vista de la obstinada lucha a que se halla precisado al empeñarse en caminar por el sendero de la virtud. Por esto es de la mayor importancia, es hasta indispensable si se quiere obrar eficazmente sobre el ánimo del hombre, el recordarle sus deberes en todos tiempos, a todas horas, no distinguiendo ni edades, ni sexos, ni condiciones; sin miramientos a las posiciones sociales más elevadas, sin condescender con las exigencias de hábitos arraigados, sin plegarse a los hipócritas raciocinios de una moral acomodaticia, sino proclamar la moral en alta voz, aguzando de esta suerte los remordimientos, y ya que no sea posible extirpar el vicio, al menos no dejarle que prescriba. Esta es la línea de conducta de que no se apartó jamás la Iglesia católica en los dieciocho siglos que cuenta de duración; ésta es la regla de que no se desviará nunca hasta la consumación de los tiempos, porque así se lo tiene ordenado su divino Fundador, porque tiene prometidos, además, el valor y aliento necesarios para hacer frente a todas las dificultades y peligros que acarrearle pueda el cumplimiento de su instituto. En vano, ni aun en las épocas más calamitosas ni en las circunstancias más críticas se le ha pedido que aflojase algún tanto en la severidad de su moral, procurando || acomodarla a las pasiones e intereses del mundo: este o aquel individuo han podido hacerlo, la Iglesia no. Y no es que, olvidándose de aquella misericordiosa indulgencia de que le dió sublime ejemplo Jesucristo en la manera dulce y apacible con que trataba a los pecadores, haya caído en aquel rigorismo destemplado que, no atendiendo a la humana miseria, pretende abrumar a los fieles con exigencias desmesuradas, y que, haciéndoles poco menos que imposible el perdón de los pecados e inaccesible el camino de una penitencia purificadora, los lanza en un abismo de desesperación; muy al contrario, la Iglesia desecha, reprueba este rigor farisaico, porque recuerda aquellas consoladoras palabras del divino Maestro: «Venid a Mí los que estáis afligidos y agobiados, y Yo os aliviaré; tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el reposo para vuestras almas, pues que mi yugo es suave y mi carga ligera.» Sosteniendo con la firmeza acostumbrada el dogma de la facultad que en ella reside de perdonar todos los pecados, por graves, por horribles que sean, ha puesto constantemente en práctica la enseñanza y ejemplo del divino Fundador, manteniéndose con los brazos abiertos para recibir en nombre del Padre celestial al hijo pródigo que, cansado al fin de sus extravíos y dilapidaciones, entra

en sí y se resuelve a implorar misericordia buscando de nuevo con humildad y confianza el techo de la casa paterna.

Los que tanto declaman contra la relajación de la disciplina, contra la indulgencia dispensada por la Iglesia a la flaqueza humana, deberían distinguir entre las doctrinas de este o aquel escritor católico y las doctrinas de la Iglesia. Sabida es la muchedumbre de proposiciones || que por su laxitud han sido condenadas por los Sumos Pontífices, y que, si bien se ha procedido en esta materia con el debido pulso para no envolver en la censura opiniones que, más o menos fundadas, no estaban, sin embargo, en contradicción con la moral cristiana, no por esto puede decirse que se haya permitido la circulación de ninguna que tuviese este carácter, aun cuando o por la forma en que venía expresada, o por la naturaleza del objeto, o por otra causa, no fuera posible anatematizarla como herética.

Los mismos que están suspirando sin cesar por el restablecimiento de todo lo antiguo y que al parecer hasta echan menos la penitencia pública y la estricta aplicación de la severidad canónica de los primeros siglos, serían, a no dudarlo, los que acusarían altamente de inconsiderada y temeraria la conducta de la Iglesia, si se arrojase a seguir los insidiosos consejos que le están dando; fueran los primeros que le echarían en cara el olvido del *espíritu de la época*, su falta de tino, su ciega tenacidad en luchar demasiado de frente con las ideas y las costumbres. Esa táctica en la actualidad ya puede engañar a muy pocos hombres de buena fe; nadie desconoce que estas declamaciones eran como si dijéramos un arma de oposición; y así no es extraño que en mostrándose la Iglesia justa se la llame opresora, y que en propendiendo a la indulgencia se la apellide relajada y connivente. La Iglesia no confundió jamás la indulgencia dispensada al culpable con la indulgencia por la culpa; teniendo en cuenta que no nos es posible llevar vida de ángeles, mientras andamos por esta tierra de peregrinación y vestidos de una carne que está en contradicción y lucha perenne contra el espíritu, no deja por esto de amonestarnos || de continuo que por el mismo hecho de ser cristianos, renunciamos al diablo, y a sus pompas y obras, y que, trasladados por la gracia de Jesucristo a una nueva vida, quedamos obligados a conservar el *hombre nuevo*, que cometemos una negra ingratitud revistiéndonos otra vez del *hombre viejo;* y que, por fin, habiéndosenos hecho participantes de la naturaleza divina, debemos recordar nuestra dignidad, no volviendo a la primitiva vileza con una conducta indigna del nombre cristiano.

De esta suerte están sin cesar los fieles pendientes de los labios del sacerdote, y éste se muestra digno representante

del Señor, que le ha enviado, ensalzando las bellezas de la virtud, pintando el vicio con los negros colores que le son propios y amenazando al impenitente con la justicia de un Dios vengador. A este elevado fin se consagra principalmente la *predicación* de la divina palabra, hecha sin cesar en todos los puntos del orbe católico. Institución hermosa, altamente saludable, necesaria para perpetuar entre los hombres la práctica de la virtud, con el vivo recuerdo de una sana moral, institución propia del cristianismo, desconocida de toda la antigüedad, y que si se ha puesto en planta fuera de la Iglesia ha sido imitando el ejemplo que ella antes que nadie había ofrecido.

Estamos tan acostumbrados a ver en torno de nosotros los prodigios del cristianismo, y nos hemos connaturalizado de tal suerte a las prácticas por él establecidas, que apenas si reparamos en el alto mérito que encierran y en los inmensos efectos que producen. Si Sócrates, si Platón, si Cicerón, si Séneca, si Epicteto y demás filósofos de la antigüedad, aficionados a la moral, se levantaran de sus sepulcros y recorriesen un país || cristiano, no volverían de su sorpresa y asombro a la vista del espectáculo que se presentaría a su vista. Si se los introdujera en alguna de nuestras magníficas catedrales, donde oradores elocuentes desenvuelven con maestría las máximas evangélicas haciendo de ellas innumerables aplicaciones a todos los actos de la vida humana, donde un numeroso auditorio escucha atento y conmovido las palabras del ministro de Dios que descienden de la cátedra del Espíritu Santo, ora como raudales de benéfica lluvia sobre una tierra agostada, ora como rayos del Eterno que se complace en amedrentar el mundo para apartarle del camino de la maldad, llenáranse de admiración al ver cuál se derraman sobre todo un pueblo, sin distinción de edades, sexos, condiciones ni clases, principios que ellos tuvieran allá reservados cual recónditos secretos, cual inefables arcanos, accesibles únicamente a un reducido número de sabios. Avergonzáranse de su filosofía al ver que lo que ellos se imaginaran tocar a los últimos confines de la sabiduría humana se hallaba excedido, eclipsado por el raudal de máximas sublimes que salen de la boca de aquel hombre y de quien conocieran desde luego que no las ha bebido en ninguna de sus escuelas. ¿Y cuál no fuera su pasmo si se les añadiese que la escena que acaban de presenciar nada tiene de desusado ni extraordinario, que se la repite a un mismo tiempo, en muchos puntos de una misma ciudad y en todas las regiones del globo; si se les dijese que desde la población más opulenta hasta la aldea más miserable están distribuídos hombres encargados de llenar el mismo objeto, obligados estrictamente por su instituto a repetir a los

pueblos aquellas altas lecciones; si se les advirtiese que, a más de esto, || circulan, así entre las clases ricas como entre las pobres, entre los sabios como entre los ignorantes, una muchedumbre de libros donde en variados estilos, en distintas formas, en todas las lenguas, encontrarán explicadas y desenvueltas de mil maneras aquellas mismas máximas que acaban de oír de la boca del orador sagrado? Llorarían, llorarían sin duda de enternecimiento si se los condujera a una de esas aldeas retiradas, pobres, donde se albergan un escaso número de infelices que alcanzan apenas a ganar con el sudor de su rostro el alimento de sus familias y los groseros trajes con que se cubren, y se los introdujese un domingo en la pequeña iglesia, donde un hombre revestido con los hábitos sacerdotales, en pie junto al ara del sacrificio, está explicando a los sencillos feligreses un punto del Evangelio, algún pasaje de la vida de Jesucristo, o algún trozo de sus sermones, y deduciendo en seguida mil y mil reglas de conducta a que debe acomodarse la vida del cristiano, y reprendiendo los vicios que contra ellas se han tal vez introducido, y señalando los remedios de que pueden echar mano para curarse los que adolezcan de aquellas enfermedades del alma. Confesarían, a no dudarlo, que su ciencia era vana, que en sus escuelas se malgastaba inútilmente el tiempo, que ven realizado lo que ellos ni siquiera habían concebido como posible; exclamarían que sin duda ha bajado del cielo algún Dios para enseñar esas cosas a los hombres, que sin duda El les ha dado la pauta que debían seguir para perpetuar por los siglos de los siglos tan sublime doctrina; dirían que a tanto no podía llegar el pensamiento del mortal y que una organización semejante donde se hallan establecidas por todo el universo, abiertas para todas las clases || de la sociedad, cátedras de tan elevada filosofía, sólo puede haber dimanado de un Dios que, compadecido de las tinieblas en que yacía el mundo, habrá querido ilustrarle renovando de esta manera la faz de la tierra.

Apelamos al juicio de todos los hombres pensadores, de cuantos saben apreciar el verdadero mérito de las cosas sin que sea menester el verlas acompañadas de novedad; a ellos apelamos para que nos digan si careciera de motivo la admiración de esos filósofos. La influencia de esas instituciones es más difícil de ser apreciada debidamente, por razón de que se ejerce en derechura sobre el entendimiento y la voluntad, y así, afectando lo que hay de más íntimo en el hombre, y no produciendo sus resultados en lo exterior sino a medida que va ofreciéndose la ocasión oportuna, no mete en el mundo gran ruido, aun cuando sea causa de las mudanzas más trascendentales y profundas. Su acción es lenta, pero segura; sus efectos, por ser u ocultos o poco rui-

dosos, no dejan de tener inmensa importancia. Comparad el mundo moderno con el antiguo, ved la incalculable distancia que los separa, y decid si el cristianismo, obrando lenta y continuamente sobre la sociedad, no ha destruído mayor suma de males y producido más bienes que no otras causas tanto más ineficaces cuanto más estrepitosas. El hombre que oyendo un sermón concibe un buen pensamiento, quizás no le comunica a nadie, quizás le encierra en el fondo de su alma sin que ni sus personas más allegadas puedan conjeturar que las palabras del sacerdote han penetrado hasta lo íntimo de ella como un rayo de luz celestial, como una inspiración milagrosa. Pero de esa luz, de esa inspiración, brotan tal vez firmes propósitos para enmendar una || conducta desarreglada, para restituir la felicidad y el sosiego a una esposa, a una familia; tal vez aquella luz disipa en un instante un proyecto criminal que iba a producir desastrosas consecuencias; tal vez aquella inspiración hace nacer en el espíritu saludables resoluciones que formarán un hombre recto, útil para sí y para los demás, del mismo que sin esto habría sido o un zángano en la sociedad o un corruptor de las costumbres públicas. ¿Y cuánto y cuánto no se podría decir de semejante si atendiésemos a la diferencia de sexos, edades y condiciones? ¿Cuánto no nos enseñaría sobre esto la historia, y nos mostraría la experiencia, y nos haría conjeturar el mismo curso regular de las cosas?

El esplendor y magnificencia del culto católico es otra de las causas que poderosamente contribuyen al aumento de la autoridad del clero y de su ascendiente sobre el ánimo de los fieles, haciendo sensible la religión de tal suerte. que sus más altos misterios se ofrezcan como de bulto aun a los espíritus más limitados. Mucho se ha declamado contra la pompa desplegada en los templos católicos, achacándole que encerraba gran parte de lujosa ostentación, y diciendo que no eran estas exterioridades lo que de los hombres reclama un Dios cuya vista penetra los corazones y lee los más recónditos secretos de nuestra alma. Vanas puerilidades en que pudo entretenerse la filosofía del pasado siglo, que, prevenida contra todo lo concerniente a la religión católica, condenaba sin apelación todas las creencias, todas las ceremonias, todas las prácticas seguidas por espacio de dieciocho siglos, puerilidades que deben estar ya juzgadas por todos los hombres que hayan meditado algún tanto sobre nuestra naturaleza y sobre el || objeto que la religión se propone. Es innato en el hombre el manifestar en lo exterior sus pensamientos y afectos; esta sencilla consideración basta para legitimar el culto externo, y si a esto añadimos que dicha manifestación es naturalmente propor-

cionada a la intensidad y viveza con que pensamos y sentimos, resulta bien claro que, siendo las ideas y sentimientos religiosos los que más fuertemente impresionan nuestro espíritu y embargan y absorben todas sus facultades, los actos que revelan en lo exterior lo que pasa en nuestra alma con respecto a los altos objetos de la religión deben distinguirse de los demás y elevarse sobre ellos cuanto se eleva sobre lo pegado a la tierra lo que se encamina con derechura al cielo.

Todos los pueblos de la tierra han estado acordes en este punto, y ninguno veréis donde los monumentos religiosos no se hagan notar por el grandor y la magnificencia, proporcionalmente, empero, a los recursos y cultura de las naciones que los levantaran. Por manera que, desplegando la Iglesia católica ese esplendor que su culto distingue, no ha hecho más que realizar de una manera más grandiosa una idea, un instinto que, más o menos desenvueltos, abrigó siempre el humano linaje, a saber, que lo que se consagra a Dios debe ser digno de servir de ofrenda al Señor del universo.

El culto de las imágenes y de los santos, que tan bellamente eslabona el espíritu con la materia y que, condescendiendo con nuestra flaqueza, levanta nuestra alma hasta el cielo en las alas de la imaginación, es también uno de los caracteres distintivos del culto católico y que hace sensible, por decirlo así, la providencia de Dios en todas partes, ofreciéndonos a cada paso un intercesor que, libre ya de las miserias de la tierra, rogará por nosotros con oración tanto más fervorosa cuanto hubo también un tiempo en que, vestido de carne mortal, padeció en este valle de lágrimas los mismos males, los mismos trabajos, las mismas aflicciones para cuyo remedio estamos implorando su poderoso valimiento.

¿A cuántas reflexiones, a cuántas pláticas, a cuántos libros no equivale la vista de un crucifijo? ¿Quién es capaz de calcular las dulces emociones que produce una Virgen con el Niño en los brazos, o la religiosa melancolía que causa en el ánimo María al pie de la cruz? Tantos pasajes de la Sagrada Escritura, de la tradición, de las vidas de los santos que cubren las paredes y los altares de nuestros templos no son por cierto estériles para el bien de las almas; y así como la inspiración del genio inflamó el ánimo de los artistas cristianos para producir esas maravillas que honran el espíritu humano y son la más elocuente apología de la belleza y sublimidad del cristianismo, así el Señor, valiéndose de las criaturas para sus altos designios, se sirve de aquellas estatuas, de aquellos cuadros, para hacer bajar sobre el alma pensamientos que la reconcentren en sí

misma, que la abstraigan de las cosas criadas, levantándola hacia el cielo, donde está su origen y su fin.

Háblase tal vez de lo que es el pueblo católico, de sus extravíos, de sus flaquezas, de su olvido de la religión a pesar de tantos signos, de tantos objetos exteriores como se la están presentando sin cesar a todos los sentidos; pero ahora se ve lo que es el pueblo con esto, pero no lo que fuera sin esto; ahora se ve que, no obstante los continuos recuerdos que le están amonestando || de su destino y de los medios que debe emplear para alcanzarle, vive distraído, quizás vicioso y relajado; pero no se ve que, faltando estos recuerdos, se borraría enteramente de su memoria la religión, o no le quedaría más que una idea vaga, confusa, que no extendiera su influencia sobre el corazón y mucho menos sobre los actos de la vida. Dejadle, pues, al fiel que asista a las augustas ceremonias de la Iglesia, y que contemple allí representados al vivo los arcanos y los hechos que forman el objeto de sus creencias; dejadle que se postre ante una imagen implorando el socorro del cielo, o rindiéndole gracias por algún beneficio; dejadle que busque al sacerdote, y que lleno de fe y de confianza le entregue el *exvoto* que recuerda el auxilio recibido en algún grande infortunio, o el cirio misterioso que ha de arder sobre un altar durante alguna crisis terrible; dejadle que ofrezca a una imagen de la Virgen o de algún santo tutelar el precioso vestido, ofrenda de fe, de amor y de agradecimiento; dejad que así derrame con tierna expansión los sentimientos del alma en actos tan sencillos como inocentes. Si no comprendéis lo que en semejantes casos experimentan los corazones religiosos, si no sabéis los grados que añaden a una santa alegría y el bálsamo que vierten sobre un pecho desconsolado, confesad al menos que hay aquí algo de bello y de sublime, y que la religión católica abunda en inefables armonías con los más delicados afectos de nuestro corazón.

Los sacramentos, y particularmente el de la penitencia.— Desearíamos que los límites de un artículo nos permitieran espaciarnos en desenvolver este punto cual su importancia merece, señalando los innumerables conductos || de íntima comunicación que se abren entre el sacerdote católico y el fiel por medio de estos augustos símbolos en que Dios ha querido vincular los tesoros de su gracia. El bautismo, purificando de la mancha original al niño recién nacido, nos presenta al sacerdote como un ángel tutelar que rescata del poder del infierno aquella débil criatura, y la devuelve a una familia alborozada por la indecible felicidad que acaba de experimentar; la confirmación nos ofrece al obispo imprimiendo al bautizado el sello de los soldados de Jesu-

cristo, para que le sirva de signo confortador en los combates que se verá precisado a sostener contra el mundo, el demonio y la carne; en la sagrada comunión hallaríamos la impresión indeleble que deja en el alma el acto de acercarse a la augusta mesa, sobre todo si es por la primera vez, y así en todos los demás sacramentos descubriríamos poderosos motivos para obrar sobre el alma de una manera eficaz, aun dejando aparte los superiores efectos que en ella producen por sólo el misterioso enlace con que Dios se ha complacido en vincular con su inefable gracia aquellas augustas ceremonias. Veríamos que el sacerdote toma en brazos al hombre desde que abre los ojos a la luz y no le deja de su mano hasta que exhala el último suspiro, hasta que reposa en la tumba. Recorriendo los santos usos, las venerables prácticas que a semejantes actos acompañan, notaríamos por doquiera suaves y poderosos resortes obrando sobre el corazón del fiel y ligándole íntimamente con el ministro del santuario a quien confiara Dios la distribución de sus gracias; y cada uno de los siete sacramentos que conserva la Iglesia como sellos misteriosos de que la hiciera el Señor depositaria podría || darnos ocasión a extensas y gravísimas consideraciones. Pero toda vez que nos vemos obligados a circunscribirnos a estrechos límites, pasaremos por alto lo mucho que sobre esto se podría decir, contentándonos con pararnos algunos momentos en el sacramento de la penitencia.

Mal comprende, así el corazón del hombre como la religión, quien señala poca importancia a los efectos de dicho sacramento, hasta humanamente hablando y dejando aparte lo que sobre el mismo nos enseña nuestra augusta creencia.

Es el sacerdote, en la administración del sacramento de la penitencia, médico y doctor, a más de juez, hermosa distinción que hacen los teólogos, y muy fundada en la naturaleza misma de los objetos a que se la aplica. Las dolencias del alma no son menos tenaces y de difícil curación que las del cuerpo, y así como éstas han menester un médico conocedor de las causas de que dimanan y de los remedios que deben aplicárseles, así aquéllas lo necesitan también. Si el arte que se ocupa del cuerpo está sujeto a innumerables dificultades que el doliente entregado a sí mismo no es capaz de superar, se verifica lo propio con respecto al alma. Es complicada la composición de nuestro cuerpo, y difícil analizar y clasificar cual conviene las partes que le forman; pero no presenta un conjunto menos inexplicable el espíritu humano, habiéndose tenido siempre por un timbre de alta sabiduría el profundo conocimiento de los resortes que hacen obrar nuestro corazón. Este arte admirable es el que

se practica de continuo en la administración del indicado sacramento; y por cierto que los filósofos que tanto peso atribuyen a las ciencias que || tienen por objeto el hombre debieran señalar alguna mayor importancia a una institución en que millares de individuos se ocupan muchas horas al día, no sólo en la parte teórica, sino también en la práctica de dicho conocimiento.

En los autores que tratan de moral, y a veces bajo un estilo muy sencillo y lenguaje no muy correcto, se hallan, no obstante, un caudal de observaciones sobre los actos humanos, sobre los principios de que dimanan, las circunstancias que los rodean, los fines a que se encaminan y los efectos que producen, que su estudio bien dirigido y aprovechado puede servir sobremanera para adelantar en la interesante ciencia del hombre. No se hallan, es verdad, en ellos ni pretensiones filosóficas, ni estilo florido, ni salidas agudas, ni reflexiones picantes; nada, en una palabra, de lo que apellidarse suele ingenio y que ordinariamente envuelve tanto vacío como oropel; pero, en cambio, encierran sus libros máximas sólidas, reglas fijas a las que uno puede atenerse no sólo para ordenar la propia conducta, sino también la de los otros; indican señales infalibles que revelan la disposición de los ánimos y de las que puede un hombre entendido valerse mucho, aun en los negocios del mundo, medios eficaces para vencer las pasiones más obstinadas, desarraigar hábitos inveterados, precaverse contra los amaños más encubiertos; en breve, contienen un código de moral y de política de que puede servirse con gran provecho así el particular como el hombre público.

Pero donde se deja sentir el influjo saludable del sacramento de la penitencia es en lo concerniente a aquellas situaciones apuradas en que, angustiado el espíritu, || necesita un consuelo con tanta urgencia como el cuerpo su alimento, como el viviente la respiración. Casos hay en que, o por desgracias imprevistas, o esperanzas fallidas, o agudos remordimientos, se encuentra sumida el alma en la más profunda desesperación. Para ella el sol está despojado de sus rayos, el firmamento cubierto de luto, la faz de la tierra mustia y agostada; todo es negro en torno de ella, triste lo presente, triste el porvenir, sin una gota de consuelo, sin un rayo de esperanza; la vida se hace pesada, un tedio indecible se esparce sobre todos sus actos, y no pudiendo el hombre sobrellevar la existencia da cabida en su mente a un pensamiento terrible. Suponed que quien de tal suerte se halla angustiado tiene fe y que no ha olvidado enteramente las prácticas de la religión: en el tribunal de la penitencia encontrará con la absolución de sus culpas un lenitivo, ya que no un remedio a sus males. Pero suponed que la

lectura de libros impíos haya comunicado al infeliz la incredulidad o el escepticismo, ¿quién detiene su mano? ¿Quién le persuade que no atente contra su propia existencia? ¿Qué es lo que le liga a la tierra? ¿Qué es lo que puede temer para más allá del sepulcro? Hubo un tiempo en que el joven disipado, el padre de familia distraído, la doncella frágil, guardaba en sus corazones la fe, aun en medio de sus extravíos; semejantes al dilapidador que malgasta toda su hacienda, pero teniendo la precaución de conservar escondido un precioso diamante, cuyo inestimable valor le sacará en último apuro de todos sus agobios. Perdía el joven su salud, su reputación, el aprecio de sus padres, la esperanza de adelantar en su carrera; el hombre de costumbres desordenadas había reducido a || la miseria y al último abatimiento a su esposa e hijos, y se había convertido en objeto de odio o desprecio de sus amigos y conocidos; la doncella se encontraba en la última amargura, víctima de la seducción y cubierta de ignominia; pero existía aún un templo y allí había un sacerdote, y este sacerdote tenía mil consuelos que prodigar, y el desgraciado que conservaba la fe se dirigía a él, y le contaba sus penas y desahogaba su pecho afligido, y cuando se creía solo en el mundo encontraba todavía unos brazos abiertos que pronunciaban sobre él la palabra *perdón*, que le sugerían recursos para atenuar sus penas, que finalmente compartían sus angustias con la ternura de un padre. Entonces el pensamiento terrible se había desvanecido del espíritu, se conservaba apenas un recuerdo de él como de un sueño infernal en una noche aciaga, y el desgraciado suspiraba con más desahogo y sus lágrimas corrían con suavidad, y con la confianza de estar perdonado en el cielo se resignaba a pasar sobre la tierra los días malos que él propio se había preparado. Ahora comienza a faltar para algunas almas este poderoso remedio; y, ¡horror causa el decirlo!, vienen a cada instante afligiéndonos noticias de suicidios. Unos perecen con el veneno, otros con el dogal, éstos se precipitan de una eminencia, aquéllos se sumergen en las olas, quién se abrasa las sienes con arma de fuego, quién se ahoga con el humo del carbón, siendo de notar que muchos de los que en este número figuran son jóvenes de pocos años, hasta niños y niñas de muy tierna edad, en la primavera de la vida, al asomar las pasiones, cuando al parecer tienen apenas tiempo para haber perdido la inocencia. ¡Oh! Esto es horrible, es la más elocuente protesta contra las doctrinas || incrédulas que no pocos se empeñan todavía en difundir; es la más cumplida vindicación de la moral y de las prácticas religiosas; es la contestación más cabal que darse pueda a los que se obstinan en burlarse de todo lo que ellos apellidan anti-

guo, en tratar a nuestros antepasados cual si hubieran vivido en la clase de ilotas.

Pero concluyamos, reasumiendo lo dicho. Hallamos la influencia religiosa en todos los tiempos, en todos los países, bajo todas las formas sociales, en todas las faces del desarrollo de los pueblos; pero notamos que la religión católica se distingue de una manera muy particular aventajando a todas las otras, no sólo en alcanzar mayor grado de esta influencia, sino también en adquirirla más sólida y duradera; analizadas las causas de dicho fenómeno, las hemos encontrado en la esencia misma de esta religión. Es falso, por consiguiente, el que se deba a intrigas ni a designios particulares el ascendiente que el catolicismo disfruta sobre el ánimo de los pueblos, pues que son tantos los manantiales de donde dimana dicho ascendiente, que no es menester buscarlos en causas heterogéneas, las que, además, son de un orden circunscrito en demasía para que puedan producir efectos tan generales y permanentes.

Tan lejos está el clero católico de deber su ascendiente a intrigas mezquinas como le achacan sus enemigos, que antes bien puede asegurarse que le tendrá tanto mayor cuanto menos eche mano de ellas. Lo que necesita este clero para ejercerle grande, poderoso, irresistible es la rigurosa práctica de las máximas evangélicas, aplicación para sí y para los demás de las reglas que le han dado los Santos Padres, los cánones de los concilios, las instrucciones y decisiones de los Sumos Pontífices; esto || necesita y nada más; y puede vivir seguro de que, no desviándose de dicha línea, su influencia crecerá cada día y se extenderá más o menos directamente hasta a los negocios temporales.

La ciencia, no sólo en lo tocante a religión, sino también en lo perteneciente a los demás ramos del humano saber, figura como uno de los poderosos medios que han de realzar el prestigio y la influencia del clero. No cabe pensamiento más astuto, más maligno que el privarle de la instrucción, que el procurar alejarle de aquellos lugares donde podría adquirir nuevos conocimientos y manifestar los adquiridos. Esto fuera peor para la Iglesia que las persecuciones de los tiranos, porque éstas, si vierten sangre inocente, ciñen al menos a la víctima una aureola radiante; matan el cuerpo, pero ennoblecen el espíritu, dándole en el cielo la bienaventuranza y granjeándole en la tierra el honor y la admiración de los hombres. Cuando Juliano Apóstata se había empeñado en cerrar a los cristianos las escuelas, les hacía guerra más cruel que los Nerones y los Decios; y en los últimos siglos, coartando los protestantes ingleses la instrucción de los católicos, poniéndolos en la impía alternativa de abjurar la fe o de marcharse a estudiar en país

extranjero, causaban no menor daño a la causa del catolicismo que las crueldades de Enrique VIII e Isabel.

Estas son verdades que no pierden de vista los enemigos de la Iglesia, y que por lo mismo no deben olvidarlas los católicos; recordemos que para los padres de los primeros siglos no había una materia en que no pudieran entrar en palestra para dar *razón de su fe;* que en los siglos siguientes se concentró en el clero secular y regular todo el saber que pudo librarse de la irrupción || de los bárbaros; y que, por fin, en tiempos más cercanos vemos que figuran en primera línea los eclesiásticos, no sólo en el renacimiento de las ciencias y de las letras, sino también en épocas muy posteriores, cuando el espíritu humano había tomado ya toda la altura de su vuelo. El oro, las riquezas y cuanto se apellida material y positivo tiene, es verdad, un fuerte ascendiente en los corrompidos tiempos que alcanzamos; pero menester es confesar que la inteligencia no ha abdicado su imperio, que no ha descendido del elevado puesto que le corresponde, cediendo villanamente su lugar a los goces sensuales; conserva todavía sus honores, lucha generosamente contra la materia, que pretende arrebatárselos; recuerda sus títulos antiguos y sus títulos presentes, para merecer la gratitud, el aprecio, el respeto del género humano, y sobre todo demanda también su parte en la resolución de los grandes problemas que se columbran en el porvenir.

La Iglesia no ha olvidado nunca estas verdades, ni se ha mostrado descuidada en ponerlas en planta, y así, al propio tiempo que en épocas difíciles se esforzara en restablecer la disciplina, corrigiendo y purificando las costumbres del clero, procuraba que se ocupase con ahinco en el estudio de las ciencias para que los hijos de Dios no fueran menos prudentes que los hijos de este siglo. Esforcémonos por nuestra parte en llenar sus altas miras, y no dudemos que tarde o temprano el mundo hace justicia a la bella y sublime reunión del sacerdocio, de la virtud y de la ciencia.

La religión católica encierra, como hemos visto, tantos medios de influir eficazmente sobre el ánimo de los que la siguen, que es bien extraño que se haya buscado || en todas partes menos en ella el origen del poderoso influjo que han ejercido sus ministros. Se habla con énfasis de la ignorancia de los pueblos, y no se advierte que esta religión ha sido muy influyente, no sólo en las épocas de ignorancia, sino también en las de ciencia; se recuerda la confusión introducida por los bárbaros y la facilidad con que entonces podía el más diestro o astuto apoderarse de la preponderancia, y no se repara en que no eran épocas de confusión las de los emperadores cristianos, ni lo fueron los reinados de los monarcas europeos; se ponderan las ricas

propiedades de que ha disfrutado ese clero, y se las señala como una de las causas que más acrecentaron su valimiento, sin advertir que con la pérdida de estas propiedades no ha estado ciertamente en proporción el descaecimiento de esta influencia, y sobre todo no se ha querido tener presente una observación que salta a la vista, cual es que el clero católico no nació rico, que para adquirir riquezas era necesario que fuera influyente, y que, por tanto, la influencia precedió a la riqueza.

No negamos el concurso de algunas de estas causas, pero decimos que no fueron las únicas y mucho menos las principales; sostenemos que sin ellas hubiera ejercido también poderosa influencia el clero católico. Esta dimana de la misma naturaleza de la religión; está radicada en sus entrañas, y cuanto se considere fuera del círculo religioso debe ser mirado para dicho efecto como cosa no del todo necesaria. Después de la virtud ponemos en primera línea el saber, y si algo hay que estimemos muy importante, además de lo puramente religioso, es sin duda el que el clero pueda alternar con las demás clases, en todo linaje de conocimientos, si no con || ventaja, al menos sin desaire. No rechazamos, pues, el apoyo de la ciencia, antes bien lo deseamos ardientemente; cuando decimos que la religión no ha menester el auxilio del mundo no intentamos que deba vivir separada de la luz, ella que descendió del seno de la misma luz.

Pero esto en nada se opone a lo que llevamos establecido sobre su fuerza intrínseca, sobre su vida propia; esto no destruye lo que hemos asentado de que ella de suyo entraña todo lo necesario para granjear a sus ministros la debida autoridad y levantarlos al alto rango que les pertenece como enviados del Señor. El divino Fundador de la Iglesia no escogió lo que era fuerte en el mundo para la propagación de su divina enseñanza; plúgole escoger lo débil para confundir lo fuerte, valiéndose de la ignorancia para humillar la ciencia, de la pobreza para abatir el orgullo del rico, y, proponiéndose cambiar la faz del mundo, encomendó la gigantesca empresa a doce hombres, sencillos, rudos, sacados de las ínfimas clases del pueblo. A pesar de las cavilaciones de los filósofos, de la resistencia de las pasiones, de los esfuerzos de los poderosos, de la obstinación de los sacerdotes idólatras, del tenaz empeño de los príncipes y de los aunados recursos del infierno, la religión se extendió, se arraigó, echó por tierra los altares de los ídolos, derribó sus templos, se apoderó de las escuelas, cautivó el ánimo de los sabios, triunfó de las pasiones, corrigió las costumbres y no paró hasta sentarse en el trono de los césares, haciendo que la enseña de salud flotase en el lábaro de los empera-

dores que por espacio de tres siglos habían entregado a los tormentos y a la muerte innumerables cristianos. Lo que era entonces lo es hoy || y lo será mañana, y continuará así hasta la consumación de los siglos. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no», dijo el divino Maestro; y sus profecías se han cumplido, y cuantos proyectos, cuantos planes se han trazado para sacarlas fallidas, todos han servido a manifestar con cuánta verdad dijo el Sagrado Texto que los pensamientos del mortal son vacilantes y que sus providencias son inciertas. ||

LA INSTRUCCION DEL CLERO*

SUMARIO.—El clero no tiene medios para proporcionarse la instrucción que necesita. La enseñanza universitaria está desorganizada. La de los seminarios está resentida. La instrucción del clero es la base de su influencia y de su virtud. La instrucción separada de las creencias religiosas y de las máximas morales es dañosa. La virtud del clero ha sido en proporción con sus luces. Una ilustración sólida es favorable a la moralidad. La ciencia eclesiástica ha de estar al nivel de las demás San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Diversos puntos en que el clero necesita una amplia y sólida instrucción. Plausibles esfuerzos del clero español. La falta de privilegios de la carrera eclesiástica se ha de suplir con la virtud y el saber. Es conveniente no olvidar los estudios eclesiásticos en las universidades y que concurran a ellas una parte del clero. La Iglesia católica, invariable en el dogma y en la moral, se adapta a las diversas circunstancias.

Entre los muchos y gravísimos males que están afligiendo la Iglesia española, merced a la miseria y abandono en que se la deja sumida, figura uno quizás poco atendido, pero que no es por ello de menor monta, y que se dará a conocer con el tiempo por sus desastrosas consecuencias. Hablamos de la falta de medios en que se halla el clero para proporcionarse la instrucción que necesita, y de la pobreza y descuido en que yacen aquellos establecimientos donde se forman los jóvenes destinados a la carrera eclesiástica. ||

Con los vaivenes de la revolución ha caído al suelo el antiguo sistema de enseñanza observado en las universidades; ¿cómo se ha suplido esta falta? Bueno o malo dicho sistema, ¿qué otro se ha excogitado para reemplazarle? De los profesores antiguos, parte han fallecido, parte se han dispersado durante las agitaciones políticas, parte han sido destituídos en alguna de las varias reacciones cuya inter-

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Artículo publicado en el cuaderno 34 de *La Civilización,* correspondiente a la segunda quincena de febrero de 1843, vol. III, p. 433. Este fué el último número de la revista. El sumario es nuestro.]

minable cadena vamos recorriendo. ¿Qué garantías tiene la nación para pensar que se van formando otros capaces de llenar el vacío? El ministerio de la enseñanza es negocio sobrado importante para que pueda encomendarse al acaso, y mal conoce el buen desempeño de una cátedra quien se imagina que un cuerpo de profesores se improvisa con un decreto. Ciñéndonos al objeto que principalmente nos ocupa, no es sólo la incapacidad lo que temeríamos en un profesor, sino las malas ideas, pues son innumerables los medios de que puede echar mano para extraviar el entendimiento de sus cándidos alumnos. ¿Se han tomado todas las precauciones necesarias para que nos sea dado estar tranquilos sobre un asunto de tanta trascendencia? Mientras el mundo se agita y revuelve, el joven acude diariamente a su cátedra; los libros de asignatura y las explicaciones del profesor ocupan toda su atención y absorben su espíritu: allí recibe las ideas que con el tiempo se propone aplicar, se familiariza con ellas, las cobra cierto cariño, y le será muy difícil desprenderse de las mismas en todo el curso de su vida. ¿Hay la debida vigilancia para que no se deslicen peligrosas novedades, cosa tan fácil entre la confusión y desorden de los tiempos que atravesamos?

En los seminarios, si bien por lo común menos sujetos || a las oscilaciones y variaciones de las universidades, deben de haber acontecido no pocos males, pues que aun suponiendo que la vigilancia episcopal, que a tantos de ellos falta, haya sido suplida cual conviene, ¿cómo es posible que muchos de ellos no se resintiesen de las innovaciones y trastornos que se han visto en algunas diócesis? Además, ¿dónde están los fondos para los honorarios de los profesores? En la antigua organización eran escasísimas algunas de estas dotaciones y estaban muy lejos de sufragar ni para la decente manutención de los encargados de la enseñanza; pero había, en cambio, que éstos podían unir las tareas de una cátedra con las funciones de su ministerio ejercidas en el cumplimiento de las obligaciones impuestas por un beneficio o prebenda, y los que no se hallaban en este caso tenían la segura esperanza de que sus trabajos científicos les servían de mérito para alcanzar un puesto más distinguido donde vivieran con más desahogo. En una y otra suposición, o considerando la cátedra como tarea accesoria. o bien como camino para llegar a mayor grado, existían motivos para que el profesor se contentase con la escasez de su dotación y se dedicase con esmero a las ocupaciones de la cátedra. En la actualidad todo ha faltado: con la supresión del diezmo, con la incorporación al erario de los bienes eclesiásticos, y con la suma dificultad de establecer una contribución bastante a cubrir las atenciones del culto y clero,

se hallan estos importantes objetos del modo que nadie ignora y de que se lamentan los hombres de buena fe de todos los partidos. Así es que no queda ninguno de los motivos que podrían sostener la paciencia del profesor en el penoso ejercicio de su cátedra, y es, por lo tanto, mucho exigir a la flaqueza || humana el pretender que los asiduos trabajos que demanda el cumplido desempeño de estas tareas no se resientan del descontento del profesor, que quizás se ve obligado a recurrir a la caridad ajena para sostenerse siquiera en el ínfimo grado de decencia que demanda el estado eclesiástico.

Resultará de esto que, aun cuando algunos profesores, o muy celosos, o colocados en circunstancias más favorables, se dediquen al desempeño de su cargo con el cuidado y ahinco que cumple al adelanto de los alumnos y al bien de la Iglesia, en general será muy posible que se encuentren en no pequeño número los que procedan de otra manera; y si suponemos que la Iglesia española sea tan feliz que esto último no se verifique, no dejarán por ello de ser culpables los que pudiendo y debiendo han dejado de tal suerte expuesto a la ventura uno de los ramos que más de cerca interesan a la Iglesia y al Estado.

Y a la verdad, si después de la revolución, al entrar las cosas en su cauce, nos encontrásemos con el nuevo clero que se formara, ignorante, incapaz de comprender la extensión y altura de sus obligaciones, y de alternar con las demás clases en los diferentes ramos de ciencias que con más o menos analogía convienen al estado eclesiástico, ¿a quién deberíamos dar la culpa? ¿No recayera con todo su peso sobre los que, ansiosos de destruir lo existente, no pensaron siquiera en lo que se había de edificar sobre las ruinas de lo antiguo? ¿Y no fuera éste un mal de gravísima consideración, una profunda llaga, no sólo para la Iglesia, sino también para el Estado? ¿No se privaría lastimosamente a la nación de uno de los más eficaces medios que habrán de emplearse || en lo venidero para reponerla de sus pérdidas y labrar su prosperidad y ventura?

La instrucción del clero es una de las más seguras prendas que darse pueden, no sólo para hacerle figurar en el mundo con el debido lucimiento, no sólo para granjearle la estimación y el respeto de los fieles y el aprecio de los mismos incrédulos, sino también para asegurarle una sólida moralidad y aquella acendrada virtud que necesita para ejercer dignamente las elevadas funciones de su santo ministerio. Se ha disputado si la ilustración del entendimiento era favorable o contraria a la virtud. Por de pronto se echa de ver que ésta no puede considerarse como reñida con la luz, pues que en Dios se reúnen de una manera ine-

fable la inteligencia infinita con la santidad infinita. La virtud humana consiste en la conformidad con la ley divina, y su perfección en aproximarse en cuanto le es dado a la perfección de Dios: *Sed santos, porque Yo soy santo; sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.* Por donde se conoce que la extensión de la luz del entendimiento no puede perjudicar, sino que debe favorecer a la virtud, y que si algunas excepciones se producen en contrario, será por tratarse de entendimientos que más bien que ilustrados deben apellidarse pervertidos. Es evidente que si se comunican al entendimiento errores en lugar de verdades; si las doctrinas en que se le imbuye están en lucha con la sana moral; si se destierra del espíritu del hombre la idea de Dios, o se le representa el Ser supremo como olvidado de los destinos del humano linaje, y sin curarse del bien ni del mal que sucede en la tierra; si se hace consistir la ciencia del hombre en una serie de observaciones sobre la naturaleza, sin recordar jamás el nombre || de su autor, e inspirándole la creencia de que todo cuanto estamos presenciando es el inevitable resultado de una ciega fatalidad, es evidente, repetimos, que esta falsa luz será de suyo funestísima a la buena moral, que será su enemigo nato, y que, por tanto, no podrá encontrarse junto con ella en un mismo espíritu.

Este es un punto en que convienen todos los hombres observadores que se han ocupado en estudiar a fondo la sociedad, recogiendo abundancia de datos de donde resultase la relación que en los países civilizados guardan la instrucción y el crimen: todos están conformes en que la luz comunicada al entendimiento sin la religión y la moral es un fuego que abrasa y no ilumina, un calor que corrompe y no fecunda. Por manera que, después de tantas discusiones sobre el efecto causado por las ciencias con respecto a la moralidad de los pueblos, hemos venido a parar a lo mismo que habían conocido ya nuestros padres, y que debiéramos conocer nosotros si el prurito de resolverlo todo por la ciencia no nos hubiese hecho desviar de las inspiraciones del buen sentido. ¿Qué padre de familias medianamente cuerdo deja de hacerse cargo de tan importante como sencilla verdad y de ponerla en planta en la educación e instrucción de sus hijos? Los libros obscenos, los impíos, los que de un modo cualquiera pueden dañar su inocencia los aparta cuidadosamente de sus manos, y de ellos los preserva con igual cuidado que si se tratase del veneno más mortífero. ¿Hay alguno más despejado que los demás, que muestre mayores disposiciones, que se adelante con más rapidez en las diferentes asignaturas de la enseñanza? A éste le vigila con más cuidado, a éste le fortalece con más ahinco, con las

creencias religiosas, con las máximas || morales. Preguntadle ¿por qué?, y sin necesidad de muchos cálculos, sin haber recorrido los guarismos de nuestras estadísticas, sólo consultando las inspiraciones de su corazón y el dictamen de su razón juiciosa, os responderá que, cuanto mayor es el talento de su hijo, más zozobra le causa por si llegase a descarriarse, que la experiencia de toda su vida le ha enseñado que los niños de mucha capacidad e instrucción, si llegan a ser malos, son peores que los otros.

Queda, pues, en claro que la instrucción es dañosa separada de las creencias religiosas y de las máximas morales, pero que unida a ellas es altamente favorable a la virtud. La instrucción del clero no carece nunca de esta circunstancia, pues que su principal objeto son la religión y la moral; luego será siempre muy provechoso para la moralidad del mismo el que se fomente la instrucción tanto como sea posible.

La historia viene en este punto en auxilio de la filosofía. pues que nos demuestra que la virtud del clero ha seguido de una manera bastante notable en proporción con sus luces. No cabe encontrar prelados más santos que los que brillaron en los primeros siglos de la Iglesia y tampoco es dable hallarlos más sabios. La relajación de la disciplina y la decadencia de las costumbres coincidieron en los siglos medios con la extinción de las luces y el progreso de la ignorancia, y en tiempos posteriores vimos andar parejas el renacimiento de las ciencias y de las letras, con la reforma de los abusos, la corrección de las costumbres y el restablecimiento de la disciplina. Echando una ojeada sobre lo que era el clero de Europa antes del concilio de Trento y lo que ha sido después, salta a los ojos la benéfica influencia ejercida || sobre la moralidad por el mayor grado de instrucción con que desde aquella época estuvo adornado. No ignoramos que a esto contribuyeron otras causas, siendo una de las principales las saludables disposiciones que en su profunda sabiduría, guiada por el Espíritu Santo, dictó aquella santa asamblea; pero tampoco podemos desconocer que entre estas causas ha figurado de una manera notable la instrucción promovida y fomentada con particular cuidado por dicho concilio. Además, con la imprenta se han hecho más fáciles los medios de instruirse; se ha dado un mayor impulso a la propagación de las ideas, y el clero, como todas las demás clases, ha podido aprovecharse de este señalado beneficio.

Mucha verdad y sabiduría encierran aquellas palabras del Sagrado Texto: *Quien obra mal aborrece la luz;* porque, en efecto, en todo pecado hay más o menos error, y quien intenta consumarle se goza y complace en las tinie-

blas. En general puede asegurarse que cuanto más claro y vivo sea el conocimiento de los propios deberes, más imperiosa se ofrecerá al espíritu la obligación de cumplirlos; el hombre quiere siempre el bien real o aparente; hasta en sus mayores extravíos le busca, porque, como dicen los filósofos y los teólogos, la voluntad no puede querer el mal en cuanto es mal.

Síguese de aquí lo que ya más arriba llevamos indicado, que una ilustración sólida ha de ser favorable a la moralidad. Las razones que en contra pueden aducirse militan tan sólo contra aquella falsa ilustración que, enemiga de los principios religiosos y de las máximas morales, en vez de esclarecer ofusca, en vez de ilustrar deslumbra. Entendemos por verdadera ilustración la que atesora verdades, no la que amontona errores, || porque en nuestro concepto vale más no saber que errar; lo primero es la simple falta del bien; lo segundo es la existencia del mal; en el primer caso hay la disposición para aprender la verdad; en el segundo la hay también, mas con estorbos que le obstruyen el paso, con obstáculos que no pueden removerse sin mucha dificultad.

Todo cristiano ha de estar pronto a dar razón de su fe; pero a la generalidad de los fieles no le son necesarios aquellos conocimientos que, penetrando en las mayores profundidades de la ciencia de la religión, se extienden a los demás ramos del humano saber en cuanto tienen con aquélla algún punto de contacto. Esto queda reservado al sacerdote, que, depositario de los tesoros del arca santa, debe estar presto a defenderla, sea cual fuere el modo con que se la atacare. Por cuyo motivo la ciencia eclesiástica debe estar siempre al nivel de las demás, porque la experiencia de todos los siglos ha enseñado que el orgullo procura divorciar de la fe la ciencia, haciéndolas mirar como enemigas incompatibles.

Así vemos que desde los primeros siglos han procurado los doctores cristianos instruirse a fondo en las ciencias profanas, de tal suerte que, cuando la herejía ha venido a combatir este o aquel dogma, o la impiedad ha zapado la base misma de la religión, los han encontrado constantemente en su puesto, capaces de blandir en defensa de la verdad aquellas mismas armas de que se valía el sofisma para destruirla o hacerla dudosa. No es necesario ni tampoco posible hacer una reseña histórica que confirme la verdad de lo que acabamos de asentar; sin embargo, permítasenos pronunciar dos nombres que señalan dos grandes épocas y que abarcan nada menos que la mayor parte de la historia de los siglos que || ha durado la Iglesia: San Agustín y Santo Tomás de Aquino.

Leed las obras del primero, y veréis cuán cumplidamente se verifica en ellas lo que acabamos de indicar. ¿Necesítase echar mano de la filosofía para apoyar las verdades de la religión o disipar los argumentos de sus enemigos? Creeréis que el genio de Platón acaba de aparecer en la Iglesia católica, y que el grande obispo de Hipona ha pasado su vida en las escuelas de los filósofos griegos. Levantad el vuelo tan alto como os pluguiere, divagad por las regiones del más elevado idealismo, analizad las funciones del alma, profundizad las cuestiones sobre el espacio y el tiempo, indagad los más recónditos secretos de la naturaleza, fijad la vista en Dios y abismaos en la más sublime contemplación, preguntad lo que han dicho los más grandes sabios, lo que han creído los pueblos, y a todo os responderá el santo obispo; siempre le tendréis a vuestro lado mostrándoos con una mano la verdad religiosa, con otra la filosófica, enseñándoos cuál se hermanan amigablemente y cuál las distancias que en apariencia las separan desaparecen todas confundiéndose en el seno del mismo Dios, como los rayos de luz que alumbran los dos polos no tienen más centro que el astro del día.

No menos admirable Santo Tomás de Aquino, encuentra una masa indigesta de filosofía aristotélica y arábiga, señoreando todas las escuelas y prestando armas al error con el excesivo pábulo dado a las cavilaciones y sutilezas. Una turba de mal llamados filósofos hormiguean en los grandes centros de la enseñanza pública, y amenaza hacer progresar de una manera lastimosa el extravío de las ideas, por desgracia ya comenzado || en los siglos anteriores, cuando el insigne abad de Claraval con su fulminante elocuencia arredrara a Abelardo y a sus secuaces. El sofisma ha vuelto a aparecer no menos peligroso que antes; si no se echa mano de un remedio radical, en breve podrán quedar contaminadas las escuelas de la peste de la herejía. Apoderarse de la filosofía dominante en todas sus partes y ramificaciones, refundirla y quitarle su heterogeneidad como se amalgaman metales de diferente clase derretidos en un mismo crisol, formar un sistema vasto, compacto, uno, que ofreciese todos los rayos de la verdad filosófica convergentes hacia el centro de la verdad religiosa, era seguramente una empresa difícil, superior en apariencia a la capacidad de un solo hombre y que sólo podían llevar a cabo los esfuerzos reunidos de muchos sabios en diferentes tiempos, y esta empresa, no obstante, la realizó un hombre solo. Nada encontraréis de semejante antes de él; nada que lo iguale después de él; los teólogos le han llamado con mucha propiedad el ángel de las escuelas, y en la historia del espíritu humano debe señalársele un puesto distinguido en-

tre los hombres eminentes que en la tranquila región de las ciencias concibieron y ejecutaron una de aquellas grandes revoluciones que aseguran por largos siglos el triunfo de la verdad.

No se ha desviado nunca la Iglesia católica de la regla que hemos indicado, y que consiste en procurar que sus doctores no se hallen en desventaja con respecto a los sabios del siglo; sea que hayan de luchar con ellos en defensa de la religión, sea que amigablemente hermanados hayan de trabajar juntos en el adelanto de las ciencias y en el fomento de los grandes intereses de la humanidad. Echese una ojeada sobre la historia científica || y literaria de los últimos siglos, y se notará que, si bien, a causa de la profunda mudanza que se ha verificado en la sociedad, no es la ciencia un patrimonio exclusivo del clero como era antes, éste conserva todavía una parte muy pingüe en la herencia, transmitiéndose de siglo en siglo con lustre y gloria el renombre inmortal adquirido en otros tiempos.

En la actualidad el empeño de mantenerse al nivel de los adelantos de la época exige tanto más ahinco y asiduidad de esfuerzos cuanto que los humanos conocimientos se han extendido en una región dilatadísima; y además del punto de vista elevado y trascendental en que se acostumbra considerarlos, como fijándolos en un centro, son innumerables las nuevas clasificaciones de las ciencias a que han dado lugar los sucesivos adelantos. No queremos significar con esto que los estudios eclesiásticos deban extenderse de tal manera que, abarcando extremos demasiado distantes y ocupándose con sobrada detención en materias heterogéneas, se desvíen de su objeto principal no llenando las miras del propio instituto. Sabemos que lo primero que un eclesiástico debe conocer es la religión, y no de un modo vago tal como se la encuentra explicada en los libros de los filósofos, sino cual la enseña la Sagrada Escritura, la tradición, la autoridad de los Santos Padres, las creencias de la Iglesia, los decretos de los concilios y las decisiones pontificias. No ignoramos que un buen matemático, un excelente naturalista, un profundo filósofo, por solas estas calidades no podrán llamarse dignos ministros de Dios, si no les agregaren la ciencia sacerdotal, que consiste en el conocimiento de los dogmas de la moral y de la disciplina eclesiástica, tales como se hallan en la || columna y firmamento de la verdad, en aquella piedra sobre la cual edificó Jesucristo su Iglesia.

Bastan estas observaciones para que se entienda que cuando reclamamos la extensión de conocimientos en el clero, cuando pedimos que no se le escaseen los medios de proporcionárselos y con la miseria no se le fuerce a la ig-

norancia, no deseamos que se generalice una instrucción superficial y ligera, nada a propósito para llenar el alto fin arriba indicado; no queremos que por el prurito de alcanzar en breve tiempo una ciencia enciclopédica se olviden los estudios graves y profundos sobre la religión, que han de ser la base de la ciencia de todo eclesiástico; juzgamos que esto sería una verdadera calamidad para la Iglesia y el Estado, y así, lejos de fomentar ni aplaudir esta conducta, si en alguna parte se emprendiese la consideraríamos como altamente funesta.

Nuestra idea es muy sencilla, bien evidente resulta de lo que acabamos de exponer; sin embargo, para mayor claridad la formularemos del mejor modo que en nuestras fuerzas cupiere. No pretendemos ninguna novedad, no intentamos que se introduzcan en la Iglesia costumbres y sistemas desconocidos; pero sí que se imite o, mejor diremos, que se continúe lo mismo que se ha ejecutado en todos los siglos; a saber: que los ministros de la religión no se hallen en desventaja en materia de conocimientos con respecto a ninguno de los enemigos de la verdad, sea cual fuere la clase a que pertenecieren, las armas que emplearen y la arena que les pluguiere escoger. Deseamos, sí, que el clero posea todas las luces necesarias para que en ofreciéndose la oportunidad pueda demostrar la armonía de la religión y || de la razón, pueda evidenciar que no es verdad que los últimos descubrimientos sobre las ciencias naturales hayan echado por tierra la autenticidad de las narraciones bíblicas, que no es verdad que la ideología, ni la fisiología, ni otra de las ciencias cuyo objeto es el hombre, se hallen en pugna con la religión, ni sean capaces de indicar un fenómeno que no pueda explicarse por principios que en nada la contradicen; que no es verdad que en la historia del humano linaje se descubran indicios de que la narración de Moisés es falsa o dudosa; que no es verdad que la religión cristiana se haya opuesto al desarrollo de la civilización en ningún sentido, en ningún pueblo, en ningún tiempo; que, antes al contrario, desde el advenimiento de Jesucristo data una nueva época de prosperidad y ventura para aquella parte de la humanidad que tuvo la dicha de abrazar la religión establecida por el divino Fundador, y que con ella se mejoró la condición de los pueblos verificándose con justicia y caridad la más profunda mudanza de que nos hablaran los fastos de la historia; que no es verdad que esa religión hubiese degenerado en tiempos posteriores, que se hubiese hecho indigna de marchar a la cabeza de la civilización europea, que fuera un perenne obstáculo a su legítimo desarrollo, y que de esta suerte se hiciese necesaria la malhadada reforma de los perturbadores del siglo XVI; que

no es verdad lo que dicen los enemigos de la Santa Sede, que los Papas hayan sido los opresores natos del humano linaje, y que se hayan aliado con los tiranos de la tierra para someter los pueblos a dura servidumbre; que no es verdad que el clero considerado como clase social haya contribuído a la pobreza y envilecimiento de las || naciones, que alcanzara en otros tiempos su riqueza y prepotencia por una serie de injusticias y de intrigas; que no es verdad; en fin, que el catolicismo sea impotente para satisfacer las necesidades de la época actual y de la venidera, y que, yaciendo como un cadáver que sólo sirve de embarazo a la marcha de la civilización, sea menester sepultarle con honor siquiera por sus antiguos servicios, pero haciendo de manera que jamás llegue a resucitar, ejerciendo de nuevo su influencia sobre los destinos de los pueblos.

He aquí una rápida reseña de los principales puntos en que deseamos para el clero una instrucción amplia, pero sólida; he aquí las principales cuestiones sobre las que le deseamos pertrechado contra los sofismas y cavilaciones de los enemigos de la Iglesia; he aquí las materias sobre las que ansiamos que abunde de datos y de reflexiones para disipar como el humo las dificultades que a menudo se reproducen, y cuya nulidad se descubre tan luego como se encuentra quien pueda contestarlas con mediano conocimiento del asunto sobre que versan.

En esta parte es necesario hacer justicia al clero español, confesando que, a pesar de haberse encontrado en circunstancias poco favorables para adquirir la indicada instrucción, a pesar de que el sistema de su enseñanza, basado sobre el supuesto de un orden de cosas del todo diferente, no se proponía por objeto inmediato el prepararle para la lucha descomunal a que se ha visto precisado, ha hecho, no obstante, plausibles esfuerzos para elevarse a la altura reclamada por su crítica posición, mostrando que no era indigno atalaya de los intereses de la Casa del Señor. Hay que hacer una || diferencia entre las circunstancias en que se ha encontrado el clero español y las que rodearon el francés cuando la revolución de 1789. En Francia las discusiones religiosas habían tenido mucha más latitud que en España, aun durante la época del reinado de Luis XIV, y ciñéndonos a aquellos momentos en que este monarca se mostró más intolerante y severo contra los disidentes. La introducción del protestantismo en aquel país, si bien no correspondió a las esperanzas y esfuerzos de los caudillos de la reforma, produjo, sin embargo, cierta latitud que se hizo sentir en los tiempos siguientes, hasta en los más fatales y desastrosos para la causa de la herejía. La situación topográfica de aquel reino, en inmediato contacto con la Ale-

mania, con las Provincias Unidas, y separado de la Inglaterra sólo por un estrecho brazo de mar, hacía imposible que se cerrase la comunicación con los protestantes y facilitaba la importación de las nuevas ideas que se filtraban lentamente, ya que no habían podido alcanzar el codiciado arraigo ni aun conservar los primitivos establecimientos. Estos motivos acarreaban por necesidad mayor libertad y ensanche en las materias religiosas y cuestiones que con ellas se rozaban, resultando de ahí que el clero de aquel país, aun suponiéndole de no mayor ilustración que el del nuestro, se hallaba más acostumbrado a combatir contra el error, puesto que en España no habían concurrido dichas circunstancias, y que, además, la mayor vigilancia de la autoridad y sobre todo el tribunal de la Inquisición no habían permitido que se atacasen directa ni indirectamente las verdades católicas.

Esta observación es bastante a explicar por qué no han visto entre nosotros la luz pública tantas obras como || se distinguieron en la literatura religiosa de Francia antes y después de la revolución. Pero hay todavía otro hecho más adaptado para dar cumplidamente razón de esta diferencia, y consiste en que los ataques científicos contra la religión han sido en España muy pocos: la calumnia, el insulto, la burla han llenado el vacío del saber y de la elocuencia, vacío que nunca se hace sentir con tanta fuerza como al tratarse de la defensa de una mala causa; pasados los momentos de calor, sosegadas un tanto las pasiones, después del desahogo de su primer arranque se ha notado que la prensa, generalmente hablando, respetaba la religión, y que los hombres más señalados que figuraban en primera línea en los diferentes partidos políticos que se disputaban la arena no formaban empeño de convertirse en propagandistas de la filosofía irreligiosa por medio de sus escritos. Así no se ha hecho tan necesaria la discusión profunda de las cuestiones religiosas como lo era cuando la religión tenía a su frente la formidable falange organizada y amaestrada en la escuela de Voltaire.

Asuntos graves de disciplina han suscitado reñidas disputas y acarreado dolorosos conflictos; momentos críticos se han presentado en que ha sido indispensable dilucidar cuestiones las más trascendentales y hacer en seguida continuas aplicaciones a las circunstancias espinosísimas en que se ha encontrado el país. En estas ocasiones solemnes, en que al par de una santa entereza debían resplandecer la erudición y la sabiduría, han visto la luz pública producciones importantes que, llenando cumplidamente su objeto, han dado una alta idea de las luces del clero español, evidenciando a los || ojos de todo el mundo que no estaban dor-

midos los centinelas de Israel. No se señalará una cuestión grave que se haya suscitado, no se indicará un peligro que haya amenazado a la Iglesia, sin que puedan aducirse numerosos documentos que justifican plenamente lo que estamos diciendo y manifiestan que, en tratándose del cumplimiento de sus deberes, tiene el clero español bastante ciencia para conocerlos, hasta en medio de las más azarosas complicaciones, y suficiente valentía para llenarlos, aun a la vista de los más arriesgados compromisos.

Estas consideraciones, que dejan ciertamente el ánimo muy satisfecho y le tranquilizan sobre el porvenir de la Iglesia española, no nos impiden, sin embargo, el que alcemos nuestra débil voz para inculcar más y más la necesidad de que se fomente la instrucción del clero y se la procure por todos los medios posibles. Es preciso no perder de vista que esta respetable clase no se compone únicamente de los sabios prelados que ilustran la Iglesia española, ni de una porción de hombres encanecidos en el estudio de las ciencias, sino también de todos aquellos que, habiendo entrado en el sagrado ministerio al principio de nuestras disensiones, o en tiempos a ellas inmediatos, no han disfrutado el necesario sosiego para formarse cumplidamente en largos y profundos estudios. Preciso es no olvidar que a la misma clase pertenecen en cierto modo los jóvenes dedicados en la actualidad a la carrera eclesiástica y cuya vocación es tanto más recomendable y menos sospechosa cuanto no pueden prometerse ni riquezas, ni privilegios, ni comodidades.

Sobre esta última porción, que no deja de ser muy || numerosa, llamamos la atención de todos los hombres que directa o indirectamente puedan contribuir a que se llene este importante objeto, para inclinarlos a que no descuiden un negocio que es, a no dudarlo, uno de los más trascendentales que ofrecerse puedan a los ojos de los sinceros amantes de la religión y de la patria. Descenderán al sepulcro los insignes prelados honor de la Iglesia de España, se irán debilitando con los años los rangos de los hombres distinguidos que, amaestrados por el estudio y la experiencia, han sido capaces de hacer frente a las multiplicadas dificultades de la época que estamos atravesando; entonces llegará su turno a los eclesiásticos ahora jóvenes, a los aplicados alumnos que se están instruyendo en las universidades y seminarios, de ocupar los puestos que la muerte habrá dejado vacantes y de manifestar, colocados sobre el candelabro, los conocimientos que actualmente atesoran en modesta obscuridad. La Providencia, que vela sobre los destinos de esta nación eminentemente católica, nos dispensará sin duda el beneficio de que, llegada la oportunidad, pueda

aplicarse a la Iglesia de España aquella expresión del Sagrado Texto: *Pro patribus tuis nati sunt tibi filii,* y el nuevo clero sabrá corresponder dignamente a la alta misión a que está destinado.

El escaso atractivo con que brinda la carrera eclesiástica, cuyo término es un estado destituído de todos los privilegios y consideraciones de que antes disfrutaba, y hasta falto de los medios necesarios para proveer a su subsistencia, hará que no se dediquen a ella muchos jóvenes que en otras circunstancias la hubieran sin duda emprendido. Los que, acostumbrados en sus familias a vivir con desahogo y con algunas comodidades, || no se resignarán fácilmente a un sacrificio que no les ofrece más recompensa que la puramente espiritual, y que sobre la tierra no les deja esperar más que el sustentarse estrechamente con una módica asignación, si es que casos fortuitos, por desgracia demasiado repetidos, no les impidan el percibirla. Los que, o por sentirse con muchas fuerzas intelectuales, o por pertenecer a familias muy distinguidas y poderosas, tengan fundadas en su porvenir halagüeñas esperanzas, tampoco se inclinarán a un estado que se las presente reducidas, a no ser la vocación con que sean llamados muy explícita y muy fuerte. De esto resulta la precisión de cuidar con más asiduidad del fomento de la instrucción eclesiástica, por ser necesario llenar el vacío que naturalmente dejarán los jóvenes pertenecientes a las clases que acabamos de indicar. Es indispensable que la virtud y el saber suplan lo que pueda echarse menos de riqueza y alcurnia, y que la falta de los talentos que se dirijan a otras carreras se compense con la mayor perfección de la enseñanza. No cabe ninguna duda en la exactitud de las observaciones que acabamos de emitir sobre el desvío que se irá introduciendo con respecto al estado eclesiástico: lo que está sucediendo en la actualidad es por desgracia un indicio demasiado seguro de lo que sucederá en adelante.

El espíritu de la época llevará consigo otro mal que a primera vista pudiera parecer un bien y que, sin embargo, es un daño de mucha trascendencia; hablamos del aislamiento en que se procurará dejar los estudios eclesiásticos. concentrándolos en los seminarios episcopales y apartándolos de las universidades. No ignoramos que los seminarios de los obispos son los planteles || donde formarse debe la generalidad del clero, no sólo en lo tocante a las ciencias de su instituto, sino también en lo que pertenece a la santidad y perfección de la vida sacerdotal, y las escuelas donde ha de amaestrarse en los medios más a propósito para ejercer dignamente las funciones del sagrado ministerio en provecho de las almas. Sabemos la continua vigilancia con que

la Iglesia tiene fijos sus ojos sobre dichos establecimientos, y procura que no se introduzca en los mismos ni la corrupción, ni el error, ni la flojedad de la disciplina. Por estos motivos, tan justificados por la experiencia de cada día, respetamos como el que más la institución de los seminarios conciliares, deseando que sean uno de los objetos predilectos, así en lo relativo a proporcionarles los medios de subsistencia que ha menester, como en lo que toca a que sus cátedras sean desempeñadas con lustre y utilidad de los discípulos; pero no opinamos por ello que sea ni necesario ni conveniente desviarnos del ejemplo de nuestros antepasados, quienes, si bien fomentaron con laudable celo los seminarios de los obispos, no olvidaron, sin embargo, la enseñanza de las ciencias eclesiásticas en las universidades, esmerándose en que no fuesen aventajadas por las demás ni en la dotación de las cátedras ni en el mérito de los profesores. Claro es que no será posible, atendido el indiferentismo de nuestra época, restituir a los estudios eclesiásticos la preeminencia que en otros tiempos disfrutaban, pero al menos no lo será devolverles alguna parte de su antiguo esplendor y levantarlos del abatimiento en que yacen merced a nuestras interminables discordias y a la injusta ojeriza con que por algún tiempo se los ha mirado. ||

Cuando sobre esto insistimos entendemos tratar algo más que una cuestión de vanidad o, como si dijéramos, un punto de etiqueta literaria: las razones que en esta materia nos impulsan son de un interés más trascendental y más grave. Son nada menos que la conveniencia y necesidad de elevar a la competente altura los estudios del clero, de mantenerlos constantemente al nivel de los adelantos que en los distintos ramos vaya ofreciendo el curso de los tiempos, de no dejarle ignorante de ninguna de las dificultades que en este o aquel punto excogiten la incredulidad o la herejía para atacar en todo o en parte las verdades católicas.

Es innegable que cuanto más vasto es el centro de enseñanza, cuantas más son las ciencias que en ella se abarcan, cuanto más eminentes los hombres que en las cátedras se distinguen y mayor el número de discípulos que a ellas acuden, tanto más alto es el vuelo que toman los conocimientos, haciéndose más fácil adquirirlos extensos, profundos y variados. Esto se verifica en las universidades si están montadas con un sistema ilustrado y con miras elevadas y grandiosas, no siendo posible que en los seminarios puedan existir la muchedumbre de recursos que en ellas se acumulan. En éstos sólo pueden cultivarse las ciencias puramente eclesiásticas, con aquellas asignaturas preparatorias que son indispensables en toda carrera científica. Algunas nociones de

literatura y filosofía se proporcionarán a los alumnos aprovechados; pero ¿dónde están los medios necesarios para adquirir conocimientos algo extensos sobre los innumerables ramos en que está distribuído actualmente el humano saber? Aun ciñéndonos a los objetos puramente || religiosos, ¿cómo se pueden hallar en poblaciones de segundo orden los libros y las publicaciones periódicas que en los diferentes puntos del mundo católico están viendo continuamente la luz, y en los que, interrogando a la naturaleza y a la historia, se demuestra la maravillosa armonía que la religión tiene con las verdades de todos órdenes, y se reducen a polvo las objeciones de sus adversarios?

Enhorabuena que la generalidad del clero se forme en los seminarios; pero acudan por lo menos a las universidades un número considerable de jóvenes que, volviendo después a sus respectivas diócesis adornados de los conocimientos atesorados en las grandes academias, puedan difundir entre sus hermanos las luces adquiridas. De esta suerte la ciencia de la religión conservará siempre al par de la solidez toda la amplitud y esplendor que le corresponden, y no se ofrecerá a los incrédulos el pretexto de calumniar nuestras creencias, apellidándolas enemigas de la ilustración y contrarias al desarrollo de la civilización de los pueblos; de esta suerte los hombres eminentes con que Dios vaya favoreciendo su Iglesia encontrarán oportunidad de desplegar a los ojos del mundo sus talentos y saber, evidenciando que no se ha interrumpido todavía la gloriosa serie que cuenta en su número a un San Agustín, a un San Bernardo, a un Bossuet. De esta suerte la Iglesia contará siempre en su seno una porción de ministros a quienes el roce con hombres de todas clases les habrá dado un mayor conocimiento del mundo, y cuando se hayan de escoger algunos, distinguidos por su sabiduría, por su prudencia, por su práctica en los negocios, no sólo espirituales, sino también temporales, tendrá la Iglesia una reserva escogida de || que echar mano para el atinado desempeño de las importantes atribuciones que les incumban; de esta suerte, cuando se haya de hacer palpable que el catolicismo no ha muerto, que vive aún con toda la plenitud de la vida que le comunicó el espíritu del Señor, cuando sea preciso demostrarlo con hechos, con aplicaciones de la enseñanza y de la caridad religiosa a las necesidades de la época, ora se trate del planteo de nuevas instituciones de beneficencia o de enseñanza u otro género, ora del arreglo y fomento de las existentes, se hallarán hombres instruídos de lo que se está practicando en otras naciones, hombres conocedores de las mudanzas y revoluciones que se hayan verificado y se verifiquen en el estado social de los pueblos, capaces de diri-

gir la aplicación que al propio país se hiciere y de adoptar las modificaciones reclamadas por la diferencia de circunstancias.

Estas utilidades resultarán de concurrir a los grandes centros de enseñanza pública los jóvenes destinados a la carrera eclesiástica; pues no cabe duda que las ideas adquieren más amplitud, las miras mayor elevación y el ánimo más prudente flexibilidad a medida que el trato del mundo, la vista de las cosas evidencian una muchedumbre de verdades de que no es posible formar concepto con el mero auxilio de los libros en el retiro de un gabinete. No significamos con esto que el estudio en una universidad situada en ciudad populosa sea un medio seguro para adquirir dichas calidades; pero es cierto al menos que el espíritu se encuentra en circunstancias a propósito para prepararse a poseerlas. Cuando tratamos de la prudente flexibilidad que se alcanza con la vista de las cosas y de los hombres no hablamos de aquella culpable condescendencia que se doblega con || las exigencias del mundo acomodando la religión a los extravíos de la razón y torciendo la moral del Evangelio según lo demandan las insaciables pasiones; sólo aludimos a la atinada práctica de aquella regla del Apóstol: *Todo para todos para ganarlos a todos.* Con ella se expresan sin duda la conveniencia y necesidad de tener ciertas consideraciones a las circunstancias en que se encuentran las personas, suministrándoles los alimentos y remedios con la debida discreción. A unos les conviene el pan de los adultos, a otros la leche de los niños; a unos les son necesarios medicamentos fuertes, otros los han menester muy suaves. Si bien se mira, no es más lo que estamos diciendo que una aplicación a la época actual de lo que en todos tiempos se ha practicado en la Iglesia. La unidad e inmutabilidad de sus dogmas y la invariabilidad de su moral no la impiden acomodarse a la diversidad de tiempos y países, y éste es el origen de las incesantes modificaciones que en su disciplina ha tenido por conveniente adoptar en todas épocas y está adoptando todavía en la nuestra.

Tanta verdad es lo que estamos observando, que es bien notable que los enemigos de la religión católica, en los principales argumentos que la dirigen para combatirla, estriban sobre un supuesto falso que no es más que el olvido del principio que acabamos de sentar. Los que están empeñados en no declararse abiertamente contra ella, adoptando el extraño expediente de mostrar un ardiente celo para la conservación de su pureza, mientras le hacen guerra a muerte echando mano de todos los recursos imaginables, pretenden que la Iglesia se ha hecho mundana, que ha degenerado de su primitiva santidad, que se ha desviado de las reglas se-

ñaladas por || su divino Fundador, acomodándose a cuanto han exigido el mundo y la carne. Pedidles las pruebas en que se fundan, y os indicarán el desuso de la antigua disciplina, las modificaciones y mudanzas que en ella se han introducido, las que califican ellos de peligrosas novedades a pesar de estar ya sancionadas por el transcurso de dilatado tiempo. Dejando aparte la mala fe que en tales argumentos se entraña, ¿cuál es su vicio radical? Si bien se mira no es otro sino el insinuado más arriba, a saber, el no tener presente que la Iglesia, por lo mismo que ha de durar hasta la consumación de los siglos, debió recibir del divino Maestro las facultades necesarias para hacer con la debida oportunidad los cambios reclamados por la diversidad de circunstancias, sin tocar, empero, a los cimientos sobre que se dignó establecerla: esto es, la unidad de los dogmas, la invariabilidad de la moral y las demás reglas dictadas, ora relativamente a la organización interior, ora pertenecientes a la calidad y orden de las relaciones que había de tener con los fieles para procurarles la salvación eterna. Los que están clamando que el catolicismo es una institución vieja, que ha caducado, que de nada sirve en el estado actual de la sociedad, que con mucha más razón de nada servirá en el venidero, señalan como causa de esto la inmovilidad de sus instituciones, la incapacidad de plegarse a lo que demandan las nuevas necesidades de los pueblos. ¿Dónde está el defecto de este argumento? ¿De qué lado flaquea? Del mismo que se acaba de indicar: no recuerdan que la Iglesia, conservando intacto el sagrado depósito que se le ha confiado y en el que reconoce ella misma que nada puede alterar, tiene, no obstante, sobrados medios para acomodarse a las circunstancias || traídas por la diversidad del estado social y político de las naciones, cumpliendo el doble objeto de procurar la salud de las almas y derramar sobre la vida terrena los beneficios que en todos tiempos le han granjeado la gratitud de los pueblos. ||

SOBRE LA INSTRUCCION DEL CLERO*

Sumario.—Diferentes sistemas seguidos por los apologistas de la religión. Necesidades peculiares de cada época; precisión de acomodarse a ellas. Admirable efecto que produce la reunión en una misma persona de santidad, de sabiduría y del sacerdocio. Necesidad de dotar bien las cátedras de los seminarios. Algunas observaciones sobre el aislamiento de la enseñanza eclesiástica. Efectos que puede producir. Diferencia entre nuestro siglo y los anteriores.

Los sagrados dogmas de la religión permanecen siempre los mismos, siempre inalterables, porque siendo verdades reveladas por Dios no pueden estar sujetos a mudanza. Pero las formas bajo las cuales pueden presentarse en sus relaciones con el hombre, con la sociedad y la naturaleza son muy varias, y de aquí es que vemos explanada la doctrina de la Iglesia de diferentes modos, según han sido diferentes los tiempos y las circunstancias. A esta variedad han contribuído dos causas: el estado de los pueblos a quienes se había de enseñar y la clase de enemigos con quienes era preciso combatir. Los apóstoles y sus inmediatos sucesores hablaban un lenguaje distinto del que usaban los misioneros que se proponían convertir a los bárbaros del Norte. Los jesuítas predicaban a sus neófitos del Paraguay en estilo muy diferente del de Bossuet, Massillon y Bourdaloue; || y al lenguaje de unos ni otros no se parece el que oímos de Ravignan y Lacordaire. En la polémica con los enemigos de la Iglesia notamos la misma variedad. Hay diferencia muy palpable entre las obras de San Jerónimo y de San Agustín, y las de estos Santos Padres y las de Santo Tomás; entre las de Belarmino y las de los doctores de los siglos medios, entre las de Bossuet y las de Belarmino, y entre las de los

---

* [Nota bibliográfica.—Artículo publicado en el cuaderno 19 de la revista *La Sociedad*, fechado en 1.º de marzo de 1844, vol. II, p. 301. El sumario es de Balmes.]

apologistas más modernos y los de los siglos que precedieron.

Según es diferente el estado intelectual y moral de los pueblos es necesario hablarles otro lenguaje; lo que es muy fácil al hombre civilizado es inasequible al bárbaro; lo que para el sabio es muy llano es inaccesible al hombre rudo. Hasta entre los pueblos civilizados es muy extensa la escala en que se hallan distribuídos, y, según sea el desarrollo intelectual y moral a que hayan llegado, será preciso ofrecerles las ideas bajo distintas formas y excitar de diferente manera sus sentimientos. ¿No estamos palpando esta verdad en el recinto de una misma población? ¿No experimentamos que un discurso muy acomodado para un auditorio escogido será totalmente desproporcionado para la generalidad del pueblo? Expresiones que repugnan a aquél son muy agradables a éste, y rasgos que al segundo le arrancarán abundantes lágrimas dejarán frío al primero y quizás le moverán a desprecio o risa.

Si esto se verifica entre los habitantes de una misma ciudad, cuyas ideas, sentimientos y costumbres han estado en perenne comunicación y que por necesidad han debido afectarse recíprocamente, ¿qué no sucederá con generaciones apartadas unas de otras a la distancia de largos siglos? Claro es que si se ha de obrar sobre los || espíritus con suavidad y eficacia ha de ser adaptándose a ellos y tomando, por decirlo así, su carácter e inclinaciones. Obstinarse en hablar a los hombres de hoy como se hablaba a los de los siglos medios sería o desconocer completamente la naturaleza humana o empeñarse en inútil lucha con la realidad de las cosas.

Cuando se trata de defender la verdad es preciso pelear en el terreno donde el adversario coloca la cuestión, si no queremos que se nos llame amigos de las tinieblas y del exclusivismo, y se diga que no somos capaces de sostener ventajosamente la lid sino en el palenque que nosotros mismos hemos escogido, preparándole adrede con estudiadas ventajas que garanticen el triunfo de nuestra doctrina. Estos adversarios emplean también diferentes medios de ataque, según la variedad de tiempos y circunstancias; y esto lo hacen, no tan sólo con premeditación de un plan, sino también porque, afectados del espíritu del siglo en que viven, echan mano con preferencia de aquella clase de argumentos que más se adaptan al estado intelectual de su tiempo.

De estas consideraciones inferimos la indispensable necesidad de que los conocimientos del clero se hallen al nivel de la época, para que la causa del error no cuente con recursos de que escasee la verdad. Es preciso que los minis-

tros de la religión se penetren de toda la gravedad e importancia de este deber, y de cuán necesario es que, viviendo separados del siglo por la pureza de la vida y la austeridad de costumbres, no permanezcan inmóviles en medio de la marcha que en sus alrededores se verifica. Es menester grabar profundamente en el ánimo que no es inconciliable la luz del entendimiento con la rectitud del corazón, que la ciencia || no está reñida con la virtud, y que los eclesiásticos pueden muy bien tener la vista fija sobre el progreso intelectual, sin dejarse contagiar de la corrupción que a veces acompaña los adelantos.

El hombre encargado de enseñar a los demás las verdades más importantes no debe quedarse rezagado en ningún sentido; así como debe servirles de modelo en la pureza de la vida, así debe también empuñar el cetro de la inteligencia, porque es preciso confesar que la reunión de la santidad, de la sabiduría y del sacerdocio forma un conjunto tan sublime, que a su ascendiente no pueden resistir hasta los espíritus más incrédulos. Obsérvese lo que acontece en el mundo y se notará que, dondequiera que existe esta admirable reunión de circunstancias, allí se dirigen los homenajes del público, y hasta los más dominados por preocupaciones contrarias a la religión, o tributan un obsequio a la persona o permanecen en respetuoso silencio. Cuando los vándalos entraron en Hipona, acataron los restos de San Agustín, que acababa de fallecer; cuando ocupaba la silla de Cambray el inmortal Fenelón, los jefes de los ejércitos enemigos se impusieron el deber de respetar el territorio del ilustre prelado.

Como los individuos del clero, por razón de su instituto, han de vivir apartados del mundo, mayormente mientras se están formando en los seminarios, corren el peligro de acostumbrarse a un orden de ideas, sentimientos y hábitos que nada tengan de semejante con lo que prevalece y domina en la sociedad que los rodea. Este inconveniente, nacido de la misma naturaleza de las cosas, sólo puede obviarse teniendo montados los sistemas de instrucción con tal arte, que los jóvenes, al || propio tiempo que se penetren del espíritu del Evangelio para arreglar a él sus costumbres, conozcan también el espíritu del siglo para dirigir acertadamente a los que viven en medio de él. Y no se crea que un sistema semejante sea de todo punto imposible; es difícil, sí, no lo negamos; pero con buena intención, con firme voluntad y perseverancia se superan los mayores obstáculos y se da cima a las más arduas empresas. No opinamos que este resultado deba obtenerse siempre por medio de largas disertaciones; hay cosas que más bien se sienten que no se entienden, y quizás un rasgo, una anécdota, una reflexión

oportuna, un cuadro de costumbres, enseñan más sobre el espíritu del siglo que un abultado volumen.

Dos cosas deben contribuir al logro del objeto indicado: los profesores y los libros; y sobre unos y otros conviene fijar la atención escogiendo los más acomodados al intento. Por lo que toca a los profesores, es ciertamente lamentable que las cátedras de los seminarios estén dotadas tan infelizmente, que no sólo no se las pueda mirar como término de carrera, pero ni aun como un medio transitorio para ganarse la subsistencia. Quizás nos engañemos, pero en nuestro concepto pocas prebendas debiera haber que brindasen con más emolumentos y comodidades que las cátedras aun de los más pequeños seminarios; porque en no siendo así nadie quiere consagrarse a un trabajo tan asiduo y penoso; es mirada la enseñanza como accesorio de otro destino cualquiera, y a la primera oportunidad que se ofrece aprovecha el profesor la ocasión de salir de un estado tan precario. De esta manera, cuando un joven ha empezado a formarse y a manejar las materias con soltura || y desembarazo, abandona el puesto que en adelante habría ocupado con fruto, y es substituído por otro inexperto que va a ensayar sus limitados conocimientos por espacio de pocos años, para seguir a su vez el camino de su antecesor cuando su capacidad comience a extenderse y adquiera más habilidad y tacto para hacer adelantar a sus discípulos.

Pocos son los hombres a propósito para enseñar bien, y aun los que han recibido de la naturaleza este don precioso no lo emplean con acierto sino después de mucha observación sobre el efecto que produce a los diferentes métodos. Es tanta la variedad de los talentos, es tal la diversidad de las materias, se reúnen en torno de una misma cátedra alumnos de índoles tan distintas, que sólo a fuerza de un tacto exquisito que por necesidad ha de ser el fruto de dilatada experiencia puede un profesor presentar sus ideas de tal manera que no excedan la capacidad de los de alcance limitado y no fastidien a los de comprensión aventajada. Es preciso coordinar los pensamientos de tal suerte, que mientras sean para los de corto talento como una cartilla que les sirva de modelo, sean también fecunda semilla para los que estén dotados de una capacidad vasta y se sientan inclinados a meditar por sí mismos los objetos de la enseñanza.

Las ciencias eclesiásticas presentan bajo este punto de vista terribles dificultades; cuando se las quiere presentar de manera que, sin perder nada de su verdad y gravedad, pueden ofrecerse a los ojos del público sin causar extrañeza, antes llamando la atención por su dignidad y lustre, se encuentran tales embarazos que sólo puede deshacerse de

ellos una mano muy ejercitada. || Entre varias razones que quizás podrían señalarse, es, en nuestro concepto, una de las principales el que los estudios eclesiásticos, si han de ser sólidos y profundos, han de hacerse no sólo con los libros modernos, sino con los antiguos. Así, por ejemplo, quien ha de poseer perfectamente la teología no ha de contentarse con lo que se ha escrito en los últimos tiempos. La Sagrada Biblia, los Santos Padres, las obras de los teólogos escolásticos, hasta las escritas con mal latín y pésimo gusto, han de ocuparle largas horas, y así es que está en peligro de acostumbrarse a vivir en otro siglo, con hombres muy diferentes, dando a sus ideas una dirección que nada tiene que ver con la que generalmente reciben los de los educados en medio del bullicio del mundo.

Cuando la religión dominaba completamente la sociedad y la tenía, por decirlo así, bajo su tutela; cuando la clase eclesiástica era la primera en todos los órdenes, ejerciendo bajo distintas formas un poder político y poseyendo la preeminencia en las ciencias y en las letras, formado un alumno en los seminarios adquiría allí mismo en cierto modo el espíritu del siglo. La literatura, la filosofía y las facultades mayores a que se dedicaba en el colegio eran las mismas que se estudiaban en las universidades y demás establecimientos públicos. Ahora, introducido el divorcio entre la política y la religión, esparcido por la sociedad el escepticismo, habiendo desaparecido la afición a las ciencias eclesiásticas y cundido cierto desvío por todo lo que tiene visos de disertación de escuela, resulta que el joven que sale de un seminario donde no se hayan tenido en consideración estos hechos se encuentra con un mundo que ni le || comprende ni es comprendido por él; con unos sabios que hablan otra lengua y que nada entienden del idioma de los sabios de otras épocas, único que conoce el recién venido; si ataca a algún adversario, parte de principios que el otro no admite; y si es atacado y se defiende, contesta en términos quizás profundamente sabios, pero cuyo sentido el contrincante no alcanza, por ser aquélla la primera vez que los oye. De manera que puede muy bien ocurrir que un joven de talento muy claro, de dilatada instrucción y profundo saber se encuentre embarazado en la polémica con un ignorante, no por falta de excelentes armas, sino por no tenerlas acomodadas al uso del día.

Por estas razones es de la mayor necesidad que cuantos toman parte en la dirección de los establecimientos de enseñanza eclesiástica procuren por todos los medios posibles que la instrucción y la ciencia, sin perder nada de su exactitud y solidez, sin contagiarse de esa especie de disipación y vaguedad, que es uno de los achaques de que adolecen los

acontecimientos de nuestra época, la misma ciencia, repetimos, de San Agustín, de Santo Tomás, de Belarmino, de Suárez, de Melchor Cano se revista a los ojos del mundo con el traje que requiere el espíritu de nuestros tiempos. Es preciso que la exposición de las mismas ideas se haga de diferente manera; que el hilo de los raciocinios se conduzca con nuevos métodos; que las fuentes de argumentación, cuando se haya de apelar a la razón natural, sean adaptadas al gusto científico dominante. Este gusto será, si se quiere, caprichoso, insubstancial, inferior al que prevaleciera en otros siglos; pero, sea lo que fuere, no está en nuestra mano el destruirle: es un hecho, y aun || cuando no se le apruebe es necesario conocer que existe y obrar conforme a las nuevas condiciones que él nos impone. Protestar contra él, empeñarse en no tenerle en cuenta, proceder como si no existiese, es luchar contra la fuerza de las cosas, es condenarse a vivir en el aislamiento, es privarse de los medios de acción sobre la sociedad, es no querer emplear en defensa de la religión armas que pueden servirle mucho, es olvidarse de la conducta que siguieron en todos tiempos los doctores de la Iglesia, cuando aplicaron también al orden científico aquella regla del Apóstol, de *hacerse todo para todos para ganarlos a todos.* ||

PORVENIR DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS EN ESPAÑA*

ARTICULO 1.°

SUMARIO.—Indicación sobre el origen, naturaleza y objeto de las comunidades religiosas. Conjetura sobre su restablecimiento. Cuál será entonces su forma. Dos grandes necesidades que aquejan a la sociedad actual. Carácter del presente siglo. Su cotejo con la religión. Proceder de aquél y de ésta con respecto al infortunio. Expresión notable de un personaje extranjero. Recuerdo de los claustros. La prohibición del restablecimiento de las comunidades religiosas es contraria a la libertad. Lo que está sucediendo en Francia e Inglaterra. La revolución, la España y las comunidades religiosas.

El origen, naturaleza y objeto de las comunidades religiosas lo examinamos extensamente en otro lugar[1]. Allí quedó demostrado a la luz de la filosofía y de la historia que los incrédulos y los protestantes, al condenar estos santos institutos, desconocían la religión, la sociedad y el hombre. Algo indicamos también de nuestra opinión sobre el error de los que creen destruído para || siempre lo que tiene reservado un ancho porvenir; mas como quiera que entonces hablamos en general, y que el carácter de la obra exigía más bien investigaciones históricas que pronósticos y conjeturas, todavía nos queda mucho que decir bajo este aspecto, mayormente aplicándolo con especialidad a nuestra España.

Según el juicio que cada cual forma sobre la suerte de

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Serie de tres artículos publicados en los cuadernos 13, 14 y 18 de la revista *La Sociedad*, fechados en 21 y 30 de diciembre de 1843 y 15 de febrero de 1844, vol. II, págs. 31, 78 y 283. Los sumarios son de Balmes.]

[1] Véase el tomo III de la obra que está publicando el autor, titulada: *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, desde el capítulo XXXVIII hasta el XLVII, ambos inclusive.

las obras de la revolución, divídense las opiniones en lo tocante al porvenir de las comunidades religiosas. Los que esperan o temen una restauración más o menos cumplida miran como una de sus consecuencias el restablecimiento de las mismas, y los que se prometen o temen que la revolución será invencible en sus efectos, y que no es posible deshacer lo que ella ha consumado, consideran como cosa muy difícil, y poco menos que contradictoria, el renacimiento de lo que murió a mano airada y de una manera tan estrepitosa. No compartimos el parecer de unos ni de otros; en nuestro juicio, volverán a brotar en el suelo español las comunidades religiosas bajo una u otra forma, y este hecho, que se está verificando en todos los países, aun los más trabajados por los huracanes de la revolución, se realizará en la católica España con mayor extensión, grandor y prontitud que en otras partes, tan luego como cese el dominio de la fuerza y se establezca y consolide un gobierno. Y cuando de gobierno hablamos prescindimos de la forma: sólo nos referimos a una situación regular que ofrezca algunas garantías de orden y que no consienta que se atropelle la libertad individual, como se ha hecho hasta aquí, ora por los desmanes de asalariada plebe, ora por el despotismo de gobiernos que oprimían y tiranizaban apellidando libertad y ley. ||

Suponiendo sancionadas las destrucciones de la revolución y consolidadas sus obras, y que el gobierno regular que en tiempo más o menos lejano se establezca sea nacido de los poderes y de las formas creadas por ella, todavía creemos que renacerán las comunidades religiosas, sin designio por parte de dicho gobierno, sin que les dispense ninguna clase de protección; antes al contrario, a pesar de la desconfianza con que las mirará, de los embarazos que les suscitará y hasta de cierta resistencia que les opondrá; todo siguiendo las inclinaciones y los instintos de la madre que le habrá dado el ser y le habrá criado en su seno. Todo gobierno nacido de una revolución adolece un tanto de achaques y celos revolucionarios. Tal es la naturaleza de las cosas.

¿Cuál será la forma de las comunidades religiosas que aparecerán en España? Difícil es decirlo, si en esta forma vienen comprendidos los nombres, los trajes y los pormenores de la regla; pero si la palabra se toma en acepción más elevada, si se trata únicamente del objeto a que se destinarán y de aquí se intenta deducir su carácter distintivo, entonces es más fácil responder a la pregunta aventurándose a conjeturas no destituídas de fundamento.

Recordaremos aquí lo que expusimos y demostramos extensamente en el lugar arriba citado; a saber, que las co-

munidades religiosas eran un producto espontáneo de la misma religión; que en su esencia eran idénticas, bien que su forma sufría modificaciones acomodadas a las circunstancias de lugar y tiempo, sobre todo al objeto peculiar y característico a que cada cual se destinaba. Probamos también que la historia enseñaba que dichas comunidades habían tomado siempre una forma conveniente || para satisfacer grandes necesidades de la religión y de la sociedad. Asentados estos principios tenemos la clave para adivinar el porvenir.

En primer lugar, es cierto que los institutos religiosos renacerán allí donde se conserve la religión, y como en España fuera insensato el proyecto de extirparla, bien podemos asegurar que la causa producirá su natural efecto más o menos tarde.

Dos grandes necesidades aquejan a la sociedad actual: un retiro para los fastidiados del mundo y un freno para la plebe. La sed de goces que devora a la generación de nuestro siglo acarrea más pronto que en otros el cansancio, el tedio, el hastío de gozar; el espíritu se abate y se postra después de haberse fatigado en pos de mentidas ilusiones, y para colmo de desesperación viene a secarlo todo, a deshojarlo todo, una literatura que a lo inmoral e inmundo reúne el defecto que no se le achaca y que, sin embargo, es de los mayores de que adolece: el no tener entrañas. Disminuye el bien, exagera el mal; finge sin pudor cuando no le sufraga la realidad, y cuando ésta se la brinda con hechos positivos cuida de presentarlos bajo el aspecto más negro, más asqueroso, más desconsolador y desesperante. Al mozo de veinticinco años le cubre la cabeza de canas, y no las canas que anuncian prudencia y reposado juicio, sino las que abrigan suspicaz desconfianza, desprecio de los demás hombres, tedio de la vida, mundo sin ilusiones, recuerdos punzantes, tinieblas sin un rayo de luz, males sin remedio, dolores sin consuelo, porvenir sin esperanza. Entregarse a nuevos goces es inútil para distraer el entendimiento y minorar la pesadumbre del corazón: los resortes están gastados, el alma está rendida || y floja; sólo una nueva vida podría remozarla. La embriaguez del deleite y el encenagamiento en sus más repugnantes lodazales sólo produce una tregua de momento; como el ebrio que ahoga sus pesares con vino, se halla al despertar a la mañana siguiente con la triste realidad, cara a cara con su infortunio.

A este desgraciado el mundo le dice: «Suicídate»; la religión le clama: «Abandona un mundo que te abandona; retírate, llora tus extravíos en penitente soledad, y encontrarás el camino del cielo, cuyas dulzuras comenzarás a sentir ya en medio de las austeridades de la tierra.» El

mundo impío y cruel se mofa de sus propias víctimas, las abandona a todo el horror de su suerte después que ellas le han sacrificado su honor, su salud y su fortuna. «Ya que no sirves para tomar parte en mis orgías, ahí está el mar, que te tragará de muy buena gana y me ahorrará la molestia de oír tus plañidos; ahí está un elevado picacho, una altísima torre, de donde puedes derrumbarte a tus anchuras; ahí están los puñales, ahí el veneno, ahí el dogal, ahí las armas de fuego; y si eres cobarde, si no te atreves a ver la muerte bajo formas terribles, tiéndete sobre elegante y mullido sofá, cúbrete de tus mejores vestidos, respira delicados perfumes, lee brillantes páginas de un libro aterciopelado y aguarda que el humo del carbón cierre tus ojos para no abrirlos jamás. En los momentos de soporoso delirio murmulla todavía un nombre querido, y halágate con la grata esperanza de que al amanecer de mañana cien y cien hojas publicarán tu trágica muerte y pedirán al lector una lágrima para tus cenizas.»

La religión tiene más misericordia, la religión no deja nunca sin esperanza; el error y el vicio, la mentira || y el crimen no carecen de perdón mientras el culpable vive sobre la tierra. Levantar los ojos al cielo y decir compungido: pequé, basta para lavar las mayores iniquidades. La postración de espíritu, los malos hábitos, las llagas más rebeldes, todo cede a la eficacia de los remedios que el Señor confió a su Iglesia. El arrepentido puede salvarse en todas partes; pero si se resuelve al acto heroico de abandonar el mundo, si pasa los umbrales del claustro colocándose allí a esperar la hora señalada para descender al sepulcro, entonces su corazón se siente aliviado, descargado completamente del peso que le agobiaba; un nuevo soplo de vida ha reanimado su rostro, el cielo brilla con nueva luz, y la existencia que se creía próxima a extinguirse se siente robusta y briosa, con aliento para avanzar con rapidez en los senderos de la virtud.

Estos recursos valen por cierto algo más que el suicidio; de esta manera se ahorra al desgraciado una catástrofe, a las familias un desconsuelo, una pérdida a la sociedad; y cuando la soledad del claustro no ofreciera otras ventajas, no sería para olvidada a los ojos de ningún hombre compasivo. En todos tiempos han necesitado de este retiro las almas afligidas que en medio de sus tribulaciones sintieron que descendía para ellas una inspiración sublime y consoladora; pero tal es la situación de los espíritus, tal el desarrollo simultáneo de todas las facultades del alma, tal el vacío que experimentan los corazones grandes, que si de aquí a algún tiempo se levanta en los desiertos una mansión sombría donde se establezcan la austeridad y la ora-

ción, será objeto de viva curiosidad para esa juventud ardiente que busca un pábulo a sus sentimientos de llama, y no faltarán || algunos que trocarán los placeres de Roma por el silencio y los rigores de la gruta de Belén.

En España, más que en otras partes, se verificarían estas admirables transformaciones que el mundo no comprende y que sólo la religión explica, porque en este suelo clásico de fe y de piedad la revolución no ha podido ahogar la semilla preciosa; no ha hecho más que cubrirla con escombros; pero allí se conserva abundante y viva para producir copiosos frutos el día que el sol de la gracia la hiera con sus rayos fecundantes. Mas no se crea que esto nos pertenezca exclusivamente; también en otros países se observa el mismo fenómeno; en el proceloso mar en que viven sumidas las generaciones presentes, ojos cansados de buscar una playa donde se encuentre reposo y consuelo se vuelven a la religión y la miran con esperanza y cariño. Se ha sondeado el corazón humano después de quitada la religión, se le ha revuelto en todos sentidos, se ha pretendido descubrir su fondo, pero cuantos se han abocado a la tenebrosa sima han oído una voz dolorida que pedía un Dios. El genio del mal lo conoce y no se olvida de tomar sus precauciones. «Es necesario ir con tiento en eso de institutos y monasterios..., esa juventud ardiente, poco satisfecha de sí y fatigada del mundo, se lanzaría con afán a ellos, ansiosa de saborear las impresiones religiosas.» Estas palabras se las dijo al que esto escribe un extranjero de distinguido mérito y no vulgar categoría, y el que lo escuchaba tomó acta de confesión tan explícita y franca, porque en ella venía expresado un pensamiento que compendiaba todo un sistema.

Digan lo que quieran los enemigos de la religión, se conservan todavía profundamente grabados en el corazón || de los españoles los sentimientos cristianos; todavía oímos a cada paso recordar con entusiasmo mezclado de dolor las visitas que se hicieron a los monasterios de la Cartuja y de la Trapa; todavía notamos que se echa menos el sabroso día que se disfrutó en una de aquellas sublimes soledades. El canto de los monjes, los resonantes ecos de silenciosos corredores, el mugido de los bosques cercanos, el vibrante y grave sonido de la misteriosa campana, el aspecto venerable de un anciano encanecido en la penitencia, el angelical semblante de un compungido novicio, la frente serena de la edad viril, anunciando un corazón brioso sojuzgado por la gracia y una conciencia sin mancha ni remordimiento, son objetos que todavía no se han olvidado, y más de una vez se enciende la indignación en los pechos generosos al pensar que a tan santas mansiones se atreviese la impiedad con sus puñales y sus teas.

Establecimientos de grande abstracción, de mucha austeridad, donde se reuniesen hombres llamados por Dios para resucitar la vida de los primitivos monjes, encontrarían en el país las mayores simpatías; no habrían menester el apoyo del gobierno, porque se lo suministraría con mucho gusto la piedad de los pueblos. Y esto se verificará tan pronto como el gobierno alce una prohibición que tan visiblemente se opone a la libertad que tiene cada individuo de entregarse al género de vida que considera más conveniente para servicio y gloria de Dios y santificación de su alma. Si se admite sin contradicción que el gobierno carece de facultades para impedir que se reúnan algunos individuos en una empresa industrial o mercantil, si se deja a los ciudadanos en completa libertad para fijar su residencia donde mejor || les agradare, si nadie ha pensado en vedar que se edifiquen casas en poblado o en desierto, mientras no se dañe a la propiedad de nadie, y que en ellas vivan una o más familias del modo que creyeren más conveniente, con tal que ni la moral ni los intereses públicos o particulares no sufran perjuicio, ¿con qué derecho se prohibirá que se reúnan en la soledad algunos hombres para orar y ejercitarse en prácticas de devoción y de penitencia? Mientras no ataquen la propiedad ajena, ¿qué os importa que vivan de la limosna o del trabajo de sus manos? Bien necesario es que la impiedad haya trastornado lastimosamente las ideas introduciendo las preocupaciones más chocantes e injustas, cuando se hace necesario insistir sobre verdades tan claras, tan evidentes, tan sencillas.

Que la codicia se cebe en pingües patrimonios y procure por todos los medios posibles apoderarse de ellos y conservarlos, lo concebimos muy bien; que el gobierno, arrebatado por el torbellino de la revolución y cegado por el frenesí de la impiedad, se arroje a pasos injustos y se preste a servir de instrumento a pasiones innobles, tampoco nos es incomprensible; pero que, pasado el calor de los primeros momentos y establecido un gobierno regular, se intentase proseguir en un sistema de suspicacia y desconfianza, desconocidas en todas las naciones católicas y hasta en las protestantes; que bajo el nombre de libertad se quisiese continuar oprimiendo las conciencias, no dejando respiradero a las creencias de la nación, esto fuera una aberración incalificable, un despotismo irracional, una vejación sin motivo ni pretexto, un insulto hecho a la religión de los españoles, un empeño de prolongar un estado violento y, por consiguiente, poco durable. ||

La voz de los hijos de San Ignacio y de Santo Domingo de Guzmán resuena en las catedrales de la Francia con gloria de la religión y con provecho de los fieles y de los in-

crédulos. Cuando se anuncia un sermón de Ravignan o de Lacordaire acude al templo una inmensa muchedumbre que no bastan a contener las más espaciosas basílicas. En aquella misma capital donde fueron calumniados los institutos religiosos durante largos años, de la manera más escandalosa, allí donde se firmaron los decretos de su proscripción, allí se presentan los individuos de las odiadas religiones, atrayendo con el encanto de su elocuencia, convenciendo con la fuerza de sus razones, dominando y arrastrando con el fuego y la energía de su palabra. A oírlos acuden las primeras notabilidades de la Francia mezclados con una juventud que siente la imperiosa necesidad de llenar el vacío que en su espíritu dejara la irreligión; allí acuden para oír y admirar a hombres cuya vida y palabras son la más elocuente protesta contra las pérfidas calumnias de una filosofía que, después de haberse manchado con las más crueles injusticias, no dejó sobre la tierra más que escepticismo y desesperación. En vano se alarman los volterianos, en vano levantan su voz, en vano se oponen a que triunfe la causa de la verdad: Dios ha soplado sobre la tierra, y la faz de la tierra será renovada. El espíritu del mal nada puede contra el Todopoderoso: la Francia ha visto ya ruidosas y admirables conversiones y las está viendo todavía, el claustro le quita al mundo reputaciones ilustres; que el Señor de las misericordias no se ha olvidado de que la patria de Voltaire fué también la patria de San Luis.

En la protestante Inglaterra, en aquel reino donde se || conserva todavía dominante el cisma de Enrique VIII, renacen también las comunidades religiosas: en Londres mismo están los jesuítas, esos jesuítas cuyo solo nombre exaltaba en otros tiempos la cólera del gobierno inglés y levantaba la persecución. Otros institutos van estableciéndose de nuevo en aquel país, y numerosos conventos de mujeres están edificándole con sus virtudes y con su celo en educar a la infancia y en consolar al infortunio.

¿Por qué no se ha de verificar también lo mismo entre nosotros, en la patria de Santo Domingo, de San Ignacio de Loyola, de Santa Teresa de Jesús y de tantos insignes fundadores? ¿Por qué el pueblo católico por excelencia se ha de ver privado de lo que disfrutan los pueblos protestantes? ¿Por qué ha de continuar ese abismo que nos separa de nuestros mayores, que ultraja nuestras creencias, marchita nuestros más hermosos recuerdos y nos presenta a los ojos del mundo como avergonzados de nuestra religión, de nuestras tradiciones, de que pertenecemos a la nación que se adquirió un renombre inmortal por la adhesión a la fe y a las santas prácticas e instituciones de la Iglesia católica?

Que no es verdad, no, que tal sea la voluntad de la nación; que no es verdad, no, que tal desee, ni aun consienta, la inmensa mayoría de los españoles; no, el pueblo español no ha quemado los conventos ni degollado a los religiosos; el pueblo español no se ha hecho cómplice de tamañas iniquidades; el pueblo español las ha visto con dolor, con profunda pesadumbre, sin poder evitarlo; porque, desgraciadamente, la historia y la experiencia enseñan que en tiempos agitados y turbulentos lo que domina no es la voluntad de los pueblos, sino las facciones || más inmorales, compuestas de cuanto la sociedad abriga de más abyecto y dañino.

El mismo curso de la revolución ha venido aclarando los hechos, desmintiendo las calumnias, manifestando lo siniestro de las intenciones, descifrando el misterio de tanta declamación contra los cuantiosos bienes, contra la relajación de los frailes, dejando sin máscara a los hombres que más se distinguieron por su celo destructor. ¿Dónde están los bienes de las comunidades religiosas? ¿Qué provecho ha sacado de ellos la nación española? ¿Qué contribuciones se han disminuído? ¿Qué ramos de riqueza se han vivificado? ¿Qué necesidades se han satisfecho? ¿Qué deudas se han extinguido? ¿Qué infortunios se han consolado? La nación lo ve, lo palpa; la realidad se le presenta de una manera tan cruel, que de ella no podría apartar los ojos aun cuando quisiera. Después de tantas promesas, después de tan lisonjeras esperanzas como se pretendía inspirarle, al fin ha presenciado lo que ella temía; sólo sabe una cosa, una sola cosa: los bienes no existen, se han improvisado grandes fortunas y los religiosos mendigan.

Y cuenta que la nación no ha sido engañada; lo que ha sucedido, ella ya lo preveía; porque, desgraciadamente, bastante la había amaestrado la experiencia de lo pasado para conjeturar sobre el porvenir.

Pero después que la revolución, perdiendo sus formas de osadía aterradora, se ha mostrado en toda su desnudez, dejando expuestas a la vergüenza pública todas las miserias que en su seno abrigaba; después que la nación escandalizada ha visto la sed de mando, la mezquina codicia y todas las pasiones rastreras que se ocultaban bajo los pomposos nombres de libertad, de igualdad, de regeneración || social; después que ha visto al más destemplado orgullo, la más despreciable vanidad, la más asquerosa impudencia campeando en altas regiones, gloriarse de sus flaquezas y de sus maldades, exigir a los presentes el apoteosis y a la posteridad un renombre inmortal; después que la nación, eminentemente juiciosa, sesuda, amante de la verdad y de la virtud, ha visto que de tal suerte se divinizaban a sí mis-

mos la mentira y el crimen, desde entonces el desengaño más cruel se ha apoderado hasta de los más necios; desde entonces han vuelto a renacer más vivos, más fuertes los sentimientos que en su pecho ocultaba la nación; desde entonces no ha podido contener la indignación que ahogaba a duras penas, y, recordado con más cariño la augusta religión objeto de tan sacrílegas profanaciones, ha vertido lágrimas de dolor sobre instituciones augustas que derribara una mano impía.

Estos desengaños no serán estériles; estos escarmientos producirán sus resultados. Sucesos hemos visto de inmensa trascendencia que por cierto la revolución no los preveía; pues bien, otros vendrán con el tiempo que consumarán la obra de salvar a este gran pueblo, que después de diez años de sufrimiento tiene ciertamente indisputable derecho a decir: *Basta.*

No nos hacemos ilusiones con exageradas esperanzas, no desconocemos del todo la situación de las cosas, no se nos ocultan los obstáculos que ha de encontrar el bien y los poderosos auxiliares con que cuenta el mal; sabemos que una revolución que ha campeado tan largos años en un país deja huellas profundas y daños irreparables; pero todavía no hemos podido abandonar la esperanza de que llegará por fin un día de justicia, de que la obra || de iniquidad encontrará adversarios que le hagan frente con dignidad, con recta intención, con firmeza, con intrepidez, cual cumple a verdaderos españoles; y cuando esto suceda triunfará la causa de la razón y de la religión, porque hallará universal y decidido apoyo en la inmensa mayoría de los españoles, fatigados de asistir a tan lamentables escenas de escándalo y mentira.

Cuando la religión quede, no diremos triunfante, pero al menos libre de las cadenas que en diferentes sentidos la estrechan y oprimen, cuando estén restablecidas las relaciones con el Padre común de los fieles, cuando las iglesias no hayan de llorar la ausencia de sus pastores, cuando se permita a la fe y a la caridad hacer las obras que les inspire el cielo, entonces renacerán de una u otra manera las comunidades religiosas; entonces o en las ciudades o en los desiertos se establecerán reuniones de hombres que practiquen con vida austera y santa los consejos del Evangelio y levanten al Señor un corazón ardiente y puro, rogando por la conversión de aquellos que con más furor los persiguieron. ||

ARTICULO 2.º

Sumario.—Positivismo material de nuestro siglo. Ocupaciones de los antiguos monjes del Oriente. En qué podrían ocuparse los monjes actuales. Su buena disposición para las ciencias naturales y exactas. Benedictinos de Inglaterra. Las comunidades religiosas en sus relaciones con el progreso de las ciencias de observación. Gerberto, o sea el papa Silvestre II. Alberto Magno Roger Bacon. El jesuato Cavalieri. La Sueur y Jacquier, comentadores de Newton. Algunos inconvenientes de la época actual para dedicarse a cierta clase de estudios con igual fruto que en otros tiempos. Lo que deben ser los religiosos de ahora. Las ciencias naturales y la vida contemplativa.

Dado que vivimos en un siglo de positivismo material, nos permitiremos una observación sobre las ocupaciones a que podrían dedicarse con provecho propio y ventaja del público los nuevos solitarios. No creemos que los cestos, las telas groseras y otros artefactos sencillos y de poco valor, en cuya fabricación se ocupaban los monjes de Oriente, sean a propósito en nuestros tiempos sino para hermosear poéticos recuerdos de una vida inocente. Las ocupaciones no sólo deben encaminarse a no dejar el espíritu en ocio, distrayéndole de los pensamientos malos y apartándole de entretenimientos dañosos, sino que es preciso procurar en cuanto cabe que el trabajo mental o material sea verdaderamente *útil*, que produzca resultados positivos y que cuando menos || satisfaga con su fruto el tiempo y las fuerzas que en él se invirtieron.

Por estos motivos dejamos para los utopistas el empeño de emplear a los monjes en los trabajos manuales a que en otros tiempos se dedicaron. Atendido el desarrollo que ha tomado la industria y la extensión y perfección de la maquinaria, tampoco conceptuamos posible que se imitara a aquellos monjes más ingeniosos que, según nos refiere Paladio, ejercían toda clase de oficios. Sabido es que la organización social antigua en nada se parece a la moderna; lo que entonces pudiera ser muy útil al público, y hasta ganancioso a los que en su retiro se ocupaban en este linaje de tareas, no sería más en la actualidad que un mero pasatiempo, sin esperanza de que fuera recompensado el trabajo, a no ser que se le quisiese extender en una escala que comprometiese el sosiego de los cenobitas y rebajase el santo decoro con que deben ofrecerse a los ojos del público.

Parece, pues, que el tiempo sobrante después de las prácticas de su instituto, la lectura de las Sagradas Escrituras y estudios sobre la religión no podrían ocuparlo de una ma-

nera más agradable, más útil y al propio tiempo más decorosa que dedicándose a aquella clase de ciencias naturales que, no necesitando de costosos instrumentos ni continuo contacto con el mundo, se avienen con la paz de los campos y la abstracción de la soledad. La agricultura, horticultura, selvicultura, la química en sus aplicaciones a los sobredichos ramos, la botánica en sus partes más acomodadas al clima y demás circunstancias del lugar, la geología en sus relaciones con el país de la residencia, podrían llenar útil y agradablemente los intervalos de la oración y de los estudios sagrados. || Estas ocupaciones, procurando a las ciencias muchos adelantos, conciliarían a los monjes aquella estimación y aprecio que, unidos a la veneración inspirada por una vida pura y austera, arrancan del corazón del hombre aquel sentimiento que más se aproxima a la adoración, pues en él se combinan el agradecimiento de un beneficio, el reconocimiento de alta sabiduría y la admiración por la práctica de virtudes heroicas.

Inglaterra es uno de los países donde más adelante se han llevado los progresos de la agricultura, y, sin embargo, los monjes benedictinos establecidos allí han logrado distinguirse por sus mejoras en este ramo. Esos religiosos, que al beneficio de la enseñanza reúnen el del perfeccionamiento material, han comprendido el espíritu del siglo, conociendo cuán importante era manifestarle con hechos palpables que la religión no estaba reñida con el adelanto de los pueblos en ningún género, y que, semejante a su divino Maestro, mientras va caminando hacia el cielo, sabe *pasar haciendo bien* sobre la tierra. *Pertransiit benefaciendo*.

Los modernos, tan ansiosos del progreso científico, han descuidado en demasía el poderoso auxiliar que en ciertas materias podrían encontrar en los monasterios. Lo sucedido en los siglos bárbaros, en la época del renacimiento y aun mucho tiempo después, hubiera debido servir de lección para en adelante. Sabido es que el no interrumpido encadenamiento de observaciones es el mejor medio para hacer progresar las ciencias naturales, y que a ellas puede aplicarse también en algún modo el principio de la división del trabajo. ¿A qué grado de exactitud y delicadeza no puede llevar sus experimentos un hombre que en ellos se ocupa por espacio de medio || siglo, sin más distracción que el murmullo de los vientos y de los bosques, sin más escenas que llamen su atención que los campos y el firmamento? ¿Un hombre que se ocupa porque a ello le impelen la necesidad de evitar el tedio, de huir de los malos pensamientos, y la obligación que le imponen las reglas de su instituto? Y cuando los años han consumido su existencia, cuando su vista percibe mal los objetos y sus manos trémulas no sos-

tienen con seguridad y pulso los instrumentos que le sirven para interrogar a la naturaleza, aquel hombre no va a descender todo entero al sepulcro; largos años antes que se corte el hilo de sus días se habrán formado a su lado aventajados discípulos que estarán en posesión de sus manuscritos y apuntes, que habrán recogido de su boca todo el caudal de observaciones recogido en una dilatada vida, que le habrán asistido en las operaciones, que con él habrán practicado los experimentos, que habrán heredado sus relaciones con los sabios seglares, que podrán substituir completamente a su difunto maestro. El espíritu de conservación y perpetuidad que distingue a estas corporaciones se comunicará a la ciencia, y las naturales perpetuadas sin interrupción son las ciencias en progreso, dado que éste consiste principalmente en el acumulamiento que se hace de las adquisiciones presentes con la herencia de las pasadas.

Contra estas reflexiones se objetará tal vez que el mismo espíritu tradicional y conservador que distingue a esta clase de corporaciones sería un obstáculo a sus progresos en las ciencias naturales, alegándose para robustecer la objeción el ejemplo de lo sucedido en los últimos tiempos. Mucho tiempo había que estaban desterradas de las escuelas filosóficas cierta clase de opiniones, || y se las ve todavía sostenidas y defendidas con vigor en los claustros; ya nadie en el mundo se acordaba de las doctrinas aristotélicas, y aun servían de libro de texto en algunos institutos religiosos los autores más aferrados a ellas. Esta dificultad, que no deja de ser algo grave, quedará desvanecida si se advierte que tratando de las ciencias de observación no existe el riesgo de estacionarse como en las otras, porque o pierden su naturaleza o continúan desenvolviéndose cada día con la nueva luz que suministran los experimentos sucesivos.

Si se replica que cabalmente las ciencias de observación son las que habían sufrido más atraso en los últimos tiempos, advertiremos que donde esto se había verificado no existía la observación propiamente dicha, y que la física era tratada por un método puramente especulativo, no aduciéndose los hechos sino como una especie de ejemplos para ilustrar la doctrina de antemano establecida. En efecto: basta tener alguna noticia del sistema que dominaba en estas materias para no ignorar que consistía en una serie de principios y deducciones que encerraban mucho de abstracto y puramente metafísico. Arreglada de este modo la enseñanza, claro es que ella inclinaba de suyo a prescindir de la observación de la naturaleza, y añadiéndose a esto el descuido del estudio de las matemáticas se hacía hasta imposible dar un paso adelante, supuesto que la naturaleza toda es eminentemente matemática. Pero es evidente que los

estudios que ahora se principiasen no se parecerían a los anteriores, que éstos se hallarían cimentados sobre la observación, y que, no teniendo punto de contacto con los antiguos métodos, comenzarían poniéndose desde luego al nivel || de los últimos adelantos. Una vez establecida la observación como primer elemento científico, es ya imposible no proseguir en ella; la ciencia podrá estar más o menos descuidada según la mayor o menor asiduidad de observación y deducción de los que en ella se ocupen, pero no es dable volver a las puras teorías y convertir en meramente especulativo e hipotético lo que se ha cimentado sobre el testimonio de los hechos.

Además, que fuera desconocer lastimosamente la historia de las ciencias naturales y exactas el decir que las comunidades religiosas no han contribuído poderosamente a sus progresos, pretendiendo que el espíritu conservador que las distingue hace que se aferren obstinadamente a las opiniones antiguas, no cuidando de los adelantos que en dichos ramos van haciendo los sabios del siglo.

Cabalmente el primer impulso que en Europa recibieron las ciencias naturales y exactas les vino de un monje que, reuniendo los conocimientos de los árabes a los restos que pudo hallar en los países cristianos, abrió en el siglo x, en este mismo siglo que no sin razón se apellida de hierro, cátedras de matemáticas, de geografía y astronomía. Ya entenderán nuestros lectores que hablamos del famoso Gerberto, que después fué Papa con el nombre de Silvestre II. El ingenioso cenobita construyó con sus propias manos dos esferas para hacer sensibles a sus alumnos las verdades astronómicas. En la una estaban señalados los polos, los solsticios, los equinoccios y además todos los círculos con los signos de las constelaciones del Zodíaco; de manera que se ofreciesen a la vista los fenómenos del movimiento diurno y anuo del sol, explicándose de esta suerte su orto y || ocaso y la variedad de las estaciones. En la otra estaban figuradas las estrellas por medio de hilos de alambre y de hierro, orientándose la esfera con una abertura por la cual se podía fácilmente ver el polo celeste. La construcción era tan a propósito para la enseñanza, que uno de sus contemporáneos nos dice que bastaba la explicación de un signo para que sin maestro comprendiesen todo lo demás las personas no versadas en astronomía.

Escribió también una obra sobre geometría que aun en la actualidad, y no obstante los adelantos de ocho siglos, no deja de ser interesante. Como era tanta la ignorancia de aquella época y en tan reducido número los que conocían las cuatro reglas de la aritmética, hizo construir un tablero donde, con caracteres formados adrede, explicaba las

operaciones de multiplicar y dividir, hablando a un mismo tiempo al entendimiento y a los ojos.

Tanto se aventajaba a su siglo el saber de este hombre singular, que sus enemigos le calumniaron suponiéndole entregado a la magia. De este y otros cargos le vindica el alemán Hock en la obra que acaba de publicar, titulada: *Historia del papa Silvestre II y de su siglo*. Por ella se ve que si bien este hombre insigne no estuvo exento de faltas, no dejó de ser la lumbrera de su tiempo y uno de aquellos genios extraordinarios que más contribuyen a impulsar la humanidad en la carrera del adelanto.

En el siglo XIII vemos que otro religioso adquiere altísima fama en materia de conocimientos naturales, hasta llegar el vulgo a atribuirle invenciones maravillosas. Hablamos de Alberto Magno. Por cierto que no serán muchos ahora los que den crédito a la construcción || de la famosa cabeza de metal que respondía de repente a todo linaje de cuestiones, ni tampoco que el buen religioso cambiase el invierno en estío, un día que había convidado a comer a Guillelmo, conde de Holanda y rey de los romanos; pero estas fábulas prueban la reputación de aquel a quien se atribuyen, indicando que debía de ser mucha la ventaja que llevaba a los hombres de su tiempo.

En el propio siglo florecía en Inglaterra el insigne franciscano Roger Bacon, tan célebre por sus conocimientos en las ciencias naturales, y por este motivo acusado de magia, de cuyo cargo se vindicó completamente. Hizo los mayores adelantos en matemáticas, astronomía, óptica, química, llenando de asombro a sus contemporáneos y mereciendo por esta razón el título de *Doctor admirable*. Parece imposible que en el siglo XIII se llevasen tan adelante los progresos científicos; bastará decir que Bacon propuso ya al papa Clemente IV la reforma del calendario, y que si bien no conoció los anteojos, los telescopios y microscopios tales como ahora los disfrutamos, no obstante preparó el camino a ulteriores descubrimientos con sus trabajos sobre la refracción de la luz, sobre los vidrios y espejos esféricos, sobre el tamaño aparente de los objetos y otros puntos análogos. En un tiempo en que estaba tan descuidada la observación hizo ya notar que ella era necesaria si se quería progresar en las ciencias, adelantándose así a indicar lo que tres siglos después había de reducir a sistema su célebre compatriota el otro Bacon de Verulamio.

Fácil sería recordar nombres ilustres que nos presentan la santidad del claustro reunida con gran copia de conocimientos en las ciencias naturales y exactas; pero, || pasándolos por alto, citaremos al famoso Cavalieri, quien preparó el camino al descubrimiento del cálculo infinitesimal. No

intentamos, ni aun remotamente, disminuir la gloria de Newton y Leibniz, pero no fuera nada extraño que los trabajos del sabio jesuato italiano hubiesen contribuído a inspirar aquel pensamiento sublime, eterno monumento erigido a la gloria del entendimiento del hombre y que tan vigorosamente empujó a la ciencia en el camino de regiones desconocidas.

Los comentarios de las obras de Newton, de esas obras que por su profundidad no estaban al alcance de la mayor parte de los profesores de la ciencia, sabido es que salieron de las celdas de dos Padres mínimos, tan famosos por su saber como por su modestia: La Sueur y Jacquier. Así, el *Comentario sobre los principios de Newton* como el *Tratado de cálculo integral* lo compusieron estos dos religiosos, trabajando cada cual lo que creía conveniente, cotejándolo en seguida y confundiendo el fruto de sus tareas, de manera que los lectores no pudieron saber la parte que a cada uno correspondía. Ambos compusieron por entero el *Comentario sobre Newton*, mas no sabemos a cuál de los dos pertenece lo principal del mérito.

Estos gloriosos recuerdos debieran bastar para que no cause ninguna extrañeza que presentemos como muy acomodado a la vida solitaria el estudio de las ciencias naturales, y no demos mayor importancia a otra clase de tareas más análogas a las tradiciones de los monasterios, pero no más adaptadas a la gravedad de su instituto. En los siglos bárbaros, se nos dirá, se ocuparon los monjes en la traslación y conservación de los manuscritos más preciosos; posteriormente contribuyeron de || una manera muy particular al renacimiento y desarrollo de las letras; y, por fin, en la época de la crítica, cuando se acometió con más empeño la ilustración de lo que antes amontonara la erudición indigesta, se señalaron por sus inmensos trabajos en esta clase de estudios, haciendo competir la extensión con la profundidad y la exactitud. ¿Por qué, pues, no podrían continuar ahora en sus antiguas tareas? ¿Por qué los monjes del siglo XIX no se dedicarían como sus ilustres predecesores a la aclaración y perfeccionamiento de la historia eclesiástica y profana? ¿Por qué no revolverían también los archivos donde están enterradas tantas preciosidades, donde yace, por decirlo así, la vida política y doméstica de nuestros ascendientes, que tan olvidada han dejado hasta aquí los historiadores, no cuidando sino de conservarnos nombres de príncipes y reyes, pintarnos sangrientas batallas y otras cosas por este tenor, que poco o nada nos enseñan sobre la vida íntima de los pueblos, sobre esa vida que tanto nos agrada ver descrita y a cuyo análisis nos impele el espíritu investigador y filosófico de nuestra época?

Especiosas como son estas reflexiones. quedarán destituídas de todo peso, si se considera que en este artículo estamos hablando de monjes nuevamente establecidos, y que por lo mismo estarían faltos de los archivos y bibliotecas que abundaban en los antiguos monasterios; sin este auxilio es imposible dar un paso, y por lo mismo sería confundir los tiempos y las circunstancias el pretender que se empeñasen en semejantes tareas. Si se nos replica que los monjes podrían aprovecharse de los archivos y bibliotecas que existiesen en los países comarcanos, responderemos: 1.º, que no siempre se ofrecería || esta oportunidad; 2.º, que aun cuando se presentase, difícilmente fuera de tal naturaleza que suministrase pábulo a trabajos de alguna extensión; 3.º, que para aprovecharla sería menester que los monjes dejasen la soledad, que pasasen temporadas en casas particulares, ya en el campo, ya en los pueblos y ciudades, lo que acarrearía distracción, relajara la disciplina, haciendo descender a los solitarios de la altura mística en que deben mantenerse sobre el resto de los hombres.

Es importante, es necesario que los monjes que nuevamente se establezcan procuren vivir en la mayor abstracción y soledad, que muestren a los ojos del mundo un vivo ejemplo de la más acendrada virtud y le recuerden los edificantes modelos de los tiempos primitivos. La incredulidad ha procurado deslustrar por todos los medios imaginables esta clase de instituciones, y una de las artes de que con más éxito se ha valido es el achacarles que habían degenerado, que en ellas estaba olvidada la regla de los santos fundadores, encareciendo adrede la austeridad de estos últimos, para exagerar con el contraste la relajación de los contemporáneos. Por este motivo, y supuesto que los enemigos de la religión clavarían ávidamente los ojos sobre los nuevos monasterios con el deseo de descubrir en ellos miras mundanales, conviene que se tenga presente el dicho del Apóstol: *Ab omni specie mali abstinete vos.* «Absteneos de toda apariencia de mal.» No basta que las acciones no sean pecaminosas; es preciso andar con tal miramiento y cautela, que ni la malicia más refinada encuentre una rendija por donde herir con su envenenado aguijón. Fuera competencias ni rivalidades de ninguna clase con el clero secular y mucho menos con los párrocos vecinos; fuera || toda pretensión que ni de lejos pueda excitar sospechas de miras interesadas o de complacencia de amor propio; fuera todo lo que pueda lisonjear la vanidad; fuera todo cuanto contribuya a suavizar la austeridad de la vida; fuera lo que disminuya aquella sobriedad en el trato que impide el intimarse demasiado con las familias: es preciso que cuando se lleguen al monasterio los seglares quede con su solo as-

pecto edificada la piedad, confortada la fe, confundida la incredulidad y forzada a exclamar como los magos de Egipto: *Digitus Dei est hic.* «Aquí hay el dedo de Dios.»

A estos santos fines no perjudicaría la ocupación que arriba hemos aconsejado; de la propia manera que el trabajo manual no rebajaba el decoro de los monjes primitivos. El estudio de las ciencias naturales y los experimentos análogos substituiría dicho trabajo de un modo acomodado al espíritu de la época y más útil a la humanidad. Si al visitar los curiosos o los devotos la solitaria mansión, sorprendiesen a un cenobita con una flor en la mano descomponiéndola y examinándola a la luz de la ciencia; a otro disecando un insecto para formar parte de un museo escogido; a otro en la cima o pendiente de una escabrosa montaña excavando la tierra para estudiar la naturaleza de las capas formadas por los siglos; a otro en el corazón de un espeso bosque observando las leyes del desarrollo de un árbol creciente, o la de decadencia de otro que cuenta siglos de duración, nada perdería ciertamente de su crédito la vida monástica; antes al contrario, la consideración de que aquellos hombres apartados del mundo emplean tan útilmente el tiempo, que los intervalos que les dejan la oración, los ejercicios de penitencia y el estudio de las cosas sagradas || los invierten en la observación de la naturaleza, procurando reconocer en sus obras al Criador, a quien sirven, y descubrir verdades provechosas a sus semejantes, realzaría más la sublimidad y belleza del instituto y contribuiría a desvanecer la preocupación de que la religión sea enemiga de las ciencias, dado que se las vería estrecharse y solazarse tan amistosamente en el silencio de la soledad.

Hay en la contemplación de la naturaleza algo de sublime, algo que inspira sentimientos religiosos. La augusta mano del Criador se descubre tan visiblemente en todas sus obras, resplandecen de tal manera en ellas su sabiduría y su poder, que a no estar cegado por impío orgullo es imposible fijar sobre las mismas la vista sin oír el cántico de armonía que se dirige sin cesar del cielo a la tierra. ¿Qué magníficos pasajes no se hallan en la Sagrada Escritura sobre las maravillas de la creación? ¿Quién no recuerda el lenguaje con que el Espíritu divino hacía hablar al Profeta Rey, conduciéndole como por la mano a admirar los portentos de aquel que asentó la tierra sobre sus bases, que señaló sus lindes al mar, que extendió como un pabellón la inmensidad del firmamento? Digna, pues, y muy digna fuera de la vida religiosa la ocupación de los monjes en el estudio de las ciencias naturales; más de una vez les sucediera que, después de haber adorado a Dios en el silencio de la oración, continuarían deshaciéndose en lágrimas de

gratitud y de amor al encontrarse de nuevo con su sabiduría y bondad en los arcanos de la naturaleza.

Además que estas tareas a la vez especulativas y prácticas traen la doble ventaja de ocupar al mismo tiempo el espíritu y el cuerpo, no consintiendo la ociosidad || bajo la apariencia del trabajo. Un hombre puede pasar largas horas en su bufete con el libro abierto delante de sus ojos, teniendo el espíritu sumamente distraído y disipado. El joven que a hora determinada ha de recitar un trozo o dar cuenta de él manifiesta la mayor o menor distracción que ha padecido en su aposento; pero ¿cómo saberlo tratándose de quien no está ya sometido a semejante obligación y que se retira a su gabinete sin más testigos que su conciencia? El trabajo puramente manual no está tampoco destituído de inconvenientes, y por más que digan los afectados encomiadores de todo lo antiguo, no creemos que, generalmente hablando, fuese útil su restablecimiento. Con bastante extensión expusimos más arriba esta materia; y por lo concerniente a la edificación espiritual de los que le practican, advertiremos que, siendo muchos los que no son a propósito para la construcción de artefactos ingeniosos, sería menester dedicarlos a cosas de mera rutina, las que, si bien ocupan las manos, tienen, en cambio, la desventaja de dejar ocioso el espíritu. ¿No os parece más bello, más digno, más propio para granjear respeto a los monjes y acatamiento a la religión el que un cenobita fuese visitado en el momento de ocuparse en la resolución de arduos problemas matemáticos y físicos, en operaciones curiosas y delicadas, que no si se le encontrase puliendo unos mimbres o tejiendo un cesto? ||

ARTICULO 3.º

Sumario.—Nuevas necesidades de la sociedad actual. Comparación entre los proletarios y los esclavos. Su diferencia y resultados que acarrea. Cómo se ha falseado la civilización europea. Vacío que ha dejado la falta de institutos religiosos. *Una Hermana de la Caridad.* Utilidad de los institutos religiosos para socorrer toda clase de infortunio.

La vida religiosa destinada únicamente a la oración y a la penitencia en el retiro de la soledad es conveniente para ofrecer un asilo a la inocencia, al arrepentimiento y al infortunio, y bajo dicho aspecto es de desear que se restablezca en España. Pero no es éste el único punto de vista desde el cual queremos mirar los institutos religiosos; algo vemos en ellos, además de su santidad y sublime poesía; en

nuestro juicio está íntimamente enlazado con los mismos el porvenir de la sociedad.

Basada la civilización moderna sobre la libertad universal, y atacando la esclavitud en las colonias después de haberla abolido en Europa, tiene que arrostrar los inconvenientes que consigo trae este inmenso beneficio, y resignarse a satisfacer las necesidades que la nueva condición ha engendrado. Los antiguos reconocían la esclavitud como un elemento social indispensable, presintiendo la dificultad de gobernar un número muy crecido de hombres, los cuales disfrutasen todos de la libertad || civil, apelaron a un expediente muy sencillo: privar de dicha libertad al mayor número, y con el sudor de estos infelices vivir y gozar los libres. La religión cristiana no condenó la esclavitud, no atacó los derechos adquiridos; pero miró con desagrado y compasión un estado que tan mal se aviene con la dignidad humana y que tan fuertes obstáculos oponen al desarrollo intelectual y moral del desgraciado a quien cabe la infausta suerte. Resultó de esto que la esclavitud anduvo desapareciendo a medida que el cristianismo tomó extensión y arraigo, y todavía en nuestros tiempos estamos viendo que el espíritu de esa religión de fraternidad y de amor va procurando que cese en las colonias esta degradante condición levantando enérgicamente su voz el Padre de los fieles contra los que se ocupan en el infame tráfico de los negros [1].

La clase de los proletarios ha sucedido a los esclavos, mediando entre ellos la diferencia que éstos recibían de sus amos alimento, vestido, abrigo y demás cosas necesarias para la vida, así en el estado de salud como de enfermedad, y aquéllos se lo han de procurar ellos mismos con el trabajo de sus manos, o recibirlo de la caridad pública. El amo que poseía algunos centenares de esclavos y en los cuales consistía una buena parte de su riqueza debía cuidar por interés propio de la conservación de ellos, de la misma manera que atendía a la de sus ganados. Así quedaba la sociedad libre de || este cargo, el cual gravitaba exclusivamente sobre el interés individual de los propietarios, siendo de notar que en la parte de semejanza que tuvieron las sociedades antiguas con las modernas, en abrigar en su seno pobres no esclavos, se dejaban sentir males parecidos a los nuestros. Bien conocidos son los graves apuros en que se encontraron Atenas y Roma en presencia de una plebe sediciosa

---

[1] Para formarse idea de la influencia de la religión cristiana en la abolición de la esclavitud, y de la conducta observada por la Iglesia católica sobre este particular, véase el tomo I de la obra titulada *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, por el autor de esta revista.

y hambrienta que se creía con derecho a ser mantenida del erario público.

Libre de la esclavitud la clase proletaria, vese precisada a luchar con las dificultades de su situación al par que disfruta de sus ventajas; los ricos no tienen interés directo e inmediato en proveer a la subsistencia de un determinado número de individuos; bástales que en tal tiempo y lugar correspondiente no les falten los brazos necesarios para su servicio. Así el pobre queda entregado a sus propios recursos, y, no consistiendo éstos en otra cosa que en el trabajo. cuando carezca de él es víctima de la miseria. Un sistema semejante, mirado bajo un punto de vista meramente económico, no puede menos de traer gravísimos inconvenientes, porque supone mucha sobreabundancia de medios de subsistencia con los cuales se provea a las necesidades de los pobres. El trabajo ha de ser constante, y además retribuído lo suficiente para que el salario alcance a la manutención del jornalero y su familia: dos condiciones sujetas a infinitas eventualidades y que vemos faltar a cada paso, quedando reducidos a la miseria más espantosa los que del cumplimiento de ellas tienen pendiente su subsistencia.

Pero la religión cristiana, de la cual ha dimanado la presente organización en lo que tiene de ventajoso a la humanidad, no considera las cosas bajo el aspecto puramente material; a sus ojos el hombre es algo más que una máquina para elaborar, y la sociedad no se limita a una simple combinación de consumos y productos. El hombre es criado a imagen y semejanza de Dios, destinado a una felicidad sin término en la otra vida. Todos los hijos de Adán son hermanos por haber procedido de un mismo tronco, y sobre todo por tener todos un mismo Criador, un mismo Redentor y un mismo fin, que es la bienaventuranza eterna. De estos principios nacen una serie de obligaciones, así para el individuo como para la sociedad; aquél no puede permitir que sus hermanos padezcan hambre, ni sed, ni desabrigo, y en cuanto cabe en sus alcances debe socorrerlos en las necesidades. La limosna es una verdadera obligación; a ello no le forzarán los tribunales de la tierra; pero si la olvida, sabe que de tal omisión le pedirá cuenta el soberano Juez en el día del juicio. Sobre la sociedad pesan también deberes no menos graves y rigurosos. La suerte de los desgraciados no puede quedar abandonada a las vicisitudes de la circulación de la riqueza: el legislador está obligado a tener previstos los casos extraordinarios en que pueden sobrevenir calamidades públicas y a guardar en reserva los medios de desvirtuarlos o atenuarlos; y en cuanto a los males ordinarios, que son como el patrimonio de la humanidad, debe tener planteado un sistema de socorros, ora fijos, ora intermi-

tentes, que sostengan al pobre en su penuria y lo alivien en su enfermedad.

De esta manera la libertad no trae consigo el abandono del necesitado a sus propios recursos, pues que el interés del dueño en favor de su esclavo queda substituído por la desinteresada solicitud de la caridad. ||

El malestar que siente la sociedad de nuestra época, a pesar del inmenso desarrollo de la riqueza y de las indisputables mejoras que en muchos ramos se han obtenido, proviene de que la civilización se ha desviado en parte del principio que le dió nacimiento y progreso. El elemento religioso es y ha sido siempre necesario a toda sociedad; pero la europea lo ha menester de una manera especial, porque no estando cimentada sobre la fuerza, antes al contrario, teniendo una decidida propensión a excluirla más y más cada día, requiere mayor abundancia de influencia moral, la que no existe sin la religión. La incredulidad y la indiferencia han extraviado los entendimientos, el principio utilitario ha establecido el egoísmo en los corazones; y una sociedad destinada a presentar el más bello conjunto de estabilidad, bienestar y esplendor siéntese herida en sus entrañas por enfermedades que le amenazan con los más graves peligros. El árbol había crecido hermoso y lozano y levantaba ya orgullosa su frente coronada de ramos, de flores y de frutos. «Esa tierra, dijeron algunos insensatos, fué muy buena para los primeros años del árbol, pero ahora ya no la necesita; trasplantémosle a la que nosotros le hemos preparado; allí acabará nuestro ingenio lo que había comenzado la naturaleza.»

Con tan extrañas preocupaciones no se ha echado de ver la utilidad que podía resultar de las venerandas instituciones que nos legaran los antiguos; todo lo que no estaba pautado sobre la mezquina regularidad de concepciones menguadas y presuntuosas ha sido condenado como dañoso, o despreciado como vana superfluidad. Esos filósofos que así reprueban lo que no comprenden y que de tal manera se empeñan en vaciar el || universo entero en el molde de su pensamiento, se parecen a un jardinero que, envanecido con la compasada regularidad de las tablas, senderos y surtidores de su vergel de un centenar de toesas cuadradas, blasfemase contra el Supremo Hacedor por haber distribuído con sublime prodigalidad y en aparente y magnífico desorden vastísimas llanuras, gigantescas montañas, caudalosos ríos y sonorosas cascadas.

Uno de los objetos en que la incredulidad se ha mostrado más ciega y rencorosa son, a no dudarlo, en instituciones religiosas. No ha visto, o no ha querido ver, que ellas habían servido en todo tiempo para satisfacer grandes nece-

sidades, no sólo religiosas, sino sociales y políticas, y que en nuestra época no se debía desaprovechar un elemento que bien dirigido podía remediar o disminuir muchos males. Afortunadamente el mundo, a pesar de toda su distracción y desvanecimiento, es todavía más cuerdo que ciertos filósofos que pretenden guiarle, y vemos que, no obstante todas las declamaciones, todos los manejos, y, lo que es más, todas las violencias contra las instituciones religiosas, las acoge presurosa cuando se trata de instruir, moralizar o consolar. En los países más cultos, y donde más extensión y arraigo tomaron las preocupaciones irreligiosas, allí vemos que los pobres miran con predilección y cariño a los *Hermanos de la Doctrina Cristiana*, que se desvelan en comunicarles una instrucción fundada sobre la fe de la Iglesia; al paso que los enfermos bendicen la religión que les envía las *Hermanas de la Caridad* para cuidarlos, aliviarlos y consolarlos en el lecho del dolor.

¿No decís que el dinero es el agente universal, que el oro es el talismán para obrar los mayores prodigios? || Pues abrid vuestras arcas, derramad a manos llenas vuestros tesoros y ved si con todos ellos llegaréis a formar una *Hermana de la Caridad*. La dulzura, la paciencia, la constancia que distinguen a esas mujeres admirables llenas del espíritu de Dios y señoreadas por el fuego de la caridad no pueden nacer de motivos puramente humanos. La razón y la experiencia están de acuerdo en enseñarnos esta verdad, por más que los enemigos de la religión se hayan empeñado en hacernos creer que realmente puede existir un desprendimiento sublime en hombres que no piensan en Dios, ni esperan nada de la vida futura. No negaremos que un individuo dominado por una fuerte pasión, o arrebatado por un impulso de noble generosidad, se olvida a veces de su propio interés y hasta de su vida, en obsequio de alguno de sus semejantes; mas, si bien se observa, en el fondo de aquel desprendimiento se descubre o el amor de la gloria o la ceguera que resulta de algún afecto muy fuerte; en fin, se encuentra el apego a sí propio, cuando a primera vista no se descubriera más que absoluta abnegación.

Pero demos que, efectivamente, lleguen algunos individuos a poseer el desprendimiento de que se trata, y que sean capaces de ofrecerse en holocausto por el bien de los demás prescindiendo de la gloria que de ello les resulte y de cualquiera pasión que los mueva. Este fenómeno tan singular y extraordinario, ¿podrá jamás generalizarse? La feliz disposición de esas almas naturalmente generosas y desinteresadas, ¿es, por ventura, el tipo de la humanidad, ni siquiera de un pequeño número de hombres? ¿Sobre ese cimiento tan estrecho podrá levantarse nada grande? Ras-

gos de esta naturaleza dependen de un momento de entusiasmo, y el entusiasmo || es cosa tan pasajera que no conviene contar con él sino para resultados momentáneos. El corazón humano, de suyo tan flaco y sobre todo tan inconstante, ha menester algo más que sus propios impulsos para proseguir largos años en una carrera de penalidades, de mortificación, de humillaciones de todo género, sin esperanza de recibir sobre la tierra la más ligera recompensa.

Fijemos un momento nuestra consideración sobre una *Hermana de la Caridad*. En la flor de sus días, en la primavera de la vida, cuando la belleza esmalta su semblante, cuando las rosas de la juventud hermosean su tez, cuando sus ojos centellean con el fuego de la adolescencia, cuando el mundo la brinda con un porvenir de ilusión y de placeres, abandona los brazos de sus padres, da el último adiós a su tierna madre, se separa para siempre de sus parientes, de sus amigos, deja el cielo que la vió nacer, el país sembrado de los dulces recuerdos de la infancia para marcharse a tierras lejanas, a vivir entre personas desconocidas entrando en una casa donde no se respira sino austeridad y penitencia. Falta de todas las comodidades de la vida, rodeada de privaciones, sola con su corazón y con su Dios, recuerda con triste emoción, tal vez con amargas lágrimas, el amor y las caricias de una madre que a la sazón llora con inconsolable llanto la pérdida de una hija querida de quien se ha separado para siempre. ¡Qué angustias no sufrirá en el fondo de su alma aquella tierna niña que acaba de resolverse a un paso de tanta consecuencia! Mira en torno de sí y nada halla sobre la tierra que sea capaz de aliviar su aflicción, y si fija los ojos sobre el porvenir, ¿qué es lo que le está reservado? ¡Ah! Al salir de aquella triste y solitaria mansión ha || de sepultarse en un hospital para toda la vida. Ya no hay para ella esperanza de descanso: al lado del enfermo y del moribundo ha de agotar la copa de amargura sufriendo incesantemente la vista de las miserias de la humanidad y arrostrando los actos más penosos y repugnantes. Asquerosas llagas, dolencias pestilentes, groserías de los necesitados, ingratitud de los mismos a quienes está socorriendo, los días sin reposo, las noches con escaso sueño y el día de hoy como el día de ayer y el de mañana como el de hoy, y siempre privaciones, siempre molestias, siempre servicios penosos, siempre la presencia de objetos aflictivos, siempre al oído penetrantes ayes, siempre gemidos, siempre el estertor del moribundo, siempre el horror de la muerte: éste es su porvenir, esto es lo que la espera hasta los umbrales del sepulcro. Reunid toda la filosofía humana, apurad los más nobles sentimientos del corazón, y ved si de todos podéis exprimir una gota de consuelo para esa inocente

criatura, que, sola en su retiro, está pensando en lo que fué y en lo que será. No; no hay fuerzas humanas que puedan llevar adelante una resolución tan sublime; no hay pecho de tan alto temple que no desfallezca en presencia de tan terrible perspectiva; sólo la religión es capaz de inspirar tan heroico desprendimiento; sólo Dios es capaz de obrar ese continuado prodigio.

Si la humanidad doliente ha de ser socorrida con tierno cuidado, con solicitud y con amor, preciso es encomendarla a la caridad cristiana. ¡Fiaos en la filantropía, que en el fondo de ella os encontraréis con un cálculo mezquino sobre el salario! ¡Y desgraciado el enfermo, pobre y desvalido, a quien se asiste por sola la esperanza del interés! La administración más severa || no será capaz de endulzar el lenguaje y los modales de los servidores; si a fuerza de rigor se consigue la puntualidad, no se obtendrán jamás la ternura y el amor.

La misma caridad cristiana, obrando aisladamente sobre los corazones, dista mucho de producir los mismos efectos que cuando vive sometida a la severidad de un instituto religioso. Entonces no es el individuo quien obra, sino la misma institución, y la institución es una persona sublime, que no muere, no se altera, no sufre las vicisitudes que combaten las almas más virtuosas, sino que, haciéndose superior a todas las pasiones, a todos los deseos, a todas las miras mundanas, atraviesa impasible por entre las miserias de la tierra sin más norma que la ley de caridad, sin más esperanza que el cielo, sin más objeto que Dios. Ese espíritu que anima a la institución se comunica en cierto modo a las personas que la componen, y por esto las vemos obrar de una manera tan extraordinaria que desconcierta todas las combinaciones de la prudencia humana. Lo que acabamos de describir no es una ficción poética, es un objeto real y verdadero que existe entre nosotros, que le podemos ver cuando bien nos parezca y cuyos benéficos efectos experimentan a cada paso la enfermedad y la miseria. Reflexionen sobre ello los hombres que con insensata precipitación condenan todos los institutos religiosos; vean si no hay aquí mucho de que asombrarse, aun prescindiendo de toda creencia religiosa y considerando los objetos bajo un punto de vista de filosofía y de humanidad.

Se nos dirá que hemos presentado adrede un instituto bello y sublime, y contra el cual nada puede objetar || quien no esté destituído de todo sentimiento de amor hacia sus semejantes. Pero obsérvese que lo que hemos tratado de hacer es poner en salvo el principio combatido, demostrar hasta la evidencia que la religión alcanza a un punto a que no se acercarán jamás los mayores esfuerzos humanos, ha-

cer palpable que en los institutos religiosos las virtudes multiplican sus fuerzas y, por consiguiente, evidenciar que era una imprevisión suma, una crueldad, un delito de lesa humanidad el condenar todo instituto religioso, el oponerse sin distinción a que ellos renazcan, cuando no para otro objeto, al menos para acudir a las necesidades que tan en descubierto se hallan en las sociedades modernas. Porque conviene no olvidar que no son solamente los enfermos los verdaderamente necesitados; hay esa muchedumbre de pobres a quienes las vicisitudes de la industria amontona frecuentemente en las calles y en las plazas pidiendo un bocado de pan para sus numerosas familias; hay esas clases trabajadoras que, sin instrucción, sin educación, sin conocimiento de sus deberes, se hallan abandonadas a sus malos instintos, sin más freno que el temor de la vindicta pública; hay esas mujeres que comienzan la carrera de sus debilidades en los establecimientos fabriles y acaban por sumirse en la corrupción más asquerosa; hay esa infancia de quien nadie cuida, en quien nadie piensa, que sólo oye la obscenidad y la blasfemia, que asiste a menudo a escenas de escándalo, que divaga por los lugares públicos entregada a sí misma creciendo en años y en perversidad para continuar una vida inmoral y tal vez cargada de crímenes. Estas necesidades son grandes; es urgente atender a ellas; en el estado actual de la sociedad es muy peligroso olvidarlas. El || extravío de las ideas, la corrupción de costumbres y el enflaquecimiento del ascendiente religioso han hecho la situación mucho más crítica; lo que antes se llenaba más o menos cumplidamente, ahora ha quedado totalmente desatendido. Véase, pues, si no será conveniente que se permita, que se proteja el establecimiento de aquellos institutos religiosos que sean a propósito para satisfacer tamañas necesidades: interésanse en ello la religión, la humanidad, la política, el porvenir del orden social y hasta la prosperidad material de los pueblos. No olvidemos que en España no hay otro medio eficaz de influir sobre el mayor número que la religión católica; no olvidemos que esta religión, dejándola obrar con libertad e independencia, posee el secreto de excogitar los medios más conducentes para satisfacer las necesidades de cada época; no olvidemos que, cuando la irrupción de los bárbaros hizo necesarias grandes asociaciones que conservasen los restos de la civilización antigua y preparasen y fomentasen el desarrollo de la moderna, se vieron en el seno de Europa innumerables monasterios que conservaban el depósito de las ciencias y de las artes; recordemos que cuando las incesantes guerras con los musulmanes y sus frecuentes incursiones sobre las costas de los cristianos aumentaron lastimosamente el número de los

cautivos, nacieron en la Iglesia católica órdenes redentoras, cuyos individuos se consagraban a la piadosa obra de libertar a sus hermanos, ofreciéndose, si era menester, ellos mismos en lugar del cautivo a quien se proponían redimir. Traigamos a la memoria que cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo reclamó colonias civilizadoras que templasen algún tanto la ferocidad de las conquistas, iluminasen || a los pueblos que estaban sentados en las sombras del error y los condujesen a una generación que los asemejara a los europeos, allí acudieron los institutos religiosos con la cruz en la mano, predicando fraternidad y paz en tierras donde no se conocían sino el horror de la guerra y la ignominia de la esclavitud. Dejemos, pues, obrar al catolicismo en plena libertad; dejemos que la enseña de la redención se levante en todos los puntos donde la caridad quiera plantarla; y no dudemos que las necesidades que abruman a la sociedad moderna quedarán satisfechas en cuanto lo permite la mísera condición humana en esta tierra de infortunio. Lo que podemos obtener de una religión divina no lo demandemos a los vanos pensamientos del hombre. ||

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE LA VIDA Y LA INFLUENCIA DE LOS PARROCOS RURALES*

SUMARIO.—Contrastes de la vida del párroco. Efectos que de ella resultan. Interés que tienen la Iglesia y el Estado en que los párrocos correspondan dignamente al objeto de su misión. Influencia que pueden tener los párrocos en el desarrollo de la prosperidad pública. Aplicación a España. Los párrocos y la estadística. Cómo podrían éstos contribuir a la mejora de ramo tan importante.

La vida del párroco rural ofrece los más singulares contrastes, según el modo con que se la considere; vida que se presta a lo prosaico y a lo poético, a lo vulgar y a lo sublime, a lo ingrato y a lo bello; vida a propósito para embotar las facultades del alma o desenvolverlas de una manera singular; vida que conduce a pasar los días en medio de la inacción y del tedio, o a emplearlos en asiduos y placenteros trabajos; vida que puede fomentar en el corazón el seco egoísmo, o inspirarle las virtudes más puras y de mayor desprendimiento; vida, en una palabra, que puede hacer del sacerdote un personaje inútil para todo, excepto las funciones del sagrado ministerio, o un ángel tutelar de sus feligreses, no sólo en lo tocante a la salvación de las almas, sino también en lo relativo a la paz doméstica y a la prosperidad de las familias. ||

Fácil es convencerse de la exactitud de las observaciones que preceden, si se para un momento la atención en la posición singular en que el párroco rural se encuentra. Solo, sin más sociedad que las personas de su servicio, pasa el día entero sin más bullicio que el canto del gallo, el gemido de la paloma, el arrullo de la tórtola y los ladridos del perro. De vez en cuando el tañido de la campana le anuncia el nacimiento del sol, la hora del mediodía o la ve-

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Artículo publicado en el cuaderno 19 de la revista *La Sociedad*, fechado en 1.º de marzo de 1844, volumen II, p. 314. El sumario es de Balmes.]

nida de la noche. Si, dejando por algunos instantes su habitación, sale a espaciarse por los alrededores, no encuentra otra sociedad que la de los rústicos aldeanos ocupados en sus duras faenas, y éstos dispersos acá y acullá, unos cavando la tierra, otros recogiendo los frutos y todos sin interrumpirse en sus tareas más que el momento necesario para saludar al párroco o contestarle a las preguntas que les dirige. En medio de las arboledas, dispuestas sin orden ni concierto en las llanuras, colinas y montañas, oye el murmullo de la fuente cercana, el ruido de los vientos que azotan las selvas y el estrépito de la cascada que se despeña de encumbrado risco. Ora es llamado para bautizar un niño y presenciar la alegría de una familia alborozada; ora se le ruega con urgencia que acuda presuroso a administrar los santos sacramentos al moribundo; hoy bendice a dos jóvenes esposos orando al cielo para que derrame sobre ellos los raudales de su gracia, haciéndolos primero felices en la tierra y conduciéndolos después a la morada de la gloria, y mañana se encontrará tal vez al lado de uno de los cónyuges para consolarle de la pérdida del otro, arrebatado por muerte temprana; ahora está experimentando las más gratas impresiones gozándose en contemplar la cándida inocencia de un niño a || quien enseña los rudimentos de la doctrina cristiana, y dentro breves instantes se afligirá su ánimo con la narración de un horrendo crimen cometido en el término de su parroquia; ahora se complace en exhortar un alma virtuosa para que adelante más y más en el camino de la perfección a que Dios la ha llamado, y luego se verá precisado a reprender con severidad al adúltero que escandaliza a toda la comarca, al jugador que disipa los bienes de sus hijos, al usurero que chupa la sangre del pobre.

¡Qué contrastes más singulares! ¡Qué variedad de impresiones, a cual más a propósito para conmover y sacudir el espíritu! Suponed que el párroco, no penetrándose lo suficiente de la altura de su misión, ejerce los actos de su ministerio con frialdad, con indiferencia, a manera de rutina; suponed que aquella vida solitaria de que disfruta no la aprovecha para nada y que pasa los días en la inacción y en el ocio; suponed que, después de haber cumplido con los deberes de que le es imposible prescindir, ya no piensa más en sus feligreses, no se interesa con celo por el bien espiritual de ellos y olvida totalmente que pueda contribuir en algo a su felicidad temporal; suponed que, seguro ya de su subsistencia, considerándose en el término de la carrera y no sintiéndose estimulado por la esperanza de mejorar de suerte, se ocupa muy poco de los libros, se contenta con resolver de vez en cuando algún compendio de

moral en ofreciéndose un caso nuevo y difícil; suponed que ni lee la Sagrada Escritura ni la historia eclesiástica, ni se dedica a ningún ramo de conocimientos y va perdiendo por grados lo que había aprendido en las escuelas; en tal caso sus potencias se embotan, su corazón || se enfría y endurece, sus afecciones o desaparecen del todo o se limitan a determinados objetos: la religión no se le presenta en su grandor y hermosura, en su inmensa fecundidad para producir bienes de todos géneros, sino como un conjunto de deberes penosos que está obligado a soportar por razón de su estado, y que no podría abandonar sin perder al propio tiempo los medios de subsistencia; entonces los lazos que le unen con los fieles son únicamente los que dependen por necesidad de las funciones del sagrado ministerio; mas, por su parte, nada les ofrece que pueda inspirarles agradecimiento, veneración y amor. A este párroco tal vez no se le podrá achacar que falte a los deberes de su ministerio, pero es bien cierto que se halla muy distante de alcanzar en toda su plenitud el objeto de su misión; es una persona pública debidamente autorizada para ejercer sus funciones, mas esta persona, considerada en particular y haciendo abstracción de su sagrado carácter, no es, como debiera ser, la luz de los ignorantes, el consuelo de los afligidos, el socorro de las necesidades, el protector de los desvalidos, el mediador en todas las discordias, el promovedor de la felicidad de sus súbditos, el padre, el maestro de cuantos están encomendados a su solicitud.

Con esa figura que acabamos de trazar, que nada tiene de bello y atractivo, y que sólo es respetable por su augusto carácter y por las elevadas funciones que ejerce, contrasta agradablemente la figura de un párroco que no sólo conozca y cumpla con los deberes de que no puede eximirse, sino que, penetrado de la altura de su destino, comprendiendo a fondo las ventajas de su estado, sabe aprovechar los abundantes medios con que él le brinda para ilustrar su entendimiento, purificar su voluntad, || ennoblecer su corazón llenando perfectamente los deberes de su cargo y no olvidando que, a más de los que pueden apellidarse rigurosos e imprescindibles, hay otros que, si no son tan sagrados, no dejan de ocupar un lugar distinguido, y, además, procura portarse de tal suerte que, haciendo a sus fieles el bien en abundancia, se concilie su gratitud, les inspire un afecto filial y recabe de ellos no sólo aquel respeto que se merece por el carácter de que está revestido, sino también aquella afectuosa veneración que acompaña siempre a los hombres de virtud sublime que consagran celosamente su vida en beneficio de sus semejantes.

Así la Iglesia como el Estado tienen el mayor interés en

que los párrocos correspondan dignamente al objeto de su misión. Por lo tocante a la primera, no hay dificultad en ello, pues que nunca pueden serle indiferentes la santidad de sus ministros, la conservación de la fe, la pureza de las costumbres y la salvación de las almas. Y si la vida del párroco no es ejemplar, si no es digno modelo a los ojos de los fieles, si no se porta con ellos con el amor y la solicitud paternales que nacen de un corazón inflamado de la caridad, podrá el hombre enemigo sembrar la cizaña haciendo notar los defectos de aquel que debe edificar a los demás, le será más fácil relajar las costumbres, hacer que vacile la fe de los pueblos y echar a perder las almas que Jesucristo redimió con su sangre.

En cuanto al Estado, no cabe duda que no se ha comprendido bastante la importancia de los párrocos, y que se ha descuidado con esto un medio de civilización tanto más sólida, más pura y saludable, cuanto se hubiera hallado íntimamente enlazado con la religión cristiana. || Los párrocos son un excelente vehículo para hacer el bien a los pueblos: no hay mejora que ellos no pudiesen introducir, no hay adelanto a que no pudiesen contribuir, no hay daño que no pudiesen remediar, no hay abuso que no pudiesen contrariar. Mas para esto sería preciso que el gobierno, poniéndose de acuerdo con la Iglesia, procurase que los párrocos abundasen de los conocimientos y medios necesarios para lograr el objeto. Mientras se dejen los seminarios sin dotación para la enseñanza, mientras se descuide el proveer de la debida subsistencia a los laboriosos operarios que *soportan el peso del día y del calor*, mientras se permita que el pastor se vea precisado a mendigar de sus ovejas el preciso sustento, no será dable pensar en las mejoras importantes que podrían hacerse y que conducirían sobremanera al desarrollo de la prosperidad pública.

Pasando por alto otras muchas indicaciones, nos contentaremos con las siguientes. Generalmente hablando, todo lo relativo a la cultura de las tierras y cría de los ganados se halla en España enteramente estacionario, sin participar de los muchos adelantos que se han hecho en otros países y particularmente en Alemania e Inglaterra. No estando generalizado entre nosotros el leer y escribir, hallándose muchas parroquias rurales donde los que poseen este arte son en número muy reducido y de suyo poco aficionados a ejercitarle, carecemos de los medios de propagación tan comunes en otras partes, donde, por conducto de los periódicos destinados a objetos particulares, se difunden hasta las últimas clases del pueblo los conocimientos e invenciones concernientes a cada ramo. ¿Qué recurso queda, pues, para hacer llegar hasta los más obscuros rincones de la Península ||

noticias preciosas que quizás podrían producir resultados muy ventajosos? ¿Os valdréis del alcalde, que se muda con tanta frecuencia, que quizás es un pequeño tirano para los que no participan de sus opiniones políticas, que estará tal vez desacreditado hasta tal punto que una cosa será rechazada sólo por salir de su boca? ¿Os dirigiréis al propietario más distinguido, que muchas veces no se sabe cuál es, que a menudo no reside en el país sino breves temporadas, que quizás adolece de los mismos inconvenientes que hemos notado en el alcalde? Hay un hombre en cada parroquia que no sale de ella ni de día ni de noche, que no tiene en ella relaciones de parentesco, que está exento y aun inhibido de tomar parte en el gobierno civil, que por su carácter es superior a cuantos viven en ella, que por su posición es independiente de los bandos que se formen, que no muere nunca, porque en falleciendo el individuo hay otro al instante que le reemplaza en todas sus funciones y facultades; una persona, en una palabra, de quien no necesitáis saber el nombre y apellido, porque se llama hoy como se llamaba ayer, como se llamaba en el siglo pasado, como se llamará en el venidero: esta persona es el *cura párroco;* a esta persona podéis remitir lo que sea conveniente, seguros de que llegará a su término y por su conducto será comunicado a los que en ello se interesen. En vez de perturbar a los pueblos con eternas circulares, con alocuciones, con proclamas, con manifiestos, con toda clase de papeles atestados de pasiones y de miserias, enviad a todos los párrocos de tiempo en tiempo una breve reseña de las mejoras que se hayan hecho en todos los ramos de agricultura, de selvicultura, cría de ganados y demás que pueda contribuir a la prosperidad || del país; encargadles que, por los medios que crean convenientes y decorosos, procuren la circulación de aquellas noticias, mayormente las que puedan tener aplicación más inmediata a la tierra donde residen, y sin nuevos gastos, sin mucho aparato de cátedras, las tendréis abiertas en todo el ámbito del reino.

Nos lamentamos a cada paso de que nos falta una buena estadística y de que nos es casi imposible formarla; conocemos con muy poca exactitud el número a que se eleva la población, ignoramos cuál es la masa total de la riqueza del país; sabiendo todavía mucho menos si atendemos a sus diferentes clasificaciones y nos proponemos señalar lo que a cada cual de ellas corresponde. El gobierno está imposibilitado de formar dicha estadística, ya por falta de buenos dependientes, ya porque los pueblos no tendrían confianza en los examinadores de oficio y les ocultarían los datos más preciosos. ¿Quién puede llevar a cabo esta difícil empresa? Dando algunos años de tiempo y suponiendo establecido un

gobierno que merezca la confianza del clero, nadie mejor que los párrocos puede lograr tan importante y arduo objeto. El número de los moradores lo saben éstos a punto fijo en muchas partes, a poca diferencia en todas; la distribución en las diferentes edades, sexos y condiciones les es muy fácil saberla con sólo fijar la atención sobre el particular; los productos del país los conocen perfectamente, ya porque viven de ellos, ya también porque están en continuo contacto con hombres cuya conversación versa incesantemente sobre esta materia; la renta total de las posesiones y sus diferentes procedencias no se les ocultan tampoco por las mismas razones que acabamos de indicar, y en la parte que pudiese caberles || duda les sería muy fácil disiparla con algún tiempo de observación y de curiosidad en preguntar; por manera que todo cuanto se necesita para formar una estadística completa se podría adquirir fácilmente si los párrocos contribuyesen a proporcionar estas noticias.

No se crea que para el logro de este objeto mirásemos conveniente una circular en que así se previniera; porque desde el momento que los párrocos quedasen constituídos de real orden agentes del gobierno lucharían con los inconvenientes que los demás y se verían precisados a contemporizar con las preocupaciones de los pueblos o plegarse a sus exigencias. Por lo mismo hemos indicado ya que serían menester algunos años, que sería indispensable que quien trabajase en esta grande obra fuese un gobierno que mereciese la confianza del clero y del pueblo. Siendo así, y marchando al objeto despacio y por grados, empleando medidas indirectas y a cierta distancia unas de otras, no dudamos que al fin se llegaría a obtener el resultado apetecido.

Los límites de este artículo no nos permiten extendernos más sobre las muchas ventajas que podría acarrear al Estado la cooperación de los párrocos, y nos hemos ceñido a indicar dos puntos de los cuales el uno afecta directa e inmediatamente la prosperidad pública, y el otro el sistema de administración.

Fácil sería hacer otras aplicaciones, pero en estas materias basta llamar la atención sobre un ramo para que, desde luego, se ocurra la extensión a los otros. Deseamos tanto más que la civilización se propague por conducto de los párrocos, cuanto que así se evitaría en lo posible que con los adelantos de las naciones extranjeras no se nos importasen la incredulidad y la corrupción. ||

CONDUCTA QUE DEBE OBSERVAR EL SACERDOTE CON EL INCREDULO*

Señores:

Voy a tratar de la conducta que debe observar el sacerdote con el incrédulo. Para ver mejor el terreno que vamos a examinar coloquémonos en un punto de vista un poco elevado.

Cada período de las sociedades tiene sus males característicos, como las edades del individuo suelen experimentar dolencias especiales. El género humano lleva sobre su cabeza una maldición terrible: la espada de fuego que blandiera a las puertas del paraíso el ángel de las venganzas del Señor despide todavía sus formidables resplandores. Volved la vista por todas partes, leed la historia, consultad la experiencia, mirad al entendimiento, escudriñad el corazón: en todo descubriréis una herida profunda que chorrea sangre. La humanidad marcha a sus destinos; a sus destinos de la tierra y a sus destinos del otro mundo, pero siempre por un camino de errores, amargura y desolación; cuando la Iglesia llama a la vida presente valle de lágrimas, anuncia una verdad reconocida por la más alta || filosofía y expresa un sentimiento que flota en todos los corazones. Nuestros mayores se lamentaron de los males de su tiempo; los venideros se lamentarán de los del suyo. Esta condición es a propósito para inspirarnos templanza y paciencia. Cuando uno se cree el solo infortunado es difícil no abatirse; cuando se imagina que la época en que vive es de todas la más calamitosa se apoderan del alma la tristeza y el desaliento; pero cuando la vista se extiende y, abarcando un vasto conjunto de acontecimientos, no se mira lo presente aislado, sino en la inmensa serie de lo pasado y de lo futuro, las ideas se ensanchan, el pensamiento se fortalece y el corazón se dilata.

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Fragmento de discurso inédito a la muerte de Balmes, publicado en la página 51 del libro *Escritos póstumos*, 1850.]

Todo esto se necesita, señores, para fijar con serenidad la vista en la llaga que corroe las entrañas de la sociedad de nuestros días: la incredulidad. ¡Dolencia cruel! La más cruel de cuantas afligir pueden a los míseros hijos de Adán. Cuando se ha perdido la felicidad, ¿qué nos resta si se nos quita la esperanza? Triste es decirlo, pero la verdad es que la fe ha sufrido terribles quebrantos. Hallamos la incredulidad en los libros, la incredulidad en los hombres, la incredulidad en las cosas: la respiramos con el aire; el soplo del escepticismo inficiona la atmósfera, y el espíritu necesita fortalecerse de continuo para que no le alcance el mortífero contagio. ¡Felices los que viven bajo el manto de la religión, lejos de esa atmósfera que mata; felices los que, entregados a obras buenas y consagrados a los ejercicios de la piedad, sólo respiran el aroma de la devoción, semejantes a las flores afortunadas que, entre abrasados arenales, encuentran una sombra protectora a las orillas de una fuente! ||

No siempre le es dado al sacerdote vivir en situación tan apacible; sal de la tierra, debe acercarse a los demás hombres para precaver la corrupción o remediarla; luz del mundo, debe colocarse sobre el candelabro para iluminar a los que están sentados en las tinieblas y sombras de la muerte. Lo más tranquilo, lo más agradable, lo más exento de sinsabores es, sin duda, el permanecer en el templo, en la blanda melancolía de las inspiraciones divinas, o en las inefables dulzuras de los celestiales consuelos; pero, ¡ah!, señores, que a las puertas de la casa de Dios, velada con la nube del incienso, hay un mundo que se agita en la duda; y a más de esos corazones que oran con efusión al pie de los altares hay otros corazones azotados por las pasiones tempestuosas y llevados en alas de la incredulidad por senderos de perdición. ¡Y todos son nuestro prójimo, y todas son almas redimidas con la sangre del Cordero! No las olvidemos, señores; ni nos desaliente la esterilidad de nuestro trabajo; si se puede conquistar una sola, ¿no es bastante este triunfo para pagar los trabajos de una larga vida?

Un sacerdote en presencia de un incrédulo es un ministro de la religión en presencia de un hombre irreligioso; un maestro de los dogmas de la fe en presencia de un hombre sin fe; lo que para el primero es cierto, para el otro es cuando menos dudoso; lo que para el primero es sublime, para el segundo es quizás ridículo; lo que para aquél es una verdad augusta, es para éste una preocupación lastimosa. Con este parangón salta a la vista la dificultad de fijar con acierto las relaciones de los extremos. Para lograrlo procedamos con método y sencillez. ||

Antes de indicar el rumbo señalemos los escollos; éstos

son dos: flojedad y dureza; la flojedad, que hace al sacerdote criminal y despreciable; la dureza, que le hace aborrecible.

Tímidas confesiones de la fe combatida; expresiones ambiguas; sonrisas de vergonzosa tolerancia; un aire complaciente cuando el incrédulo se burla de la religión: a esto llamo yo flojedad, que hace al sacerdote criminal a los ojos de Dios y despreciable a los ojos de los hombres. A quien no se atreve a confesar a Jesucristo delante de los hombres, Jesucristo le desconoce delante de su Padre. ¿Y pensáis por ventura que el sacerdote se granjea con semejante conducta el aprecio de los circunstantes, incluso el incrédulo? No, señores. El incrédulo conoce que se halla delante de un hombre que, o no cree lo que dice, o no se atreve a sostener lo que cree; en ambos casos le paga con desprecio: en el uno por impostor; en el otro por cobarde.

Una convicción profunda, expresada con serenidad y con templanza, inspira siempre respeto y ejerce sobre los demás un ascendiente poderoso. La sátira se anima cuando nota timidez, vergüenza; pero cuando sus tiros dan sobre una frente levantada y un semblante sereno, bien pronto se embotan, y el que los dispara abandona luego su odiosa tarea. A la verdad y a la virtud Dios les ha dado un lenguaje propio que sojuzga con su fuerza al vicio y al error; cuando el hombre tiene el valor de sus convicciones y deberes, y osa decir con serenidad: «Esta es mi convicción, éste es mi deber», no solicita tolerancia, la impone: todos los ojos se fijan en él, con tanto más asombro cuanto era más duro el momento de prueba; quizás las palabras continuarán desfavorables; || pero, no lo dudemos, en su corazón tributan al varón recto y sincero un homenaje de admiración.

La destemplanza en el lenguaje, el desentono de la voz, la descompostura del gesto, las palabras ofensivas, las muestras de aversión personal, a esto llamo yo dureza, y esto es otro escollo peligroso. La defensa de la verdad no necesita de semejantes medios: lejos de favorecerla pueden dañarla; el sacerdote se desconceptúa, se hace odioso; y el descrédito y la odiosidad pasan muy fácilmente del sacerdote al sacerdocio, del ministro a la religión. El incrédulo yerra, blasfema; sus palabras escandalizan, es verdad; pero, ¿qué adelantamos con una irritación desmedida? ¿Qué bien resulta de estrellarnos contra los hechos? ¿Está en nuestra mano remediar el mal que deploramos? ¿Con una exaltación destemplada logramos que el incrédulo se haga creyente? Imitemos a Jesucristo. Se le arguye con mala fe, con intento malicioso, con arterías pérfidas; ¿y cómo contesta? Con calma, con dignidad, con majestad. Su palabra es

penetrante como espada de dos filos; con ella confunde a los enemigos de la verdad; pero en el maestro que enseña se descubre siempre al médico que cura; en el juez que reprende se ve al padre que ama. Se continúa dudando, calumniándole; El prosigue tranquilamente su camino y apela a sus obras, que dan testimonio de su doctrina.

Ni flojedad ni dureza: el valor de la fe y la dulzura de la caridad. Jesucristo nos ha trazado el sendero: El nos enseña a despreciar los respetos mundanos, cuando se trata de confesarle; pero nos ha enseñado también a querer a los hombres, pues que ha venido a salvar al mundo. Que una caridad mentida no nos haga olvidar || nuestros deberes y un celo falso no nos entregue a merced de la ira: ambas cosas son indignas de un sacerdote, que debe ser modelo de fortaleza y de mansedumbre. La tolerancia bien entendida no es más que el ejercicio de la caridad: esa virtud celestial toma distintas formas según el objeto a que se la aplica; pero es siempre la misma: siempre santa, siempre bella; es como la luz que pasando por un prisma ofrece variados colores y delicados matices.

Señalados los escollos, indiquemos el rumbo. Hay diferentes clases de incrédulos; a todos les falta la fe, pero la situación de su espíritu es muy diversa. El veneno es el mismo; la enfermedad, en su esencia, es la misma también; los síntomas que presentan son varios.

Unos descuidan; otros niegan; otros dudan. Los primeros dicen: «¿Qué me importa?»; los segundos dicen: «Esto es falso»; los últimos dicen: «Ignoro.»

¿Qué se debe hacer con el indiferente? Lo que con un hombre que marcha recto a un precipicio y con los ojos vendados. Avisarle de su peligro, aprovechando las ocasiones que la prudencia indica como oportunas. Si vacila, si se logra que se pare siquiera un momento, entonces se halla ya en el caso de los que dudan. Lo que diremos de éstos es aplicable a él. Si no escucha, si se empeña en marchar, no queda otro recurso que levantar los ojos al cielo e implorar para este insensato la divina misericordia. Los indiferentes suelen ser muy tratables; como lo que desean es olvidar la religión, cuidan de no combatirla; pegados a la tierra, no quieren mirar hacia arriba, en su interior consideran muy posible que la religión sea verdadera: temen que lo sea; y para no ver la espada pendiente sobre su cabeza se || guardan de levantar los ojos. Los gritos de su conciencia los adormecen con los placeres de la vida; para esos hombres no hay nada tan terrible como la vista de un moribundo o el umbral de un cementerio.

Entre los incrédulos, el que niega es el más ofensivo. Suele ser aficionado a disputas; y, por lo común, al verter

sus errores los emponzoña con la burla. En semejantes casos el deber del sacerdote está marcado: si le es posible no debe presenciar un escándalo que no le es dado impedir; y si las circunstancias no le permiten retirarse, en vez de protestas inútiles y que tal vez agravan el daño. será mejor mantenerse en actitud de un disgusto, expresado con noble severidad. Esto acaba por confundir a la insolencia y por interesar en favor del sacerdote a todas las personas que siquiera no carezcan de educación. Y si entre los circunstantes hasta la educación faltase, ¿qué importan las burlas de un miserable? También Jesucristo pasó largas horas entregado a la befa y al escarnio de una soldadesca grosera, y no por esto deja de ser la cruz la enseña augusta ante la cual se postran millones de hombres hace ya dieciocho siglos.

¿Se deberá disputar? Esta es cuestión de prudencia: si el sacerdote se siente con fuerzas para confundir a su adversario, puede y debe hacerlo, con tal que la discusión no haya de promover mayores escándalos, como, por desgracia, suele acontecer; pero, si el sacerdote no está seguro de su capacidad e instrucción, es mejor que evite el entrar en disputas y no dé lugar a que los incautos se escandalicen, atribuyendo a flaqueza de la causa lo que sólo proviene de la inhabilidad de su defensor. ||

Para defender la religión no bastan en nuestros días conocimientos adquiridos en las escuelas: es necesaria una instrucción variada y en ramos que no se comprenden en las asignaturas ordinarias. A nuestro siglo le llaman algunos siglo de luces con alguna exageración; pero, en cambio, otros le aplican este nombre a manera de sarcasmo. No estoy ni por lo uno ni por lo otro. Es necesario no haber saludado la historia de las ciencias y de las letras para imaginarse que la época actual les lleva a las anteriores las ventajas que algunos pretenden; pero también es preciso no tener idea del estado actual del espíritu humano para desconocer que, así en el buen sentido como en el malo, hay ahora un desarrollo asombroso. No es necesario, ni aun posible, que todos los sacerdotes estén a la altura de los conocimientos de la época; pero la mayor parte pueden adquirir las luces que son menester para cerrar los labios de los que blasfeman lo que ignoran. En general, puede darse por seguro que el sacerdote que se haya dedicado a la lectura de alguna de esas colecciones que han dado y están dando a luz editores celosos se hallará con pocos incrédulos a quienes no pueda confundir. En materia de religión suelen los incrédulos ser muy ignorantes, y no pocas veces su incredulidad ha dimanado de su propia ignorancia.

El incrédulo que duda no ofende tanto como el que nie-

ga; no cree, es cierto; pero al menos no adolece de la petulancia del otro; no se atreve a decir: «No es verdad»; dice: «No sé si es verdad.» Es más bien escéptico que incrédulo.

A esta clase de hombres es preciso tratarlos con benignidad: son enfermos, contagiados de la enfermedad || de la época, y es necesario tratarlos como tales. La mala educación, el ejemplo de una persona respetada, quizás las lecciones de un profesor, una lectura impía, la ignorancia de los fundamentos de la religión son las causas que producen esta funesta dolencia y que en nuestro siglo obran con más eficacia de lo que hicieran en los anteriores. Lo repito, es preciso tratar a esos hombres con benignidad, porque son dignos de compasión y porque en el mero hecho de no negar, de limitarse a dudar, ya no se manifiestan obstinados en su error y no cierran la puerta a la esperanza.

Yo no extraño, señores, que la primera vez que un sacerdote se encuentre con un incrédulo se indigne y no conciba cómo puede parecerle a éste dudosa la verdad que él estaría pronto a sellar con su sangre; pero cuando se ha reflexionado sobre las muchas causas que pueden hacer naufragar la fe en esta época desventurada se siente uno inclinado a la compasión y, lejos de engreirse por haberla conservado, el corazón se inclina a la humildad y a la acción de gracias.

Hubo un tiempo, señores, en que la sociedad, y muy particularmente la española, dormía tranquila bajo las alas de la religión, que la resguardaba de la incredulidad y del escepticismo. Había más o menos frialdad en las prácticas religiosas, más o menos fidelidad en el cumplimiento de los deberes, más o menos corrupción en las costumbres; pero en todas partes había fe: la incredulidad era una excepción monstruosa; el hombre que la profesaba era una planta deforme y emponzoñada en medio de un jardín de bellas flores y deliciosos aromas. Entonces el incrédulo era menos digno de compasión: su incredulidad revelaba un orgullo sin límites, un corazón avieso: || él, enteramente solo, se atrevía a luchar con la creencia universal; él solo se atrevía a decir: «Yo soy el único que veo; los demás están ciegos.» Pero ahora las cosas han cambiado: el escéptico no se encuentra solo; se halla el escepticismo en los libros, en el trato, en la enseñanza, en todas partes; es un aire que se respira y del cual a veces es preciso resguardarse conteniendo la respiración. Ya no se le ofrece como un exceso de orgullo, ni como el último grado de la depravación; lo considera una opinión como tantas otras, y no le parece tan horrible el camino por donde se dirige una muchedumbre de todas clases.

¡Cuántas veces la incredulidad habrá resultado de una simple lectura, y el joven que se habrá sentado fiel se habrá levantado incrédulo! Una reflexión con aire de profunda, la expresión de un sentimiento sublime, una observación delicada, una dificultad especiosa habrán bastado quizás para quebrantar el frágil vaso donde se conservaba el tesoro de la fe. ¿Por qué tomaba el libro?, se dirá: suya es la culpa; es verdad, y de eso es culpable a los ojos de Dios; pero reflexionemos que aquel libro lo ha visto quizá en el despacho de sus padres o maestros; que lo ha encontrado en todos los gabinetes de lectura; que se le ha brindado con él en las tiendas; que no se le ha dicho que fuera contrario a la religión y que el veneno se ocultaba bajo una relación de aventuras novelescas o bajo el manto de doctrinas humanitarias. Debió dejar el libro tan pronto como descubrió que era malo y que experimentó la funesta impresión que le estaba produciendo: todo esto es verdad; mas, para no ser demasiado severos, para acoger con dulzura al desventurado que ha tenido semejante desgracia, consideremos || la volubilidad de los pensamientos del hombre la instabilidad de sus sentimientos, la facilidad con que nos hacemos ilusión sobre nuestras fuerzas para resistir a las tentaciones, y aquel funesto adormecimiento con que vivimos en presencia de los mayores riesgos, con tal que sólo se refieran al espíritu. Si esto sucede a los provectos y experimentados, ¿qué no podrá suceder a la juventud e inexperiencia? Y, sobre todo, señores, ¿quién sabe lo que hubiéramos hecho nosotros en iguales circunstancias? ¿Quién sabe si también habríamos sucumbido? Este pensamiento es terrible; en vez de decir orgullosamente como el fariseo: «No soy como uno de éstos», atribuyamos más bien a la divina misericordia el que no hayamos perecido: *Misericordia Domini quia non sumus consumpti.*

Y aquí, señores, no quiero omitir una observación que me ha ocurrido repetidas veces: cada día me convenzo más y más de la profunda sabiduría con que procede la Iglesia al prohibir la lectura de ciertos libros. No hay peligro igual a éste en lo relativo a la pérdida de la fe. Al comenzar una mala lectura se aborrecen quizás o se desprecian las malas doctrinas que ella contiene; pero bien pronto puede cambiarse la disposición del ánimo y acabar por asentir a lo que antes se leía con aversión. El autor que ha dicho las cosas del mejor modo que sabía, que tal vez ha calculado fríamente el efecto de ciertas palabras, que ha consumido largo tiempo en busca de las frases más a propósito para seducir, que, por lo común, tiene más instrucción y talento que el cándido lector, adquiere luego sobre éste un ascendiente poderoso y le lleva sin que él lo conozca por un ca-

mino de perdición. Lo || que primero es una dificultad especiosa se convierte en una razón concluyente; lo que era un sentimiento exagerado, o una peligrosa condescendencia al capricho de las pasiones, se trueca en sentimientos dulces y apacibles que revelan un profundo amor de la humanidad. Entre tanto la mente se va obscureciendo, se aflojan los lazos con que la religión señoreaba el espíritu; el orgullo impulsa, las otras pasiones se levantan, y el precioso aroma de la fe se disipa al ardor del violento fuego a que se le ha sometido con culpable imprudencia.

Esto puede muy bien suceder a un hombre adulto, serio, instruído; ¿y qué no podrá suceder a un joven de pocos años que no se ha preparado con ninguna clase de estudios, que tiene el corazón cándido y las pasiones encendidas?

Estas consideraciones inspiran naturalmente compasión hacia él, y hacen que se trate a esos desgraciados con bondadosa tolerancia. Por tolerancia, señores, entiendo la caridad: el sacerdote caritativo es un sacerdote tolerante. Ya sé que a esto contribuye el hábito de sufrir contradicciones, así con varias lecturas como en el mundo; pero su principio es la caridad, y, si ésta no preside, se corre el peligro de que la tolerancia se convierta en una flojedad culpable. ¿Qué se quiere en un hombre tolerante? ¿Paciencia, benignidad, etc.? Todo esto lo tiene la caridad: el Apóstol lo ha dicho: «La caridad es paciente, benigna, etc., etc.»

Los escépticos son culpables por su apostasía; pero también son dignos de lástima. En el profundo tedio que los devora, en la agitación que los turba, se les oye decir a veces con el acento del dolor: «Yo quisiera || creer, pero no puedo.» La Providencia, que antes de la caída les habrá inspirado pensamientos que ellos despreciaron, ha retirado su mano; el Espíritu Santo, a quien han resistido, los deja entregados al espíritu del mal, para que sufran el castigo de su resistencia; pero nosotros, acatando profundamente los justos decretos del Señor y humillándonos ante el terrible espectáculo del nuevo ángel caído, debemos esforzarnos para sacarle de su fatal estado y no abandonarle sin esperanza a su desgraciada suerte.

¿Qué se debe hacer con ellos? Helo aquí. Si hay relaciones de amistad o de otra clase, no romperlas, con tal que sean compatibles con la conciencia y dignidad del sacerdote. Esto proporciona ocasiones de edificarlos con el ejemplo y de sembrar, de vez en cuando, algunas reflexiones que despierten su conciencia renovando la memoria de la fe que un día profesaron.

No conviene mostrarse disputador voluntario con ellos: esto tiene el inconveniente de alentarlos si triunfan por su talento o instrucción, o de herir su amor propio si sucum-

ben. Tampoco es bueno afanarse por hablarles de religión: es necesario guardarse de juzgar del corazón ajeno por el propio: lo que un sacerdote celoso mira como una conversación muy grata y oportuna, el incrédulo lo considerará como molestia intolerable.

Uno de los momentos más a propósito para renovar la memoria de la religión son los de infortunio. La muerte de una persona querida u otra desgracia de aquellas que dejan en el corazón una huella profunda disponen el espíritu a pensamientos graves y dan a los sentimientos una dirección religiosa. La alegría es frívola, || y es muy difícil hacer entrar en razón a quien a todo contesta con la sonrisa en los labios; pero cuando el hombre llora, la esperanza de otra vida es para él un gran consuelo, y entonces se puede dar a la conversación un giro grave, sentimental, que suave y naturalmente vaya a parar a los pensamientos religiosos.

Otro de los remedios que no deben olvidarse en semejantes casos es la lectura de buenos libros. En vuestra discreción conoceréis fácilmente que, al hablar de libros buenos, no entiendo aquí libros devotos. Estos suponen la fe, y se trata de quien no la tiene.

En la elección de estos libros es necesario mucho tino. Si el incrédulo es hombre de mucho saber, la lectura ha de ser más fuerte; si es superficial, debe ser más ligera. Si es hombre dado a estudios filosóficos, la lectura debe ser de filosofía religiosa; si es aficionado a estudios históricos, de historia apologética. Es necesario interesar su curiosidad en abrir siquiera alguna de tantas obras de hombres de genio, que los hay en abundancia entre los escritores católicos. Si se puede interesarles por uno de ellos, ya se tiene mucho adelantado. Ya he dicho que los incrédulos, aun los más entendidos, suelen ser muy ignorantes en materia de religión; son hombres que, si aprendieron el catolicismo, le han olvidado, y que después han leído las impugnaciones de la religión, mas no las apologías. Han oído una sola parte, y se han creído autorizados para fallar.

De aquí es que sus dificultades suelen ser frívolas, dirigidas contra un objeto aislado y siempre las mismas. Se colocan en un punto de vista equivocado y no aciertan a salir de él.

Uno de los cuidados que más deben tenerse presentes || es quitarles esos puntos de vista mezquinos, es dar a sus pensamientos alguna elevación y acostumbrarlos a mirar las cosas en su conjunto. El edificio de la religión, como todo lo grande, no se ve bien cuando se le examina en detalle. Aquí parece que hay una deformidad, allá una irregularidad incomprensible; aquí un cimiento mal seguro, allá una

bóveda que se aplana y amenaza ruina. ¿Queréis que se comprenda la belleza de la aparente deformidad y la regularidad admirable que se oculta bajo la chocante irregularidad? Haced que el observador se ocupe algo menos de los pormenores y atienda algo más al conjunto; que entre, por decirlo así, en los designios del arquitecto, y verá cómo todo tiene un fin, cómo todo es susceptible de una explicación justa y razonable.

La religión gana en ser conocida, y muchos de los que la blasfeman la ignoran. ¿Qué argumentos os objeta ese hombre que tan mal avenido está con la religión? ¿Abarca la totalidad de los dogmas o de la moral y los combate a todos combatiendo su base? Nada de eso: quizás se fija en un hecho escandaloso que ha leído en la historia o en una observación aislada contra el infierno; tal vez no comprende cómo el hombre libre debe sujetarse a la autoridad de otros, o no acierta a explicarse por qué Dios no ha enviado ángeles del cielo para convertir a todos los infieles. Lo repito, señores: ignorancia, mucha ignorancia hay en la incredulidad, y no se tiene poco adelantado para curarla cuando se ha conseguido que se lean los apologistas de la religión. Antes de que sea condenada esta hija del cielo deseamos que sea oída. ¿Puede pedirse menos? Nosotros no cubrimos nuestros dogmas con jeroglíficos indescifrables. || La palabra de que somos ministros no la vertemos en reuniones misteriosas: todo lo hacemos a la luz del día. Nuestros libros andan en manos de todos; nuestras doctrinas las saben todos; nuestras palabras las oyen todos. A todos están abiertos los templos; todos pueden ser testigos de nuestras ceremonias; todo se hace a la luz del día; a todos decimos: «Acercaos, ved y examinad.»

Al tratar, señores, con un mundo distraído, al encontrarnos con tanto incrédulo, al ver el diluvio de libros irreligiosos que amenaza inundarnos, a veces se apodera del alma la tristeza y como que se deslizan en el corazón la timidez y el desaliento. ¿Cómo se detiene el torrente? ¿Quién pondrá un dique a semejante desbordamiento? ¡Ah!, señores: esos pensamientos son débiles, y, permítaseme decirlo, indican fe poco viva. ¿Se hallaba en estado lisonjero el mundo cuando la aparición del cristianismo? ¿Eran agradables las circunstancias cuando el orbe gemía asombrándose de verse arriano? ¿Lo eran cuando los bárbaros arrasaban las ciudades, cuando la ignorancia cubría como una niebla la faz del mundo, cuando los albigenses provocaban guerras sangrientas, cuando Lutero arrebataba a la Iglesia tantos reinos florecientes, cuando las armas de la revolución francesa ocupaban la capital del mundo cristiano y tenían preso al Vicario de Jesucristo? Hombres de poca fe, ¿por

qué dudamos? Levántense las olas, bramen los vientos; la navecilla no perecerá: vivamos tranquilos; Jesucristo la dirige, El la conducirá a puerto de salvación. Procuremos no hacernos indignos de servirle de instrumento: con abundancia de doctrina y santidad de costumbres procuremos ser luz del mundo y || sal de la tierra, y no dejemos estrechar nuestro corazón con temores infundados. Que las ciencias progresen, que los intereses materiales se desenvuelvan, que los imperios se hundan, que los sistemas políticos se transformen, nada debe arredrarnos: la verdad permanecerá; los cielos y la tierra pasarán, las palabras de Jesucristo no pasarán. ¿Qué sabemos nosotros de los secretos de la Providencia? ¿Qué sabemos de los caminos por donde...? ||

PERSECUCIONES Y CONTRARIEDADES SUFRIDAS POR EL CLERO*

SUMARIO.—Actualmente la posición del clero es difícil. Hay quien cree que siendo el clero instruído, pacífico y virtuoso cesaría la contradicción. Lo fué Jesucristo y fué perseguido. La persecución de la Iglesia ha sido constante. Explicación humana de estos fenómenos: 1.º, por la fe que exige; 2.º, por las luchas con que ha de sostener su independencia y libertad contra las usurpaciones; 3.º, por su misión de reprender los vicios sin poderlos excusar. También las faltas del clero y de los fieles pueden dar lugar a la aversión del mundo a la Iglesia. A pesar de los atropellos contra ella no prevalecerá el infierno.

Difícil es sobremanera en el presente siglo la posición del clero. Falto de los medios materiales de que disfrutara en otros tiempos, privado de los derechos políticos y rodeado por todas partes de enemigos que le combaten, se encuentra reducido a defenderse con las solas armas del saber y de la virtud, sin contar con otras influencias que la que resulta del apoyo de aquellos que no han abandonado la fe de sus mayores. Si reclama contra un despojo de que es víctima, se le llama codicioso; si se queja de que se le priva de los restos de algún privilegio, se le achaca que pretende reconquistar su prepotencia de los siglos medios; si pide participación de los derechos que disfrutan los demás ciudadanos, se le apellida ambicioso; si predica contra los escándalos, se le denomina || intolerante; si levanta su voz contra las malas doctrinas, se le acusa de obscurantismo; si reprueba el lujo y la corrupción, se le culpa de duro y enemigo de los progresos; si promueve el culto y la piedad, se le denuesta como supersticioso, cuando no como explotador de la credulidad de los pueblos; si defiende el dogma, designando a los que mancillan la pureza de la fe,

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Artículo inédito a la muerte de Balmes y publicado en 1910, primero en la revista *Razón y Fe*, vol. XXVI, p. 277, y después en el libro *Reliquias literarias de Balmes*, n. 2. El sumario es nuestro.]

se le rechaza como calumniador; si sostiene los más indisputables y sagrados derechos de la Iglesia, se alza una espantosa gritería contra sus usurpaciones sobre la potestad civil; si en política se pone de la parte de los pueblos, se le tacha de anarquista o de regicida; si apoya a los reyes, se le cubre con el negro borrón de partidario y auxiliar de la tiranía; si en una cuestión combate una libertad excesiva, se le presenta como enemigo jurado de los derechos populares; si solicita la aplicación en todas sus consecuencias de un principio de libertad, se le niega con el pretexto de que las quiere explotar en su favor.

¿Qué hará, pues, el clero? ¿Qué conducta deberá seguir para librarse de acusaciones?

¿Qué medios ha de emplear para disminuir o destruir esa animosidad que le persigue? «Es muy sencillo, dicen ciertos hombres; cíñase el clero a enseñar las verdades religiosas, a predicar e inculcar la moral evangélica; absténgase de mezclarse en negocios mundanos; no entre jamás en la arena política; no pronuncie sino palabras de paz y reconciliación; presente en su conducta un modelo de todas las virtudes, y sobre todo de caridad y desinterés. Entonces cesarán las declamaciones contra el clero, y, amado de los fieles y respetado por los incrédulos, realizará en la tierra ese bello ideal que nos encanta en las páginas del Evangelio. Propóngase || por modelo a Jesucristo y no pierda de vista la imitación que de tan sublime ejemplo nos ofrecen los primeros cristianos y los primeros sacerdotes. En aquellos siglos de la Iglesia es donde ha de buscar la verdadera disciplina y el verdadero espíritu de cristianismo. Siga el clero estas huellas y los demás observarán con él diferente conducta. La virtud sólida es respetada aun por los malos; el espíritu de paz y reconciliación es cosa que estiman en mucho todos los gobiernos; la caridad, el desinterés, el total desprendimiento de las cosas mundanas son cualidades que siempre estiman y aun admiran los pueblos: la abstracción de todas las contiendas civiles, el santo retraimiento de cuanto lleve consigo rencores u odios, el mantenerse distante de la abrasada atmósfera de las pasiones, es un comportamiento que atrae hacia los ministros del santuario el aprecio y el respeto de todos los partidos.»

Lejos de nosotros la idea de combatir todos los consejos que en esta forma u otra semejante se le dan al clero; sólo nos proponemos aclarar algunas ideas que en nuestro concepto lo necesitan, y manifestar las interpretaciones erradas y dañosas a que pueden dar ocasión doctrinas en el fondo muy verdaderas y muy santas.

Ante todo haremos una pregunta: Los que hablan de la manera que hemos visto, ¿creen que de la contradicción

que sufre la Iglesia sólo el clero tiene la culpa? ¿Opinan que, conformándose el clero con los consejos que ellos le han dado, cesaría la animosidad contra él? Si de este modo piensan, les ofrecemos algunas observaciones muy sencillas.

Jesucristo era sin duda un modelo de sabiduría, de santidad, de espíritu de paz, de desprendimiento, de caridad || hacia todos los hombres, y, sin embargo, Jesucristo fué odiado, calumniado, perseguido, llevado ante los tribunales y condenado a morir en afrentoso suplicio.

Antes de la venida del Salvador existieron hombres que confirmaban con su ejemplo de santidad las doctrinas que profesaban; y, no obstante, ¿dejaron por ventura de ser perseguidos? ¿Cómo fueron tratados muchos de aquellos justos? «Los unos fueron tendidos en tormento, no queriendo rescatar su vida, por alcanzar mejor resurrección. Otros sufrieron escarnios y azotes, cadenas y cárceles: ellos fueron apedreados, aserrados, probados, murieron muerte de espada, anduvieron de acá para allá, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, desamparados, angustiados, afligidos: de los cuales el mundo no era digno, andando descaminados por los desiertos, en los montes y en las cuevas y en las cavernas de la tierra.» Quien dice esto es el apóstol San Pablo en la Carta a los Hebreos, capítulo XI.

Después de Jesucristo la historia de los justos es también la historia de los padecimientos. En los primeros siglos de la Iglesia la persecución fué cruel, hasta superar cuanto imaginar pudiera la saña más implacable y feroz, y además tan continua que no parecía interrumpirse por algún breve espacio sino para dejar tiempo a la reunión de nuevas víctimas.

En los siglos posteriores se ha repetido muchas veces la persecución, y cuando menos ha habido una contradicción incesante. Ahora por una causa, después por otra, ahora bajo un pretexto, después bajo otro, lo cierto es que esta contradicción no ha faltado jamás. Para quien haya leído la historia de la Iglesia, lo que está sucediendo en nuestro siglo es lo mismo que ha sucedido || en todos, con la sola diferencia de que en el nuestro tiene el carácter propio de la época. Aun estas mismas diferencias han existido siempre: la contradicción que sufría la Iglesia en el siglo XVI no era la misma que la de los siglos medios; así como la de éstos no se parecía a la de los tiempos de los emperadores. Con un siglo una nueva fase; pero siempre el mismo hecho: abierta persecución o constante contradicción. Así lo anunció Jesucristo, y su anuncio se cumple: el cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no.

Echase, pues, de ver cuán descaminados andan los que creen que siendo todo el clero instruído y virtuoso cesaría

la contradicción que ahora sufre. Aunque entre el clero no se contasen sino sabios y santos no se evitaría la contradicción: innumerables son los papas, obispos y presbíteros que ha colocado la Iglesia sobre los altares por su eminente santidad, y que al propio tiempo se distinguieron por su alto saber, y, sin embargo, de ellos unos sufrieron la más viva contradicción, otros persecuciones implacables, otros cárceles y destierros, otros tormentos y cadalsos.

A más de los designios de la Providencia, que quiere purificar a los justos como el oro en el crisol, existen, humanamente hablando, varias causas que explican el origen de este fenómeno. Procuraremos indicar algunas de ellas:

1.° La Iglesia exige fe, y esto basta para suscitarle poderosos obstáculos y encarnizados enemigos. Léase la historia de la Iglesia y se echará de ver que en todos los siglos ha encontrado viva resistencia el principio de la autoridad en materias de fe.

Los disidentes en punto de doctrina es natural que || combatan los dogmas de la Iglesia y el principio de autoridad que los sostiene. Este combate no le evitaría jamás el clero, fuera cual fuese su conducta, a no ser que, abandonando cobardemente sus deberes, entregase a manos de los enemigos el sagrado depósito que tiene encomendado.

Los incrédulos y cuantos se apartan de la doctrina de la Iglesia tienen un interés en confundir las cuestiones; en envolver las cosas con los hombres y los hombres con las cosas; en declamar contra lo que llaman usurpaciones del clero, aun en aquellos casos en que éste no sólo usa de un derecho, sino que cumple con el más estricto deber. Así, por ejemplo, el escritor que en sus obras ha impugnado los dogmas o la moral o la disciplina de la Iglesia, ¿es probable que deje de impacientarse cuando vea que ésta señala a los fieles como peligrosas las nuevas doctrinas? ¿No estará en los intereses del escritor el hablar contra la ignorancia, la intolerancia, el fanatismo del clero que le condena? Así se ha visto en todas épocas, así se ve ahora y se verá en adelante.

Tenemos de esta verdad un ejemplo muy reciente. Se están haciendo multiplicadas ediciones de una novela famosa que tiende, no sólo a desacreditar a los jesuítas, sino también al catolicismo entero. Quien lea con imparcialidad *El judío errante* no puede menos de convenir en que se menosprecian, no sólo los jesuítas, sino todos los institutos religiosos, el clero, las prácticas de devoción, la frecuencia de sacramentos, los sacramentos mismos, el culto, el dogma; que se asientan máximas enteramente contrarias a la moral evangélica; que los hombres que se presentan como honrados, como filantrópicos, || son únicamente los que, o no

profesan ninguna religión, o a lo más se contentan con la natural; cuando, al contrario, los católicos, así hombres como mujeres, así eclesiásticos como seglares, son retratados cual un conjunto de hipocresía, de perfidia, de traición, de crueldad, de infamia, de maldades de todo género. Pues bien, si el clero ha querido levantar su voz contra una obra semejante, tanto más peligrosa cuanto no propina el veneno en discusiones empalagosas, sino en escenas dramáticas e interesantes, el clero ha sido acusado de intolerante, de fanático, de perseguidor.

No se diga, pues, que una conducta del clero arreglada a la enseñanza de Jesucristo evitaría la maledicencia y las calumnias. En la Sagrada Escritura se previene a los ministros de la religión que vigilen, que insten, que clamen sin cesar; y, sin embargo, se culpa a los que claman, instan y vigilan. Esta contradicción, pues, que en la actualidad está sufriendo el clero de parte de los enemigos de las sanas doctrinas, no se evitaría aun cuando todos los obispos fueran Ciprianos, Ambrosios y Agustinos, y todos los presbíteros fueran tan santos y tan sabios como San Jerónimo, el solitario de la gruta de Belén. Por el contrario, la misma santidad y sabiduría, a cuyo esplendor no se podría resistir, aumentaría la cólera de los enemigos de la Iglesia, como las olas se embravecen y estrellan con más furor contra una roca inmóvil.

2.º La Iglesia católica, que no consiente en vivir esclava de ningún poder extraño, se ve precisada muy a menudo a sostener contra las usurpaciones su independencia y libertad. Ella es amiga de la autoridad civil y la sostiene contra los perturbadores, inculcando a los || pueblos el deber de la obediencia; pero tampoco puede tolerar que esta autoridad, excediéndose de sus atribuciones, se entrometa en las cosas eclesiásticas poniendo su mano profana sobre el santuario. De aquí es que frecuentemente se ve precisada, a pesar suyo, a sostener la lucha y aun a arrostrar la persecución; expone, amonesta, protesta; pero en llegando un caso extremo recuerda aquellas palabras del Príncipe de los Apóstoles: «Antes se debe obedecer a Dios que a los hombres»; y sobreponiéndose a todas las consideraciones humanas se resigna a perder sus riquezas, a sufrir el destierro, a derramar su sangre en los cadalsos, antes que faltar a los deberes que le impone su conciencia.

En tales casos nunca le faltan aduladores a la autoridad civil, porque la lisonja es el cortejo inseparable de los poderosos; y estos aduladores se desencadenan contra la Iglesia, ponderando la justicia y la necesidad que han impulsado al poder civil a desplegar contra la usurpación la plenitud de sus fuerzas. Esta voz de los aduladores, uniéndose a

la gritería de los que profesan religión diferente o quizás ninguna, levanta un tumulto que parece amenazar la existencia de la frágil navecilla, hasta que el Todopoderoso, que vela sobre ella y no permite que la sumerjan las olas, manda a los vientos, quedando el mar en completa calma.

3.º La Iglesia, en cumplimiento de su misión, ha de reprender los vicios, sin poderlos excusar ni en los débiles ni en los poderosos. El rey como el vasallo, el noble como el plebeyo, el rico como el pobre, el sabio como el ignorante, el libre como el esclavo, todos reciben de su boca la misma doctrina; todos oyen la enseñanza de los mismos dogmas, de la misma moral, el estímulo || en las virtudes, la reprensión en los vicios. Si hay una víctima de la injusticia, la Iglesia se pone de parte de la víctima; si el fuerte oprime al débil, la Iglesia se pone de parte del débil contra el fuerte. Si la sedición ataca a la autoridad legítima, ella se pone de parte de la autoridad, predicando a los pueblos la obediencia en nombre de la religión. Si la autoridad oprime a los súbditos, vejándolos con atropellamientos o injusticias de cualquiera clase, ella se pone de parte de los súbditos, recordando a la autoridad sus deberes y la igualdad de los hombres ante Dios, a cuyo tribunal han de rendir cuenta de sus acciones los soberanos más poderosos de la tierra. Donde hay una iniquidad, allí cae la reprobación de la Iglesia; donde hay un escándalo, allí se oye resonar la voz de la Iglesia que lo condena. Por estas causas es imposible que en todos tiempos y países no tenga la Iglesia numerosos enemigos y que no muestren espíritu de hostilidad contra ella aun algunos de los que se honran de pertenecer a su seno.

La Iglesia hace en el mundo lo que la razón y la gracia en el hombre: resistir a las pasiones para que no se desborden, dirigirlas para que no se extravíen, refrenarlas en todo lo que tienen de malo y sujetarlas al imperio de la ley eterna, cuyo depósito tiene encomendado. De la propia suerte, pues, que la razón y la gracia luchan de continuo en el hombre contra las malas inclinaciones, y esta lucha durará hasta la consumación de los siglos, así también la Iglesia, que tiene en sus dogmas la verdad, en su moral la santidad, en su disciplina y en sus leyes la sabiduría, la rectitud y la prudencia, no es posible que deje de encontrar fuertes y vivas resistencias en aquellos hombres que sólo se rigen || por intereses mundanos y que no arreglan la conducta a los dictámenes de la razón, sino que procuran acomodarla a lo que codician sus pasiones.

Con estas reflexiones hemos querido indicar algunas de las causas que contribuyen a la persecución y contrariedades de todos géneros que la Iglesia sufre ahora y ha sufrido

desde su fundación; hemos querido recordar los hechos que nos presenta la historia en confirmación de que, aun siendo la conducta de los eclesiásticos la más santa que imaginarse pudiera, no faltarían contrariedades y persecuciones.

Mas no se crea por esto que nosotros neguemos que a veces las faltas del clero, y también de los demás fieles, no den lugar a que el mundo blasfeme de la sana doctrina y mire con aversión a la inmaculada Esposa de Jesucristo. Sabemos lo que enseña la historia eclesiástica sobre las causas que han provocado en distintas épocas la indignación del Todopoderoso, quien en sus terribles juicios ha dejado que se desencadenasen sobre la tierra las potestades infernales, en justo castigo de los que correspondían con ingratitud a sus gracias, pagando con la infracción de sus santos mandamientos los muchos beneficios de que los colmara. Este recuerdo debe elevar la consideración del cristiano y confortar su corazón en los tiempos atribulados, reflexionando que Dios permite las calamidades para castigar a los malos y purificar a los buenos, sacando del mismo mal grandes bienes por medios que se ocultan a la débil previsión del hombre.

Prescindiendo de los ejemplos análogos que se encuentran en la historia del Antiguo Testamento, vemos que desde la fundación de la Iglesia por Jesucristo han || sido siempre la contradicción y las persecuciones el crisol en que el divino Salvador ha querido probar el amor y la fe de sus discípulos.

Los padecimientos de innumerables mártires, los destierros, la proscripción de tantos ilustres sacerdotes que nos cuenta la historia de los tiempos de herejía, las duras contrariedades experimentadas en los siglos de barbarie de parte de aquellos hombres indómitos que, aun después de largos siglos, conservan mucho de la fiereza selvática de la época de la irrupción; el cisma de Oriente y Occidente, el protestantismo, la incredulidad: he aquí las pruebas terribles a que se ha visto sujeta la Iglesia. Los sufrimientos, pues, que padece ahora no son más que la repetición de los que experimentara en otros siglos, con sólo aquellas diferencias que consigo trae el diverso espíritu y las varias circunstancias de los tiempos.

Si se juzga de los infortunios de la Iglesia por las impresiones del momento; si sólo se atiende a la inmerecida contradicción que se le hace, y a la injusticia y atropellamiento de que es víctima, el ánimo se abate y la tristeza se apodera del corazón; pero cuando se eleva la mente sobre la región de las pasiones, cuando se da una mirada a lo pasado y a lo venidero, recordando la historia y las profecías, cuando se reflexiona que la Iglesia no es una institución huma-

na, sino divina, que tiene prometida la asistencia de Jesucristo hasta la consumación de los siglos, cuando se sabe de seguro que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, entonces el espíritu se alienta y el corazón se consuela, los tiempos parecen menos tristes, los presagios son menos funestos; se ve la nave combatida por las olas espumantes || que amenazan tragarla; pero animado el que está embarcado en ella por la autoridad de la palabra que no puede faltar, arrostra con frente serena las tempestades más horribles, seguro de que la mano todopoderosa sabrá preservarla de todos los escollos, sostenerla en medio de los vaivenes y conducirla al puerto de salud. ||

CARTA A UN SEMINARISTA*

Comprendo perfectamente, mi querido E., la situación de tu espíritu: no estabas acostumbrado a tan vasto horizonte, y el primer efecto que te ha producido es el que debía ser, deslumbramiento y confusión. Al experimentar esta novedad te has sentido descontento de la enseñanza del seminario, y en ello me parece que no andas acertado. La lectura de obras y revistas de que no tenías ni noticia siquiera ha despertado en tu espíritu ideas nuevas y sentimientos desconocidos; pero reflexiona que si, como tú pretendes, se te hubiesen puesto en las manos semejantes escritos algunos años antes, ni te hubieran aprovechado, como te aprovechan ahora, y de seguro habrían impedido el que te radicases en ciertos estudios que serán el fundamento sobre que debe estribar cuanto aprendas en tu vida. ||

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Fragmento inédito a la muerte de Balmes, publicado en el libro *Reliquias literarias de Balmes*, n. 16, donde se lee la siguiente nota: «Uno de los planes literarios que Balmes acariciaba el último año de su vida, mientras traducía en Barcelona la *Filosofía elemental* y se dedicaba asiduamente al hebreo, era una grande obra para la dirección del clero, que pensaba exponer en forma epistolar y publicarla con el título de *Cartas a un seminarista*. Entre sus papeles se encuentra una página con las pocas líneas que aquí se publican, y que sin duda estaban destinadas a abrir tan interesante correspondencia. Esta ha sido la razón que nos ha movido a ponerles el presente título. Cortísimo como es el fragmento, contiene una idea digna del espíritu equilibrado de Balmes, y que nos deja adivinar el rumbo que había de seguir en su desarrollo, sobre todo si se leen las substanciosas páginas que dedicó a la *Instrucción del clero* en su revista *La Sociedad*.»]

DE CATALUÑA

«Cataluña necesita continuar cuidadosamente la galería de sus grandes hombres, para que el desarrollo de sus intereses materiales no sofoque el de los morales, para que la idea no quede sojuzgada al goce y || para que no se convierta en campo de mera granjería lo que ofrece recuerdos dignos de la epopeya y puede prometer a la patria días no menos gloriosos.

»Barcelona, la antigua capital del Principado, desposeída por los sucesos del rango de condesa y elevada por sus esfuerzos a soberana de la industria y comercio nacional, es la que debe recoger los timbres de las celebridades catalanas y formar la haz compacta y bienhechora que una los lazos morales del espíritu a los intereses saludables de la materia.

»Barcelona es la estrella polar donde dirigen sus miradas los hijos del suelo catalán cuando logran arrancar sus tesoros a la fortuna en medio de los azares del Océano o de los rigurosos climas del Nuevo Mundo; a ella le ofrecen la corona de gloria que doquier pueden conquistar en las artes o en la guerra; ella fué la segunda patria del genio español que mereció la augusta ceremonia celebrada hace poco en las márgenes del Ter.

»Si bien Balmes nació en Vich y se formó allí el germen de su saber, no puede negarse que en Barcelona fué donde se desarrolló éste con la lozanía de una planta tropical y dió en toda su sazón los frutos de su entendimiento. En nuestros muros vieron la luz pública del 40 al 44, años que casi constantemente pasó dentro de ellos, sus escritos publicados en La Civilización *y* La Sociedad, El protestantismo comparado || con el catolicismo, *las* Cartas a un escéptico, El criterio *y* La religión demostrada; *y si Madrid le detuvo después algunos meses como campo más expedito para difundir lo que él juzgaba ser* El Pensamiento de la Nación, *dió también la preferencia a Barcelona para la publicación de su* Filosofía fundamental. *Frustrado su plan político por el curso de los sucesos, retiróse de nuevo entre nosotros, donde pensaba fijarse, cuando nos fué arrebatado de improviso en la misma florida edad en que cayeron los pinceles de manos del gran pintor de Urbino, ambos en medio de su gloria, de la pujanza de su genio, cuya antorcha apagó violentamente el huracán de la muerte, mientras despedía sus más vivos resplandores.*

»Hay algo grandioso para el hombre en las peripecias del peligro, algo sublime en los momentos supremos del espanto, que le dejan para el resto de sus días impresiones imperecederas, y, aunque le son amargas, cautivan para siempre su corazón. El navegante que ha visto su buque próximo a ser tragado por las olas, hecho juguete de los vientos, des-

obedeciendo el freno del timón, recuerda gustoso tras la tormenta aquellos momentos de ansiedad en que su ánimo resistió con impavidez el insólito furor de los elementos y conserva un indeleble cariño a la nave salvadora. Así miraba Balmes nuestra ciudad, después de haber sido testigo de las escenas tristemente memorables || del 3 de diciembre de 1842, cuya pintura arrancó de su pluma sentidas palabras que revelan el afecto que a Barcelona profesaba.

»A los títulos que tiene don Jaime Balmes para la gratitud del mundo científico, y en particular del católico, reune uno que para Cataluña cada día crece en valor, porque cada día aumenta el prestigio que adquiere el renombre de aquel publicista. Balmes fué partidario del sistema que ampara la producción nacional.

»Por esto creemos que por interés propio, añadido a un recuerdo de agradecimiento, deben los productores catalanes tributar cuantas muestras públicas de respeto puedan a la memoria de aquel insigne compatriota. Deben hacerlo por agradecimiento, porque presentes han de estar en la memoria de todos, y, si no, escritas quedan, aquellas célebres páginas en las que en tiempos difíciles, en azarosas circunstancias, cuando las oleadas de la política empujaban a la España hacia los brazos de una poderosa rival que lleva en su blasón la divisa de vencer o morir, *unió aquel escritor la defensa de la independencia nacional con la de los más vitales intereses de Cataluña, apelando, para burlar las asechanzas del enemigo, al raciocinio, a la lógica, a la historia, a la filosofía, a todo el arsenal ofensivo y defensivo cuyo manejo le era familiar.*

»Deben los productores catalanes hacer lo primero || por la conveniencia y acaso necesidad de que se forme y consolide una verdadera escuela defensora de la producción española, porque los esfuerzos aislados, por laudables que sean, bastan sólo para defender una situación transitoria, no para cimentar un estado permanente, y en estado permanente de defensa se ha de hallar la producción del país, puesto que ni un solo momento afloja el empeñado ataque.

»Siguiéndose los consejos de Balmes se evitaría el aislamiento de una sola clase productora, y en esta misma clase la mayor parte de las malas inteligencias y voluntades entre el capital de sangre y el de dinero; se elevarían siempre los intereses a la altura de principios, se unirían los principios económicos a los morales, y los morales a los políticos; en una palabra, se lograría para Cataluña, según propuso el mismo autor, no promover una civilización ficticia que envenena la atmósfera donde penetra, en lugar de purificar el ambiente y llevar por doquiera la salud, el bienestar y la riqueza. La inteligencia, moralidad y bienestar

combinados, fórmula que ha dado para explicar el verdadero sentido de la palabra civilización, *los quiere equilibrados para Cataluña, «no debiéndose contentar con producir so»lamente, porque esto a lo más le servirá para aumentar »algún tanto el bienestar material, mas no conducirá por sí »solo a la mejora de costumbres, ni a extender y afianzar la »moralidad entre || los pueblos». De este modo quería evitar para nuestro país aquel genio previsor—y aun ahora es tiempo—las complicaciones difíciles, los problemas de escabrosa resolución relativos a la organización del trabajo y a la justa y equitativa distribución de sus productos, que han nacido y subsisten en otras naciones en que el industrialismo se ha desplegado con proporciones colosales sin haberse precavido contra ninguno de sus peligros... La descentralización, que en las provincias está en todas las voluntades, debe estar también en todos los corazones y en todas las cabezas. Barcelona daría una prueba de inteligencia descentralizadora erigiendo algún monumento a un hijo del Principado que le da tanto reflejo de gloria y cuyas doctrinas encierran para él fecundo porvenir de orden y de progreso»* [1].

---

[1] *Diario de Barcelona* domingo 6 de noviembre de 1853, número 310, pág. 7896.

EL CATALAN MONTAÑES*

SUMARIO.—Su estampa. No tratamos de repetir las halagüeñas descripciones de los poetas. No es rudo el montañés. En ideas morales y en el conocimiento de la naturaleza supera al habitante de la ciudad. Es rico de memoria y de recuerdos. Su laboriosidad. Parece esquivo y es muy tratable. Tal vez la industria los hará más ricos, más brillantes, más numerosos; pero no sabemos si serán más felices.

¿Habéis reparado alguna vez en un hombre de gorro encarnado, de calzones azules, de chupa parda, de rostro avellanado y tostado por el sol, que con callosa mano empuña un bastón grosero, que con los ojos hechizados y la boca entreabierta va recorriendo las calles de una ciudad populosa y brillante, cuyo traje tosco, modales sencillos y caminar descompasado contrasta de un modo singular con ese torbellino de elegantes que circulan en todas direcciones? Esa estampa tan original e interesante que no parece sino una visión lanzada de otro mundo desconocido, ese

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA. — En cuanto Balmes empezó a publicar sus primeros escritos fueron muchos los editores que solicitaron vivamente su colaboración. De ello tenemos diversos testimonios en el *Epistolario*, pero para el caso presente sólo nos interesa el que narra en el número 95 con las siguientes palabras: «Oliva, impresor, me está solicitando vivísimamente para que le trabaje algunos artículos para su *Album pintoresco*. Me vino a encontrar, y me lo estuvo suplicando más de dos horas; yo le estaba escuchando con los brazos cruzados en profunda calma.»

El fruto de esta entrevista fué el presente artículo, publicado el año 1841 en el *Album pintoresco universal*, cuaderno 4, vol. I, página 85, Imprenta de don Francisco Oliva, editor, Barcelona. Para saber lo que es el *catalán montañés* hay que saber lo que es o lo que era en tiempo de Balmes la *montaña catalana*. Antes de que las comunicaciones borrasen o debilitasen las características locales se distinguían dos Cataluñas: la del llano y la de la montaña. Esta tenía por capital la ciudad de Vich, y, recostada al norte en la cordillera pirenaica, estaba limitada al este por el Ampurdán, a mediodía por el Vallés, al oeste por la Segarra y el llano de Urgel. El labrador de esta tierra es el tipo que nos pinta Balmes.

Este artículo fué reproducido en *Reliquias literarias de Balmes*, número 4. El sumario que sigue es nuestro.]

hombre que, comparado || con el habitante de la capital o el morador de las playas, diríase que es un hombre de otra región, de otro siglo, de otra casta, éste es el aldeano de las montañas de Cataluña, éste es el montañés propiamente tal, que de ningún modo debe confundirse con el aldeano del Ampurdán o del Vallés, ni con el de la Segarra o llanos de Urgel.

Hombres preciados de cultos, que le echáis al pasar una mirada desdeñosa, que dada la oportunidad quizás le zaherís con maligna pulla, y que en el fondo de vuestro corazón sólo le reserváis la compasión y el desprecio, ¿habéis pensado bastante en la justicia de vuestro proceder? ¿Estáis tan seguros de que pudierais sostener con él un parangón ventajoso? Daros quiero que vuestro castor, que vuestra seda, que vuestros finísimos paños y delicadas telas, que vuestras contorneadas cañas, preciosos dijes y lujosos aderezos valgan más que su gorro de lana, su vestido grosero y su bastón corvo y nudoso; pero estad ciertos de que maldita la envidia que os tiene por vuestro brillo, maldita la gana que le viene de cambiar su traje por el vuestro. Y ¿cómo le disputaréis la prudencia de su elección y lo fundado de su gusto? Si el gorro bien apañado le salva la cabeza de la intemperie del tiempo; si el vestido, abrigándole como necesita, es el más a propósito para dejarle el cuerpo expedito cual le conviene || en sus pesadas faenas; si el bastón le sirve a las mil maravillas para trepar malezas o atravesar lodazales, ¿qué falta le hacen vuestros lujosos atavíos? ¿Tenéis por ellos ni los miembros más ágiles y robustos que el pobre aldeano, ni el estómago más recio, ni la vista más clara, ni la planta más firme, ni la salud más constante? Y, sobre todo, ¿tenéis el alma más tranquila? ¿Sois más felices? Cuando visteis la traza peregrina del montañés, vosotros os habéis burlado de él, creyéndole sobrado estúpido para advertirlo siquiera, cuanto menos para vengarse, burlándose él a su vez de vosotros. Pero andáis equivocados: su aparente cortedad, su esquivo apocamiento, sólo proviene de hallarse en tierra extraña; dejadle que salga de las puertas de la ciudad y que se haya restituído a sus hogares: no lo dudéis, se desquitará con usura, pagaros ha con la misma moneda; y el mancebo más apuesto y gallardo y la dama más linda y rozagante que adornan vuestros salones serán objeto de una sátira cruel, cuando pueda expresar sin miramientos, rodeado de su familia y amigos, lo que pensara de aquellos trajes, que, diciéndolo de paso, ofrecían a sus ojos figurines de tan extraño talante, cual os lo pareciera a vosotros el labriego con su rústico vestido y peregrina apostura.

Al manifestar cierto interés por el aldeano de la mon-

taña, || nadie crea que tratamos de repetir las halagüeñas descripciones de la vida campestre con que nos traen empalagados los poetas: servir pueden sin duda para recrear un tanto la imaginación, y sobre todo para hacer resaltar la del poeta; pero no son un retrato fiel de las costumbres y de la vida del campo tales como existen en la actualidad, y cual se han hallado sin duda en todos tiempos y países; que la edad de oro tuvo cabida en la fantasía de los vates; y si los sueños de la fábula tuvieron su origen en la tradición de Edén, aquella dicha no pasó a los desventurados hijos de los primeros progenitores, la memoria de aquella bienandanza consérvala la humanidad como un recuerdo doloroso, recuerdo tan magníficamente explotado por Milton en su inmortal *The paradise lost*.

Por lo demás, tan lejanos estamos de abrigar ilusiones en esta parte, ni de querer fomentarlas por medio de ficciones agradables, que antes bien no tendremos reparo en confesar paladinamente que, hablando de los aldeanos de la montaña, está lleno de verdad aquel refrán castellano: *La vida de la aldea désela Dios a quien la desea*. Así es que ni se halla aquel ambiente purísimo impregnado de suavísimos aromas, ni aquellos manjares tan sabrosos y exquisitos por naturaleza sin necesidad de condimento, ni las horas se deslizan blandamente en || apacible alternativa de templado trabajo y sosegada holganza, ni el oído del aldeano se recrea con tanta frecuencia con el canto *no aprendido* de las aves, o con los armónicos acentos de dulcísima zampoña; la realidad viene a deshojar con mano fría las bellas ilusiones de las églogas e idilios.

La intemperie de las estaciones, trabajo incesante, fatigas sobradamente pesadas, alimentos insípidos, albergue incómodo, privaciones de todo género: he aquí lo que acompaña de continuo la vida de ese pobre labriego; y, sin embargo, ¡cosa admirable!, vive contento, y tiene a su vivienda un apego inexplicable, un cariño sin límites; y cuando circunstancias pasajeras le obligan a dejarla por breve tiempo, y a entrar en alguna ciudad populosa, siente un vacío en su corazón, conoce que está fuera del propio elemento de su existencia; y al comparar su vida con la vida de los otros hombres, la memoria de su humilde techo obra en el fondo de su alma con embeleso indecible, y el recuerdo del buey que muge, del perro que ladra, de la abeja que susurra, del viento que silba en el bosque cercano o del torrente que se despeña estrepitoso allá en honda lontananza, se mezclan dulcemente en su corazón con la imagen de la compañera de sus días, y la de sus tiernos hijos, y no hay pena que fuera comparable a su pena si un hado cruel le obligase || a cambiar de suerte. Allá en lo más profundo de un

valle desde donde descubre apenas una estrecha zona del firmamento, o en la vertiente de una montaña riscosa y sombría, allá tiene su casita de tapia, y allí está su corazón; allí moraron siempre sus ancianos padres, allí ha nacido él, allí ha vivido aquel cielo, aquellos bosques, aquellas rocas, están íntimamente enlazados con todos los recuerdos de su infancia y de su mocedad, allí verá tranquilo cómo se acerca la muerte, para dormir en paz en el mismo cementerio donde reposan sus antepasados; y al pensar en el porvenir de sus hijos, su única ambición, su voto más ardiente, es que Dios les conceda largos años de una vida semejante. ¡Hondo secreto de la Providencia, que de tal modo ha grabado en nuestra alma el amor de la patria, apegándonos a ella hasta por medio de las privaciones y del infortunio!

Es preocupación muy corriente el figurarse a nuestro labriego como muy rudo, muy ignorante, escasísimo de inteligencia, y con todas las facultades muy poco desenvueltas; como por vía de favor y de protección se dice que en su línea no deja de ser un hombre útil; pues que ora sea labrador, ora pastor, es de profesión necesaria a la sociedad. Pensar que sea ni comparable con el hombre de las ciudades, mayormente de las populosas, esto ni por || asomo; la distancia parece inmensa, no da lugar a cuestión. Sin embargo, y por más que así se presente la cosa mirada en la superficie y al través del prisma de las preocupaciones, es muy diferente en la realidad.

En primer lugar es innegable que en todo lo tocante a ideas morales, y haciendo el cotejo entre hombres que por su clase carezcan de instrucción, es muy superior el hombre de la montaña al habitante de las ciudades, y sobre todo si son populosas; sin que sea menester que insistamos sobre este particular, ya que no sólo es evidente el hecho, sino también las causas de que dimana. Y cuenta que no se trata aquí de la conducta moral, ni de entrar en parangones que nos obligarían a remover asquerosas sentinas; hablamos tan sólo de los conocimientos morales, de las ideas del deber y del derecho, de las obligaciones del hombre para con Dios y sus semejantes; en una palabra, de todo cuanto concierne a los principios fundamentales de la familia y de la sociedad.

Parece indisputable la ventaja a favor del hombre de las grandes ciudades, si la cuestión se concreta a los conocimientos de otro género; pero, si bien se mira, hay también en esta parte un error que no depende de otra causa, sino de que se considera la cosa solamente por un lado adrede o sin advertirlo || se abre tan sólo una arena en la que ciertamente no puede competir el labriego, donde es vencido

sin que ni siquiera pueda combatir. Confesaremos de buen grado que nada entiende de industria y comercio en la acepción común de estas palabras; que trasladado a la ciudad no sabe acomodarse a las formas que la tácita convención, el capricho y cien otras causas han introducido; pero hasta aquí no hemos visto la medalla sino por una cara, miremos el reverso, trocando los papeles con la traslación de un hombre de la ciudad a la aldea de la montaña.

Ignoraba el montañés la maniobra de una máquina y el objeto a que se destinaban varios artefactos; se encantaba a la vista de una fruslería de quincalla; pasmábase de la destreza de un jugador de manos, de las cabriolas de un volatín, se dejaba embaucar con la charla de un saltimbanqui y daba a cien otras frioleras una importancia desmedida; concedamos todo eso, bien que con las deducciones necesarias, para que no queden sin cercenar las exageradas ponderaciones que en contra de la inteligencia del labriego suele acumular la preocupación y la ligereza; concedamos todo eso sin entrar en consideraciones de hasta qué punto podrían hacerse fundados cargos sobre estas materias al hombre de las grandes ciudades, y parémonos || tan sólo en lo que acontece en su nueva posición campestre. De repente ha perdido toda la superioridad que tanto parecía realzarle sobre nuestro aldeano. Ni conoce una planta, ni un árbol, ni una flor, ni un grano: de todo se admira, todo lo pregunta, ignora el destino de los instrumentos más comunes de labranza, todo es nuevo para él, y si reflexiona un instante, podrá conocer cuánta verdad es que en este mundo todo se compensa, que cambiada la escena han cambiado también los actores, y que así como en la ciudad él se explicaba con la mayor soltura, mientras el labriego no hacía más que admirarse y preguntar, así ahora le ha tocado a él el turno de admirarse también y preguntar, mientras el montañés se expresa a las mil maravillas, desenvolviendo su caudal de conocimientos, con una nomenclatura tan propia cual hacerlo pudiera el más hábil y experimentado naturalista.

En todo lo que concierne al conocimiento de lo que se apellida naturaleza, es muy superior el hombre del campo al de las grandes ciudades, mejor diremos, el uno la conoce perfectamente en cuanto cabe a la esfera de sus alcances y experiencia, el otro nada sabe de ella, ha nacido entre las artes, vive entre las artes, y no se ofrecen a su vista sino objetos de puro artificio; porque, es menester || no perderlo de vista, en la vida de las grandes ciudades la naturaleza no entra, el arte la encubre o la transforma, por doquiera se descubre la mano del hombre. Y a la verdad, ¿no os parece que la vista de nuestros pequeñitos y simétricos jardines, de nuestras arboledas tiradas a cordel, y de nues-

tros surtidores tamaños como hilos, y que despiden un murmullo apenas perceptible, no os parece que son cosas muy poco a propósito para formarse viva idea del grandor colosal, de la magnífica prodigalidad, del sublime desorden de la naturaleza; de esa naturaleza nunca pequeña y mezquina, siempre grande, siempre asombrosa, siempre sublime, ora se halle en profunda calma, silenciosa como las cavidades de un abismo, ora se agite estrepitosa al bramante bufido de la tempestad?

Se ha dicho que el pueblo carece de memoria, y esto que es una verdad con respecto al pueblo de las grandes ciudades o el que participa de su influencia, no lo es con relación al habitante de las montañas. Recorredlas, y observaréis a cada paso que aquél es el lugar de los recuerdos, allí las tradiciones de todas clases tienen su natural asiento, allí están en el depósito más seguro. ¿Qué sabe de recuerdos un hombre no instruído habitante de las ciudades populosas? Tan sólo lo que oyó o vió ayer, y esto para olvidarlo mañana; porque los || objetos se le agrupan delante en confuso tropel, desfilan rápidamente ante sus ojos y le abruman y le distraen; y ese flujo y reflujo incesante obrando sobre una sensibilidad demasiado estimulada y aguzada, y sobre pasiones desarrolladas con excesiva viveza, le dan una susceptibilidad extrema para todo lo presente, haciendo que se produzcan y borren las impresiones del alma como los paisajes en la cámara obscura.

No sucede así con el rústico de la montaña: él sabe todo lo que su padre, como éste sabía cuanto su abuelo, merced a las veladas en que, reunida la familia en torno de la lumbre de chimenea, escucha embelesada y con el mayor candor y docilidad las narraciones del canoso anciano cargado de años y de experiencia. Subid a la montaña, y hallaréis hombre rudo que os contará muchos lances de la guerra de Sucesión, o, como ellos dicen, *dels voluntaris*, de la *de l'any noranta*, minuciosos detalles de la guerra de la Independencia, *del francesos* o *de l'any vuit*, la historia de los hombres más inteligentes que ha tenido el país por espacio de muchos años, de los pastores más afamados, de los perros más batalladores o cazadores, de las hambres, enfermedades, granizadas, lluvias, sequías, pingües cosechas, carestías; oiréis esas historias con sus circunstancias particulares, con sus || fechas, refiriéndose por lo común a algún santo o festividad, como tantos días después de San Juan, tal semana de cuaresma, pocos días después de *Corpus*, por *cincugesma*, etc., etc.; oiréis, en fin, una historia a su modo, pero que no deja de ser interesante por la extensión del tiempo que comprende, y por la muchedumbre y variedad de objetos que abarca.

Pero lo que agrada sobre todo al que observa de cerca la montaña de Cataluña es la afición al trabajo, la diligencia extremada, la moralidad, el respeto a las personas, el espíritu de hospitalidad y beneficencia que distingue a sus habitantes. Es necesario haberlo visto con los propios ojos para formarse idea de la asombrosa laboriosidad de aquellos labriegos. Pasaréis por la falda de altísimas montañas y divisaréis como colgados en rapidísimas pendientes, esparcidos acá y acullá los labradores, aprovechando con incansable paciencia alguna pequeña superficie que allá quedara como por azar entre mil riscos y barrancos. El terreno os parece intrepable, parece imposible que hayan podido escalarlo los hombres; pero reparad bien, y descubriréis que por entre las rocas y los matorrales va serpenteando un camino por donde alcanza a transitar el buey arrastrando el arado y la carreta.

El país, en cuanto cabe, es muy poblado, y no || se hallan la turba de mendigos que al parecer debieran rebosar de aquellas chozas de tapia: si los hay, son comúnmente de otra tierra, como de la Sagarra o de los llanos de Urgel, que forman, como suele decirse, linaje aparte; pues por lo que toca al laborioso montañés, no sólo alcanza a fuerza de actividad y de sudor al mantenimiento de su familia, sino que todavía le resta un pedazo de pan para compartirlo con tanto desgraciado como se presenta a su puesto pidiendo algunos mendrugos en nombre de Dios.

A la entrada de los pueblos pequeños es frecuente en otros países encontrarse con corrillos de holgazanes que, embozados con sus mantas, sólo sirven para inspirar desconfianza al viajero que ha echado de ver la torva mirada que le han dirigido por debajo del gorro plegado sobre la cabeza y caído sobre la frente a guisa de visera; pero a buen seguro que no sucede así en la montaña de Cataluña. Mientras dura la luz del día es tiempo de trabajo, y al entrar en una aldea no encontraréis a ningún hombre apto para trabajar, a no ser que a causa de la estación tenga por allí el objeto de sus tareas. ¿Quién no recuerda lo que le ha sucedido al atravesar alguno de esos pueblecitos? Hondo silencio reina por todas partes, sólo interrumpido por el rechinante zumbido de algún sencillo torno, || por el cloqueo de las gallinas que andan picoteando y escarbando, por el graznido de los patos que se zambullen en la balsa, o por el ladrido de algún perro acosando las piernas de vuestro mulo que atraviesa el callejón de tapias, ora marchando por un pavimento de roca lisa, con vivo triquitraque, y resbalando a cada paso, ora hundiéndose en un piso fofo, de paja echada allí con la mira de aprovechar el abono. Persona ociosa no la veréis; aquí encontraréis a la ro-

busta matrona ocupada en los quehaceres de la casa o en otras faenas; allá veréis a la moza ágil con su cesto al brazo llevando la comida a los trabajadores y cruzando velozmente los campos por los estrechos senderos que serpentean en todas direcciones en torno del pueblo; la vieja decrépita, con la rueca clavada en la cotilla, como lanza en ristre, hace voltear el huso entre sus dedos todavía diligentes, aunque ya descarnados y yertos; el anciano encorvado bajo el peso de los años y de las fatigas adereza todavía el pajar, el establo, o se ocupa en otras faenas que harían perder tiempo a los jóvenes robustos; y sólo el tierno niño que apenas sabe hablar, que no puede aún levantar del suelo ni el cesto ni la azada, anda jugueteando por delante las puertas medio desnudo y parándose a miraros encantado mientras alcanza su vista. ||

Esquivo como parece el montañés, es, sin embargo, muy tratable, y en cuanto a respetar a las personas nada deja que desear. Pedidles el camino, y de cierto que no sufriréis una respuesta desabrida, ni os expondréis a un chasco pesado; y si vuestro traje indica que seáis persona de alguna distinción, suspenden su trabajo y os saludan con respeto, o tirando ligeramente el gorro hacia el cogote, si no hacéis más que pasar, o descubriéndose del todo si trabáis con ellos alguna conversación. Si no es que por alguna casualidad extraña, o por dejos inmorales de las guerras, no se abrigue por entre las escabrosidades algún malhechor, la seguridad del viajero es completa, puede andar con entera confianza; y si algo le inspira recelos en el camino, será algún traje que a primera vista conocerá que es de forastero. Por lo demás, en atravesando alguna soledad, si llega uno a divisar gente del país, algún *pagès*, el corazón se alienta y se ensancha. Imposible parece que aquellos hombres tan mansos y pacíficos sean los mismos que en sonando la hora del combate rugen como leones y brincan como leopardos por encumbradas malezas, ya para matar franceses, como en la guerra de la Independencia, ya para tomar parte en nuestras lamentables discordias civiles: señal evidente de que aquellas almas no adolecen de estupidez || ni están faltas de energía, prueba irrecusable de que el sufrimiento y el valor se hermanan admirablemente con la laboriosidad y la templanza.

Al contemplar la vida de esos pueblos que viven en la actualidad como vivieran hace siglos sus antepasados, sin que hayan cambiado substancialmente ideas y costumbres al través de los tiempos más varios y tormentosos, al mirarlos ocupando una posición aislada, sitiada y acometida en todas direcciones por el poder siempre creciente de una civilización móvil, inquieta, bulliciosa, que transforma

tan rápidamente las ideas, las costumbres y la faz de los pueblos; párase naturalmente el ánimo a considerar qué les sucederá a esos sencillos habitantes de la montaña el día que el elemento industrioso llegue a penetrar en sus pacíficas viviendas con la construcción de carreteras, explotación de minas de carbón y establecimientos de fábricas; cuando contraste con las rojizas paredes del antiguo santuario la blanca fachada de los edificios fabriles, cuando la silenciosa calma de ahora sea reemplazada por el atronador ruido de las diligencias y de las máquinas.

Parecer pudiera todo eso una ilusión; pero es una realidad que, a no dudarlo, se avanza con el porvenir: a esa realidad marcha el siglo con agigantados pasos. Transformaciones semejantes se || han verificado ya en otros países; y esa transformación empezada en Cataluña se completará más o menos tarde, a pesar de los peligros que amenazan a su industria y de los continuos vaivenes que le embargan un tanto el movimiento y no le dejan llevar a cabo su entero desarrollo. Cambiaránse entonces las costumbres, las ideas, los hábitos, los modales de esos pueblos; serán quizás más ricos, más brillantes, más numerosos; pero, ¿serán más felices? ||

UN CASTILLO Y UNA CIUDAD

O SEA DIALOGO ENTRE MONTJUICH Y BARCELONA *

I

—Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besa el mar: al rugir la tormenta, miro con desdén alzarse las olas embravecidas que se estrellan a mis pies. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra, y, cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen a la orilla dirían que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz, y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro. ||

En la obscuridad de la noche me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime, no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo airosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotaran con tanta majestad sus penachos cual sobre mis soberbios baluartes el pabellón de Castilla.

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra y retumban a lo lejos

---

* [Nota bibliográfica.—El día 2 de diciembre de 1842 Barcelona fué cruelmente bombardeada por Espartero doce horas seguidas. Balmes presenció este bárbaro ataque, que describió en la biografía de aquel general (vol. XII); pero antes de escribir esta historia quiso dar una impresión literaria del hecho en el presente diálogo, publicado en el primer cuaderno de *La Sociedad*, correspondiente al 1.º de marzo de 1843, vol. I, pág. 45. La forma, por lo estrafalaria, llamó la atención de la gente sensata. Es uno de los tres o cuatro pecados artísticos cometidos por Balmes por querer imitar la prosa literaria de Chateaubriand y Lerminier.

Este artículo se ha reproducido en todas las ediciones de *La Sociedad*. Lo hemos cotejado con la primera edición, que es la típica.]

en la inmensidad de la mar; cuantos vivientes hay a largo trecho se estremecen y azoran; el labrador suspende sus faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera espantosa fiera.

II

¿Veis la reina de Cataluña, la más preciosa joya de los monarcas iberos, que yace a las orillas del mar, semejante a una riqüísima concha que las oleadas arrojaran a la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava. ||

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas a mis pies cual niña juguetona a los de su amo; y que en alzando mi voz aterradora no se estremece más vivamente la endeble caña?

Si en día de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? Un día, sólo un día me indigné contra ti: ¿no lo recuerdas? ¿Olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables rebramaban enfurecidas, derramando sobre ti torrentes de fuego e inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, más ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste cuando se alzaban rápidos hasta la región de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecían buscar la víctima y blandían su inflamada cola a manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendían veloces como el rayo, y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y || el espantoso estallido al reventar saliendo de las entrañas de la tierra?

¿No eres mi esclava? ¡Y bandada de tímidas palomas no se dispersan más presto al estallar el arma del cazador que tus hijos al retronar mis cañones!

Esas fábricas que orgullosa levantas, ostentando tus tesoros y opulencia; esos vistosos edificios donde preparas suntuosas y brillantes moradas, do pasar puedas las horas en que te embriagas de placer, reducirlas a pavesas está en mi mano: si me place, en breves instantes tu hermoso cielo cubrirse ha de la polvareda de las ruinas; y envuelta en nube de humo contemplarán con espanto los países comarcanos que Barcino está ardiendo cual despreciable pajar.

III

—En paz y armonía largos siglos viviéramos; y el cebarte en mi destrozo, y el insultar mi llanto, y el alzarte erguido sobre mí, cual buitre sobre su presa mirando si respira aún, posible no creyera. Si a dominación extraña trasladado te hubiese traición aleve, entonces, y sólo entonces, sospechara que tus fuegos pudieran contra mí. ||

En día infausto, sacudiendo sobre mi seno la fatal discordia su viperina cabellera, de sangre regó mis calles; cegados de insana cólera pelearon hermanos contra hermanos, con la impetuosidad y bravura que los terribles trances recordaran de las huestes de Berwick. Si en la aciaga hora en que revolcándose en su sangre las infortunadas víctimas del popular coraje clamaban venganza, llamado te creíste a socorrerlas, continuaras vomitando el fuego que ya entonces comenzaste; viera yo armas contra armas, furor contra furor. Pero cuando amansada la popular tormenta quedaron mis calles desiertas y solitarias mis murallas; cuando tantos de mis hijos en atropellada fuga se esparcieran por la campiña, esperando con angustiosa impaciencia el desenlace de tan funesto drama; cuando pacífica y sumisa franqueara yo mis puertas, tendiendo a los sitiadores una mano amiga; cuando de la lealtad de mis palabras ofreciera tan seguro garante en mediadores esclarecidos; cuando mi venerable pastor llevaba enlazado con el báculo episcopal el ramo de olivo; cuando... entonces, ¡sobre mí, desmantelada, indefensa, casi desierta, vomitar fuego...! No, no era esto lo que les decía a los soldados su corazón español; más gustosos a una brecha se arrojaran, que no asistir fríamente al incendio y ruina de infortunada ciudad. ||

Guardián de mi reposo, protector de mis riquezas te creía yo, y el lienzo armado de cañones jamás me causara mella, porque asestados tan sólo los veía a campos enemigos. Si el pabellón britano asomar columbraba en lejano horizonte; si soberbio con los trofeos de las orillas del Indo y de las playas del Celeste Imperio, parecía recordarme de Trafalgar las aguas, de Gibraltar las almenas, involuntaria mirada daba yo a tus murallas, y ensanchando el corazón latía de contento, y me decía: «Tu defensa está allí.»

¿Qué me importaran las bravas legiones que del Pirene descender pudieran hasta mis llanuras? Cuando trabada en mis campos encarnizada lucha tronará sobre sus cabezas el gigante de las cien bocas de fuego, despavoridos correrán a ampararse a sus trincheras, escondiendo su afrenta.

Si orgulloso retumbar hicieras en festivo día el aire estremecido, tu orgullo era mi orgullo; izaba ufana el estan-

darte de mis reyes, que alzado en mis naves a la vista de extrañas velas parecía decirlas: «Escuchad y temblad.»

En mal hora deshojaste tan hermosa ilusión; en mal hora, a codiciosa envidia de extranjeros, cruel placer suministraste con horrendo espectáculo de mi incendio y ruina; en mal hora, con fúnebres recuerdos enlazaste hasta el estampido de regia gala. ||

¡Aciago, aciago recuerdo, que otro estampido ha de borrar! ¿Sabes cuál es? Vendrá un día, vendrá un ansiado día en que montará sobre el horizonte el sol más esplendente y bello, hermosa aurora matizará el Oriente con delicados colores, y mi pueblo, apiñado sobre la muralla, esperará ansioso que llegue a tu cumbre un rayo de oro. Entonces tronarás como el Etna en sus horas de coraje, y al son de tus truenos danzarán alborozados mis hijos con la misma tranquilidad que el sencillo aldeano al son de rústica zampoña. ¿Sabes lo que dirán tus truenos? Dirán que ha sonado la hora en que la Excelsa Hija de cien reyes se ha sentado bajo el dosel de San Fernando.

Entonces desearas espesa nube que te ocultara a los ojos de la Reina; entonces, cuando por vez primera la indignación encienda el rostro de la inocente Majestad, temblarás medroso en su presencia, y le dirás sumiso: «Señora, no fuí yo.» ||

LA RELIGION EN BARCELONA *

SUMARIO. — Costumbres antiguas. La religión se conserva todavía dominante en los corazones. Estado de los solemnes y piadosos cultos celebrados en acción de gracias a Su Divina Majestad, a Nuestra Señora la Virgen María y a varios santos, en las diferentes iglesias de la ciudad de Barcelona, por haberse librado los fieles de las desgracias consecuentes al bombardeo del día 3 de diciembre de 1842. Lo que dirá la posteridad al leer este documento.

Allá en tiempo de nuestros antepasados, cuando la fe reinaba en los entendimientos y la esperanza en los corazones, cuando la sociedad entera se regía por la enseñanza de la Iglesia católica, cuando el poder y el pueblo, y el rico y el pobre, y la ciencia y las artes demandaban a la religión sus inspiraciones sublimes, sus ilustradores consejos, y sobre todo su protección poderosa, cuando los sucesos prósperos eran mirados como una gracia del cielo y los adversos como un justo castigo, cuando se veía presente a Dios en todas partes, desde la cúpula del regio alcázar hasta lo más recóndito del || humilde hogar doméstico, apenas se encontraban un reino, una provincia, una ciudad en peligro de grave daño, o sufrían alguna de tantas calamidades como sin cesar afligen a la desgraciada prole de Adán, todas las miradas se levantaban al cielo, todas las almas se encumbraban sobre la región material y terrena para implorar clemencia y alcanzar socorro. Los templos se llenaban de fieles que suplicaban con oración fervorosa; en los altares de los santos resplandecían en abundancia cirios y blandones, las imágenes se adornaban con preciosas dádivas, el sacerdote recibía cuantiosas ofrendas, celebrábase el augusto sacrificio con solemne pompa y majestad, los oradores sa-

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 3.º de *La Sociedad*, fechado el día 1.º de abril de 1843, vol. I, página 133. En la revista está colocado dentro la serie siguiente, pero para no interrumpir ésta lo adelantamos aquí.

Se reimprimió en las ediciones póstumas de *La Sociedad*. Tomamos como típica la primera edición. El sumario es de Balmes.]

grados predicaban con piadoso fuego la divina palabra, arrancando del numeroso auditorio el grito de compunción y de humildad que lanzara en otro tiempo el rey culpable en presencia del profeta Natán: *¡Pequé...!*

La religión, la piedad, la fe, la esperanza, no cabiendo en la casa del Señor, inundaban las calles, las plazas, los paseos; la sonorosa campana convocaba a los fieles al templo, la misma les daba la señal de desparramarse fuera de él para que en graves y dilatadas hileras recorriesen los lugares públicos, invocando la misericordia del Señor del universo, en ese inmenso templo que anuncia de || día y de noche la gloria de su Criador, que tiene por antorcha la lumbrera mayor, el Sol, y por bóveda el firmamento. ¡Qué bello, qué sublime espectáculo ofrecía entonces una ciudad populosa! Allí se veía el niño llevando en su tierna mano el cirio misterioso y pronunciando con labio balbuciente la plegaria de perdón; plegaria de inestimable valor que, tomada de la boca de la inocencia por la mano de un ángel, era presentada ante el trono del Altísimo como el más agradable incienso que remontarse pudiera de la mansión del mortal. Allí se veían las clases con sus distintivos, las corporaciones, los gremios con sus enseñas, las autoridades con sus insignias; allí alternaban el artesano con el letrado, el rico con el jornalero, el noble con el plebeyo; allí se veían las órdenes religiosas con sus variados hábitos, su paso grave, su cantar solemne; el joven religioso de los ojos modestos, de semblante humilde, de las mejillas sonrosadas con pudor virginal; el anciano venerable de la frente calva, de la barba de nieve, del rostro surcado con largos años de austeridad y de penitencia, del cuerpo extenuado con dilatadas fatigas en misiones, en estudios, en peregrinaciones por lejanos países para ganar almas a Jesucristo; allí se veía el clero con sus majestuosos ornamentos, su blanquísimo y bordado lienzo, su seda recamada; || allí, por fin, el augusto tabernáculo, a cuya presencia todas las frentes se inclinaban, se hincaban las rodillas, se herían los pechos con fervorosa compunción.

¿Qué se ha hecho de aquella fe que de tal suerte nos conservaba en presencia de Dios, que así nos detenía con el temor del castigo, o nos alentaba con la esperanza del perdón? ¿Dónde están las piadosas costumbres de nuestros mayores? ¿Quién clama misericordia en la adversidad? ¿Quién rinde gracias al Altísimo en la próspera suerte? ¿Se ha hecho atea nuestra sociedad? ¿Hemos desterrado a Dios de nuestros corazones? ¿Le consideramos relegado a los templos, como aquellos ídolos que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen? Estas son las reflexiones que ocurren al dar en torno de nosotros una mirada; éstos son los

pensamientos que afligen el ánimo, inundándole de un desconsuelo, de una amargura inexplicables. A primera vista, contemplando tan sólo en la superficie la sociedad que nos rodea, sólo ocupada de sus adelantos fabriles, de su movimiento mercantil, de su hambre de oro, de su sed de placeres, de su ostentoso lujo, de su disipación, de su vanidad científica y literaria, de su delirio político, de su refinado egoísmo, parece que la religión ha desaparecido de la faz de la tierra, parece que empieza || a cumplirse la terrible profecía sobre el enfriamiento de la caridad y la falta de fe, y que se acercan aquellos días que por demasiado formidables serán abreviados. Pero recobrando el espíritu de su primera sorpresa, calando más hondo en el corazón de la sociedad, siguiendo cuidadosamente los pasos de los que evangelizan la paz, observando la conducta de los que no doblaron la rodilla ante Baal, se reanima la confianza, se disipan los excesivos temores, se calma la desazón y el desconsuelo, porque se encuentra que todavía hay Dios sobre la tierra.

Pensamiento dulce, consolador, que mitiga en el ánimo fiel y piadoso el dolor causado por la vista de los estragos de la impiedad; pero que desgraciadamente es necesario buscar en las sombras del santuario, o en lo más retirado del hogar doméstico, donde se oculta la virtud orando al Padre celestial, en el *aposento a puerta cerrada,* según la enseñanza del divino Maestro. Sólo de vez en cuando se complace el Señor en hacer más visible el crecido número de escogidos que se mantienen libres del contagio de la incredulidad y de las abominaciones del mundo; y entonces, lejos de continuar el espíritu en la postración y el abatimiento, se siente reanimado con la agradable sorpresa que experimenta, al ver que todavía puede decir: mayor es || el número de los que están de nuestra parte que de la contraria; entonces adora humildemente la omnipotencia del Señor, que tan admirablemente preserva del naufragio la combatida navecilla, y le rinde humilde acción de gracias, porque su misericordia nos ha librado de ser consumidos.

Barcelona, donde en tiempos de infausta memoria se presenciaron excesos que la pluma se resiste a trazar, donde el incendio de los templos y el degüello de los ministros del santuario se verificaron en presencia de las autoridades y del pueblo, donde en la apariencia debía la religión haber llegado a ser, para el mayor número, cosa de poco valer cuando no odiada; Barcelona, repetimos, se ha vindicado últimamente de tan negro cargo, manifestando a la faz de España y del mundo entero que muchos de sus moradores no habían desterrado a Dios de su corazón, que conservan fe en la Providencia; manifestando que las augustas

creencias de los antepasados se mantenían aún en el fondo de esa populosa ciudad, en cuya superficie no se descubriera tal vez más que incredulidad o indiferencia; revelándose de esta suerte la misteriosa llama que se había creído extinguida, porque sus resplandores no alumbraban con tan hermoso brillo como en otros tiempos.

El infortunio, el infortunio que levanta el espíritu || del hombre a meditaciones sublimes, que eleva el corazón a Dios como se alzan involuntariamente los ojos y las manos, el infortunio que recuerda a los individuos como a los pueblos la vanidad de toda esperanza que no se funda en Dios, el infortunio que demuestra lo que debemos prometernos del afecto y de la gratitud de los hombres, el infortunio ha sido quien ha venido a despertar el sentimiento religioso, a recordar la fe de nuestros padres y a patentizar la necesidad de la religión en todas las situaciones de la vida, y particularmente entre los rigores de adversa suerte.

Dudaríamos todavía de la realidad de lo que hemos presenciado, recelaríamos que nuestro buen deseo no abultase algún tanto los objetos, temeríamos que la viveza de la impresión no nos la hiciera parecer como más repetida de lo que haya sido en la realidad, si no tuviéramos a la vista un documento que no consiente réplica: la relación de las funciones religiosas que se han celebrado en esta ciudad en acción de gracias por haberse dignado el Señor libertar a muchos de sus habitantes de los males que en las pasadas catástrofes amenazaban a sus bienes y personas. Si estas funciones se hubiesen celebrado en otras épocas, si viéramos aquí las insinuaciones y excitaciones de los poderosos, si se descubriera el más remoto indicio de espíritu || de partido, no diéramos a estos datos tanta importancia; pero cuando vemos que son la espontánea expresión de la fe, cuando vemos en ellos la cándida efusión de un religioso agradecimiento a las bondades del Señor, cuando vemos que ni siquiera es posible señalar como circunstancia que disminuya su valor el apremiador agobio de los momentos de peligro, sino que se han celebrado pasado éste, en la mayor seguridad, en la expansión de los ánimos que acababan de salir de un terrible conflicto, y hasta largo tiempo después, cuando han podido ya debilitarse las impresiones que produjeran las catástrofes, las miramos como una especie de barómetro que nos hace sensible la disposición de los espíritus.

Consideramos este hecho como de mucha importancia para apreciar debidamente cuánto es todavía el poder de la religión hasta en aquellos puntos donde circunstancias calamitosas debían al parecer haberla debilitado de tal manera que quedase reducida a la nada; por cuyo motivo creemos hacer un bien a la santa causa de la verdad, y com-

placer al propio tiempo a nuestros lectores ofreciéndoles la siguiente relación, que dice más por sí sola que todos los discursos y encarecimientos. ||

SOLEMNES Y PIADOSOS CULTOS

CELEBRADOS EN ACCIÓN DE GRACIAS A SU DIVINA MAJESTAD, NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN MARÍA Y A VARIOS SANTOS EN LAS DIFERENTES IGLESIAS DE LA PRESENTE CIUDAD, POR HABERSE LIBRADO LOS FIELES DE LAS PRÓXIMAS PASADAS CALAMIDADES [1]

PARROQUIAS

Santa María del Mar

Misas solemnes con *Te-Deum* o *Salve* al fin en los más de ellos ...	42
Idem con exposición del Santísimo Sacramento y con toda iluminación ...	2
Novenarios con música ...	2
Rosario con ídem y sermón ...	1
Exposición del Santísimo Sacramento por espacio de trece horas ...	1
Cirios, los más de media libra y los otros de una y de dos ...	1.230 ||
Octavario al Santísimo Sacramento con exposición y sermón todos los días. Esta función continúa hoy día 5 de marzo y durará por tiempo indefinido ...	1

Triduos a ídem con íd. e íd., todos por tres días.

En muchas de las capillas de dicha iglesia alumbran de continuo cirios en abundancia, principalmente al Beato Oriol, Nuestra Señora de los Dolores, San Antonio, Virgen del Rosario, Concepción y Santa Filomena. Y se están aún preparando algunas novenas para igual objeto.

Santa María del Pino

En el día 8 de enero, misa solemne con exposición del Santísimo Sacramento. Por la tarde, ejercicios espirituales, procesión, *Te-Deum*, bendición y reserva de Su Divina Majestad ...	1

[1] Esta relación sólo llega hasta el día 5 de marzo. Debémosla a la piadosa diligencia del reverendo don Jaime Ros, presbítero, religioso que fué del convento de Padres Dominicos de la presente ciudad, quien se ha tomado la pena de recoger estas noticias y arreglarlas de la manera conveniente. Aprovechamos esta ocasión para manifestarle nuestro agradecimiento por su cristiana laboriosidad.

Cirios que quemaron durante dicha función	264
Misas solemnes al Beato José Oriol, con treinta cirios	3
A Santa Filomena, con sermón por la mañana, rosario y sermón por la tarde, quemando sesenta cirios	1 ||
A Nuestra Señora de los Desamparados, con cuarenta cirios en cada uno	3

Santos Justo y Pastor

Desde la primera domínica de Adviento a la antevigilia de Navidad, rogativas con exposición del Santísimo Sacramento por la tarde, quemando cirios	16
Día 1.º de enero. Trece horas con exposición del Santísimo Sacramento, misa solemne con sermón. Por la tarde, ejercicios espirituales, sermón y *Te-Deum*, alumbrando cirios	124
En seguida el octavario con exposición de Su Divina Majestad, quemando cirios	40
Días de acción de gracias con sermón por la tarde, iluminando en dos de ellos veintidós cirios ...	11
Luego después un septenario a Nuestra Señora de los Dolores con el *Stabat* cantado, sermón y corona cantada también en uno de los siete días, quemando cirios	10
Concluído el septenario, se hará una novena a San Antonio y otra a San Vicente Ferrer, con cirios	20 ||

San Pedro de las Puellas

Misas solemnes en varios altares con regular iluminación	13
Día 8 de enero. Trece horas con exposición del Santísimo Sacramento, misa solemne con música y *Te-Deum*. Por la tarde, trisagio con música, quemando durante dicha función cirios.	40
Día 22 de enero. Trece horas con exposición del Santísimo, misa solemne y *Te-Deum* por la mañana y sermón por la tarde, quemando cirios	70
Día 19 de febrero. Trece horas con exposición del Santísimo, misa solemne, y sermón por la tarde, quemando cirios	70

San Miguel, en la iglesia de la Merced

Oficios matutinales	31
Misas solemnes, una de ellas con exposición y dos con sermón	22
Quemaron en dichos oficios matutinales cirios ...	40
En los solemnes	105
De continuo a la Virgen de la Merced	20
Día 15 de enero. Trece horas con exposición del Santísimo Sacramento, misa solemne con música y sermón por la mañana; trisagio, oración y sermón por la tarde, quemando de continuo, durante el día, cirios	70
Y en la misa y función de la tarde	304
Reservado el Santísimo Sacramento, los monacillos entonaron la *Salve*.	
Otra misa solemne con sermón y cirios	80
Funciones por la tarde con exposición de Su Divina Majestad, sermón en cada día, entre novena y triduos seguidos, días	20
Quemando en todos ellos cirios	70

San Jaime

Día 7 de diciembre. Misa solemne a San Rafael, con cirios	18
Día 8. Misa solemne a la Virgen del Pilar con *Salve* al fin; cirios	20
Día 10. Otra ídem a la Virgen del Remedio con *Salve*, y cirios	12
Día 11. Otra ídem a la Virgen del Pilar con *Salve*, y cirios	30
Día 12. Otra ídem a San Antonio, con cirios ...	14
Día 14. Otra ídem a la Virgen del Remedio con *Salve*, y cirios	14
Día 15. Otra ídem a la Virgen de los Dolores con *Salve,* y cirios	30
Día 16. Otra ídem a la Virgen del Pilar con *Salve* y *Te-Deum,* quemando todo el día cirios ...	50
Día 19. Otra ídem a la misma con *Salve*, y cirios	12
Día 20. Otra ídem a la Virgen del Remedio con *Salve,* y cirios	12
Día 21. Otra ídem a la Virgen del Pilar con *Salve* y *Te-Deum;* cirios	20
Día 21. Otra ídem a la Virgen del Remedio con *Salve*, y cirios	30

Día 26. Otra ídem a íd. con *Salve* y *Te-Deum,* quemando todo el día cirios	60
Día 27. Otra ídem a la Divina Pastora con *Salve,* y cirios	20
Día 29. Otra ídem a Jesús Nazareno; cirios ...	16
Día 31. Novenario a la Santísima Trinidad con exposición, misa solemne y sermón por la mañana, y por la tarde ejercicios espirituales y trisagio cantado, concluyendo con las letanías de los Santos.	
Día 8 de enero. *Te-Deum* con sermón un día por otro.	
En el mismo día hubo exposición de Su Divina Majestad por trece horas, velando en || todas ellas cuatro sacerdotes que iban entonando los himnos del Santísimo, y además misa solemne con sermón por la mañana, y *Te-Deum* por la tarde, con cirios	250
Rasgo de devoción: Es de advertir que algunas buenas almas estuvieron perennes todas las trece horas sin comer ni beber.	
Día 9. Misa solemne a la Divina Pastora con *Salve,* y cirios	20
Día 10. Otra ídem a la Virgen del Pilar con *Salve,* y cirios	20
Día 12. Otra ídem a San Antonio, con cirios ...	14
Días 24 y 25. Misa solemne cada día, con cirios.	20
Se han cantado además muchas otras misas solemnes hasta el 5 de marzo.	

San Cucufate

Misas solemnes a varios santos de dicha iglesia ...	6
Con cirios	20
Día 5 de marzo. Trece horas con exposición, misa solemne y sermón mañana y tarde, con cirios.	56

Santa Ana

Misa solemne con exposición y cirios	30

San Pablo

Misa solemne con exposición y otra sin exposición a Nuestra Señora del Carmen, con cirios.	20

San Agustín

Misa solemne con exposición, sermón mañana y tarde, y procesión, con cirios	200
Un octavario al Santísimo Sacramento con exposición, misa solemne, y sermón todas las tardes, con cirios	60

Belén

Día 15. Misa solemne con música, sermón mañana y tarde, con cirios	350
Misas solemnes a varios santos	3

San Francisco de Paula

Día 11 de diciembre. Misa solemne a San Francisco de Paula, con cirios	24
Día 19. Otra ídem a San Antonio, con cirios ...	10
Día 21. Otra ídem a San Francisco de Paula, con cirios	24
Día 26. Otra ídem con exposición y *Te-Deum*, y cirios	68
Día 27. Otra ídem con íd. íd., y cirios	68
Día 28. Otra ídem con exposición hasta las seis de la tarde, tres días seguidos, con cirios	68
Día 30. Otra ídem íd., con cirios	28
Día 31. Otra ídem con exposición, y cirios	28
Días 1 y 2 de enero. Misa solemne, con cirios ...	68
Día 6. Trece horas con exposición, misa solemne y completas, con cirios	340
Y en el resto del día cirios	32
Además tres misas solemnes con exposición, y cirios	20
Oficios matutinales con regular iluminación	3
Día 22. Misa solemne, con cirios	70
Día 23. Misa solemne, con cirios	70

San José

Cuatro misas solemnes a Nuestra Señora del Carmen, con cirios	16
Otra, con cirios	30
Día 19 de febrero. Trece horas con exposición, misa solemne y sermón, con cirios	80

Nuestra Señora del Carmen

Día 25 de diciembre. Dos misas solemnes y ejercicios por la tarde con exposición, y cirios ...	60
Día 26. Misa solemne y ejercicios por la tarde con exposición, y cirios	60
Días 1 y 2 de enero. Otra ídem con íd., y cirios ...	60

IGLESIAS

San Antonio

Día 13 de diciembre. Misa solemne, con cirios ...	40

Casa de Caridad

A expensas de las *hermanas:* misa solemne con música, y sermón por la tarde, y cirios	100
A expensas de los *hermanos:* otra ídem íd. íd., y cirios	200

Hospital

Misa solemne a Santa Elena, a expensas de los *hermanos;* cirios	50
Otra ídem a Nuestra Señora de la Merced, a expensas de las *hermanas*, con cirios	50
Otra ídem con exposición, y sermón por la tarde; cirios	60

Casa de la Misericordia

Otra ídem con música y exposición, y por la tarde rosario con música; cirios	130
Otra ídem por tres días consecutivos, con sermón, trisagio y gozos cantados por las niñas de dicha casa, a cuyas expensas y de las de las religiosas sus directoras se hizo la función, con cirios	130

Hospital de peregrinas, en Santa Marta

Otra ídem a la Virgen del Rosario, con cirios ...	26
Día 19 de febrero. Trece horas con exposición, misa solemne y ejercicios espirituales, sermón y *Te-Deum* por la tarde, con cirios	39

Beaterio de Dominicas

Día 8 de diciembre. Misa solemne con exposición, *Te-Deum* y *Salve* por la mañana, y ejercicios espirituales con exposición y trisagio cantado por la tarde, con cirios ... ... 27 ||

Día 18. Otra ídem con menos el *Te-Deum;* cirios 25

Día 26. Otra ídem íd., con cirios 26

Día 27. Otra ídem íd., con cirios 31

Día 1 de enero. Otra ídem con exposición, y trisagio cantado por la tarde, con cirios 25

Día 6. Otra ídem íd., con cirios 25

Día 8. Otra ídem íd., con cirios 25

Día 15. Trece horas con exposición, misa solemne, rosario y trisagio cantado, sermón y letanías, con cirios 31

Día 22. Misa solemne a la Virgen del Rosario, con cirios 22

Día 29 de enero. Misa solemne, con cirios 18

Nuestra Señora de la Ayuda

Novenario a María Santísima con exposición de Su Divina Majestad, y cirios 20

Misas solemnes a Santo Tomás, con sermón y *Te-Deum*, y a Nuestra Señora de la Merced; cirios. 32

Cuatro misas solemnes a San Antonio, con cirios 20

Otra ídem a Santa Filomena, con cirios 20

Otra ídem a San Rafael, con cirios 24

Otra ídem a Nuestra Señora de la Guía, con cirios 26 ||

Día 22. Trece horas con exposición y misa solemne, y por la tarde rosario cantado, trisagio, completas y letanías, con cirios 37

Habiendo algunas personas estado todas las trece horas velando y sin tomar alimento.

Nuestra Señora de los Dolores

Quince misas solemnes, algunas con *Te-Deum*, con cirios 40

Día 29 de enero. Solemne y devoto septenario a la Virgen, con mucha iluminación, mayormente el último día, en que hubo exposición de Su Divina Majestad, y sermón cada día, con cirios. 160

San Juan de Jerusalén

Después de una larga serie de días de rogativas al Santísimo Sacramento con exposición de Su Divina Majestad y misa solemne cada día por la mañana y completas por la tarde, con veinte cirios, ha seguido la misma función por espacio de otros siete días.

Día 3 de febrero. Trece horas con exposición, misa solemne, ejercicios espirituales, || *Te-Deum* y completas al órgano, con cirios 46

Nota.—El día 8 de enero quemaban en el Santuario de Nuestra Señora de la Bonanova, pueblo de San Gervasio, cirios 213

Y el día 22 220

Catedral

En el trecenario acostumbrado de Santa Eulalia, trece señoras pagaron el aceite necesario para alumbrar durante el mismo trece lámparas, además de las cinco que hay alrededor del sepulcro de dicha santa, aumentando considerablemente la cera que los devotos en acción de gracias iban ofreciendo todos los días.

Día 24 de febrero. Misa solemne a Santa Eulalia, rosario con música, y cirios 196

Día 26. Otra ídem, con cirios 70

Creemos que la simple lectura del estado que antecede basta para convencer con cuánta verdad hemos afirmado que la religión conserva todavía profundas raíces en esta populosa capital, y que estaban muy lejos de haber alcanzado a extirparla los esfuerzos de la impiedad y los desastres || de la revolución. Hemos querido ser hasta minuciosos en la *relación*, porque deseamos que no se nos pueda tachar de exagerados; y el mejor modo de disipar semejante cargo es presentar a la vista los datos que prueban victoriosamente la verdad y exactitud de las aserciones y no dejan efugio ni consienten réplica.

Los antiguos cronistas, al escribir la narración de algún suceso notable, solían esmerarse en detallar particularidades que para los hombres de su tiempo debían de pasar desapercibidas, y que, sin embargo, la historia ha cuidado de aprovechar, echando menos con dolor que circunstancias al parecer pequeñas no fuesen explicadas todavía con mayor detenimiento. De aquí a algunos siglos, las genera-

ciones venideras leerán con asombro y espanto los trastornos, las catástrofes, los crímenes de que ha sido teatro esta capital. Se hallará escrito el incendio de los templos, el degüello de los religiosos, las profanaciones de la casa del Señor, se encontrarán algunos libros impíos donde se ataca lo más santo y augusto que hay en la tierra y en el cielo; entonces se levantará contra la generación presente un grito de reprobación, se dirá que la incredulidad y la indiferencia debían de reinar sin rivales, cuando tan horrendos atentados se perpetraban. Quizás se hallará entre nuestros || acusadores alguna persona amiga de revolver curiosidades antiguas que habrá tropezado en algún polvoriento estante con un fragmento del presente número y, satisfecha con el descubrimiento, inclinará los ánimos a ideas menos tristes, y atenuará los cargos que se nos hagan, diciendo: «Me parece que se exageran un tanto la perversidad de ideas y costumbres de aquella época: yo tengo entre mis papeles un trozo de un escrito que se publicó en Barcelona en 1843, por el cual se ve que, habiendo sido víctima esta ciudad de alguna terrible catástrofe, que yo calculo que sería el bombardeo que sufrió en el reinado de Isabel II durante la regencia que en su menor edad ejerció un general llamado Espartero, que tenía además el título de Duque de la Victoria, se celebraron muchísimas funciones religiosas en las diferentes iglesias; de lo que infiero que no debía de estar tan perdida la fe como se quiere ponderar.» Y los curiosos leerán con gusto la parte que se haya conservado de la relación, y sentirán un pesar al ver que la injuria de los tiempos haya destruído una parte de ella, y que no les sea dable el enterarse de todos los pormenores con la misma minuciosidad con que aquí se hallan consignados. ||

C A T A L U Ñ A*

ARTICULO 1.°

La suerte de Cataluña

SUMARIO.—Crítica situación del Principado. Peligros y esperanzas. La Inglaterra. Sus miras con respecto a Cataluña y España. Las demás provincias de la Península y sus relaciones con Cataluña. La capital de la monarquía. Daños que acarrea el que ésta sea Madrid. Pérfidos amaños de que debe preservarse Cataluña.

Ya es tiempo que Cataluña piense con seriedad y detención en la suerte que le está reservada; ya es tiempo que, conociendo a fondo su verdadera situación material, intelectual, moral y política, excogite los medios a propósi-

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Las fechas en que se publicaron los cuatro artículos de esta serie son las siguientes:

El artículo primero salió a luz en el cuaderno 2.° de *La Sociedad*, fechado el día 15 de marzo de 1843 (vol. I, pág. 60).

El artículo segundo fué publicado en el cuaderno 3.° de *La Sociedad*, fechado el día 1.° de abril de 1843 (vol. I, pág. 112).

El artículo tercero fué publicado en el cuaderno 4.° de *La Sociedad*, fechado el día 15 de abril de 1843 (vol. I, pág. 160).

El artículo cuarto fué publicado en el cuaderno 5.° de *La Sociedad*, fechado el día 1.° de mayo de 1843 (vol. I, pág. 211).

Estos artículos se reimprimieron diversas veces, después de la muerte de Balmes, en las nuevas ediciones de *La Sociedad*. Tomamos como típica la primera edición. Los sumarios son de Balmes, pero él los puso sólo en los índices, y nosotros los ponemos también delante de los artículos. El título general *Cataluña* y la numeración de los artículos en serie son cosas que introducimos nosotros guiados por Balmes, quien antepuso aquel nombre al título del cuarto y último, como queriendo indicar que todos lo habían de llevar, de la misma manera que la serie siguiente lleva el título general *Barcelona*. No tenemos ninguna duda de que así lo habría hecho él mismo si hubiera preparado una segunda edición.

NOTA HISTÓRICA.—Balmes escribió esta serie de estudios sobre Cataluña con el fin de orientarla en sus intereses morales, económicos y políticos. Para su inteligencia conviene tener en cuenta las circunstancias en que fueron escritos.

En lo exterior, Inglaterra, llena de recelos, tenía sus ojos clava-

to para procurarse el bienestar que en lontananza le sonríe y precaverse de los males que en el porvenir la amenazan. La suerte próspera o adversa de los individuos, de las provincias y de las naciones está en las manos mismas de quien ha de disfrutarla o de sufrirla; cuando nos quejamos del infortunio, o nos felicitamos || por nuestra dicha, no hacemos por lo común otra cosa que inculpar o alabar nuestra conducta. Los pueblos, del propio modo que los individuos, son hijos de sus obras.

Nuestra situación es crítica, pero no desesperada; nuestros males son graves, pero no sin remedio; nuestros peligros son muchos, pero no tales que sea imposible precaverlos. Es un error el creer que ni estos males, ni esos peligros, dimanen precisamente de las desgraciadas circunstancias políticas en que la España se encuentra. Estas hacen más difícil, más peligrosa la crisis, pero no la producen; agravan los males, aumentan la inminencia del peligro, pero

---

dos en la industria algodonera catalana, que veía nacer muy pujante, y la combatía con las propagandas del libre cambio entre el pueblo y con su acción corruptora en las esferas políticas. En lo interior regía la nación Espartero, que estuvo siempre supeditado a los intereses de Inglaterra, y estaba dispuesto a aplastar a Cataluña, como lo acababa de probar con el brutal e innecesario bombardeo de Barcelona, tres meses antes de publicarse este artículo, y con la injusta exacción de doce millones por contera.

El pueblo obrero andaba desorientado por una propaganda que no ha tenido semejante sino en nuestros días. Barcelona tenía sociedades de resistencia y ataque, huelgas organizadas e impuestas por la violencia, asesinatos de patronos y trabajadores, incendios de fábricas, complacencias y aun colaboraciones de la autoridad con la anarquía, hasta llegaron a ensayarse unos talleres municipales socialistas veinte años antes que se intentaran los talleres nacionales de París. Y en el fondo del fondo el problema étnico de la constitución de España, con los caracteres de irreductible.

Los elementos directores económicos de Cataluña se habían desorientado también tras los señuelos de los políticos de Madrid. Ese Espartero que ahora los conculcaba había sido aclamado y ensalzado dos años antes como el salvador de la patria. Pocos hombres veían claro, y éstos, como Ferrer y Valls, como Aribau, llamaban a Balmes a que colaborase con ellos. Entonces se formó el criterio económico de Cataluña en las sociedades patronales, que con diversos nombres se fundaron en Barcelona, y también en Madrid, para matar los recelos que nacían erizados y que, por fin, vinieron después a concentrarse en el *Fomento del Trabajo Nacional*.

En estas circunstancias, arrostrar un problema tan complicado, plantearlo con todos sus elementos morales, económicos y políticos, y dar soluciones claras y sinceras, era obra digna no sólo de un genio, sino también de un gran patriota. Es muy glorioso para Balmes, y para Cataluña muy consolador, ver a este ángel de paz asistiendo al nacimiento de los dos más grandes problemas que tenemos planteados: el de la constitución de Cataluña dentro de España, que es el más grave entre los nacionales, y el de la organización del trabajo, que es el más fundamental que hoy tiene planteado la sociedad humana.]

sin ellas existieran más o menos esa crisis, esos males y esos peligros.

El estado excepcional en que se halla Cataluña con respecto a las demás provincias, así en lo tocante a la riqueza pública como en lo relativo a las ideas, costumbres, hábitos e índole de los habitantes; la rivalidad de una nación poderosa y astuta en grado eminente: he aquí las dos fuentes de donde nacen nuestros males, he aquí lo que nos crea esa situación penosa que no nos permite disfrutar el bien que poseemos, ni entregarnos a las esperanzas halagüeñas con que nos brindan mil y mil circunstancias a cual más favorables.

Ese estado excepcional no cesará en desapareciendo || la actual situación política; ni es posible que cese hasta que cambien las condiciones materiales de la sociedad inglesa, hasta que experimente completa mudanza buena parte del resto de las provincias de la monarquía española. Cuando la Inglaterra deje de estar sometida a la fatal alternativa de vender o morir, entonces renunciará a su rivalidad; cuando las demás provincias del reino no encuentren ventajas en surtirse de las manufacturas inglesas, entonces se declararán en nuestro favor y se opondrán con nosotros a los proyectos mercantiles de la Gran Bretaña.

Esta es la verdad, pura, limpia, sin ambages, sin amaños ni lisonjas: persuádase de ella Cataluña, no la pierda nunca de vista; y tendrá no poco adelantado para el conocimiento de su situación actual y de la venidera. Viva segura de que existe una opinión en contra de sus intereses, que tarde o temprano se presentará tal cual es; viva segura, que ahora hay mucha adulación en el interés que por ella se muestra porque se la necesita.

Con un cambio político la Inglaterra perderá mucho de su influencia, y disminuirán las probabilidades de que se nos sacrifique a sus exigencias con un golpe de mano; esto lo conoce Cataluña, esto lo palpa todo el mundo; pero no se crea tampoco que en semejante circunstancia la || política inglesa se retire de la arena; no se crea, ni que abandone sus proyectos, ni que deje de trabajar con ahinco, con perseverancia en la realización de sus planes. Mal conoce la historia europea quien con tales esperanzas se deslumbre; mal comprende la verdadera situación de las cosas quien se halague con tan hermoso sueño. El poder de la Gran Bretaña es inmenso, su astucia proverbial, su constancia es un modelo, sus adelantos industriales, las ventajas de su posición, indisputables, sus necesidades apremiadoras, y este conjunto basta y sobra para que del logro de sus planes no desista haciendo si es necesario esfuerzos hercúleos.

Fijos en España sus ojos, contempla un país de catorce

millones de habitantes que en su mayor número no conocen la industria, y por lo mismo le salta a la vista que hay en la Península un inmenso mercado donde puede desahogar algún tanto sus repletos almacenes. Dominante en Portugal y señora de Gibraltar, tiene dos excelentes puntos de apoyo para el sostenimiento de su poder y realización de sus miras; resuelta de un modo favorable la cuestión mercantil, se hermanan admirablemente sus intereses materiales y su ambición política: insensiblemente se convertirá la Península entera en abyecta colonia, y los Pirineos, abatidos por la política de Luis XIV, || se levantarán más altos todavía que en tiempo de Carlos V y de Francisco I.

A vueltas de este porvenir tan halagüeño, divisa como muy posible otro que le infunde los recelos más vivos, que turba su sueño, que alarma su ambición y asusta su codicia.

Hay en el oriente de España una provincia célebre por su gloriosa historia, temible por el valor, la intrepidez y la constancia de sus hijos, nombrada en todas épocas por la infatigable laboriosidad de sus habitantes. En brevísimo tiempo se han levantado como por encanto en su populosa capital cien y cien establecimientos fabriles, se han puesto en circulación cuantiosos capitales, el resto del Principado participa del movimiento; y en el mediodía de Europa se ha presentado el singular fenómeno, tanto más notable cuanto más aislado, de una provincia industriosa y floreciente semejante a las que admira el viajero en los países del Norte. Con la protección del sistema prohibitivo ha podido extenderse a los mercados de la costa y del interior de la Península; y la industria inglesa, que se ha encontrado con un rival que comenzaba a hacerse respetar, ha conocido desde luego la necesidad de abatirle. Si en vida le dejara, si permitiese su prosperidad o solamente su conservación hasta la época en que la || España sometida a un gobierno entrará de lleno en el camino de una administración sabia y protectora, el fenómeno ahora aislado podría tomar mayores dimensiones: la industria es de suyo propagandista; y los reinos de Aragón, de Valencia, de Murcia, de Andalucía, podrían participar del peligroso contagio. Andando el tiempo pudiera la propaganda industrial extenderse hasta el territorio lusitano, y la moderna Cartago encontrarse cual la antigua Roma en presencia de nuevos Viriatos. La nación que a este punto podría llegar posee todavía las preciosas Antillas, inestimable resto de una diadema hecha pedazos; excelente punto desde donde sería fácil abrir una vasta comunicación comercial con el continente americano, que para mayor infortunio de la Inglaterra habla en su mayor parte la misma lengua y profesa la misma religión de los españoles. Sobre

la costa de Africa se conservan todavía algunas islas que la Gran Bretaña conoce lo que podrán ser con el tiempo, porque sabe lo que fueran ahora si en sus manos estuviesen; y, por fin, hasta allá en la extremidad del globo, a la vista de las posesiones de la India, de los establecimientos de la Nueva Holanda y de las recientes conquistas de la China, está mirando un precioso grupo de islas que siglos hace esperan que el gobierno español || las dé impulso y fomento para convertirse en uno de los más brillantes florones de la corona de Castilla.

He aquí lo que está viendo la Inglaterra, lo que no olvida, lo que no olvidará nunca, sean cuales fueren los acontecimientos, y por más desfavorables alternativas que esté condenada a sufrir en su influencia política sobre los negocios de España. Ha ensayado el aliarse con la revolución, hasta ahora no ha conseguido completamente su objeto; prosigue con perseverancia su plan comenzado, y quiere llegar hasta la última extremidad para ver si en un momento de crisis se le brinda una coyuntura. Pero estad seguros que si un día llegase a convencerse de que ha errado el camino, si se persuadiera de que tal vez aquí como en Portugal podría convenirle una política conservadora, cambiaría de rumbo con la mayor serenidad, predicaría con entusiasmo en favor de los intereses, del lustre, de la dignidad de la monarquía; y, una vez hecha esa modificación en su política, se anotaría como condición necesaria en todas las carteras ministeriales, y no bastarían a cambiarla todas las vicisitudes y mudanzas que podrían sobrevenir en la prepotencia respectiva de los partidos que se disputan el mando. De la propia suerte que Peel y Wellington no se han avergonzado || de seguir con respecto a nosotros la política revolucionaria de lord Palmerston, no se desdeñaría tampoco lord Palmerston de acomodarse a la política conservadora de lord Wellington y de Peel.

Queda, pues, en claro que Cataluña, si se empeña en proseguir en su noble tarea de adelantar en el camino de su prosperidad, ha de contar indispensablemente con un poderoso rival, sin que pueda mecerse en engañosas esperanzas de que un cambio político sea una suficiente garantía con que deba creerse segura contra tan temible adversario.

Por lo que toca al interés de otras provincias que propenden más o menos al sistema de libertad comercial, y que por lo mismo favorecen los designios de la Inglaterra, tampoco es inconveniente que sea dable remover con facilidad; con él luchará la generación actual y probablemente la venidera.

No se crean fácilmente los hábitos de trabajo que en Cataluña poseemos, no se improvisa una actividad como la que

distingue al Principado. El catalán avezado a continuas faenas, acostumbrado a ser esclavo de las tareas de su oficio desde el rayar del alba hasta horas después de entrada la noche, no concibe cómo puede vivirse de otro modo; no acierta a explicarse qué género de vida || es esa en que un hombre no tiene quizás de qué alimentarse ni vestirse, y sin embargo no piensa en mover sus brazos, capaces de producir todo cuanto necesita para ganar su subsistencia. Para el catalán pobre, pan es sinónimo de trabajo; y la miseria es sinónima de falta de trabajo. Cuando su apurada situación le fuerza a pediros limosna, si es viejo o está enfermo, os indica la causa que le impide el procurarse el sustento; si es joven y goza de salud, se excusa con la falta del trabajo.

Pero esa manera de vivir que los catalanes no comprenden siquiera, la encuentran muy natural y muy agradable los que la disfrutan; decídselo a uno de esos hombres que, envueltos en su manta y con su pañuelo en la cabeza, pasan las horas en la ociosidad, decídselo que hay jóvenes, viejos, niños, mujeres, que no descansan durante el día sino algunos instantes para comer, y que, sin embargo, miran como la mayor de sus calamidades el anuncio de que el trabajo escasea; tampoco os comprenderán, tampoco trocarán su suerte con esa otra que fuera para ellos un pesado castigo.

Además, es necesario no hacerse ilusiones: estamos ya tan acostumbrados a ponderar el suelo de España cual si fuera un paraíso, que nos imaginamos posible que con un buen gobierno brotasen || como por ensalmo en todos los puntos la agricultura, la industria y el comercio. Esto es un error: esas obras requieren largos años, y dilatadas comarcas existen en España donde se necesitan siglos.

La administración más activa, más atinada, que más impulse y fomente el desarrollo de la riqueza pública, ¿qué podrá hacer, sino con muchísimo tiempo, en aquellos países donde faltan dos elementos tan indispensables no sólo para el bienestar, sino hasta para la subsistencia, como son el agua y el fuego? El agua se atrae con los arbolados, y éstos se fomentan con el agua, es cierto; pero donde faltan el uno y el otro, ¿qué remedio queda sino el trabajo y la constancia de los años que todo lo superan? Para acometer ciertas empresas es necesario contar con una población numerosa y activa; donde ésta falta, ¿cómo se suple? Es indispensable el transcurso de muchos años, es indispensable dirigir cual conviene la educación de los pueblos, porque es indispensable en muchos lugares comenzar en cierto modo la conquista de la naturaleza misma.

La afluencia de los capitales a los puntos en que ha de desplegarse la acción es otra de las condiciones imprescindibles para llevar a cima las grandes empresas. Esos capitales

no acuden tampoco fácilmente; || son desconfiados, suspicaces, y se dirigen de mejor grado allí donde la experiencia demuestra que se emplean con provecho. La dificultad está en los primeros pasos; dados éstos, se aumenta la velocidad en proporción del adelanto, las fuerzas productivas se multiplican de una manera asombrosa.

Cabalmente tenemos en España un inconveniente gravísimo que influye más de lo que se cree en paralizar nuestro desarrollo y en hacer inútiles los mejores deseos. La vida de España está en las extremidades; el centro está exánime, flaco, frío, poco menos que muerto. Cataluña, las Provincias Vascongadas, Galicia, varios puntos del mediodía, os ofrecen un movimiento, una animación de que no participa el corazón de España. Londres es digna capital de la Gran Bretaña, París de Francia; en la actividad, en la vida de que rebosan aquellas ciudades veis las indispensables condiciones de la cabeza de un gran cuerpo. En Madrid y en todos sus alrededores a larguísima distancia, nada encontraréis de semejante. Ni agricultura, ni industria, ni comercio; a la primera ojeada conoceréis que allí hay una Corte, que allí se han amontonado inmensidad de empleados, con sus oficinas, su orgullo tradicional, su olvido del país que gobiernan; os convenceréis de que es una conquista || sobre el desierto, como ha dicho un escritor ingenioso, pero que esa conquista, muy propia para lisonjear la vanidad, de nada sirve para fomentar la riqueza; os persuadiréis de que aquél es un centro sin vida, incapaz de dar impulso y dirección al movimiento de un gran pueblo; y de que, a pesar de todas las teorías, de todos los proyectos, es muy probable que si esperamos de allá la vivificación y fomento tengamos que contentarnos con amontonar y archivar volúmenes de decretos, órdenes, instrucciones, circulares. «Lo que es papel, el gobierno nos envía mucho», decía con admirable buen sentido un sencillo aldeano.

Las necesidades de un objeto se aprecian mal por necesidad en un país donde no existen; quien resuelve las cuestiones sin tener a la vista los hechos, sólo con la ayuda de expedientes, de cuyo contenido no se ven de cerca ejemplos semejantes, andará siempre a tientas, siéndole el acierto en extremo difícil. Véase lo que a todas las naciones del mundo les sucede en el gobierno de sus colonias, y háganse las convenientes aplicaciones en la proporción debida.

Las consideraciones que acabamos de exponer, todas fundadas en hechos de una evidencia incontestable, indican a Cataluña el camino que ha || de seguir para conservar lo que posee y adquirir lo que le falta.

Sin soñar en absurdos proyectos de independencia, injustos en sí mismos, irrealizables por la situación europea,

insubsistentes por la propia razón e infructuosos además y dañosos en sus resultados; sin ocuparse en fomentar un provincialismo ciego que se olvide de que el Principado está unido al resto de la monarquía; sin perder de vista que los catalanes son también españoles, y que de la prosperidad o de las desgracias nacionales les ha de caber por necesidad muy notable parte; sin entregarse a vanas ilusiones de que sea posible quebrantar esa unidad nacional comenzada en el reinado de los Reyes Católicos, continuada por Carlos V y su dinastía, llevada a cabo por la importación de la política centralizadora de Luis XIV con el advenimiento al trono de la Casa de Borbón, afirmada por el inmortal levantamiento de 1808 y la guerra de la Independencia, desenvuelta por el espíritu de la época y sancionada con los principios y sistemas de las legislaciones y costumbres de las demás naciones de Europa; sin extraviarse Cataluña por ninguno de esos peligrosos caminos por los cuales sería muy posible que se procurase perderla en alguna de las complicadas crisis que según todas las apariencias estamos || condenados a sufrir, puede alimentar y fomentar cierto provincialismo legítimo, prudente, juicioso, conciliable con los grandes intereses de la nación y a propósito para salvarla de los peligros que la amenazan, de la misma manera que la familia cuida de los intereses propios sin faltar a las leyes y sin perjudicar, antes favoreciendo, el bien del Estado. En otro número expondremos nuestras opiniones sobre este particular; bástanos por hoy el haber descrito la situación de Cataluña, a lo que nos parece, con el lenguaje de la verdad. ||

ARTICULO 2.°

Medios que debe emplear Cataluña para evitar su desgracia y acrecentar su prosperidad

SUMARIO.—*Medios materiales.* Observaciones sobre la buena inversión de los capitales. Observaciones sobre la enseñanza de las ciencias mecánicas y químicas. Sistema de Inglaterra en la instrucción de los operarios. La agricultura catalana. Canales de riego. Espíritu industrial y mercantil del Principado. Estado de sus comunicaciones interiores. Necesidad de perfeccionar las manufacturas. La cuestión de los algodones ingleses es independiente de la política.—*Medios políticos.* Prudente conducta que debe observar Cataluña. Cuánto debe guardarse de constituirse ciego instrumento de ningún partido. De qué manera se salvan los individuos y los pueblos.

Dijimos en el número anterior que no carecía el Principado de Cataluña de medios para precaverse contra los

peligros que amenazan su industria a causa de la rivalidad inglesa y de la oposición de intereses que tiene, hasta cierto punto, con algunas de las otras provincias. Vamos ahora a indicar cuáles son en nuestro concepto esos medios, deseando que las indicaciones que emitamos || sean desenvueltas por hombres que con mayor caudal de conocimientos y de noticias puedan de ellas hacer las debidas aplicaciones.

Para mayor claridad esos medios los dividiremos en tres clases: materiales, morales y políticos.

Medios materiales

Por de pronto parécenos que la prudencia aconseja que no se aboquen de tal suerte los capitales a la industria principalmente amenazada, que es la algodonera, que faltas de ellos las demás, o se debiliten en demasía o no tomen el desarrollo de que son susceptibles. Así se lograrán dos objetos: Primero, el movimiento simultáneo y, por decirlo así, paralelo de todos los ramos industriales. Esto podrá ser ventajoso a la industria en general, la que estando desenvuelta en muy diferentes sentidos se hallará en contacto con mayor número de necesidades, y se abrirán naturalmente nuevos y más amplios mercados, siendo más fácil el cerrar la puerta a la importación de los géneros extranjeros. Segundo, si un tratado de comercio o una reforma de aranceles modificase de tal manera el sistema prohibitivo que la industria algodonera sufriese considerable quebranto, no siendo este ramo más que uno de tantos como florecieran en || el país, no sería el golpe tan ruinoso para el Principado; la novedad no produciría un desnivel tan sensible; y afectadas por el daño menos familias, así de fabricantes como de operarios, fuera más fácil atenuar las malas consecuencias y resarcir los perjuicios.

Bajo este aspecto debiera Cataluña portarse con la precaución de un capitalista avisado que no suele aventurar toda su fortuna en un solo negocio por más lucrativo que se le presente; mucho menos si tiene fundados motivos para recelar que un golpe repentino no desbarate en un momento las mejores combinaciones.

Además, tal vez debiera procurarse con algún mayor cuidado que la industria no fuera en Cataluña una mera importación del extranjero, y que echase raíces profundas con el competente adelanto de los conocimientos relativos a dicho ramo. ¿La enseñanza de las ciencias mecánicas y químicas está montada cual conviene para la propagación de las luces necesarias al progreso de las artes que de ellas dependen? Mucho lo dudamos, y, admirando como el que

más la destreza y laboriosidad de nuestros paisanos, no podemos olvidar lo que ellos mismos están diciendo a cada paso, cuando se lamentan de que los extranjeros los aventajan en muchos puntos. La gente sencilla está hablando || continuamente de *secretos;* pero los hombres que conocen la situación de Europa saben que en el sistema de publicidad reinante en todas partes hay pocos de esos secretos que no puedan descubrirse, ora sea por medio de libros, ora por los viajes, observando e inquiriendo con la debida actividad, y comunicando en seguida el resultado con sinceridad y buena fe.

Los operarios de la Gran Bretaña se distinguen por su habilidad, pero no se crea que esto dependa de la particular disposición de aquellos naturales, sino que contribuye mucho a ello la buena enseñanza con que se los prepara. A ejemplo del establecimiento para la instrucción de los operarios fundado en Glascow por el doctor Burbek, se han planteado otros en Londres, Edimburgo, Manchester, Birmingham, Newcastle, Liverpool, Lancaster y otros puntos: en ellos aprenden los artesanos los principios de Geometría, de Mecánica, de Física, de Química, que luego les sirven en extremo para adelantar y perfeccionarse en sus respectivas profesiones. ¿Por qué no se procura con más ahinco que estos ejemplos sean imitados entre nosotros? ¿Por qué no se trabaja con más asiduidad en que las operaciones delicadas, cuyo acierto y perfección dependen de los conocimientos químicos, no necesiten para su dirección operarios || extranjeros? ¿Por qué no se proporcionan a un crecido número de individuos, de una manera fácil y acomodada, las luces necesarias para que las construcciones que demandan conocimientos geométricos y mecánicos no queden abandonadas al talento natural, que es, como si dijéramos, a la casualidad? Reflexionen sobre estas indicaciones los hombres que conocen la verdadera situación y las necesidades de Cataluña; y vean si no habría en este punto importantes reformas que emprender y notables mejoras que intentar.

No olvidemos que la industria no puede decirse que esté hondamente arraigada en un país hasta que los conocimientos de sus habitantes se hallan en el conveniente nivel. No basta que se traigan máquinas, que se planteen establecimientos; es necesario cuidar al mismo tiempo de que se vayan formando operarios aptos, directores capaces, para que dentro breves años no nos veamos ya precisados a recibir de los extranjeros esa clase de auxilios. Estos deseos no son arranques de orgullo nacional, son la verdadera expresión de las necesidades de la industria.

Tampoco creemos, a pesar del buen estado en que se

encuentra la agricultura catalana, que se halle saturada de capitales hasta el punto de no poder invertirse en ella crecidas sumas con señalado || provecho. La mayor parte de las aguas que bañan nuestro Principado descienden de las montañas y corren hasta el mar por el cauce que les trazara la naturaleza. ¿Quién no ve con cuánto beneficio podrían emplearse capitales cuantiosos en la construcción de canales de riego que trocasen en hermosas y feraces vegas campos ahora estériles y agostados? Las solas llanuras de Urgel colocadas a breve distancia de poblaciones en extremo florecientes y ricas, donde abundan los capitales y se dirigen a empresas llenas de peligros, son una evidente prueba de que las cosas no han seguido su curso natural, y que nos hemos entregado con excesivo ardor al exclusivo fomento de un ramo sin curarnos cual conviene de otros que, a más de ser productivos, estuvieran a cubierto de los tratados comerciales y de las revisiones del arancel.

Hemos recordado el canal de Urgel ciñéndonos únicamente al de riego, no porque sea lo único que hacerse pudiera en este género, sino por su extremada importancia, tan generalmente reconocida como constantemente descuidada. Así, por ejemplo, ¿cómo es que el antiguo proyecto de conducir las aguas del Ter por el centro de la llanura de Vich de manera que, fecundando aquella hermosa comarca, ofreciese oportunidad de construir establecimientos || fabriles cerca las murallas de la ciudad cabeza del partido, se ha quedado tan sólo en proyecto, como casi todas las cosas de España? Las demás provincias pueden señalar por excusa de descuidos semejantes la falta de capitales, la natural indolencia de los habitantes del país, quienes no se aprovecharían de los mismos beneficios que se les pondrían en las manos, y otras razones por el mismo tenor más o menos sólidas y especiosas; pero en Cataluña no existen por fortuna estas circunstancias desgraciadas; sólo puede atribuirse al proverbial desgobierno de España y a cierto aislamiento mal entendido que se opone a la formación de las grandes asociaciones indispensables para esa clase de empresas.

Se ha importado entre nosotros el espíritu industrial y mercantil, pero no ha prendido como era de esperar el espíritu de asociación; antes al contrario, se nota que, exceptuando la existencia de las corporaciones creadas por la ley, no se ha tenido la idea de formar ni siquiera aquellas asociaciones que hubieran podido servir de dique a las codiciosas exigencias de la Inglaterra. Se han dirigido representaciones al gobierno, ricas de noticias que aclaraban la situación industrial de Cataluña y fortalecidas con razones que desconcertaron a los enemigos del sistema prohibitivo,

esto || es verdad; pero nosotros añadiremos que si una provincia de Inglaterra se hubiese hallado en situación semejante a la que aflige a Cataluña, si tan grandes intereses y la subsistencia de tantos millares de familias se hubiesen hallado amenazados por un tratado con una potencia extranjera, no sólo se hubiera practicado lo que aquí, sino que por los medios legales se hubiera formado una asociación colosal; y al más ligero rumor de que se trataba de proponer el bill de abolición del sistema restrictivo, se habrían hallado el gobierno y el parlamento con una petición apoyada por doscientas mil firmas.

El estado de las comunicaciones de lo interior del Principado dista mucho de ser satisfactorio, lo que produce retardo en el movimiento, recargo en los transportes y, por consiguiente, una mayor dificultad de que se aprovechen en ciertos lugares la baratura del jornal de los operarios, el menor precio del terreno y de la construcción de los establecimientos, los saltos de agua y otras ventajas semejantes. De seguro que se nos dirá que estas empresas relativas a facilitar la comunicación son en buena parte de la incumbencia del gobierno superior, y que, al proponerse una provincia llevarlas a cabo, tropieza con un sinnúmero de inconvenientes y embarazos que acaban por desalentar y || fastidiar a cuantos en ellas se comprometen. Pero a esto se puede replicar que hace ya mucho tiempo que está acostumbrada Cataluña a hacer grandes cosas por sí misma, marchando por el camino de la prosperidad, aumentando y desarrollando su riqueza, sin que le sirva de mucho la dirección del gobierno: lo propio pudiera hacerse en el caso dado; y si saliesen al encuentro graves dificultades, para las empresas arduas es la constancia.

La mayor perfección de los artefactos, sobre todo en el ramo de la industria amenazada, debe procurarse en Cataluña con especial ahinco; pues que median en ello no sólo los motivos generales que naturalmente impulsan hacia dicha perfección, sino la precaución prudente aconsejada por las circunstancias. En efecto, es regular que si podemos evitar un golpe de mano, que por más que se diga no le será tan fácil al actual gobierno el descargarlo, se respetarán por algún tiempo los intereses de Cataluña y se le dará el necesario plazo para prepararse a la competencia con las mercancías inglesas. Ora sea que ese plazo se conceda y señale expresamente, ora sea que la fluctuación de las negociaciones entabladas y por entablar lo vaya por sí misma otorgando, fuera muy del caso que los interesados en el asunto dieran por supuesto que ha comenzado ya, y se aplicasen || a introducir en la fabricación todas las mejoras de que sea susceptible. Los ingleses se han esforzado en persuadir en

España y en el extranjero que su causa era la de una nación entera contra el monopolio de un reducido número de fabricantes; y es menester, es indispensable, que éstos respondan con la evidencia de los resultados, demostrando en tiempo tan breve como posible fuere que el beneficio reportado del sistema protector lo han recompensado con usura a la nación; no tan sólo ofreciéndole un modelo con el que se amaestrasen las demás provincias, sino también surtiéndolas de lo necesario con abundancia, belleza y baratura.

Lo hemos dicho y lo repetimos: la cuestión de los algodones ingleses se reproducirá bajo mil formas si es menester, y atormentará sin cesar la industria catalana hasta que ésta pueda competir con su rival o desaparezca. Vano es hacerse ilusiones en sentido opuesto; el tiempo se encargaría de desvanecerlas, y la imprevisión y el descuido sufrirían duro castigo. Así, aun cuando se ofrecieran las circunstancias más satisfactorias y en que se alcanzasen las mayores seguridades, conviene no dormir tranquilo; es necesario, urgente, el prevenirse para nuevas complicaciones que de un modo u otro no dejarán de presentarse. Que prevalezcan los progresistas o los moderados, que || triunfe el absolutismo o la república, la Inglaterra no abandonará su puesto; allí estará con su refinada diplomacia, con su astucia proverbial, con su oro seductor, con su paciencia incansable, y sobre todo con su excesiva abundancia de artefactos y, por tanto, con su imperiosa necesidad de vender.

Otra ilusión no menos dañosa fuera el imaginar que las provincias, ahora inclinadas a un tratado de comercio, se desviarán fácilmente de su propósito. Dos motivos las estimulan: la oportunidad de comprar más barato y la esperanza de dar mejor salida a sus frutos. Lo que a esto objetan los catalanes es ciertamente muy sólido; se funda en la necesidad de los sacrificios recíprocos, en lo funesto que sería para la prosperidad de la nación el destruir su naciente industria y otras razones semejantes; pero todo esto tiene el inconveniente de no ser tan fácil de comprender como la diferencia que vaya en precio y calidad de una vara de tejido catalán a otra de tejido inglés. En esto se debe fijar la atención, no apartarla nunca de aquí; combatir hechos con hechos: esta es la mejor lógica.

Medios políticos

En la exasperación a que han llegado en España los partidos políticos, una de las miras que no || debe perder de vista el Principado es el no constituirse ciego instrumento de ninguno de ellos. La fuerza de una causa, si ha de ser

real y verdadera, si ha de extenderse a más que a circunstancias de momento, debe radicarse en su justicia intrínseca y apoyarse para la propia defensa en los intereses que con ella están ligados. Cuando se la defiende sólo como un medio de oposición empleado contra el que o la ataca en realidad o se presume que intenta atacarla, adolece la defensa de un inconveniente gravísimo, cual es el no estar hecha de buena fe, y, por lo mismo, el emplear contra el adversario todo linaje de armas. De esta manera se mezclan las lícitas con las vedadas; y el poco o mucho efecto que estas últimas pueden producir se compra bien caro con lo que aquéllas pierden de su temple. Pasadas las circunstancias de momento la causa que indiscretamente se entregara en manos del primero que se presentara a defenderla se halla de repente abandonada por muchos de los que más valerosamente pelearon en pro de la misma; y quizás ellos son los primeros en declarar que los motivos de su anterior conducta no eran otros que la necesidad y conveniencia de echar mano de todo cuanto era a propósito para abrumar y aterrar al común enemigo. Las razones que, expuestas y sostenidas || en el terreno legítimo, jamás perdieran de su fuerza y ascendiente, se hallan desvirtuadas con el recuerdo de la indigna compañía con que en otro tiempo se ofrecieran al público; y quizás se llegue a decir que también se emplea entonces con mala fe y como simple arma de oposición lo que en otro tiempo manejaran otras manos de la misma manera y con idéntico objeto.

Sin que reprobemos el que se procure sacar partido de las oportunidades que vayan ofreciendo las vicisitudes políticas, opinamos que no es la causa de Cataluña de tal naturaleza que haya menester identificarse con determinada bandería política; y aun añadiremos que semejante conducta sería imprudente en extremo, a causa de exponerse con ella la industria catalana a los repentinos azares de pujanza y decadencia a que aquéllas se hallan y se hallarán expuestas por largo tiempo.

Tanto dista de convenir a los intereses de Cataluña el aislarlos en ningún sentido, que antes bien es de la mayor importancia quitarles o disminuirles al menos ese carácter de provincialismo que llevan en la actualidad: es necesario nacionalizarlos, por decirlo así, manifestando a las demás provincias que lo que existe no es un monopolio, sino un sistema de compensaciones recíprocas; y que cediendo a las exigencias de la Inglaterra venderían || por una comodidad y alivio pasajeros la independencia de la Península y el porvenir de su prosperidad y grandeza. Es necesario demostrarles que bajo la solapada pretensión de un simple tratado de comercio o de una modificación de los aranceles

está oculta la resolución de un inmenso problema, a saber: si la España, a semejanza de Portugal, se ha de convertir en humilde colonia de la orgullosa reina de los mares; si nuestros negocios se han de decidir en el consejo de nuestros reyes o en el gabinete de San-James; si ese Gibraltar que nos está insultando con sus murallas y las escuadras de su puerto ha de ser mirado como otra nueva capital, residencia de altivos señores, dispuestos a forzarnos a la ejecución de su soberana voluntad con sus cañones y bayonetas.

Ahora, merced a los desastrosos acontecimientos que han pesado sobre esta infortunada ciudad, se ha despertado el orgullo nacional en el resto de la Península; y se ha declarado en nuestro favor expresándose de una manera que alienta las esperanzas del país y honra singularmente el hidalgo corazón de los que sacrifican sus propios intereses en las aras del pundonor nacional y de la independencia de la patria. Pero estas circunstancias irán desapareciendo como sucede ya en la actualidad; y, pasado el calor del momento, las cosas volverán || a su curso regular obedeciendo al impulso de sus motores naturales.

No intentamos mostrar a Cataluña el partido político a que le conviene inclinarse, ni pretendemos indicarle que deba mantenerse ajena a todos ellos; esto fuera poco menos que imposible, y la dañaría en vez de favorecerla. Sólo hemos dicho que le importa no constituirse *ciego instrumento* de ninguno; significándole con esta expresión el peligro que corre de ser explotada en diferentes sentidos y de servir sin provecho propio a la ambición de nacionales y extranjeros. Cuando en momentos críticos y de exasperación oiga hablar de independencia, convénzase desde luego que se trata de engañarla con esperanzas imposibles de realizar; cuando se le insinúe la conveniencia de levantar otro pabellón como hiciera allá en los disturbios de 1640, no dude que se la seduce astutamente para hacerle cometer un acto de rebeldía que mancillara su honor y que pagarían con desprecio y desdén los dueños de la enseña enarbolada; cuando se le diga que es posible resucitar sus antiguos fueros, convocar sus Cortes y obligar a los monarcas de Castilla a que hagan pronunciar la antigua fórmula: *Plau al senyor Rei*, crea firmemente que se la brinda con ilusiones incompatibles con el espíritu del siglo y con nuestras || propias costumbres; y, por fin, cuando se intente persuadirla que el mejor modo de alcanzar justicia es la insurrección y la violencia, rechace con indignación las pérfidas sugestiones que quizás inducen al crimen para gozarse en el feroz placer de verle castigado con fuego y sangre.

A los pueblos, como a los individuos, no los salvan los

furiosos arrebatos de cólera, con que ciegos de venganza se arrojan a la violencia y al crimen, sino la firmeza en sostener con el correspondiente decoro los intereses de su causa, y aquella inalterable constancia nacida de la profunda convicción de que la razón les asiste y de que tarde o temprano llegará el día de la justicia. O'Connell ha levantado la Irlanda de la abyección en que yacía sumida, la ha colocado en imponente actitud, haciendo temblar todos los gobiernos de la Gran Bretaña; y uno de los primeros pasos de su grande obra fué el reprimir las violencias particulares, el evitar los estériles alzamientos y el presentar la causa nacional con los colores de que era digna. Bastan por hoy estas indicaciones: otro día continuaremos nuestra tarea explicando los medios morales que en nuestro concepto debe emplear Cataluña para precaver su desgracia y acrecentar su prosperidad. ||

ARTICULO 3.º

Medios morales que debe emplear Cataluña para evitar su desgracia y promover su felicidad

SUMARIO.—En qué consiste la civilización. *Inteligencia, moralidad y bienestar.* Aplicación al individuo y a la sociedad. Cataluña no debe contentarse con producir. Debe escarmentar en cabeza ajena. Estado excepcional del Principado. Excesiva importancia que se ha dado a la política. Es necesario atender a la cuestión social. Deber e interés de la clase rica de Cataluña y particularmente de la de Barcelona. La conducta que ha de observar con respecto a las clases pobres.

Explicando en otro lugar la verdadera inteligencia de la palabra *civilización,* y señalando un tipo al que debiera encaminarse la sociedad para perfeccionarse más y más cada día, dijimos que esta perfección consiste: *en la mayor inteligencia posible para el mayor número posible; en la mayor moralidad posible para el mayor número posible; en el mayor bienestar posible para el mayor número posible.* La sociedad que descuida uno cualquiera || de estos extremos falta a su instituto y labra su propia ruina. La inteligencia no está reñida con la moralidad, y ambas pueden enlazarse con el bienestar; en desapareciendo uno de ellos la sociedad está enferma, y para más o menos tarde su sosiego está en peligro.

Sin la inteligencia falta la luz y, por consiguiente, el

acierto en la dirección; sin moralidad falta la ley, es decir, la regla; sin el bienestar hay descontento, desazón, inquietud, gérmenes de injusticia, violencias y trastornos.

Recorriendo la historia a la luz de estos principios echaríase de ver que no pocos de los males que han afligido la humanidad han tenido su origen en el descuido del simultáneo fomento de uno de estos bienes, y de que se promovía el uno sin dar al otro el conveniente impulso. No es menester un profundo conocimiento de las ciencias sociales y políticas para convencerse de la verdad y exactitud de estas observaciones, basta el simple sentido común y una mediana atención a lo que nos está enseñando la experiencia. Tomad un individuo cualquiera, y suponed que en él se haya desarrollado mucho la inteligencia, sin que al propio tiempo se haya arreglado y fortalecido su espíritu con las creencias religiosas y las máximas morales; ¿qué sucederá? Es muy obvio: cuanto || mayor sea su inteligencia mayores serán los recursos que sabrá excogitar para satisfacer sus pasiones; y, por consiguiente, a igualdad de circunstancias, será más perverso que otro que no posea en tanto grado la inteligencia. Imaginaos ahora un individuo en quien la moralidad se halle muy arraigada, pero que esté falto de las luces necesarias para el desempeño de las funciones de su profesión o estado: este individuo podrá ser tan apreciable, tan respetable como se quiera, por las buenas calidades de su corazón; pero adolecerá del inconveniente de no servir para el objeto a que está destinado: no obrará mal, pero tampoco producirá bien, a no ser en la esfera de su persona, y con relación a aquellos actos para los cuales bastan la rectitud de intención y los buenos deseos. Dad a un individuo la inteligencia o la moralidad, pero de manera que le falte el bienestar y que se halle acosado por imperiosas necesidades; si posee la inteligencia sola, estad seguros que echará mano de cualquier medio para procurarse lo que necesita; y si tiene la dicha de hallar un freno en la moralidad, no dejará por esto de sentirse vivamente tentado de desviarse de sus reglas, y corre no poco peligro de sucumbir tarde o temprano. Si, al contrario, suponéis en un hombre el bienestar, faltándole, empero, la inteligencia y la moralidad, || entonces veréis la brutal estupidez que se entrega sin tasa a todo linaje de placeres, que no levanta su vista más alto de lo que le señalan sus goces, y que considera limitado el mundo entero al estrecho ámbito en que se revuelve su miserable egoísmo. Aun cuando el bienestar se considere unido con la inteligencia, es un germen de vicios y de maldades si está separado de la moralidad. Disfraces astutos cubren entonces la corrupción más asquerosa; pero el mal nada pierde de su repugnante

realidad, por más que se le apellide con hermosos nombres y se le oculte con velos brillantes.

Fácil es inferir que los resultados que dan para un individuo las combinaciones arriba indicadas deben producirlos igualmente con respecto a la sociedad, y que, una vez conocida la dirección que a ésta se comunica en uno y otro sentido, puédese conjeturar el término a que será conducida.

Aplicando estos principios a Cataluña, claro es que no debe satisfacerse con el empleo de los medios materiales, ni limitarse a una prudente conducta en el orden político, pues que ni uno ni otro de ambos extremos llenan las condiciones requeridas para la perfección de su estado social. El fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, si bien no dejará de contribuir al desarrollo || intelectual de los moradores del Principado, considerándole, empero, aisladamente, quedará circunscrito a determinada esfera, servirá a lo más para aumentar algún tanto el bienestar material; mas no conducirá por sí solo a la mejora de las costumbres, ni a extender y afirmar la moralidad entre los pueblos. El mismo adelanto creará nuevas necesidades, ofrecerá complicaciones difíciles, presentará problemas de escabrosa resolución relativos a la organización del trabajo y a la justa y equitativa distribución de sus productos, sin que por esto suministre por sí solo ninguna precaución contra los peligros, ni remedio o alivio en los males que de él se habrán originado.

Conviene, pues, sobremanera no limitar la vista al orden puramente material, es preciso extender más allá la mirada y ver si, mientras es tiempo, nos sería dable preservarnos de las calamidades que por semejantes causas están sufriendo otras naciones. La experiencia que nos ofrece la Europa en aquellos países donde más se han desarrollado los intereses materiales puede servirnos de mucho, recibiendo escarmiento en cabeza ajena.

Generalmente hablando, puede decirse que las sociedades modernas se ocupan con demasiado ahinco del desarrollo de la inteligencia y del bienestar || material, sin atender cual conviene al fomento de la moralidad. Y aun no es exacto el decir que se afanan por adquirir ese bienestar, entendiéndolo con relación al mayor número; pues si bien se observa, lo que procuran es *producir*, y miran como objeto secundario la saludable y equitativa distribución de los productos. No desconocemos los muchos trabajos que han visto la luz pública en estos últimos tiempos para remediar un mal de tanta gravedad y trascendencia; pero es preciso confesar que el movimiento está por ahora limitado en demasía a la región de las ideas, que no ha descendido bas-

tante a la práctica, y que las sociedades, obedeciendo al funesto impulso que se les ha comunicado, prosiguen en su peligrosa carrera.

La Inglaterra y también la Francia nos dicen lo que será de nosotros si, continuando empeñados en promover exclusivamente la industria y el comercio, nos olvidamos de comunicar al pueblo una ilustración sana, fundada en principios religiosos y morales; si no atendemos como es menester a la preparación de combinaciones justas y oportunas, que sin atacar la propiedad, sin herir ningún derecho, sin menoscabar intereses legítimos, no permitan que la clase pobre se sumerja en aquel estado de abatimiento, postración y miseria en que || la contemplamos sumida en las naciones que se jactan de marchar a la cabeza de la civilización, y particularmente en aquella que se aventaja a las demás en adelantos industriales.

Aun prescindiendo de los inconvenientes y peligros que semejante situación acarrea, es doloroso por cierto que los adelantos y prosperidad de la industria hayan de comprarse con la miseria de infinidad de familias. Desgraciado progreso de la sociedad el que produce la desdicha de tan crecido número de individuos; triste aumento de la población si se aumenta proporcionalmente el número de los infelices. A pesar de toda la brillantez, de todo el oropel que en los países muy adelantados oculta el infortunio del mayor número, a pesar de la prosperidad y poderío que ostentan esas naciones, nosotros no concebimos la humanidad sin los hombres, no vemos verdadera prosperidad y ventura en aquélla, cuando éstos viven sumidos en la postración y abatimiento de la miseria.

Afortunadamente no existe todavía entre nosotros el pauperismo propiamente dicho: el país no está saturado de población, y los abundantes veneros de riqueza que nos restan aún por explotar serán bastantes a preservarnos de este mal durante largos años. Si nos referimos a la generalidad de las provincias del reino, dedicadas casi exclusivamente || a la agricultura, claro es que no encontraremos ni aun la posibilidad del pauperismo moderno hasta que comiencen a tomar movimiento y a dar alguna mayor importancia al desarrollo y aumento de la riqueza. No sucede, empero, así con respecto a Cataluña; y si bien es cierto que el Principado participa todavía de ese desahogo en que vive la clase popular en España, es evidente también que andando los años se presentarán entre nosotros los mismos problemas sociales que agobian a otros países y amenazan comprometer su porvenir.

Ni será parte a librarnos de esta calamidad la situación excepcional en que nos encontramos con respecto a las otras

provincias de la monarquía; antes bien esta circunstancia podría agravar el mal y dificultar su remedio. En Inglaterra notamos que en ciertos distritos manufactureros se experimentan a menudo la mayor carestía y miseria, cuando otras comarcas distan mucho de hallarse con necesidades tan apremiadoras; y hasta en Francia se echa de ver que en los departamentos del Norte donde ha progresado la industria sufre la clase pobre privaciones mucho más duras que la del Mediodía, ocupada principalmente en el cultivo de los campos. De la propia suerte fuera muy posible que, mientras las provincias del Centro || y Norte de España y las de Andalucía, Valencia y Aragón se encontrasen a corta diferencia con los mismos medios que disfrutan ahora, hubiesen sobrevenido en Cataluña complicaciones graves e infaustas que le acarreasen la miseria que tan lastimosamente aflige a otros países.

La España se ha quedado muy rezagada en todo lo relativo al fomento de los intereses materiales y particularmente de la industria, y si bien es verdad que semejante atraso es bajo ciertos aspectos un mal, podríase fácilmente trocar en un bien, pues que de esta manera tendremos la oportunidad de observar lo que ha sucedido a los que iban delante y tomar, con tiempo, las debidas precauciones. No cabe duda en que la necesidad estimula y precisa a resolver los más difíciles problemas, y que no siempre es ventajoso para ocuparse cual conviene de ellos el mirar todavía muy lejanos los peligros; pero también es cierto que los apuros y agobios extravían no pocas veces el juicio y hacen cometer las mayores imprudencias. Además, que el ser tan lejanos los males indicados sólo tiene lugar por lo que toca al resto de España, pero no por lo relativo a Cataluña, pues aquí van ya tomando las cosas el mismo sesgo que en los demás países. Por lo que está sucediendo ahora, no es difícil calcular lo que sucederá en lo venidero || cuando la gravedad del daño venga a exasperar los ánimos, agriando las querellas presentes y suscitando otras nuevas.

Los hombres que se interesan por el bienestar y prosperidad de la industriosa Cataluña, aquellos que, sin olvidar su título de españoles, recuerdan con orgullo y placer el de catalanes, es necesario que atiendan con particular cuidado a los indicados riesgos, mayormente siendo muy probable que en España no se verificará lo que en otras naciones, a saber, que de la capital salen los proyectos, los planes, los medios de ejecución para remediar o atenuar esta clase de males, sino que es muy regular y poco menos que cierto que los catalanes seremos entregados a nuestra propia suerte, sin que haya siquiera quien nos aconseje y dirija. Conviene no perder de vista que Cataluña es la única

provincia que participa, propiamente hablando, del movimiento industrial europeo, y así sólo en ella se presentarán los nuevos problemas sociales; no en las demás, que, a excepción de cierto movimiento febril y somero que se observa en la estrecha esfera de la política, continúan en todo lo demás como allá en el reinado de Carlos II. Cuando se pasa de Cataluña al extranjero nada se observa que no sea una especie de continuación de lo que aquí se ha visto. Diríase que el viaje se || hace dentro una misma nación, de una a otra provincia; pero al salir del Principado para lo interior de España, entonces parece que en realidad se ha dejado la patria y se entra en países extraños.

Desgraciadamente se ha introducido en Cataluña el germen de funesta discordia, y se ha presentado de esta suerte, bajo aspecto muy difícil y en extremo desagradable, el problema de la organización del trabajo, aun antes que lo apremiador de las necesidades nos pusiese en apuros semejantes a los que están sufriendo otros países. A pesar de esta observación, no desconocemos la gravedad del mal, y conceptuamos que quizás no siempre le han comprendido en toda su extensión aun los mismos que más han declamado contra él. Por de pronto se echa de ver, si se reflexiona sobre el negocio con ánimo sosegado, con sinceridad y buena fe, que han andado muy errados los que han pretendido encerrar en la esfera política la cuestión que aquí se agitaba. Verdad es que las circunstancias en que se ha encontrado y se encuentra todavía la nación, y la posición excepcional de Cataluña, hacen excusable la equivocación indicada, pues que han dado margen a que se confundiesen las ideas y no pudieran deslindarse cual conviene dos órdenes de hechos que, a pesar de haber estado || y estar todavía contiguos, son, no obstante, del todo diferentes.

Las revoluciones son para los pueblos una escuela de durísimos escarmientos, y así no pocas veces aprenden en ellas lo que de otra suerte hubiera sido difícil enseñarles. Por desgracia es muy raro que la generación que las atraviesa pueda aprovecharse de la costosa lección, porque envuelta en la polvareda de los disturbios y aturdida con la gritería de los combatientes se le hace muy difícil el ver las cosas como son en sí y mucho más el poner en planta los consejos de la prudencia. Los hechos desfilan a sus ojos en tan confuso tropel, tan desfigurados por la exaltación de las pasiones y los intereses de los partidos, que llega a serle tarea extremadamente penosa el empeño de formar juicio verdadero y cabal sobre lo mismo que está presenciando.

Es muy dañoso, al tratarse de aplicar un remedio, el no conocer debidamente el carácter y la extensión del mal, y sobre este particular llamamos muy especialmente la aten-

ción de todos los interesados en este asunto, amonestándolos de la necesidad en que se encuentran de examinar a fondo la situación y relaciones de las dos clases: ricos y pobres, amos y jornaleros. El error arriba insinuado ha hecho que en ciertas ocasiones las miradas || de unos y otros se fijasen quizás demasiado en la arena política, esperando que de la derrota o victoria en este palenque había de resultar por precisión la resolución adversa o favorable en todo lo demás que se disputaba. No altercaremos sobre las ventajas o desventajas que a éstos o a aquéllos traer pudiera este o aquel sistema político; no nos detendremos en señalar los yerros que en esta materia se hayan cometido, ni tampoco queremos entrometernos en dar consejos a ninguno de los contendientes sobre la línea de conducta que les importa seguir; pero sí que nos permitiremos observar a unos y a otros que no deben alimentar esperanzas de encontrar en el terreno de la política la resolución del problema y que es menester buscarla en otra parte.

Se nos dirá que en vano nos empeñaríamos en separar estas dos cuestiones, puesto que es más claro que la luz del día haber corrido parejas repetidas veces, sirviendo ora de lazo de fraternidad para unirse y formar alianzas más o menos duraderas, ora de palanca para conmover y de ariete para derribar. Por andar juntas dos cosas, no se infiere que sean una misma, ni que la existencia de la una tenga con la otra necesario enlace. Las turbulencias y revoluciones políticas no siempre crean los hechos que en ella se presentan; sucede || a menudo que no hacen más que revelarlos, aumentarlos, irritarlos tal vez; pero, tanto distan de ser aquéllas las causas de éstos, que, antes al contrario, éstos son las causas de aquéllas. Así, por ejemplo, nos lamentamos del despilfarro de la administración, del sinnúmero de empleados, de la infinidad de cesantes, achacando a la revolución el habernos traído tan funesta plaga; pero no advertimos que, si bien esto es verdad hasta cierto punto, no lo es menos que ese desgobierno, ese desorden administrativo, esa muchedumbre de empleados han originado en buena parte las revoluciones mismas, y son en la actualidad su pábulo principal, cuando no el único. Quien confundiese el sistema administrativo con el sistema político, por haberlos visto siempre juntos durante nuestras discordias, se equivocaría lastimosamente cuando buscase el remedio de nuestra administración en el terreno de la política. De la propia suerte acontece en lo demás, siendo de advertir que en tiempo de discordias civiles se emplea para herir al enemigo lo que primero viene a la mano; y así es necesario distinguir siempre lo que hay de verdad en el fondo de las cosas, y lo más o menos que se las exagera

cuando se las hace servir como arma de oposición. Ni conviene dar excesiva importancia a la hiperbólica ponderación de los partidos o facciones, || ni es justo ni prudente despreciar lo que sus quejas y reconvenciones encierren de fundado y verdadero.

No basta hacerse ilusiones achacando a hombres turbulentos las conmociones populares, ni tampoco el atribuir a interesados designios de nacionales y extranjeros la discordia funestamente introducida; todo esto podrá ser tanta verdad como se quiera, pero quejas semejantes adolecen del inconveniente de no ser más que palabras, de no conducir a nada.

Si se examinan a fondo todas las revoluciones, todas las turbulencias que nos presenta la historia, notaremos que siempre se ha verificado que algunas cabezas volcánicas y ambiciosas les daban el primer impulso y les comunicaban movimiento y brío; que las naciones rivales o enemigas, interesadas en dividir para debilitar, se aprovechaban de las coyunturas y procuraban atizar el fuego de la discordia. Pero ¿cuál es el deber, cuál el interés, cuál la necesidad de los que sufriendo el daño tratan de evitarle o de atenuarle? Este deber, este interés, esta necesidad son el buscar con la detención debida las causas interiores del mal, aplicarle el conveniente remedio, que, si radicalmente no lo cura y extirpa, al menos lo alivie y disminuya. Así, y sólo así, se neutralizan, se desbaratan || las intrigas interiores y exteriores; así, y sólo así, se remedian los males presentes y se precaven los futuros.

La clase rica de Cataluña, y particularmente la de Barcelona, debe elevarse a la altura indicada en las observaciones que preceden, considerando que su situación es más crítica de lo que a primera vista pudiera parecer. Si la industria catalana recibe el temido golpe, si un tratado de comercio o una imprudente modificación del arancel destruyen en un día el fruto de tantos sudores y disipan el objeto de tan halagüeñas esperanzas; si, en consecuencia, se halla Cataluña en apremiadora estrechez, en agobiador apuro, no sabiendo en qué ocupar a millares de brazos, ni cómo acudir al socorro de innumerables familias condenadas a perecer de hambre, atravesaremos necesariamente una crisis formidable que no nos dejará siquiera el consuelo de su brevedad. Los capitales que no naufraguen se verán precisados a tomar nueva dirección o a esconderse volviendo otra vez a las arcas; pero el desgraciado jornalero que no cuenta con otro recurso que el trabajo de sus manos, que para sustentar su numerosa familia no tiene otro auxilio que sus brazos, este infeliz no podrá aguardar en calma el fruto que resulte de las especulaciones que en adelante se

excogiten, no podrá soportar || largo tiempo la incertidumbre, las dilaciones, los sacrificios que exigirá la creación de nuevas industrias; al día siguiente de faltarle el trabajo se hallará sin pan, y entonces, volviéndose a las clases ricas, les dirá: «Mis hijos tienen hambre y yo también; ni yo ni ellos debemos perecer.»

Si, al contrario, la industria catalana se salva, si atraviesa sin notable daño la crisis que sufre y el riesgo que corre; si, alcanzando los capitales alguna mayor seguridad, afianzándose algún tanto el orden público y presentando la generalidad de la nación un aspecto más lisonjero o siquiera menos repugnante, llegamos a tener un gobierno sabio y previsor, firme sin obstinación, fuerte sin violencia, prudente sin debilidad; si a favor de tal conjunto de circunstancias la industria catalana es protegida y fomentada cual conviene, y se desarrolla y progresa en el alto grado de que todas las apariencias la muestran susceptible, entonces la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, podrá encontrarse en nuevos compromisos que le importa precaver a tiempo. Entonces, conjeturando lo que sucederá aquí por lo que en otros países ha acontecido, con el aumento de la industria crecerá la población, será mayor el número de los pobres y más dura su pobreza. No es éste el lugar, ni cumple tampoco a nuestro propósito, de || señalar las causas de tan doloroso fenómeno; bástanos consignarle aquí para llamar la atención de los interesados y convencerlos de la importancia de tomar las precauciones convenientes evitándose males de la mayor trascendencia.

¿Cuáles son, se nos preguntará, esas precauciones? ¿Cuáles son los medios de que puede echarse mano para lograr el deseado objeto? ¿Cuál es la conducta que deben observar los ricos con respecto a los pobres? Reservándonos para otro artículo el desenvolver más nuestras ideas, las formularemos por hoy en breves palabras: *Hacerlos buenos y hacerles bien.* ||

ARTICULO 4.º

Consideraciones sobre la conducta que deben observar las clases ricas con respecto a las pobres

SUMARIO.—Orden admirable establecido por la Providencia. Ley de caridad. Nueva organización social. La aristocracia del oro Absurdo de los proyectos de completa igualdad. Cómo entiende el cristianismo la fraternidad universal. La rivalidad entre las clases pobres y las ricas es un hecho muy antiguo. Circunstancias que la distinguen en la época presente. Deberes de las clases ricas. Escisiones de Barcelona. Lo que podemos esperar del gobierno. Los ricos con respecto a los pobres deben observar la regla siguiente: *Hacerlos buenos y hacerles bien.*

En el mundo social, como en el físico, todo está ordenado admirablemente por la mano de la Providencia; sólo que, así como en éste reina una absoluta necesidad, por estar compuesto de seres que, faltos de razón y por consiguiente de elección, obedecen ciegamente al impulso de las leyes a que están sometidos; en aquél, estando de por medio el libre albedrío del hombre, se ha dejado al ejercicio || de esta facultad una anchurosa esfera, donde pudiese obrar con eterno desembarazo, escogiendo el bien o el mal, la vida o la muerte. No marchando el mundo a merced del acaso, sino bajo la dirección de aquella mano todopoderosa que se extiende de *uno a otro extremo y lo dispone todo con suavidad,* claro es que la sociedad ha de estar regida por ciertas leyes que, establecidas por el mismo Criador, sean independientes de la razón y de la voluntad del hombre. Estas leyes pueden ser quebrantadas, pues que Dios, imponiéndolas, no quiso despojarnos de la libertad, y nos ha dejado lugar para tomar el camino que más nos agradare; pero también se ha reservado el restablecer el equilibrio perdido por la infracción de la ley, castigando severamente al culpable, ora fuese el individuo, ora una clase, ora la sociedad entera.

Así vemos que, de la propia suerte que el individuo comienza en esta misma vida a experimentar las funestas consecuencias de su mala conducta, ya echándose a perder su salud, ya mancillándose su honor, ya disipándose su fortuna, ya con los padecimientos del corazón, que vive atormentado de agudos remordimientos y angustiosa pesadumbre; así también la sociedad, tan pronto como se aparta del camino que le señalaran la infinita sabiduría y la inagotable

bondad del Criador, sufre || desde luego la pena merecida: comenzando primero a sentir la inquietud, la desazón, los disturbios pasajeros; hasta que al fin, si se empeña en no volver de su extravío, en no tornar al buen sendero, se llena la medida de la indignación del Altísimo y la terrible copa de la Justicia divina se derrama sobre las generaciones culpables como torrentes de encendida lava.

Entre estas leyes impuestas por el Criador a la sociedad, figura una cierta, clara, evidente, indeclinable, y es la obligación de las clases poderosas de emplear en bien de las necesitadas los medios de que disponen. Ley inspirada por la misma naturaleza, dictada por la razón, enseñada por el cristianismo, purificada, sancionada, elevada a un orden superior por esa religión divina en la que *toda la ley y los profetas penden del amor de Dios sobre todas las cosas y del amor profesado al prójimo como a nosotros mismos.* Ley formulada en una palabra sublime, que un mundo orgulloso y ciego se desdeña de emplear; en una palabra cuyo alto significado en vano se intenta suplir con los nombres de humanidad y filantropía; en una palabra que abarca lo terreno y lo celeste, que no cabe en los límites de la vida, que se extiende hasta las regiones de la eternidad, que es dulce en rededor de la cuna, consoladora en las angustias del || lecho de la muerte, que atraviesa como brillante centella la lobreguez de las tumbas, que une a los vivientes con los finados, que enlaza la presente Jerusalén con la Jerusalén de la gloria, que une a las generaciones presentes con las pasadas y las venideras, que intenta dar a todo el linaje humano un solo corazón, una sola alma, sumergiéndole en un piélago de luz y de amor en el seno del mismo Dios; esta palabra es la *caridad.*

Recórrase la historia, consúltese la experiencia, y se echará de ver que todas las clases que han alcanzado riqueza, comodidades, honores, influencia y predominio en los negocios de la sociedad han recibido estas ventajas y prerrogativas como una especie de compensación de los beneficios a ella dispensados, y tan pronto como olvidaron las causas de su elevación y el objeto a que ésta debía servir, comenzaron a enflaquecerse y al fin perecieron.

Aquí, como en muchos otros puntos del mundo civilizado, el ascendiente y la pujanza del elemento popular han ido abatiendo todas las eminencias, echando sobre todos los rangos sociales un verdadero nivel, por cuyo motivo consérvanse a duras penas leves vestigios de la antigua aristocracia, como trozos de vieja armadura que más bien sirven de objeto a la curiosidad de un arqueólogo que a los usos del guerrero. Esto no embargante, || existe todavía una verdadera aristocracia, que cuenta poco tiempo de dura-

ción y funda las razones de su superioridad en otros títulos que su antecesora. Bien se deja entender que hablamos de la industrial y mercantil, de la aristocracia del oro, cuyos blasones se consideran tanto más ilustres cuanto mayores son los capitales de que dispone, cuyos pergaminos son los billetes de banco, y que en vez de presentar como los antiguos nobles un salón cubierto de armas y otras insignias que recordaran los hechos y hazañas de sus ascendientes como medida de la nobleza de la alcurnia, muestran cual decisivo título de hidalguía las grandes dimensiones de la caja de hierro donde guardan el numerario.

Por la misma naturaleza de las cosas, y especialmente por la organización de la sociedad actual, la existencia de dicha clase es una verdadera necesidad, un hecho que no fueran parte a destruir los trastornos de cualquiera clase, cuanto menos las vanas declamaciones. Aplicad los principios más injustos, valeos de las teorías más absurdas, ensayad los sistemas más insensatos, nivelad en consecuencia todas las fortunas repartiendo entre los pobres los bienes de los ricos, estableciendo la más completa igualdad; cuando ésta se lograse, que lograrla es imposible ni por un solo momento, cuando || se realizase este delirio criminal, al día siguiente, mejor diremos, a pocas horas de la repartición, la igualdad hubiera desaparecido, existiera de nuevo un monstruoso desnivel, la prodigalidad y la codicia, la necedad y la prudencia, el juego y otros vicios se encargaran de destruir bien presto la insensata igualdad; las riquezas habrían cambiado de manos, algunos de los antiguos ricos quedaran tal vez pobres para siempre, así como otros alcanzaran quizás en poco tiempo el restablecimiento de su primera fortuna; pero hecha abstracción de las personas, la situación de las cosas quedara en realidad la misma; entonces como ahora habría pobres y ricos.

Resulta de estas observaciones que no se ha de buscar el remedio de los males de la sociedad en descabelladas doctrinas que atacándola en sus fundamentos tienden a destruirla y hacerla imposible. Sean cuales fueren las teorías con que las diferentes escuelas pretendan explicar el derecho de propiedad, y dejando aparte las modificaciones que en su aplicación hayan sufrido o puedan sufrir, lo cierto es que este derecho existe, que es inviolable, sagrado, reconocido en todos tiempos y países, fundado en la ley natural, sancionado por la divina, consignado en todas las humanas y reclamado por los más caros intereses del individuo y || de la sociedad. Así es que, en tratándose de mudanzas, de reformas, de innovaciones de cualquiera clase, es importante y muy necesario el tener siempre los ojos fijos en este precioso derecho, no atacarle nunca, guardarse hasta de herir-

le en lo más mínimo; que una vez pisado el delicado linde se encuentra una pendiente rapidísima en la que es muy difícil sostenerse.

Pero la misma importancia del derecho de propiedad, es decir, la misma altura del trono en que se encumbra la justicia, hace más patente la necesidad de que al lado de esa diosa inflexible tome su asiento otra más dulce, más amable, más benéfica: la *caridad*. Dios no ha criado el humano linaje, no ha cubierto esa tierra que habitamos de tantos objetos indispensables a nuestra conservación, y útiles a nuestras comodidades y regalos, para que un reducido número se aproveche de estas ventajas, sin ni aun pensar en el socorro de los infortunados a quienes adversa suerte colocara en posición diferente. Los que poseen tienen un derecho de justicia a conservar su propiedad; pero también pesa sobre ellos la rigurosa obligación de cumplir aquellos deberes que les impone el amor de sus semejantes.

La religión cristiana se ha adelantado de muchos siglos a la filosofía en la proclamación de la || fraternidad universal; y al paso que se declaró siempre, y se declara todavía, y se declarará hasta la consumación de los siglos contra todo atentado en que se violen los santos derechos de la justicia, así también inculca incesantemente la obligación en que están los ricos de hacer participantes de sus bienes a los pobres por medio de la caridad. Al infeliz y necesitado le dice: «Sufre con paciencia»; al rico le dice: «Da con largueza»; si éste se niega, la religión no irrita a aquél, no le excita a la usurpación y a la venganza; pero, volviéndose al hombre de entrañas duras, le recuerda que su Señor y su Juez está en los cielos, que hay un Dios vengador que escucha hasta los *deseos de los pobres*, que el clamor del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y expira en el desamparo y en la miseria sube hasta las gradas del trono del Altísimo, y que el Altísimo presta atento y bondadoso oído a los lamentos del infortunio y se reserva castigar en la otra vida a los corazones desapiadados, si es que ya en ésta no hace sentir los efectos de su terrible cólera permitiendo espantosas catástrofes.

La rivalidad entre las clases pobres y las ricas no es un hecho peculiar de nuestra época, sino general a todos los tiempos y países; sólo que en la actualidad la discordia es más ruidosa, a causa de || la mayor libertad que se disfruta para levantar el grito, exponiendo cada cual las sinrazones e injusticias que en realidad sufre o se imagina sufrir. Media, además, otra causa nacida de los mismos principios difundidos en la presente época, en los que se inculca continuamente la igualdad, no consintiéndose que asome siquiera nada que pueda presentar alguna semejanza

con las antiguas clases. Es de aquí que los pobres no ven en los ricos ni títulos de nacimiento, ni prerrogativas originadas de privilegios, ni un tenor de vida que ofrezca la idea de un apartamiento premeditado que impida la mezcla de lo noble con lo plebeyo. El pobre no descubre entre él y el rico otra diferencia que la del oro; extendiendo su vista por los distintos órdenes que forman la jerarquía social salta a sus ojos que las gradaciones que en ella existen dependen únicamente del oro, y está seguro que, si mañana un golpe de próspera fortuna le proporcionase en abundancia el precioso metal, pasaría de repente, sin preparación, sin títulos de ninguna especie, de la clase más inferior a la más encumbrada. Esto engendra por necesidad en el ánimo de las clases menesterosas un deseo ardiente de mejorar de fortuna, cierta envidia hacia las más acomodadas, y, faltando los motivos que en otro tiempo inspiraban respeto y veneración, se originan || fácilmente el desprecio, el rencor y el odio.

Cuando las clases superiores se hallan sostenidas en su respectiva posición por el ascendiente de las ideas de una época, por la organización social o por el sistema político, pueden por algún tiempo descuidar sus deberes con respecto a las inferiores, sin verse amenazadas de inmediata ruina. El reparo que las cubre suple por espacio más o menos dilatado el vacío que deja su negligencia; pero no mediando estas circunstancias, cuando las clases se hallan unas en presencia de otras sin mediador, sin valla que las separe, sin más vínculo que el formado por los respectivos intereses, o los beneficios que mutuamente se dispensen, entonces es indispensable que procuren estrechar estos lazos, combinando y aliando sus intereses y promoviendo el espíritu de fraternidad a fuerza de beneficios.

Claro es que este impulso debe partir principalmente de las ricas, puesto que ellas tienen a la mano los medios de darle: cuando las otras, faltas de recursos y atareadas en procurarse el sustento de cada día, no tienen lugar comúnmente de pensar en proyectos de mejora y mucho menos el poder de ejecutarlos. Fuera de desear que los hombres inteligentes y honrados que abriga esta capital se ocupasen detenidamente en examinar la verdadera situación de las cosas, reflexionando si tal || vez no habría varios medios justos y suaves para hacer el bien a las clases pobres, previniendo desavenencias desagradables que dañan así a éstas como a las ricas.

No es poco el interés que en este punto tiene todo gobierno que en algo estime la felicidad o cuando menos la tranquilidad pública. Las lamentables escisiones que se han visto en esta capital hubiéranse podido quizás evitar sa-

liendo al paso a las causas que las motivaban, siendo esto tanto más hacedero cuanto que, afortunadamente, las clases pobres, si bien sufrían algunas privaciones, inseparable patrimonio de su posición desgraciada, estaban, empero, muy lejos de encontrarse sumidas en aquella espantosa miseria que aflige a las de otros países, no dejándoles más que dos extremos: o un estúpido embrutecimiento o el furor de la desesperación. Hasta ahora la Providencia nos ha librado de esta horrible plaga, y por lo mismo conviene sobremanera aprovechar el tiempo en que, viviéndose con menos escasez y ahogo, se hallarán más dispuestos los ánimos a escuchar los consejos de la prudencia. Un gobierno cuerdo y previsor debiera tomar la iniciativa en este negocio, planteando por sí mismo los establecimientos e instituciones conducentes al deseado fin, y fomentando y protegiendo los proyectos y tentativas que a este || saludable objeto se encaminasen. Porque no basta sojuzgar con la fuerza de las armas; es necesario ejercer ascendiente sobre los espíritus, convenciendo el entendimiento, cautivando el corazón y obligándole a reconocer los beneficios, a fuerza de dispensarlos grandes y en crecido número.

Pero si sería muy lisonjero que nuestros gobernantes fijasen sobre este particular la consideración, dándole toda la importancia que merece. fuéralo todavía mucho más el ver que las clases interesadas en este asunto se adelantasen al mismo gobierno, comenzando de propio movimiento la obra de su salvación. Cuanto dimana del gobierno adolece del inconveniente de ser cosa mandada, y, por tanto, corre inminente riesgo que su ejecución ande descuidada y floja, si es que no se olvida y abandona del todo. En España el desgobierno se ha hecho ya tan habitual, y se ha mostrado tan de bulto a los ojos de los pueblos, que apenas se presentan una ley, un decreto, orden, circular o un mandato en la forma que se quiera, cuando ya se trata de arrumbarlos o se excogitan artificios para eludirlos. Las palabras *reformas, mejoras* y otras de esta naturaleza han llegado ya a ser miradas como fórmulas de estilo que en los documentos públicos sólo se emplean a manera de expresiones de cortesía y de buen parecer. Es ya tan sabido || el curso que entre nosotros siguen los negocios relativos a promover alguna mejora, que ya nadie se deja deslumbrar con vanas palabras y pomposas promesas. Salido el decreto que habla de la mejora, adivínase desde luego que uno de sus artículos ha de ser el nombramiento de una comisión compuesta de *personas ilustradas, juiciosas y amantes del bien público;* que en otro artículo se encarga a las mismas que se dediquen con *actividad y celo* al desempeño de su cometido; que, en efecto, la comisión se reunirá, que comenzará a re-

coger noticias, a recibir informaciones, instruyendo el oportuno expediente; que hasta se llegará tal vez a extender una memoria que dé conocimiento al gobierno de las diligencias practicadas; pero sábese con no menos certeza que al fin se atravesará de por medio alguna dificultad que, por ligera que sea, será obstáculo bastante a volver ilusorios los mejores proyectos, a desbaratar los planes más bien concertados, y a inutilizar trabajos que quizás costaran largo estudio, dilatada observación y penosas fatigas.

Por esta causa fuera de desear que la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, no esperase nada de nadie y acometiese por sí misma la generosa empresa de adoptar aquellas medidas que su deber le dicta y su situación le aconseja. || Que no olvide la verdad que otro día le dijimos y que todavía le repetiremos más de una vez: su deber y su interés le prescriben de consuno la conducta que con respecto a los pobres debe observar: *Hacerlos buenos y hacerles bien.* Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad, y cuando de ésta hablamos entendemos una moralidad sólida, duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza misma nos inspira con la compasión excitada en nuestros pechos a la sola vista del infortunio. Ved que el pobre al pensar en vosotros recuerde el socorro que le dispensasteis en la enfermedad, los auxilios que le proporcionasteis para la educación y colocación de sus hijos, que palpe el interés que os tomáis por el trabajador imposibilitado, por el huérfano desvalido, por el anciano a quien se quebrantan las fuerzas, y tarde o temprano recogeréis el fruto. En el mundo hay ingratos, pero la ingratitud no es la ley de la humanidad. ||

B A R C E L O N A *

ARTICULO 1.°

Reflexiones sobre las causas de su prosperidad y refutación de algunas preocupaciones

SUMARIO. — Cotejo entre Madrid y Barcelona. Opinión del general Seoane. Lo que dicen los enemigos del engrandecimiento de Barcelona. Examínase su influencia industrial y mercantil sobre las poblaciones subalternas del Principado. Reflexiones generales sobre la influencia de las grandes capitales europeas.

La ciudad de Barcelona es digna de llamar la atención, no sólo por la importancia que en sí tiene, sino también por lo que puede influir en los destinos de España. Y cuando esto decimos estamos muy lejos de exagerar, pues que,

---

* [NOTA BIBLIOGRÁFICA.—Balmes no quedó satisfecho con la anterior serie de artículos que llevan el título de *Cataluña*, y añadió una segunda serie de seis, titulada *Barcelona*, donde trata problemas análogos, aunque más concretamente determinados por el desarrollo de la ciudad. Es muy notable el análisis social y político de Barcelona, que entonces emprendía su vuelo, y la visión casi profética de su porvenir. Al tratar del provincialismo es necesario tener bien en cuenta el sentido de los términos para que los hombres de nuestra época, que usan nombres más precisos y significativos, no confundan las ideas balmesianas o no le atribuyan sus propios conceptos. Tampoco será inútil advertir que cuando se publicaban estos artículos Balmes ya estaba en Madrid.

Estos artículos se han reeditado con la revista *La Sociedad*. Tomamos como típica la primera edición. Los sumarios son de Balmes, exceptuando el del artículo sexto, que es nuestro.

Los artículos primero y segundo fueron publicados en el cuaderno 19 de *La Sociedad*, fechado el día 1.° de marzo de 1844 (volumen II, págs. 292 y 329).

El artículo tercero fué publicado en el cuaderno 20 de *La Sociedad*, fechado el día 15 de marzo de 1844 (vol. II, pág. 367).

Los artículos cuarto, quinto y sexto fueron publicados en el cuaderno 21 de *La Sociedad*, fechado el día 7 de septiembre de 1844 (volumen II, págs. 385, 407 y 428). Conviene notar que este cuaderno, para eludir la nueva ley de imprenta, contenía la materia de cuatro.]

siendo la capital del Principado la segunda población de la monarquía, si sólo atendemos al número de sus habitantes, tal vez podremos considerarla como la primera, si nos paramos en los elementos de prosperidad que en sí propia entraña, elementos que, || desarrollados a la sombra de circunstancias favorables por espacio de veinticinco años, podrían convertirla en una de las más populosas y florecientes ciudades de Europa.

En efecto, si Madrid es la villa de las espaciosas calles y de los soberbios palacios, lo debe a que se ha fijado en ella la Corte. Suponed que ésta se traslada a Sevilla o a Lisboa, y desde luego Madrid desaparece del mapa de España. Sucederle ha lo propio que a Toledo, cuyo grandor está sólo en los recuerdos, cuya magnificencia vive únicamente en los monumentos religiosos. No se verifica esto con Barcelona, la cual no necesita de la Corte, no ha menester el brillo postizo, ni para ser rica y populosa requiere que vivan en ella los grandes magnates. Siglos han pasado desde que desaparecieron de la misma los antiguos condes; muchas de las familias de la más alta nobleza se han amontonado en la capital de la monarquía, mas por eso Barcelona no ha decaído; antes al contrario, a un ensanche ha debido seguir otro ensanche; a unos edificios se han debido añadir otros, y luchando con las fortificaciones que la constriñen y ahogan, no teniendo lugar en la tierra se ha levantado por los aires con sus altísimas casas.

Y ¿de dónde dimana este desarrollo que nada puede contener? De su magnífica posición topográfica, || de que está situada en terreno feraz, en clima suave, bajo un cielo hermoso y encantador, al lado de la Francia, no lejos de Italia, a las inmediaciones de las Baleares, enfrente del Africa, sirviendo de punto de comunicación entre todas las poblaciones de la costa del Mediterráneo, y todo esto con habitantes de suyo laboriosos y activos, y siendo cabeza de Cataluña, nombrada en todas partes por su constancia, por su tenacidad, por su perseverante sufrimiento en todo lo concerniente a la agricultura y a la industria. Por esta causa, nada han podido para abatirla, en los tiempos antiguos ni modernos, los terribles desastres de que ha sido víctima. Muchas otras poblaciones vemos cuya prosperidad no puede resistir a un sitio, a un incendio y otros contratiempos de esta clase; mas en Barcelona nada pueden las calamidades públicas para contener el desarrollo de la industria y comercio. A principios de este siglo se halló durante seis años en poder de un ejército extranjero, ausentes buena parte de sus moradores, dispersos u ocultos sus capitales, incomunicada con el resto de la provincia y sometida a suspicaz vigilancia de la policía francesa, que no sin razón

veía en cada ciudadano un enemigo, y que estaba temiendo continuamente que no estallasen conspiraciones contra el tirano que la oprimía. Colocad || en situación semejante a otras ciudades, y será imposible que se levanten jamás de la postración en que habrán caído. Los capitales separados de ella por espacio de tantos años habrán tomado otra dirección; naturalmente se habrán formado otros centros de comercio rivales ya de la capital antigua; los conductos del movimiento industrial y mercantil se habrán obstruído y estropeado con el desuso, y ya será poco menos que imposible resucitar aquel movimiento, indicio seguro de la plenitud de la vida. Mas esto acontecerá tratándose de poblaciones que deban su riqueza y prosperidad a circunstancias transitorias, y no puede verificarse en Barcelona por haberla favorecido la naturaleza con tal conjunto de ventajas que difícilmente se reúnen en otra ciudad del mundo.

El general Seoane, en momentos de indignación contra la capital del Principado, que no se le había mostrado afecta en demasía, afirmó que para el bien de Cataluña y de España era preciso cortar el brío y debilitar las fuerzas de la turbulenta ciudad; o, como él decía, era urgente, indispensable, aplicarle sangrías que la curasen de la plétora que estaba padeciendo. Dejando aparte el aspecto político, del cual no queremos ocuparnos por ahora, observaremos que quizás algunos de entre los mismos catalanes sean de parecer que no andaba tan || desacertado el general Seoane cuando se proponía dispersar y desparramar por el Principado los elementos industriales y mercantiles que se hallan agolpados en la capital. Escuchemos primero las razones que nos presentan los partidarios de semejante opinión, y examinemos en seguida cuál es el peso de ellas en la balanza de la economía política. «Todo lo absorbe Barcelona, dicen esos hombres, población, dinero, capitales de toda clase, inteligencia; todo se reúne allí; resultando de esto que se enervan las fuerzas del resto del Principado, que las demás poblaciones no pueden medrar y que no hay la debida proporción entre la cabeza y los miembros. Observad lo que sucede en todos los ramos. ¿Hay un artesano de disposiciones aventajadas? Se traslada a Barcelona. ¿Hay un fabricante que ha aumentado mucho sus capitales o perfeccionado sus productos? Se establece en Barcelona. ¿Hay un comerciante que ha dado mucha extensión a sus negocios, que ha logrado tener abiertas varias casas, que necesita numerosos corresponsales? Fija su habitación en Barcelona, allí forma sus grandes almacenes, allí coloca el centro de todo su movimiento mercantil. De aquí dimana que los artefactos más cumplidos y elegantes salen precisamente de la capital; y añadiéndose a esto la preocupación de que lo

fabricado || en Barcelona es mejor que lo del resto de la provincia, resulta que las poblaciones subalternas viven como esclavas de aquélla, siéndoles imposible competir con ella en ningún ramo.

»Si Barcelona no ejerciese esa especie de soberanía industrial y mercantil; si los elementos de riqueza se hallasen desparramados por toda la provincia; si Reus, Igualada, Manresa, Vich, Berga, Olot, Gerona fuesen otros tantos centros de actividad y movimiento, capaces de competir con la capital, y que, dejándole cierta superioridad, no se viesen precisadas a postrarse a sus pies, parece que la vida industrial y mercantil estaría mejor distribuída, que la riqueza pudiera ser mayor y que la prosperidad de Cataluña alcanzaría con ello grandes creces.»

No puede negarse que a primera vista no sean especiosas las reflexiones aducidas, y no serán pocos los que al verlas propuestas se dejen convencer plenamente de que en realidad el proyecto de Seoane envolvía una idea justa, prudente y en extremo económica. A pesar de todo, no podemos creer que haya en todo esto una palabra de verdad, y vamos a señalar las razones en que estriba nuestra opinión.

Ante todo presentaremos una observación muy sencilla, pero que basta por sí sola a desvanecer || esos castillos aéreos. En política, en administración y en todo lo concerniente a la práctica, no debe llamarse verdadero lo que es inaplicable, porque desde el momento que una teoría no se puede realizar es señal de que está en lucha con la misma naturaleza de las cosas y que, por tanto, no es verdadera con relación a ellas. Ahora bien, ¿es posible disminuir la pujanza de Barcelona de suerte que lo que ésta pierda lo ganen las demás poblaciones? Creemos que no, y para demostrarlo echaremos mano de varias suposiciones. Demos que se impulsa de una manera extraordinaria el ramo de los caminos y canales para dar movimiento a lo interior del Principado y hacer que participe algún tanto de las ventajas que a Barcelona produce el ser puerto de mar y la confluencia de las principales carreteras. Entonces será más fácil conducir a las poblaciones de segundo orden las materias primeras y extraer de sus fábricas los productos elaborados, conduciéndolos con más rapidez y baratura a los mercados que ofrezcan esperanza de despacho; pero ¿qué habremos ganado con esto para disminuir la preponderancia de Barcelona sobre las demás ciudades? Si éstas se aprovechan del beneficio de la mayor comunicación, se aprovechará también ella, y con la mayor facilidad y menor precio de los transportes podrá establecer || en todos los puntos del Principado grandes almacenes de todos géneros,

con lo cual proporcionará más trabajo a sus fábricas y más actividad y vida a su comercio. Las poblaciones de segundo orden se habrán mejorado, habrán crecido en numero de habitantes y dado impulso a su industria y tráfico; pero en mayor proporción se habrá mejorado ella, supuesto que, abundando más de inteligencia y de capitales, habrá explotado con más fruto las ventajas del aumento de las comunicaciones.

Supongamos que para disminuir el movimiento mercantil de Barcelona se quiere hacer menos concurrido su puerto, habilitando otro cualquiera que pareciese conveniente, proyecto que, si no nos engañamos, era uno de los excogitados y propuestos por el general Seoane. En primer lugar las embarcaciones mercantiles no acuden al puerto de Barcelona por las comodidades marítimas que éste les ofrezca, sino por la oportunidad que allí encuentran para sus compras o ventas. Habilitad un puerto, imaginad que reúne muchas más comodidades que el de Barcelona, ¿improvisaréis allí una ciudad con sus almacenes, sus fábricas, su numerosa población, sus posadas, sus cafés, sus teatros y todo cuanto puede desearse para las necesidades y placeres de la vida y las conveniencias de las especulaciones mercantiles? Ciertamente que || no. La nueva población se irá quizás aumentando; mas para esto necesita el transcurso de muchos años, y teniendo que luchar con otra ciudad rival y poderosa que tiene interés en conservar su preponderancia y que redoblará su actividad, aun cuando no fuera por otra causa, por motivos de emulación, resultará que, aprovechándose ésta del mismo movimiento que se despierta en el punto nuevamente vivificado, acrecentará su riqueza y, por lo tanto, la proporción no se habrá cambiado.

Hágase la suposición que se quiera, a no ser que se apele a medidas brutales que repugnan a la civilización, a la humanidad, y que no podrían menos de estar en lucha con la equidad y la justicia, y que además serían irrealizables, siempre tendremos que todo cuanto se excogite para disminuir la preponderancia de Barcelona ha de ser esforzándose en crear en otras partes de Cataluña nuevos centros de industria y de comercio; de estos centros se aprovechará siempre la capital para dar más movimiento a sus fábricas, vaciar sus almacenes, atraer numerario y proporcionarse las materias que necesite.

Parécenos que es falso lo que afirman algunos de que las grandes capitales absorben a las poblaciones de segundo orden y que les quitan sus elementos || de prosperidad y riqueza. Fácil es decir, por ejemplo, que Barcelona no deja que Reus, Igualada, Manresa, Berga, Vich, Gerona y otras poblaciones de segundo orden se levanten a mayor altura de

la que han alcanzado hasta ahora; mas en esto se comete un error, que consiste en considerar lo que son estas poblaciones existiendo Barcelona, sin atender a lo que serían si ella no existiese o no fuera tan pujante. Para hacer sentir la fuerza de esta reflexión nos dirigiremos a los mismos que al parecer podrían interesarse en el cambio, y les preguntaremos si desearían que Barcelona no fuese más que una población de treinta o cuarenta mil almas, con una riqueza proporcionada a este número. Estamos seguros que si reflexionan un momento retrocederán a la vista de semejante suposición, y de que tendrán desde luego un vivo presentimiento, una previsión muy clara del daño que habrían de sufrir en vez de las ventajas que se prometieran. ¿Dónde estarían los grandes capitales para la formación de los almacenes de las materias primeras necesarias al movimiento de las fábricas; para hacer frente a los cuantiosos adelantos que se han menester en un comercio organizado en anchurosa escala, como es indispensable cuando se ha de dar salida a productos muy abundantes; para traer del extranjero las || invenciones, sin cuyo conocimiento y planteo sería imposible colocarse al nivel de la época y sostener la competencia en los mercados? ¿Dónde se podrían formar las sociedades opulentas que para vivir necesitan centros populosos, llenos de vida, de actividad y de movimiento? En una palabra, si suponemos que la capital desfallece, participarán del desfallecimiento las demás poblaciones, experimentando desde luego que lo que ellas creyeran que las enervaba con su fuerza absorbente era la cabeza, el corazón, que hacían circular por ellas la sangre y que faltando este recurso quedaban condenadas a la languidez y a la muerte.

Nos convenceremos más y más de la solidez de estas razones si atendemos a lo que sucede en todos los demás países: donde hay más industria y comercio, allí hay capitales más populosas, y recíprocamente, donde éstas existen, allí se nota más vida, más movimiento industrial y mercantil, que se extiende en círculos concéntricos alrededor de la gran ciudad, disminuyéndose a proporción de la mayor distancia hasta extinguirse en la extremidad del radio. Os halláis todavía a muchas leguas de una de esas grandes ciudades y todo os anuncia que os aproximáis a ella. La convergencia de los grandes caminos, el tráfico de todos géneros, la mayor animación, regularidad y belleza que presentan || las poblaciones, el mayor aseo de los trajes, la mejor cultura de los campos; en una palabra, un estado más ventajoso de todo cuanto sirve a las comodidades de la vida os indica la existencia y cercanía de uno de esos grandes centros de riqueza y circulación.

De aquí se infiere que, si las capitales absorben, también comunican, y probablemente con usura, porque si es verdad, como indudablemente lo es, que la asociación es un manantial fecundo de adelantos de todas clases, verificándose esta asociación en las grandes capitales en escala mucho mayor que en ciudades pequeñas, es evidente que no hay sólo en ellas una fuerza que absorbe, sino que hay otra mucho mayor que produce. Como, además, esta producción tiene grandes necesidades que satisfacer, así por lo tocante a las materias primeras que le sirven de base, como por lo relativo a sus procedimientos y a la expendición de sus productos, resulta que muchísimos géneros encuentran salida que no la encontrarían en otra parte; que muchos brazos hallan ocupación que de otra suerte se verían precisados a permanecer inactivos, y que muchas atenciones se pueden cubrir con facilidad y baratura cuando a no existir las capitales sería preciso renunciar a ello. Además que la declamación contra las grandes ciudades es del género || de aquellas que luchan con hechos indestructibles, y que por lo mismo son impropias de personas reflexivas que, despreciando lo inútil, miren únicamente a lo que puede acarrear provecho. Desde que la civilización moderna ha tomado grande incremento, se ha visto una tendencia marcada al acumulamiento en las poblaciones. Los señores descendieron de sus castillos feudales y se establecieron en las ciudades subalternas; de éstas pasaron a las capitales de provincia, de donde se trasladaron a la Corte. El curso seguido por los dueños de la riqueza territorial ha sido imitado por todos los poseedores de otra cualquiera, y así la misma naturaleza de las cosas ha creado esos centros que cada día tienden a engrandecerse más y más. Decís que Londres disminuye las demás ciudades de Inglaterra, así como París las de Francia, sin advertir que a la sombra de aquellas poblaciones colosales se han formado y se conservan otras que serían dignas capitales de otros reinos. Si Londres no existiese, quizás no existirían Manchester y Liverpool; así como desapareciendo París menguarían Lyón y otras ciudades de la Francia. En un país donde las poblaciones sean pequeñas, la que reúne trescientas o cuatrocientas mil almas parece ya muy grande. En Inglaterra, donde la capital encierra un millón y medio de habitantes, || una ciudad de cuatrocientas mil almas pertenece a una categoría subalterna. Y es que el grandor es cosa relativa, así como la pequeñez: un hombre de estatura regular es un gigante al lado de un pigmeo, y un pigmeo al lado de un gigante. ||

ARTICULO 2.º

La cuestión del derribo de murallas y fortalezas examinada bajo el punto de vista militar y político

SUMARIO.—Estado de la cuestión. Graves razones que militan por ambas partes. Suposición de una invasión extranjera. Razones que en tal caso militan a favor de la continuación del presente estado. Razones en contra. Quizás éstas son más graves que aquéllas. Dilema de difícil solución. La cuestión de las fortificaciones considerada con relación a la conservación del orden. Para esto de nada sirven las murallas. La cuestión queda reducida a si conviene o no conservar algunos fuertes que dominen la población. Graves razones que militan por ambos lados. Lo que produce un bombardeo. Daño que hizo a Espartero ese acto de crueldad. Cuáles son los verdaderos medios de gobierno. Gravedad de la presente cuestión. Pulso y detenimiento con que se debe proceder en ella. A quién se debería oír antes de resolverla. Ventajas materiales que Barcelona reportaría del derribo. Conjeturas sobre el porvenir de la cuestión de las murallas.

¿Conviénele a Barcelona continuar cercada de sus murallas y dominada por los fuertes? Bajo el aspecto político y económico, ¿aconseja la prudencia que se destruyan aquéllas y éstos? Considerando a Barcelona no por lo que es en sí, sino como || una de las principales ciudades de la monarquía, ¿un derribo semejante acarrearía daños a la nación o le produciría ventajas? He aquí unas cuestiones de la mayor gravedad y cuya resolución no es tan fácil como a primera vista pudiera parecer.

Sea cual fuere la opinión que sobre dichos extremos se adopte, no puede negarse que militan por ambos lados razones de peso, de manera que no deberán ser tachados de imprudentes y ligeros ni los que opinen por la conveniencia de la continuación del estado presente ni los que sostengan lo contrario. Y cuando esto decimos dejamos aparte lo relativo a un ensanche parcial, que se logra derribando un lienzo de las murallas para construirle luego a mayor distancia, porque si bien se mira semejante mudanza no altera el fondo de las cosas, pues que por ella no dejaría Barcelona de ser una plaza de armas y, por consiguiente, de estar sometida a todas las eventualidades que consigo trae esta circunstancia.

Para alcanzar la verdad en esta delicada materia hagamos la siguiente suposición. Demos que sobreviene una invasión extranjera, y veamos lo que acontece o acontecerá

probablemente, según sea Barcelona plaza de armas o ciudad abierta. Por de pronto nuestro ejército tendrá en la capital un excelente punto de apoyo, buenos hospitales, ricos almacenes, || arsenal, depósito para quintos y prisioneros, recursos de todas clases para abastecer las tropas así en artículos de guerra y boca como en prendas de vestuario y en útiles para todo linaje de maniobras. Si las armas españolas son inferiores a las extranjeras, de modo que no puedan hacerlas frente en campo raso, apoyadas sobre la capital serán quizás bastantes a imponerle respeto, dando el tiempo necesario para que el gobierno de la nación despliegue su actividad y envíe los socorros necesarios a fin de que las fuerzas enemigas no queden dueñas de la más bella parte del litoral del Principado. Si alguna de nuestras divisiones sufre un descalabro en el Panadés, en el Vallés o en la marina, podrán los restos encerrarse en Barcelona, rehacerse del desastre, reorganizarse y reclutarse de nuevo, y salir otra vez al campo a vengar el recibido ultraje.

Si la guerra se hace también en el mar; si nuestra armada, salida de la postración en que yace, puede luchar con la enemiga, si no con superioridad, a lo menos sin mucha desventaja, las aguas de Barcelona defendidas por Montjuich, y teniendo a sus espaldas las Atarazanas, la Ciudadela y una ciudad populosa circuída por robustas murallas, podrán ser la base de las maniobras de nuestros almirantes y un refugio en los reveses de la || guerra y en los desastres ocasionados por el furor de los elementos. Las naves que hayan sufrido averías podrán reponerse de ellas con toda seguridad; los marinos y soldados enfermos serán acogidos en los hospitales; las provisiones que se necesiten se hallarán en abundancia en los almacenes de la capital; en una palabra, el provecho que de Barcelona podrán sacar nuestras escuadras será incalculable tanto si suponemos adversa como próspera la fortuna.

Además, conservándose en favor del gobierno la capital del Principado, todo lo que se encuentre amenazado en un punto cualquiera de éste, sean personas, sean preciosidades o efectos de alguna importancia, podrá trasladarse a ella y contar allí con un refugio seguro. De esta manera se formará naturalmente un núcleo compuesto de lo más granado que haya en Cataluña en inteligencia y riqueza, se acumularán en la ciudad los tesoros y los géneros de todas clases, resultando de esto que en los apuros que ofrecerse puedan habrá recursos abundantes para acudir a todas las necesidades y hombres de suficiente capacidad para emplearlos y dirigirlos en provecho de la patria.

Sean cuales fueren los triunfos que alcance en este o en aquel punto el ejército invasor, todas las miradas se diri-

girán a Barcelona, que se conserva || todavía, que encierra en sus muros una guarnición numerosa, que tiene en sus alrededores divisiones respetables, que es el centro de muchos movimientos que se extienden a largas horas de distancia y que, por consiguiente, será capaz ella sola de reparar todas las pérdidas, por poco que la fortuna sonría a los generales españoles, por poco que el gobierno de la nación cuide de auxiliar a Cataluña enviando algunos refuerzos para que las operaciones puedan emprenderse en mayor escala y conducirse con más brío y osadía.

No puede negarse que estas razones son de algún peso y que serían convincentes si en contra no militaran otras, que si no las destruyen al menos las neutralizan. En efecto, podrá muy bien suceder que por una traición caiga desde un principio la importante ciudad en manos del enemigo, suposición nada gratuita, porque desgraciadamente tenemos de ella una experiencia bien reciente. Siendo Barcelona plaza fuerte, el enemigo tomará todas las precauciones imaginables para asegurar su conservación, y entonces tenemos el reverso de la medalla: las ventajas que antes nos favorecían a nosotros le favorecen a él. Ya no es dable esperar la terminación de la guerra por medio de un golpe de mano; ya no es posible conseguir que desaparezca de repente de nuestro suelo el enemigo con || ningún triunfo por cabal y decisivo que sea; siempre le queda una plaza importante donde guarecerse; los restos de sus divisiones podrán encerrarse en la gran ciudad y allí reorganizarse de nuevo o esperar que les vengan auxilios por mar o por tierra. Las tropas españolas se presentarán en el llano de Barcelona, el paisanaje les proporcionará toda clase de recursos y se ofrecerá a pelear a su lado para coger el último fruto de la victoria; pero ¿de qué sirven el valor y el entusiasmo de los soldados y de los paisanos a la vista de las altísimas murallas en que está encerrado el enemigo, defendido por cien bocas de fuego y apoyado por la Ciudadela y Montjuich, que siembran a largo trecho el espanto y la muerte? Si Barcelona no fuera entonces una plaza de armas, si sólo estuviese resguardada por débil tapia, si anchurosos paseos, espaciosas calles, dilatados jardines franqueasen mil puertas para penetrar en la ciudad, las tropas vencedoras en el campo de batalla acometerían a las vencidas, forzarían sus trincheras, se introducirían por las calles, y con la ayuda de los paisanos recién venidos y de los habitantes obligarían a capitular al ejército enemigo y decidieran quizás de la suerte de la guerra.

Estando Barcelona tal como lo acabamos de suponer, es cierto que un descalabro de un cuerpo de || operaciones español podría entregarla desde luego a manos del enemigo;

pero entonces, ¿qué resultaría? Sólo podría conservarla mientras tuviese la superioridad en el campo, porque en llegando a perder ésta forzoso le sería abandonar una posición tan poco segura. Jamás para él sería prudente el permanecer en una ciudad abierta y enemiga, no teniendo muchas fuerzas para sojuzgarla, y resistir al propio tiempo a las divisiones españolas que pudiesen presentarse en el llano. resultando de esto que no le sería dable aprovecharse por largo tiempo de los recursos de la capital no teniendo estacionado en ella un cuerpo respetable. Muy al contrario, nuestras tropas sacarían de la ciudad todos los recursos que quisiesen en el momento de alejarse el enemigo de sus inmediaciones, y hasta suponiéndole posesionado de ella, ¿no fuera imposible impedir que el celo de los paisanos no burlase con ingeniosos ardides la vigilancia de los centinelas? Recuérdese lo que ha sucedido en las guerras anteriores a pesar de estar ceñida la ciudad por altísimas murallas, y se inferirá lo que sucedería suponiéndola abierta por todos lados, o cuando más rodeada por tapias bajas y endebles.

Siendo Barcelona ciudad abierta, el mayor daño que puede suceder, caso de una invasión extranjera, es el apoderarse de ella el enemigo, y esto, || si bien se considera, atendidas las costumbres actuales y el carácter de las guerras, es de bien poca importancia. Una ciudad populosa puede ser ocupada por un ejército enemigo sin sufrir más daño del que experimentaría si entrase en ella uno del país, porque sabido es que han caído en desuso aquellas vejaciones y atropellamientos que tan comunes eran en otros siglos. Los ejércitos observan estricta disciplina, no viven sobre la tierra invadida, sino que, llevando consigo la correspondiente administración, cuentan con los fondos necesarios para proporcionarse los recursos que hayan menester. Es verdad que esta regla tendrá sus excepciones; pero éstas no pasarán más allá de un préstamo forzoso más o menos crecido, de cierta cantidad de raciones, de suministros de varias clases, cargas todas de que ciertamente no se eximiera la población si en vez del ejército enemigo tuviera dentro de sus muros el de su gobierno. Los edificios, los capitales de todos géneros, las personas, todo es escrupulosamente respetado cuando el enemigo entra en una población que no le ha hecho resistencia, resistencia que casi nunca se verifica cuando la ciudad no es plaza de armas y encierra en su seno crecido número de habitantes y cuantiosos intereses.

Muy al contrario sucede si la población es una || plaza fuerte de alguna importancia. Amigos y enemigos tienen fijas en ella las miradas para conquistarla si no la poseen y defenderla si la ocupan. Una vigilancia suspicaz, una do-

minación puramente militar, continuos sobresaltos, vejaciones de todas clases, son las consecuencias necesarias de semejante situación, resultando que la industria se paraliza, que el comercio desfallece, las familias acomodadas se retiran, los capitales se esconden, la miseria cunde, y lo que poco antes era un florido vergel se convierte en un campo de desolación y de luto. Y ¿qué diremos cuando llega el caso de un bloqueo o de un sitio, de un ataque decidido o de un bombardeo? ¿Quién es capaz de calcular los daños que se acarrean en tales ocasiones a una ciudad industrial y mercantil? Ya sea que los que ocupan la plaza sean amigos o enemigos, las calamidades públicas son grandes, y aun cuando no lleguen los horrores de la guerra a la última extremidad, siempre sobrevienen los males que acabamos de describir. Pero ¿cuál es la ciudad fuerte de alguna importancia que se preserva de tamaños desastres por poco que se prolongue la lucha? Y entonces, ¿qué ventajas contrapesan los inconvenientes de las fábricas destruídas, de los géneros malbaratados, de la ruina de innumerables familias? Mirada la cosa bajo el punto de || vista de la humanidad y aun del interés nocional, ¿cuáles son las ventajas militares bastantes a indemnizar perjuicios de tanta monta?

Atendida la posición de Barcelona, conservándose plaza fuerte, es imposible que desde el principio de una guerra extranjera no fuese el blanco de las dos partes beligerantes. Y una ciudad de ciento sesenta mil almas, ¿cómo sufre, no diremos un sitio, pero ni un bloqueo de algunos días? Es bien seguro que a la primera noticia de la aproximación del ejército que se propusiera atacarla veríamos repetida la triste escena que hemos presenciado en los disturbios y desastres de los últimos tiempos. La inmensa mayoría de la población desparramada por los alrededores, sufriendo los ricos perjuicios considerables, consumiendo la clase media su modesta fortuna y el pobre padeciendo las privaciones más crueles.

Bien ponderadas las razones que preceden, difícilmente se inclina la balanza en favor de la opinión que defiende la utilidad de las fortificaciones para el caso de una guerra extranjera. Antes de pasar al examen de otros puntos someteremos a la consideración de los inteligentes el siguiente dilema. En la suposición expresada, o nuestro ejército se mantendrá en superioridad sobre el del enemigo o no: si lo primero, conservará Barcelona, || aun cuando no sea plaza de armas; si lo segundo, es preciso exponer la capital a todos los males de un bloqueo y a todos los peligros y desastres de un sitio, y esto segundo es tan duro tratándose de una población tan numerosa y tan industrial y mercan-

til, que con dificultad se nos hará creer que el resignarse a ello sea ni político ni humano.

Veamos ahora qué aspecto presenta la cuestión de las fortificaciones, considerándola con relación al mantenimiento del orden, único objeto razonable que pueden tener, si se supone que no son útiles para el caso de una guerra extranjera.

Desde luego salta a la vista que no entra para nada en la discusión presente todo lo relativo a las murallas, porque es bien seguro que en caso de estallar una insurrección, o se la sofoca al instante, o bien queda dueña del recinto de la ciudad. Es imposible que se sostengan en sus puestos las tropas distribuídas en pequeños grupos en los cuerpos de guardia, que pueden ser hostilizados por el paisanaje desde las bocacalles y los edificios inmediatos. Si esto no lo indicara la simple vista del lugar, bastaría a dejarlo fuera de duda lo acontecido en todas las insurrecciones. Cuando la tropa no ha podido prevalecer en el centro de la población, ha tenido que abandonarla toda, retirándose || a los fuertes y recogiendo, si posible le ha sido, las partidas que ocupaban la muralla. Desde ésta nada pueden hacer las tropas durante la refriega en lo interior, ya por ser en escaso número, ya también porque sus fuegos no pueden ofender a los que maniobran en el corazón de la ciudad.

Queda, pues, la cuestión reducida a si conviene o no conservar algunos fuertes que dominen la población. Cuestión grave, delicada, sumamente espinosa que el gobierno debiera meditar mucho antes de resolverla, pero que tal vez venga un día en que sea preciso ventilarla detenidamente. La gran ventaja que resulta al gobierno de la existencia de los fuertes es que los revoltosos no pueden prometerse un triunfo decisivo, aun cuando por un fatal conjunto de circunstancias logren desalojar de la ciudad a las tropas. Porque en tal caso éstas se repliegan sobre Atarazanas, la Ciudadela y Montjuich; se rehacen del descalabro que hayan sufrido; se reponen del espanto que les infundiera el alzamiento popular; se mantienen en acecho para aprovecharse de una coyuntura favorable, y sobre todo tienen a la mano el terrible recurso de sembrar la confusión y el desorden amenazando con el bombardeo. A esta prueba no puede resistir una ciudad populosa como Barcelona; quien sea dueño de los fuertes o la precisará a transigir o || forzará a la mayoría de los habitantes a la fuga, dejando la población abandonada a un puñado de revoltosos.

Esta ventaja es grande sin duda; mas al lado de ella se presentan gravísimos inconvenientes. La causa del orden puede apoyarse en los fuertes; pero, ¿quién nos ha

dicho que estos mismos fuertes no puedan ser un día el apoyo de la revolución? No siempre se encontrarán al frente de la provincia y de la ciudad jefes leales, entendidos y celosos; puede muy bien suceder que nos quepa alguna vez un general negligente o traidor, y entonces, si estalla una insurrección militar, y en la Ciudadela o en Montjuich se levanta la bandera de rebelión, pueden resultar para Barcelona y aun para toda la España los más graves compromisos.

Antes que al general Van Halen se le ocurriera el bombardear una ciudad de ciento sesenta mil almas, a fin de que, cundiendo en ella el espanto y el desorden, se viesen obligados los que la guarnecían a someterse a las exigencias del dueño del fuerte, esta idea era tan atroz que jamás les vino a la mente a los moradores de la capital del Principado el que pudiesen verse sometidos a tan dura prueba, y hasta creemos que cuantos ocuparan posición tan ventajosa y dominante debían de desechar como pensamiento diabólico el aprovecharse || de ella de un modo tan inhumano. Pero desde que se ha visto el efecto que produce medida tan cruel, y cuán fácilmente se obtiene el despoblar la ciudad haciendo entrar en capitulaciones a los que permanecen en ella, natural es que a todos los malvados, a todos los hombres de corazón duro como lo son los traidores, se les ofrezca desde luego el bombardeo como medio el más expedito para obligar a la ciudad a que se someta a lo que de la misma se exige.

Ahora bien: nadie podrá negarnos que en los agitados tiempos que estamos atravesando, en medio de tantos vaivenes y trastornos como afligen a este desgraciado país, en vista de tanto espíritu de insubordinación, de tantas defecciones y rebeliones como hemos presenciado, está muy bien en los límites de lo posible que el gobierno en un momento de descuido, o víctima de un pérfido manejo, reemplace a los jefes fieles encargados de la custodia del fuerte con otros desleales y vendidos a facciones inicuas y trastornadoras. Si al traidor le es dado seducir la parte de la guarnición que necesita para poner en ejecución sus intentos, podrá despertar Barcelona viendo levantada sobre su cabeza una bandera rebelde, y hallarse desde luego con la amenaza de que, si no cede a las condiciones que le imponen los sublevados, va a sufrir || inmediatamente los horrores de un bombardeo.

¿Qué sucedería entonces, por más fiel, por más decidido y enérgico que fuese el capitán general que se hallase al frente del Principado? Por de pronto cundiría por la ciudad la horrorosa alarma, se cerrarían las fábricas, comenzaría la emigración, se sacarían afuera los géneros de más

valor y los muebles más preciosos; en una palabra, se repetirían las tristes escenas de noviembre de 1842 y de junio y septiembre de 1843. Entre tanto los conspiradores que se hallasen en la ciudad trabajarían por acrecentar la alarma abultando el peligro, y ponderaran la necesidad de entrar en conferencias con los rebeldes para evitar mayores desgracias. Así podrían combinarse bajo la capa de la humanidad los elementos de desorden, interesar en su favor la población temerosa de sufrir una catástrofe y aprovechar un momento oportuno que les hiciese dueños de la ciudad entera. Y la capital del Principado, decidida por una causa, teniendo a su favor los fuertes que la dominan, tiene poderosa influencia sobre toda Cataluña y pesa mucho en la balanza de España.

Imaginémonos que lo acontecido en Alicante y Cartagena se hubiese realizado en Barcelona, estando en pro de los rebeldes la Ciudadela y Montjuich; ¿hubiera sido tan fácil dominarlos como || en las sobredichas plazas? Ciertamente que no; porque Barcelona abunda de medios de que ellas carecen, porque a Barcelona le bastan algunos días de suspensión de trabajo para que queden sin pan muchos millares de brazos, ofreciéndose a una Junta revolucionaria la oportunidad de entregarles las armas y de presentar en torno de sus muros una fuerza imponente por numerosa.

Se nos dirá que estos medios de dominar la población por los fuertes es más probable que favorezcan al gobierno que no a los rebeldes, porque, siendo aquél el poseedor habitual de las fortalezas, es mucho mayor la probabilidad que obra en favor de él que no la que está de parte de la rebelión. No negaremos que esta observación es muy fundada reduciendo la cuestión de gobierno a simple cuestión de fuerza; pero todos los hombres que tengan miras elevadas y humanas se horrorizarán con el solo pensamiento de que pueda venir un caso en que se apele a recursos tan atroces. ¿Se ha calculado bastante la execración que pesa sobre un gobierno que se arroje a bombardear una ciudad como Barcelona? ¿Se ha meditado lo suficiente sobre las consecuencias de una crueldad que de suyo pone de mal aspecto la causa de los gobernantes y da visos de razón y justicia a la de los sublevados? ¿No se recuerda la profunda herida || que recibió el poder de Espartero con las bombas arrojadas sobre Barcelona el día 3 de diciembre? ¿Se ha olvidado que desde aquel instante se notaron síntomas tan alarmantes y amenazadores que hicieron presagiar la caída del Regente? De lo que resulta que a un gobierno regular y legítimo no le aprovechan tanto como a la rebelión los mismos medios de reducir a su enemigo, pues mientras

aquél tendrá que respetar las consideraciones de prudencia y humanidad, y así se guardará de apelar a recursos crueles, o no lo hará hasta el último extremo, los sublevados no se pararán por tamaños inconvenientes, valiéndose para el triunfo de todo cuanto se les ofrezca.

¿Qué gobierno que se estime a sí mismo se atreverá a pronunciar la palabra *bombardeo* tratándose de una ciudad como Barcelona?

No; no son ésos los medios con que se gobierna en el siglo en que vivimos: estas monstruosidades que hemos presenciado en los últimos dos años son excesos a que se se ha lanzado el frenesí de la revolución en sus últimas agonías, como queriendo evidenciar a los españoles que, después de haber desorganizado la sociedad, no era capaz de gobernarla sino con hierro y fuego. Jamás los monarcas apellidados *déspotas* se valieron de medios tan crueles para dominar un motín; jamás abusaron de su || autoridad hasta el punto de envolver en la ruina de pocos culpables las fortunas y las vidas de millares de inocentes. No; no son éstos los medios en que debe afianzarse un gobierno; si hace la felicidad de los pueblos gobernándolos con sabiduría, suavidad y justicia, tendrá en su apoyo a la nación entera, y entonces, si en este o aquel punto un puñado de díscolos levanta la cabeza, fácil le será sofocar la revolución con la ayuda de la fuerza armada y la cooperación de la inmensa mayoría de los pueblos. Al contrario, si en vez de gobernar con arreglo a las leyes y con miras de utilidad pública, el poder sólo trata de explotar la nación en provecho de unos pocos, se levantará contra él la indignación general, y tarde o temprano estallará la insurrección, sin que basten a prevenirla ni a dominarla los más inexpugnables castillos. ¿De qué le sirvió a Espartero el conservar Montjuich? ¿Evitó por ventura que el descontento popular estallase en la ciudad con demostraciones estrepitosas, obligando a la guarnición a pronunciarse a fuerza de abrazos? Y después que Montjuich se quedó enteramente solo, ¿qué logró el teniente de Espartero con sus amenazas de bombardear la ciudad? Nada, sino causar inmensos daños a la industria y al comercio, perjudicando gravísimamente a muchas familias y sumir en la miseria a || las clases trabajadoras, sin que por esto se detuviese la marcha del pronunciamiento general, antes exasperándose los ánimos y arreciando las pasiones contra el causador de tantas calamidades.

Desgraciado el gobierno a quien se le ha de ocurrir siquiera un recurso tan extremado para conservar a los pueblos en la obediencia; señal es que no acierta a llenar el objeto de su destino y que adolece de algún vicio radical,

a cuya curación sería harto mejor atender que no a llenar los almacenes de proyectiles para destruir ciudades populosas y florecientes.

Procúrese que la inmensa mayoría del pueblo no tenga motivos para vivir descontenta y desazonada; foméntense los intereses cuyo desarrollo y prosperidad le proporciona medios de subsistencia y de bienestar; no se entreguen armas a quien no ofrezca la más segura garantía de que no hará mal uso de ellas; vigílese sobre las elecciones para el nombramiento de las corporaciones populares, evitándose el que por sorpresa o violencia no se pongan a la cabeza de las poblaciones aventureros inmorales que medran en medio de los trastornos; empléense para regir las provincias subalternos de acreditada lealtad y de firmeza de carácter, y entre tanto váyase preparando lentamente la reparación de los males causados por las tormentas revolucionarias; || trabájese en que la moralidad se propague entre las clases más numerosas, haciendo que se conserve y aumente el ascendiente de la religión, y con este sistema no será necesario gobernar con hierro y fuego, bastará la acción regular y suave de las leyes, y no será menester presentar a los ojos de la culta Europa nunca vistas escenas de escándalo y horror.

De las consideraciones que preceden es fácil inferir que no está destituída de fundamento la opinión de que no fuera dañoso ni traería peligros al orden público el derribo de las murallas que ciñen a Barcelona y hasta el de las fortalezas que la dominan; sin embargo, en materias de tanta gravedad e importancia, en que un yerro puede traer consigo resultados tan trascendentales, el gobierno que deba resolverse a una medida decisiva es preciso que proceda con la mayor circunspección y miramiento. Si algún día llegase el caso de ventilarse seriamente el negocio, sería conveniente oír a los militares inteligentes en la materia para que ilustrasen al gobierno sobre las ventajas que pudieran traer las fortificaciones de Barcelona en caso de una guerra extranjera; sería indispensable oír a las autoridades civiles que por su larga residencia en la capital del Principado hubiesen tenido ocasión de meditar repetidas veces sobre este negocio, || a la vista de los mismos hechos que se les andaban ofreciendo, y sobre todo de la mayor importancia oír a la ciudad misma, a los propietarios, a los fabricantes, a los comerciantes, a los artesanos; explorar, en una palabra, por diferentes medios la opinión y la voluntad de todas las clases, siquiera para saber a qué parte se inclinaría el instinto de la propia conservación, que no pocas veces es muy feliz y certero.

Sólo después de un prolijo y desinteresado examen se

debiera tomar una resolución definitiva, porque el destruir obras de tanto valor y cuya construcción creyó conveniente la sabiduría de los siglos pasados es acto a que es preciso proceder con mucha cautela.

No obstante, si después de sometida la cuestión a juicioso examen resultase que el bien que dimanará de la destrucción es mayor que el que se obtiene con la conservación, parécenos que sería un escrúpulo indigno de hombres de gobierno el detenerse en la ejecución por no echar a perder, como suele decirse, una obra de tanto coste. Las fortificaciones no son monumentos artísticos: son objetos de utilidad; o aprovechan o embarazan; éste es el punto de vista bajo del cual deben ser consideradas; lo demás es un apego a lo existente que no justificará las miras de elevada política. ||

Por lo tocante a las ventajas que reportaría Barcelona del derribo de las murallas y de los fuertes, respectivamente al desarrollo de sus intereses materiales, es cosa tan evidente que podemos abstenernos de ocuparnos en demostrarla; baste decir que, atendida su situación topográfica, la blandura de su clima, la belleza de sus alrededores, el espíritu industrial y mercantil de sus habitantes, es probable que, ensanchándose de repente la ciudad, se uniría desde luego con Gracia y en seguida con otros pueblos vecinos, convirtiéndose en el espacio de veinticinco años en una de las capitales más extendidas y más vistosas de Europa. ¿Le está reservado este porvenir? Creemos que sí, porque la cuestión de las murallas está ya casi resuelta. Derribada una parte de ellas y estropeada otra, es urgente el proceder a su reparación o al ensanche: lo primero es difícil se realice, y cuando se haya convenido en ensanchar será también muy difícil que en el nuevo recinto se levante una fortificación en regla. Se comenzará por levantar interinamente unas tapias y se aplazará para tiempo indefinido la construcción de la nueva muralla.

Entre tanto los edificios irán ganando terreno, se alzarán otras fábricas al lado de las existentes, los intereses industriales, fomentados cada día más, se atreverán a mayores exigencias, así la ciudad || como los alrededores interpondrán su poderosa mediación para que no se realice el proyecto de encerrar de nuevo la población con otra línea de fortificaciones, hasta que al fin se abandonará semejante idea y se dejará que las cosas sigan su curso natural y poco menos que necesario. ||

ARTICULO 3.°

Se desvanece un error sobre las causas de sus revueltas

SUMARIO.—Diferencia entre Barcelona y las demás capitales de España. Papel que ha representado desde 1833. Causas que han producido este fenómeno. No ha dimanado del provincialismo. Reflexiones sobre este particular. Equivocaciones que con respecto al espíritu de Cataluña corren muy válidas así en España como en el extranjero. Se desvanecen con la historia en la mano. Revolución de 1640. Guerra de Sucesión. Efectos de la política de la Casa de Borbón. Efectos de la revolución francesa. Después de este suceso el provincialismo de Cataluña ha desaparecido casi del todo.

Después de habernos ocupado de la parte material de Barcelona, justo es que fijemos nuestra atención en la política, social y moral. Desde luego salta a los ojos que esta ciudad se halla en circunstancias muy excepcionales con respecto a las demás poblaciones importantes de España. Basta pasar de ella a Zaragoza, Valencia, Granada, Sevilla o Madrid para palpar la diferencia. Al verla con sus numerosas fábricas, sus repletos almacenes, || sus magníficas tiendas, sus elegantes edificios; al notar los hábitos de aseo en todas las clases; al observar el espíritu de trabajo y de adelanto que las domina, diríase que Barcelona no pertenece a España, sino que es una importación que se nos ha hecho de Bélgica o de Inglaterra, célebres por las calidades que acabamos de enumerar. Nada se encuentra en ella que no contraste vivamente con la dejadez, la ociosidad, el desaseo que ofenden en otras poblaciones de la Península: todo allí es orden, regularidad y cuanto indica un pueblo muy adelantado en los ramos industrial y mercantil y que hace cada día nuevos esfuerzos para progresar más y más en su prosperidad.

Durante la revolución que nos aflige desde 1833 ha representado Barcelona un papel muy diverso del de las otras ciudades, ya sea entrando de lleno en las ideas revolucionarias, ya sea contrariándolas con más energía que en otros puntos: esto no carece de causas que conviene examinar.

Es claro que una ciudad que se hallaba en situación diversa de las otras en lo relativo a la organización social debía ofrecer en la parte política particularidades características; pues como quiera que las nuevas ideas se introduzcan y arraiguen más o menos en un país y produzcan efectos varios según la disposición en que encuentran a los

pueblos, || es evidente que, siendo la situación de Barcelona enteramente excepcional, excepciones debieron también resultar al presentarse en España las innovaciones políticas.

Ante todo debemos advertir que, como es ya bien conocido por otros escritos que llevamos publicados, estamos muy distantes de la opinión de aquellos que sostienen que el espíritu de provincialismo propiamente dicho vive todavía en Cataluña, y que esto es el origen de las diferencias políticas que en la misma se observan cuando se la compara con las demás provincias del Reino. El Principado de Cataluña, así como el resto de España, excepto Navarra y las Provincias Vascongadas, se ha encontrado sometido durante mucho tiempo al poder nivelador de los monarcas de Castilla para que puedan conservar el apego a los antiguos fueros y la afición a leyes que de largos años cayeron en desuso y, por consiguiente, en olvido.

Así es que en todas las revueltas que hemos sufrido desde 1808 se ha visto uniformidad admirable así en el bien como en el mal en las que han agitado puntos los más distantes y que nada habían tenido de común en idioma, en leyes y en costumbres. Cataluña no ha sido una excepción de esta regla, y si Barcelona se ha desviado algún tanto de la misma no ha sido por espíritu de provincialismo || propiamente dicho, sino por efecto de otras causas que nada tenían que ver con los antiguos fueros del Principado.

Una de las señales más evidentes de que las excepciones que ha presentado Barcelona no eran efecto del provincialismo está en el mismo carácter de los trastornos que repetidas veces la han perturbado. Generalmente hablando, los movimientos de esta ciudad se han verificado en pro de la revolución, lo que no hubiera podido suceder de esta manera si los elementos que la agitaban hubiesen sido restos del antiguo provincialismo. En tal caso, más bien descollara el afecto a las ideas y costumbres de nuestros padres, que no el entusiasmo por las que se nos habían importado de nuevo, y lejos de que Barcelona fuera el foco de la revolución se hubiera unido a la causa que más sostenedores encontraba en los habitantes de la montaña. Para quien haya visto de cerca las cosas y tenido ocasión de observar la profunda mudanza que ha experimentado Barcelona desde 1808, ni refutación merece siquiera la opinión de que las revueltas de que con tanta frecuencia ha sido víctima hayan dimanado de espíritu de provincialismo, de pensamientos de independencia, de inveterados odios contra Castilla, de deseo del restablecimiento de los antiguos fueros, de tendencia decidida a recobrar || lo que le habían arrebatado lentamente los monarcas, y muy en particular Felipe V después de la guerra de Sucesión.

Estas son conjeturas que, oídas en el extranjero o bien en la otra extremidad de España, pueden hacer alguna ilusión, a causa de que, miradas las cosas desde lejos, no carecen de visos de verdad. En efecto, quien no haya observado de cerca el origen y el curso de los acontecimientos, ni conocido el estado actual de las ideas y costumbres en Barcelona, ni adquirido noticia de los resortes que en los últimos tiempos se han empleado para conmoverla, convendrá fácilmente en que está lleno de solidez y exactitud el discurso siguiente: «El Principado de Cataluña disfrutaba en tiempos no muy remotos un conjunto de fueros, privilegios y libertades que le aseguraban una organización social y política muy diferente de la del resto de España. Ese pueblo se había manifestado en todas épocas celosísimo defensor de sus leyes y costumbres, no teniendo reparo en hacer frente a los mismos reyes, en hablarles con tono altanero y hasta en resistirles con las armas en la mano, si alguna vez se propasaban a infracciones de lo que habían jurado en las Cortes catalanas en el acto de su reconocimiento. La historia nos ofrece abundantes pruebas del calor, del entusiasmo, de la tenacidad con que se || defendían en el Principado los antiguos fueros y libertades, bastando la guerra de 1640 para darnos una idea del punto a que podía llegar la exasperación de los catalanes cuando veían atacado o amenazado lo que amaban más que sus haciendas y sus vidas. Sojuzgados por las armas de Castilla, sometidos a condiciones duras, no perdieron, sin embargo, su afición a lo que habían poseído durante largos siglos, y continuaron disfrutándolo más o menos según les permitían las circunstancias. Así es que, al sobrevenir la guerra de Sucesión a principios del siglo pasado, se desplegó en Cataluña el espíritu de provincialismo tan vivo, tan osado, tan enérgico como en las épocas anteriores, echándose de ver que ni los desastres de la guerra de 1640, ni la compresión que habían sufrido después, ni las precauciones tomadas sucesivamente por el gobierno de Madrid, habían producido el efecto deseado para amalgamarlos y confundirlos en la unidad de la monarquía.

»Si bien es verdad que Felipe V destruyó de una vez casi todos sus fueros, y que desde su elevación al trono cayó en desuso la celebración de Cortes, no obstante, el Principado se avenía mal con semejante situación y mordía el freno que se le había impuesto en nombre de la victoria. Este freno se ha roto al introducirse en España la revolución, || y Cataluña, aprovechando esta coyuntura tan favorable, ha soñado de nuevo en su independencia, ha sentido despertarse en el fondo de su corazón sus inveterados odios contra el gobierno de Castilla, y de aquí es el haber-

se prestado tan fácilmente a separarse de él, ora adhiriéndose al grito levantado en otras partes, ora poniéndose denodadamente a la cabeza de los pronunciamientos, y siempre figurando en todos como uno de los centros más activos, más exaltados de propaganda revolucionaria. Estos elementos que preponderaban en Cataluña, natural era que se hiciesen sentir con más fuerza en la capital, y de aquí es que por necesidad ha debido ser ésta un foco de insurrecciones contra el gobierno de Madrid, haciéndose sobremanera difícil el sujetarla a un orden regular y estable que, por más beneficioso que le fuera, se halla en abierta oposición con sus inclinaciones más fuertes y arraigadas. De este modo se explican los fenómenos que han podido causar extrañeza a la Europa, que habrán parecido anomalías extravagantes, sin embargo de que eran efectos necesarios de la misma naturaleza de las cosas.»

He aquí unas reflexiones que estampadas en un periódico extranjero parecerían fundadas y juiciosas, y que reunirían tales apariencias de verdad, tal acompañamiento de datos históricos, tal analogía || de los sucesos antiguos con los modernos, tal encadenamiento de los hechos presentes con los pasados, que no dejarían de convencer a muchos de los que, hasta teniendo pretensiones de imparciales, desinteresados y profundos examinadores del origen, carácter y tendencias de los acontecimientos, prestan crédito a lo que les dice un escritor cualquiera, y se dejan sorprender por sofismas que conducen a resultados diametralmente opuestos de los que descubre quien, no fiándose en la autoridad ajena, observa por sí mismo las cosas con el debido detenimiento. Y a la verdad, ¿no puede decirse que el precedente discurso abunda de apariencias de solidad? Ciertamente; pero en la realidad, analizado en presencia de los hechos, ¿es por ventura otra cosa que una mezcla informe de proposiciones falsas y verdaderas, una amalgama de hechos positivos con hechos supuestos; una serie de raciocinios donde a lo mejor se corta el hilo cuya continuación es menester para probar aquello de que se trata; un cuadro donde se desfiguran totalmente las ideas y costumbres actuales, pasando por alto las causas que las han formado tales como se hallan al presente, y que por lo mismo hace concebir una opinión enteramente equivocada a quien se pague de apariencias de verdad y buen juicio? No cabe duda. ||

Para convencer más y más de lo que acabamos de decir, presentaremos algunas reflexiones que desvanecen totalmente los argumentos que se aducen en pro del supuesto provincialismo y que manifiestan el vicio de los raciocinios en apariencia tan concluyentes.

No puede negarse que Cataluña disfrutaba aún en el siglo XVII de fueros, privilegios y libertades que le daban una organización social y política especial y que, estando muy en oposición con el sistema que regía en otros puntos de España, no le permitía amalgamarse con los demás pueblos bajo el centro de los monarcas de Castilla. En situación más o menos análoga se hallaban Valencia, Aragón, Navarra y las Provincias Vascongadas. Pero es indudable también que desde el reinado de Fernando e Isabel anduviéronse quebrantando las resistencias que oponían las provincias a la unidad de la monarquía, y que, ora por medios violentos, ora por suaves, ora por desuso, los reyes procuraban enflaquecer y disminuir esa muchedumbre de fueros y privilegios que a cada paso salían al encuentro a la acción del poder central, no dejándole obrar con desembarazo y soltura. Por lo tocante al Principado, ya se echó de ver por el mal éxito de la insurrección de 1640 que no le era dable conservar de sus antiguos fueros sino aquello que tuviesen || a bien tolerarle los reyes de Castilla. En los sesenta años que transcurrieron desde aquella época hasta el advenimiento de la dinastía de Borbón fueron depereciendo continuamente las antiguas leyes de Cataluña, no sólo por efecto de la postración en que debió caer después de haber hecho esfuerzos tan colosales como estériles para defenderlas y conservarlas, sino también porque no pudo menos de participar Cataluña de aquel marasmo en que se sumergió la nación entera durante los últimos años de Felipe IV y el tristemente célebre reinado de Carlos II.

Al principiar la guerra de Sucesión entre la Casa de Borbón y la de Austria parece que todavía se desplegó en Cataluña el espíritu de provincialismo de una manera bastante fuerte para hacerle representar un papel importante en la encarnizada contienda. No negaremos que una de las causas que sostuvieron la energía catalana en aquella prolongada y desastrosa lucha fuera ese espíritu de provincialismo que hacía de ella una nación aparte, interesándola por honor y por orgullo en cuanto creía que afectaba más o menos directamente sus intereses, e induciéndola a prescindir del partido a que pudieran inclinarse las demás provincias de España. Mas si reflexionamos sobre aquella guerra, veremos que la contienda estaba no entre la monarquía || y los fueros, sino entre dos dinastías rivales, y por lo mismo el pensamiento dominante de los catalanes no era a la sazón la defensa de sus antiguas libertades, sino la de una rama a la cual creían asistida de mejor derecho y que tenía a su favor el ser la que había reinado en España desde la madre de Carlos V, Doña Juana *la Loca*. Por manera que este hecho más bien indicaría que los catalanes comen-

zaban a avenirse mejor con la monarquía castellana, supuesto que arrostraban tan costosos sacrificios por defender la rama austríaca que hasta entonces había ocupado el trono. Lo que adquiere tanto más peso si se recuerda que en 1702 Felipe V [1] había reunido Cortes en Barcelona y jurado los fueros y privilegios conforme a la antigua costumbre, lo que parece debía tranquilizar a los catalanes sobre la conducta que en adelante observaría el monarca recién venido.

Como quiera, lo cierto es que el Principado tomó un empeño muy decidido en favor de Carlos de Austria, y que, por efecto de la victoria de la Casa de Borbón, se halló Cataluña sometida a la dura condición de los pueblos conquistados. Ya por este motivo, ya por la política centralizadora que nuestros monarcas heredaron de Luis XIV y que se avenía mejor con las tendencias y las necesidades de la época, desaparecieron completamente los || antiguos fueros, y la antes libre e independiente Cataluña, que por espacio de muchos siglos había formado una nación aparte aun contando el tiempo en que había estado unida a la corona de Castilla, se vió reducida por el fundador de la dinastía de Borbón a la misma línea de las provincias sobre las cuales había pasado ya el poder nivelador de los reyes.

El provincialismo, que venía enflaqueciéndose de mucho tiempo atrás, no pudo resistir a tan duro golpe, y los restos que de él pudieron quedar en las tradiciones y costumbres del país fueron desvaneciéndose durante el siglo XVIII. A fines del mismo se había verificado en el centro de Europa una revolución colosal que afectó más o menos a las demás naciones, y si bien la España, generalmente hablando, rechazó de todo corazón las funestas innovaciones que en el reino vecino se habían ensayado en el orden religioso, social y político, no obstante, no dejó de sentirse entre nosotros el sacudimiento que era consiguiente, hallándonos tan inmediatos al cráter del volcán que arrojaba en todas direcciones espantosos torrentes de encendida lava. Desde entonces las ideas tomaron otra dirección, ya sea que se encaminasen por el sendero revolucionario, ya que se aprestasen a la defensa para defender la antigua organización religiosa y política. ||

A un sacudimiento de esta naturaleza no podían sobrevivir los gérmenes amortiguados de provincialismo; ya no se trata de esta o aquella práctica, reducida a una o a muy pocas ciudades, de esta o aquella ley vigente en un país muy limitado, de este o aquel privilegio concedido a determinadas corporaciones. La cuestión se había colocado más

[1] *Felipe II* en la edición balmesiana.

alto: estaban en peligro la religión, la monarquía, la antigua sociedad en masa, con sus creencias, sus costumbres, sus leyes, sus instituciones; se había declarado la guerra a todo lo existente, no para introducir livianas reformas, sino para destruirlo del todo y levantar sobre sus ruinas un edificio enteramente nuevo. Claro es que en semejante crisis debió de olvidarse lo accesorio para pensar en lo principal, y así es que desde aquella época data una dirección de ideas que en nada se parece a la antigua, notándose en el pensamiento hasta de los mismos conservadores más amplitud, más universalidad, y tomando todas las cuestiones un interés cosmopolita que no sólo no puede circunscribirse a una provincia o a una nación, sino que abarca al género humano.

Con esta revolución en las ideas, que afectó profundamente las costumbres, acabaron de disiparse los restos de localidad en Cataluña, si algunos quedaban en la memoria de sus moradores: en la memoria || decimos, porque para quien conozca el estado actual del Principado es indudable que la inmensa mayoría del pueblo ni recuerdos conserva de las instituciones políticas que formaban el orgullo de sus mayores.

Creemos haber desvanecido completamente esas vulgaridades que se han propalado en España y en el extranjero sobre el supuesto espíritu de provincia y proyectos de independencia abrigados por los catalanes. Debiera haber bastado atender al origen y al carácter de las revoluciones de Barcelona en estos últimos años para disipar un error que se halla en tan fragante contradicción con los hechos, o no permitirle siquiera que naciese: bastaba reflexionar quiénes eran los hombres de la revolución, cuál la bandera que en ella se levantaba, cuáles las ramificaciones que comúnmente tenía con otros puntos de la Península, para deducir desde luego que los motines no eran producto de nada de lo antiguo, que eran un achaque enteramente nuevo, que era una dolencia de un miembro que pertenecía a un cuerpo atacado de grave enfermedad y que, por consiguiente, participaba de la mala disposición y corrompidos humores que afectaban más o menos a todos los otros miembros.

Ya hemos reconocido desde un principio que Barcelona se hallaba en un estado excepcional, y || que por efecto de esto el daño fué mucho mayor y los síntomas mucho más alarmantes; pero sostenemos al mismo tiempo que esto no dimanaba del provincialismo propiamente dicho, que las causas del mal no eran antiguas, sino muy modernas, y que empeñarse en discurrir de otra manera es buscar muy lejos un origen que se encuentra a las inmediaciones del observador.

Conviene no olvidar estas verdades, porque de este ol-

vido podrían dimanar errores de grave trascendencia en la conducta del gobierno, que tal vez cree ser conducente trabajar en que desapareciese un fenómeno que es una sombra vana, que no existe en realidad. Pensando descargar golpes sobre el provincialismo sería de temer que no los descargase sobre la provincia. Por lo tocante a la explicación de las causas que crearon para Barcelona una situación excepcional, nos reservamos señalarlas en otro artículo. ||

ARTICULO 4.º

Rápida ojeada sobre las revueltas de Barcelona desde 1833 y examen de sus causas

SUMARIO.—Situación de Barcelona al principio de la revolución. Sus disposiciones particulares para contagiarse. Popularidad de la revolución en Barcelona en 1833. Empieza la reacción de ideas en 1835. Sucesos de 1840. Revolución de 1842. Pronunciamiento de junio. Situación actual.

Situada Barcelona a las orillas del mar, a las inmediaciones de Francia, y siendo además un punto muy visitado por toda clase de extranjeros, natural es que participase más que otras poblaciones de España de la influencia de las ideas y costumbres que habían adquirido mucha pujanza y extensión en otros países de Europa, y particularmente en el reino vecino. Hallándose además esta ciudad muy adelantada en industria y comercio, y sintiéndose con irresistible tendencia a progresar más y más en dichos ramos a causa del conjunto de circunstancias favorables que en otro lugar hemos || señalado, debió suceder que entrase más fácilmente en el movimiento que arrebata a los demás pueblos, supuesto que en la industria y en el comercio hay no sólo la fabricación y transporte de los efectos manufacturados, sino que también sirven de vehículo para la circulación y propagación de las ideas y costumbres.

La experiencia de todos los tiempos ha enseñado que los pueblos industriales y mercantiles se contagian presto con las enfermedades morales de los otros, que renuncian con menos trabajo a sus tradiciones y a sus hábitos; que el sello de su nacionalidad se altera con el roce continuo, y que, situados a veces a muy poca distancia de comarcas no sometidas a semejante influencia, son tan diferentes de los moradores de ellas que los hombres parecen de países y de siglos muy distantes. Fácil sería aducir muchos ejemplos históricos de esta verdad y comprobarla además con la ex-

periencia que a cada paso se nos ofrece a la vista; pero bien podremos dispensarnos de semejante tarea cuando cada cual podrá por sí mismo asegurarse de ello harto mejor de lo que pudiéramos enseñárselo nosotros con dilatados escritos: basta dar una mirada a un punto donde se haya desarrollado mucho la industria y el comercio, y volver en seguida los ojos hacia otro donde no se haya || verificado esta circunstancia, aun suponiendo igualdad en el número de la población y en el desarrollo de la prosperidad respectiva. El pueblo industrial y mercantil contrasta tan vivamente con el agrícola, que la diferencia se presenta demasiado de bulto para que sea preciso buscarla, ni aun posible el dejar de verla.

Claro es, pues, que, hallándose Barcelona en estas circunstancias y reuniéndolas en más alto punto que otra ciudad cualquiera de la Península, debió ser una de las poblaciones que más pronta y vivamente se resintieron del espíritu disolvente del siglo.

Para mayor desgracia permanecieron los franceses en ella durante la guerra de la Independencia; y si bien es verdad que muchos de sus habitantes abandonaron sus hogares para correr los peligros y participar de las glorias de la causa nacional, también es cierto que no todos pudieron hacerlo así y que quedaron huellas que no fué fácil borrar. Desde 1814 a 1820 andaba cundiendo el daño de las ideas innovadoras en toda la Península, porque aquel gobierno ni era poderoso a impedir el mal, ni hábil para dirigir el movimiento que tan vivamente se había declarado hacia un orden de cosas diferente. Así es que, cuando en 1820 se proclamó la Constitución, se echó de ver que se habían propagado || bastante en Barcelona las ideas revolucionarias, realizándose allí escenas que no es menester recordar porque son demasiado recientes para que hayan podido olvidarse.

En aquella época ya no sucedió en la capital del Principado lo que en otras poblaciones importantes de España, donde la mayoría se decidió abiertamente por el antiguo orden de cosas, sufriendo a duras penas la opresión en que la tenían las facciones apoyadas en el centro del gobierno, pero manifestándose con estrépito y algazara tan pronto como el ejército francés vino en socorro de Fernando VII para restablecer la monarquía absoluta. En Barcelona, aun después de la entrada de los franceses, el partido realista no pudo hacer demostraciones públicas que indicasen popularidad, y tuvo que resignarse a obrar de oficio, a causa de que la mayoría de la población estaba en sentido contrario a la situación creada por la victoria de los realistas.

La compresión que sufrió la opinión pública en aquella

ciudad durante los diez años contribuyó más bien al aumento de las ideas innovadoras que no a su disminución, y para formar concepto del estado de los ánimos en 1832 es suficiente recordar el frenético entusiasmo con que fué recibido el general Llauder, el furor con que fué arrojado el Conde || de España y la alegría sin tasa a que se entregaba la capital a cada paso que daba el gobierno hacia un orden de cosas que prometiera la caída del sistema absoluto y la inauguración del representativo.

La reforma, o sea la revolución, era en aquella época popular en Barcelona; no era sólo la hez del pueblo la que tomaba parte en el bullicio, eran también las clases acomodadas, eran las personas más ricas, así de la clase de propietarios como pertenecientes a la industria y al comercio. Los literatos y todas las profesiones científicas participaban generalmente del movimiento; por manera que, si bien en la ciudad había no pocos que miraban con desconfianza el giro que iban tomando las cosas y auguraban desgracias para el porvenir, no obstante se veían precisados a ocultar sus temores en el fondo de su pecho, y no se atrevían a manifestar su opinión sino en las expansiones de la amistad y de la confianza.

Cuando sobrevinieron los desastres de 1835, el incendio de los conventos, el asesinato del general Bassa, el furor contra el general Llauder, poco antes objeto de tan solemne ovación, y el desbordamiento universal de las ideas y pasiones revolucionarias, todavía era mucha la popularidad que disfrutaban en Barcelona las medidas extremadas; || y no son pocos los que actualmente se avergüenzan de haberse complacido en el fondo de su corazón en los horribles crímenes de aquellos días de infausta memoria, ya que de una manera más o menos directa no contribuyeran a consumarlos.

Sin embargo, preciso es confesar que el horror de aquellos días aterró a los tímidos, desengañó a los sencillos e incautos e inspiró serias reflexiones a cuantos, no teniendo bastante valor para retroceder en el camino del mal, conservaban, empero, la honradez necesaria para no poder constituirse en defensores de atentados que escandalizaban a la culta Europa y lastimaban todos los sentimientos de humanidad. Desde entonces comenzó la deserción de las banderas salpicadas con sangre inocente. La revolución continuó su estrepitosa carrera con sus instintos feroces, sus pasiones insaciables, su inextinguible sed de oro y de maldad. Pero, en cambio, resultó que la dura lección había escarmentado a muchos, que cada día iba escarmentando a otros, y que así, dispersándose en diferentes direcciones los antes ardientes partidarios de la enseña revolucionaria, se fueron

creando los elementos que a no tardar constituyeron un nuevo partido.

Cuando no las convicciones, el interés propio había de traer semeajnte transformación, pues todos || los que no deseaban medrar en las revueltas, y sí conservar sus fortunas y sus vidas, debían pensar seriamente en poner algún dique que los resguardara contra ese torrente devastador, cuya impetuosa avenida habían provocado ellos mismos.

Esta es la ley de todas las revoluciones, siendo de notar que un período semejante se vió también en la francesa, con la diferencia de los nombres y con la diversidad de circunstancias, que por necesidad acarreaban a los partidos modificaciones muy trascendentales.

Así como Barcelona se había encontrado en situación excepcional que la hacía más adicta a la revolución, así también, cuando comenzó a formarse en ella el partido conservador, se halló en circunstancias muy diferentes de las de otras capitales de España. En éstas la masa de las clases bajas, o no se había interesado en la cuestión política, o había mostrado simpatías en favor de la causa de Don Carlos, por lo que aconteció que el partido liberal no sintió tan pronto los efectos de la división intestina, ni la urgente necesidad de que los que se habían puesto a la cabeza de la revolución tratasen de enfrenarla para conservar sus haciendas y sus vidas. En ningún punto de España se hallaba esa masa totalmente dispuesta a favor de las ideas revolucionarias como en Barcelona; || en ninguna parte era tan fácil que los tribunos se viesen rodeados de un pueblo numeroso que secundara sus designios; en ningún punto existían, a más de las clases inferiores, esa muchedumbre de artesanos que, alucinados también por las ideas revolucionarias, favorecían más o menos directamente la propagación y los efectos de lo que, andando el tiempo, les había de costar tantas pérdidas, tanto malestar y sobresaltos.

De aquí resultó que la fracción del partido liberal que se propuso resistir al torrente devastador, en vez de ser mirado como debía, es decir, como un conjunto de hombres que con el desengaño de lo pasado y el temor del porvenir habían sentido la necesidad de modificar sus opiniones y templar su conducta, fué considerado como una reunión de aristócratas traidores a la causa que antes abrazaran y defendieran, enemigos del pueblo, hostiles a toda reforma, y que sólo habían intentado contribuir a los primeros disturbios para satisfacer designios particulares, abandonando en seguida a los azares de la suerte al crecido número de ciudadanos que en pos de ellos se había comprometido.

El acaloramiento producido por los desastres de la guerra civil, los estrepitosos excesos a que en todas partes se

entregaba la revolución, el desbocamiento de la prensa, la debilidad del gobierno || supremo y cuantas causas contribuyen a exaltar los ánimos y desencadenar las pasiones obraban de una manera muy particular sobre Barcelona, motivando el que la división entre las dos fracciones del partido liberal fuese cada día más marcada e incapaz de avenimiento. Para comprender los agigantados pasos que en la capital del Principado habían dado las ideas conservadoras, basta recordar el cambio realizado en ella por el barón de Meer en 1837 con el desarme total de la Milicia y su reorganización más adaptada a la conservación del orden público. Semejante paso, que pudo darse en octubre de 1837 y que mereció la aprobación y sincera adhesión de lo más distinguido de la capital, hubiera sido poco menos que imposible en 1835, aun cuando supusiéramos que hubiese tratado de realizarla otro general de firmeza y energía de carácter iguales a las que distinguen al mencionado jefe. En 1835 la revolución era todavía muy popular, contaba no sólo con el apoyo de las clases más numerosas, sino también de las medias y de no escasa porción de las altas; así fué estéril e impotente la decisión del infortunado Bassa, que sin duda no estuvo escaso de valor y osadía, ya que se atrevió a arrostrar con tamaña serenidad el puñal de los asesinos.

El desarme de la Milicia hecho por el barón de || Meer, la organización de la nueva, la situación política de la ciudad y demás medidas que siguieron a aquellos actos hicieron que la fracción que no quería cejar en el camino revolucionario se irritase más y más y procurase derribar a sus adversarios por cuantos medios estaban a su alcance. Ya en mayo del propio año se había trabado en las calles sangrienta lucha entre los sostenedores de la autoridad y los perturbadores del orden público; había corrido la sangre, y la discordia sellada con sangre es mucho más difícil de apaciguar.

Desde entonces ya no hubo otro medio para entenderse que apelar unos y otros a las armas, bien que todos los esfuerzos de los revolucionarios no produjeron ningún resultado hasta que, encontrando algún apoyo en el gobierno de Madrid, dominado ya por Espartero, consiguieron la caída del barón de Meer y prepararon la victoria que tan cumplida les proporcionó el general en jefe de los ejércitos reunidos con el auxilio de cien mil bayonetas.

El más completo exclusivismo, la intolerancia, la dureza en las palabras, la exageración en la conducta, las personalidades más repugnantes, los insultos más crueles, las amenazas continuas, las persecuciones constituyeron el estado habitual de Barcelona después de 1840, enardeciéndose más

y más || las pasiones al primer amago que inspirara recelos a los amigos de aquel orden de cosas, y provocándose movimientos cuyo tremendo carácter y espantosas tendencias no es necesario recordar.

Así la contemplaban asombradas las demás poblaciones de España, no comprendiendo cómo era posible aquella exasperación que ellas no conocían. Y era que la revolución había corrido en Barcelona sus fases con más rapidez que en los otros puntos de la Península, por lo mismo que había comenzado allí con más ímpetu, desarrollándose en mayor escala y obrado con más brío; y era que Barcelona, víctima de los mayores males, había sentido más pronto la necesidad de remediarlos; y era que para Barcelona había sonado mucho antes que para otras ciudades la hora del desengaño y del arrepentimiento: la revolución se sentía débil, y por esto veía peligros en todas partes y se hacía más violenta y cruel.

Tenemos una prueba de esto en que el pronunciamiento de julio de 1840 en favor de Espartero anduvo ya muy escaso de popularidad, sin que se lograse excitar el entusiasmo, ni interesar siquiera en favor del nuevo poder con la victoria conseguida en septiembre y octubre, cuando, imitando los demás pueblos de la Península el movimiento de Barcelona, se logró condenar a la emigración a la || Reina Madre y ensalzar al mando supremo al soldado de fortuna.

La impopularidad de que estamos hablando se manifestó bien claramente en aquellos días de funesta memoria, bastando para convencerse de los enemigos que tenía en Barcelona la situación creada en 1.º de septiembre el atender a la conducta observada por la Junta revolucionaria de octubre de 1841, cuando la insurrección de O'Donnell en la ciudadela de Pamplona y las otras que le sucedieron en diferentes puntos revelaron el peligro en que se hallaban tanto el poder del Regente como el predominio de aquellos que con él habían identificado su causa. No es posible que se lleve a tan alto punto la exageración y la violencia a no sentirse quien la ejerce profundamente débil. El que es fuerte, el que se ve rodeado de las simpatías populares, el que cuenta con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos influyentes no ha menester abandonarse a tales extremos, que, si a veces producen un efecto momentáneo, contribuyen sobremanera al descrédito del partido en cuyo nombre y favor se está obrando.

En los acontecimientos de noviembre de 1842 se presentó tan de bulto la indicada verdad, que era imposible dejar de conocerla a no empeñarse en cerrar los ojos a la luz. En 1841 se pretendía legitimar || o disculpar la marcha adoptada por la Junta con la necesidad que había de defen-

der la Regencia de Espartero y la situación creada por el pronunciamiento de septiembre. En 1842 se hizo el movimiento contra Espartero, desaparecieron de la escena muchos de los hombres que figuraran en las revoluciones de otras épocas, y la Junta creada a consecuencia de los sucesos del 15 de noviembre, a pesar de estar compuesta de personas de poca categoría y algunas de ellas enteramente desconocidas del público, pudo observar una conducta sumamente templada e inofensiva con respecto a las personas y a las propiedades.

¿De dónde la diferencia? De que en 1841 los que promovían la revolución para sostener a Espartero se llenaban de espanto al echar una mirada en derredor, al encontrarse destituídos de simpatías populares y amenazados por adversarios poderosos, cuando no fuera por otra causa, por su excesivo número. La Junta de noviembre de 1842, si bien veía en muchos frialdad y desconfianza, si bien notaba que no eran pocos los que temían que el pronunciamiento se malograse, acarreándose a la ciudad desgracias estériles, no obstante, observaba que la inmensa mayoría de la población participaba del pensamiento dominante del levantamiento, que era la caída de Espartero; y así es que pudo obrar con || desembarazo, sin temor de ser contrariada por la mayoría de los ciudadanos, que deseaban vivamente que se derribase el poder tan profundamente aborrecido. Esta es la causa por que la Junta observó una conducta tan mesurada, no permitiéndose atropellamientos de ninguna clase.

El pronunciamiento de junio acabó de evidenciar la ninguna simpatía que tenían en Barcelona Espartero y la situación política por él representada y sostenida. Las bombas de diciembre no habían ahogado la exasperación popular; antes al contrario, la habían llevado a más alto punto. haciendo que se preparase a estallar con más tremenda explosión a la primera oportunidad que la brindara con algunas esperanzas de triunfo.

El desesperado esfuerzo de los partidarios de la revolución de cosas durante la insurrección centralista no alcanzó a recabar que la mayoría de Barcelona se interesase en su favor. La emigración más asombrosa que se viera jamás probó que la opinión había sufrido un cambio profundo y que era imposible hacerla volver atrás para tomar parte en motines y trastornos. Y no sirve el alegar que todavía se encontraron algunos miles de brazos que tomaron las armas en defensa de la bandera levantada el día 2 de septiembre, que se sostuvieron firmes por espacio de tres meses, y no se rindieron al || general Sanz antes de haber visto que el movimiento no era imitado en las demás pro-

vincias y que era sofocado en todas partes donde llegó a estallar; pues que en una ciudad tan populosa, donde se hallan en tan crecido número las familias que quedan sin pan en el momento que se cierran las fábricas, es imposible que la necesidad no obligue a muchos a tomar parte en una causa que les es del todo indiferente. Añádase a esto que en tales casos acuden al punto de la insurrección una multitud de aventureros de fuera, deseosos de aprovecharse de los disturbios, y se tendrá sencilla y fácilmente explicado por qué se pudo formar un cuerpo suficiente para cubrir las murallas y hacer desde allí frente a las tropas de los alrededores. Además, si no olvidamos que en el sinnúmero de familias emigradas se contaban muchísimos de la clase de jornaleros, si tenemos en cuenta que los enemigos de aquella revolución salieron desde luego de la ciudad a esperar el desenlace de los acontecimientos, en vez de impedir su desarrollo, resultará más claro que la luz del día que el movimiento era altamente impopular, y que si nació y pudo medrar por algún tiempo, poniendo en alarma a la nación, todo fué debido a ciertas causas que no es oportuno examinar y que con el tiempo señalará la historia.

De estas consideraciones se infiere cuál es el || estado actual de Barcelona y cuáles son las causas que lo han producido. El orden tiene allí numerosos partidarios, mejor diremos, la población en masa está en favor de él, pudiendo asegurarse que, mientras haya al frente del Principado autoridades civiles y militares de intención recta y carácter firme, no se turbará la tranquilidad pública y se hará imposible la repetición de las escenas que por espacio de tantos años han escandalizado a la España y a la Europa.

Con la nueva situación han nacido nuevas necesidades a que es preciso atender, si se desea cuidar no sólo de lo presente, sino también precaverse contra los riesgos del porvenir. De esto nos ocuparemos en otro artículo. ||

ARTICULO 5.°

Consideraciones generales sobre los efectos del desarrollo de la industria en las sociedades modernas

SUMARIO.—División entre fabricantes y trabajadores. Sus relaciones con la situación de los demás países industriales. Dolencia de las sociedades modernas. Atraso de la economía política bajo el aspecto social. Un dicho célebre. Razón de que la industria aumente los pobres. Reflexiones sobre los grandes establecimientos.

Si las complicaciones que han hecho sumamente difícil la posición de Barcelona en los últimos años se hubiesen limitado al orden meramente político, fueran bastante a remediar el daño medidas puramente políticas; mas, como quiera que no ha sucedido así, y que por motivo del desarrollo industrial y mercantil se han presentado en mayor o menor escala algunos de los problemas que abruman a las demás naciones que se hallan en este caso, ha resultado que, afectándose el orden social, la herida que ha recibido la tranquilidad pública || ha sido más grave y los elementos de discordia pueden contar con más larga duración, dado que su vida y su fuerza estriba en la misma organización industrial, que no es posible destruir y no muy fácil de modificar.

La discusión entre los fabricantes y trabajadores que tan ruidosamente estalló en ciertas épocas es síntoma más alarmante a los ojos de todo hombre pensador y que conozca las tendencias de semejante fenómeno, que los mayores disturbios promovidos con intento o pretexto de obtener mayor grado de libertad. En efecto: observándose el mismo hecho con más o menos semejanza en los demás países donde la industria se ha desarrollado, claro es que sería un error atribuirle a causas puramente locales y no ver en él un resultado del aumento mismo de la industria.

Las innumerables obras que se han publicado y continúan publicándose en Francia, en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra y en los Estados Unidos sobre lo que se apellida la organización del trabajo, los generosos esfuerzos que están haciendo los escritores amantes de la humanidad para resolver el difícil problema que aquí se envuelve, los desatentados proyectos a cuya explanación se han arrojado cabezas descabelladas, la atención que dispensan a este negocio los gobiernos más ilustrados, las ruidosas || crisis que

de vez en cuando sobrevienen perturbando el orden público, son datos que prueban hasta la evidencia que la organización de la industria, tal como ahora se halla en Europa, deja todavía mucho que desear y ofrece gravísimos inconvenientes que, en muchos casos, hacen nacer la duda de si hubiera sido más provechoso a la humanidad y al buen orden de las sociedades que el mencionado desarrollo no hubiese sido tan repentino.

Reflexionando sobre las causas de este mal, salta desde luego a los ojos que una de ellas es el que se han descubierto los medios de producir y acrecentar esta producción indefinidamente, sin que al propio tiempo se haya encontrado el arte de hacer la distribución de los productos de la manera conveniente, ni haberse establecido un sistema capaz de hacer frente a las apremiadoras necesidades que consigo trae una multiplicación excesiva, o al menos de ponerle coto previniendo el incremento desmesurado sin lastimar la razón, la justicia, la moral, ni la conveniencia pública.

La economía política, muy adelantada como ciencia puramente material, lo está muy poco como social. Ha desenvuelto magníficas teorías sobre el modo con que se producen las riquezas y sobre la manera con que tienden a distribuirse, pero estas || riquezas las ha mirado como un simple producto de la inteligencia y de la fuerza, sin la debida relación al hombre, de quien dimanan y a cuyo bienestar y felicidad deben destinarse. No negaremos que para crear la ciencia económica y levantarla a la altura reclamada por su importancia sea menester por razones de buen método separar las consideraciones sociales de las materiales; mas también es indudable que aquéllas deben ser el complemento de éstas, y que el ocuparse mucho de las segundas sin pensar en las primeras sería formar un cuerpo de doctrina estéril para el bien de la humanidad y muy incompleto bajo el aspecto científico.

Nada de cuanto se refiere al hombre puede decirse suficientemente desenvuelto hasta que abarca las relaciones físicas y morales y atiende a todas las condiciones favorables o adversas a que con respecto a aquel punto está sometida la humanidad. La ciencia que produce un mal mezclado con el bien que acarrea está obligada, por decirlo así, a trabajar incesantemente en remediarlo, depurando el beneficio de los elementos malignos que en alguna manera le hacen dañoso. De la propia suerte que el médico inventor de un específico para curar una enfermedad atiende cuidadosamente no sólo a los buenos efectos, sino también a los malos || y se ocupa no menos en atenuar éstos que en aumentar aquéllos.

Uno de los inconvenientes más graves que se han ofre-

cido para que pudiese lograrse cumplidamente el saludable objeto de que hablamos ha sido el que el desarrollo de la industria y el adelanto de la ciencia económica han coincidido con esa época de enflaquecimiento de las ideas religiosas y morales y han tenido que marchar al lado del materialismo o del escepticismo. Desde el momento que el hombre es considerado como un simple producto de la naturaleza, sin diferencia de los demás, sino por una organización más perfecta y delicada, no es extraño que en tratando de él con respecto al trabajo se le mire como una máquina que conviene manejar del modo más útil, sin que sea preciso atender a su conservación, sino por el beneficio que de ella se espera o por el daño que de su pérdida se teme. Muy al contrario, cuando se considera al hombre como dotado de un espíritu inmortal y creado para destinos más altos de los que le caben sobre la tierra, cuando el cuerpo y todo lo que a él pertenece es considerado con sujeción a los intereses del alma, entonces no se piensa jamás en los adelantos materiales sin que ocurran al propio tiempo los intelectuales y morales reclamando participación y preferencia y oponiéndose, || si es necesario, al mismo progreso material en lo que tenga de inmoral o de envilecedor del espíritu.

Apenas hay escritor de nota que se haya ocupado de semejantes materias, de algunos años a esta parte, que no convenga en la necesidad de ensanchar la esfera de la ciencia económica, dedicándose no sólo al estudio de la producción y distribución de las riquezas bajo el punto de vista puramente material, sino también extendiendo la mirada a lo que reclaman esas necesidades de la triste humanidad condenada al parecer a ver aumentar su miseria a proporción que se multiplican sus títulos de esplendor y gloria; todos convienen en que es preciso poner coto a esa degradación de los espíritus que tan de bulto se presenta allí donde no se piensa en otra cosa que en producir riquezas, esa espantosa inmoralidad que se desenvuelve en los grandes centros manufactureros, afeando su brillo y hermosura como una llaga asquerosa en el semblante de un joven gallardo y apuesto.

A pesar de esa tendencia consoladora que cada día va dominando más y más en el orden científico, no se experimentan los saludables efectos que son de desear, y el mal, lejos de disminuirse, se desarrolla con alarmante rapidez. La Inglaterra, que, a las necesidades que consigo trae un desarrollo de la industria tan asombroso como el suyo, reúne la || circunstancia de una organización social muy a propósito para acrecentarlas, siente más que otro pueblo del mundo ese dolor, esa congoja, por decirlo así, que no le consiente disfrutar tranquila de su deslumbrante prosperidad, ni

gozarse placentera en el aspecto de sus máquinas y de sus vapores, cada día más activos, más numerosos, más fecundos en toda clase de manufacturas.

Todos sus hombres de Estado, todos sus publicistas, todos sus filósofos siguen con ansiosa mirada el progreso de este mal y se afanan en excogitar medios para atajarle. El sistema que más en boga se halla en la actualidad y que más probabilidades tiene de ser ejecutado es el de la colonización en grande escala, desahogándose de esta suerte el país del exceso de población que le abruma y proporcionándose la industria nuevos desagües donde pueda descargarse algún tanto de la sobreabundancia de sus productos. No hace mucho tiempo que un escritor distinguido de la Gran Bretaña y hombre práctico en los negocios ha publicado un extenso trabajo sobre este particular, no contentándose con vagas generalidades, sino detallando el plan con que se debería ejecutar el proyecto de colonización, calculando los gastos que consigo traería a proporción de la escala en que se realizase, los beneficios materiales que desde luego || se podrían reportar de los nuevos establecimientos, explicando los medios preparatorios de que se debiera echar mano para que los recién llegados a la colonia no se encontrasen faltos de comodidades para emprender sus tareas y fijarse en el terreno sin desvío ni repugnancia.

El escritor, después de haber desarrollado su plan, en cuya exposición se conoce que ha estudiado a fondo la materia, concluye con una exclamación que nos pareció revelar el espíritu elevado de donde salía y la gravedad del mal cuya vista la arrancaba: *«¡Inglaterra, a tus bajeles; levántate y cumple los destinos de la Providencia!...»*

Es ciertamente un espectáculo desconsolador el que ofrece una gran nación que se ha encumbrado al más alto punto del grandor y poderío, agobiada con el peso mismo de su prosperidad material y amenazada de espantosos trastornos, si no acude al remedio de los males que esta situación le acarrea. Es ciertamente desconsolador y que inspira reflexiones profundas y aflictivas sobre los destinos de la humanidad en esta tierra de infortunio, el asistir a la desolante escena de un gran pueblo que se ve precisado a abandonar sus hogares y a marchar en busca de nuevos países para encontrar un bocado de pan con que satisfacer el hambre y un pedazo de lienzo para cubrir la desnudez. Concíbese || fácilmente que las hordas de los bárbaros, multiplicadas sin tasa en los bosques del Norte y careciendo de la inteligencia necesaria para aumentar la producción de los medios de subsistencia proporcionalmente a las nuevas necesidades, abandonaran sus nieves y escarchas y se arrojasen sobre el Mediodía en busca de climas más feraces donde

encontrar pudieran el alimento que no alcanzaban a suministrarles sus enmarañadas selvas; pero no hubiera sido creíble, a no verlo como lo estamos viendo, que numerosas generaciones nacidas en un país altamente civilizado, en un país donde los medios de multiplicar los productos de la naturaleza y del arte han sido llevados a la mayor perfección, se viesen forzadas por extrema necesidad a tomar la dura resolución de abandonar el suelo de la patria.

Opinan algunos que, planteándose otros sistemas en que no sólo se atienda a la producción de las riquezas, sino también a su distribución más universal y equitativa, se alcanzará mejorar de tal suerte la condición de la humanidad que desaparezcan totalmente la carestía y miseria que ahora la están afligiendo. No dudamos que pueden introducirse importantes mejoras, así en la organización del trabajo como en la creación de establecimientos destinados a acudir al socorro de los necesitados; || pero creemos que en esta vida no es posible llegar a una perfección en que se obvien todos los inconvenientes y remedien todos los males. *Pobres tendréis siempre con vosotros*, dijo el divino Fundador de nuestra religión sacrosanta, y esta profecía se ha cumplido hasta ahora y se cumplirá en el porvenir.

Debemos ciertamente procurar que se disminuya tanto como posible sea el número de los infortunados, debemos trabajar en que la desgracia que sea inevitable sea menos dura y esté más rodeada de alivio y consuelo; pero no conviene que nos hagamos ilusiones lisonjeándonos con esperanzas que no se han de realizar. Posible fuera que, corriendo en pos de vanas sombras, descuidásemos la realidad, y que, haciendo esfuerzos estériles para improvisar mejoras insubsistentes, atrasásemos con la injusticia o la imprudencia lo mismo que nos propusiéramos acelerar.

En nuestro concepto, la naturaleza de la industria tal como ahora existe tiende por necesidad al aumento de los pobres. Porque, si no nos engañamos, a la producción de este triste efecto contribuyen dos causas: 1.ª, la acumulación de la riqueza en pocas manos, o sea la desigualdad de la distribución; 2.ª, la facilidad de multiplicarse la población; y estas dos causas acompañan el estado || actual de la industria. No será difícil probarlo.

Lo primero que en esta materia se ocurre es que, substituída a la acción del hombre la fuerza de las máquinas y elevados la construcción y uso de éstas a la perfección en que las vemos y en la que andan progresando, se sigue que la industria se ha limitado por necesidad a la acción de los agentes inanimados, y que por lo mismo ha inutilizado en parte y va inutilizando cada día más la acción humana. Esto produce naturalmente la disminución del trabajo y,

por consiguiente, del único medio de subsistencia en que está librada la vida de los pobres. Este argumento, que se ha producido ya muchas veces y que a cada paso se oye repetir, no es el más fuerte que hacerse puede, ni es tal su solidez y exactitud que no sea dable contestar a él con muchas apariencias de verdad. En efecto, si las máquinas reemplazan la acción del hombre, en cambio perfeccionan y abaratan los productos de la industria, con lo cual el pobre con menos medios que antes alcanza a procurarse lo que ha menester. Dicho fenómeno lo estamos palpando en la revolución que ha hecho en los trajes la industria algodonera, suministrando medios de vestirse con más comodidad, elegancia y baratura de lo que jamás habría podido suceder con el uso exclusivo del lino, seda y lana. Además, la perfección de las || máquinas multiplica también las clases de industria; así es que de medio siglo a esta parte se cuentan muchas especies de ella que antes no existían, de lo que resulta que los brazos que por una parte deja ociosos los emplea de otra, bastando para gozar de esta compensación el que se tenga el debido cuidado de que las mudanzas no sean demasiado repentinas, preparándose lenta y suavemente la traslación a otro destino de los brazos que el nuevo invento va a dejar desocupados. Confesamos que estas reflexiones atenúan en nuestro juicio la fuerza de la dificultad, y que si otra no se pudiese objetar a las máquinas no distaríamos de creer que con la experiencia se llegara a remediar el mal, compensándose por un lado lo que se hubiese perdido por otro. Así las causas que hacen que el aumento de las máquinas contribuya por necesidad al aumento de los pobres nos parecen ser las dos que arriba hemos señalado. Expondremos brevemente los motivos en que se funda nuestra opinión.

Acumulación de la riqueza, o sea mayor desigualdad en la distribución de los productos.—En el estado actual de la industria de los ramos en que han llegado las máquinas a una gran perfección se han hecho imposibles los establecimientos pequeños. El solo planteo de un vapor exige mayores || desembolsos que el de muchas fábricas donde poco antes se trabajaban, bien que con menos perfección, las mismas manufacturas. Quien conciba, pues, semejante idea es preciso que cuente con crecidos capitales, y que quien más reúna esta última circunstancia no puede ni siquiera pensar en tamaña empresa. De esto resulta que el número de los amos ha de ser mucho más limitado; y como quiera que los dueños de las fábricas han de percibir el interés del capital invertido, la parte que se conceptúe necesaria para indemnizarlos del riesgo, y el valor que represente la inteligencia y el trabajo que empleen en el planteo y direc-

ción de la fábrica, tenemos que, siendo crecido el capital, no escaso el riesgo, mucho el trabajo de la dirección, y combinándose estas tres circunstancias en una persona, hay tres factores que elevan el producto, es decir, la parte que corresponde al dueño, a una cantidad muy alta. Añádase a esto que el dueño no siempre se satisface con la ganancia que justa y equitativamente le pertenece, que no pocas veces procura explotar su situación del mejor modo que puede sin atender a ninguna consideración de moralidad, y que sólo se propone aumentar rápidamente su fortuna aun cuando sea a expensas del sudor de sus semejantes; y tendremos que esa fuerza absorbente se levanta a un || grado inconcebible atrayendo a sí la mayor parte de los productos y dejando al pobre no más que lo indispensable a fin de que no le falten las fuerzas para continuar en el trabajo. Y como ya hemos hecho notar que el sistema de las grandes máquinas estrecha el número de los que pueden figurar como dueños, tenemos que por necesidad ese gran desarrollo de la industria crea poderosos focos absorbentes que se enderezan a aumentar la desigualdad de las riquezas. Este fenómeno, que las razones aducidas dejan fuera de duda, se confirma con la experiencia que nos ofrecen los países manufactureros donde al lado de la miseria más repugnante y desconsoladora se levantan las colosales fortunas que dejan muy atrás las de los mayores propietarios territoriales.

A esto se nos dirá que los grandes establecimientos manufactureros no pertenecen por lo común a un solo individuo, sino que toman parte en ellos una porción de capitalistas, ya sea que se forme una verdadera sociedad, ya sea que, encargándose uno solo a su cuenta y riesgo, se obligue a satisfacer un interés fijo por los fondos que se le hayan proporcionado. Así se consigue que el beneficio no sea todo en favor de una sola persona y se impide que no se acumulen demasiado las riquezas. No negaremos el hecho que se nos acaba de objetar, || y que si él no existiese la acumulación sería mucho más rápida y la desigualdad de la distribución harto más chocante; pero esto sólo prueba que pueden hacerse suposiciones en que el mal sería mucho mayor, mas no que ya en la actualidad no sea grave en extremo. Siempre resulta cierto que los establecimientos en donde se fija la propiedad son en mayor número a proporción del de los habitantes y de la escala de los productos, lo cual hace que la perfección de la industria cree una porción de grandes centros absorbentes que por necesidad contribuyen a que se aumente la desigualdad de la riqueza.

Y a la verdad, ¿qué representan unos cuantos socios interesados en cada establecimiento en comparación de la muchedumbre que queda excluída del beneficio? Además

que esta clase de empresas son de suyo tan importantes que a ellas no se aventuran con facilidad los capitalistas pequeños; y así es que estas sociedades suelen estar formadas de hombres muy ricos que destinan a aquel punto lo sobrante que no les ha sido posible emplear en objetos exclusivamente propios. Así resulta que el beneficio tiende naturalmente hacia las capitalistas más poderosos y, por tanto, se enderezan necesariamente a producir el triste efecto que llevamos indicado. ||

La facilidad de multiplicarse la población.—La estadística enseña que en las clases manufactureras la multiplicación se verifica en grado mucho mayor que en las agrícolas. En cualquier punto donde se establecen fábricas se nota desde luego el aumento de la población, y en algunas partes se verifica este fenómeno con una rapidez sorprendente. Las causas de éste no son difíciles de adivinar. El labrador para fundar su familia ha menester casa propia o arrendada, tierras más o menos extendidas y un capital más o menos cuantioso para procurarse los animales e instrumentos que necesita para el cultivo de sus campos. Nada de esto se improvisa; es preciso emplear a veces largo tiempo para adquirirlo, de lo que resulta que en las clases agrícolas no es ni de mucho tan fácil la multiplicación de los matrimonios, que éstos se realizan en edad más adelantada y que los no favorecidos con las circunstancias indispensables para establecerse, o difieren mucho más el matrimonio o no lo contraen nunca. En las clases industriales sucede todo lo contrario. El joven de diecisiete años se halla a menudo en la misma situación en que el trabajador de cincuenta; su capital son sus brazos; la casa para habitar la encontrará hoy mismo en proporción al dinero de que pueda disponer según sea su salario; en cuanto a las eventualidades || del porvenir que pudieran retraerle de cargar con nuevas obligaciones, sabe que jornalero es hoy y jornalero ha de ser toda su vida; que los mismos medios de que dispone actualmente serán los de que disponga después de algunos años; y por lo que toca al peligro en que se halla de que le falte el trabajo y que por lo mismo no tenga con que alimentar a su familia, es un peligro común a todos los de su clase, sea cual fuere su edad, y, por tanto, no le retrae de contraer matrimonio. Así vemos que los enlaces se verifican en edad muy temprana, con extremada ligereza y con tanta mayor facilidad cuanto son menores los negocios que se han de arreglar y los intereses que se han de combinar o transigir. Atiéndese únicamente al impulso de la naturaleza, y añadiéndose que la mayor proximidad de los sexos enciende las pasiones y la inmoralidad les quita todo freno, se origina una multiplicación desme-

surada, a cuya rapidez no puede alcanzar el consiguiente aumento de los productos que se necesitan para proveer de medios de subsistencia. De aquí el pauperismo, plaga cruel de las sociedades modernas y que amarga terriblemente el placer que causa la vista de su pujante prosperidad y prodigiosos adelantos.

De las consideraciones que preceden se infiere || con toda evidencia que el desarrollo industrial que se está verificando se encamina a la creación de una nueva aristocracia, donde resalte la desigualdad de una manera harto más chocante que en la de los tiempos antiguos. Alrededor de los castillos feudales vivían los infelices vasallos sumidos en la pobreza y miseria, contemplando el esplendente lujo y los voluptuosos regalos de que rebosaba la morada de su señor, y devoraban en silencio la amargura de que, siendo el fruto de sus sudores lo que alimentaba la riqueza del castillo, les cabía a ellos no más que lo indispensable para no perecer de hambre, y lo que recibían andaba todavía acibarado no pocas veces con el desprecio y la ignominia. Ahora, en rededor de un establecimiento fabril, que por su extensión y magnificencia se aventaja en mucho a los castillos feudales, moran también un crecido número de infelices que apenas alcanzan a ganar el sustento necesario. Trabajando quizás todo el día en manufacturar las telas más exquisitas, andan cubiertos de harapos que no les guardan del rigor de la intemperie, y al salir de una sala inmensa destinada al trabajo van a sepultarse durante la noche en un subterráneo húmedo y malsano, donde los esperan el llanto de su mujer y de sus tiernos hijos. ||

ARTICULO 6.º

Relaciones entre fabricantes y trabajadores

SUMARIO.—Observaciones sobre la sociedad de tejedores. Indicación de algunos medios conciliatorios. Institución de la caja de ahorros. Establecimiento de un tribunal de paz para regular los salarios.

Las calamidades que hemos descrito en el artículo anterior no afligen todavía a Cataluña. A pesar de que es mucho ya su desarrollo industrial y de que han comenzado ya a establecerse en él las máquinas de última invención, todavía el país puede alimentar la población que contiene; todavía los jornales están pagados suficientemente para que el trabajador pueda vivir con algún desahogo; todavía no

existe desnivel entre el valor de los medios de subsistencia y el salario, y por lo mismo no experimentamos los males que están sufriendo otros países. Si una que otra vez se presentan estos inconvenientes es por breve tiempo y en reducido espacio, más bien como síntomas || que indican la aproximación de una enfermedad que no su verdadera existencia.

Los fabricantes de Cataluña se encuentran, pues, en situación más ventajosa que los de Francia, Bélgica e Inglaterra, y la razón, la moral, la humanidad y su propio interés exigen que no la dejen sin provecho. En la actualidad las circunstancias políticas favorecen la causa del orden y no permiten desmanes de ningún género a los trabajadores; los amos, lejos de explotarlas en beneficio propio, deben cuidar mucho de manifestar con sus palabras y sus obras que cuando levantaban la voz en favor del orden era con el designio de disfrutar sus fortunas y de mejorarlas por medios legítimos y humanos, haciendo el bien del trabajador y consultando a un mismo tiempo sus propios intereses. Es preciso no olvidar que una conducta dura y desapiadada sembraría en las clases pobres el odio contra las ricas y produciría encono y rencor contra las autoridades sostenedoras de la tranquilidad pública, pues que fueran miradas sin culpa suya como cómplices del daño que se hiciera sufrir a los trabajadores a la sombra del régimen vigente.

Ya hace mucho tiempo que, dirigiéndonos a los ricos de Barcelona, compendiábamos en pocas palabras la conducta que debían observar con respecto || a los pobres: *Hacerlos buenos y hacerles bien.* Hacerlos buenos, esto es, trabajar por todos los medios posibles en que se extendiese y arraigase la moralidad; hacerles bien, es decir, manifestar en su favor sentimientos de humanidad, desprendimiento en los casos en que el trabajador se halle en algún agobio, y por otra parte seguir un sistema templado y razonable, que arregle de tal modo las relaciones, que no salga dañada la justicia ni aun la equidad; y que, antes al contrario, se conozca que el dueño se presta sin dificultad a algunos sacrificios que, siendo compatibles con la conservación y aumento de su fortuna, aligeren algún tanto la situación del pobre, que, por más buena que se la suponga, es siempre harto desgraciada.

Lo que decíamos en aquella época, cuando los amos no encontraban en la autoridad todo el apoyo que hubieran deseado, se lo repetiremos ahora con mucha más claridad, porque acostumbramos guardar el lenguaje severo para el tiempo de la prosperidad de aquel a quien nos dirigimos, y nos agrada emplearlo mesurado y suave cuando se encuentra

en situación desventajosa o ahogada. En nuestro concepto el medio eficaz de oponerse a los inconvenientes que para los amos puedan traer las asociaciones de los operarios es salir al encuentro de las necesidades a cuya satisfacción se las destina. || Sin duda que lo más sencillo y más breve es echar mano de la fuerza, resistir con el auxilio de ella a cuanto directa o indirectamente se encamine a imponer condiciones a los amos, no parar la atención siquiera en las causas que produzcan la inquietud y el malestar, y empeñarse en no ver los males o en no remediarlos después de vistos; pero la razón y la experiencia enseñan que semejante sistema es poco a propósito para consolidar una situación, y que, lejos de extirpar los gérmenes de discordia, no hace más que multiplicarlos y avivarlos.

Las asociaciones en los trabajadores, suponiendo que estén destituídas de todo carácter político, lo que es absolutamente indispensable si no se quiere que peligre continuamente la tranquilidad pública, pueden proponerse dos objetos: 1.º, el socorro mutuo en sus necesidades; 2.º, la combinación para evitar que los amos no rebajen demasiado los jornales o no extiendan excesivamente el trabajo. Por lo tocante a lo primero, el mejor medio de destruir semejantes asociaciones es dejarlas sin objeto, y esto ¿cómo se logra? Haciendo que el trabajador esté seguro del socorro el día que por falta de trabajo o por enfermedad no pueda ganar su subsistencia. Y cuando esto decimos no queremos significar que este socorro se || lo den los amos, bien que siempre les aconsejaremos la beneficencia por los infelices, sino que les proporcionen por medio de las instituciones convenientes el logro de lo mismo que intentaban con la asociación. En ésta cada socio se imponía el sacrificio de contribuir con una cantidad determinada, y con la suma que se recogía se formaba el fondo para sufragar a las necesidades. ¿Por qué no se ha de obtener el mismo resultado con las cajas de ahorros? El trabajador, cuando hallara la debida seguridad, no sólo de la conservación de lo que hubiese entregado en depósito, sino también del reembolso, con más los intereses que se reputen justos y proporcionados, más querrá naturalmente entenderse con la caja de ahorros que no con otra asociación cualquiera. Por de pronto experimentará la ventaja de no haber de distraerse de sus trabajos o diversiones para acudir a juntas en este o aquel día; no tendrá necesidad de indisponerse con nadie por dar el voto a esta o aquella persona u opinar en contra de lo que se intentase ejecutar. En la caja de ahorros verá una institución no sólo autorizada, sino protegida por el gobierno, dirigida por personas cuya independencia y probidad las pondrá a cubierto de toda sospecha de mal-

versación de caudales y sometida, por fin, a reglas que hagan imposible ningún desperdicio, ya por la variedad || y carácter de los que en ello intervienen, ya también por la publicidad a que en tiempos prefijados debieran someterse los administradores con la rendición de cuentas que manifiesten los ingresos y salidas de la caja.

Es evidente que por este medio puede lograrse todo lo que se podría esperar de una asociación: cuando ésta carezca de objeto nadie pensará en establecerla; si a alguno se le ocurre este pensamiento encontrará muy pocos que quieran tomar parte en él; y si uno y otro se verificare, el gobierno podrá decir con razón: «No quiero que os asociéis, pues estando ya cumplido el objeto que decís proponer, sospecho que abrigáis segundas intenciones, cuya realización puedo y debo impedir.»

De lo dicho se infiere la necesidad de que todos los que tienen algo que perder procuren que la institución de la caja de ahorros se arraigue en el país, que inspire confianza a todas las clases y que sobre todo los pobres se aficionen a deponer en ella lo que hayan podido reunir después de satisfechas las atenciones imprescindibles. Es preciso no olvidar que ésta es una institución naciente, que como tal es flaca, y por lo mismo conviene rodearla de todo el prestigio que ha menester para granjearse crédito e infundir seguridad a los interesados.

No es tan fácil obviar el segundo inconveniente, || es decir, el que los amos no aumenten demasiado el trabajo o no limiten el salario más de lo que es justo, o bien que los trabajadores no se entreguen a exigencias injustas. Las oscilaciones de la industria son tantas que no es posible asentar una regla general en esta materia, y, además, el derecho de propiedad es tan sagrado que es preciso andar con mucho tiento en tocar a él, aun cuando sea con miras de humanidad o de conveniencia pública. Parécenos, no obstante, que no es tan ardua la tarea que sea necesario desistir de acometerla: si no se remediase todo el daño, al menos se evitaría una parte, y a proporción que la experiencia andaría mostrando las ventajas y los inconvenientes se podrían introducir las mejoras compatibles con la justicia y aconsejadas por la prudencia. Nos permitiremos algunas indicaciones generales que puedan dar alguna luz sobre este particular.

La relación entre el trabajo y el salario depende en gran parte del estado de la industria, porque cuanto mayor sea el beneficio que ésta produzca al fabricante, tanto más crecido podrá ser el salario. Además, cuanto mayor sea el número de los trabajadores, menguará el valor del jornal, por la sencilla razón de que la abundancia acarrea baratu-

ra. Según sean más o menos altos los precios de los medios de subsistencia, y sobre todo de los alimentos || de primera necesidad, podrá el trabajador vivir con diferente salario, bastándole en un tiempo lo que en otro sería insuficiente. De estas consideraciones resulta la dificultad de establecer una regla general y las oscilaciones a que está sujeto el valor del salario independientemente de la voluntad de fabricantes y trabajadores, pues que la variación proviene de la misma naturaleza de las cosas. Mas no puede negarse que del conjunto de las expresadas circunstancias y de otras que deben tenerse presentes, atendiendo a las necesidades y costumbres del país, nace el que por ciertas temporadas se fije una relación entre el trabajo y el salario. Claro es que, cuando una condición de los trabajadores fuese general, su misma generalidad indicaría que el daño no dimana de la mala voluntad de los fabricantes, sino del mismo estado de la industria. Pero si uno o pocos fabricantes se apartan de la regla a que los demás se conforman, lícito es sospechar que tratan de oprimir a los trabajadores, aprovechándose del sudor del pobre sin atender a lo que reclaman la justicia y la humanidad. ¿Cómo hacerle entrar en razón? Difícil es ejecutarlo por medios obligatorios, pues que en todo caso siempre tiene el recurso de decir que le precisan a observar esta conducta circunstancias particulares que no debe revelar a nadie, y añadir que no conoce ni en || los trabajadores, ni en los otros fabricantes, ni en el gobierno, el derecho de arreglarle los intereses de su casa; y que así como él es dueño de despedir a los operarios siempre que lo crea conveniente, también pueden éstos despedirle a él si se conceptúan perjudicados. Esto en rigurosa justicia; mas como todos los hombres estiman en algo su buena reputación, y no les agrada ocupar un lugar desventajoso entre los de su misma clase, no dudamos que surtiría buenos efectos un tribunal de paz que, compuesto de fabricantes y trabajadores, estuviese encargado de resolver amistosamente las cuestiones que se ofrecieran sin que pudiera ejercer ninguna coacción sobre los que no quisieran someterse a su fallo. Este tribunal, procediendo sobre un reglamento que podría formarse previamente y compuesto de individuos elegidos por los mismos interesados con arreglo a las bases que se creyeran prudentes, debiera estar presidido por la autoridad, no para que le comunicase fuerza coactiva, sino con el fin de que le diese prestigio y hasta pudiera hacerle respetar si por los desmanes de los litigantes se viera alguna vez en compromiso.

El sistema de elección de los individuos que deberían componer dicho tribunal y el reglamento a que habría de conformarse en sus procedimientos || sería menester que

fuesen objeto de detenida meditación; bien que, como se estarían palpando las ventajas y los inconvenientes, no serían irremediables los errores cometidos en el acto del planteo, pues que sucesivamente se podrían hacer las enmiendas y mejoras aconsejadas por la experiencia.

La base de elección podría ser de varias maneras, pero siempre se habría de salvar el principio de que los interesados tuviesen parte en ella. Sin embargo, debieran tomarse las oportunas precauciones para que no se introdujesen los abusos de que son tan susceptibles semejantes actos y no se corriese el peligro de turbarse por ellos la tranquilidad pública. Quizás podría adoptarse el sistema de que en cada establecimiento fabril de un número de trabajadores que se fijase se eligiese un compromisario reuniéndose con los electores de dicha fábrica los de otras de menor número situadas a poca distancia, para lo cual podría dividirse la ciudad en distritos. La elección debiera verificarse sin admitirse discusiones de ninguna clase y hacerse de manera que, distribuyéndose en muchas horas, no llegase a reunirse nunca un número considerable. Como estas elecciones debieran ser por precisión turbulentas en caso de ser concurridas, quizás podría establecerse que no tomasen parte en ellas sino los que llegasen a cierta edad, || pues que así se lograría el doble objeto de que los electores no fuesen en número tan crecido y por otra parte menos propensos a excederse del que son por lo común los jóvenes inexpertos.

En cuanto a los fabricantes, claro es que, siendo mucho menor su número, el sistema electoral ofrecería muchos menos inconvenientes, por lo que nos abstendremos de descender a pormenores que más bien sentarían en un reglamento que en un artículo de una revista.

Fácilmente se alcanzará que así los fabricantes como los trabajadores estarían interesados en elegir personas de inteligencia y probidad, pues que unos y otros pondrían en manos de ellos una autoridad conciliadora que, si bien no tendría derecho de obligar a la ejecución de sus fallos, fuera, no obstante, atendida en muchos casos, siquiera por consideración a los mismos que la habrían constituído.

Los trabajadores debieran disfrutar el derecho de nombrar para sentarse en el tribunal de paz a las personas que bien les pareciese, sin distinción de ninguna clase, porque hasta que hubiesen cobrado confianza en la nueva institución, las restricciones que limitasen el círculo de los elegibles serían miradas por ellos como insidiosas y encaminadas únicamente a que el tribunal estuviese todo || compuesto de ricos. Dejándoles la latitud que desearan, es probable que, si no desde luego, al menos después de alguna experiencia procurarían ellos mismos buscar personas acomodadas que

tuviesen garantías de acierto en su inteligencia y práctica en esta clase de materias, y que, además, por la independencia de su posición no fueran sospechosos de cohecho.

Repetimos que conviene pensar seriamente en este negocio; que conviene disipar la odiosidad entre pobres y ricos; que conviene no fiarse en situaciones pasajeras; que la ciudad debe pensar en constituirse por sí misma en tal estado que, si en el porvenir le caben en suerte autoridades menos firmes y bien intencionadas, si el país vuelve a encontrarse envuelto en turbulencias políticas, sea posible evitar los desastres de que en los últimos años ha sido víctima Barcelona. No olvidemos que la situación de España está muy lejos de ser satisfactoria, que el horizonte está muy lejos de presentarse bien claro; no lo esperemos todo del gobierno: contemos con nuestros esfuerzos, que de abandonarnos hoy a excesiva confianza podríamos arrepentirnos mañana.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE QUINTO VOLUMEN DE LAS «OBRAS COMPLETAS DE BALMES», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1949, VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, EN LA IMPRENTA DE LOS TALLERES PENITENCIARIOS DE ALCALÁ DE HENARES

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1. SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA. 3.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del excelentísimo y Rvmo. Sr. D. GAETANO CICOGNANI, Nuncio de Su Santidad en España. 1949. LXXXVIII + 1.716 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y ocho mapas.

2. SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA, 1944. XLVIII + 672 págs. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

3. OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el padre fray FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 1944. XXXVI + 1.692 páginas. (Agotada. Se prepara la 2.ª edición.)

4. SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los padres fray JUAN R. DE LEGÍSIMA y fray LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 1945. XLIV + 872 páginas, con profusión de grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª edición.)

5. HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI + 1.356 páginas, con grabados.

6. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1945. XL + 756 páginas. (Publicados los tomos II, III, IV, V y VI, números 9, 19, 28, 36 y 49.)

7. CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los doctores D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, Obispo de Túy. 3.ª edición, 1949. XLVIII + 1.072 páginas.

8. TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. D. ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, Arzobispo de Valladolid. 2.ª edición, 1947. XXXVI + 992 páginas, con grabados de la *Vida de la Virgen*, de DURERO.

9. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios: 1) En su infancia. 2) En la Eucaristía. 3) En su Pasión*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1946. XVI + 848 páginas. (Publicados los tomos III, IV, V y VI, números 19, 28, 36 y 49.)

10. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 1946.

XVI + 784 páginas, con grabados. (Publicados los tomos II, III, IV, V y VI, números 11, 21, 30, 39 y 50.)

11. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Introducción a la filosofía de San Agustín. Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 1946. 976 páginas con grabados. (Publicados los tomos III, IV, V y VI, números 21, 30, 39 y 50.)

12-13. OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 954 páginas. Tomo II: VIII + 870 páginas.

14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el padre fray ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1946. XXIV + 1.592 + 122 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y cuatro mapas. Edición a una y dos tintas.

15. VIDA Y OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche obscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 1946. XXXII + 1.330 páginas, con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª edición.)

16. TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1946. XVI + 952 páginas.

17-18. TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos Sacramentales.* 1946. VIII + 924 páginas. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 1946. XLVIII + 924 páginas.

19. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición, en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1947. XII + 800 páginas. (Publicados los tomos IV, V y VI, números 28, 36 y 49.)

20. OBRA SELECTA de FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DÍAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, Obispo de Salamanca. 1947. LXXXVIII + 1.164 páginas.

21. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SEIJAS, Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1947. XVI + 1.048 páginas. (Publicados los tomos IV, V y VI, números 30, 39 y 50.)

22. SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 956 páginas, con profusión de grabados.

23. OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV + 1.516 páginas, con grabados.

24. OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía* y *Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII + 884 páginas.

25 26. SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego (dos volúmenes). 1947. XXVIII + 2.396 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y ocho mapas. En tela, los dos tomos.

27. LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1947. XVI + 452 páginas.

28. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los padres fray BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMI y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1947. VIII + 976 páginas. (Publicados los tomos V y VI, números 36 y 49.)

29. SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general*, por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno*. Texto en latín y castellano. Traducción del padre fray RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO MUÑIZ, O. P. 1947. XVI + 1.294 páginas, con grabados. (Publicado el tomo II, número 41.)

30. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1948. XVI + 800 páginas. (Publicados los tomos V y VI, núms. 39 y 50.)

31. OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra, al *Blanquerna,* del P. RAFAEL GINARD BAUÇÁ, T. O. R. 1948. XX + 1.148 páginas, con grabados.

32. VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 1948. LVI + 612 páginas, con profusión de grabados y ocho mapas.

33. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES.—Tomo I: *Biografía y Epistolario.* Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, Obispo de Vich. 1948. XLIV + 900 páginas, en papel biblia, con grabados. (Publicados los tomos II, III, IV y V, números 37, 42, 48 y 51.)

34. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo.* por el profesor FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. VI + 192 páginas, con 304 láminas. (Publicado el tomo III, núm. 47.)

35. MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen I: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. XXX + 916 páginas.

36. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII + 756 páginas. (Publicado el tomo VI y último, núm. 49.)

37. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 1948. XXXII + 826 páginas en papel biblia. (Publicados los tomos III, IV y V, números 42, 48 y 51.)

38. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios* y *Espejo de ilustres personas;* FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XII + 702 páginas en papel biblia. (Publicados los tomos II y III, núms. 44 y 46.)

39. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. Luis Arias, O. S. A. 1948. XVI + 944 páginas, con grabados. (Publicado el tomo IV, número 50.)

40. NUEVO TESTAMENTO, de Nácar-Colunga. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII + 452 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y ocho mapas.

41. SUMA TEOLOGICA, de Santo Tomás de Aquino. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad*, en latín y castellano; versión del padre Fr. Raimundo Suárez, O. P., e introducciones del P. Fr. Manuel Cuervo, O. P. *Tratado de la creación en general*, en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. Jesús Valbuena, O. P. 1948. XX + 888 páginas, con grabados.

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental y El criterio*. 1948. XX + 756 páginas, en papel biblia. Publicados los tomos IV y V, números 48 y 51.)

43. NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas por el P. José María Bover, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. VIII + 624 páginas en papel biblia, con ocho mapas.

44. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: Fray Bernardino de Laredo: *Subida del monte Sión;* Fray Antonio de Guevara: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos;* Fray Miguel de Medina: *Infancia espiritual;* Beato Nicolás Factor: *Doctrina de las tres vías.* Introducciones del P. Fr. Juan Bautista Gomis, O. F. M. 1948. XVI + 838 páginas en papel biblia. (Publicado el tomo III y último, núm. 46.)

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. Francisco de B. Vizmanos, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1.306 páginas en papel biblia.

46. MISTICOS FRNCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: Fray Diego de Estella: *Meditaciones del amor de Dios;* Fray Juan de Pineda: *Declaración del «Pater noster»;* Fray Juan de los Angeles: *Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana;* Fray Melchor de Cetina: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen;* Fray Juan Bautista de Madrigal: *Homiliario evangélico.* Introducciones del P. Fray Juan Bautista Gomis. O. F. M. 1949. XII + 870 págs. en papel biblia.

47. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por el profesor José Camón Aznar. 1949. VIII + 108 páginas, con 303 láminas.

48. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo.* 1949. XVI + 770 páginas en papel biblia.

49. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Bernardo Aperribay, Fr. Miguel Oromí y Fr. Miguel Oltra, O. F. M. 1949. VIII + 48 * + 784 páginas.

50. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Andrés Centeno, Fr. Gerardo Enrique de Vega, Fr. Emiliano López y Fr. Toribio de Castro, O. S. A. 1949 XII + 948 páginas.

51. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico y De Cataluña.* XXVIII + 1.004 páginas en papel biblia.

Al hacer los pedidos haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este Catálogo, en la serie de la B. A. C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

